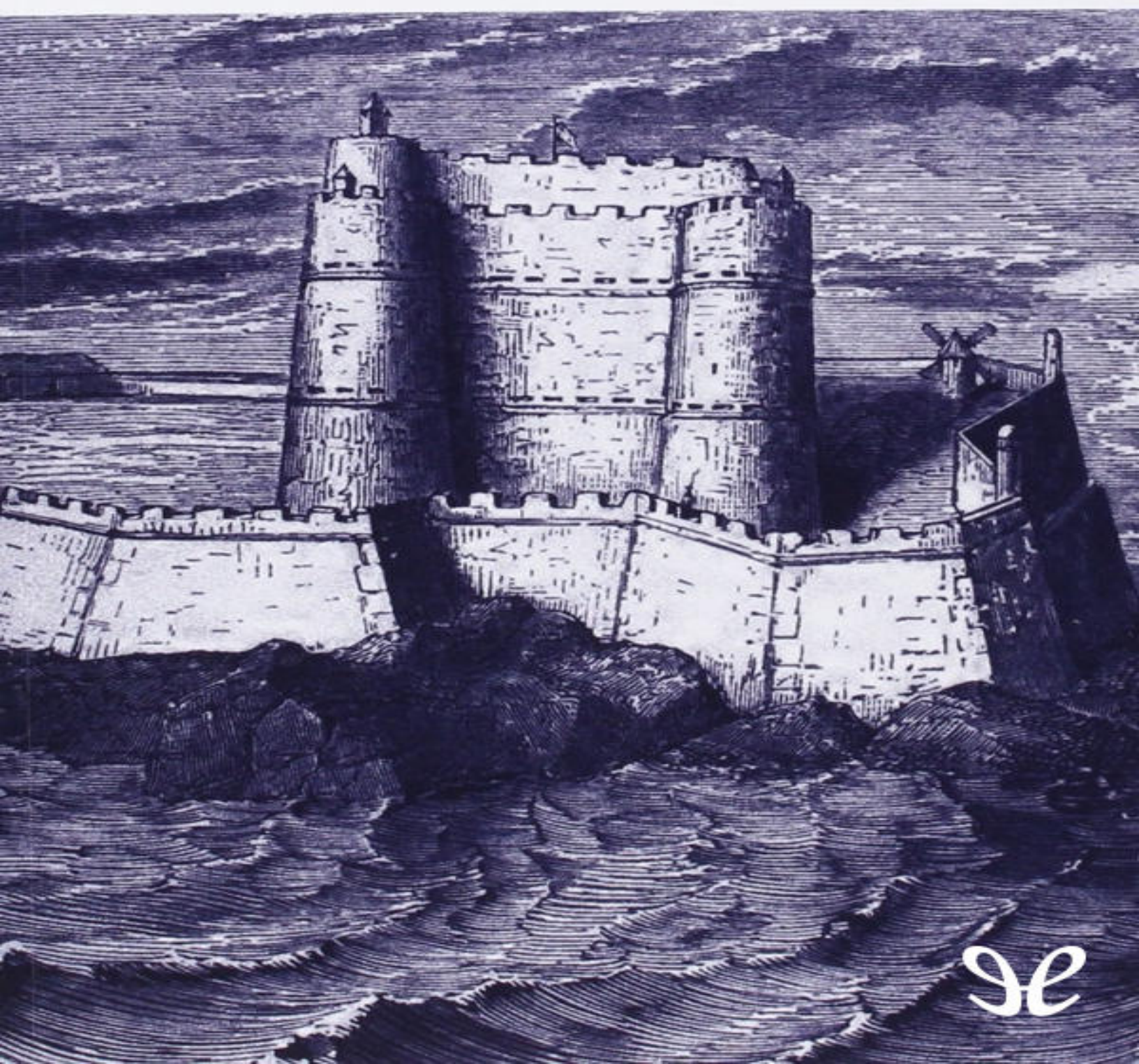


Alexandre Dumas
El conde de Montecristo



El conde de Montecristo, es, en principio, la historia de una venganza. Edmond Dantès es un joven marino que, en el día de su compromiso con la bella Mercedes, es víctima de un complot y encarcelado en el castillo de If, de donde no deberá salir jamás. Gracias al abate Faria, a quien conoce en la prisión, adquiere una educación y averigua la existencia de un maravilloso tesoro escondido en la isla de Montecristo. Fingiendo su muerte, logra escapar de la fortaleza y se enrola con unos piratas en busca de una fabulosa fortuna. Su siguiente objetivo, convertido ya en un rico y poderoso noble, será llevar a cabo la más despiadada venganza nunca imaginada.

Se trata de una sólida novela de aventuras, con una rica y compleja trama y multitud de personajes, a través de los que Dumas se adentra en las pasiones más profundas del ser humano, en su codicia y en sus ansias de poder, pero en la que también se habla de amor, lealtad y justicia.



Alexandre Dumas

El conde de Montecristo

ePub r1.2

Narukei 25.08.2019

Título original: *Le comte de Monte-Cristo*
Alexandre Dumas, 1845
Traducción: Pilar Ruiz Ortega
Diseño de cubierta: RAG

Editor digital: Narukei
Corrección de erratas: diego77
ePub base r2.1



INTRODUCCIÓN

«*Ce siècle avait deux ans*», nos dice Victor Hugo (1802-1885) en su poemario *Les feuilles d'automne*. Se refería a la fecha de su nacimiento; pero ese siglo, ¡y qué siglo!, tenía dos años también cuando nace Alexandre Dumas (1802-1870). Y no será la única coincidencia de estos dos grandes de la literatura francesa y universal del siglo XIX.

Haremos un pequeño esbozo de su vida y de sus obras, pues abordar su larga y fructífera vida y su ingente obra sobrepasa con mucho a un breve prólogo.

Digamos como premisa principal que Alexandre Dumas no lleva a la práctica la máxima «*ne quid nimis*» («de nada demasiado») que cita uno de los personajes de *El conde de Montecristo*, sino todo lo contrario.

Alexandre Dumas nació el 24 de julio de 1802 en Villers-Cotterêts, Francia. Su ascendencia, como todo en él, es excepcional. Su padre, héroe de las guerras napoleónicas que en siete años pasa de ser un simple soldado a general, era hijo de un noble francés —Alexandre Davy de la Pailleterie— y de una esclava negra de Santo Domingo —Marie-Cesette Dumas—, y será este apellido Dumas el que adopta en sus gloriosas campañas de guerra, el apellido que recogerá su hijo y sus descendientes. Muere en 1806, transformándose en figura mítica para nuestro Alexandre Dumas, por entonces un niño de cuatro años.

En la adolescencia, el joven Dumas descubre sus dos grandes pasiones, que mantendrá a lo largo de su vida tumultuosa y excesiva: el amor por las

mujeres y la pasión por la literatura. Habría que añadir, como característica de sus excesos, su relación con el dinero; el despilfarro, construyendo un exorbitante castillo al que pone el nombre de Montecristo, o un yate que nunca utilizó, entre otros caprichos, le conducen en varias ocasiones de la riqueza a la pobreza y hasta al exilio por deudas.

En cuanto a las mujeres, el número de amantes es incalculable. Se cuentan por decenas con nombre y apellido, muchas de ellas artistas, del canto o del teatro, más los amores esporádicos de una noche. Una de ellas, Marie-Catherine Labay, es la madre de su hijo Alexandre (1824); Belle Krebsamer, actriz, le da dos hijas, e Ida Ferrier, la única con la que contrajo matrimonio, por no citar más que tres nombres.

«*Je n'ai point de vices, mais j'ai des fantaisies, ce qui coûte bien plus cher!*» [«¡No tengo vicios, pero tengo fantasías, lo que resulta bastante más caro!»], dice el mismo Dumas en *Mes Mémoires*.

Y si hablamos de sus obras, entonces ya el exceso se multiplica: cientos de obras, algunas inéditas aún, teatro, relatos, novelas. Invitamos al lector a que repase, aunque sólo sea por curiosidad, la ingente bibliografía de este hombre, que vive en un siglo pletórico en la creación literaria y artística en general —poesía, novela, teatro, música, ópera, etc.— y en el que la estrecha comunión entre lectores y autores, como dijo Vargas Llosa en la presentación de su obra sobre Hugo, *La tentación de lo imposible* (Alfaguara, 2004), nunca ha vuelto a producirse en todo el siglo XX.

Como sus coetáneos, lee con fruición a los alemanes: la llamada novela gótica, a Schiller y a Goethe, cuya obra *Werther* sirve de modelo a la generación de jóvenes románticos; al escocés sir Walter Scott, que propone un género de novela histórica de gran éxito en el siglo XIX, género que también será muy apreciado en el siglo XX, y muy probablemente también en el XXI; al inglés Byron, modelo de romanticismo, de dandismo y de un cierto tenebrismo en sus héroes, influencia que veremos en *El conde de Montecristo*, y que hemos señalado en algunas de las notas.

Nos situamos en 1829 con su primer gran éxito en el teatro porque, curiosamente, como sucede también con otros autores, como Voltaire, por

citar uno, Dumas se considera sobre todo un dramaturgo, aunque la posteridad le glorifique como narrador.

El 10 de febrero de 1829 La Comédie Française pone en escena su *Enrique III y su corte*, drama en prosa, verdadero germen del drama romántico, género que se consagra un año después, el 25 de febrero de 1830, con la representación de *Hernani*, de Victor Hugo, representación que origina una verdadera batalla entre los partidarios del llamado teatro clásico —el teatro de las tres unidades— y los partidarios de este nuevo.

Cuando se escriba la historia del romanticismo, le será reservado un puesto de primer orden. Cuando las obras surgidas de este nuevo movimiento literario se vean sometidas a la acción del tiempo, ya no se le confundirá con sus imitadores, y cuando se estudie lo que era el teatro anterior a él, se asombrarán de la revolución dramática de la que él fue la cabeza por encima de cualquier otro. *Enrique III y su corte*, [...] marca la entrada en una senda de la que él [Dumas] fue el pionero; aunque sólo fuera por ese título, [Dumas] es un artista excepcional, un creador.

Maxime du Camp (1822-1894), *Souvenirs littéraires*, Hachette, 2 vols., 1882-1883.

Tras algunos de sus grandes éxitos en el teatro, como *Antony*, *La Tour de Nesle* y otros, se aparta de la escena, aunque volverá más tarde por el bien de la novela, pues se hace construir en 1846 su propio teatro en el Boulevard du Temple en París, bautizándolo con el nombre de Théâtre-Historique en el que recrea, esta vez en grandes cuadros dramáticos, a sus grandes héroes de la novela por entregas, popularizados en los periódicos como *Le Journal des Débats*, *Le Siècle*, *La Presse*, *Le Constitutionnel*, y que los lectores devoraban; novelas como: *La reina Margot*, *El caballero de la casa roja*, *Montecristo*, *Los tres Mosqueteros*, etc., aunque también acoge obras de varios autores clásicos, como Shakespeare, Goethe, Calderón, Schiller, antes de quebrar económicamente en 1850.

Pero antes, y sobre todo en esos años en los que se aparta de la escena se dedica a su otra gran pasión: los viajes. «*Voyager c'est vivre dans toute plénitude du mot...*», dice, y recorre Europa, el norte de África, parte de Asia, Rusia, Siria, etc., pero sobre todo se apasiona por lo que entonces se llama Levante, u Oriente, esa gran obsesión a la que vuelve una y otra vez en sus obras y que encontramos, como tema recurrente, en *El conde de Montecristo*.

En los relatos de sus viajes, titulados *Impresiones de viaje* se nos descubre como un prosista brillante, lleno de imaginación y de fuerza descriptiva, relatos que son el germen de muchas de sus novelas y su verdadero laboratorio literario.

Publica sin cesar a lo largo de los años treinta, pero hay un punto de inflexión también en el éxito de su prosa como lo hubo en la escena. Sus editores, deseosos de conseguir el éxito de Eugène Sue con la publicación por entregas de *Los Misterios de París* en *Le Journal des Débats*, invitan a Alexandre Dumas a dedicarse a este tipo de novelas de enorme seguimiento popular. Se inicia con sus *Impresiones de viajes en París*, con un gran éxito, y sigue con más *Impressions*, pero sus editores le piden más novela y menos «impresiones». Y lo que en principio era una estrategia editorial se convierte en un éxito sin precedentes y en la dedicación absoluta de Dumas. Sus novelas por entregas se suceden, un torrente de obras, publicando en ocasiones dos o tres a la vez en diferentes periódicos. Mantiene en vilo a los lectores día a día, que se entusiasman por esa clase de novela histórica, que popularizó sir Walter Scott (1771-1832) en el Reino Unido, pero que en Francia tiene un creador indiscutible que es Dumas con su trilogía de los mosqueteros: *Los tres mosqueteros*, *Veinte años después*, *El vizconde de Bragelonne*; o la de los Valois: *La reina Margot*, *La dama de Monsoreau*, *Los Cuarenta y cinco*; o la tetralogía de *Memorias de un médico*, por señalar las de mayor trascendencia.

Pero a pesar del éxito popular, o tal vez a causa de él, y de lo que él considera su misión —no sólo entretener a los lectores que saben, sino la de instruir al pueblo, que desconoce su propia historia, etc.— viene la crítica de las instancias más oficiales de la literatura de la época: acusaciones de plagio, de poco rigor histórico, de la utilización de autores

desconocidos, de lo que llaman despectivamente «una fábrica de novelas», o ataques a su, siempre excesiva, vida privada.

Nunca entró en la Académie Française, por ejemplo, mientras que su hijo (1824-1895), el autor de uno de los mayores éxitos teatrales del siglo XIX, *La dama de las Camelias*, que fue escrita en principio como novela, es recibido en la Academia con todos los honores. Allí donde el padre destaca por su vida disoluta, el hijo, escritor y dramaturgo también, forma parte de la buena sociedad, lleno de prudencia y de vida modélica.

En cuanto a la acusación de utilizar colaboradores en sus obras, es un hecho probado. Dos de ellos son conocidos: Auguste Maquet, con el que mantiene algunos conflictos por problemas de dinero, y más tarde Gaspard de Cherville, y seguramente alguno más, pero esta práctica, sobre todo en el teatro, era en su tiempo más la regla que la excepción.

El caso es que su popularidad no va unida a la consideración de autor serio de la que gozan otros autores, como Hugo, Balzac y otros grandes de la literatura francesa del momento.

Entre sus contemporáneos, algunos ilustres novelistas, como Honoré de Balzac, hacen una crítica mordaz a sus obras; otros, sin embargo, como Maxime du Camp, ya citado, dice: «*Le plus grand événement littéraire de son temps*» («El mayor acontecimiento literario de su época») refiriéndose al drama *Enrique III y su corte*; el historiador Jules Michelet (1798-1874) le dijo un día que había enseñado más historia al pueblo que todos los historiadores reunidos.

Y entre amigos y enemigos, la figura siempre exuberante de Victor Hugo, quien, a pesar de su relación bastante tempestuosa con Dumas en vida, escribe a Alexandre Dumas, hijo, a la muerte del padre: «[...] ninguna popularidad en este siglo ha sobrepasado a la de Alexandre Dumas; sus éxitos son más que éxitos: son triunfos; tienen el estruendo de las trompetas. El nombre de Alexandre Dumas es más que francés, europeo; más que europeo, universal [...] es uno de los hombres a los que podemos llamar sembradores de civilización [...] fecunda las almas, los cerebros, las inteligencias; crea la sed de leer; ahonda el ingenio humano [...]».

Y más adelante: «[...] seduce, fascina, interesa, divierte, enseña [...]»; o también: «[...] una obra clamorosa, innumerable, múltiple, deslumbrante, dichosa». O Georges Sand que le llama «*le génie de la vie*».

Sea como fuere, la historia se ha encargado de vengar —puesto que de venganzas trata la obra que nos ocupa— y de vengar con creces, ese menosprecio de la llamada literatura seria con el rutilante éxito de lectores de su tiempo y de todos los tiempos posteriores hasta hoy mismo.

Ni siquiera sería preciso reseñar las innumerables traducciones a casi todos los idiomas conocidos, y otras tantas adaptaciones al teatro, cine, televisión, etc. De todas esas adaptaciones, el lector debe saber, como casi siempre ocurre en las adaptaciones, que ninguna supera al relato del autor.

En nuestros días, dos hombres de letras reivindican a Dumas como a uno de los grandes escritores universales del siglo XIX; le reconocen como pionero del drama romántico, de la novela histórica, prosista brillante, y sobre todo creador indiscutible de dos grandes mitos: *El conde de Montecristo* y *Los tres mosqueteros*.

Uno de estos hombres, Dominique Fernández (París, 1929), preside desde 2006 La société des amis d'Alexandre Dumas, y en su obra: *Les douze muses d'Alexandre Dumas* (Grasset, 1999), señala:

Dumas es un escritor que nunca ha sido estudiado ni en el liceo ni en la universidad. Está considerado como un «autor de pacotilla», un autor a quien no se le puede tomar en serio. Aunque se le han dedicado numerosas biografías, mi libro es el primer ensayo literario sobre Dumas publicado en Francia. Para mí, Dumas está en el mismo plano que Balzac o que Hugo, y he querido que se sepa.

Y Claude Schopp, *docteur de lettres*, profesor en diferentes universidades europeas y editor crítico de obras conocidas y desconocidas de Alexandre Dumas, que dedica su vida a la rehabilitación del autor y preside los *Cahiers de Dumas*. Su obra *Alexandre Dumas en bras de chemise* (París, Maisonneuve et Larose, 2002) es una recopilación de

textos dispersos, testimonios de sus coetáneos y otros, sobre la obra de Alexandre Dumas.

Sobre el origen de *El conde de Montecristo*, el mismo Dumas cuenta, en lo que él llama «El estado civil del conde de Montecristo» publicado dentro de un grupo de relatos llamado *Causeries*, que la primera vez que oyó el nombre de Montecristo fue entre 1841 y 1842 en un viaje con el príncipe Jérôme Bonaparte, sobrino del emperador, por las islas del Mediterráneo, con la intención, sobre todo, de mostrar al príncipe la famosa isla de Elba.

Cuando sus editores le proponen sus *Impressions dans Paris*, rescata ese nombre, más una pequeña anécdota de un hecho real, y con esos ingredientes, en colaboración con Maquet, inicia los capítulos por entregas.

Y entre 1844 y 1846 fascina a los lectores, no sólo con *El conde*, sino también con otras novelas que ocupan simultáneamente las páginas de los periódicos del momento.

La historia de una venganza; muchos críticos resumen así *El conde de Montecristo*: un joven marino es acusado injustamente, permanece en prisión catorce años y tras conseguir huir y encontrar el tesoro prometido por su compañero de celda, dedica su dinero, sus conocimientos y su vida a vengarse de quienes le acusaron injustamente.

Tres partes que mantienen la unidad temática, cronológica y espacial: Marsella, Roma, París, que se corresponden con los espacios y los tiempos habitados por el héroe.

Marsella es la pasión y muerte del hombre, maltratado por el destino, para resucitar, saliendo del mar, con todos los poderes ya del héroe. Y hablamos de héroe, no referido al personaje principal de la novela, que también lo es, sino al personaje con todos los ingredientes del héroe al estilo griego; el semidios, arrastrado por un destino inesperado, de genealogía incierta, pues señala varios padres: su padre natural, el viejo Dantès, Morrel y, más tarde, Faria, como padre espiritual; héroe que reaparece con conocimientos adquiridos lejos de la sociedad, oculto al mundo, con la capacidad de distribuir el bien y el mal, dotado con esos

tres poderes: el poder del conocimiento, como fuente imprescindible de la vida, fruto de las enseñanzas del abate Faria; el poder del dinero, conseguido también a través de Faria y su tesoro escondido, pero más que nada dotado con el poder de su determinante voluntad de premiar a los buenos y castigar a los malos.

Roma es la aportación de Dumas al gusto por los viajes, por el lujo; el creador de historias en las que mezcla las aventuras divertidas del carnaval y los disfraces con los bandidos, el misterio de su orientalismo, las múltiples personalidades que encarna, sin definir exactamente ninguna, y ese patetismo del hombre, extraño al mundo, solo y atormentado, del héroe romántico byroniano. El nombre de la griega Haydée, por ejemplo, lo toma Dumas del poema *Don Juan*, de Byron.

Toda esa influencia y amor por Italia se manifiesta a lo largo de toda la obra, e incluso la analogía de los nombres Dantès y Dante, y la *Divina Comedia* como guía: el abate Faria como Virgilio conduciéndole hacia «la luz fulgurante» del conocimiento.

Pero, también, esta pasión y muerte del hombre tiene sus reminiscencias cristianas: el mismo nombre de Monte Cristo, Monte de Cristo, Monte Calvario: el camino de la deificación está marcado ya al inicio de la etapa de Roma. Como en el caso de Jesucristo, su existencia y su formación resultan desconocidas para sus contemporáneos, apareciendo, sin saber muy bien de dónde, a los treinta y tres años.

París, donde comienza a realizar su terrible venganza. Tanta que hacia la mitad del segundo volumen el lector empieza a preguntarse si Montecristo o, mejor dicho, si Edmond Dantès va a arrepentirse. No lo desvelaremos en el prólogo, pero, haga lo que haga al final, para los lectores es demasiado tarde; ya habíamos preparado todos, siguiendo su filosofía, nuestras pequeñas venganzas, habíamos reclamado nuestros pequeños derechos a emplear esa justicia del «ojo por ojo», una justicia que nos parecía más justa, si cabe la expresión, y que sobre todo satisfacía mejor nuestros deseos.

Nos sorprende la dureza del personaje, el trato que recibe Mercedes o en algún momento el hijo de esta, por ejemplo, o la influencia perversa que ejerce sobre la señora de Villefort, y otras venganzas. El héroe

Montecristo no es un héroe amable: es duro e implacable; más que el Cristo del Nuevo Testamento que habíamos señalado anteriormente, es el Dios vengador del Antiguo Testamento, el Dios Todopoderoso que se muestra por encima de los simples mortales, premiando o castigando.

Y en medio de todo ello, lo imaginario, lo fantástico, el mito: el tesoro escondido, el veneno «milagroso», los barcos que, aunque hundidos, regresan a puerto, los muertos en sus sudarios que «resucitan», los bandidos leyendo la vida de Julio Cesar o la de Alejandro Magno, las ruinas económicas que salen a flote, los paralíticos capaces de expresarse sin palabras, el vampirismo, la alquimia, la toxicología, el azar, el destino, todo mezclado en esa exuberancia sin límites de Dumas; la agilidad de una prosa clara, la línea argumental sencilla pero con personajes ricos en sus facetas, articulando diálogos ágiles que manejaba a la perfección como novelista que venía del teatro, pero también la prosa brillante y seductora, como cuando nos viste y desviste los fulgurantes amaneceres y atardeceres del Mediterráneo. Porque el mar es otro de los polos atrayentes de esta historia: todo empieza y acaba en el mar. En fin, todos los ingredientes propios para, como dice Victor Hugo, fascinar, seducir, divertir, enseñar.

Pero tenemos también el reflejo de la vida contemporánea, como un tratado de la vida cotidiana del «gran mundo»: los Cien Días de Napoleón, la Restauración monárquica, ese gobierno que hace exclamar a uno de los personajes: «si los gobiernos son elegibles, ¿por qué hemos elegido a este?».

Pero, ¿por qué será que no nos sorprende, no nos produce ni rechazo, ni una simple sonrisa, el arribismo de Danglars o de Morcerf, por ejemplo? Se ve que ya hemos sufrido todo un siglo XX de convulsos y revolucionarios cambios sociales como para sorprendernos.

Sí que habría que destacar el trato que da a los jóvenes —Julie, Haydée, Franz, Valentine, pero sobre todo a Maximilien Morrel—, porque, ¿cuáles son las enseñanzas que quiere transmitir a Maximilien, como él las había recibido del abate Faria? «Esperar y confiar» puesto que la vida es lo único que nos queda, y tomar conciencia de ella es la labor del hombre. Y eso, a pesar de todo, a pesar de que, como dice uno de los personajes: «La vida es el naufragio eterno de nuestras esperanzas». Nos

recuerda mucho a lo que leeremos más tarde en *El extranjero*, de Albert Camus. Al fin y al cabo, filosofía occidental: el hombre frente a la naturaleza, el hombre frente a Dios, el hombre frente al destino. Esto es lo que hay: la vida pura y dura, la vida llena de azarosos destinos, pero la vida sola frente a la nada.

Pilar Ruiz Ortega

CRONOLOGÍA

- 1802** Nació el 24 de julio en Villers-Cotterêts, Aisne. Su abuelo fue el marqués Antoine-Alexandre Davy de la Pailleterie casado con Marie-Céssette Dumas, una esclava negra de Santo Domingo.
- 1806** Su padre, Thomas Alexandre Davy de la Pailleterie, un general del ejército francés les dejó en la ruina al morir. Dumas tuvo que abandonar pronto sus estudios.
- 1823** Llegó a París, tras una primera experiencia como pasante de abogado. Gracias a su puesto de escribiente para el duque de Orléans, consiguió completar su formación de manera autodidacta.
- 1824** Tras un romance con la modista Marie-Catherine Lebay, tuvo a su hijo Alexandre, quien también se dedicó con éxito a la literatura.
- 1825** Escribió la pieza teatral *La caza y el amor* en colaboración con Adolphe de Leuven y P. J. Rousseau.
- 1829** Se produjo el verdadero inicio de su carrera como

dramaturgo, con *Enrique III y su corte*.

- 1831** Con *Antony* alcanzó su primer éxito. El 5 de marzo de ese año nació su hija Marie-Alexandrine, fruto de su relación con la actriz Belle Krebsamer.
- 1832** Incansable viajero (Suiza en 1832, Italia en 1835, Bélgica y Alemania en 1838 y otros grandes viajes posteriores) inició su producción de diarios de viajes titulados *Impresiones de viaje* (1835-1859), que lo convirtió en el primer maestro del gran reportaje.
- 1839-1851** Trabajó incontables horas al día y, con la ayuda de varios colaboradores, entre los que destacó Auguste Maquet, llegó a producir ochenta novelas, de desigual calidad. La mayoría de ellas pertenecen al género histórico o al de aventuras, en el que destaca *El conde de Montecristo*.
- 1840** Se casó brevemente con la actriz Ida Ferrier.
- 1844** Escribe *Los tres mosqueteros*, que significó su salto a la fama. Millonario gracias a sus múltiples ventas, fue dilapidando su fortuna debido al disipado ritmo de vida que llevaba con regalos lujosos, caprichos caros y multitud de amantes.
- 1846** Recorrió España y luego tomaron el barco *La Veloce* en el puerto de Cádiz, que los condujo a Argelia y Túnez. Las vivencias durante esos dos viajes se recogen en sus libros *De París a Cádiz* y *La Veloce*.
- 1848** Realizó una breve incursión en la política, pero se enemistó con Luis Felipe, y, tras un estrepitoso escándalo en las Tullerías, rechazó el nuevo régimen.

- 1850** Se exilió en Bélgica, acuciado por la deudas, donde terminó de redactar sus apasionantes *Memorias*, y continuó escribiendo nuevas novelas de aventuras.
- 1853** Regresó a Francia y fundó la revista satírica *El mosquetero*.
- 1858** Fue invitado por una acaudalada familia rusa a un viaje por Rusia, Georgia y las costas del mar Negro.
- 1859-** Abandonó Francia y se sumó a la expedición de Garibaldi en
1864 Sicilia. Se encargó de comprar armas para el revolucionario y este lo nombró conservador del museo de la ciudad. Nació su otra hija Micaela, de su relación con Emilia Cordier.
- 1870** Arruinado, vivió estos últimos años de su vida a costa de su hijo Alexandre Dumas en la casa de campo de su hijo en Puys donde falleció el 5 de diciembre.

Capítulo I

Marsella. La llegada

El 24 de febrero de 1815, el vigía de Notre-Dame de la Garde avistó el buque de tres palos, el *Pharaon*, que venía de Esmirna, Trieste y Nápoles.

Como de costumbre, el práctico salió rápidamente del puerto, pasó bordeando el castillo de If y fue a abordar el navío entre el cabo de Morgion y la isla de Rion.

Enseguida, como aún es costumbre, la plataforma del fuerte Saint-Jean se había llenado de curiosos; pues sigue siendo un gran acontecimiento en Marsella la llegada de un buque, sobre todo cuando ese buque, como el *Pharaon*, ha sido construido, aparejado y estibado en los astilleros de la antigua Focea y pertenece a un armador de la ciudad.

Mientras tanto el buque se iba acercando; había franqueado felizmente ese estrecho que algún movimiento volcánico formó entre la isla de Calasareigne y la isla de Jaros; había doblado Pomègue y navegaba bajo sus tres gavias, su gran foque y su vela cangreja, pero tan lentamente y con un ritmo tan triste que los curiosos, con ese instinto que presiente las desgracias, se preguntaban qué accidente podía haber ocurrido a bordo. Sin embargo, los expertos en navegación reconocían que, si había sucedido un accidente, no podía ser al barco mismo, pues el navío se aproximaba con

todas las condiciones de un navío perfectamente gobernado: el ancla preparada para el fondeo, los obenques del bauprés sueltos; y junto al práctico, que se disponía a dirigir al *Pharaon* por la estrecha entrada del puerto de Marsella, había un joven de gesto rápido y mirada activa, que vigilaba cada movimiento del navío y repetía cada orden dada por el práctico.

La vaga inquietud que planeaba entre la gente había hecho mella particularmente en uno de los espectadores de la explanada de Saint-Jean, de modo que no pudo esperar a la entrada del buque en el puerto; saltó a un pequeño bote y ordenó remar para ir al encuentro del *Pharaon*, a quien alcanzó frente a la ensenada de la Reserve.

Al ver venir a este hombre, el joven marino dejó su puesto junto al práctico, y, sombrero en mano, vino a apoyarse en el pretil del barco.

Era un joven de dieciocho a veinte años, alto, esbelto, con unos hermosos ojos negros y cabello de ébano; toda su persona despedía ese aire tranquilo y resuelto propio de los hombres acostumbrados desde su infancia a luchar contra el peligro.

—¡Ah, es usted, Dantès! —gritó el hombre del bote—; ¿qué es lo que ha pasado, por qué ese aire de tristeza que se percibe a bordo?

—Una gran desgracia, señor Morrel —respondió el joven—, una gran desgracia, sobre todo para mí; a la altura de Civita-Vecchia hemos perdido al buen capitán Leclère.

—¿Y la carga? —preguntó rápidamente el armador.

—La carga llegó a buen puerto, señor Morrel, y creo que respecto a eso estará usted satisfecho; pero ese pobre capitán Leclère...

—¿Pues que le ocurrió? —preguntó el armador visiblemente aliviado—; ¿pues entonces qué le ocurrió, a ese buen capitán?

—Ha muerto.

—¿Se cayó al mar?

—No, señor; ha muerto de una fiebre cerebral, en medio de horribles sufrimientos.

Después, volviéndose hacia sus hombres:

—¡Vamos! —dijo—, ¡cada uno a su puesto para el fondeo!

La tripulación obedeció. Al instante, los ocho o diez marineros que la componían se lanzaron unos a las escotas, otros a las brazas, otros a las drizas, otros a los cabos bajos de los foques; finalmente, otros a cada briol de las velas.

El joven marino echó una indolente ojeada a todo ese comienzo de maniobra y, al ver que sus órdenes se iban ejecutando, volvió a su interlocutor.

—Y entonces, ¿cómo sucedió esa desgracia? —continuó el armador, retomando la conversación allí donde el marino la había interrumpido.

—Dios mío, señor, de la manera más imprevista: después de una larga conversación con el comandante del puerto, el capitán Leclère salió de Nápoles muy agitado; al cabo de veinticuatro horas le subió la fiebre; tres días después, murió.

»Le hicimos los funerales de ordenanza, y descansa a la altura de la isla de El Giglio, decentemente envuelto en un coy, con una bala de cañón del treinta y seis a los pies y otra a la cabeza. Le traemos a la viuda su cruz de honor y su espada. Sí que es una lástima —continuó el joven con una melancólica sonrisa—, guerrear diez años contra los ingleses para venir a morir en su cama, como todo el mundo.

—¡Hombre! Qué quiere usted, señor Edmond —repuso el armador que parecía consolarse cada vez más—, todos somos mortales, y es bien necesario que los viejos dejen el sitio a los jóvenes, sin eso no habría progreso, y puesto que usted me garantiza la carga...

—Está en buen estado, señor Morrel, se lo aseguro. Este es un viaje del que le aconsejo contar con no menos de 25.000 francos de beneficio.

Después, como acababa de sobrepasar el torreón:

—¡Listos para cargar las velas de la cofa, el foque y la cangreja! —gritó el joven marino—. ¡Rápido!

La orden se ejecutó casi con tanta rapidez como en un barco de guerra.

—¡Arriar y recoger velas!

Tras la última orden, todas las velas se arriaron y el navío se acercó de una manera casi insensible, navegando solamente por la impulsión dada.

—Y ahora, si quiere embarcar, señor Morrel —dijo Dantès viendo la impaciencia del armador—, ahí está su contable, el señor Danglars, que

sale de la cabina y que le dará toda la información que usted desee. En cuanto a mí, tengo que vigilar el fondeo y poner el navío en duelo.

El armador no esperó a que se lo dijera dos veces. Asió un cabo que le echó Dantès y, con una destreza que hubiera hecho honor a un hombre de mar, escaló los peldaños clavados en el flanco abombado del barco, mientras que Dantès, regresando a su puesto de segundo, cedía la conversación a quien había anunciado con el nombre de Danglars y que, saliendo de la cabina, iba efectivamente al encuentro del armador.

El recién llegado era un hombre de veinticinco a veintiséis años, de rostro bastante sombrío, obsequioso con sus superiores, insolente con sus subordinados. Es cierto que, además del título de agente contable, que siempre es motivo de repulsa para los marineros, era, generalmente, tan mal visto por la tripulación como, por el contrario, bien visto y estimado era Edmond Dantès.

—Y bien, señor Morrel —dijo Danglars—, ya conoce la desgracia, ¿no?

—Sí, sí, ¡pobre capitán Leclère! ¡Era un buen hombre honrado!

—Y un excelente marino, sobre todo, que había envejecido entre el cielo y el agua, como conviene a un hombre encargado de los intereses de una casa tan importante como la casa Morrel e hijo —respondió Danglars.

—Pero —dijo el armador siguiendo con la mirada a Dantès, que intentaba el fondeo—, pero me parece que no hay necesidad de ser tan marino viejo como usted dice, Danglars, para conocer su oficio, y ahí tiene a nuestro amigo Edmond, que cumple con el suyo, me parece, como hombre que no necesita pedir consejos a nadie.

—Sí —dijo Danglars echando a Dantès una aviesa mirada en la que brillaba un destello de odio—, sí, es joven, y no duda de nada. En cuanto murió el capitán tomó el mando sin consultar a nadie, y además nos hizo perder un día y medio en la isla de Elba en lugar de regresar directamente a Marsella.

—En cuanto a tomar el mando del navío —dijo el armador— era su deber como segundo; en cuanto a perder un día y medio en la isla de Elba, ahí se equivocó, a menos que el navío tuviera que reparar alguna avería.

—El navío estaba tan bien como yo, y como deseo que lo esté usted, señor Morrel; y esa jornada y media se perdió por puro capricho, por el gusto de bajar a tierra, eso es todo.

—Dantès —dijo el armador volviéndose hacia el joven—, venga aquí.

—Perdón, señor —dijo Dantès—, enseguida estoy con usted.

Después, dirigiéndose a la tripulación:

—¡Fondeo! —dijo.

Rápidamente cayó el ancla y la cadena se deslizó ruidosamente. Dantès se quedó en su puesto, a pesar de la presencia del práctico, hasta que esta última maniobra se vio concluida; después, añadió:

—¡Bajen el gallardete a medio mástil, pongan la bandera a media asta, embiquen las vergas!

—Ve usted —dijo Danglars—, se cree ya capitán, palabra.

—Y de hecho lo es —dijo el armador.

—Sí, salvo la firma de usted y la de su socio, señor Morrel.

—¡Hombre! ¿Por qué no íbamos a dejarle en ese puesto? —dijo el armador—. Es joven, ya lo sé, pero me parece muy apropiado y muy experimentado en su oficio.

Una nube pasó por la frente de Danglars.

—Perdón, señor Morrel —dijo Dantès al acercarse—; ahora que el navío está fondeado, ya soy todo suyo, me ha llamado usted, ¿verdad?

Danglars retrocedió un paso.

—Yo quería preguntarle, Dantès, por qué se detuvo usted en la isla de Elba.

—Lo ignoro, señor, era para cumplir la última orden del capitán Leclère, que, al morir, me remitió un paquete para el gran mariscal Bertrand.

—¿Entonces le vio usted, Edmond?

—¿A quién?

—Al gran mariscal.

—Sí.

Morrel miraba a su alrededor y atrajo a Dantès aparte.

—¿Y cómo está el emperador? —preguntó rápidamente.

—Bien, tal como pude juzgar por mis propios ojos.

—¿Así que usted vio también al emperador?

—Entró donde el mariscal cuando yo estaba con él.

—¿Y le habló usted?

—Mejor decir que fue él quien habló conmigo, señor —dijo Dantès sonriendo.

—¿Y qué le dijo?

—Me hizo preguntas sobre el buque, sobre la fecha en la que zarparía hacia Marsella, sobre la ruta que había seguido y sobre la carga que llevaba. Creo que si hubiera estado vacío y que si yo hubiera sido el dueño, su intención hubiera sido comprarlo; pero le dije que yo era un simple segundo, y que el buque pertenecía a la casa Morrel e hijo. «¡Ah!», dijo, «la conozco. Los Morrel son armadores de padre a hijo, y había un Morrel que servía en el mismo regimiento que yo, cuando yo estaba en guarnición en Valence».

—¡Eso es cierto, pardiez! —exclamó el armador todo gozoso—; era Policar Morrel, mi tío, que llegó a capitán. Dantès, dirá a mi tío que el emperador se acordó de él, y le verá llorar, al viejo veterano. Vamos, vamos —continuó el armador, dando una palmada amistosa en el hombro del joven—, hizo usted bien, Dantès, en seguir las instrucciones del capitán Leclère, y deteniéndose en la isla de Elba, aunque, si se supiera que remitió un paquete al mariscal y que habló con el emperador, podría comprometerle.

—¿Y en qué iba a comprometerme, señor? —dijo Dantès—. Ni siquiera sé lo que llevaba, y el emperador no me hizo más preguntas de las que hubiera hecho a cualquier recién llegado. Pero, perdón —repuso Dantès—, aquí vienen sanidad y aduanas; me permite, ¿verdad?

—Vaya, vaya, mi querido Dantès.

El joven se alejó y, mientras se alejaba, se acercó Danglars.

—Y bien —preguntó—, ¿parece que le ha dado buenas razones para haber fondeado en Portoferraio?

—Excelentes razones, mi querido señor Danglars.

—¡Ah! Mejor así —respondió este—, pues siempre es penoso ver a un compañero que no cumple con su deber.

—Dantès sí ha cumplido con el suyo —respondió el armador—, y no hay nada más que decir. Era el capitán Leclère quien le había ordenado esa escala.

—A propósito del capitán Leclère, ¿no os ha remitido una carta suya?

—¿Quién?

—Dantès.

—¡A mí, no! ¿Es que tenía una carta?

—Yo creía que, además del paquete, el capitán Leclère le había confiado una carta.

—¿De qué paquete habla usted, Danglars?

—¡Pues del que Dantès depositó al pasar por Portoferraio!

—¿Cómo sabe usted que había un paquete que depositar en Portoferraio?

Danglars se sonrojó.

—Yo pasaba por delante de la puerta del capitán que estaba entreabierta, y vi que entregaba ese paquete y esa carta a Dantès.

—No me ha dicho nada —dijo el armador—; pero si existe esa carta, me la entregará.

Danglars reflexionó un instante.

—Entonces, señor Morrel, se lo ruego, no hable de esto con Dantès; me habré equivocado.

En ese momento el joven volvía; Danglars se alejó.

—Y bien, mi querido Dantès, ¿ya está usted libre? —preguntó el armador.

—Sí, señor.

—La cosa no ha sido larga.

—No, di al aduanero la lista de nuestras mercancías; y en cuanto a la Oficina de Sanidad, enviaron con el práctico a un hombre a quien entregué nuestros papeles.

—¿Entonces ya no tiene usted nada más que hacer aquí?

Dantès echó una rápida ojeada a su alrededor.

—No, todo está en orden —dijo.

—¿Entonces podrá usted venir a comer con nosotros?

—Discúlpeme, señor Morrel, discúlpeme, se lo ruego, pero debo a mi padre la primera visita. No por eso dejo de agradecerle el honor que usted me hace.

—Es justo, Dantès, es justo. Ya sé que es usted un buen hijo.

—¿Y... —preguntó Dantès con cierta duda—, mi padre está bien de salud, que usted sepa?

—Pues creo que sí, mi querido Edmond, aunque no le he visto.

—Sí, se queda demasiado encerrado en su casa.

—Al menos eso prueba de que no le falta de nada cuando usted está ausente.

Dantès sonrió.

—Mi padre es orgulloso, señor, y aunque le faltara de todo, dudo que pidiera algo a alguien, excepto a Dios.

—Y bien, después de esa primera visita, contamos con usted.

—Discúlpeme de nuevo, señor Morrel; pero después de esa primera visita tengo una segunda que no me preocupa menos que la primera.

—¡Ah! Es cierto, Dantès; olvidaba que hay en Les Catalans alguien que debe esperarle con no menos impaciencia que su padre de usted; la bella Mercedes.

Dantès sonrió.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo el armador—. No me extraña que la joven haya venido tres veces a preguntar por el *Pharaon*. ¡Pestes! Edmond, no es usted digno de lástima, ¡vaya una guapa amante que tiene usted!

—No es mi amante, señor —dijo seriamente el joven marino—; es mi prometida.

—A veces se es ambas cosas —dijo el armador riendo.

—No para nosotros, señor —respondió Dantès.

—Vamos, vamos, mi querido Edmond —continuó el armador—, que no quiero retenerle; demasiado bien ha llevado usted mis asuntos como para que no le deje yo todo su tiempo para llevar a cabo los suyos. ¿Necesita usted dinero?

—No, señor; tengo toda mi nómina del viaje, es decir, cerca de tres meses de sueldo.

—Es usted un muchacho formal, Edmond.

—Añada usted que tengo un padre pobre, señor Morrel.

—Sí, sí, ya sé que es usted un buen hijo. Vaya, pues, a ver a su padre; yo también tengo un hijo, y odiaría a quien después de un viaje de tres meses, le retuviera lejos de mí.

—Entonces, ¿me permite? —dijo el joven despidiéndose.

—Sí, si no tiene usted nada más que decirme.

—No.

—¿El capitán Leclère no le dio, al morir, una carta para mí?

—Le hubiera sido imposible escribirla, señor; pero eso me recuerda que tendré que pedirle un permiso de quince días.

—¿Para casarse?

—Primeramente, sí; después, para ir a París.

—¡Bueno!, ¡bueno! Se tomará usted el tiempo que desee, Dantès; descargar el buque nos llevará unas seis semanas, y no embarcaremos antes de tres meses... Solamente que, dentro de tres meses, tendrá usted que estar aquí. El *Pharaon* —continuó el armador con una palmada en el hombro del joven marino—, no podría zarpar sin su capitán.

—¡Sin su capitán! —exclamó Dantès con los ojos brillantes de alegría—. Mire usted bien lo que dice, señor, pues acaba usted de dar respuesta a las más secretas esperanzas de mi corazón. ¿Acaso es su intención nombrarme capitán del *Pharaon*?

—Si fuera sólo yo, le estrecharía la mano, mi querido Dantès, y le diría: «eso está hecho». Pero tengo un socio, y ya conoce usted el proverbio latino: *Che a compagne a padrone*. Pero la mitad del trabajo está hecho, al menos, puesto que de dos votos ya tiene usted uno. Confíe en mí para obtener el otro y yo haré todo lo que pueda.

—¡Oh! Señor Morrel —exclamó el joven marino, cogiendo las manos del armador con lágrimas en los ojos—; señor Morrel, se lo agradezco, en nombre de mi padre y de Mercedes.

—Está bien, está bien, Edmond, hay un Dios en el Cielo para las buenas personas, ¡qué diablos! Vaya usted a ver a su padre, a ver a Mercedes, y vuelva a verme después.

—¿Pero no quiere que le lleve a tierra?

—No, gracias; me quedo para arreglar cuentas con Danglars. ¿Ha estado usted satisfecho de él durante el viaje?

—Eso depende del sentido que quiera usted dar a esa pregunta, señor. Si es como buen compañero, no, pues creo que no le gusto mucho desde el día en el que cometí la tontería, tras una pequeña querrela que tuvimos entre los dos, de proponerle que nos detuviéramos diez minutos en la isla de Montecristo para resolver esa querrela; propuesta que reconozco que fue equivocada por mi parte, como acertada fue la suya al rechazarla. Si el sentido de su pregunta es como sobrecargo, creo que no tengo nada que decir y que usted estará satisfecho de cómo ha cumplido con su tarea.

—Pero —preguntó el armador—, veamos, Dantès, ¿si usted fuera el capitán del *Pharaon*, mantendría a Danglars con gusto?

—Capitán o segundo, señor Morrel —respondió Dantès—, tendré siempre la mayor consideración por quienes tengan la confianza de mis armadores.

—Vamos, vamos, Dantès, veo que es usted un buen muchacho en todos los sentidos. No quiero retenerle más; vaya, pues ya veo que está sobre ascuas.

—¿Tengo entonces ese permiso? —preguntó Dantès.

—Vaya, le digo.

—¿Me permite que coja su bote?

—Cójalo.

—Adiós, señor Morrel y mil veces gracias.

—Adiós, mi querido Edmond, ¡buena suerte!

El joven marino saltó al bote, fue a sentarse a popa y dio la orden de atracar en La Canebière. Dos marineros se inclinaron enseguida sobre los remos y la embarcación se deslizó tan rápidamente como era posible, en medio de miles de barcas que obstruían la especie de calle que lleva, entre dos filas de buques, de la entrada del puerto al muelle de Orleáns.

El armador le siguió con la mirada sonriendo hasta la orilla, le vio saltar al pavimento del muelle y perderse enseguida en medio de esa masa abigarrada que, desde las cinco de la mañana a las nueve de la noche, atesta esa famosa calle de La Canebière, de la que los focos modernos están tan orgullosos que dicen, con la seriedad más grande del mundo, y

con ese acento que concede tanto carácter a lo que dicen: «si París tuviera La Canebière, París sería una pequeña Marsella».

Cuando se dio la vuelta, el armador vio detrás de él a Danglars que, en apariencia, parecía esperar sus órdenes, pero que, en realidad, como él, seguía al joven marino con la mirada.

Solamente que había una gran diferencia en la expresión de esa doble mirada que seguía al mismo hombre.

Capítulo II

Padre e hijo

Dejemos a Danglars, presa del instinto del odio, intentando soplar al oído del armador alguna maligna suposición contra su compañero, y sigamos a Dantès quien, después de haber recorrido La Canebière en toda su longitud, toma la calle de Noailles, entra en una pequeña casa situada al lado izquierdo de las Allées de Meilhan, sube con rapidez los cuatro pisos de una oscura escalera y, sujetándose a la barandilla con una mano y comprimiendo con la otra los latidos de su corazón, se detiene ante la puerta entreabierta por la que se ve una pequeña habitación hasta el fondo.

Esta era la vivienda que habitaba el padre de Dantès.

La noticia de la llegada del *Pharaon* no era aún conocida por el anciano, que se ocupaba, subido en una silla, en colocar con mano temblorosa algunas capuchinas mezcladas con clemátides que subían trepando a lo largo del enrejado de la ventana.

De repente, se sintió abrazado en todo su cuerpo y una voz bien conocida exclamó detrás de él:

—¡Padre, mi querido padre!

El anciano dio un grito y se dio la vuelta; después, al ver a su hijo, se dejó caer en sus brazos todo tembloroso y pálido.

—¿Qué te ocurre, padre? —exclamó el joven inquieto—. ¿No estarás enfermo?

—No, no, mi querido Edmond, hijo mío, mi niño, no; pero es que no te esperaba y la alegría, la emoción de verte así, de improviso... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Me parece que me voy a morir!

—Y bien, tranquilízate, padre, ¡soy yo, soy yo! Siempre se dice que la alegría no hace daño, por eso he entrado así, sin avisar. Veamos, sonríeme en lugar de mirarme así, como lo haces, con la mirada perdida. He vuelto y vamos a ser felices.

—¡Ah! ¡Mejor así, muchacho! —repuso el anciano—. ¿Pero cómo vamos a ser felices? ¿Es que ya no te volverás a marchar? Veamos, ¡cuéntame tu alegría!

—¡Que el Señor me perdone —dijo el joven—, por alegrarme de una dicha que surge con el duelo de una familia! Pero Dios sabe que yo no hubiese deseado así esta felicidad; sucedió y no tengo la fuerza de afligirme por ello: el buen capitán Leclère ha muerto, padre, y es probable que con la protección del señor Morrel obtenga yo su puesto. ¿Lo comprende usted, padre? ¡Capitán a los veinte años! ¡Con cien luises de salario y una participación en los beneficios! ¿No es más de lo que podría esperar un pobre marinero como yo?

—Sí, hijo mío, sí, en efecto —dijo el anciano—, es una gran suerte.

—Además quiero que, con el primer dinero que gane, usted tenga una casita, con jardín para plantar sus clemátides, sus capuchinas y sus madresevas, padre... pero, ¿qué te ocurre, padre? ¡Se diría que te encuentras mal!

—¡Paciencia, paciencia! No será nada.

Y faltándole las fuerzas, el viejo cayó hacia atrás.

—¡Veamos, veamos! —dijo el joven—. Un vaso de vino, padre, eso le reanimará. ¿Dónde guarda usted el vino?

—No, gracias, no busques; no lo necesito —dijo el anciano intentando retener a su hijo.

—Sí, padre, sí, dígame dónde.

Y abrió dos o tres armarios.

—Es inútil... —dijo el anciano—, no queda vino.

—¡Cómo que no queda vino! —dijo palideciendo a su vez Dantès, mirando alternativamente las mejillas hundidas y pálidas del anciano y los armarios vacíos—, ¡cómo que no queda vino! ¿Acaso le ha faltado a usted dinero?

—No me ha faltado de nada, puesto que ya estás aquí —dijo el viejo.

—Sin embargo —balbuceó Dantès secándose el sudor que le caía de la frente—, sin embargo yo le dejé doscientos francos, hace tres meses, cuando me fui.

—Sí, sí, Edmond, es cierto; pero olvidaste al marchar una pequeña deuda al vecino Caderousse; me la reclamó diciéndome que si yo no le pagaba iría a cobrarla a casa del señor Morrel. Entonces, comprendes, por miedo a que te causara algún problema...

—¿Y bien?

—Y bien, se la pagué yo.

—¡Pero —exclamó Dantès—, eran ciento cuarenta francos lo que yo le debía a Caderousse!

—Sí —balbuceó el anciano.

—¿Y usted se los dio de esos doscientos francos que le dejé?

El anciano asintió con la cabeza.

—¡De manera que usted ha vivido tres meses con sesenta francos! —murmuró el joven.

—Ya sabes que yo necesito muy pocas cosas —dijo el anciano.

—¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío, perdóneme! —exclamó Edmond poniéndose de rodillas ante el buen hombre.

—¿Pero qué haces?

—¡Oh! Me ha roto el corazón.

—¡Bah! Ya estás aquí —dijo el anciano sonriendo—; ahora todo está olvidado, pues todo está bien.

—Sí, aquí estoy —dijo el joven—, con un buen porvenir y un poco de dinero. Tenga, padre —dijo—, tenga, tenga y encargue que le traigan algo enseguida.

Y se vació sobre la mesa los bolsillos que contenían una docena de monedas de oro, cinco o seis escudos de cinco francos y calderilla.

El rostro del viejo Dantès se iluminó.

—¿De quién es eso?

—¡Pues, mío!... ¡tuyo!... ¡nuestro! Toma, compra provisiones, alégrate, y mañana habrá más.

—Despacio, despacio —dijo el anciano sonriendo—; con tu permiso, usaré moderadamente de tu bolsa, pues si me vieran comprar demasiadas cosas a la vez, creerían que me he visto obligado a esperar tu regreso para comprarlas.

—Como quieras; pero antes que nada, coge una sirvienta, padre, no quiero que te quedes más solo. Tengo café de contrabando y excelente tabaco en un cofre pequeño en la bodega del barco, lo tendrás mañana. Pero, ¡chsss! Llega alguien.

—Es Caderousse que habrá sabido que llegabas y viene sin duda a felicitarte por tu buen regreso.

—Bueno, más labios que dicen una cosa mientras que el corazón piensa otra —murmuró Edmond—; pero, no importa, es un vecino que nos hizo algún favor en el pasado, que sea bienvenido.

En efecto, en el momento en el que Edmond acababa esa frase en voz baja, asomó, en medio de la puerta del descansillo, la cabeza negra y barbuda de Caderousse. Era un hombre de veinticinco a veintiséis años; llevaba en la mano un trozo de tela que, en su calidad de sastre, se apresuraba a cambiar en el revés de un traje.

—¡Eh! ¡Así que ya estás de vuelta, Edmond! —dijo con un acento marsellés de lo más marcado y con una amplia sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes blancos como el marfil.

—Ya lo ve usted, vecino Caderousse, aquí estoy, y dispuesto a servirle en lo que sea —respondió Dantès disimulando mal su frialdad bajo ese ofrecimiento de servicio.

—Gracias, gracias; pero gracias a Dios no necesito nada, y son incluso los demás los que necesitan de mí —Dantès hizo un gesto—. No digo esto por ti, muchacho; te presté dinero y me lo devolviste; eso se hace entre buenos vecinos, y estamos en paz.

—Nunca se está en paz con quienes nos han hecho un favor —dijo Dantès—, pues cuando ya no se les debe dinero, se les debe agradecimiento.

—¡Para qué hablar de eso! Lo pasado, pasado está. Hablemos de tu feliz retorno, muchacho. Resulta que yo iba por el puerto para surtirme de paño marrón cuando me encontré al amigo Danglars.

»“¿Tú en Marsella?”, le dije.

»“Pues sí, claro”, me respondió.

»“Te creía en Esmirna.”

»“Podría ser, puesto que vuelvo de allí.”

»“Y Edmond, ¿por dónde anda, el muchacho?”

»“Pues en casa de su padre, sin duda”, respondió Danglars. Entonces vine para acá —continuó Caderousse—, para tener el gusto de estrechar la mano a un amigo.

—Este buen Caderousse —dijo el anciano—, ¡nos aprecia tanto!

—¡Claro que les aprecio, y que les estimo además, dado que no es fácil encontrar buena gente! ¡Pero parece que eres rico, muchacho! —continuó el sastre echando una mirada oblicua al puñado de oro y de plata que Dantès había puesto en la mesa.

El joven observó el rayo de codicia que iluminó los ojos negros de su vecino.

—¡Eh!, ¡Dios mío! Este dinero no es mío —dijo negligentemente—; yo le decía a mi padre el temor de que le hubiera faltado algo en mi ausencia y, para tranquilizarme, ha vaciado su bolsa sobre la mesa. Vamos, padre —continuó Dantès—, vuelva a meter ese dinero en la hucha; a menos que el vecino Caderousse no lo necesite a su vez, en cuyo caso está a su servicio.

—No, no, muchacho —dijo Caderousse—, yo no necesito nada, y gracias a Dios el oficio alimenta al hombre. Guarda tu dinero, guárdalo; nunca se tiene demasiado, lo que no impide que no te agradezca tu ofrecimiento como si lo hubiera disfrutado.

—Lo hacía de todo corazón —dijo Dantès.

—Y no lo dudo. Y bien, te veo muy bien avenido con el señor Morrel, ¡vaya niño mimado que estás hecho!

—El señor Morrel ha sido siempre muy amable conmigo —respondió Dantès.

—En ese caso, no has hecho bien al no aceptar su invitación a cenar.

—¿Cómo que rechazar su invitación a cenar? —repuso el viejo Dantès—. ¿Es que te había invitado a cenar?

—Sí, padre —repuso Edmond sonriendo del asombro que causaba en su padre el excesivo honor del que era objeto su hijo.

—¿Y por qué no has aceptado, hijo? —preguntó el anciano.

—Para venir a verle a usted cuanto antes, padre —respondió el joven—; estaba ansioso por verle.

—Eso le habrá contrariado, a ese buen señor Morrel —repuso Caderousse—; y cuando uno aspira a ser capitán, es un error contrariar al armador.

—Ya le expliqué la causa de mi negativa —repuso Dantès—, y él lo comprendió, espero.

—¡Ah! Pero es que para ser capitán hay que halagar un poco a los patronos.

—Pues yo espero ser capitán sin necesidad de eso —respondió Dantès.

—¡Mejor así, mejor así! Eso gustará a todos los antiguos amigos, y sé de alguno, allá, detrás de la ciudadela de Saint-Nicolas, que no estará descontento.

—¿Mercedes? —dijo el viejo.

—Sí, padre —repuso Dantès—, con su permiso, ahora que ya le he visto, ahora que sé que está usted bien y que tiene todo lo que necesita, le pido permiso para ir a hacer una visita a Les Catalans.

—Ve, hijo, ve —dijo el viejo Dantès—, y que Dios te bendiga con tu mujer como me ha bendecido a mí con mi hijo.

—¡Su mujer! —dijo Caderousse—. ¡Cómo exagera usted, compadre Dantès! ¡Todavía no lo es, me parece!

—No, pero según todas las probabilidades —respondió Edmond—, no tardará en serlo.

—No importa, no importa —dijo Caderousse—, has hecho bien en darte prisa, muchacho.

—¿Y eso por qué?

—Porque la Mercedes es una chica muy guapa, y porque a las chicas guapas no les faltan enamorados; a esa sobre todo la siguen por docenas.

—¿De verdad? —dijo Edmond con una sonrisa bajo la que se perfilaba un ligero matiz de inquietud.

—¡Oh! Sí —replicó Caderousse—, e incluso buenos partidos; pero, ya sabes, tú vas a ser capitán, ¡se guardará mucho de rechazarte!

—Lo que quiere decir —repuso Dantès con una sonrisa que disimulaba mal su inquietud—, que si yo no fuera capitán...

—¡Eh!, ¡eh! —exclamó Caderousse.

—Vamos, vamos —dijo el joven—, yo tengo mejor opinión que usted de las mujeres en general y de Mercedes en particular, y estoy convencido de que, capitán o no, me será fiel.

—¡Mejor así!, ¡mejor así! —dijo Caderousse—. Cuando uno se va a casar siempre es bueno tener fe; pero, no importa; créeme, muchacho, no pierdas tiempo y ve a anunciarle tu llegada y a hacerle partícipe de tus esperanzas.

—Ya voy —dijo Edmond.

Besó a su padre, saludó a Caderousse con un gesto y salió.

Caderousse se quedó un momento más, después, despidiéndose del viejo Dantès, bajó a su vez y fue a encontrarse con Danglars que le esperaba en la esquina de la calle Senac.

—Y bien —dijo Danglars—, ¿le has visto?

—Acabo de dejarle —dijo Caderousse.

—¿Y te ha hablado de que espera ser capitán?

—Habla como si ya lo fuera.

—¡Paciencia! —dijo Danglars—, se precipita un poco, me parece.

—¡Hombre! Parece que así se lo ha prometido el señor Morrel.

—¿De manera que está contento?

—Mejor decir que está insolente; ya me ha ofrecido sus servicios como si fuera un gran personaje; me ha ofrecido prestarme dinero como si fuera un banquero.

—¿Y usted lo ha rechazado?

—Perfectamente; aunque hubiese podido aceptar, dado que fui yo quien le puso en la mano las primeras monedas de plata que ha manejado. Pero ahora el señor Dantès no necesitará a nadie, ¡va a ser capitán!

—¡Bah! —dijo Danglars—. Todavía no lo es.

—A fe mía que estaría bien que no lo fuera —dijo Caderousse—, o si no, no va a haber quien le hable.

—Y si nosotros lo queremos de verdad —dijo Danglars— se quedará siendo lo que es, y quizá incluso llegue a ser menos de lo que es.

—¿Qué estás diciendo?

—Nada, estoy hablando solo. ¿Sigue estando enamorado de la bella catalana?

—Locamente enamorado. Ha ido a verla; pero o mucho me equivoco o tendrá algún disgusto por ese lado.

—Explícate.

—¿Para qué?

—Es más importante de lo que crees. ¿No te gusta Dantès, eh?

—No me gustan los arrogantes.

—Y bien, entonces dime lo que sabes relativo a la catalana.

—No sé nada positivamente, sólo que he visto cosas que me hacen creer, como te dije, que el futuro capitán tendrá algún disgusto por los alrededores del camino de Vieilles-Infirmières.

—¿Y qué viste? Vamos, di.

—Pues bien, vi que cada vez que Mercedes viene a la ciudad, viene acompañada por un muchachote catalán de ojos negros, con la tez rubicunda, muy moreno, muy vigoroso y a quien ella llama su primo.

—¡Ah!, ¿de verdad? ¿Y crees que ese primo le hace la corte?

—Lo supongo, ¿qué diablos puede hacer un muchacho de veintiún años a un guapa muchacha de diecisiete?

—¿Y dices que Dantès ha ido a Les Catalans?

—Se fue estando yo delante.

—Si fuéramos por allí podríamos pararnos en la Reserve, y tomando un vaso de vino de La Malgue, esperaríamos noticias.

—¿Y quien nos las dará, esas noticias?

—Estaríamos en el camino mismo y veríamos en la cara de Dantès lo que hubiera pasado.

—Vamos —dijo Caderousse—; ¿pero, pagas tú?

—Claro que sí —respondió Danglars.

Y ambos se encaminaron con paso rápido hacia el lugar indicado. Una vez allí, pidieron una botella y dos vasos.

El compadre Pamphile acababa de ver pasar a Dantès no hacía ni diez minutos.

Seguros de que Dantès estaba en Les Catalans, se sentaron bajo el verdor naciente de plátanos y de sicomoros, en cuyas ramas una alegre bandada de pájaros saludaba a uno de los primeros hermosos días de primavera.

Capítulo III

Les catalans

A cien pasos del lugar en el que los dos amigos, con la mirada puesta en el horizonte y el oído presto, se endosaban el vino espumoso de La Malgue, se levantaba, detrás de un cerro desnudo y carcomido por el sol y por el mistral, el pueblo de Les Catalans.

Un día, una misteriosa colonia salió de España y vino a abordar en la lengua de tierra en la que aún está hoy. Llegaba de no se sabe dónde y hablaba una lengua desconocida. Uno de sus jefes, que entendía el provenzal, pidió a la comuna de Marsella que les diese ese promontorio desnudo y árido, sobre el que, como los marineros de la Antigüedad, acababan de atracar sus naves. La demanda les fue acordada, y tres meses después, en torno a las doce o quince naves que habían traído esos *gitanos* del mar, se levantaba un pequeño pueblo.

Ese pueblo, construido de una manera rara y pintoresca, mitad moro, mitad español, es el que se ve hoy habitado por los descendientes de aquellos hombres, y que sigue hablando la lengua de sus padres. Desde hace tres o cuatro siglos, permanecen aún fieles a ese promontorio, sobre el que habían caído, como una bandada de pájaros de mar, sin mezclarse para nada con la población marsellesa, casándose entre ellos, y

conservando los usos y costumbres de su madre patria así como conservaban su lengua.

Nuestros lectores tienen que seguirnos a través de la única calle de ese pueblecito y entrar con nosotros en una de esas casas a las que el sol ha dado, por fuera, ese hermoso color de hoja seca propio de los edificios del país, y en su interior, una capa de encalado, esa pintura blanca que es el único adorno de las posadas españolas.

Una hermosa muchacha de cabellos negros como el azabache, de ojos aterciopelados como los de una gacela, estaba de pie, apoyada en un tabique, y deshacía entre sus afilados dedos, como de un dibujo antiguo, una rama de inocente brezo de la que iba arrancando las flores, y cuyos pétalos y ramitas alfombraban el suelo; además, sus brazos desnudos hasta el codo, sus brazos morenos, pero que parecían modelados sobre los de la Venus de Arlés, temblaban con una especie de impaciencia febril, y golpeaba el suelo con su pie flexible y arqueado, de manera que se entreveía la forma pura, orgullosa y atrevida de su pierna, prisionera en una media de algodón rojo con adornos grises y azules.

A tres pasos de ella, sentado en una silla que balanceaba con un movimiento brusco apoyando el codo en un viejo mueble carcomido, un muchacho alto, de veinte a veintidós años, la miraba con un aire en el que combatían la inquietud y el despecho; sus ojos interrogaban, pero la mirada firme y fija de la muchacha dominaba a su interlocutor.

—Vamos, Mercedes —decía el joven—, pronto va a ser Pascua, es el momento de celebrar la boda, ¡respóndame!

—¡Ya le he respondido cien veces, Fernand, y parece que es usted un enemigo de sí mismo, volviendo a preguntarme de nuevo!

—Pues bien, repítamelo otra vez, se lo ruego, repítamelo de nuevo para que yo pueda creerlo. Dígame por centésima vez que usted rechaza mi amor que su madre de usted aprobaba; hágame comprender bien que usted hace caso omiso de mi felicidad, que mi vida y mi muerte no significan nada para usted. ¡Ah!, ¡Dios mío, Dios mío! ¡Haber soñado durante diez años con ser su esposo, Mercedes, y perder esa esperanza que era la única meta de mi vida!

—No soy yo al menos quien haya avivado alguna vez esa esperanza, Fernand —respondió Mercedes—; no tiene usted que reprocharme ni una sola coquetería. Yo siempre le dije: «le quiero como a un hermano, y no exija nunca de mí otra cosa que esta amistad fraterna, pues mi corazón pertenece a otro». ¿No le dije siempre eso, Fernand?

—Sí, bien lo sé, Mercedes —respondió el joven—; sí, respecto a mí se ha dado usted el cruel mérito de la franqueza; ¿pero, olvida usted que entre los catalanes es una ley sagrada el casarse entre ellos?

—No, se equivoca usted, Fernand, no es una ley, es una costumbre, eso es todo; y créame, no invoque esa costumbre en su favor. Está usted reclutado, Fernand; la libertad que le dejan es simple tolerancia; de un momento a otro será llamado al servicio militar. Una vez que sea soldado, ¿qué haría usted conmigo, es decir, con una pobre huérfana, triste, sin fortuna, que por todo bien posee una cabaña casi en ruinas, en la que cuelgan unas redes gastadas, miserable herencia que mi padre dejó a mi madre y mi madre a mí? Desde que murió hace un año, piense, Fernand, que vivo casi de la caridad pública. Algunas veces finge usted que le soy útil, y todo por tener el derecho de compartir su pescado conmigo; y yo lo acepto, Fernand, porque es usted el hijo de un hermano de mi padre, porque nos criaron juntos y más aún porque, por encima de todo, le causaría demasiada pena si yo lo rechazase. Pero bien sé que ese pescado que voy a vender y del que saco dinero para comprar el cáñamo para tejer, bien sé, Fernand, que es una obra de caridad.

—¡Y qué importa, Mercedes, por muy pobre y sola que esté usted, me conviene más que la hija del más orgulloso armador o del más rico banquero de Marsella! Y a nosotros, ¿qué nos hace falta? Una mujer honrada y una buena ama de casa. ¿Dónde iba a encontrar yo a nadie mejor que a usted bajo esos dos conceptos?

—Fernand —respondió Mercedes moviendo la cabeza—, una se vuelve mala ama de casa y no se puede responder de seguir siendo una mujer honrada cuando se ama a otro hombre y no a su marido. Confórmese usted con mi amistad, pues, se lo repito, es todo lo que puedo prometer, y sólo prometo aquello que estoy segura de poder dar.

—Sí, comprendo —dijo Fernand—; usted soporta pacientemente su miseria pero tiene miedo de la mía. Y bien, Mercedes, si usted me quisiera, yo me iría a hacer fortuna; usted me aportaría suerte y yo volvería rico; puedo ir más allá de mi condición de pescador; puedo entrar como empleado en una tienda; ¡puedo incluso llegar a ser comerciante!

—Usted no puede hacer nada de eso, Fernand, usted es soldado. Y si aún está en Les Catalans, es porque no hay guerra. Siga, pues, siendo pescador; no tenga sueños que hacen a la realidad más terrible aún, y contétese con mi amistad, puesto que yo no puedo darle otra cosa.

—Y bien, tiene usted razón, Mercedes, seré marino; tendré, en lugar del atuendo de nuestros padres, que usted desprecia, tendré un sombrero de charol, una camisa de rayas y una chaqueta con anclas en los botones. ¿No es así como hay que ir vestido para gustarle a usted?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Mercedes lanzando una mirada imperativa—. ¿Qué quiere usted decir? No le entiendo.

—Quiero decir, Mercedes, que usted es tan dura y tan cruel conmigo porque espera a alguien que va vestido así. Pero ese a quien usted espera es, tal vez, inconstante, y si no lo es, el mar puede serlo por él.

—¡Fernand —exclamó Mercedes—, yo le creía buena persona, y me equivocaba! ¡Fernand, tiene usted mal corazón, pidiendo ayuda en sus celos a la cólera de Dios! Pues bien, sí, no me escondo, espero y amo a quien usted dice, y si no viene, en lugar de acusar a esa inconstancia que usted invoca, le diré que ha muerto sin dejar de amarme.

El joven catalán tuvo un gesto de rabia.

—Le comprendo, Fernand: la tomaría usted con él, porque yo no le amo; ¡cruzaría usted el cuchillo catalán contra su puñal! ¿Y qué ganaría con ello? Perder mi amistad si usted fuese el vencido; ver mi amistad transformada en odio, si fuese el vencedor. Créame, buscar pelea con un hombre es mal medio para conseguir agradar a la mujer que ama a ese hombre. No, Fernand, usted no puede dejarse llevar así por los malos pensamientos. Ya que no puede tenerme como mujer, se contentará con tenerme como amiga y hermana; además —añadió, con los ojos nublados y mojados de lágrimas—, espere, espere, Fernand: usted lo ha dicho hace

un momento, la mar es traicionera, y hace ya cuatro meses que él partió; ¡desde hace cuatro meses he contado tantas tempestades!

Fernand se quedó impasible; no intentó secar las lágrimas que le caían a Mercedes por las mejillas; y sin embargo, por cada una de esas lágrimas hubiera dado un vaso de su sangre; pero era por otro por quien Mercedes lloraba.

Se levantó, dio una vuelta por la cabaña y volvió, se detuvo delante de Mercedes, con la mirada sombría y los puños crispados.

—Veamos, Mercedes —dijo— respóndame una vez más: ¿lo tiene bien decidido?

—Amo a Edmond Dantès —dijo fríamente la muchacha—, y nadie más que Edmond será mi esposo.

—¿Y le amaré usted siempre?

—Mientras viva.

Fernand bajó la cabeza como un hombre desesperado, dio un suspiro que era más un gemido; después, de repente, levantando la frente, con los dientes apretados y las ventanas de la nariz dilatadas:

—¿Y si ha muerto? —dijo.

—Si ha muerto, moriré.

—¿Y si la olvida?

—¡Mercedes! —gritó una voz alegre fuera de la casa—. ¡Mercedes!

—¡Ah! —exclamó la muchacha sonrojándose de dicha y saltando de amor—, ¡ya ves que no me ha olvidado, puesto que está aquí!

Y salió volando hacia la puerta que abrió exclamando:

—¡Aquí, Edmond! Aquí estoy.

Fernand, pálido y tembloroso, se echó hacia atrás, como hace un viandante al ver una serpiente y, encontrando de nuevo la silla, cayó sentándose de nuevo en ella.

Edmond y Mercedes estaban uno en brazos del otro. El ardiente sol de Marsella, que penetraba a través de la abertura de la puerta, les inundaba con un raudal de luz. Al principio no vieron nada de lo que les rodeaba. Una inmensa dicha les aislaba del mundo, y sólo hablaban con palabras entrecortadas que son los impulsos de una alegría tan viva que parecen la expresión del dolor.

De repente, Edmond vio la figura sombría de Fernand que se perfilaba en la sombra, pálida y amenazante; por un movimiento del que ni siquiera él mismo era consciente, el joven catalán se llevó la mano al cuchillo que llevaba en el cinto.

—¡Ah! Perdón —dijo Dantès frunciendo el ceño a su vez—, no había notado que éramos tres.

Después, volviéndose hacia Mercedes:

—¿Quién es este señor? —preguntó.

—Este señor será su mejor amigo, Dantès, pues es mi amigo, es mi primo, es mi hermano, es Fernand; es decir, después de a usted, Edmond, es a la persona que más quiero en el mundo; ¿no le reconoce?

—¡Ah! Sí, claro —dijo Edmond.

Y sin soltar a Mercedes, a quien tenía cogida con una mano apretada en la suya, tendió la otra mano al catalán, en un impulso de cordialidad.

Pero Fernand, lejos de responder a ese gesto de amistad, se quedó mudo e inmóvil como una estatua.

Entonces Edmond paseó su mirada inquisitoria desde Mercedes, emocionada y temblorosa, a Fernand, sombrío y amenazante.

Supo todo con esa sola mirada.

La ira le subió al rostro.

—No debería haber venido con tanta prisa a su casa, Mercedes, para encontrar aquí a un enemigo.

—¡Un enemigo! —exclamó Mercedes con una mirada de indignación dirigida a su primo—. ¡Un enemigo en mi casa, dices, Edmond! Si yo creyera eso, te cogería del brazo y me iría a Marsella, dejando la casa para no volver nunca más.

Los ojos de Fernand echaban chispas.

—Y si te sucediera una desgracia, Edmond querido —continuó con una calma implacable que probaba a Fernand que la muchacha había leído en lo más profundo de sus siniestros pensamientos—, si te sucediera una desgracia, me subiría hasta el cabo de Morgon y me tiraría de cabeza a las rocas.

Fernand se puso terriblemente pálido.

—Pero estás equivocado, Edmond —siguió—, aquí no tienes enemigos; sólo está Fernand, mi hermano, que va a estrecharte la mano como un amigo fiel.

Y con estas palabras, la joven fijó su rostro imperativo sobre el catalán que, como fascinado por esa mirada, se acercó lentamente a Edmond y le tendió la mano.

Su odio, igual a una ola impotente, aunque furiosa, venía a romperse contra la influencia que esta mujer ejercía sobre él.

Pero apenas hubo tocado la mano de Edmond, sintió que ya había hecho todo lo que podía hacer y salió rápidamente de la casa.

—¡Oh! —clamaba, corriendo como un insensato y mesándose los cabellos con las manos—, ¡oh! ¿Es que alguien va a librarme de ese hombre? ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

—¡Eh! ¡Catalán! ¡Eh! ¡Fernand! ¿Dónde vas corriendo? —dijo una voz.

El joven se paró en seco, miró a su alrededor y vio a Caderousse sentado a una mesa con Danglars bajo un cenador de ramaje.

—¡Eh! —dijo Caderousse—, ¿por qué no vienes con nosotros? ¿Tanta prisa tienes que no tienes tiempo de saludar a los amigos?

—Sobre todo cuando todavía les queda una botella casi llena en la mesa —añadió Danglars.

Fernand miró a los dos hombres como atontado y no dijo nada.

—Parece muy confuso —dijo Danglars, dando un rodillazo a Caderousse—; ¿es que nos habremos equivocado y que al contrario de lo que pensábamos el ganador sea Dantès?

—¡Hombre! Hay que verlo —dijo Caderousse.

Y dirigiéndose al joven:

—Y bien, vamos, catalán, ¿te decides? —dijo.

Fernand se secó el sudor que le chorreaba de la frente y entró lentamente bajo el cenador, cuya sombra parecía devolver un poco de calma a sus sentidos y el frescor del ramaje, un poco de bienestar a su cuerpo agotado.

—Buenos días —dijo—, me han llamado, ¿no es eso?

Y más que sentarse, cayó sobre uno de los asientos que había alrededor de la mesa.

—Te he llamado porque corrías como un loco, y temí que fueses a tirarte al mar —dijo Caderousse riendo—. ¡Qué diablos! Cuando se tiene amigos no es sólo para ofrecerles un vaso de vino, sino para impedir que se beban tres o cuatro pintas de agua.

Fernand dio un gemido que parecía más un sollozo y dejó caer la cabeza sobre los puños que había cruzado sobre la mesa.

—Y bien, qué quieres que te diga, Fernand —repuso Caderousse iniciando la conversación con esa brutalidad grosera de la gente de pueblo a quien la curiosidad hace olvidar toda diplomacia—; y bien, ¿tienes toda la pinta de un amante despechado!

Y acompañó esa broma con una carcajada.

—¡Bah! —respondió Danglars—. Un muchacho bien plantado como este no está hecho para ser desgraciado en amores; tú bromeas, Caderousse.

—No, no —repuso este—; escucha si no cómo suspira. Vamos, vamos, Fernand —dijo Caderousse—, levanta esa cara y contestanos; no es nada amable no responder a los amigos que nos preguntan por nuestra salud.

—Mi salud va bien —dijo Fernand crispando los puños, pero sin levantar la cabeza.

—¡Ah! Lo ves, Danglars —dijo Caderousse haciendo un guiño a su amigo—, la cuestión es esta: Fernand, a quien ves aquí, y que es un buen y honrado catalán, uno de los mejores pescadores de Marsella, está enamorado de una guapa muchacha que, por su parte, está enamorada del segundo del *Pharaon*; y como el *Pharaon* acaba de atracar hoy mismo en el puerto, ¿entiendes?

—No, no entiendo nada —dijo Danglars.

—Al pobre Fernand le habrán despedido —continuó Caderousse.

—Y bien, ¿qué? —dijo Fernand levantando la cara y mirando a Caderousse como hombre que busca en quién descargar su ira—; Mercedes no depende de nadie ¿no es eso?, y es bien libre de amar a quien quiera.

—¡Ah! Si te lo tomas así —dijo Caderousse—, ¡es otra cosa! Yo, yo te creía un catalán; y me habían dicho que los catalanes no eran hombres que se dejasen suplantar por un rival; incluso me habían añadido que Fernand, sobre todo, era terrible en la venganza.

Fernand sonrió con pena.

—Un enamorado nunca es terrible —dijo.

—¡Pobre muchacho! —repuso Danglars fingiendo compadecerse del joven desde lo más profundo de su corazón—. ¿Qué quieres?, no se esperaba ver volver así a Dantès, de repente; quizá le creía muerto, infiel, ¿quién sabe? Estas cosas son más sensibles si nos llegan así, de golpe.

—¡Ah! A fe mía, en todo caso —dijo Caderousse, que mientras hablaba seguía bebiendo y al que el famoso vino de La Malgue comenzaba a hacer efecto—, en todo caso, Fernand no es el único a quien la feliz llegada de Dantès contraría, ¿no es así, Danglars?

—No, tienes razón y casi me atrevería a decir que eso le traerá algún disgusto.

—Pero, no importa —repuso Caderousse sirviendo un vaso de vino a Fernand y llenando a su vez por octava o décima vez el suyo, mientras que Danglars apenas si lo había probado—; no importa, mientras tanto, él se casa con Mercedes, la bella Mercedes; al menos, para eso ha vuelto.

Durante todo ese tiempo, Danglars envolvía en una punzante mirada al joven, sobre cuyo corazón las palabras de Caderousse caían como plomo fundido.

—¿Y para cuándo la boda? —preguntó.

—¡Oh! Aún no hay boda —murmuró Fernand.

—No, pero la habrá —dijo Caderousse—, tan cierto como que Dantès será capitán del *Pharaon*, ¿no es así, Danglars?

Danglars se sobresaltó ante esa inesperada pulla, y se volvió hacia Caderousse, cuyo rostro escudriñó para ver si el golpe era premeditado; pero no leyó más que la envidia en ese rostro ya casi atontado por la embriaguez.

—Y bien —dijo, volviendo a llenar los vasos—, ¡bebamos, pues, por el capitán Edmond Dantès, marido de la bella catalana!

Caderousse se llevó el vaso a la boca con una mano entorpecida y lo bebió de un solo trago.

Fernand cogió el suyo y lo rompió contra el suelo.

—¡Eh!, ¡eh!, ¡eh! —dijo Caderousse—. ¿Qué es lo que estoy viendo allá, en lo alto del cerro, en dirección a Les Catalans? Mira, mira, Fernand, tú que tienes mejor vista que yo; creo que empiezo a ver todo turbio, ya sabes, el vino es muy traicionero; uno diría que son dos amantes que caminan uno al lado del otro, cogidos de la mano. ¡Dios me perdone!, ¡como no sospechan que los vemos, se están besando!

Danglars no se perdía ni una de las angustias de Fernand, cuyo rostro se descomponía a ojos vistas.

—¿Les reconoce usted, señor Fernand? —dijo.

—Sí —respondió este con voz sorda—, es el señor Edmond y la señorita Mercedes.

—¡Ah! ¡Lo ve! —dijo Caderousse—, ¡y yo que no les reconocía! ¡Hola, Dantès! ¡Hola, guapa!, vengan un poco por aquí, y dígnanos para cuándo es esa boda, pues aquí el señor Fernand es tan obstinado que no quiere decírnoslo.

—¡Quieres callarte! —dijo Danglars afectando retener a Caderousse que, con la tenacidad de los borrachos, se inclinaba fuera del cenador—. Trata de mantenerte en pie y deja a los enamorados que se amen tranquilamente. Vaya, mira al señor Fernand y toma ejemplo: él es razonable.

Quizá Fernand, forzado hasta el extremo, aguijoneado por Danglars como el toro por los banderilleros, iba a lanzarse al fin, pues ya se había puesto en pie y parecía recogerse sobre sí mismo para saltar sobre su rival; pero Mercedes, riente y orgullosa, levantó su hermosa cabeza y su clara mirada resplandeció; entonces Fernand recordó la amenaza que ella le había hecho, la de morir si Edmond moría, y volvió a caer desalentado sobre el asiento.

Danglars miró sucesivamente a los dos hombres que tenía enfrente: uno embrutecido por la embriaguez, el otro dominado por el amor.

—No voy a sacar nada de estos dos tontos —murmuró—, y mucho me temo que estoy aquí entre un borracho y un cobarde: un envidioso que se

emborracha con vino cuando debería embriagarse de hiel; y este gran imbécil a quien le acaban de arrebatarse a su amante en sus mismas narices, y que se contenta con llorar y lamentarse como un niño. Y sin embargo, tiene los ojos ardientes como esos españoles, esos sicilianos y esos calabreses que saben vengarse tan bien; tiene unos puños que aplastarían la cabeza de un buey con la misma firmeza que lo haría el mazo de un carnicero. Decididamente, el destino de Edmond prevalece; se casará con la muchacha guapa, será capitán y se burlará de nosotros; a menos que... —una lívida sonrisa se dibujó en los labios de Danglars—, a menos que yo intervenga —añadió.

—¡Hola! —gritaba sin cesar Caderousse medio incorporado apoyando los puños en la mesa—, ¡hola!, ¡Edmond! ¿Es que ni ves a los amigos, o es que eres demasiado orgulloso para hablar con ellos?

—No, mi querido Caderousse —respondió Dantès—, no soy orgulloso, sino que soy feliz, y la felicidad ciega, creo, aún más que el orgullo.

—¡Menos mal! Eso sí que es una explicación —dijo Caderousse—. ¡Eh! Buenos días, señora Dantès.

Mercedes saludó con seriedad.

—Ese no es todavía mi nombre —dijo—, y en mi país acarrea una desgracia, según se dice, eso de llamar a las solteras con el nombre de sus prometidos antes de que el prometido sea su marido; ¡llámeme, pues, Mercedes, se lo ruego!

—Hay que perdonar al buen vecino Caderousse —dijo Dantès—, ¡se equivoca por tan poca cosa!

—¿Así que la boda será inminente, señor Dantès? —dijo Danglars saludando a los dos jóvenes.

—Lo antes posible, señor Danglars; hoy, la aprobación en casa de papá Dantès, y mañana o pasado mañana, a más tardar, la comida de compromiso, aquí, en La Reserve. Estarán los amigos, espero; ni que decir tiene que está usted invitado, señor Danglars; ni que decir tiene que tú también, Caderousse.

—¿Y Fernand —dijo Caderousse riendo con una risa pastosa—, Fernand lo está también?

—El hermano de mi mujer es mi hermano —dijo Edmond—, y lamentaríamos mucho, Mercedes y yo, que se apartara de nosotros en un momento así.

Fernand abrió la boca para responder; pero la voz expiró en su garganta, y no pudo articular ni una sola palabra.

—Hoy la aprobación, mañana o pasado mañana el compromiso... ¡diablos! Mucha prisa tiene usted, capitán.

—Danglars —repuso Edmond sonriendo—, le digo lo mismo que Mercedes decía ahora a Caderousse: no me dé usted el título que todavía no tengo, eso traería mala suerte.

—Perdón —respondió Danglars—; yo simplemente decía que parecía usted tener mucha prisa. ¡Qué diablos! Tenemos tiempo: el *Pharaon* no volverá a la mar antes de tres meses.

—Uno siempre tiene prisa en ser feliz, señor Danglars, pues cuando se ha sufrido tanto tiempo, a uno le cuesta trabajo creer en la felicidad. Pero no sólo es el egoísmo el que me lleva a obrar así; es que tengo que ir a París.

—¡Ah! ¿De verdad? A París; ¿y es la primera vez que va usted a París, Dantès?

—Sí.

—¿Tiene allí algún asunto?

—No es un asunto mío: es que tengo que cumplir con el último recado de nuestro pobre capitán Leclère; entienda Danglars que eso es sagrado. Además, esté usted tranquilo, sólo será el tiempo que tarde en ir y venir.

—Sí, sí, lo entiendo —dijo en voz alta Danglars.

Después, en voz baja:

—A París para entregar, sin duda, a su destinatario la carta que el gran mariscal le dio. ¡Pardiez! Esa carta me empuja a una idea, ¡a una excelente idea! ¡Ah! Dantès, amigo mío, todavía no estás inscrito en el registro del *Pharaon* con el número 1.

Y volviéndose hacia Edmond, que ya se alejaba:

—¡Buen viaje! —le gritó.

—Gracias —respondió Edmond volviendo la cabeza y acompañando ese movimiento con un gesto amistoso.

Y los dos amantes continuaron su camino, tranquilos y alegres como dos elegidos que suben al Paraíso.

Capítulo IV

El complot

Danglars siguió con la mirada a Edmond y a Mercedes hasta que los dos amantes desaparecieron en una de las esquinas del fuerte Saint-Nicolas; después, al darse la vuelta, vio a Fernand que había vuelto a caer sobre la silla, pálido y tembloroso, mientras que Caderousse balbuceaba la letra de una cancioncilla de borrachos.

—¡Ah! Vaya, mi querido señor —dijo Danglars a Fernand—, he ahí un matrimonio que me parece que no hace feliz a todo el mundo.

—Me desespera —dijo Fernand.

—¿Así que usted quería a Mercedes?

—¡La adoro!

—¿Desde hace mucho?

—Desde que nos conocemos; siempre la he querido.

—¡Y está usted ahí, tirándose de los pelos, en lugar de intentar poner remedio a la cosa! ¡Qué diablos! Yo no creía que fuera así como actuaba la gente de su país.

—¿Qué quiere usted que haga?

—¡Y yo qué sé! ¿Es que es asunto mío? No soy yo, me parece, el que está enamorado de la señorita Mercedes, sino usted. «Buscad», dice el

Evangelio, «y encontraréis».

—Yo ya había encontrado.

—¿Qué?

—Yo quería apuñalar al *hombre*, pero la mujer me dijo que si le sucedía alguna desgracia a su prometido, ella se mataría.

—¡Bah! Se dicen esas cosas pero no se hacen.

—Usted no conoce a Mercedes, señor: cuando ella amenaza con algo, lo lleva a cabo.

—¡Imbécil! —murmuró Danglars—. Que se mate o no, ¡qué importa, con tal de que Dantès no sea capitán!

—Y antes de que muera Mercedes —repuso Fernand en un tono de inmutable resolución— me moriría yo mismo.

—¡Eso sí que es amor! —dijo Caderousse con una voz cada vez más pastosa—, ¡eso es amor, o no entiendo nada de nada!

—Veamos —dijo Danglars—, usted me parece un buen muchacho, y ¡que me lleven todos los diablos!, me gustaría aliviarme sus penas; pero...

—Sí —dijo Caderousse—, veamos.

—Querido amigo —repuso Danglars—, estás casi borracho: acaba la botella y lo estarás del todo. Bebe y no te metas en lo que hacemos; pues para lo que vamos a hacer hay que tener la cabeza despejada.

—¿Borracho, yo? —dijo Caderousse—. ¡Vamos, anda! ¡Bebería cuatro de tus botellas, que no son más grandes que las botellas de agua de colonia! ¡Compadre Pamphile, más vino!

Y para llegar del dicho al hecho, Caderousse se puso a golpear la mesa con el vaso.

—¿Entonces, decía usted, señor? —repuso Fernand, esperando ávidamente la continuación de la frase interrumpida.

—¿Que qué decía yo? Ya no me acuerdo. Ese borracho de Caderousse me ha hecho perder el hilo de mis pensamientos.

—Borracho todo lo que quieras; allá ellos, los que temen al vino es que encierran malos pensamientos y temen que el vino se los saque del corazón.

Y Caderousse se puso a cantar los dos últimos versos de una canción muy en boga en aquella época:

*Todos los malos beben agua,
está bien probado con el diluvio.*

—Decía usted, señor —repuso Fernand—, que le gustaría aliviarme de mis penas; y añadía, pero...

—Sí, yo añadía pero..., para aliviarle de sus penas basta con que Dantès no se case con la mujer que usted ama; y el matrimonio puede muy bien evitarse, me parece, sin que Dantès tenga que morir.

—Sólo la muerte los separará —dijo Fernand.

—Razona usted como un molusco, amigo mío —dijo Caderousse—, y ahí está Danglars que es un astuto, un tunante, un griego, que le demostrará que está usted equivocado. Demuéstreselo, Danglars, yo he respondido por ti. Dile que no es necesario que Dantès muera; además, sería lamentable que muriese Dantès. Es un buen muchacho, yo le quiero a ese Dantès. ¡A tu salud, Dantès!

Fernand se levantó, impaciente.

—Déjele que diga lo que quiera —repuso Danglars, reteniendo al joven—, y además, por muy borracho que esté, no se equivoca demasiado. La ausencia desune tanto como la muerte; y suponga que entre Edmond y Mercedes median los muros de una prisión, estarán separados ni más ni menos que como si mediara la losa de una tumba.

—Sí, pero de la prisión se sale —dijo Caderousse, que se agarraba a la conversación con lo que le quedaba de inteligencia—, y cuando uno sale de prisión y se llama Edmond Dantès, uno se venga.

—¡Qué importa! —murmuró Fernand.

—Además —repuso Caderousse—, ¿por qué habrían de meter a Dantès en prisión? No ha robado, ni matado, ni asesinado.

—Cállate —dijo Danglars.

—Yo no quiero callarme —dijo Caderousse—, yo quiero que se me diga por qué meterían a Dantès en prisión. Yo, yo quiero a Dantès. ¡A tu salud, Dantès!

Y se echó al colete otro vaso de vino.

Danglars siguió en los ojos alucinados del sastre la progresión de la embriaguez, y volviéndose hacia Fernand:

—Y bien —dijo Danglars—, ¿comprende usted que no hay necesidad de matarle?

—Ciertamente, no, si como usted decía ahora hubiera un modo de que le arrestaran. Pero ese modo, ¿lo tiene usted?

—Buscando bien —dijo Danglars—, se podría encontrar la manera. Pero —continuó—, ¡qué diablos! ¿Por qué voy a meterme yo en eso? ¿A mí qué me incumbe?

—Yo no sé si eso le incumbe a usted o no —dijo Fernand cogiéndole por el brazo—; pero lo que sí sé es que usted tiene algún motivo de odio particular hacia Dantès: el que también odia no se equivoca sobre el sentimiento de los demás.

—¿Yo, motivos para odiar a Dantès? Ninguno, palabra de honor. Sólo que he visto que usted es desgraciado y su desgracia me ha preocupado, eso es todo; pero en cuanto usted crea que actúo en mi propio beneficio, adiós, mi querido amigo, arrégleselas usted como pueda.

Y Danglars simuló un amago de levantarse a su vez.

—No, no —dijo Fernand reteniéndole—, ¡quédese! A fin de cuentas, poco importa si usted odia a Dantès o no: yo sí que le odio; lo confieso abiertamente. Encuentre ese modo y yo lo llevo a cabo, con tal que no haya muertes, pues Mercedes dijo que se mataría si alguien mataba a Dantès.

Caderousse, que había dejado caer la cabeza sobre la mesa, levantó la frente y, mirando a Fernand y a Danglars, con ojos pesados y atontados:

—¡Matar a Dantès! —dijo—. ¿Quién habla aquí de matar a Dantès? Yo no quiero que se le mate; es mi amigo; esta mañana me ofreció compartir su dinero conmigo, como yo compartí el mío con él: yo no quiero que maten a Dantès.

—¡Y quién te habla de matar, imbécil! —replicó Danglars—. Se trata de una simple broma; bebe a su salud —añadió llenando el vaso de Caderousse—, y déjanos tranquilos.

—Sí, sí, ¡a la salud de Dantès! —dijo Caderousse vaciando el vaso—, ¡a su salud!..., ¡a su salud!..., ¡vale!

—Pero, ¿el modo, el modo? —dijo Fernand.

—¿Usted no lo ha encontrado, aún, usted?

—No, usted, usted se había encargado de ello.

—Es cierto —repuso Danglars—, los franceses tienen esa superioridad sobre los españoles, y es que los españoles lo rumian y los franceses lo inventan.

—Invente usted, entonces —dijo Fernand con impaciencia.

—¡Camarero! —dijo Danglars—. ¡Una pluma, tinta y papel!

—¡Una pluma, tinta y papel! —murmuró Fernand.

—Sí, yo soy contable: la pluma, la tinta y el papel son mis instrumentos; y sin mis instrumentos yo no sé hacer nada.

—¡Una pluma, tinta y papel! —gritó a su vez Fernand.

—Aquí tiene usted lo que desea, en esta mesa —dijo el camarero mostrando los objetos pedidos.

—Entonces, tráiganoslos.

El chico cogió el papel, la tinta y la pluma y los puso sobre la mesa del cenador.

—¡Y pensar —dijo Caderousse dejando caer la mano sobre el papel— que hay aquí con qué matar a un hombre con más seguridad que si se le esperase en un rincón del bosque para asesinarlo! Siempre he tenido más miedo de una pluma, de un frasco de tinta y de una hoja de papel que de una espada o de una pistola.

—El muy bribón no está aún tan borracho como parece —dijo Danglars—; sírvale más vino, Fernand.

Fernand llenó el vaso de Caderousse, y este, como buen bebedor que era, levantó la mano del papel y la llevó al vaso.

El catalán siguió el movimiento hasta que Caderousse, casi vencido por ese nuevo ataque, posó o más bien dejó caer el vaso sobre la mesa.

—¿Y bien? —replicó el catalán viendo que lo que le quedaba de raciocinio a Caderousse comenzaba a desaparecer tras ese último vaso de vino.

—Pues bien, yo decía entonces, por ejemplo —repuso Danglars—, que si después de un viaje como el que acaba de hacer Dantès, y en el que ha tocado Nápoles y la isla de Elba, alguien le denunciase al fiscal del rey como agente bonapartista...

—¡Yo mismo le denunciaré! —dijo rápidamente el joven.

—Sí; pero entonces le harían firmar a usted su declaración, le confrontarían con el denunciado: yo aduciré las razones con las que sostener su acusación, yo lo sé bien; pero Dantès no puede quedar eternamente en prisión, un día u otro, sale, y el día que salga, ¡ajo a quien le hizo entrar!

—¡Oh! Yo sólo pido una cosa —dijo Fernand— y es ¡que venga a buscarme una querrela!

—Sí, ¡y Mercedes! ¡Mercedes que le odiará a usted si solamente se le ocurre arañar la epidermis de su bienamado Edmond!

—Será justo —dijo Fernand.

—No, no —repuso Danglars—, si nos decidiéramos a hacer una cosa así, mire usted, sería mejor tomar tranquilamente, como yo lo hago, esta pluma, mojarla en la tinta, y escribir, con la mano izquierda, para que no se reconociese la escritura, una pequeña denuncia concebida en estos términos.

Y Danglars, llevando el ejemplo a la práctica, escribió con la mano izquierda y con una letra distorsionada, que no se parecía en nada a su letra habitual, las líneas siguientes que pasó a Fernand y que Fernand leyó a media voz:

El señor fiscal del rey queda prevenido, por un amigo del trono y de la religión, que el llamado Edmond Dantès, segundo del navío el Pharaon, que ha llegado esta mañana de Esmirna, después de haber tocado los puertos de Nápoles y de Portoferraio, ha sido encargado, por Murat, de llevar una carta al usurpador; y a su vez el usurpador le ha entregado una carta para el comité bonapartista de París. Se obtendrá la prueba de su crimen arrestándole, pues, o la lleva consigo o la tiene en casa de su padre, o en la cabina a bordo del Pharaon.

—Muy bien —continuó Danglars—; así su venganza tendrá sentido común, pues de ninguna manera entonces podría recaer sobre usted y la cosa iría por sí sola; no habría más que doblar esta carta, como lo estoy

haciendo, y escribir encima: «Al señor fiscal del reino». Todo estaría dicho.

Y Danglars escribió la dirección riéndose.

—Sí, todo estaría dicho —exclamó Caderousse que, en un último esfuerzo de entendimiento, había seguido la lectura y que comprendía por instinto cuánta desgracia podría traer una denuncia así—; sí, todo estaría dicho: solamente que sería una infamia.

Y alargó el brazo para coger la carta.

—Además —dijo Danglars empujando la carta fuera del alcance de su mano—, además, lo que digo y lo que hago, es bromeando; y yo sería el primero en enfadarme si le sucediese algo malo a Dantès, ¡a ese bueno de Dantès! Además, mira...

Cogió la carta, la arrugó entre las manos y la tiró a un rincón del cenador.

—Muy bien —dijo Caderousse—, Dantès es mi amigo y no quiero que le hagan daño.

—¡Eh! ¡Quién diablos piensa en hacerle daño! ¡No soy ni yo, ni Fernand! —dijo Danglars levantándose y mirando al joven que se había quedado sentado, pero cuya aviesa mirada se comía con los ojos el papel acusador arrojado al rincón.

—En ese caso —repuso Caderousse—, que nos sirvan más vino: quiero beber a la salud de Edmond y de la bella Mercedes.

—Tú ya has bebido demasiado, borracho —dijo Danglars—, y si sigues así tendrás que dormir aquí, dado que no podrás tenerte en pie.

—Yo —dijo Caderousse levantándose con la fatuidad del hombre borracho—; ¡yo, que no puedo tenerme en pie! ¡Apuesto a que subo al campanario de las Accoules, y sin vacilar!

—Y bien, sea —dijo Danglars—, yo lo apuesto, pero para mañana: hoy ya es hora de volver; dame el brazo y volvamos a casa.

—Sí, volvamos —dijo Caderousse, pero no necesito tu brazo para eso. ¿Vienes, Fernand? ¿Vienes con nosotros a Marsella?

—No —dijo Fernand—, yo me vuelvo a Les Catalans.

—Haces mal, ven con nosotros a Marsella, ven.

—Yo no necesito ir a Marsella, y además no quiero ir.

—¿Qué es lo que has dicho? Que no quieres, ¡hombre! Pues bien, ¡como quieras! ¡Libertad para todo el mundo! Ven, Danglars, y dejemos al señor que vuelva a Les Catalans, ya que es lo que quiere.

Danglars aprovechó ese momento de buena voluntad de Caderousse para llevarle hacia Marsella; solamente que, para abrir un camino más corto y más fácil a Fernand, en lugar de volver por el muelle de la Rive Neuve, volvió por la puerta Saint-Victor. Caderousse le seguía, titubeante, agarrado a su brazo.

Cuando hubo hecho una veintena de pasos, Danglars se volvió y vio a Fernand precipitarse sobre el papel y guardárselo en el bolso; después, enseguida, saliendo fuera del cenador, el joven se volvió hacia el Pillon.

—Y bien, ¿pero qué hace? —dijo Caderousse—. Nos ha mentado: dijo que iba a Les Catalans, ¡y se va a la ciudad! ¡Hola, Fernand! ¡Te equivocas de camino, muchacho!

—Eres tú quien no ve claro —dijo Danglars—, Fernand sigue recto el camino de las Vieilles-Infirmières.

—¿De verdad? —dijo Caderousse—. Y bien, juraría que torcía a la derecha; decididamente el vino es muy traicionero.

—Vamos, vamos —murmuró Danglars—, creo que ahora la cosa está bien encaminada y que no hay más que dejarla ir por sí sola.

Capítulo V

El banquete de compromiso

Al día siguiente hizo un día espléndido. El sol se levantó limpio y brillante, y los primeros rayos de un rojo púrpura jaspearon con sus rubíes los picos espumosos de las olas.

La comida había sido preparada en el primer piso de esa misma Reserve, cuyo cenador ya conocemos. Se trataba de una sala grande, iluminada por cinco o seis ventanas, y sobre cada una de ellas, ¡explique el fenómeno quien pueda!, estaba escrito el nombre de cada una de las grandes ciudades de Francia.

Una balastrada de madera, como el resto del edificio, corría a lo largo de esas ventanas.

Aunque la comida estuviera indicada para las doce del mediodía, desde las once de la mañana esa balastrada estaba llena de impacientes paseantes. Eran los marinos privilegiados del *Pharaon* y algunos soldados amigos de Dantès. En honor a los novios, todos habían sacado a la luz sus más elegantes atuendos.

Circulaba el rumor entre los futuros comensales de que los armadores del *Pharaon* iban a honrar con su presencia la comida de compromiso de

su segundo; pero, era por su parte un honor tan grande el acordado a Dantès, que nadie aún se atrevía a creerlo.

Sin embargo, Danglars, al llegar con Caderousse, confirmó por su parte esa noticia. Por la mañana había visto al señor Morrel en persona, y el señor Morrel le había dicho que vendría a comer a la Reserve.

En efecto, un instante después, el señor Morrel hizo a su vez su entrada en la sala y fue saludado por los marineros del *Pharaon* con un ¡hurra! unánime de aplausos. La presencia del armador era para ellos la confirmación del rumor que corría ya de que Dantès sería nombrado capitán; y como Dantès era muy estimado a bordo, esa buena gente daba así las gracias al armador de que, por una vez, y por azar, la elección del armador estuviese en armonía con el deseo de la tripulación. Apenas el señor Morrel entró en la sala, Danglars y Caderousse, al unísono, salieron deprisa en busca del novio: tenían la misión de prevenirle de la llegada del importante personaje, cuya aparición había causado una sensación tan viva, y decirle que se diera prisa.

Danglars y Caderousse salieron corriendo, pero no habían dado cien pasos cuando, a la altura del almacén de pólvora, vieron al pequeño grupo que se acercaba.

Ese pequeño grupo se componía de cuatro muchachas amigas de Mercedes y catalanas como ella, que acompañaban a la novia a la que Edmond daba el brazo. Junto a la futura esposa venía Dantès, padre, y tras ellos, Fernand, con su malévola sonrisa.

Ni Mercedes ni Edmond veían esa malintencionada sonrisa de Fernand. Los pobres jóvenes eran tan felices que sólo se veían a sí mismos y a ese hermoso cielo puro que los bendecía.

Danglars y Caderousse cumplieron con su misión de embajadores, y después de intercambiar un apretón de manos bien fuerte y amistoso con Edmond, se fueron a coger sitio: Danglars al lado de Fernand, y Caderousse vino a colocarse junto al viejo Dantès, centro de la atención general.

El anciano iba vestido con su hermoso traje de tafetán alfilerado, adornado con grandes botones de acero tallado. Sus piernas delgaduchas, aunque aún musculosas, lucían unas magníficas medias de algodón

moteado que olían a una legua a contrabando inglés. De su sombrero de tres picos colgaba un haz de cintas blancas y azules.

Finalmente, se apoyaba en un bastón de madera retorcida y curvada por la parte de arriba como un cayado antiguo. Uno diría de esos petimetres que paseaban su palmito allá en 1796 por los jardines nuevamente abiertos de Luxembourg y de las Tullerías.

Junto a él, ya lo hemos dicho, se había colado Caderousse, Caderousse a quien la expectativa de una buena comida le había reconciliado con los Dantès, Caderousse a quien le quedaba en la memoria un vago recuerdo de lo que había sucedido la víspera, como cuando al despertarse por la mañana uno encuentra en su mente la sombra del sueño que tuvo mientras dormía.

Danglars, al acercarse a Fernand, echó una profunda mirada al amante despechado. Fernand, caminando tras los futuros esposos, completamente olvidado por Mercedes, que, en su egoísmo juvenil y arrebatador del amor, no tenía ojos más que para su Edmond. Fernand estaba pálido, después, rojo en súbitas bocanadas que desaparecían para dejar paso de nuevo a una palidez creciente. De vez en cuando miraba hacia Marsella, y entonces un temblor nervioso e involuntario se apoderaba de todos sus miembros. Fernand parecía esperar, o al menos presentir, algún gran acontecimiento.

Dantès iba vestido con sencillez. Como pertenecía a la marina mercante, llevaba un traje que participaba a partes iguales del uniforme militar y del traje civil, y bajo este traje, su buena cara, realzada por la alegría y la belleza de su prometida, era perfecta.

Mercedes era hermosa como una de esas griegas de Chipre o de Ceos, de ojos de ébano y labios de coral. Caminaba con ese andar libre y franco de las arlesianas y de las andaluzas. Una joven de ciudad hubiera tal vez intentado ocultar su alegría bajo un velo o al menos bajo el terciopelo de sus párpados, pero Mercedes sonreía y miraba a todos los que la rodeaban, y su sonrisa y su mirada hablaban tan francamente como podrían haberlo hecho con palabras y parecían decir: ¡si sois mis amigos, alegraos conmigo, pues de verdad que soy tan feliz!

Tan pronto como los novios y sus acompañantes estuvieron al alcance de la vista de la Reserve, el señor Morrel bajó y salió a su encuentro,

seguido por los marineros y los soldados con los que se había quedado, y a los que había renovado la promesa ya hecha a Dantès de que este sería el sucesor del capitán Leclère. Al verle venir, Edmond soltó el brazo de su prometida y se lo ofreció al señor Morrel. El armador y la joven dieron entonces ejemplo subiendo los primeros las escaleras de madera que conducían a la sala donde estaba servida la comida, y que crujió durante cinco minutos bajo los pesados pasos de los comensales.

—Padre —dijo Mercedes deteniéndose hacia la mitad de la mesa—, usted a mi derecha, se lo ruego; en cuanto a mi izquierda, pondré a quien me ha servido de hermano —dijo con una dulzura que penetró hasta lo más profundo del corazón de Fernand como un puñal.

Los labios de Fernand palidieron, y bajo la tez oscura de su viril rostro se pudo ver una vez más cómo la sangre se retiraba poco a poco para afluir al corazón.

Mientras tanto, Dantès había llevado a cabo la misma maniobra: a su derecha había situado al señor Morrel, y a su izquierda a Danglars; después, con un gesto de la mano había indicado a los demás que se colocasen a su gusto.

Enseguida corrían por la mesa los salchichones de Arlés, de carne oscura y fuerte olor especiado, las langostas en sus resplandecientes corazas, las almejas grandes de concha rosada, los erizos de mar que parecían castañas cubiertas en envoltorios de púas, esas otras almejas, llamadas *clovisses*, que tienen la pretensión de reemplazar, con superioridad, según los gourmets del Mediodía, a las ostras del norte; en fin, todos esos delicados *hors-d'oeuvre* que las olas arrastran a la orilla arenosa, y que los agradecidos pescadores designan bajo el nombre genérico de marisco.

—¡Vaya un bonito silencio! —dijo el anciano saboreando un vaso de vino amarillo como el topacio que el tío Pamphile en persona acababa de poner delante de Mercedes—. Uno no diría que hay aquí treinta personas con ganas de reír.

—¡Eh! Un marido no siempre es alegre —dijo Caderousse.

—El hecho es que —dijo Dantès— soy demasiado feliz en este momento para estar alegre. ¡Si es así como usted lo entiende, vecino, tiene

usted razón! La alegría, a veces, causa un efecto extraño, oprime como el dolor.

Danglars observó a Fernand, cuya naturaleza impresionable absorbía y devolvía a su vez cada emoción.

—Vamos, vamos —dijo—, ¿es que acaso teme usted algo? ¡Por el contrario, me parece que todo va según sus deseos!

—Y es eso justamente lo que me espanta —dijo Dantès—, me parece que el hombre no está hecho para ser feliz con tanta facilidad. La felicidad es como esos palacios de islas encantadas cuyas puertas están guardadas por dragones. Hay que combatir para conquistarla, y yo, en verdad, no sé en qué he merecido la dicha de ser el marido de Mercedes.

—El marido, el marido —dijo Caderousse riendo—, todavía no, mi capitán; ¡intenta hacer de marido, y verás cómo se te recibe!

Mercedes se sonrojó.

Fernand se atormentaba sentado en su silla, se sobresaltaba al menor ruido, y de vez en cuando se secaba grandes placas de sudor que perlaban su frente, como las primeras gotas de una lluvia de tormenta.

—A fe mía —dijo Dantès—, vecino Caderousse, no merece la pena desmentirme por tan poco. Mercedes no es aún mi mujer, es cierto... —Dantès sacó el reloj—, ¡pero dentro de hora y media lo será!

Todo el mundo dio un grito de sorpresa, a excepción de Dantès padre, cuya amplia sonrisa descubrió unos dientes aún hermosos. Mercedes sonrió pero ya no se sonrojó. Fernand cogió convulsivamente el mango del cuchillo.

—¡Dentro de una hora! —dijo Danglars palideciendo él también—; ¿y cómo es eso?

—Sí, amigos míos —respondió Dantès—, gracias al crédito del señor Morrel, el hombre a quien, después de mi padre, le debo más en el mundo, gracias al señor Morrel, todas las dificultades se han solventado. Hemos comprado las amonestaciones y, a las dos y media, el alcalde de Marsella nos espera en el Ayuntamiento. Ahora bien, como acaban de dar la una y cuarto, no creo equivocarme mucho si digo que dentro de hora y media Mercedes se llamará señora Dantès.

Fernand cerró los ojos: una nube de fuego le quemó los párpados; se apoyó en la mesa para no desfallecer, y a pesar de todos sus esfuerzos no pudo retener un gemido sordo que se perdió entre el ruido de las risas y de las felicitaciones de los allí reunidos.

—Esto sí que es obrar bien, ¡eh! —dijo Dantès, padre—. ¿A eso se llama perder tiempo, según usted? ¡Llegado ayer por la mañana, casado hoy a las tres! ¡Hábleme de los marinos que van rápidamente a la tarea!

—Pero las otras formalidades —objetó tímidamente Danglars—; ¿el contrato, las escrituras?

—El contrato —dijo Dantès riendo—, el contrato ya está hecho: ¡Mercedes no tiene nada y yo tampoco! ¡Nos casamos en régimen de gananciales, y ya está! No hemos tenido que escribir mucho y tampoco será caro.

Esa broma excitó una nueva explosión de alegría y de ¡bravos!

—Así que lo que creíamos que era una comida de compromiso —dijo Danglars—, es sencillamente un banquete de bodas.

—No, no —dijo Dantès—; ustedes no perderán nada, estén tranquilos. Mañana por la mañana salgo para París. Cuatro días para ir, cuatro para volver, un día para cumplir bien con la comisión que me encargaron, y el primero de marzo estoy de vuelta; para el dos de marzo, entonces, el verdadero banquete de bodas.

La perspectiva de un nuevo festín redobló la hilaridad hasta el punto de que el viejo Dantès, que al principio de la comida se quejaba del silencio, hacía ahora, en medio de la conversación general, vanos esfuerzos para colocar su voto de prosperidad a favor de los futuros esposos.

Dantès adivinó el pensamiento de su padre y respondió con una sonrisa llena de amor. Mercedes comenzó a mirar la hora en el reloj de cuco de la sala e hizo un pequeño gesto a Edmond.

Había, en torno a la mesa, esa hilaridad ruidosa y esa libertad individual que acompañan, entre la gente de condición inferior, el final de las comidas. Los que no estaban a gusto en su sitio se habían levantado de sus asientos y habían ido a buscar a otros vecinos de mesa. Todo el mundo comenzaba a hablar a la vez y nadie se ocupaba de responder a lo que le decía su interlocutor, sino solamente a sus propios pensamientos.

La palidez de Fernand casi había pasado a las mejillas de Danglars; en cuanto a Fernand mismo, ya ni vivía, y parecía un condenado en el lago de fuego. Era uno de los primeros que se había levantado y se paseaba a lo largo de la sala, intentando aislar sus oídos del ruido de las canciones y del entrechocar de los vasos.

Caderousse se acercó a él en el momento en el que Danglars, a quien parecía evitar, se topaba con él en un rincón de la sala.

—De verdad —dijo Caderousse, a quien las buenas maneras de Dantès y sobre todo el buen vino del compadre Pamphile le habían quitado todos los restos de odio, cuyos gérmenes habían caído en su alma ante la inesperada felicidad de Dantès—, de verdad que Dantès es un buen muchacho; y cuando le veo sentado junto a su novia, me digo que sería una pena gastarle esa broma pesada que usted tramaba ayer.

—Pero —dijo Danglars—, ya has visto que la cosa no ha tenido consecuencias; ese pobre señor Fernand estaba tan trastornado que al principio me dio lástima; pero en el momento que él mismo ha tomado partido, hasta el punto de convertirse en el primer acompañante de su rival, ya no hay más que decir.

Caderousse miró a Fernand: estaba lívido.

—El sacrificio es aún mayor —continuó Danglars—, ya que de verdad que la joven es muy hermosa. ¡Pestes! ¡Vaya un afortunado bribón, mi futuro capitán! Ya me gustaría a mí llamarme Dantès aunque sólo fuera por doce horas.

—¿Nos vamos? —preguntó la dulce voz de Mercedes—; ya están dando las dos y nos esperan a las dos y cuarto.

—¡Sí, sí, vámonos! —dijo Dantès levantándose rápidamente.

—¡Vámonos! —repitieron a coro todos los comensales.

En el mismo instante, Danglars, que no perdía de vista a Fernand sentado en el alféizar de la ventana, le vio que abría unos ojos despavoridos, que se levantaba como por un resorte, y que volvía a sentarse en la poyata de esa misma ventana. Casi al mismo tiempo, un ruido sordo resonó en la escalera; el eco de unas fuertes pisadas y un confuso rumor de voces mezcladas con el inconfundible sonido de amartillar armas cubrieron las exclamaciones de los comensales, por muy

ruidosas que fueran, y atraieron la atención general que se manifestó en el mismo instante con un inquieto silencio.

El ruido se acercó: se oyeron tres golpes en el panel de la puerta; todo el mundo miró al de al lado lleno de asombro.

—¡En nombre de la ley! —gritó una voz vibrante a la que ninguna otra voz respondió.

Enseguida la puerta se abrió, y un comisario, con su fajín en la cintura, entró en la sala, seguido de cuatro soldados armados, a cuyo mando iba un cabo.

La inquietud dio paso al terror.

—¿Qué ocurre? —preguntó el armador yendo al encuentro del comisario, a quien conocía—. Con toda seguridad, señor, se trata de un error.

—Si hay algún error, señor Morrel —respondió el comisario—, créame que será rápidamente subsanado; mientras tanto, soy el portador de una orden de arresto; y aunque siento tener que cumplir esta misión, no por eso puedo dejar de cumplirla; ¿quién de ustedes, señores, es Edmond Dantès?

Todas las miradas se volvieron hacia el joven que, muy afectado, pero conservando su dignidad, dio un paso hacia adelante y dijo:

—Soy yo, señor, ¿qué desea usted?

—Edmond Dantès —repuso el comisario—, ¡en nombre de la ley, queda usted detenido!

—¡Detenido! —dijo Dantès con una ligera palidez—, ¿pero, por qué?

—Lo ignoro, señor, pero lo sabrá usted en el primer interrogatorio.

El señor Morrel comprendió que no tenía nada que hacer ante la inflexibilidad de la situación: un comisario ceñido con su fajín ya no es un hombre, es la estatua de la ley, fría, sorda y muda.

El anciano, por el contrario, se precipitó sobre el oficial; hay cosas que el corazón de un padre o de una madre no comprenderá nunca.

Rogó y suplicó: lágrimas y súplicas no conseguían nada; sin embargo, su desesperación era tan grande que el comisario se sintió conmovido.

—Señor —dijo—, tranquilícese; quizá su hijo ha descuidado alguna formalidad en aduanas o en sanidad, y según todas las probabilidades,

cuando se haya recibido de él toda la información que se le requiera, será puesto en libertad.

—¡Ah, vamos! ¿Qué significa eso? —preguntó frunciendo el ceño Caderousse a Danglars, que se mostraba sorprendido.

—¿Acaso lo sé yo? —dijo Danglars—. Yo estoy como tú: veo lo que pasa, no entiendo nada, y estoy confuso.

Caderousse buscó con la mirada a Fernand: este había desaparecido.

Toda la escena de la víspera se le pasó por la cabeza con una espantosa lucidez.

Se diría que la catástrofe le acababa de quitar el velo que la embriaguez de la víspera había interpuesto entre él y su memoria.

—¡Oh!, ¡oh! —dijo con una voz ronca—. ¿No será esto consecuencia de la broma de la que hablaba usted ayer, Danglars? En ese caso, maldición a quien lo haya hecho, pues es bien triste.

—¡En absoluto! —exclamó Danglars—. Tú bien sabes, por el contrario, que rompí el papel.

—No lo rompiste —dijo Caderousse—; lo tiraste a un rincón, eso es todo.

—Cállate, tú no viste nada; estabas borracho.

—¿Dónde está Fernand? —preguntó Caderousse.

—¡Y cómo quieres que yo lo sepa! —respondió Danglars—. Se ocupará de sus cosas probablemente; pero en lugar de preocuparnos de eso vamos a socorrer a esos pobres afligidos.

En efecto, mientras se producía esa conversación, Dantès, sonriendo, había ido estrechando la mano de todos sus amigos y se convirtió en prisionero diciendo:

—Estad tranquilos, aclararemos el error y probablemente ni siquiera iré a prisión.

—¡Oh!, por supuesto que responderé de ello —dijo Danglars quien en ese momento se acercaba, como hemos dicho, al grupo principal.

Dantès bajó la escalera, precedido del comisario de policía y rodeado por los soldados. Un coche, cuya portezuela estaba abierta del todo, les aguardaba a la puerta, Dantès subió y los dos soldados y el comisario

subieron tras él; la portezuela se cerró y el coche reemprendió el camino de Marsella.

—¡Adiós, Dantès! ¡Adiós, Edmond! —exclamó Mercedes inclinándose en la balaustrada.

El prisionero oyó ese último grito, arrancado como un sollozo del corazón roto de su prometida; asomó la cabeza por la ventanilla y gritó: ¡Adiós Mercedes! Y desapareció por una de las esquinas del fuerte Saint-Nicolas.

—Espérenme aquí —dijo el armador—, voy a coger el primer coche que encuentre, corro a Marsella y les traigo noticias.

—¡Sí, vaya, vaya —gritaron todos—, y vuelva enseguida!

Después de esta doble marcha, hubo un momento de estupor terrible entre todos los que se quedaron.

El viejo padre y Mercedes se quedaron un momento aislados cada uno en su propio dolor; pero finalmente sus ojos se encontraron; se reconocieron como dos víctimas heridas por el mismo golpe y se echaron uno en brazos del otro.

Mientras tanto, Fernand volvió, se sirvió un vaso de agua que bebió y fue a sentarse en una silla.

El azar hizo que fuera en la silla de al lado en la que vino a caer Mercedes, al soltarse de los brazos del anciano.

Fernand, por un movimiento convulsivo, se echó hacia atrás.

—Es él —dijo a Danglars Caderousse, que no había perdido de vista al catalán.

—No lo creo —respondió Danglars—, sería demasiado estúpido; en todo caso, que la culpa recaiga sobre quien lo ha hecho.

—No me dices nada de quien lo ha aconsejado —dijo Caderousse.

—¡Ah! ¡A fe mía —dijo Danglars—, si uno fuera responsable de todo lo que suelta al aire!

—Sí, cuando lo que se dice al aire cae de punta, como una estocada.

Mientras tanto, los grupos comentaban el arresto de todas las maneras posibles.

—Y usted, Danglars —dijo una voz—, ¿qué piensa usted de este suceso?

—Yo —dijo Danglars— creo que será que ha traído algunos fardos de mercancía prohibida.

—Pero si fuera así usted debería saberlo, Danglars, usted que es el sobrecargo.

—Sí, es cierto; pero el sobrecargo no conoce más que los paquetes que le declaran: yo sé que traemos algodón, eso es todo; que cogimos el cargamento en Alejandría, de casa del señor Pastret, y en Esmirna, de casa del señor Pascal; no me pregunten nada más.

—¡Oh! Ahora que me acuerdo —murmuró el pobre padre, agarrándose a eso—, me acuerdo de que me dijo que tenía para mí una caja de café y otra de tabaco.

—Lo ven ustedes —dijo Danglars—, es eso: en nuestra ausencia la aduana habrá hecho una visita a bordo del *Pharaon*, y habrá descubierto el pastel.

Mercedes no creía en absoluto en todo eso; pues, oprimido hasta ese momento, su dolor estalló de repente en sollozos.

—¡Vamos, vamos, esperanza! —dijo sin saber muy bien lo que decía el anciano Dantès.

—¡Esperanza! —repitió Danglars.

—Esperanza —intentó murmurar Fernand.

Pero esa palabra le ahogaba; sus labios se agitaron, pero ningún sonido salió de su boca.

—Señores —gritó uno de los invitados que se había quedado observando en la balaustrada—; señores, ¡un coche! ¡Ah! ¡Es el señor Morrel! ¡Ánimo, ánimo! Seguro que nos trae buenas noticias.

Mercedes y el anciano padre corrieron al encuentro del armador, con quien se toparon en la puerta. El señor Morrel estaba muy pálido.

—¿Y bien? —exclamaron ambos a la vez.

—¡Pues bien, amigos míos! —respondió el armador moviendo la cabeza—, la cosa es más grave de lo que pensábamos.

—¡Oh! Señor —exclamó Mercedes—, ¡él es inocente!

—Yo así lo creo —respondió el señor Morrel—, pero se le acusa...

—¿De qué, vamos? —preguntó el viejo Dantès.

—De ser un agente bonapartista.

Aquellos de mis lectores que vivieron en la época en la que transcurre esta historia, recordarán qué terrible acusación era entonces la que acababa de formular el señor Morrel.

Mercedes dio un grito; el anciano se dejó caer en una silla.

—¡Ah! —murmuró Caderousse—. Usted me ha engañado, Danglars, y sí que llevó a cabo la broma; pero yo no quiero dejar morir de dolor a este anciano y a esta joven, y voy a contarles todo.

—¡Cállate, desgraciado! —exclamó Danglars cogiendo la mano de Caderousse—, o no respondo de ti. ¿Quién te dice que Dantès no es realmente culpable? El barco tocó la isla de Elba, se quedó un día entero en Portoferraio; si llevara encima una carta que le comprometiese, los que le hayan apoyado pasarían a ser sus cómplices.

Caderousse, con el instinto rápido del egoísmo, comprendió toda la solidez de ese razonamiento; miró a Danglars con ojos alelados por el temor y el dolor, y por un paso que había dado hacia adelante, dio dos hacia atrás.

—Entonces, esperemos —murmuró.

—Sí, esperemos —dijo Danglars—; si es inocente, le pondrán en libertad; si es culpable, es inútil comprometerse por un conspirador.

—Entonces, vámonos, yo no puedo quedarme más tiempo aquí.

—Sí, ven —dijo Danglars encantado de encontrar un compañero de retirada—, ven, dejemos que se retiren de aquí cada uno como pueda.

Se marcharon; Fernand, al ser de nuevo el apoyo de la joven, cogió a Mercedes de la mano y la llevó a Les Catalans. Los amigos de Dantès, por su parte, llevaron al anciano, casi desvanecido, a las Allées de Meilhan.

Enseguida, el rumor de que Dantès acababa de ser arrestado como un agente bonapartista se extendió por toda la ciudad.

—¿Hubiese creído usted esto, mi querido Danglars? —dijo el señor Morrel uniéndose a su agente contable y a Caderousse, pues él mismo volvía con toda prisa a la ciudad para obtener alguna noticia directa sobre Edmond por parte del sustituto del fiscal del rey, el señor de Villefort, a quien conocía un poco—. ¿Hubiese creído usted esto?

—¡Hombre, señor! —respondió Danglars—. Yo le dije a usted que Dantès, sin ningún motivo, había hecho escala en la isla de Elba, y que esa

escala, usted lo sabe, me había parecido sospechosa.

—¿Pero usted había contado a alguien más esa sospecha?

—¡Oh, no! Bien me he guardado de hacerlo, señor —añadió en voz baja Danglars—; bien sabe usted que a causa de su tío de usted, el señor Policar Morrel, que sirvió a las órdenes del otro, y que no oculta lo que piensa, se sospecha que usted echa de menos a Napoleón; yo hubiera tenido miedo de causar un problema a Edmond y después a usted; hay cosas que son un deber decir las a su armador, pero que se ocultan rigurosamente a los demás.

—Bien, Danglars, bien —dijo el armador—, es usted un buen muchacho; además yo había pensado por adelantado en usted, en el caso de que ese pobre Dantès fuese el capitán del *Pharaon*.

—¿Cómo es eso, señor?

—Sí, yo había preguntado a Dantès qué pensaba de usted y si tendría algún reparo en mantenerle a usted en su puesto; pues, no sé por qué, creí observar cierta frialdad entre ustedes.

—¿Y qué le respondió?

—Que efectivamente, en alguna circunstancia que no me dijo, había habido algunos equívocos respecto a usted, pero que cualquier persona que tuviera la confianza del armador, tenía también la de él.

—¡Qué hipócrita! —murmuró Danglars.

—¡Pobre Dantès! —dijo Caderousse—. Es un hecho que es un excelente muchacho.

—Sí, pero mientras tanto —dijo el señor Morrel—, ahí está el *Pharaon* sin capitán.

—¡Oh! —dijo Danglars—. Hay que esperar, puesto que no podemos volver a zarpar hasta dentro de tres meses, y de aquí hasta entonces Dantès habrá sido puesto en libertad.

—Sin duda, ¿pero hasta entonces?

—Y bien, hasta entonces aquí estoy yo, señor Morrel —dijo Danglars—; usted sabe que yo conozco el manejo de un navío tan bien como el primer capitán por mucho que haya navegado; esto le ofrecerá incluso una ventaja a usted, si se sirve de mí, pues cuando Edmond salga de la cárcel,

usted no tendrá que agradecer nada a nadie: él retomará su puesto, y yo el mío, eso es todo.

—Gracias, Danglars —dijo el armador—; en efecto, eso lo arregla todo. Tome pues el mando, se lo autorizo, y vigile el desembarque: si alguna catástrofe sucede a los individuos, no por eso tienen que resentirse los negocios.

—Esté tranquilo, señor; ¿pero podremos al menos verle, a ese buen Edmond?

—Se lo diré enseguida, Danglars; voy a tratar de hablar con el señor de Villefort e interceder por el prisionero. Sé muy bien que es un monárquico encarnizado, pero, ¡qué diablos! Por muy monárquico que sea y fiscal del rey como es, también es un hombre, y no creo que sea mala persona.

—No —dijo Danglars—, pero he oído decir que era ambicioso y eso se parece mucho a ser malo.

—En fin —dijo el señor Morrel con un suspiro—, ya veremos; vaya usted a bordo, allí me reuniré con usted.

Y dejó a los dos amigos para dirigirse al Palacio de Justicia.

—¿Ves el giro que toman las cosas? —dijo Danglars a Caderousse— ¿Todavía te quedan ganas de ir a apoyar ahora a Dantès?

—No, sin duda que no; pero sin embargo es bien terrible que una broma así tenga semejantes consecuencias.

—¡Hombre! ¿Quién ha hecho esa broma? No hemos sido ni tú ni yo, ha sido Fernand. Sabes que en cuanto a mí, yo tiré el papel en un rincón, incluso creí que lo había roto.

—No, no —dijo Caderousse—. ¡Oh! En cuanto a eso, estoy seguro; lo veo aún en un rincón del cenador, todo arrugado, todo estrujado e incluso me gustaría mucho que estuviera todavía ahí, donde lo vi.

—¿Qué quieres? Fernand lo habrá recogido, lo habrá copiado o lo habrá dado a copiar, Fernand ni siquiera se habrá tomado la molestia; y ahora que lo pienso... ¡Dios mío! ¡Lo mismo lo habrá enviado con mi propia letra! Menos mal que ya había yo distorsionado mi caligrafía.

—¿Pero, entonces tú sabías que Dantès conspiraba?

—Yo, yo no sabía nada en absoluto. Como te dije, pensaba gastarle una broma, nada más. Parece que, como Arlequín, dije la verdad riendo.

—Es igual —repuso Caderousse—, daría cualquier cosa por que este asunto no hubiera sucedido, o al menos que yo no me hubiera visto mezclado en absoluto. ¡Ya verá cómo eso nos acarreará más de una desgracia, Danglars!

—Si acarrea desgracias a alguien será al verdadero culpable, y el verdadero culpable es Fernand, y no nosotros. ¿Qué desgracia quieres que nos ocasione a nosotros? No tenemos más que quedarnos quietos, sin decir ni pío de todo esto, y la tormenta pasará sin que nos caigan rayos y truenos.

—¡Amén! —dijo Caderousse haciendo un gesto de adiós a Danglars y dirigiéndose a las Allées de Meilhan, sin dejar de menear la cabeza y hablando solo, como tienen por costumbre hacer las personas muy preocupadas.

—¡Bueno! —dijo Danglars—. Las cosas van como las había previsto: aquí estoy de capitán interino, y si este imbécil de Caderousse es capaz de callarse, capitán sin más. ¿Se puede dar el caso en el que la justicia suelte a Dantès? ¡Oh! Pero —añadió con una sonrisa—, la justicia es la justicia y en ella confío.

Y con estas, saltó a una barca dando la orden al barquero de conducirlo a bordo del *Pharaon*, donde el armador, como sabemos, le había citado.

Capítulo VI

El sustituto del fiscal del reino

En la calle del Grand-Cours, enfrente de la fuente de Les Méduses, en una de esas viejas casas de arquitectura aristocrática construidas por Puget, se celebraba también, en el mismo día y a la misma hora, una comida de compromiso.

Sólo que, en lugar de que los actores de esta otra escena fuesen gente del pueblo, marineros y soldados, estos pertenecían a la cúspide de la sociedad marsellesa. Se trataba de antiguos magistrados que habían dimitido de sus cargos bajo el usurpador; antiguos oficiales que habían desertado de nuestras filas para pasar a las del ejército de Condé; jóvenes a los que, sus familias, aunque poco seguras sobre su subsistencia, a pesar de los cuatro o cinco interinos a los que habían pagado, habían educado en el odio hacia ese hombre del que cinco años de exilio harían de él un mártir, y quince años de Restauración, un dios.

Estaban a la mesa, y la conversación discurría ardorosa por todas las pasiones, las pasiones de la época, pasiones tanto más terribles, vívidas y encarnizadas en el Mediodía, en cuanto que quinientos años de odios religiosos venían a apoyar a los odios políticos.

El emperador, rey de la isla de Elba después de haber sido soberano de una parte del mundo, reinando sobre una población de cinco o seis mil almas después de haber oído gritar «¡Viva Napoleón!» a ciento veinte millones de súbditos en diez lenguas diferentes, el emperador, decimos, era tratado como hombre perdido por siempre jamás para Francia y para el trono. Los magistrados destacaban las equivocaciones políticas; los militares hablaban de Moscú y de Leipzig; las mujeres, de su divorcio de Josefina. A todo este mundo monárquico, tan alegre y triunfante, no por la caída del hombre, sino por el aniquilamiento del principio, le parecía que la vida volvía de nuevo para ellos y que salían de un penoso sueño.

Un anciano, decorado con la cruz de Saint-Louis, se levantó y propuso a sus comensales un brindis a la salud del rey Luis XVIII: era el marqués de Saint-Méran.

Ante este brindis, que recordaba a la vez a Luis XVIII como exilado de Hartwell y rey pacificador de Francia, el ruido fue grande, los vasos se levantaron al estilo inglés y las damas desataron sus ramilletes y alfombraron con sus flores el mantel. Resultó todo de un entusiasmo casi poético.

—Convendrían, si estuvieran aquí —dijo la marquesa de Saint-Méran, mujer de ojos secos, labios delgados, de aspecto aristocrático y todavía elegante a pesar de sus cincuenta años—, convendrían todos esos revolucionarios que nos expulsaron y a quienes nosotros dejamos conspirar tranquilamente en nuestros viejos castillos que compraron por un trozo de pan durante el Terror, convendrían en que la verdadera devoción y entrega era la nuestra, puesto que nosotros nos vinculábamos con la monarquía que caía, mientras que ellos, por el contrario, saludaban al sol naciente y amasaban sus fortunas, mientras que nosotros perdíamos las nuestras; convendrían en que nuestro rey, el nuestro, era realmente Luis el Bienamado, mientras que su usurpador, el de ellos, no ha sido más que Napoleón el maldito; ¿no es así, de Villefort?

—¿Decía usted, señora marquesa? Perdóneme, pero no estaba en la conversación.

—¡Eh! Deje usted a estos chicos, marquesa —repuso el anciano que había dirigido el brindis—; estos jóvenes van a casarse, y naturalmente

tienen que hablar de otra cosa y no de política.

—Le pido perdón, madre —dijo una joven y guapa muchacha de rubios cabellos, de ojos de terciopelo que nadaban en un fluido de nácar—; le devuelvo al señor de Villefort a quien he acaparado un momento. Señor de Villefort, mi madre le está hablando.

—Estoy dispuesto a responder a la señora, si tiene a bien renovar su pregunta, que oí mal —dijo el señor de Villefort.

—Se le perdona, Renée —dijo la marquesa con una sonrisa de ternura, que uno se asombraba de ver florecer sobre ese rostro seco, pero el corazón de la mujer está hecho así, que por muy árido que se ponga al soplo de los prejuicios y de las exigencias de la etiqueta, siempre hay un rincón fértil y risueño: es el rincón que Dios ha consagrado al amor maternal—. Se le perdona... Estaba yo diciendo ahora, Villefort, que los bonapartistas no tenían ni nuestra convicción, ni nuestro entusiasmo, ni nuestra entrega.

—¡Oh! Señora, al menos ellos tienen algo que sustituye a todo eso: el fanatismo. Napoleón es el Mahoma de Occidente; es para todos esos hombres vulgares, pero de ambiciones supremas, no solamente un legislador y un jefe, sino que además es un modelo, el modelo de la igualdad.

—¡De la igualdad! —exclamó la marquesa—. ¡Napoleón modelo de la igualdad! ¿Y qué será entonces Robespierre? Me parece que usted ha robado el puesto a Robespierre para dárselo al corso; es más que una usurpación, me parece.

—No, señora —dijo Villefort—, dejo a cada uno de ellos en su pedestal: a Robespierre en la plaza Louis XV, en su cadalso; a Napoleón, en la plaza Vendôme, en su columna; la diferencia es que uno ha hecho la igualdad por abajo, y el otro, la igualdad por arriba; el uno ha bajado a los reyes al nivel de la guillotina, el otro ha elevado al pueblo al nivel del trono. Eso no quiere decir —añadió Villefort riendo— que ambos no sean unos infames revolucionarios, y que el 9 termidor y el 4 de abril de 1814 no sean, ambos, dos felices días para Francia, y dignos de ser igualmente festejados por todos los amigos del orden y de la monarquía; pero eso explica también cómo, por muy caído que esté para no levantarse nunca, o

al menos eso espero, eso explica cómo Napoleón ha conservado a sus secuaces. ¿Qué quiere usted, marquesa? ¡Cromwell, que no fue más que la mitad de lo que ha sido Napoleón, también tenía los suyos!

—¿Sabe usted que lo que dice, Villefort, huele a la Revolución a una legua? Pero le perdono: no se puede ser hijo de girondino y no conservar un gusto por el terruño.

Un vivo sonrojo pasó por la frente de Villefort.

—Mi padre era girondino, señora —dijo—, es cierto; pero mi padre no votó la muerte del rey; mi padre fue proscrito por ese mismo Terror que usted proscribiste, y faltó poco si no se vio con su cabeza en el mismo cadalso que vio caer la cabeza del padre de usted.

—Sí —dijo la marquesa, sin que ese recuerdo sangriento produjese la menor alteración de sus rasgos—; solamente que de haber subido ambos al cadalso, hubiera sido por principios diametralmente opuestos, y la prueba está en que toda mi familia quedó vinculada a los príncipes exiliados, mientras que el padre de usted se dio prisa en unirse al nuevo gobierno, y que después de que el ciudadano Noirtier fuera girondino, el conde Noirtier se convirtió en senador.

—Madre, madre —dijo Renée—, usted sabe que habíamos convenido en que no se volvería a hablar de esos malos recuerdos.

—Señora —respondió Villefort—, yo me uniré a la señorita de Saint-Méran para rogarle, muy humildemente, el olvido del pasado. ¿De qué sirve recriminarse cosas en las que incluso la voluntad de Dios es impotente? Dios puede cambiar el futuro; pero ni siquiera Él puede modificar el pasado. Lo que nosotros podemos, nosotros los hombres, es, si no renegar de él, sí al menos cubrirlo con un tupido velo. Y bien, yo, yo me he apartado no solamente de la opinión de mi padre, sino también del nombre de mi padre. Mi padre fue, o incluso es aún, bonapartista y se llama Noirtier; yo, yo soy monárquico y me llamo Villefort. Deje, señora, morir en el viejo tronco un resto de savia revolucionaria, y no vea, señora marquesa, más que el brote que se aparta de su tronco, sin poder, y diré casi, sin querer despegarse del todo.

—¡Bravo, Villefort —dijo el marqués—, bravo, bien respondido! Yo también he predicado siempre a la marquesa el olvido del pasado, sin

haber podido obtenerlo nunca por su parte; espero que usted tenga más suerte.

—Sí, está bien —dijo la marquesa—, olvidemos el pasado, no pido nada mejor, y está convenido; pero que al menos Villefort sea inflexible respecto al futuro. No olvide, Villefort, que respondimos por usted ante Su Majestad: que Su Majestad, ella también, ha querido olvidar; que, ante nuestra recomendación, Su Majestad tendió la mano, como yo olvido ante el ruego que usted me hace. Pero si le cae a usted entre las manos algún conspirador, piense que se seguirán teniendo los ojos sobre usted, de quien se sabe que pertenece a una familia que pudiera estar en relación con esos conspiradores.

—¡Ay, señora! —dijo Villefort—. Mi profesión, y sobre todo los tiempos en los que vivimos, me ordenan ser severo. Lo seré. Ya he tenido que soportar algunas acusaciones políticas y, respecto a ellas, ya fui sometido a prueba. Desgraciadamente, no hemos terminado aún.

—¿Usted cree? —dijo la marquesa.

—Mucho me temo que sea así. Napoleón en la isla de Elba está cerca de Francia; su presencia, casi visible desde nuestras costas, mantiene la esperanza de sus seguidores. Marsella está llena de oficiales con media paga que, cada día, bajo un frívolo pretexto, buscan pelea con los monárquicos; de ahí los duelos entre la gente de clase elevada, y de ahí los asesinatos entre la gente del pueblo.

—Sí —dijo el conde de Salvieux, viejo amigo del señor de Saint-Méran y chambelán del señor conde de Artois—, sí, pero usted sabe que la Santa Alianza le desaloja.

—Sí, de eso se trataba cuando nos vinimos de París —dijo el señor de Saint-Méran. ¿Y adónde le envían?

—A Santa-Helena.

—¡A Santa-Helena! ¿Y eso qué es? —preguntó la marquesa.

—Una isla situada a dos mil leguas de aquí, más allá del Ecuador —respondió el conde.

—¡Menos mal! Como dice Villefort, es una gran locura haber dejado a un hombre así entre Córcega, donde nació, y Nápoles, donde aún reina su cuñado, y frente a Italia a la que quería convertir en un reino para su hijo.

—Desgraciadamente —dijo Villefort— tenemos los tratados de 1814, y no se puede tocar a Napoleón sin incumplir esos tratados.

—Y bien, se incumplirán —dijo el señor de Salvieux—. ¿Es que él fue tan puntilloso cuando se trató de fusilar al desgraciado duque de Enghien^[1]?

—Sí —dijo la marquesa—, está convenido, la Santa Alianza libra a Europa de Napoleón, y Villefort libra a Marsella de sus seguidores. El rey reina o no reina: si reina, su gobierno debe ser fuerte y sus agentes inflexibles; es la manera de prevenir el mal.

—Desgraciadamente, señora —dijo sonriendo Villefort—, un sustituto del fiscal del rey llega siempre cuando el mal ya está hecho.

—Entonces, le toca a él remediarlo.

—Podría decirle además, señora, que nosotros no remediamos el mal, sino que intentamos vengarlo: eso es todo.

—¡Oh! Señor de Villefort —dijo una joven y bonita persona, hija del conde de Salvieux y amiga de la señorita de Saint-Méran—, trate entonces de conseguir un buen proceso mientras que estemos en Marsella. Yo nunca he visto una audiencia, y dicen que es muy curioso de ver.

—Muy curioso, en efecto, señorita —dijo el sustituto—; pues en lugar de una tragedia ficticia, es un verdadero drama; en lugar de sufrimientos representados, son sufrimientos reales. El hombre que se ve juzgado allí, en lugar de que, una vez bajado el telón, se vuelva a su casa, cene en familia y se acueste tranquilamente para volver a empezar al día siguiente, ese hombre vuelve a la prisión donde se encuentra con el verdugo. Como puede usted ver, para las personas nerviosas que buscan emociones, no hay espectáculo que valga más que ese. Esté usted tranquila, señorita, si la circunstancia se presenta, se la procuraré.

—¡Nos hace temblar... y se ríe! —dijo Renée palideciendo.

—¿Qué quiere usted? Es un duelo... Yo ya he solicitado cinco o seis veces la pena de muerte contra acusados políticos o de otra causa... Y bien, ¿quién sabe cuántos puñales a esta hora se afilan en la sombra, o están ya preparados contra mí?

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Renée entristeciéndose cada vez más—. ¿Es que habla usted en serio, señor de Villefort?

—En serio a más no poder, señorita —repuso el joven magistrado con la sonrisa en los labios—. Y con esos buenos procesos que desea la señorita para satisfacer su curiosidad, y que yo deseo para satisfacer mi ambición, la situación no hará más que agravarse. Todos esos soldados de Napoleón, habituados a ir a ciegas contra el enemigo, ¿creen ustedes que reflexionan al quemar un cartucho o al lanzarse con la bayoneta? Pues bien, ¿reflexionarán más para matar a un hombre del que piensan que es su enemigo personal, que para matar a un ruso, a un austríaco o a un húngaro al que nunca han visto? Por otra parte, tiene que ser así, miren ustedes, sin eso, nuestro oficio no tendría excusa. Yo mismo, cuando veo brillar en los ojos del acusado el relámpago luminoso de la rabia, me siento animado, me exalto: ya no es un proceso, es un combate; lucho contra él, él responde, yo vuelvo a la carga, y el combate termina como todos los combates: con una victoria o con una derrota. ¡Eso es lo que significa litigar! Es el peligro el que nos lleva a la elocuencia. Un acusado que me sonriera después de mi réplica me haría creer que he hablado mal, que lo que he dicho no tiene color, ni vigor, que es insuficiente. ¡Piensen, pues, en la sensación de orgullo que siente un fiscal del rey, convencido de la culpabilidad del acusado, cuando ve al culpable palidecer y doblegarse bajo el peso de las pruebas y bajo los dardos de su elocuencia! Esa cabeza se baja, y... caerá.

Renée dio un leve grito.

—Esto sí que es hablar —dijo uno de los invitados.

—¡Este es el hombre que se necesita en tiempos como los nuestros! —dijo otro.

—Además —dijo un tercero—, en su último juicio estuvo usted soberbio, mi querido Villefort. Ya sabe, aquel hombre que había asesinado a su padre; y bien, literalmente usted le mató antes que el verdugo le tocara.

—¡Oh! En cuanto a los parricidas —dijo Renée—, ¡oh!, poco importa, no hay suplicio suficientemente grande para hombres así; ¡pero en cuanto a los desgraciados acusados políticos!...

—Pues es aún peor, Renée, puesto que el rey es el padre de la nación, y querer derrocar o matar al rey es querer matar al padre de treinta y dos

millones de hombres.

—¡Oh!, es igual; señor de Villefort —dijo Renée—, ¿me promete usted ser indulgente con los que yo le recomiende?

—Esté tranquila —dijo Villefort con su más encantadora sonrisa—, haremos juntos mis requisitorias.

—Querida —dijo la marquesa—, ocúpese usted de sus colibríes, sus podencos y sus trapos, y deje a su futuro esposo hacer su trabajo. Hoy en día las armas descansan y la toga tiene solvencia; hay sobre eso una frase latina de una gran profundidad.

—*Cedant arma togae* —dijo con una inclinación Villefort.

—Yo no me atrevía a hablar en latín —respondió la marquesa.

—Creo que yo preferiría que usted fuese médico —repuso Renée—; el ángel exterminador, por muy ángel que sea, siempre me ha asustado mucho.

—¡Mi buena Renée! —murmuró Villefort mirando a la joven con ojos amorosos.

—Hija mía —dijo el marqués—, el señor de Villefort será el médico moral y político de esta provincia; créeme, es un buen papel el que tiene que representar.

—Y será un modo de hacer olvidar el que ha representado su padre —repuso la incorregible marquesa.

—Señora —repuso Villefort con una triste sonrisa—, ya tuve el honor de decirle a usted que mi padre, o eso espero al menos, que mi padre había abjurado de sus errores del pasado, que se ha convertido en un amigo lleno de celo por la religión y el orden, mejor monárquico que yo, quizá; pues él lo es por arrepentimiento, y yo, yo lo soy por pasión.

Y después de esa frase redonda, Villefort, para comprobar el efecto de su facundia, miró a los comensales, como, tras una frase equivalente, en el estrado, hubiera mirado al auditorio.

—Y bien, mi querido Villefort —repuso el conde de Salvieux—, es justamente lo que respondía yo antes de ayer al ministro de la casa del rey en las Tullerías, que me pedía un poco cuentas de esa singular alianza entre el hijo de un girondino y la hija de un oficial del ejército de Condé; y el ministro lo comprendió muy bien. Este sistema de fusión es el sistema

de Luis XVIII. Además, el rey, que sin que nos diéramos cuenta, estaba escuchando nuestra conversación, nos interrumpió diciendo: «Villefort», observen que el rey no pronunció el nombre de Noirtier, sino que hizo hincapié en el de Villefort, «Villefort hará una buena carrera», dijo entonces el rey; «es un hombre ya maduro y que pertenece a mi mundo. Vi con gusto que el marqués y la marquesa de Saint-Méran lo tomaran por yerno, y yo mismo les hubiese aconsejado esa alianza si no hubieran sido ellos los primeros en venir a solicitar mi permiso para contraerla».

—¿El rey dijo eso, conde? —exclamó Villefort encantado.

—Yo le refiero sus mismas palabras, y si el marqués quiere ser franco, confesará que lo que yo le digo ahora concuerda perfectamente con lo que el rey le dijo a él mismo hace seis meses, cuando habló con él del proyecto de matrimonio entre su hija y usted.

—Es cierto —dijo el marqués.

—¡Oh! Entonces seré deudor de ese digno príncipe, ¡qué no haría yo por servirle!

—Menos mal —dijo la marquesa—, así es como yo le quiero: que venga un conspirador ahora, que será bienvenido.

—Y yo, madre —dijo Renée—, yo ruego a Dios que no la escuche, madre, que no envíe al señor de Villefort más que ladronzuelos, pequeños timadores o tímidos estafadores; siendo así, dormiré tranquila.

—Es como si usted deseara para el médico migrañas, sarampiones y picaduras de avispa, todo lo que no atañe más que a la epidermis —dijo Villefort riendo—. Si usted quiere verme fiscal del Reino, deséeme, por el contrario, esas terribles enfermedades cuya cura hace honor al médico.

En ese momento y como si el azar no hubiera esperado más que la emisión del deseo de Villefort para que ese deseo fuera otorgado, un ayuda de cámara entró y le dijo unas palabras al oído. Villefort se levantó entonces de la mesa disculpándose, y regresó poco después, con la sonrisa en el rostro y en los labios.

Renée le miró con amor, pues, visto así, con sus ojos azules, su tez mate y sus patillas negras que enmarcaban su rostro, era verdaderamente un elegante y apuesto joven; además, todo el espíritu de la joven pareció

pendiente de sus labios, esperando que explicase la causa de su momentánea desaparición.

—Y bien —dijo Villefort—, usted ambicionaba hace un momento, señorita, tener como marido a un médico, tengo al menos con los discípulos de Esculapio —aún se hablaba así en 1815— ese parecido, el que nunca dispongo de mi tiempo y que vienen a molestarme incluso estando junto a usted, incluso en el banquete de mi compromiso.

—¿Y cuál es la causa ahora, señor? —preguntó la hermosa joven con cierta inquietud.

—¡Ay! La de un enfermo que, si tengo que creer en lo que me han dicho, es de extrema gravedad: esta vez es un caso grave, y la enfermedad roza el cadalso.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Renée palideciendo.

—¡De verdad! —dijo al unísono la asamblea.

—Parece que, simplemente, acaban de descubrir un pequeño complot bonapartista.

—¿Es posible? —dijo la marquesa.

—Esta es la carta de denuncia.

Y Villefort leyó:

El señor fiscal del rey queda prevenido, por un amigo del trono y de la religión, que el llamado Edmond Dantès, segundo del navío el Pharaon, que ha llegado esta mañana de Esmirna, después de haber tocado los puertos de Nápoles y de Portoferraio, ha sido encargado, por Murat, de llevar una carta al usurpador; y a su vez el usurpador le ha entregado una carta para el comité bonapartista de París. Se obtendrá la prueba de su crimen arrestándole, pues, o la lleva consigo o la tiene en casa de su padre, o en la cabina a bordo del Pharaon.

—Pero —dijo Renée—, esa carta, que por otra parte no es más que una carta anónima, va dirigida al señor fiscal del rey y no a usted.

—Sí, pero el fiscal del rey está ausente; en su ausencia, la epístola llegó a su secretario, que tenía la misión de abrir las cartas; entonces abrió

esta, ordenó que me buscaran y, al no encontrarme, cursó las órdenes de arresto.

—O sea que el culpable está arrestado —dijo la marquesa.

—O sea, el acusado —repuso Renée.

—Sí, señora —dijo Villefort—, y como he tenido el honor de decir hace un rato a la señorita Renée, si encontramos esa carta en cuestión, el enfermo está bien enfermo.

—¿Y dónde está ese pobre desgraciado? —preguntó Renée.

—Está en mi casa.

—Vaya usted, amigo mío —dijo el marqués—, no incumpla sus deberes por quedarse con nosotros cuando el servicio del rey le reclama en otro sitio; vaya, pues, donde el servicio del rey le reclama.

—¡Oh! Señor de Villefort —dijo Renée, juntando las manos en señal de súplica—, sea indulgente, ¡es el día de nuestro compromiso!

Villefort dio una vuelta alrededor de la mesa, y al acercarse a la silla de la joven, apoyándose en el respaldo le dijo:

—Para evitarle a usted una inquietud haré todo lo que pueda, querida Renée; pero si los indicios son claros, si la acusación es cierta, tendré que cortar esa mala hierba bonapartista.

Renée se estremeció ante esa palabra de cortar, pues esa hierba a la que había de cortar tenía una cabeza.

—¡Bah!, ¡bah! —dijo la marquesa—, no escuche a esta niña, Villefort, ya se acostumbrará.

Y la marquesa tendió a Villefort su mano seca que él besó, sin dejar de mirar a Renée y diciéndole con los ojos:

«Es la mano de usted la que beso, o al menos la que me gustaría besar en este momento.»

—¡Tristes auspicios! —murmuró Renée.

—De verdad, señorita —dijo la marquesa—, es usted de un infantilismo desesperante; sólo le pido un poco de lo que, por el bien del Estado, tendrá que hacer con sus fantasías sentimentales y sus sensiblerías del corazón.

—¡Oh, madre! —murmuró Renée.

—Gracias por su hija, aunque sea tan mala monárquica, señora marquesa —dijo Villefort—, le prometo que cumpliré con mi oficio de sustituto de fiscal del rey en conciencia, es decir, que seré horriblemente severo.

Pero al mismo tiempo que el magistrado dirigía esas palabras a la marquesa, el prometido echaba una mirada a hurtadillas a su prometida, y esa mirada decía:

«Tranquila, Renée; por nuestro amor, seré indulgente.»

Renée respondió a esa mirada con su más dulce sonrisa, y Villefort salió con el Paraíso en el corazón.

Capítulo VII

El interrogatorio

Apenas Villefort hubo salido del comedor, se quitó su máscara alegre para tomar el aspecto grave de un hombre llamado a la suprema función de pronunciarse sobre la vida de un semejante. Ahora bien, a pesar de la movilidad de su fisonomía, movilidad que, como debe hacer todo hábil actor, había ensayado más de una vez ante el espejo, esta vez le supuso un gran esfuerzo fruncir el ceño y entristecer sus rasgos. En efecto, aparte del recuerdo de esa línea política seguida por su padre, y que, si no se alejaba de ella completamente, podía influir en que su futuro se torciera, Gérard de Villefort era en este momento tan feliz como le es dado serlo a un hombre; ya rico por sí mismo, ocupaba a sus veintisiete años un puesto relevante en la magistratura, desposaba a una joven y bella persona a la que amaba, no apasionadamente, sino con la razón, como puede amar un sustituto del fiscal del rey, y además de su belleza, que era notable, la señorita de Saint-Méran, su prometida, pertenecía a una de esas familias mejor situadas de la época; y además de la influencia de su padre y de su madre, que al no tener más hijos podían conservar entera para su yerno, aportaba también a su marido una dote de cincuenta mil escudos que, gracias a las expectativas, atroz palabra inventada por los mediadores de

ese matrimonio, podía aumentarse un día con una herencia de medio millón aproximadamente.

Todos esos elementos reunidos sumaban, pues, para Villefort un total de felicidad deslumbrante, hasta el punto de que podría objetar ver manchas en el sol, cuando había mirado durante largo tiempo su vida interior con los ojos del alma.

En la puerta le esperaba el comisario de policía. El ver a ese hombre vestido de negro le hizo caer rápidamente desde las alturas del tercer cielo hasta la tierra material que pisamos; recompuso su rostro, como hemos dicho, y acercándose al oficial de justicia:

—Aquí estoy, señor —le dijo—; he leído la carta y ha hecho usted bien en arrestar a ese hombre; ahora deme todos los detalles que ha recogido sobre él y sobre la conspiración.

—De la conspiración, señor, no sabemos aún nada; todos los papeles que se le han incautado y que llevaba consigo están recogidos en un solo legajo y han sido sellados y depositados en su despacho de usted. En cuanto al acusado, ya lo ha visto usted en la misma carta que lo denuncia, es un tal Edmond Dantès, el segundo de a bordo del tres palos el *Pharaon*, que comercia algodón con Alejandría y Esmirna y que pertenece a la casa Morrel e hijo, de Marsella.

—¿Antes de servir en la marina mercante había servido en la marina militar?

—¡Oh, no! Señor; es un muchacho muy joven.

—¿De qué edad?

—De diecinueve o veinte años a lo más.

En ese momento, y cuando Villefort, siguiendo la Grande-Rue había llegado a la esquina de la calle de los Conseils, un hombre, que parecía que le esperaba, le abordó: era el señor Morrel.

—¡Ah! ¡Señor de Villefort! —exclamó el buen hombre al ver al sustituto—. Estoy encantado de encontrarle. Imagínese que se acaba de cometer un error de lo más extraño, de lo más inaudito: acaban de arrestar al segundo de mi barco, Edmond Dantès.

—Lo sé, señor —dijo Villefort—; vengo para interrogarle.

—¡Oh! Señor —continuó el señor Morrel, llevado por su amistad hacia el joven—, usted no conoce a la persona a la que se acusa, y yo sí, yo la conozco: imagínese, el hombre más dulce, el más probo, me atrevería casi a decir que es el que conoce mejor su oficio de toda la marina mercante. ¡Oh, señor de Villefort! Se lo recomiendo sinceramente y con todo mi corazón.

Villefort, como se ha podido ver, pertenecía al partido noble de la ciudad, y Morrel al partido plebeyo; el primero era realista ultra, al segundo se le sospechaba secretamente bonapartista. Villefort miró desdeñosamente a Morrel y le respondió con frialdad:

—Usted sabe, señor, que se puede ser dulce en la vida privada, probo en sus relaciones comerciales, sabio en su profesión, y no por eso dejar de ser un gran culpable, políticamente hablando; usted lo sabe, ¿no es así, señor?

Y el magistrado recalcó esas últimas palabras como si quisiera aplicárselas al mismo armador, mientras que su mirada escrutadora parecía querer penetrar hasta el fondo de este hombre, tan osado como para interceder por alguien, cuando debía saber que él mismo tenía necesidad de indulgencia.

Morrel se sonrojó, pues no tenía la conciencia muy clara en relación con las opiniones políticas; y además, la confianza que le hizo Dantès, respecto a su entrevista con el gran mariscal y a esas palabras que le había dirigido el emperador, le turbaba un poco. Sin embargo, añadió con el acento del más profundo interés:

—¡Se lo suplico, señor de Villefort, sea justo como usted debe serlo, bueno como siempre lo es usted, y devuélvanos pronto a ese pobre Dantès!

Ese «devuélvanos» sonó a revolucionario en el oído del sustituto del fiscal del rey.

«¡Vamos, vamos!», se dijo a sí mismo, «“devuélvanos...”, ¿es que ese Dantès estará afiliado a alguna secta de *carbonari* como para que su protector emplee así, sin pensarlo, esa fórmula colectiva? Le arrestaron en un cabaret, según me ha dicho, creo, el comisario; y en numerosa compañía», añadió: «¿será alguna asamblea?».

Y dijo en voz alta:

—Señor, puede estar perfectamente tranquilo, y usted no habrá apelado inútilmente a mi justicia si el acusado es inocente; pero si, por el contrario, es culpable, vivimos en una época difícil, señor, en la que la impunidad sería un fatal ejemplo: me veré, pues, forzado a cumplir con mi deber.

Y tras esto, como ya había llegado a la puerta de su casa, adosada al Palacio de Justicia, entró majestuosamente, después de saludar con una glacial cortesía al desgraciado armador, que se quedó como petrificado en el sitio en el que Villefort se apartó de él.

La antecámara estaba llena de gendarmes y de agentes de policía; en medio de ellos, vigilado, rodeado de miradas ardientes de odio, se mantenía de pie, tranquilo e inmóvil, el prisionero.

Villefort atravesó la antecámara, echó una mirada oblicua a Dantès y, después de coger el legajo que le remitió un agente, desapareció diciendo:

—Que traigan al prisionero.

Por muy rápida que hubiera sido esa mirada, a Villefort le bastó para hacerse una idea del hombre que tenía que interrogar: había reconocido la inteligencia en esa frente ancha y despejada, el valor en esos ojos fijos y ese ceño fruncido, y la franqueza en esos labios espesos y medio abiertos, que dejaban ver una doble fila de dientes blancos como el marfil.

La primera impresión había sido favorable a Dantès; pero Villefort había oído decir tan a menudo, como frase de profunda política, que había que desconfiar del primer impulso, dado que era el bueno, aplicó la máxima a la primera impresión, sin tener en cuenta la diferencia que hay entre las dos palabras.

Ahogó, pues, los buenos instintos que querían invadir su corazón para desde allí dar el salto a su mente, compuso ante el espejo su cara de los grandes días y se sentó, sombrío y amenazador, ante su mesa de despacho.

Un instante después, entró Dantès.

El joven seguía estando pálido, pero tranquilo y sonriente; saludó al juez con una cortesía de cierta soltura, después, buscó con los ojos un asiento, como si estuviera en el salón de los armadores Morrel.

Fue solamente entonces cuando encontró la mirada sin brillo de Villefort, esa particular mirada de los hombres de palacio, que no quieren

que nadie lea sus pensamientos, y que transforman sus ojos en un cristal opaco. Esa mirada le hizo ver que estaba ante la justicia, rostro de sombrías maneras.

—¿Quién es usted y cómo se llama? —preguntó Villefort hojeando las notas que el agente le había remitido al entrar, y que desde hacía una hora se habían ido haciendo voluminosas, pues la corrupción de los espionajes se pega rápidamente a ese cuerpo desgraciado a quien llaman los acusados.

—Me llamo Edmond Dantès, señor —respondió el joven con una voz tranquila y clara—, soy el segundo de a bordo del navío el *Pharaon*, que pertenece a Morrel e hijo.

—¿Edad? —continuó Villefort.

—Diecinueve años —respondió Dantès.

—¿Qué hacía usted en el momento en el que fue arrestado?

—Asistía a la comida de mi propio compromiso, señor —dijo Dantès con voz ligeramente emocionada, tan doloroso era el contraste entre aquellos momentos de alegría con la lúgubre ceremonia que ahora se cumplía, y tan sombrío era el rostro del señor de Villefort, que hacía brillar con toda su luz la radiante figura de Mercedes.

—¿Usted asistía a la comida de su compromiso? —dijo el sustituto sobrecogiéndose a pesar suyo.

—Sí, señor, estoy a punto de casarme con la mujer que amo desde hace tres años.

Villefort, por muy impasible que fuera de ordinario, se sintió, sin embargo, afectado por la coincidencia, y esa voz emocionada de Dantès, sorprendido en medio de su dicha, llegó a despertar una fibra de simpatía en el fondo de su alma: él también se casaba, él también era feliz, y acababan de turbar su felicidad para que contribuyera a destruir la alegría de un hombre que, como él, tocaba ya la felicidad.

«Esa cercanía filosófica», pensó, «causará un gran efecto a mi regreso al salón del señor de Saint-Méran»; y compuso por adelantado en su mente, mientras que Dantès esperaba nuevas preguntas, las palabras antitéticas con cuya ayuda los oradores construyen sus frases, ansiosas de aplausos que a veces hacen creer en la verdadera elocuencia.

Cuando terminó de componer su pequeño discurso interior, Villefort sonrió de su efecto, y volviendo a Dantès:

—Continúe, señor —dijo.

—¿Qué quiere que continúe?

—Continúe ilustrando a la justicia.

—Que la justicia me diga sobre qué quiere que la ilustre, y yo le diré todo lo que sé; solamente que —añadió a su vez con una sonrisa— le prevengo que no sé gran cosa.

—¿Ha servido usted en tiempos del usurpador?

—Iba a ser incorporado a la marina militar cuando cayó.

—Se dice que las opiniones políticas de usted son exageradas —dijo Villefort, a quien no se le había dicho nada respecto a eso, pero a quien no le importó formular la pregunta como si fuera una acusación.

—¿Mis opiniones políticas, señor? ¡Ay! Casi me da vergüenza decirlo, pero yo nunca he tenido lo que se llama una opinión; apenas tengo diecinueve años, como he tenido el honor de decirle; yo no sé nada, yo no estoy destinado a representar ningún papel; lo poco que soy y seré, si me conceden el puesto que ambiciono, se lo deberé al señor Morrel. Así que todas mis opiniones, no diré políticas, sino privadas, se limitan a estos tres sentimientos: amo a mi padre, respeto al señor Morrel y adoro a Mercedes. Eso es, señor, todo lo que puedo decir a la justicia; ya ve usted que es muy poco interesante a ese respecto.

A medida que Dantès hablaba, Villefort miraba su rostro a la vez tan dulce y tan franco y sentía que volvían a su memoria las palabras de Renée que, sin conocerle, le había pedido indulgencia para el acusado. Con la costumbre que tenía ya el sustituto del crimen y de los criminales, veía surgir, en cada palabra de Dantès, la prueba de su inocencia. En efecto, este joven, se podría casi decir este niño, sencillo, natural, elocuente, con esa elocuencia del corazón que nunca se encuentra cuando se busca, llena de afecto por todos, porque era feliz, y que la felicidad hace buenos incluso a los malos, vertía sobre el juez la dulce afabilidad que desbordaba de su corazón. Edmond no tenía ni en la mirada, ni en la voz, ni en el gesto, por muy rudo y severo que Villefort había sido con él, más que dulzura y bondad para quien le interrogaba.

«Pardiez», se dijo Villefort, «he ahí un muchacho encantador, y no me costará mucho trabajo, espero, hacerme ver bien por Renée, cumpliendo con la primera recomendación que me ha hecho; esto me valdrá un gran apretón de manos delante de todo el mundo, y un beso encantador en un rincón».

Y con esa dulce esperanza el rostro de Villefort se iluminó, de manera que cuando trasladaba en sus miradas su pensamiento a Dantés, Dantès, que había seguido todos los movimientos de la fisonomía de su juez, sonreía como su pensamiento.

—Señor —dijo Villefort—, ¿tiene usted enemigos?

—Enemigos míos —dijo Dantès—: tengo la dicha de ser poca cosa para haberme creado enemigos a causa de mi posición. En cuanto a mi carácter, un poco vivo quizá, he intentado siempre suavizarlo con mis subordinados. Tengo diez o doce marineros bajo mis órdenes; pregúnteles, señor, y le dirán que me estiman y me respetan, no como a un padre, soy demasiado joven para eso, pero sí como a un hermano mayor.

—Pero, a falta de enemigos, quizá tenga usted gente que le envidia: usted va a ser nombrado capitán con diecinueve años, lo que es un puesto elevado para su edad; usted va a casarse con una hermosa joven que le quiere, lo que es una dicha rara en todos los estados de la tierra; estas dos ventajas del destino han podido crearle envidias.

—Sí, tiene usted razón. Usted debe conocer a los hombres mejor que yo, y eso es posible; pero si esa gente que me envidia está entre mis amigos, confieso que prefiero no conocerlos, para no verme obligado a odiarlos.

—Se equivoca, señor. Siempre hay que ver claro alrededor de uno, tanto como sea posible; y de verdad que usted me parece un joven tan digno que, en cuanto a usted, voy a apartarme de las reglas ordinarias de la justicia y voy a ayudarle a ver claro comunicándole la denuncia que le ha traído ante mí: este es el papel acusador; ¿reconoce usted la letra?

Y Villefort sacó la carta del bolsillo y se la presentó a Dantès. Dantès la vio y la leyó. Una nube pasó por su frente y dijo:

—No, señor, no reconozco la letra, está distorsionada y a pesar de todo es bastante clara. En todo caso, es una mano hábil la que la ha trazado. Soy

muy feliz —añadió mirando agradecido a Villefort— de tener que tratar con un hombre como usted, pues, en efecto, ese envidioso es un verdadero enemigo.

Y por el relámpago que pasó por los ojos del joven al pronunciar esas palabras, Villefort pudo distinguir todo lo que de oculta violenta energía había bajo su primera dulzura.

—Y ahora, veamos —dijo el sustituto—, respóndame con franqueza, señor, no como un acusado ante el juez, sino como un hombre en una falsa posición responde a otro hombre que se interesa por él: ¿qué hay de verdad en toda esta acusación anónima?

Y Villefort echó una mirada de asco sobre la carta que Dantès le había devuelto.

—Todo y nada, señor, y esta es la pura verdad, por mi honor de marino, por mi amor a Mercedes, por la vida de mi padre.

—Hable, señor —dijo en voz alta Villefort.

Y después añadió para sí:

«Si Renée pudiera verme, espero que estaría contenta conmigo, y que ya no me llamaría un ¡corta-cabezas!»

—Pues bien, al zarpar de Nápoles, el capitán Leclère cayó enfermo de una fiebre cerebral; como no teníamos médico a bordo y dado que no quería recalar en ningún puerto de la costa, ya que tenía prisa por llegar a la isla de Elba, su enfermedad empeoró hasta el punto que al final del tercer día, sintiendo que iba a morir, me llamó junto a él.

»“Mi querido Dantès, me dijo, júreme por su honor que hará lo que voy a decirle; en ello van los más altos intereses.”

»“Se lo juro, capitán, le respondí.”

»“Y bien, como cuando yo muera el mando del navío recae sobre usted, en calidad de segundo, tomará usted el mando, pondrá rumbo a la isla de Elba, desembarcará en Portoferraio, preguntará por el gran mariscal y le remitirá esta carta; quizá entonces le remita a usted otra y le encargue a usted alguna misión. Esa misión, que me estaba reservada a mí, la cumplirá usted en mi lugar, Dantès, y todo el honor recaerá sobre usted.”

»“Lo haré, capitán, pero quizá yo no pueda llegar tan fácilmente como usted piensa hasta el gran mariscal.”

»“Aquí tiene una sortija que usted le entregará”, dijo el capitán, “y que le allanará todas las dificultades.”

»Y con esas palabras me entregó una sortija. Era el momento, dos horas después empezó a delirar; al día siguiente, murió.

—¿Y entonces qué hizo usted?

—Lo que debía hacer, señor, lo que cualquier otro hubiera hecho en mi lugar; en todo caso, la voluntad de un moribundo es sagrada; pero, entre los marinos, la voluntad de su superior son órdenes que deben cumplirse. Puse, pues, rumbo hacia la isla de Elba, a la que llegué al día siguiente, dejé a todo el mundo a bordo y bajé solo a tierra. Como lo había previsto, tuve algunas dificultades para llegar junto al gran mariscal; pero le envié la sortija que debía servirme como señal de reconocimiento, y todas las puertas se abrieron ante mí. El mariscal me recibió, me interrogó sobre las últimas circunstancias de la muerte del desgraciado Leclère, y como este lo había previsto, me remitió una carta, encargándome que la llevase en persona a París. Yo se lo prometí, pues se trataba de cumplir con las últimas voluntades de mi capitán. Una vez en Marsella bajé a tierra, arreglé rápidamente todos los asuntos de a bordo; después corrí a ver a mi prometida, a quien encontré más hermosa y más enamorada que nunca. Gracias al señor Morrel pasamos por encima de todas las dificultades eclesiásticas; finalmente, señor, yo asistía, como le he dicho a la comida de compromiso, iba a casarme dentro de una hora, y contaba con salir mañana hacia París cuando, tras esta denuncia que usted parece ahora menospreciar tanto como yo, fui arrestado.

—Sí, sí —murmuró Villefort—, todo eso parece ser cierto y si es usted culpable será de imprudencia; aunque esa imprudencia estuviera legitimada por las órdenes de su capitán. Entréguenos esa carta que le dieron en la isla de Elba, deme su palabra que se presentará usted al primer requerimiento, y vaya a reunirse con sus amigos.

—¡Así que estoy libre, señor! —exclamó Dantès en el colmo de la alegría.

—Sí, solamente, deme esa carta.

—Debe usted tenerla ahí, señor; pues me la cogieron con los demás papeles, y reconozco como míos algunos de los de ese legajo.

—Espere —dijo el sustituto a Dantès, que cogía los guantes y el sombrero—, espere; ¿a quién va dirigida?

—Al señor Noirtier, calle Coq-Héron, París.

Un rayo caído sobre Villefort no hubiera sido ni más rápido ni más imprevisto; cayó sobre el sillón, del que se había incorporado un poco para alcanzar el montón de papeles incautados a Dantès y hojeándolos precipitadamente, sacó de entre ellos la fatal carta, sobre la que echó una mirada llena de un indecible terror.

—Señor Noirtier, calle Coq-Héron, número 13 —murmuró palideciendo cada vez más.

—Sí, señor —respondió Dantès asombrado—, ¿le conoce usted?

—No —respondió rápidamente Villefort—: un fiel servidor del rey no conoce a conspiradores.

—¿Se trata, pues, de una conspiración? —preguntó Dantès, que, después de creerse libre, comenzaba a sentir un terror mayor que la primera vez—. En todo caso, señor, ya le he dicho, yo ignoraba por completo el contenido de la misiva de la que era portador.

—Sí —repuso Villefort con voz sorda—; ¡pero sabe el nombre del destinatario!

—Para poder entregarla a él mismo, señor, tenía que saberlo.

—¿Y usted no ha mostrado esta carta a nadie? —dijo Villefort leyéndola y palideciendo a medida que leía.

—A nadie, señor, ¡por mi honor!

—¿Todo el mundo ignora que usted era portador de una carta de la isla de Elba dirigida al señor Noirtier?

—Todo el mundo, señor, excepto quien me la ha entregado.

—¡Es demasiado! ¡Esto es demasiado! —murmuró Villefort.

La frente de Villefort se oscurecía cada vez más a medida que llegaba al final; sus labios blancos, sus manos temblorosas, sus ojos ardientes parecían trasladar a la mente de Dantès las más dolorosas aprehensiones.

Después de la lectura de la carta, Villefort dejó caer la cabeza entre las manos y se quedó un instante anonadado.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué ocurre, señor? —preguntó tímidamente Dantès.

Villefort no respondió; pero al cabo de unos instantes, levantó la cabeza, pálido y descompuesto, y leyó por segunda vez la carta.

—¿Y dice usted que no conocía el contenido de esta carta? —repuso Villefort.

—Por mi honor, le repito, señor, lo ignoro —dijo Dantès—. ¿Pero qué le ocurre a usted? ¡Dios mío! Se encuentra usted mal; ¿quiere usted que llame?

—No, señor —dijo Villefort levantándose rápidamente—, no se mueva, no diga una palabra: soy yo quien da las órdenes aquí, y no usted.

—Señor —dijo Dantès herido—, era para ayudarle, eso es todo.

—No necesito nada; un mareo pasajero, eso es todo; ocúpese de usted y no de mí, respóndame.

Dantès esperó el interrogatorio anunciado con esa petición, pero fue inútil: Villefort volvió a caer sobre el sillón, se pasó una mano helada por la frente chorreando de sudor y por tercera vez se puso a leer la carta.

«¡Oh! ¡Si sabe lo que contiene esta carta», murmuró en silencio, «y alguna vez se entera de que Noirtier es el padre de Villefort, estoy perdido, perdido para siempre!».

Y de vez en cuando miraba a Edmond, como si su mirada pudiera romper esa barrera invisible que encierra en el corazón los secretos que mantiene la boca.

—¡Oh! ¡Ya no hay ninguna duda! —exclamó de repente.

—Pero, ¡en nombre del cielo, señor! —exclamó el desgraciado muchacho—, si usted duda de mí, si me cree sospechoso, pregúnteme, yo estoy dispuesto a responder.

Villefort hizo un esfuerzo violento sobre sí mismo y en un tono que quería ser tranquilo:

—Señor —dijo—, del interrogatorio se desprenden los cargos más graves hacia usted, yo no soy dueño de devolverle al instante la libertad, como lo creí en un principio; antes de tomar una medida así, debo consultar con el juez de instrucción. Mientras tanto, ya ha visto de qué manera he actuado con usted.

—¡Oh! Sí, señor —exclamó Dantès—, se lo agradezco, pues usted ha sido para mí un amigo más que un juez.

—Y bien, señor, voy a retenerle algún tiempo aún prisionero, el menor tiempo posible; el principal cargo que existe contra usted es esta carta, y ya ve...

Villefort se acercó a la chimenea, la arrojó al fuego, y se quedó allí hasta que la carta se vio reducida a cenizas.

—Y ya ve usted —continuó—, que la destruyo.

—¡Oh! —exclamó Dantès—. Señor, ¿es usted más que la justicia, es la bondad!

—Pero, escúcheme —prosiguió Villefort—, después de un acto así, usted comprenderá que puede confiar en mí, ¿no es así?

—¡Oh, señor! Ordene y seguiré sus órdenes.

—No —dijo Villefort acercándose al joven—, no, no son órdenes lo que quiero darle; usted lo entiende, son consejos.

—Dígame y los acataré como órdenes.

—Voy a mantenerle aquí hasta la noche, en el Palacio de Justicia; quizá venga alguien más a interrogarle: dígame todo lo que me ha dicho, pero ni una palabra de esa carta.

—Se lo prometo, señor.

Era Villefort quien parecía suplicar, y era el acusado el que tranquilizaba al juez.

—Usted comprende —dijo echando una mirada a las cenizas, que conservaban aún la forma del papel, y que revoloteaban por encima de las llamas—; ahora esa carta está aniquilada, sólo usted y yo sabemos que ha existido; ya no aparecerá; niéguela si alguien le hablara de ella, niéguela valientemente y estará usted a salvo.

—Lo negaré, señor, esté usted tranquilo —dijo Dantès.

—¡Bien, bien! —dijo Villefort llevando la mano al cordón de la campana.

Después, parando un momento de llamar:

—¿Es la única carta que tenía? —dijo.

—La única.

—Júremelo.

Dantès extendió la mano.

—Lo juro —dijo.

Villefort tiró de la cuerda para llamar.

El comisario de policía entró.

Villefort se acercó al oficial público y le dijo unas palabras al oído; el comisario respondió con un simple gesto con la cabeza.

—Vaya con él, señor —dijo Villefort a Dantès.

Dantès se inclinó, echó una última mirada de agradecimiento a Villefort y salió.

Apenas se hubo cerrado la puerta tras él, Villefort sintió que le fallaban las fuerzas y cayó casi desvanecido en el sillón.

Después, al cabo de un instante:

«¡Oh, Dios mío!», murmuró, «¡de quién dependen la vida y la fortuna!... si el fiscal del rey hubiera estado en Marsella, si el juez de instrucción le hubiera llamado en lugar de llamarme a mí, yo estaría perdido; y ese papel, ese maldito papel me hubiera precipitado en el abismo. ¡Ah, padre, padre, seguirá siendo usted un obstáculo para mi felicidad en este mundo, tendré que luchar eternamente contra su pasado!».

Después, de repente, una luz inesperada pareció pasar por su mente e iluminó su rostro; una sonrisa se dibujó en sus labios aún crispados, sus despavoridos ojos quedaron fijos y pareció que se detenían ante una idea.

«Eso es», se dijo, «sí, esa carta que iba a perderme hará tal vez mi fortuna. ¡Vamos, Villefort, manos a la obra!».

Y después de asegurarse de que el acusado no estaba ya en la antecámara, el sustituto del fiscal del rey salió a su vez y se encaminó deprisa a la casa de su prometida.

Capítulo VIII

El castillo de If

Al atravesar la antecámara, el comisario de policía hizo una seña a dos gendarmes, los cuales se colocaron uno a la derecha y el otro a la izquierda de Dantès; abrieron una puerta que comunicaba el apartamento del fiscal del rey con el Palacio de Justicia, siguieron un rato por uno de esos grandes corredores sombríos que hacen temblar, aunque no tengan ningún motivo, a quienes por allí pasan.

Así como el apartamento de Villefort comunicaba con el Palacio de Justicia, el Palacio de Justicia comunicaba con la prisión, sombrío monumento pegado al palacio y que curiosamente mira, por todos sus vanos abiertos, hacia el campanario de las Accoules que se erige delante de él.

Después de numerosas vueltas por el corredor que iban siguiendo, Dantès vio que se abría una puerta con una ventanilla de hierro; el comisario dio tres golpes con un martillo, golpes que resonaron, para Dantès, como si se los hubiesen dado en su mismo corazón; la puerta se abrió, los dos gendarmes empujaron ligeramente al prisionero que dudaba un poco. Dantès franqueó el temible umbral y la puerta se volvió a cerrar

ruidosamente tras él. Allí se respiraba otro aire, un aire mefítico y pesado: estaba en prisión.

Le condujeron a una habitación bastante limpia, aunque con rejas y cerrojos; de ello resultó que el aspecto de la estancia no le produjera demasiado temor; además, las palabras del sustituto del fiscal del rey, pronunciadas en un tono que a Dantès le había parecido tan lleno de interés, sonaban aún en sus oídos como una dulce promesa de esperanza.

Ya eran las cuatro cuando Dantès fue conducido a esa habitación. Era, como hemos dicho, el 1 de marzo; así que, el prisionero se encontró enseguida a oscuras.

Entonces, el sentido del oído tuvo que verse aumentado al ver extinguido el de la vista: al menor ruido que llegaba hasta él, convencido de que vendrían a ponerle en libertad, se levantaba con viveza y daba un paso hacia la puerta; pero pronto el ruido se iba alejando en otra dirección y Dantès caía de nuevo sobre el escabel.

Finalmente, hacia las diez de la noche, en el momento en el que Dantès comenzaba a perder la esperanza, se oyó un nuevo ruido, que, esta vez, le pareció que se dirigía hacia su habitación: en efecto, se oyeron unos pasos en el corredor y se detuvieron ante la puerta; una llave giró en la cerradura, los cerrojos chirriaron y la maciza barrera de roble se abrió, dejando ver de repente, en la estancia oscura, la deslumbrante luz de dos antorchas.

Con el resplandor de las antorchas, Dantès vio brillar los sables y los mosquetones de cuatro gendarmes.

Había dado dos pasos hacia adelante, se quedó clavado en el sitio al ver ese aumento de fuerza.

—¿Vienen ustedes a buscarme? —preguntó Dantès.

—Sí —respondió uno de los gendarmes.

—¿De parte del señor sustituto del fiscal del rey?

—Eso creo.

—Bien —dijo Dantès—, estoy listo para ir con ustedes.

La convicción de que venían a buscarle de parte del señor de Villefort liberó de todo temor al desgraciado joven: avanzó, pues, tranquilo de ánimo, libre en el andar, y él mismo se colocó en medio de su escolta.

Un coche aguardaba en la puerta de la calle, el cochero estaba en el pescante y junto a él iba sentado un oficial de justicia.

—¿Es que es por mí por quien espera este coche? —preguntó Dantès.

—Es por usted —respondió uno de los gendarmes—, suba.

Dantès quiso hacer algunas observaciones, pero la portezuela se abrió, sintió que le empujaban; no tenía ni la posibilidad, ni siquiera la intención de oponer resistencia, y un instante después, se encontró sentado en el fondo del coche, entre dos gendarmes; los otros dos se sentaron en la banqueta de delante, y la pesada máquina se puso a rodar con un ruido siniestro.

El prisionero echó una mirada a través de las ventanillas: estaban enrejadas. Lo único que había hecho era cambiar de prisión, sólo que esta se desplazaba y le transportaba hacia un lugar desconocido. A través de los barrotes, tan juntos que apenas si cabía una mano entre ellos, Dantès reconoció que pasaban por la calle de Caisserie, y que por la calle Saint-Laurent y la calle Taramis bajaban hacia el muelle.

Enseguida, a través de los barrotes del coche y de los barrotes del monumento junto al que se encontraban, vio brillar las luces de la Consigne.

El coche se paró, el oficial de justicia bajó, se acercó al cuerpo de guardia; una docena de soldados salieron y se colocaron formando una doble fila; Dantès, a la luz de los faroles del muelle, veía relucir sus fusiles.

—¿Es que será por mí —se preguntó— por lo que han desplegado una fuerza militar semejante?

El oficial, al abrir la portezuela que estaba cerrada con llave, aunque sin pronunciar una palabra, respondió a esa pregunta, pues Dantès vio, entre la doble fila de soldados, un camino preparado para él, y que conducía del coche al puerto.

Los dos gendarmes que iban sentados en la banqueta de delante bajaron los primeros, después, le hicieron bajar a él, y después bajaron los otros dos. Caminaron hacia un bote que un marinero de la aduana mantenía junto al muelle sujeto con una cadena. Los soldados vieron pasar a Dantès mirándole con curiosidad, como alelados. En un instante fue

instalado en la popa del barco, siempre entre los cuatro gendarmes, mientras que el oficial de justicia se mantenía en la proa. Una violenta sacudida alejó al barco de la orilla, cuatro remeros remaron vigorosamente hacia el Pilon. Al grito dado desde la barca, la cadena que cierra el puerto se abatió, y Dantès se encontró en lo que llaman el Frioul, es decir, fuera del puerto.

El primer impulso del prisionero, al encontrarse al aire libre, había sido un impulso de alegría. El aire libre es casi la libertad. Respiró, pues, a pleno pulmón esa brisa vivaz que trae sobre sus alas todos los olores desconocidos de la noche y del mar. Enseguida, sin embargo, suspiró; pasaba delante de esa Reserve donde había sido tan feliz esa misma mañana durante la hora que había precedido a su arresto y, a través de la luminosa abertura de dos ventanas, el alegre ruido de un baile llegaba hasta él.

Dantès juntó las manos, elevó los ojos al cielo y rezó.

La barca continuaba su camino; había pasado la Tête de Mort, estaba en frente de la ensenada del Pharo; iba a sobrepasar la batería de cañones, era una maniobra incomprensible para Dantès.

—¿Pero adónde me llevan? —preguntó a uno de los gendarmes.

—Lo sabrá usted enseguida.

—Pero entonces...

—Nos está prohibido cualquier explicación.

Dantès era medio soldado; hacer preguntas a subordinados a quienes les está prohibido responder le pareció algo absurdo y se calló.

Entonces, los más extraños pensamientos pasaron por su mente: como no se podía hacer una larga travesía en una barca como esa, como no había ningún navío anclado hacia donde el bote se dirigía, pensó que iban a dejarle en algún punto alejado de la costa y decirle que era libre; no estaba sujeto, no habían hecho ninguna tentativa de ponerle las esposas, eso le parecía un buen augurio; por otra parte, el sustituto, tan excelente para él, ¿no le había dicho que con tal de que no pronunciase ese nombre fatal de Noirtier, no tendría nada que temer? ¿Villefort no había destruido delante de él esa peligrosa carta, única prueba que había contra él?

Esperó, pues, mudo y pensativo e intentando traspasar, con esos ojos de marino experto en las tinieblas y acostumbrado al espacio, la oscuridad de la noche.

Habían dejado a la derecha la isla de Ratonneau, donde ardía un faro, y bogando casi todo a lo largo de la costa, habían llegado a la altura de la ensenada de Les Catalans. Allí, las miradas del prisionero redoblaron su energía: era allí donde estaba Mercedes, y le parecía ver, a cada instante, cómo se dibujaba sobre la oscura orilla la forma vaga e indefinida de una mujer.

¿Cómo es que un presentimiento no iba a anunciar a Mercedes que su amante pasaba a trescientos pasos de ella?

Una única luz brillaba en Les Catalans. Al cuestionarse la posición de esa luz, Dantès reconoció que iluminaba la habitación de su prometida. Mercedes era la única que velaba en toda la pequeña colonia. Si hubiera dado un fuerte grito, el joven hubiera podido ser oído por su novia.

Pero una falsa vergüenza le retuvo. ¿Qué dirían esos hombres que le miraban al oírle gritar como un insensato? Así pues, se quedó mudo y con los ojos fijos en esa luz.

Mientras tanto, la barca continuaba su camino; pero el prisionero ya no pensaba en la barca, pensaba en Mercedes.

Un accidente del terreno hizo desaparecer la luz. Dantès se dio la vuelta y vio que la barca se adentraba en alta mar.

Mientras miraba, absorto en sus propios pensamientos, habían sustituido los remos por las velas, y la barca avanzaba ahora llevada por el viento.

A pesar de la repugnancia que sentía Dantès en hacer más preguntas al gendarme, se acercó a él y cogiéndole de la mano:

—Camarada —le dijo—, en nombre de su conciencia y de su calidad de soldado, le suplico que tenga piedad de mí y me responda. Soy el capitán Dantès, buen y leal francés, aunque acusado de no sé qué traición: ¿dónde me conducen? Dígamelo, y palabra de marino que me acomodaré a mi deber y me resignaré a mi suerte.

El gendarme se rascó la oreja, miró a su compañero. Este hizo un gesto que quería decir más o menos: «me parece que llegados a este punto, no

hay inconveniente», y el gendarme se volvió hacia Dantès:

—Usted es marsellés y marino —dijo— ¿y me pregunta que adónde vamos?

—Sí, pues, por mi honor, lo ignoro.

—¿Y no se lo imagina?

—De ninguna manera.

—No es posible.

—Se lo juro por lo más sagrado que hay en el mundo. Respóndame, por favor.

—¿Pero la consigna?

—La consigna no le prohíbe decirme lo que sabré dentro de diez minutos, dentro de media hora, dentro de una hora, tal vez. Sólo que me ahorra desde este momento siglos de incertidumbre. Se lo ruego, como si fuera usted mi amigo, mire: no quiero ni rebelarme ni huir; además, no puedo; ¿adónde vamos?

—A menos que tenga usted una venda en los ojos, o que nunca haya salido del puerto de Marsella, usted debe adivinar, después de todo, adónde se dirige.

—No.

—Entonces mire alrededor.

Dantès se levantó, dirigió la vista de una manera natural hacia el punto al que parecía dirigirse el barco, y a cien toesas de distancia vio que se elevaba la roca negra y ardua sobre la que se levanta, como una superfetación de sílex, el sombrío castillo de If.

Esta forma extraña, esa prisión en torno a la cual reina un terror tan profundo, esa fortaleza que hace revivir desde hace trescientos años a Marsella sus lúgubres tradiciones, apareciendo así, de golpe, a Dantès que no pensaba en absoluto en ella, le causó el efecto que causa al condenado a muerte la vista del cadalso.

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó—. ¡El castillo de If! ¿Qué vamos a hacer allí?

El gendarme sonrió.

—¿Pero no me llevarán allí para dejarme preso? —continuó Dantès—. El castillo de If es una prisión del Estado destinada solamente a los

culpables políticos graves. Yo no he cometido ningún crimen. ¿Es que hay jueces de instrucción o algún otro magistrado en el castillo de If?

—Supongo que no hay más que un gobernador —dijo el gendarme—, los carceleros, una guarnición y unos buenos muros. Vamos, vamos, amigo, no se haga tanto el asombrado, pues, de verdad, me haría creer que agradece mi amabilidad burlándose de mí.

Dantès apretó la mano del gendarme hasta hacerle daño.

—¿Pretende usted —le dijo— que me llevan al castillo de If para encerrarme allí?

—Es probable —dijo el gendarme—; pero en todo caso, camarada, es inútil que me apriete tan fuerte.

—¿Sin más información, sin más formalidades? —preguntó el joven.

—Las formalidades ya se han hecho, la información también.

—Además, ¿a pesar de la promesa del señor de Villefort?

—Yo no sé si el señor de Villefort le ha hecho a usted una promesa —dijo el gendarme—, pero lo que sí sé es que vamos al castillo de If. Y bien, ¿pero qué hace? ¡Eh, camaradas! ¡Ayuda!

Por un movimiento rápido como el relámpago, que sin embargo había sido previsto por los expertos ojos del gendarme, Dantès intentó tirarse al mar; pero cuatro manos vigorosas le retuvieron en el momento en el que sus pies dejaban el suelo del barco.

Cayó al fondo de la barca aullando de rabia.

—¡Bueno! —exclamó el gendarme poniéndole una rodilla sobre el pecho—, ¡bueno! Ya veo cómo mantiene su palabra de marino. ¡Confíe usted en la gente zalamera! Y bien, ahora, mi querido amigo, haga un movimiento, uno solo, y le alojo una bala en la cabeza. Ya falté a mi primera consigna, pero, se lo aseguro, no faltaré a la segunda.

Y bajó efectivamente su carabina sobre Dantès, que sintió el extremo del cañón sobre la sien.

Por un momento se le pasó la idea de hacer ese movimiento prohibido y acabar así violentamente con la desgracia inesperada que se había abatido sobre él y le había aprisionado de repente entre sus garras de buitre. Pero, justamente porque esa desgracia era inesperada, Dantès pensó que no podía ser duradera; además, las promesas del señor de Villefort le

vinieron de nuevo a la mente; también, si hay que decirlo al fin, esa muerte en el fondo de un barco, viniendo de la mano de un gendarme, le pareció fea y desnuda.

Volvió a caer, pues, sobre la plataforma del barco dando un grito de rabia y mordiéndose las manos con furor.

Casi en el mismo instante, un violento choque sacudió el bote. Uno de los barqueros saltó a la roca contra la que la proa del pequeño barco acaba de chocar, una cuerda rechinó al deslizarse sobre la polea, y Dantès comprendió que habían llegado y que amarraban el esquife.

En efecto, sus guardianes, que le sujetaban a la vez por los brazos y por el cuello de la chaqueta, le forzaron a levantarse, le obligaron a bajar a tierra y le arrastraron hacia los escalones que suben hasta la puerta de la ciudadela, mientras que el oficial de justicia, armado con un mosquetón de bayoneta, le seguía detrás.

Dantès, por lo demás, no ofreció más resistencia inútil; su lentitud venía más de la inercia que de la oposición; estaba aturdido y tambaleante como un hombre ebrio. Vio de nuevo a los soldados que se escalonaban sobre el declive escarpado, y sintió los escalones que le forzaban a levantar los pies, se dio cuenta de que pasaba bajo una puerta y que esa puerta se volvía a cerrar tras él, pero todo eso maquinalmente, como a través de una niebla, sin distinguir nada claramente. Ni siquiera veía ya el mar, ese inmenso dolor de los prisioneros que miran el espacio con el terrible sentimiento de que son impotentes para franquearlo.

Hubo un alto de un momento durante el cual intentó concentrar su espíritu. Miró alrededor: estaba en un patio cuadrado, formado por cuatro altas murallas; se oía el paso lento y regular de los centinelas; y cada vez que pasaban delante de dos o tres reflejos que proyectaba sobre los muros el resplandor de dos o tres luces que brillaban en el interior del castillo, se veía centellear el cañón de sus fusiles.

Aguardó allí diez minutos poco más o menos; seguros de que Dantès ya no podía huir, los gendarmes le habían soltado. Parecía que esperaban órdenes y esas órdenes llegaron.

—¿Dónde está el prisionero? —preguntó una voz.

—Aquí está —respondieron los gendarmes.

—Que venga conmigo, voy a llevarle a su alojamiento.

—Vaya con él —dijeron los gendarmes empujando un poco a Dantès.

El prisionero siguió a su guía que le condujo efectivamente a una sala casi subterránea, cuyos muros desnudos y rezumantes parecían impregnados de un vapor de lágrimas. Una especie de lamparilla sobre un escabel y cuya mecha nadaba en una grasa fétida, iluminaba las paredes brillantes de esa espantosa estancia, y dejaba ver a Dantès al guía, especie de carcelero subalterno, mal vestido y malencarado.

—Esta es su habitación por esta noche —dijo—; es tarde y el señor gobernador está acostado. Mañana, cuando se despierte y conozca las órdenes que le atañen a usted, quizá le cambie de domicilio; mientras tanto, aquí tiene pan, hay agua en ese jarro, paja allí, en un rincón: es todo lo que un prisionero puede desear. Buenas noches.

Y antes de que Dantès hubiera intentado abrir la boca para responderle, antes de que hubiera visto dónde ponía el pan el carcelero, antes de que se hubiera dado cuenta del lugar donde se situaba ese jarro, antes de que hubiera vuelto la mirada hacia el rincón donde le esperaba la paja destinada a servirle de cama, el carcelero había cogido la lamparilla y cerrando la puerta, le quitó al prisionero ese reflejo macilento que le había alumbrado, como al resplandor de un relámpago, los chorreantes muros de su prisión.

Entonces se encontró solo en las tinieblas y en el silencio, tan mudo y tan sombrío como esas bóvedas cuyo frío glacial sentía caer sobre su ardiente frente.

En cuanto los primeros rayos de luz trajeron un poco de claridad a ese antro, el carcelero volvió con la orden de dejar al prisionero donde estaba. Dantès no se había movido del sitio. Una mano de hierro parecía haberlo clavado en el mismo lugar en donde se detuvo la víspera: solamente sus profundos ojos se ocultaban bajo una hinchazón causada por el húmedo vapor de sus lágrimas. Estaba inmóvil y miraba al suelo.

Había pasado así la noche, de pie, y sin dormir ni un solo instante.

El carcelero se acercó a él, dio la vuelta alrededor del prisionero, pero Dantès pareció no haberle visto.

Le tocó en el hombro, Dantès se sobresaltó y movió la cabeza.

—¿Es que no ha dormido? —preguntó el carcelero.

—No lo sé —respondió Dantès.

El carcelero le miró con asombro.

—¿No tiene hambre? —continuó.

—No lo sé —respondió de nuevo Dantès.

—¿Quiere usted algo?

—Quisiera ver al gobernador.

El carcelero se encogió de hombros y salió.

Dantès le siguió con la mirada, tendió las manos hacia la puerta entreabierta, pero la puerta se volvió a cerrar.

Entonces su pecho pareció desgarrarse en un largo sollozo. Las lágrimas que le hinchaban el pecho brotaron como dos ríos, se precipitó pegando la frente al suelo y rezó durante un largo rato, repasando en su mente toda su vida pasada, y preguntándose a sí mismo qué crimen había cometido en esa vida, tan joven aún, que mereciera tan cruel castigo.

Pasó así la jornada. Apenas si comió unos bocados de pan y bebió algunas gotas de agua. Tan pronto se quedaba sentado y absorto en sus pensamientos, como daba vueltas alrededor de su prisión como hace un animal salvaje enjaulado.

Un pensamiento sobre todo le hacía saltar: es que, durante la travesía, en la que, en su ignorancia sobre el lugar adonde le llevaban, se había quedado tan tranquilo y tan pacífico, hubiera podido diez veces tirarse al mar y una vez en el agua, gracias a su habilidad para nadar, gracias a esa costumbre que hacía de él uno de los más hábiles nadadores de Marsella, hubiera podido desaparecer bajo el agua, escapar de sus guardianes, alcanzar la costa, huir, esconderse en alguna cala desierta, esperar a un navío genovés o catalán, llegar a Italia o a España, y desde allí escribir a Mercedes para que viniera a reunirse con él. En cuanto a su vida, en ningún país hubiese tenido de qué preocuparse: los buenos marinos son escasos en todas partes; hablaba italiano como un toscano, español como un niño de Castilla la Vieja; hubiera vivido libre, feliz con Mercedes, con su padre, pues su padre hubiera ido con él; sin embargo, ahí estaba, preso, encerrado en el castillo de If, en esta infranqueable prisión, sin saber qué había sido de su padre, qué había sido de Mercedes, y todo eso porque

había creído en la palabra de Villefort: era para volverse loco. Así, Dantès se revolvía furioso en la paja fresca que le había traído el carcelero.

Al día siguiente, a la misma hora, el carcelero entró.

—Y bien —le preguntó el carcelero—, ¿está usted hoy más razonable que ayer?

Dantès no contestó.

—Vamos, vamos —continuó—, ¡un poco de ánimo! ¿Desea usted algo que esté en mi mano? Veamos, diga.

—Deseo hablar con el gobernador.

—¡Eh! —dijo el carcelero con impaciencia—. Ya le he dicho que es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—Porque según las reglas de la prisión, no le está permitido a un preso pedir eso.

—¿Y qué es lo que está permitido aquí? —preguntó Dantès.

—Una comida mejor, previo pago, un paseo y, algunas veces, libros.

—No necesito libros, no tengo ninguna gana de pasear y la comida es buena; así que sólo quiero una cosa: ver al gobernador.

—Si me harta diciéndome siempre lo mismo —dijo el carcelero—, no le vuelvo a traer nada de comer.

—Y bien —dijo Dantès— si no me traes nada de comer, me moriré de hambre, eso es todo.

El tono con el que Dantès pronunció esas palabras demostró al carcelero que el prisionero se sentiría feliz muriéndose; además, pensándolo bien, como cada prisionero reporta a su carcelero diez centavos, poco más o menos, por día, el de Dantès consideró el déficit resultante de la muerte del prisionero, y repuso en un tono más suave:

—Escuche, lo que usted desea es imposible; así que no vuelva a pedirlo, pues no hay precedentes de que, bajo demanda, el gobernador haya venido a la celda de un prisionero; solamente que, sea usted bueno, y se le permitirá un paseo, y es posible que un día, mientras usted se pasea, el gobernador pase por allí; entonces usted le preguntará y si él quiere responderle, sólo a él le incumbe.

—Pero —dijo Dantès—, ¿cuánto tiempo tengo que esperar así, sin que se presente ese azar?

—¡Ah! ¡Hombre! —dijo el carcelero—. Un mes, tres meses, seis meses, un año quizá.

—Eso es demasiado tiempo —dijo Dantès—; yo quiero verle enseguida.

—¡Ah! —dijo el carcelero—. No se obsesione así con un solo deseo imposible, o antes de quince días se habrá vuelto loco.

—¡Ah! ¿Tú crees? —dijo Dantès.

—Sí, loco; siempre empieza así la locura, tenemos aquí un ejemplo. El cerebro de un cura que estaba en esta celda antes que usted se trastornó, insistiendo sin cesar al gobernador que le daría un millón si le ponía en libertad.

—¿Y cuánto hace que dejó esta celda?

—Dos años.

—¿Y lo pusieron en libertad?

—No, lo metieron en el calabozo.

—Escucha —dijo Dantès—, yo no soy un cura, y no estoy loco; quizá llegue a estarlo, pero desgraciadamente, en este momento, tengo aún todos mis sentidos, voy a hacerte otra propuesta.

—¿Qué propuesta?

—No te ofreceré un millón porque no podría dártelo; pero te ofreceré cien escudos, si la próxima vez que vayas a Marsella quieres ir hasta Les Catalans y entregar una carta a una muchacha que se llama Mercedes, ni siquiera una carta, dos líneas solamente.

—Si llevara esas dos líneas y me descubrieran, perdería mi puesto, que es de mil libras al año, sin contar los beneficios y la comida; ya ve que sería un gran imbécil si arriesgara mis mil libras para ganar trescientas.

—Y bien —dijo Dantès—, escucha y retén bien esto: si te niegas a llevar esas dos líneas a Mercedes o al menos a avisarle de que estoy aquí, un día te esperaré escondido detrás de la puerta, y en el momento que entres te romperé la cabeza con esta banquetta.

—¡Amenazas! —exclamó el carcelero dando un paso atrás y poniéndose a la defensiva—; decididamente se te va la cabeza; el cura

empezó como usted, y en tres días estará usted loco de atar como él. Menos mal que hay calabozos en el castillo de If.

Dantès cogió el escabel y le dio vueltas alrededor de la cabeza.

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo el carcelero—, ya que usted lo quiere voy a avisar al gobernador.

—¡Ya era hora! —dijo Dantès dejando el taburete en el suelo y sentándose en él, con la cabeza baja y la mirada perdida, como si realmente estuviera loco.

El carcelero salió, y un instante después volvió con cuatro soldados y un cabo.

—Por orden del gobernador —dijo—, bajen al prisionero un piso más abajo.

—Al calabozo, entonces —dijo el cabo.

—Al calabozo: hay que poner a los locos con los locos.

Los cuatro soldados se ampararon de Dantès que cayó en una especie de atonía y les siguió sin oponer resistencia.

Le hicieron bajar quince escalones y abrieron la puerta de un calabozo, en el que entró murmurando:

—Tiene razón, hay que poner a los locos con los locos.

La puerta se cerró de nuevo y Dantès caminó hacia adelante con las manos extendidas hasta que sintió la pared; entonces se sentó en un rincón y se quedó inmóvil mientras que sus ojos, habituándose poco a poco a la oscuridad, comenzaban a distinguir los objetos.

El carcelero tenía razón, muy poco faltaba para que Dantès se volviera loco.

Capítulo IX

La tarde del compromiso

Villefort, como hemos dicho, había tomado de nuevo el camino de la plaza del Grand-Cours y, entrando en la casa de la señora de Saint-Méran, encontró que los invitados que dejó a la mesa habían pasado al salón, a tomar el café.

Renée le esperaba con una impaciencia que era compartida con el resto de los allí reunidos. Así que fue acogido con una exclamación general:

—¡Y bien, cortacabezas, sostén del Estado, Bruto, en monárquico! — exclamó alguien—. ¿Qué ocurre? ¡Vamos!

—Y bien, ¿es que nos amenaza un nuevo régimen del Terror? — preguntó otro.

—¿Es que el ogro de Córcega ha salido de su caverna? —preguntó un tercero.

—Señora marquesa —dijo Villefort acercándose a su futura suegra—, vengo a rogarle que me disculpe por haberme visto obligado a salir así... Señor marqués, ¿podría tener el honor de decirle dos palabras en privado?

—¡Ah! ¿Así que es, entonces, realmente grave? —preguntó la marquesa, observando la nube que oscurecía el semblante de Villefort.

—Tan grave que me veo obligado a despedirme de usted por algunos días; así que —continuó volviéndose hacia Renée— ya ven ustedes que tiene que ser grave.

—¿Se va usted, señor? —exclamó Renée, incapaz de ocultar la emoción que la inesperada noticia le causaba.

—¡Ay! Sí, señorita —respondió Villefort—: es preciso.

—¿Y entonces, adónde va usted? —preguntó la marquesa.

—Es secreto de la justicia, señora; sin embargo, si alguien de aquí tiene algún encargo para París, tengo a un amigo que saldrá esta noche hacia la capital y que se encargaría con mucho gusto de lo que necesitaran.

Todos se miraron unos a otros.

—¿Me pidió usted un momento para hablar? —dijo el marqués.

—Sí, pasemos a su gabinete, por favor.

El marqués cogió del brazo a Villefort y salió con él.

—Y bien —le preguntó al llegar al gabinete—, ¿qué ocurre? Hable.

—Asuntos que creo son de la mayor gravedad, y que necesitan que yo salga al instante hacia París. Ahora, marqués, disculpe la indiscreta brutalidad de mi pregunta: ¿tiene usted rentas o pagarés del Estado?

—Toda mi fortuna está en deuda del Estado; seiscientos mil o setecientos mil francos, más o menos.

—Pues bien, venda, marqués, venda o se verá arruinado.

—¿Pero cómo quiere usted que venda desde aquí?

—Tiene usted un agente de cambio, ¿no es así?

—Sí.

—Deme una carta para él y que venda sin perder un minuto, sin perder un segundo; quizá incluso yo llegue demasiado tarde.

—¡Diablos! —dijo el marqués—. No perdamos tiempo.

Y se sentó a la mesa y escribió una carta a su agente de cambio, en la que le ordenaba vender a toda costa.

—Ahora que tengo esta carta —dijo Villefort guardándola cuidadosamente en su portafolios—, necesito otra.

—¿Para quién?

—Para el rey.

—¿Para el rey?

—Sí.

—Pero yo no me atrevo a escribir así a Su Majestad.

—Pero no le pido que la escriba usted, le pido que se la encargue al señor de Salvieux. Es preciso que me dé una carta para que yo pueda acercarme a Su Majestad sin verme sometido a las formalidades de petición de audiencia, que pueden hacerme perder un tiempo precioso.

—¿Pero no tiene usted al ministro de Justicia, que tiene entrada libre en las Tullerías, y a través del cual usted podrá, de día o de noche, llegar hasta el rey?

—Sí, sin duda, pero es inútil que comparta con otro el mérito de la noticia que le llevo. ¿Comprende usted? El ministro de Justicia me relegaría con toda naturalidad a un segundo plano y se llevaría él todo el beneficio del asunto. Sólo le digo una cosa, marqués: mi carrera está asegurada si llego el primero a las Tullerías, pues habré prestado al rey un servicio que no le estará permitido olvidar.

—En ese caso, querido amigo, vaya a hacer su equipaje; yo, yo llamo a de Salvieux y le digo que escriba la carta que pueda servirle a usted de salvoconducto.

—Bien, no pierda tiempo, pues dentro de un cuarto de hora tengo que estar en la silla de posta.

—Traiga el coche delante de la puerta.

—Sin ninguna duda; excúseme ante la marquesa, ¿no?, ante la señorita de Saint-Méran a la que tengo que dejar en un día como este, sintiéndolo profundamente.

—Ambas estarán en este gabinete y podrá usted despedirse de ellas.

—Cien veces gracias; ocúpese de mi carta.

El marqués llamó; un lacayo vino.

—Diga al conde de Salvieux que le espero... ¡Váyase ya! —continuó el marqués dirigiéndose a Villefort.

—Bueno, no hago más que ir y venir.

Y Villefort salió corriendo; pero, en la puerta, pensó que un sustituto del fiscal del rey que fuera visto caminando con pasos precipitados podría turbar el reposo de toda una ciudad; retomó, pues, su andar de siempre, que era completamente magistral.

A la puerta de su casa vio en las sombras a un fantasma blanco que le esperaba de pie e inmóvil.

Era la guapa muchacha catalana que, al no tener noticias de Edmond, se había escapado al caer la noche del Pharo para venir a enterarse por sí misma de la causa del arresto de su prometido.

Al ver a Villefort que se acercaba, se apartó del muro contra el que se había apoyado y vino a cortar el paso. Dantès había hablado al sustituto de su prometida, y Mercedes no necesitó decir su nombre para que Villefort la reconociera. Le sorprendió la belleza y la dignidad de esta mujer, y cuando ella le preguntó qué había sido de su novio, le pareció que era él el acusado y que ella era el juez.

—El hombre del que usted habla —dijo bruscamente Villefort—, es gravemente culpable, y no puedo hacer nada por él, señorita.

Mercedes dejó escapar un sollozo, y como Villefort intentaba seguir adelante, ella le detuvo por segunda vez.

—¿Pero al menos dónde puedo informarme de si está vivo o muerto?

—No lo sé, ya no me corresponde a mí —respondió Villefort.

Y molesto por esa mirada penetrante y por esa suplicante actitud, esquivó a Mercedes y entró, cerrando rápidamente la puerta como para dejar fuera ese dolor que había venido a traerle.

Pero el dolor no se deja esquivar así. Como el rayo mortal del que habla Virgilio, el hombre herido lo lleva consigo. Villefort entró, cerró la puerta, pero una vez en el salón las piernas le fallaron a su vez; lanzó un suspiro que parecía un sollozo, y se dejó caer en un sillón.

Entonces, en el fondo de su corazón enfermo nació el primer germen de una úlcera mortal. Ese hombre a quien él sacrificaba a su ambición, ese inocente que pagaba por su culpable padre, se le apareció pálido y amenazante, dando la mano a su novia, pálida como él, arrastrando tras él el remordimiento, no el que hace saltar al enfermo como las furias de la fatalidad antigua, sino ese tintineo sordo y doloroso que en ciertos momentos golpea en el corazón y le hiere con el recuerdo de una acción pasada, herida cuyos lancinantes dolores socavan un daño que va profundizándose hasta la muerte.

Entonces hubo en el alma de este hombre un nuevo momento de duda. Ya varias veces, y eso sin otra emoción que la de la lucha del juez con el procesado, varias veces había requerido la pena de muerte para los acusados; y esos acusados, ejecutados gracias a su fulminante elocuencia que había convencido a los jueces o al jurado, no habían dejado ni siquiera una nube en su semblante, pues esos acusados eran culpables, o al menos Villefort les creía tales.

Pero esta vez, esta vez era otra cosa: esa pena a prisión perpetua acababa de aplicarse a un inocente, a un inocente que estaba destinado a ser feliz, y en quien destruía no sólo la libertad sino la felicidad; esta vez ya no era juez, era verdugo.

Pensando en esto, sentía ese latido sordo que hemos descrito y que le era desconocido hasta entonces, resonando en el fondo de su corazón y llenando su pecho de vagas aprehensiones. Es así como, por un violento dolor instintivo, al herido se le advierte de que nunca acerque, sin temblar, el dedo a la herida abierta y sangrante hasta que la herida se cierre.

Pero la herida que había recibido Villefort era de las que no se cierran sino para volverse a abrir, más sangrantes y más dolorosas que antes.

Si, en ese momento, la dulce voz de Renée hubiera sonado en su oído para pedirle gracia; si la hermosa Mercedes hubiera entrado y le hubiera dicho: «En el nombre de Dios que nos ve y que nos juzga, devuélvame a mi prometido», sí, esa frente medio plegada bajo la necesidad se hubiera curvado del todo, y de sus heladas manos hubiera firmado, sin duda, a riesgo de todo lo que de ello pudiera resultar para él, hubiera firmado la orden de poner en libertad a Dantès; pero ninguna voz murmuró en el silencio, y la puerta sólo se abrió para dar paso al ayuda de cámara de Villefort, que vino a decirle que los caballos de posta estaban enganchados a la calesa de viaje.

Villefort se levantó, o más bien saltó, como hombre que triunfa de su lucha interior, corrió a su secreter, metió en sus bolsillos todo el oro que había en uno de los cajones, dio una vuelta por la habitación, como perdido, con la mano en la frente y articulando palabras sueltas; después, finalmente, dándose cuenta de que su ayuda de cámara le había puesto el abrigo sobre los hombros, salió, subió raudo al coche y ordenó con voz

breve que se detuviese en la calle del Grand-Cours, en casa del señor de Saint-Méran.

El desgraciado Dantès estaba condenado.

Como le había prometido el señor de Saint-Méran, Villefort encontró a la marquesa y a Renée en el gabinete. Al ver a Renée el joven se estremeció; pues creyó que iba a pedirle de nuevo la libertad de Dantès. Pero, ¡ay!, hay que decirlo para vergüenza de nuestro egoísmo, la hermosa joven no estaba preocupada más que por una cosa: el viaje de Villefort.

Amaba a Villefort, Villefort se iba a marchar en el momento en el que iba a convertirse en su marido. Villefort no podía decir cuándo volvería, y Renée, en lugar de compadecerse de Dantès, maldijo al hombre que, por su crimen, la separaba de su amante.

¡Qué tendría que decir entonces Mercedes!

La pobre Mercedes se había encontrado, en la esquina de la calle de la Loge, con Fernand, que la había seguido; había vuelto a Les Catalans, y medio muerta, desesperada, se había tirado en la cama. Junto a esa cama Fernand se había puesto de rodillas y, estrechando su mano helada que Mercedes no pensaba retirar, la cubría de besos ardientes que Mercedes ni siquiera sentía.

Así pasó la noche. La lámpara se extinguió cuando no hubo más aceite; ni siquiera vio la oscuridad como antes no había visto la luz, y llegó el día sin que viera el día.

El dolor le había puesto una venda en los ojos que no le dejaba ver más que a Edmond.

—¡Ah! ¡Está usted ahí! —dijo ella al fin, volviéndose del lado de Fernand.

—No la he dejado desde ayer —respondió Fernand con un doloroso suspiro.

El señor Morrel no se había dado por vencido; supo que después del interrogatorio Dantès había sido conducido a prisión; entonces había ido corriendo a casa de cada uno de sus amigos, se había presentado en casa de las personas de Marsella que podrían tener influencia, pero ya se había extendido la noticia de que el joven había sido arrestado como agente bonapartista y, como en esa época los más osados veían como un sueño

insensato toda tentativa de Napoleón para subir de nuevo al trono, no había encontrado más que frialdad, temor o rechazo, y había vuelto a su casa desesperado, pero confesando sin embargo que la situación era grave y que nadie podía hacer nada.

Por su parte, Caderousse estaba muy inquieto y muy atormentado: en lugar de salir como había hecho el señor Morrel, en lugar de intentar algo a favor de Dantès, por quien, por otra parte, no podía hacer nada, se había encerrado con dos botellas de vino de cassis y había intentado ahogar su inquietud en la embriaguez. Pero, tal como se encontraba su espíritu, dos botellas era demasiado poco para oscurecer su juicio; así pues se había quedado en casa, demasiado borracho como para salir a por más vino, y no lo suficiente como para que la borrachera apagara sus recuerdos, y permanecía acodado frente a las dos botellas vacías, sobre una mesa que cojeaba y viendo danzar, con el reflejo de la candela de mecha larga, a todos esos espectros que Hoffmann sembró en sus manuscritos mojados de punch, como un polvo negro y fantasmagórico.

Sólo Danglars no estaba ni atormentado ni inquieto; Danglars estaba incluso alegre, pues se había vengado de un enemigo y se había asegurado, a bordo del *Pharaon*, la plaza que temía perder; Danglars era uno de esos hombres de cálculo que nacen con una pluma detrás de la oreja y un tintero en lugar de corazón; todo en este mundo era para él resta o multiplicación, y una cifra le parecía algo máspreciado que un hombre, cuando esa cifra podía aumentar la suma y ese hombre podía menguarla.

Danglars, pues, se había acostado a su hora y dormía tranquilamente.

Villefort, después de conseguir la carta del señor de Salvieux, besar a Renée en ambas mejillas, besar la mano de la señora de Saint-Méran y estrechar la del marqués, se alejaba en la silla de posta camino de Aix.

Dantès padre se moría de dolor y de inquietud.

En cuanto a Edmond, ya sabemos lo que había sido de él.

Capítulo X

El pequeño gabinete de las Tullerías

Abandonemos a Villefort camino de París donde, gracias a los triples guías que paga, quema las etapas, y penetremos, a través de los dos o tres salones que le preceden, en ese pequeño gabinete de las Tullerías, de ventanas cimbradas, tan bien conocido por haber sido el gabinete favorito de Napoleón y de Luis XVIII, y por ser hoy, en el momento en el que se escribe esta historia, el de Luis-Felipe.

Allí, en ese gabinete, sentado ante una mesa de nogal que se había traído de Hartwell, y que por una de esas manías propias de los grandes personajes, apreciaba muy particularmente, el rey Luis XVIII escuchaba con bastante ligereza a un hombre de unos cincuenta a cincuenta y dos años, de cabellos grises, de cara aristocrática y aspecto escrupuloso, mientras anotaba en el margen de un volumen de Horacio, edición de Gryphius, bastante incorrecta aunque estimada, y que se prestaba mucho a las sagaces observaciones filológicas de Su Majestad.

—¿Decía, entonces, señor? —dijo el rey.

—Que estoy inquieto a más no poder, Sire.

—¿De verdad? ¿Es que ha visto usted en sueños siete vacas gordas y siete vacas flacas?

—No, Sire, pues eso sólo significaría la amenaza de siete años de fertilidad y siete de carestía, y con un rey tan previsor como es Vuestra Majestad, la carestía no sería temible.

—¿Pues de qué otra plaga se trata, mi querido Blacas?

—Sire, creo, y tengo todas las razones para creerlo, que una tormenta se forma por el Mediodía.

—Y bien, mi querido duque —respondió Luis XVIII—, le creo a usted mal informado, y sé positivamente, por el contrario, que hace un tiempo espléndido por allá abajo.

Por muy hombre de ingenio que fuera, a Luis XVIII le gustaba la broma fácil.

—Sire —dijo el señor de Blacas—, aunque sólo fuese para tranquilizar a este fiel servidor, ¿no podría Vuestra Majestad enviar al Languedoc, a la Provenza y al Delfinado, hombres de confianza que os hicieran un informe sobre el ánimo de esas tres provincias?

—*Canimus surdis* —respondió el rey, sin dejar de anotar en su Horacio.

—Sire —respondió el cortesano riendo, para dar a entender que comprendía el hemistiquio del poeta de Venusia—, Vuestra Majestad puede tener perfectamente razón, contando con el buen ánimo de Francia; pero no creo equivocarme del todo temiendo alguna tentativa desesperada.

—¿Por parte de quién?

—Por parte de Bonaparte, o al menos de su partido.

—Mi querido Blacas —dijo el rey—, me impide usted trabajar con sus temores.

—Y a mí, Sire, vos me impedís dormir con vuestra seguridad.

—Aguarde, querido amigo, aguarde, tengo una nota muy conseguida sobre el *Pastor quum traheret*, aguarde y continuará después.

Hubo un instante de silencio, durante el cual Luis XVIII inscribió, con una caligrafía lo más pequeña que podía, una nueva nota al margen de su Horacio; después, cuando hubo terminado la nota:

—Continúe, querido duque —dijo incorporándose con ese aire satisfecho del hombre que cree haber tenido una idea cuando ha comentado la idea de otro—, continúe, le escucho.

—Sire —dijo Blacas, que por un momento tuvo la intención de confiscar a Villefort en provecho propio—, me veo forzado a decirles que lo que me inquieta no son simples rumores desprovistos de todo fundamento, simples noticias en el aire. Se trata de un hombre de buen juicio, que merece toda mi confianza, y que tiene el encargo por mi parte de vigilar el Mediodía (el duque dudó al pronunciar estas palabras), que llega en silla de posta para decirme: «Un gran peligro amenaza al rey». Entonces, he venido corriendo, Sire.

—*Mala ducis avi domum* —continuó Luis XVIII anotando.

—¿Vuestra Majestad me ordena no volver a insistir sobre este asunto?

—No, mi querido duque, pero extienda el brazo.

—¿Qué brazo?

—El que usted quiera, ahí, a la izquierda.

—¿Aquí, Sire?

—Le digo a la izquierda y usted busca a la derecha; es a mi izquierda donde quiero decir; allí; ya está; deberá encontrar el informe del ministro de la Policía, con fecha de ayer... pero, ¡vaya! Aquí está el señor Dandré en persona... ¿no es lo que dice? ¿El señor Dandré? —interrumpió Luis XVIII, dirigiéndose al ujier que venía, en efecto, a anunciar al ministro de la Policía.

—Sí, Sire, el señor barón Dandré —repuso el ujier.

—Llega usted a tiempo, barón —dijo Luis XVIII con una imperceptible sonrisa—; pase, barón, y cuente al duque lo más reciente que usted sabe sobre el señor de Bonaparte. No me esconda nada de la situación, por muy grave que sea. Veamos, ¿la isla de Elba es un volcán y vamos a ver surgir de él a la guerra en llamas y toda erizada: *bella, horrida bella?*

El señor Dandré se balanceó muy graciosamente sobre el respaldo de un sillón en el que había apoyado las dos manos, y dijo:

—¿Vuestra Majestad ha tenido a bien consultar el informe de ayer?

—Sí, sí; pero dígame al duque mismo, que no acaba de encontrar ese informe, lo que contenía; detálleme lo que hace el usurpador en su isla.

—Señor —dijo el barón al duque—, «todos los servidores de Su Majestad deben aplaudirse por las noticias recientes que nos llegan de la

isla de Elba. Bonaparte...».

El señor Dandré miró a Luis XVIII que, ocupado en escribir una nota, ni siquiera levantó la cabeza.

—«Bonaparte —continuó el barón—, se aburre mortalmente; se pasa días enteros viendo trabajar a sus mineros de Porto-Longone.»

—Y se rasca para distraerse —dijo el rey.

— Se rasca? —preguntó el duque—.  Qu  quiere decir Vuestra Majestad?

—Pues s , mi querido duque;  olvida usted que ese gran hombre, ese héroe, ese semidiós est  aquejado de una enfermedad de la piel que le devora, prurigo, creo?

—Hay más, señor duque —continuó el ministro de la Policía—, estamos casi seguros de que, en poco tiempo, el usurpador estar  loco.

— Loco?

—Loco de atar; su cabeza se debilita, de pronto llora a lágrima viva, o ríe a mandíbula batiente; otras veces se pasa horas a la orilla del mar tirando cantos al agua, y cuando la piedra hace cinco o seis rebotes, parece tan satisfecho como si hubiera ganado otro Marengo, o un nuevo Austerlitz. Ya ve, convendrá conmigo que son síntomas de locura.

—O de sabiduría, señor barón, o de sabiduría —dijo Luis XVIII riendo—: tirando cantos rodados al mar era como se recreaban los grandes capitanes de la Antigüedad; lean a Plutarco, en la vida de Escip n el Africano.

El señor de Blacas se quedó pensativo en medio de estas dos despreocupaciones. Villefort, que no había querido decirle todo para que otro no le quitase el entero beneficio de su secreto, le había dicho suficiente, sin embargo, como para causarle graves inquietudes.

—Vamos, vamos, Dandré —dijo Luis XVIII—, Blacas no est  aún convencido del todo; pase usted a la conversión del usurpador.

El ministro de la Policía hizo una inclinación.

— Conversi n del usurpador! —murmuró el duque, mirando al rey y a Dandré, que alternaban como dos pastores de Virgilio.

— El usurpador se ha convertido?

—Absolutamente, mi querido duque.

—A los buenos principios; explique eso, barón.

—Esto es lo que pasa, señor duque —dijo el ministro con la seriedad más grande del mundo—: últimamente Napoleón pasó revista, y como dos o tres de sus veteranos, como él los llama, manifestasen el deseo de volver a Francia, él les dio su permiso exhortándoles a servir a su buen rey; fueron sus propias palabras, señor duque, tengo la certeza de ello.

—Y bien, Blacas, ¿qué piensa usted? —dijo el rey triunfante, dejando por un instante de compulsar el voluminoso anotador abierto ante él.

—Yo digo, Sire, que uno de los dos se equivoca, el ministro de la Policía o yo; pero como es imposible que sea el ministro de la Policía, puesto que tiene a su cargo la salvación y el honor de Vuestra Majestad, es probable que sea yo el equivocado. Sin embargo, Sire, si yo estuviera en el lugar de Vuestra Majestad, querría interrogar a la persona de la que os he hablado; incluso insistiré en que Vuestra Majestad le haga ese honor.

—Con mucho gusto, duque, bajo sus auspicios, recibiré a quien usted quiera; pero quiero recibirle con mis armas en la mano. Señor ministro, ¿tiene usted algún informe más reciente que este? ¡Pues este data del 20 de febrero, y estamos a 3 de marzo!

—No, Sire, pero esperaba uno de un momento a otro. Estoy fuera desde por la mañana y quizá en mi ausencia haya llegado.

—Vaya a la prefectura, y si no hay nada, y bien, y bien —continuó riendo Luis XVIII—, haga usted uno; ¿no es esa la práctica?

—¡Oh! ¡Sire! —dijo el ministro—, gracias a Dios, en relación con este asunto, no hay necesidad de inventar nada: cada día nos atiborran los despachos con denuncias de lo más detalladas que provienen de un montón de pobres diablos que esperan un poco de reconocimiento por servicios que no prestan, pero que quisieran prestar. Cuentan con el azar y esperan que un día algún suceso inesperado conceda una especie de realidad a sus predicciones.

—Está bien; vaya, señor —dijo Luis XVIII—, y piense que le estoy esperando.

—Sólo será ir y venir, Sire; en diez minutos, estoy de vuelta.

—Y yo, Sire —dijo el señor de Blacas—, yo voy a buscar a mi mensajero.

—Pero espere, hombre, espere —dijo Luis XVIII—. En verdad, Blacas, que voy a tener que cambiarle su escudo de armas: le daré un águila de alas desplegadas, sujetando entre sus garras una presa que intenta en vano escapar, con esta divisa: *Tenax*.

—Sire, os escucho —dijo Blacas, mordiéndose los nudillos con impaciencia.

—Quisiera consultarle sobre este pasaje: *Molli fugiues anhelitu*, ya sabe, se trata del ciervo que corre delante del lobo. ¿No es usted cazador y gran cazador de lobos? ¿Qué le parece con ese doble título, el *molli anhelitu*?

—Admirable, Sire; pero mi mensajero es como el ciervo del que habláis, pues acaba de hacer doscientas veinte leguas en silla de posta, y eso en apenas tres días.

—Eso sí que es tomarse mucho esfuerzo y mucho interés, mi querido duque, cuando tenemos el telégrafo que no tarda más de tres o cuatro horas, y eso sin perder el aliento en absoluto.

—¡Ah! Sire, agradecéis mal a ese pobre joven que llega de tan lejos y con tanto ardor para dar a Vuestra Majestad un aviso útil; aunque sólo fuera por el señor de Salvieux, que me lo recomienda, recibidle bien, os lo ruego.

—¿El señor de Salvieux, el chambelán de mi hermano?

—El mismo.

—En efecto, está en Marsella.

—De ahí es desde donde me escribe.

—¿Le habla, pues, también de esa conspiración?

—No, pero me recomienda al señor de Villefort, y me encarga que le introduzca ante Vuestra Majestad.

—¿Al señor de Villefort?

—Sí, Sire.

—¿Y es el que viene de Marsella?

—En persona.

—¡Por qué no me dijo usted su nombre de inmediato! —repuso el rey, dejando vislumbrar sobre su rostro un principio de inquietud.

—Sire, creí que ese nombre era desconocido de Vuestra Majestad.

—No, no, Blacas; es un hombre serio, educado, ambicioso, sobre todo; y, ¡pardiez!, usted conoce a su padre.

—¿A su padre?

—Sí, a Noirtier.

—¿Noirtier el girondino? ¿Noirtier el senador?

—Sí, exactamente.

—¿Y Vuestra Majestad ha dado un puesto al hijo de un hombre así?

—Blacas, ya le he dicho que Villefort era ambicioso; para ascender, Villefort sacrificará todo, incluso a su padre.

—Entonces, Sire, ¿debo hacerle pasar?

—Al instante mismo, duque. ¿Dónde está?

—Debe esperarme abajo, en mi coche.

—Vaya a buscármelo.

—Voy rápido.

El duque salió con la viveza de un joven: el ardor de su sincero monarquismo le daba la apariencia de veinte años.

Luis XVIII se quedó solo, volviendo sus ojos sobre su Horacio entreabierto y murmurando: *Justum et tenacem propositi virum*.

El señor de Blacas volvió a subir con la misma rapidez con la que había bajado; pero en la antecámara se vio forzado a invocar la autoridad del rey. El atuendo polvoriento de Villefort, su traje, que no se compadecía en absoluto con la vestimenta de la Corte, había encendido la susceptibilidad del señor de Brézé, que se vio muy sorprendido de que ese hombre pretendiera aparecer vestido así ante el rey. Pero el duque allanó todas las dificultades con una sola frase: orden de Su Majestad. Y a pesar de las observaciones que seguía haciendo el maestro de ceremonias en honor de los principios, Villefort fue introducido.

El rey estaba sentado en el mismo sitio en el que lo había dejado el duque. Al abrir la puerta, Villefort se vio justo delante de él. El primer impulso del joven magistrado fue el de detenerse.

—Pase, señor de Villefort —dijo el rey—, pase.

Villefort saludó y dio algunos pasos hacia adelante, esperando que el rey le interrogara.

—Señor de Villefort —continuó Luis XVIII—, aquí está el duque de Blacas que pretende que usted tiene algo importante que decirnos.

—Sire, el señor duque tiene razón, y espero que Vuestra Majestad lo reconocerá por sí misma.

—En primer lugar, y antes que nada, señor, según su opinión, ¿el daño es tan grande como se me quiere hacer creer?

—Sire, creo que es muy urgente; pero gracias a la diligencia que me he tomado, no es un daño irreparable, espero.

—Hable más extensamente, si lo desea, señor —dijo el rey, que comenzaba a dejarse llevar, él mismo, por la emoción que había demudado el rostro del señor de Blacas y que alteraba la voz de Villefort—; hable, pero sobre todo comience por el principio, pues me gusta el orden en todo.

—Sire —dijo Villefort—, haré a Vuestra Majestad un informe fiel, pero os rogaría sin embargo que me excusarais si la turbación que siento oscureciera mis palabras.

Una ojeada hacia el rey, después de ese exordio insinuante, aseguró a Villefort la buena acogida de su augusto oyente, y continuó.

—Sire, he llegado lo más rápidamente posible a París para comunicar a Vuestra Majestad que he descubierto, en la competencia de mis funciones, no uno de esos complots vulgares y sin consecuencia, como se tramam todos los días en las clases inferiores del pueblo o del ejército, sino una verdadera conspiración, una tempestad que amenaza nada menos que el trono de Vuestra Majestad. Sire, el usurpador arma tres buques; medita algún proyecto, insensato tal vez, pero por muy terrible, por muy insensato que sea, en este momento debe haber partido ya de la isla de Elba; ¿para ir adónde?, lo ignoro, pero seguramente para intentar bajar, ya sea a Nápoles, ya hacia las costas de la Toscana, o incluso a Francia. Vuestra Majestad no ignora que el soberano de la isla de Elba ha conservado relaciones en Italia y en Francia.

—Sí, señor, lo sé —dijo el rey muy impresionado—, e incluso últimamente se ha tenido noticia de que reuniones bonapartistas han tenido lugar en la calle Saint-Jacques; pero, continúe, se lo ruego; ¿cómo ha obtenido usted esos detalles?

—Sire, son el resultado de un interrogatorio que hice pasar a un hombre de Marsella al que vigilaba desde hace tiempo y a quien hice arrestar el mismo día en el que salí hacia aquí; ese hombre, marino turbulento y de un bonapartismo que se me hacía sospechoso, estuvo, en secreto, en la isla de Elba; allí se vio con el gran mariscal, que le encargó una misión verbal para un bonapartista de París, cuyo nombre no pude sonsacarle; pero esa misión era la de encargarse a ese bonapartista que preparara los ánimos para el regreso; observad que es el interrogatorio el que habla de un regreso, Sire, que no puede dejar de ser muy próximo.

—¿Y dónde está ese hombre?

—En prisión, Sire.

—¿Y el asunto le pareció a usted grave?

—Tan grave, Sire, que como este suceso me sorprendiera en medio de una fiesta de familia, el mismo día de mi compromiso, lo dejé todo, prometida y amigos, remití todo para más tarde, para venir a poner a los pies de Vuestra Majestad los temores que me aquejaban y la seguridad de mi adhesión.

—Es cierto —dijo Luis XVIII—, ¿no había un proyecto de unión entre usted y la señorita de Saint-Méran?

—La hija de uno de los más fieles servidores de Vuestra Majestad.

—Sí, sí; pero volvamos a ese complot, señor de Villefort.

—Sire, temo que sea más que un complot; temo que sea una conspiración.

—Una conspiración en estos tiempos —dijo el rey sonriendo—, es fácil de pensar, pero más difícil de llevar a término, dado que, recién restablecidos en el trono de nuestros antepasados, tenemos los ojos abiertos a la vez sobre el pasado, sobre el presente y sobre el futuro; desde hace diez meses, mis ministros redoblan la vigilancia para que el litoral del Mediterráneo esté bien protegido. Si Bonaparte desembarca en Nápoles, la coalición entera se pondrá en pie antes de que llegue a Piombino; si desembarca en Toscana, él pondrá el pie en país enemigo; si desembarca en Francia, será con un puñado de hombres y nosotros llegaremos fácilmente hasta el final, execrado como está por la población.

Tranquilícese, pues, señor; pero no por eso deje de contar con nuestro regio reconocimiento.

—¡Ah! ¡Ahí está el señor Dandré! —exclamó el duque de Blacas.

En ese momento, apareció en efecto en el umbral de la puerta el señor ministro de la Policía, pálido, tembloroso y cuya mirada vacilaba como si hubiera sido alcanzado por un fogonazo.

Villefort dio un paso para retirarse; pero el señor de Blacas le estrechó fuertemente la mano y le retuvo.

Capítulo XI

El ogro de Córcega

Luis XVIII, al ver ese rostro demudado, empujó violentamente la mesa delante de la cual se encontraba.

—¿Pero qué le ocurre, señor barón? —exclamó—. Parece usted totalmente trastornado: esa turbación, esa perplejidad, ¿tienen relación con lo que decía el señor de Blacas, y lo que acaba de confirmarme el señor de Villefort?

El señor de Blacas, por su parte, se acercaba rápidamente al barón, pero el terror del cortesano impedía que triunfase su orgullo de hombre de Estado; en efecto, en estas circunstancias era bastante más ventajoso para él haber sido humillado por el prefecto de Policía que humillarlo él, en un asunto así.

—Sire... —balbuceó el barón.

—Y bien, ¡veamos! —dijo Luis XVIII.

El ministro de la Policía, cediendo entonces a un impulso de desesperación, fue a precipitarse a los pies de Luis XVIII, que reculó un paso frunciendo el ceño.

—¿Hablará usted de una vez? —dijo.

—¡Oh! Sire, ¡qué desgracia tan espantosa! ¡Soy digno de compasión!
¡Nunca me lo perdonaré!

—Señor —dijo Luis XVIII—, ¡le ordeno que hable!

—Pues bien, Sire, el usurpador ha dejado la isla de Elba el 28 de febrero y ha desembarcado el 1 de marzo.

—¿Dónde? —preguntó rápidamente el rey.

—En Francia, Sire, en un pequeño puerto, cerca de Antibes, en el golfo Juan.

—¡El usurpador ha desembarcado en Francia, cerca de Antibes, en el golfo Juan, a doscientas cincuenta leguas de París, el 1 de marzo, y usted no se entera de la noticia hasta hoy, 3 de marzo!, ¡eh! Señor, lo que me dice es imposible: o está usted loco o le han dado un informe falso.

—¡Ay! Sire, por desgracia es cierto.

Luis XVIII tuvo un gesto indecible de cólera y de espanto, y se irguió totalmente en pie, como si un golpe imprevisto le hubiera golpeado a la vez en el corazón y en el rostro.

—¡En Francia! —exclamó—. ¡El usurpador en Francia! ¿Pero es que no se vigilaba a este hombre? Pero, ¿quién sabe? ¿Lo mismo estaban de acuerdo con él?

—¡Oh! Sire —exclamó el duque de Blacas—, no es a un hombre como al señor Dandré a quien se le pueda acusar de traición, Sire; estábamos todos ciegos, y el ministro de la Policía ha participado de la ceguera general, eso es todo.

—Pero... —dijo Villefort; después, deteniéndose de golpe—: ¡Ah! Perdón, perdón, Sire —dijo haciendo una inclinación—, mi celo me puede, que Vuestra Majestad se digne disculparme.

—Hable, señor, hable valientemente —dijo el rey—; es usted el único que nos ha prevenido del mal, ayúdenos a buscar el remedio.

—Sire —dijo Villefort—, al usurpador se le detesta en el Mediodía, se puede con facilidad conseguir un levantamiento contra él en la Provenza y en el Languedoc.

—Sí, sin duda —dijo el ministro—, pero avanza por Gap y Sisteron.

—Avanza, avanza —dijo Luis XVIII—; ¿es que está en marcha hacia París?

El ministro de la Policía guardó un silencio que equivalía a la más completa confesión.

—Y el Delfinado, señor —preguntó el rey a Villefort—, ¿cree usted que se puede levantar como la Provence?

—Sire, me molesta decir a Vuestra Majestad una verdad cruel; pero el ánimo del Delfinado está lejos de equipararse al de la Provenza o el Languedoc. Los montañeses son bonapartistas, Sire.

—Entonces —murmuró Luis XVIII—, está bien informado. ¿Y cuántos hombres tiene con él?

—Sire, no lo sé —dijo el ministro de la Policía.

—¿Cómo que no lo sabe! ¿Olvidó usted informarse de esa circunstancia? ¡Pues sí que carece de importancia! —añadió con una aplastante sonrisa.

—Sire, yo no podía informarme; el despacho decía simplemente el anuncio del desembarco y la ruta tomada por el usurpador.

—¿Y cómo le ha llegado entonces ese despacho? —preguntó el rey.

El ministro bajó la cabeza, y un vivo sonrojo invadió su rostro.

—Por el telégrafo, Sire —balbuceó.

Luis XVIII dio un paso hacia adelante y cruzó los brazos, como lo hubiera hecho Napoleón.

—¡Así que —dijo palideciendo de ira— siete ejércitos coaligados tuvieron que echar abajo a ese hombre; un milagro del cielo me volvió a poner en el trono de mis padres después de veinticinco años de exilio; durante esos veinticinco años estudié, sondeé, analicé a los hombres y a las cosas de esta Francia que se me había prometido, para que, ahora, llevados a cabo todos mis deseos, una fuerza que tenía entre mis manos me explote y se rompa!

—Sire, es la fatalidad —murmuró el ministro, sintiendo que un peso así, ligero, del destino, bastaba para aplastar a un hombre.

—¿Pero es que lo que dicen de nosotros nuestros enemigos será cierto: *ni aprenden, ni olvidan*? Si me traicionaran, como a él, me consolaría; ¡pero estar entre gentes a quienes elevé a las más altas dignidades, que debían velar por mí más preciosamente que por ellos mismos, pues mi suerte es la suya, puesto que antes de mí no eran nada, después de mí

tampoco lo serán, y van a perecer miserablemente por incapacidad, por ineptitud! ¡Ah! Sí, señor, tiene usted razón, es la fatalidad.

El ministro se mantenía encorvado bajo esas espantosas imprecaciones.

El señor de Blacas se secaba la frente cubierta de sudor; Villefort sonreía interiormente, pues sentía crecer su importancia.

—Caer —continuaba Luis XVIII, quien desde el primer vistazo había sondeado el precipicio al que estaba abocada la monarquía—, ¡caer y conocer la caída por el telégrafo! ¡Oh! Preferiría subir al cadalso de mi hermano Luis XVI, antes que bajar así la escalera de las Tullerías, expulsado por el ridículo... el ridículo, señor, usted no sabe lo que es, en Francia, y sin embargo debería saberlo.

—Sire, Sire —murmuró el ministro—, ¡por piedad!...

—Acérquese, señor de Villefort —continuó el rey, dirigiéndose al joven que, de pie, inmóvil y situado un poco más atrás, consideraba la marcha de esa conversación en la que flotaba perdido el destino de un reino—, acérquese y diga al señor que se podía saber por adelantado todo lo que él no supo.

—Sire, era materialmente imposible adivinar los proyectos que ese hombre ocultaba a todo el mundo.

—¡Materialmente imposible! Sí, he ahí una gran frase, señor; desgraciadamente hay grandes frases, como hay grandes hombres, yo los he medido. Materialmente imposible para un ministro, que tiene una administración, despachos, agentes, soplones, espías y quince mil francos de fondos reservados, ¡materialmente imposible saber lo que ocurre a sesenta leguas de las costas de Francia! Pues bien, mire, vea aquí al señor que no tenía ninguno de esos recursos a su disposición, vea aquí al señor, simple magistrado, que sabía más que usted con toda su policía, y que hubiera salvado mi corona si hubiera tenido como usted el poder de dirigir un telégrafo.

La mirada del ministro de Policía se volvió, con una expresión de profundo despecho, hacia Villefort, que inclinó la cabeza con la modestia del triunfo.

—No digo esto por usted, Blacas —continuó Luis XVIII—, pues si usted no descubrió nada, al menos tuvo el buen juicio de perseverar en la sospecha: cualquier otro hubiera considerado, tal vez, las revelaciones del señor de Villefort como insignificantes, o bien incluso sugeridas por una ambición venal.

Estas palabras hacían alusión a las que el ministro de la Policía había pronunciado con tanta confianza una hora antes.

Villefort comprendió el juego del rey... cualquier otro se hubiera dejado llevar por la embriaguez de las alabanzas; pero temió convertir al ministro de la Policía en su enemigo mortal, aunque sintió que este estaba irrevocablemente perdido. En efecto, el ministro, que en la plenitud de su poder no había sabido adivinar el secreto de Napoleón, podía, en las convulsiones de su agonía, descubrir el de Villefort: para eso no tenía más que interrogar a Dantès. Así que vino en su ayuda en lugar de hundirle.

—Sire —dijo Villefort—, la rapidez del suceso debe probar a Vuestra Majestad que sólo Dios podía impedirlo levantando una tempestad; lo que Vuestra Majestad cree que por mi parte fue la consecuencia de una profunda perspicacia, se debió, pura y simplemente, al azar; yo aproveché ese azar como servidor leal, eso es todo. No me concedáis más de lo que merezco, Sire, para no volver más que a la primera idea que hayáis concebido de mí.

El ministro de la Policía se lo agradeció al joven con una elocuente mirada, y Villefort comprendió que su proyecto había triunfado, es decir, que sin perder nada del agradecimiento del rey, acababa de hacerse con un amigo con quien, llegado el caso, podría contar.

—Está bien —dijo el rey—. Y ahora, señores —continuó volviéndose hacia el señor de Blacas y hacia el ministro de la Policía—, ya no les necesito, pueden retirarse: lo que queda por hacer es competencia del ministro de la Guerra.

—Afortunadamente, Sire —dijo el señor de Blacas—, podemos contar con el ejército. Vuestra Majestad sabe cómo nos lo dibujan todos los informes: un ejército adepto a vuestro gobierno.

—No me hable de informes; ahora ya sé, duque, la confianza que se puede tener en ellos. ¡Eh! ¿Qué ha sabido de nuevo sobre el asunto de la

calle Saint-Jacques?

—¡Sobre el asunto de la calle Saint-Jacques! —exclamó Villefort, sin poder contener una exclamación.

Pero, parándose de repente:

—Perdón, Sire —dijo—, mi adhesión a Vuestra Majestad me hace olvidar constantemente, no el respeto que siento por Ella, ese respeto está muy profundamente grabado en mi corazón, sino que me hace olvidar las reglas del protocolo.

—Diga y actúe, señor —repuso Luis XVIII—; usted ha adquirido hoy el derecho a interrogar.

—Sire —respondió el ministro de la Policía—, yo venía justamente hoy a presentar a Vuestra Majestad los nuevos datos que había recogido sobre este suceso, cuando la atención de Vuestra Majestad fue desviada por la terrible catástrofe del golfo; ahora, estos informes ya no tendrían ningún interés para el rey.

—Al contrario, señor, al contrario —dijo Luis XVIII—, me parece que ese asunto tiene una relación directa con el que nos ocupa, y la muerte del general Quesnel va quizá a ponernos en la vía de un gran complot interior.

Al oír el nombre del general Quesnel, Villefort se estremeció.

—En efecto, Sire —repuso el ministro de la Policía—, todo nos llevaría a creer que esta muerte es el resultado, no de un suicidio, como se había creído al principio, sino de un asesinato: el general Quesnel, por lo que parece, salía de un club bonapartista cuando desapareció. Un hombre desconocido había venido a buscarle esa misma mañana, y le había citado en la calle Saint-Jacques; desgraciadamente el ayuda de cámara del general, que le vestía en el momento en el que ese desconocido fue introducido en el gabinete del general, oyó bien que hablaban de la calle Saint-Jacques, pero no retuvo el número de la calle.

A medida que el ministro de la Policía iba dando al rey Luis XVIII esos datos, Villefort, que parecía colgado de sus labios, se sonrojaba y palidecía.

El rey se volvió hacia él.

—¿No es su opinión, como la mía, señor de Villefort, que el general Quesnel, a quien se le podía creer adepto al usurpador pero que realmente

lo era por entero a Mi Persona, ha sido víctima de una trampa bonapartista?

—Es probable, Sire —respondió Villefort—; ¿pero no se sabe nada más?

—Se está tras la pista del hombre con el que se citó.

—¿Se está tras su pista? —repitió Villefort.

—Sí, el criado nos dio su descripción: se trata de un hombre de cincuenta a cincuenta y dos años, moreno, de ojos negros cubiertos de espesas cejas y con mostacho; iba vestido con una levita azul, y llevaba en el ojal una roseta de oficial de la Legión de Honor. Ayer siguieron a un individuo cuya descripción respondía exactamente a la que acabo de señalar, y le perdieron en la esquina de la calle de la Jussienne y de la calle Coq Héron.

Villefort se había apoyado en el respaldo de un sillón, pues a medida que el ministro de la Policía hablaba, él sentía que le fallaban las piernas; pero cuando oyó que el desconocido había escapado de las pesquisas del agente que le seguía, respiró.

—Usted seguirá buscando a ese hombre, señor —dijo el rey al ministro de la Policía—, pues si, como todo el mundo se ve inclinado a pensar, el general Quesnel, que nos hubiera sido tan útil en este momento, ha sido víctima de un crimen, bonapartista o no, quiero que sus asesinos sean cruelmente castigados.

Villefort necesitó toda su sangre fría para no verse traicionado por el terror que le inspiraba la recomendación del rey.

—¡Cosa extraña! —continuó el rey con un rasgo de humor—. La Policía cree haber dicho todo cuando dice: «se ha cometido un crimen», y cree haber hecho todo cuando añade: «estamos tras la pista de los culpables».

—Sire, Vuestra Majestad, sobre este punto al menos, se verá satisfecha, espero.

—Está bien, ya veremos; ya no le retengo más tiempo, barón; señor de Villefort, debe estar usted cansado del largo viaje, vaya a descansar. ¿Sin duda se alojará usted en casa de su padre?

Un chispazo pasó por los ojos de Villefort.

—No, Sire —dijo—, me alojo en el Hotel Madrid, calle de Tournon.

—¿Pero, le habrá visto?

—Sire, lo primero que he hecho es ir a casa del señor duque de Blacas.

—¿Pero, al menos le verá?

—No lo creo, Sire.

—¡Ah! Es cierto —dijo Luis XVIII sonriendo de tal manera que demostraba que todas esas reiteradas preguntas no habían sido formuladas sin intención—, olvidaba que las relaciones con el señor Noirtier son frías, y que eso es un sacrificio más en beneficio de la causa monárquica, y de la que debo resarcirle.

—Sire, la bondad que testimonia Vuestra Majestad es una recompensa que sobrepasa tanto todas mis ambiciones, que no tengo nada más que pedir al rey.

—No importa, señor, nosotros no nos olvidaremos, esté tranquilo; mientras tanto —el rey se quitó la cruz de la Legión de Honor que habitualmente llevaba en la solapa de su traje azul, junto a la cruz de San Luis, por encima de la placa de la orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo y de San Lázaro, y dándosela a Villefort—, mientras tanto —dijo—, tome de todas formas esta cruz.

—Sire —dijo Villefort—, Vuestra Majestad se equivoca, esta cruz es la de oficial de la Legión de Honor.

—A fe mía, señor —dijo Luis XVIII—, cójala tal como es; no tengo tiempo de pedir otra. Blacas, usted se encargará de que el certificado sea entregado al señor de Villefort.

Los ojos de Villefort se humedecieron con una lágrima de orgulloso gozo; cogió la cruz y la besó.

—Y ahora —preguntó—, ¿cuáles son las órdenes que Vuestra Majestad me hace el honor de darme?

—Descanse lo que necesite y piense que, sin fuerzas en París para servirme, usted puede serme de mayor utilidad en Marsella.

—Sire —respondió Villefort con una inclinación—, dentro de una hora habré salido de París.

—Vaya, señor —dijo el rey—, y si yo os olvidara —la memoria de los reyes es corta—, no tema en apelar a mi recuerdo... Señor barón, dé la

orden de que vayan a buscar al ministro de la Guerra. Blacas, quédese.

—¡Ah! Señor —dijo el ministro de la Policía a Villefort al salir de las Tullerías—, usted entra por la puerta grande y su fortuna está asegurada.

—¿Y será larga? —murmuró Villefort saludando al ministro, cuya carrera estaba acabada, y buscando con la mirada un coche para ir a su casa.

Un coche de alquiler pasaba por el muelle, Villefort le hizo una señal, el coche se acercó; Villefort dio la dirección y se sentó en el fondo del coche, dejándose llevar por sus sueños de ambición.

Diez minutos después Villefort estaba ya en el hotel; pidió que los caballos estuviesen preparados para dentro de dos horas, y ordenó que le sirviesen el almuerzo.

Iba a sentarse a la mesa cuando el timbre de la puerta sonó bajo una mano franca y firme; el ayuda de cámara fue a abrir y Villefort oyó una voz que pronunciaba su nombre.

«¿Quién puede saber ya que estoy aquí?», se preguntó el joven.

En ese momento, el ayuda de cámara entró.

—Y bien —dijo Villefort—, ¿qué es lo que ocurre? ¿Quién pregunta por mí?

—Un desconocido que no quiere dar su nombre.

—¿Cómo! ¿Un desconocido que no quiere dar su nombre? ¿Y qué quiere de mí ese desconocido?

—Quiere hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí.

—¿Y ha dicho mi nombre?

—Perfectamente.

—¿Y qué aspecto tiene ese desconocido?

—Pues, señor, es un hombre de unos cincuenta años.

—¿Bajo? ¿Alto?

—De la talla del señor, más o menos.

—¿Moreno? ¿Rubio?

—Moreno, muy moreno: de cabello negro, ojos negros, pestañas negras.

—¿Y vestido —preguntó con viveza Villefort—, vestido de qué manera?

—Con una gran levita azul, abotonada de arriba abajo; condecorado con la Legión de Honor.

«Es él», murmuró Villefort poniéndose pálido.

—¡Eh, pardiez! —dijo apareciendo en la puerta el individuo cuya descripción hemos señalado ya dos veces—. ¡Vaya, cuántas maneras! ¿Es costumbre de Marsella que los hijos hagan hacer antecámara a sus padres?

—¡Padre! —exclamó Villefort—. Así que no me había equivocado... ya me temía que era usted.

—Entonces, si temías que fuese yo —repuso el recién llegado, poniendo el bastón en un rincón y el sombrero sobre una silla—, permíteme decirte, mi querido Gérard, que no es nada amable por tu parte hacerme esperar así.

—Déjenos, Germain —dijo Villefort.

El criado salió dando visibles muestras de asombro.

Capítulo XII

Padre e hijo

El señor Noirtier, pues en efecto era él quien acababa de entrar, siguió con la mirada al doméstico hasta que este hubo cerrado la puerta; después, temiendo sin duda que escuchase en la antecámara, fue a abrirla tras él: la precaución no era inútil y la rapidez con la que maese Germain se retiró probó que no estaba exento del pecado que perdió a nuestros primeros padres. El señor Noirtier se tomó entonces la molestia de ir él mismo a cerrar la puerta de la antecámara, después la del dormitorio, echó los cerrojos y volvió para tender la mano a Villefort que había seguido todos sus movimientos con una sorpresa de la que aún no se había repuesto.

—¡Ah, vaya! ¿Sabes, mi querido Gérard —dijo al joven, mirándole con una sonrisa cuya expresión era bastante difícil de definir—, que no pareces muy contento de verme?

—Sí, sí, padre —dijo Villefort—, estoy encantado; pero estaba tan lejos de esperar su visita que me ha aturdido un poco.

—Pero, mi querido amigo —repuso el señor Noirtier sentándose—, me parece que yo podía decir otro tanto. ¡Cómo! ¿Me anuncia usted su compromiso en Marsella para el 28 de febrero y el 3 de marzo está usted en París?

—Si estoy aquí, padre —dijo Gérard acercándose al señor Noirtier—, no se queje, pues si he venido es por usted, y este viaje quizá le salve.

—¡Ah, de verdad! —dijo el señor Noirtier arrellanándose indolentemente en el sillón donde se había sentado—; ¡de verdad! Cuénteme eso entonces, señor magistrado, debe ser curioso.

—Padre, ¿ha oído usted hablar de cierto club bonapartista que tiene su sede en la calle Saint-Jacques?

—¿Número 53? Sí, soy el vicepresidente.

—Padre, su sangre fría me hace temblar.

—¿Qué quieres, querido mío? Cuando uno ha sido proscrito por los *montagnards*, ha salido de París en un carro de heno, ha sido acorralado en las landas de Burdeos por los sabuesos de Robespierre, todo eso le ha curtido a uno para muchas cosas. Continua, pues. Y bien, ¿qué ha ocurrido en ese club de la calle Saint-Jacques?

—Pues que hicieron ir allí al general Quesnel, y el general Quesnel, que había salido a las nueve de la noche de su casa ha sido encontrado dos días después en el Sena.

—¿Y quién le ha contado esa bonita historia?

—El rey en persona, señor.

—Y bien, yo, a cambio de su historia —continuó Noirtier—, voy a darle una noticia.

—Padre, creo que ya sé lo que va usted a decirme.

—¡Ah! ¿Usted sabe del desembarco de Su Majestad, el emperador?

—Silencio, padre, se lo ruego, en primer lugar por usted, y después por mí. Sí, yo sabía esa noticia, e incluso la sabía antes que usted, pues desde hace tres días que quemo etapas de Marsella a París, con la rabia de no poder lanzar a doscientas leguas por delante de mí el pensamiento que me abrasa el cerebro.

—¡Hace tres días! ¿Está usted loco? Hace tres días el emperador no había embarcado.

—No importa, yo conocía ya el proyecto.

—¿Y cómo es eso?

—Por una carta que iba dirigida a usted desde la isla de Elba.

—¿Dirigida a mí?

—A usted, y yo la he descubierto en la cartera del mensajero. Si esa carta hubiera caído en otras manos, a esta hora, padre, quizá ya le hubieran fusilado.

El padre de Villefort se echó a reír.

—Vamos, vamos —dijo—, parece que la Restauración ha aprendido del imperio la manera de resolver con prontitud los asuntos... ¡fusilarme! Querido mío, ¡cómo exagera! Y esa carta, ¿dónde está? Le conozco demasiado como para temer que la haya usted dejado por ahí.

—La quemé, para que no quedara ni un solo fragmento; pues esa carta era su condena.

—Y la pérdida de su porvenir de usted —respondió fríamente Noirtier—; sí, entiendo eso, pero no tengo nada que temer ya que usted me protege.

—Hago algo mejor que eso, señor, le salvo la vida.

—¡Ah! ¡Diablos! Esto se pone cada vez más dramático; explíquese.

—Señor, vuelvo a ese club de la calle Saint-Jacques.

—Parece que ese club interesa mucho a los señores de la Policía. ¿Por qué no han buscado mejor? Lo hubieran encontrado.

—No lo han encontrado, pero están sobre la pista.

—Esa es la palabra sagrada, bien lo sé: cuando la Policía falla, dice que está sobre la pista, y el gobierno espera tranquilamente el día en el que venga a decirle, con las orejas gachas, que esa pista se ha esfumado.

—Sí pero han encontrado un cadáver: al general Quesnel le han matado y en todos los países del mundo a eso se le llama un asesinato.

—Un asesinato, ¿pero qué dice usted? Pero si nada demuestra que el general haya sido víctima de un asesinato. Todos los días encuentran a alguien en el Sena, algunos porque se han tirado al río de desesperación, otros porque se han ahogado por no saber nadar.

—Padre, usted sabe muy bien que el general no se ha ahogado por desesperación, y que uno no se baña en el Sena en el mes de enero. No, no, usted se equivoca, esa muerte está bien calificada como un asesinato.

—¿Y quién la ha calificado así?

—El mismo rey.

—¡El rey! Le creía lo suficientemente filósofo como para comprender que en política no hay asesinatos. En política, querido hijo, usted lo sabe como yo, no hay hombres, sino ideas; no hay sentimientos, sino intereses; en política no se mata a un hombre, se suprime un obstáculo, eso es todo. ¿Quiere usted saber cómo han sucedido los hechos? Pues bien, yo voy a decírselo. Se pensaba que se podía contar con el general Quesnel: nos lo habían recomendado de la isla de Elba. Uno de nosotros va a su casa, le invita a que vaya a la calle Saint-Jacques a una asamblea en la que se encontrará entre amigos; él va y allí se le desvela todo el plan, la salida de la isla de Elba, el desembarco proyectado; después, cuando oyó todo, escuchó todo y ya no quedaba nada más por desvelarle, él responde que es monárquico. Entonces se miran unos a otros; se le hace jurar, lo hace, pero realmente de tan mala gana que era tentar a Dios jurar así; y bien, a pesar de todo eso, dejan al general que se marche libre, perfectamente libre. No volvió a su casa, ¿qué quiere usted, querido? Salió de nuestra asamblea, se habrá equivocado de camino, eso es todo. ¡Un asesinato! De verdad que me sorprende usted, Villefort, usted, sustituto del fiscal del rey, montando una acusación sobre pruebas tan malas. ¿Es que alguna vez yo me he preocupado de decirle, cuando ejerce su oficio de monárquico y hace que caiga la cabeza de uno de los míos: «Hijo mío, ¿ha cometido usted un asesinato?». No, yo he dicho: «Muy bien, señor, ha combatido victoriosamente; mañana nos tomaremos la revancha».

—Pero, padre, tenga cuidado, esa revancha será terrible cuando nos la tomemos nosotros.

—No le comprendo.

—¿Usted cuenta con el regreso del usurpador?

—Confieso que sí.

—Se equivoca usted, padre, no hará diez leguas por el interior de Francia sin que sea perseguido, acosado, cazado como a una bestia salvaje.

—Mi querido amigo, el emperador está en este momento camino de Grenoble, el 10 o el 12 estará en Lyon, y el 20 o el 25 en París.

—El pueblo se sublevará.

—Para ir delante de él.

—Con él no tiene más que un puñado de hombres, y contra él le enviarán ejércitos.

—Que le harán escolta para entrar en la capital. De verdad, mi querido Gérard, no es usted más que un niño; se cree bien informado porque un telégrafo le dice, tres días después del desembarco: «El usurpador ha desembarcado en Cannes con algunos hombres; se le está persiguiendo». Pero, ¿dónde está?, ¿qué hace?, usted no lo sabe: se le persigue, eso es todo lo que usted sabe. Pues bien, se le perseguirá así hasta París, sin quemar un fulminante.

—Grenoble y Lyon son ciudades leales y le opondrán una barrera infranqueable.

—Grenoble le abrirá sus puertas con entusiasmo, Lyon por entero saldrá a su encuentro. Créame, nosotros estamos tan informados como ustedes, y nuestra policía vale tanto como la de ustedes; ¿quiere una prueba? Pues que usted me quiso ocultar su viaje y que sin embargo yo supe su llegada media hora después de haber cruzado la barrera; usted no dio su dirección a nadie más que al cochero; pues bien, yo conozco su dirección y la prueba es que llego a su casa justo en el momento en el que se va a sentar a la mesa; llame y pida un cubierto más; cenaremos juntos.

—En efecto —respondió Villefort, mirando a su padre con asombro—, en efecto, parece usted bien informado.

—¡Eh, Dios mío! La cosa es muy sencilla; vosotros, los que ostentáis el poder, no tenéis más que los medios que da el dinero; nosotros, que esperamos ese poder, nosotros tenemos los medios que da el sacrificio, la adhesión.

—¿El sacrificio? —dijo Villefort riendo.

—Sí, el sacrificio; así es como se llama, en términos honrados, la ambición que espera.

Y el padre de Villefort extendió él mismo el brazo hacia el cordón de la campanilla para llamar al doméstico que su hijo no llamaba.

Villefort le detuvo.

—Aguarde, padre —dijo el joven, una cosa más.

—Dígame.

—Por muy mal organizada que esté la policía del rey, sabe, sin embargo, una cosa terrible.

—¿Qué cosa terrible es esa?

—La descripción del hombre que la mañana de la desaparición del general Quesnel se presentó en su casa.

—¡Ah! ¿Sabe eso, esta buena policía? ¿Y cuál es esa descripción?

—Tez morena, cabellos, patillas y ojos negros, levita azul abotonada hasta la barbilla, roseta de oficial de la Legión de Honor en el ojal, sombrero de alas anchas y caña de junco.

—¡Ah!, ¡ah! ¿Conque sabe eso? —dijo Noirtier— Y en ese caso, ¿por qué entonces no han echado el guante a ese hombre?

—Porque le perdieron, ayer o anteayer, en la esquina de la calle Coq-Héron.

—¡Cuando yo le decía que su policía era tonta!

—Sí, pero de un momento a otro puede encontrarle.

—Sí —dijo Noirtier mirando despreocupadamente alrededor—, sí, si ese hombre no estuviera advertido, pero lo está; y —añadió sonriendo— va a cambiar de aspecto y de traje.

Y diciendo esto, se levantó, se quitó la levita y la corbata, fue a una mesa sobre la que estaba dispuesto todo lo necesario para el aseo de su hijo, cogió una navaja de afeitar, se jabonó la cara y con una mano perfectamente firme abatió esas patillas comprometedoras que proporcionaban a la policía un documento tan valioso.

Villefort le observaba con un terror que no estaba exento de admiración.

Con las patillas recortadas, Noirtier dio otro aspecto a su pelo; en lugar de la corbata negra cogió una corbata de color que había sobre un baúl abierto; en lugar de su levita azul y abotonada, se endosó un gabán de Villefort, marrón y evasé; se probó delante del espejo un sombrero de ala corta del joven, pareció satisfecho de cómo le quedaba y, dejando la caña de junco en el rincón de la chimenea donde la había puesto, hizo vibrar en su mano nerviosa un pequeño bastón de bambú con el que el elegante sustituto daba a sus andares esa desenvoltura que era una de sus principales cualidades.

—Y bien —dijo, volviéndose hacia su estupefacto hijo, cuando esta especie de cambio de aspecto fue operado—, y bien, ¿crees que tu policía va a reconocerme ahora?

—No, padre —balbuceó Villefort—, al menos eso espero.

—Ahora, mi querido Gérard —continuó Noirtier—, confío en tu prudencia para hacer desaparecer todos los objetos que te dejo en custodia.

—¡Oh! Esté tranquilo, padre —dijo Villefort.

—¡Sí, sí! Y ahora creo que tienes razón, y que muy bien podrías haberme salvado la vida, en efecto; pero, tranquilo, te devolveré el favor muy pronto.

Villefort meneó la cabeza.

—¿No estás convencido?

—Espero, al menos, que se equivoque usted.

—¿Volverás a ver al rey?

—Es posible.

—¿Quieres aparecer ante él como un profeta?

—Los profetas de las desgracias no son bienvenidos en la corte, padre.

—Sí, pero tarde o temprano se les hace justicia; e imagina una segunda Restauración, entonces pasarás por ser un gran hombre.

—En fin, ¿qué tengo que decir al rey?

—Dile esto: «Sire, os engañan sobre la buena disposición de Francia, sobre la opinión de las ciudades, sobre el ánimo del ejército; al que Vos llamáis en París el ogro de Córcega, a quien llaman aún en Nevers el usurpador, llaman ya Bonaparte en Lyon y emperador en Grenoble. Vos le creéis acosado, perseguido, huyendo; marcha rápido como el águila que lleva. Los soldados, a quienes creéis muertos de hambre, rotos de fatiga, dispuestos a desertar, van en aumento como los átomos de nieve en la bola que va cuesta abajo. Sire, partid, dejad Francia a su verdadero dueño, a quien no la ha comprado, sino que la ha conquistado; partid, Sire, no porque corráis algún peligro, vuestro adversario es lo suficientemente fuerte como para tener clemencia, sino porque sería humillante para un descendiente de San Luis deber la vida al hombre de Arcole, de Marengo y de Austerlitz». Dile eso, Gérard; o mejor, vete, no le digas nada; disimula tu viaje; no te jactes de lo que viniste a hacer ni de lo que has hecho en

París; vuelve a la silla de posta; si has quemado etapas al venir, devora el espacio al volver; regresa a Marsella de noche; entra en tu casa por una puerta trasera, y quédate allí, muy suave, muy humilde; muy en secreto, y sobre todo, muy inofensivo, pues esta vez, te lo juro, obraremos como gente vigorosa y conocedora de sus enemigos. Ve, hijo mío, ve, mi querido Gérard, y mientras sigas la obediencia a las órdenes paternas, o si lo prefieres la deferencia por los consejos de un amigo, te mantendremos en tu puesto. Será —añadió Noirtier sonriendo— un medio para salvarme a mí por segunda vez, si la balanza política te pone un día arriba y a mí abajo. Adiós, mi querido Gérard; en tu próximo viaje, ven a mi casa.

Y Noirtier salió tras esas palabras, con la tranquilidad que no le había abandonado ni un solo instante a lo largo de ese encuentro tan difícil.

Villefort, pálido y agitado, corrió a la ventana, entreabrió la cortina y le vio pasar, tranquilo e impasible, en medio de dos o tres hombres de mal aspecto, emboscados tras los mojones y en las esquinas de las calles, que estaban seguramente allí para arrestar al hombre de las patillas negras, la levita azul y el sombrero de ala ancha.

Villefort se quedó así, de pie y jadeante, hasta que su padre desapareció en la encrucijada Bussy. Entonces, se lanzó hacia los objetos que su padre había dejado, puso en lo más profundo del baúl la corbata negra y la levita azul, retorció el sombrero que ocultó en los bajos de un armario, rompió la caña de junco en tres partes y las tiró al fuego, se puso un gorro de viaje, llamó a su ayuda de cámara, le prohibió con la mirada las mil cuestiones que su criado tendría ganas de hacerle, pagó su cuenta en el hotel, saltó al coche que le esperaba ya listo, supo en Lyon que Bonaparte acababa de entrar en Grenoble y, en medio de la agitación que reinaba a lo largo de todo el camino, llegó a Marsella, presa de todas las zozobras que penetran en el corazón del hombre con la ambición y con los primeros honores.

Capítulo XIII

Los cien días

El señor Noirtier era un buen profeta, y las cosas fueron de prisa, como él había dicho. Todo el mundo conoce ese regreso de la isla de Elba, regreso extraño, milagroso, que, sin ejemplo en el pasado, quedará probablemente sin imitación en el futuro.

Luis XVIII no intentó más que débilmente parar ese golpe tan brusco; su poca confianza en los hombres le quitaba toda su confianza en los hechos. La realeza, o más bien la monarquía, apenas reconstituida por él, tembló por su base todavía insegura, y un solo gesto del emperador hizo que se viniera abajo todo el edificio, mezcla informe de viejos prejuicios y de nuevas ideas. Así pues, Villefort no obtuvo de su rey más que un agradecimiento no solamente inútil por el momento, sino incluso peligroso, y esa cruz de oficial de la Legión de Honor, que tuvo la prudencia de no mostrar, aunque el señor de Blacas, como le había recomendado el rey, le había enviado cuidadosamente el certificado.

Napoleón ciertamente hubiera destituido a Villefort sin la protección de Noirtier, convertido en todopoderoso en la corte de los Cien Días, por los peligros que había afrontado y por los servicios prestados. Así, como

se lo había prometido, el girondino del 93 y el senador de 1806 protegió a quien le había protegido a él la víspera.

Todo el poder de Villefort se limitó, pues, durante esa evocación del imperio, del que, por lo demás, fue bien fácil presagiar su segunda caída, a echar tierra sobre el secreto que Dantès había estado a punto de divulgar.

El fiscal del rey solamente fue destituido por ser considerado sospechoso de tibieza bonapartista.

Sin embargo, en cuanto el poder imperial se vio restablecido, es decir, en cuanto el emperador se alojó en esas Tullerías que acababa de desalojar Luis XVIII, y lanzó sus numerosas y divergentes órdenes desde ese pequeño despacho en el que introdujimos a nuestros lectores tras Villefort, y sobre esa mesa de nogal en la que encontró, todavía abierta y casi llena, la tabaquera de Luis XVIII, Marsella, a pesar de la actitud de sus magistrados, comenzó a sentir que se avivaban en ella esas chispas de guerra civil siempre mal apagadas en el Mediodía; poco faltó entonces para que las represalias no fuesen más allá de algún guirigay que asedió a los monárquicos encerrados en sus casas, y alguna afrenta pública con la que se persiguió a quienes se arriesgaban a salir a la calle.

Por un giro muy natural, el digno armador, a quien designamos como perteneciente al partido del pueblo, se vio a su vez en este momento, no diremos todopoderoso, pues Morrel era un hombre prudente y ligeramente tímido, como todos los que hacen una lenta y laboriosa fortuna comercial, sino en condiciones, muy sobrepasado por los celosos bonapartistas que le trataban de moderado, en condiciones —digo— de levantar la voz para que se le oyera una reclamación; esa reclamación, como fácilmente se adivina, se refería a Dantès.

Villefort se había mantenido en pie, a pesar de la caída de su superior, y su matrimonio, aún estando decidido, sin embargo fue pospuesto para tiempos más felices. Si el emperador mantenía el trono, sería otra alianza la que iba a necesitar Gérard, y su padre se encargaría de encontrarle una; si una segunda Restauración traía de nuevo a Luis XVIII a Francia, la influencia del señor de Saint-Méran crecía, así como la suya propia, y la unión se hacía más conveniente que nunca.

El sustituto del fiscal del rey era, pues, momentáneamente, el primer magistrado de Marsella cuando una mañana la puerta se abrió y le anunciaron al señor Morrel.

Cualquier otro se hubiera apresurado a ir al encuentro del armador, y ese apresuramiento hubiera delatado su debilidad; pero Villefort era un hombre superior que tenía, si no la práctica, sí al menos el instinto de todo. Hizo hacer antecámara a Morrel como se la hubiera hecho hacer en la Restauración, aunque no hubiese nadie delante de él, pero por la simple razón de que es costumbre que un sustituto del fiscal del rey haga hacer antecámara; después, tras un cuarto de hora que empleó en leer dos o tres periódicos de matices diferentes, ordenó que el armador fuera traído a su presencia.

El señor Morrel esperaba encontrar a Villefort abatido: le encontró como le había visto seis semanas antes, es decir, tranquilo, firme y lleno de esa fría cortesía, la más infranqueable de todas las barreras que separan al hombre educado del hombre vulgar.

Había entrado en el gabinete de Villefort, convencido de que el magistrado iba a temblar al verle, y era él, por el contrario, quien se encontraba todo tembloroso y turbado ante este personaje interrogador, que le esperaba con un codo apoyado en su mesa de despacho.

Se detuvo en la puerta. Villefort le miró, como si le costara trabajo reconocerle. Finalmente, después de algunos segundos de examen y de silencio, durante los cuales el digno armador daba vueltas y vueltas al sombrero que tenía entre las manos:

—¿El señor Morrel, creo? —dijo Villefort.

—Sí, señor, yo mismo —respondió el armador.

—Acérquese, entonces —continuó el magistrado, haciendo un gesto protector con la mano—, y dígame a qué circunstancia debo el honor de su visita.

—¿Es que no lo sospecha, señor? —preguntó Morrel.

—No, en absoluto; lo que no impide que no esté dispuesto a complacerle, si el asunto está en mi poder.

—Está totalmente en su poder, señor —dijo Morrel.

—Explíquese, entonces.

—Señor —continuó el armador, recuperando su aplomo a medida que hablaba, y fortalecido además por la justicia de su causa y la franqueza de su posición—, recordará usted que, algunos días antes de que se supiera el desembarco de Su Majestad el emperador, vine a reclamar su indulgencia de usted a favor de un desgraciado muchacho, un marino, segundo de a bordo de mi bricbarca; el muchacho estaba acusado, si usted recuerda, de haberse relacionado con la isla de Elba; esas relaciones, que eran un crimen en aquel momento son hoy título de favor. Usted servía a Luis XVIII entonces, y no tuvo miramientos con él, señor: era su deber. Hoy usted sirve a Napoleón y debe protegerle; ahora es su deber. Vengo, pues, a preguntarle qué ha sido de él.

Villefort hizo un gran esfuerzo por controlarse.

—¿El nombre de ese hombre? —preguntó—. Tenga la bondad de decirme su nombre.

—Edmond Dantès.

Evidentemente Villefort hubiera preferido soportar el fuego de su adversario a veinticinco pasos en un duelo, antes que oír pronunciar así, ese nombre, a quemarropa; sin embargo, ni siquiera pestañeó.

«De esta manera», se dijo a sí mismo Villefort, «no se me podrá acusar de hacer del arresto de ese joven una cuestión puramente personal».

—¿Dantès? —repitió—. ¿Edmond Dantès, dice usted?

—Sí, señor.

Villefort abrió entonces un grueso registro colocado en el casillero de al lado, recurrió a una mesa, de la mesa pasó a unas carpetas, y volviéndose hacia el armador:

—¿Está usted bien seguro de no equivocarse, señor? —le dijo de la manera más natural.

Si Morrel hubiese sido un hombre más fino o más ilustrado en estos asuntos, hubiera encontrado raro que el sustituto del fiscal del rey se dignara responderle sobre materias completamente ajenas a su cometido; y se habría preguntado por qué Villefort no le remitía al registro de encarcelamiento, a los gobernadores de prisión o al prefecto de la provincia. Pero Morrel, buscando en vano el temor en Villefort, no vio,

dado que cualquier temor parecía ausente, no vio más que condescendencia: Villefort había acertado.

—No, señor —dijo Morrel—, no me equivoco; además, conozco al pobre muchacho desde hace diez años, y está a mi servicio desde hace cuatro. Vine, ¿recuerda usted? Vine hace seis semanas, a rogarle que fuera clemente, como hoy vengo a rogarle que sea justo con el pobre muchacho; usted me recibió, incluso bastante mal, y me respondió como hombre descontento. ¡Ah! ¡Es que los monárquicos eran duros con los bonapartistas de entonces!

—Señor —respondió Villefort saliendo al quite con su presteza y su sangre fría acostumbradas—, yo era monárquico entonces porque veía a los Borbones no solamente como legítimos herederos del trono, sino además los elegidos por la nación; pero ese milagroso regreso del que acabamos de ser testigos me demuestra que yo me equivocaba. El genio de Napoleón ha vencido: el monarca legítimo es el monarca amado.

—¡Menos mal! —exclamó Morrel con su buena y abierta franqueza—. Me alegra que usted me hable así, y auguro la mejor suerte para Edmond.

—Aguarde, aguarde —repuso Villefort hojeando un nuevo registro, ya lo veo: ¿es un marino, no es eso, que se casaba con una catalana? Sí, sí, ¡oh!, ya recuerdo ahora: el asunto era grave.

—¿Cómo es eso?

—Usted sabe que al salir de aquí se lo llevaron a las prisiones del Palacio de Justicia.

—Sí, ¿y bien?

—Pues bien; yo informé a París y envié los papeles que le encontramos. Era mi deber, que quiere usted..., y ocho días después de su arresto el prisionero fue sacado de allí.

—¡Sacado de allí! —exclamó Morrel—. ¿Pero qué han podido hacer con el pobre muchacho?

—¡Oh! Tranquilícese. Le habrán llevado a Fenestrelle, a Pignerol, a la isla Santa Margarita, lo que se llama extrañamiento en términos de administración; y cualquier día le verá que vuelve a tomar el mando de su barco.

—Que venga cuando quiera, su puesto está a su disposición. ¿Pero cómo es que aún no ha vuelto? Me parece que las primeras atenciones de la justicia bonapartista debieron ser sacar de las cárceles a los que la justicia monárquica había encarcelado.

—No acuse usted temerariamente, mi querido señor Morrel —respondió Villefort—; en todo hay que proceder legalmente. La orden de prisión había venido de arriba, así que la orden de libertad tiene que venir de arriba también. Ahora bien, Napoleón volvió hace quince días apenas; las órdenes de abolición apenas si habrán sido remitidas.

—Pero —preguntó Morrel—, ¿no hay un modo de apremiar las formalidades ahora que hemos triunfado? Tengo algunos amigos, alguna influencia, puedo conseguir el levantamiento del arresto.

—No ha habido arresto.

—Del asiento de encarcelamiento.

—En materia política no hay registro de encarcelamiento; a veces los gobiernos tienen interés en hacer desaparecer a un hombre sin dejar huellas de su paso: los apuntes en el registro guiarían la búsqueda.

—Eso sería así bajo los Borbones, quizá, pero ahora...

—Es así siempre, mi querido señor Morrel; los gobiernos se suceden y se parecen; la máquina penitenciaria montada en tiempos de Luis XIV funciona aún hoy, excepto en la Bastilla; el emperador ha sido siempre más estricto en el reglamento de prisiones de lo que fuera el mismo Gran Rey; y el número de encarcelados de los que no hay ningún rastro en los registros es incalculable.

Tanta benevolencia hubiera alejado las certezas, y Morrel ni siquiera tenía sospechas.

—Pero, en fin, señor de Villefort —dijo—, ¿qué consejo me daría usted para apresurar el regreso del pobre Dantès?

—Uno solo, señor: haga usted una petición al ministro de Justicia.

—¡Oh! Señor, ya sabemos lo que pasa con las peticiones: el ministro recibe doscientas al día y no lee más de cuatro.

—Sí —repuso Villefort—, pero leerá una solicitud enviada por mí, apostillada por mí, dirigida directamente por mí.

—¿Y usted se encargaría de hacer llegar al ministro esa petición, señor?

—Con el mayor placer. Dantès podía haber sido culpable entonces, pero hoy es inocente, y es mi deber devolver la libertad a quien fue mi deber encerrar en prisión.

Villefort prevenía así el peligro de una investigación, poco probable, pero posible, investigación que le perdería sin remisión.

—¿Pero cómo se escribe a un ministro?

—Póngase aquí, señor Morrel —dijo Villefort, cediendo su sitio al armador—; voy a dictarle.

—¿Usted sería tan amable?

—Sin duda. No perdamos tiempo; ya lo hemos perdido bastante.

—Sí, señor, pensemos que el pobre muchacho espera, sufre y se desespera quizá.

Villefort se estremeció ante la idea del prisionero maldiciéndole en el silencio y en la oscuridad; pero ya estaba demasiado comprometido como para dar marcha atrás: Dantès debía romperse entre el engranaje de su ambición.

—Ya estoy, señor —dijo el armador sentado en el sillón de Villefort con la pluma en la mano.

Entonces Villefort dictó una solicitud en la que, con un fin excelente, no había por qué dudar, exageraba el patriotismo de Dantès y los servicios prestados a la causa bonapartista; en esa demanda, Dantès se había convertido en uno de los agentes más activos del regreso de Napoleón; era evidente que, viendo semejante pieza epistolar, el ministro debía hacer justicia en el mismo instante, si la justicia no estuviera ya hecha.

Terminada la petición, Villefort la leyó en voz alta.

—Eso es —dijo—, y ahora confíe en mí.

—¿Y la solicitud saldrá pronto, señor?

—Hoy mismo.

—Apostillada por usted.

—La mejor apostilla que yo puedo hacer, señor, es la de certificar como verdadero todo lo que usted dice en la demanda.

Y Villefort se sentó a su vez, y en una esquina de la petición aplicó su certificado.

—Ahora, señor, ¿qué hay que hacer? —preguntó Morrel.

—Esperar —repuso Villefort—; respondo de todo.

Esa garantía devolvió la esperanza a Morrel; dejó al sustituto del fiscal del rey encantado de la entrevista, y fue a anunciar al anciano padre de Dantès que no tardaría en volver a ver a su hijo.

En cuanto a Villefort, en lugar de enviarla a París, guardó preciosamente entre sus manos esa solicitud que, para salvar a Dantès en el presente, le comprometía tan espantosamente en el futuro, suponiendo algo, que el aspecto de Europa y el giro que iban tomando los acontecimientos, permitía suponer: es decir, una segunda Restauración.

Dantès siguió, pues, prisionero; perdido en las profundidades de su calabozo, no oyó el formidable ruido de la caída del trono de Luis XVIII ni, el más espantoso aún, del desmoronamiento del imperio.

Pero Villefort, él, había seguido todo, ojo avizor, había escuchado todo, oídos prestos. Dos veces, durante esa corta aparición imperial que se llamó Los Cien Días, Morrel había vuelto a la carga, había seguido insistiendo en la libertad de Dantès, y cada vez Villefort le había calmado con promesas y esperanzas; finalmente llegó Waterloo. Morrel, el armador, había hecho por su joven amigo todo lo que era humanamente posible hacer; seguir con nuevas tentativas bajo esta segunda Restauración era comprometerse inútilmente.

Luis XVIII subió de nuevo al trono. Villefort, para quien Marsella estaba llena de recuerdos que para él eran ya remordimientos, solicitó y obtuvo el puesto vacante de fiscal del rey en Toulouse; quince días después de instalarse en su nueva residencia, contrajo matrimonio con la señorita Renée de Saint-Méran, cuyo padre estaba mejor situado en la corte que nunca.

Así es como Dantès, durante Los Cien Días y después de Waterloo, permaneció bajo los cerrojos, olvidado, si no de los hombres, al menos sí de Dios.

Danglars comprendió todo el alcance del golpe que había asestado a Dantès, al ver regresar a Francia a Napoleón; su denuncia había dado en el

clavo, y como todos los hombres de un cierto instinto por el crimen y de una mediana inteligencia para la vida ordinaria, llamó a esta rara coincidencia un decreto de la Providencia.

Pero cuando Napoleón llegó a París y su voz resonó de nuevo, imperativa y poderosa, Danglars tuvo miedo; a cada instante se esperaba ver reaparecer a Dantès, Dantès sabiéndolo todo, Dantès amenazante y fuerte para llevar a cabo toda su venganza; entonces, manifestó al señor Morrel su deseo de dejar el servicio marítimo y se hizo recomendar a un negociante español, en cuya casa entró como empleado, a finales de marzo, es decir diez o doce días después de la entrada de Napoleón en las Tullerías; partió, pues, a Madrid y no se volvió a oír hablar de él.

Fernand, él, no entendió nada. Dantès estaba ausente, era todo lo que necesitaba. ¿Qué había sido de él? Ni siquiera intentó saberlo. Solamente que durante toda la tregua que le proporcionaba su ausencia, se las ingenió, en parte, para engañar a Mercedes sobre los motivos de esa ausencia, y en parte, para meditar en los planes de emigración y de rapto; de vez en cuando, también, y era en las horas sombrías de su vida, se sentaba en la punta del cabo Pharo —desde ese lugar se veía a la vez Marsella y el pueblo de Les Catalans—, mirando triste e inmóvil como un pájaro de presa, por si viera venir, por uno de los dos caminos, al apuesto joven, con paso franco, con la cabeza alta, que para él también se había convertido en el mensajero de una ruda venganza. Entonces, el proyecto de Fernand se detenía: rompía la cabeza de Dantès de un tiro de fusil y se mataba después, se decía a sí mismo, para dar color al asesinato. Pero Fernand se engañaba: nunca se mataría, pues era hombre que seguía esperando.

En esto, y entre tantas fluctuaciones dolorosas, el imperio llamó a filas al último reclutamiento de soldados, y los hombres que quedaban en condiciones de llevar armas se lanzaron fuera de Francia al oír la voz atronadora del emperador. Fernand partió como todos los demás, dejando su cabaña y a Mercedes, y corroído por el sombrío y terrible pensamiento de que quizá, tras él, podría llegar su rival y desposar a quien él amaba.

Si Fernand pensara en matarse, lo hubiera hecho cuando dejó a Mercedes.

Sus atenciones para con Mercedes, la piedad que parecía sentir por su dolor, el cuidado que se tomaba acudiendo a sus menores deseos, habían producido el efecto que produce siempre en los corazones generosos la apariencia de devoción y entrega: Mercedes siempre había sentido por Fernand una gran amistad; esa amistad se aumentó con un nuevo sentimiento: el del agradecimiento.

—Hermano —dijo colocando el macuto de soldado en los hombros del catalán—, hermano, mi único amigo, no se deje matar, no me deje sola en este mundo en el que lloro y en el que estaré sola cuando usted ya no esté.

Estas palabras, dichas en el momento de partir, devolvieron a Fernand alguna esperanza. Si Dantès no volvía, Mercedes podría, pues, ser un día suya.

Mercedes quedó sola en esa tierra baldía, que nunca le pareció tan árida, y con el mar inmenso por horizonte. Cubierta en llanto, como esa loca cuya dolorosa historia se nos relata, se la veía errar sin rumbo por el pequeño pueblo de Les Catalans, ya parándose bajo el sol ardiente del Mediodía, de pie, inmóvil, muda como una estatua mirando hacia Marsella, ya sentada a la orilla del mar, escuchando su gemido, eterno como su dolor, y preguntándose sin cesar si no valía más inclinarse hacia delante, dejarse llevar por su propio peso, caer en el abismo y dejarse tragar por él, antes que sufrir así todas las crueles alternativas de una espera sin esperanza.

No fue el valor lo que le faltó a Mercedes para llevar a cabo ese proyecto, fue la religión la que acudió en su ayuda salvándola del suicidio.

Caderousse fue llamado a filas como Fernand; sólo que, como tenía ocho años más que el catalán y estaba casado, no tomó parte más que del tercer llamamiento y fue enviado por la costa.

El viejo Dantès, a quien sólo le sostenía la esperanza, la perdió con la caída del emperador.

A los cinco meses, día a día, desde que se viera separado de su hijo, y casi a la misma hora en la que se lo arrebataron, rindió el último suspiro en brazos de Mercedes.

El señor Morrel se hizo cargo de todos los gastos de su entierro, y pagó las pequeñas deudas que el viejo había dejado tras su enfermedad.

Era más que benevolencia lo que demostraba actuando así: era valor. El Mediodía ardía, y socorrer, incluso en su lecho de muerte, al padre de un bonapartista tan peligroso como Dantès, era un crimen.

Capítulo XIV

El preso furioso y el preso loco

Aproximadamente un año después del regreso de Luis XVIII, hubo visita del señor inspector general de Prisiones.

Dantès oyó circular y chirriar desde el fondo del calabozo todos esos preparativos, que arriba hacían un gran estruendo, pero que, abajo, hubiesen sido ruidos inapreciables para cualquier otro oído que no fuera el del prisionero, acostumbrado a escuchar, en el silencio de la noche, la araña que va tejiendo sus hilos y la periódica caída de la gota de agua que tarda una hora en formarse en el techo del calabozo.

Adivinó que ocurría algo desacostumbrado entre los vivos: vivía desde hacía tanto tiempo en una tumba, que bien podía verse como un muerto.

En efecto, el inspector visitaba, una tras otra, estancias, celdas y calabozos. Interrogó a varios prisioneros: eran aquellos cuya dulzura o estupidez se encomendaba a la benevolencia de la administración; el inspector preguntó cómo estaban alimentados y cuáles eran sus reclamaciones.

Unánimemente respondieron que la comida era detestable y que reclamaban su libertad.

El inspector preguntó entonces si no tenían nada más que decirle.

Ellos menearon la cabeza. ¿Qué otro bien podían reclamar los presos que no fuera la libertad?

El inspector se dio la vuelta sonriendo y dijo al gobernador:

—No sé por qué nos hacen hacer estas visitas inútiles. Quien ve a un preso, ve a cientos; quien oye a uno, oye a mil; es siempre lo mismo: mal alimentados e inocentes. ¿Tiene usted alguno más?

—Sí, tenemos reclusos peligrosos o locos, que encerramos en los calabozos.

—Veamos —dijo el inspector con aire de profundo cansancio—, cumplamos con nuestra tarea hasta el final; bajemos a los calabozos.

—Espere —dijo el gobernador— que al menos vaya a buscar a dos hombres más; los prisioneros cometen a veces actos inútiles de desesperación, aunque no sea más que por asqueo de la vida y para que les condenen a muerte; podría ser usted víctima de uno de esos actos.

—Entonces, tome sus precauciones —dijo el inspector.

En efecto, fueron a buscar a dos soldados y comenzaron a bajar por una escalera tan apesadumbrada, tan infecta, tan llena de moho, que sólo pasar por ella afectaba desagradablemente a la vez a la vista, al olfato y a la respiración.

—¡Oh! —dijo el inspector deteniéndose en mitad de la escalera—. ¿Quién diablos puede vivir aquí?

—Uno de los conspiradores más peligrosos y que nos fue particularmente recomendado como hombre capaz de todo.

—¿Está solo?

—Ciertamente.

—¿Desde cuándo lleva aquí?

—Desde hace un año, poco más o menos.

—¿Y le pusieron en este calabozo desde que entró?

—No, señor, sino después de que intentó matar al carcelero que le llevaba la comida.

—¿Quiso matar al carcelero?

—Sí, señor, ese mismo que nos alumbra, ¿no es cierto, Antoine? —preguntó el gobernador.

—Pues sí que quiso matarme —respondió el carcelero.

—¡Ah, vaya! ¡Pues sí que es un loco, ese hombre!

—Es peor que eso —dijo el carcelero—, es un demonio.

—¿Quiere usted que presentemos una queja? —preguntó el inspector al gobernador.

—Inútil, señor, ya está bastante castigado; además, ahora, ronda ya casi la locura, y según la experiencia que nos da la observación, antes de un año estará completamente alienado.

—A fe mía que mejor para él —dijo el inspector—; una vez que esté completamente loco, sufrirá menos.

Como vemos, era un hombre lleno de humanidad, este inspector, y muy digno de las funciones filantrópicas que llevaba a cabo.

—Tiene usted razón, señor —dijo el gobernador—, y su reflexión prueba que es usted un estudioso profundo de la materia. Además, tenemos en un calabozo, que no está separado de este más que por unos veinte pasos y al que se baja por otra escalera, a un viejo abate, antiguo jefe de partido en Italia, que está aquí desde 1811, que perdió la cabeza a finales de 1813, y que, desde ese momento, no es físicamente reconocible: antes lloraba, ahora ríe; adelgazaba, ahora engorda. ¿Quiere usted ver a ese en lugar de a este? Su locura es divertida y no le entristecerá.

—Veré a ambos —respondió el inspector—; hay que cumplir con el deber a conciencia.

Era la primera visita que hacía el inspector y quería causar buena impresión a la autoridad.

—Entremos, entonces, primero a ver a este —añadió.

—Con mucho gusto —respondió el gobernador.

E hizo un gesto al carcelero que abrió la puerta.

Al chirrido de las macizas cerraduras, al crujido de los goznes oxidados girando sobre los pivotes, Dantès, en cuclillas en un rincón del calabozo desde donde recibía con un placer indecible el minúsculo rayo de luz que se filtraba a través de un estrecho tragaluz enrejado, levantó la cabeza. Al ver a un hombre desconocido alumbrado por dos carceleros que sujetaban sendas antorchas, y a quien el gobernador hablaba con el sombrero en la mano, acompañado por dos soldados, Dantès adivinó de lo

que se trataba, y viendo que al fin se le presentaba la ocasión de implorar a una autoridad superior, dio un salto hacia adelante con las manos juntas.

Los soldados cruzaron enseguida las bayonetas, pues creyeron que el prisionero se lanzaba sobre el inspector con malas intenciones.

El mismo inspector dio un paso atrás.

Dantès se dio cuenta de que se lo habían presentado como un hombre al que había que temer.

Entonces, hizo acopio en su mirada de todo lo que el corazón humano puede contener de mansedumbre y de humildad, y expresándose con una especie de elocuencia piadosa que asombró a los asistentes, intentó conmover el alma de su visitante.

El inspector escuchó el discurso de Dantès hasta el final; después, volviéndose hacia el gobernador:

—Caerá en la devoción —dijo a media voz—; ya está predispuesto a sentimientos más dulces. Mire, el miedo le causa efecto; se ha echado hacia atrás ante las bayonetas; ahora bien, un loco no se echa hacia atrás ante nada; sobre este tema tengo hechos experimentos muy curiosos en Charenton.

Después, dirigiéndose al preso:

—En resumen —dijo—, ¿qué pide usted?

—Pido saber qué crimen he cometido; pido presentarme ante los jueces; pido que se me instruya un proceso; pido, en fin, que se me fusile, si soy culpable, pero también que se me ponga en libertad, si soy inocente.

—¿Está usted bien alimentado? —preguntó el inspector.

—Sí, eso creo, no sé; pero eso importa poco, lo que debe importar, no solamente a mí, desgraciado preso, sino también a todos los funcionarios que imparten justicia, y también al rey que nos gobierna, es que un inocente no sea víctima de una denuncia infame y que no muera tras los cerrojos maldiciendo a sus verdugos.

—Está usted muy humilde hoy —dijo el gobernador—, no siempre ha estado así. Hablaba usted de muy distinta manera, mi querido amigo, el día en el que quiso cargar contra su guardián.

—Es cierto, señor —dijo Dantès—, y pido humildemente perdón a este hombre que siempre ha sido bueno conmigo... Pero, ¿qué quiere usted? Yo

estaba loco, estaba furioso.

—¿Y ya no lo está?

—No, señor, pues la cautividad me ha doblegado, me ha roto, me ha anonadado... ¡hace tanto tiempo que estoy aquí!

—¿Tanto tiempo? ¿Y en qué época fue usted arrestado? —preguntó el inspector.

—El 28 de febrero de 1815, a las dos de la tarde.

El inspector calculó.

—Estamos a 30 de julio de 1816; ¿qué dice usted? No hace más que diecisiete meses que está usted preso.

—¡Diecisiete meses! —repuso Dantès—. ¡Ah! Señor, usted no sabe lo que son diecisiete meses en prisión, son diecisiete años, diecisiete siglos; sobre todo para un hombre como yo, que tocaba ya con los dedos la felicidad, para un hombre como yo que iba a desposar a la mujer amada, para un hombre que veía abrirse ante él una carrera honorable, y a quien de repente le arrebatan todo en un momento; un hombre que en medio del día más hermoso cae en la noche más profunda, que ve su carrera destruida, que no sabe si la mujer que le amaba le sigue amando, que ignora si su anciano padre está vivo o muerto. Diecisiete meses de prisión para un hombre habituado al aire libre del mar, a la independencia del marino; ¡al espacio, a la inmensidad, al infinito! Señor, diecisiete meses de prisión es más de lo que merecen todos los crímenes que el lenguaje humano designa con los más odiosos nombres. Tened, pues, piedad de mí, señor, y pedid para mí, no la indulgencia, sino el rigor; no la gracia, sino el juicio; jueces, señor, yo sólo pido jueces; no se puede negar jueces a un acusado.

—Está bien —dijo el inspector—, ya veremos.

Después, volviéndose hacia el gobernador:

—De verdad —dijo— que el pobre diablo me da pena. Cuando subamos, me mostrará usted su libro de asiento de encarcelamiento.

—Ciertamente —dijo el gobernador—; pero creo que encontrará usted contra él notas terribles.

—Señor —continuó Dantès—, sé que usted no puede dejarme salir por su propia iniciativa; pero puede transmitir mi petición a la autoridad, usted puede iniciar una investigación, usted puede, en fin, llevarme a juicio: un

juicio, es todo lo que pido; que yo sepa el crimen que he cometido y a qué pena estoy condenado; pues, mire usted, la incertidumbre es el peor de todos los suplicios.

—Alúmbreme —dijo el inspector.

—Señor —exclamó Dantès—, entiendo por el sonido de su voz que está usted conmovido. Señor, dígame que tenga esperanza.

—No puedo decirle eso —respondió el inspector—, yo puedo solamente prometerle que examinaré su expediente.

—¡Oh! Entonces, señor, soy libre, estoy a salvo.

—¿Quién le mandó arrestar? —preguntó el inspector.

—El señor de Villefort —respondió Dantès—. Véale y entiéndase con él.

—Desde hace un año que el señor de Villefort ya no está en Marsella, sino en Toulouse.

—¡Ah! Así no me extraña —murmuró Dantès—; mi único protector está lejos.

—¿El señor de Villefort tenía algún motivo para odiarle a usted? —preguntó el inspector.

—Ninguno, señor; e incluso fue benevolente conmigo.

—¿Podré entonces confiar en las notas que haya dejado sobre usted o en las que me entregue?

—Enteramente, señor.

—Está bien, entonces aguarde.

Dantès cayó de rodillas, levantando las manos al cielo y murmurando una plegaria en la que recomendaba a Dios a este hombre que había bajado a su calabozo, como un salvador que bajara a liberar a las almas del Infierno.

La puerta se cerró de nuevo; pero la esperanza que había bajado con el inspector se quedó encerrada en el calabozo de Dantès.

—¿Quiere usted ver de inmediato el libro de registro —preguntó el gobernador—, o pasar al calabozo del abate?

—Acabemos con los calabozos ahora —respondió el inspector—. Si subiera a la luz, quizá no tendría el valor de continuar con mi triste misión.

—¡Ah! Este no es un preso como los demás, y su locura es menos entristecedora que la cordura del de al lado.

—¿Y cuál es su locura?

—¡Oh!, una locura extraña: se cree el poseedor de un inmenso tesoro. El primer año de cautividad ofreció al gobierno un millón si este le ponía en libertad; el segundo año, dos millones, el tercero, tres millones, y así progresivamente. Este es su quinto año en cautividad: pedirá hablar con usted en privado y le ofrecerá cinco millones.

—¡Ah!, ¡ah! Es curioso, en efecto —dijo el inspector—; ¿y cómo se llama ese millonario?

—El abate Faria.

—¡Número veintisiete! —dijo el inspector.

—Es aquí; abra, Antoine.

El carcelero obedeció y la mirada curiosa del inspector sondeó el calabozo del abate loco.

Así era como normalmente llamaban al preso.

En medio de la habitación, en un círculo trazado sobre la tierra con un trozo de yeso desconchado de la pared, estaba medio tumbado un hombre casi desnudo, de tan harapienta como tenía la ropa. En ese círculo dibujaba unas líneas geométricas muy nítidas, y parecía tan ocupado en resolver un problema como lo estaba cuando Arquímedes le mató un soldado de Marcelo. Así que ni siquiera se movió al oír el ruido que hizo la puerta del calabozo al abrirse, y pareció no despertarse hasta que la luz de las antorchas alumbró con un resplandor desacostumbrado el húmedo suelo sobre el que estaba trabajando. Entonces se dio la vuelta y vio con asombro la numerosa compañía que acababa de invadir su calabozo.

Enseguida se levantó con viveza, cogió una manta que tenía a los pies de su miserable lecho y se cubrió precipitadamente para presentarse en un estado más decente a la mirada de los extraños.

—¿Qué pide usted? —dijo el inspector sin variar su fórmula.

—¡Yo, señor! —dijo asombrado el abate—; yo no pido nada.

—Usted no entiende —repuso el inspector—; soy un agente del gobierno, tengo la misión de venir a las cárceles y escuchar las reclamaciones de los presos.

—¡Oh! Entonces, señor, eso es otra cosa —exclamó con viveza el abate—, y espero que nos entendamos.

—Mire —dijo en voz baja el gobernador—, ¿es que esto no empieza como se lo había anunciado yo?

—Señor —continuó el preso—, soy el abate Faria, nacido en Roma, he sido veinte años secretario del cardenal Rospigliosi; fui arrestado, no sé muy bien por qué, al principio del año 1811, desde entonces reclamo la libertad a las autoridades italianas y francesas.

—¿Por qué a las autoridades francesas? —preguntó el gobernador.

—Porque fui arrestado en Piombino, y presumo que, como Milán y Florencia, Piombino se habrá convertido en la capital de alguna provincia francesa.

El inspector y el gobernador se miraron riéndose.

—Diablos, querido amigo —dijo el inspector—, sus noticias de Italia no son recientes.

—Datan del día de mi detención, señor —dijo el abate Faria—; y como Su Majestad el emperador había creado el reino de Roma para el hijo que el cielo acababa de enviarle, presumo que, siguiendo el curso de sus conquistas, cumplió el sueño de Maquiavelo y de Cesar Borgia, que era hacer de toda Italia un solo y único reino.

—Señor —dijo el inspector—, la Providencia felizmente ha aportado algún cambio a ese gigantesco plan, del que usted me parece un ferviente partidario.

—Es el único modo de hacer de Italia un estado fuerte, independiente y feliz —respondió el abate.

—Eso es posible —respondió el inspector—, pero yo no he venido aquí para seguir con usted un curso de política ultramontana, sino para preguntarle, como he hecho, si tiene usted alguna reclamación que hacer sobre la manera en la que está usted alimentado y alojado.

—La comida es la misma de todas las cárceles —respondió el abate—, es decir, muy mala; en cuanto al alojamiento, ya lo ve usted, húmedo y malsano, pero al menos es bastante adecuado para un calabozo. Pero ahora ya no se trata de eso, sino de revelaciones de la mayor importancia y del más alto interés que tengo que hacer al gobierno.

—Ya estamos —dijo en voz baja el gobernador al inspector.

—Por eso estoy encantado de verle —continuó el abate—, aunque me haya usted interrumpido en un cálculo muy importante y que, si me sale bien, cambiará quizá el sistema de Newton. ¿Podría usted concederme el favor de una conversación en privado?

—¡Eh! ¡Qué le decía yo! —dijo el gobernador al inspector.

—Conoce usted bien a su gente —respondió este último sonriendo.

Después, dirigiéndose a Faria:

—Señor —dijo—, lo que usted pide es imposible.

—Sin embargo, señor —repuso el abate—, ¿si se tratara de hacer ganar al gobierno una enorme suma, una suma de cinco millones, por ejemplo?

—¡Caramba! —dijo el inspector volviéndose a su vez hacia el gobernador—. Ha adivinado usted hasta la cifra.

—Veamos —repuso el abate, viendo que el inspector hacía un movimiento para retirarse—, no es necesario que estemos absolutamente solos; el señor gobernador podrá estar presente en la conversación.

—Mi querido señor —dijo el gobernador—, desgraciadamente sabemos por adelantado y de memoria lo que va a decirnos. Se trata de sus tesoros, ¿no es así?

Faria miró a este hombre burlón con ojos en los que un observador desinteresado, ciertamente, hubiera visto brillar el relámpago de la razón y de la verdad.

—Sin duda —dijo—; ¿de qué quieren ustedes que hable, si no es de eso?

—Señor inspector —continuó el gobernador—, puedo contarle a usted esa historia tan bien como el abate, pues desde hace cuatro o cinco años que estoy harto de oír lo mismo.

—Eso prueba, señor gobernador —dijo el abate—, que usted es como esas gentes de las que hablan las Sagradas Escrituras, «que tienen ojos y no ven, que tienen oídos y no oyen».

—Mi querido señor —dijo el inspector—, el gobernador es rico, y gracias a Dios no necesita su dinero de usted; guárdese, entonces, para el día que salga usted de prisión.

Los ojos del abate se dilataron; cogió la mano del inspector.

—Pero, si no salgo de prisión —dijo—, si, contra toda justicia me retienen en este calabozo, si muero aquí sin haber legado ese secreto a nadie, ¿ese tesoro se perderá! ¿No vale más que el gobierno lo aproveche, y yo también? Iré hasta los seis millones, me contentaré con el resto, si quieren devolverme la libertad.

—Palabra de honor que —dijo el inspector a media voz— si no supiera que este hombre está loco, habla con un tono tan convincente que uno pensaría que dice la verdad.

—Yo no estoy loco, señor y digo exactamente la verdad —repuso Faria, quien, con esa finura de oído propia de los presos, no se había perdido ni una sola de las palabras del inspector—. Ese tesoro del que le hablo existe en la realidad, y ofrezco firmar con usted un tratado, en virtud del cual usted me conduce al lugar señalado por mí; cavan la tierra ante nuestros ojos, y si miento, si no se encuentra nada, si soy un loco, como usted dice, ¡pues bien!, usted me trae de nuevo a este mismo calabozo, en el que permaneceré eternamente y en el que moriré sin pedir nada más ni a usted ni a nadie.

El gobernador se echó a reír.

—¿Está muy lejos, ese tesoro? —preguntó.

—A cien leguas de aquí, más o menos —dijo Faria.

—El asunto no carece de imaginación —dijo el gobernador—; si todos los presos quisieran divertirse paseando a sus guardianes a lo largo de cien leguas y si los guardianes consintieran en hacer un paseo semejante, sería una excelente oportunidad para que los presos se las arreglaran para coger la llave del campo en cuanto encontraran la ocasión, y en un viaje así, ciertamente que la ocasión se presentaría.

—Es un método muy conocido —dijo el inspector—, y el señor ni siquiera tiene el mérito de haberlo inventado.

Después, volviéndose hacia el abate:

—¿Le he preguntado si come usted bien? —dijo.

—Señor —respondió Faria—, júreme por Cristo liberarme si digo la verdad y le indicaré el lugar exacto en el que el tesoro está escondido.

—¿Come usted bien? —repitió el inspector.

—Señor, usted no arriesga nada y ya ve que no es una estratagema para huir puesto que estaré preso mientras hagamos el viaje.

—Usted no responde a mi pregunta —repuso con impaciencia el inspector.

—¡Ni usted a mi demanda! —exclamó el abate—. ¡Maldito sea, pues, como todos los insensatos que no quieren creerme! ¡Que usted no quiere mi oro, pues me lo guardaré! ¡Que usted me niega la libertad, pues Dios me la enviará! Váyase, no tengo más que decir.

Y el abate, echando atrás la manta, recogió su trozo de yeso y fue a sentarse de nuevo en medio del círculo, siguiendo con sus líneas y sus cálculos.

—¿Pero, qué es lo que hace? —dijo el inspector al retirarse.

—Cuenta sus tesoros —repuso el gobernador.

Faria respondió a ese sarcasmo con una ojeada impregnada del desprecio más absoluto.

Salieron. El carcelero cerró la puerta tras ellos.

—Seguramente habrá poseído algún tesoro —dijo el inspector subiendo la escalera.

—O habrá soñado que lo poseía —respondió el gobernador— y al día siguiente se despertó loco.

—En efecto —dijo el inspector con la ingenuidad de la corrupción—; si fuera realmente rico, no estaría en prisión.

Así acabó la aventura para el abate Faria. Siguió estando preso, y después de esta visita, su reputación de loco divertido aumentó aún más.

Calígula o Nerón, esos grandes buscadores de tesoros, esos ambiciosos de lo imposible, hubiesen prestado atención a las palabras de este pobre hombre y le hubiesen acordado el aire libre que deseaba, el espacio que él juzgaba en tan alto precio, y la libertad que se ofrecía a pagar tan cara. Pero los reyes de nuestros días, estancados en los límites de lo probable, ya no tienen la audacia de la voluntad; temen al oído que escucha las órdenes que ellos dan, al ojo que escruta sus acciones; ya no sienten la superioridad de su esencia divina: son hombres coronados, eso es todo. Antes se creían, o al menos se decían, hijos de Júpiter, y retenían algo de las maneras del dios, su padre: hoy no controlan fácilmente lo que ocurre

más allá de las nubes; hoy los reyes se hacen asequibles a los hombres. Por otra parte, como siempre ha repugnado a los gobiernos despóticos sacar a la luz los efectos de la prisión y de la tortura; como hay pocos ejemplos de que una víctima de las inquisiciones haya podido reaparecer con sus huesos rotos y sus heridas abiertas, así mismo ocurre con la locura, esa úlcera nacida en el fango de los calabozos como consecuencia de torturas morales, la locura se esconde casi siempre con cuidado en los mismos lugares en los que nace o, si sale, va a sepultarse en un hospital sombrío, donde los médicos no reconocen ni al hombre ni al pensamiento, en la ruina informe que les entrega el cansado carcelero.

El abate Faria, que se había vuelto loco en prisión, estaba condenado, por su misma locura, a la cadena perpetua.

En cuanto a Dantès, el inspector mantuvo su palabra. Cuando subió al despacho del gobernador, mandó que le mostrara el libro de asiento. La nota concerniente al preso estaba concebida en estos términos:

Edmond Dantès. Bonapartista acérrimo: tomó parte activa en el regreso de la isla de Elba. Tener en el mayor secreto y bajo estricta vigilancia.

Esa nota era de una caligrafía y de una tinta diferente al resto del registro, lo que probaba que había sido añadida después del encarcelamiento de Dantès.

La acusación era demasiado seria como para intentar rebatirla.

El inspector escribió, pues, bajo la llave: «Nada que hacer».

Esta visita había reavivado a Dantès, por así decir; desde que estaba en prisión había olvidado contar los días, pero el inspector le había dado una nueva fecha y Dantès no la había olvidado. Tras la visita, escribió en la pared con un trozo de yeso desconchado del techo «30 de julio de 1816», y a partir de ese momento, cada día, marcaba una muesca para que la medida del tiempo ya no volviese a escapársele.

Pasaron los días, y después las semanas, y después los meses: Dantès seguía esperando, al principio se había puesto como límite para obtener su libertad quince días. Poniendo que el inspector se tomase por su asunto la

mitad del interés que había parecido mostrar, debía tener suficiente con quince días. Pasados esos quince días se dijo que era absurdo creer que el inspector se ocupara de él antes de su regreso a París; ahora bien, ese regreso no podía llevarse a cabo antes de que su gira de visitas hubiese concluido, y esa gira podía durar un mes o dos; se dio, pues, tres meses en lugar de los quince días. Pasados esos tres meses, vino en su ayuda otro razonamiento que le hizo concederse seis meses más, pero pasados también esos seis meses, poniendo los días uno tras otro, se encontró con que había esperado diez meses y medio. Durante esos diez meses, nada había cambiado en el régimen de su encarcelamiento; ninguna novedad consoladora le había llegado; el carcelero interrogado estaba mudo, como de costumbre. Dantès comenzó a dudar de sus sentidos, comenzó a creer que lo que él tomaba por un recuerdo de su memoria no era más que una alucinación de su cerebro, y que ese ángel consolador que se le había aparecido en el calabozo había bajado sobre el ala de un sueño.

Al cabo de un año el gobernador fue trasladado: había obtenido la dirección del fuerte de Ham; se llevó con él a varios de sus subordinados, entre otros al carcelero de Dantès. Llegó un nuevo gobernador; como era demasiado largo para él aprenderse los nombres de los presos, solamente los citaba por números. Este horrible hotel amueblado se componía de cincuenta habitaciones; sus ocupantes eran nombrados solamente por el número de la celda que ocupaban, y el desgraciado joven dejó de llamarse de nombre Edmond y de apellido Dantès, para llamarse preso número 34.

Capítulo XV

El número 34 y el número 27

Dantès pasó por todos los grados de la desdicha que sufren los presos olvidados en una cárcel.

Comenzó por el orgullo, que es consecuencia de la esperanza y la conciencia de la inocencia; después, llegó a dudar de su inocencia, lo que no justificaba mal las ideas del gobernador sobre la alienación mental; finalmente cayó desde lo alto de su orgullo, rogó, no todavía a Dios, sino a los hombres: Dios es el último recurso. El desgraciado, que debería comenzar por el Señor, no llega a esperar algo de Él sino después de haber agotado todas las demás esperanzas.

Dantès rogó, pues, que se dignaran sacarle de ese calabozo para llevarle a otro, aunque fuera más negro y más profundo. Un cambio, aunque fuese a peor, no dejaba de ser un cambio, y procuraría a Dantès una distracción por algunos días. Rogó que le acordasen el paseo, el aire, libros, instrumentos. Nada de todo esto le fue acordado; pero no importa, él seguía pidiendo. Se había acostumbrado a hablar a su nuevo guardián, aunque fuera aún más mudo, si eso fuera posible, que el antiguo; pero hablar a un hombre, incluso a un mudo, todavía era un placer. Dantès

hablaba para oír el sonido de su propia voz: había intentado hablar cuando estaba solo, pero entonces se daba miedo a sí mismo.

Cuando estaba en libertad, a menudo había sentido espanto de esas celdas de prisioneros en las que se mezclan vagabundos, bandidos y asesinos, cuya innoble alegría pone en común orgías ininteligibles, amistades espantosas. Pues bien, llegó a desear que le arrojasen en uno de esos antros, con tal de ver otros rostros que no fueran el del carcelero impasible que no quería hablarle; ansiaba la condena a galeras, con su uniforme infamante, su cadena en el pie, sus hombros marchitos. Al menos los galeotes vivían con sus semejantes, respiraban el aire, veían el cielo; los galeotes sí que eran afortunados.

Un día suplicó al carcelero que pidiera para él un compañero, quienquiera que fuera, aunque tuviera que ser ese abate loco del que había oído hablar. Bajo la corteza de un carcelero, por muy ruda que sea, siempre queda un poco de humano. Este, a menudo, desde el fondo de su corazón, y aunque su rostro no lo delatase, había sentido pena del desgraciado joven, para quien resultaba tan dura la cautividad. Transmitió, pues, la petición del número 34 al gobernador; pero este, prudente como hombre de la política, se figuró que Dantès quería amotinar a los presos, tramar algún complot, servirse de un amigo para alguna tentativa de evasión, y se la denegó.

Dantès había agotado el círculo de los recursos humanos. Como ya dijimos que iba a suceder, se volvió entonces hacia Dios.

Todas las ideas piadosas diseminadas por el mundo y recogidas por los desgraciados que se sienten doblegados por el destino vinieron entonces a refrescar su memoria; recordó las oraciones que le había enseñado su madre, y encontró en ellas un sentido que antaño ignoraba, pues para el hombre feliz la oración se queda en una conjunción monótona y vacía de sentido, hasta el día en que el dolor viene a explicar al infortunado ese lenguaje sublime del que se sirve la oración para hablar con Dios.

Rezó, pues, no con fervor sino con rabia. Rezando en voz alta ya no se asustaba de sus palabras; entonces caía en una especie de éxtasis; veía a Dios constatando cada palabra que él pronunciaba; todas las acciones de su humilde y perdida vida las refería a la voluntad de ese Dios poderoso,

sacaba conclusiones, se proponía tareas y, al final de cada plegaria, deslizaba el deseo interesado que los hombres, a menudo, creen más apropiado dirigir a los hombres y no a Dios: «Y perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido».

A pesar de sus fervientes plegarias, Dantès siguió preso.

Entonces, su espíritu se hizo sombrío, una nube se espesaba ante sus ojos. Dantès era un hombre sencillo y sin formación; el pasado había quedado cubierto por un velo oscuro que sólo la ciencia sabe descubrir. En la soledad del calabozo y en el desierto de su mente, no podía reconstruir los tiempos pasados, dar vida a los pueblos extintos, reconstruir las ciudades antiguas que la imaginación engrandece y poetiza, que pasan ante los ojos, gigantescas y alumbradas por el fuego del cielo como los cuadros babilónicos de Martinn; ¡él, él no tenía más que un pasado tan corto, un presente tan sombrío, un futuro tan dudoso! ¡Diecinueve años de luz para meditar, quizá, en una noche eterna! Ninguna distracción, pues, podía venir en su ayuda: su espíritu lleno de energía y que no hubiera deseado nada mejor que emprender el vuelo a través de los tiempos se veía forzado a seguir prisionero como un águila en una jaula. Entonces se aferraba a una idea, a la idea de su felicidad destruida sin causa aparente por una fatalidad inaudita; perseguía obstinadamente esa idea, dándole vueltas y vueltas sobre todos los aspectos posibles, y devorándola, por decirlo así, con todas sus fuerzas, como en el infierno de Dante el implacable Ugolino devora el cráneo del arzobispo Ruggieri. Dantès sólo había tenido una fe pasajera, basada en el poder; la perdió como otros la pierden tras el éxito. Solamente que él no la había aprovechado.

Al ascetismo le siguió la rabia. Edmond lanzaba blasfemias que hacían recular de horror al carcelero; se rompía el cuerpo contra los muros del calabozo; atacaba con furor todo lo que le rodeaba y, sobre todo, la emprendía consigo mismo ante la menor contrariedad que se presentaba por un grano de arena, una brizna de paja o un soplo de aire. Entonces se le venía a la mente esa carta delatora que había visto, que le había mostrado Villefort, que él mismo había tocado; cada línea ardía en las paredes como el «¡Mene, Tekel, Peres!» del rey Baltasar^[1]. Se decía que no era la venganza de Dios sino el odio de los hombres el que le había sumido en el

abismo en el que se hallaba; condenaba a todos esos hombres desconocidos a sufrir todos los suplicios que su ardiente imaginación podía idear, y aún le parecía que los más terribles eran demasiado suaves, y sobre todo demasiado cortos para ellos, pues después del suplicio venía la muerte, y la muerte era, si no el descanso, sí al menos la insensibilidad que se le asemeja.

A fuerza de decirse a sí mismo, a propósito de sus enemigos, que la calma era la muerte y que para quien se quiere castigar cruelmente hay que buscar otro medio que no sea la muerte, cayó en la negra inmovilidad de las ideas de suicidio; ¡desgraciado aquel que, en la pendiente de la desdicha, se detiene en esas lúgubres ideas! Es uno de esos mares muertos que se extienden mar adentro como las aguas azules de las puras olas, pero en las que el nadador siente cada vez más que sus pies se hunden en un fango bituminoso que le arrastra, que le aspira, que le traga. Una vez aprisionado así, si el socorro divino no viene en su ayuda, ya no hay nada que hacer, cada esfuerzo que intenta le hunde más y más hacia la muerte.

Sin embargo, ese estado de agonía moral es menos temible que el sufrimiento que le precede y que el castigo que tal vez le seguirá; es una especie de consuelo vertiginoso que muestra la inmensa boca del abismo y, en el fondo de ese abismo, la nada. Llegado allí, Edmond encontró algún consuelo en esa idea; todos sus dolores, todos sus sufrimientos, ese cortejo de espectros que con ellos arrastran, parecieron salir volando de ese rincón del calabozo, donde el ángel de la muerte podía posar su pie silencioso. Dantès observó con calma su vida pasada, con terror su vida futura, y escogió ese punto medio que le pareció que era un lugar de asilo.

«Algunas veces», se decía entonces, «en mis travesías lejanas, cuando era todavía un hombre, y cuando ese hombre, libre y poderoso, daba a otros hombres órdenes que eran ejecutadas, vi cubrirse el cielo, vi al mar estremecerse y tronar, a la tormenta surgir en un rincón del firmamento y cual águila gigantesca batir los dos horizontes con sus dos alas; entonces sentía que mi barco ya no era más que un refugio impotente, pues el barco, leve como una pluma en manos de un gigante, él mismo temblaba y se estremecía. Enseguida, el ruido espantoso de las olas, el aspecto de las rocas cortantes me anunciaba la muerte, y la muerte me llenaba de

espanto; ¡yo hacía los mayores esfuerzos para escapar y hacía acopio de todas las fuerzas del hombre y de toda la inteligencia del marino para luchar con Dios!... Entonces sí que era feliz, pues volver a la vida es volver a la felicidad; pues a esa muerte yo no la había llamado, yo no la había elegido; y, en fin, el sueño sobre un lecho de algas y de piedras me parecía duro; y me indignaba, pues yo, que me creía una criatura hecha a imagen de Dios, me indignaba de servir, después de mi muerte, de pasto de las gaviotas y de los buitres. Pero hoy es diferente; hoy he perdido todo lo que me hacía amar la vida, hoy la muerte me sonrío como una nodriza al niño que acuna; hoy muero a gusto y me duermo cansado y roto, como me dormía después de esas noches de rabia y de desesperación después de haber contado tres mil vueltas dadas a la celda, es decir, treinta mil pasos, es decir, casi diez leguas».

En cuanto este pensamiento germinó en el espíritu del joven, se volvió más dulce, más plácido; se avino mejor a su lecho duro y a su pan negro, comió menos, ya no durmió y encontró poco más o menos soportable ese resto de existencia que estaba seguro de dejar allí cuando quisiera, como se deja la ropa usada.

Tenía dos modos de morir: uno era simple, se trataba de atar un pañuelo a un barrote de la ventana y colgarse; el otro consistía en simular que comía y dejarse morir de hambre. El primero repugnó mucho a Dantès. Había sido educado en el horror a los piratas, gente a quien se cuelga a las vergas de los barcos; la horca era, pues, para él, un suplicio infamante que no quería aplicarse a sí mismo; adoptó, pues, el segundo y comenzó su ejecución el mismo día.

Habían pasado cuatro años en las disyuntivas que hemos contado. Al final del segundo año Dantès había dejado de contar los días y había caído en esa ignorancia del tiempo de la que antaño le sacó el inspector.

Dantès había dicho: «quiero morir», y había escogido ese tipo de muerte; entonces lo había previsto bien y, por temor a desdecirse de su decisión, se había jurado morir así. «Cuando me sirvan la comida de la mañana y la de la noche», había pensado, «la arrojaré por la ventana y simularé haber comido».

Así lo hizo. Dos veces al día, a través de la pequeña abertura enrejada que no le dejaba ver más que el cielo, tiraba sus víveres, primero con alegría, después con reflexión, más tarde con lástima; necesitaba el recuerdo del juramento que se había hecho para tener la fuerza de seguir con esa terrible decisión. Esos alimentos que antaño le repugnaban, el hambre, hambre de lobo, se los hacía ver apetecibles a los ojos y exquisitos al olfato; algunas veces sujetaba el plato en sus manos durante una hora, con la vista fija en ese trozo de carne podrida o en ese pescado infecto y en ese pan duro y enmohecido. Eran los últimos instintos de la vida que luchaban aún en él y que de vez en cuando fulminaban su resolución. Entonces el calabozo no le parecía tan sombrío, su situación le parecía menos desesperada; era joven aún, debía tener veinticinco o veintiséis años, le quedaban unos cincuenta años por vivir, es decir, el doble de los que había vivido. Durante ese lapso de tiempo inmenso, ¡cuántos sucesos podrían forzar las puertas, echar abajo los muros del castillo de If, devolverle la libertad! Entonces acercaba los dientes a la comida que, cual Tántalo voluntario, él mismo alejaba de su boca; pero entonces el recuerdo de su juramento volvía a su mente, y esa naturaleza generosa tenía demasiado miedo de desprejarse a sí misma por faltar al propio juramento. Usó, pues, riguroso e inmisericorde, de la poca existencia que le quedaba y llegó un día en que ya no tuvo fuerzas para levantarse y arrojar por el tragaluz la cena que le trajeron.

Al día siguiente ya no veía, y apenas oía.

El carcelero le creyó gravemente enfermo; Edmond esperaba su próxima muerte.

Así transcurrió una jornada; Edmond sentía que le invadía un vago adormecimiento no exento de cierto bienestar. Los retortijones nerviosos del estómago se habían apaciguado; los ardores de la sed se habían calmado; cuando cerraba los ojos veía un montón de resplandores brillantes como en esos fuegos fatuos que corren por la noche en los terrenos fangosos: era el crepúsculo de ese país desconocido que se llama la muerte. De repente, por la noche, hacia las nueve, oyó un ruido sordo en la pared sobre la que estaba recostado.

Tantos animales inmundos venían a hacer ruido en esa prisión que, poco a poco, Edmond había acostumbrado a su sueño a no turbarse por tan poca cosa; pero esta vez, sea porque sus sentidos estuviesen exaltados por el ayuno, sea porque realmente el ruido fuera más fuerte que de costumbre, sea porque en ese momento supremo todo adquiere importancia, Edmond levantó la cabeza para oír mejor.

Era un rascado monótono que parecía delatar a una garra gigante, a unos dientes poderosos o, en fin, a la presión de un instrumento cualquiera sobre las piedras.

Aunque debilitado, el cerebro del joven se vio sorprendido por esa idea banal constantemente presente en la mente de los presos: la libertad. Ese ruido llegaba tan justo en el momento en el que todo ruido iba a cesar para él, que le parecía que Dios se mostraba al fin compasivo ante sus sufrimientos y le enviaba ese ruido para advertirle de que se detuviera al borde de la tumba delante de la cual vacilaban sus pies. ¿Quién podía saber si uno de sus amigos, uno de sus seres queridos en los que tan a menudo había pensado hasta desgastar su pensamiento, no se ocupaba de él en ese momento y no buscaba acortar la distancia que los separaba?

Pero no, sin duda Edmond se equivocaba y era uno de esos sueños que flotan en el umbral de la muerte.

Sin embargo, Edmond seguía escuchando expectante ese ruido. El ruido duró unas tres horas, después, Edmond oyó una especie de derrumbe, tras lo cual el ruido cesó.

Algunas horas después, el ruido se hizo más fuerte y más cercano. Edmond prestaba interés a ese trabajo que le hacía compañía; de repente, entró el carcelero.

Desde hacía ocho días más o menos en los que había resuelto morir, desde cuatro, que había comenzado a poner en práctica ese proyecto, Edmond no había dirigido la palabra a este hombre, no le respondía cuando le preguntaba qué enfermedad tenía, y se daba la vuelta hacia la pared cuando le miraba demasiado atentamente. Pero hoy, el carcelero podría oír ese rumor sordo, alarmarse, ponerle fin y trastocar de ese modo yo no sé qué grado de esperanza, cuya sola idea encandilaba los últimos momentos de Dantès.

El carcelero traía el desayuno.

Dantès se levantó del camastro e, inflando la voz, se puso a hablar de todos los temas posibles, sobre la mala calidad de los víveres que le traía, sobre el frío que se pasaba en ese calabozo, murmurando y gruñendo para así poder gritar más fuerte y agotar la paciencia del carcelero, que justamente aquel día había solicitado para el preso enfermo un caldo y pan fresco, y que le traía ese caldo y ese pan.

Menos mal que creyó que Dantès deliraba; puso el desayuno en la mala mesa coja sobre la que tenía la costumbre de ponerlo, y se retiró.

Libre entonces, Edmond se puso de nuevo a escuchar con alegría.

El ruido se hacía tan claro que ahora el joven lo oía sin esfuerzo.

«Ya no hay duda», se dijo, «puesto que el ruido continúa, a pesar de ser de día, se trata de algún desgraciado preso como yo que trabaja para liberarse. ¡Oh! Si yo estuviera cerca de él, ¡cómo le ayudaría!».

Después, de repente, sobre esta aurora de esperanza, una oscura nube pasó por el cerebro habituado a la desdicha y que difícilmente podía incorporarse a las alegrías humanas; esa idea surgió enseguida, y era que la causa del ruido pudiera ser el trabajo de algunos obreros que el gobernador empleaba para reparar alguna celda próxima.

Era fácil asegurarse; ¿pero cómo arriesgarse a preguntar? Ciertamente era muy sencillo aguardar la llegada del carcelero, hacerle escuchar el ruido y ver la cara que ponía al escucharlo; ¿pero darse tal satisfacción no era traicionar intereses tan valiosos para obtener una satisfacción tan corta? Desgraciadamente la cabeza de Edmond, como una campana vacía, estaba ensordecida por el zumbido de una idea; estaba tan débil que su mente flotaba como el vapor y no podía condensarse en torno a un pensamiento. Edmond no vio otro medio de devolver la nitidez a su reflexión y la lucidez a su juicio: volvió la vista hacia el caldo humeante aún que el carcelero acababa de dejar en la mesa, se levantó, fue tambaleándose hasta él, cogió la taza, se la llevó a los labios y tragó el brebaje que contenía, con una indecible sensación de bienestar.

Entonces tuvo el valor de detenerse: había oído decir que los desgraciados náufragos recogidos, extenuados de hambre, morían por devorar glotonamente alimentos demasiado nutritivos. Edmond dejó sobre

la mesa el pan que ya casi se había llevado a la boca y fue a acostarse de nuevo. Edmond ya no quería morir.

Enseguida notó que su cerebro se aclaraba; todas sus ideas, vagas y casi imperceptibles, volvían a ocupar su lugar en ese tablero maravilloso, en el que, quizá, solamente una casilla más basta para establecer la superioridad del hombre sobre los animales. Pudo pensar y fortalecer su pensamiento con el razonamiento.

Entonces se dijo:

«Hay que hacer la prueba, pero sin comprometer a nadie. Si el trabajador es un obrero sin más, no tengo más que golpear el muro, enseguida dejará su tarea para tratar de adivinar quién es el que golpea y con qué fin. Pero como su trabajo será no solamente lícito, sino ordenado por el gobernador, enseguida volverá a su tarea. Si por el contrario es un preso, el ruido que yo haga le asustará; temerá ser descubierto, y dejará el trabajo y no lo retomará sino más tarde, a la noche, cuando crea que todo el mundo está acostado y dormido.»

Enseguida Edmond se levantó. Esta vez sus piernas ya no flaqueaban y sus ojos ya no sufrían destellos. Fue hacia una esquina, cogió una piedra minada por la humedad y volvió a golpear el muro en el mismo lugar en el que la resonancia era más sensible.

Dio tres golpes.

Al primero, el ruido cesó como por ensalmo.

Edmond escuchó con toda su alma. Pasó una hora, dos horas: ningún ruido. Edmond había hecho nacer al otro lado del muro un silencio absoluto.

Lleno de esperanza, Edmond comió algunos bocados de pan, bebió algunos sorbos de agua y, gracias a la potente constitución de la que la naturaleza le había dotado, se encontró poco más o menos como antes.

Transcurrió todo el día, el silencio se mantenía.

Llegó la noche sin que surgiese de nuevo el ruido.

«Es un preso», se dijo Edmond con indecible alegría.

Desde ese momento le bullía la cabeza, la vida volvió a él con violencia, a fuerza de estar activa.

Pasó la noche sin que aflorase el menor ruido.

Edmond no pegó un ojo en toda la noche.

Se hizo de día; el carcelero entró trayendo nuevas provisiones. Edmond había devorado ya las antiguas; devoró también las nuevas escuchando sin cesar el ruido que no llegaba, temblando por si se había acabado para siempre, haciendo diez o doce leguas en la celda, sacudiendo violentamente los barrotes del tragaluz, devolviendo la elasticidad a sus miembros con un ejercicio abandonado desde hacía tiempo, disponiéndose, en fin, a volver a tomar cuerpo a cuerpo su destino futuro como hace, extendiendo los brazos y frotándose el cuerpo con aceite, el gladiador que va a entrar en la arena. Después, en los intervalos de esta actividad febril, escuchaba por si el ruido volvía, impacientándose con la prudencia de ese preso que no adivinaba que había sido interrumpido en su tarea de libertad por otro preso que tenía al menos tanta prisa como él en ser libre.

Pasaron tres días, ¡setenta y dos mortales horas contadas minuto a minuto!

Finalmente, una noche, cuando el carcelero acababa de hacer su última visita, como por centésima vez Dantès pegara su oído a la pared, le pareció que una imperceptible sacudida respondía sordamente en su cabeza al aplicarla contra las silenciosas piedras.

Dantès se echó hacia atrás para asentar bien su cerebro sacudido, dio algunas vueltas por la habitación y volvió a poner el oído en el mismo lugar.

Ya no había duda, algo hacían al otro lado; el preso habría reconocido lo peligroso de su maniobra y habría adoptado otra y, sin duda, para continuar la tarea con mayor seguridad, había sustituido el escoplo por la palanca.

Enardecido por ese descubrimiento, Edmond resolvió acudir en ayuda del infatigable trabajador. Comenzó por colocar el camastro detrás de donde le parecía que la obra de liberación tenía lugar, buscó con la mirada un objeto con el que pudiera hacer mella en el muro, hacer caer el cemento, arrancar alguna piedra.

Pero no había nada. No tenía ni cuchillo ni ningún otro utensilio cortante; sólo eran de hierro los barrotes, y tantas veces se había asegurado

de que los barrotes estaban bien sujetos que ni siquiera merecía la pena intentar sacudirlos de nuevo.

Los únicos muebles eran un camastro, una silla, una mesa, un cubo y un cántaro.

En la cama había espigas de hierro, pero esas espigas estaban encajadas en la madera, sujetas con tornillos. Hubiera hecho falta un destornillador para sacar los tornillos y arrancar las espigas.

En cuanto a la mesa y la silla, nada; el cubo había tenido antes un asa, pero hacía tiempo que se la habían quitado.

Dantès no tenía otro recurso que romper el cántaro y, con los trozos de arcilla cortados en punta, ponerse a la tarea.

Dejó caer al suelo el cántaro y se rompió en mil pedazos.

Dantès escogió dos o tres trozos en pico, los escondió en el jergón y dejó los demás esparcidos por el suelo. La rotura del cántaro era un accidente demasiado natural como para que el carcelero se inquietara.

Edmond tenía toda la noche para trabajar; pero en la oscuridad la tarea se hacía mal, pues tenía que trabajar a tientas y pronto se dio cuenta de que embotaba el informe utensilio contra un material más duro. Empujó, pues, la cama y esperó a que se hiciera de día. Junto con la esperanza le había vuelto la paciencia.

Toda la noche escuchó y oyó al minero desconocido que continuaba su tarea subterránea.

Se hizo de día y el carcelero entró. Dantès le dijo que la víspera, al beber directamente del cántaro, se le había resbalado de la mano y al caer se había roto. El carcelero se fue refunfuñando a buscar un cántaro nuevo, sin ni siquiera tomarse la molestia de llevarse los trozos del cántaro viejo.

Volvió un instante después, recomendó más destreza al preso y salió.

Dantès escuchó con una alegría indecible el chirrido de la cerradura, mientras que antes, cada vez que esa puerta se cerraba, se le encogía el corazón. Escuchó el sonido de los pasos alejándose; después, cuando el sonido se extinguió, saltó hacia el camastro y lo apartó, y al resplandor del débil rayo de luz que penetraba en el calabozo, pudo ver la inútil tarea que había hecho la noche anterior, pues, en lugar de trabajar el yeso que rodeaba los extremos de la piedra, había incidido en la piedra misma.

El yeso se había hecho desmenuzable a fuerza de humedad.

Dantès vio con un alegre sobresalto de su corazón que el yeso se rompía en fragmentos; esos fragmentos eran casi átomos, es cierto; pero, sin embargo, al cabo de una media hora Dantès había logrado un puñado más o menos. Un matemático hubiera podido calcular que con unos dos años de trabajo, suponiendo que no se encontrase con roca, se podía cavar un pasadizo de dos pies cuadrados por veinte pies de profundidad.

El preso se reprochó entonces no haber empleado en esa tarea las interminables horas transcurridas sucesivamente, cada vez más lentas, horas que había perdido en esperanzas, en oraciones y en desesperación.

En seis años, poco más o menos, que llevaba encerrado en ese calabozo, ¡qué trabajo, por lento que fuera, no hubiese terminado!

Y esta idea le dio un nuevo ardor.

En tres días, con infinitas precauciones, llegó a levantar todo el cemento y a dejar la piedra al desnudo; el muro estaba hecho de mampostería y de vez en cuando, para aumentar la solidez, tenía una piedra tallada. Era una de esas piedras talladas la que había casi levantado y ahora se trataba de sacarla de su cavidad.

Dantès lo intentó con las uñas, pero las uñas eran insuficientes para eso.

Los trozos del cántaro introducidos en los intersticios se rompían cuando Dantès quería utilizarlos como palanca.

Después de una hora de tentativas inútiles, Dantès se incorporó con la frente llena de sudor y de angustia.

¡Es que se iba a quedar así, parado, en el principio, y tendría que aguardar, inerte e inútil, a que su vecino, que por otra parte podría cansarse, hiciera el resto del trabajo!

Entonces se le ocurrió una idea; se quedó de pie y sonriendo; la frente húmeda de sudor se le secó sola.

El carcelero traía cada día la sopa de Dantès en una cacerola de latón. La cacerola contenía la sopa para él y para otro prisionero, pues Dantès había observado que la cazuela estaba o bien llena o bien medio llena, según que el carcelero comenzara la distribución de los víveres por él o por otro preso.

Esa cazuela tenía un mango de hierro; era ese mango de hierro lo que ambicionaba Dantès y por el que hubiera pagado, si se lo hubieran pedido, diez años de su vida.

El carcelero le servía la sopa en un plato. Después de comer la sopa con una cuchara de madera, Dantès lavaba el plato, que le servía así para el día siguiente.

Por la tarde, Dantès puso el plato en el suelo, a medio camino de la puerta y de la mesa; el guardián, al entrar, pisó el plato y lo rompió en mil pedazos.

Esta vez no tenía nada que decir a Dantès; había dejado el plato en el suelo, es cierto, pero el carcelero podía haber mirado donde ponía el pie.

Así que se contentó con refunfuñar.

Después, se quedó mirando a ver dónde podía servirle la sopa. El mobiliario de Dantès se limitaba a ese único plato y no había donde elegir.

—Deje la cacerola —dijo Dantès—, ya la recogerá mañana cuando me traiga el desayuno.

Ese consejo se acomodaba bien a la pereza del carcelero, que así no tendría que volver a subir, bajar de nuevo y volver a subir otra vez.

Dejó la cazuela.

Dantès se estremeció de alegría.

Esta vez comió con rapidez la sopa y la carne que, según la costumbre de las cárceles, sirven con la sopa. Después, esperó una hora para estar seguro de que el carcelero no volvía sobre sus pasos, apartó la cama, cogió la cazuela, metió la punta del mango entre la piedra limpia de cemento y los guijarros de la mampostería y comenzó a hacer palanca.

Una ligera oscilación probó a Dantès que el trabajo iba bien.

En efecto, al cabo de una hora, había sacado la piedra del muro, formando así un hueco de más de un pie y medio de diámetro.

Dantès recogió con cuidado todo el yeso, lo distribuyó por las esquinas del calabozo, rascó la tierra grisácea con uno de los fragmentos del cántaro y recubrió el yeso con la tierra.

Después, aprovechando esa noche, en la que el azar o más bien la sabia combinación que había inventado le había puesto entre sus manos un instrumento tan valioso, continuó cavando con empeño.

Al alba, volvió a colocar la piedra en el agujero, empujó la cama contra la pared y se acostó.

El desayuno consistía en un trozo de pan; el guardián entró y le puso el pan en la mesa.

—Y bien, ¿no me trae otro plato? —preguntó Dantès.

—No —dijo el carcelero—, es usted un *rompetodo*, ya rompió el cántaro, e hizo que yo rompiera el plato; si todos los presos hicieran tantos destrozos como usted, el gobierno no podría soportarlo. Le dejo la cazuela y le pondré ahí la sopa; de esta manera ya no romperá más platos.

Dantès elevó los ojos al cielo y juntó las manos bajo la manta.

Ese trozo de hierro que le dejaba hacía renacer en su corazón un impulso de agradecimiento hacia el cielo, más vivo de lo que nunca en su vida pasada había sentido por los mayores bienes recibidos.

Sólo que había observado que desde que él había empezado a trabajar, el preso de al lado ya no lo hacía.

No importa, no era una razón para abandonar su tarea; si su vecino no venía hacia él, sería él quien iría hacia el vecino.

Trabajó todo el día sin descanso; al llegar la noche, gracias a su nuevo utensilio, había sacado del muro más de diez puñados de escombros de guijarros, de yeso y de cemento.

Cuando llegó la hora de la visita, enderezó como mejor pudo el mango torcido de la cacerola y colocó el recipiente en el lugar acostumbrado. El guardián le echó en ella su ración habitual de sopa y de carne, o más bien de sopa y pescado, pues aquel era día de abstinencia, y tres veces por semana se les hacía guardar abstinencia a los presos. Hubiera sido además un modo de calcular el tiempo, si Dantès no hubiera abandonado ese cálculo hacía mucho.

Una vez servida la sopa, el carcelero se retiró.

Esta vez Dantès quiso asegurarse de si realmente su vecino había dejado de trabajar.

Escuchó.

Todo estaba silencioso como en esos tres días en los que los ruidos habían cesado.

Dantès suspiró; era evidente que su vecino desconfiaba de él.

Sin embargo, no se desanimó y continuó trabajando toda la noche. Pero después de dos o tres horas de tarea, encontró un obstáculo. El hierro ya no mordía sino que se deslizaba sobre una superficie plana.

Dantès tocó el obstáculo con las manos y reconoció que había llegado a una viga.

Esa viga atravesaba o más bien cerraba por completo el agujero que había comenzado Dantès.

Ahora había que cavar más arriba o más abajo.

El desgraciado muchacho no había pensado en esa dificultad.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó—. Sin embargo, yo había rezado tanto, que esperaba que me hubieses oído, ¡oh, Dios mío! ¡Después de quitarme la libertad de la vida, Dios mío! ¡Después de quitarme la paz de la muerte, Dios mío! ¡Después de llamarme de nuevo a la existencia, Dios mío! ¡Ten piedad de mí, no me dejes morir en la desesperación!

—¿Quién habla de Dios y de desesperación al mismo tiempo? —articuló una voz que parecía salir de debajo de la tierra y que ensordecida por la opacidad, le llegaba al joven con un tono sepulcral.

Edmond sintió que se le ponían de punta los pelos de la cabeza y reculó aún estando de rodillas.

—¡Ah! —murmuró—. Oigo hablar a un hombre.

Hacía cuatro o cinco años que Edmond no había oído hablar más que a su carcelero, y para un preso el carcelero no es un hombre: es una puerta viva añadida a la puerta de roble, es un barrote de carne y hueso añadido a los barrotes de hierro.

—¡En nombre del Cielo! El que ha hablado que hable de nuevo, aunque su voz me espante; ¿quién es usted?

—¿Y usted mismo quién es? —preguntó la voz.

—Un desgraciado preso —repuso Dantès, que no tenía ninguna dificultad en responder.

—¿De qué país?

—Francés.

—¿Su nombre?

—Edmond Dantès.

—Su profesión.

—Marino.

—¿Desde hace cuánto tiempo está aquí?

—Desde el 28 de febrero de 1815.

—¿Su crimen?

—Soy inocente.

—¿Pero, de qué se le acusa?

—De conspirar para el regreso del emperador.

—¿Cómo que para el regreso del emperador! ¿Es que el emperador ya no está en el trono?

—Abdicó en Fontainebleau en 1814 y fue relegado a la isla de Elba. Pero, usted, ¿desde hace cuánto tiempo que está aquí que incluso ignora todo eso?

—Desde 1811.

Dantès se estremeció; ese hombre tenía cuatro años más de prisión que él.

—Está bien, no excave más —dijo la voz hablando más alto—; solamente dígame a qué altura se encuentra la excavación que ha hecho.

—A ras del suelo.

—¿Cómo la oculta?

—Con la cama.

—¿Han movido la cama desde que está en prisión?

—Nunca.

—¿Adónde da su celda?

—A un corredor.

—¿Y el corredor?

—Da al patio.

—¡Ay! —se lamentó la voz.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué ocurre? —exclamó Dantès.

—¡Ocurre que me he equivocado, que la imperfección de mis dibujos me ha engañado, que la falta de un compás me ha perdido, que una línea de error en mis cálculos equivale a quince pies en la realidad, y que el muro que usted excava lo había tomado por el muro de la ciudadela!

—¿Y entonces usted desembocaría en el mar?

—Era lo que pretendía.

—¿Y si lo hubiese logrado?

—Me tiraría al mar, llegaría a nado a una de las islas que rodean el castillo de If, ya fuera la isla de Daume, o la isla de Tiboulen, o incluso la costa, y entonces estaría a salvo.

—¿Podría nadar hasta allá?

—Dios me dio fuerza; y ahora, todo está perdido.

—¿Todo?

—Sí. Tape de nuevo el agujero con precaución, no haga nada más, no se ocupe de nada, y espere mis noticias.

—Dígame al menos... ¿quién es usted?

—Soy..., soy... el preso número veintisiete.

—¿Todavía desconfía de mí? —preguntó Dantès.

Edmond creyó oír una especie de amarga risa que traspasaba la bóveda y que llegaba hasta él.

—¡Oh, yo soy un buen cristiano —exclamó, pensando instintivamente que ese hombre pensaba abandonarle—; le juro por Cristo que antes me dejaría matar que desvelar a sus verdugos y a los míos una sombra de verdad; pero en nombre del Cielo, no me prive de su presencia, no me prive de su voz, o le juro, pues estoy al límite de mis fuerzas, le juro que me rompo la cabeza contra la pared, y usted tendrá que reprocharse mi muerte.

—¿Qué edad tiene? Su voz parece que es la voz de un joven.

—No sé la edad que tengo, pues no he medido el tiempo desde que estoy aquí. Lo que sé es que iba a cumplir diecinueve años cuando me arrestaron el 18 de febrero de 1815.

—Casi unos veintiséis años —murmuró la voz—. Vamos, a esa edad uno no es todavía un traidor.

—¡Oh! ¡No!, ¡no! Se lo juro —repitió Dantès—. Ya se lo dije y se lo repito, antes me dejaría cortar en trozos que traicionarle.

—Ha hecho bien en hablarme; ha hecho bien en suplicarme, pues iba a idear otro plan y a alejarme de usted. Pero su edad me tranquiliza, iré a buscarle, espéreme.

—¿Cuánto tiempo?

—Tengo que calcular nuestras posibilidades; déjeme que le dé yo la señal.

—Pero no me abandonará, no me dejará solo, vendrá conmigo, o me permitirá que yo vaya con usted. Huiremos juntos, y si no podemos huir, hablaremos, usted de la gente a la que ama, yo, de la gente a la que amo. Usted debe amar a alguien, ¿no?

—Yo estoy solo en el mundo.

—Entonces me amaré a mí: si es usted joven, seré su compañero; si es viejo, seré su hijo. Tengo padre, que debe tener unos setenta años, si aún vive: yo sólo le amaba a él y a una joven que se llamaba Mercedes. Mi padre no me ha olvidado, estoy seguro, pero ella, sólo Dios sabe si aún piensa en mí. Yo le querré a usted como quería a mi padre.

—Está bien —dijo el preso—, hasta mañana.

Esas pocas palabras fueron pronunciadas en un tono que convenció a Dantès. No pidió nada más, se incorporó, tomó las mismas precauciones de otras veces con los escombros que había sacado del muro, y empujó el camastro contra la pared.

Desde ese momento Dantès se dejó llevar totalmente por la dicha; ciertamente ya nunca estaría solo, quizá, incluso, sería libre; en el peor de los casos, si seguía estando preso, tendría un compañero; y la cautividad compartida es ya una semicautividad. Las quejas en común son casi plegarias; las plegarias que se comparten son casi una acción de gracias.

Durante todo el día Dantès iba y venía en su calabozo con el corazón dando saltos de alegría. De vez en cuando tanta alegría le ahogaba: se sentaba en la cama, apretándose el pecho con las manos. Al menor ruido que oía en el corredor, saltaba hacia la puerta. Una o dos veces, el temor a que le separasen de ese hombre a quien no conocía pero a quien, sin embargo, ya amaba como a un amigo, se le pasó por la mente. Entonces ya estaba decidido: en el momento en el que el carcelero apartase la cama, y para examinar el agujero bajase la cabeza, él se la rompería con el adoquín que tenía debajo del cántaro.

Le condenarían a muerte, bien lo sabía, ¿pero no iba a morir de hastío y desesperación antes de que ese ruido milagroso le devolviera a la vida?

A la noche, vino el carcelero. Dantès estaba en la cama, le parecía que desde ahí guardaba mejor el agujero inacabado. Sin duda dirigió al inoportuno visitante una mirada extraña, pues este le dijo:

—¿No irá usted a volverse loco otra vez?

Dantès no dijo nada; temía que la emoción de su voz le delatase.

El carcelero se retiró, meneando la cabeza.

Llegada la noche, Dantès creyó que su vecino aprovecharía el silencio y la oscuridad para reanudar la conversación, pero se equivocaba; transcurrió la noche sin que ningún ruido acudiese a su febril espera. Pero al día siguiente, después de la visita de la mañana, en el momento en el que acababa de apartar la cama de la pared, oyó tres golpes a intervalos iguales: se arrodilló precipitadamente.

—¿Es usted? —dijo—; ¡aquí estoy!

—¿Se ha marchado el carcelero? —preguntó la voz.

—Sí —respondió Dantès—, y no volverá hasta la noche; tenemos doce horas de libertad.

—¿Puedo entonces continuar la tarea? —dijo la voz.

—¡Oh, sí! ¡Sí! Sin falta, ahora mismo, se lo suplico.

Entonces, la porción de tierra sobre la que Dantès, medio perdido en el agujero, apoyaba las manos, pareció ceder; se echó hacia atrás mientras que una masa de tierra y de piedras desprendidas caía por el hueco que acababa de abrirse por debajo del que él mismo había hecho; entonces, en el fondo de ese agujero oscuro y de una profundidad que no alcanzaba a medir, vio surgir una cabeza, unos hombros y finalmente un hombre completo que salió con bastante agilidad de la excavación practicada.

Capítulo XVI

Un sabio italiano

Dantès recibió en sus brazos a este nuevo amigo tan impacientemente esperado durante tanto tiempo y lo llevó hacia la ventana a fin de que la poca luz que penetraba en el calabozo lo iluminase por completo.

Era un personaje de pequeña estatura, de cabello cano por el sufrimiento más que por la edad, de ojos penetrantes, ocultos bajo espesas cejas grisáceas, con la barba aún negra y que le llegaba hasta el pecho. La delgadez de su rostro surcado de profundas arrugas y el perfil altivo de sus rasgos característicos revelaban que era un hombre más habituado a ejercer las facultades morales que la fuerza física. La frente del recién llegado estaba cubierta de sudor.

En cuanto a su ropa, era imposible distinguir en ella su primitiva forma, pues los harapos se le caían hechos jirones.

Parecía tener unos sesenta y cinco años al menos, aunque un cierto vigor en los movimientos anunciase que quizá tenía menos edad de la representada, fruto de un largo cautiverio.

Acogió con una especie de placer las entusiastas preguntas del joven; su alma helada pareció, por un instante, calentarse y fundirse al contacto con esta otra alma ardiente. Le agradeció su cordialidad con cierto calor,

aunque la decepción hubiera sido grande al encontrar un segundo calabozo donde había imaginado encontrar la libertad.

—Veamos primero —dijo— si hay un modo de hacer desaparecer a ojos de los carceleros las huellas de mi paso por aquí. Toda nuestra tranquilidad futura está en mantenerles en la ignorancia de lo que aquí ocurra.

Entonces se inclinó sobre el hueco, cogió la piedra que levantó fácilmente a pesar de su peso, y la encajó en el agujero.

—Esta piedra está sacada con mucha negligencia —dijo moviendo la cabeza—; ¿es que no tiene usted herramientas?

—¿Y usted —preguntó Dantès con asombro—, es que usted las tiene?

—Yo me he hecho con algunas. Excepto una lima, tengo todo lo que necesito: escoplo, alicates, palanca.

—¡Oh! Tengo mucha curiosidad por ver esas herramientas producto de su ingenio —dijo Dantès.

—Mire, aquí tengo un escoplo.

Y le mostró una hoja fuerte y aguda con un mango de madera de haya.

—¿Con qué ha hecho esto?

—Con una de las varillas del camastro. Con esta herramienta he excavado todo el camino que me trae hasta aquí; cincuenta pies poco más o menos.

—¡Cincuenta pies! —exclamó Dantès con una especie de terror.

—Hable más bajo, joven, hable más bajo; a veces escuchan detrás de las puertas de los presos.

—Pero saben que estoy solo.

—No importa.

—¿Y dice que ha excavado cincuenta pies para llegar hasta aquí?

—Sí, esa es la distancia aproximada que separa mi celda de la suya; sólo que he calculado mal la curva por falta de instrumentos de geometría para dibujar la escala de proporción; en lugar de cuarenta pies de elipse me he encontrado con cincuenta; como le dije, creía que llegaría al muro exterior, atravesaría ese muro y me lanzaría al mar. He ido a lo largo del corredor que da a esta celda en lugar de pasar por debajo; todo mi trabajo está perdido, pues ese corredor da a un patio lleno de guardias.

—Es cierto —dijo Dantès—; pero al corredor sólo da una pared de la celda, y la celda tiene cuatro caras.

—Sí, sin duda, pero ahí tiene una cuya pared es la misma roca; harían falta diez años de trabajo de diez mineros provistos de toda clase de herramientas para traspasar la roca; esa otra debe estar adosada a los cimientos de los aposentos del gobernador; caeríamos en las bodegas que evidentemente cierran con llave, y nos cogerían; la otra cara da, espere un momento, ¿adónde da esa otra pared?

Esa pared era la que tenía una tronera a través de la cual entraba la luz; esa tronera, que se iba estrechando hasta la ranura por donde entraba la luz y por la que ni siquiera podría pasar un niño, estaba además provista de tres filas de barrotes de hierro que podían tranquilizar sobre el temor de una evasión al carcelero más puntilloso.

Y el recién llegado, al hacerse esa pregunta, arrastró la mesa hasta debajo del ventanuco.

—Súbase a la mesa —dijo a Dantès.

Dantès obedeció, se subió a la mesa y, adivinando las intenciones de su compañero, apoyó la espalda en la pared y le dio las manos.

El preso que se hacía llamar por el número de su celda, y cuyo verdadero nombre Dantès ignoraba, subió entonces más ágilmente de lo que su edad pudiera presagiar, con una habilidad de gato o de lagartija; después, de las manos de Dantès pasó a los hombros; curvado así en dos, pues la bóveda del calabozo le impedía incorporarse, llevó la cabeza hasta la primera fila de rejas y pudo mirar entonces de arriba abajo.

Un instante después, se retiró con rapidez.

—¡Oh!, ¡oh! —dijo—. Me lo temía.

Y se dejó deslizar a lo largo del cuerpo de Dantès hasta la mesa y de la mesa saltó al suelo.

—¿Qué es lo que se temía? —preguntó el joven ansioso, saltando a su vez de la mesa.

El anciano meditaba.

—Sí —dijo—, eso es; la cuarta pared de este calabozo da a una galería exterior, una especie de camino de ronda donde pasan las patrullas y donde vigilan centinelas.

—¿Está usted seguro?

—He visto el chacó del soldado y la punta de su fusil, y me he apartado rápidamente por temor a que incluso me viera a mí.

—¿Y bien? —dijo Dantès.

—Pues ya ve que es imposible huir desde su calabozo.

—¿Y entonces? —continuó el joven en tono interrogativo.

—Entonces —dijo el más viejo—, ¡que sea la voluntad de Dios!

Y un velo de profunda resignación se extendió por los rasgos del anciano.

Dantès miró a este hombre con un asombro mezclado de admiración, a este hombre que renunciaba así y con tanta filosofía a una esperanza alimentada desde hacía tanto tiempo.

—Ahora, ¿querrá usted decirme quién es usted? —preguntó Dantès.

—¡Oh! Dios mío, sí, si eso puede aún interesarle, ahora ya no puedo servirle para nada.

—Puede servirme para consolarme y apoyarme, pues me parece usted el más fuerte de todos los fuertes.

El abate sonrió tristemente.

—Soy el abate Faria —dijo—, preso desde 1811, como usted sabe, en el castillo de If; pero estuve tres años encerrado en la fortaleza de Fenestrelle. En 1811, me transfirieron del Piamonte a Francia. Fue entonces cuando supe que el destino, que por aquella época le era ya totalmente sumiso, había dado un hijo a Napoleón, y que ese hijo, ya en la cuna, había sido nombrado rey de Roma. Yo estaba lejos de sospechar entonces lo que me dijo usted hace un momento, es decir, que cuatro años más tarde el coloso sería derrocado. ¿Quién reina entonces en Francia? ¿Napoleón II?

—No, es Luis XVIII.

—Luis XVIII, el hermano de Luis XVI; los designios del cielo son extraños y misteriosos. ¿Cuál ha sido, pues, la intención de la Providencia echando abajo al hombre que había elevado, y elevando a quien antes fue humillado?

Dantès seguía con la mirada al hombre que olvidaba por un instante su propio destino para preocuparse así de los destinos del mundo.

—Sí, sí —continuó—, es como en Inglaterra: después de Carlos I, Cromwell, después de Cromwell, Carlos II, y quizá después de Jacobo II, algún yerno, algún pariente, algún príncipe de Orange; un estatúder que se convertirá en rey; ¡y entonces, nuevas concesiones al pueblo; entonces, una constitución; entonces la libertad! Usted verá eso, joven —dijo volviéndose hacia Dantès y mirándole con ojos brillantes y profundos, como los que debían de tener los profetas—. Usted está aún en la edad de verlo, usted verá todo eso.

—Sí, si salgo de aquí.

—¡Ah! Tiene razón —dijo el abate Faria—. Estamos presos; hay momentos en los que lo olvido, y en los que, porque mis ojos pueden atravesar los muros que me encierran, me creo en libertad.

—¿Pero, por qué le encerraron?

—¿A mí? Porque soñé en 1807 el proyecto que Napoleón quiso realizar en 1811; porque, como Maquiavelo, en medio de todos esos principillos que hacían de Italia un nido de pequeños reinos tiránicos y débiles, yo quise un gran y único imperio, compacto y fuerte; porque creí haber encontrado a mi Cesar Borgia en un bobo coronado que hizo como si me comprendiera para traicionarme mejor. Era el proyecto de Alejandro VI y de Clemente VII: seguirá fracasando, puesto que lo emprendieron inútilmente y Napoleón no pudo acabarlo; ¡decididamente Italia está maldita!

Y el anciano bajó la cabeza.

Dantès no comprendía cómo un hombre podía arriesgar su vida por semejantes intereses; es cierto que aunque conocía a Napoleón por haberlo visto y hablado con él, por el contrario, ignoraba completamente quiénes eran Clemente VII y Alejandro VI.

—¿No será usted —dijo Dantès, comenzando a compartir la opinión de su carcelero, que era la opinión general en el castillo de If—... el cura del que dicen que está... enfermo?

—Del que dicen que está loco, quiere usted decir, ¿no?

—Yo no me atrevía... —dijo Dantès sonriendo.

—Sí, sí —continuó Faria con una amarga sonrisa—; sí, soy yo el que pasa por estar loco; soy yo quien divierte desde hace tanto tiempo a los

anfitriones de esta prisión, y que divertiría a los niños, si hubiera niños en esta estancia de dolor sin esperanza.

Dantès se quedó un instante mudo e inmóvil.

—¿Así que renuncia a huir? —le dijo.

—Veo la huida imposible; es una rebelión contra Dios intentar lo que Dios no quiere que se cumpla.

—¿Por qué se desanima? Sería pedir demasiado a la Providencia querer conseguirlo a la primera. ¿No puede usted empezar de nuevo en otra dirección lo que ha hecho en esta?

—¿Pero, sabe usted lo que yo he hecho, para hablarme así de volver a empezar? ¿Sabe que he necesitado cuatro años para hacerme con las herramientas que tengo? ¿Sabe que desde hace dos años rasco y excavo una tierra dura como el granito? ¿Sabe que he tenido que sacar piedras que nunca hubiera creído que podría remover, que días enteros han transcurrido en esta tarea titánica y que, a veces, por la noche, me sentía feliz si había conseguido levantar una pulgada cuadrada de ese viejo cemento, que es más duro que la misma piedra? ¿Sabe, sabe que para ocultar toda esa tierra y todas esas piedras que iba enterrando, tuve que abrir el hueco de una escalera y echar allí todos los escombros, tantos que hoy el hueco está lleno y ya no tengo donde meter ni un puñado de polvo? ¿Sabe, en fin, que me creía en el final de todo el trabajo, que me sentía justo con la fuerza para rematar la tarea, y que he ahí que Dios no solamente me niega esa meta final sino que además, esa meta me conduce no sé adónde? ¡Ah! Se lo digo y se lo repito, ya no haré nada más para intentar conseguir la libertad, puesto que la voluntad de Dios es que mi libertad esté perdida para siempre.

Edmond bajó la cabeza para no confesar a este hombre que la alegría de tener un compañero le impedía compadecerse como debiera del dolor que sentía el preso al no poder huir.

El abate Faria se dejó llevar hasta la cama de Edmond, y Edmond se quedó de pie.

El joven no había pensado nunca en la huida. Hay cosas que parecen tan imposibles que ni siquiera se tiene la idea de intentarlas y que se las evita por instinto. Excavar cincuenta pies bajo tierra, consagrar a esta

operación un trabajo de tres años para llegar, si se consigue, a un precipicio que cae en picado sobre el mar; precipitarse desde cincuenta, sesenta o quizá desde cien metros, para que, al caer, uno se aplaste la cabeza contra una roca, si la bala de los centinelas no le ha matado ya antes; verse obligado, si uno escapa a todos esos peligros, a nadar una legua, era demasiado como para no resignarse, y ya hemos visto que Dantès por poco si lleva esa resignación hasta la muerte.

Pero ahora que el joven había visto a un anciano agarrarse a la vida con tanta energía y darle ejemplo de resoluciones desesperadas, se puso a reflexionar y a medir su valor. Alguien había intentado lo que a él ni siquiera se le había ocurrido; alguien, menos joven, menos fuerte, menos hábil que él, se había procurado, a fuerza de destreza y de paciencia, todas las herramientas que necesitaba para esa increíble obra, que sólo por una medición mal tomada había fracasado. Si alguien había hecho todo eso, entonces nada era imposible para Dantès: Faria había excavado cincuenta pies, él excavaría cien; Faria, a sus cincuenta años, había utilizado tres años en su obra, él no tenía ni la mitad de la edad de Faria, él utilizaría seis. Faria, abate, sabio, hombre de Iglesia, no había temido arriesgarse en la travesía del castillo de If a la isla de Daume, de Ratonneau o de Lemaire; él, Edmond, el marino, él, Dantès, el temerario nadador, que tan a menudo había descendido a buscar una rama de coral al fondo del mar, ¿dudaría ahora en hacer una legua a nado? ¿Cuánto tiempo le llevaría nadar una legua?, ¿una hora? Pues bien, ¡pues no había estado él horas enteras en el mar sin poner un pie en la orilla! No, no, Dantès no necesitaba que le animasen con ejemplos. Todo lo que cualquier otro ha hecho o ha podido hacer, Dantès lo hará.

El joven reflexionó un instante.

—He encontrado lo que usted buscaba —dijo al anciano.

Faria se sobresaltó.

—¿Usted? —dijo levantando la cabeza con una expresión que indicaba que si Dantès decía la verdad, el desánimo del compañero no sería de larga duración—; ¿usted? Veamos, veamos, ¿qué es lo que ha encontrado?

—El corredor que ha excavado para llegar hasta aquí, discurre en el mismo sentido que la galería exterior, ¿no es así?

—Sí.

—¿No debe estar más allá de unos quince pasos?

—Como mucho.

—Pues bien, hacia la mitad del corredor excavaremos un camino que forme una T, como la de una cruz. Esta vez usted tomará mejor las medidas. Desembocaremos en la galería exterior. Matamos al centinela y nos evadimos. Para que el plan tenga éxito, solamente necesitamos valor y usted lo tiene; también vigor y a mí no me falta. No hablo de la paciencia, usted ya la ha demostrado y yo la demostraré.

—Un instante —respondió el abate—; usted no sabe, mi querido compañero, de qué especie es mi valor, ni cómo voy a emplear mi fuerza. En cuanto a la paciencia, creo haber sido lo suficientemente paciente al volver a iniciar cada mañana la tarea de la noche, y cada noche la tarea del día. Pero, escúcheme bien, joven, lo hacía porque me parecía que así servía a Dios, liberando a una de sus criaturas que, siendo inocente, no podía estar condenada.

—Y bien —preguntó Dantès—, ya no estamos en el mismo punto y usted mismo se reconoció culpable desde el momento en que ha llegado hasta aquí, ¿no es así?

—No, y no quiero llegar a serlo. Hasta ahora sólo la he emprendido con las cosas, pero lo que me propone es emprenderla con los hombres. He podido agujerear un muro y destruir una escalera, pero no agujerearé el pecho de un hombre, ni destruiré una vida humana.

Dantès tuvo un ligero impulso de sorpresa.

—¿Cómo —dijo—, pudiendo ser libre, se retendría por semejante escrúpulo?

—Pero, usted mismo —dijo Faria—, ¿por qué, una noche, no abatió a su carcelero con una pata de la mesa, se puso sus ropas e intentó huir?

—Pues es que no se me ocurrió la idea —dijo Dantès.

—No, es que usted siente tal horror instintivo por un crimen así, un horror tal, que ni siquiera se le ocurrió la idea —repuso el anciano—; pues hasta en las cosas sencillas y permitidas nuestros apetitos naturales nos advierten de que no debemos traspasar la línea de lo que es nuestro derecho. El tigre, que hace derramar sangre por naturaleza, pues es su

estado natural, su destino, sólo necesita una cosa, y es que su olfato le advierta de que hay una presa a su alcance. Entonces, rápidamente salta sobre ella, se le echa encima y la desgarrá. Es su instinto y el tigre obedece a su instinto. Pero el hombre, por el contrario, aborrece la sangre; no son las leyes sociales las que nos hacen aborrecer el crimen, son las leyes naturales.

Dantès quedó confundido: era en efecto la explicación de lo que había ocurrido, sin que él lo supiera, en su mente, o más bien en su alma, pues hay pensamientos que vienen de la cabeza y otros que vienen del corazón.

—Y además —continuó Faria— desde hace casi doce años que estoy en prisión, he repasado en mi mente todas las evasiones célebres. Y raramente he visto que las evasiones triunfen. Las evasiones que triunfan, las evasiones coronadas por el éxito, son las evasiones meditadas con cuidado y preparadas lentamente; así escapó el duque de Beaufort del castillo de Vincennes; el abate Dubuquoi del Fort-l'Évêque, y Latude de la Bastilla. Hay además otras, producto del azar: esas son las mejores, esperemos una ocasión, créame, y si esa ocasión se presenta, aprovechémosla.

—Usted pudo haber esperado —dijo Dantès suspirando—; esa inmensa tarea le ocupaba en todo momento, y cuando no tenía esa tarea para distraerse, tenía usted sus esperanzas para consolarse.

—Además —dijo el abad—, no sólo me ocupaba de eso.

—¿Pues entonces, qué hacía?

—Escribía o estudiaba.

—¿Es que le dan papel, plumas, tinta?

—No —dijo el abad—, lo hacía yo mismo.

—¿Usted hace el papel, las plumas, la tinta? —exclamó Dantès.

—Sí.

Dantès miró a este hombre con admiración; pero aún le costaba trabajo creer lo que le decía. Faria se dio cuenta de esa ligera duda.

—Cuando venga usted a mi celda —le dijo—, le enseñaré una obra completa, fruto de pensamientos, investigaciones y reflexiones de toda mi vida que ya había meditado a la sombra del Coliseo de Roma, al pie de la columna de San Marcos en Venecia, a orillas del Arno en Florencia, y de la

que nunca dudé de que un día mis carceleros me dejarían el placer de escribirla entre los cuatro muros del castillo de If. Es un *Tratado sobre la posibilidad de una monarquía general en Italia*. Será un gran volumen *in-quarto*.

—¿Y la ha escrito?

—En dos camisas. Inventé una preparación que vuelve a la tela lisa y uniforme como el pergamino.

—¿Entonces es usted químico?

—Un poco. Conocí a Lavoisier y tuve amistad con Cabanis.

—Pero, para una obra así, habrá necesitado estudios históricos. ¿Entonces, tenía usted libros?

—En Roma yo tenía más o menos cinco mil volúmenes en mi biblioteca. A fuerza de leerlos y de releerlos, descubrí que con ciento cincuenta obras bien escogidas se tiene, si no el resumen completo del conocimiento humano, sí al menos todo lo que es útil para un hombre. Consagré tres años de mi vida leyendo y releiendo esos ciento cincuenta volúmenes, de manera que casi los sabía de memoria cuando me metieron preso. En prisión, con un ligero esfuerzo de memoria, los he recordado por completo. Así podría recitarle Tucídides, Jenofonte, Tito Livio, Tácito, Strada, Jornandes, Dante, Montaigne, Shakespeare, Spinoza, Maquiavelo y Bossuet. Sólo le cito los más importantes.

—¿Entonces conoce usted varias lenguas?

—Hablo cinco lenguas vivas: alemán, francés, italiano, inglés y español. Con la ayuda del griego clásico comprendo el griego moderno; aunque lo hablo mal, pero lo estoy estudiando en este momento.

—¿Lo está estudiando? —dijo Dantès.

—Sí, me he hecho un vocabulario de palabras que conozco, las he arreglado, combinado, dado vueltas de un lado y de otro de manera que pudieran bastarme para expresar mi pensamiento. Sé poco más o menos mil palabras, es todo lo que necesito más o menos, aunque haya cien mil, creo, en los diccionarios. Claro que no sería elocuente, pero me haría entender de maravilla y eso me basta.

Cada vez más asombrado, Edmond comenzaba a encontrar casi sobrenaturales las facultades de este extraño individuo; quiso encontrar en

él algún defecto sobre cualquier aspecto, y continuó:

—Pero si no le han dado plumas —dijo—, ¿con qué ha podido escribir ese tratado tan voluminoso?

—He hecho plumas excelentes con los cartílagos de las cabezas de esas enormes pescadillas que nos dan a veces en los días de abstinencia de carne, y que se preferirían a las otras si se conocieran. Así que veo con gran placer que lleguen los miércoles, los viernes y los sábados, pues me dan la esperanza de aumentar mi provisión de plumas, y los trabajos históricos son para mí, lo confieso, mi más dulce ocupación. Al estudiar el pasado, me olvido del presente; al caminar libre e independiente por la historia, ya no me acuerdo de que estoy prisionero.

—¿Pero la tinta? —dijo Dantès—, ¿con qué se ha hecho usted la tinta?

—Antaño había una chimenea en mi calabozo —dijo Faria—; esa chimenea está taponada desde antes de mi llegada, sin duda, pero durante muchos años ahí hubo fuego: todo el interior está revestido de hollín. Disuelvo ese hollín en un poco de vino que me dan los domingos, eso me provee de una tinta excelente. Para las notas particulares, y que exigen mayor atención para mi vista, me pico los dedos y escribo con mi propia sangre.

—¿Y cuándo podré ver todo eso? —preguntó Dantès.

—Cuando quiera —respondió Faria.

—¡Oh! ¡Ahora mismo! —exclamó el joven.

—Entonces, sígame —dijo el abate.

Y entró en el corredor subterráneo en el que desapareció. Dantès le siguió.

Capítulo XVII

La celda del abate

Después de pasar curvándose, aunque sin embargo con bastante facilidad, por el pasadizo subterráneo, Dantès llegó al extremo opuesto del corredor que daba a la celda del abate. Allí el pasadizo se estrechaba y apenas si ofrecía el espacio suficiente para que un hombre pudiera deslizarse arrastrándose. El suelo de la celda era de baldosas; y levantando una de esas baldosas situada en el rincón más oscuro era como había comenzado la laboriosa operación cuyo fin había visto Dantès.

Una vez dentro y de pie, el joven examinó la celda con gran atención. A primera vista no presentaba nada de particular.

—Bueno —dijo el abate— no son más que las doce y cuarto, todavía tenemos por delante algunas horas.

Dantès miró alrededor buscando el reloj en el que el abate hubiera podido ver la hora de una manera tan precisa.

—Observe ese rayo de sol que entra por la ventana —dijo el abate—, y mire sobre la pared las líneas que he trazado. Gracias a esas líneas, que están combinadas con el doble movimiento de la Tierra y la elipse que describe alrededor del Sol, sé la hora con más exactitud que si tuviera un

reloj, pues los relojes se descompensan, mientras que el Sol y la Tierra no se descompensan nunca.

Dantès no entendió nada de esa explicación; siempre había creído que, al ver al Sol salir tras las montañas y meterse por el Mediterráneo, era el Sol el que se movía y no la Tierra. Ese doble movimiento del globo en el que vivía, y que sin embargo no percibía, le parecía casi imposible; en cada una de las palabras de su interlocutor, veía los misterios de la ciencia tan admirables de sondear como las minas de oro y de diamantes que había visitado en un viaje que hizo, siendo todavía casi un niño, a Guzarate y a Golconda.

—Veamos —le dijo al abate—, estoy ansioso por ver sus tesoros.

El abate fue a la chimenea, desplazó con el escoplo que tenía aún en la mano la piedra que cerraba lo que en su día fue el hogar y que ocultaba una cavidad bastante profunda: en esa cavidad escondía todos los objetos de los que había hablado a Dantès.

—¿Qué es lo que quiere ver primero? —le preguntó.

—Muéstreme su gran obra sobre la realeza en Italia.

Faria sacó de su preciado armario tres o cuatro rulos de tela envueltos como hojas de papiro: eran tiras de tela, de aproximadamente cuatro pulgadas de ancho y dieciocho de largo. Estas tiras, numeradas, estaban totalmente escritas y Dantès podía leerlas pues estaban escritas en la lengua materna del abate, es decir, en italiano, idioma que, en su calidad de provenzal, Dantès entendía perfectamente.

—Vea —le dijo—, aquí está todo; hace poco más o menos ocho días que escribí la palabra fin al final de la tira número sesenta y ocho. Dos de mis camisas y todos los pañuelos que tenía están ahí; si alguna vez soy libre y encuentro a un editor en toda Italia que se atreva a imprimirlo, mi reputación será cosa hecha.

—Sí —respondió Dantès—, ya lo veo. Y ahora, muéstreme entonces, se lo ruego, las plumas con las que ha escrito su obra.

—Mire —dijo Faria.

Y enseñó al joven un palillo de unas seis pulgadas de largo y del grosor del mango de un pincel, al extremo del cual estaba unido con un hilo uno de esos cartílagos, todavía manchado de tinta, de los que le había hablado;

el extremo final estaba afilado en pico y hendido como una pluma corriente.

Dantès lo examinó, buscando con la mirada el instrumento con el que habría tallado la pluma de una manera tan correcta.

—¡Ah! Sí, el cortaplumas, ¿no es eso? Es mi obra maestra; lo hice, lo mismo que este cuchillo, con un viejo candelabro de hierro.

El cortaplumas cortaba como una hoja de afeitar. En cuanto al cuchillo, tenía la ventaja de que podía servir a la vez de cuchillo y de puñal.

Dantès examinó todos esos diferentes objetos con la misma atención con la que había observado a veces en las tiendas de curiosidades de Marsella esos instrumentos hechos por los salvajes, y traídos de los mares del Sur por los capitanes en sus largas travesías.

—En cuanto a la tinta —dijo Faria— ya sabe cómo procedo; la voy haciendo a medida que la voy necesitando.

—Ahora me asombro de una cosa —dijo Dantès—, y es de que haya tenido días suficientes para llevar a cabo todo este trabajo.

—Tenía las noches —respondió Faria.

—¡Las noches! ¿Es que es usted de la naturaleza de los gatos que ven mejor de noche que de día?

—No; pero Dios dio al hombre la inteligencia que acude en ayuda de la pobreza de los sentidos: conseguí hacerme con luz.

—¿Cómo es eso?

—De la carne que me traen, separo la grasa, la dejo fundir y saco de ella una especie de aceite compacto. Mire, esta es mi bujía.

Y el abate mostró a Dantès una especie de farolillo, igual que los que sirven para el alumbrado público.

—¿Pero, el fuego?

—Ahí ve dos piedras y tela quemada.

—¿Pero, las cerillas?

—Fingí una enfermedad de pecho, pedí azufre y me lo dieron.

Dantès posó sobre la mesa todos esos objetos y bajó la cabeza, hundido por la perseverancia y la fuerza de ese espíritu.

—Y no es todo —continuó Faria—; pues no hay que poner todos los tesoros en el mismo escondite; vamos a cerrar este.

Colocaron la baldosa en su sitio; el abate esparció un poco de tierra por encima y pasó el pie para hacer desaparecer todo rastro de solución de continuidad, se fue hacia la cama y la apartó.

Detrás de la cabecera, oculto por una piedra que lo cerraba con un hermetismo casi perfecto, había un agujero y, en él, una escalera de cuerda de unos veinticinco a treinta pies de largo.

Dantès la examinó: era de una solidez a toda prueba.

—¿Cómo se ha hecho con el cordaje necesario para hacer esta maravillosa obra? —preguntó Dantès.

—En primer lugar con algunas camisas que yo tenía, después con las sábanas de la cama que en los tres años de cautividad en Fenestrelle conseguí deshilar. Cuando me trasladaron al castillo de If, encontré la manera se traerme conmigo todo ese hilo; aquí, continué la tarea.

—¿Pero, no se daban cuenta de que las sábanas de la cama ya no tenían dobladillo?

—Las volvía a coser.

—¿Con qué?

—Con esta aguja.

Y el abate, mostrando un colgajo de su ropa, presentó a Dantès una espina de pescado, larga, afilada y todavía enhebrada, que llevaba encima.

—Sí —continuó Faria—; al principio había pensado desencajar esos barrotes y huir por la ventana, que es un poco más ancha que la suya, como ve, y que hubiese podido ensanchar más en el momento de la evasión; pero me di cuenta de que esa ventana daba a un patio interior, y renuncié al proyecto por ser demasiado arriesgado. Sin embargo, conservé la escala por si surgía una circunstancia imprevista, una de esas evasiones de las que le hablaba y que el azar nos procura a veces.

Dantès, aunque seguía examinando la escala, pensaba esa vez en otra cosa; una idea se le había pasado por la cabeza. Era que ese hombre, tan inteligente, tan ingenioso, tan profundo, vería tal vez claro en la oscuridad de su propia desdicha, en la que él no había podido ver nada.

—¿En qué piensa? —preguntó el abate sonriendo y tomando el ensimismamiento de Dantès por una admiración llevada a su más alto grado.

—Pienso en primer lugar en una cosa, y es en la suma enorme de inteligencia que le ha sido preciso utilizar para llegar hasta donde ha llegado; ¿qué hubiese hecho entonces si hubiera estado libre?

—Nada, quizá este cerebro mío, demasiado lleno, se hubiera evaporado en futilidades. Necesitamos la desdicha para sondear ciertas minas misteriosas, ocultas en la inteligencia humana; necesitamos la presión para que estalle la pólvora. La cautividad reunió en un mismo punto todas mis facultades que flotaban aquí y allá; chocaron unas con otras en un pequeño espacio; y ya sabe usted, del choque de las nubes surge la electricidad, de la electricidad el relámpago y del relámpago la luz.

—No, yo no sé nada —dijo Dantès abatido por su ignorancia—; gran parte de las palabras que usted dice son para mí palabras vacías de sentido; ¿usted sí que es feliz al ser tan sabio!

El abate sonrió.

—Pero usted dijo que pensaba en dos cosas.

—Sí.

—Y sólo me ha dicho una; ¿qué es esa segunda cosa?

—La segunda es que usted me ha contado su vida, y que no conoce la mía.

—Su vida, joven, es bien corta como para encerrar sucesos de importancia.

—Sin embargo, encierra una inmensa desgracia —dijo Dantès—; una desgracia que no he merecido; y quisiera, para no seguir blasfemando contra Dios como lo hice hace tiempo, quisiera poder culpar a los hombres de mi dolor.

—¿Entonces usted se cree inocente de los hechos que le imputan?

—Completamente inocente, por la vida de las dos únicas personas que me son queridas: por la vida de mi padre y por la de Mercedes.

—Veamos —dijo el abate cerrando su escondite y arrastrando el camastro hasta su sitio—, cuénteme, entonces, su historia.

Entonces Dantès contó lo que él llamaba su historia y que se limitaba a un viaje a la India y dos o tres viajes al Oriente; finalmente llegó a su última travesía, a la muerte del capitán Leclère, al paquete que le remitió

para el gran mariscal, a la carta remitida por este y dirigida a un tal señor Noirtier; finalmente su llegada a Marsella, el encuentro con su padre, su amor por Mercedes, la comida de compromiso de bodas, el arresto, el interrogatorio, la prisión preventiva en el Palacio de Justicia y, por último, la prisión definitiva en el castillo de If. Llegado a este punto, Dantès ya no sabía nada, ni siquiera el tiempo que llevaba en cautividad.

Acabado el relato, el abate reflexionó profundamente.

—Hay —dijo al cabo de un instante— un axioma del derecho de una gran profundidad, y que viene a confirmar lo que le decía antes, y es que a no ser que los malos pensamientos vengan de una naturaleza retorcida, la naturaleza humana aborrece el crimen. Sin embargo, la civilización nos ha creado necesidades, vicios, apetitos facticios que a veces influyen para ahogar en nosotros los buenos instintos y nos conducen al mal. De ahí esta máxima: ¡si quieres descubrir al culpable, busca primero a quien pudiera beneficiarse del crimen! ¿A quién beneficiaría su desaparición?

—A nadie, ¡Dios mío! ¡Yo era tan poca cosa!

—No responda así, pues esa respuesta carece a la vez de lógica y de filosofía; todo es relativo, mi querido amigo, desde el rey que estorba a su futuro sucesor, hasta el empleado que estorba al que aún no está en la nómina: si el rey muere, el sucesor hereda la corona; si el empleado muere, el que está por debajo de él hereda mil doscientas libras de salario. Esas mil doscientas libras son para él su *lista civil*; le son tan necesarias para vivir como los doce millones de un rey. Cada individuo, desde el más bajo al más alto en la escala social, agrupa en torno a él a todo un pequeño mundo de intereses, que tiene sus torbellinos y sus átomos interpuestos como los mundos de Descartes. Solamente que esos mundos se van ensanchando a medida que suben en la escala social. Es una espiral inversa y que se mantiene en su cúspide por un juego de equilibrio. Volvamos a su mundo, al de usted. ¿Usted iba a ser nombrado capitán del *Pharaon*?

—Sí.

—¿Iba a casarse con una hermosa joven?

—Sí.

—¿Alguien tenía interés en que usted no fuese capitán del *Pharaon*? ¿Alguien tenía interés en que usted no se casara con Mercedes? Responda

primero a la primera pregunta, el orden es la clave en cualquier problema. ¿Alguien tenía interés en que usted no fuese capitán del *Pharaon*?

—No; yo era muy estimado a bordo. Si los marineros hubieran podido elegir a un jefe, me hubieran elegido a mí. Sólo un hombre tenía algún motivo para desearme algún mal: tuve con él, en el pasado, una pelea y le propuse un duelo que rechazó.

—¿Y entonces? ¿Cómo se llama ese hombre?

—Danglars.

—¿Qué oficio tenía a bordo?

—Agente contable.

—Si usted hubiese sido capitán, ¿le hubiese mantenido en su puesto?

—No, si hubiera dependido de mí, pues había observado algunos desajustes en sus cuentas.

—Bien. Ahora dígame: ¿alguien estuvo presente en su última conversación con el capitán Leclère?

—No, estábamos solos.

—¿Alguien pudo oír la conversación?

—Sí, pues la puerta estaba abierta; e incluso..., espere..., sí, sí, Danglars pasó justo en el momento en el que el capitán Leclère me remitía el paquete para el gran mariscal.

—Bueno —dijo el abate—, estamos en el buen camino. ¿Llevó usted consigo a alguien a tierra cuando desembarcó en la isla de Elba?

—A nadie.

—¿Le entregaron una carta?

—Sí, el gran mariscal.

—¿Y qué hizo usted con esa carta?

—La puse en mi cartera.

—Entonces, ¿llevaba usted la cartera? ¿Cómo una cartera, que debía contener una carta oficial podía caber en el bolso de un marino?

—Tiene usted razón, la cartera estaba a bordo.

—¿Entonces sólo fue a bordo cuando tuvo la carta dentro de la cartera?

—Sí.

—De Portoferraio al barco, ¿qué hizo con esa carta?

—La llevaba en la mano.

—Cuando volvió a embarcar en el *Pharaon*, ¿todo el mundo pudo ver que usted llevaba una carta?

—Sí.

—¿Tanto Danglars como el resto?

—Tanto Danglars como el resto.

—Ahora, escúcheme bien; reúna bien todos sus recuerdos: ¿recuerda usted en qué términos estaba escrita la denuncia?

—¡Oh! Sí, la releí tres veces y se me quedó en la memoria cada palabra.

—Repítamela:

Dantès se recogió un instante.

—Es esta —dijo— textualmente:

»El señor fiscal del rey queda prevenido, por un amigo del trono y de la religión, que el llamado Edmond Dantès, segundo del navío el Pharaon, que ha llegado esta mañana de Esmirna, después de haber tocado los puertos de Nápoles y de Portoferraio, ha sido encargado, por Murat, de llevar una carta al usurpador; y a su vez el usurpador le ha entregado una carta para el comité bonapartista de París. Se obtendrá la prueba de su crimen arrestándole, pues, o la lleva consigo o la tiene en casa de su padre, o en la cabina a bordo del Pharaon.

El abate se encogió de hombros.

—Está tan claro como el agua —dijo—, tiene que haber sido usted muy ingenuo y muy bondadoso como para no haberlo adivinado enseguida.

—¿Usted cree? —exclamó Dantès—. ¡Ah! ¡Sería tan infame!

—¿Cómo era la grafía de la letra anónima?

—Una caligrafía mal hecha.

—¿Desfigurada, no es eso?

—Demasiado arriesgada para ser desfigurada.

—Espere —dijo.

Y cogió la pluma, o más bien lo que él llamaba pluma, la mojó en la tinta, y escribió con la mano izquierda, en una tela preparada al efecto, las dos o tres primeras líneas de la denuncia.

Dantès se echó hacia atrás y miró casi con terror al abate.

—¡Oh! Es asombroso —exclamó— cómo se parece a aquella letra.

—Es que la denuncia fue escrita con la mano izquierda. He observado una cosa —continuó el abate.

—¿Qué?

—Pues que la escritura hecha con la mano derecha varía de unos a otros según quién la escriba, pero si se escribe con la mano izquierda, todas las grafías se parecen.

—¿Es que usted ha visto todo, ha observado todo?

—Continuemos.

—¡Oh! Sí, sí.

—Pasemos a la segunda pregunta.

—Le escucho.

—¿Alguien tenía interés en que no se casase usted con Mercedes?

—¡Sí! Un joven que la quería.

—¿Su nombre?

—Fernand.

—¿Es un nombre español?

—Era catalán.

—¿Cree usted que era capaz de escribir la carta?

—¡No! Ese me hubiera dado una cuchillada, eso es todo.

—¡Oh! Propio de la naturaleza española: un asesinato, sí; una cobardía, no.

—Además —continuó Dantès—, él ignoraba todos los detalles consignados en la denuncia.

—¿Usted no se lo había contado a nadie?

—A nadie.

—¿Ni siquiera a su amante?

—Ni siquiera a mi prometida.

—Es Danglars.

—¡Oh! Ahora ya estoy seguro.

—Espere... ¿Danglars conocía a Fernand?

—No..., sí..., ya me acuerdo...

—¿De qué?

—La víspera de la boda les vi juntos, en el cenador del tío Pamphile, en la misma mesa. Danglars estaba amistoso y burlón, Fernand estaba pálido y descompuesto.

—¿Estaban solos?

—No, estaban con una tercera persona, muy conocida por mí, que sin duda les había presentado, un sastre llamado Caderousse; pero este estaba ya borracho. Espere..., espere... ¿cómo no he recordado eso? Junto a su mesa había un tintero, papel, plumas —Dantès se llevó la mano a la frente —. ¡Oh! ¡Los muy infames! ¡Los muy infames!

—¿Quiere usted saber todavía más? —dijo el abate riendo.

—Sí, sí, ya que usted profundiza tanto, ya que usted ve todo claro, quiero saber por qué solamente fui interrogado una vez, por qué no me llevaron ante los jueces, por qué fui condenado sin sentencia.

—¡Oh! Esto es un poco más grave; la justicia tiene caminos sombríos y misteriosos que son difíciles de indagar. Lo que hemos hecho hasta ahora no es más que un juego de niños; ahora necesitaré que me dé indicaciones más precisas.

—Veamos, pregúnteme, pues de verdad que usted ve más claro en mi vida que yo mismo.

—¿Quién le interrogó? ¿Fue el fiscal del rey, el sustituto o el juez de instrucción?

—Fue el sustituto.

—¿Joven o viejo?

—Joven; de unos veintisiete o veintiocho años.

—¡Bien! No corrompido todavía, pero sí ya ambicioso —dijo el abate

—. ¿De qué manera le trató a usted?

—Con maneras más bien suaves que severas.

—¿Le contó usted todo?

—Todo.

—¿Y sus maneras cambiaron en el curso del interrogatorio?

—Un momento... se alteró cuando leyó la carta que me comprometía; pareció como abrumado por mi desgracia.

—¿Por su desgracia?

—Sí.

—¿Y está usted seguro de que era la desgracia de usted lo que le abrumaba?

—Al menos me dio una gran prueba de su simpatía.

—¿Qué prueba?

—Quemó la única prueba que podía comprometerme.

—¿Qué prueba? ¿La denuncia?

—No, la carta.

—¿Está usted seguro?

—Lo hizo delante de mí.

—Esto es otra cosa; ese hombre podría ser más alevoso de lo que usted cree.

—¡Por mi honor!, me hace usted temblar —dijo Dantès—, ¿es que el mundo va a estar lleno de tigres y de cocodrilos?

—Sí; sólo que esos tigres y cocodrilos de dos pies son mas peligrosos que los otros.

—Continuemos, continuemos.

—Con mucho gusto; ¿entonces dice usted que quemó la carta?

—Sí, diciéndome: «Ya ve que no hay ninguna prueba contra usted; yo la he destruido».

—Esa conducta es demasiado sublime para ser natural.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro de ello. ¿A quién iba dirigida esa carta?

—Al señor Noirtier, calle Coq-Héron, número trece, en París.

—¿Puede usted intuir que ese sustituto tuviera algún interés en hacer desaparecer la carta?

—Quizá; pues me hizo prometer dos o tres veces que, por mi interés —decía— no hablase a nadie de esa carta, me hizo jurar que no pronunciase el nombre que figuraba en la dirección.

—¿Noirtier? —repetía el abate—... Noirtier; yo conocí a un Noirtier en la corte de la antigua reina de Etruria, un Noirtier que había sido

gironдино en la Revolución. ¿Cómo se llamaba ese sustituto?

—De Villefort.

El abate se echó a reír.

Dantès le miró estupefacto.

—¿Qué le ocurre? —dijo.

—¿Ve ese rayo de luz? —preguntó el abate.

—Sí.

—Pues bien, ahora está todo para mí tan claro como ese rayo transparente y luminoso. ¡Pobre hijo, pobre muchacho! ¡Y ese magistrado fue bueno con usted!

—Sí.

—¿Ese digno magistrado, quemó, destruyó la carta?

—Sí.

—Ese honrado proveedor del verdugo le hizo jurar que jamás pronunciase el nombre de Noirtier?

—Sí.

—Ese Noirtier, pobre ciego que está usted hecho, ¿sabe usted quién era ese Noirtier? ¡Ese Noirtier era su padre!

Un rayo caído a los pies de Dantès y que hubiera abierto un abismo tan profundo como para que de su fondo surgiera el Infierno, hubiera causado un efecto menos rápido, menos eléctrico, menos aplastante que esas inesperadas palabras; se levantó echándose ambas manos a la cabeza como para impedir que le explotara.

—¡Su padre!, ¡su padre! —exclamó.

—Sí, su padre, que se llama Noirtier de Villefort —repuso el abate.

Entonces, una luz fulgurante atravesó el cerebro del preso; todo lo que había permanecido oscuro fue iluminado con una resplandeciente luz. Esas tergiversaciones de Villefort durante el interrogatorio, esa carta destruida en el fuego, ese juramento exigido, esa voz casi suplicante del magistrado que en lugar de amenazarle parecía implorar, todo eso se le vino a la memoria; dio un grito, se tambaleó un instante como un hombre ebrio, lanzándose después al hueco que le llevaba de la celda del abate a la suya.

—¡Oh! —dijo— Tengo que estar solo para pensar en todo esto.

Y al llegar a su calabozo, cayó en la cama, donde le encontró el carcelero por la noche, sentado, con los ojos fijos, el gesto contraído, inmóvil y mudo como una estatua.

Durante esas horas de meditación, que se le habían pasado como si hubieran sido segundos, había tomado una terrible resolución y se había hecho un formidable juramento.

Una voz sacó a Dantès de sus ensoñaciones, era la del abate Faria que, una vez recibida la visita del carcelero, venía a invitar a Dantès para que cenara con él. En su calidad de loco reconocido, y sobre todo de loco divertido, el viejo preso gozaba de algunos privilegios, como el de recibir pan un poco más blanco y una pequeña frasca de vino los domingos. Ahora bien, era justamente domingo, y el abate venía a invitar a su compañero a compartir el pan y el vino.

Dantès le siguió: todos los rasgos de su rostro se habían recompuesto y habían tomado su lugar acostumbrado, pero con una reciedumbre y una firmeza, si se puede decir así, que delataban la resolución tomada. El abate le miró fijamente.

—Me arrepiento de haberle ayudado en sus pesquisas y haberle dicho lo que le dije —dijo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Dantès.

—Porque le he infiltrado en el corazón un sentimiento que no tenía: la venganza.

Dantès sonrió.

—Hablemos de otra cosa —dijo.

El abate le miró de nuevo un instante y movió tristemente la cabeza; después, como le había rogado Dantès, habló de otra cosa.

El viejo preso era uno de esos hombres cuya conversación, como la de la gente que ha sufrido mucho, contiene numerosas informaciones y encierra un continuo interés; pero no era una conversación egoísta, y ese desgraciado nunca hablaba de sus desdichas.

Dantès escuchaba cada una de sus palabras con admiración: unas se correspondían con ideas que él ya tenía y con conocimientos extraídos de su condición de marino, otras tocaban asuntos desconocidos para él y, como esas auroras boreales que alumbran a los navegantes en latitudes

australes, mostraban al joven paisajes y horizontes nuevos, iluminados con resplandores fantásticos. Dantès comprendió la dicha que sería para él una mente inteligente que siguiera a ese espíritu elevado en sus alturas morales, filosóficas o sociales por las que habitualmente discurría.

—Debería usted enseñarme un poco de lo que usted sabe —dijo Dantès—, aunque sólo fuera para que no se aburriese usted conmigo. Ahora me parece que usted debe preferir la soledad a un compañero sin educación y sin capacidad como yo. Si le parece que yo le pregunte, me comprometo a no hablarle más de fugas.

El abate sonrió.

—¡Ay! Hijo mío —dijo—, la ciencia humana es bastante limitada, y cuando le haya enseñado matemáticas, física, historia y las tres o cuatro lenguas vivas que hablo, sabrá usted todo lo que yo sé; pues bien, toda esa ciencia, no tardaré más de dos años en pasarla de mi cabeza a la de usted.

—¡Dos años! —dijo Dantès—. ¿Usted cree que podría aprender todas esas cosas en dos años?

—En su aplicación, no; pero en sus principios, sí. Aprender no es saber; existen los eruditos y los sabios; a unos los hace la memoria; a los otros, la filosofía.

—¿Pero no se puede aprender la filosofía?

—La filosofía no se aprende; la filosofía es la reunión de las ciencias adquiridas en el genio que las aplica; la filosofía es la nube resplandeciente sobre la que Cristo posa su pie para ascender al cielo.

—Veamos —dijo Dantès—, ¿qué va a enseñarme en primer lugar? Estoy impaciente por comenzar, tengo sed de ciencia.

—¡Todo! —dijo el abate.

En efecto, desde la tarde, los dos presos dispusieron un plan de educación que comenzaron a ejecutar al día siguiente. Dantès tenía una memoria prodigiosa, una facilidad de comprensión extrema; la disposición matemática de su mente le hacía apto para entender todo por el cálculo, mientras que la poesía del marino corregía aquello que podía haber de demasiado material en una demostración reducida a la sequedad de las cifras o a la rectitud de las líneas; por otra parte, él sabía ya italiano y un poco de romaico que había aprendido en sus viajes a Oriente. Con esas dos

lenguas comprendió pronto el mecanismo de todas las demás, y al cabo de seis meses empezaba a hablar español, inglés y alemán.

Como le había prometido al abate Faria, sea porque la distracción que le ocasionaba el estudio hacía las veces de libertad, sea porque, como ya hemos dicho, fuera un rígido cumplidor de su palabra, ya no hablaba de huir, y los días transcurrían para él rápidos e instructivos. Al cabo de un año, era otro hombre.

En cuanto al abate Faria, Dantès observó que, a pesar de la distracción que su presencia aportaba al cautiverio, cada día estaba más triste. Un pensamiento incesante y eterno parecía asediar su espíritu; caía en profundas meditaciones, suspiraba involuntariamente, se levantaba de pronto, cruzaba los brazos, y se paseaba sombrío por la celda.

Un día, se paró de pronto en medio de uno esos círculos cien veces repetidos dando vueltas por la celda y exclamó:

—¡Ah! ¡Si no hubiera un centinela!

—No habrá centinela si usted lo quiere —repuso Dantès, que seguía el pensamiento del anciano a través de su cabeza como si fuera a través de un cristal.

—¡Ah! Ya se lo dije —repuso el abate—, me repugna el asesinato.

—Y sin embargo, ese asesinato, si fuera cometido, lo sería por instinto de conservación, por un sentimiento de defensa personal.

—No importa, no sabría llevarlo a cabo.

—Pero, sin embargo, piensa en ello.

—Sin cesar, sin cesar —murmuró el abate.

—Y ha encontrado el modo, ¿no es eso? —dijo con viveza Dantès.

—Sí, si sucediera que pusieran en la galería a un centinela ciego y sordo.

—Será ciego, será sordo —respondió el joven en un tono tan resuelto que espantó al abate.

—¡No, no! —exclamó—. Imposible.

Dantès quiso continuar con este tema pero el abate movió la cabeza y se negó a seguir hablando.

Pasaron tres meses.

—¿Está usted fuerte? —preguntó un día el abate a Dantès.

Dantès, sin responder, cogió el escoplo, lo torció como una herradura y lo volvió a enderezar.

—¿Se comprometería a no matar al centinela más que en último extremo?

—Sí, por mi honor.

—Entonces —dijo el abate—, podremos llevar a cabo nuestro objetivo.

—¿Y cuánto tardaremos en llevarlo a cabo?

—Un año, como mínimo.

—¿Pero podremos ponernos manos a la obra?

—De inmediato.

—¡Oh! Vaya, hemos perdido un año —exclamó Dantès.

—¿Le parece a usted que lo hayamos perdido? —dijo el abate.

—¡Oh! Perdón, perdón —exclamó Edmond sonrojándose.

—¡Chsss! —dijo el abate—; un hombre no es más que un hombre; aunque sea usted uno de los mejores que he conocido. Mire, este es mi plan.

El abate mostró entonces a Dantès un dibujo que había trazado: era el plano de su celda, de la celda de Dantès y del corredor que unía la una a la otra. En medio de esa galería establecía un ramal o pasillo como el que se hace en las minas. Ese ramal llevaría a los dos presos bajo la galería en la que se paseaba el centinela; una vez allí, practicarían una ancha excavación, desencajarían una de las baldosas del suelo de la galería; la baldosa, en un momento dado, se hundiría bajo el peso del soldado, que desaparecería enterrado en el hueco; Dantès se echaría sobre él en el momento en el que, aturdido por la caída, no podría defenderse, le ataría, le amordazaría, y entonces los dos, saliendo por una de las ventanas de la galería, se descolgarían a lo largo del muro exterior con la ayuda de la escala de mano y estarían a salvo.

Dantès aplaudió y sus ojos echaban chispas de alegría; el plan era tan simple que debía salir bien.

El mismo día, los dos mineros se pusieron manos a la obra con gran ardor, pues ese trabajo sucedía a un largo reposo y no hacía más que desarrollar, según todas las probabilidades, el pensamiento íntimo y secreto de cada uno de ellos.

Nada les interrumpía hasta la hora en la que ambos se veían forzados a volver a sus celdas para recibir la visita del carcelero. Por lo demás, se habían acostumbrado a captar, por el imperceptible ruido de sus pasos, el momento en el que ese hombre bajaba, y nunca, ni uno ni otro, se vieron sorprendidos de improviso. La tierra que extraían de la nueva galería, y que hubiera acabado por taponar el antiguo corredor, era arrojada poco a poco, y con inauditas precauciones, por una ventana o por otra de ambas celdas; la trituraban con cuidado hasta convertirla en polvo y el viento de la noche la arrastraba lejos sin dejar rastro.

Más de un año transcurrió en esa tarea ejecutada con un escoplo, un cuchillo y una palanca de madera como toda herramienta; a lo largo de ese año, y sin dejar de trabajar, Faria continuaba instruyendo a Dantès, le hablaba en una o en otra lengua, enseñándole la historia de las naciones y de los grandes hombres que dejan tras ellos, de vez en cuando, una de esas estelas luminosas a las que llamamos gloria. El abate, hombre de mundo y del gran mundo, tenía además en sus maneras una especie de majestuosidad melancólica de la que Dantès, gracias a su espíritu de asimilación del que la naturaleza le había dotado, supo extraer esa cortesía elegante de la que él adolecía y esas maneras aristocráticas que se adquieren en general del roce con las clases altas o del trato con hombres superiores.

Al cabo de quince meses, el hueco estaba terminado; la excavación iba por debajo de la galería; se oía pasar y volver a pasar al centinela, y los dos obreros, que se vieron forzados a esperar una noche oscura y sin luna para que su evasión fuese más segura aún, sólo tenían un temor: era que el suelo resultase demasiado presuroso en hundirse bajo los pies del soldado. Obviaron ese inconveniente colocando una especie de pequeña viga, que habían encontrado en los cimientos, como soporte. Dantès estaba ocupado en esa tarea cuando oyó de repente que el abate Faria, quien se había quedado en la celda del joven, donde por su parte se ocupaba en afilar una clavija para sujetar la escala de mano, le llamaba angustiosamente. Dantès volvió de inmediato a la celda y vio al abate de pie en medio de la habitación, pálido, con la frente sudorosa y las manos crispadas.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó Dantès—. ¿Qué pasa, qué le ocurre?

—¡Rápido!, ¡rápido! —dijo el abate—. Escúcheme.

Dantès miró el rostro lívido de Faria, sus ojos con un cerco azulado, sus labios blancos, su cabello erizado; y del susto dejó caer el escoplo que tenía en la mano.

—¿Pero qué pasa? —exclamó Edmond.

—¡Estoy perdido! —dijo el abate—. Escúcheme. Me va a dar un ataque terrible, mortal quizá; el acceso llega, lo siento; ya lo sufrí el año anterior a mi encarcelamiento. Para ello sólo hay el remedio que voy a explicarle: vaya de prisa a mi calabozo, levante la pata del camastro; esa pata está hueca, allí encontrará un frasquito medio lleno de un licor rojo, tráigamelo; o mejor, no, no, podrían sorprendernos aquí. Ayúdeme a volver a mi celda mientras me quedan aún fuerzas. ¿Quién sabe lo que puede sucederme durante el ataque?

Dantès, sin perder la cabeza, aunque el dolor que le golpeaba fuera inmenso, bajó por el corredor arrastrando a su desgraciado compañero y, llevándole con una pena infinita al extremo opuesto, llegó a la celda y lo acostó en la cama.

—Gracias —dijo el abate con todos sus miembros temblando como si saliera del agua helada—. El ataque llega, voy a caer en catalepsia; quizá me quede inerte, quizá no exhale ni una queja; pero tal vez eche espuma por la boca, me ponga rígido y grite; trate de que no se oigan mis gritos, es lo importante, pues entonces me cambiarían de celda y nos veríamos separados para siempre. En cuanto me vea inmóvil, frío y como muerto, por así decir, solamente en ese instante, óigame bien, ábrame las mandíbulas con el cuchillo, écheme en la boca ocho o diez gotas de ese licor, y quizá pueda volver en mí.

—¿Quizá? —exclamó dolorosamente Dantès.

—¡Socorro!, ¡socorro! —exclamó el abate—. Me... me...

El ataque fue tan rápido y tan violento que el desgraciado preso no pudo terminar la frase; una nube pasó por su frente, rápida y sombría como una tempestad en el mar; la crisis le dilató los ojos, le torció la boca, le sonrojó las mejillas; se agitó, echó espuma, se puso rojo; pero, tal como lo había recomendado él mismo, Dantès ahogó sus gritos bajo la manta. El ataque le duró dos horas. Entonces, más inerte que una masa, más pálido y

más frío que el mármol, más roto que una caña pisoteada, se desplomó, se puso aún más rígido y más lívido que en la última convulsión.

Edmond esperó a que esa muerte aparente hubiera invadido todo el cuerpo y le hubiera helado hasta el corazón; entonces cogió el cuchillo, se lo puso entre los dientes, le separó con infinito esfuerzo las mandíbulas, contó una a una diez gotas del licor rojo, y esperó.

Transcurrió una hora sin que el anciano diera señales de vida. Dantès temía haber esperado demasiado y le observaba, llevándose las manos a la cabeza. Por fin una ligera coloración iba apareciendo en sus mejillas, sus ojos, que se mantenían abiertos y átonos, recobraron la mirada, un débil suspiro se le escapaba de la boca, e hizo un ligero movimiento.

—¡Salvado!, ¡salvado! —exclamó Dantès.

El enfermo todavía no podía hablar, pero, con una ansiedad visible extendió la mano hacia la puerta. Dantès escuchó y oyó los pasos del guardián: iban a ser las siete y Dantès no se había ocupado de calcular el tiempo.

El joven dio un salto hacia la abertura, entró y volvió a colocar la baldosa desde el interior por encima de su cabeza, y volvió a su celda.

Un instante después se abrió la puerta, y el carcelero, como de costumbre, encontró al preso sentado en la cama.

En cuanto se dio la vuelta, en cuanto el ruido de los pasos se fue perdiendo por el corredor, Dantès, devorado por la inquietud, sin pensar en comer, volvió sobre sus pasos por el túnel y, levantando con la cabeza la baldosa, entró en la celda del abate.

Este había vuelto en sí pero seguía tumbado en la cama, inerte y sin fuerzas.

—No contaba con volver a verle —dijo a Dantès.

—¿Cómo es eso? —preguntó el joven—. ¡Es que contaba con morirse!

—No; pero todo está preparado para la evasión y contaba con que hubiese usted huido.

Un rubor de indignación coloreó las mejillas de Dantès.

—¡Sin usted! —exclamó—. ¿Es que cree usted realmente que yo sería capaz de eso?

—Es que ahora veo que me he equivocado —dijo el enfermo—. ¡Ah! Me siento muy débil, muy roto, muy anonadado.

—¡Ánimo! Ya le volverán las fuerzas —dijo Dantès sentándose en el camastro de Faria y cogiéndole las manos.

El abate meneó la cabeza.

—La última vez —dijo— la crisis duró una media hora, y después tenía hambre y me levanté sin más; hoy no puedo mover la pierna y el brazo derecho; siento la cabeza oprimida, lo que prueba una hinchazón del cerebro. La próxima vez, me quedaré totalmente paralizado y moriré en el acto.

—No, no, tranquilícese, no va a morir; si llega ese tercer ataque, le encontrará siendo libre. Le salvaremos como esta vez o mejor que esta vez, pues entonces tendremos todos los recursos necesarios.

—Amigo mío —dijo el anciano—, no se engañe, la crisis que acabo de pasar me condena a prisión perpetua: para huir, hay que poder andar.

—Pues bien, esperaremos ocho días, un mes, dos meses, si es necesario; mientras tanto, recuperará las fuerzas; todo está preparado para nuestra huida, y tenemos la libertad de escoger la hora y el momento. El día en que se sienta con fuerzas para nadar, pues bien, ese día llevaremos a cabo nuestro proyecto.

—Ya no volveré a nadar —dijo Faria—, tengo el brazo paralizado, no por un día, sino para siempre. Levántelo usted mismo y vea cómo pesa.

El joven le levantó el brazo, que volvió a caer insensible. Suspiró.

—Ahora está convencido, ¿no es así, Edmond? —dijo Faria—. Créame que sé lo que me digo, desde el primer ataque de este mal, no he dejado de reflexionar. Me lo esperaba, pues es una herencia de familia; mi padre murió en la tercera crisis, mi abuelo, también. El médico que me compuso este licor, y que no es otro que Cabanis, me predijo la misma suerte.

—El médico se equivoca —exclamó Dantès—; en cuanto a la parálisis, no me preocupa, le pondré sobre mis hombros y nadaré sujetándole.

—Muchacho —dijo el abate—, usted es marino, es nadador, y en consecuencia debe saber que un hombre cargando con un fardo así no haría ni cincuenta brazadas en el mar. Deje de engañarse con quimeras que ni siquiera engañan a su excelente corazón; me quedaré aquí hasta que suene

la hora de mi liberación, que ya no puede ser otra más que la hora de mi muerte. En cuanto a usted, ¡huya!, ¡váyase! Usted es joven, hábil y fuerte, no se preocupe por mí, le devuelvo su palabra.

—Está bien —dijo Dantès—. Entonces, yo también me quedo.

Después, levantándose y extendiendo una mano solemnemente sobre el anciano:

—¡Por la sangre de Cristo, juro no abandonarle sino con la muerte!

Faria observó a este joven tan noble, tan sencillo, tan digno y leyó en sus rasgos, animados por la expresión de la entrega más pura, la sinceridad de su afecto y la lealtad de su juramento.

—Vamos —dijo el enfermo—, lo acepto, gracias.

Después, tendiéndole la mano:

—Será quizá recompensado por esa dedicación tan desinteresada —le dijo—; pero como yo no puedo huir, y usted no quiere, es preciso que taponemos el subterráneo que hicimos en la galería: el soldado puede descubrir, al andar, la sonoridad del hueco minado, llamar la atención del inspector y entonces seríamos descubiertos y nos separarían. Vaya a hacer esa tarea en la que, por desgracia, no puedo ayudarle; emplee toda la noche, si es necesario, y no vuelva hasta mañana por la mañana tras la visita del carcelero; tengo que decirle algo importante.

Dantès cogió la mano del abate, que le tranquilizó con una sonrisa, y salió con esa obediencia y ese respeto que profesaba a su viejo amigo.

Capítulo XVIII

El tesoro

Cuando Dantès volvió al día siguiente por la mañana a la celda de su compañero de cautiverio, encontró a Faria sentado, con el rostro tranquilo.

Bajo el rayo de luz que se deslizaba a través de la estrecha ventana de la celda, tenía en su mano izquierda, la única, recordemos, que le quedaba útil, un trozo de papel abierto, pero que por la costumbre de estar enrollado finamente, mantenía la forma de un cilindro difícil de desplegar.

Sin decir nada mostró el papel a Dantès.

—¿Qué es esto? —preguntó este.

—Mire bien —dijo el abate sonriendo.

—Miro con toda atención —dijo Dantès—, y no veo más que un papel medio quemado, y en el que hay trazada con una tinta especial una serie de caracteres góticos.

—Este papel, amigo mío —dijo Faria—, es —y ahora ya puedo confesarle todo, puesto que me ha dado pruebas para ello—, este papel es mi tesoro, del que a partir de hoy le pertenece la mitad.

Un sudor frío empapó la frente de Dantès. Hasta ese día, ¡y durante cuánto tiempo!, había evitado hablar con Faria de ese tesoro, fuente de la acusación de locura que pesaba sobre el pobre abate; con su delicadeza

instintiva, Dantès había preferido no tocar esa cuerda tan dolorosamente vibrante; y, por su parte, Faria se había callado. Dantès había tomado el silencio del anciano como una vuelta a la razón; hoy, esas palabras que se le escapaban a Faria después de una crisis tan penosa parecían anunciar una grave recaída en su alienación mental.

—¿Su tesoro? —balbuceó Dantès.

Faria sonrió.

—Sí —dijo—; tiene usted un noble corazón en todos los sentidos, Edmond, y comprendo por su palidez y su temblor lo que se le pasa por la cabeza en este momento. No, esté usted tranquilo, no estoy loco. Ese tesoro existe, Dantès, y si a mí no me ha sido dado poseerlo, usted lo poseerá. Nadie ha querido ni escucharme, ni creerme porque me creían loco; pero usted, que debe ya saber que no lo estoy, escúcheme, y me creerá después si usted quiere.

«¡Ay!», murmuró Dantès para sí mismo, «¡ya ha recaído de nuevo! Sólo me faltaba esta desgracia».

Y después le dijo en voz alta:

—Amigo mío, la crisis tal vez le ha fatigado, ¿no querrá descansar un poco? Mañana, si lo desea, oiré su historia, pero hoy quiero cuidarle, eso es todo. Además —continuó, sonriendo—, un tesoro, ¿es que nos corre mucha prisa?

—¡Mucha, Edmond! —respondió el anciano—. ¡Quién sabe si mañana, o pasado mañana, tal vez, no me dé un tercer ataque! ¡Piense entonces que todo habrá acabado! Sí, es cierto, a menudo pensé con un amargo placer en esas riquezas, que harían la fortuna de diez familias, y que se perderían para todos esos hombres que me han perseguido: esa idea era mi venganza, venganza que saboreaba lentamente en las noches de mi calabozo y en la desesperación de mi cautiverio. Pero ahora que he perdonado al mundo, por amor a usted, ahora que le veo joven y lleno de futuro, ahora que pienso en toda la felicidad que puede resultar para usted el conocer esta revelación, me estremezco por el retraso y tiemblo por si no garantizo a un propietario tan digno como lo es usted la posesión de tantas riquezas ocultas.

Edmond volvió la cabeza suspirando.

—Usted persiste en su incredulidad, Edmond —prosiguió Faria—, ¿es que mi voz no le ha convencido? Veo que necesita pruebas. Pues bien, lea este papel que no he enseñado a nadie.

—Mañana, querido amigo —dijo Edmond, que no quería prestarse a la locura del anciano—; creo que estaba convenido en que no hablaríamos de ello hasta mañana.

—Hablabamos mañana, pero lea este papel hoy.

«No le irritemos», pensó Edmond.

Y cogiendo el papel, del que faltaba la mitad, consumida tal vez por algún accidente, leyó:

*Este tesoro que puede ascender a dos
de escudos romanos en la parte más al
de la segunda abertura, el cual
declaro pertenecerle en todo pro
dero*

25 de abril de 149

—Y bien —dijo Faria cuando el joven terminó de leerlo.

—Pero —respondió Dantès—, aquí no veo más que líneas que se cortan, palabras que no siguen en una frase; las letras están medio quemadas y son ininteligibles.

—Para usted, querido amigo, que las lee por primera vez, pero no para mí que he estado sobre ellas miles de noches, que he reconstruido cada frase y que he completado cada pensamiento.

—¿Y ha creído que le ha encontrado un sentido?

—Estoy seguro de ello; usted juzgará por sí mismo, pero antes escuche la historia de este documento.

—¡Silencio! —exclamó Dantès—... ¡oigo pasos!... alguien viene..., me voy..., ¡adiós!

Y Dantès, contento por escaparse de la historia y de su explicación que no hubiesen dejado de confirmarle el mal que aquejaba a su compañero, se deslizó como una culebra por el estrecho pasadizo, mientras que Faria, entregado a una especie de actividad causada por el terror, empujó con el

pie la baldosa que recubrió con una estera, a fin de ocultar la discontinuidad del suelo que no había tenido tiempo de hacer desaparecer.

Era el gobernador, que al saber por el carcelero la crisis sufrida por Faria, venía a asegurarse por sí mismo de su gravedad.

Faria le recibió sentado, evitó cualquier gesto comprometedor, y consiguió ocultar al gobernador la parálisis que ya había tocado de muerte la mitad de su persona. El temor era que el gobernador, llevado por la compasión, quisiera llevarle a un lugar más sano separándole así de su joven amigo. Pero felizmente no fue así, y el gobernador se retiró convencido de que su pobre loco, por quien sentía en el fondo de su corazón un cierto afecto, no adolecía sino de una ligera indisposición.

Mientras tanto, Edmond, sentado en la cama y con la cabeza entre las manos, intentaba reunir sus pensamientos; todo era tan razonable, tan grande y tan lógico en Faria desde que él le conocía, que no podía comprender esa suprema sabiduría aliada a la sinrazón en una misma persona: ¿era Faria el que se engañaba respecto al tesoro, o era todo el mundo el que se engañaba respecto a Faria?

Dantès se quedó en su celda durante todo el día, sin atreverse a ir a ver a su amigo. Intentaba así retrasar el momento en el que adquiriera la certeza de que el abate estaba loco. Esta convicción era espantosa para él.

Pero al llegar la noche, después de la hora de la visita ordinaria, Faria, al ver que el joven no volvía, intentó franquear él mismo el espacio que les separaba. Edmond se sobresaltó al oír los dolorosos esfuerzos que hacía el anciano para arrastrarse: tenía una pierna inerte y no podía utilizar un brazo. Edmond se vio obligado a tirar de él, pues nunca hubiera salido solo por la estrecha abertura que daba a la celda de Dantès.

—Aquí estoy, encarnizadamente decidido a perseguirle —dijo con una sonrisa resplandeciente de benevolencia—. Creyó usted que se escapaba de mi magnificencia, pero no será así. Escúcheme.

Edmond vio que no podía dar marcha atrás; ayudó al anciano a sentarse en el camastro y él mismo se sentó junto a él en el taburete.

—Usted sabe —dijo el abate—, que yo era el secretario, el confidente, el amigo del cardenal Spada, el último de los príncipes de ese nombre. A ese digno señor le debo todas las cosas buenas de las que he disfrutado en

la vida. Él no era rico, aunque las riquezas de su familia fueran proverbiales y que oí a menudo decir: Rico como un Spada. Pero él, siguiendo el dicho popular, vivía con esa reputación de opulencia. Su palacio fue mi paraíso. Yo eduqué a sus sobrinos, que ya han muerto, y cuando se quedó solo en el mundo, yo le devolví, con una entrega absoluta a sus voluntades, todo lo que él había hecho por mí desde hacía diez años.

»Enseguida, la casa del cardenal no tuvo secretos para mí; a menudo había visto trabajar a Monseñor consultando libros antiguos e investigando ávidamente en el polvo de los manuscritos de la familia. Un día, en el que yo le reprochaba sus inútiles veladas y esa especie de abatimiento que las seguía, me miró sonriendo amargamente y me abrió un libro que es la historia de la ciudad de Roma. En él, en el capítulo xx de *La vida del papa Alejandro VI*, había las siguientes líneas que nunca he podido olvidar:

»Las grandes guerras de la Romaña habían terminado. Cesar Borgia, que había acabado su conquista, necesitaba dinero para comprar Italia entera. El papa necesitaba igualmente dinero para terminar con Luis XII, rey de Francia, todavía temible a pesar de los reveses sufridos. Se trataba, pues, de hacer una buena especulación, lo que resultaba difícil en esa pobre Italia agotada.

»Su Santidad tuvo una idea. Resolvió nombrar dos cardenales.

»Al escoger dos de los grandes personajes de Roma, dos personajes sobre todo ricos, esto es lo que recibía el Santo Padre de su especulación: en primer lugar, tenía que vender los altos cargos y los magníficos empleos de los que eran poseedores esos dos cardenales; además, podía contar con un precio muy brillante de la venta de esos dos capelos cardenalicios.

»Quedaba una tercera parte de especulación que aparecerá enseguida.

»El papa y Cesar Borgia encontraron en primer lugar a los dos futuros cardenales: se trataba de Giovanni Rospigliosi, que ostentaba por sí solo cuatro de las más altas dignidades de la Santa Sede, y Cesar Spada, uno de los más nobles y de los más ricos romanos. Uno y otro conocían el precio de semejante favor del papa. Ambos eran ambiciosos. Una vez decidido, Cesar encontró enseguida compradores para los cargos de ambos.

»De todo ello resultó que Rospigliosi y Spada pagaron para ser cardenales, y que otros ocho pagaron para obtener los cargos que anteriormente tenían los dos cardenales de reciente creación. De esta manera entraron en las arcas de los especuladores ochocientos mil escudos.

»Pasemos a la última parte de la especulación, es el momento. El papa, habiendo colmado de halagos a Rospigliosi y a Spada, habiéndoles conferido las insignias del cardenalato, seguro de que, para pagar su deuda, no ficticia, por su agradecimiento, habrían tenido que acercarse y vender su fortuna para asentarse en Roma, el papa y Cesar Borgia invitaron a cenar a los dos cardenales.

»Hubo una discusión entre el Santo Padre y su hijo; Cesar pensaba que podía usar de uno de los medios que tenía siempre a la disposición de sus amigos íntimos; a saber: en primer lugar de la famosa llave con la que rogaba a determinada persona que fuera a abrir cierto armario. Esta llave estaba provista de una pequeña punta de hierro, negligencia de un operario. Cuando la persona en cuestión tenía que forzar la llave para abrir el armario, cuya cerradura era difícil, se picaba con esa pequeña punta y moría al día siguiente. Había también la sortija de cabeza de león que Cesar se ponía en el dedo cuando estrechaba la mano a la persona indicada. El león mordía la epidermis de esas manos elegidas y la mordedura era mortal al cabo de veinticuatro horas.

»Cesar propuso, pues, a su padre, bien enviar a los cardenales a abrir el armario, bien dar a cada uno de ellos un cordial apretón de manos, pero Alejandro VI le respondió:

»“No escatimemos una cena cuando se trata de esos excelentes cardenales Spada y Rospigliosi. Algo me dice que recuperaremos ese dinero. Además, os olvidáis, Cesar, de que una indigestión se declara rápidamente, mientras que una picadura o una mordedura no causan efecto más que un día o dos después.”

»Cesar se rindió ante ese razonamiento. Por ello, los dos cardenales fueron invitados a cenar.

»Se sirvió la mesa en la viña que poseía el papa cerca de San Pietro in Vincoli, encantadora estancia cuya reputación conocían bien los

cardenales.

»Rospigliosi, aturdido por su nueva dignidad, dispuso su estómago y su mejor cara. Spada, hombre prudente y que amaba únicamente a su sobrino, joven capitán con un gran futuro, cogió papel y pluma e hizo testamento.

»Después, mandó avisar a su sobrino para que lo esperara en los alrededores de la viña, pero parece ser que el sirviente no le encontró.

»Spada conocía la costumbre de esas invitaciones. Desde que el cristianismo, evidentemente civilizador, había llevado sus progresos a Roma, ya no era un centurión el que llegaba de parte del tirano a decir: “Cesar desea que mueras”; sino que era un legatario *ad latere* quien venía, con la sonrisa en los labios, a decir de parte del papa: “Su Santidad desea cenar con vos”.

»Spada salió, pues, sobre las dos de la tarde hacia la viña de San Pietro in Vincoli; el papa le estaba esperando. El primer rostro que llamó la atención de Spada fue el de su propio sobrino, todo engalanado y gentil y a quien Cesar Borgia prodigaba de atenciones. Spada palideció; y Cesar, que le echó una mirada llena de ironía, dejó ver que todo estaba previsto, que la trampa estaba bien montada.

»Cenaron. Spada sólo había podido preguntar a su sobrino: “¿Habéis recibido mi mensaje?”. El sobrino respondió que no y comprendió perfectamente la importancia de esa pregunta: era demasiado tarde, pues acababa de beber un vaso de un excelente vino traído expresamente para él por el sumiller del papa. Spada vio en el mismo momento que le acercaban otra botella de la que le ofrecieron con liberalidad. Una hora después, un médico les declaró a ambos envenenados con colmenillas tóxicas. Spada murió en el umbral de la viña, el sobrino espiraba a la puerta de su casa haciendo un gesto a su mujer, gesto que ella no comprendió.

»Enseguida Cesar y el papa se apresuraron a invadir la heredad, bajo pretexto de buscar los papeles de los difuntos. Pero la herencia consistía en esto: un trozo de papel en el que Spada había escrito:

»Lego a mi bienamado sobrino mis cofres, mis libros, entre los que está mi breviario de canto de oro, deseando que guarde este

recuerdo de su amado tío.

»Los herederos buscaron por todas partes, admiraron el breviario, se apoderaron de los muebles y se asombraron de que Spada, el hombre rico, fuera en realidad el más miserable de los tíos; tesoros, ninguno: a no ser que se llame tesoros la ciencia encerrada en la biblioteca y en los laboratorios.

»Eso fue todo. Cesar, y el papa, su padre, buscaron orfebrería y, además, dinero en monedas; pero el sobrino había tenido tiempo de decir a su mujer al entrar: “buscad entre los papeles de mi tío, hay un testamento auténtico”.

»Buscaron más activamente aún, si cabe, de lo que lo habían hecho los augustos herederos. Fue en vano: quedaban dos palacios y una viña detrás del Palatino. Pero en esa época los bienes inmobiliarios tenían un valor mediocre; los dos palacios y la casa de campo quedaron en la familia, como bienes indignos de la rapacidad del papa y de su hijo.

»Pasaron los meses y los años: Alejandro VI murió envenenado, ya sabéis por qué equivocación; Cesar, envenenado al mismo tiempo que él, se libró de la muerte con un cambio de piel como hacen las serpientes, y revistiendo una nueva en la que el veneno había dejado unas manchas como las que vemos en la piel de un tigre; finalmente, al verse obligado a abandonar Roma, acabó dejándose matar en una escaramuza nocturna que la Historia ha casi olvidado.

»Después de la muerte del papa, después del exilio de su hijo, todo el mundo esperaba, en general, que la familia Spada recobrase el tren de vida principesca que llevaban en vida del cardenal Spada; pero no fue así. Los Spada permanecieron en un dudoso bienestar, un misterio eterno pesó sobre aquel sombrío asunto, y el rumor público fue que Cesar, mejor político que su padre, había arrebatado al papa la fortuna de los dos cardenales; digo de los dos, porque el cardenal Rospigliosi, que no había tomado ninguna precaución, fue totalmente desvalijado.

»Hasta ahora —interrumpió Faria sonriendo—, esto no le parece demasiado insensato, ¿no es así?

—¡Oh, amigo mío! —dijo Dantès—. Al contrario, me parece que estoy leyendo una crónica llena de interés. Continúe, se lo ruego.

—Continúo:

»La familia se acostumbró a esa oscuridad. Pasaron los años; entre los descendientes, unos fueron soldados, otros, diplomáticos; unos, gente de Iglesia, otros, banqueros; unos se enriquecieron, otros acabaron de arruinarse. Llego al último de la familia, aquel del que fui secretario, al conde de Spada. Muchas veces le oí quejarse de la desproporción de su fortuna con su rango, así que yo le había aconsejado que pusiera los pocos bienes que le quedaban en rentas vitalicias; siguió el consejo y pudo duplicar sus rentas.

»El famoso breviario se había quedado en la familia, y era el conde de Spada quien lo tenía: lo habían conservado de padres a hijos, pues la extraña cláusula del único testamento que se encontró hacía de él una verdadera reliquia guardada con una supersticiosa veneración por la familia; era un libro que llevaba grabadas las más hermosas estampas góticas, y tan recargado de oro que un criado lo llevaba siempre delante del cardenal en los días de grandes solemnidades.

»En vista de los papeles de todas clases, títulos, contratos, pergaminos, que se guardaban en los archivos de la familia, que venían todos del cardenal envenenado, me puse a mi vez, como los veinte servidores, los veinte intendentes, los veinte secretarios que me habían precedido, me puse a compulsar los formidables legajos; a pesar de la actividad y de la fe de mis investigaciones, no encontré absolutamente nada. Sin embargo, yo había leído, e incluso escrito, una historia exacta y seguida casi día a día de la familia de los Borgia, con el único fin de asegurarme si sobrevino a estos príncipes un aumento de fortuna a la muerte de mi cardenal Cesar Spada, y sólo encontré la suma de los bienes del cardenal Rospigliosi, su compañero de infortunio.

»Estaba, pues, casi seguro de que la herencia no había beneficiado ni a los Borgia ni a la familia Spada, sino que había quedado sin dueño, como esos tesoros de los cuentos árabes que duermen en el seno de la tierra bajo la mirada de un genio. Investigué, conté, sopesé miles de veces las rentas y

los gastos de la familia desde hacía trescientos años: todo fue inútil, me quedé en la ignorancia, y el conde de Spada, en su miseria.

»Mi patrón murió. De su renta vitalicia había exceptuado sus papeles de familia, su biblioteca compuesta de cinco mil volúmenes y su famoso breviario. Me legó todo eso, con mil escudos romanos que poseía en dinero contante, a condición de que le dedicara unas misas de aniversario y que hiciera un árbol genealógico y una historia de su casa, lo que llevé a cabo con gran exactitud...

»Tranquilícese, mi querido Edmond, nos acercamos al final.

»En 1807, un mes antes de mi detención y quince días después de la muerte del conde de Spada, el 25 del mes de diciembre —comprenderá enseguida por qué la memorable fecha ha quedado imborrable en mi recuerdo— releía por milésima vez esos papeles que yo coordinaba, pues, al pertenecer el palacio a otro dueño, yo iba a dejar Roma para establecerme en Florencia, llevándome unos doce mil libros que poseía, mi biblioteca y mi famoso breviario, cuando, cansado de ese estudio tan asiduo, e indispuesto por una comida demasiado pesada, dejé caer la cabeza sobre la mesa y me quedé dormido: eran las tres de la tarde.

»Me desperté cuando el reloj de péndulo daba las seis.

»Levanté la cabeza y me encontré en la más absoluta oscuridad. Llamé para que me trajeran alguna luz, nadie acudió; resolví entonces buscarla yo mismo. Era, por otra parte, una costumbre de filósofo que necesitaría adquirir. Tomé en una mano una vela ya preparada, y con la otra busqué un papel, al comprobar que la caja no tenía cerillas, para encenderlo con los restos de la llama que quedaba en la chimenea; pero, temiendo coger un papel valioso en lugar de uno que no sirviera para nada, dudé un poco, cuando recordé haber visto en el famoso breviario un papel viejo, amarillento por arriba, y que parecía que había servido de marcapáginas, y que había permanecido a lo largo de los siglos en el mismo sitio, por la veneración de los herederos. Busqué, a tientas, esa hoja inservible y la encontré, la retorcí, la acerqué a la mortecina llama, y la encendí.

»Pero, bajo mis dedos, como por arte de magia, a medida que el fuego subía, vi unas letras amarillentas que salían del papel blanco y se fijaban en la hoja; entonces, me asusté: estrujé el papel entre las manos, apagué el

fuego, encendí directamente la vela en la chimenea, volví a abrir con indecible emoción la carta arrugada, y reconocí que una misteriosa tinta simpática había trazado esas letras, aparentemente sólo al contacto con el calor. Un poco más de un tercio del papel se había consumido con la llama: es ese papel que leyó esta mañana; vuelva a leerlo, Dantès; después, cuando lo haya releído, le completaré las frases interrumpidas y el sentido completo.

Y Faria, en silencio, entregó el papel a Dantès, quien, esta vez, volvió a leer con avidez las palabras siguientes trazadas con una tinta roja, como de herrumbre:

*Este día 25 de abril de 1498, ha
Alejandro VI, y temiendo que no
quiera además heredar de mí, y reser
y Bentivoglio, muertos envenenados,
mi heredero universal, que he es
por haberlo visitado conmigo, es decir en
isla de Montecristo, todo lo que pos
rías, diamantes, joyas; tesoro cuya exis
que puede ascender más o menos a dos mil
encontrará levantando la vigésima pie
cala del este en línea recta. Dos aber
en esas grutas: el tesoro está en la parte más a
el cual tesoro le lego y le cedo en to
único heredero.*

25 de abril de 1498

—Ahora —repuso el abate—, lea este otro papel.

Y mostró a Dantès una segunda hoja con otros fragmentos de líneas. Dantès lo cogió y leyó:

*biendo sido invitado a cenar por Su Santidad
contento con haberme hecho pagar el capelo cardenalicio,*

*varme la misma suerte de los cardenales Crapara
declaro a mi sobrino Guido Spada,
condido en un lugar que él conoce
las grutas de la pequeña
eía en lingotes, en oro-moneda, pedre-
tencia yo conozco, que
lones de escudos romanos, y que
dra a partir de la pequeña
turas han sido practicadas
lejada de la segunda,
tal propiedad, como a mi
AR † SPADA*

Faria le seguía ardientemente con la mirada.

—Y ahora —dijo, cuando vio que Dantès había llegado a la última línea— junte los dos fragmentos y juzgue usted mismo.

Dantès obedeció; los dos fragmentos juntos formaban el conjunto siguiente:

Este día 25 de abril de 1498, ha...biendo sido invitado a cenar por Su Santidad Alejandro VI, y temiendo que no... contento con haberme hecho pagar el capelo cardenalicio, quiera además heredar de mí, y reser...varme la misma suerte de los cardenales Crapara y Bentivoglio, muertos envenenados, ... declaro a mi sobrino Guido Spada, mi heredero universal, que he es...condido en un lugar que él conoce por haberlo visitado conmigo, es decir en... las grutas de la pequeña isla de Montecristo, todo lo que pos...eía en lingotes, en oro-moneda, pedrerías, diamantes, joyas; tesoro... cuya existencia yo conozco, que puede ascender más o menos a dos mil...lones de escudos romanos, y que encontrará levantando la vigésima pie...dra a partir de la pequeña cala del este en línea recta. Dos aber...turas han sido practicadas en esas grutas: el tesoro está en la parte más a...lejada de la segunda, el

cual tesoro le lego y le cedo en to...tal propiedad, como a mi único heredero.

25 de abril de 1498

CES...AR † SPADA

—Y bien, ¿comprende ahora?

—¿Era la declaración del cardenal Spada y el testamento que buscaban desde hacía tanto tiempo? —dijo Edmond todavía incrédulo.

—¡Oh! Sí, mil veces sí.

—¿Quién lo ha reconstruido así?

—Yo, que con la ayuda del fragmento que quedaba adiviné el resto, midiendo la longitud de las líneas con las del papel y descubriendo el sentido de lo quemado a través del sentido visible, como uno se guía en un subterráneo con un residuo de luz que viene de arriba.

—¿Y qué hizo usted cuando creyó tener esa convicción?

—Quise marchar, y de hecho me fui en el mismo instante, llevando conmigo el comienzo de mi gran obra sobre la unidad del reino de Italia; pero desde hacía tiempo la policía imperial, que en ese momento, al contrario de lo que después quiso Napoleón, cuando le nació el hijo, en ese momento, digo, quería la división de las provincias, había puesto los ojos sobre mí: mi precipitada marcha, cuya causa sin embargo estaba bien lejos de adivinar, despertó sus sospechas y en el momento en el que me embarcaba en Piombino, fui detenido.

»Ahora —continuó Faria mirando a Dantès con una expresión casi paternal—, ahora, amigo mío, usted sabe tanto como yo: si alguna vez huimos juntos, la mitad de mi tesoro es suyo; si muero aquí, y usted consigue huir, ese tesoro le pertenece en su totalidad.

—Pero —preguntó Dantès dudando—, ese tesoro, ¿es que no queda algún dueño más legítimo que nosotros?

—No, no, tranquilícese, la familia se ha extinguido completamente; además, el último conde de Spada me declaró su heredero; al legarme el simbólico breviario, me legó todo lo que contenía; no, no, tranquilícese: si conseguimos esa fortuna, podremos disfrutarla sin remordimientos.

—Y dice usted que ese tesoro consiste en...

—Dos millones de escudos romanos, unos trece millones en nuestra moneda.

—¡Imposible! —dijo Dantès espantado por la enormidad de la suma.

—¡Imposible! ¿Por qué? —repuso el anciano—. La familia Spada era una de las más antiguas y de las más poderosas familias del siglo xv. Además, en aquellos tiempos, en los que cualquier especulación y cualquier industria eran inexistentes, esos tesoros en oro y en joyas no eran raros, todavía hoy hay familias romanas que mueren de hambre junto a un millón en diamantes y en piedras preciosas transmitidas por mayorazgo y a las que no pueden acceder.

Edmond creía soñar: flotaba entre la incredulidad y la alegría.

—He guardado tanto tiempo este secreto ante usted, primero para probarle —continuó Faria—, después para sorprenderle; si nos hubiesemos evadido antes de mi ataque de catalepsia, yo mismo le llevaría a Montecristo; ahora —añadió con un suspiro—, es usted quien me llevará. Y bien, Dantès, ¿no me da las gracias?

—Ese tesoro le pertenece a usted, amigo mío —dijo Dantès—, le pertenece por entero a usted, yo no tengo ningún derecho; no soy ni siquiera su pariente.

—¡Usted es mi hijo, Dantès! —exclamó el anciano—. Usted es el hijo de mi cautiverio; mi estado me condenaba al celibato: Dios me lo ha enviado para consolar al hombre, que no podía ser padre, y a la vez al prisionero, que no podía ser libre.

Y Faria tendió el brazo que le quedaba al joven que se le echó al cuello llorando.

Capítulo XIX

La tercera crisis

Ese tesoro, que durante tanto tiempo fue objeto de sus meditaciones y que ahora podía asegurar la felicidad futura de la persona a quien él amaba como a un hijo, cobraba doble valor ante sus ojos; todos los días insistía sobre la cuota parte del tesoro, explicando a Dantès todo el bien que, en nuestros tiempos modernos, un hombre podía hacer a sus amigos con una fortuna de trece o catorce millones; y entonces el rostro de Dantès se ensombrecía, pues el juramento de venganza que se había hecho se le venía a la mente, y en lo que él pensaba era en todo el mal que, en nuestros tiempos modernos, un hombre podía hacer a sus enemigos, con una fortuna de trece o catorce millones.

El abate no conocía la isla de Montecristo, pero Dantès sí la conocía: a menudo había pasado por delante de esa isla, situada a veinticinco millas de la Pianosa, entre Córcega y la isla de Elba, e incluso una vez había hecho escala en ella. Esa isla estaba totalmente desierta, lo ha estado siempre y lo está hoy; es una roca de forma casi cónica, que parece que hubiera surgido por algún cataclismo volcánico desde el fondo del abismo hasta la superficie del mar.

Dantès dibujaba el plano de la isla a Faria, y Faria daba consejos a Dantès sobre lo que tenía que hacer para encontrar el tesoro.

Pero Dantès estaba lejos de sentirse tan entusiasta, y sobre todo tan confiado como el anciano. Ciertamente que ahora estaba bastante seguro de que Faria no estaba loco, y la manera en la que había llegado al descubrimiento de lo que había sido la causa de que le creyeran loco doblaba su admiración por él; pero, sin embargo, él no podía creer que este tesoro, aún suponiendo que hubiera existido, existiese aún, y si ya no veía el tesoro como algo quimérico, sí al menos lo veía como algo ausente.

Sin embargo, como si el destino hubiera querido arrebatarse a los prisioneros su última esperanza, y hacerles comprender que estaban condenados a cadena perpetua, les sobrevino una nueva desgracia: la galería que daba al mar, que desde hacía tiempo amenazaba ruina, había sido reconstruida; habían reparado los cimientos y taponado con enormes bloques de roca el agujero que ya casi había rellenado Dantès. Sin esa precaución, que le había sugerido, como recordamos, el abate, su desgracia hubiera sido mayor, pues se hubiera descubierto la tentativa de fuga, e indudablemente los hubieran separado; así pues, una nueva puerta, más fuerte, más inexorable que las otras, se había cerrado ante ellos.

—Ya ve —decía el joven con una dulce tristeza a Faria—, ya ve que Dios quiere arrebatarme hasta el mérito de lo que usted llama mi devoción por usted. Yo le había prometido quedarme eternamente con usted, y ahora ni siquiera soy ya libre de mantener mi promesa; ni usted ni yo obtendremos el tesoro, ni usted ni yo saldremos de aquí. Por lo demás, mi verdadero tesoro, mire usted, amigo mío, no es el que me esperaba bajo las sombrías rocas de Montecristo, mi verdadero tesoro es la presencia de usted, es nuestra cohabitación de cinco o seis horas al día, a pesar de nuestros carceleros; son esos rayos de inteligencia que usted ha vertido en mi cerebro, esas lenguas que ha implantado en mi memoria y que crecen en ella con todas sus ramificaciones filológicas. Esas diversas ciencias que usted ha hecho fáciles para mí, por la profundidad de los conocimientos que usted posee y la claridad de los principios a los que las ha reducido: ese es mi tesoro, amigo, en eso me ha hecho usted rico y dichoso. Créame, consuélase, todo esto vale para mí más que toneladas de oro y cofres de

diamantes, aunque no fueran quiméricos como esas nubes que se ven por la mañana flotando en el mar, que uno confunde con la tierra firme, y que se evaporan, se volatilizan y se desvanecen a medida que uno se acerca. Tenerlo junto a mí el mayor tiempo posible, escuchar su elocuente voz adornando mi mente, fortaleciendo mi alma, transformando todo mi organismo en algo capaz de grandes y terribles cosas si alguna vez soy libre; llenar mi mente y mi alma tanto y tan bien que la desesperación, en la que estaba dispuesto a dejarme llevar cuando le conocí, ya no encuentra cabida en mí: esa es mi fortuna, mi verdadera fortuna, y no es quimérica; se la debo realmente, y ni todos los soberanos de la tierra, aunque fuesen Cesar Borgia, conseguirían arrebátarmela.

De este modo, los días que siguieron fueron para los dos infortunados, si no días felices, sí, al menos, días que pasaban con bastante celeridad. Faria, que a lo largo de tantos años había guardado silencio sobre el tesoro, hablaba ahora de él sin parar. Como había previsto, se había quedado paralizado del brazo derecho y de la pierna izquierda, y poco más o menos había perdido cualquier esperanza de disfrutar ese tesoro él mismo; pero seguía soñando para su joven compañero con una liberación o una fuga, y disfrutaba por él. Por temor a que la carta un día se extraviara o se perdiera, había obligado a Dantès a aprenderla de memoria, y Dantès la sabía desde la primera palabra a la última. Entonces, había destruido la segunda parte, seguro de que podrían encontrar o arrebatar la primera parte sin lograr adivinar su verdadero sentido. Algunas veces, Faria se pasaba horas enteras dando instrucciones a Dantès, instrucciones que debían serle útiles en el día de su libertad. Entonces, una vez libre, en el día, en la hora, en el momento en el que fuera libre, sólo debía tener un único pensamiento: llegar a Montecristo por el medio que fuera, quedarse allí solo, bajo cualquier pretexto que no levantara sospechas, y una vez allí, una vez solo, tratar de encontrar las maravillosas grutas y excavar en el lugar indicado. El lugar indicado, recordamos, era la parte más alejada de la segunda abertura.

Mientras tanto, las horas pasaban, si no rápidas, sí, al menos, soportables. Faria, como hemos dicho, sin haber recuperado el movimiento de la mano y del pie, había vuelto a conquistar toda la

claridad de su inteligencia, y poco a poco, además de los conocimientos morales que hemos detallado, había ido enseñando a su compañero ese oficio paciente y sublime del prisionero, que siempre sabe sacar algo de nada. Estaban, pues, constantemente ocupados, Faria por temor a verse envejecer, Dantès, por temor a recordar su pasado casi extinto, y que ya no flotaba en lo más profundo de su memoria sino como una luz lejana perdida en la noche; todo marchaba como en esas existencias en las que la desgracia no ha hecho mella alguna, y que transcurren maquinales y tranquilas bajo la mirada de la Providencia.

Pero bajo esa superficial calma, había en el corazón del joven, y quizá también en el del anciano, muchos impulsos retenidos, muchos suspiros ahogados que salían a la luz cuando Faria se quedaba solo y cuando Edmond regresaba a su celda.

Una noche, Edmond se despertó sobresaltado creyendo que le llamaban.

Abrió los ojos e intentó ahondar en el espesor de la oscuridad.

Su nombre, o más bien una quejumbrosa voz que intentaba articular su nombre, llegó hasta él.

Se levantó de la cama, con el sudor de la angustia en la frente, y escuchó. No había duda, la queja venía del calabozo de su compañero.

—¡Oh, gran Dios! —murmuró Dantès—. ¿Será...?

Desplazó el camastro, sacó la piedra, se lanzó a través del pasadizo y llegó al extremo opuesto; la losa estaba levantada.

Al resplandor de esa lámpara informe y vacilante de la que hemos hablado, Edmond vio al anciano pálido, aún de pie y sujetándose a las maderas de su cama. Sus rasgos estaban deformados por los horribles síntomas que él ya conocía, y que tanto le habían espantado cuando los vio por primera vez.

—Y bien, amigo mío —dijo Faria resignado—, ¿lo comprende, no? ¡No necesito explicarle nada!

Edmond dio un grito lleno de dolor, y perdiendo totalmente la cabeza se fue hacia la puerta gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Faria tuvo aún fuerzas para sujetarle por el brazo.

—¡Silencio! —dijo—, o estará perdido. No pensemos más que en usted, querido amigo, pensemos en que su cautiverio sea soportable o su fuga posible. Necesitaría años para rehacer usted solo lo que yo he hecho aquí, y que será destruido al instante mismo en el que nuestros contactos sean conocidos por los carceleros. Además, tranquilo, amigo mío, la celda que voy a dejar no estará mucho tiempo vacía: otro desgraciado vendrá a ocupar mi lugar. Y para ese otro, usted será un ángel salvador. Quizá el nuevo preso sea joven, fuerte y paciente como usted, podrá ayudarle en la fuga, mientras que yo se lo impedía. Ya no tendrá un medio cadáver atado a usted para paralizarle sus movimientos. Decididamente Dios hace por fin algo por usted: le da más de lo que le quita, ya es hora de que yo muera.

Edmond sólo pudo juntar sus manos y exclamar:

—¡Oh! Amigo mío, amigo mío, ¡cállese!

Después, recuperando las fuerzas, rotas por un instante ante ese golpe imprevisto, y su coraje, doblegado por las palabras del anciano:

—¡Oh! —dijo—. ¡Ya le salvé una vez, le salvaré ahora también!

Y levantó la pata del camastro sacando el frasco que tenía aún casi un tercio de ese licor rojo.

—Tenga —dijo—; todavía queda de ese brebaje salvador. Deprisa, deprisa, dígame lo que tengo que hacer esta vez; ¿hay nuevas instrucciones? Hable, amigo mío, le escucho.

—No hay esperanza —respondió Faria moviendo la cabeza—; pero no importa; Dios quiere que el hombre creado por Él, y en cuyo corazón ha enraizado tan profundamente el amor por la vida, haga todo lo que pueda por conservar esa existencia, tan penosa a veces, tan querida siempre.

—¡Oh! Sí, sí —exclamó Dantès—, ¡y yo le salvaré, le digo!

—Pues bien, ¡inténtelo! El frío está subiendo por mi cuerpo; la sangre me afluye al cerebro; este horrible temblor que me hace castañear los dientes y que parece descoyuntarme los huesos comienza a mover todos mis miembros; dentro de cinco minutos estallará la crisis, en un cuarto de hora no quedará de mí más que un cadáver.

—¡Oh! —exclamó Dantès con el corazón roto de dolor.

—Haga como la primera vez, pero no espere tanto tiempo. Todos los resortes de la vida están ya muy gastados, y la muerte —continuó

mostrando su brazo y su pierna paralizados— no tendrá que hacer más que la mitad de su trabajo. Si después de ponerme doce gotas en la boca, en lugar de diez, ve que no vuelvo en mí, entonces écheme todo el frasco. Ahora, lléveme a la cama, pues no puedo mantenerme en pie.

Edmond cogió al anciano en brazos y lo llevó a la cama.

—Ahora, amigo —dijo Faria—, único consuelo de mi miserable vida que el Cielo me dio un poco tarde, pero que al menos me dio, un don tanpreciado y que agradezco; en el momento de separarme de usted para siempre, le deseo toda la felicidad, toda la prosperidad que merece: ¡hijo mío, yo le bendigo!

El joven se hincó de rodillas, con la cabeza apoyada en el lecho de muerte del anciano.

—Pero sobre todo, escúcheme bien lo que le digo en este momento supremo: el tesoro de los Spada existe; Dios permite que yo ya no tenga ni distancias ni obstáculos. Lo veo en el fondo de la segunda gruta; mis ojos se clavan en las profundidades de la tierra y se deslumbran ante tantas riquezas. Si consigue fugarse, recuerde que el pobre abate, a quien todo el mundo tenía por loco, no lo estaba en absoluto. Corra a Montecristo, aproveche nuestra fortuna, aprovéchela, ya ha sufrido usted bastante.

Una violenta sacudida interrumpió al anciano; Dantès levantó la cabeza y vio los ojos inyectados de rojo: se diría que una ola de sangre le subía desde el pecho hasta la frente.

—¡Adiós! ¡Adiós! —murmuró el anciano apretando convulsivamente la mano del joven—. ¡Adiós!

—¡Oh! ¡Todavía no, todavía no! —exclamó Dantès—. ¡Oh, Dios mío, no nos abandones! ¡Socórrele!..., ¡ayúdale!..., ¡socorro!...

—¡Silencio!, ¡silencio! —murmuró el moribundo—. ¡Que no nos separen, si logra salvarme!

—Tiene usted razón. ¡Oh! Sí, sí, esté tranquilo, ¡yo le salvaré! Además, aunque le veo sufrir mucho, parece sufrir menos que la primera vez.

—¡Oh! ¡Desengáñese! Sufro menos porque tengo menos fuerza para sufrir. A su edad, se tiene fe en la vida, es el privilegio de la juventud: creer y esperar; pero los viejos ven con más claridad la muerte. ¡Oh! Aquí

está..., ya viene..., se acabó..., me falta la vista..., la razón..., su mano, ¡Dantès!... ¡Adiós!... ¡Adiós!

E incorporándose en un último esfuerzo en el que parecía hacer acopio de todas sus facultades.

—¡Montecristo! —dijo—. ¡No olvide Montecristo!

Y volvió a caer sobre el lecho.

La crisis fue terrible: los miembros retorcidos, los párpados hinchados, una espuma sanguinolenta, un cuerpo sin movimiento, eso es lo que quedaba sobre ese lecho de dolor en el lugar del ser inteligente que estaba acostado un poco antes.

Dantès cogió la lámpara, la puso a la cabecera de la cama sobre una piedra que sobresalía del muro y desde donde su resplandor tembloroso iluminaba con un reflejo extraño y fantasmagórico ese rostro descompuesto y ese cuerpo inerte y rígido.

Con los ojos fijos, Dantès esperó denodadamente el momento de administrar el remedio salvador.

Cuando creyó que el momento había llegado, cogió el cuchillo, le separó los dientes que ofrecieron menos resistencia que la primera vez, contó de una en una diez gotas y esperó; el frasco contenía aún aproximadamente el doble de lo que le había instilado.

Esperó diez minutos, cuarto de hora, media hora: nada se movía. Temblando, con el vello erizado y un sudor helado en la frente, contaba los segundos por los latidos de su corazón.

Entonces pensó que era el momento de intentar la última prueba: acercó el frasco a los labios morados de Faria, y sin tener que abrir sus mandíbulas, que se le habían quedado abiertas, le echó el resto del brebaje.

El remedio produjo un efecto galvánico, un violento temblor sacudió los miembros del anciano, sus ojos, que causaban espanto, se abrieron, lanzó un suspiro que parecía más un grito, y después todo ese cuerpo tembloroso entró poco a poco en la inmovilidad.

Sólo los ojos permanecieron abiertos.

Pasó media hora, una hora, hora y media. Durante esa hora y media de angustia, Edmond, inclinado sobre su amigo, aplicando la mano en el corazón del anciano, sintió sucesivamente que ese cuerpo se iba enfriando

y que los latidos de ese corazón se iban apagando cada vez más sordos y profundos.

Finalmente nada tuvo vida: el último gemido del corazón cesó, el rostro se puso lívido, los ojos quedaron abiertos, pero la mirada huyó.

Eran las seis de la mañana, el día comenzaba a clarear y su luz macilenta, invadiendo la celda, hacía palidecer la luz mortecina de la lámpara. Reflejos extraños pasaban sobre el rostro del cadáver, dándole de vez en cuando una apariencia de vida. Mientras duró esta lucha del día y de la noche, Dantès pudo todavía dudar; pero cuando el día venció a la noche, comprendió que estaba solo con un cadáver.

Entonces un profundo e invencible terror se amparó de él; no pudo estrechar esa mano que caía fuera del lecho, no pudo detener sus ojos sobre esos ojos fijos y blancos que varias veces intentó inútilmente cerrar y que se volvían a abrir. Apagó la lámpara, la escondió cuidadosamente y se fue, colocando lo mejor que pudo la baldosa por encima de su cabeza.

Además, era la hora, el carcelero iba a llegar.

Esta vez, comenzó su recorrido por Dantès; al salir de su calabozo, pasaría por el de Faria, a quien llevaba el desayuno y ropa limpia.

Además, nada indicaba en este hombre que tuviera conocimiento de lo que había sucedido. Salió.

Dantès entonces fue presa de una indecible impaciencia por saber lo que iba a pasar en la celda de su desgraciado amigo; así que entró en el pasadizo subterráneo y llegó a tiempo de oír las exclamaciones del carcelero que pedía ayuda.

Enseguida los otros guardianes entraron; después se oyó ese paso recio y regular propio de los soldados, incluso fuera de servicio. Detrás de los soldados llegó el gobernador de la prisión.

Edmond oyó el ruido que producía la cama al agitar al cadáver; oyó la voz del gobernador que ordenaba que le echasen agua en la cara, y que, al ver que a pesar de eso el preso no volvía en sí, mandó llamar al médico.

El gobernador salió; y algunas palabras de compasión llegaron hasta los oídos de Dantès, mezcladas con risas de burla.

—Vamos, vamos —decía uno—, el loco ha ido a reunirse con sus tesoros, ¡buen viaje!

—Con todos esos millones no tendrá con qué pagarse la mortaja —decía otro.

—¡Oh! —repuso una tercera voz—. Las mortajas del castillo de If no son caras.

—Quizá —dijo uno de los primeros interlocutores—, como es un hombre de Iglesia se hagan algunos gastos en su favor.

—Entonces tendrá los honores del saco.

Edmond seguía escuchando, no se perdía ni una sola palabra, pero no comprendía gran cosa. Enseguida las voces se fueron extinguiendo, y le pareció que los asistentes se iban de la celda.

Sin embargo, no se atrevió a entrar: podían haber dejado a algún carcelero para velar al muerto.

Se quedó, pues, mudo, inmóvil y conteniendo la respiración.

Al cabo de una hora, poco más o menos, el silencio se animó con un débil ruido que iba creciendo.

Era el gobernador que volvía, seguido del médico y de varios oficiales.

Se hizo el silencio un instante: era evidente que el médico se acercaba al lecho y examinaba el cadáver.

Pronto empezaron las preguntas.

El médico analizó el mal por el que el preso había sucumbido y declaró que estaba muerto.

Las preguntas y las respuestas se hacían con una indolencia que indignaba a Dantès; le parecía que todo el mundo debía sentir por el pobre abate al menos una parte del cariño que él sentía.

—Me disgusta lo que me anuncia usted —dijo el gobernador, respondiendo a la certeza manifestada por el médico de que el anciano estaba realmente muerto—; era un preso dulce, inofensivo, alegre en su locura, y sobre todo fácil de vigilar.

—¡Oh! —repuso un carcelero—. Incluso aunque no le vigiláramos en absoluto, se habría quedado cincuenta años aquí, se lo aseguro, sin una sola tentativa de evasión.

—Sin embargo —repuso el gobernador—, creo que sería urgente, a pesar de su convicción, y no es que dude de su ciencia, pero por mi propia

responsabilidad, sería urgente asegurarnos de si el preso está realmente muerto.

Hubo un instante de un silencio absoluto durante el cual, Dantès, que seguía escuchando, estimó que el médico examinaba y palpaba por segunda vez el cadáver.

—Puede estar usted tranquilo —dijo entonces el médico—, está muerto, soy yo quien responde de ello.

—Usted sabe, señor —repuso el gobernador insistiendo—, que nosotros no nos conformamos, en un caso así, con un simple examen; a pesar de todas las apariencias, debe usted terminar la tarea cumpliendo con todas las formalidades prescritas por la ley.

—Que calienten un hierro —dijo el médico—; pero de verdad que es una precaución innecesaria.

Esa orden de calentar un hierro hizo estremecer a Dantès.

Se oyeron pasos apresurados, el chirrido de una puerta, algunas idas y venidas interiores, y unos instantes después entró un guardián diciendo:

—Aquí tiene el brasero y el hierro.

Se hizo entonces un silencio de un instante, después se oyó el chisporrotear de carne que se quema y cuyo olor espeso y nauseabundo atravesó incluso el muro tras del cual Dantès escuchaba con terror.

Al oler la carne humana carbonizada, el sudor le brotó en la frente y estuvo a punto de desmayarse.

—Ya ve, señor, que está muerto —dijo el médico—; esa quemadura en la planta del pie es decisiva: el pobre loco está curado de su locura y libre de su cautiverio.

—¿No se llamaba Faria? —preguntó uno de los oficiales que acompañaban al gobernador.

—Sí, señor, o así lo pretendía, es un nombre antiguo; además, era muy erudito y incluso bastante razonable, siempre que no se tratase de su tesoro; sobre eso, hay que confesarlo, se mostraba intratable.

—Eso es una afección que llamamos monomanía —dijo el médico.

—¿Nunca ha tenido usted queja de él? —preguntó el gobernador al carcelero encargado de traerle los víveres al abate.

—Nunca, señor gobernador —respondió el carcelero—, ¡nunca jamás! Al contrario, hace tiempo incluso me divertía mucho contándome historias; un día que mi mujer estaba enferma, hasta me dio una receta que la curó.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo el médico—. Ignoraba que me encontraba ante un colega; espero, señor gobernador —añadió riendo—, que le trate usted en consecuencia.

—Sí, sí, esté tranquilo; será decentemente amortajado en el saco más nuevo que podamos encontrar; ¿está usted contento?

—¿Tenemos que cumplir con esta última formalidad delante de usted, señor? —preguntó un guardián.

—Sin duda, pero dense prisa, no puedo quedarme en esta celda todo el día.

Se oyeron nuevas idas y venidas; un instante después, el ruido de una lona que se arruga llegó hasta los oídos de Dantès, el camastro crujió, un paso firme como el de un hombre que levanta un fardo se sintió sobre la baldosa, después la cama crujió de nuevo bajo el peso que depositaban en ella.

—Hasta la noche —dijo el gobernador.

—¿Habrà una misa? —preguntó uno de los oficiales.

—Imposible —respondió el gobernador—; el capellán del castillo vino ayer a pedirme un permiso para hacer un corto viaje de ocho días a Hyères; yo respondí por todos mis presos durante ese tiempo; el pobre abate no tendría que haberse dado tanta prisa, hubiera tenido su réquiem.

—¡Bah!, ¡bah! —dijo el médico con la impiedad propia de la gente de su profesión—. Es un hombre de Iglesia: Dios tendrá algún miramiento por su estado, y no dará al Infierno el malvado placer de enviarle a un sacerdote.

Una carcajada surgió tras esa burda broma.

Mientras tanto, la operación de amortajamiento proseguía.

—¡Hasta la noche! —dijo el gobernador cuando acabaron.

—¿A qué hora? —preguntó un guardián.

—Hacia las diez o las once.

—¿Se va a velar al muerto?

—No, ¿para qué? Cerraremos la celda como si estuviera vivo, eso es todo.

Entonces los pasos se alejaron, las voces fueron debilitándose, se oyó el ruido de la puerta con su estridente cerradura y sus crujientes cerrojos, un silencio más tétrico que el de la soledad, el silencio de la muerte invadió todo, hasta el alma helada del joven.

Después, Dantès levantó lentamente la baldosa de su cabeza y echó una mirada escrutadora por la celda.

La celda estaba vacía: Dantès salió del pasadizo.

Capítulo XX

El cementerio del castillo de If

Sobre la cama, colocado a lo largo de la misma y débilmente iluminado por la luz brumosa que penetraba a través de la ventana, se veía un saco de lona gruesa, bajo cuyos anchos pliegues se dibujaba confusamente una forma alargada y rígida: era el último sudario de Faria, mortaja que al decir de los guardianes costaba tan poco. De este modo, todo había concluido. Una separación material existía ya entre Dantès y su viejo amigo, ya no podía ver sus ojos que habían quedado abiertos como para mirar más allá de la muerte, ya no podía estrechar esa mano tan industriosa que había levantado para él el velo que cubría las cosas ocultas. Faria, el útil y el buen compañero al que se había habituado con tanta fuerza, ya no existía más que en el recuerdo. Entonces, se sentó a la cabecera de ese lecho terrible, y se sumió en una sombría y amarga melancolía.

¡Solo! ¡Estaba solo de nuevo! ¡Había caído en el silencio, y se encontraba frente a la nada!

¡Solo! ¡Ni siquiera la vista, ni siquiera la voz del único ser humano que le unía aún a la tierra! ¡No sería preferible, como había hecho Faria, ir a

preguntar a Dios el enigma de la vida, a riesgo de pasar por la puerta lúgubre de los sufrimientos!

La idea del suicidio, eliminada por el amigo, apartada por su presencia, volvió entonces a erigirse como un fantasma junto al cadáver de Faria.

«Si yo pudiera morir», se dijo, «iría adonde él va, y seguro que le encontraría. Pero, ¿cómo morir? Es bien fácil», añadió riendo; «me quedaré aquí, me echaré encima del primero que vea entrar, le estrangularé y me condenarán a la guillotina».

Pero como sucede en los grandes sufrimientos así como en las grandes tempestades, que el abismo se encuentra entre los picos de dos olas, Dantès reculó ante la idea de esa muerte infamante, y pasó precipitadamente de la desesperación al ansia de vida y de libertad.

«¡Morir! ¡Oh!, no», exclamó, «¡no merece la pena morir ahora, después de haber vivido tanto, después de haber sufrido tanto! Morir estaba bien cuando tomé esa resolución antaño, hace algunos años; pero ahora sería realmente ayudar demasiado a mi miserable destino. No, quiero vivir, quiero luchar hasta el final; ¡no, quiero reconquistar la felicidad que me arrebataron! Olvidaba que, antes de morir, tengo que castigar a mis verdugos, y quizá, ¿quién lo sabe?, recompensar a mis amigos. Pero ahora, me van a olvidar aquí y no saldré de mi celda sino como Faria».

Y al pronunciar su nombre, Edmond se quedó inmóvil, con los ojos fijos, como un hombre a quien le alcanza una idea súbita, pero que esa idea le espanta; de repente se levantó, se llevó la mano a la frente como si tuviera vértigo, dio dos o tres vueltas por la celda y volvió a detenerse frente al lecho...

—¡Oh! —murmuró—. ¿Quién me envía este pensamiento? ¿Sois Vos, Dios mío? ¡Puesto que sólo los muertos salen de aquí, ocupemos el lugar de los muertos!

Y sin darse el tiempo de rectificar su decisión, como para no dar tiempo a la mente para destruir esa decisión desesperada, se inclinó sobre el espantoso saco, lo abrió con el cuchillo que Faria había hecho, retiró el cadáver del saco, lo llevó a su celda, lo puso en la cama, le cubrió la cabeza con el trozo de tela que él mismo se ponía para dormir, le cubrió

con la manta, besó por última vez esa frente helada, intentó cerrar esos ojos rebeldes, que seguían abiertos, espantosos por la ausencia de vida, le colocó la cabeza mirando a la pared, a fin de que el guardián, al traer la comida de la noche, creyera que dormía, como a menudo era su costumbre, entró en el pasadizo, arrastró la cama a lo largo de la pared, entró en la otra celda, cogió del armario la aguja y el hilo, tiró sus harapos para que se marcara bien bajo la lona el cuerpo desnudo, se deslizó dentro del saco abierto, se colocó de la misma forma en la que estaba el cadáver y cerró la costura desde dentro.

Se hubiera podido oír los latidos de su corazón si por desgracia alguien hubiera entrado en ese momento.

Dantès hubiera podido esperar a la visita de la noche, pero temía que hasta entonces el gobernador cambiara de idea y se llevaran antes el cadáver.

En ese caso, su última esperanza se vería frustrada.

En todo caso, ahora su plan ya estaba decidido.

Esto es lo que haría.

Si durante el trayecto los enterradores reconociesen que se llevaban un preso vivo en lugar de un preso muerto, Dantès no les daría tiempo ni de darse cuenta; con una vigorosa puñalada abriría el saco de arriba abajo, aprovecharía el terror de los carceleros y escaparía; si quisieran detenerle, usaría el cuchillo.

Si le llevaban al cementerio y lo depositaban en una fosa, se dejaría cubrir con la tierra; después, como era de noche, en cuanto los enterradores se hubiesen dado la vuelta, se abriría paso entre la tierra aún blanda y huiría: esperaba que el peso de la tierra no fuera tan grande como para no poder levantarlo.

Si no era así, si por el contrario la tierra era demasiado pesada, moriría ahogado y, ¡tanto mejor!, ¡todo habría acabado!

Dantès no había comido nada desde la víspera, pero ni siquiera había pensado en el hambre por la mañana, y ahora tampoco. Su situación era demasiado precaria como para dar tiempo a su pensamiento en fijarse en ninguna otra idea.

El primer peligro que corría Dantès era que el carcelero, al traerla la cena de las siete de la tarde, se diese cuenta de la sustitución hecha; menos mal que, más de veinte veces, bien por misantropía, bien por cansancio, Dantès había estado acostado cuando llegaba el carcelero; y en esos casos, habitualmente el carcelero le ponía el pan y la sopa en la mesa y se iba sin ni siquiera dirigirle la palabra.

Pero esta vez el carcelero podía derogar su costumbre de mutismo, hablar a Dantès y, al ver que Dantès no respondía, acercarse a la cama y descubrirlo todo.

Cuando se acercaban las siete de la tarde, la angustia de Dantès comenzó realmente. Con una mano apoyada en el corazón intentaba sofocar sus latidos, mientras que con la otra se secaba el sudor de la frente que le caía a raudales por las sienes. De vez en cuando, le corrían escalofríos por todo el cuerpo y le oprimían el corazón como en un torno helado. Entonces, se sentía morir. Las horas pasaron sin que trajeran ningún movimiento en el castillo, y Dantès comprendió que se había salvado del primer peligro: era un buen augurio. Finalmente, hacia la hora fijada por el gobernador, se oyeron unos pasos en la escalera.

Edmond comprendió que había llegado el momento; apeló a todo su valor reteniendo el aliento; y se hubiera dado por contento si hubiera podido retener al mismo tiempo el pulso acelerado de sus arterias.

Se detuvieron a la puerta, el paso era doble. Dantès adivinó que eran los dos enterradores que venían a buscarle. Esa sospecha se cambió en certeza cuando oyó el ruido que hacían al poner en el suelo las angarillas.

La puerta se abrió, una velada luz llegó hasta los ojos de Dantès. A través de la lona que le cubría, vio dos sombras acercarse al lecho. Una tercera sombra en la puerta sostenía un farol en la mano. Los hombres que se habían acercado a la cama cogieron el saco cada uno por un extremo.

—¡Pues sí que pesa para ser un viejo tan delgado! —dijo uno de ellos levantando el fardo por la cabeza.

—Dicen que cada año se aumenta en media libra el peso de los huesos —dijo el otro cogiéndole por los pies.

—¿Has atado el lastre? —preguntó el primero.

—Sería idiota cargarnos con un peso inútil —dijo el segundo—, ya lo haré abajo.

—Tienes razón; entonces, vamos.

«¿Para qué ese lastre?», se preguntó Dantès.

Transportaron al supuesto muerto a las angarillas. Edmond se mantenía rígido para hacer mejor su papel de difunto. Le posaron allí; y el cortejo, alumbrado por el hombre del farol, que iba delante, subió la escalera.

De repente, el aire fresco y recio de la noche le inundó. Dantès reconoció el viento mistral. Fue una sensación súbita, llena a la vez de delicia y de angustia.

Los portadores dieron unos veinte pasos, después, se pararon y dejaron las parihuelas en el suelo.

Uno de los enterradores se alejó, y Dantès oyó cómo resonaban sus pasos sobre el pavimento.

«¿Pero, dónde estoy?», se preguntó Dantès.

—¿Sabes que pesa lo suyo? —dijo el que se había quedado, sentándose al lado del supuesto muerto.

El primer sentimiento de Dantès fue escapar, pero menos mal que se contuvo.

—Alúmbrame, animal —dijo el porteador que se había alejado—, o no encontraré lo que busco.

El hombre del farol obedeció la orden, aunque, como se ha visto, se le había dado en términos poco convenientes.

«¿Pero qué está buscando?», se preguntaba Dantès. «Una pala, sin duda.»

Una exclamación de satisfacción indicó que el enterrador había encontrado lo que buscaba.

—Por fin —dijo el otro—, te ha costado trabajo.

—Sí —respondió el interpelado—, pero no se pierde nada por tardar un poco.

Tras esas palabras, se acercó a Edmond, y este sintió junto a él un cuerpo pesado y resonante; en el mismo momento, una cuerda le rodeó los pies con una fuerte y dolorosa presión.

—Y bien, ¿ya has atado bien el nudo? —preguntó el enterrador que se había quedado inactivo.

—Sí, ya está hecho —dijo el otro—; te lo aseguro.

—En ese caso, en marcha.

Y una vez levantadas las angarillas retomaron el camino.

Dieron más o menos cincuenta pasos, después se pararon para abrir una puerta y volvieron a ponerse en marcha. El ruido de las olas rompiendo contra las rocas sobre las que está construido el castillo llegaba bien diferenciado a los oídos de Dantès a medida que iban avanzando.

—¡Vaya un mal tiempo que hace! —dijo uno de los enterradores—, no será nada agradable estar en el mar esta noche.

—Sí, el abate corre el riesgo de mojarse bien —dijo el otro—; y los dos rompieron a reír.

Dantès no entendió muy bien la broma, pero no por eso dejó de erizársele el cabello.

—Bueno, ¡ya hemos llegado! —repuso el primero.

—Más lejos, más lejos —dijo el otro—, ya sabes que el último se nos quedó en camino, aplastado en las rocas, y que el gobernador nos dijo al día siguiente que éramos unos holgazanes.

Dieron aún algunos pasos, sin dejar de subir, después Dantès sintió que le cogían por la cabeza y por los pies y que le balanceaban.

—¡A la una! —dijeron los enterradores.

—¡A las dos!

—¡... y a las tres!

Al mismo tiempo, Dantès sintió que le lanzaban, en efecto, en un enorme vacío, atravesando el aire como un pájaro herido, cayendo, cayendo, con un espanto que le helaba el corazón. Aunque se sentía arrastrado por algo pesado que precipitaba su rápido vuelo, le pareció que esa caída duraba siglos. Finalmente, con un ruido espantoso, entró como una flecha en el agua helada que le hizo lanzar un grito ahogado en el instante mismo de la inmersión.

Dantès había sido lanzado al mar, a cuyo fondo se vio arrastrado con una bala de obús del treinta y seis atada a los pies.

El mar era el cementerio del castillo de If.

Capítulo XXI

La isla de Tiboulen

Dantès, aturdido, casi ahogado, tuvo sin embargo la suficiente presencia de ánimo como para contener el aliento, y como su mano derecha, como hemos dicho, preparada como estaba para cualquier eventualidad, sujetara el cuchillo abierto, destripó rápidamente la lona, sacó el brazo y después la cabeza; pero entonces, a pesar de los esfuerzos para levantar el obús, seguía siendo arrastrado por el peso; entonces arqueó su cuerpo, buscando la cuerda que le ataba las piernas, y con un supremo esfuerzo la cortó justo en el momento en que se estaba ahogando; entonces, dando una fuerte patada, subió liberado a la superficie del mar, mientras que el obús arrastraba hacia las profundidades la basta tela que había estado a punto de ser su mortaja.

Dantès no hizo más que respirar y volvió a sumergirse en el agua por segunda vez, pues la primera precaución que debía tomar era evitar que le vieran.

Cuando reapareció de nuevo en la superficie, ya estaba al menos a cincuenta pasos del lugar de la caída; vio por encima de su cabeza un cielo negro y tempestuoso, a ras del cual el viento barría algunas nubes rápidas, dejando al descubierto, a veces, un pequeño rincón de cielo realzado por

alguna estrella. Delante de él se extendía la llanura oscura y mugiente, cuyas olas comenzaban a bullir como cuando se acerca una tempestad, mientras que, detrás de él, más negro que el mar, más negro que el cielo, subía, como un fantasma amenazante, el gigante de granito, cuya cima sombría parecía un brazo extendido para atrapar a su presa; sobre la roca más alta había un faro que iluminaba a dos sombras.

Le pareció que esas dos sombras se inclinaban sobre el mar con inquietud; en efecto, esos desconocidos enterradores debían haber oído el grito que había dado atravesando el espacio. Dantès se sumergió de nuevo e hizo un trayecto bastante largo entre dos aguas; esa maniobra le era antaño familiar, y de ordinario, en el Pharo, atraía la atención de numerosos admiradores que bien a menudo le habían proclamado el nadador más hábil de Marsella.

Cuando volvió a la superficie, el faro había desaparecido.

Tenía que orientarse: de todas las islas que rodean el castillo de If, Ratonneau y Pomègue son las más cercanas, pero ambas están habitadas; lo mismo ocurre con la pequeña isla de Daume; la isla más segura era pues la de Tiboulen o la de Lemaire; ambas se encuentran a una legua del castillo de If.

Dantès resolvió alcanzar una de esas dos islas; ¡pero cómo encontrarlas en medio de la noche que se iba espesando más y más a su alrededor!

En ese momento, vio brillar como una estrella el faro de Planier.

Si se dirigía en línea recta hacia ese faro, dejaba la isla de Tiboulen un poco a la izquierda; así pues, girando más hacia la izquierda, debía encontrarse con ella en el camino.

Pero, ya lo hemos dicho, había al menos una legua desde el castillo de If hasta esa isla.

A menudo, en prisión, Faria repetía al joven, al verle abatido y perezoso:

—Dantès, no se deje llevar por esa molicie; se ahogará cuando intente evadirse si no ha ejercitado suficientemente sus fuerzas.

Bajo las olas pesadas y amargas, esas palabras venían a martillearle los oídos; se había apresurado a subir entonces y a romper las olas para ver si,

efectivamente, había o no perdido sus fuerzas; vio con alegría que su forzosa inactividad no le había quitado nada de fuerza ni de agilidad, y sintió que seguía dominando el elemento en el que, siendo muy niño, se había ejercitado.

Además, el miedo, ese rápido perseguidor, doblaba el vigor de Dantès; escuchaba, tumbado en la cresta de la ola, si algún ruido llegaba hasta allí. Cada vez que se elevaba hasta lo más alto del oleaje, su rápida mirada abarcaba el horizonte visible e intentaba ahondar en la espesa oscuridad; cada ola un poco más alta que las demás le parecía una barca que le persiguiera, y entonces redoblaba los esfuerzos que sin duda le alejarían del peligro, pero cuya insistencia debería agotar prontamente sus fuerzas.

Sin embargo, seguía nadando, y el terrible castillo se había fundido un poco en el vapor nocturno: ya no lo veía, pero lo seguía sintiendo cerca.

Transcurrió una hora, durante la cual, Dantès, exaltado por el sentimiento de libertad que había invadido toda su persona, continuó hendiendo las olas en la dirección que se había fijado.

«Veamos», se decía, «hace ya una hora que estoy nadando, pero como el viento me es contrario, he debido perder una cuarta parte de velocidad; sin embargo, a menos que me haya equivocado de línea, no debo estar ahora lejos de Tiboulen... ¡pero si me he equivocado...!».

Un escalofrío pasó por todo el cuerpo del nadador; intentó hacer la plancha unos momentos para descansar; pero el mar se hacía cada vez más fuerte, y pronto comprendió que esa manera de descansar, con la que había contado, era imposible.

«Y bien», se dijo, «seguiré hasta el final, hasta que mis brazos se cansen, hasta que se me agarrote todo el cuerpo, y entonces, ¡me iré al fondo!».

Y se puso a nadar con la fuerza y el impulso de la desesperación.

De repente, le pareció que el cielo, de por sí ya muy oscuro, se oscurecía más, que una espesa nube, pesada, compacta, se cernía sobre él; al mismo tiempo, sintió un fuerte dolor en la rodilla: la imaginación, con su incalculable rapidez, le dijo entonces que era el impacto de una bala, y que oiría inmediatamente la explosión de un disparo; pero la explosión no llegó. Dantès estiró la mano y sintió una resistencia, retiró la otra pierna y

tocó tierra; vio entonces cuál era el objeto que él había tomado por una espesa nube.

A veinte pasos se elevaba una masa de rocas extrañas, que uno tomaría por un hogar inmenso petrificado en el momento de su más ardiente combustión: era la isla de Tiboulen.

Dantès se puso de pie y dio algunos pasos hacia adelante, se tumbó en el suelo, dando gracias a Dios, sobre esos picos de granito, que en este momento le parecieron más suaves que el lecho más suave que nunca hubiera probado.

Después, a pesar del viento, a pesar de la tempestad, a pesar de la lluvia que comenzaba a caer, roto de fatiga como estaba, se quedó dormido en el delicioso sueño del hombre cuyo cuerpo se adormece, pero cuya alma vela con la conciencia de una dicha inesperada.

Al cabo de una hora, Edmond se despertó bajo el estruendo de un inmenso trueno: la tempestad se había desencadenado en el espacio y batía el aire con su resplandeciente vuelo; de vez en cuando, un relámpago bajaba del cielo como una serpiente de fuego, iluminando las olas y las nubes que pasaban las unas entre las otras como las olas de un inmenso caos.

Dantès, con su buen ojo de marino, no se había equivocado; había abordado la primera de las dos islas, que era efectivamente la de Tiboulen. Sabía que estaba desierta, abierta y que no ofrecía el menor asilo; pero cuando la tormenta se calmara, se echaría de nuevo al mar y alcanzaría, a nado, la isla de Lemaire, también árida, pero más ancha y, en consecuencia, más hospitalaria.

Una roca que sobresalía ofreció un abrigo momentáneo a Dantès, se refugió bajo ella, y casi en el mismo instante la tempestad estalló con toda su furia.

Edmond sentía temblar la roca bajo la que se había resguardado; las olas, rompiendo contra la base de la gigantesca pirámide, saltaban hasta él; aunque el cobijo le ofrecía bastante seguridad, no por ello dejaba de encontrarse en medio de ese ruido profundo, en medio de esos fulgurantes resplandores, presa de una especie de vértigo: le parecía que la isla temblaba por debajo de él y que de un momento a otro, como si fuera un

barco anclado, se rompería el cable que la sujetaba y se vería arrastrada en medio del inmenso torbellino.

Entonces recordó que no había comido ni bebido desde hacía veinticuatro horas: tenía hambre y sed.

Dantès extendió las manos y la cabeza y bebió el agua de la tormenta en el hueco de una roca.

Cuando se incorporaba, un relámpago, que parecía abrir el cielo hasta el pedestal resplandeciente del trono de Dios, iluminó el espacio; en el resplandor del relámpago, entre la isla Lemaire y el cabo Croisille, a cuarto de legua de allí, Dantès vio aparecer, como un espectro, deslizándose desde la cresta de una ola hacia el abismo, un pequeño barco pesquero arrastrado a la vez por la tempestad y por el oleaje, y un segundo después, en la cima de otra ola, el fantasma reapareció, acercándose con una increíble rapidez. Dantès quiso gritar, buscó algún colgajo de tela para agitarlo en el aire y hacerles ver que se perdían, pero ellos le veían también a él. Con el resplandor de otro relámpago, el joven vio a cuatro hombres agarrados a los mástiles y al cordaje; un quinto hombre se aferraba a la barra del timón. Esos hombres que él veía, le vieron sin duda también a él, pues sus gritos desesperados, arrastrados por la ráfaga sibilante, llegaron a sus oídos. Por encima del mástil aplastado como una frágil caña, golpeaba en el aire repetidamente una vela hecha jirones; de repente, los nudos que todavía la sujetaban, se rompieron, y la vela desapareció, volando hacia las sombrías profundidades del cielo, como esos grandes pájaros blancos que se perfilan sobre las nubes negras.

Al mismo tiempo, un crujido espantoso se dejó oír y unos gritos de agonía llegaron hasta Dantès. Aferrado como una esfinge a la roca, desde donde contemplaba el abismo, un nuevo relámpago iluminó el pequeño pesquero roto y, entre los restos, los rostros desesperados de los hombres, con los brazos alzados hacia el cielo.

Después, todo se volvió oscuro, el terrible espectáculo había tenido la duración de un relámpago.

Dantès se precipitó por la pendiente resbaladiza de las rocas, corriendo el riesgo de rodar él mismo hasta el mar; miró, escuchó, pero ni oyó ni vio

nada: ni gritos ni esfuerzos humanos; sólo la tempestad, esa gran cosa de Dios, continuaba rugiendo con los vientos y formando espuma en el oleaje.

Poco a poco el viento se calmó; el cielo deslizó hacia el occidente las gruesas nubes grises y, por así decir, palidecidas por la tormenta; reapareció el azul del cielo con las estrellas más rutilantes que nunca; pronto, hacia el este, una larga banda rosácea dibujó en el horizonte ondulaciones de un azul oscuro; las olas saltaron, un súbito resplandor recorrió el oleaje y transformó sus espumosas cimas en largas cabelleras doradas.

Era el amanecer.

Dantès se quedó inmóvil y mudo ante ese gran espectáculo, como si lo viera por primera vez. En efecto, en todo ese tiempo encerrado en el castillo de If, lo había olvidado. Se volvió para ver la fortaleza, interrogando con una larga mirada, a la vez, a la tierra y al mar.

La sombría construcción surgía del seno de las olas con esa imponente majestuosidad de las cosas inmóviles, que parecen vigilar y dar órdenes a la vez.

Podrían ser las cinco de la mañana; el mar seguía calmándose.

«Dentro de dos o tres horas», se dijo Edmond, «el carcelero entrará en mi celda, encontrará el cadáver de mi pobre amigo, le reconocerá, me buscará en vano y dará la alarma. Entonces encontrarán el agujero, la galería subterránea; interrogarán a los hombres que me lanzaron al mar y que debieron oír mi grito. Enseguida, unas barcas llenas de soldados armados correrán tras el desgraciado fugitivo que saben que no estará lejos. El cañón advertirá a toda la costa para que no se dé asilo a ningún hombre desnudo y hambriento con el que se encuentren. Los vigilantes y los alguaciles de justicia de Marsella serán avisados y batirán la costa, mientras que el gobernador del castillo de If hará batir el mar. Entonces, acosado por mar, cercado por tierra, ¿qué será de mí? Tengo hambre, tengo frío, solté hasta el cuchillo salvador que me molestaba para nadar; estoy a merced del primer campesino que quiera ganar veinte francos entregándome; ya no tengo ni la fuerza, ni las ideas, ni la resolución. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! Mira si no he sufrido ya bastante, y si puedes hacer por mí más de lo que puedo hacer yo mismo».

En el momento en el que Edmond, en una especie de delirio ocasionado por el agotamiento de sus fuerzas y el vacío de su cerebro, pronunciaba esta súplica ardiente, mirando ansiosamente el castillo de If, vio aparecer en la punta de la isla de Pomègue, perfilando su vela latina en el horizonte e igual a una gaviota en vuelo rasante sobre las olas, un pequeño barco que sólo el ojo de un marino podía reconocer como una tartana genovesa sobre la línea casi oscura del mar. Venía del puerto de Marsella y se dirigía a alta mar empujando la espuma resplandeciente por delante de la proa puntiaguda que abría un camino más fácil a sus flancos redondeados.

«¡Oh!», exclamó Edmond, «¡pensar que en media hora podría llegar hasta esa embarcación si no temiera a las preguntas, si no temiera que me reconocieran como fugitivo y me condujeran de nuevo a Marsella! ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo decir? ¿Qué fábula inventar para confundirlos? Esa gente, son todos contrabandistas, medio piratas. Con el pretexto de hacer cabotaje, despluman las costas; preferirán venderme antes que hacer una buena acción sin obtener ganancias.

»Esperemos.

»Pero es imposible esperar: me muero de hambre; dentro de unas horas, las pocas fuerzas que me quedan se extinguirán; además, se acerca la hora de la visita del carcelero; no han dado aún la alerta, quizá nadie sospeche nada: puedo hacerme pasar por uno de los marineros de ese pesquero que naufragó anoche. Esa historia no dejará de tener cierta verosimilitud; nadie vendrá a contradecirme, pues a todos se les ha tragado el mar. Vamos.»

Y diciéndose esto, Dantès volvió los ojos hacia el pequeño barco roto y se sobresaltó. En la arista de una roca se había quedado colgado un gorro frigio de alguno de los marineros del naufragio, y muy cerca de allí flotaban algunos restos de la obra viva, viguetas inertes que el mar traía y llevaba a la parte baja de la isla a la que embestían como impotentes carneros.

En un instante Dantès había tomado la resolución; se echó de nuevo al mar, nadó hacia el gorro, se cubrió con él la cabeza, cogió una de las viguetas y nadó para cortar el rumbo que debía seguir el barco.

«Ahora estoy salvado», murmuró.

Y esa convicción le dio fuerzas.

Enseguida vio la tartana que, al tener el viento casi de cara, hacía bordadas entre el castillo de If y la torre de Planier. Por un instante, Dantès temió que, en lugar de navegar pegada a la costa, la pequeña embarcación se dirigiese mar adentro, como hubiera hecho, por ejemplo, si el destino fuera Córcega o Cerdeña; pero, por la manera de maniobrar, el nadador reconoció enseguida que el barco deseaba pasar entre la isla de Jaros y la de Caleseraigne, paso habitual de los barcos que hacen la ruta hacia Italia.

Mientras tanto, el navío y el nadador se acercaban insensiblemente el uno al otro; en una de sus bordadas, el pequeño barco llegó a estar incluso a un cuarto de legua de Dantès. Entonces Dantès se incorporó sobre el oleaje, agitando el gorro en señal de auxilio; pero nadie del barco le vio, barco que cambió de rumbo e inició una nueva bordada. Dantès pensó en gritar; pero midió con la mirada la distancia y comprendió que sus gritos no se oirían, pues su voz se vería arrastrada y solapada por la brisa del mar y por el ruido de las olas.

Fue entonces cuando se alegró de la precaución que había tomado de tenderse sobre una viga. Debilitado como estaba, quizá no hubiera podido mantenerse sobre el agua hasta alcanzar la tartana; y, con toda seguridad, si la tartana pasaba de largo, lo que era posible, tampoco hubiera tenido fuerzas para volver a la costa.

Dantès, aunque estuviera casi seguro de la derrota que seguía el barco, le acompañó con los ojos con cierta ansiedad, hasta el momento en el que le vio derivar y volverse hacia él.

Entonces avanzó nadando a su encuentro; pero antes de llegar, el barco comenzó a virar de bordo.

Enseguida Dantès, en un supremo esfuerzo, se puso casi de pie sobre el agua, agitando el gorro, lanzando uno de esos quejumbrosos gritos de los marineros en peligro, y que parecía el quejido de algún habitante del mar.

Esta vez, le vieron y le oyeron. La tartana interrumpió la maniobra y viró la proa hacia él. Al mismo tiempo vio que se preparaban para lanzar una chalupa al mar.

Un instante después, la lancha, gobernada por dos hombres, se dirigió hasta él, batiendo el mar con su doble remo. Dantès, entonces, soltó la vigueta, pensando que ya no le era necesaria, y nadó vigorosamente para ahorrar la mitad del camino a los que venían a recogerle.

Sin embargo, el nadador había contado con fuerzas casi inexistentes; entonces se dio cuenta lo útil que le hubiera sido ese trozo de madera que flotaba ya, inerte, a cien pasos de él. Los brazos se le ponían rígidos, las piernas habían perdido flexibilidad; todos sus movimientos se hicieron torpes y desacompasados, el pecho perdía el aliento.

Dio un enorme grito, los dos remeros redoblaron su energía y uno de ellos le gritó en italiano:

«¡Ánimo!»

La palabra le llegó en el momento en el que una ola, que ya no tenía fuerzas de remontar, le pasaba por encima de la cabeza y le cubría de espuma.

Reapareció batiendo al mar con esos movimientos desiguales y desesperados de un hombre que se está ahogando, gritó una vez más y se sintió hundir en el agua, como si tuviera aún atado a los pies aquel obús mortal.

El agua le pasaba por encima de la cabeza, y a través del agua vio el cielo lívido con manchas negras.

Un violento esfuerzo le trajo de nuevo a la superficie. Le pareció entonces que le agarraban por los cabellos; después, ya no vio nada, ya no oyó nada: se había desvanecido.

Cuando reabrió los ojos, Dantès se encontró sobre el puente de la tartana que continuaba su camino. Su primera mirada fue para ver qué rumbo llevaba: continuaba alejándose del castillo de If.

Dantès estaba tan agotado que su exclamación de alegría fue tomada por un suspiro de dolor.

Como hemos dicho le tenían acostado sobre el puente: un marinero le frotaba los miembros con una manta de lana; otro, a quien reconoció como el que le había gritado: «¡Ánimo!», le introducía el orificio de una cantimplora en la boca; un tercero, marino viejo, que era a la vez el piloto y el patrón, le miraba con el sentimiento de esa piedad egoísta que sienten

en general los hombres por una desgracia de la que ellos escaparon la víspera, pero que puede alcanzarles mañana mismo.

Algunas gotas de ron que contenía la cantimplora reanimaron el corazón desfalleciente del joven, mientras que las fricciones que el marinero, de rodillas sobre él, continuaba dándole con la lana devolvían la elasticidad a sus miembros.

—¿Quién es usted? —preguntó en un mal francés el patrón.

—Soy —respondió Dantès en un mal italiano—, soy un marinero maltés; veníamos de Siracusa, íbamos cargados de vino y de *panoline*. La turbonada de esta noche nos sorprendió en el cabo Morgiou, y nos estampó contra las rocas que hay allá.

—¿Y de dónde viene usted?

—De aquellas rocas a las que tuve la suerte de agarrarme, mientras que mi pobre capitán se rompió la cabeza al estamparse en ellas. Los otros tres compañeros se ahogaron. Creo que soy el único superviviente; vi el navío de ustedes, y temiendo que tendría que aguardar mucho tiempo en esa isla solitaria y desierta, me aventuré sobre unos restos de nuestra embarcación para intentar llegar hasta aquí. Gracias —continuó Dantès—, me han salvado la vida; estaba perdido cuando uno de sus marineros me agarró por el pelo.

—Fui yo —dijo un marinero de rostro franco y abierto, enmarcado en unas largas patillas negras—, y justo a tiempo, pues se estaba hundiendo.

—Sí —dijo Dantès tendiéndole la mano—, sí, amigo mío, y se lo agradezco una vez más.

—¡A fe mía! —dijo el marinero—. Yo casi dudaba; con esa barba de seis pulgadas y ese pelo de un pie de largo, tenía usted más el aspecto de un bandido que el de un hombre honrado.

Dantès se dio cuenta de que, efectivamente, desde que estaba en el castillo de If, no se había cortado el pelo, ni se había afeitado la barba.

—Sí —dijo—, es un voto que hice a Notre-Dame del Pie de la Grotta, en un momento de peligro, de estar diez años sin cortarme el pelo ni la barba, hoy se cumplen esos diez años, y por poco me ahogo en el aniversario de ese voto.

—¿Y ahora qué vamos a hacer con usted? —preguntó el patrón.

—¡Ay! —respondió Dantès—. Lo que usted quiera: la falúa en la que navegaba se ha perdido, el capitán ha muerto; como usted ve yo he escapado a su suerte, aunque absolutamente desnudo; menos mal que soy un buen marinero; déjeme en el primer puerto que recale y no dejaré de encontrar un trabajo en cualquier barco mercante.

—¿Conoce usted el Mediterráneo?

—Vengo navegando en él desde la infancia.

—¿Conoce usted los buenos fondeaderos?

—Hay pocos puertos, incluso los más difíciles, en los que yo no pueda entrar o salir con los ojos cerrados.

—Y bien, diga, patrón —preguntó el marinero que gritó «ánimo» a Dantès—, si el camarada dice la verdad, ¿quién le impide quedarse con nosotros?

—Sí, si dice la verdad —dijo el patrón un poco dudoso—, pero en el estado en el que se encuentra el pobre diablo, se promete mucho a riesgo de cumplir lo que se pueda.

—Yo cumpliré más de lo que prometa —dijo Dantès.

—¡Oh!, ¡oh! —dijo el patrón riendo—. Ya lo veremos.

—Cuando usted quiera —repuso Dantès levantándose—; ¿adónde se dirige?

—A Livorno.

—Pues bien, entonces, en lugar de hacer bordadas que le hacen perder un tiempo precioso, ¿por qué no se ciñe simplemente mucho más al viento?

—Porque iríamos a dar justo a la isla de Rion.

—No, usted pasará a más de veinte brazas de la isla.

—Coja el timón —dijo el patrón— y juzguemos sus conocimientos.

El joven fue a sentarse al timón, se aseguró con una ligera presión de que el barco le obedecía; y viendo que, sin ser extremadamente dócil, tampoco se resistía:

—¡A las brazas y a las bolinas! —dijo.

Los cuatro marineros que formaban la tripulación corrieron a sus puestos, mientras que el patrón les observaba.

—¡Tiren de los cabos! —continuó Dantès.

Los marineros obedecieron con bastante precisión.

—Y ahora, ¡amarren los cabos!

La orden fue ejecutada como las otras dos, y el pequeño barco, en lugar de seguir dando bordadas, comenzó a avanzar hacia la isla de Rion, cerca de la cual pasó, como había predicho Dantès, dejándola por estribor, a una veintena de brazas.

—¡Bravo! —dijo el patrón.

—¡Bravo! —repetieron los marineros.

Y todos miraban maravillados a ese hombre cuya mirada y cuyo cuerpo habían recobrado una inteligencia y un vigor que nadie hubiera sospechado.

—Ya ve —dijo Dantès dejando el timón— que podré serle de utilidad, al menos en la travesía. Si no quiere nada conmigo en Livorno, pues bien, me deja allí; con mis primeros meses de paga le reembolsaré mis gastos de comidas y la ropa que va a prestarme.

—Está bien, está bien —dijo el patrón—, podremos arreglarnos si es usted razonable.

—Un hombre vale lo que vale otro hombre —dijo Dantès—; lo que dé a los camaradas, me lo da también a mí, y conforme.

—No es justo —dijo el marinero que sacó a Dantès del mar—, pues usted sabe más que nosotros.

—¿Y tú por qué no te callas? ¿Es que eso te importa a ti, Jacopo? —dijo el patrón—. Cada uno es muy libre de enrolarse por la cantidad que le convenga.

—Está bien —dijo Jacopo—, yo sólo hacía una simple observación.

—Pues bien, harías mejor prestando a este valiente muchacho, que está desnudo, un pantalón y una marinera, si por casualidad tienes una de repuesto.

—No —dijo Jacopo—, pero tengo una camisa y un pantalón.

—Es todo lo que necesito —dijo Dantès—; gracias, amigo.

Jacopo se deslizó por la escotilla, y al instante subió con las dos prendas que Dantès se puso con indecible dicha.

—Ahora, ¿necesita algo más? —preguntó el patrón.

—Un trozo de pan y un trago más de ese excelente ron que probé antes, pues hace mucho tiempo que no he probado bocado.

En efecto, hacía más o menos cuarenta horas.

Le trajeron un trozo de pan y Jacopo le dio la cantimplora.

—¡El timón a babor! —gritó el capitán dirigiéndose al timonel.

Dantès echó una ojeada al mismo sitio llevándose la cantimplora a la boca, pero la cantimplora se quedó a mitad de camino.

—¡Vaya! —preguntó el patrón—. ¿Qué es lo que ocurre en el castillo de If?

En efecto, una pequeña nube blanca, nube que había atraído la atención de Dantès, acababa de surgir, coronando las almenas del bastión sur del castillo de If.

Un segundo después, el ruido de una explosión lejana vino a morir a bordo de la tartana.

Los marineros levantaron la cabeza mirándose los unos a los otros.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó el patrón.

—Se habrá fugado algún preso esta noche —dijo Dantès— y disparan el cañón de alarma.

El patrón echó una mirada al joven, que, tras esas palabras, se había llevado la cantimplora a la boca; pero le vio saborear el licor con tanta calma y tanta satisfacción que, si tuvo alguna sospecha, esa sospecha no hizo sino atravesar su mente y desapareció de inmediato.

—Vaya con el ron, es endiabladamente fuerte —dijo Dantès, limpiándose con la manga de la camisa la frente que le chorreaba de sudor.

—En todo caso —murmuró el patrón mirándole—, si es él, mejor, pues se ve que he hecho la adquisición de un hombre valiente.

Con el pretexto de que estaba cansado, Dantès pidió entonces sentarse al timón. El timonel, encantado de ser relevado de sus funciones, consultó con la mirada al patrón, que le indicó con un gesto de cabeza que podía entregar el timón al nuevo compañero.

Dantès, sentado al timón, podía mantener la vista fija del lado de Marsella.

—¿En qué día del mes estamos? —preguntó Dantès al perder de vista el castillo de If, a Jacopo, que había venido a sentarse junto a él.

—A 28 de febrero —respondió este.

—¿De qué año? —siguió preguntando Dantès.

—¡Cómo que de qué año! ¿Pregunta usted de qué año?

—Sí —repuso el joven—, pregunto de qué año.

—¿Pero es que ha olvidado el año en el que estamos?

—¡Qué quiere! He pasado tanto miedo esta noche —dijo riendo Dantès—, que por poco si pierdo el sentido; tanto que mi memoria ha quedado tocada; le pregunto entonces, el 28 de febrero de qué año.

—Del año 1829 —dijo Jacopo.

Catorce años, día a día, era el tiempo que Dantès había estado preso.

Había llegado al castillo de If con diecinueve años, salía con treinta y tres.

Una dolorosa sonrisa pasó por sus labios; se preguntó qué habría sido de Mercedes durante todo ese tiempo en el que ella debió creerle muerto.

Después, un relámpago de odio se encendió en sus ojos pensando en esos tres hombres causantes de su largo y cruel cautiverio.

Y renovó contra Danglars, Fernand y Villefort aquel juramento de venganza que se hizo a sí mismo en prisión.

Y ese juramento ya no era una vana amenaza, pues, en ese momento, ni el más exquisito velero del Mediterráneo hubiera podido dar alcance a la pequeña tartana que singlaba a toda vela hacia Livorno.

Capítulo XXII

Los contrabandistas

Dantès no había pasado ni siquiera un día a bordo, cuando ya había reconocido con quién se las andaba. Sin haber estado nunca en la escuela del abate Faria, el digno patrón de *Jeune-Amélie*, que era el nombre de la tartana genovesa, sabía poco más o menos todas las lenguas que se hablan alrededor de ese gran lago que se llama el Mediterráneo: desde el árabe al provenzal. Eso le daba, ahorrándose los intérpretes, gente siempre fastidiosa y a veces indiscreta, le daba —decimos— grandes facilidades de comunicación, ya fuera con los navíos que encontraba en el mar, ya fuera con las pequeñas embarcaciones que se iba encontrando a lo largo de las costas, ya fuera, en fin, con esa gente sin nombre, sin patria, sin aparente oficio, como hay siempre sobre los muelles de los puertos de mar, y que vive de recursos misteriosos y ocultos como si procedieran directamente de la Providencia, puesto que no tienen ningún medio de existencia visible al primer golpe de vista. Adivinamos, pues, que Dantès estaba a bordo de un barco de contrabandistas.

Por ello el patrón había recibido a Dantès a bordo con cierta desconfianza, puesto que él era muy conocido por todos los aduaneros de la costa, y como entre estos señores y él no dejaba de haber un intercambio

de artimañas, a cual más astutas las unas que las otras, al principio pensó que Dantès era un emisario de «doña gabela», que se servía de ese ingenioso medio para indagar algunos secretos del oficio. Pero la manera brillante con la que Dantès salió de la prueba, cuando orientó el barco en la derrota más directa, le había convencido totalmente; además, después, cuando vio flotar esa ligera humareda como un penacho por encima del bastión del castillo de If, y oyó a continuación ese ruido lejano de la explosión, tuvo por un instante la idea de que acababa de recibir a bordo a quien, como para las entradas y salidas de los reyes, se le acordaban los honores del cañón; eso le inquietaba bastante menos, hay que decirlo, que si el recién llegado fuera un aduanero; pero esta segunda suposición había desaparecido con tanta rapidez como la primera, en vista de la perfecta tranquilidad de su reclutado.

Así pues, Edmond tuvo la ventaja de saber lo que era su patrón, sin que su patrón pudiese saber quién era él; por cualquier lado que le atacasen el viejo marino o sus colegas, mantuvo el tipo y no hizo ninguna confesión: daba cantidad de detalles sobre Nápoles y Malta, que conocía como Marsella, y mantenía su primera narración con una firmeza que hacía honor a su memoria. Así que fue el genovés, por muy sutil que fuera, quien se dejó engañar por Edmond, teniendo a su favor su dulzura, su experiencia náutica y sobre todo su sabio disimulo.

Y además, quizá el genovés era como esa gente de ingenio que no sabe sino lo que debe saber, y que no cree sino lo que hay que creer.

Fue pues, en esa recíproca situación como llegaron a Livorno.

Edmond tenía que pasar allí una prueba más; era la de saber si se reconocería a sí mismo después de catorce años sin haberse visto; había conservado una idea bastante precisa de cómo era de muchacho, tenía que ver ahora en qué se había convertido como hombre. A ojos de sus camaradas, había cumplido con el voto; al menos veinte veces había recalado en Livorno, conocía a un barbero en la calle Saint-Ferdinand, así que entró en la barbería para que le cortasen el pelo y le afeitasen la barba.

El barbero miró con asombro a este hombre de tan larga cabellera y barba tan espesa y negra que parecía una de esas hermosas cabezas de Tiziano. Todavía no estaba de moda en aquella época llevar la barba y los

cabellos tan largos: hoy, sin embargo, un barbero se asombraría de que un hombre dotado con tan grandes atributos físicos consintiera en desprenderse de ellos.

El barbero livornés se puso a la tarea sin más.

Cuando terminó la operación, cuando Dantès se sintió el mentón enteramente rasurado, cuando su cabello se vio reducido a la longitud normal, pidió un espejo y se miró.

Tenía entonces treinta y tres años, como hemos dicho, y los catorce años de prisión le habían aportado, por así decir, un gran cambio moral en su rostro.

Dantès había entrado en el castillo de If con el rostro redondeado, sonriente y abierto de un muchacho feliz, a quien los primeros pasos en la vida le habían sido fáciles, y que cuenta con el futuro como la deducción natural del pasado; pero todo eso había cambiado.

Su rostro ovalado se había alargado, su boca riente había tomado esas líneas firmes y determinantes que indican resolución; sus cejas se habían arqueado bajo una única arruga, pensativa; sus ojos se habían impregnado de una profunda tristeza, en cuyo fondo centelleaban de vez en cuando sombríos destellos de misantropía y de odio; su tez, lejos durante tanto tiempo de la luz del día y de los rayos de sol, había tomado ese color mate que, encuadrado en sus cabellos negros, avala la belleza aristocrática de los hombres del norte; esa profunda ciencia que había adquirido había reflejado además, en todo su rostro, esa aureola de inteligente seguridad; además, aunque por naturaleza tenía una talla bastante alta, había adquirido ese vigor corpulento de un cuerpo que concentra todas sus fuerzas.

A la elegancia de sus formas rápidas y frágiles le había sucedido la solidez de unas formas redondeadas y musculosas. En cuanto a su voz, los rezos, los sollozos y las imprecaciones, la habían cambiado, a veces en un timbre de una extraña dulzura, y otras en un acento rudo y casi ronco.

Además, al estar siempre en una media luz o en la oscuridad, sus ojos habían adquirido esa singular facultad de distinguir los objetos durante la noche, como la hiena y el lobo.

Edmond sonrió al contemplarse en el espejo: era imposible que ni su mejor amigo, si por casualidad le quedase un amigo, le reconociera; ni siquiera él se reconocía a sí mismo.

El patrón de la *Jeune-Amélie*, que tenía mucho interés en conservar entre su tripulación a hombres del valor de Edmond, le había propuesto algún aumento en su parte de futuros beneficios, y Edmond había aceptado; su primera preocupación, al salir de la barbería que acababa de operar en él esa primera metamorfosis, fue pues entrar en un comercio y comprar un equipo completo de marinero: ese atuendo, como sabemos, era muy simple: se componía de un pantalón blanco, de una camisa de rayas y un gorro frigio.

Y vestido de esta manera, devolviendo a Jacopo la camisa y el pantalón que le había prestado, Edmond reapareció delante del patrón de la *Jeune-Amélie*, viéndose obligado a repetirle su historia: el patrón no podía reconocer, en ese marinero coqueto y elegante, al hombre de barba espesa, de cabellos llenos de algas y de cuerpo calado por el agua del mar que recogió desnudo y moribundo en el puente de su barco.

Llevado por ese buen aspecto, renovó pues a Dantès sus propuestas; pero Dantès, que tenía sus proyectos, no quiso aceptar enrolarse sino por tres meses.

Por lo demás, era una tripulación muy activa, esta de la *Jeune-Amélie*, y sumisa a las órdenes de un patrón que había cogido la costumbre de no perder el tiempo. Apenas si estuvo ocho días en Livorno, cuando el casco redondeado del navío se vio lleno de muselinas estampadas, de algodones prohibidos, de pólvora inglesa y de tabaco, productos sobre los que las administraciones públicas habían olvidado poner su sello. Se trataba de sacar todo eso de Livorno, puerto franco, y desembarcarlo en alguna costa de Córcega, desde donde algunos especuladores se encargaban de trasladar todo el cargamento a Francia.

Zarparon; Edmond hendió de nuevo ese mar azul, primer horizonte de su juventud, que tantas veces había vuelto a ver en sueños en su cautiverio. Dejó a la derecha la Gorgone, a la izquierda la Pianosa, y singló hacia la patria de Paoli y de Napoleón.

Al día siguiente, al subir al puente, lo que hacía siempre muy temprano, el patrón encontró a Dantès apoyado en la barandilla del casco del barco y mirando con una extraña expresión un montón de rocas graníticas que el sol naciente inundaba de una luz rosada: era la isla de Montecristo.

La *Jeune-Amélie* la dejó por estribor, a tres cuartos de legua poco más o menos, y continuó su singladura hacia Córcega.

Dantès pensaba, según iba costeano la isla, de nombre tan armonioso para él, que sólo necesitaba saltar al mar y, en una media hora, estaría en su tierra prometida. Pero, una vez allí, ¿qué haría sin herramientas para descubrir su tesoro, sin armas para defenderlo? Además, ¿qué dirían los marineros? ¿Qué pensaría el patrón? Tenía que esperar.

Y felizmente Dantès sabía esperar: había esperado catorce años la libertad; bien podía ahora, que era libre, esperar la riqueza seis meses o un año más.

¿No hubiera aceptado la libertad sin la riqueza, si se lo hubieran propuesto?

Además, esa riqueza ¿no sería una riqueza ilusoria? Nacida del cerebro enfermo del pobre abate Faria, ¿no habría muerto al morir él?

Es cierto que esa carta del cardenal Spada era extremadamente precisa.

Y Dantès repetía de cabo a rabo en su memoria esa carta, de la que no había olvidado ni una sola palabra.

Llegó la noche; Edmond vio a la isla pasar por todos los colores que el crepúsculo trae consigo, y la vio perderse para todo el mundo en la oscuridad; pero él, con sus ojos habituados a la oscuridad de la prisión, sin duda continuó viéndola, pues se quedó el último en el puente.

Al día siguiente se despertaron a la altura de Aleria. Navegaron todo el día dando bordadas y por la noche se encendieron luces en la costa. Por la disposición de esas luces, reconocieron, sin duda, que se podía desembarcar, pues un fanal ocupó el lugar del pabellón en el asta de la pequeña embarcación, y se acercaron a la orilla a un alcance de fusil.

Dantès había observado, sin duda por esas circunstancias solemnes, que el patrón de la *Jeune-Amélie*, al acercarse a tierra, había montado sobre un pivote dos pequeñas culebrinas, iguales a fusiles de muralla, y

que, sin hacer demasiado ruido, podían enviar una bonita bala de a cuatro la libra a mil pasos de distancia.

Pero aquella noche la precaución fue innecesaria; todo transcurrió lo más tranquilo y lo más educado del mundo. Cuatro chalupas se acercaron sin mucho ruido al barco que, sin duda para hacerle los honores, echó su propia chalupa al mar; de tal manera que las cinco chalupas se las arreglaron tan bien que, a las dos de la mañana, todo el cargamento había pasado de estar a bordo de la *Jeune-Amélie* a estar en tierra firme.

Esa misma noche, tan hombre de orden era el patrón, que se hizo el reparto de la prima: cada hombre recibió cien libras toscanas, es decir, unos ochenta francos de la moneda francesa.

Pero la expedición no había terminado; se puso rumbo a Cerdeña. Se trataba de ir a recargar el barco que acababan de descargar.

La segunda operación resultó tan exitosa como la primera; la *Jeune-Amélie* estaba de suerte. El nuevo cargamento era para el ducado de Lucca. Se componía casi por completo de cigarros de La Habana y de vino de Jerez y de Málaga.

Allí tuvieron que vérselas con la gabela, esa eterna enemiga del patrón de la *Jeune-Amélie*. Un aduanero quedó en la estacada, y dos marineros fueron heridos. Dantès era uno de los heridos; una bala le atravesó el hombro izquierdo.

Dantès estaba casi feliz de esa escaramuza y casi contento de la herida; estas dos rudas institutrices le habían enseñado con qué ojos veía el peligro y con qué corazón soportaba el sufrimiento. Había mirado al peligro, riendo, y al recibir el disparo había dicho como el filósofo griego: «dolor, tú no eres un mal».

Además, había visto de cerca al aduanero herido de muerte y, sea por el calor de la sangre en acción, sea por tibieza de los sentimientos humanos, esta visión no le había producido más que una ligera impresión. Dantès estaba sobre la vía que quería recorrer, y marchaba hacia la meta que quería alcanzar: su corazón llevaba el camino de petrificarse en su pecho.

Por lo demás, Jacopo, que al verle caer creyó que había muerto, se precipitó sobre él, le levantó y finalmente, una vez levantado, le cuidó como un excelente camarada.

Este mundo no era, pues, tan bueno como lo veía el doctor Pangloss; pero tampoco era tan malo como lo veía Dantès, puesto que ese hombre, que no tenía nada que esperar de su compañero, a no ser heredar su parte de la prima, ¿por qué sentía una aflicción tan viva al verle muerto?

Menos mal, ya lo hemos dicho, que Dantès sólo estaba herido. Gracias a ciertas hierbas recogidas en cierto momento y vendidas a los contrabandistas por unas mujeres sardas, la herida se cerró bien pronto. Edmond quiso tentar entonces a Jacopo: le ofreció, a cambio de los cuidados recibidos, su parte de las primas, Jacopo la rechazó con indignación.

De esta especie de devoción de simpatía que Jacopo había sentido por Edmond desde el primer momento en el que le vio, resultó que Edmond acordó a Jacopo una cierta suma de afecto. Pero Jacopo no pedía nada más: instintivamente había adivinado en Edmond esa suprema superioridad de su posición, superioridad que Edmond había conseguido ocultar a los demás. Y con ese poco que le concedía Edmond, el buen marinero se conformaba.

Así, durante las largas jornadas a bordo, cuando el navío, surcando seguro ese mar azul, no necesitaba más que el auxilio del timonel, gracias al viento favorable que hinchaba las velas, Edmond, con una carta marina en la mano, hacía de maestro a Jacopo, como el pobre abate Faria lo había hecho con él. Le mostraba la depresión de las costas, le explicaba las variaciones de la brújula, le enseñaba a leer en ese gran libro abierto por encima de nuestras cabezas que se llama firmamento, y donde Dios ha escrito en su azul con letras de diamante.

Y cuando Jacopo le preguntaba:

—¿Para qué aprender todas esas cosas un pobre marinero como yo?

Edmond respondía:

—¿Quién sabe? Quizá un día llegues a ser capitán de barco; ¡tu compatriota Bonaparte bien llegó a ser emperador!

Habíamos olvidado decir que Jacopo era corso.

Habían transcurrido dos meses y medio en sucesivas travesías: Edmond se había hecho tan hábil en el cabotaje como antes fue arriesgado

marino; conocía a todos los contrabandistas de la costa; aprendió todos los signos masónicos con los que estos medio piratas se reconocen entre sí.

Veinte veces había pasado y vuelto a pasar por delante de la isla de Montecristo, pero en ninguna de ellas había encontrado la ocasión de desembarcar allí.

Así pues, tomó una resolución: tan pronto como su compromiso con el patrón de la *Jeune-Amélie* concluyera, alquilaría una pequeña barca. Dantès podía hacerlo, pues, en sus diferentes travesías, había amasado un centenar de piastras, y bajo un pretexto cualquiera, podría llegar a la isla de Montecristo.

Allí llevaría a cabo sus pesquisas, en total libertad.

Aunque no en total libertad, pues sin ninguna duda se vería observado por los que le hubieran llevado hasta allí.

En este mundo siempre hay que arriesgar algo.

Aunque la prisión había hecho a Dantès prudente, y bien hubiera querido no tener que arriesgar nada.

Pero por mucho que buscaba en su imaginación, por muy fecunda que fuera, no encontraba otra manera de llegar a la isla tan ansiada, sino esa.

Dantès dudaba sobre la resolución que debía tomar, cuando el patrón, que había depositado una gran confianza en él, y que deseaba mantenerlo a su servicio, le cogió una tarde del brazo y lo llevó a una taberna de la *Via dell'Oglia*, en la que tenía costumbre de reunirse con lo más exquisito del contrabando de Livorno.

Era allí donde se trataban habitualmente los asuntos de las costas. Dantès ya había entrado dos o tres veces en esta especie de Bolsa marítima; y al ver a esos arriesgados piratas que produce todo un litoral de dos mil leguas más o menos, se había preguntado qué poder alcanzaría el hombre que consiguiese impulsar con su voluntad a todos esos hijos reunidos o divergentes.

Esta vez se trataba de un gran negocio: un barco cargado de alfombras turcas, de telas de Oriente y de Cachemira; había que encontrar un terreno neutro donde se pudiera llevar a cabo el intercambio, y después intentar ir colocando todos esos objetos por las costas de Francia.

La prima era enorme si se tenía éxito; se trataba de cincuenta o sesenta piastras por hombre.

El patrón de la *Jeune-Amélie* propuso como lugar de desembarco la isla de Montecristo, que, al estar completamente deshabitada, sin soldados ni aduaneros, parecía que había sido colocada en medio del mar, en tiempos del Olimpo pagano, por Mercurio, ese dios de los comerciantes y de los ladrones, clases que nosotros hemos llegado a considerar separadas, o al menos distintas, y que la Antigüedad, por lo que parece, colocaba en la misma categoría.

Al oír el nombre de Montecristo, Dantès se sobresaltó de alegría: se levantó para ocultar su emoción y dio una vuelta por la taberna llena de humo, en la que todos los idiomas del mundo conocido venían a fundirse en la lengua franca.

Cuando se acercó a los dos interlocutores, ya estaba decidido que desembarcarían en Montecristo y que esa expedición partiría a la noche siguiente.

Edmond, consultado, fue de la opinión de que la isla ofrecía todas las garantías posibles, y que las grandes empresas, para que tengan éxito, deben llevarse a cabo rápidamente.

Así que no se cambió nada al programa previsto. Se convino en que zarparían al día siguiente por la noche, y que tratarían de llegar a las aguas de la isla neutral a lo largo de la noche siguiente, pues el mar estaba espléndido y el viento era favorable.

Capítulo XXIII

La isla de Montecristo

Finalmente Dantès, por una de esas casualidades dichosas e inesperadas, que llegan a veces a quienes han sufrido un revés de la fortuna durante largo tiempo, Dantès iba a llegar a la meta por un medio sencillo y natural, e iba a poner el pie en la isla sin inspirar sospechas a nadie.

Solamente una noche le separaba de ese viaje tan inesperado.

Esa noche fue una de las más febriles que pasó Dantès. Durante toda la noche, todas las posibles opciones, malas y buenas, se le iban presentando alternativamente en su mente: si cerraba los ojos, veía la carta del cardenal Spada escrita en caracteres centelleantes en la pared; si se dormía un instante, los sueños más insensatos venían a dar vueltas en su cerebro. Bajaba a las grutas pavimentadas de esmeraldas, con las paredes de rubíes y estalactitas de diamantes. Las perlas caían gota a gota filtrándose como se filtra a menudo el agua subterránea.

Edmond, encantado, maravillado, se llenaba los bolsillos de piedras preciosas; después, amanecía, y esas piedras se transformaban en simples guijarros. Entonces, intentaba entrar en esas maravillosas grutas que sólo había entrevisto; pero el camino se retorcía en infinitas espirales: la

entrada se le hacía invisible. Buscaba inútilmente en su fatigada memoria la palabra mágica y misteriosa que abría al pescador árabe las espléndidas cavernas de Ali-Babá. Todo era inútil; el tesoro desaparecido se había convertido en propiedad de los genios de la tierra, a los que por un instante estuvo a punto de arrebatárselo.

Llegó el amanecer casi tan febril como la noche; pero trajo consigo la lógica, que venía en ayuda de la imaginación, y Dantès pudo pergeñar un plan que hasta entonces flotaba impreciso y vaporoso en su cerebro.

Llegó la noche, y con la noche los preparativos del viaje. Esos preparativos eran para Dantès un modo de ocultar su agitación. Poco a poco había ido adquiriendo ante sus compañeros esa autoridad de dirigir como si fuera el dueño de la embarcación; y como esas órdenes eran siempre claras, precisas y fáciles de ejecutar, sus compañeros le obedecían no solamente con prontitud, sino con gusto.

El viejo marino le dejaba obrar: él también había reconocido la superioridad de Dantès sobre los otros marineros y sobre él mismo. Veía en el joven a su sucesor natural, y lamentaba no tener una hija para encadenar a Edmond con esa otra alianza.

A las siete de la tarde todo estaba preparado; a las siete y diez minutos doblaban el faro, justo en el momento en el que el faro se encendía.

El mar estaba en calma, soplaban un viento fresco del sureste; navegaban bajo un cielo azul, en el que Dios iba encendiendo también sus faros, siendo cada uno de ellos un mundo. Dantès declaró que todo el mundo podía irse a dormir y que él se encargaría del timón.

Cuando el maltés, pues era así como llamaban a Dantès, hacía una declaración así, eso bastaba, y todo el mundo se fue a acostar tranquilamente.

Eso sucedía algunas veces: Dantès, arrojado a la soledad en el mundo, sentía de vez en cuando la imperiosa necesidad de estar solo. Ahora bien, ¿qué mejor soledad, a la vez más inmensa y más poética, que la de un navío que flota aislado en el mar, en la oscuridad de la noche, en el silencio de la inmensidad y bajo la mirada del Señor?

Esta vez, la soledad se vio poblada por sus pensamientos, la noche, alumbrada con sus ilusiones, y el silencio, animado con sus promesas.

Cuando el patrón se despertó, el barco navegaba a toda vela: no había ni un solo trozo de tela que no fuese inflado por el viento; bogaba a más de dos leguas y media a la hora.

La isla de Montecristo crecía en el horizonte.

Edmond entregó el barco a su patrón y fue a tumbarse a su vez en su hamaca: pero, a pesar de la noche de insomnio, no pudo pegar ojo ni un momento.

Dos horas después, volvió al puente; el navío estaba doblando la isla de Elba. Estaban a la altura de Mareciana y más arriba de la isla llana y verde de la Pianosa. Se veía alzarse hacia el azul del cielo la cumbre resplandeciente de Montecristo.

Dantès ordenó al timonel virar a babor, a fin de dejar la Pianosa a la derecha; había calculado que esa maniobra debería menguar la ruta en dos o tres nudos.

Hacia las cinco de la tarde, tuvieron la vista completa de la isla. Se percibían en ella los menores detalles, gracias a esa nitidez atmosférica que es propia de la luz proyectada por los rayos solares en su ocaso.

Edmond devoraba con los ojos esa masa de rocas que pasaba por todos los colores crepusculares, desde el rosa vivo hasta el azul oscuro; de vez en cuando, bocanadas ardientes le subían al rostro; la frente enrojecía, una nube púrpura pasaba ante sus ojos.

Nunca un jugador, cuya fortuna estuviera en juego por un golpe de suerte en los dados, sintió tanta angustia como sentía Edmond en sus paroxismos de esperanza.

Llegó la noche; a las diez, abordaron; la *Jeune-Amélie* era la primera en la cita.

Dantès, a pesar del dominio que normalmente tenía sobre sí mismo, no pudo contenerse: saltó el primero a tierra; si se hubiera atrevido, como Bruto, hubiera besado el suelo.

Era noche cerrada; pero a las once se levantó la luna en medio del mar llenando de plata las olas; después, sus rayos, a medida que iba subiendo en el cielo, comenzaron a extenderse, en blancas cascadas de luz, sobre las rocas amontonadas de ese otro Pelión.

La isla era conocida por la tripulación de la *Jeune-Amélie*: era una de sus estaciones ordinarias. En cuanto a Dantès, la había reconocido en cada uno de sus viajes al Oriente, pero nunca había desembarcado en ella.

Preguntó a Jacopo.

—¿Dónde vamos a pasar la noche? —le dijo.

—Pues a bordo de la tartana —respondió el marinero.

—¿No estaríamos mejor en las grutas?

—¿En qué grutas?

—Pues en las grutas de la isla.

—Yo no conozco ninguna gruta —dijo Jacopo.

Un sudor frío pasó por la frente de Dantès.

—¿No hay grutas en Montecristo? —preguntó.

—No.

Dantès se quedó un instante aturdido; después, pensó que esas grutas podían haber sido tapadas por un accidente cualquiera, o incluso taponadas, para mayor precaución, por el cardenal Spada.

Todo consistía, en ese caso, en encontrar la boca de la gruta perdida. Era inútil buscar durante la noche. Así pues, Dantès remitió su investigación para el día siguiente. Además, una señal enarbolada a una media legua en el mar, y a la que la *Jeune-Amélie* respondió enseguida con otra señal parecida, indicó que había llegado el momento de ponerse a la tarea.

El barco que llegaba más tarde, enterado por la señal indicadora de que era absolutamente seguro ponerse en contacto, apareció enseguida, blanco y silencioso como un fantasma, y vino a anclarse a un cable de la orilla.

Enseguida comenzó el traslado de la mercancía.

Mientras trabajaba, Dantès pensaba en los ¡hurra! de alegría que podría él provocar entre los hombres con una sola palabra, si les decía en voz alta el incesante pensamiento que ronroneaba en voz baja en sus oídos y en su corazón. Pero, más que revelar el magnífico secreto, temía haber dicho ya demasiado, y haber despertado sospechas con sus idas y venidas, sus repetidas preguntas, sus minuciosas observaciones y su constante preocupación. Felizmente, para esta circunstancia al menos, en él, ese pasado tan doloroso había dejado marcado en su rostro una tristeza

indeleble, y sus resplandores de alegría, medio ocultos bajo esa nube de tristeza, no eran en realidad más que simples destellos.

Nadie sospechaba nada, y cuando al día siguiente, cogiendo un fusil, plomo y pólvora, Dantès manifestó el deseo de ir a cazar alguna de las numerosas cabras salvajes que saltaban de risco en risco, atribuyeron esa excursión de Dantès a su gusto por la caza o a su deseo de soledad. Sólo Jacopo insistió en acompañarle. Dantès no quiso oponerse, temiendo que su negativa inspirase algunas sospechas. Pero, apenas habían hecho un cuarto de legua, habiendo encontrado la ocasión de disparar y matar a un cabritillo, envió a Jacopo a que lo llevara a sus compañeros para que lo asasen y que cuando estuviese listo para comer le hiciese una señal disparando al aire; algunos frutos secos y una garrafa de vino de Montepulciano completaban el menú de los marineros.

Dantès continuó su camino mirando hacia atrás de vez en cuando. Una vez llegado a la cima de una roca, vio a mil pies por debajo de él a sus compañeros, junto a los que Jacopo había llegado y los vio ocupados activamente en los preparativos de la comida, aumentada, gracias a la destreza de Edmond, con una pieza capital.

Edmond les miró un instante con esa sonrisa dulce y triste del hombre superior.

«Dentro de dos horas», se dijo, «todos esos hombres partirán, enriquecidos con cincuenta piastras, para intentar ir a ganar otras cincuenta, con riesgo de sus vidas; después, volverán, con seiscientas libras, a dilapidar ese tesoro en cualquier ciudad, con el orgullo de los sultanes y la confianza en sí mismos de los nababs. Hoy, la esperanza que siento hace que menosprecie su riqueza, que me parece la más profunda de las miserias; mañana, la decepción hará quizá que me vea obligado a contemplar esa profunda miseria como si fuera la suprema felicidad... ¡Oh! No», exclamó Edmond, «eso no sucederá: el sabio, el infalible Faria no se habría equivocado en esta única cosa. Además, más valdría morir que continuar llevando esta vida miserable e inferior».

Así, a Dantès, que hacía tres meses no aspiraba más que a la libertad, ya no le bastaba esa libertad y aspiraba a la riqueza; ¡la culpa no era de Dantès, sino de Dios que, limitando el poder del hombre, le ha dado sin

embargo deseos infinitos! Mientras tanto, por un camino perdido entre dos muros de rocas, siguiendo un sendero formado por el torrente y que, según todas las probabilidades, jamás había sido mancillado por pie humano, Dantès se había acercado al lugar en el que suponía que existieran las grutas. Siguiendo la orilla del mar y examinando los más mínimos accidentes geográficos con una minuciosa atención, creyó observar sobre ciertas rocas una serie de cortes hechos por la mano del hombre.

El tiempo, que cubre con su manto de musgo todas las cosas materiales como cubre con su manto del olvido todas las cosas inmateriales, parecía haber respetado esas señales trazadas con cierta regularidad, y probablemente con el fin de dejar una marca; sin embargo, de vez en cuando, esas señales desaparecían bajo las matas de mirto, que se expandían en tupidos ramos cargados de flores, o bajo parásitos líquenes. Entonces Edmond tenía que apartar las ramas o levantar el musgo para encontrar las señales indicadoras que le conducirían a esta especie de laberinto. Esas señales, por lo demás, habían sido un buen augurio para Edmond. ¿Por qué no podría haber sido el cardenal quien las hubiera trazado para que, en caso de una catástrofe que nunca hubiera podido prever tan completa, pudiesen servir de guía a su sobrino? Este solitario lugar era el que se adecuaba muy bien a un hombre que quisiera esconder un tesoro. ¿Era posible que esas señales discontinuas solamente pudieran ser visibles por los ojos de aquellos para quienes habían sido trazadas, y la isla de sombrías maravillas hubiera guardado fielmente su magnífico secreto?

Mientras tanto, aproximadamente a sesenta pasos del puerto, Edmond observó, oculto como estaba de sus compañeros por los accidentes del terreno, que los cortes se paraban; pero tampoco desembocaban en ninguna gruta. Una gruesa roca redonda, asentada sobre una base sólida, era la única meta a la que parecían llevar. Edmond pensó que en lugar de haber llegado al final, quizá, bien al contrario, no estaba más que en el comienzo; en consecuencia dio marcha atrás y volvió sobre sus pasos.

Durante todo ese tiempo, sus compañeros preparaban la comida, iban a buscar agua a un manantial, transportaban el pan y la fruta a tierra, y asaban el cabrito. Justo en el momento en el que lo sacaban de un

improvisado espetón, vieron a Edmond que, ligero y resuelto como un gamo, saltaba de risco en risco; dispararon al aire para avisarle. El cazador cambió enseguida de dirección y vino corriendo hacia sus compañeros. Pero en el momento en el que todos le seguían con los ojos en esa especie de vuelo que ejecutaba, y tachaban de temeridad su destreza, como para dar razón a esos temores, a Edmond le falló un pie; le vieron tambalearse en la cima de una roca, dar un grito y desaparecer.

Todos saltaron a la vez, pues todos estimaban a Edmond, a pesar de su superioridad; sin embargo, fue Jacopo quien llegó primero.

Encontró a Edmond en el suelo, sangrando y casi sin conocimiento; debía de haber rodado desde una altura de doce o quince pies. Le pusieron en los labios algunas gotas de ron, y ese remedio, que ya había operado en él con tanta eficacia, produjo el mismo efecto que la primera vez.

Edmond abrió los ojos, se quejó de un fuerte dolor en la rodilla, de pesadez de cabeza y de unas punzadas insoportables en los riñones. Quisieron trasladarle hasta la orilla del mar, pero cuando iban a tocarle, aunque era Jacopo quien dirigía la operación, declaró, quejándose, que no se sentía con fuerzas para soportar el traslado.

Se entiende que para Dantès ya no era cosa de comer, pero exigió que sus colegas, que no tenían las mismas razones que él para hacer dieta, volviesen a sus puestos. En cuanto a él, dijo que sólo necesitaba descansar un poco, y que cuando volvieran estaría ya repuesto.

Los marinos no se hicieron de rogar: tenían hambre, el olor del cabritillo asado llegaba hasta allí, y uno no es ceremonioso entre lobos de mar.

Una hora después, volvieron. Todo lo que Edmond había podido hacer era arrastrarse por el espacio de una docena de pasos para apoyarse en una roca musgosa.

Pero lejos de calmarse, los dolores de Dantès parecían haber aumentado violentamente. El viejo patrón, que se veía obligado a zarpar a lo largo de la mañana para depositar su cargamento en las fronteras del Piamonte y de Francia, entre Niza y Fréjus, insistió para que Dantès intentara levantarse. Dantès hizo esfuerzos sobrehumanos para acceder a

la invitación del patrón; pero a cada esfuerzo, volvía a caer quejándose y palideciendo.

—Tiene los riñones destrozados —dijo por lo bajo el patrón—. ¡No importa! Es un buen compañero, no podemos abandonarle, tratemos de trasladarlo a la tartana.

Pero Dantès declaró que prefería morir allí, antes que soportar los atroces dolores que le ocasionaba el movimiento, por muy suave que fuese.

—Pues bien —dijo el patrón—, ocurra lo que ocurra, que no se diga que dejamos sin auxilio a un buen compañero como usted. No saldremos hasta la noche.

Esta propuesta extrañó mucho a los marineros, aunque ninguno de ellos se la rebatió, muy al contrario. El patrón era un hombre tan rígido, que era la primera vez que se le veía renunciar a una empresa, o ni siquiera retrasar su ejecución.

Pero Dantès no quiso que se hiciera en su favor una infracción tan grave a las reglas de la disciplina establecida a bordo.

—No —le dijo al patrón—; he sido un torpe, y es justo que pague yo el castigo de mi torpeza. Déjeme una pequeña provisión de galletas, un fusil, pólvora y balas para cazar a algún cabritillo, o al menos para defenderme, y una azada para construirme un pequeño cobijo, si tardan ustedes demasiado en venir a recogerme.

—Pero, te morirás de hambre —dijo el patrón.

—Prefiero eso —dijo Edmond— a sufrir estos dolores inauditos que un solo movimiento me hace sufrir.

El patrón miró hacia el navío, que se balanceaba con la maniobra de salida del pequeño puerto, dispuesto a zarpar en cuanto estuviera todo listo.

—¿Pero qué quieres que hagamos, maltés? —dijo—. No podemos dejarte así, ni tampoco podemos quedarnos.

—¡Márchense! ¡Márchense! —exclamó Dantès.

—Estaremos al menos ocho días fuera —dijo el patrón—, y además tendremos que desviarnos de nuestra ruta para venir a recogerte.

—Escuche —dijo Dantès—: si de aquí a dos o tres días se encuentra con algún barco pesquero o de otra clase que venga por estos parajes, dígale que estoy aquí y que pagaré veinticinco piastras para que me lleve a Livorno. Si no encuentran ningún barco, vengan a recogerme.

El patrón meneó la cabeza.

—Escuche, patrón Baldi, hay un modo de conciliar todo esto —dijo Jacopo—; zarpen, que yo me quedo con el herido para cuidarle.

—¿Y vas a renunciar a la parte que te corresponde para quedarte conmigo?

—Sí —dijo Jacopo—, y no lo lamento.

—Vamos, eres un buen muchacho, Jacopo —dijo Edmond—, Dios te recompensará tu buena voluntad; pero no necesito a nadie, gracias; me restableceré con un día o dos de reposo, y espero encontrar entre las rocas alguna hierba buena contra las contusiones.

Y una extraña sonrisa cruzó los labios de Dantès; estrechó la mano de Jacopo efusivamente, pero permaneció inquebrantable en su resolución de quedarse, y de quedarse solo.

Los contrabandistas dejaron a Edmond lo que les había pedido y se alejaron, no sin volver la cabeza varias veces, haciéndole todas las señales posibles de un cordial adiós, a lo que Edmond respondía solamente con la mano, como si no pudiera mover el resto del cuerpo.

Después, cuando les perdió de vista:

—Es extraño —murmuró Dantès riendo—, que sea entre hombres así donde encuentre pruebas de amistad y actos de verdadera entrega.

Entonces, se fue arrastrando con precaución hasta la punta de un risco que le ocultaba la visión del mar, y desde allí, vio cómo la tartana zarpaba, levaba el ancla, se balanceaba gentilmente como una gaviota que va a emprender el vuelo, y después partía.

Al cabo de una hora, había desaparecido completamente del horizonte: al menos, desde el lugar en el que él estaba, era imposible verla.

Entonces Dantès se levantó, más ágil y más ligero que uno de los cabritillos que saltaban entre mirtos y lentiscos por los riscos salvajes, cogió el fusil con una mano, la azada con la otra y corrió a la roca en la

que desembocaban las otras que tenían los cortes que había observado anteriormente.

—Y ahora —exclamó, recordando esa historia del pescador árabe que le había contado Faria—, ahora: *jábrete, Sesamo!*

Capítulo XXIV

Deslumbramiento

El sol había recorrido poco más o menos una tercera parte de su camino, y sus rayos de mayo caían, cálidos y vivificantes, sobre estas rocas, que hasta ellas mismas parecían sensibles a su calor; miles de cigarras, invisibles entre los brezos, dejaban oír su murmullo monótono y continuo; las hojas de los mirtos y de los olivos se agitaban temblorosas, produciendo un ruido casi metálico; a cada paso que daba Edmond sobre el granito caliente, hacía huir a los lagartos que parecían esmeraldas; se veía a lo lejos saltar, sobre los repechos inclinados, a las cabras salvajes que a veces atraen hasta la isla a los cazadores; en una palabra: la isla estaba habitada, viva, llena de vida, y sin embargo Edmond se sentía en ella solo, bajo la mano de Dios.

Sentía yo no sé qué emoción, semejante a la del miedo: era esa desconfianza del gran día, que hace suponer, incluso en el desierto, que miles de ojos inquisidores están abiertos sobre nosotros, mirándonos.

Ese sentimiento fue tan fuerte que en el momento de ponerse a la tarea Edmond se detuvo, dejó la azada, tomó de nuevo el fusil, escaló por última vez hasta el pico más elevado de la isla, y echó una vasta mirada por todo alrededor.

Pero, debemos decirlo, lo que llamaba su atención no era esa Córcega poética de la que podía distinguir hasta las casas, ni esa Cerdeña casi desconocida que la seguía, ni la isla de Elba de gigantescos recuerdos, ni, en fin, esa imperceptible línea que se extendía en el horizonte y que para el avezado ojo del marino dejaba entrever Génova, la soberbia, y Livorno, la comerciante; no, lo que llamaba su atención era el bergantín que había zarpado al amanecer, y la tartana que acababa de zarpar.

El primero estaba a punto de desaparecer por el estrecho de Bonifacio; la otra, que seguía el camino opuesto, costeaba Córcega, a la que se disponía a pasar.

Ver todo eso tranquilizó a Edmond.

Dirigió entonces sus ojos a los objetos más cercanos que le rodeaban; se vio en el punto más elevado de la isla cónica, como frágil estatua de ese inmenso pedestal; por debajo de él, ni un solo hombre; a su alrededor, ni una sola barca: sólo el mar azul que venía a batir la base de la isla, formando, con su choque incesante, una envolvente franja de plata.

Entonces, descendió con paso rápido, pero también lleno de prudencia: temía, en un momento así, un accidente igual al que tan hábil y tan felizmente había simulado.

Dantès, como hemos dicho, había retomado el camino inverso de las entalladuras que había visto en las rocas, había visto que esa línea conducía a una especie de cala oculta como un baño de ninfa antigua; esa cala era bastante ancha en su abertura y bastante profunda en el centro como para que una pequeña embarcación del tipo de los *speronares*^[1] pudiera entrar y quedar allí oculto. Entonces, siguiendo el hilo de las deducciones, ese hilo que, en manos del abate Faria, guiaba la mente de una manera tan ingeniosa a través del dédalo de las probabilidades, pensó que el cardenal Spada, en su interés por no ser visto, habría abordado esa cala, ocultando allí su pequeña embarcación, habría seguido luego la línea indicada de las entalladuras y, al final de esa línea, habría escondido el tesoro.

Era esa suposición la que había conducido a Dantès hasta esa roca circular.

Solamente una cosa inquietaba a Edmond y le trastocaba las ideas que tenía sobre el movimiento: ¿cómo habrían podido levantar la roca de la especie de base sobre la que reposaba, sin emplear una enorme cantidad de fuerza, una roca que pesaba tal vez cinco o seis toneladas?

De repente, se le ocurrió una idea. «En lugar de levantarla», se dijo, «la habrán bajado».

Y él mismo comenzó a buscar, más arriba de la roca, el posible emplazamiento anterior.

En efecto, pronto vio que habían construido una ligera pendiente; que habían deslizado la roca por su base hasta el lugar en el que ahora se encontraba; otra piedra, del grosor de una piedra ordinaria tallada, le había servido de calce; y para hacer desaparecer toda solución de continuidad, numerosas piedras y cantos habían sido cuidadosamente ajustados en ella; esta especie de obra de albañilería había sido recubierta con tierra vegetal, allí había crecido la hierba, el musgo se había extendido, algunas semillas de mirtos y de lentiscos habían germinado y crecido, y la vieja roca parecía pegada al suelo.

Dantès levantó con cuidado la tierra, y reconoció o creyó reconocer todo ese ingenioso artificio.

Entonces se puso a cavar con la azada toda esa muralla interpuesta y cimentada por el tiempo.

Después de trabajar unos diez minutos, el muro cedió, y quedó abierto un agujero por el que cabía un brazo.

Dantès fue a cortar el olivo más fuerte que pudo encontrar, le arrancó todas sus ramas y lo metió en el hueco para hacer palanca.

Pero la roca era demasiado pesada y a la vez estaba muy bien calzada en la piedra inferior, como para que la fuerza humana, aunque fuera la del mismo Hércules, pudiera sacarla.

Dantès reflexionó entonces si lo que tenía que atacar no era la piedra de abajo.

¿Pero cómo?

Dantès echó una mirada alrededor, como hacen los hombres desorientados; y su mirada cayó sobre un cuerno de muflón lleno de pólvora que le había dejado su amigo Jacopo.

Sonrió; la invención infernal iba a hacer su trabajo.

Con la ayuda de la piqueta, Dantès cavó entre la roca superior y la inferior un conducto de mina, como hacen los zapadores cuando quieren ahorrar fuerzas al brazo del hombre, después lo relleno de pólvora; luego, hizo una especie de mecha enrollando el pañuelo y empapándolo en el salitre.

Prendió fuego a la improvisada mecha, y se alejó.

La explosión no se hizo esperar: el peñasco superior se levantó por la incalculable fuerza, el inferior voló en pedazos; por la pequeña abertura que antes había hecho Dantès, se escapó todo un mundo de insectos agitados y una enorme culebra, guardiana de ese camino misterioso, rodó sobre sus mismas volutas azuladas y desapareció.

Dantès se acercó; la roca superior, sin apoyo, quedaba inclinada sobre el abismo; el intrépido buscador dio una vuelta alrededor de la roca, escogió el punto más fluctuante, apoyó la improvisada palanca en una de sus aristas e, igual a Sísifo, se apoyó con todas sus fuerzas contra la roca.

La roca, removida anteriormente por la explosión, se tambaleó; Dantès insistió con mayor esfuerzo: se diría que era uno de esos titanes que arrastran montañas para hacer la guerra al dueño de los dioses. Finalmente la roca cedió, rodó, saltó, se precipitó y desapareció tragada por el mar.

Dejaba al descubierto un espacio circular, sacando a la luz un aro de hierro sellado sobre una losa de forma cuadrada.

Dantès dio un grito de alegría y de asombro: nunca una primera tentativa se había visto coronada por tan magnífico resultado.

Quiso continuar; pero las piernas le temblaban tanto, el corazón le latía tan violentamente, una nube tan ardiente cubría sus ojos, que se vio obligado a parar.

Ese momento de incertidumbre tuvo la duración de un relámpago. Edmond puso la palanca en el aro, presionó con fuerza y la losa sellada se abrió, dejando al descubierto la fuerte pendiente de una especie de escalera que llegaba hasta una gruta cada vez más oscura.

Otro que no fuera Dantès se habría precipitado hacia la gruta, hubiera lanzado exclamaciones de alegría: él se detuvo, palideció y dudó.

«Vamos», se dijo, «¡sé un hombre! ¡Acostumbrado como estoy a la adversidad, no voy a dejarme abatir por una decepción! ¿O es que tanto sufrimiento no me ha servido para nada? ¡El corazón se rompe cuando después haberse dilatado demasiado por la esperanza de un cálido aliento, vuelve a encerrarse en la fría realidad! Faria lo ha soñado: el cardenal Spada no ha guardado nada en esta gruta, quizá ni siquiera vino aquí nunca, o, si vino, Cesar Borgia, el intrépido aventurero, el infatigable y sombrío ladrón, vino tras él, descubrió su rastro, siguió las mismas entalladuras que yo, como yo levantó la piedra y, una vez abajo, se llevó todo antes que yo».

Se quedó un momento inmóvil, pensativo, con los ojos fijos en esa abertura oscura y continuó pensando en voz alta:

—Ahora bien, ahora que ya no cuento con nada, ahora que ya me he dicho lo insensato que sería mantener la esperanza, el continuar con esta aventura es para mí cuestión de curiosidad, eso es todo.

Y se quedó aún inmóvil, meditando.

—Sí, sí, esto es una aventura que se enmarca en esa vida, mezcla de luces y de sombras, del regio bandido, en ese tejido de sucesos extraños que componen la matizada trama de su existencia; este fabuloso suceso debió ir encadenado invenciblemente a otros; sí, Borgia vino aquí una noche con la antorcha en una mano y la espada en la otra, mientras que a veinte pasos de allí, tal vez al pie de esta roca, se situaban, amenazantes y sombríos, dos esbirros espiando el cielo, el mar y la tierra, mientras que su amo y señor entraba, como yo voy a hacerlo ahora, despejando las tinieblas con su brazo temible y ardiente.

»Sí; ¿pero, qué haría Cesar con esos esbirros conocedores, así, de su secreto? —se preguntó Dantès.

—Lo que se hizo —se respondió sonriendo—, con los enterradores de Alarico, que se les enterró con el difunto.

»Sin embargo, si hubiera venido —continuó reflexionando Dantès—, hubiera encontrado el tesoro y se lo habría llevado; Borgia, el hombre que comparaba Italia con una alcachofa que se iba comiendo hoja a hoja, Borgia conocía demasiado bien el valor del tiempo como para haber perdido el suyo volviendo a colocar la roca en su sitio.

»Bajemos.

Entonces bajó, con una escéptica sonrisa en los labios, murmurando esa última palabra de la sabiduría humana: «¡quizá!...».

Pero en lugar de las tinieblas que esperaba encontrar, en lugar de una atmósfera opaca y viciada, Dantès no vio más que un suave resplandor transformado en un luz azulada; el aire y la luz se filtraban no solamente a través de la abertura por la que había entrado, sino también por las grietas de las rocas, invisibles en el suelo exterior, y a través de las cuales se veía el azul del cielo en el que se dibujaban las temblorosas ramas de las encinas y las fibras espinosas y trepadoras de las zarzas.

Tras unos segundos de estancia en la gruta, cuya atmósfera, no húmeda sino tibia y olorosa, era respecto a la temperatura de la isla lo que el simple resplandor azulado es al sol, la mirada de Dantès, habituada, como hemos dicho, a las tinieblas, pudo sondear los rincones más alejados de la caverna. La gruta era de granito, y sus láminas de mica brillaban como diamantes.

«¡Ay!», se dijo Edmond sonriendo. «Estos son sin duda todos los tesoros que dejó el cardenal; y el buen abate, al ver en sueños estas resplandecientes paredes, alimentó sus ricas esperanzas.»

Pero Dantès recordó los términos del testamento que sabía de memoria: «en el rincón más alejado de la segunda abertura», decía el testamento.

Dantès había entrado solamente en la primera gruta, había que buscar ahora la entrada a la segunda.

Dantès se orientó: esa segunda gruta debía adentrarse naturalmente en el interior de la isla; examinó las diferentes capas de piedras y golpeó una de las paredes, en la que le parecía que debía hallarse esa abertura, ocultada, sin duda, con mayor precaución.

La piqueta resonó durante un instante, con un sonido mate y tan compacto que hacía chorrear de sudor la frente de Dantès; finalmente, a este minero perseverante le pareció que una parte de la pared granítica respondía con un eco más sordo y más profundo a cada golpe de piqueta; acercó su mirada ardiente al muro y reconoció, con el tacto del preso, lo

que ninguna otra persona hubiera tal vez reconocido: que allí tenía que haber una abertura.

Sin embargo, para no hacer un trabajo inútil, Dantès, que como Cesar Borgia conocía el valor del tiempo, probó las otras paredes con el pico, golpeó el suelo con la culata del fusil, removi6 la arena en los lugares más probables y, al no encontrar nada, volvió a la parte de la pared que producía, al golpearla, ese sonido consolador.

Golpeó de nuevo y con más fuerza.

Entonces vio algo singular, y es que, bajo los golpes de la herramienta, una especie de revestimiento, como el que se aplica en las paredes para pintar al fresco, se levantaba y caía en escamas, dejando al descubierto una piedra blancuzca y de menor consistencia, como las piedras talladas normales. Habían taponado la abertura de la roca con piedras diferentes, después, habían superpuesto esa capa de yeso, y sobre ella habían simulado el color cristalino del granito.

Dantès golpeó entonces con el filo más agudo de la piqueta, que entró fácilmente en el muro.

Era allí donde había que excavar.

Por un misterio extraño del organismo humano, cuanto más se acumulaban las pruebas de que Faria no estaba equivocado, pudiendo ofrecer así una mayor seguridad a Dantès, más su corazón desfalleciente caía en la duda, y casi en el desánimo: esta nueva experiencia, que debía haberle dado nuevas fuerzas, acabó por quitarle las pocas que le quedaban; la piqueta se le caía de las manos; la puso en el suelo, se secó el sudor de la frente y subió arriba, dándose a sí mismo el pretexto de ver si alguien le espiaba, pero en realidad para tomar aire, porque sentía que iba a desvanecerse.

La isla estaba desierta, y el sol en su cenit parecía cubrirla con su ojo de fuego; a lo lejos, pequeñas barcas de pescadores abrían sus alas sobre el mar de un azul de zafiro.

Dantès no había comido nada; pero no era cuestión de ponerse a comer en un momento así; bebió un trago de ron y volvió a la gruta con el corazón más firme.

La piqueta, que antes le parecía tan pesada, se le hizo ligera; la levantó como si se tratara de una pluma, se puso vigorosamente de nuevo a la tarea.

Tras algunos golpes, vio que las piedras no estaban selladas, sino solamente superpuestas unas sobre otras y recubiertas con el yeso del que hemos hablado; introdujo la punta de la piqueta en una de las fisuras, hizo palanca con el mango y vio con alegría que la piedra caía a sus pies.

A partir de entonces, Dantès no tuvo más que ir tirando hacia sí de cada piedra con el pico, e iban cayendo igual que la primera.

En cuanto hubo una abertura, Dantès pudo entrar; pero retrasarlo algunos instantes era retrasar la certeza aferrándose a la esperanza.

Finalmente, después de dudar un instante más, Dantès pasó de la primera gruta a la segunda.

Esta segunda gruta era más baja, más oscura y de un aspecto más estremecedor que la primera; el aire, que sólo entraba por la abertura recién hecha, tenía ese olor mefítico que Dantès, para su sorpresa, no había encontrado en la primera.

Dantès dejó un tiempo para que el aire exterior entrara a reavivar esa atmósfera muerta, y entró.

A la izquierda de la boca había un rincón profundo y sombrío.

Pero, ya lo hemos dicho, para los ojos de Dantès no había tinieblas.

Sondeó con la mirada la segunda gruta: estaba tan vacía como la primera.

El tesoro, si existía, debía estar enterrado en el rincón oscuro.

Había llegado la hora de la angustia; dos pies de tierra por levantar eran todo lo que separaba a Dantès de la suprema alegría o la suprema desesperación.

Fue hacia el rincón y, como presa de una súbita resolución, empezó a cavar con fuerza.

Al quinto o sexto golpe de piqueta, el hierro golpeó sobre hierro.

Jamás ningún redoble de campanas fúnebre, jamás tañido estremecedor produjo efecto igual a este. Aunque Dantès no hubiera encontrado nada, no hubiera palidecido tanto.

Golpeó al lado, y encontró la misma resistencia, pero no el mismo sonido.

«Es un cofre de madera, con hierro alrededor», recordó.

En ese momento, una rápida sombra pasó interceptando la luz.

Dantès dejó caer la piqueta, cogió el fusil, salió por la abertura y subió arriba.

Una cabra salvaje había saltado por encima de la primera entrada de la gruta, y pastaba cerca de allí.

Era una buena ocasión de asegurarse la cena, pero Dantès temió que la detonación del fusil atrajese a alguien.

Reflexionó un instante, cortó un árbol resinoso, fue a encenderlo en el fuego, todavía humeante, en el que los contrabandistas habían preparado la comida, y volvió con esa antorcha.

No quería perderse ningún detalle de lo que iba a ver.

Acercó la antorcha al informe e inacabado agujero, y reconoció que no se había equivocado: había dado alternativamente sobre hierro y madera.

Incrustó la antorcha en la tierra y se puso de nuevo a la tarea.

En un instante desescombró un espacio de unos tres pies de largo por dos pies de ancho, y Dantès descubrió un cofre de madera de encina, con las esquinas de hierro cincelado. En medio de la tapa del cofre brillaban, sobre una placa de plata que la tierra no había conseguido empañar, las armas de la familia Spada, es decir, una espada en palo sobre escudo oval, como son los escudos italianos, coronado por un capelo cardenalicio.

Dantès lo reconoció con facilidad: ¡el abate Faria se lo había dibujado tantas veces!

Desde ese momento, ya no había duda, el tesoro estaba ahí; no se hubieran tomado tantas precauciones para volver a colocar y cerrar un cofre vacío.

En un instante, despejó todo lo que había alrededor del cofre, y Dantès vio aparecer la cerradura del centro, colocada entre dos candados, y las asas de los laterales; todo ello cincelado como se cincelaba en aquella época, en la que el arte convertía en precioso al más vil metal.

Dantès cogió el cofre por las asas e intentó levantarlo: era imposible.

Dantès intentó abrirlo: la cerradura y los candados estaban cerrados; era como si los fieles guardianes no quisieran entregar su tesoro.

Dantès introdujo el filo más cortante de la piqueta entre el cofre y la tapa, apoyó firmemente el mango de la herramienta, y la tapa, después de crujir, estalló. Una amplia abertura en la madera inutilizó los herrajes, cayeron también aplastando aún con sus tenaces uñas las planchas melladas por la caída, y el cofre se abrió.

Una fiebre vertiginosa se amparó de Dantès; cogió el fusil, lo armó y lo dejó junto a él. Primero, cerró los ojos, como hacen los niños, para ver, en la noche rutilante de su imaginación, más estrellas de las que se pueden contar en el cielo aún iluminado, después, los abrió, y se quedó deslumbrado.

El cofre estaba dividido en tres compartimentos.

En el primero brillaban rutilantes escudos de oro de leonados reflejos.

En el segundo, lingotes mal pulimentados y colocados en orden, pero que no tenían de oro más que el peso y el valor.

En el tercero, en fin, medio lleno, Edmond removi6 a puñados los diamantes, las perlas, los rubíes, que, en cascada resplandeciente, al caer unos sobre otros, producían el ruido del granizo sobre los cristales.

Después de haber tocado, palpado, hundido sus manos temblorosas en el oro y en las piedras preciosas, Edmond se incorporó y comenzó a recorrer las cuevas con la temblorosa exaltación de un hombre que raya en la locura. Subió a un risco desde donde podía ver el mar, y no vio nada: estaba solo, bien solo, con esas incalculables riquezas, inauditas, fabulosas, que le pertenecían; ¿pero, estaba soñando o estaba despierto? ¿Tenía un sueño fugitivo o abrazaba de cerca la realidad?

Necesitaba volver a ver su oro y, sin embargo, sentía que no tendría fuerzas, en ese momento, para sostener en el oro su mirada. Por un instante, se cogió la cabeza entre las manos, como para impedir que su razón le abandonara; después, corrió a través de la isla, sin seguir, no ya un camino, pues no los hay en la isla de Montecristo, sino ni siquiera una línea determinada, haciendo huir a las cabras salvajes y asustando a las aves de mar con sus gritos y sus gesticulaciones. Después, dando un rodeo,

volvió, dudando aún, precipitándose desde la primera gruta a la segunda, y encontrándose cara a cara con esa mina de oro y de diamantes.

Esta vez, cayó de rodillas, comprimiendo con sus convulsas manos su corazón galopante y murmurando una plegaria, inteligible sólo para Dios.

Enseguida se sintió más calmado y de ahí más dichoso, pues sólo ahora empezaba a creer en su felicidad.

Se puso entonces a contar su fortuna: había mil lingotes de oro de dos o tres libras cada uno; luego, contó veinticinco mil escudos de oro, pudiendo valer cada uno unos ochenta francos de la moneda actual, todos con la efigie del papa Alejandro VI y predecesores, se dio cuenta de que el compartimento estaba medio lleno; finalmente, se llenó unas diez veces las manos con perlas, piedras preciosas, diamantes; de todas esas joyas, muchas estaban montadas por los mejores orfebres de la época, por lo que ofrecían un valor de ejecución notable, más allá de su valor intrínseco.

Dantès vio anochecer y apagarse el día poco a poco. Temía que le sorprendieran si se quedaba en el interior de la caverna, y salió con el fusil en la mano. Unas cuantas galletas y algunos tragos de vino fueron su cena. Después, volvió a colocar la piedra, se acostó encima, y durmió apenas unas horas, cubriendo con su cuerpo la entrada de la gruta.

Esa noche fue una de esas noches, a la vez deliciosas y terribles, como las que este hombre, de ardientes emociones, había pasado dos o tres veces en la vida.

Capítulo XXV

El desconocido

Amaneció. Dantès esperaba el amanecer desde hacía tiempo con los ojos abiertos. Con los primeros rayos de luz, se levantó, subió, como la víspera, a la roca más elevada de la isla, a fin de explorar los alrededores; como en la víspera, todo estaba desierto.

Edmond bajó, levantó la piedra, se llenó los bolsillos de piedras preciosas, volvió a colocar lo mejor que pudo las planchas y los herrajes del cofre, lo recubrió de tierra, la aplastó bien con los pies, echó arena por encima a fin de que esa parte removida no se diferenciara del resto del suelo; salió de la gruta, volvió a colocar la losa, amontonó sobre ella piedras de diferente grosor; recubrió de tierra los intersticios, plantó en ellos mirtos y brezos, regó esas nuevas plantaciones para que se asemejasen a las antiguas; borró la huella de las pisadas que había por todo alrededor, y esperó con impaciencia el regreso de sus compañeros. En efecto, no se trataba ya de pasar el tiempo contemplando el oro y los diamantes ni de quedarse en la isla como un dragón vigilando inútiles tesoros. Ahora había que volver a la vida, entre los hombres, y tomar en la sociedad el rango, la influencia y el poder que da en este mundo la riqueza,

la primera y la mayor de las fuerzas de las que puede disponer el ser humano.

Los contrabandistas volvieron al cabo de seis días. Dantès reconoció de lejos el porte y la cadencia de la *Jeune-Amélie*; se arrastró hasta el puerto como Filoctetes herido, y cuando sus compañeros abordaron, les anunció, todavía quejándose, que había mejorado sensiblemente; después, escuchó a su vez el relato de los contrabandistas. Lo habían logrado, es cierto; pero en cuanto el cargamento fue depositado, recibieron el aviso de que una bricbarca de vigilancia de Toulon acababa de salir del puerto y se dirigía hacia ellos. Habían escapado a toda vela, lamentando que Dantès, que sabía imprimir al barco una velocidad mayor, no estuviera allí para pilotarlo. En efecto, enseguida avistaron el barco perseguidor; pero con la ayuda de la noche, y poniendo rumbo a Córcega, lo habían esquivado.

En suma, el viaje no había estado mal; y todos, sobre todo Jacopo, lamentaban que Dantès no hubiera estado con ellos, pudiendo obtener así la parte de beneficios que a cada uno le había tocado y que ascendía a cincuenta piastras.

Edmond permaneció impenetrable; ni siquiera sonrió ante la enumeración de las ventajas que hubiera conseguido si no hubiera permanecido en la isla; y como la *Jeune-Amélie* no había venido a Montecristo sino para recogerle, se embarcó aquella misma tarde y siguió al patrón a Livorno.

En Livorno fue a casa de un judío y vendió cuatro de los diamantes más pequeños que llevaba, a cinco mil francos cada uno. El judío podía haberse cuestionado cómo un marinero se hallaba en posesión de tales objetos; pero bien que se abstuvo de indagarlo, pues ganaba en el negocio mil francos en cada piedra.

Al día siguiente, Dantès compró una barca completamente nueva que dio a Jacopo, añadiendo a este regalo cien piastras, para que pudiera hacerse con una tripulación; y todo ello a condición de que Jacopo se dirigiera a Marsella y le trajera noticias de un anciano llamado Louis Dantès y que vivía en las Allées de Meilhan y de una joven que vivía en el pueblo de Les Catalans y que se llamaba Mercedes.

Ahora le tocaba a Jacopo pensar que estaba soñando; Edmond le contó entonces que se había hecho marinero por rebeldía y porque su familia le negaba el dinero necesario para su mantenimiento; pero que al llegar a Livorno había recibido la herencia de un tío que le había hecho su único heredero. La distinguida educación de Dantès daba a este relato tal verosimilitud que Jacopo no dudó ni un solo instante de que su antiguo compañero decía la verdad.

Por otra parte, como el compromiso de Edmond a bordo de la *Jeune-Amélie* había expirado, se despidió del patrón, que en principio trató de retenerle, pero que, al conocer como Jacopo la historia de la herencia, renunció a la esperanza de convencer a su antiguo marinero.

Al día siguiente, Jacopo puso rumbo a Marsella; se encontraría con Edmond en Montecristo.

Ese mismo día, Dantès partió sin decir adónde iba, despidiéndose de la tripulación de la *Jeune-Amélie* regalándole una espléndida gratificación, y del patrón con la promesa de que cualquier día recibiría noticias suyas.

Dantès se fue a Génova.

En el momento de su llegada, se estaba probando un pequeño yate pilotado por un inglés que, habiendo oído decir que los genoveses eran los mejores constructores del Mediterráneo, quería tener un barco construido en Génova. El inglés iba a pagar cuarenta mil francos: Dantès ofreció sesenta mil a condición de que le entregaran el navío ese mismo día. El inglés se había ido a dar una vuelta por Suiza, mientras terminaban su barco, y debía volver en tres semanas o un mes; el constructor pensó que tendría tiempo de tener otro barco en los astilleros; Dantès llevó al constructor a casa de un judío, pasó con él a la trastienda y el judío entregó sesenta mil francos al constructor.

Este ofreció sus servicios a Dantès para buscarle una tripulación; pero Dantès le dio las gracias diciendo que tenía la costumbre de navegar solo, y que lo único que deseaba era que le construyera en la cabina, en la cabecera de la cama, un armario secreto, en el que le hiciera tres compartimentos también secretos. Le dio las medidas de los compartimentos, que fueron hechos al día siguiente.

Dos horas después, Dantès zarpaba del puerto de Génova, escoltado por las miradas de un montón de curiosos que querían ver al señor español que tenía la costumbre de navegar solo.

Dantès se las arregló de maravilla; con la ayuda del timón, y sin tener necesidad de soltarlo, consiguió que el yate llevara a cabo todas las maniobras necesarias; se diría de un ser inteligente, dispuesto a obedecer al menor impulso que se le diera, y Dantès convino en que los genoveses merecían la fama de ser los mejores constructores de barcos del mundo.

Los curiosos siguieron con la mirada al pequeño navío hasta que lo perdieron de vista, y entonces se iniciaron las discusiones para saber adónde iba: unos se inclinaron por Córcega, otros, por la isla de Elba; aquellos apostaron por España, y estos sostuvieron que se dirigía a África; nadie pensó en nombrar la isla de Montecristo.

Sin embargo, era a Montecristo adonde se dirigía Dantès.

Llegó hacia el final del segundo día: el navío era un excelente velero y había recorrido la distancia en treinta y cinco horas. Dantès había reconocido el fondeadero de la costa y, en lugar de dirigirse al puerto habitual, fondeó en la pequeña caleta.

La isla estaba desierta; no parecía que alguien la hubiese abordado desde que Dantès partió; fue a buscar su tesoro: todo estaba en el mismo estado en el que lo había dejado.

Al día siguiente, trasladó toda su fortuna al yate y la guardó en los tres compartimentos del armario secreto.

Dantès esperó ocho días más. Mientras tanto hizo maniobrar el yate alrededor de la isla, estudiándolo como un escudero estudia a un caballo; al cabo de ese tiempo, conocía todas las cualidades y todos los defectos del yate. Dantès se prometió aumentar aquellas y remediar estos.

Al octavo día, Dantès vio una pequeña embarcación que venía hacia la isla con todas las velas desplegadas y reconoció la barca de Jacopo; le hizo una señal a la que Jacopo respondió y dos horas después la barca estaba junto al yate.

Jacopo tenía dos tristes respuestas que dar a los encargos de Edmond.

El anciano Dantès había muerto.

Mercedes había desaparecido.

Edmond escuchó ambas noticias con el rostro tranquilo; pero en cuanto bajó a tierra, prohibió que le siguiesen.

Dos horas después, volvió; dos hombres de la barca de Jacopo pasaron al yate para ayudar en la maniobra y Dantès dio la orden de poner rumbo a Marsella. Ya había previsto la muerte de su padre; pero Mercedes, ¿qué había sido de ella?

Sin divulgar su secreto Edmond no podía dar suficientes instrucciones a ningún agente; además, quería informarse también de otras cosas y para ello era preciso que lo hiciese él mismo. El espejo en Livorno ya le había demostrado que no corría ningún peligro de ser reconocido; además, ahora tenía a su disposición todos los medios para disfrazarse. Así pues, una mañana, el yate, seguido de la pequeña barca, entró valientemente al puerto de Marsella y fondeó justo enfrente del lugar en el que, aquella fatal noche, Edmond fue embarcado hacia el castillo de If.

En el bote, no sin cierto estremecimiento, Dantès vio venir hacia él a un gendarme. Pero Dantès, con esa perfecta seguridad en sí mismo que había adquirido, le presentó un pasaporte inglés que había comprado en Livorno; y con ese *laissez-passer* extranjero, mucho más respetado en Francia que el propio del país, bajó sin dificultades a tierra.

Lo primero que vio Dantès, al poner pie en La Canebière, fue a uno de los marineros del *Pharaon*. Ese hombre había servido bajo sus órdenes, y el verle allí, le sirvió para garantizar a Dantès los cambios operados en él: se fue derecho hacia ese hombre y le hizo varias preguntas a las que este respondió, sin ni siquiera sospechar ni por sus palabras, ni por su fisonomía, que alguna vez hubiera visto a quien le dirigía la palabra.

Dantès dio al marinero una moneda para agradecerle sus informaciones; un instante después, oyó al buen hombre que corría tras él.

Dantès se dio la vuelta.

—Perdón, señor —dijo el marinero—, pues sin duda se ha equivocado usted; tal vez creyó darme una moneda de cuarenta sous y me ha dado un doble napoleón.

—En efecto, amigo mío —dijo Dantès—, me había equivocado; pero como su honradez merece una recompensa, aquí tiene otro doble napoleón, que le ruego que acepte para beber a mi salud con sus compañeros.

El marinero miró a Edmond con tanto asombro que ni siquiera se le ocurrió darle las gracias, y murmuró mientras se alejaba:

—Este es algún nabab que llega de la India.

Dantès continuó su camino; cada paso que daba le oprimía el corazón con una nueva emoción: todos los recuerdos de su infancia, recuerdos indelebles, eternamente presentes en el pensamiento, estaban ahí, erigiéndose en cada rincón de la plaza, en cada esquina de la calle, en cada cruce de caminos. Al llegar al final de la calle de Noailles, y al ver las Allées de Meilhan, sintió que le flaqueaban las rodillas y a punto estuvo de caerse bajo las ruedas de un coche. Finalmente, llegó a la casa en la que había vivido su padre. Las aristoloquias y las capuchinas habían desaparecido de la buhardilla, donde antaño la mano del buen hombre las hacía crecer con tanto cuidado.

Se apoyó contra un árbol, y se quedó unos momentos pensativo mirando los últimos pisos de esa pobre casa; finalmente se dirigió hacia la puerta, franqueó el umbral, preguntó si había alguna vivienda vacía y, aunque estaba ocupada, insistió tanto en visitar la del quinto que la portera subió y pidió permiso, de parte de un desconocido, a las personas que la habitaban, para ver las dos habitaciones de las que constaba. Las personas que vivían en ese pequeño apartamento eran un muchacho y su joven esposa que acababan de casarse hacía ocho días solamente.

Al ver a los dos jóvenes, Dantès suspiró profundamente.

Por lo demás, nada recordaba ya a Dantès el apartamento de su padre: ya no tenía el mismo papel en las paredes; todos los viejos muebles, esos amigos de la infancia de Edmond, presentes en sus recuerdos con todos los detalles, habían desaparecido. Sólo quedaban las paredes.

Dantès se dirigió al lado de la cama, estaba en el mismo sitio que la de su antiguo inquilino; muy a su pesar, los ojos de Edmond se le llenaron de lágrimas: en ese mismo lugar, su anciano padre debió expirar llamando a su hijo.

Los dos jóvenes miraron con asombro a ese hombre, de frente severa, sobre cuyas mejillas rodaban dos gruesas lágrimas sin que su rostro se inmutase. Pero como todo dolor lleva consigo su liturgia, los jóvenes no preguntaron nada al desconocido; solamente se retiraron un poco para

dejarle llorar tranquilo, y cuando salió de la habitación le acompañaron, diciéndole que podía volver cuando quisiera y que su pobre casa sería siempre hospitalaria.

Al pasar por el piso de abajo, Edmond se detuvo delante de una de las puertas y preguntó si el sastre Caderousse vivía aún ahí. Pero el portero le dijo que el hombre por el que preguntaba había hecho malos negocios y ahora llevaba una pequeña posada en la carretera de Bellegarde a Beaucaire.

Dantès bajó a la calle, pidió la dirección del propietario del inmueble de las Allées de Meilhan, se dirigió a su casa y se hizo anunciar con el nombre de lord Wilmore, era el nombre y el título que ostentaba en su pasaporte, y le compró la casa por la suma de veinticinco mil francos. Era, al menos, diez mil francos más de lo que valía. Pero Dantès, si le hubiera pedido medio millón, la hubiera pagado a ese precio.

El mismo día, los jóvenes del quinto piso recibieron el aviso del notario que había hecho el contrato, de que el nuevo propietario les daba a elegir cualquier otro apartamento de la casa sin aumentarles de ninguna manera el alquiler, a condición de que le cediesen las dos habitaciones que ocupaban.

Este extraño suceso ocupó durante más de ocho días a todos los vecinos de las Allées de Meilhan, y fue objeto de miles de conjeturas de las cuales ninguna era la acertada.

Pero lo que sobre todo turbó todos los espíritus y confundió todas las mentes fue que aquella misma tarde se vio al mismo hombre de la casa de las Allées de Meilhan pasearse por el pequeño pueblo de Les Catalans, y entrar en una pobre cabaña de pescadores donde se quedó más de una hora preguntando por varias personas que habían muerto o que habían desaparecido de allí desde hacía más de quince o dieciséis años.

Al día siguiente, las personas a las que había hecho todas esas preguntas, entrando en su casa, recibieron como regalo una barca catalana completamente nueva, provista de dos traínas y de una red barredera.

A esta buena gente le hubiese gustado dar las gracias al generoso interrogador; pero, al dejarles, le vieron montar a caballo y salir de

Marsella por la puerta de Aix, después de haber dado algunas órdenes a un marino.

Capítulo XXVI

La posada del puente del Gard

Los que, como yo, han recorrido a pie el Mediodía francés, han podido observar, entre Bellegarde y Beaucaire, a mitad de camino poco más o menos del pueblo a la ciudad, pero más cerca sin embargo de Beaucaire que de Bellegarde, una pequeña posada en la que cuelga una representación del puente del Gard, sobre una placa de chapa que rechina al más mínimo viento. Esa pequeña posada, tomando como referencia el curso del Ródano, está situada a la izquierda de la carretera, dando la espalda al río; va acompañada por lo que en el Languedoc llaman un *jardín*: es decir, que la parte trasera, opuesta a la puerta por donde se recibe a los viajeros, da a un recinto en el que trepan algunos olivos esmirriados y algunas higueras silvestres de hojas plateadas por el polvo; y como toda verdura, crecen, entre medias, ajos, pimientos y chalotas; finalmente, en uno de sus rincones, como centinela olvidado, un gran pino piñonero proyecta melancólicamente su tallo flexible, mientras que su cima, extendida en abanico, cruje bajo un sol de treinta grados.

Todos esos árboles, grandes o pequeños, se curvan inclinados por naturaleza hacia la dirección por donde pasa el mistral, una de las tres

plagas de Provenza; las otras dos son, como se sabe, o como no se sabe, el río Durance y el Parlamento.

Aquí y allá, en la llanura de los alrededores, semejante a un lago de polvo, vegetan algunos tallos de trigo candeal que los horticultores de la región cultivan sin duda como curiosidad, sirviendo cada uno de esos tallos de percha a una cigarra que persigue con su canto chillón y monótono a los viajeros perdidos en estas soledades.

Desde hace más o menos siete u ocho años, esa pequeña posada está regentada por un hombre y una mujer, que tienen, por todo servicio, a una doncella llamada Trinette y a un mozo de cuadra que responde al nombre de Pacaud; doble cooperación que, por lo demás, cubre largamente las necesidades del establecimiento, desde que el canal abierto de Beaucaire a Aiguemortes substituyó victoriosamente a los barcos por la circulación rápida, y al carromato por la diligencia.

Ese canal, como para hacer más sangrantes aún los lamentos del desgraciado posadero al que arruinaba, pasa entre el Ródano que le alimenta y la carretera a la que agota, a cien pasos poco más o menos de la posada, cuya corta aunque fiel descripción acabamos de dar.

El hostelero que regentaba esta pequeña posada podía ser un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años, alto, seco y fibroso, verdadero tipo meridional, de ojos hundidos y brillantes, nariz aguileña y dientes blancos como los de un animal carroñero. Su cabello, que, a pesar de los primeros envites de la edad, parecía resistirse a ponerse blanco, era, como la barba que llevaba como un collarín, espeso, rizado y apenas sembrado de algunas canas. La tez, naturalmente bronceada, se le había cubierto de una capa más de bistre, por la costumbre que había adquirido el pobre diablo de estarse de la mañana a la noche en el umbral de la puerta, para ver si, bien a pie o bien en coche, le llegaba algo de clientela; espera siempre frustrada, y durante la cual no oponía al ardor devorante del sol ninguna otra protección para el rostro que un pañuelo rojo anudado a la cabeza como los muleros españoles. Este hombre era nuestro antiguo conocido Gaspard Caderousse.

Su mujer, por el contrario, que de soltera se llamaba Madeleine Radelle, era una mujer pálida, delgada y de aspecto enfermizo; nacida en

los alrededores de Arlés, y aún conservando los primitivos rasgos de la belleza tradicional de sus compatriotas, veía cómo su rostro se estropeaba lentamente, por los accesos, casi continuos, de una de esas fiebres sordas tan comunes entre la población vecina de las lagunas de Aiguemortes y de las marismas de la Camargue. Así que casi siempre estaba encerrada y tiritando en su habitación situada en el primer piso, a veces tendida en un sillón, o apoyada en la cama, mientras que su marido montaba su guardia habitual en la puerta; guardia que prolongaba tanto más a gusto dado que cada vez que se veía con su agria mitad, esta le perseguía con sus eternas quejas por su mala suerte, quejas a las que su marido respondía habitualmente con estas palabras filosóficas:

«¡Calla, *La Carconte*, calla!, Dios así lo quiere.»

Ese apodo de *La Carconte* venía porque Madeleine Radelle había nacido en el pueblo de La Carconte, situado entre Salon y Lambesc. Así que siguiendo la costumbre del país, en el que a casi todo el mundo le llaman casi siempre por un apodo en lugar de por su propio nombre, su marido había sustituido el nombre de Madeleine, demasiado dulce y eufónico quizá para su rudo lenguaje, por el de *La Carconte*.

Sin embargo, a pesar de esa supuesta resignación a los decretos de la Providencia, no vayamos a creer que por eso nuestro posadero dejaba de sentir profundamente el estado de miseria al que se veía reducido a causa de ese miserable canal de Beaucaire, ni que fuera invulnerable a las incesantes quejas con las que la mujer le acosaba. Era como todos los meridionales un hombre sobrio y sin grandes necesidades, pero vanidoso para las cosas externas; así, en tiempos de prosperidad no dejaba pasar ni una sola fiesta del marcaje de las reses, ni una procesión de la Tarasca, sin dejarse ver con *La Carconte*, con uno de esos trajes pintorescos de los hombres del Mediodía, y que tienen a la vez algo de catalán y de andaluz; y ella con ese encantador traje de las mujeres de Arlés que parece copiado de los Grecia y de Arabia; pero, poco a poco, cadenas de reloj, collares, cinturones de mil colores, corpiños bordados, chaquetas de terciopelo, medias de elegantes adornos, abigarradas polainas, zapatos con hebillas de plata, iban desapareciendo, y Gaspard Caderousse, al no poder mostrarse a la altura de su antiguo esplendor, había renunciado, para sí y para su

mujer, a todas esas pompas mundanas y, reconcomiéndose en silencio, oía todos los alegres ruidos de esas fiestas que llegaban hasta su pobre posada, posada que continuaba regentando más como un refugio que como un negocio.

Caderousse seguía pues, según su costumbre, plantado gran parte de la mañana delante de la puerta, paseando su melancólica mirada desde el poco de césped pelado donde picoteaban algunas gallinas, hasta los dos extremos del camino desierto que proseguía por un lado hacia el sur y por el otro hacia el norte, cuando de repente, la agria voz de su mujer le obligó a dejar su puesto; entró refunfuñando y subió a la primera planta, dejando sin embargo la puerta abierta de par en par, como para invitar a los viajeros a que no le olvidasen al pasar por delante.

En el momento en el que Caderousse entraba en la casa, la gran carretera de la que venimos hablando, y que recorría con sus miradas, estaba tan desnuda y tan solitaria como el desierto a mediodía; se extendía, blanca e infinita, entre dos filas de raquíticos árboles, por lo que se comprenderá perfectamente que ningún viajero, libre de escoger cualquier otra hora del día, se aventurase en ese espantoso Sahara.

Sin embargo, contra toda probabilidad, si Caderousse se hubiera quedado en su puesto, hubiera podido ver despuntar, por la parte de Bellegarde, a un jinete y su caballo, acercándose con ese trote leal y amistoso que indica las mejores relaciones entre caballo y jinete; el caballo era un caballo castrado, amblando agradablemente; el jinete era un cura, vestido de negro y tocado con un sombrero de tres picos, a pesar del devorante calor del sol, entonces en su cenit; ambos iban a un trote muy razonable.

Una vez delante de la puerta, la pareja se paró: sería difícil decidir si fue el caballo quien paró al hombre o si el hombre paró al caballo; pero en todo caso, el jinete se apeó, y tirando del animal por la brida fue a atarlo al picaporte de una contraventana destartalada que se sujetaba sólo por un gozne; después, avanzando hacia la puerta, secándose con un pañuelo de algodón rojo la frente que chorreaba de sudor, el cura dio tres golpes en el umbral con la punta metálica del bastón que llevaba en la mano.

Enseguida, un gran perro negro se levantó y dio algunos pasos ladrando y mostrando sus agudos y blancos dientes, doble demostración hostil que probaba la poca costumbre que tenía de ver gente.

Rápidamente, unos pesados pasos sacudieron la escalera de madera que subía pegada a la pared, y por la que ahora bajaba, curvándose y a reculones, el patrón de la pobre posada en cuya puerta se encontraba el cura.

—¡Estoy aquí! —decía Caderousse todo asombrado—, ¡estoy aquí! ¿Quieres callarte, Margotin! No tenga miedo, señor, ladra pero no muerde. ¿Quiere usted vino, no? Pues hace un calor de todos los diablos, ¡ah! Perdón —interrumpió Caderousse al ver con qué clase de viajero se las veía—, no sabía a quién tenía el honor de recibir; ¿qué desea, qué quiere pedir, señor cura? Estoy a sus órdenes.

El clérigo miró a este hombre durante dos o tres segundos con una extraña atención, incluso pareció querer atraer hacia su persona la atención del posadero; después, al ver que los gestos de este no expresaban otro sentimiento que el de la sorpresa de no recibir respuesta, juzgó que era el momento de dejar a un lado la sorpresa y dijo con un marcado acento italiano:

—¿No es usted *monsou* Caderousse?

—Sí, señor —dijo el hotelero, quizás aún más asombrado de la pregunta de lo que había estado del silencio—, lo soy, en efecto; Gaspard Caderousse, para servirle.

—Gaspard Caderousse... sí, creo que ese era el nombre y el apellido; usted vivía antes en las Allées de Meilhan, ¿no es eso? ¿En el cuarto?

—Eso es.

—¿Y ejercía la profesión de sastre?

—Sí, pero el negocio fue mal: hace tanto calor en esta maldita Marsella que se terminará, creo, por no ponerse ropa en absoluto. Pero, a propósito del calor, ¿no quiere usted refrescarse un poco, señor cura?

—Claro que sí, deme una botella del mejor vino que tenga, por favor, y retomaremos la conversación donde la hemos dejado.

—Como usted guste, señor cura —dijo Caderousse.

Y para no perder la ocasión de colocar una de sus últimas botellas de vino de Cahors que le quedaban, Caderousse se apresuró a levantar la trampa que había en el mismo suelo de esa especie de cuarto de la planta baja que servía a la vez de sala y de cocina.

Cuando al cabo de cinco minutos reapareció, encontró al cura sentado en un taburete, con el codo apoyado en una larga mesa, mientras que Margotin, que parecía haber hecho las paces con él, entendiendo que, contra toda costumbre, este singular viajero iba a tomar algo, estiraba sobre sus patas su descarnado cuello y sus lánguidos ojos.

—¿Está usted solo? —preguntó el abate al patrón, mientras este posaba ante él la botella y un vaso.

—¡Oh, Dios mío, sí! Solo o casi solo, señor cura, pues tengo a mi mujer que no puede ayudarme en nada, dado que está siempre enferma, la pobre *Carconte*.

—¡Ah! ¡Está usted casado! —dijo el cura con cierto interés, y echando un vistazo alrededor que parecía estimar en su mínimo valor el escaso mobiliario del pobre hogar.

—Le parece a usted que no soy rico, ¿no es así, señor cura? —dijo suspirando Caderousse—; pero, ¡qué quiere usted! No basta con ser un hombre honrado para prosperar en este mundo.

El cura fijó en él una penetrante mirada.

—Sí, un hombre honrado; de eso puedo jactarme, señor, —dijo el patrón sosteniendo la mirada del abate, con una mano en el pecho y meneando la cabeza de arriba abajo—; y en esta época, no todo el mundo puede decir lo mismo.

—Tanto mejor, si de lo que se jacta es cierto —dijo el abate—; pues pronto o tarde, de ello estoy seguro, pronto o tarde el hombre honrado será recompensado y el malvado castigado.

—Está en su oficio decir esas cosas, señor cura; está en su oficio —repitió Caderousse con una amarga expresión—; pero más allá de eso, cada uno es libre de creer o no lo que usted dice.

—Se equivoca al hablar así, señor —dijo el abate—, pues quizá voy a ser yo mismo, ahora, para usted, la prueba de lo que le digo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Caderousse asombrado.

—Quiero decir que tengo que asegurarme ante todo si es con usted con quien tengo que tratar.

—¿Qué pruebas quiere usted que le dé?

—¿Conoció usted en 1814 o en 1815 a un marino que se llamaba Dantès?

—¡Dantès!..., ¡Que si he conocido al pobre Edmond! ¡Ya lo creo que sí! ¡Era incluso uno de mis mejores amigos! —exclamó Caderousse, cuyo rostro se vio invadido por un rubor de púrpura, mientras que los ojos claros y firmes del abate parecían dilatarse para cubrir por completo a su interlocutor.

—Sí, en efecto, creo que se llamaba Edmond.

—¡Que si se llamaba Edmond, el muchacho! ¡Claro que sí! Tan cierto como que yo me llamo Gaspard Caderousse. ¿Y qué ha sido de él, señor, qué ha sido del pobre Edmond? —continuó el posadero—. ¿Acaso le conoció usted? ¿Todavía vive? ¿Está libre? ¿Es feliz?

—Murió en prisión, más desesperado y más miserable que los condenados a trabajos forzados que arrastran sus cadenas en el presidio de Toulon.

Una palidez mortal sucedió al rubor anterior en el rostro de Caderousse. Se volvió de espaldas y el abate le vio secarse una lágrima con la punta del pañuelo rojo que le servía de tocado.

—¡Pobre muchacho! —murmuró Caderousse—. Y bien, ahí tiene usted una prueba de lo que yo le decía, señor cura, que el buen Dios no es bueno más que para los malos. ¡Ah! —continuó Caderousse, con ese lenguaje lleno de metáforas de la gente del Mediodía—. El mundo va de mal en peor, ¡que caigan pues del Cielo dos días de pólvora y una hora de fuego, y ya está todo dicho!

—Parece que usted quiere de verdad a ese muchacho, señor —dijo el abate.

—Sí, le quería mucho —dijo Caderousse—, aunque tengo que reprocharme haber sentido envidia, en algún momento, de su felicidad. Pero después, se lo juro, palabra de Caderousse, lamenté mucho su desgraciada suerte.

Hubo un instante de silencio durante el cual la mirada fija del abate no dejó ni un solo instante de interrogar la fisonomía móvil del posadero.

—¿Y usted le conoció, al pobre muchacho? —continuó Caderousse.

—Me llamaron a su lecho de muerte para prestarle los últimos auxilios de la religión —respondió el abate.

—¿Y de qué murió? —preguntó Caderousse con la voz rota.

—¿De qué se muere en prisión cuando se muere a los treinta años, si no es de la prisión misma?

Caderousse se secó el sudor de la frente.

—Lo que tiene de extraño todo esto —prosiguió el abate—, es que Dantès, en su lecho de muerte, ante el Cristo a quien besaba los pies, me juró que ignoraba la verdadera causa de su cautiverio.

—Es cierto, es cierto —murmuró Caderousse—, él no podía saberlo; no, señor cura, no mentía el pobre muchacho.

—Por eso es por lo que me encargó aclarar la causa de su desgracia, que él mismo no pudo nunca aclarar, y rehabilitar su memoria, si esa memoria hubiera recibido alguna mancha.

Y la mirada del abate, haciéndose cada vez más fija, devoró la expresión, casi sombría que apareció en el rostro de Caderousse.

—Un inglés rico —continuó el abate—, su compañero de infortunio y que salió de la cárcel en la segunda Restauración, poseía un diamante de gran valor. Al salir de prisión, quiso dejar a Dantès, que le había cuidado como un hermano cuando estuvo enfermo, un testimonio de su agradecimiento regalándole el diamante. Dantès, en lugar de usarlo para sobornar a los carceleros, que por otra parte podían cogerlo y traicionarle después, lo guardó siempre cuidadosamente para el caso en el que saliera de prisión; pues si salía de prisión, su fortuna estaría asegurada con la sola venta de ese diamante.

—¿Era entonces, como usted dice —preguntó Caderousse con la mirada ardiente—, un diamante de gran valor?

—Todo es relativo —repuso el abate—; de un gran valor para Edmond; el precio de ese diamante está estimado en cincuenta mil francos.

—¡Cincuenta mil francos! —dijo Caderousse—; ¡pues sería tan grande como una nuez!

—No, no tanto —dijo el abate—, pero usted juzgará por sí mismo, pues lo tengo aquí.

Caderousse pareció buscar bajo los hábitos del clérigo el preciado depósito del que hablaba.

El abate sacó de su bolsillo una caja pequeña de piel de zapa negra, la abrió e hizo brillar a los ojos deslumbrados de Caderousse la rutilante maravilla montada sobre una sortija de un admirable trabajo.

—¿Y eso vale cincuenta mil francos?

—Sin la montura, que por sí misma tiene también cierto precio —dijo el abate.

Cerró el estuche, y volvió a meter en el bolso el diamante que continuaba brillando en la mente de Caderousse.

—Pero, ¿cómo se encuentra usted en posesión de ese diamante, señor cura? —preguntó Caderousse—. ¿Es que Edmond le nombró su heredero?

—No, pero sí su albacea testamentario. «Tenía tres amigos y una prometida», me dijo, «y estoy seguro de que los cuatro me lloran amargamente: uno de esos buenos amigos se llamaba Caderousse».

Caderousse se estremeció.

—«El otro», continuó el abate, sin aparentar darse cuenta de la emoción de Caderousse, «el otro se llamaba Danglars, el tercero, añadió, aunque rival mío, también me quería».

Una diabólica sonrisa iluminó los rasgos de Caderousse que hizo un movimiento para interrumpir al abate.

—Espere —dijo el abate— déjeme terminar, y si tiene que hacerme alguna observación, hágamela al final. «El otro, aunque rival, también me quería y se llamaba Fernand; en cuanto a mi prometida, su nombre era...». Ya no recuerdo el nombre de la prometida —dijo el abate.

—Mercedes —dijo Caderousse.

—¡Ah! Sí, eso es —repuso el abate con un suspiro ahogado—, Mercedes.

—¿Y bien? —preguntó Caderousse.

—Deme una jarra de agua —dijo el abate.

Caderousse se apresuró obedecer.

El cura llenó el vaso y bebió algunos sorbos.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó posando el vaso en la mesa.

—La prometida se llamaba Mercedes.

—Sí, eso es. «Usted irá a Marsella», es Dantès quien habla, ¿comprende?

—Perfectamente.

—«Venderá el diamante, hará cinco partes y las repartirá entre estos buenos amigos, los únicos seres que me han querido en el mundo.»

—¿Cómo cinco partes? —dijo Caderousse—, usted no ha nombrado más que a cuatro personas.

—Porque la quinta ha muerto, por lo que me han dicho... la quinta era el padre de Dantès.

—¡Ay! Sí —dijo Caderousse emocionado por las pasiones que se debatían en él—. ¡Ay! Sí, el pobre hombre, murió.

—Lo supe en Marsella —respondió el abate haciendo un esfuerzo para parecer indiferente—, pero esa muerte ocurrió hace tanto tiempo que no he podido obtener ningún detalle... ¿sabría usted algo del final del anciano?

—¡Ay! —dijo Caderousse—. ¡Quién puede saber eso mejor que yo!... Yo vivía puerta con puerta del buen hombre... ¡eh! ¡Dios mío! Sí: un año después de la desaparición de su hijo, murió, ¡el pobre viejo!

—¿Pero de qué murió?

—Los médicos llamaron a su enfermedad... una gastroenteritis, creo; los que le conocían dijeron que había muerto de pena..., y yo, que casi le vi morir, yo digo que murió...

Caderousse se detuvo.

—¿Murió de qué? —repuso con ansiedad el cura.

—Pues bien, ¡murió de hambre!

—¿De hambre? —exclamó el abate dando un salto sobre el taburete—. ¡De hambre! ¡Ni los animales más viles mueren de hambre! Los perros que vagan por las calles encuentran una mano compasiva que les tire un trozo de pan; ¡y un hombre, un cristiano, muere de hambre entre los demás hombres que se dicen cristianos como él! ¡Imposible! ¡Oh! ¡Es imposible!

—Yo digo lo que digo —repuso Caderousse.

—Y te equivocas —dijo una voz en la escalera—, ¿por qué te metes?

Los dos hombres se dieron la vuelta y vieron a través de las barras de la barandilla la cara enfermiza de *La Carconte*; se había arrastrado hasta allí y escuchaba la conversación, sentada en el último escalón, con los codos apoyados en las rodillas y las manos en la barbilla.

—¿Y tú, por qué te metes tú, mujer? —dijo Caderousse—. El señor pide información, la cortesía me exige que se la dé.

—Sí, pero la prudencia quiere que se la niegues. ¿Quién te dice con qué intenciones te hacen hablar, imbécil?

—Con las mejores intenciones, señora, se lo aseguro —dijo el abate—. Su marido no tiene nada que temer, con tal de que responda con franqueza.

—¡Nada que temer, sí! Se empieza con bonitas promesas, uno se contenta con decir que no hay nada que temer; después, uno se va sin mantener lo prometido y un buen día la desgracia cae sobre la pobre gente sin que uno sepa de dónde viene.

—Quédese tranquila, buena mujer, la desgracia no vendrá por mi parte, se lo aseguro.

La Carconte masculló algunas palabras que no pudieron oír, dejó caer la cabeza sobre las rodillas y continuó tiritando de fiebre, dejando a su marido libre de continuar la conversación, pero se colocó de tal manera que no perdía ripio.

Mientras tanto, el abate había bebido algunos sorbos de agua y se había repuesto.

—Pero —prosiguió—, ¿a ese desgraciado anciano le abandonó todo el mundo como para morir de esa manera?

—¡Oh! Señor, —repuso Caderousse—, no es que Mercedes la catalana, ni el señor Morrel le abandonasen; sino que el pobre viejo había cogido una profunda antipatía a Fernand, ese mismo —continuó Caderousse con una sonrisa irónica— al que Dantès llama amigo.

—¿Es que no lo era? —dijo el cura.

—¡Gaspard! ¡Gaspard! —murmuró la mujer desde lo alto de la escalera—. Cuidado con lo que vas a decir.

Caderousse hizo un gesto de impaciencia, y sin responder a su mujer:

—¿Se puede ser amigo de alguien a cuya mujer se desea? —respondió al cura—. Dantès, que tenía un corazón de oro, llamaba amigos a toda esa

gente... ¡pobre Edmond!... De hecho más vale que no supiera nada; le hubiera costado mucho perdonarles en el momento de su muerte... Y, se diga lo que se diga —continuó Caderousse en su lenguaje que no carecía de una ruda poesía—, tengo más miedo aún de la maldición de los muertos que del odio de los vivos.

—¡Imbécil! —dijo *La Carconte*.

—¿Entonces sabe usted lo que Fernand le hizo a Dantès?

—¡Sí lo sé! Claro que lo sé.

—Hable, entonces.

—Gaspard, di lo que quieras, eres muy dueño de hacerlo —dijo la mujer—; pero si me hicieras caso, no dirías nada.

—Esta vez creo que tienes razón, mujer —dijo Caderousse.

—¿Así que no quiere decirme nada? —repuso el cura.

—¡Para qué! —dijo Caderousse—. Si el pequeño viviera y viniese aquí para conocer de una vez por todas quiénes eran sus amigos y quiénes sus enemigos, no digo que no; pero está bajo tierra, por lo que usted me ha dicho, ya no puede sentir odio, ya no puede vengarse. Olvidemos todo eso.

—¿Quiere entonces —dijo el cura— que yo dé a esa gente, a quien usted tiene por indignos y amigos falsos, una recompensa destinada a pagar su fidelidad?

—Es cierto, tiene usted razón —dijo Caderousse—. Además, ¿qué significaría ahora para ellos el legado del pobre Edmond? ¡Una gota de agua cayendo en el mar!

—Sin contar que esa gente puede aplastarte con un solo gesto —dijo la mujer.

—¿Cómo es eso? ¿Es que se han hecho ricos y poderosos?

—Entonces, ¿no conoce usted su historia?

—No, cuéntemela.

Caderousse pareció reflexionar un instante.

—No, de verdad —dijo—, sería demasiado larga.

—Es usted muy libre de callar, amigo mío —dijo el abate con un tono de la más profunda indiferencia—, y respeto sus escrúpulos; además, lo que hace con esto es de un hombre realmente bueno; así que no hablemos

más. ¿Cuál era mi encargo? Una simple formalidad. Venderé, pues, el diamante.

Y sacó el diamante del bolsillo, abrió el estuche, y le hizo brillar ante los ojos deslumbrados de Caderousse.

—¡Vamos, mujer, ven a ver esto! —dijo este con voz ronca.

—¡Un diamante! —dijo *La Carconte*, levantándose y bajando la escalera con un paso bastante firme—. ¿Qué es eso de un diamante?

—¿Es que no lo has oído, mujer? —dijo Caderousse—. Es un diamante que el muchacho nos ha legado: a su padre primero, y a sus tres amigos: Fernand, Danglars y a mí, y a Mercedes, su prometida. El diamante vale cincuenta mil francos.

—¡Oh! ¡Qué joya tan hermosa! —dijo.

—¿Entonces nos pertenece la quinta parte de esa suma? —dijo Caderousse.

—Sí, señor —respondió el abate—, más la parte del padre de Dantès, ya que me creo autorizado para repartirla entre ustedes cuatro.

—¿Por qué entre nosotros cuatro? —preguntó *La Carconte*.

—Porque ustedes eran los cuatro amigos de Edmond.

—¡No son amigos los amigos que traicionan! —murmuró con sordina a su vez *La Carconte*.

—Sí, sí —dijo Caderousse—, es lo que yo decía: es casi una profanación, casi un sacrilegio, recompensar la traición, el crimen tal vez.

—Es usted quien lo ha querido —repuso tranquilamente el cura volviendo a guardar el diamante en un bolsillo de la sotana—; ahora, deme la dirección de los amigos de Edmond, para que yo pueda ejecutar sus últimas voluntades.

El sudor caía con gruesas gotas de la frente de Caderousse; vio al abate levantarse, dirigirse a la puerta, como para echar un vistazo de aviso al caballo, y volver.

Caderousse y su mujer se miraban con una indecible expresión.

—El diamante sería todo para nosotros —dijo Caderousse.

—¿Eso crees? —respondió la mujer.

—¡No iba a engañarnos un hombre de Iglesia!

—Haz lo que quieras —dijo la mujer—, en cuanto a mí, no quiero meterme en nada.

Y retomó el camino de la escalera toda temblorosa; le castañeaban los dientes, a pesar del ardiente calor que hacía.

En el último escalón se detuvo un instante:

—¡Piénsalo bien, Gaspard! —dijo.

—Estoy decidido —dijo Caderousse.

La Carconte volvió a su habitación suspirando; se oyó crujir el techo bajo sus pasos hasta que llegó hasta su sillón en el que cayó sentándose pesadamente.

—¿A qué es a lo que está decidido? —preguntó el cura.

—A contarle a usted todo —respondió.

—De verdad creo que es lo mejor que puede hacer —dijo el cura—; no es que yo tenga gran interés en saber lo que usted no quiere decirme; pero, en fin, si puede usted alertarme de cómo distribuir mejor el legado según el deseo del testador, tanto mejor.

—Eso espero —respondió Caderousse con las mejillas encendidas por el rubor de la esperanza y el anhelo.

—Le escucho —dijo el abate.

—Espere —repuso Caderousse—, podrían interrumpirnos en la parte más interesante y sería desagradable; además, es mejor que nadie sepa que usted ha venido aquí.

Fue a la puerta de su posada y la cerró, poniendo además, para mayor precaución, la barra de la noche.

Mientras tanto, el abate escogía un sitio para escuchar más tranquilamente; se había sentado en un rincón, de manera que quedaba en la sombra, mientras que la luz caería de lleno sobre la cara de su interlocutor. En cuanto a él, con la cabeza inclinada, las manos juntas o más bien crispadas, se preparaba a escuchar con toda atención.

Caderousse acercó un taburete y se sentó frente a él.

—¡Recuerda que yo no te empujo a hacer nada! —dijo la voz temblorosa de *La Carconte*, como si, a través del suelo, ella hubiera podido ver la escena que se estaba preparando.

—Está bien, está bien —dijo Caderousse—, no hablemos más, yo me encargo de todo.

Y comenzó.

Capítulo XXVII

El relato

—Antes de nada —dijo Caderousse—, debo rogarle, señor, que me prometa una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó el abate.

—Pues que jamás, si usted hace uso, cualquiera que sea, de los detalles que voy a darle, que jamás se sepa que esos detalles se los di yo, pues la gente de la que voy a hablarle es rica y poderosa, y si me tocan, aunque fuera solamente con la punta de los dedos, me romperían como a un cristal.

—Esté tranquilo, amigo mío —dijo el abate—, yo soy sacerdote, y las confesiones mueren en mi seno; recuerde usted que sólo nos mueve cumplir dignamente las últimas voluntades de nuestro amigo; hable, pues, sin disimulo, pero también sin odio; diga la verdad, toda la verdad. No conozco ni conoceré probablemente nunca a las personas de las que va a hablarme; además, soy italiano, no francés; pertenezco a Dios y no a los hombres, y volveré a mi convento, del que no he salido sino para ejecutar la última voluntad de un moribundo.

Esta positiva promesa pareció dar a Caderousse un poco de confianza.

—Pues bien, en ese caso —dijo Caderousse—, quiero desengañarle, diré más, debo desengañarle sobre esas amistades que el pobre Edmond creía sinceras y fieles.

—Comencemos por su padre, por favor —dijo el abate—. Edmond me habló mucho de ese anciano por el que sentía un amor profundo.

—La historia es triste, señor —dijo Caderousse moviendo la cabeza—; usted conoce probablemente el principio.

—Sí —respondió el abate—, Edmond me contó toda su vida hasta el momento en el que fue arrestado, en un pequeño cabaré cerca de Marsella.

—¡En la Reserve! ¡Oh, Dios mío! Sí, recuerdo todo como si estuviera aún allí.

—¿No era, incluso, el banquete de su compromiso?

—Sí, y la comida, que tuvo un alegre comienzo, tuvo un triste final: entró un comisario de policía seguido de cuatro fusileros y arrestaron a Dantès.

—Aquí es donde se acaba lo que yo sé, señor —dijo el sacerdote—. El mismo Dantès no sabía nada más que lo estrictamente personal, pues no volvió a ver a ninguna de esas cinco personas que le he nombrado, ni oyó hablar de ellas.

—Pues bien, en cuanto arrestaron a Dantès, el señor Morrel corrió a informarse: las noticias no podían ser más tristes. El anciano volvió solo a su casa, dobló el traje de ceremonia llorando, se pasó todo el día en un ir y venir en su habitación, y por la noche, ni se acostó, pues yo vivía en el piso de abajo y le oí andar durante toda la noche; yo mismo, debo decirlo, tampoco dormí, pues el dolor de ese pobre padre me causaba un gran sufrimiento, y cada uno de sus pasos me rompía el corazón como si realmente su pie me aplastara el pecho.

»Al día siguiente, Mercedes vino a Marsella para implorar la protección del señor de Villefort: no consiguió nada, pero, al mismo tiempo, fue a visitar al anciano. Cuando le vio tan triste y tan abatido, que no se había acostado en toda la noche y que no había probado bocado desde la víspera, quiso llevarle con ella para cuidarle, pero el anciano no lo permitió.

»“No”, decía, “no abandonaré esta casa, pues es a mí a quien mi pobre hijo quiere antes que a nadie, y si sale de la cárcel, es aquí adonde vendrá en primer lugar. ¿Qué diría si yo no estoy aquí esperándole?”.

»Yo escuchaba todo eso desde el descansillo de la escalera, pues me hubiera gustado que Mercedes convenciera al anciano para que se fuera con ella; sus pasos resonando sin cesar sobre mi cabeza no me dejaban ni un instante de reposo.

—¿Pero no subió usted mismo a consolarle? —preguntó el cura.

—¡Ah, señor! —respondió Caderousse—. No se puede consolar a quien no quiere ser consolado, y él no lo quería. Además, no sé por qué, pero creo que sentía cierta repugnancia al verme. Sin embargo, una noche en la que le oía sollozar, no pude resistirlo y subí; pero cuando llegué a la puerta, ya no sollozaba, sino que rezaba. Cómo encontraba esas elocuentes palabras y esas piadosas súplicas, no sabría decirle, señor; era más que piedad, era más que dolor; tanto que yo, que no soy un santurrón y que no me gustan mucho los jesuitas, aquel día me dije: De verdad que menos mal que estoy solo, y que el Buen Dios no me ha dado hijos, pues si yo fuera padre y sintiese un dolor semejante al del pobre viejo, al no encontrar en mi memoria ni en mi corazón todo lo que él dice a su Dios, me tiraría de cabeza al mar para no sufrir todo lo que este hombre está sufriendo.

—¡Pobre padre! —murmuró el sacerdote.

—Cada día vivía más solo y más aislado; a menudo venían Morrel y Mercedes a verle, pero tenía la puerta cerrada, y aunque yo estaba seguro de que el anciano estaba dentro, no respondía. Un día, contra toda costumbre, recibió a Mercedes y la pobre muchacha, desesperada también ella misma, intentaba consolarle.

»“Créeme, hija mía”, le dijo, “Edmond ha muerto; y en lugar de esperarle, es él quien nos espera; soy muy feliz, pues soy yo el más viejo, y por lo tanto soy yo quien le verá primero”.

»Por muy bueno que se sea, ya ve usted, uno deja pronto de ver a quien le entristece; el viejo Dantès acabó por quedarse totalmente solo. Yo sólo veía subir de vez en cuando a su casa gente desconocida, que bajaba con algún paquete mal disimulado; después comprendí lo que contenían esos

paquetes: el viejo vendía poco a poco lo que tenía para vivir. Finalmente el buen hombre llegó a agotar sus pobres ropas; debía tres mensualidades; amenazaron con echarle; pidió ocho días más, se los concedieron. Yo supe todo esto de boca del propietario que entró en mi casa al salir de la del anciano.

»Durante los tres primeros días le oí andar como de costumbre; pero al cuarto, dejé de oírle. Me aventuré a subir; la puerta estaba cerrada, pero a través de la cerradura le vi tan pálido y tan deshecho que, viendo que estaba enfermo, llamé al señor Morrel y corrí a avisar a Mercedes. Ambos llegaron rápidamente. El señor Morrel trajo a un médico; el médico reconoció una gastroenteritis y le recetó una dieta. Yo estaba allí, señor, y no olvidaré jamás la sonrisa del anciano ante esa receta médica.

»Desde ese momento, tuvo la puerta abierta; ya tenía una excusa para no comer, el médico se lo había mandado.

El cura lanzó una especie de gemido.

—Esta historia le interesa, ¿no es así, señor? —dijo Caderousse.

—Sí —respondió el abate—; es enternecedora.

—Mercedes volvió; le encontró tan cambiado que, como la primera vez, quiso llevárselo con ella. Esa era también la opinión del señor Morrel, que quería incluso que se lo llevara a la fuerza; pero el anciano gritó tanto que les dio miedo. Mercedes se quedó a la cabecera de su cama, el señor Morrel se alejó haciendo una seña a la catalana indicando que le dejaba una bolsa sobre la chimenea. Pero, apoyado en la orden del médico, el anciano no quiso tomar nada. Finalmente, al cabo de nueve días de desesperación y de abstinencia, el anciano expiró, maldiciendo a los que habían causado su desgracia y diciendo a Mercedes:

»“Si vuelve a ver a mi Edmond, dígame que muero bendiciéndole.”

El clérigo se levantó, dio dos pasos por la estancia llevándose una mano temblorosa a su árida garganta.

—Y usted cree que murió...

—De hambre..., señor, de hambre —dijo Caderousse—; le aseguro que es tan cierto como que estamos aquí los dos.

El cura, con una convulsa mano, cogió el vaso de agua aún medio lleno, lo vació de un trago y se volvió a sentar con los ojos enrojecidos y

las mejillas pálidas.

—¡Confiese que es una gran desgracia! —dijo con voz ronca.

—Sobre todo, señor, teniendo en cuenta que Dios no tuvo nada que ver en esto, sino que los causantes fueron los hombres.

—Pasemos, pues, a los hombres —dijo el abate—; pero piense —continuó en un tono casi amenazante— que usted se ha comprometido a decirme todo. Veamos, ¿quiénes son esos hombres que hicieron morir al hijo de desesperación y al padre de hambre?

—Dos hombres celosos de Edmond, señor; uno por celos de amor, el otro por ambición: Fernand y Danglars.

—¿Y de qué manera se manifestaron esos celos, dígame?

—Le acusaron a Edmond de ser un agente bonapartista.

—¿Pero quién de los dos le denunció? ¿Quién de los dos fue el verdadero culpable?

—Ambos, señor; uno escribió la carta, el otro la puso en el correo.

—¿Y dónde escribieron esa carta?

—En la misma Reserve, la víspera de la boda.

—Eso es, eso es —murmuró el abate—. ¡Oh, Faria! ¡Oh, Faria! ¡Qué bien conocías las cosas y a los hombres!

—¿Dice usted, señor? —preguntó Caderousse.

—Nada —repuso el cura—; continúe.

—Fue Danglars quien escribió la denuncia con la mano izquierda para que no se reconociese su letra, y fue Fernand quien la envió.

—Pero —exclamó de repente el abate—, ¿usted estaba allí!

—¡Yo! —dijo Caderousse asombrado—. ¿Quién le dijo que yo estaba allí?

El abate vio que había ido demasiado lejos.

—Nadie —dijo—, pero, para estar al tanto de todos esos detalles, tiene usted que haber sido testigo de los hechos.

—Es cierto —dijo Caderousse con voz ahogada—, yo estaba allí.

—¿Y no se opuso usted a esa infamia? —dijo el cura—. Entonces es usted su cómplice.

—Señor —dijo Caderousse—, ambos me hicieron beber hasta el punto de que, poco más o menos, perdí la razón. Todo lo veía como a través de

una nube. Dije todo lo que un hombre puede decir en ese estado, pero ambos me respondieron que era una simple broma que habían querido gastar a Edmond y que dicha broma no tendría consecuencias.

—Al día siguiente, señor, al día siguiente, usted vio bien que sí que las tenía; sin embargo, no dijo nada; ¿y estaba usted allí cuando fue arrestado?

—Sí, señor, yo estaba allí y quise hablar, quise decirlo todo, pero Danglars me retuvo.

»“¿Y si por casualidad es culpable?”, me dijo; “si realmente recaló en la isla de Elba, si realmente fue encargado de traer una carta para el comité bonapartista de París, si le encuentran esa carta, los que le hayan apoyado pasarán por ser sus cómplices”.

»Yo tuve miedo de la política tal como se hacía entonces, lo confieso; me callé, fue una cobardía, de acuerdo, pero no fue un crimen.

—Comprendo; usted dejó hacer, eso es todo.

—Sí, señor —respondió Caderousse, y tengo remordimientos día y noche. A menudo pido perdón a Dios, se lo juro, pues esa acción, la única que tengo que reprocharme a lo largo de mi vida, es la causa de mi adversidad. Expío lo que fue un instante de egoísmo; así que es lo que digo siempre a *La Carconte* cuando se queja: «Calla, mujer, Dios así lo quiere».

Y Caderousse bajó la cabeza en señal de verdadero arrepentimiento.

—Bien, señor —dijo el abate—, ha hablado usted con franqueza; acusarse de ese modo es merecer el perdón.

—Desgraciadamente —dijo Caderousse— Edmond ha muerto y él no me ha perdonado.

—Edmond ignoraba... —dijo el abate.

—Pero quizás ahora sepa —repuso Caderousse—; dicen que los muertos lo saben todo.

Hubo un instante de silencio; el sacerdote se levantó y se paseaba pensativo; volvió a su sitio y se sentó.

—Me ha nombrado usted dos o tres veces a un tal señor Morrel —dijo—. ¿Quién era ese hombre?

—Era el armador del *Pharaon*, el patrón de Dantès.

—¿Y qué papel desempeñó él en todo este triste asunto? —preguntó el clérigo.

—El papel de un hombre honrado, valiente y afectuoso, señor. Veinte veces intercedió por Edmond; cuando volvió el emperador, Morrel escribió, rogó, amenazó, tanto que en la segunda Restauración fue muy perseguido como bonapartista. Diez veces, como le he dicho, vino a casa del padre Dantès para sacarlo de su casa, y la víspera o antevíspera de su muerte, se lo repito, dejó en la chimenea una bolsa para pagar las deudas del buen hombre y hacerse cargo del entierro, de modo que el pobre viejo pudo al menos morir como había vivido, sin causar daño a nadie. Yo tengo todavía esa bolsa, es una bolsa de redcilla de cuero forrada de seda roja.

—¿Y ese señor Morrel vive todavía?

—Sí —dijo Caderousse.

—En ese caso —repuso el abate— debe ser un hombre bendecido por Dios, debe ser rico..., feliz...

Caderousse sonrió amargamente.

—Sí, feliz, como yo —dijo.

—¡El señor Morrel es desgraciado! —exclamó el abate.

—Está rozando la miseria, señor, y lo que es peor, roza el deshonor.

—¿Cómo es eso?

—Sí —repuso Caderousse—, así es; después de veinticinco años de trabajo, después de haber adquirido el más honorable sitio en el comercio de Marsella, el señor Morrel se ha arruinado por completo. Perdió cinco barcos en dos años, sufrió tres bancarrotas espantosas, y sólo confía en ese mismo *Pharaon* que comandaba el pobre Dantès, y que tiene que volver de las Indias con un cargamento de cochinilla y de índigo. Si le falla ese navío como los otros, está perdido.

—¿Y el pobre tiene mujer, hijos?

—Sí, tiene una mujer que en todo esto se comporta como una santa; tiene una hija que iba a casarse con un hombre al que amaba, y cuya familia ya no le deja casarse con una muchacha en la ruina, también tiene un hijo, teniente del ejército; pero, usted lo entiende, todo eso aumenta su dolor en lugar de mitigarlo, a ese pobre hombre. Si estuviera solo se volaría los sesos y todo habría terminado.

—¡Es espantoso! —murmuró el clérigo.

—Así es como Dios recompensa la virtud, señor —dijo Caderousse—. Mire, yo que no he cometido ni una mala acción, aparte de lo que le he contado, yo, estoy en la miseria; yo, después de que vea morir a mi pobre mujer de esas fiebres, sin que yo pueda hacer nada por ella, me moriré de hambre como el pobre Dantès padre, mientras que Fernand y Danglars nadan en oro.

—¿Y cómo es eso?

—Porque todo les ha salido bien, mientras que a la buena gente, como yo, todo le sale mal.

—¿Qué fue de Danglars? El más culpable, ¿no? El instigador.

—¿Que qué ha sido de él? Se fue de Marsella; entró, por recomendación del señor Morrel, que ignoraba su crimen, como empleado con un banquero español; en la época de la guerra de España se encargó de una parte del abastecimiento del ejército francés e hizo fortuna; entonces, con su primer dinero especuló en fondos y ha triplicado, cuadruplicado su capital, y viudo además de la hija de su banquero, se casó con otra viuda, la señora de Nargonne, hija del señor Servieux, chambelán del rey actual, y que goza del mayor favor. Se ha hecho millonario, le han nombrado barón; de manera que ahora es el barón Danglars, que tiene un palacete en la calle de Mont-Blanc, diez caballos en sus cuadras, seis lacayos en su antecámara, y no sé cuántos millones en sus arcas.

—¡Ah! —dijo el abate con singular acento—. ¿Y es feliz?

—¡Ah! Feliz, ¿quién puede decirlo? Ser feliz o desgraciado es el secreto que guardan las paredes; las paredes tienen oídos, pero no tienen lengua; si uno es feliz con una gran fortuna, Danglars es feliz.

—¿Y Fernand?

—Fernand, ese sí que es otra historia también.

—¿Pero cómo ha podido hacer fortuna un pobre pescador catalán, sin recursos, sin educación? Eso me sobrepasa, créame.

—Y le sobrepasa a todo el mundo; tiene que haber en su vida algún extraño secreto que nadie sabe.

—Pero, en fin, ¿por qué escalones visibles ha subido a tan alta fortuna o a esa alta posición?

—¡Las dos cosas, señor, las dos cosas! Tiene fortuna y posición, todo a la vez.

—Me está contando usted un cuento.

—El hecho es que bien se lo parece; pero escuche y comprenderá.

»Fernand, algunos días antes de la vuelta del emperador, había sido llamado a filas. Los Borbones le dejaron tranquilo en Les Catalans, pero Napoleón volvió, fue decretada una leva extraordinaria y Fernand se vio obligado a incorporarse. Yo también, a mí también me llamaron, pero como yo era mayor que Fernand y acababa de casarme, me enviaron solamente por la costa.

»Fernand entró en el ejército en las tropas activas, pasó la frontera con su regimiento y estuvo en la batalla de Ligny.

»La noche después de la batalla, estaba de ordenanza en la puerta del general que tenía contactos secretos con el enemigo. Aquella misma noche el general debía reunirse con los ingleses. Propuso a Fernand que le acompañara; Fernand aceptó, dejó su puesto y se fue con el general.

»Lo que a Fernand le hubiera costado un consejo de guerra si Napoleón hubiera seguido en el trono, le sirvió de recomendación con los Borbones. Volvió a Francia con los galones de subteniente; y como siguió teniendo la protección del general, que tiene gran favor en la corte, era capitán en 1823, cuando la guerra de España, es decir, en el momento mismo en el que Danglars se aventuraba con sus primeras especulaciones. Fernand era español, fue enviado a Madrid para estudiar lo que se respiraba en España; allí se encontró con Danglars, se alió con él, prometió a su general el apoyo de los absolutistas de la capital y de las provincias, recibió promesas, adquirió por su parte compromisos, guió a su regimiento por caminos conocidos sólo por él entre barrancos protegidos por absolutistas, finalmente prestó tantos servicios en esa corta campaña que, después de la toma del Trocadero, fue nombrado coronel y recibió la cruz de oficial de la Legión de Honor con el título de conde.

—¡Destino! ¡Destino! —murmuró el abate.

—Sí, pero escuche, eso no es todo. Una vez terminada la guerra de España, la carrera de Fernand se veía comprometida por el largo periodo de paz que se auguraba en Europa. Solamente Grecia se había sublevado

contra Turquía y comenzaba la guerra de su independencia; todos los ojos estaban vueltos hacia Atenas: era la moda de compadecer y de apoyar a los griegos. El gobierno francés, sin protegerles abiertamente, como usted sabe, toleraba expediciones parciales. Fernand solicitó y obtuvo el permiso de ir a servir a Grecia, aunque permaneciendo siempre bajo el control del ejército.

»Algún tiempo después, se supo que el conde de Morcerf, era el nombre que ahora tenía, había entrado al servicio de Ali-Pacha con el grado de general instructor.

»Mataron a Alí-Pachá, como usted sabe, pero antes de morir recompensó los servicios de Fernand dejándole una considerable suma con la que Fernand volvió a Francia, donde le confirmaron el grado de teniente general.

—¿De manera que hoy...? —preguntó el abate.

—De manera que hoy —prosiguió Caderousse—, posee un magnífico palacete en París, en la calle Helder, número 27.

El clérigo abrió la boca, se quedó un instante dudando, pero manteniendo el control sobre sí mismo:

—¿Y Mercedes? —dijo—. Me aseguraron que había desaparecido.

—Desaparecido —dijo Caderousse—, como desaparece el sol para volver a salir al día siguiente, más resplandeciente aún.

—¿Es que también ha hecho fortuna? —preguntó el clérigo con una sonrisa irónica.

—Mercedes es en este momento una de las damas más grandes de París —dijo Caderousse.

—Continúe —dijo el abate—; me parece que estoy escuchando el relato de un sueño. Pero yo mismo he vivido cosas tan extraordinarias que las que usted me cuenta me asombran menos.

—Mercedes se sintió desesperada cuando le arrebataron a Edmond. Ya le dije sus peticiones al señor de Villefort y su entrega y devoción por el padre de Dantès. En medio de su desesperación un nuevo dolor vino a sumarse, fue el ver marchar a Fernand, a Fernand, de quien ignoraba el crimen cometido contra Edmond, y que seguía viéndole como un hermano.

»Fernand partió, Mercedes se quedó sola.

»Pasó tres meses anegada en llanto; sin noticias de Edmond, sin noticias de Fernand; nada en perspectiva sino un anciano que se iba muriendo de desesperación.

»Una noche, después de haber permanecido todo el día sentada, como era su costumbre, en el cruce de los dos caminos que van de Marsella a Les Catalans, volvió a casa más abatida que nunca: ni su amado ni su amigo venían ni de un camino ni de otro, y seguía sin noticias de ninguno de los dos.

»De repente, le pareció oír unos pasos conocidos; se volvió con ansiedad, la puerta se abrió y vio aparecer a Fernand con su uniforme de subteniente.

»No era la mitad de la causa de su llanto, pero era una parte de su vida pasada que volvía.

»Mercedes cogió las manos de Fernand con tal pasión que este tomó el gesto por amor, aunque no era sino la alegría de no estar más sola en el mundo y de volver a ver al fin a un amigo, después de tantas horas de tristeza solitaria. Y además, hay que decirlo, ella no odiaba a Fernand, simplemente no le quería, eso es todo. Otro era el dueño de su corazón, eso otro estaba ausente..., había desaparecido..., quizás había muerto. Ante esta última idea, Mercedes rompía en sollozos y se retorció las manos de dolor; pero esa idea, que antes rechazaba cuando se lo sugería alguna otra persona, se le venía ahora a la mente sin querer; además, por su parte, el viejo Dantès no dejaba de decirle: “nuestro Edmond ha muerto, pues si no estuviera muerto vendría con nosotros”.

»El viejo murió, como le dije; si hubiera vivido quizá Mercedes nunca hubiese sido la mujer de otro; pues él hubiera estado allí para reprocharle su infidelidad. Fernand lo entendió así. Cuando supo que el viejo había muerto, volvió. Esta vez era teniente. En el primer viaje no había dicho a Mercedes ni una palabra de amor; en el segundo, le recordó que la amaba.

»Mercedes le pidió seis meses más para esperar y llorar a Edmond.

—De hecho —dijo el abate con una amarga sonrisa—, con todo, al fin eran dieciocho meses. ¿Cuánto más puede pedir el amante más adorado?

Después murmuró las palabras del poeta inglés: «*Frailty, thy name is woman!*»^[1].

—Seis meses después —continuó Caderousse— la boda tuvo lugar en la iglesia de las Accoules.

—Era la misma iglesia en la que debía casarse con Edmond —murmuró el clérigo—; sólo había cambiado el novio, eso es todo.

—Así pues Mercedes se casó —continuó Caderousse—, pero aunque a ojos de todo el mundo parecía tranquila, estuvo a punto de desmayarse al pasar por delante de la Reserve, donde dieciocho meses antes había celebrado su compromiso con quien aún amaba, si se hubiese atrevido a mirar en el fondo de su corazón.

»Fernand, más feliz pero no más tranquilo, pues le vi por aquel entonces, y temía todo el tiempo el regreso de Edmond, Fernand se ocupó enseguida de sacar a su mujer de allí y de exilarse él mismo: tenía a la vez demasiados temores y demasiados recuerdos quedándose en Les Catalans.

»Ocho días después de la boda se fueron.

—¿Y usted ha vuelto a ver a Mercedes? —preguntó el abate.

—Sí, en el momento de la guerra de España, en Perpiñán, donde la había dejado Fernand; entonces se ocupaba de la educación de su hijo.

El cura se sobresaltó.

—¿De su hijo? —dijo.

—Sí —respondió Caderousse—, del pequeño Albert.

—Para instruir a su hijo —continuó el abate—, ¿es que ella misma había recibido alguna instrucción? Me parecía haber oído decir a Edmond que era hija de un sencillo pescador, muy bella, pero inculta.

—¡Oh! —dijo Caderousse—. ¡Es que conocía tan mal a su propia prometida! Mercedes hubiera podido ser reina, señor, si la corona debiera posarse sólo sobre las cabezas más bellas y más inteligentes. Su fortuna crecía ya, y ella crecía con su fortuna. Aprendía dibujo, música, aprendía todo. Además, entre nosotros, creo que ella sólo hacía eso para distraerse, para olvidar, y que metía tantas cosas en su cabeza para luchar contra lo que tenía en el corazón. Pero ahora debo decir todo —continuó Caderousse—: la fortuna y los honores la consolaron sin duda. Es rica, es condesa, y sin embargo...

Caderousse se detuvo.

—Sin embargo, ¿qué? —preguntó el abate.

—Sin embargo, estoy seguro de que no es feliz —dijo Caderousse.

—¿Y qué le hace a usted creer eso?

—Pues bien, cuando me encontré yo mismo tan desgraciado, pensé que mis antiguos amigos me ayudarían en algo. Me presenté en casa de Danglars, que ni siquiera me recibió. Fui a casa de Fernand, que ordenó que su ayuda de cámara me diera cien francos.

—¿Entonces usted no vio a ninguno de ellos?

—No, pero la señora de Morcerf sí me vio.

—¿Cómo fue eso?

—Cuando salí, cayó una bolsa a mis pies; la bolsa contenía veinticinco luses; levanté rápidamente la cabeza y vi a Mercedes que cerraba la persiana.

—¿Y el señor de Villefort? —preguntó el abate.

—¡Oh! Él no había sido amigo mío; yo no le conocía, a él yo no tenía nada que pedirle.

—¿Pero no sabe usted qué fue de él, y la participación que tuvo en la desgracia de Edmond?

—No; yo sólo sé que algún tiempo después de ese desgraciado episodio se casó con la señorita de Saint-Méran, y se fueron enseguida de Marsella. Sin duda que la vida le habrá sonreído como a los otros, sin duda es rico como Danglars, considerado como Fernand; sólo yo, ya lo ve, sólo yo sigo siendo pobre, miserable y olvidado de la mano de Dios.

—Se equivoca usted, amigo mío —dijo el abate—: puede parecer que Dios olvida, a veces, cuando su justicia descansa; pero siempre llega un momento en el que Dios se acuerda, y aquí tiene la prueba.

Al decir estas palabras, el abate sacó el diamante de su bolsillo y se lo mostró a Caderousse.

—Tenga, amigo mío —le dijo—, coja este diamante, pues es suyo.

—¿Cómo! ¿Sólo para mí? —exclamó Caderousse—. ¡Ah! Señor, ¿no se burla usted?

—Este diamante debía repartirlo entre sus amigos; Edmond no tenía más que un único amigo: el reparto es, pues, inútil. Coja este diamante y véndalo; vale cincuenta mil francos, se lo repito, y esa suma, espero, bastará para sacarle de la miseria.

—¡Oh! Señor —dijo Caderousse avanzando tímidamente una mano y secándose el sudor que perlaba su frente con la otra—. ¡Oh, señor! ¡No querrá usted tomarse a broma la dicha o la desesperación de un hombre!

—Yo sé lo que es la dicha y lo que es la desesperación, y nunca jugaré con los sentimientos. Ande, tome, pero a cambio...

Caderousse, que tocaba ya el diamante, retiró la mano.

El cura sonrió.

—A cambio —continuó—, deme esa bolsa de seda roja que el señor Morrel dejó sobre la chimenea del viejo Dantès, y que, por lo que me ha dicho, continúa en su poder.

Caderousse, cada vez más asombrado, fue hacia un armario de roble, lo abrió y dio al abate una bolsa alargada, de seda roja descolorida, alrededor de la cual se deslizaban dos anillos de cobre, que fueron dorados antaño.

El abate la cogió, y a cambio entregó el diamante a Caderousse.

—¡Ah! Es usted un hombre de Dios, señor —exclamó Caderousse—, pues en realidad nadie sabía que Edmond le había dado este diamante y usted podría habérselo guardado.

«Bueno», se dijo a sí mismo el abate, «tú lo hubieses hecho, por lo que parece».

El clérigo se levantó, cogió el sombrero y los guantes.

—¡Ah! Bueno —dijo—, todo lo que me ha dicho es cierto, ¿no es eso? ¿Puedo creerlo punto por punto?

—Mire, señor cura —dijo Caderousse—, mire en el rincón de esa pared un Cristo de madera bendita; mire sobre ese mueble el libro de los Evangelios de mi mujer: abra ese libro, y le voy a jurar sobre los Evangelios y con la mano extendida hacia el Cristo, por la salvación de mi alma, por mi fe de cristiano, ¡le juro que le he dicho todo tal como pasó, y como el ángel de los hombres le dirá al oído de Dios el día del Juicio Final!

—Está bien —dijo el cura, convencido por ese tono de que Caderousse decía la verdad—, está bien; ¡que le aproveche este dinero! Adiós, me voy de nuevo lejos de los hombres que se hacen tanto daño los unos a los otros.

Y el abate, librándose con gran esfuerzo de los entusiastas impulsos de Caderousse, quitó él mismo la barra de la puerta, salió, subió a su caballo,

saludó por última vez al posadero que se deshacía en ruidosos adioses, y partió, por el mismo camino por donde había venido.

Cuando Caderousse se dio la vuelta, vio tras él a *La Carconte*, más pálida y más temblorosa que nunca.

—¿Es cierto lo que he oído? —dijo.

—¿Qué? ¿Que nos ha dado el diamante para nosotros solos? —dijo Caderousse casi loco de alegría.

—Sí.

—Nada más cierto, míralo.

La mujer lo miró un instante; después, con voz sorda:

—¿Y si fuera falso? —dijo.

Caderousse palideció y titubeó.

—Falso —murmuró—, falso... ¿Y por qué iba a darnos ese hombre un diamante falso?

—Para conseguir tu secreto sin pagar por ello, ¡imbécil!

Caderousse quedó un instante aturdido bajo el peso de esa suposición.

—¡Oh! —dijo al cabo de un instante, cogiendo el sombrero que se puso sobre el pañuelo rojo anudado a la cabeza—. Vamos a saberlo enseguida.

—¿Y cómo?

—Es la feria de Beaucaire; hay joyeros de París; voy a ir a enseñárselo. Tú, cuida de la casa, mujer; dentro de dos horas estaré de vuelta.

Caderousse salió escopetado de la casa, y se fue corriendo por el camino opuesto al que acababa de coger el desconocido.

«¡Cincuenta mil francos!», murmuró *La Carconte* cuando se quedó sola. «Es dinero..., pero no es una fortuna.»

Capítulo XXVIII

El libro de registro de prisiones

Al día siguiente del día en el que tuvo lugar, en el camino de Bellegarde a Beaucaire, la escena que acabamos de contar, un hombre de treinta a treinta y dos años, vestido con un frac azul pálido, un pantalón de nanquín y un chaleco blanco, y que tenía a la vez el aspecto y el acento británico, se presentó en la alcaldía de Marsella.

—Señor —le dijo—, soy el primer representante de la casa Thomson y French de Roma. Desde hace diez años estamos en relación con la casa Morrel e hijo de Marsella. Tenemos unos cien mil francos poco más o menos comprometidos en esa relación, y no dejamos de sentirnos inquietos, dado que se dice que la casa amenaza ruina. Vengo, pues, expresamente de Roma para pedirle a usted informes sobre Morrel e hijo.

—Señor —respondió el alcalde—, sé, efectivamente que desde hace cuatro o cinco años la desgracia parece perseguir al señor Morrel; ha venido perdiendo sucesivamente cuatro o cinco buques, y ha sufrido tres o cuatro bancarrotas; pero no me corresponde a mí, aunque yo mismo sea acreedor suyo con una cantidad de unos diez mil francos, no me corresponde a mí dar ninguna información sobre el estado de su fortuna. Pregúnteme como alcalde lo que pienso del señor Morrel, y le responderé

que es un hombre probo hasta la rigidez, y que hasta ahora ha cumplido todos sus compromisos con perfecta exactitud. Eso es todo lo que yo puedo decirle, señor; si usted quiere saber algo más, diríjase al señor de Boville, inspector de prisiones, en la calle de Noailles número 5; creo que él tiene doscientos mil francos invertidos en la casa Morrel, y si hay realmente algo que temer, como esa suma es considerablemente mayor que la mía, estará, probablemente, mejor informado que yo.

El inglés pareció apreciar esa suprema delicadeza, saludó, salió y se encaminó, con esos andares particulares de los hijos de la Gran Bretaña, hacia la calle indicada.

El señor de Boville estaba en su gabinete. Al verle, el inglés hizo un gesto de sorpresa que parecía indicar que no era la primera vez que se encontraba delante de la persona a la que venía a visitar. En cuanto al señor de Boville, él se encontraba tan desesperado que era evidente que todas las facultades de su mente, absortas en el mismo pensamiento que le ocupaba en ese momento, no dejaban ni a su memoria ni a su imaginación el placer de recrearse en el pasado.

El inglés, con la flema característica de su país, le hizo poco más o menos las mismas preguntas que había hecho al alcalde de Marsella, y en los mismos términos.

—¡Oh! Señor —exclamó el señor de Boville—, sus temores no pueden estar desgraciadamente mejor fundados, y aquí ve usted a un hombre desesperado. Yo tenía invertidos en la casa Morrel doscientos mil francos; esos doscientos mil francos eran la dote de mi hija, contando con casarla dentro de quince días; de esos doscientos mil francos, cien mil eran reembolsables el 15 de este mes, y los cien restantes el 15 del mes próximo. Yo había avisado al señor Morrel del deseo que yo tenía de que el reembolso fuera hecho rigurosamente, y he ahí que ha venido aquí, señor, hace apenas media hora, para decirme que si su navío el *Pharaon* no regresaba de aquí al día 15, se vería en la imposibilidad de hacer ese pago.

—Pero —dijo el inglés—, eso se parece mucho a una moratoria.

—Diga mejor, señor, ¡que eso se parece a una bancarrota! —exclamó el señor de Boville desesperado.

El inglés pareció reflexionar un instante, después, dijo:

—Así pues, señor, ¿teme usted por esa inversión?

—Mejor decir que la doy por perdida.

—Pues bien, yo se la compro.

—¿Usted?

—Sí, yo.

—¿Pero, con un descuento enorme, sin duda?

—No, con doscientos mil francos; nuestra casa —añadió el inglés riendo—, no hace esa clase de negocios.

—¿Y usted paga?

—Al contado.

Y el inglés sacó de su bolso un fajo de billetes de banco que podría ser el doble de la suma que el señor de Boville temía perder.

Un rayo de alegría pasó por el rostro del señor de Boville; pero, sin embargo, haciendo un esfuerzo por controlarse, dijo:

—Señor, tengo que prevenirle de que, según todas las probabilidades, usted no obtendrá ni el seis por ciento de esa suma.

—Eso no es de mi incumbencia —respondió el inglés—; eso sólo incumbe a la casa Thomson y French, en cuyo nombre actúo. Quizá tenga interés en acelerar la ruina de una casa rival. Pero lo que yo sé, señor, es que estoy dispuesto a pagar esa suma por el traspaso de la deuda; solamente pediré un derecho de corretaje.

—Claro, señor, ¡es muy justo! —exclamó el señor de Boville—. Normalmente la comisión es de uno y medio; ¿quiere usted el dos? ¿El tres? ¿El cinco por ciento? ¿Quiere usted más? Dígame, hable.

—Señor —repuso el inglés riendo—; yo soy como la casa que represento, yo no hago esa clase de negocios; no, no, mi derecho de corretaje es de una naturaleza bien distinta.

—Hable, pues, señor; le escucho.

—¿Es usted inspector de prisiones?

—Desde hace más de catorce años.

—¿Tiene usted registros de entrada y de salida?

—Sin duda.

—En esos registros habrá sin duda notas relativas a los prisioneros.

—Cada prisionero tiene su ficha.

—Pues bien, señor; yo fui educado en Roma por un pobre diablo de clérigo que desapareció de repente. Supe, después, que había sido detenido en el castillo de If, y quisiera conocer algunos detalles de su muerte.

—¿Cómo se llamaba?

—Abate Faria.

—¡Oh! ¡Me acuerdo de él perfectamente! —exclamó el señor de Boville—. Estaba loco.

—Eso se decía.

—¡Oh! Lo estaba, con toda seguridad.

—Es posible; ¿y qué tipo de locura tenía?

—Pretendía tener conocimiento de un inmenso tesoro, y ofrecía sumas enormes al gobierno que quisiera ponerle en libertad.

—¡Pobre diablo! ¿Y murió?

—Sí, señor, hace cinco o seis meses más o menos, el pasado febrero.

—Tiene usted una excelente memoria, señor, para acordarse de fechas así.

—Recuerdo bien esta, porque la muerte del pobre diablo fue acompañada de una circunstancia peculiar.

—¿Puedo conocer esa circunstancia? —preguntó el inglés con una expresión de curiosidad que un profundo observador hubiera encontrado sorprendente en su flemático rostro.

—¡Oh, Dios mío! Sí señor. El calabozo del abate estaba unos cuarenta y cinco o cincuenta pies del de un antiguo agente bonapartista, uno de los que más habían contribuido al regreso del usurpador en 1815, hombre muy resuelto y muy peligroso.

—¿De verdad? —dijo el inglés.

—Sí —respondió el señor de Boville—; yo mismo tuve la ocasión de ver a ese hombre en 1816 o 1817, y sólo bajábamos a su calabozo con un piquete de soldados; ese hombre me causó una profunda impresión; jamás olvidaré su rostro.

El inglés sonrió imperceptiblemente.

—Y decía, señor, que los dos calabozos...

—Estaban separados por una distancia de cincuenta pies; pero parece que ese Edmond Dantès...

—Ese hombre peligroso se llamaba...

—Edmond Dantès. Sí, señor; parece que ese Edmond Dantès se había hecho con herramientas, o las había fabricado, pues se encontró un corredor por el que se comunicaban ambos presos.

—¿Seguramente ese corredor lo habían hecho con miras a una evasión?

—Justamente; pero, desgraciadamente para ellos, el abate Faria sufrió un ataque de catalepsia y murió.

—Comprendo; eso paró en seco los proyectos de evasión.

—Para el muerto, sí —respondió el señor de Boville—, pero no para el vivo; al contrario, ese Dantès vio en ello una manera de apresurar su fuga; sin duda pensaba que los presos muertos en el castillo de If eran enterrados en un cementerio ordinario; transportó al difunto a su celda, ocupó su lugar en el saco donde le habían cosido y esperó el momento del entierro.

—Era algo muy arriesgado y que mostraba cierto valor —repuso el inglés.

—¡Oh! Ya os he dicho, señor que era un hombre muy peligroso; menos mal que él mismo libró al gobierno de cualquier temor que tuviera respecto a él.

—¿Cómo es eso?

—¿Cómo? ¿No entiende?

—No.

—El castillo de If no tiene cementerio; se arroja a los muertos simplemente al mar, una vez atado a sus pies un proyectil del treinta y seis.

—¿Y bien? —dijo el inglés, como si le costara entender.

—Pues bien, le ataron el proyectil del treinta y seis a los pies y le arrojaron al mar.

—¿De verdad? —exclamó el inglés.

—Sí, señor —continuó el inspector—. Entiende usted cuál debió ser el asombro del fugitivo cuando se vio lanzado desde lo alto hacia las rocas. Me gustaría ver su cara en ese momento.

—Hubiera sido difícil.

—No importa —dijo el señor de Boville, a quien la certeza de recuperar sus doscientos mil francos ponía de buen humor—, ¡no importa! Me la imagino.

Y se echó a reír.

—Y yo también —dijo el inglés.

Y se puso a reír a su vez, pero como ríen los ingleses, es decir, de dientes afuera.

—Así que —repuso el inglés, que fue el primero en retomar su sangre fría—, ¿así que el fugitivo se ahogó?

—Por supuesto.

—De manera que el gobernador del castillo se libró a la vez del loco y del furioso.

—Justamente.

—¿Pero seguro que se levantó un acta de ese suceso? —preguntó el inglés.

—Sí, sí, un acta mortuoria. Usted comprenderá que los parientes de Dantès, si los tuviera, podían tener interés en asegurarse si está muerto o vivo.

—De manera que ahora pueden estar tranquilos si tienen que heredar de él. ¿Está muerto y bien muerto?

—¡Oh, Dios mío, sí! Y se les entregará un certificado cuando quieran.

—Que así sea —dijo el inglés—. Pero, volvamos a los libros de registro.

—Es cierto. Esta historia nos había desviado. Perdón.

—¿Perdón de qué? ¿De la historia? En absoluto, me ha parecido muy curiosa.

—Y lo es, en efecto. Así que usted desea ver, señor, todo lo relativo a su pobre abate. Era la dulzura misma, el pobre.

—Se lo agradecería mucho.

—Entre en mi gabinete, se lo voy a mostrar.

Y ambos pasaron al despacho del señor de Boville.

Allí estaba todo, efectivamente, en un orden perfecto: cada registro estaba en su número; cada ficha, en su casilla. El inspector rogó al inglés que se sentara en su sillón, colocó delante de él el registro y la ficha

relativos al castillo de If, dejándole que lo hojeara a su gusto, mientras que él mismo, sentado en un rincón, leía el periódico.

El inglés encontró fácilmente la ficha relativa al abate Faria; pero parece que la historia que le había contado el señor de Boville le había interesado vivamente, puesto que después continuó hojeando hasta que llegó a los documentos relativos a Edmond Dantès. Allí, encontró cada cosa en su sitio: denuncia, interrogatorio, petición de Morrel, apostilla del señor de Villefort. Dobló cuidadosamente la denuncia, se la metió en el bolsillo, leyó el interrogatorio, leyó la petición que tenía la fecha el 10 de abril de 1815, en la que Morrel, siguiendo el consejo del sustituto, exageraba, con excelente intención, ya que Napoleón reinaba en aquel momento, los servicios que Dantès había prestado a la causa imperial, servicios que el certificado de Villefort hacía incontestables. Entonces comprendió todo. Esa alusión a Napoleón, guardada por Villefort, se había convertido bajo la segunda Restauración en un arma terrible en las manos del fiscal del rey. Así que no se asombró, al hojear el registro, de esa nota que habían puesto como apostilla al lado de su nombre:

Edmond Dantès. Bonapartista acérrimo: tomó parte activa en el regreso de la isla de Elba. Tener en el mayor secreto y bajo estricta vigilancia.

Debajo de esas líneas, con otro tipo de letra, había escrito: «Vista la nota de arriba, *nada que hacer*».

Solamente que, al comparar la caligrafía de la escritura de la nota que seguía a su nombre con la del certificado situado al pie de la demanda de Morrel, adquirió la certeza de que la nota era de la misma grafía que el certificado, es decir, que había sido trazada de puño y letra por Villefort.

En cuanto a la nota añadida a la anterior, el inglés comprendió que había debido ser consignada por algún inspector que habría tenido un interés pasajero por la situación de Dantès, pero que, al ver los informes que acabamos de citar, le había puesto en la imposibilidad de que ese interés tuviera las consecuencias deseadas por el preso.

Como hemos dicho, el inspector, por discreción y para no incomodar al alumno del abate Faria en sus investigaciones, se había alejado y leía *Le Drapeau Blanc*.

Así que no vio al inglés plegar y guardar en su bolso la denuncia escrita por Danglars bajo el cenador de la Reserve, y que tenía el matasellos de Correos de Marsella, 27 de febrero, recogida a las seis de la tarde.

Pero, hay que decirlo, aunque lo hubiera visto, daba muy poca importancia a ese papel y demasiada a sus doscientos mil francos, como para oponerse a lo que hacía el inglés, por muy incorrecto que fuera.

—Gracias —dijo este cerrando ruidosamente el libro de registro—. Ya tengo lo que necesito; ahora me toca a mí cumplir mi promesa. Hágame una simple transferencia de su crédito; reconozca en esa transferencia que ha recibido la suma que voy a pagarle.

Y cedió su sitio en la mesa al señor de Boville, que se sentó sin cumplidos y se apresuró a escribir la cesión indicada, mientras el inglés contaba los billetes de banco sobre el reborde del libro de registro.

Capítulo XXIX

La casa Morrel

Quien hubiera dejado Marsella algunos años antes, conociendo el interior de la casa Morrel, y que hubiera entrado en la época en la que estamos, hubiera encontrado un gran cambio.

En lugar de ese aire de vida, de bienestar y de dicha que exhala, por decirlo así, una casa en vías de prosperidad; en lugar de esas caras alegres mostrándose tras las cortinas de las ventanas, de esos empleados atareados, yendo de un lado a otro por los pasillos, con una pluma de escribir tras de la oreja; en lugar de ese patio atestado de paquetes, oyéndose los gritos y las risas de los corredores de comercio, hubiera encontrado, al primer golpe de vista, yo no sé qué sensación de tristeza y de muerte. En ese corredor desierto y en ese patio vacío, de los numerosos empleados que antaño poblaban los despachos, sólo quedaban dos: uno era un joven de veintitrés o veinticuatro años, llamado Emmanuel Raymond, que estaba enamorado de la hija de Morrel, y se había quedado en la casa por más que hicieron sus padres para sacarlo de allí; el otro era un antiguo ayudante del cajero, tuerto, llamado Coclès, apodo que le pusieron los jóvenes que poblaban entonces esta gran colmena bulliciosa, hoy casi deshabitada, y que había reemplazado de tal manera a su verdadero

nombre que, según toda probabilidad, hoy ni siquiera se hubiese dado la vuelta si alguien le hubiese llamado por su nombre verdadero.

Coclès se había quedado al servicio del señor Morrel, y en la situación de este buen hombre se había operado un cambio singular. Había ascendido al grado de cajero, y había bajado a la vez al rango de criado doméstico.

No por ello había dejado de ser el mismo Coclès: bueno, paciente, entregado, pero inflexible con la aritmética, el único punto por el que hubiera hecho frente al mundo entero, incluso al señor Morrel, conociendo al dedillo su tabla de Pitágoras, al derecho y al revés, e inflexible también ante cualquier error en el que quisieran hacerle caer.

En medio de la tristeza general que había invadido la casa Morrel, Coclès era, además, el único que había permanecido impassible. Pero que nadie se llame a engaño; esa impassibilidad no era fruto de una falta de afecto, sino, al contrario, de una inquebrantable convicción. Como las ratas, de las que se dice que abandonan poco a poco el barco condenado ya por el destino a perecer en el mar, de modo que estos egoístas huéspedes lo han abandonado por completo en el momento en el que leva anclas, así, ya lo hemos dicho, todo ese montón de comerciales y de empleados que vivían de la casa del armador había desertado poco a poco de despachos y de almacenes; ahora bien, Coclès les había visto alejarse a todos sin siquiera pensar en darse cuenta de la causa de su desertión; como hemos dicho, para Coclès todo se reducía a una cuestión de cifras, y desde hacía veinte años que estaba en la casa Morrel, siempre había visto que se operaban los pagos a ventanillas abiertas con tal regularidad, que no admitía que dicha regularidad pudiera detenerse y que los pagos pudieran suspenderse, como el molinero que posee un molino alimentado por las aguas de un caudaloso río no admite que las aguas de ese río puedan dejar, un día, de correr. En efecto, hasta ese momento nada había venido a perturbar la convicción de Coclès. El último fin de mes se había efectuado con una rigurosa puntualidad. Coclès había constatado un error de setenta céntimos, cometido por Morrel en perjuicio propio, y el mismo día Coclès entregó los catorce sous de excedente al señor Morrel, que, con una

melancólica sonrisa, los había cogido y los había dejado caer en un cajón, casi vacío, diciendo:

«Bien, Coclès, es usted la perla de los cajeros.»

Y Coclès se había retirado satisfecho a más no poder; pues un elogio del señor Morrel, esa perla de la buena gente de Marsella, complacía más a Coclès que una gratificación de cincuenta escudos.

Pero después de ese fin de mes, tan victoriosamente conseguido, el señor Morrel había pasado horas crueles; para hacer frente a ese fin de mes, había sumado todos sus recursos, y temiendo que el rumor de su infortunio se extendiese por Marsella si le vieran recurrir a tales extremos, él mismo había hecho un viaje a la feria de Beaucaire para vender algunas joyas pertenecientes a su mujer y a su hija, y una parte de sus objetos de plata. Mediando ese sacrificio, esta vez todo había transcurrido con el mayor honor de la casa Morrel; pero la caja estaba completamente vacía. El crédito, asustado por el rumor que corría, se había retirado con su egoísmo habitual; y para hacer frente a los cien mil francos reembolsables el 15 del presente mes al señor de Boville, y otros cien mil, cuyo plazo vencía el 15 del mes siguiente, al señor Morrel, en realidad, sólo le quedaba la esperanza del regreso del *Pharaon*, que había zarpado al mismo tiempo que otro navío que ya había llegado a buen puerto.

Y ese navío, que venía como el *Pharaon* de Calcuta, había llegado hacía quince días, mientras que del *Pharaon* no se tenía noticia alguna.

En este estado de cosas, al día siguiente del día en el que había terminado con el señor de Boville el importante asunto que hemos contado, el enviado de la casa Thomson y French de Roma se presentó en casa del señor Morrel.

Emmanuel le recibió. El joven, que se asustaba ante cualquier rostro nuevo, pues cada nuevo rostro anunciaba un nuevo acreedor, que, en su inquietud, venía a preguntar al jefe de la casa, el joven, decimos, quiso ahorrar a su patrón el desagrado de esa visita. Interrogó al recién llegado; pero el recién llegado declaró que no tenía nada que decir al señor Emmanuel, y que era con el señor Morrel en persona con quien quería hablar. Emmanuel llamó suspirando a Coclès. Coclès apareció y el joven le ordenó que condujera al desconocido ante el señor Morrel.

Coclès iba delante y el extranjero le seguía.

En la escalera se encontraron con una bonita muchacha de dieciséis a diecisiete años, que miró al extranjero con inquietud.

Coclès no observó esa expresión que, sin embargo, no pasó desapercibida al extranjero.

—El señor Morrel está en su despacho, ¿no es así, señorita Julie? —preguntó el cajero.

—Sí, eso creo, al menos —dijo la joven dudando—; vaya a ver usted primero, Coclès, y si es así, anuncie al señor.

—Sería inútil anunciarme, señorita —respondió el inglés—, el señor Morrel no conoce mi nombre. Este buen hombre sólo tiene que decir que soy el primer comercial de Thomson y French, de Roma, con quienes la casa de su señor padre está en relación.

La joven palideció y continuó bajando, mientras que Coclès y el extranjero subían.

La joven entró en el despacho en el que estaba Emmanuel, y Coclès, con una llave que llevaba y que anunciaba las grandes visitas ante el patrón, abrió una puerta situada al final del pasillo del segundo piso, introdujo al caballero en una antecámara, abrió una segunda puerta que cerró tras él, y después de dejar solo un instante al enviado de la casa Thomson y French, reapareció haciéndole una señal para que entrara.

El inglés entró; encontró al señor Morrel sentado ante una mesa, palideciendo ante las espantosas columnas del registro en el que estaba inscrito su pasivo.

Al ver al extranjero, el señor Morrel cerró el registro, se levantó y acercó un asiento; después, cuando vio que el extranjero se sentaba, se sentó él mismo.

Catorce años habían cambiado mucho al digno comerciante que, con treinta y seis años al comienzo de esta historia, estaba a punto de alcanzar la cincuentena: tenía el cabello cano, la frente se le había hundido bajo esas arrugas de preocupación; finalmente su mirada, antaño tan firme y tan decidida, se había vuelto vacilante e indecisa, como con miedo a verse forzada a detenerse sobre una idea o sobre un hombre.

El inglés le contempló con un sentimiento de curiosidad, evidentemente mezclado de interés.

—Señor —dijo Morrel, quien parecía sentirse molesto ante ese examen—, ¿deseaba usted hablar conmigo?

—Sí, señor. Usted sabe de parte de quién vengo, ¿no?

—De parte de la casa Thomson y French, por lo que me ha dicho el cajero, al menos.

—Le ha dicho la verdad, señor. La casa Thomson y French tenía que pagar en Francia, en el curso de este mes y del próximo, trescientos o cuatrocientos mil francos, y conociendo la rigurosa exactitud de la casa Morrel, ha reunido todas las letras de cambio que ha podido encontrar que llevaran esta firma, y me ha encargado, a medida que estas letras vencieran, cobrar los fondos de usted y hacer uso de dichos fondos.

Morrel suspiró profundamente, y se pasó la mano por la frente cubierta de sudor.

—¿De modo, señor, que usted tiene órdenes de pago firmadas por mí?

—Sí, señor, por una suma bastante considerable.

—¿Por cuánto? —preguntó Morrel con una voz que intentaba que sonara firme.

—Pues aquí tengo, en primer lugar —dijo el inglés sacando un fajo de su bolsillo—, una cesión de deuda de doscientos mil francos, que nos ha hecho el señor de Boville, inspector de prisiones. ¿Reconoce usted que debe esta suma al señor de Boville?

—Sí, señor, es una inversión que hizo con nosotros, al cuatro y medio por ciento, hace unos cinco años.

—Y que usted debe reembolsar...

—La mitad el 15 de este mes; la otra mitad el 15 del mes que viene.

—Eso es; además, treinta y dos mil quinientos francos, a final de mes: son una serie de letras firmadas por usted y que han pasado a nosotros desde terceros portadores.

—Lo reconozco —dijo Morrel, a quien el rubor de la vergüenza se le subía al rostro al pensar que, por primera vez en su vida, quizá no podría hacer honor a su firma—; ¿es eso todo?

—No, señor; tengo además para finales del mes próximo estos valores que nos ha pasado la casa Pascal y la casa Wild and Turner de Marsella, unos cincuenta y cinco mil francos, más o menos; en total doscientos ochenta y siete mil quinientos francos.

Lo que sufría el desgraciado Morrel durante esa enumeración es imposible de describir.

«Doscientos ochenta y siete mil quinientos francos», repetía maquinalmente.

—Sí, señor —respondió el inglés—. Ahora bien —continuó después de un momento de silencio—, no le ocultaré, señor Morrel, que, aún teniendo en cuenta su probidad sin tacha hasta ahora, el rumor público de Marsella es que usted no está en condiciones de hacer frente a esos pagos.

Ante este inicio casi brutal, Morrel palideció espantosamente.

—Señor —dijo—, hasta ahora y desde hace más de veinticuatro años que recibí la casa de manos de mi padre, y que él mismo había gestionado durante treinta y cinco años, hasta ahora ni una sola orden de pago, firmada por Morrel e hijo, ha sido presentada a la caja sin que fuera ejecutada de inmediato.

—Sí, sé eso —respondió el inglés—; pero de hombre de honor a hombre de honor, hable francamente. Señor, ¿pagará usted estas con la misma exactitud?

Morrel se sobresaltó y miró a quien así le hablaba con más aplomo del que había tenido hasta ese momento.

—Ante las preguntas hechas con esa franqueza —dijo—, tengo que darle una respuesta franca. Sí, señor, pagaré si, como espero, mi barco llega a puerto, pues su llegada me devuelve el crédito que los sucesivos accidentes de los que he sido víctima me han quitado; pero si por desgracia el *Pharaon*, el último recurso con el que cuento, me fallase...

Las lágrimas brotaron de los ojos del pobre armador.

—Y bien —preguntó su interlocutor—, ¿si ese último recurso le fallase?

—Pues bien —continuó Morrel—, señor, es cruel decirlo..., pero, habituado como estoy a la desgracia, tendré que habituarme a la vergüenza, pues bien, creo que me verá forzado a suspender pagos.

—¿No tiene usted amigos que puedan ayudarle en estas circunstancias?

Morrel sonrió tristemente.

—En los negocios, señor —dijo—, no se tienen amigos, usted bien lo sabe, sólo se tienen relaciones comerciales.

—Es cierto —murmuró el inglés—. ¿Así que no le queda ninguna esperanza?

—Solamente una.

—¿La última?

—La última.

—De manera que si esa esperanza fallase...

—Estoy perdido, señor, completamente perdido.

—Cuando venía hacia acá, un navío entraba en el puerto.

—Lo sé, señor. Un joven que permanece fiel a pesar de mi mala suerte pasa una parte del tiempo en la azotea, en la parte alta de la casa, con la esperanza de ser el primero en venir a anunciarme la buena nueva. Por él supe la llegada de ese barco.

—¿Y no es el suyo?

—No, es un navío de Burdeos, la *Gironde*; también viene de la India, pero no es el mío.

—Quizá sepa algo del *Pharaon* y pueda darle alguna noticia.

—¡Tengo que decírselo, señor! Casi tengo más miedo de tener noticias de mi tres palos que de quedarme en la incertidumbre. La incertidumbre me da, al menos, cierta esperanza.

Después, el señor Morrel añadió con voz sorda:

—Ese retraso no es natural; el *Pharaon* zarpó de Calcuta el 5 de febrero; debía estar aquí desde hace más de un mes.

—¿Qué es eso? —dijo el inglés aplicando el oído—. ¿Qué es todo ese ruido?

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Morrel palideciendo—. ¿Qué pasa ahora?

En efecto, había mucho ruido en la escalera; muchas idas y venidas, se oyó, incluso, un grito de dolor.

Morrel se levantó para abrir la puerta; pero le fallaron las fuerzas y se derrumbó en el sillón.

Los dos hombres se quedaron frente a frente, Morrel temblando en todos sus miembros, el extranjero mirándole con una expresión de profunda piedad. Ya no había ningún ruido; pero sin embargo, uno diría que Morrel esperaba que sucediera algo; aquel ruido tendría una causa y debía tener una consecuencia.

Al extranjero le pareció que subían la escalera muy despacio, y que los pasos, que eran de varias personas, se detenían en el descansillo.

Una llave entraba en la cerradura de la primera puerta, y esa puerta crujió en sus goznes.

—Solo hay dos personas que tengan la llave de esa puerta —murmuró Morrel—: Coclès y Julie.

Al mismo tiempo la segunda puerta se abrió y en ella apareció la joven pálida y con las mejillas bañadas de lágrimas.

El señor Morrel se levantó todo tembloroso y se apoyó en el brazo del sillón, pues no hubiera podido sostenerse en pie. Quería hablar, pero no le salía la voz.

—¡Oh, padre mío! —dijo la joven juntando las manos—. ¡Perdone a su hija que sea la mensajera de una mala noticia!

Morrel palideció espantosamente; Julie vino a echarse en sus brazos.

—¡Oh, padre, padre! —dijo—. ¡Valor!

—¿Es que el *Pharaon* ha naufragado? —preguntó Morrel con voz rota.

La joven no respondió, pero hizo un gesto afirmativo con la cabeza, apoyada en el pecho de su padre.

—¿Y la tripulación? —preguntó Morrel.

—A salvo —dijo la joven—, salvada por el navío de Burdeos que acaba de atracar en el puerto.

Morrel levantó las manos al cielo con una expresión de resignación y de agradecimiento sublime.

—¡Gracias, Dios mío! —dijo Morrel—. Al menos sólo me golpeáis a mí.

Por muy flemático que fuera el inglés, una lágrima humedeció sus ojos.

—Entrad, entrad, pues presumo que estáis todos en la puerta.

En efecto, en cuanto pronunció esas palabras, la señora Morrel entró sollozando; Emmanuel la seguía; en el fondo de la antecámara se veían los rudos rostros de siete u ocho marinos medio desnudos. Al ver a esos hombres, el inglés se sobresaltó, dio un paso como para ir a su encuentro, pero se contuvo y se difuminó, por el contrario, en el rincón más oscuro y más alejado del gabinete.

La señora Morrel fue a sentarse en el sillón, cogió una mano de su marido entre las suyas, mientras que Julie seguía apoyada en el pecho de su padre. Emmanuel se había quedado en medio de la estancia y parecía servir de unión entre el grupo formado por la familia Morrel y el de los marineros que se mantenían en la puerta.

—¿Cómo ha sido eso? —preguntó Morrel.

—Acérquese, Penelon —dijo el joven—, y cuénteles lo sucedido.

Un viejo marinero, bronceado por el sol del ecuador, se adelantó, dando vueltas a los restos de un sombrero que tenía entre las manos.

—Buenos días, señor Morrel —dijo, como si hubiera dejado Marsella la víspera viniendo de Aix o de Toulon.

—Buenos días, amigo mío —dijo el armador, sin dejar de sonreír entre lágrimas—; ¿pero, dónde está el capitán?

—En cuanto al capitán, señor Morrel, se ha quedado enfermo en Palma; pero, si Dios quiere, no será nada, y le verá llegar dentro de unos días tan sano como usted y yo.

—Está bien..., ahora, hable, Penelon —dijo el señor Morrel.

Penelon pasó su mascada de tabaco de la mejilla derecha a la izquierda, se puso la mano delante de la boca, se dio la vuelta, lanzó a la antecámara un largo salivazo negruzco, avanzó un pie y balanceando las caderas dijo:

—En ese momento, señor Morrel, estábamos algo así como ahora nosotros, entre el cabo Blanc y el cabo Boyador, navegando con una buena brisa sur-suroeste, después de haber navegado de barlovento durante ocho días de calma, cuando el capitán Gaumard se acerca a mí (tengo que decirle que yo estaba en el timón), y me dice: “¡Eh!, compadre Penelon, ¿qué piensa de esas nubes que se levantan ahí, en el horizonte?”.

»Justamente yo las estaba mirando en ese momento.

»“¿Lo que pienso, capitán? Pienso que suben un poco más deprisa de lo que debieran, y que son más negras de lo conviene si fueran nubes sin malas intenciones.”

»“Yo también pienso lo mismo”, dijo el capitán, “y voy a tomar precauciones. Tenemos demasiadas velas para el viento que va hacer enseguida... ¡eh!, ¡eh! Dispuesto a apretar el mastelerillo de juanete y a halar el petifoque”.

»Y fue justo a tiempo; la orden no había sido ejecutada, cuando el viento nos estaba pisando los talones y el navío daba de banda.

»“Bueno”, dijo el capitán, “tenemos aún demasiadas velas, ¡que arrien la vela mayor!”.

»Cinco minutos después, la vela mayor estaba arriada y navegábamos con el trinquete, las gavias y los juanetes.

»“Y bien, compadre Penelon”, me dijo el capitán, “¿qué le pasa que mueve así la cabeza?”.

»“Me pasa, mire usted, que yo en su lugar no me quedaría en esa derrota.”

»“Creo que tienes razón, viejo”, dijo, “vamos a tener un buen golpe de viento”.

»Y yo le respondo: “¡Ah! Vamos capitán, el que apostara que allá se cuece un buen golpe de viento ganaría un montón en esa apuesta; ¡es una fantástica tempestad lo que se nos avecina, o yo no sé nada de nada!”.

»Es decir, que se venía venir el viento como se ve venir el polvo en Montredon; menos mal que tenía que vérselas con un hombre que conocía ese maldito viento.

»“¡Preparado para cobrar dos rizos a las gavias!”, gritó el capitán; “¡larga las bolinas, bracea al viento, amaina las gavias, baja el palanquín sobre las vergas!”.

—No era suficiente en esos parajes —dijo el inglés—; yo hubiera cobrado cuatro rizos y me hubiera deshecho de la mesana.

Esa voz firme, sonora e inesperada, estremeció a todo el mundo. Penelon se puso la mano sobre los ojos y miró a quien, con tanto aplomo, controlaba la maniobra de su capitán.

—Hicimos algo mejor que eso, señor —dijo el viejo marino con cierto respeto—, pues cargamos la cangreja y pusimos el timón al viento para correr delante de la tempestad. Diez minutos después, cargamos las gavias y nos fuimos a palo seco.

—El barco era muy viejo para arriesgar esa maniobra —dijo el inglés.

—¡Pues bien, justamente! Eso fue lo que nos perdió. Al cabo de doce horas en las que fuimos zarandeados como si el diablo hubiera tomado las armas, se declaró una vía de agua. “Penelon”, me dijo el capitán, “creo que nos hundimos, viejo; dame el timón y baja a la bodega”.

»Yo le paso el timón, bajo; había ya tres pies de agua. Subo gritando: “¡A las bombas!, ¡a las bombas!”. ¡Ah! Claro, era ya demasiado tarde. Nos pusimos a la tarea; pero cuanta más agua sacábamos, más entraba.

»“¡Ah!”, dije al cabo de cuatro horas de trabajo, “ya que nos hundimos, dejémonos hundir, ¡sólo se muere una vez!”.

»“¿Es así como das ejemplo, maese Penelon?”, me dijo el capitán; “pues bien, ¡espera, espera!”.

»Y se fue a la cabina a buscar un par de pistolas.

»“¡Al primero que deje las bombas le levanto la tapa de los sesos!”, dijo.

—Bien —dijo el inglés.

—No hay nada mejor que dé valor como las buenas razones —continuó el marinero—, sobre todo porque, mientras tanto, el tiempo se había aclarado y el viento había amainado; pero no es menos cierto que el agua seguía subiendo, no mucho, quizá dos pulgadas por hora, pero de todas formas subía. Dos pulgadas por hora, mire usted, eso parece que no es nada; pero en doce horas no son menos de veinticuatro pulgadas, y veinticuatro pulgadas son dos pies. Con dos o tres pies que ya teníamos, eso nos suma cinco. Ahora bien, cuando un barco tiene cinco pies de agua en el vientre, bien puede pasar por estar aquejado de hidropesía.

»“Vamos”, dijo el capitán, “es así como el señor Morrel no tendrá nada que reprocharnos: hemos hecho lo que hemos podido por salvar el barco; ahora hay que tratar de salvar a los hombres: ¡a la chalupa, muchachos, y más deprisa que eso!”.

»Escuche, señor Morrel —continuó Penelon—, queríamos mucho al *Pharaon*, pero por mucho que un marino quiera a su barco, más quiere a su pellejo. Así que no nos lo tuvo que decir dos veces; mientras tanto, mire usted, que hasta el barco se quejaba y parecía que nos decía: “¡Pero marchaos de una vez, marchaos de una vez!”. Y no mentía, el pobre *Pharaon*, literalmente le veíamos hundirse bajo nuestros pies. Tanto que en un abrir y cerrar de ojos la chalupa estaba en el mar, y estábamos los ocho allí dentro.

»El capitán bajó el último, o más bien no, él no bajó, pues no quería abandonar el barco, fui yo quien le agarré y le tiré a los camaradas, después de lo cual yo también salté. Era justo el momento. En cuanto caí en la lancha, el puente se derrumbó con tal estruendo que se hubiera dicho la andanada de un navío de cuarenta y ocho.

»Diez minutos después, se hundió por la proa, después, la popa, después se puso a girar sobre sí mismo como un perro que quiere alcanzarse la cola; y finalmente, adiós a la compañía, ¡brrrruu!..., ya está todo dicho, ¡adiós al *Pharaon*!

»En cuanto a nosotros, nos quedamos tres días sin comer ni beber; tanto que echamos a suertes para saber quién de nosotros alimentaría a los demás, cuando avistamos la *Gironde*: hicimos señales, nos vio, puso rumbo hacia nosotros, nos envió su chalupa y nos recogió. Así es como ocurrió todo, señor Morrel, ¡palabra de honor! ¡Palabra de marino! ¿No es así, eh, vosotros?

Un murmullo general de aprobación indicó que el narrador había reunido todos los sufragios por la verdad de fondo y por lo pintoresco de los detalles.

—Bien, amigos míos —dijo el señor Morrel—, son ustedes gente valiente, y ya sabía yo por adelantado que en la desgracia que me venía no había ningún culpable sino el destino. Es la voluntad de Dios, y no la culpa de los hombres. Adoremos la voluntad de Dios. Ahora, ¿cuánto se les debe de sueldo?

—¡Oh! ¡Bah! No hablemos de eso ahora, señor Morrel.

—Al contrario, hablemos de ello —dijo el armador con una triste sonrisa.

—Pues bien, se nos debe tres meses... —dijo Penelon.

—Coclès, pague doscientos francos a cada uno de estos valientes muchachos. En otra época, amigos míos —continuó Morrel—, hubiese añadido: «Dé a cada uno doscientos francos de gratificación»; pero son malos tiempos, amigos míos, y el poco dinero que me queda ya no me pertenece. Discúlpenme, pues, y no me aprecien menos por ello.

Penelon hizo una mueca de ternura, se volvió hacia sus compañeros, intercambió con ellos algunas palabras y volvió.

—Respecto a eso, señor Morrel —dijo pasando su mascada de tabaco al otro lado de la boca y lanzando a la antecámara un segundo salivazo que fue a acompañar al primero—, respecto a eso...

—¿A qué?

—Al dinero.

—¿Y bien?

—Y bien, señor Morrel, los camaradas dicen que, por el momento, les bastaría cincuenta francos a cada uno y que esperaremos para el resto.

—¡Gracias, amigos, gracias! —exclamó el señor Morrel, conmovido hasta el corazón—. Sois todos buena gente; pero coged el dinero, cogedlo, y si encontráis un servicio mejor, aceptadlo, sois libres.

Esta última parte de la frase produjo un efecto prodigioso en los dignos marineros. Se miraron unos a otros asustados. Penelon, a quien le faltaba el aire, por poco se traga el tabaco; menos mal que se llevó a tiempo la mano a la garganta.

—¿Cómo es eso, señor Morrel? —dijo con voz rota—. ¿Cómo es eso, nos despide? ¿Es que está usted descontento de nosotros?

—No, hijos míos —dijo el armador—; no, no estoy descontento de ustedes, muy al contrario. No, no les despido. ¿Pero, qué quieren? Ya no tengo barcos, ya no necesito marineros.

—¡Cómo que ya no tiene barcos! —dijo Penelon—. Pues bien, mande construir otros, esperaremos. Gracias a Dios, nosotros sabemos bien lo que es barloventear.

—No me queda dinero para construir más barcos, Penelon —dijo el armador con una triste sonrisa—, ya no puedo aceptar la oferta de ustedes, por muy amable que sea.

—Pues bien, si no le queda dinero, no hace falta que nos pague; entonces haremos como el pobre *Pharaon*, iremos a palo seco, ¡eso es todo!

—Basta, basta, amigos míos —dijo Morrel ahogado por la emoción—; vamos, se lo ruego. Nos volveremos a ver en tiempos mejores. Emmanuel —añadió el armador—, acompáñeles y vele por que se cumplan mis deseos.

—Al menos será un *hasta luego*, ¿no es así, señor Morrel? —dijo Penelon.

—Sí, amigos míos, eso espero, al menos; vamos.

E hizo un gesto a Coclès, que fue delante de ellos. Los marineros siguieron al cajero, y Emmanuel fue detrás de ellos, cerrando el paso.

—Ahora —dijo el armador a su mujer y a su hija—, dejadme solo un instante; tengo que hablar con este señor.

E indicó con la mirada al mandatario de la casa Thomson y French, que se había quedado de pie e inmóvil en un rincón a lo largo de toda esa escena, en la que no había tomado parte más que con algunas palabras que ya hemos constatado. Las dos mujeres levantaron la vista hacia el extranjero, al que habían completamente olvidado, y se retiraron; pero al retirarse, la joven echó una mirada a ese hombre, una mirada sublime de súplica, a la que el extranjero respondió con una sonrisa que un frío observador habría visto con asombro aflorar en ese rostro de hielo. Los dos hombres se quedaron solos.

—Y bien, señor —dijo Morrel dejándose caer en el sillón—, usted ha visto todo, ha oído todo, no tengo nada más que decirle.

—He visto, señor —dijo el inglés—, que le ha sucedido una nueva desgracia inmerecida como las otras, y eso me ha confirmado en mi deseo de serle útil.

—¡Oh, señor! —dijo Morrel.

—Veamos —continuó el extranjero—. Yo soy uno de sus principales acreedores, ¿no es así?

—Usted es, al menos, el que posee los valores de vencimiento más próximo.

—¿Desea usted una moratoria para pagarme?

—Una moratoria podría salvarme del honor, y en consecuencia, podría salvarme la vida.

—¿Qué tiempo necesita?

Morrel dudó.

—Dos meses —dijo.

—Bien —dijo el extranjero—, le doy tres.

—¿Pero cree usted que la casa Thomson y French...?

—Esté tranquilo, señor, yo me hago cargo de todo. Hoy estamos a 5 de junio.

—Sí.

—Y bien, renuéveme todos los pagos al 5 de septiembre; y el 5 de septiembre, a las once de la mañana —el reloj marcaba las once en ese momento—, me presentaré aquí.

—Le esperaré, señor —dijo Morrel—, y a usted se le pagará, o yo estaré muerto.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en voz tan baja, que el extranjero no pudo oírlas.

Los pagos fueron renovados, destruyeron los antiguos, y el pobre armador se encontró, al menos, con tres meses por delante para reunir todos sus recursos.

El inglés recibió las muestras de agradecimiento con la flemma particular de su país, y se despidió de Morrel, que le acompañó bendiciéndole hasta la puerta.

En la escalera se encontró con Julie. La joven simulaba bajar la escalera, pero en realidad le estaba esperando.

—¡Oh, señor! —dijo juntando las manos.

—Señorita —dijo el extranjero—, recibirá usted un día una carta firmada por... Simbad el Marino... Haga punto por punto lo que le digan en esa carta, por muy extraño que le parezca.

—Sí, señor —respondió Julie.

—¿Me promete que lo hará?

—Se lo juro.

—¡Bueno! Adiós señorita. Siga siendo usted una buena y santa hija como lo es ahora, y espero que Dios le recompensará dándole a Emmanuel

por marido.

Julie dio un pequeño grito, se puso roja como una cereza y se sujetó a la rampa para no caer.

El extranjero continuó su camino haciéndole un gesto de adiós.

En el patio se encontró con Penelon, que llevaba un billete enrollado de cien francos en cada mano, y que parecía que no se decidía a quedárselos.

—Venga, amigo mío —le dijo el extranjero—, tengo que hablar con usted.

Capítulo XXX

El cinco de septiembre

Esa moratoria acordada por el mandatario de la casa Thomson y French, en el momento en el que Morrel menos se lo esperaba, le pareció al pobre armador uno de esos retornos de la felicidad que anuncian al hombre que la mala suerte se ha cansado por fin de cebarse en él. Ese mismo día contó lo que le había sucedido, a su hija, a su mujer y a Emmanuel, y devolvió a la familia un poco de esperanza, aunque no de tranquilidad. Pero, desgraciadamente, Morrel no sólo tenía que ver con la casa Thomson y French, que en tan buena disposición se había mostrado con él. Como ya había dicho, en los negocios se tienen relaciones comerciales, no amigos. Cuando pensaba en ello profundamente, ni siquiera comprendía la generosa conducta de los señores Thomson y French; lo que esa casa había hecho con él no se lo explicaba sino por la siguiente reflexión inteligentemente egoísta: «más vale apoyar a un hombre que nos debe cerca de trescientos mil francos y obtenerlos al cabo de tres meses, que apresurar su ruina y obtener solamente el seis o el ocho por ciento del capital».

Desgraciadamente, ya por odio o por ceguera, no todos los acreedores de Morrel hicieron la misma reflexión, e incluso algunos hicieron la

reflexión contraria. Los pagos suscritos por Morrel, fueron, pues, presentados en caja con escrupuloso rigor, y gracias al plazo acordado por el inglés, fueron pagados por Coclès puntualmente. Coclès continuó, pues, en su fatídica tranquilidad. Solamente el señor Morrel vio con terror que si hubiera tenido que rembolsar el día 15 los cincuenta mil francos de Boville, y el 30, los treinta y dos mil quinientos, más la deuda del inspector de prisiones, sería, desde ese mes, un hombre perdido.

La opinión de todo el comercio de Marsella era que, tras los sucesivos reveses que le hundían, Morrel no podría mantenerse. El asombro fue grande cuando se vio que el fin de mes había sido llevado a cabo con su exactitud ordinaria. Sin embargo, no por eso volvió la confianza a los marseleses, y remitieron unánimemente al final del mes próximo la declaración de quiebra del desgraciado armador.

Transcurrió todo el mes en inauditos esfuerzos por parte de Morrel para reunir todos sus recursos. Antes, el papel expedido por él, con la fecha que fuera, era tomado con confianza, e incluso era solicitado. Morrel intentó negociar letras a noventa días, pero se le cerraron los bancos. Menos mal que Morrel tenía algunas entradas con las que podía contar; esas entradas se operaron: Morrel se encontró, pues, en condiciones de hacer frente a sus compromisos cuando llegó el final de julio.

Por lo demás, no se había vuelto a ver en Marsella al mandatario de la casa Thomson y French; al día siguiente, o al cabo de dos días de la visita al señor Morrel, el inglés había desaparecido; ahora bien, como en Marsella no había tenido relaciones más que con el alcalde, con el inspector de prisiones y con el señor Morrel, su paso por la ciudad no había dejado más huellas que el diferente recuerdo que mantenían de él esas tres personas. En cuanto a los marineros del *Pharaon*, parece que habían encontrado algún empleo, pues habían desaparecido también.

El capitán Gaumard, repuesto de la indisposición que le había retenido en Palma, volvió a su vez. Dudaba en presentarse ante el señor Morrel, pero este supo de su llegada y fue a buscarle él mismo. El digno armador conocía por adelantado, por el relato de Penelon, la valiente conducta del capitán durante todo el siniestro, y fue él quien intentó consolarle. Le traía

la suma de su sueldo, que el capitán Gaumard no se hubiese atrevido a pedir.

Cuando bajaba la escalera de la casa de Gaumard, el señor Morrel se encontró con Penelon, que la subía. Penelon, por lo que parecía, había hecho buen uso de su dinero, pues iba vestido con ropa toda nueva. Al ver a su armador, el digno timonel pareció muy confundido; se colocó en el rincón más oscuro del descansillo de la escalera, pasó alternativamente su mascada de tabaco de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, moviendo sus asustados ojos, y no respondió sino con una tímida presión al apretón de manos que le ofreció con su cordialidad habitual el señor Morrel. El señor Morrel atribuyó la confusión de Penelon a la elegancia de su vestuario: era evidente que el buen hombre no se había vestido así por su cuenta; estaría, pues, sin duda, alistado a bordo de algún otro barco, y su vergüenza le venía de que, por decirlo así, no había llevado durante mucho tiempo luto por el *Pharaon*. Quizá incluso venía a contar al capitán Gaumard su buena suerte y las ofertas de su nuevo amo.

«Buena gente», se dijo Morrel al alejarse, «¡ojalá vuestro nuevo amo os estime como yo os estimaba, y pueda ser más dichoso de lo que yo soy!».

Pasó agosto en las tentativas sin cesar renovadas por Morrel de cubrir su antiguo crédito o de abrirse uno nuevo. El 20 de agosto se supo en Marsella que había tomado la diligencia, y se dijo entonces que para fin de mes se declarararía en quiebra, y que Morrel se había ido para no asistir a ese acto cruel, delegado sin duda en su primer comercial Emmanuel y en su cajero Coclès. Pero contra todas previsiones, cuando el 31 de agosto llegó, la caja se abrió como de costumbre. Coclès apareció detrás de las rejas, tranquilo como el justo Horacio, examinó con la misma atención los recibos que se le presentaban, y desde la primera a la última pagó todas las letras de cambio con la misma exactitud. Llegaron incluso dos reembolsos que había previsto el señor Morrel y que Coclès pagó con la misma puntualidad que las órdenes de pago que eran personales del armador. Nadie comprendía nada y, con la tenacidad propia de los agoreros, remitían la quiebra para finales de septiembre.

El día 1, Morrel llegó: toda la familia le esperaba con gran ansiedad; de ese viaje a París debía surgir su última vía de salvación. Morrel había pensado en Danglars, hoy día millonario y antaño su deudor, puesto que, gracias a la recomendación de Morrel, Danglars había entrado al servicio de un banquero español, donde había iniciado su inmensa fortuna. Hoy, se decía que Danglars era poseedor de seis a ocho millones, y que disponía de un crédito ilimitado. Danglars, sin sacar un solo escudo de su bolsillo, podía salvar a Morrel: no tendría más que garantizar un préstamo, y Morrel estaría salvado. Morrel había pensado desde hacía tiempo en Danglars, pero hay repulsiones instintivas de las que uno no es dueño, y Morrel había tardado todo lo posible en apelar a ese último recurso. Y había tenido razón, pues había regresado roto por la humillación y la negativa.

Pero, a su vuelta, Morrel no había exhalado ni una sola queja, no había proferido ninguna recriminación; había abrazado llorando a su mujer y a su hija, había dado la mano amigablemente a Emmanuel, se había encerrado en su despacho del segundo piso y había llamado a Coclès.

—Esta vez —dijeron las dos mujeres a Emmanuel—, esta vez estamos perdidos.

Después, tras un corto conciliábulo entre las dos, convinieron en que Julie escribiera a su hermano, en guarnición en Nîmes, para que viniera rápidamente.

Las pobres mujeres sentían instintivamente que necesitaban todas sus fuerzas para soportar el golpe que las amenazaba.

Además, Maximilien Morrel, aunque sólo tenía veintidós años, ejercía ya una gran influencia sobre su padre.

Era un joven firme y recto. En el momento en el que se trató de elegir una carrera, su padre no quiso imponerle por adelantado un futuro, y consultó los gustos del joven Maximilien. Este declaró, entonces, que quería seguir la carrera militar; en consecuencia, llevó a cabo excelentes estudios, entró por oposición en la Escuela Politécnica, y salió de ella como subteniente en el regimiento 53 de infantería. Desde hacía un año mantenía ese grado, y tenía la promesa de ser nombrado teniente en la primera ocasión. En el regimiento, Maximilien Morrel era citado como el

rígido observante, no sólo de todas las obligaciones impuestas al soldado, sino además de todos los deberes propuestos al hombre, y sólo le llamaban *El estoico*. Ni qué decir tiene que muchos de los que le llamaban con ese epíteto lo repetían de oídas, y ni siquiera sabían lo que quería decir.

Así era el joven al que su madre y su hermana llamaban en su ayuda como apoyo en las graves circunstancias en las que veían que se iban a encontrar.

No se equivocaban sobre la gravedad del asunto, pues un instante después de que el señor Morrel se encerrase en su despacho con Coclès, Julie vio salir a este último, pálido, tembloroso y con el rostro demudado.

Julie quiso preguntarle cuando pasaba junto a ella, pero el buen hombre continuó bajando la escalera con una precipitación que no era habitual en él, y se contentó con exclamar alzando los brazos al cielo:

—¡Oh, señorita! ¡Señorita! ¡Qué desgracia tan espantosa! ¡Quién lo hubiera creído!

Un instante después, Julie le vio subir de nuevo llevando dos o tres gruesos libros de registro, un portafolios y una bolsa con dinero.

Morrel consultó los registros, abrió el portafolios, contó el dinero.

Todos sus recursos ascendían a seis u ocho mil francos, sus entradas hasta el día 5 eran de cuatro o cinco mil; lo que suponía, valorando por lo alto, un activo de catorce mil francos para hacer frente a un pasivo de doscientos noventa y siete mil quinientos francos. Así no había modo de ofrecer una garantía.

Sin embargo, cuando Morrel bajó a cenar, parecía más tranquilo. Esa calma asustó más a las dos mujeres que si le hubieran visto en el más profundo abatimiento.

Después de cenar Morrel tenía costumbre de salir; iba a tomarse un café al círculo de los Phocéens y a leer el *Sémaphore*: aquel día no salió y volvió a subir a su despacho.

En cuanto a Coclès, parecía completamente anonadado. Durante una buena parte del día permaneció en el patio, sentado sobre una piedra, con la cabeza descubierta, bajo un sol de treinta grados.

Emmanuel intentaba tranquilizar a las mujeres, pero era poco elocuente. El joven estaba demasiado al corriente de los asuntos de la casa

como para no ver que una gran catástrofe se cernía sobre la familia Morrel.

Llegó la noche; las dos mujeres estaban despiertas con la esperanza de que al bajar Morrel de su despacho entrara a verlas; pero le oyeron pasar por delante de la puerta, aligerando el paso, sin duda por temor a que le llamaran.

Prestaron atención, pero Morrel entró en su habitación y cerró la puerta por dentro.

La señora Morrel mandó a su hija a acostarse; en seguida, una media hora después de que Julie se hubiera retirado, la señora Morrel se levantó, se quitó los zapatos y se deslizó por el corredor para ver por la cerradura lo que hacía su marido.

En el corredor vio una sombra que se retiraba: era su hija que, inquieta también, había precedido a su madre.

La joven vino junto a su madre.

—Está escribiendo —dijo.

Las dos mujeres se adivinaban el pensamiento sin hablar.

La madre se inclinó a la altura de la cerradura. En efecto, su marido escribía; pero lo que no había observado la hija, ella lo observó, y es que su marido escribía en un papel sellado.

Le vino la terrible idea de que su marido estaba haciendo testamento; se sobresaltó y, sin embargo, tuvo la fortaleza de no decir nada.

Al día siguiente el señor Morrel parecía totalmente tranquilo; estuvo en su despacho como de costumbre, bajó a comer como siempre, lo único fue que después de cenar dijo a su hija que se sentara junto a él, atrajo hacia él a la joven para que apoyara la cabeza en su regazo. Así estuvieron un largo rato.

Por la tarde, Julie dijo a su madre que, aunque tranquilo en apariencia, había notado que el corazón de su padre latía con demasiada violencia.

Los dos días siguientes fueron más o menos iguales. El 4 de septiembre por la noche, el señor Morrel reclamó a su hija la llave del despacho.

Julie se sobresaltó ante esta petición, que le pareció siniestra. ¿Por qué su padre le reclamaba ahora la llave que ella siempre había tenido, y que

sólo le pedía en su infancia para castigarla?

La joven miró a su padre.

—¿Qué he hecho de malo, padre, para que me pida la llave?

—Nada, hija mía —respondió el desgraciado Morrel, saltándole las lágrimas de los ojos ante esa simple pregunta—; nada, sólo que la necesito.

Julie simuló buscar la llave.

—Me la habré dejado en mi habitación —dijo.

Y salió; pero en lugar de ir a su habitación, bajó y corrió a consultar a Emmanuel.

—No devuelva esa llave a su padre —le dijo—, y mañana por la mañana, si es posible, no le deje solo.

Julie siguió haciendo preguntas a Emmanuel, pero este no sabía nada más, o no quería decir nada más.

Durante toda la noche del 4 al 5 de septiembre, la señora Morrel no dejó de tener el oído pegado a la pared. Hasta las tres de la mañana oyó a su marido andar con agitación en su habitación.

Hasta las tres de la mañana, no se metió en la cama.

Las dos mujeres pasaron la noche juntas. Desde la víspera por la tarde esperaban a Maximilien.

A las ocho, el señor Morrel entró en su habitación. Estaba tranquilo, pero la agitación de la noche hacía mella en su rostro pálido y deshecho.

Las mujeres no se atrevieron a preguntarle si había dormido bien.

Morrel estuvo mejor con su mujer de lo que había estado nunca y más paternal que nunca, también, con su hija; no se cansaba de mirar y abrazar a la pobre criatura.

Julie recordó la recomendación de Emmanuel y quiso seguir a su padre cuando este salió; pero, echándola hacia atrás con dulzura:

—Quédate con tu madre —le dijo.

Julie insistió.

—¡Te lo ordeno! —dijo Morrel.

Era la primera vez que Morrel decía a su hija «te lo ordeno», pero lo decía con un tono impregnado de una tan paternal dulzura que Julie no se atrevió a dar un paso hacia adelante.

Se quedó en el mismo sitio, de pie, muda e inmóvil. Un instante después la puerta se volvió a abrir, sintió dos brazos que la rodeaban y unos labios que la besaban en la frente.

Abrió los ojos y dio un grito de alegría.

—¡Maximilien, hermano! —exclamó.

Al oírlo la señora Morrel corrió a su encuentro y se echó en brazos de su hijo.

—¡Madre! —dijo el joven mirando alternativamente a su madre y a su hermana—. ¿Pero qué ocurre, que pasa? La carta me ha asustado y vengo corriendo.

—Julie —dijo la señora Morrel haciendo un gesto al joven—, ve a decir a tu padre que Maximilien acaba de llegar.

La joven salió corriendo de la habitación, pero en el primer peldaño de la escalera vio a un hombre que llevaba una carta en la mano.

—¿No es usted la señorita Julie Morrel? —dijo ese hombre con un acento italiano de lo más pronunciado.

—Sí, señor —respondió Julie balbuceando—; pero, ¿qué quiere usted? Yo no le conozco.

—Lea esta carta —dijo el hombre tendiéndole una nota.

Julie dudaba.

—Va en ello la salvación de su padre —dijo el mensajero.

La joven le arrebató la carta de las manos.

Después, la abrió y leyó:

Vaya en este mismo instante a las Allées de Meilhan, entre en la casa n.º 15, pida a la portera la llave de la vivienda del quinto piso, entre y coja una bolsa de red de seda roja que está sobre la chimenea, y traiga la bolsa a su padre.

Es importante que sea antes de las once de la mañana.

Usted prometió obedecerme ciegamente, le recuerdo su promesa.

La joven dio un grito de alegría, levantó la vista, buscó al hombre para preguntarle, pero el hombre que le había remitido la nota había desaparecido.

Volvió de nuevo a la carta para leerla por segunda vez y vio que llevaba una posdata.

Leyó:

Es importante que usted cumpla esta misión en persona y sola; si viene acompañada, o es otro quien se presenta por usted, el portero responderá que no sabe lo que quiere decir.

Esa posdata fue una poderosa corrección a la alegría de la joven. ¿Es que no tendría algo que temer, o le estarían tendiendo una trampa? Su inocencia le dejaba ignorar los peligros que puede correr una joven de su edad, pero no es necesario conocer el peligro para temerlo; hay que observar algo más, y es que son justamente los peligros desconocidos los que inspiran un terror mayor.

Julie dudaba; resolvió, pues, pedir consejo.

Pero, por un extraño sentimiento, no recurrió ni a su madre ni a su hermano, sino a Emmanuel.

Bajó, le contó lo que le había sucedido el día en el que el mandatario de la casa Thomson y French vino a ver a su padre; le contó la escena de la escalera, le repitió la promesa que le había hecho y le enseñó la carta.

—Hay que ir, señorita —dijo Emmanuel.

—¿Hay que ir? —murmuró Julie.

—Sí, yo la acompañaré.

—¿Pero, no ha leído usted que tengo que ir sola? —dijo Julie.

—Estará sola —respondió el joven—; yo la esperaré en la esquina de la calle del Musée; y si se retrasa de manera que me cause inquietud, entonces iré a buscarla, y se lo aseguro, ¡pobre de quien usted me diga que tiene alguna queja al respecto!

—¿Así que, Emmanuel —repuso dudando la joven—, su opinión es que debo acceder a esta invitación?

—Sí; ¿el mensajero no le ha dicho que va en ello la salvación de su padre?

—Sí, pero, Emmanuel, en fin ¿qué peligro corre mi padre? —preguntó la joven.

Emmanuel dudó un instante, pero el deseo de que la joven se decidiese rápidamente y sin retraso prevaleció.

—Escuche —le dijo—, hoy es cinco de septiembre, ¿no es eso?

—Sí.

—Hoy a las once, su padre de usted tiene que pagar cerca de trescientos mil francos.

—Sí, lo sabemos.

—Y bien —dijo Emmanuel— no hay ni quince mil en caja.

—¿Entonces qué va a pasar?

—Pasará que, si hoy antes de las once, su padre no ha encontrado a alguien que le ayude, a las doce, su padre se verá obligado a declararse en bancarrota.

—¡Oh! Entonces, ¡vamos! ¡Vamos! —exclamó la joven llevando consigo a Emmanuel.

Mientras tanto, la señora Morrel había contado todo a su hijo.

El joven sabía bien que, a raíz de las sucesivas desgracias que le habían sucedido a su padre, había habido grandes cambios en los gastos de la casa, pero ignoraba que las cosas hubiesen llegado hasta ese punto.

Se quedó anonadado.

Después, de repente, salió corriendo, subió rápidamente la escalera, pues creía que su padre estaba en su gabinete, pero llamó en vano.

Cuando estaba llamando a la puerta, oyó que se abría la de la habitación, se volvió y vio a su padre. En lugar de subir directamente a su despacho, el señor Morrel se había quedado en su habitación y ahora se dirigía al gabinete.

El señor Morrel dio un grito de sorpresa al ver a Maximilien; ignoraba la llegada del joven. Se quedó un momento inmóvil, apretando con el brazo izquierdo un objeto que ocultaba bajo la levita.

Maximilien bajó rápidamente la escalera y se echó al cuello de su padre; pero, de repente, reculó, dejando solamente la mano derecha

apoyada en el pecho paterno.

—Padre mío —dijo, poniéndose pálido como un muerto—, ¿por qué lleva usted un par de pistolas bajo el abrigo?

—¡Oh! ¡Esto es lo que yo me temía! —dijo Morrel.

—¡Padre!, ¡padre! ¡En nombre del Cielo! —exclamó el joven—. ¿A qué vienen esas armas?

—Maximilien —respondió Morrel mirando fijamente a su hijo—, tú eres un hombre, y un hombre de honor; ven, voy a decírtelo.

Y Morrel subió con paso seguro a su despacho, mientras que Maximilien le seguía tambaleándose.

Morrel abrió la puerta y la volvió a cerrar tras su hijo; después, atravesó la antecámara, se acercó a la mesa, dejó las pistolas en una esquina de la mesa, y señaló con el dedo el libro de registro a su hijo.

En él se consignaba el estado exacto de la situación.

Dentro de media hora Morrel tenía que pagar doscientos ochenta y siete mil quinientos francos.

En total poseía quince mil doscientos cincuenta y siete.

—Lee —dijo Morrel.

El joven leyó y se quedó un momento hundido.

Morrel no decía tampoco ni una palabra: ¿qué podía decir ante las inexorables cifras?

—¿Y ha hecho usted, padre, todo lo que podía hacer para impedir esta desgracia?

—Sí —respondió Morrel.

—¿Ya no cuenta con ninguna entrada más?

—Con ninguna.

—¿Ha agotado todos los recursos?

—Todos.

—Y dentro de media hora —dijo Maximilien con voz sombría— nuestro nombre se verá deshonorado.

—La sangre lava el deshonor —dijo Morrel.

—Tiene usted razón, padre, y yo le comprendo.

Después, tendiendo la mano hacia las dos pistolas.

—Hay para usted y para mí —dijo—, ¡gracias!

Morrel le detuvo.

—¿Y tu madre..., y tu hermana?... ¿Quién se ocupará de ellas?

Un escalofrío recorrió todo el cuerpo del joven.

—Padre mío —dijo—, ¿cree que me está diciendo que yo viva?

—Sí, te lo digo —repuso Morrel—, pues es tu deber; tú tienes un espíritu tranquilo, fuerte, Maximilien... Maximilien, tú no eres un hombre común; yo no te mando nada, no te ordeno nada, solamente te digo: examina tu situación como si fueses ajeno a ella, y júzcala tú mismo.

El joven reflexionó un instante, después, una expresión de sublime resignación pasó por sus ojos; solamente que, con un movimiento lento y triste, se quitó los galones de las hombreras, las insignias de su grado.

—Está bien —dijo tendiendo la mano a Morrel—, muera en paz, padre, yo viviré.

Morrel hizo un gesto para ponerse de rodillas ante su hijo, pero Maximilien lo atrajo hacia él, y estos dos nobles corazones latieron un instante el uno junto al otro.

—¿Sabes que no ha sido culpa mía? —dijo Morrel.

Maximilien sonrió.

—Sé, padre, que es usted el hombre más honrado que haya conocido jamás.

—Está bien, ya está todo dicho. Ahora vuelve con tu madre y tu hermana.

—Padre mío —dijo el joven hincando la rodilla en tierra—: ¡bendígame!

Morrel cogió con las dos manos la cabeza de su hijo, la acercó a él, imprimiendo en ella varias veces sus labios:

—¡Oh! Sí, sí —dijo—, te bendigo en mi nombre y en nombre de tres generaciones de hombres irreprochables, escucha, pues, lo que dicen a través de mi voz: «el edificio que la desgracia destruye, la Providencia puede volver a construirlo». Al verme morir de una muerte así, los más inexorables tendrán piedad de ti; a ti tal vez te den el tiempo que a mí me negaron; entonces, trata de que la palabra infame no se pronuncie; ponte manos a la obra, trabaja, joven, y lucha ardientemente y con valor: vive, tú, tu madre y tu hermana con lo estrictamente necesario a fin de que, día a

día, el bien de aquellos a los que debo se aumente y fructifique entre tus manos. Piensa que será un día hermoso, un gran día, un día solemne el de la rehabilitación, el día en el que, en este mismo despacho, digas: «Mi padre murió porque no podía hacer lo que hago yo hoy; pero murió tranquilo y en calma porque sabía, al morir, que yo lo haría».

—¡Oh! ¡Padre!, ¡padre! —exclamó el joven—. ¡Si a pesar de todo pudiese usted vivir!

—Si vivo, todo cambia; si vivo, el interés se cambia en duda, la piedad en escarnio; si vivo, no soy más que un hombre que faltó a su palabra, que no cumplió con sus compromisos, no seré más que un hombre arruinado. Si, por el contrario, muero, piensa en ello, Maximilien. Mi cadáver no será más que el de un desgraciado hombre honrado. Ahora que vivo, mis mejores amigos evitan mi casa; muerto, Marsella entera me acompañará llorando hasta mi última morada; vivo, sientes vergüenza de mi nombre; muerto, levantas la cabeza y dices: «Soy hijo de quien se mató porque, por primera vez, se vio forzado a faltar a su palabra».

El joven dio un gemido, pero pareció resignado. Era la segunda vez que la convicción volvía, no al corazón, sino a la mente.

—Y ahora —dijo Morrel—, déjame solo y trata de alejar de aquí a las mujeres.

—¿No quiere usted ver una vez más a mi hermana? —preguntó Maximilien.

Una última y muda esperanza se escondía en la pregunta del joven, por eso se la proponía. El señor Morrel movió la cabeza.

—La he visto esta mañana —dijo—, y ya me despedí de ella.

—¿No tiene usted que hacerme alguna recomendación especial, padre? —preguntó Maximilien con voz alterada.

—Sí, sí, hijo mío, una recomendación sagrada.

—Diga, padre.

—La casa Thomson y French es la única que, por humanidad o tal vez por egoísmo, pero no soy yo quien tenga que leer en el corazón de los hombres, Thomson y French fue la única que tuvo piedad por mí. Su mandatario, ese que dentro de diez minutos se presentará para cobrar la suma de un pagaré de doscientos ochenta y siete mil quinientos francos, y

que yo no diría que me concedió, sino que se ofreció a darme el plazo de tres meses. Que esta casa sea la primera en ser reembolsada, hijo mío, que ese hombre sea para ti sagrado.

—Sí, padre —dijo Maximilien.

—Y ahora, de nuevo, adiós —dijo Morrel—, ve, ve, necesito estar solo; encontrarás mi testamento en el secreter de mi dormitorio.

El joven se quedó de pie, inerte, con fuerza de voluntad, pero incapaz de actuar.

—Escucha, Maximilien —dijo su padre— supón que yo fuera soldado como tú, que hubiera recibido la orden de tomar una fortaleza, y que tú sabes que moriré en ese intento, entonces ¿no me dirías lo que me decías hace un momento?: «¡Vaya usted, padre, pues se deshonra si no va, más vale la muerte que el deshonor!».

—Sí, sí —dijo el joven—, sí.

Y estrechando convulsivamente a su padre entre sus brazos:

—¡Vaya, padre, vaya! —dijo.

Y salió corriendo del gabinete.

Cuando su hijo salió, Morrel se quedó un momento de pie con los ojos fijos en la puerta; después, alargó la mano, asió el cordón de la campana, y llamó...

Al cabo de un momento, Coclès apareció.

Ya no era el mismo; esos tres días de evidencia le habían roto. Ese pensamiento: «la casa Morrel va a suspender pagos», le hacía inclinarse hacia el suelo más de lo que lo habrían hecho veinte años más sobre sus espaldas.

—Mi buen Coclès —dijo Morrel, con un tono cuya expresión sería imposible de describir—, te vas a quedar en la antecámara. Cuando ese señor, el que vino hace tres meses, ya sabes, el mandatario de Thomson y French, llegue, vendrás a anunciármelo.

Coclès no respondió; asintió con la cabeza, fue a sentarse en la antecámara y esperó.

Morrel se derrumbó sobre una silla; sus ojos se dirigieron al reloj de pared: le quedaban siete minutos, eso es todo; la aguja se movía con una rapidez increíble; le parecía que la veía avanzar.

Lo que ocurrió entonces, en ese momento supremo, en la mente de este hombre que, joven aún, y que como consecuencia de un razonamiento falso o al menos insidioso, iba a separarse de todo lo que amaba en el mundo quitándose la vida, y que tenía con él todas las dulzuras de la familia, es imposible expresar. Habría que haber visto, para hacerse una idea, su frente cubierta de sudor y sin embargo resignada, sus ojos empapados de lágrimas, y sin embargo elevados al cielo.

La aguja seguía avanzando, las pistolas seguían cargadas; alargó la mano, cogió una, y murmuró el nombre de su hija.

Después, dejó el arma mortal, cogió una pluma y escribió algunas palabras.

Le parecía entonces que no se había despedido lo suficiente de su hija querida.

Luego, se volvió hacia el reloj; ya no contaba los minutos, sino los segundos.

Volvió a coger el arma con la boca entreabierta y los ojos fijos en la aguja; después, él mismo se sobresaltó con el ruido que hizo al amartillar el arma.

En ese momento, un sudor más helado le pasó por la frente, una angustia más mortal le encogió el corazón.

Oyó la puerta de la escalera crujir en sus goznes.

Después, se abrió la del despacho.

El reloj iba a dar las once.

Morrel ni siquiera se volvió, esperaba las palabras de Coclès: «El mandatario de la casa Thomson y French».

Y se acercaba el arma a la boca...

De repente, oyó un grito: era la voz de su hija.

Se dio la vuelta y vio a Julie; la pistola se le escapó de las manos.

—¡Padre!, ¡padre! —exclamó la joven sin aliento y casi muriendo de alegría—. ¡Salvado! ¡Está usted salvado!

Y se echó en sus brazos levantando la mano para mostrarle una bolsa de red de seda roja.

—¡Salvado! ¡Hija mía! —dijo Morrel—. ¿Qué quieres decir?

—Sí, ¡salvado! ¡Mire!, ¡mire! —dijo la joven.

Morrel cogió la bolsa y se estremeció, pues un vago recuerdo le trajo a la memoria que ese objeto le había pertenecido.

Por un lado estaba la letra de cambio de doscientos ochenta y siete mil quinientos francos.

La letra estaba pagada.

Por otro, había un diamante del grosor de una avellana, con estas tres palabras escritas y un pequeño trozo de pergamino: *Dote de Julie*.

Morrel se pasó la mano por la frente. Creía estar soñando.

En ese momento el reloj daba las once.

Las campanadas sonaban para él como si cada golpe del martillo de acero del reloj vibrara en su propio corazón.

—Veamos, hija mía —dijo—, explícate, ¿dónde has encontrado esa bolsa?

—En una casa de las Allées de Meilhan, en el número 15, en un rincón sobre la chimenea de una pobre vivienda en el quinto piso.

—¡Pero esa bolsa no es tuya! —exclamó Morrel.

Julie mostró a su padre la carta que había recibido por la mañana.

—¿Y has ido sola a esa casa? —dijo Morrel después de leerla.

—Emmanuel me acompañaba, padre. Me esperaba en la esquina de la calle del Musée; pero, cosa extraña, cuando volví, ya no estaba.

—¡Señor Morrel! —gritó una voz en la escalera—. ¡Señor Morrel!

—¡Es él! —dijo Julie.

Al mismo tiempo, Emmanuel entró, con el rostro transfigurado de alegría y de emoción.

—¡El *Pharaon*! —gritó—. ¡El *Pharaon*!

—¿Y bien, cómo? ¡El *Pharaon*! ¿Está usted loco, Emmanuel? Bien sabe que el *Pharaon* se perdió.

—¡El *Pharaon*! Señor, han avistado al *Pharaon*; el *Pharaon* entra en el puerto.

Morrel cayó de nuevo sobre la silla, le faltaban las fuerzas, su inteligencia se negaba a constatar esa serie de sucesos increíbles, inauditos, fabulosos.

Su hijo llegó también.

—Padre —exclamó Maximilien—, ¿cómo decía usted que el *Pharaon* estaba perdido? El vigía lo ha avistado, ahora está entrando en el puerto.

—Amigos míos —dijo Morrel—, ¡si fuera así, tendríamos que creer en un milagro de Dios! ¡Imposible!

Pero lo que era real y no menos increíble era esa bolsa que tenía en sus manos, esa letra de cambio pagada, ese magnífico diamante.

—¡Ah! Señor —dijo Coclès a su vez—, ¿qué quiere decir eso, del *Pharaon*?

—Vamos, hijos míos —dijo Morrel levantándose—, vamos a verlo, y que Dios se apiade de nosotros, si es una falsa alarma.

Bajaron; en medio de la escalera esperaba la señora Morrel; la pobre mujer no se había atrevido a subir.

En un instante estuvieron en La Canebière.

Había un gran gentío en el puerto.

Toda esa gente abría el paso a Morrel.

«¡El *Pharaon*! ¡El *Pharaon*!», clamaban todas las voces.

En efecto, cosa maravillosa, inaudita, frente a la torre Saint-Jean, un navío, que llevaba a popa estas palabras escritas en letras blancas: «El *Pharaon* Morrel e hijos de Marsella», absolutamente de la misma capacidad del otro *Pharaon*, y cargado como el otro de cochinilla y de índigo, echaba el ancla y cargaba velas; en el puente, el capitán Gaumard daba las órdenes, y maese Penelon hacía señales al señor Morrel.

Ya no cabía ninguna duda: el testimonio de los sentidos lo afirmaba, y diez mil personas venían a apoyar ese testimonio.

Cuando Morrel y su hijo se abrazaban en el malecón, ante los aplausos de toda la ciudad, testigo del prodigio, un hombre, que llevaba el rostro medio cubierto con una barba negra, y que, oculto tras la garita de un centinela, contemplaba la escena con ternura, murmuró estas palabras:

—Sé feliz, noble corazón; bendito seas por todo el bien que has hecho y que todavía harás; y que mi agradecimiento quede en la sombra como tus buenas obras.

Y con una sonrisa que revelaba alegría y dicha, dejó el cobijo en el que se ocultaba, y sin que nadie le prestara atención, pues todo el mundo

estaba atento al suceso del día, bajó una de esas escalerillas que sirven de desembarcadero y llamó tres veces: «¡Jacopo! ¡Jacopo! ¡Jacopo!».

Entonces, una chalupa llegó hasta él, le recibió a bordo, y le condujo hasta un yate riquísimamente aparejado, y a cuyo puente se dirigió con la agilidad de un marino; desde allí contempló una vez más a Morrel que, llorando de alegría, distribuía cordiales apretones de manos a todo el mundo, y agradecía con una vaga mirada al benefactor desconocido a quien parecía buscar en el cielo.

«Y ahora», se dijo el hombre desconocido, «¡adiós bondad, humanidad, agradecimiento!... ¡Adiós a todos los sentimientos que ensanchan el corazón!... he sustituido a la Providencia para recompensar a los buenos... ¡que el Dios de la venganza me ceda su puesto para castigar a los malos!».

Tras estas palabras, hizo una señal y, como si no hubiera esperado más que esa señal para partir, el yate se hizo enseguida a la mar.

Capítulo XXXI

Italia. Simbad el Marino

A primeros del año 1838, se encontraban en Florencia dos jóvenes pertenecientes a la más elegante sociedad de París; uno, el vizconde Albert de Morcerf; el otro, el barón Franz d'Épinay. Ambos habían convenido que irían a pasar el carnaval de ese mismo año a Roma, donde Franz, que desde hacía casi cuatro años vivía en Italia, serviría de cicerone a Albert.

Ahora bien, como no es pequeño asunto eso de ir a pasar el carnaval a Roma, sobre todo si se trata de no dormir en la plaza del Pueblo o en el Campo-Vaccino, escribieron a maese Pastrini, propietario del hotel Londres, en la Piazza di Spagna, para rogarle que les reservara un apartamento confortable.

Maese Pastrini contestó que sólo tenía a su disposición dos habitaciones y un gabinete situado en el *secondo piano*, y que se lo ofrecía mediante la módica retribución de un luis por noche. Los jóvenes aceptaron; además, queriendo aprovechar el tiempo que le quedaba, Albert partió a Nápoles. En cuanto a Franz, él se quedó en Florencia.

En cuanto hubo gozado por algún tiempo de la vida que ofrece la ciudad de los Médicis, cuando se hubo solazado por ese edén que se llama los Casinos, en cuanto fue recibido por esos magníficos anfitriones que

hacen los honores de Florencia, se le antojó, puesto que ya había visto Córcega, la cuna de Bonaparte, ir a ver la isla de Elba, ese gran lugar de retiro de Napoleón.

Así pues, una tarde, desató una *barchetta* del aro de hierro que la sujetaba al puerto de Livorno y se tumbó en el fondo arrebuñado en su gabán, diciendo a los marineros estas pocas palabras: «¡A la isla de Elba!».

La barca dejó el puerto como el ave de mar deja su nido, y al día siguiente desembarcó a Franz en Portoferraio.

Franz atravesó la isla imperial, después de haber seguido todas las huellas que el paso del gigante dejó por allí, y fue a embarcarse en Marciana.

Dos horas después de abandonar la isla, tomó de nuevo tierra para recalar en la Pianosa, donde le esperaban, según le aseguraron, vuelos infinitos de perdices rojas.

La caza fue mala. Franz consiguió, a duras penas, algunas raquílicas perdices, y como todo cazador que se ha cansado por nada, volvió a subir a la barca con bastante mal humor.

—¡Ah! Si Su Excelencia quisiera —le dijo el patrón—, tendría una buena caza.

—¿Y dónde es eso?

—¿Ve esa isla? —continuó el patrón, señalando con el dedo hacia el sur y mostrándole una masa cónica que surgía en medio del mar, teñida del más hermoso índigo.

—Y bien, ¿qué es esa isla? —preguntó Franz.

—La isla de Montecristo —respondió el livornés.

—Pero no tengo permiso para cazar en esa isla.

—Su Excelencia no lo necesita, la isla está desierta.

—¡Ah! ¡Pardiez! —dijo el joven—, una isla desierta en medio del Mediterráneo, es cosa curiosa.

—Y cosa natural, Excelencia. Esa isla es un banco de peñascos y, en toda su extensión, quizá no hay ni un arpende de tierra laborable.

—¿Y a quién pertenece la isla?

—A la Toscana.

—¿Qué caza puedo encontrar allí?

—Miles de cabras salvajes.

—Que viven chupando las piedras —dijo Franz con una sonrisa de incredulidad.

—No, pero sí pastando brezos, mirtos y lentiscos que crecen entre los intersticios.

—¿Pero, dónde dormiré?

—En el suelo, en las grutas, o a bordo sobre el gabán. Por otra parte, si su Excelencia quiere, podremos partir tan pronto como termine la caza; Su Excelencia sabe que bogamos bien a vela tanto de noche como de día, y que, a falta de vela, tenemos los remos.

Como Franz tenía aún tiempo hasta que llegara su compañero, y ya no tenía que inquietarse por su alojamiento en Roma, aceptó la propuesta de desquitarse de su primera cacería.

Tras la respuesta afirmativa, los marineros intercambiaron entre ellos algunas palabras en voz baja.

—Y bien —preguntó—, ¿qué hay de nuevo? ¿Es que ha surgido algún contratiempo?

—No —repuso el patrón—; pero debemos prevenir a Su Excelencia de que la isla está en contumacia.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que, como Montecristo está deshabitada y sirve a veces de descanso de contrabandistas y piratas que vienen de Córcega, de Cerdeña o de África, si cualquier señal delatara nuestra estancia en la isla, nos veríamos obligados a hacer una cuarentena de seis días a nuestro regreso a Livorno.

—¡Diablos! ¡Esto sí que cambia la tesis! ¡Seis días! Tantos como los que le sirvieron a Dios para crear el mundo. Es un poco largo, muchachos.

—¿Pero quién va a decir que Su Excelencia ha estado en Montecristo?

—¡Oh! No seré yo —exclamó Franz.

—Y nosotros tampoco —dijeron los marineros.

—En ese caso, ¡va por Montecristo!

El patrón ordenó la maniobra; pusieron rumbo a la isla, y la barca comenzó a bogar en esa dirección.

Franz dejó que la operación se llevara a cabo, y cuando tomaron la nueva derrota, cuando se infló la vela por la brisa y los cuatro marineros retomaron sus puestos, tres en la proa, uno en el timón, reanudó la conversación.

—Mi querido Gaetano —dijo al patrón—, acaba usted de decirme, creo, que la isla de Montecristo servía de refugio a los piratas, lo que me parece una caza mejor que las cabras.

—Sí, Excelencia, es verdad.

—Yo ya conocía la existencia de contrabandistas, pero pensaba que desde la toma de Argel y la destrucción de la Régence, los piratas ya no existían más que en las novelas de Cooper y del capitán Marryat.

—Pues bien, Su Excelencia se equivoca; hay piratas como hay bandidos, que se supone que fueron exterminados por el papa León XII, y que sin embargo asaltan todos los días a los viajeros hasta en las mismas puertas de Roma. ¿No ha oído usted decir que hace apenas seis meses el encargado de negocios de Francia ante la Santa Sede había sido desvalijado a quinientos pasos de Velletri?

—Sí, sí.

—Y además, cuando Su Excelencia vivía en Livorno, habrá oído decir, de vez en cuando, que una pequeña embarcación cargada con mercancías o que un hermoso yate inglés que se espera en Bastia, en Portoferraio o en Civita-Vecchia, no llega, que no se sabe qué fue de él, y que sin duda se habría destrozado contra una roca. Pues bien, la roca que encuentra es una barca baja y estrecha, cargada con seis u ocho hombres, que le sorprenden, que le asaltan, en una noche oscura y tormentosa, en el recodo de algún islote salvaje y deshabitado como los bandidos detienen y asaltan una silla de postas en el rincón oscuro de un bosque.

—Pero, en fin —repuso Franz que seguía tumbado en la barca—, ¿cómo es que los que han sufrido un accidente así no se quejan, cómo es que no apelan a la venganza, contra esos piratas, de los gobiernos francés, sardo o toscano?

—¿Por qué? —dijo Gaetano con una sonrisa.

—Sí, ¿por qué?

—Porque en primer lugar trasladan a su barco todo lo que puedan coger de valor del navío o del yate; después, atan de pies y manos a la tripulación, atan al cuello de cada hombre un obús de veinticuatro, hacen un agujero del tamaño de una barrica en la quilla de la embarcación, suben al puente, cierran las escotillas y vuelven a la barca. Al cabo de diez minutos, el navío empieza a quejarse y gemir, poco a poco se va hundiendo. Primero cae de un lado, después, del otro; después se incorpora, se cae de nuevo, hundiéndose cada vez más. De repente, resuena un ruido como un cañonazo: es el aire que rompe el puente. Entonces, la embarcación se agita como un ahogado que se debate en el agua, haciéndose cada vez más lenta en cada movimiento. Enseguida, el agua, demasiado pesada en las cavidades del barco, salta por las aberturas, igual a columnas líquidas que lanzaran por los respiraderos de un cachalote gigantesco. Finalmente lanza un último estertor, gira por última vez sobre sí mismo, y se precipita formando en el abismo un vasto embudo que da vueltas en remolino un instante, se llena poco a poco y acaba por desaparecer por completo, tanto que al cabo de diez minutos se necesita el mismo ojo de Dios para ir a buscar en el fondo de esa mar en calma la embarcación desaparecida.

»¿Comprendemos ahora —añadió el patrón sonriendo—, por qué la embarcación no vuelve a puerto, y por qué la tripulación no presenta quejas?

Si Gaetano hubiera contado el asunto antes de proponer la expedición, es probable que Franz se lo hubiera pensado dos veces antes de emprenderla; pero ya estaban en ello, y le pareció que sería una cobardía retroceder.

Era uno de esos hombres que no corren a buscar una ocasión peligrosa, pero que, si esa ocasión se les presenta, mantienen una gran sangre fría para luchar contra ella; era uno de esos hombres de voluntad tranquila, que no miran un peligro en la vida más que como a un adversario en un duelo, que calculan sus movimientos, estudian su fuerza, rompen lo suficiente como para tomar aliento, pero no demasiado como para parecer cobardes, y que, abarcando de una sola mirada todas sus ventajas, matan de un solo golpe.

—¡Bah! —repuso—. Yo he atravesado Sicilia y Calabria, he navegado dos meses por el archipiélago y jamás he visto ni sombra de bandidos ni de piratas.

—Pues yo no he dicho eso a Su Excelencia —dijo Gaetano— para hacerle renunciar a su proyecto; Su Excelencia me ha preguntado y yo he respondido, eso es todo.

—Sí, mi querido Gaetano, y su conversación es de lo más interesante; además, como quiero disfrutar de ella lo más posible, ¡va por Montecristo!

Mientras tanto, se acercaban rápidamente al término del viaje; había un buen viento fresco y la barca hacía seis o siete millas a la hora. A medida que se iban acercando, la isla parecía surgir cada vez más del seno del mar; y a través de la atmósfera límpida de los últimos rayos del día, se distinguía, como los obuses en un arsenal, ese amontonamiento de rocas apiladas unas sobre otras, en cuyos intersticios se veía enrojecer los brezos y verdear los árboles. En cuanto a los marineros, aunque parecían perfectamente tranquilos, era evidente que su atención estaba alerta, y que sus miradas interrogaban al vasto espejo sobre el que se deslizaban y en el que algunas barcas de pescadores, con sus velas blancas, eran las únicas en poblar el horizonte, balanceándose como gaviotas en los picos de las olas.

Apenas estaban a una quincena de millas de Montecristo, cuando el sol comenzó a ponerse por detrás de Córcega, cuyas montañas aparecían a la derecha, recortando sobre el cielo sus oscuros rebordes dentados; esa masa de piedras, igual al gigante Adamastor^[1], se erguía amenazante ante la barca, masa que ocultaba al sol, brillando este sólo en sus picos más altos; poco a poco la sombra subió del mar y pareció expulsar por delante de ella ese último reflejo del día que iba a extinguirse; finalmente, el rayo luminoso quedó solo en la cima del cono, donde se detuvo un instante como el penacho ardiente de un volcán; por último, la sombra, siempre ascendente, invadió progresivamente la cumbre, como había invadido la base, y la isla no apareció sino como una montaña gris que se iba oscureciendo cada vez más. Una media hora después, era noche cerrada.

Menos mal que los marineros estaban en su medio natural y conocían hasta el más nimio peñasco del archipiélago toscano; pues, en medio de la profunda oscuridad que envolvía la barca, Franz no hubiera estado del todo

tranquilo. Córcega había desaparecido por completo, la misma isla de Montecristo se había hecho invisible; pero los marineros parecían tener, como el lince, la facultad de ver en las tinieblas, y el piloto, que sujetaba el timón, no mostraba la más mínima vacilación.

Había transcurrido más o menos una hora desde la puesta del sol, cuando Franz creyó ver, a un cuarto de milla a la izquierda, una masa oscura; pero era tan imposible distinguir lo que era, que, temiendo excitar la hilaridad de sus marineros, al tomar algunas nubes flotantes por tierra firme, guardó silencio. Pero de repente, un gran resplandor apareció en la orilla; la tierra podía parecerse a una nube, pero el fuego no era un meteoro.

—¿Qué es esa luz? —preguntó.

—¡Chsss! —dijo el patrón—. Es fuego.

—¡Pero usted dijo que la isla estaba inhabitada!

—Yo dije que no había población fija, pero también dije que era un lugar de descanso para los contrabandistas.

—¡Y para los piratas!

—Y para los piratas —dijo Gaetano repitiendo las palabras de Franz—; por eso di la orden de pasar la isla, pues, como usted ve, el fuego está detrás de nosotros.

—Pero ese fuego —continuó Franz—, me parece más un motivo de seguridad que de inquietud; si fueran gente que temiera ser descubierta, no habrían hecho fuego.

—¡Oh! Eso no quiere decir nada —dijo Gaetano—, si pudiese usted juzgar en medio de la oscuridad la posición de la isla, vería que, tal como está situado, el fuego no puede ser visto desde la costa, ni desde la Pianosa, sino solamente desde mar abierto.

—¿Así que usted teme que ese fuego nos anuncie mala compañía?

—De eso es de lo que habrá que asegurarse —repuso Gaetano, con los ojos fijos sobre esa estrella terrestre.

—¿Y cómo asegurarse?

—Ya lo verá.

Tras estas palabras Gaetano consultó con sus colegas, y al cabo de cinco minutos de aclaraciones, ejecutaron en silencio una maniobra, con

cuya ayuda viraron de bordo; entonces retomaron la derrota que traían y unos segundos después de ese cambio de dirección, el fuego desapareció, oculto por algún accidente del terreno.

Entonces el piloto imprimió con el timón una nueva dirección a la pequeña embarcación, que se acercó visiblemente a la isla y que enseguida se vio separada de ella por unos escasos cincuenta metros.

Gaetano abatió la vela, y la barca se quedó fija.

Todo eso había sido llevado a cabo en el mayor silencio, y además, desde el cambio de derrota, ni una sola palabra había sido pronunciada a bordo.

Gaetano, que había propuesto la expedición, había cargado con toda la responsabilidad. Los cuatro marineros no le quitaban los ojos de encima, mientras preparaban los remos y se disponían a utilizarlos, lo que, gracias a la oscuridad, no era difícil.

En cuanto a Franz, examinaba sus armas con esa sangre fría de la que hemos hablado; tenía dos fusiles de dos tiros y una carabina, las cargó, tomó sus precauciones y esperó.

Mientras tanto, el patrón se había quitado el chubasquero y la camisa, se aseguró bien el pantalón en la cintura y, como estaba descalzo, no tuvo que desprenderse ni de las medias ni de los zapatos. Una vez vestido así, o más bien desvestido de esa manera, se llevó un dedo a los labios para indicar que guardasen el más profundo silencio, y deslizándose en el mar nadó hacia la orilla con tanta precaución que era imposible oír el menor ruido. Solamente por la estela fosforescente que se desprendía de sus movimientos, se le podía seguir el rastro.

Enseguida esa estela desapareció: era evidente que Gaetano había tocado tierra.

Durante una media hora, se quedaron todos inmóviles en la pequeña embarcación; al cabo de ese tiempo vieron reaparecer junto a la orilla y acercarse a la barca la misma estela luminosa. Al cabo de un instante, y en dos brazadas, Gaetano había llegado a la barca.

—¿Y bien? —dijeron a la vez Franz y los otros cuatro.

—Pues bien —dijo—, son contrabandistas españoles, con ellos hay dos bandidos corsos.

—¿Y qué hacen dos bandidos corsos con contrabandistas españoles?

—¡Eh! ¡Dios mío! Excelencia —repuso Gaetano, con un profundo acento de caridad cristiana—, hay que ayudarse los unos a los otros. A veces los bandidos se encuentran un poco perseguidos por tierra por los gendarmes o por los carabineros, pues bien, entonces encuentran una barca, y en esa barca a unos buenos muchachos como nosotros. Vienen a pedirnos hospitalidad a nuestra casa flotante; ¡cómo vamos a negar la ayuda a un pobre diablo al que persiguen! Le recibimos y, para mayor seguridad, nos echamos a alta mar. Eso no nos cuesta nada y salvamos la vida, o al menos, la libertad, a uno de nuestros semejantes que, si se presenta la ocasión, reconoce el favor que le hemos hecho indicándonos un buen lugar donde descargar nuestra mercancía sin que nos molesten los curiosos.

—¡Ah, vaya! —dijo Franz—. ¿Así que es usted también un poco contrabandista, mi querido Gaetano?

—¡Vamos! ¡Qué quiere usted, Excelencia! —dijo con una sonrisa imposible de describir—. Se hace un poco de todo; no hay más remedio que vivir.

—¿Entonces está usted aquí en su salsa, con esa gente que está ahora en Montecristo?

—Poco más o menos. Nosotros, los marineros, somos como los masones, nos reconocemos con ciertos signos.

—¿Y cree que no tendremos nada que temer si desembarcamos?

—Absolutamente nada; los contrabandistas no son ladrones.

—Pero esos dos bandidos corsos... —repuso Franz, calculando por adelantado todas las posibilidades de peligro.

—¡Eh, Dios mío! —dijo Gaetano—. No es culpa suya si son bandidos; es culpa de la autoridad.

—¿Cómo es eso?

—¡Sin duda! Les persiguen por «hacer un pellejo», no por otra cosa; ¡como si no estuviera en la naturaleza del corso, eso de vengarse!

—¿Qué entiende usted por «hacer un pellejo»? ¿Asesinar a alguien? —dijo Franz, continuando con sus pesquisas.

—Entiendo matar a un enemigo —repuso el patrón—, lo que es muy diferente.

—Pues bien —dijo el joven—, vamos a pedir hospitalidad a los contrabandistas y a los bandidos. ¿Cree que nos la darán?

—Sin ninguna duda.

—¿Cuántos son?

—Cuatro, Excelencia, y con los dos bandidos son seis.

—Bien, justo como nosotros; estamos en igualdad de fuerzas, en el caso de que esos señores vayan por las malas, y podremos contenerlos. Así que, por última vez, ¡va por Montecristo!

—Sí, Excelencia; ¿pero, nos permite tomar alguna precaución más?

—¡Pues claro, querido amigo! «Sed sabio como Néstor, y prudente como Ulises.» Hago más que permitirlo: os exhorto a hacerlo.

—Pues bien, entonces, ¡silencio! —dijo Gaetano.

Todo el mundo se calló.

Para un hombre como Franz, que analiza todo bajo su verdadero punto de vista, la situación, sin ser peligrosa, no carecía de cierta gravedad. Se encontraba en la oscuridad más profunda, aislado, en medio del mar, con unos marineros que no le conocían y que no tenían ningún motivo para guardarle fidelidad; que sabían que guardaba en su cinturón algunos miles de francos, y que al menos diez veces habían examinado, si no con envidia, sí al menos con curiosidad, sus armas, que eran estupendas. Por otra parte, iba a abordar, sin otra escolta que esos hombres, una isla que tenía un nombre muy religioso, pero que no parecía prometer a Franz otra hospitalidad sino la del Calvario de Cristo, gracias a esos contrabandistas y a esos bandidos. Además, esa historia de navíos hundidos, que de día le pareció exagerada, le parecía más verosímil de noche. Y también, situado como estaba entre esos dos peligros, quizá imaginarios, no quitaba la vista de encima a esos hombres, ni soltaba el fusil de sus manos.

Mientras tanto, los marineros habían desplegado de nuevo las velas y habían vuelto a tomar el mismo camino, ya surcado en las idas y venidas. A través de la oscuridad, Franz, acostumbrado ya un poco a las tinieblas, distinguía el gigante de granito que la barca bordeaba; después, finalmente, sobrepasando de nuevo una roca, vio el fuego que brillaba,

más resplandeciente que nunca, y alrededor del fuego, cinco o seis personas sentadas.

La reverberación de las llamas se extendía hasta un centenar de pasos dentro del agua. Gaetano bordeó la luz, dejando sin embargo al barco en la parte no iluminada, y cuando estuvo totalmente enfrente de la hoguera, puso rumbo hacia ella y entró valientemente en el círculo luminoso, entonando una canción de pescadores, cuyo canto llevaba él solo, mientras que sus compañeros le hacían coro en el estribillo.

Al oír la canción, los hombres sentados alrededor del fuego se levantaron y se acercaron al embarcadero, con los ojos fijos en la barca, tratando de medir la fuerza que traían y adivinar sus intenciones. Parecía que enseguida habían llevado a cabo un examen suficiente y, salvo uno que se quedó de pie en la orilla, volvieron a sentarse junto al fuego, en el que estaban asando un cabritillo entero.

Cuando el barco estuvo a una veintena de pasos de tierra, el hombre que estaba en la orilla hizo maquinalmente con la carabina ese gesto del centinela que espera una patrulla, y gritó «¿quién vive?», en dialecto sardo.

Franz armó fríamente su fusil de dos tiros.

Gaetano intercambió entonces con aquel hombre algunas palabras que el viajero no entendió en absoluto, pero que evidentemente le concernían.

—¿Su Excelencia —preguntó el patrón— quiere decir su nombre o permanecer de incógnito?

—Mi nombre debe ser perfectamente desconocido; dígame que soy un francés que viaja por placer.

Cuando Gaetano transmitió la respuesta, el centinela dio una orden a uno de los hombres sentados delante del fuego, este se levantó rápidamente, y desapareció tras las rocas.

Hubo un silencio. Cada uno parecía preocupado solamente de sus asuntos: Franz de su desembarco, los marineros de las velas, los contrabandistas del cabritillo; pero en medio de esa aparente despreocupación, se observaban mutuamente.

El hombre que se había alejado reapareció de repente, por el lado opuesto del que había desaparecido antes. Hizo una señal con la cabeza al

centinela, que se dio la vuelta y se contentó con pronunciar estas únicas palabras: «*s'accomodi*».

El *s'accomodi* italiano es intraducible; quiere decir a la vez: vengan, entren, sean bienvenidos, siéntanse como en su casa, son ustedes los dueños. Es como esa frase turca de Molière, que tanto asombraba al burgués gentilhomme por la cantidad de cosas que contenía.

Los marineros no se lo dejaron decir dos veces: con cuatro golpes de remo, la barca tocó tierra. Gaetano saltó a la arena, intercambió algunas palabras más en voz baja con el centinela; sus compañeros desembarcaron uno tras otro; después le tocó el turno a Franz.

Llevaba uno de sus fusiles en bandolera, Gaetano tenía el otro, y uno de los marineros, la carabina. El atuendo de Franz tenía a la vez algo del artista y del dandy, lo que inspiró en sus anfitriones alguna sospecha y, en consecuencia, alguna inquietud.

Amarraron la barca a la orilla, dieron algunos pasos para buscar un sitio cómodo para pasar la noche; pero sin duda el punto al que se dirigían no era de la conveniencia del contrabandista que ocupaba el puesto de vigilante, pues gritó a Gaetano:

—No, por ahí no, por favor.

Gaetano balbuceó una excusa, y sin insistir más avanzó por el lado opuesto, mientras que dos marineros, para alumbrarle el camino, fueron a encender unas teas en la hoguera.

Dieron unos treinta pasos y se pararon en una pequeña explanada rodeada de peñascos en los que habían horadado una serie de asientos, como si fueran pequeñas garitas para hacer la guardia sentados. Por alrededor crecían, en algunas vetas de tierra vegetal, algunas encinas enanas y tupidas matas de mirtos. Franz inclinó una antorcha y reconoció, por un montón de cenizas, que no era el primero en darse cuenta de lo confortable del sitio, y que debía de ser una de las estaciones habituales de los visitantes nómadas de la isla de Montecristo.

En cuanto a la espera inquieta de algún acontecimiento, había cesado; una vez en tierra firme, una vez que vio las disposiciones, si no amistosas, sí al menos indiferentes de los anfitriones, toda su preocupación había

desaparecido, y con el olor del cabrito asándose en el campamento de al lado, la preocupación se había transformado en apetito.

Se lo comentó en dos palabras a Gaetano, quien le respondió que no había nada más sencillo que una cena, cuando, como ellos, tenían en la barca pan, vino, seis perdices y un buen fuego para asarlas.

—Además —añadió—, si Su Excelencia encuentra tan tentadores los efluvios del cabritillo, puedo ofrecer a nuestros vecinos nuestras aves a cambio de una buena tajada de su cuadrúpedo.

—Hágalo Gaetano —dijo Franz—, hágalo; es usted verdaderamente un genio de la negociación.

Mientras tanto, los marineros habían arrancado manojos de brezo y habían hecho haces de mirtos y de encinas, prendiéndoles fuego, lo que presentaba una hoguera bastante respetable.

Franz esperaba, pues, con impaciencia, mientras humeaba el olor del cabrito, el regreso del patrón, cuando este reapareció y vino hacia él con un aspecto de gran preocupación.

—Y bien —preguntó—, ¿qué hay de nuevo? ¿Rechazan nuestra oferta?

—Al contrario —dijo Gaetano—. El jefe, al que han dicho que usted era un joven francés, le invita a cenar con él.

—Pues bien —dijo Franz—, es un hombre muy civilizado, ese jefe, no veo por qué iba a negarme; sobre todo, si apporto mi parte de la cena.

—¡Oh! No se trata de eso: hay de qué cenar y sobra, pero es que pone una singular condición, si va a cenar a su casa.

—¡A su casa! —repuso el joven—. ¿Es que se ha construido aquí una casa?

—No; no es una casa, pero sí que es una vivienda muy confortable, por lo que me dicen, al menos.

—¿Entonces, conoce usted a ese jefe?

—He oído hablar de él.

—¿Bien o mal?

—De las dos maneras.

—¡Diablos! ¿Y cuál es esa condición?

—Pues que se deje usted vendar los ojos y no quitarse la venda hasta que él mismo le invite a hacerlo.

Franz sondeó lo más posible la mirada de Gaetano para saber lo que ocultaba con esa propuesta.

—¡Ah, diablos! —repuso este, respondiendo al pensamiento de Franz—. Ya lo sé, la cosa merece reflexión.

—¿Qué haría usted en mi lugar? —dijo el joven.

—¿Yo? Yo que no tengo nada que perder, yo iría.

—¿Aceptaría?

—Sí, aunque sólo fuera por curiosidad.

—¿Es que hay algo curioso que ver en casa de ese jefe?

—Escuche —dijo Gaetano bajando la voz—, yo no sé si lo que se dice es verdad...

Se detuvo mirando a un lado y a otro para ver si alguien podría oírle.

—¿Y qué se dice?

—Se dice que ese jefe vive en un subterráneo ante el cual, el palacio Pitti es bien poca cosa.

—¡Vaya sueño! —dijo Franz volviéndose a sentar.

—¡Oh! No es ningún sueño —continuó el patrón— ¡es una realidad! Cama, el piloto del *Saint-Ferdinand*, entró un día, y salió de allí todo maravillado, diciendo que no hay tesoros iguales más que en los cuentos de hadas.

—¡Ah, vaya! Pero, ¿sabe usted —dijo Franz— que con palabras así me haría usted bajar a las cuevas de Alí Babá?

—Yo sólo digo lo que me han dicho, Excelencia.

—Entonces, ¿usted me aconseja que acepte?

—¡Oh, yo no digo eso! Su Excelencia hará lo que le plazca. Yo no le daría un consejo en ocasiones así.

Franz reflexionó unos instantes, comprendió que ese hombre tan rico no podía tener nada contra él, él que sólo llevaba algunos miles de francos; y, como en todo ello no veía venir más que una excelente cena, aceptó. Gaetano fue a llevar la respuesta.

Sin embargo, ya lo hemos dicho, Franz era prudente, así que quiso tener el mayor número de detalles posibles sobre este anfitrión extraño y misterioso. Se dirigió, pues, al marinero que, durante ese diálogo, había desplumado las perdices con la seriedad de un hombre orgulloso de sus

funciones, y le preguntó en qué embarcación habrían podido llegar esos hombres, puesto que no se veían ni barcas, ni *speronares*, ni tartanas.

—A mí no me inquieta nada de eso —dijo el marinero—, yo conozco la embarcación que usan.

—¿Es un bonito navío?

—Yo le deseo uno igual a Su Excelencia para dar la vuelta al mundo.

—¿Y qué capacidad tiene?

—Pues unas cien toneladas. Además, es una embarcación de placer, un yate, como dicen los ingleses, pero hecho de manera que, mire usted, de manera que aguante en el mar con tempestad o no.

—¿Dónde fue construido?

—Lo ignoro, pero creo que es genovés.

—¿Y cómo un jefe de contrabandistas —continuó Franz— se atreve a encargar un yate destinado a su comercio en los astilleros de Génova?

—Yo no he dicho que el dueño de ese barco sea un contrabandista —dijo el marinero.

—No; pero Gaetano sí, me parece.

—Gaetano vio a la tripulación de lejos, pero no habló todavía con nadie.

—Pero si ese hombre no es un jefe de contrabandistas, ¿quién es?

—Un señor muy rico que viaja por placer.

«Vamos», pensó Franz, «el personaje es de lo más misterioso, puesto que las versiones son diferentes».

—¿Y cómo se llama?

—Cuando se lo preguntan, responde que se llama Simbad el Marino. Pero dudo de que ese sea su verdadero nombre.

—¿Simbad el Marino?

—Sí.

—¿Y dónde vive, ese señor?

—Pues en el mar.

—¿De qué país es?

—No lo sé.

—¿Usted le ha visto?

—Algunas veces.

—¿Y qué tal hombre es?

—Su Excelencia juzgará por sí mismo.

—¿Dónde me recibirá?

—Sin duda en ese palacio subterráneo del que le ha hablado Gaetano.

—¿Y no han tenido la curiosidad, cuando han parado por aquí, si la isla estaba desierta, de buscar ese palacio encantado?

—¡Oh! Claro que sí, Excelencia —repuso el marinero—, e incluso más de una vez; pero nuestra búsqueda fue siempre inútil. Hemos rebuscado en la gruta por todos lados y no hemos encontrado ni el más mínimo resquicio de pasadizo alguno. Además, dicen que la puerta no se abre con una llave, sino con una palabra mágica.

—Vamos —murmuró Franz—, heme aquí embarcado en un cuento de *Las mil y una noches*.

—Su Excelencia le espera —dijo detrás de él una voz que reconoció como la del centinela.

El centinela estaba acompañado por dos hombres de la tripulación del yate.

Por toda respuesta, Franz sacó su pañuelo y se lo dio a quien le había dirigido la palabra.

Sin decir ni una sola palabra, le vendaron los ojos con un cuidado que indicaba el temor a cometer una indiscreción; después de lo cual le hicieron jurar que no intentara en ningún momento quitárselo.

Franz lo juró.

Entonces los dos hombres le cogieron cada uno por un brazo y caminó conducido por ellos y precedido del centinela.

Después de una treintena de pasos, se percató, por el olor del más apetitoso cabrito, que pasaban por delante de aquella hoguera; después, continuaron unos cincuenta pasos más, avanzando evidentemente por donde no le habían dejado pasar antes a Gaetano: prohibición que ahora comprendía. Enseguida, por el cambio de atmósfera, comprendió que entraban en un subterráneo; al cabo de algunos segundos de marcha, oyó un crujido, y le pareció que la atmósfera cambiaba de naturaleza y se hacía más tibia y perfumada; finalmente sintió que sus pies pisaban un tapiz

espeso y mullido; sus guías le soltaron. Hubo un instante de silencio, y una voz dijo, en un buen francés, aunque con acento extranjero.

—Sed bienvenido a mi casa, señor, puede quitarse el pañuelo.

Como nos imaginamos, Franz no se hizo repetir dos veces el consejo; se quitó el pañuelo y se encontró frente a un hombre de treinta y ocho a cuarenta años, que llevaba una vestimenta tunecina, es decir un gorro con una larga borla de seda azul; una chaqueta de paño negro toda bordada en oro; pantalones color sangre de toro, anchos y bombachos, polainas del mismo color, bordadas en oro como la chaqueta, y babuchas amarillas; un magnífico pañuelo de cachemira a modo de cinturón, y un pequeño alfanje, fino y curvo, sujeto a la cintura.

Aunque de una palidez casi lívida, este hombre tenía un rostro notablemente hermoso; ojos vivos y penetrantes; nariz recta y casi nivelada con la frente, indicaba el tipo griego en toda su pureza, y sus dientes, blancos como perlas, encajaban admirablemente bajo los mostachos negros que encuadraban sus labios.

Solamente esa palidez era extraña; se hubiera dicho de alguien encerrado durante largo tiempo en una tumba, y que no hubiera podido recuperar el colorido de los vivos.

Sin ser demasiado alto, estaba bien proporcionado y, como los hombres del Mediodía, tenía las manos y los pies pequeños.

Pero lo que asombró a Franz, que había tomado como un sueño el relato de Gaetano, fue la suntuosidad del mobiliario.

Toda la habitación estaba revestida de telas turcas de color carmesí con hojas bordadas en oro. En un hueco había una especie de diván coronado por trofeos de armas árabes en estuches de plata dorada con las empuñaduras de una resplandeciente pedrería; del techo colgaba una lámpara de cristal de Venecia, de una forma y de un color fascinantes, y en el suelo una alfombra de Turquía, tan espesa que los pies se hundían hasta los tobillos; colgaban tapices delante de la puerta por la que Franz había entrado, y ante otra puerta que daba paso a una segunda estancia que parecía espléndidamente iluminada.

El anfitrión dejó un instante a Franz para que se recreara en la sorpresa, y además, devolvía examen por examen sin quitarle los ojos de

encima.

—Señor —le dijo al fin—, mil perdones por las precauciones que se le han exigido para llegar hasta mi casa; pero como la mayor parte del tiempo la isla está desierta, si el secreto de mi morada fuera conocido, sin duda, al volver, me encontraría con mi alojamiento en bastante mal estado, lo que sería bastante desagradable, no por la pérdida que ello me causara, sino porque nunca tendría la seguridad de poder apartarme del mundo cuando lo deseo. Ahora, voy a tratar de hacerle olvidar ese pequeño desagrado, ofreciéndole lo que, ciertamente, usted no espera encontrar aquí, es decir, una cena pasable y una cama bastante buena.

—Palabra, mi querido anfitrión, que no tiene que excusarse por nada —respondió Franz—. Siempre vi que se les vendaban los ojos a quienes penetraban en palacios encantados; mire por ejemplo a Raoul en *Les Huguenots*, y realmente no tengo de qué quejarme, pues lo que veo es la continuación de las maravillas de *Las mil y una noches*.

—¡Ay! Yo le diré como Lúculo: «Si hubiera sabido el honor de su visita, me habría preparado». Pero en fin, tal como es este lugar, mi lugar de retiro, lo pongo a su disposición; tal como es mi cena, así se la ofrezco. Allí, ¿estamos servidos?

Casi en el mismo instante, el tapiz que cubría la puerta se levantó, y un negro de Nubia, negro como el ébano y vestido con una sencilla túnica blanca, hizo un gesto a su amo, indicándole que podía pasar al comedor.

—Ahora —dijo el desconocido a Franz—, no sé si es usted de mi opinión, pero me parece que nada es tan incómodo como permanecer dos o tres horas frente a frente, sin saber que nombre o qué título hay que dar a nuestro interlocutor. Observe que yo respeto demasiado las reglas de la hospitalidad como para preguntarle cuál es su nombre o su título; solamente le ruego que me indique cualquier apelativo que sirva para dirigirle la palabra. En cuanto a mí, para que se sienta usted cómodo, le diré que tienen la costumbre de llamarme Simbad el marino.

—Pues yo —repuso Franz—, yo le diré que como sólo me falta la famosa lámpara maravillosa para estar en la situación de Aladino, no veo ninguna dificultad en que, por el momento, me llame usted Aladino. Así

no saldremos del Oriente, adonde estoy tentado de creer que he sido transportado por el poder de algún genio.

—Y bien, señor Aladino —dijo el extraño anfitrión—, ya ha oído usted que la cena está servida, ¿no? Dígnese, pues, entrar en el comedor; su humilde servidor pasa delante de usted, para mostrarle el camino.

Y con estas palabras, levantando el tapiz, Simbad pasó efectivamente delante de Franz.

Franz iba de encantamiento en encantamiento; la mesa estaba espléndidamente servida. Una vez convencido de ese importante aspecto, dirigió la mirada por todo alrededor. El comedor no era menos espléndido que la estancia que acababa de dejar; era todo de mármol, con bajorrelieves antiguos del mayor valor, y en los dos extremos de esta sala, que era oblonga, dos magníficas estatuas llevaban fruteros sobre sus cabezas. Esos cestos contenían dos pirámides de frutas magníficas; eran piñas de Sicilia, granadas de Málaga, naranjas de las islas Baleares, melocotones de Francia y dátiles de Túnez.

En cuanto a la cena, se componía de un faisán asado rodeado de mirlos de Córcega, jamón de jabalí a la gelatina, un cuarto de cabrito a la tártara, un magnífico rodaballo y una gigantesca langosta. Entre fuente y fuente, había pequeños platos llenos de entremeses.

Las fuentes eran de plata, los platos de porcelana de Japón.

Franz se frotó los ojos para asegurarse de que no estaba soñando.

Solamente Alí se ocupaba del servicio, y se las arreglaba muy bien. El comensal felicitó a su anfitrión.

—Sí —repuso este, sin dejar de hacer los honores de la cena con la mayor tranquilidad—; sí, es un pobre diablo que me profesa una gran devoción y que hace lo mejor que puede. Recuerda que yo le salvé la vida, y como le importaba mucho su cabeza, por lo que parece, me agradece enormemente el haber podido conservarla.

Alí se acercó a su señor, le tomó la mano y se la besó.

—¿Y sería demasiado indiscreto, señor Simbad —dijo Franz— preguntarle en qué circunstancias hizo usted esa hermosa acción?

—¡Oh, Dios mío! Es muy simple —respondió el anfitrión—. Parece que el muy pillo había merodeado demasiado cerca del harén del bey de

Túnez, más de lo que es adecuado para un galán de su color; de manera que fue condenado por el bey a que le cortaran la lengua, la mano y después la cabeza: la lengua el primer día, la mano, el segundo y la cabeza, el tercero. Yo siempre había deseado tener un mudo a mi servicio; esperé, pues, a que le cortaran la lengua, y fui a proponer al bey que me lo diera, a cambio de un magnífico fusil de dos tiros que, la víspera, me había parecido despertar los deseos de Su Alteza. Su Alteza dudó un instante, pues estaba muy interesado en acabar con ese pobre diablo. Pero añadí al fusil un cuchillo de caza inglés con el que yo había cortado el yatagán de Su Alteza; de manera que el bey se decidió a concederle la gracia de la mano y de la cabeza, pero a condición de que no volviera a poner los pies nunca más en Túnez. La recomendación era innecesaria. Por muy lejos que el infiel vea la costa de África, se escabulle en el fondo de la bodega, y no hay quien le haga salir hasta que estamos fuera de la vista de esa tercera parte del mundo.

Franz se quedó un momento mudo y pensativo, buscando lo que debería pensar de esa bonhomía cruel con la que el anfitrión acababa de hacerle el relato de los hechos.

—¿Y, como el honorable marino del que ha tomado el nombre —preguntó cambiando de conversación—, ocupa usted su tiempo en viajar?

—Sí; es un voto que me hice en un tiempo en el que apenas si pensaba en poder llevarlo a cabo —dijo el desconocido sonriendo—. Hice algunas promesas como esa, y que espero que se vayan cumpliendo cada una a su tiempo.

Aunque Simbad hubiese pronunciado estas palabras con la mayor sangre fría, sus ojos habían despedido una mirada de una extraña ferocidad.

—¿Usted ha sufrido mucho, señor? —le dijo Franz.

Simbad se sobresaltó y le miró con fijeza.

—¿En qué aprecia usted eso? —preguntó.

—En todo —repuso Franz—: en su voz, en su mirada, en su palidez y en la vida misma que usted lleva.

—¿Yo? Yo llevo la vida más feliz que se conozca, una verdadera vida de pachá; soy el rey de la creación: si me gusta un sitio, me quedo; si me

aburro, me voy; soy libre como un pájaro, tengo alas como él; la gente que me rodea me obedece sólo con un gesto. De vez en cuando, me divierto burlándome de la justicia humana arrebatándole un bandido al que busca, un criminal al que persigue. Además, tengo mi propia justicia, baja o alta, sin tregua y sin apelación, que condena o que absuelve, y en la que nadie tiene nada que ver. ¡Ah! Si probara usted mi forma de vida, ya no querría usted ninguna otra, y nunca volvería a la sociedad, a menos que tuviese un gran proyecto que llevar a cabo.

—¡Una venganza! Por ejemplo —dijo Franz.

El desconocido fijó en el joven una de esas miradas que se adentran en lo más profundo del corazón y de la mente.

—¿Y por qué una venganza? —preguntó.

—Porque —repuso Franz—, usted tiene todo el aspecto de un hombre que, perseguido por la sociedad, tiene pendientes cuentas terribles que ajustar con ella.

—Y bien —dijo Simbad riendo con esa risa extraña que dejaba ver sus dientes blancos y afilados—, no ha acertado usted; tal como me ve, soy una especie de filántropo, y quizá un día vaya a París para hacer la competencia al señor Appert^[2], y al hombre del «Pequeño Abrigo Azul^[3]».

—¿Y será la primera vez que haga usted ese viaje?

—¡Oh! Dios mío, sí. Tengo todo el aspecto de ser poco curioso ¿no?, pero le aseguro que no es culpa mía si he tardado tanto en ir, ¡pero un día u otro, lo haré!

—Ese viaje, ¿será pronto?

—Aún no lo sé. Depende de circunstancias sometidas a combinaciones inciertas.

—Me gustaría estar allí cuando usted llegue, trataría, tanto como esté en mi poder, de devolverle la hospitalidad de la que soy objeto, tan generosamente por su parte, en Montecristo.

—Aceptaría su ofrecimiento con gran placer —repuso el anfitrión—; pero desgraciadamente, si voy, será tal vez de incógnito.

Mientras tanto, la cena seguía adelante y parecía que había sido servida sólo para Franz; pues apenas si el anfitrión había probado uno o

dos platos del espléndido festín que le había ofrecido, y al que su comensal inesperado había hecho ampliamente honor.

Finalmente Alí trajo los postres, o más bien cogió los fruteros de las manos de las estatuas y los colocó en la mesa.

Entre los dos fruteros colocó una pequeña copa de plata dorada, cerrada con una tapa del mismo metal.

El respeto con el que Alí había colocado la copa picó la curiosidad de Franz. Levantó la tapa y vio una especie de pasta verdosa que parecía una de esas confituras de angélica, pero que le era perfectamente desconocida.

Volvió a colocar la tapa, quedando en la misma ignorancia que antes de haberla levantado y, dirigiendo la vista a su anfitrión, le vio sonreír por esa decepción.

—Usted no puede adivinar —le dijo este— qué especie de comestible contiene la copa, y eso le intriga, ¿no?

—Lo confieso.

—Pues bien, esta especie de confitura verde no es ni más ni menos que la ambrosía que Hebe servía en la mesa de Júpiter.

—Pero esa ambrosía —dijo Franz—, sin duda, al pasar por la mano del hombre habrá perdido su nombre celestial para tomar un nombre humano; en lengua vulgar, ¿cómo se llama este ingrediente, por el que, por lo demás, no siento gran simpatía?

—¡Eh! Eso es justamente lo que revela nuestro origen material —exclamó Simbad—; a menudo pasamos tan cerca de la felicidad sin verla, sin mirarla, o si la hemos visto y mirado, sin reconocerla. ¿Es usted un hombre positivo, y el oro es su dios? Pruebe esto, y las minas del Perú, de Guzarate y de Golconda se le abrirán. ¿Es usted un hombre de imaginación? ¿Es usted poeta? Pruebe esto y las barreras de lo posible desaparecerán; los campos del infinito se abrirán, se paseará, libre de corazón, libre de espíritu, por los dominios sin límites del sueño. ¿Es usted ambicioso? ¿Corre usted tras las grandezas de la tierra? Pruebe esto de nuevo y dentro de una hora será rey, no el rey de un pequeño reino, oculto en un rincón de Europa, como Francia, España o Inglaterra, sino rey del mundo, rey del universo, rey de la creación. Su trono se levantará sobre la montaña a la que Satán llevó a Jesús; y sin necesidad de rendirle tributo,

sin verse forzado a besarle las garras, será el soberano, dueño y señor de todos los reinos de la tierra. ¿No es tentador, lo que le ofrezco, diga? ¿No es algo bien fácil puesto que no tiene que hacer nada más? Mire.

Tras estas palabras, destapó a su vez la pequeña copa de plata dorada que contenía la substancia tan ensalzada, cogió una cucharilla de la confitura mágica, se la llevó a la boca y la saboreó lentamente, con los ojos medio cerrados, y la cabeza inclinada hacia atrás.

Franz le dejó todo el tiempo para absorber su plato favorito; después, cuando le vio volver en sí:

—Pero, en fin, ¿qué es ese plato tanpreciado?

—¿Ha oído usted hablar del Viejo de la Montaña? —le preguntó su anfitrión—. ¿Ese que mandó asesinar a Felipe-Augusto?

—Sin duda.

—Pues bien, usted sabe que reinaba sobre un rico valle que dominaba la montaña, de la que había tomado su pintoresco nombre. En ese valle había magníficos jardines plantados por Hassen-ben-Sabah, y en esos jardines había una serie de pabellones aislados. Era en esos pabellones en los que hacía entrar a sus elegidos, y allí les hacía probar, dice Marco Polo, una cierta hierba que les transportaba al Paraíso, en medio de plantas siempre floridas, de frutas siempre maduras, de mujeres siempre vírgenes. Ahora bien, lo que esos jóvenes bienaventurados tomaban por la realidad, no era más que un sueño; pero un sueño tan dulce, tan embriagador, tan voluptuoso, que se vendían en cuerpo y alma a quien se lo había proporcionado, y que, obedeciendo sus órdenes como a las de Dios, iban a matar al fin del mundo a la víctima señalada, muriendo en las torturas sin quejarse, con la sola idea de que la muerte que sufrieran no era más que una transición de esa vida de delicias de la que esa hierba santa, servida ahora delante de nosotros, les había dado a probar por adelantado.

—Entonces —exclamó Franz—, ¿es hachís! Sí, lo conozco, al menos de nombre.

—Justamente, usted ha dicho el nombre, señor Aladino, es hachís, el mejor y el más puro hachís de Alejandría, el hachís de Abougor, el gran elaborador, el hombre único, el hombre a quien deberían construir un

palacio con esta inscripción: *Al comerciante de la felicidad, el mundo agradecido.*

—¿Sabe —le dijo Franz—, que tengo muchas ganas de juzgar por mí mismo si son verdad o exageración sus elogios?

—Juzgue por sí mismo, mi querido huésped, juzgue; pero no se atenga a la primera experiencia: como todo en este mundo hay que habituar a los sentidos a una nueva impresión, dulce o violenta, triste o alegre. Hay una lucha de la naturaleza contra esta divina substancia, la naturaleza que no está hecha para la alegría y que se agarra al dolor. Es preciso que la naturaleza vencida sucumba en el combate, es preciso que a la realidad le suceda el sueño; y entonces, el sueño reina como amo y señor, y entonces es el sueño el que se hace vida y la vida la que se transforma en sueño; ¡pero qué diferencia en esa transfiguración! Es decir, que comparando los dolores de la existencia real con el goce de la existencia ficticia, ya no querrá usted vivir nunca, y querrá soñar siempre. Cuando deje ese mundo por el mundo de los otros, le parecerá pasar de una primavera napolitana a un invierno lapón, le parecerá que ha dejado el Paraíso por la tierra, el Cielo por el Infierno. ¡Pruebe el hachís, querido huésped! ¡Pruébelo!

Por toda respuesta, Franz cogió una cucharadita de esa confitura maravillosa, como la que había tomado su anfitrión, y se la llevó a la boca.

—¡Diablos! —dijo después de haber tragado esa divina confitura—. No sé si el resultado será tan agradable como usted dice, pero la cosa no me parece tan succulenta como usted afirma.

—Porque sus papilas gustativas no están aún acostumbradas a la sublimidad de las substancias que degustan. Dígame, ¿es que le gustaron la primera vez las ostras, el té, la cerveza, las trufas, y todo lo que le encanta ahora? ¿Comprende entonces a los antiguos romanos que adobaban los faisanes con asa fétida, y a los chinos, que comen nidos de golondrina? ¡Eh! Dios mío, no. Pues bien, así pasa con el hachís: tómelo ocho días seguidos, y ningún alimento en el mundo le parecerá que alcanza la apoteosis de ese gusto que quizás hoy le parece soso y nauseabundo. Pero, pasemos a la habitación de al lado, es decir, la habitación dispuesta para usted, Allí nos servirá el café y nos traerá unas pipas.

Ambos se levantaron, y mientras que el que se había dado el nombre de Simbad, y a quien nosotros hemos llamado así de vez en cuando, con tal de llamarle de algún modo, como su comensal, mientras Simbad daba algunas instrucciones a su criado, Franz pasó a la estancia contigua.

Esta tenía un mobiliario más sencillo, aunque no menos rico. Era redonda, y con un diván por todo alrededor. Pero diván, paredes, techos y suelos estaban todos cubiertos de pieles magníficas, suaves y esponjosas como la alfombra más mullida; eran pieles de leones del Atlas con poderosas melenas; eran pieles de tigres de Bengala con cálidas rayas, pieles de panteras del Cabo alegremente tachonadas como la que aparece en Dante; finalmente, pieles de osos de Liberia y de zorros de Noruega, y todas esas pieles estaban extendidas en profusión unas encima de otras, de manera que uno creía andar sobre el césped más espeso y descansar sobre el lecho más suave.

Ambos se recostaron en el diván; chibuquies con tubos de jazmín y boquillas de ámbar estaban al alcance de la mano y preparados para que no tuviesen que fumar dos veces de la misma pipa. Cogieron uno cada uno. Allí se los encendió y salió para traer el café.

Hubo un momento de silencio en el que Simbad se dejó llevar por sus pensamientos que parecía que le ocupaban sin cesar, incluso en medio de la conversación, y Franz se abandonó a esa ensoñación muda en la que uno cae casi siempre fumando tabaco excelente, que parece llevarse con el humo todas las penas del espíritu y devolver a cambio al fumador todos los sueños del alma.

Alí trajo el café.

—¿Cómo lo toma usted? —dijo el desconocido—. ¿A la francesa o a la turca, fuerte o ligero, con azúcar o sin azúcar, colado o hervido? A su elección: lo hay preparado de todas las maneras.

—Lo tomaré a la turca —respondió Franz.

—Y tiene usted razón —exclamó el anfitrión—; eso prueba que usted tiene disposición para la vida oriental. ¡Ah! Los orientales, mire, ¡son los únicos hombres que saben vivir! En cuanto a mí —añadió con una de sus singulares sonrisas que no pasaban desapercibidas al joven—, en cuanto haya resuelto mis asuntos en París, me iré a morir al Oriente; y si usted

quiere encontrarme entonces, tendrá que ir a buscarme al Cairo, a Bagdad o a Ispahán.

—Palabra —dijo Franz— que será la cosa más fácil del mundo, pues creo que me están creciendo alas de águila, y que con esas alas daré la vuelta al mundo en veinticuatro horas.

—¡Ah!, ¡ah! Es el hachís el que empieza a obrar; y bien, abra sus alas y vuele por las regiones suprahumanas; no tema nada, velaremos por usted, y si como las alas de Ícaro sus alas se funden también por el sol, aquí estamos para recibirle.

Entonces dijo algunas palabras en árabe a Alí, que hizo un gesto de obediencia y se retiró, pero sin alejarse.

En cuanto a Franz, una extraña transformación se operaba en él. Toda la fatiga física de la jornada, toda la preocupación de la mente que los acontecimientos de aquella tarde habían hecho crecer en él, desaparecieron como en ese primer momento de reposo, en el que se está aún lo suficientemente despierto como para sentir que el sueño llega. Su cuerpo parecía adquirir una ligereza inmaterial, su mente se aclaraba de una manera inaudita, sus sentidos parecían duplicar sus facultades; el horizonte se iba ensanchando, pero no ese horizonte sombrío sobre el que planea un vago terror y que había visto antes del sueño, sino un horizonte azul, transparente, vasto, con todo el azul del mar, con todo el recamado dorado del sol, con todos los perfumes de la brisa; después, en medio de los cánticos de los marineros, cantos tan límpidos y claros como si de una armonía divina se tratase, si la divinidad hubiera podido anotarlos, veía aparecer la isla de Montecristo, no como un escollo amenazante sobre las olas, sino como un oasis perdido en el desierto; después, a medida que la barca se acercaba, los cánticos se hacían más numerosos, pues una armonía encantadora y misteriosa subía desde la isla hacia Dios, como si un hada, como Loreley, o algún mago como Anfión, hubiese querido atraer hacia sí un alma o construir allí una ciudad.

Finalmente la barca tocó la orilla, pero sin esfuerzo, sin sacudidas, como los labios tocan otros labios, y entró en la gruta sin que dejara de sonar la encantadora música. Bajó, o más bien le pareció que descendía algunos peldaños, respirando ese aire fresco y aromático como el que debe

reinar en torno a la gruta de Circe, hecho con perfumes tales que hacen soñar, y con tales ardores que abrasan los sentidos, y volvió a ver todo lo que había visto antes del sueño. A Simbad, el fantástico anfitrión, a Alí, el sirviente mudo; después, todo parecía borrarse y confundirse ante sus ojos, como las últimas sombras de una linterna mágica que se extingue, y se encontró en la sala de las estatuas, iluminada solamente con lámparas antiguas y pálidas que, en medio de la noche, velan el sueño y la voluptuosidad.

Eran exactamente las mismas estatuas ricas en formas, en lujuria y en poesía, de magnéticos ojos, de sonrisas lascivas, de opulentas cabelleras. Eran Friné, Cleopatra y Mesalina, esas tres grandes cortesanas; además, en medio de esas impúdicas sombras se deslizaba, como un rayo puro, como un ángel cristiano en medio del Olimpo, una de esas figuras castas, una de esas sombras tranquilas, una de esas visiones dulces que parecen extender un velo sobre su frente virginal bajo todas esas impurezas de mármol.

Entonces, le pareció a Franz que esas tres estatuas habían reunido sus tres amores para un solo hombre, y que ese hombre era él; que las tres se acercaban a su lecho donde soñaba con un segundo sueño, con los pies perdidos en sus largas túnicas blancas, los pechos desnudos, los cabellos desenvolviéndose como en una onda, con una de esas poses ante las que sucumben los dioses, pero ante las que resisten los santos, con una de esas miradas inflexibles y ardientes como la que la serpiente lanza a su presa, el pájaro, y que él se abandonaba a esas miradas dolorosas como un abrazo, voluptuosas como un beso.

A Franz le pareció que ahora cerraba los ojos, y que a través de una última mirada que echaba alrededor, entreveía la estatua púdica que se velaba por completo; después, con los ojos cerrados ante las cosas reales, sus sentidos se abrieron a impresiones imposibles.

Y fue una voluptuosidad sin tregua, un amor sin descanso, como el que prometía el Profeta a sus elegidos. Todas esas bocas de piedra se hicieron vivas, todos esos pechos se hicieron cálidos, hasta el punto de que para Franz, que sufría por primera vez el imperio del hachís, este amor era casi un dolor, esta voluptuosidad era casi una tortura, cuando sentía que su boca alterada pasaba sobre los labios de las estatuas, ligeros y fríos como

los anillos de una culebra; pero cuanto más intentaban sus brazos rechazar ese amor desconocido, más sus sentidos experimentaban el encanto de ese sueño misterioso, tanto que después de una lucha por la que hubiera dado su alma, se abandonó sin reservas y acabó por caer jadeante, ardiente de fatiga, agotado de voluptuosidad, bajo los besos de sus amantes de mármol y bajo el encantamiento de ese sueño inaudito.

Capítulo XXXII

El despertar

Cuando Franz volvió en sí, los objetos exteriores parecían una segunda parte del sueño; creyó estar en un sepulcro en el que apenas penetraba, como un rayo de piedad, un rayo de sol; extendió el brazo y sintió la piedra; se incorporó: estaba acostado envuelto en su albornoz, sobre un lecho de brezo seco muy suave y muy oloroso.

Todas las visiones habían desaparecido, y como si las estatuas, que no hubiesen sido sino sombras salidas de su tumba durante el sueño, hubiesen vuelto a ella a su despertar.

Dio algunos pasos hacia el lugar del que provenía la luz; en contraste con la agitación del sueño, le sucedía ahora la calma de la realidad. Se encontró en una gruta, avanzó hacia la salida, y a través de la puerta cimbrada apareció un cielo y un mar azul. El aire del cielo y el agua del mar resplandecían bajo los rayos del sol de la mañana; en la orilla, los marineros estaban sentados charlando y riendo: en el mar, a diez pasos, la barca se balanceaba graciosamente anclada.

Entonces, saboreó unos momentos la fresca brisa que le daba en el rostro; escuchó el ruido debilitado de la ola que se mecía en la orilla y que dejaba sobre las rocas un encaje blanco como de plata; se dejó llevar sin

reflexionar, sin pensar, por esa maravilla divina que hay en los fenómenos de la naturaleza, sobre todo cuando se sale de un sueño fantástico; después, poco a poco, esa vida del exterior, tan plácida, tan pura, tan grande, le recordó la inverosimilitud de su sueño, y los recuerdos comenzaron a volver a su memoria.

Recordó su llegada a la isla, su presentación ante el jefe de los contrabandistas, un palacio subterráneo lleno de maravillas, la excelente cena y la cucharadita de hachís.

Pero frente a la realidad del pleno día, le parecía que todas esas cosas habían pasado hacía al menos un año, por lo vivo que estaba el sueño en su pensamiento, y por la importancia que cobraba en su mente. Además, de vez en cuando, su imaginación le traía una de esas sombras que habían sembrado su noche de besos, sombra que venía a sentarse entre los marineros, o bien aparecía sobre una roca, o se balanceaba en la barca. Por lo demás, tenía la mente perfectamente clara y el cuerpo perfectamente descansado: ninguna pesadez en el cerebro, sino al contrario, un cierto bienestar general, una facultad mayor que nunca para absorber el aire y el sol.

Se acercó, pues, alegremente a los marineros.

En cuanto le vieron se pusieron en pie y el patrón vino a su encuentro.

—El señor Simbad —le dijo—, nos ha encargado toda clase de cumplidos para Su Excelencia, y nos ha dicho que le expresemos su pesar por no haber podido despedirse de ella; pero espera que Su Excelencia le disculpe cuando sepa que un asunto muy urgente le reclamaba en Málaga.

—¡Ah, vaya! Mi querido Gaetano —dijo Franz—, ¿así que todo eso es realmente cierto: existe un hombre que me recibió en la isla, que me otorgó su regia hospitalidad y que partió mientras yo dormía?

—Claro que existe, ahí va su querido yate alejándose con todas las velas al viento y si usted quiere mirar por el catalejo, con toda probabilidad, reconocerá a su anfitrión en medio de su tripulación.

Y diciendo esto, Gaetano señalaba con la mano en dirección a una pequeña embarcación que se deslizaba hacia la punta meridional de Córcega.

Franz cogió el catalejo y dirigió su punto de mira hacia el lugar indicado.

Gaetano no se equivocaba. En la popa del yate estaba de pie el misterioso extranjero, mirando hacia la isla y teniendo como él un catalejo en la mano; llevaba el mismo atuendo con el que apareció la víspera ante su invitado, y agitaba un pañuelo en señal de despedida.

Franz le devolvió el saludo sacando a su vez su pañuelo y agitándolo como él lo hacía con el suyo.

Al cabo de un segundo, una ligera nube de humo se dibujó a la popa del navío, se desprendió graciosamente de él y subió lentamente hacia el cielo; al instante, una débil detonación llegó hasta Franz.

—Mire, ¿lo oye? —dijo Gaetano—. Parece que le dice adiós.

El joven cogió la carabina y disparó al aire, pero sin esperar que el ruido pudiera franquear la distancia que separaba el yate de la costa.

—¿Qué ordena Su Excelencia? —dijo Gaetano.

—En primer lugar, que encienda una antorcha.

—¡Ah! Sí, ya comprendo —repuso el patrón—, para buscar la entrada a los aposentos encantados. Con mucho gusto, Excelencia, si eso le divierte, y le daré la antorcha que me pide. Yo también, yo también estuve obsesionado con esa idea, y en tres o cuatro veces se me ocurrió lo mismo, pero acabé por renunciar a ello. Giovanni —añadió—, enciende una tea y tráesela a Su Excelencia.

Giovanni obedeció, Franz cogió la antorcha y entró en el subterráneo seguido de Gaetano.

Reconoció el lugar donde se había despertado, por el lecho de brezo, aún con las huellas de su cuerpo; pero por más que recorriera con la antorcha toda la superficie exterior de la gruta, no vio nada, salvo manchas de humo de quienes antes que él habían intentado inútilmente lo mismo.

Sin embargo, no dejó un pie del muro sin examinar; no vio una sola resquebrajadura sin introducir por ella la hoja de su cuchillo de caza; ni un solo punto saliente sobre el que no hiciera palanca con la esperanza de que cedería; pero todo resultó inútil, y perdió, sin ningún resultado, dos horas en esa búsqueda.

Al cabo de ese tiempo, renunció; Gaetano estaba triunfante.

Cuando Franz volvió a la playa, el yate ya no aparecía sino como un pequeño punto en el horizonte; recurrió a su catalejo, pero incluso con el instrumento era imposible distinguir nada.

Gaetano le recordó que había venido a la isla a cazar cabras, lo que Franz había olvidado completamente. Cogió el fusil y se puso a recorrer la isla como alguien que cumple con un deber, más que por placer, y al cabo de un cuarto de hora había matado una cabra y dos cabritos. Pero esas cabras, aunque salvajes y asustadizas como gamuzas, tenían un gran parecido con nuestras cabras domésticas, y Franz no las veía como auténticas piezas de caza.

Además, otras ideas no menos poderosas le inquietaban. Desde la víspera era realmente el héroe de un cuento de *Las mil y una noches* e, invenciblemente, eso le conducía de nuevo a la gruta.

Entonces, a pesar de la inutilidad de sus primeras pesquisas, comenzó de nuevo por segunda vez, después de ordenar a Gaetano que asara uno de los cabritos. Esta segunda visita duró bastante tiempo, pues, cuando regresó, el cabrito estaba asado y la comida preparada.

Franz se sentó en el mismo lugar en el que la víspera vinieron a invitarle de parte del anfitrión misterioso, y vio aún, como una gaviota mecida en la cima de una ola, el pequeño yate que continuaba avanzando hacia Córcega.

—Pero —dijo a Gaetano—, usted me dijo que el señor Simbad se dirigía a Málaga, pero a mí me parece que se dirige directamente a Porto-Vecchio.

—¿No recuerda usted —repuso el patrón— que le dije que entre la gente de su tripulación había, por el momento, dos bandidos corsos?

—Es cierto, ¿y los va a dejar en la costa? —dijo Franz.

—Justamente. ¡Ah! Es un individuo —exclamó Gaetano— que no teme ni a Dios ni al diablo, por lo que dicen, pero que es capaz de desviarse cincuenta leguas de su ruta para hacer un favor a un pobre hombre.

—Pero esa clase de favores podría muy bien indisponerle con las autoridades del país en el que ejerce esa clase de filantropía —dijo Franz.

—¡Ah! Bien —dijo Gaetano riendo—, ¡y qué le importan a él las autoridades! ¡Pues no se burla bien de ellas! No tienen más que intentar perseguirle. En primer lugar su yate no es un navío, es un pájaro, en doce nudos, él ganaría tres más a una fragata; además, no tiene más que caer él mismo por la costa, ¿es que no encontraría amigos por todas partes?

Lo que quedaba más claro en todo esto es que el señor Simbad, anfitrión de Franz, tenía el honor de relacionarse con contrabandistas y bandidos de toda la costa mediterránea; lo que no dejaba de situarle en una posición bastante extraña.

En cuanto a Franz, nada le retenía ya en Montecristo, había perdido toda esperanza de encontrar el secreto de la gruta, se apresuró, pues, a almorzar ordenando a sus hombres que tuvieran la barca preparada para cuando terminase de comer.

Una media hora después, estaba a bordo.

Echó un último vistazo al yate; estaba ya a punto de desaparecer en el golfo de Porto-Vecchio.

Dio la señal de zarpar.

En el momento en el que la barca se ponía en movimiento, el yate desaparecía.

Con él se borraba la última realidad de la noche precedente: cena, Simbad, hachís y estatuas, todo comenzaba para Franz a fundirse en el mismo sueño.

La barca navegó todo el día y toda la noche; y al día siguiente, a la salida del sol, era la isla de Montecristo la que a su vez había desaparecido.

Una vez que Franz tocó tierra, olvidó, al menos momentáneamente, los sucesos que acababan de pasar, para terminar sus asuntos de ocio y de cortesía en Florencia, y no ocuparse sino de encontrarse con su amigo que le esperaba en Roma.

Partió, pues, y el sábado al anochecer llegó a la plaza de la Aduana en la diligencia del correo.

El apartamento, como hemos dicho, estaba reservado por adelantado, así que no tenía más que ir al hotel de maese Pastrini, lo que no era cosa fácil, pues el gentío atestaba las calles, y Roma era ya presa de ese

murmullo sordo y febril que precede a los grandes acontecimientos. Y ya se sabe que en Roma hay cuatro grandes eventos al año: el carnaval, la Semana Santa, el Corpus y San Pedro.

El resto del año la ciudad cae en esa triste apatía, estado intermedio entre la vida y la muerte, que la transforma en una especie de estación entre este mundo y el otro; estación sublime, parada llena de poesía y de carácter que Franz había hecho ya cinco o seis veces, y en las que, cada vez, le había parecido más maravillosa y más fantástica aún.

Finalmente atravesó todo ese gentío creciente y más bullicioso por momentos, y llegó al hotel. A su primera demanda le respondieron, con esa impertinencia propia de los cocheros de alquiler con demasiados clientes, y de los posaderos con el hotel al completo, que no quedaba sitio para él en el Hotel Londres. Entonces envió su tarjeta a maese Pastrini, y mencionó a Albert de Morcerf. El método tuvo éxito, y maese Pastrini acudió en persona excusándose por haber hecho esperar a Su Excelencia, abroncando a sus sirvientes, tomando la palmatoria del cicerone que se había amparado ya del viajero y que se preparaba para conducirlo hasta Albert, cuando este vino a su encuentro.

El apartamento reservado constaba de dos pequeñas habitaciones y un gabinete. Las habitaciones daban a la calle, circunstancia que maese Pastrini hizo valer como añadiendo en ello un mérito apreciable. El resto de la planta estaba alquilada a un personaje muy rico, al que se tenía por siciliano o maltés, pues el hotelero no supo decir exactamente a cuál de las dos naciones pertenecía ese viajero.

—Está muy bien, maese Pastrini —dijo Franz—, pero necesitaremos de inmediato una cena cualquiera para esta noche, y una calesa para mañana y para el resto de los días.

—En cuanto a la cena —respondió el hotelero—, se les servirá enseguida, pero en cuanto a la calesa...

—¡Cómo que en cuanto a la calesa! —exclamó Albert—. ¡Un momento!, ¡un momento! ¡No quiero bromas, maese Pastrini! Necesitamos una calesa.

—Señor —dijo Pastrini—, haré lo posible para agenciarles una. Eso es todo lo que puedo decirle.

—¿Y cuándo lo sabremos con seguridad? —preguntó Franz.

—Mañana por la mañana —respondió el hotelero.

—¿Qué diablos! —dijo Albert—. La pagaremos más cara, eso es todo. Ya sabemos de qué se trata: en Drake o en Aaron, veinticinco francos los días de la semana, y treinta o treinta y cinco francos los domingos y fiestas; pongamos cinco francos al día de comisión, eso será cuarenta francos y no hablemos más.

—Mucho me temo, señores, que incluso ofreciendo el doble, no van a conseguir una calesa.

—Entonces que enganchen los caballos a la mía; está un poco desportillada por el viaje, pero no importa.

—Tampoco encontraremos caballos.

Albert miró a Franz como alguien que recibe una respuesta que le parece incomprensible.

—¿Comprende usted esto, Franz? No hay caballos —dijo—. ¿Y caballos de posta? ¿No podríamos conseguir caballos de posta?

—Están alquilados desde hace quince días, y no quedan sino los estrictamente necesarios para el servicio.

—¿Qué dice a esto? —preguntó Franz.

—Digo que cuando algo sobrepasa a mi inteligencia, tengo la costumbre de no apesadumbrarme por ello, y pasar a otra cosa. ¿La cena está preparada, maese Pastrini?

—Sí, Excelencia.

—Bien, pues antes que nada, cenemos.

—¿Pero la calesa y los caballos? —dijo Franz.

—Tranquilo, querido amigo, ya vendrán por sí solos; sólo se trata de ponerles un precio.

Y Morcerf, con esa admirable filosofía que no cree nada imposible mientras se huela a bolsa inflada o a cartera repleta, cenó, se acostó, durmió a pierna suelta y soñó que disfrutaba del carnaval en una calesa tirada por seis caballos.

Capítulo XXXIII

Bandidos romanos

Al día siguiente, Franz se despertó el primero, y una vez despierto, llamó.

El tintineo de la campanilla vibraba aún, cuando el mismísimo maese Pastrini entró.

—Y bien —dijo el patrón triunfante, y sin ni siquiera esperar a que Franz le preguntase—, ya me lo temía yo ayer, Excelencia, cuando no quería prometerles nada; ustedes la encargaron demasiado tarde y no hay ni una sola calesa disponible en Roma, para los tres últimos días de carnaval, se entiende.

—Sí —repuso Franz— es decir, para los días en la que es absolutamente necesaria.

—¿Qué pasa? —dijo Albert entrando en el gabinete—. ¿Que no hay calesa?

—Justamente, mi querido amigo —respondió Franz—, lo ha adivinado a la primera.

—Pues bien, ¡vaya una maravilla de ciudad, su famosa *ciudad eterna*!

—Es decir, Excelencia —repuso maese Pastrini, que deseaba mantener la capital del mundo cristiano en una cierta dignidad ante los viajeros—,

es decir que no hay calesas a partir del domingo por la mañana hasta el martes noche, pero a partir de entonces encontrarán ustedes cincuenta, si lo desean.

—¡Ah! Eso ya es algo —dijo Albert—; hoy estamos a jueves; ¿quién sabe lo que puede pasar de aquí al domingo?

—Que llegarán diez o doce mil viajeros más —respondió Franz— que ocasionarán una mayor dificultad.

—Amigo mío —dijo Morcerf—, gocemos del presente y no nos entristezcamos por el futuro.

—¿Al menos —preguntó Franz— podremos conseguir una ventana?

—¿Con vistas adónde?

—A la calle del Corso, ¡pardiez!

—¡Ah! Sí, ¡una ventana! —exclamó maese Pastrini—. Imposible, ¡imposible de toda imposibilidad! Quedaba una en el quinto piso del palacio Doria, y ha sido alquilada a un príncipe ruso por veinte cequíes al día.

Los jóvenes se miraron estupefactos.

—Y bien, querido amigo —dijo Franz a Albert—, ¿sabe lo que tendríamos que hacer? Pues irnos a pasar el carnaval a Venecia; al menos allí, si no encontramos un coche, encontraríamos góndolas.

—¡Ah! ¡A fe mía, no! —exclamó Albert—. Decidí que vería el carnaval de Roma, y lo veré, aunque sea sobre unos zancos.

—¡Vaya! —exclamó Franz—. Es una idea brillante, sobre todo para apagar los *moccoletti* nos disfrazaremos de polichinelas-vampiros o de habitantes de las Landas, y tendremos un éxito loco.

—¿Sus Excelencias desearían de todas formas un coche hasta el domingo?

—¡Pardiez! —dijo Albert—. ¿Es que usted cree que vamos a recorrer las calles de Roma a pie, como pasantes de notaría?

—Voy a apresurarme en ejecutar las órdenes de Sus Excelencias —dijo maese Pastrini—; pero les prevengo que el coche les costará seis piastras al día.

—Y yo, mi querido señor Pastrini —dijo Franz—, yo, que no soy nuestro vecino el millonario, yo le prevengo que, dado que es la cuarta vez

que vengo a Roma, conozco el precio de las calesas para los días de diario y para los domingos y fiestas. Le daremos doce piastras por hoy, mañana y pasado mañana, y todavía le queda a usted un buen beneficio.

—Sí pero..., Excelencia... —dijo maese Pastrini, intentando protestar.

—Vamos, vamos, querido patrón, vamos —dijo Franz—, o voy yo mismo a regatear el precio con su *affettatore*, que también es el mío; es un viejo amigo mío, que ya me ha robado bastante dinero en su vida, y que, con la esperanza de seguir robándome, aceptará un precio inferior al que usted me ofrece; usted perderá la diferencia y será por su propia culpa.

—No se tome esa molestia, Excelencia —dijo maese Pastrini, con esa sonrisa de especulador italiano que se declara vencido—, haré lo que pueda y espero que quede usted satisfecho.

—¡De maravilla! A eso se le llama hablar.

—¿Para cuándo quieren ustedes el coche?

—Para dentro de una hora.

—Dentro de una hora estará en la puerta.

Una hora después, efectivamente, el coche esperaba a los dos jóvenes: era un modesto coche de alquiler que, vista la solemnidad de la circunstancia, había sido elevado a la categoría de calesa; pero por muy mediocre que fuera en apariencia, ambos jóvenes se hubieran sentido satisfechos si pudieran tenerlo para los tres últimos días de carnaval.

—¡Excelencia! —gritó el cicerone al ver a Franz que se asomaba a la ventana—. ¿Tengo que acercar la carroza al palacio?

Por muy habituado que estuviera Franz al énfasis italiano, su primer impulso fue mirar a su alrededor; pero era a él mismo a quien iban dirigidas esas palabras.

Franz era la «excelencia»; la «carroza» era el coche de alquiler; y el «palacio» era el hotel Londres.

Todo el ingenio laudatorio de la nación estaba en esa sola frase.

Franz y Albert bajaron a la calle. La «carroza» se acercó al «palacio», «sus excelencias» estiraron las piernas sobre la banqueta, el cicerone saltó al asiento trasero.

—¿Adónde desean ir Sus Excelencias?

—Pues primero a San Pedro y después al Coliseo —dijo Albert, como un verdadero parisino.

Pero Albert no sabía una cosa, y es que se necesita un día para visitar San Pedro, y un mes para estudiarlo; así que la jornada transcurrió entera visitando San Pedro.

De repente, los dos amigos se dieron cuenta de que la tarde empezaba a caer.

Franz sacó el reloj: eran las cuatro y media.

Retomaron enseguida el camino al hotel. En la puerta, Franz dio la orden al cochero para que volviese a las ocho de la tarde. Quería enseñar el Coliseo a Albert a la luz de la luna, como le había enseñado San Pedro en pleno día. Cuando uno enseña a un amigo una ciudad que ya ha visto, se pone en ello la misma coquetería que cuando se le enseña una mujer de la que ha sido amante.

En consecuencia, Franz trazó su itinerario al cochero; debía salir por la puerta del Popolo, continuar a lo largo de la muralla exterior y entrar por la puerta San Giovanni. Así el Coliseo se les aparecería sin preparación alguna, y sin que el Capitolio, el Foro, el arco de Septimio Severo, el templo de Antonino y Faustino y la Vía Sacra hubiesen servido de diferentes escalones colocados en el itinerario para empequeñecerlo.

Se sentaron a la mesa; maese Pastrini había prometido a sus huéspedes un festín: les dio una cena pasable; no había nada que decir.

Al final de la cena, el mismo Pastrini entró. Franz creyó en principio que era para recibir los cumplidos y ya se apresuraba a dárselos, cuando ante las primeras palabras, le interrumpió:

—Excelencia —dijo—, me halaga su aprobación, pero no era por eso por lo que he subido a verles...

—¿Es para decirnos que ha encontrado un coche? —preguntó Albert encendiendo un puro.

—No, en absoluto, e incluso, Excelencia, haría bien en no pensar más en ello y tomar la resolución que tenga que tomar. En Roma, las cosas se pueden o no se pueden. Cuando le dicen que no se puede, se acabó.

—En París es mucho más cómodo: cuando no se puede, se paga el doble y al momento se tiene lo que se pide.

—Eso es lo que oigo decir a todos los franceses —dijo maese Pastrini un poco picado—, por lo que no comprendo por qué viajan.

—Yo tampoco —dijo Albert echando flemáticamente el humo hacia el techo y balanceándose echando hacia atrás las dos patas traseras del sillón —; son los locos y los ingenuos como nosotros los que viajan; la gente sensata no deja su palacete de la calle del Helder, el bulevar de Gand y el Café de París.

Ni que decir tiene que Albert vivía en la susodicha calle, que hacía cada día su paseo *fashionable*, y que cenaba cotidianamente en el único café en el que se cena, cuando se está, después de todo, en buenos términos con los camareros.

Maese Pastrini se quedó un momento silencioso; era evidente que meditaba la respuesta de Albert que, sin duda, no le parecía lo suficientemente clara.

—Pero en fin —dijo Franz a su vez, interrumpiendo las reflexiones geográficas del hotelero—, usted ha subido para decirnos algo concreto; ¿quiere usted exponernos el objeto de su visita?

—¡Ah! Tiene usted razón; es esto: ¿han encargado ustedes la calesa para las ocho?

—Eso es.

—¿Y tienen la intención de visitar *il Colosseo*?

—Es decir, el Coliseo.

—Es exactamente lo mismo.

—De acuerdo.

—¿Usted ha dicho al cochero que salga por la puerta del Popolo, que vaya rodeando los muros y que entre por la puerta San-Giovanni?

—Esas son mis propias palabras.

—Pues bien, ese itinerario es imposible.

—¡Imposible!

—O, al menos, muy peligroso.

—¡Peligroso! ¿Por qué?

—A causa del famoso Luigi Vampa.

—En primer lugar, querido anfitrión, ¿qué es eso del famoso Luigi Vampa? —preguntó Albert—. Puede que sea muy famoso en Roma, pero

le advierto que es totalmente ignorado en París.

—¿Cómo! ¿Ustedes no lo conocen?

—No, yo no tengo ese honor.

—¿Nunca han oído pronunciar su nombre?

—Nunca.

—Pues bien, es un bandolero frente al que los Deseraris y los Gasparone son una especie de niños de coro.

—¡Atención, Albert! —exclamó Franz—. ¡Por fin tenemos un bandido!

—Le advierto, mi querido patrón, que no creeré ni una sola palabra de lo que va a decirnos. Está decidido, hable lo que quiera, le escucho. «Érase una vez...», ¡pues bien, venga!

Maese Pastrini se volvió hacia Franz, que le parecía el más razonable de los dos jóvenes. Hay que ser justos con el buen hombre, había alojado en su hotel a muchos franceses en su vida, pero nunca había entendido cierto aspecto de su humor.

—Excelencia —dijo con mucha seriedad, dirigiéndose, como hemos dicho a Franz—, si ustedes me consideran un mentiroso, es inútil que les diga lo que quería decirles; sin embargo, puedo afirmar que era en interés de Sus Excelencias.

—Albert no le ha dicho que sea usted un mentiroso, mi querido señor Pastrini —repuso Franz—, él le ha dicho que no le creerá, eso es todo. Pero yo, yo le creeré, esté tranquilo; díganos.

—Sin embargo, Excelencia, usted comprenderá que si se pone en duda mi veracidad...

—Querido amigo —repuso Franz—, es usted más susceptible que Casandra, que sin embargo era adivinadora y a quien nadie escuchaba; mientras que usted, al menos, está usted seguro de la mitad de su auditorio. Veamos, siéntese, y díganos qué es eso de Luigi Vampa.

—Ya se lo he dicho, Excelencia, es un forajido como no habíamos visto desde el famoso Mastrilla.

—Y bien, ¿qué relación guarda con la orden que he dado a mi cochero de salir por la puerta del Popolo y entrar por la puerta San-Giovanni?

—Pues la hay, señor, pues sucede —respondió maese Pastrini—, que bien puede usted salir por la del Popolo, pero que dudo mucho de que pueda entrar por la otra.

—¿Por qué? —preguntó Franz.

—Porque cuando cae la noche, no se está seguro ni a cincuenta pasos de las puertas.

—¿De verdad? —exclamó Albert.

—Señor vizconde —dijo maese Pastrini, que seguía herido hasta el fondo de su corazón al ver a Albert dudar de su veracidad—, lo que digo no se lo digo a usted, sino a su compañero de viaje, que conoce Roma, y que sabe que no se puede bromear con esas cosas.

—Querido amigo —dijo Albert dirigiéndose a Franz—, pues sí que hemos encontrado una aventura admirable: nos llenamos la calesa de pistolas, trabucos y fusiles de dos tiros. Luigi Vampa viene a atracarnos, nosotros le detenemos, le traemos a Roma y lo ofrecemos como homenaje a Su Santidad, que nos pregunta qué es lo que puede hacer por nosotros para agradecernos un servicio tan grande. Entonces nosotros le pedimos pura y simplemente una carroza y dos caballos de sus caballerizas, y vemos el carnaval en carroza. Sin contar que probablemente el pueblo romano, agradecido, nos corone en el Capitolio y nos proclame, como a Curcio y Horacio Cocles, los salvadores de la patria.

Mientras Albert desarrollaba esa propuesta, maese Pastrini ponía una cara que sería imposible describir.

—Y en primer lugar —preguntó Franz a Albert—, ¿de dónde sacaría esas pistolas, esos trabucos, esos fusiles de dos tiros con los que quiere usted llenar el coche?

—El hecho es que no será de mi arsenal —dijo—; puesto que en la Terracine me han cogido hasta mi puñal; ¿y a usted?

—A mí, a mí me hicieron otro tanto en Aqua-Pendente.

—¡Ah, vaya! Mi querido anfitrión —dijo Albert encendiendo su segundo cigarro con los restos del primero—, ¿sabe usted que es muy cómodo para los ladrones esa medida, y que me parece que tiene toda la pinta de que la llevan a cabo a medias con ellos?

Sin duda maese Pastrini encontró la broma comprometedora, pues no respondió sino a medias y dirigiendo sus palabras a Franz, como al único ser razonable con el que pudiera entenderse convenientemente.

—Su Excelencia sabe que no es costumbre defenderse cuando uno es asaltado por bandoleros.

—¡Cómo! —exclamó Albert, cuyo coraje se rebelaba ante la idea de dejarse desvalijar sin decir nada—. ¡Cómo! ¿Que no es la costumbre?

—No, pues toda defensa sería inútil, ¿qué quiere usted hacer contra un docena de forajidos que salen de una cuneta, de una casucha o de debajo de un puente, y que le apuntan todos a la vez?

—¡Oh, diantre! ¡Quiero que me maten! —exclamó Albert.

El posadero se volvió hacia Franz mirándole como queriendo decir: «Decididamente, Excelencia, su compañero está loco».

—Mi querido Albert —repuso Franz—, su respuesta es sublime, y vale lo que el «*qu'il mourût*» del viejo Corneille^[1], solamente que cuando Horacio respondía eso, se trataba de la salvación de Roma, y la cosa valía la pena. Pero en cuanto a nosotros, observe que se trata simplemente de satisfacer un capricho, y que sería ridículo arriesgar la vida por un capricho.

—¡Ah! ¡Por Baco! —exclamó maese Pastrini—. Ya era hora, a eso sí que se le llama hablar.

Albert se sirvió un vaso de *lacryma Christi*, que bebió en pequeños sorbos, mascullando palabras ininteligibles.

—Y bien, maese Pastrini —repuso Franz—, ahora que mi compañero está tranquilo, y que usted ha podido apreciar mis disposiciones pacíficas, ahora, veamos, ¿quién es el señor Luigi Vampa? ¿Es plebeyo o patricio? ¿Es joven o viejo? ¿Es alto o bajo? Descríbanoslo, a fin de que si le encontramos por azar entre la gente, como Jean Sbogor o Lara, podamos reconocerle^[2].

—Pues no ha podido dirigirse a nadie mejor que a mí, Excelencia, para tener detalles exactos de Vampa, pues yo conocí a Luigi Vampa siendo niño; y un día en el que yo mismo caí en sus manos, al ir de Ferentino a Alatri, él se acordó, felizmente para mí, de que éramos antiguos conocidos; me dejó marchar, no solamente sin hacerme pagar rescate

alguno, sino que además me regaló un precioso reloj y me contó su historia.

—Veamos el reloj —dijo Albert.

Maese Pastrini sacó de su bolsillo del chaleco un magnífico Breguet, con la firma del autor, el sello de París y una corona de conde.

—Miren —dijo.

—¡Pestes! —dijo Albert—. Le felicito, yo tengo uno casi igual —y sacó un reloj del bolsillo del chaleco—, y me costó tres mil francos.

—Veamos la historia —dijo Franz a su vez, arrastrando un sillón e indicando a Pastrini que se sentara.

—¿Sus Excelencias permiten? —dijo el hotelero.

—¡Pardiez! —dijo Albert—. Que no es usted un predicador, querido amigo, como para hablar de pie.

El hotelero se sentó después de hacer un saludo respetuoso a cada uno de sus futuros oyentes, que tenía por objeto indicarles que estaba dispuesto a darles toda la información que pedían sobre Luigi Vampa.

—¡Ah, vaya! —dijo Franz, deteniendo a maese Pastrini en el momento en el que este abría la boca—. Ha dicho usted que conoció a Luigi Vampa siendo niño, ¿es que es aún un hombre joven?

—¡Cómo, joven! Ya lo creo; ¡tiene apenas veintidós años! ¡Oh! Es un muchacho que llegará lejos, estén tranquilos.

—¿Qué dice a eso, Albert? Es formidable, haberse hecho ya una reputación a los veintidós años —dijo Franz.

—Ciertamente que sí, a su edad, ni Alejandro, ni Cesar ni Napoleón, que después armaron algún ruido en el mundo, habían llegado tan lejos.

—Así que —repuso Franz, dirigiéndose al hotelero— el héroe cuya historia vamos a oír no tiene más que veintidós años.

—Apenas, como tengo el honor de decirles.

—¿Y es alto o bajo?

—De una estatura media; como Su Excelencia, más o menos —dijo señalando a Albert.

—Gracias por la comparación —dijo este inclinándose.

—Siga, siga, maese Pastrini —repuso Franz, sonriendo por la susceptibilidad de su amigo—. ¿Y a qué clase de sociedad pertenecía?

—Era un simple pastorcillo que trabajaba en la granja del conde de San-Felice, situada entre Palestrina y el lago de Gabri. Nació en Pampinara, y entró al servicio del conde con cinco años de edad. Su padre, que también era pastor en Anagni, tenía un pequeño rebaño propio; vivía de la lana de sus corderos y de la leche de sus ovejas que venía a vender a Roma.

»Siendo muy niño, el pequeño Vampa tenía un carácter especial. Un día, a la edad de siete años, fue a buscar al párroco de Palestrina y le rogó que le enseñara a leer. Era algo difícil, pues el pastorcillo no podía abandonar al rebaño. Pero el buen cura iba todos los días a decir misa a un pobre burgo de muy escasa importancia como para pagar a un sacerdote y que, como ni siquiera tenía nombre, le llamaban *dell’Borgo*. Le propuso a Luigi que se encontraran en el camino a la hora que él volvía de decir misa, e impartirle así la lección, previniéndole que la lección sería corta y, en consecuencia, que tendría que aprovecharla bien.

»El niño aceptó encantado.

»Todos los días Luigi llevaba a pastar el rebaño por el camino de Palestrina al Borgo; todos los días, a las nueve de la mañana, pasaba el cura; se sentaba con el niño en un reborde de la cuneta, y el pastorcillo recibía su lección en el breviario del cura.

»Al cabo de tres meses, sabía leer.

»Pero no era todo, necesitaba ahora aprender a escribir.

»El sacerdote encargó a un profesor de caligrafía que le hiciera tres alfabetos: uno con mayúsculas, otro con minúsculas y un tercero de letra cursiva, indicándole que imitando esas letras sobre una pizarra podría, con la ayuda de un hierro en punta, aprender a escribir.

»La misma noche, cuando el rebaño ya estaba recogido en la granja, el pequeño Vampa corrió a casa de un cerrajero de Palestrina, cogió un clavo grande, lo puso en la forja, lo afiló, lo redondeó, y se construyó una especie de estilete antiguo.

»Al día siguiente, ya había reunido una provisión de pizarras y se puso manos a la obra.

»Al cabo de tres meses, sabía escribir.

»El cura, asombrado de esa profunda inteligencia y conmovido por esa aptitud, le regaló varios cuadernos de papel, un paquete de plumas y un cortaplumas.

»Era una nueva cosa que tenía que estudiar, pero esto no era nada comparado con lo primero. Ocho días después, manejaba la pluma igual que el estilete.

»El sacerdote contó esta anécdota al conde de San-Felice, que llamó al pastorcillo, le hizo leer y escribir delante de él, ordenó a su intendente que le dejara comer con los demás sirvientes y le dio dos piastras al mes.

»Con ese dinero Luigi compró libros y lápices.

»En efecto, aplicaba a todos los objetos la facilidad de imitación que tenía, y como Giotto niño, dibujaba en las pizarras sus ovejas, los árboles, las casas.

»Después, con la punta del cortaplumas comenzó a tallar la madera y a darle toda clase de formas. Así es como había empezado Pinelli, el escultor popular.

»Una chiquilla de seis o siete años, es decir, un poco más joven que Vampa, guardaba también las ovejas de una granja vecina de Palestrina; la niña era huérfana, nacida en Valmontone y se llamaba Teresa.

»Los dos niños se reunían, se sentaban uno junto al otro, dejaban a sus rebaños mezclarse y pastar juntos, charlaban, reían y jugaban; después, por la tarde, apartaban los corderos del conde de San-Felice de los del barón de Cervetri, y los chiquillos se separaban para ir cada uno a su respectiva granja, prometiendo volverse a encontrar al día siguiente por la mañana.

»Así un día y otro, manteniendo la palabra, iban creciendo juntos.

»Vampa alcanzó la edad de doce años y la pequeña Teresa, once.

»Mientras tanto, sus instintos naturales se desarrollaban.

»Al lado de los gustos artísticos que Luigi había llevado tan lejos como podía en su aislamiento, se sentía triste por tonterías, ardiente por arrebatos, colérico por capricho, y burlón siempre. Ninguno de los muchachos jóvenes de Pampinara, de Palestrina o de Valmontane, habían podido ejercer sobre él, no sólo alguna influencia, sino que ni siquiera pudieron convertirse en amigos. Su temperamento obstinado, siempre dispuesto a exigir sin querer plegarse a ninguna concesión, apartaba de él

cualquier impulso amistoso, cualquier demostración de simpatía. Teresa era la única que con una palabra, una mirada, o un gesto, dominaba ese carácter entero que se plegaba bajo la mano de una mujer, pero que ante la de un hombre, cualquiera que fuera, habría resistido hasta romperse.

»Teresa, por el contrario, era viva, espabilada y alegre, pero coqueta en exceso; las dos piastras que daba a Luigi el intendente del conde de San-Felice, y el precio de todas las pequeñas obras esculpidas que vendía a los comerciantes de juguetes de Roma, se lo gastaba en pendientes de perlas, en collares de vidrio, en prendedores de oro. Así que, gracias a esa prodigalidad de su joven amigo, Teresa era la más bella y la más elegante campesina de los alrededores de Roma.

»Los dos chiquillos continuaron creciendo, pasando juntos cada día, y entregándose sin contención a los instintos de su naturaleza primitiva. Así, en sus conversaciones, en sus deseos, en sus sueños, Vampa se veía siempre como capitán de navío, general del ejército o gobernador de una provincia; Teresa se veía rica, vestida con los trajes más hermosos y seguida de sirvientes de librea; después, cuando habían pasado todo el día bordando su futuro con esos locos y brillantes arabescos, se separaban para llevar cada rebaño a su establo, y bajar, desde la altura de sus sueños, a la humildad de su posición real.

»Un día, el joven pastor dijo al intendente del conde que había visto a un lobo salir de las montañas de la Sabina y merodear alrededor del rebaño. El intendente le dio un fusil: era lo que quería Vampa.

»Este resultó ser, causalmente, un excelente cañón de Brescia, que llevaba una bala como una carabina inglesa; solamente que, un día, el conde, queriendo acabar con un zorro herido, había roto la culata y lo había desechado.

»Pero eso no era una dificultad para un escultor como Vampa. Examinó la forma primitiva, calculó lo que había que cambiar para ponerlo al alcance de sus ojos, e hizo otra culata cargada de adornos tan maravillosos que, si hubiera querido venderlo en la ciudad, sólo por la madera habría conseguido con certeza quince o veinte piastras.

»Pero no había pensado en eso: un fusil había sido durante mucho tiempo el sueño del muchacho. En todos los países en los que la

independencia es sustituida por la libertad, la primera necesidad que siente todo corazón aguerrido, toda organización poderosa, es la de un arma que asegure al mismo tiempo el ataque y la defensa, y que, haciendo al que la lleva terrible, le hace a menudo temido.

»A partir de ese momento, Vampa ocupó todos los momentos que le quedaban libres al ejercicio del fusil; compró pólvora y balas, y cualquier cosa era una diana: el tronco del triste olivo, esmirriado y gris que crece en las laderas de las montañas de la Sabina; el zorro que por la noche sale de su madriguera para iniciar su caza nocturna y el águila que planea en el aire. Pronto se hizo tan diestro que Teresa consiguió sobreponerse al temor que sentía al principio al oír la detonación, y se divertía viendo a su joven compañero poner la bala del fusil allí donde quería, con más justeza que si la hubiera colocado con la mano.

»Una noche, el lobo salió efectivamente de un bosque de pinos cerca del cual los dos jóvenes tenían la costumbre de reunirse: el lobo no había dado dos pasos fuera del bosque, y ya estaba muerto.

»Vampa, orgulloso de ese buen golpe, cargó el lobo a sus espaldas y lo llevó a la granja.

»Todos esos detalles daban a Luigi una cierta reputación por los alrededores de la granja; el hombre superior, allí donde se encuentre, se crea una clientela de admiradores. Se hablaba en los alrededores de ese joven pastor como del más diestro, el más fuerte y el más valiente muchacho *contadino*^[3] que hubiera en diez leguas a la redonda; y aunque por su parte Teresa, en un círculo más extendido aún, pasara por ser una de las chicas más bonitas de la Sabina, nadie se atrevía a decirle ni una palabra de amor, pues se sabía que era Vampa quien la quería.

»Y, sin embargo, los dos jóvenes nunca se habían dicho que se querían. Habían crecido uno al lado del otro como dos árboles que juntan sus raíces bajo el suelo, sus ramas en el aire y su aroma en el cielo; pero su deseo de verse seguía siendo el mismo; ese deseo se había hecho necesidad, y comprendían mejor la muerte, que una separación de un solo día.

»Teresa tenía dieciséis años y Vampa diecisiete.

»Por aquel tiempo, se comenzaba a hablar mucho de una banda de forajidos que se reunía en los montes Lepini. El bandidaje nunca fue

seriamente extirpado en los alrededores de Roma. A veces carecían de jefes, pero cuando un jefe se presenta, es raro que carezca de banda.

»El famoso Cucumetto, acorralado en los montes Abruzos, expulsado del reino de Nápoles donde había llevado a cabo una verdadera guerra, cruzó el río Garigliano como Manfredo^[4], y vino a refugiarse a las orillas del Amasine, entre Sonnino y Juperno.

»Era él quien se ocupaba de reorganizar una banda, y quien iba tras el rastro de Decesaris y de Gasparone a quien esperaba sobrepasar pronto. Varios jóvenes de Palestrina, de Frascati y de Pampinara desaparecieron. Al principio se inquietaron por ellos, después, enseguida se supo que habían ido a reunirse con la banda de Cucumetto.

»Al cabo de algún tiempo, Cucumetto fue objeto de la atención general. Se decía de este jefe de bandidos que tenía rasgos de una extraordinaria audacia y de una escandalosa brutalidad.

»Un día, raptó a una joven, era la hija del agrimensor de Frosinone. Las leyes de los bandidos son determinantes: una joven pertenece en primer lugar a quien la rapte, después, los demás la echan a suertes y la desgraciada sirve para el placer de toda la banda hasta que los bandidos la abandonan o hasta que la joven muere.

»Cuando los padres son lo bastante ricos como para pagar, envían a un mensajero para que negocie el rescate; la cabeza de la prisionera responde de la seguridad del emisario. Si se niegan a pagar el rescate, la prisionera está irrevocablemente condenada.

»La joven tenía su amante en la banda de Cucumetto: se llamaba Carlini.

»Al reconocer al joven, ella tendió los brazos hacia él y se creyó a salvo. Pero el pobre Carlini, al reconocerla, él, sintió que se le rompía el corazón, pues mucho se temía la suerte que correría su amada.

»Sin embargo, como era el favorito de Cucumetto, como había compartido con él los peligros desde hacía tres años, como le había salvado la vida, abatiendo con un disparo a un carabinero que tenía ya el sable levantado sobre su cabeza, esperaba que Cucumetto tuviera alguna piedad de él.

»Así que tomó al jefe aparte, mientras que la muchacha, sentada en el suelo, apoyada sobre el tronco de un gran pino que se elevaba en medio de un claro del bosque, se había hecho un velo con el pintoresco tocado de las campesinas romanas, y ocultaba tras él su rostro de las miradas lujuriosas de los bandidos.

»Entonces Carlini le contó todo; sus amores con la prisionera, sus juramentos de fidelidad, y cómo, cada noche, desde que la banda estaba por los alrededores, los amantes se citaban en unas ruinas.

»Justamente aquella noche, Cucumetto había enviado a Carlini a un pueblo cercano, y no pudo llegar a la cita; pero Cucumetto se encontraba allí por casualidad —decía— y entonces se había llevado consigo a la muchacha.

»Carlini suplicó a su jefe que hiciera una excepción en su favor y que respetara a Rita, diciéndole que el padre era rico y que pagaría un buen rescate.

»Cucumetto pareció rendirse ante las súplicas de su amigo, y le encargó que encontrara a un pastor que pudiera ir a la casa del padre de Rita, en Frosinone.

»Entonces Carlini se acercó todo contento a la joven, le dijo que estaba a salvo, y la invitó a escribir a su padre una carta en la que le contara lo que le había sucedido, y que él anunciaría en la misma que su rescate estaba fijado en trescientas piastras.

»Al padre se le dio como plazo doce horas, es decir, justo al día siguiente a las nueve de la mañana.

»Una vez escrita la carta, Carlini la cogió y rápidamente corrió por la llanura a buscar a un mensajero.

»Encontró a un joven pastor que guardaba su rebaño. Los mensajeros naturales de los bandidos son los pastores, que viven entre la ciudad y la montaña, entre la vida salvaje y la vida civilizada.

»El joven pastor partió de inmediato prometiendo que estaría en Frosinone antes de una hora.

»Carlini volvió todo satisfecho a reunirse con su amante y a anunciarle la buena nueva.

»Encontró a la banda en el claro, cenando alegremente las provisiones que los bandidos se llevaban de los campesinos solamente como un tributo. En medio de esos alegres comensales, Carlini buscó en vano a Cucumetto y a Rita.

»Preguntó dónde estaban; los bandidos respondieron con una enorme carcajada. Un sudor frío caía por la frente de Carlini, sintiendo una angustia que lo sobrecogió.

»Volvió a preguntar. Uno de los comensales llenó un vaso de vino de Orvieto y se lo ofreció diciendo:

»“¡A la salud del bravo Cucumetto y de la hermosa Rita!”

»En ese momento Carlini creyó oír un grito de mujer. Adivinó todo. Cogió el vaso y se lo estrelló en la cara del que se lo había ofrecido y se lanzó en dirección del grito.

»Al cabo de unos cien pasos, detrás de un arbusto, encontró a Rita desvanecida en los brazos de Cucumetto.

»Al ver a Carlini, Cucumetto se levantó sujetando una pistola en cada mano.

»Los dos bandidos se miraron un instante: uno, con la sonrisa de la lujuria en los labios; el otro, con la palidez de la muerte en la frente.

»Se creyó que entre esos dos hombres iba a pasar algo terrible, pero poco a poco los rasgos de Carlini se distendieron; la mano, que rápidamente se había llevado a una de sus pistolas que sujetaba en el cinturón, volvió a caer inerte a lo largo del cuerpo.

»Rita estaba tendida en el suelo entre los dos hombres.

»La luna iluminaba esa escena.

»“Y bien”, le dijo Cucumetto, “¿has hecho el recado que te encargué?”.

»“Sí, capitán”, respondió Carlini, “y mañana antes de las nueve, el padre de Rita estará aquí con el dinero”.

»“De maravilla. Mientras tanto vamos a pasar una feliz noche. Esta joven es encantadora, de verdad que tienes buen gusto, maese Carlini. Además, como no soy egoísta, vamos a volver con los camaradas y a echar a suertes para ver a quién le toca ahora.”

»“¿Así que está decidido a abandonarla a la ley de siempre?”, preguntó Carlini.

»“¿Y por qué íbamos a hacer una excepción en su favor?”

»“Yo había creído que ante mis súplicas...”

»“¿Y en qué eres tú más que los demás?”

»“Tiene razón.”

»“Pero, quédate tranquilo”, repuso Cucumetto riendo, “tarde o temprano te llegará tu turno”.

»Carlini apretaba los dientes hasta romperlos.

»“Vamos”, dijo Cucumetto dando un paso hacia los otros, “¿vienes?”.

»“Ahora voy...”

»Cucumetto se alejó sin perder de vista a Carlini, pues sin duda temía que le golpeará por detrás. Pero nada en el bandido denotaba una intención hostil.

»Estaba de pie, con los brazos cruzados, cerca de Rita que seguía desvanecida.

»Por un momento Cucumetto pensó que el joven la cogería en sus brazos y huiría con ella. Pero ahora poco le importaba, él ya había obtenido de Rita lo que quería; y en cuanto al dinero, trescientas piastras repartidas entre toda la banda suponían una cantidad tan pobre que no le preocupaba demasiado.

»Continuó, pues, su camino hacia el claro; pero, para su gran sorpresa, Carlini llegó casi al mismo tiempo que él.

»“¡El sorteo! ¡El sorteo!”, gritaron todos los bandidos al ver al jefe.

»Y los ojos de todos brillaban de embriaguez y de lascivia, mientras que la llama de la hoguera lanzaba sobre todos ellos un resplandor rojizo que les hacía parecerse a los demonios.

»Lo que pedían era justo; así que el jefe con un gesto anunció que aceptaba su petición. Pusieron todos los nombres en un sombrero, tanto el de Carlini como los de los demás, y el más joven de la banda sacó de la improvisada urna un papel.

»El papel llevaba el nombre de Diavolaccio.

»Era el mismo que había propuesto a Carlini brindar a la salud del jefe, y al que Carlini había respondido rompiéndole el vaso en la cara.

»La sangre le salía a borbotones por la amplia herida que iba de la sien hasta la boca.

»Diavolaccio, al verse favorecido por la suerte, rompió a reír.

»“Capitán”, dijo, “antes Carlini no quiso beber a la salud de usted, propóngale beber ahora a la mía; quizá tenga más consideración por usted que por mí”.

»Todos esperaban una explosión por parte de Carlini, pero, para asombro de todos, cogió un vaso en una mano y la frasca en la otra, y llenando el vaso:

»“¡A tu salud, Diavolaccio!”, dijo con voz perfectamente tranquila.

»Y tragó el contenido del vaso sin que le temblase la mano. Después, se sentó junto al fuego:

»“¡Mi cena!”, dijo. “La carrera que me he dado me ha abierto el apetito.”

»“¡Viva Carlini!”, exclamaron los forajidos.

»“Menos mal, a esto se le llama tomarse las cosas como buen compañero.”

»Y todos hicieron círculo en torno a la hoguera, mientras que Diavolaccio se alejaba.

»Carlini comía y bebía, como si nada hubiese pasado.

»Los bandoleros le miraban con asombro, sin comprender su impasibilidad, cuando oyeron detrás de ellos unos pasos.

»Se dieron la vuelta y vieron a Diavolaccio que traía a la joven en brazos.

»La joven tenía la cabeza hacia atrás, y sus largos cabellos le llegaban hasta el suelo.

»A medida que entraban en el círculo de la luz proyectada por el fuego, se veía la palidez de la joven y la palidez del bandido.

»Esta aparición tenía algo tan extraño y tan solemne que todos se levantaron, salvo Carlini que se quedó sentado y continuó bebiendo y comiendo como si no ocurriera nada a su alrededor.

»Diavolaccio continuaba avanzando en medio del más profundo silencio, y depositó a Rita a los pies del capitán.

»Entonces todo el mundo pudo reconocer la causa de la palidez de la joven y de la palidez del bandido: Rita tenía un cuchillo clavado hasta el mango por debajo del seno izquierdo.

»Todos los ojos se dirigieron a Carlini: la funda de su cuchillo que llevaba en la cintura estaba vacía.

»“¡Ah! ¡Ah!”, dijo el jefe. “Comprendo ahora por qué Carlini se quedó atrás.”

»Toda naturaleza salvaje es apta para apreciar una acción fuerte; aunque quizá ninguno de los bandidos hubiera hecho lo que Carlini acababa de hacer, todos comprendieron lo que había hecho.

»“Y bien”, dijo Carlini levantándose a su vez y acercándose al cadáver con la mano en la culata de una de sus pistolas, “¿hay todavía alguien que pugne conmigo por esta mujer?”

»“No”, dijo el jefe, “¡es tuya!”

»Entonces Carlini la tomó a su vez en sus brazos, y la llevó fuera del círculo de luz que proyectaban las llamas de la hoguera.

»Cucumetto dispuso centinelas como de costumbre, y los bandidos se acostaron envueltos en sus capas, alrededor del fuego.

»A medianoche, el centinela dio la alarma, y en un instante el jefe y sus compañeros estaban en pie.

»Era el padre de Rita, que venía él mismo a traer el rescate de su hija.

»“Toma”, dijo a Cucumetto mostrándole una bolsa de dinero, “aquí tienes trescientos doblones de oro, devuélveme a mi hija”.

»Pero el jefe, sin coger el dinero, le hizo una señal para que le siguiera. El anciano obedeció; ambos se alejaron bajo los árboles a través de cuyas ramas se filtraban los rayos de la luna. Finalmente Cucumetto se detuvo extendiendo la mano y mostrando al viejo la figura de dos personas juntas al pie de un árbol.

»“Mira”, le dijo, “pide tu hija a Carlini, es él quien te rendirá cuentas”.

»Y se volvió junto a sus compañeros.

»El viejo se quedó inmóvil y con los ojos fijos. Sentía que una desgracia desconocida, inmensa, inaudita, planeaba sobre su cabeza.

»Finalmente, dio unos pasos hacia la sombra informe, irreconocible para él.

»Al oír el ruido de los pasos, Carlini levantó la cabeza, y las formas de los dos personajes comenzaron a aparecer más diferenciadas ante los ojos del anciano.

»Una mujer estaba tendida en el suelo con la cabeza sobre las rodillas de un hombre sentado y cuyo rostro se inclinaba hacia ella; y fue al incorporarse cuando este hombre descubrió el rostro de la mujer que tenía apretada contra su pecho.

»El anciano reconoció a su hija, y Carlini reconoció al anciano.

»“Te estaba esperando”, dijo el bandido al padre de Rita.

»“¡Miserable!”, dijo el anciano. “¿Qué has hecho?”

»Y miraba con terror a Rita, pálida, inmóvil, ensangrentada, con un cuchillo clavado en el pecho.

»Un rayo de luna caía sobre ella y la iluminaba con su macilento resplandor.

»“Cucumetto violó a tu hija”, dijo el bandido, “y como yo la amaba, la he matado, pues, tras él, iba a servir de regalo a toda la banda”.

»El viejo no pronunció ni una sola palabra, solamente se puso pálido como un espectro.

»“Ahora”, dijo Carlini, “si he cometido un error, tómate tu venganza”.

»Y arrancó el cuchillo del seno de la joven, y puesto en pie, fue a ofrecérselo al viejo con una mano, mientras que con la otra se abría la chaqueta presentando al anciano el pecho desnudo.

»“Has hecho bien”, le dijo el anciano con voz sorda. “Abrázame, hijo mío.»

»Carlini, sollozando, se echó en brazos del padre de su amada. Eran las primeras lágrimas de este hombre recio.

»“Ahora”, dijo el anciano a Carlini, “ayúdame a enterrar a mi hija”.

»Carlini fue a buscar dos palas, y el padre y el amante se pusieron a cavar la tumba al pie de un roble, cuyas espesas ramas cobijarían la tumba de la muchacha.

»Cuando terminaron, el padre la abrazó, él primero, el amante, después; luego, uno la cogió por los pies, el otro por debajo de los hombros y la colocaron en la fosa.

»Después, se arrodillaron cada uno a un lado de la tumba, y ambos le rezaron un responso.

»Finalmente, después del rezo, echaron la tierra sobre el cadáver, hasta que cubrieron la fosa.

»Entonces, dándole la mano:

»“¡Te doy las gracias, hijo mío!”, dijo el anciano a Carlini. “Ahora, déjame solo.”

»“Pero...”, dijo este.

»“Déjame, te lo ordeno.”

»Carlini obedeció, fue a reunirse con el resto de la banda, se envolvió en su capa, y pronto pareció que dormía tan profundamente como el resto de sus compañeros.

»La víspera ya estaba decidido que cambiarían de campamento.

»Una hora antes de amanecer, Cucumetto despertó a sus hombres y les dio la orden de partir.

»Pero Carlini no quiso abandonar el bosque sin saber qué había sido del padre de Rita.

»Se dirigió hacia el lugar donde le había dejado.

»Encontró al anciano colgado de una de las ramas del roble que debía dar sombra a la tumba de su hija.

»Entonces, sobre el cadáver del padre y sobre la tumba de la hija, juró vengar a ambos.

»Pero no pudo mantener su juramento, pues dos días después, en un encuentro con los carabineros romanos, Carlini cayó muerto.

»Pero, sin embargo, los compañeros se asombraron de que, haciendo frente al enemigo, hubiera recibido una bala por la espalda, entre los hombros.

»El asombro cesó cuando uno de los bandidos hizo ver al resto de ellos que Cucumetto estaba situado a diez pasos por detrás de Carlini, cuando este cayó.

»La mañana en la que dejaron el bosque de Frosinone, Cucumetto había seguido a Carlini en la oscuridad, le había oído jurar venganza y, como hombre precavido, le había tomado la delantera.

»Se contaba aún, sobre ese terrible jefe de bandidos, otras diez historias más, no menos curiosas que esta.

»Así, de Fondi a Perugia, todo el mundo temblaba solamente con oír el nombre de Cucumetto.

»A menudo, dichas historias habían sido tema de conversación de Luigi y Teresa.

»La joven temblaba con todos esos relatos; pero Vampa la tranquilizaba con una sonrisa, señalando su viejo fusil que dirigía tan bien las balas; pero si aún no se quedaba tranquila, él le mostraba a cien pasos algún cuervo encaramado en alguna rama muerta, apuntaba, soltaba el gatillo y el animal, alcanzado, caía al pie del árbol.

»De esta manera el tiempo iba pasando; los jóvenes habían decidido que se casarían cuando Vampa tuviera veinte años y Teresa, diecinueve.

»Los dos eran huérfanos; sólo tenían que pedir permiso a sus amos; ya se lo habían pedido y lo habían obtenido.

»Un día, en el que estaban hablando de sus proyectos de futuro, oyeron dos o tres disparos; después, de repente, un hombre salió del bosque junto al que los dos jóvenes tenían la costumbre de traer a pastar a sus rebaños, y corrió hacia ellos.

»Cuando estaba al alcance de que le oyeran:

»“¡Me persiguen!”, les gritó; “¿podéis esconderme?”.

»Los jóvenes reconocieron que el fugitivo tenía que ser un bandolero, pero entre el campesino y el bandolero romano hay una simpatía innata que hace que el primero esté siempre dispuesto a ayudar al segundo.

»Vampa, sin decir nada, corrió pues hasta la piedra que ocultaba la entrada de su gruta, abrió la entrada tirando de la piedra hacia sí, hizo un gesto al fugitivo para que se refugiase en ese cobijo desconocido, volvió a colocar la piedra y se sentó en ella junto a Teresa.

»Casi enseguida, cuatro carabineros a caballo aparecieron a la salida del bosque; tres de ellos parecían ir tras el fugitivo, y un cuarto arrastraba por el cuello a un bandido capturado.

»Los tres carabineros exploraron la zona con una ojeada, vieron a los dos jóvenes, fueron hacia ellos al galope, y les interrogaron.

»Pero los jóvenes no habían visto nada.

»“Pues es lamentable”, dijo el brigadier, “porque al que buscamos es el jefe”.

»“¿Cucumetto?”, exclamaron al unísono Luigi y Teresa sin poder contenerse.

»“Sí”, respondió el brigadier, “y como su cabeza tiene un precio de mil escudos romanos, hubiera habido quinientos para vosotros si nos hubieseis ayudado a cogerle”.

»Los jóvenes se intercambiaron una mirada. El brigadier tuvo un instante de esperanza. Quinientos escudos romanos son tres mil francos, y tres mil francos es una fortuna para dos pobres huérfanos que van a casarse.

»“Sí, es lamentable”, dijo Vampa, “pero no le hemos visto”.

»Entonces los carabineros batieron la zona en diferentes direcciones, pero fue inútil.

»Después, poco a poco, desaparecieron.

»Entonces Vampa fue a apartar la piedra y Cucumetto salió.

»Había visto, a través de los claros que dejaba esa puerta de granito, que los jóvenes hablaban con los carabineros; temía por el tema de su conversación, pero vio en el rostro de Luigi y de Teresa la determinación de no entregarle y sacó de sus ropas una bolsa llena de oro y se la ofreció.

»Pero Vampa levantó la cabeza con orgullo; en cuanto a Teresa, sus ojos brillaron al pensar en todo lo que podría comprarse, entre joyas y hermosos vestidos, con esa bolsa llena de oro.

»Cucumetto era un Satán muy hábil, sólo que tenía la forma de un bandido en lugar de la de una serpiente; sorprendió esa mirada, reconoció a Teresa como una digna hija de Eva, y regresó al bosque, volviéndose varias veces con el pretexto de despedirse de sus liberadores.

»Pasaron varios días sin que se volviera a ver a Cucumetto y sin que se oyese hablar de él.

»Se acercaba el carnaval. El conde de San-Felice anunció un gran baile de máscaras al que invitó a lo más elegante de Roma.

»Teresa deseaba ardientemente ver ese baile. Luigi pidió a su protector, el intendente, permiso para ella y para él para asistir al baile mezclados con los sirvientes de la casa. Ese permiso les fue concedido.

»El conde daba ese baile de máscaras sobre todo en honor de su hija Carmela, a la que adoraba.

»Carmela tenía la misma edad y la misma talla que Teresa, y Teresa era al menos tan bella como Carmela.

»La noche del baile, Teresa se puso sus mejores galas, sus más ricos adornos para el pelo y sus abalorios más brillantes. Llevaba el traje de las mujeres de Frascati.

»Luigi llevaba ese traje tan pintoresco de campesino romano en los días de fiesta.

»Ambos se mezclaron, según el permiso que tenían, entre los sirvientes y los campesinos.

»La fiesta era magnífica. No solamente la villa estaba profusamente iluminada, sino que, además, había miles de linternas de colores colgadas de los árboles del jardín. Así que enseguida se llenó el palacio, las terrazas, y los caminos de los jardines.

»En cada encrucijada de los jardines había una orquesta, comida y refrescos; los paseantes se paraban, formaban contradanzas y bailaban por donde querían.

»Carmela iba vestida como las mujeres de Sonnino. Llevaba un gorro todo bordado de perlas, las horquillas del cabello eran de oro y diamantes, el cinturón de seda turca con grandes flores bordadas, el justillo y la falda eran de cachemira, el delantal, de muselina de la India; los botones del corsé eran de piedras preciosas.

»Una de sus acompañantes llevaba el traje de las mujeres de Neptuno; la otra, el de las de Riccia.

»Cuatro jóvenes de las más ricas y más nobles familias de Roma las acompañaban con esa libertad italiana que no tiene parangón en ningún otro país del mundo; ellos iban vestidos, por su parte, como los campesinos de Albano, de Veiletri, de Civita-Castellana y de Sora.

»Ni qué decir tiene que esos trajes de campesinos, como los de campesinas, resplandecían de oro y de piedras preciosas.

»A Carmela se le ocurrió la idea de bailar una contradanza uniforme, pero faltaba una chica.

»Carmela miraba por todo su alrededor, pero ninguna de sus invitadas llevaba un traje análogo al suyo y al de sus amigas.

»El conde de San-Felice le señaló, en medio de las campesinas, a Teresa que iba del brazo de Luigi.

»“¿Lo permite usted, padre?”, dijo Carmela.

»“Sin duda”, respondió el conde, “¿es que no estamos en carnaval?”.

»Carmela se inclinó sobre el joven que la acompañaba charlando, y le dijo unas palabras señalando con el dedo a la joven.

»El muchacho siguió con la mirada la bonita mano que le servía de conductora, hizo un gesto de asentimiento, y vino a invitar a Teresa a formar parte de la contradanza dirigida por la hija del conde.

»Teresa sintió como si una llama le cruzase por el rostro. Interrogó con la mirada a Luigi: no había modo de negarse. Luigi dejó que el brazo de Teresa, que él sujetaba bajo el suyo, se deslizase lentamente, y Teresa, alejándose conducida por su elegante caballero, vino, toda temblorosa, a ocupar su sitio en la contradanza aristocrática.

»Ciertamente, a ojos del artista, el exacto y severo traje de Teresa hubiera tenido un carácter bien distinto del de Carmela y sus amigas; pero Teresa era una joven frívola y coqueta; los bordados de muselina, los adornos del cinturón, el brillo de la cachemira la deslumbraban, el reflejo de los zafiros y diamantes la volvía loca.

»Por su parte, Luigi sentía nacer en él un sentimiento desconocido: era como un dolor sordo que le mordía el corazón, primero, y de ahí, palpitando, le corría por las venas y se amparaba de todo su cuerpo; siguió con la mirada los más leves movimientos de Teresa y de su caballero. Cuando sus manos se tocaban, Luigi sentía como destellos, sus arterias batían con violencia, y se diría que el tintineo de una campana vibraba en sus oídos. Cuando se hablaban, aunque Teresa escuchara tímidamente y con los ojos bajos las palabras del caballero, que Luigi leía en los ojos ardientes del apuesto joven y que imaginaba halagadoras, le hacían sentir que la tierra daba vueltas bajo sus pies y que todas las voces del Infierno le insuflaban ideas de crimen y de asesinato. Entonces, temiendo dejarse llevar por su locura, se aferraba con una mano a los arbustos contra los que estaba apoyado, y con la otra, en un movimiento convulsivo, apretaba el puñal de mango esculpido que llevaba a la cintura, y que, de una manera inconsciente, sacaba casi por entero de su funda.

»¡Luigi estaba celoso! Sentía que, arrastrada por esa naturaleza coqueta y orgullosa, Teresa podía escapársele.

»Mientras tanto, la joven campesina, tímida y casi asustada en principio, se había repuesto. Hemos dicho que Teresa era hermosa. No es todo, Teresa estaba llena de encanto, con ese encanto salvaje, mucho más potente que el encanto melindroso y afectado.

»Obtuvo casi todos los honores de la contradanza; y si ella no dejaba de envidiar a la hija del conde de San-Felice, no nos atreveríamos a decir que Carmela no la envidiara a ella.

»Y así, con grandes cumplidos, su apuesto caballero la volvió a conducir al sitio donde antes la había cogido, y allí la esperaba Luigi.

»Dos o tres veces, durante la contradanza, la joven le había mirado, y todas las veces le había visto pálido y desencajado. Una vez, incluso, la hoja del cuchillo, medio sacada de su funda, había deslumbrado sus ojos como un siniestro relámpago.

»Así, pues, fue casi temblando como Teresa volvió a cogerse al brazo de su amante.

»El grupo de la contradanza había tenido un gran éxito, y era evidente que era cuestión de hacer una segunda edición; sólo Carmela se oponía, pero el conde de San-Felice se lo rogó tan tiernamente a su hija que esta acabó por ceder.

»Enseguida uno de los caballeros fue a invitar a Teresa, sin la cual era imposible que la contradanza tuviera lugar; pero la joven había desaparecido.

»En efecto, Luigi no se había sentido capaz de soportar una segunda prueba; y, mitad por persuasión, mitad por la fuerza, se había llevado a Teresa hacia otro punto del jardín. Teresa había cedido muy a su pesar, pero, al ver la cara desencajada del joven, comprendió, por sus silencios entrecortados de crispación nerviosa, que algo extraño le ocurría. Ella misma no estaba exenta de cierta agitación interior y, sin haber hecho nada malo, comprendía sin embargo que Luigi tuviera derecho a hacerle reproches; ¿reproches de qué? Lo ignoraba; pero no por ello dejaba de sospechar que los reproches de Luigi serían merecidos.

»Sin embargo, para gran sorpresa de Teresa, Luigi se quedó mudo, y no salió ni una palabra de su boca en toda la velada. Pero cuando el frío de la noche fue echando a los invitados de los jardines y las puertas de la villa

se hubieron cerrado tras ellos para continuar la fiesta en el interior, Luigi acompañó a Teresa hasta su casa, y cuando iba a entrar:

»“Teresa”, dijo, “¿en qué pensabas cuando bailabas frente a la joven condesa de San-Felice?”

»“Pensaba”, respondió la joven con toda la franqueza de su alma, “que daría la mitad de mi vida por tener un traje como el suyo”.

»“¿Y qué decía tu caballero?”

»“Me decía que era cosa mía el conseguirlo, y que con una sola palabra me bastaría.”

»“Tenía razón”, respondió Luigi. “¿Lo deseas con tanto ardor como dices?”

»“Sí.”

»“Pues bien, ¡lo tendrás!”

»La joven, asombrada, levantó la cabeza para preguntar, pero el rostro de su amigo era tan sombrío y tan terrible que la pregunta se le heló en los labios.

»Además, al decir aquellas palabras, Luigi se había alejado.

»Teresa le siguió con la vista tanto como pudo verle en la oscuridad. Después, cuando desapareció del todo, ella entró en su casa suspirando.

»Aquella misma noche, tuvo lugar un gran suceso por la imprudencia sin duda de algún criado que había descuidado apagar las luces; la mansión de San-Felice ardió hasta las dependencias de la habitación de la hermosa Carmela. Se despertó en medio de la noche por el resplandor de las llamas, se tiró de la cama, se envolvió en la bata de noche e intentó salir por la puerta; pero el corredor por el que debía pasar era ya presa del incendio. Entonces volvió a su habitación, pidiendo socorro con fuertes gritos, cuando de repente, la ventana, situada a veinte pies del suelo, se abrió; un joven campesino entró en la habitación, la cogió en brazos y, con una fuerza y una destreza sobrehumanas, la llevó hasta el césped del parterre, donde la joven se desvaneció. Cuando volvió en sí, su padre estaba con ella. Todos los criados la rodeaban prestándole ayuda. Un ala entera de la villa había ardido; pero poco importaba, puesto que Carmela estaba sana y salva.

»Buscaron por todas partes a su salvador, pero su salvador no apareció; se preguntó a todo el mundo, pero nadie le había visto. En cuanto a Carmela, estaba tan confusa que no le había reconocido.

»Por lo demás, como el conde era inmensamente rico, aparte del peligro que había corrido Carmela, y que le pareció, por la manera milagrosa de cómo había escapado, que era más un nuevo favor de la Providencia que una desgracia real, la pérdida ocasionada por las llamas fue poca cosa para él.

»Al día siguiente, a la hora habitual, los dos jóvenes se encontraron a la orilla del bosque. Luigi había llegado el primero. Vino al encuentro de la joven con gran alegría; parecía que había olvidado por completo la escena de la víspera. Teresa estaba visiblemente pensativa, pero al ver a Luigi con esa disposición, afectó por su parte la alegre despreocupación que era el fondo de su carácter cuando ninguna pasión la turbaba.

»Luigi cogió del brazo a Teresa y la condujo hasta la puerta de la cueva. Allí, se detuvo. La joven, entendiendo que pasaba algo extraordinario, le miró fijamente.

»“Teresa”, dijo Luigi, “ayer noche me dijiste que darías cualquier cosa por tener un traje como el de la hija del conde”.

»“Sí”, dijo Teresa, con asombro, “pero estaba loca al albergar un deseo como ese”.

»“Y yo te contesté: está bien, ¡lo tendrás!”

»“Sí”, repuso la joven, cuyo asombro crecía a cada palabra de Luigi; “pero seguramente respondiste así para complacerme”.

»“Nunca te he prometido nada que no te haya dado, Teresa”, dijo orgullosamente Luigi; “entra en la cueva y vístete”.

»Con esas palabras, apartó la piedra y mostró a Teresa la cueva iluminada con dos velas que ardían a cada lado de un magnífico espejo; sobre la rústica mesa, hecha por Luigi, había colocado el collar de perlas y los prendedores de diamantes; al lado, sobre una silla, estaba el resto del atuendo.

»Teresa dio un grito de alegría, y sin preguntar nada, sin perder el tiempo en darle las gracias, entró en la gruta transformada en su cuarto de *toilette*.

»Tras ella, Luigi colocó de nuevo la piedra, pues acababa de ver, en la cima de una pequeña colina que impedía que desde ese lugar se pudiese ver Palestrina, a un viajero a caballo, que se detuvo un instante, dudando sobre la ruta que debía seguir, dibujándose sobre el azul del cielo con esa nitidez de contornos propia del horizonte de los países meridionales.

»Al ver a Luigi, el viajero puso su caballo al galope y vino a su encuentro.

»Luigi no se había equivocado; el viajero, que iba de Palestrina a Tívoli, no conocía bien el camino que debía seguir.

»El joven se lo indicó, pero como a un cuarto de milla de allí, el camino se dividía en tres senderos, y que llegado allí el viajero pudiera de nuevo perderse, rogó a Luigi que le sirviera de guía.

»Luigi se quitó la capa y la puso en el suelo, se echó al hombro su carabina, y aligerado así de su pesada vestimenta, caminó delante del viajero con ese paso rápido del montañero, al que apenas si el paso del caballo puede seguir.

»En diez minutos, Luigi y el viajero estaban ante esa especie de trifurcación indicada por el joven pastor.

»Una vez allí, con un gesto majestuoso como el de un emperador, extendió el brazo hacia una de las tres rutas que el viajero debía seguir:

»“Ese es su camino, Excelencia, ahora ya no puede equivocarse.”

»“Y tú, toma, aquí tienes tu recompensa”, dijo el viajero ofreciendo al joven pastor algunas monedas.

»“Gracias”, dijo Luigi retirando la mano; “yo presto un servicio, no lo vendo”.

»“Pero”, dijo el viajero que, por lo demás, parecía acostumbrado a la diferencia entre la servidumbre del hombre de ciudad y el orgullo del campesino, “si rechazas un salario, aceptas al menos un regalo”.

»“¡Ah! Sí, eso es otra cosa.”

»“Y bien”, dijo el viajero, “coge estos dos cequíes de Venecia, dáselos a tu novia para que se haga un par de pendientes”.

»“Y usted, entonces, coja este puñal”, dijo el joven pastor, “no encontrará ninguno con la empuñadura mejor esculpida desde Albano a Civita-Castellana”.

»“Acepto”, dijo el viajero; “pero entonces soy yo quien se siente deudor, pues ese puñal vale más de dos cequíes”.

»“Para un comerciante, quizá, pero para mí, que lo he hecho yo mismo, apenas vale una piastra.”

»“¿Cómo te llamas?”, preguntó el viajero.

»“Luigi Vampa”, respondió el pastor, en el mismo tono que si hubiera respondido: Alejandro, rey de Macedonia. “¿Y usted?”

»“Yo”, dijo el viajero, “yo me llamo Simbad el marino”.

Franz d'Épinay dio un grito de sorpresa.

—¡Simbad el marino! —dijo.

—Sí —repuso el narrador, es el nombre que el viajero dio a Vampa.

—Y bien, ¿pero qué tiene usted contra ese nombre? —interrumpió Albert—, es un nombre muy bonito, y las aventuras del patrono de ese señor me han divertido mucho en mi juventud, lo confieso.

Franz no insistió. Ese nombre de Simbad el marino, como se comprende bien, había despertado en él todo un mundo de recuerdos, como la víspera se lo había despertado el nombre del conde de Montecristo.

—Continúe —dijo al hotelero.

—Vampa metió desdeñosamente los dos cequíes en su bolso, y retomó lentamente el camino de vuelta —continuó el posadero.

»Al encontrarse a doscientos o trescientos pasos de la cueva, creyó oír un grito.

»Se detuvo, escuchando de qué lado podía venir ese grito.

»Al cabo de un segundo, oyó que le llamaban por su nombre.

»La llamada venía de la dirección de la cueva.

»Saltó como un gamo, armando el fusil sin dejar de correr, y llegó en menos de un minuto a lo alto de la colina, opuesta a la colina en la que vio al viajero.

»Allí, los gritos de “¡socorro!” llegaron con toda nitidez. Echó una mirada por todo alrededor: un hombre se llevaba a Teresa, como el centauro Neso raptaba a Deyanira.

»Ese hombre, que se dirigía hacia el bosque, estaba ya a tres cuartas partes del camino que va de la gruta al bosque.

»Vampa midió el intervalo; el hombre le llevaba al menos, doscientos pasos de adelanto y no había modo de alcanzarle antes de adentrarse en el bosque.

»El joven pastor se detuvo como si le hubiesen crecido raíces en los pies. Apoyó la culata del fusil sobre el hombro, levantó el cañon en dirección al raptor, le siguió un segundo en su carrera, y disparó.

»El raptor se paró en seco; las rodillas se le plegaron y cayó arrastrando a Teresa en la caída.

»Pero Teresa se levantó enseguida; en cuanto al fugitivo, se quedó tumbado, debatiéndose en convulsiones de agonía.

»Vampa corrió hacia Teresa, pues a diez pasos del moribundo también le fallaban las piernas y había caído de rodillas; el joven temía terriblemente que la bala que acababa de abatir a su enemigo hubiera al mismo tiempo herido a su prometida.

»Felizmente, no fue nada, sino el terror lo que había paralizado las fuerzas de Teresa. Cuando Luigi se hubo asegurado de que estaba sana y salva, se volvió hacia el herido.

»Acababa de expirar con los puños cerrados, la boca contraída por el dolor, el cabello erizado bajo el sudor de la agonía.

»Sus ojos se quedaron abiertos y amenazantes.

»Vampa se acercó al cadáver y reconoció a Cucumetto.

»Desde el día en el que los dos jóvenes salvaron al bandido, este se había enamorado de Teresa y se había jurado que la muchacha sería suya. Desde ese día la había espiado, y aprovechando el momento en el que su amado la había dejado sola para indicar el camino al viajero, la había raptado y ya la creía suya cuando la bala de Vampa, guiada por el ojo infalible del joven pastor, le había atravesado el corazón.

»Vampa le miró un instante sin que la menor emoción se mostrara en su rostro, mientras que por el contrario, Teresa, toda temblorosa aún, no se atrevía a acercarse al bandido muerto sino muy lentamente y, dudando, echaba un vistazo al cadáver por encima del hombro de su prometido.

»Al cabo de un instante, Vampa se volvió hacia su novia:

»«¡Vaya! ¡Vaya! Está bien, te has vestido; ahora me toca a mí arreglarme.»

»En efecto, Teresa se había vestido de la cabeza a los pies con el atuendo de la hija del conde de San-Felice.

»Vampa cogió el cuerpo de Cucumetto y lo llevó en brazos a la cueva, mientras que Teresa, ahora, se quedaba fuera.

»Si un segundo viajero hubiera entonces pasado por allí, hubiera visto algo extraordinario: una pastora guardando sus ovejas con un vestido de cachemira, pendientes y collar de perlas, prendedores de diamantes y botones de zafiros, esmeraldas y rubíes.

»Sin duda se hubiera creído en tiempos de Florian^[5], y hubiera afirmado, a su regreso a París, que se había encontrado con una pastora de los Alpes al pie de los montes Sabinos.

»Al cabo de un cuarto de hora, Vampa salió a su vez de la cueva. Su vestimenta no era menos elegante, en su género, que la de Teresa.

»Llevaba una chaqueta de terciopelo granate con botones de oro cincelado, un chaleco de seda todo recubierto de bordados, un echarpe romano anudado alrededor del cuello, una cartuchera con puntos de oro y de seda roja y verde; pantalones de terciopelo azul cielo sujetos por debajo de las rodillas con hebillas de diamantes, polainas de piel de gamo repujadas de mil arabescos y un sombrero en el que flotaban cintas de todos los colores; dos relojes colgaban de su cinturón, y un magnífico puñal, de la cartuchera.

»Teresa dio un grito de admiración, Vampa, con toda esa vestimenta, se parecía a una pintura de Léopold Robert o de Schnetz^[6].

»Se había puesto el atuendo completo de Cucumetto.

»El joven se dio cuenta del efecto que causaba en su prometida, y una sonrisa de orgullo le pasó por la boca.

»“Ahora”, dijo a Teresa, “¿estás dispuesta a compartir mi suerte cualquiera que sea?”.

»“¡Oh, sí!”, exclamó la joven con entusiasmo.

»“¿A seguirme adondequiera que yo vaya?”

»“Al fin del mundo.”

»“Entonces, cógete a mi brazo y partamos, pues no tenemos tiempo que perder.”

»La joven pasó su brazo por debajo del de su amante, sin preguntar siquiera adónde la llevaba, pues, en ese momento, Luigi le parecía apuesto, orgulloso y poderoso como un dios. Y ambos avanzaron hacia el bosque y en pocos minutos se adentraron en él.

»Ni qué decir tiene que Vampa conocía todos los senderos de la montaña; se adentró, pues, en el bosque sin dudar un solo instante, aunque no hubiera ningún camino hecho, sino solamente reconociendo la ruta que debía seguir con la sola inspección de árboles y arbustos; caminaron así una hora y media.

»Al cabo de ese tiempo, habían llegado al lugar más cerrado del bosque. Un torrente, cuyo lecho estaba seco, discurría a través de una garganta profunda. Vampa cogió ese extraño camino que, encajonado entre dos orillas, y oscurecido por la espesa sombra de los pinos, parecía, excepto por su fácil bajada, ese sendero al Averno del que habla Virgilio.

»Teresa se hizo temerosa al ver el aspecto de ese lugar salvaje y desierto, se apretaba a su guía sin decir una palabra, pero como le veía caminar siempre con un paso firme, como iluminaba su rostro una calma profunda, mantuvo la fuerza de ánimo de disimular su temor.

»De repente, a diez pasos de ellos, un hombre pareció desprenderse de un árbol, tras el que estaba escondido, y apuntó a Vampa:

»“¡Ni un paso más”, gritó, “o eres hombre muerto!”.

»“Vamos, vamos”, dijo Vampa levantando una mano con un gesto de desprecio, mientras que Teresa, sin disimular ya su terror, se pegaba a él, “¿es que los lobos se destrozan entre sí?”.

»“¿Quién eres?”, preguntó el centinela.

»“Soy Luigi Vampa, el pastor de la granja de San-Felice.”

»“¿Qué quieres?”

»“Quiero hablar a tus camaradas que están en el claro de Rocca Bianca.”

»“Entonces, sígueme”, dijo el centinela, “o mejor, puesto que sabes dónde es, ve delante”.

»Vampa sonrió despreciando la precaución del bandido, pasó delante con Teresa y continuó su camino con el mismo paso firme y tranquilo que había llevado hasta allí.

»Al cabo de cinco minutos, el bandido les indicó que se detuvieran.

»Los jóvenes obedecieron.

»El bandido imitó por tres veces el graznido del cuervo.

»Un graznido respondió a los tres anteriores.

»“Está bien”, dijo el bandido. “Ahora puedes continuar.”

»Luigi y Teresa se pusieron de nuevo en marcha.

»Pero a medida que avanzaban, Teresa, temblorosa, se apretaba contra su amante; en efecto, a través de los árboles se veían aparecer armas y brillar cañones de fusil.

»El claro de Rocca Bianca está en la cumbre de una pequeña montaña que antaño fue, sin duda, un volcán, volcán extinto antes de que Rómulo y Remo hubiesen desertado de Alba para venir a fundar Roma.

»Teresa y Luigi alcanzaron la cumbre y se encontraron en el instante mismo ante una veintena de bandoleros.

»“Aquí hay un joven que os busca y que desea hablar con vosotros”, dijo el centinela.

»“¿Y qué quiere decirnos?”, preguntó quien, en ausencia del jefe, hacía de sustituto del capitán.

»“Quiero decir que me aburro del oficio de pastor”, dijo Vampa.

»“¡Ah! Comprendo”, dijo el lugarteniente, “¿y vienes a pedir que te admitamos en nuestras filas?”.

»“¡Que sea bienvenido!”, gritaron varios bandidos de Ferrusino, de Pampinara y de Anagni que reconocieron a Luigi Vampa.

»“Sí, sólo que vengo a pedir os otra cosa que la de ser vuestro camarada.”

»“¿Y qué nos pides?”, dijeron los bandidos asombrados.

»“Vengo a pedir os ser vuestro capitán”, dijo el joven.

»Los bandidos se echaron a reír.

»“¿Y qué has hecho para aspirar a ese honor?”, preguntó el lugarteniente.

»“He matado a vuestro jefe Cucumetto, del que traigo sus despojos”, dijo Luigi, “y prendí fuego a la villa de San-Felice para ofrecer un vestido de novia a mi prometida”.

»Una hora después, Luigi Vampa era elegido capitán para reemplazar a Cucumetto.

—Y bien, mi querido Albert —dijo Franz volviéndose hacia su amigo—, ¿qué piensa usted ahora del ciudadano Luigi Vampa?

—Digo que es un mito —respondió Albert—, y que nunca ha existido.

—¿Qué es un mito? —preguntó Pastrini.

—Sería demasiado largo de explicar, mi querido anfitrión —respondió Franz—. ¿Y dice usted que maese Vampa ejerce en este momento su profesión por los alrededores de Roma?

—Y con un atrevimiento del que jamás bandido alguno haya dado ejemplo.

—¿Entonces la policía ha intentado en vano apresarle?

—¡Qué quiere usted! Vampa está a la vez en connivencia con los pastores de la llanura, con los pescadores del Tíber y con los contrabandistas de la costa. Se le busca en la montaña, y está en el río; se le persigue por el río, y alcanza alta mar; después, de repente, cuando se cree que está refugiado en la isla del Giglio, del Giannutri o de Montecristo, se le ve aparecer en Albano, en Tívoli o en la Riccia.

—¿Y cuál es su manera de proceder con los viajeros?

—¡Ah! ¡Dios mío! Es muy sencillo. Según a la distancia que se esté de la ciudad, les da ocho horas, doce horas o un día para pagar su rescate; después, transcurrido ese tiempo, les concede una hora de gracia. Cumplidos los sesenta minutos de esa hora, si no tiene el dinero, les salta la tapa de los sesos de un disparo, o les planta su puñal en el corazón; eso es todo.

—Y bien, Albert —preguntó Franz a su compañero—, ¿sigue usted dispuesto a ir al Coliseo por los bulevares exteriores?

—Perfectamente —dijo Albert—, si la ruta es más pintoresca.

En ese momento sonaron las nueve, la puerta se abrió y apareció nuestro cochero.

—Excelencias —dijo—, el coche les espera.

—Y bien —dijo Franz—, en ese caso, ¡al Coliseo!

—¿Por la puerta del Popolo, Excelencias, o por las calles?

—¡Por las calles, pardiez! ¡Por las calles! —exclamó Franz.

—¡Ah! ¡Querido amigo! —dijo Albert, levantándose a su vez y encendiendo su tercer cigarro—. De verdad que le creía a usted más valiente que todo eso.

Y dicho esto, ambos jóvenes bajaron la escalera y subieron al coche.

Capítulo XXXIV

Aparición

Franz había encontrado un término medio para que Albert llegase al Coliseo sin pasar por delante de ninguna ruina antigua, y en consecuencia, sin que las preparaciones graduales quitasen al coloso ni un solo codo de sus gigantescas proporciones. Se trataba de seguir la Via Sistina, cortar en ángulo recto delante de Santa Maria Maggiore, y llegar por la Via Urbana y San Pietro in Vincoli, hasta la Via del Colosseo.

Este itinerario ofrecía además otra ventaja: era la de no distraer con nada a Franz de la impresión que le había producido la historia que había contado maese Pastrini, y en la que se encontraba mezclado su misterioso anfitrión de Montecristo. Así que se recostó en un rincón y recayó en esos miles de interrogantes sin fin que se había hecho a sí mismo, sin que hubiera sacado de ninguno de ellos la más mínima respuesta satisfactoria.

Una cosa, además, le había recordado a su amigo Simbad el marino: eran esas misteriosas relaciones entre los forajidos y los marineros. Lo que había dicho maese Pastrini del refugio que encontraba Vampa en las barcas de pescadores y de contrabandistas, recordaba a Franz a esos dos bandidos corsos que había visto cenando con la tripulación del pequeño yate, que se apartó de su derrota y abordó en Porto-Vecchio con el único fin de

llevarles a tierra. El nombre que se daba su anfitrión de Montecristo, pronunciado por su anfitrión del hotel de la Piazza di Spagna, le probaba que seguía desempeñando el mismo papel filantrópico en las costas de Piombino, de Civita-Vecchia, de Ostia y de Gaeta, que en las de Córcega, de Toscana y de España; y como el mismo Simbad, tanto como podía recordar Franz, había hablado de Túnez y de Palermo, eso probaba que abarcaba un círculo bastante extenso.

Pero por muy poderosas que fueran en el espíritu del joven todas estas reflexiones, se desvanecieron al instante al ver elevarse, delante de él, el espectro sombrío y gigantesco del Coliseo, a través de cuyas aberturas la luna proyectaba sus largos y pálidos rayos que caen de los ojos de los fantasmas. El coche se detuvo unos pasos antes de la fontana Meta Sudans. El cochero vino a abrir la portezuela; los dos jóvenes se apearon del coche y se encontraron frente a un cicerone que parecía haber salido de debajo de la tierra.

Como el del hotel les había seguido, con este ya tenían dos.

Imposible, por lo demás, evitar en Roma ese lujo de guías; además del cicerone general que se ampara de nosotros en el momento en el que ponemos los pies en el umbral de la puerta de un hotel, y que ya no nos abandona hasta el día en el que ponemos los pies fuera de la ciudad, hay aún un cicerone especial adscrito a cada monumento, y yo diría que casi a cada fracción de monumento. Juzguemos, pues, sí deben faltar *ciceroni* en *il Colosseo*, es decir, en el monumento por excelencia que hacía decir a Marco Valerio Marcial: «Que Menfis deje de alabar los bárbaros milagros de sus pirámides, que no se canten más las maravillas de Babilonia: todo debe claudicar ante el inmenso trabajo del anfiteatro de los Cesares, y todas las voces de la fama deben unirse para aclamar este monumento».

Franz y Albert no intentaron sustraerse a la tiranía ciceroniana. Por lo demás, eso sería tanto más difícil cuanto que sólo los guías tienen permiso para recorrer el monumento con antorchas. Así que no opusieron ninguna resistencia, y se entregaron atados de pies y manos a sus conductores.

Franz conocía este paseo por haberlo hecho ya unas diez veces. Pero como su compañero, más novicio, ponía por primera vez los pies en el monumento de Tito Flavio Vespasiano, debo confesarlo en su loor, a pesar

del parloteo ignorante de los guías, estaba muy impresionado. Y es que, en efecto, cuando no se ha visto, no se tiene idea de la majestuosidad de una ruina así, en la que todas sus proporciones se ven aumentadas aún por la misteriosa claridad de esa luna meridional, cuyos rayos parecen un crepúsculo de occidente.

Así, apenas Franz, el pensador, hubo dado cien pasos bajo los pórticos interiores, abandonando a Albert y a sus guías, que no querían renunciar al derecho imprescriptible de mostrarle en todos sus detalles la Fosa de los leones, las mazmorras de los gladiadores y el pódium de los Cesares, se quedó en una gradería casi en ruinas y, dejándoles seguir con su ruta simétrica, fue sencillamente a sentarse a la sombra de una columna, frente a una abertura que le permitía abrazar al gigante de granito en toda su majestuosa extensión.

Franz llevaba allí casi un cuarto de hora, perdido, como hemos dicho, en la sombra de una columna, siguiendo con la mirada a Albert que, acompañado por sus dos portadores de antorchas, acababa de salir de un *vomitorium*, al otro extremo del Coliseo, y que, cual sombras que siguen al fuego fatuo, descendían grada a grada hacia las plazas reservadas a las vestales, cuando le pareció oír rodar en las profundidades del monumento una piedra desprendida de la gradería situada en frente de la que él acababa de seguir para llegar al lugar donde ahora estaba sentado. Sin duda no es nada raro que una piedra se desprenda bajo el pie de los tiempos y vaya rodando al abismo; pero, esta vez, le parecía que era bajo el pie de un hombre por lo que la piedra había cedido, y que un ruido de pasos llegaba hasta él, aunque quien lo ocasionaba hiciera todo lo posible por amortiguarlo.

En efecto, al cabo de un instante, apareció un hombre, saliendo gradualmente de la sombra a medida que subía la gradería, cuyo orificio, situado en frente de Franz, estaba iluminado por la luna, pero cuyos escalones, a medida que los bajaba, se hundían en la oscuridad.

Podía ser un viajero como él, que prefería la meditación solitaria al parloteo insignificante de los guías, y en consecuencia, su aparición no tenía nada que pudiera sorprenderle; pero por la vacilación con la que subía los últimos peldaños, por la manera de detenerse a escuchar una vez

en la plataforma, era evidente que había llegado hasta allí con un fin particular y que esperaba a alguien.

Instintivamente Franz se ocultó lo más que pudo tras la columna.

A diez pasos del suelo en el que se encontraban ambos, la bóveda estaba hundida y una abertura circular, igual a la boca de un pozo, permitía ver el cielo todo constelado de estrellas.

Alrededor de esa abertura, que habría dado paso a los rayos de luna desde hacía cientos de años, crecían hierbas cuyos verdes y frágiles contornos se destacaban con fuerza sobre el azul mate del firmamento, mientras que grandes lianas y sólidos haces de hiedra colgaban de esa terraza superior y se balanceaban bajo la bóveda, como cuerdas flotantes.

El personaje, cuya llegada misteriosa había llamado la atención de Franz, estaba situado en una semipenumbra, lo que a Franz no le permitía distinguir sus rasgos, pero, sin embargo, no estaba lo suficientemente oscuro como para impedirle detallar su vestimenta. Iba envuelto en una gran capa oscura, con uno de sus extremos echado sobre el hombro izquierdo, cubriéndole la parte inferior del rostro, mientras que un sombrero de ala ancha le cubría la parte superior. Solamente una parte de su atuendo se encontraba iluminado por la luz oblicua que pasaba por la abertura, y que permitía distinguir un pantalón negro encajado coquetamente en una bota acharolada.

Ese hombre pertenecía evidentemente, si no a la aristocracia, sí al menos a la alta sociedad.

Estaba allí desde hacía algunos minutos y comenzaba a dar signos visibles de impaciencia, cuando un ligero ruido se dejó oír en la terraza superior.

En el mismo instante, una sombra interceptó la claridad, un hombre apareció en el orificio de la abertura, se inclinó para mirar hacia abajo, y vio al hombre de la capa; enseguida se agarró a un puñado de esas lianas y de esas hiedras colgantes, se deslizó por ellas y, una vez a unos tres o cuatro pies del suelo, saltó con ligereza a tierra. Este iba vestido como los hombres del Trastevere.

—Excúseme, Excelencia —dijo en dialecto romano—, le he hecho esperar. Sin embargo, sólo me he retrasado algunos minutos. Acaban de

sonar las diez en San Giovanni in Laterano.

—No es que usted se haya atrasado, soy yo quien se ha adelantado —respondió el desconocido en el más puro toscano—; así que nada de formalidades; además, aunque usted me hubiera hecho esperar, yo hubiera sospechado que era por algún motivo ajeno a su voluntad.

—Y hubiera tenido razón, Excelencia—; vengo del castillo de Sant' Angelo, y me ha costado mucho hablar con Beppo.

—¿Quién es Beppo?

—Beppo es un empleado de la prisión a quien le doy una pequeña renta para saber lo que ocurre en el interior del castillo de Su Santidad.

—¡Ah!, ¡ah! Veo que es usted precavido, amigo.

—¿Qué quiere usted, Excelencia! Nadie sabe lo que puede suceder; quizá yo también un día caiga en la red, como ese pobre Peppino, y necesitaré una rata para que me vaya royendo algunas mallas de mi prisión.

—Resumiendo, ¿qué sabe?

—Que habrá dos ejecuciones el martes a las dos, como es costumbre en Roma, al inicio de las grandes fiestas. Un condenado será *mazzolato*, es un miserable que ha matado a un sacerdote que le había criado, y que no merece ningún interés. El otro será *decopitato*, y ese es el pobre Peppino.

—¿Qué quiere usted, querido amigo, inspira usted un terror tan grande, no sólo al gobierno pontificio, sino a los reinos vecinos, que quieren dar un verdadero escarmiento.

—Pero Peppino ni siquiera es de mi banda; es un pobre pastor que no ha cometido otro crimen que el de surtirnos de víveres.

—Lo que le hace perfectamente su cómplice. Por lo demás ya ve que tienen algunos miramientos con él: en lugar de molerlo a palos como harán con usted si alguna vez le ponen la mano encima, se van a contentar con guillotinarlo. Por lo demás, eso hará las delicias del pueblo, y habrá espectáculo para todos los gustos.

—Sin contar con el que les voy a dar yo, y que no se lo esperan —repuso el de Trastevere.

—Mi querido amigo, permítame que le diga —repuso el hombre de la capa— que me parece usted dispuesto a hacer alguna tontería.

—Estoy dispuesto a todo con tal de impedir la ejecución del pobre diablo que está en ese apuro por haberme ayudado, ¡por la *Madonna*! Me sentiría como un cobarde si no hiciera algo por ese buen muchacho.

—¿Y que hará?

—Colocaré una veintena de hombres alrededor del cadalso, y en el momento en el que lo traigan, tras la señal que daré, nos lanzaremos sobre la escolta, puñal en alto, y nos lo llevaremos.

—Eso me parece muy arriesgado, y creo decididamente que mi proyecto es mejor que el suyo.

—¿Y cuál es su proyecto, Excelencia?

—Daré diez mil piastras a alguien que yo sé, y que conseguirá que la ejecución de Peppino sea pospuesta para el año próximo; después, a lo largo del año, daré otras mil piastras a otro que también me sé, y conseguirá que Peppino se evada de la prisión.

—¿Y está usted seguro de conseguir todo eso?

—¡Pardiez! —dijo en francés el hombre de la capa.

—¿Cómo? —preguntó el de Trastevere.

—Digo, querido amigo, que haré mucho más yo solo con el oro, que todos ustedes y toda su gente con sus puñales, sus pistolas, sus carabinas y sus trabucos naranjeros. Así que déjenme obrar a mí.

—De maravilla; pero si usted fracasa, seguiremos estando preparados.

—Sigán preparados, si eso les place, pero estén seguros de que yo conseguiré su gracia.

—Es pasado mañana martes, tenga cuidado. No le queda más que mañana.

—Bien, pero el día se compone de veinticuatro horas, cada hora de sesenta minutos y cada minuto de sesenta segundos; en ochenta y seis mil cuatrocientos segundos se hacen muchas cosas.

—Si lo consigue, Excelencia, ¿cómo lo sabremos?

—Es muy sencillo. He alquilado las tres últimas ventanas del café Ruspoli; si obtengo el aplazamiento, las dos ventanas de las esquinas llevarán colgaduras de damasco amarillo, pero la del centro será de damasco blanco con una cruz roja.

—De maravilla, ¿y quién llevará la gracia?

—Envíenme a uno de sus hombres vestido de penitente y yo se la daré. Gracias a su condición de penitente podrá llegar al pie del cadalso y entregará la bula al jefe de la cofradía, quien la remitirá al verdugo. Mientras tanto, que Peppino conozca todo esto, no se nos vaya a morir de miedo o se nos vuelva loco, lo que sería causa de que hubiéramos hecho por él un gasto inútil.

—Escuche, Excelencia —dijo el campesino—, soy su más fiel devoto, y usted lo sabe, ¿no?

—Eso espero, al menos.

—Y bien, si usted salva a Peppino, en el futuro será más que devoción, será obediencia.

—¡Cuidado con lo que dices, amigo mío! Quizá te lo recuerde un día, pues quizá un día también yo te necesite...

—Y bien, entonces, Excelencia, me encontrará en el momento que me necesite, como yo le he encontrado ahora; y entonces, aunque estuviera usted al otro extremo del mundo, no tendrá más que escribirme: «haz esto», y lo haré, palabra de...

—¡Chsss! —dijo el desconocido—. Oigo ruido.

—Son unos viajeros que visitan el Coliseo a la luz de las antorchas.

—No es bueno que nos encuentren juntos. Esos soplones de guías podrían reconocerle; y por muy honorable que sea su amistad, mi querido amigo, si supieran que estamos relacionados como estamos, mucho me temo que esa relación me haría perder un poco de mi fiabilidad.

—¿Así que si obtiene el aplazamiento...?

—La ventana del centro llevará una colgadura de damasco blanco con una cruz roja.

—¿Y si no lo obtiene...?

—Las tres en amarillo.

—¿Y entonces...?

—Entonces, mi querido amigo, maneje el puñal a su gusto, se lo permito, y allí estaré para verle.

—Adiós, Excelencia, cuento con usted, y cuente conmigo.

Con esas palabras el *Trastevere* desapareció por la gradería, mientras que el desconocido, cubriéndose más que nunca el rostro con la capa, pasó

a dos pasos de Franz y bajó a la arena por los escalones interiores.

Un segundo después, Franz oyó su nombre haciendo eco bajo todas las bóvedas: era Albert que le llamaba.

No respondió hasta que los dos hombres se hubiesen alejado, para que no sospechasen de que habían tenido un testigo, y que, aunque no hubiera visto sus rostros, no se había perdido ni una palabra de su conversación.

Diez minutos después, Franz se dirigía en el coche hacia el hotel de la Piazza di Spagna, escuchando con una distracción muy impertinente la sabia disertación que hacía Albert, según Plinio y Calpurnio, sobre las redes provistas de puntas de hierro que impedían a los animales feroces lanzarse sobre los espectadores.

Le dejaba hablar sin contradecirle: tenía prisa por encontrarse a solas para pensar sin distracciones lo que acababa de ocurrir delante de él.

De los dos hombres, uno era para él ciertamente desconocido, y era la primera vez que le veía y le oía, pero no así el otro, y aunque Franz no hubiera podido distinguir su rostro, siempre oculto en la sombra y envuelto por la capa, el acento de esa voz le había llamado demasiado la atención la primera vez que lo oyó como para que volviese a sonar ante él una vez más sin reconocerlo.

Había, sobre todo en las entonaciones irónicas, algo de estridente y metálico que le había sobresaltado tanto en las ruinas del Coliseo como en la gruta de Montecristo.

Así que estaba convencido de que ese hombre no era otro que Simbad el marino.

En cualquier otra circunstancia la curiosidad que le había inspirado ese hombre hubiera sido tan grande que se habría hecho reconocer por él; pero, en esta ocasión, la conversación que acababa de oír era demasiado íntima como para que no le retuviera el temor, muy justificado, de que su aparición no sería nada agradable para el desconocido. Así que había dejado que se alejara, como hemos visto, pero prometiéndose que, si se lo encontraba otra vez, no le dejaría escapar como ahora.

Franz estaba demasiado preocupado como para dormir bien. Así que se pasó la noche pasando y repasando en su mente todas las circunstancias que relacionaban al hombre de la gruta con el desconocido del Coliseo,

circunstancias que tendían a hacer de estos dos personajes un mismo individuo; y cuanto más pensaba en ello, más se ratificaba en esa opinión.

Se durmió al alba, lo que hizo que no se despertara sino muy tarde. Albert, como verdadero parisino, había tomado ya sus precauciones para la velada. Había ordenado que le reservaran un palco en el teatro Argentina.

Franz tenía que escribir varias cartas para enviar a Francia, así que dejó durante todo el día el coche a Albert.

A las cinco, Albert volvió al hotel; había llevado sus cartas de recomendación, tenía invitaciones para todas las *soirées* y había visto Roma.

Una jornada había bastado a Albert para hacer todo eso.

Y aún había tenido tiempo de informarse sobre la obra que se representaba y sobre los actores que la interpretaban.

La obra tenía por título *Parisina*; los actores se llamaban: Coselli, Moriani y la Spech.

Como vemos, nuestros dos jóvenes no eran tan desgraciados: iban a asistir a la representación de una de las mejores óperas del autor de *Lucia di Lammermoor*, representada por tres de los artistas más famosos de Italia.

Albert nunca había podido habituarse a los teatros de más allá de los Alpes, donde no se frecuenta el patio de butacas, y que no tienen ni balconada ni palcos descubiertos; era duro para un hombre que tenía su butaca en el teatro Bouffes-du-Nord y su parte de palco de platea en el teatro de L'Opéra.

Lo que no impedía a Albert vestirse con sus galas más resplandecientes cada vez que iba a la ópera con Franz; galas en vano; pues, hay que confesar, para vergüenza de uno de los representantes más dignos de nuestra *fashion*, que, a pesar de que hacía ya cuatro meses que surcaba Italia en todos los sentidos, Albert no había tenido ni una sola aventura.

Albert intentaba a veces bromear por este asunto; pero en el fondo se sentía singularmente mortificado, él, Albert de Morcerf, uno de los jóvenes más relacionados, por haber perdido así el tiempo. La cosa era tanto más penosa cuanto que, según la modesta costumbre de nuestros

queridos compatriotas los franceses, Albert había salido de París con la convicción de que iba a tener en Italia los mayores éxitos, y que volvería para hacer las delicias del bulevar de Gand con el relato de sus conquistas amorosas.

Pero, ¡ay!, no había nada de eso, las encantadoras condesas genovesas, florentinas o napolitanas, se habían mantenido fieles, no a sus maridos, sino a sus amantes, y Albert había adquirido la cruel convicción de que las italianas tienen al menos sobre las francesas la ventaja de ser fieles a su infidelidad.

No quiero decir que en Italia, como en todas partes, no haya excepciones.

Y a pesar de todo, Albert era no solamente un caballero perfectamente elegante, sino además un hombre con mucho ingenio; y por añadidura era vizconde: de nueva nobleza, es cierto; pero hoy en día, que no hay que demostrar nada, ¡qué importa que un título date de 1399 o de 1815! Además de todo eso, disponía de cincuenta mil libras de renta. Era más de lo que se necesita, como se ve, para estar a la moda en París. Era, pues, algo humillante no haber sido aún seriamente tenido en cuenta por nadie en ninguna de las ciudades por las que había pasado.

Así que contaba resarcirse en Roma, pues el carnaval, en todos los países de la tierra en los que se celebra esta estimable institución, es una época de libertad en la que hasta las más severas se dejan arrastrar por algún acto de locura. Ahora bien, como el carnaval se iniciaba al día siguiente, era muy importante que Albert lanzase todo su programa antes de la apertura.

Con esa intención, pues, Albert había alquilado uno de los palcos más aparentes del teatro, y se había encargado, para asistir a las funciones, un vestuario impecable. Era la primera fila de lo que nosotros llamamos anfiteatro. Por lo demás, los tres primeros pisos son tan aristocráticos los unos como los otros, y por esa razón se las llama las filas nobles.

Además, ese palco, en el que cabían doce personas sin estar apretadas, había costado a los dos amigos un poco menos caro que un palco de cuatro personas en el Ambigu-Comique de París.

Albert albergaba aún otra esperanza, y es que si llegaba a ocupar un sitio en el corazón de una bella romana, eso le llevaría naturalmente a conquistar un *posto* en el coche, y en consecuencia a ver el carnaval desde lo alto de un vehículo aristocrático o de un balcón principesco.

Todas estas consideraciones le hacían a Albert estar más vivaracho de lo que nunca había estado. Se volvía dando la espalda a los actores, se asomaba con la mitad del cuerpo fuera del palco y codiciaba a todas las mujeres guapas con un antejo de seis pulgadas de largo.

Pero todo esto no llevaba a ninguna hermosa dama a recompensar, ni con una sola mirada, aunque fuese de curiosidad, todo el jaleo que se traía Albert.

En efecto, cada uno hablaba de sus asuntos, de sus amoríos, de sus placeres, del carnaval que se abriría al día siguiente, de la próxima Semana Santa, sin prestar atención ni un solo instante ni a los actores, ni a la obra, a excepción de momentos indicados en los que la gente entonces se volvía hacia ellos, ya para oír un trozo del recitativo de Coselli, ya para aplaudir algún rasgo brillante de Moriani, ya para gritar bravo a la Spech; después, las conversaciones particulares reanudaban su marcha habitual.

Hacia el final del primer acto, la puerta de un palco que estaba vacío hasta entonces se abrió, y Franz vio entrar a una persona a la que tuvo el honor de ser presentado en París, y a la que creía aún en Francia. Albert vio el movimiento de su amigo ante esa aparición, y volviéndose hacia él:

—¿Es que conoce a esa mujer? —dijo.

—Sí; ¿y qué le parece?

—Encantadora, querido, y rubia. ¡Oh! ¡Qué adorables cabellos! ¿Es francesa?

—Es veneciana.

—¿Y se llama?...

—Condesa G...

—¡Oh! La conozco de nombre —exclamó Albert—, se dice que tiene tanto ingenio como belleza. ¡Pardiez! Cuando pienso que pude ser presentado en el último baile de la señora de Villefort, donde estaba ella, y yo no hice caso; ¡soy un gran imbécil!

—¿Quiere usted que yo repare eso? —preguntó Franz.

—¡Cómo! ¿Usted la conoce tan íntimamente como para presentármela en su palco?

—Tuve el honor de hablar con ella tres o cuatro veces en mi vida, pero, ya sabe, eso es estrictamente suficiente como para que no sea una inconveniencia ir a visitarla.

En ese momento, la condesa vio a Franz y le hizo un gentil gesto con la mano al que Franz respondió con una respetuosa inclinación de cabeza.

—¡Ah, vaya! Pues me parece que están ustedes en los mejores términos —dijo Albert.

—Pues bien, ahí es donde usted se equivoca, y es lo que nos hace cometer mil tonterías en el extranjero a nosotros, los franceses; y es que todo lo vemos bajo nuestro propio punto de vista parisino; en España, y sobre todo en Italia, no juzgue nunca la intimidad de la gente por su libertad de trato. Nosotros estamos en simpatía con la condesa, eso es todo.

—¿En simpatía de corazón? —preguntó Albert riendo.

—No, de espíritu, eso es todo —respondió seriamente Franz.

—¿Y en qué ocasión se vieron?

—Con ocasión de un paseo por el Coliseo, como el que hicimos nosotros.

—¿A la luz de la luna?

—Sí.

—¿Solos?

—¡Poco más o menos!

—¿Y hablaron ustedes de...?

—De los muertos.

—¡Ah! —exclamó Albert—. Pues en verdad que era muy recreativo. Pues bien, yo, yo le prometo que si tengo el honor de ser el caballero de la bella condesa en un paseo así, no le hablaré más que de los vivos.

—Y quizá se equivoque.

—Mientras tanto, ¿va a presentármela como me ha prometido?

—En cuanto se baje el telón.

—¡Pues sí que es largo este maldito primer acto!

—Escuche el final, es muy hermoso y Coselli lo canta admirablemente.

—Sí, ¡qué matices!

—La Spech está dramática a más no poder.

—Comprenda que cuando se ha oído a la Sontag o a la Malibrán...

—¿No le parece a usted el método de Moriani excelente?

—No me gustan los morenos que cantan rubio.

—¡Ah! Querido amigo —dijo Franz dándose la vuelta, mientras que Albert continuaba con su catalejo—, de verdad que es usted muy difícil.

Finalmente el telón cayó, para satisfacción del vizconde de Morcerf, que cogió su sombrero, con un breve toque a su pelo, a su corbata y a sus puños, e hizo ver a Franz que ya estaba listo.

Como por su parte la condesa, a la que Franz interrogaba con la mirada, le hiciese comprender con un gesto que sería bienvenido, Franz no se demoró ni un instante en satisfacer la prisa de Albert, y dando una vuelta al hemiciclo, seguido por su amigo que aprovechaba el camino para rectificar las arrugas que sus movimientos habían impreso en el cuello de la camisa y en los faldones del chaqué, vino a llamar al palco n.º 4, que era el ocupado por la condesa.

Enseguida, el joven que estaba sentado al lado de la condesa se levantó, cediendo el sitio, según la costumbre italiana, al recién llegado, quien debe cederlo a su vez cuando llega una nueva visita.

Franz presentó a Albert a la condesa como uno de los jóvenes más distinguidos por su posición social y por su ingenio; lo que era, por lo demás, cierto; pues en París, y en los medios en los que se desenvolvía Albert, era un caballero irreprochable. Franz añadió que, desesperado por no haber sabido aprovechar la estancia de la condesa en París para ser presentado ante ella, él se había encargado de reparar ese error, misión que cumplía rogando a la condesa, ante la cual él mismo hubiera necesitado un introductor, que disculpase su indiscreción.

La condesa respondió con un gentil saludo a Albert y tendiendo la mano a Franz.

Albert, invitado por la condesa, ocupó el sitio vacío junto a ella, y Franz se sentó en la segunda fila, detrás de ellos.

Albert había encontrado un excelente tema de conversación: París; hablaba a la condesa de sus amistades comunes. Franz comprendió que estaba en su terreno. Le dejó hacer y, pidiéndole su gigantesco catalejo, se puso a su vez a explorar la sala.

Sola en la delantera de un palco situado en el tercer piso del anfiteatro, en frente de ellos, había una mujer admirablemente hermosa, vestida con un traje griego que llevaba con tanta facilidad que era evidente que era su atuendo natural.

Detrás de ella, en la sombra, se perfilaba la forma de un hombre, de quien era imposible distinguir el rostro.

Franz interrumpió la conversación de Albert y de la condesa para preguntarle a ella si conocía a esa hermosa albanesa que era tan digna, no solamente de atraer la atención de los hombres, sino también de las mujeres.

—No —dijo—; todo lo que sé es que está en Roma desde el comienzo de la temporada, pues en la apertura de la temporada del teatro la he visto donde ahora está; y desde hace un mes no ha faltado a ni una sola representación, a veces acompañada por el hombre que está con ella en este momento, o bien seguida simplemente de un criado negro.

—¿Y qué le parece, condesa?

—Extremadamente bella. Medora^[1] debía parecerse a esa mujer.

Franz y la condesa intercambiaron una sonrisa. Ella se puso de nuevo a charlar con Albert, y Franz a observar con el catalejo a su albanesa.

El telón se levantó para el ballet. Era uno de esos buenos ballets italianos puestos en escena por el famoso Henri, que se había hecho, como coreógrafo, con una reputación colosal en Italia, que el desgraciado vino a perder en el teatro náutico; uno de esos ballets en los que todo el mundo, desde el primer personaje hasta el último comparsa, toma una parte tan activa en la acción que ciento cincuenta personas hacen a la vez el mismo gesto y levantan juntos o el mismo brazo o la misma pierna.

Ese ballet se llamaba *Poliska*.

Franz estaba demasiado preocupado por su bella griega como para ocuparse del ballet, por muy interesante que fuera. En cuanto a ella, ella sentía un placer visible en ese espectáculo, placer que hacía una oposición

suprema a la profunda indiferencia del hombre que la acompañaba y que, en tanto que duró la obra maestra coreográfica, no hizo ni un solo movimiento, pareciendo gustar de las celestiales dulzuras de un sueño apacible y radiante, a pesar del ruido infernal que ocasionaban las trompetas, los címbales y los chinoscos.

Finalmente el ballet terminó, y el telón cayó en medio de los frenéticos aplausos de un patio de butacas embriagado.

Gracias a esa costumbre de cortar la ópera con un ballet, los entreactos son muy cortos en Italia, ya que los cantantes tienen tiempo para descansar y cambiarse de traje mientras que los bailarines ejecutan sus piruetas y elaboran sus trenzados.

La obertura del segundo acto comenzó; a los primeros golpes de batuta, Franz vio al durmiente incorporarse lentamente y acercarse a la griega, que se volvió hacia él para dirigirle algunas palabras, y se acodó de nuevo en la delantera del palco.

El rostro de su interlocutor seguía estando en la sombra, y Franz no podía distinguir ninguno de sus rasgos.

El telón se levantó, la atención de Franz se vio necesariamente dirigida hacia los actores, y sus ojos descuidaron un instante el palco de la bella griega para mirar al escenario.

Se abrió el acto, como se sabe, con el dúo del sueño: Parisina, acostada, deja escapar ante Azzo el secreto de su amor por Ugo; el esposo traicionado pasa por todo el furor de los celos, hasta que, convencido de que su mujer le es infiel, la despierta para anunciarle su próxima venganza.

Este dúo es uno de los más hermosos, de los más expresivos y de los más terribles que hayan salido de la fecunda pluma de Donizetti. Franz lo oía por tercera vez, y aunque no pasase por ser un melómano redomado, produjo en él un profundo efecto. En consecuencia, iba a sumar sus aplausos a los de la sala, cuando sus manos, prestas a juntarse, se quedaron separadas, y el bravo que se escapaba de su boca expiró en sus labios.

El hombre del palco se había puesto en pie y su cabeza estaba ahora en la zona de luz: Franz acababa de encontrar de nuevo al misterioso

habitante de Montecristo, el mismo que en la víspera le había parecido reconocer, por su figura y por su voz, en las ruinas del Coliseo.

No había ninguna duda: el extraño viajero vivía en Roma.

Sin duda la expresión en la cara de Franz estaba en armonía con la turbación que inundaba su espíritu ante esa aparición, pues la condesa le miró, se echó a reír y le preguntó qué le pasaba.

—Señora condesa —respondió Franz—, le pregunté hace un momento si conocía a esa mujer albanesa; ahora le pregunto si conoce usted a su marido.

—No más que a ella —respondió la condesa.

—¿Nunca le ha visto?

—¡Esa sí que es una pregunta a la francesa! ¡Usted sabe bien que para nosotras, las italianas, no hay otro hombre que aquel que amamos!

—Es justo —respondió Franz.

—En todo caso —dijo, acercando a sus ojos el anteojito de Albert y dirigiéndolo hacia el palco—, debe ser algún desenterrado recientemente, algún muerto salido de su tumba con el permiso del sepulturero, pues me parece espantosamente pálido.

—Siempre está así —respondió Franz.

—¿Entonces usted le conoce? —preguntó la condesa—. Entonces soy yo quien le pregunto quién es.

—Creo haberlo visto, y me parece reconocerlo.

—En efecto —dijo la condesa, haciendo un movimiento con sus hermosos hombros como si le pasase un escalofrío por las venas—, comprendo que cuando se ha visto una vez a un hombre así, no se le pueda olvidar.

El efecto que Franz había sentido no era, pues, una impresión particular, puesto que otra persona lo sentía como él.

—Y bien —preguntó Franz a la condesa, después de que esta lo volviese a examinar con el catalejo—, ¿qué piensa de ese hombre?

—Que me parece que es lord Ruthwen^[2] en carne y hueso.

En efecto, ese nuevo recuerdo de Byron sorprendió a Franz: si un hombre podía hacer creer en la existencia de los vampiros, era ese hombre.

—Tengo que enterarme de quién es —dijo Franz levantándose.

—¡Oh! No —exclamó la condesa—; no, no me deje, cuento con usted para que me acompañe a casa, quédese conmigo.

—¡Cómo! Realmente —le dijo Franz inclinándose a su oído—, ¿realmente tiene usted miedo?

—Escuche —le dijo ella—, Byron me juró que él creía en los vampiros, me dijo que él mismo los había visto, me describió sus rostros; pues bien, es absolutamente eso: esos cabellos negros, esos grandes ojos brillando con un ardor extraño, esa palidez mortal; además, observe que no está con una mujer como las demás, está con una extranjera..., una griega, una cismática..., sin duda alguna maga como él. Se lo ruego, no vaya. Mañana póngase en su búsqueda, si le parece, pero hoy le ruego que se quede conmigo.

Franz insistió.

—Escuche —dijo la condesa levantándose—, me voy, no puedo quedarme hasta el final del espectáculo, tengo gente en casa; ¿será usted tan poco galante como para negarme su compañía?

No había otra respuesta que dar, sino coger el sombrero, abrir la puerta y ofrecer el brazo a la condesa.

Y es lo que hizo.

La condesa estaba realmente muy afectada, y el mismo Franz no podía escapar a un cierto terror supersticioso, tanto más natural que el de la condesa, en cuanto que el suyo era el resultado de un recuerdo.

Sintió que la condesa temblaba al subir al coche.

La acompañó justo hasta su casa: no había nadie y nadie la esperaba en absoluto; él se lo reprochó.

—De verdad —dijo ella— que no me siento nada bien, y necesito estar sola; ver a ese hombre me ha confundido.

Franz intentó reír.

—No se ría —le dijo—; además, tampoco usted tiene ganas de reír. Mejor, prométame una cosa.

—¿Qué cosa?

—Prométamelo.

—Todo lo que usted quiera, excepto renunciar a descubrir quién es ese hombre. Tengo motivos, que no puedo decirle, para ansiar saber quién es,

de dónde viene y adónde va.

—De dónde viene, lo ignoro; pero adónde va, yo puedo decírselo: va al Infierno, seguramente.

—Volvamos a la promesa que usted quiere exigirme, condesa —dijo Franz.

—¡Ah! Es que vuelva usted directamente al hotel y no pretenda esta noche ver a ese hombre. Hay ciertas afinidades entre las personas a las que se deja y las personas con las que se encuentra uno más tarde. No sirva de conductor entre ese hombre y yo misma. Mañana, corra tras él si le parece bien, pero no me lo presente nunca, si no quiere que me muera de miedo. Así que, buenas noches; trate de dormir; yo, yo sé bien quién no dormirá.

Y tras esas palabras, la condesa se despidió de Franz, dejándole con la duda de si ella se había divertido a sus expensas, o si realmente sentía ese temor que expresaba.

Al volver al hotel, Franz encontró a Albert en bata y pantalón largo, voluptuosamente tendido en un sillón fumándose un cigarro.

—¡Ah! Es usted —le dijo—; palabra que no le esperaba hasta mañana.

—Mi querido Albert —respondió Franz—, estoy encantado de encontrar la ocasión de decirle de una vez por todas que tiene una falsa idea sobre las mujeres italianas; me parece, sin embargo, que los errores amorosos de usted son los que, en esta ocasión, le han hecho perder esa falsa idea.

—¡Qué quiere usted! Esas diablas de mujeres, ¡uno no entiende nada! Le dan a uno la mano, se la aprietan, le hablan a uno en voz baja, hacen que se las acompañe a casa: con la cuarta parte de todas esas maneras, una parisina perdería su reputación.

—¡Ah! Justamente, es porque no tienen nada que ocultar, porque viven al sol y al aire libre, es por lo que las mujeres en este hermoso país donde resuena el sí, como dice Dante, tienen tan pocos melindres en el trato. Además, ya vio usted bien que la condesa sentía realmente miedo.

—¿Miedo de qué? ¿De ese honrado señor que estaba en frente de nosotros con su guapa griega? Pues yo quise saber a qué atenerme cuando salimos, y me crucé con ellos en el corredor. ¡Yo no sé de dónde diablos ha sacado usted todas esas ideas del otro mundo! Es un hombre apuesto, que

está muy bien, y que tiene todo el aire de vestirse en Francia, en Blin o en Humann; un poco pálido, es cierto, pero ya sabe que la palidez es señal de distinción.

Franz sonrió, Albert tenía grandes pretensiones de ostentar esa palidez.

—Además —le dijo Franz—, estoy convencido de que las ideas de la condesa sobre ese hombre carecen de sentido común. ¿Habló cerca de usted? ¿Entendió alguna palabra?

—Habló en romaico. Reconocí el idioma por algunas palabras griegas, desfiguradas, pues debo decir, querido amigo, que en el colegio yo era muy bueno en griego.

—¿Así que hablaba el romaico?

—Es probable.

—No hay duda —murmuró Franz—, es él.

—¿Cómo dice?...

—Nada. ¿Qué estaba haciendo usted ahora?

—Le preparaba una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—¿Sabe que es imposible conseguir una calesa?

—¡Pardiez! ¡Puesto que ya hemos hecho en vano todo lo que era humanamente posible hacer!

—Pues bien, he tenido una idea maravillosa.

Franz miró a Albert como alguien que no tiene gran confianza en su imaginación.

—Querido —dijo Albert—, me honra usted con una mirada que bien merecería que le pidiese un desagravio.

—Estoy dispuesto a desagraviarle, querido amigo, si la idea es tan ingeniosa como usted dice.

—Escuche.

—Escucho.

—No hay manera de conseguir un coche, ¿no?

—No.

—¿Ni caballos?

—Tampoco.

—¿Pero, podemos procurarnos una carreta?

—Quizá.

—¿Y un par de bueyes?

—Es probable.

—¿Y bien, querido! Ahí estamos. Voy a decorar la carreta, nos vestimos de segadores napolitanos, representando al natural el magnífico cuadro de Léopold Robert. Si, para mayor verosimilitud, la condesa quiere lucir el traje de mujer de Pozzuoli o de Sorrento, eso completará la mascarada, dado que la condesa es además lo suficientemente bella como para que se la tome por el original de *La Femme et l'enfant*.

—¡Pardiez! —exclamó Franz—. Por esta vez tiene razón, señor Albert, esa sí que es, realmente, una feliz idea.

—Y muy nacional, renovación de los reyes holgazanes, querido, ¡nada más que eso! ¡Ah! Señores romanos, creíais que íbamos a correr a pie por vuestras calles como auténticos *lazzaroni*, y todo porque carecéis de calesas y de caballos; ¡pues bien! Nos los inventaremos.

—¿Y ya ha hecho usted partícipe a alguien de esa triunfante imaginación?

—A nuestro anfitrión. Al volver al hotel, le he llamado y le he expuesto mis deseos. Me aseguró que no había nada más fácil; yo quería además que pintasen de oro los cuernos de los bueyes, pero dice que eso nos llevaría tres días, así que habrá que pasar de ese lujo.

—¿Y dónde está?

—¿Quién?

—Nuestro anfitrión.

—Haciéndose cargo de todo el asunto. Mañana quizá ya sea un poco tarde.

—¿De manera que nos responderá esta misma noche?

—Eso espero.

En ese momento se abrió la puerta, y maese Pastrini asomó la cabeza.

—¿*Permesso*? —dijo.

—¡Claro que está *permitido*! —exclamó Franz.

—Y bien —dijo Albert—, ¿nos ha encontrado el carro y los bueyes?

—He encontrado algo mejor que eso —respondió con un aire perfectamente satisfecho de sí mismo.

—¡Ah! Mi querido anfitrión, tenga cuidado —dijo Albert—, lo mejor es enemigo de lo bueno.

—¡Que Sus Excelencias se fíen de mí! —dijo maese Pastrini en un tono de convicción.

—Pero bueno, ¿de qué se trata? —preguntó Franz a su vez.

—¿Saben ustedes que el conde de Montecristo se aloja en el mismo piso que ustedes?

—Ya lo creo que sí —dijo Albert—, puesto que por su culpa nos vemos alojados como dos estudiantes de la calle Saint-Nicolas-du-Chardonnet.

—Y bien, él sabe el problema que tienen ustedes y les ofrece dos plazas en su coche y dos plazas en sus ventanas del palacio Ruspoli.

Albert y Franz se miraron.

—Pero —preguntó Albert—, ¿debemos aceptar el ofrecimiento de ese extranjero, de un hombre al que no conocemos?

—¿Quién es ese conde de Montecristo? —preguntó Franz al hotelero.

—Un muy gran señor siciliano o maltés, no lo sé exactamente, pero noble como un Borghese y rico como una mina de oro.

—Me parece —dijo Franz a Albert— que si ese hombre tuviera las buenas maneras que le atribuye nuestro patrón, tendría que habernos hecho llegar la invitación de otra forma, ya fuera por escrito, o...

En ese momento llamaron a la puerta.

—Pase —dijo Franz.

Un criado, vestido con una librea perfectamente elegante, apareció en el umbral de la puerta.

—De parte del conde de Montecristo, para los señores Franz d'Épinay y el vizconde Albert de Morcerf —dijo.

Y presentó al hotelero dos tarjetas, que este remitió a los jóvenes.

—El señor conde de Montecristo —continuó el criado— pide a dichos señores permiso para presentarse como vecino mañana por la mañana en sus habitaciones; tendrá el honor de que le informen la hora en la que podrán recibirle.

—A fe mía —dijo Albert a Franz—, no hay nada que reprocharle, es todo perfecto.

—Diga al conde —respondió Franz—, que seremos nosotros quienes tendremos el honor de visitarle.

El criado se retiró.

—Esto es lo que se llama un asalto de elegancia —dijo Albert—; vamos, decididamente usted tenía razón, maese Pastrini, es un hombre absolutamente *comme il faut*, vuestro conde de Montecristo.

—¿Entonces aceptan su ofrecimiento? —dijo el hotelero.

—A fe mía, sí —respondió Albert—. Sin embargo, lo confieso, añoro nuestro carro y nuestros segadores; y si no fuera por la ventana del palacio Ruspoli para compensar lo que nos perdemos, creo que volvería a mi primera idea: ¿qué dice usted, Franz?

—Digo que son las ventanas del palacio Ruspoli las que determinan mi decisión —respondió Franz a Albert.

En efecto, esa oferta de dos sitios a la ventana del palacio Ruspoli, le recordó a Franz la conversación que había oído en las ruinas del Coliseo entre el desconocido y el de Trastevere, conversación en la que el hombre de la capa se comprometió a obtener la gracia del condenado. Ahora bien, si el hombre de la capa era, como todo llevaba a creer a Franz, el mismo que le había inquietado en la aparición en la sala Argentina, le reconocería sin ninguna duda, y entonces nada impediría satisfacer su curiosidad respecto a él.

Franz pasó una parte de la noche soñando con esas dos apariciones, y ansiando que llegara el día siguiente. En efecto, al día siguiente todo debía estar claro; y esta vez, a no ser que su anfitrión de la isla de Montecristo poseyera el anillo de Giges, y gracias al anillo la facultad de hacerse invisible, era evidente que esta vez no se le escaparía. Así que se despertó antes de las ocho.

En cuanto a Albert, como no tenía los mismos motivos que Franz para madrugar, dormía aún a pierna suelta.

Franz llamó al patrón, que se presentó con su obsequiosidad ordinaria.

—Maese Pastrini —le dijo—, ¿no debe haber hoy una ejecución?

—Sí, Excelencia—; pero si me lo pregunta para conseguir una ventana, es demasiado tarde.

—No —repuso Franz—; además, si tuviera mucho interés en ver ese espectáculo, conseguiría un sitio, pienso, en el monte Pincio.

—¡Oh! Yo pensaba que Vuestra Excelencia no querría comprometerse con toda la canalla de ese, en cierta manera, anfiteatro natural.

—Es probable que no vaya —dijo Franz—; pero deseaba conocer algunos detalles.

—¿Qué detalles?

—Quisiera saber el número de los condenados, sus nombres y la clase de suplicio que van a sufrir.

—¡Eso me cae de maravilla, Excelencia! Justamente acaban de traerme las *tavolette*.

—¿Qué es eso de las *tavolette*?

—Las *tavolette* son una especie de tablillas de madera que se cuelgan en todas las esquinas de las calles la víspera de las ejecuciones, y en las que se pegan los nombres de los ajusticiados, la causa de su condena y el suplicio que van a padecer. Ese aviso tiene como fin invitar a los fieles a rogar a Dios para que conceda a los culpables un arrepentimiento sincero.

—¿Y le traen a usted esas *tavolette* para que una sus plegarias a las de los fieles? —preguntó Franz con aire dudoso.

—No, Excelencia; yo me las he arreglado con el que las pega y me las trae, lo mismo que me trae los carteles de los espectáculos, a fin de que si alguno de mis viajeros desea asistir a la ejecución tenga la información adecuada.

—¡Ah! Pues es una atención llena de delicadeza —exclamó Franz.

—¡Oh! —dijo maese Pastrini sonriendo—. Puedo vanagloriarme de hacer todo lo que está en mi mano para satisfacer a los nobles extranjeros que me honran con su confianza.

—Eso es lo que me parece, querido anfitrión, y es lo que repetiré a quien quiera oírme, esté usted seguro. Mientras tanto, me gustaría leer una de esas *tavolette*.

—Es bien fácil —dijo el hostelero abriendo la puerta—, he puesto una en el descansillo.

Salió, descolgó la *tavolette* y se la dio a Franz.

Esta es la traducción literal del cartel patibulario:

Se hace saber a todo el mundo que el martes 22 de febrero, primer día de carnaval, serán ejecutados, por orden del tribunal de Rota, en la plaza del Popolo, el llamado Andrea Rondolo, culpable de asesinato en la persona del muy respetable y venerado don Cesar Terlini, canónigo de la iglesia de San-Giovanni-in-Laterano, y el llamado Peppino, de nombre Rocca Priori, convicto de complicidad con el detestable bandido Luigi Vampa y los hombres de su banda.

El primero será mazzolato.

El segundo, decapitado.

Se ruega a las almas caritativas que rueguen a Dios por el arrepentimiento sincero de los dos desgraciados condenados.

Era exactamente lo que Franz había oído la antevíspera en las ruinas del Coliseo, y nada había cambiado en el programa: los nombres de los condenados, la causa del suplicio y el género del mismo para su ejecución, eran exactamente los mismos.

Así, según todas las probabilidades, el de Trastevere no era otro sino el bandido Luigi Vampa, y el hombre de la capa, Simbad el marino, que, en Roma como en Porto-Vecchio y en Túnez, seguía el curso de sus filantrópicas expediciones.

Mientras tanto, pasaba el tiempo, eran las nueve, y Franz iba a despertar a Albert, cuando, para su gran asombro, le vio salir ya vestido de su habitación. El carnaval le rondaba por la cabeza, y le había despertado más temprano de lo que su amigo esperaba.

—Y bien —dijo Franz a su anfitrión—, ahora que estamos los dos preparados, ¿cree usted, mi querido señor Pastrini, que podemos presentarnos ante el conde de Montecristo?

—¡Oh! ¡Ciertamente que sí! —respondió—. El conde de Montecristo tiene la costumbre de ser muy madrugador, y estoy seguro de que hace ya al menos dos horas que está levantado.

—¿Y cree usted que no es indiscreción presentarse ahora?

—Ninguna indiscreción.

—En ese caso, Albert, si está usted listo...

—Totalmente —dijo Albert.

—Vamos a dar las gracias a nuestro vecino por su cortesía.

—¡Vamos!

Franz y Albert sólo tenían que cruzar el pasillo, el hotelero fue delante y llamó; un criado vino a abrir.

—*I Signori Francesi* —dijo el hostelero.

El criado se inclinó y les indicó que entraran.

Pasaron por dos estancias amuebladas con un lujo que no se esperaban encontrar en el hotel de maese Pastrini, y llegaron al fin a un salón de una elegancia perfecta. Una alfombra de Turquía cubría el parquet, y los muebles más confortables lucían sus cojines redondeados y sus respaldos acolchados. Magníficos cuadros de maestros del arte, mezclados con trofeos de armas espléndidos, estaban colgados de las paredes, y grandes tapices flotaban delante de las puertas.

—Si Sus Excelencias quieren sentarse —dijo el criado—, voy a avisar al señor conde.

Y desapareció por una de las puertas.

En el momento en el que dicha puerta se abrió, el sonido de una guzla llegó hasta los dos amigos, pero se apagó enseguida: la puerta, que se había cerrado casi inmediatamente, no había dejado penetrar en el salón, por así decirlo, más que una bocanada de armonía.

Franz y Albert intercambiaron una mirada y la extendieron sobre los muebles, los cuadros y las armas. Todo eso, al observarlo por segunda vez, les pareció aún más magnífico que la primera.

—Y bien —preguntó Franz a su amigo—, ¿qué dice de todo esto?

—A fe mía, querido, digo que nuestro vecino será algún agente de cambio que ha jugado a la baja sobre los fondos españoles, o algún príncipe que viaja de incógnito.

—¡Chsss! —le dijo Franz—. Eso es lo que vamos saber, pues ahí está.

En efecto, el ruido de una puerta crujiendo en sus goznes acababa de llegar hasta los visitantes; y casi enseguida, la tapicería, al levantarse, dio paso al propietario de todas esas riquezas.

Albert fue a su encuentro, pero Franz se quedó clavado en su sitio. El que acababa de entrar no era otro que el hombre de la capa del Coliseo, el

desconocido del palco, el misterioso anfitrión de la isla de Montecristo.

Capítulo XXXV

La mazzolata

—Señores —dijo entrando el conde de Montecristo—, reciban todas mis excusas por haber esperado su visita, pero si me hubiera presentado más temprano en sus habitaciones, temería haber sido indiscreto. Por lo demás, ustedes avisaron que vendrían, y me he atendido a su disposición.

—Nosotros, Franz y yo, le estamos muy agradecidos, señor conde —dijo Albert—; nos saca usted realmente de un gran apuro, estábamos intentando inventar el vehículo más fantasioso que haya existido, en el momento en el que su gentil invitación nos llegó.

—¡Eh! ¡Dios mío! Señores —repuso el conde indicando a los jóvenes que se sentaran en un diván—, si les dejé durante tanto tiempo angustiados, la culpa es de ese imbécil de Pastrini. No me había dicho ni una palabra, a mí, solo y aislado como estoy aquí, que no esperaba más que una ocasión para conocer a mis vecinos. En el momento en el que supe que podía servirles en algo, ya han visto que me he apresurado a presentarles mis respetos.

Los dos jóvenes hicieron una leve inclinación. Franz no había encontrado aún una palabra que decir; aún no había tomado ninguna resolución, y como nada indicaba en el conde la voluntad de reconocerle, o

el deseo de ser reconocido, Franz no sabía si debía hacer alusión al pasado, con algún comentario cualquiera, o dejar al albur del futuro la aportación de nuevas pruebas. Además, estando seguro de que era él quien estaba la víspera en el palco, no podía responder más que afirmativamente de que era también él quien la antevíspera estaba en el Coliseo; resolvió, pues, dejar pasar las cosas sin hacer al conde ninguna indicación directa. Además, Franz gozaba de una superioridad frente al conde: él era poseedor de su secreto, mientras que, por el contrario, el conde no tenía nada en contra de Franz, porque este no tenía nada que ocultar.

Sin embargo, resolvió dejar caer la conversación sobre un punto que podía, mientras tanto, llevarle al esclarecimiento de ciertas dudas.

—Señor conde —le dijo—, usted nos ha ofrecido dos plazas en su coche y plazas también en sus ventanas del palacio Ruspoli; ahora, ¿podría usted decirnos cómo podríamos conseguir cualquier puesto, como se dice en Italia, en la plaza del Popolo?

—¡Ah! Es cierto —dijo el conde con aire distraído y mirando a Morcerf con una sostenida atención—; ¿no hay en la plaza del Popolo algo así como una ejecución?

—Sí —respondió Franz, viendo que venía por sí mismo hacia donde él quería llevarlo.

—Espere, espere, creo que dije ayer a mi intendente que se ocupara de eso; quizá pueda también hacerles ese pequeño favor.

Y alargó la mano hacia el cordón de la campana, del que tiró tres veces.

—¿Se ha preocupado alguna vez —dijo a Franz—, del horario de los criados y de simplificar sus idas y venidas? Yo lo tengo estudiado: cuando llamo una vez, es para mi ayuda de cámara; dos veces, para mi mayordomo; tres veces, para mi intendente. De esta manera no pierdo ni un minuto, ni una palabra. Mire, aquí está nuestro hombre.

Entró entonces un individuo de cuarenta y cinco a cincuenta años, que Franz juzgó que se parecía como dos gotas de agua al contrabandista que le condujo hasta la gruta, pero que en absoluto hizo ademán de reconocerle. Vio que era, sin duda, la orden dada.

—Señor Bertuccio —dijo el conde—, ¿se ha ocupado usted, como le ordené ayer, de procurarme una ventana en la plaza del Popolo?

—Sí, Excelencia —respondió el intendente—, pero ya era demasiado tarde.

—¡Cómo! —dijo el conde frunciendo el ceño—. ¿No le dije que yo quería una ventana?

—Y Vuestra Excelencia tiene una, la que estaba alquilada al príncipe Lobanieff; pero me vi obligado a pagarla a cien...

—Está bien, está bien, señor Bertuccio, dispense a estos señores de los pequeños detalles domésticos; usted tiene la ventana: eso basta; puede irse.

El intendente saludó y dio un paso para retirarse.

—¡Ah! —repuso el conde—. Hágame el favor de preguntar a Pastrini si ha recibido la *tavoletta*, y si puede enviarme el programa de la ejecución.

—No es necesario —repuso Franz, sacando su bloc de notas del bolsillo—; he tenido delante de mis ojos esas tablillas, las he copiado, aquí están.

—Está bien; entonces, señor Bertuccio, puede usted retirarse, ya no le necesito. Sólo que nos avisen cuando esté el almuerzo servido. ¿Los señores —continuó dirigiéndose a los dos amigos— me hacen el honor de almorzar conmigo?

—Pero, señor conde —dijo Albert—, eso sería abusar.

—No, no, al contrario; me hacen ustedes un gran favor que ya me devolverán un día en París, uno u otro, o tal vez ambos. Señor Bertuccio, que pongan tres cubiertos.

Y cogió el bloc de notas de las manos de Franz.

—Decíamos, pues —continuó en el mismo tono con el que hubiera leído los cartelillos—, que «serán ejecutados, hoy 22 de febrero el llamado Andrea Rondolo, culpable de asesinato en la persona del muy respetable y venerado don Cesar Terlini, canónigo de la iglesia de San-Giovanni-in-Laterano, y el llamado Peppino, de nombre Rocca Priori, convicto de complicidad con el detestable bandido Luigi Vampa y los hombres de su banda...». ¡Mmm! «El primero sera *mazzolato*. El segundo, *decapitato*».

Sí, en efecto —repuso el conde—, así era en principio como debían ir las cosas, pero creo que desde ayer ha ocurrido algún cambio en el orden y la marcha de la ceremonia.

—¡Bah! —dijo Franz.

—Sí, ayer en casa del cardenal Rospigliosi, donde pasé la velada, se trataba de algo así como de un aplazamiento acordado a uno de los dos condenados.

—¿A Andrea Rondolo? —preguntó Franz.

—No... —repuso negligentemente el conde—; al otro... —y echó una mirada al bloc como para recordar el nombre—, a Peppino, llamado Rocca Priori. Eso les priva a ustedes de una guillotina, pero les queda la *mazzolata*, que es un suplicio muy curioso cuando se ve la primera vez, e incluso la segunda, mientras que la guillotina, que por otra parte ustedes conocen bien, es demasiado simple, demasiado compacto: no deja nada a lo inesperado. La *mandaia* no se equivoca, no tiembla, no golpea en falso, no vuelve a lo mismo treinta veces como el soldado que cortaba la cabeza al conde de Chalais^[1], y al que, por lo demás, quizá Richelieu había recomendado al condenado. ¡Ah! Miren ustedes —añadió el conde en un tono de desprecio—, no me hablen de los europeos por sus suplicios, no tienen ni idea, y realmente están en la infancia o más bien en la vejez de la crueldad.

—De verdad, señor conde —respondió Franz—, uno creería que usted ha hecho un estudio comparado de los suplicios en los diferentes pueblos del mundo.

—Al menos hay pocos que yo no haya visto —repuso fríamente el conde.

—¿Y ha encontrado placer asistiendo a esos horribles espectáculos?

—Mi primer sentimiento ha sido la repulsión, el segundo la indiferencia, y el tercero la curiosidad.

—¡La curiosidad! La palabra es terrible, ¿sabe?

—¿Por qué? En la vida, apenas si hay una preocupación grave, y esta es la muerte; ¡pues bien! ¿No es curioso estudiar de qué formas diferentes el alma puede salir del cuerpo, y cómo, según los caracteres, los temperamentos e incluso las costumbres del país, los individuos soportan

ese paso supremo del ser a la nada? En cuanto a mí, le respondo de una cosa: cuanto más vemos morir, más fácil se nos hace morir; así, según mi opinión, la muerte es quizá un suplicio, pero no es una expiación.

—No le comprendo bien —dijo Franz—; explíquese, pues no puedo decirle hasta qué punto lo que dice pica mi curiosidad.

—Escuche —dijo el conde, y su rostro se infiltró de hiel, como el rostro de cualquier otro se tiñe de sangre—. Si un hombre hubiese causado la muerte con torturas inauditas, en medio de tormentos sin fin, a nuestro padre, a nuestra madre, a nuestra amada, a uno de nuestros seres queridos, en fin, que cuando se les arranca de nuestro corazón dejan en él un vacío eterno y una herida que no deja de sangrar, ¿creería usted que es suficiente la reparación que le concede la sociedad, porque la guillotina pase entre la base occipital y los músculos trapecios del asesino, y porque el causante de nuestro padecimiento de años de sufrimientos morales sienta durante algunos segundos un dolor físico?

—Sí, ya sé —repuso Franz—, la justicia humana es insuficiente como consuelo: sólo puede verter sangre a cambio de sangre, eso es todo; a la justicia hay que pedirle lo que puede hacer, y no otra cosa.

—Y además le planteo un caso material —repuso el conde—, aquel en el que la sociedad, atacada por la muerte de un individuo que pertenece a la base sobre la que reposa la sociedad, venga la muerte con la muerte; ¿pero no hay millones de dolores con los que se desgarran las entrañas de un hombre, sin que la sociedad se ocupe de ello en absoluto, sin que ofrezca a este hombre ni siquiera ese modo insuficiente de venganza de la que estábamos hablando? ¿No hay crímenes para los que el empalamiento de los turcos, los pilones de agua de los persas, los nervios apisonados de los iraquíes serían suplicios demasiado suaves y que sin embargo la indiferente sociedad deja sin castigo?... Responda, ¿no hay crímenes así?

—Sí —repuso Franz—, y es para castigar esos crímenes por lo que se tolera el duelo.

—¡Ah! El duelo —exclamó el conde—, graciosa manera, ¡por mi alma! ¡Bonita manera de conseguir la meta, cuando la meta es la venganza! Un hombre le arrebató a su amante, un hombre seduce a su mujer, un hombre deshonoró a su hija; de una vida entera, de la que tenía

derecho a esperar de Dios la parte de felicidad que ha prometido a todo ser humano al crearle, de una vida entera, ese hombre ha hecho una existencia de dolor, de miseria o de infamia, ¿y usted se cree vengado porque a ese hombre, que le ha traído el delirio a su mente y la desesperación a su corazón, a ese hombre, usted le clava su espada en el pecho o le mete una bala en la cabeza? ¡Vamos, vamos! Sin contar que a menudo es él quien sale triunfante de la lucha, lavado a los ojos del mundo y de alguna manera absuelto ante Dios. No, no —continuó el conde—, si alguna vez yo tuviera que vengarme, no es así como me vengaría.

—¿Así que usted desaprueba el duelo? ¿Usted no se batiría en duelo? —preguntó a su vez Albert, asombrado de oír exponer una teoría tan extraña.

—¡Oh! ¡Claro que sí! —dijo el conde—. Entendámonos, yo me batiría en duelo por una miseria, por un insulto, por un desaire, por una bofetada, y eso con total despreocupación, porque gracias a la destreza que he adquirido en toda clase de ejercicios corporales y a la larga costumbre que tengo del peligro, estaría casi seguro de matar a mi contrario. ¡Oh! ¡Claro que sí! Me batiría en duelo por todo eso; pero por un dolor lento, profundo, infinito, eterno, yo devolvería, si fuera posible, un dolor semejante a quien me lo hubiera infligido a mí: ojo por ojo, diente por diente, como dicen los orientales, nuestros maestros en todo, esos elegidos de la creación que han sabido construirse una vida de sueños y un paraíso de realidades.

—Pero —dijo Franz al conde—, con esa teoría que le instituye en juez y verdugo de su propia causa, es difícil que usted se mantuviera en una medida en la que no escapara alguna vez del poder de la ley. El odio es ciego, la cólera nos aturde, y quien escancia venganza en su vaso, corre el riesgo de beber un amargo brebaje.

—Sí, si es pobre y torpe; no, si es millonario y hábil. Además, lo peor para él es ese último suplicio del que hablábamos ahora, el que en la filantrópica Revolución francesa sustituyó al descuartizamiento y a la rueda. ¡Pues bien! ¿Qué es el suplicio, si se ha vengado? De verdad que casi me enfada el hecho de que, según toda probabilidad, ese miserable Peppino no sea *decapitato*, como dicen ellos, ya verán ustedes lo que eso

dura, y si merece realmente la pena de hablar de ello. Pero, ¡por mi honor! Señores, tenemos una singular conversación para un día de carnaval. ¿Cómo hemos llegado a ella? ¡Ah! Recuerdo, ustedes me pidieron un sitio en mi ventana; pues bien, sea, lo tendrán; pero, primero, a la mesa, pues ya vienen a anunciarnos que estamos servidos.

En efecto, un criado abrió una de las cuatro puertas del salón y dejó oír las palabras sacramentales: «*Al suo comodo!*».

Los dos jóvenes se levantaron y pasaron al comedor.

Durante el almuerzo, que era excelente y servido con una exquisitez infinita, Franz buscó con los ojos la mirada de Albert, a fin de leer en ella la impresión que las palabras de su anfitrión, sin duda, habrían producido; pero, sea porque por su despreocupación habitual no les hubiese prestado gran atención, sea porque la concesión que el conde de Montecristo le había hecho en el asunto del duelo le había predispuesto en su favor, sea, en fin, porque los antecedentes que ya hemos contado, y que sólo Franz conocía, hubiesen redoblado en él el efecto de las teorías del conde, no percibió que su compañero estuviera preocupado en absoluto; muy al contrario, hacía honor a la comida, como hombre condenado desde hacía cuatro o cinco meses a la cocina italiana, es decir, a una de las peores cocinas del mundo. En cuanto al conde, apenas si probaba cada plato; uno diría que, al sentarse a la mesa con sus invitados, cumplía un simple deber de cortesía, y que esperaba que se marcharan para hacerse servir algún plato extraño o particular.

Todo eso le recordaba a Franz, muy a su pesar, el espanto que el conde había inspirado a la condesa de G..., y la convicción de la condesa de que el conde, el hombre que le había señalado en el palco en frente de ella, era un vampiro.

Al final del almuerzo, Franz sacó su reloj.

—Y bien —le dijo el conde—, ¿qué van a hacer ustedes?

—Tendrá que disculparnos, señor conde —respondió Franz—, pero tenemos que hacer aún un montón de cosas.

—¿Qué cosas?

—No tenemos disfraces, y hoy el disfraz es de rigor.

—No se ocupen de eso. Creo que tenemos en la plaza del Popolo una habitación reservada; haré que lleven allí los disfraces que ustedes me indiquen, y nos disfrazaremos sobre la marcha.

—¿Después de la ejecución? —exclamó Franz.

—Sin duda; después, durante, antes, como ustedes quieran.

—¿Frente al cadalso?

—El cadalso forma parte de la fiesta.

—Mire, señor conde, lo he pensado —dijo Franz—; decididamente le agradezco su amabilidad, pero me conformaré con aceptar un sitio en su coche, un sitio en la ventana del palacio Ruspoli, y le dejo que disponga libremente de su plaza en la ventana de la plaza del Popolo.

—Pero se pierde usted, se lo advierto, una cosa curiosa —respondió el conde.

—Ya me lo contará usted —repuso Franz—, y estoy convencido de que en sus labios el relato me causará casi tanta impresión como si lo hubiera visto. Además, más de una vez quise asistir a una ejecución, y nunca pude decidirme; ¿y usted, Albert?

—Yo —respondió el vizconde—, yo vi ejecutar a Castaing, pero creo que estaba un poco borracho ese día. Era el día de mi salida del colegio y habíamos pasado la noche en algún cabaret.

—Pero no es una razón para no hacer en el extranjero lo que no se ha hecho en París: cuando se viaja, es para instruirse; cuando uno cambia de lugar, es para ver otro. Piense, pues, qué cara se le quedaría cuando le pregunten: ¿cómo son las ejecuciones en Roma?, y usted se vea obligado a responder: no lo sé. Y además, dicen que el condenado es un infame granuja, un canalla que mató a golpes de morillo a un buen canónigo que le había criado como a un hijo. ¡Qué diablos! Cuando se mata a un hombre de Iglesia, uno coge un arma más adecuada que un morillo de chimenea, sobre todo cuando ese hombre de Iglesia es quizá nuestro padre. Si ustedes viajan a España, irían a ver una corrida de toros, ¿no es eso? Pues bien, supongan que esto es como una corrida de toros que vamos a ver; recuerden además a nuestros antiguos romanos en el circo, luchas en las que se mataban trescientos leones y un centenar de hombres. Recuerden, pues, esos ochenta mil espectadores que aplaudían, esas sabias matronas

que llevaban a sus hijas casaderas, y esas encantadoras vestales de manos blancas que hacían un encantador gesto con el pulgar que quería decir: ¡Vamos, nada de pereza! ¡Termínenme con aquel hombre que está ya más que medio muerto!

—¿Irá usted, Albert? —dijo Franz.

—¡A fe mía, sí, querido amigo! Yo pensaba como usted, pero la elocuencia del conde me ha convencido.

—Entonces iremos, ya que usted lo quiere —dijo Franz—; pero al ir hacia la plaza del Popolo, deseo pasar por la calle del Corso; ¿es posible, señor conde?

—A pie, sí; en coche, no.

—Pues bien, iré a pie.

—¿Es que es muy necesario que pase por la calle del Corso?

—Sí, tengo que ver allí una cosa.

—Y bien, pasemos por la calle del Corso, enviaremos el coche para que nos espere en la plaza del Popolo, por la Strada del Babuino; además, a mí tampoco me viene mal pasar por la calle del Corso para ver si las órdenes que he dado se han ejecutado.

—Excelencia —dijo un criado abriendo la puerta—, un hombre vestido de penitente solicita ver a Su Excelencia.

—¡Ah! Sí —dijo el conde—, ya sé de qué se trata. Señores, ¿quieren pasar al salón? Encontrarán sobre la mesa excelentes cigarros de la Habana, estaré con ustedes en un instante.

Los jóvenes se levantaron y salieron por una puerta, mientras que el conde, después de haber insistido en sus excusas, salía por la otra. Albert, que era un gran aficionado al tabaco, y para quien, desde que estaba en Italia, no era un sacrificio menor el hecho de verse privado de sus cigarros del Café de París, se acercó a la mesa y dio un grito de alegría al ver auténticos cigarros puros.

—Y bien —le preguntó Franz—, ¿qué piensa del conde de Montecristo?

—¡Lo que pienso! —dijo Albert visiblemente asombrado de que su compañero le hiciera una pregunta semejante—. Pienso que es un hombre encantador, que hace los honores de su casa de maravilla, que ha visto

mucho, que ha estudiado mucho, que ha reflexionado mucho, que es, como Bruto, de la escuela estoica, y —añadió, echando amorosamente una bocanada de humo que subió en espiral hacia el techo—, y que, por encima de todo, posee excelentes cigarros.

Era la opinión que tenía Albert del conde; ahora bien, como Franz sabía que Albert tenía la pretensión de no forjarse una opinión, ni sobre los hombres, ni sobre las cosas, sino después de sesudas reflexiones, no intentó en absoluto cambiar la suya.

—Pero —dijo—, ¿ha observado algo singular?

—¿Qué?

—La atención con la que le mira a usted.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

Albert reflexionó.

—¡Ah! —dijo suspirando—. No me extraña nada. Desde hace un año que estoy ausente de París, mis trajes deben ser de otro mundo. El conde me habrá tomado por un provinciano; desengáñele, querido amigo, y dígale, se lo ruego, en la primera ocasión que tenga, que no es así.

Franz sonrió; un instante después, el conde entró.

—Aquí me tienen, señores —dijo—, soy todo suyo, ya he dado mis órdenes; el coche va, por su lado, a la plaza del Popolo, y nosotros, nosotros nos iremos por el nuestro, si así lo desean, por la calle del Corso. Coja algún cigarro más, señor de Morcerf.

—A fe mía que con gran placer —dijo Albert—, pues los cigarros italianos son peor aún que los de la Compañía Arrendataria de Tabacos de Francia. Cuando venga usted a París, le devolveré todo esto.

—Pues no lo rechazo; cuento con ir a París algún día, y puesto que usted lo permite, iré a llamar a su puerta. Vamos, señores, vamos, no tenemos tiempo que perder: son las doce y media, vámonos.

Bajaron los tres. Entonces, el cochero tomó las últimas órdenes de su amo y siguió la Via del Babuino, mientras que los peatones subía por la plaza de España y por la Via Frattina, que les llevaba todo recto entre el palacio Fiano y el palacio Ruspoli.

Todas las miradas de Franz se dirigían hacia este último palacio; no había olvidado la señal convenida en el Coliseo entre el hombre de la capa y el de Trastevere.

—¿Qué ventanas son las tuyas? —preguntó al conde en el tono más natural que pudo.

—Las tres últimas —respondió con una negligencia que no tenía nada de afectada, pues no podía adivinar el sentido de la pregunta en cuestión.

Los ojos de Franz se dirigieron rápidamente hacia las tres ventanas. Las ventanas laterales llevaban colgaduras de damasco amarillo, y la del centro de damasco blanco con una cruz roja.

El hombre de la capa había mantenido su palabra al de Trastevere; no cabía ninguna duda: el hombre de la capa era el conde.

Las tres ventanas estaban aún vacías.

Por lo demás, por todas partes se hacían preparativos; se colocaban sillas, se levantaban andamiajes, se adornaban con colgaduras las ventanas. Las máscaras no podían aparecer, ni los coches, circular, hasta el sonido de la campana; pero se sentían las máscaras detrás de cada ventana y los coches, detrás de cada puerta.

Franz, Albert y el conde continuaron bajando por la calle del Corso. A medida que se acercaban a la plaza del Popolo, el gentío se hacía más compacto, y por encima de las cabezas de toda esa gente se veían dos cosas: el obelisco coronado con una cruz que indica el centro de la plaza, y por delante del obelisco, justo en el punto de confluencia visual de las tres calles del Babuino, del Corso y di Ripetta, las dos columnas supremas del cadalso, entre las que brillaba el hierro medio circular de la *mandaia*.

En la esquina de la calle se encontraba el intendente del conde que esperaba a su amo.

La ventana alquilada, sin duda a un desorbitante precio que el conde no quiso revelar a sus invitados, pertenecía al segundo piso del gran palacio, situado entre la calle del Babuino y el monte Pincio; era, como hemos dicho, una especie de gabinete de aseo que daba a un dormitorio. Si cerraban la puerta de ese dormitorio, los inquilinos del gabinete se encontrarían como en su casa; sobre las sillas estaban dispuestos los trajes de payaso en satén blanco y azul de lo más elegantes.

—Como me dejaron a mí la elección de los trajes —dijo el conde a los dos amigos—, he hecho que les preparen estos. En primer lugar, son los mejores que habrá este año; después, son los más cómodos para el confeti, dado que la harina no se agarra.

Franz no entendió sino muy imperfectamente las palabras del conde, y no apreció quizá en su justo valor esta nueva prodigalidad, pues toda su atención iba dirigida al espectáculo que presentaba la plaza del Popolo, y al terrible instrumento que constituía en ese momento su principal adorno.

Era la primera vez que Franz veía una guillotina; decimos guillotina, pues la *mandaia* romana está cortada casi por el mismo patrón que nuestro instrumento francés de muerte. La cuchilla, que tiene forma de media luna que cortaría por la parte convexa, cae desde menor altura, eso es todo.

Sentados en la tabla basculante donde se coloca al condenado, almorzaban en la espera, y comían, a lo que Franz era capaz de ver, pan con salchichas; uno de los dos levantó la tabla y sacó una botella de vino, bebió un trago y se la pasó a su compañero: ¡esos dos hombres eran los ayudantes del verdugo!

Sólo al verlos, Franz sintió que el sudor le brotaba por la raíz de sus cabellos.

Los condenados, transportados la víspera desde las Carceri Nuove hasta la pequeña iglesia Santa-Maria-del-Popolo, habían pasado la noche, asistidos cada uno de ellos por un sacerdote, en una capilla ardiente cerrada con una verja, ante la que se paseaban los centinelas que se relevaban de hora en hora.

Una doble fila de carabineros situados a cada lado de la puerta de la iglesia llegaba hasta el cadalso, en torno al cual la fila formaba un círculo, dejando un camino libre de diez pies de ancho más o menos, y alrededor de la guillotina un espacio de un centenar de pasos de circunferencia. El resto de la plaza parecía pavimentado de cabezas de hombres y de mujeres. Muchas mujeres llevaban a sus hijos sobre los hombros. Esos niños, cuyos torsos sobrepasaban al resto del gentío, eran los mejor situados.

El monte Pincio parecía un vasto anfiteatro cuyas gradas estuvieran cargadas de espectadores; las balconadas de las dos iglesias, que son las

respectivas esquinas de la calle del Babuino y de la calle di Ripetta, rebosaban de privilegiados curiosos; los escalones de los peristilos parecían una ola flotante y variopinta que una incesante marea empujaba hacia el pórtico: cada irregularidad del muro que pudiera albergar a un hombre tenía su estatua viviente.

Así que lo que decía el conde era bien cierto, y es que lo más curioso en la vida es el espectáculo de la muerte.

Y sin embargo, en lugar del silencio que debería imponerse por la solemnidad del acto, un enorme ruido subía de toda esa gente, ruido compuesto de risas, de abucheos y de gritos alegres; era evidente, también, como lo había dicho el conde, que esta ejecución no era otra cosa, para todo el pueblo, más que el comienzo del carnaval.

De repente, el ruido cesó como por encanto, la puerta de la iglesia acababa de abrirse.

En primer lugar apareció una cofradía de penitentes, cuyos miembros iban vestidos con un saco gris, con dos aberturas para los ojos y llevaban una vela encendida en la mano; a la cabeza de la misma iba el hermano mayor de la cofradía.

Detrás de los penitentes venía un hombre alto. Ese hombre iba desnudo, a excepción de un pantalón de lona, y llevaba a la cintura un gran cuchillo metido en su vaina; al hombro llevaba una pesada maza de hierro. Ese hombre era el verdugo.

Llevaba además sandalias atadas con cuerdas por la parte baja de las piernas.

Detrás del verdugo, caminaban, en el orden en que debían ser ejecutados, primero Peppino y, después, Andrea.

Cada uno de ellos iba acompañado de dos sacerdotes.

Ninguno de los dos condenados llevaba los ojos vendados.

Peppino caminaba con paso firme; sin duda estaba avisado de lo que se preparaba para él.

A Andrea le sujetaban, uno por cada brazo, los dos sacerdotes.

Los condenados besaban de vez en cuando el crucifijo que les ofrecía el confesor.

Franz sintió, solamente al verlos, que las piernas le flaqueaban; miró a Albert. Estaba pálido como su camisa, y con un movimiento natural arrojó lejos el cigarro, aunque aún le quedaba la mitad sin fumar.

Solamente el conde parecía impasible. Tenía, incluso, un ligero rubor que parecía traspasar la lívida palidez de sus mejillas.

Su nariz se dilataba como la de un animal salvaje que huele la sangre, y entre sus labios, ligeramente separados, asomaban sus dientes blancos, pequeños y finos como los de un chacal.

Y sin embargo, a pesar de todo eso, su rostro tenía una expresión de dulzura sonriente que Franz no le había visto nunca; sus ojos negros, sobre todo, eran de una admirable mansedumbre y suavidad.

Mientras tanto, los condenados continuaban su marcha hacia el patíbulo, y a medida que avanzaban se podían distinguir los rasgos de sus caras. Peppino era un apuesto muchacho de veinticuatro a veintiséis años, de tez dorada por el sol, de mirada libre y salvaje. Llevaba la cabeza alta y parecía olfatear el viento para ver de qué lado vendría su libertador.

Andrea era gordo y pequeño; su rostro, de una bajeza cruel, no indicaba edad, sin embargo podía tener más o menos treinta años. En prisión se había dejado crecer la barba. Llevaba la cabeza inclinada sobre un hombro, las piernas se le doblaban, todo su ser parecía obedecer a un movimiento maquinal en el que en nada influía su voluntad.

—Me parece —dijo Franz al conde— que usted me anunció que no habría más que una ejecución.

—Le dije la verdad —respondió fríamente.

—Pues veo a dos condenados.

—Sí, pero uno de ellos está rozando la muerte, y al otro aún le quedan largos años de vida.

—Me parece que, si debe venir la gracia, no hay tiempo que perder.

—Pues ahí está: mire —dijo el conde.

En efecto, en el momento que Peppino llegaba al pie de la *mandaia*, un penitente, que parecía haberse quedado rezagado, atravesó la barrera sin que los soldados opusieran ningún obstáculo a su paso y, avanzando hacia el hermano mayor de la cofradía, le entregó un papel doblado en cuatro.

La ardiente mirada de Peppino no había perdido ni un solo detalle; el jefe de la cofradía desdobló el papel, lo leyó y levantó la mano.

—¡Que el Señor sea bendecido y Su Santidad alabada! —dijo en voz alta, clara e inteligible—. Se le concede la gracia de la vida a uno de los condenados.

—¡Gracia! —exclamó el pueblo al unísono—. ¡Hay gracia!

Al grito de «¡gracia!», Andrea dio un salto y levantó la cabeza.

—¿Gracia para quién? —gritó.

Peppino se quedó inmóvil, mudo y sin aliento.

—Hay gracia de la pena de muerte para Peppino, de nombre Rocca Priori —dijo el jefe de la cofradía.

Y pasó el papel al capitán que comandaba a los *carabinieri*, quien, tras haberlo leído, se lo devolvió.

—¡Gracia para Peppino! —exclamó Andrea totalmente fuera de ese estado de estupor en el que parecía estar sumergido—. ¿Por qué gracia para él y no para mí? Teníamos que morir al mismo tiempo; me habían prometido que él moriría antes que yo, no tienen derecho a dejar que muera yo solo, ¡no quiero!

Y se apartó de los brazos de los dos curas, retorciéndose, aullando, rojo de ira y haciendo insensatos esfuerzos para romper las cuerdas que le ataban las manos.

El verdugo hizo una señal a sus dos ayudantes, que saltaron del cadalso y fueron a sujetar al condenado.

—¿Qué pasa, ahora? —preguntó Franz al conde.

Pues como todo ocurría en dialecto romano, no había entendido bien.

—¿Lo que pasa? —dijo el conde—. ¿No lo entiende? Pasa que esa criatura humana, que ese hombre que va a morir está furioso de que su semejante no muera también, y que, si le dejaran hacer, le desgarraría con uñas y dientes antes que dejarle gozar de la vida de la que él se ve privado. ¡Oh, hombres! ¡Hombres! ¡Raza de cocodrilos!, como dice Karl Moor²¹ —exclamó el conde extendiendo sus puños hacia todo ese gentío—, ¡cómo os reconozco, y qué dignos de vosotros mismos sois siempre!

En efecto, Andrea y los dos ayudantes del verdugo se revolvían en el polvo, el condenado sin dejar de gritar: «¡tiene que morir! ¡Quiero que

muera! ¡No tienen derecho a matarme sólo a mí!».

—Miren, miren —continuó el conde cogiendo de la mano a los dos jóvenes—, miren, pues, ¡por mi alma!, que es curioso; ahí tienen a un hombre, que estaba resignado a su suerte, que se dirigía hacia el patíbulo, que iba a morir sin resistencia y sin recriminación: ¿saben ustedes lo que le daba cierta fuerza? ¿Saben lo que le consolaba? ¿Saben lo que le hacía llevar su suplicio con paciencia? Pues que otro ser compartía su angustia, que otro iba a morir como él; ¡que otro iba a morir antes que él! Lleven dos corderos al degolladero, dos bueyes al matadero, y hagan comprender a uno de ellos que su compañero no morirá: el cordero balará de alegría, el buey mugirá de gusto; pero el hombre, el hombre que Dios ha hecho a su imagen y semejanza, el hombre a quien Dios impuso como primera, como única, como suprema ley, el amor al prójimo, el hombre, a quien Dios ha dado una voz para expresar su pensamiento, ¿cuál es su primer grito cuando conoce que su compañero está salvado?: una blasfemia. ¡Honor al hombre, la obra maestra de la naturaleza, el rey de la creación!

Y el conde se echó a reír, pero con una risa terrible que indicaba que había debido sufrir horriblemente para poder llegar a una risa así.

Mientras tanto, la lucha continuaba, y era algo espantoso de ver. Los dos ayudantes subían a Andrea al cadalso; todo el pueblo había tomado partido contra él, y veinte mil voces gritaban al unísono: «¡a muerte!, ¡a muerte!».

Franz se echó hacia atrás; pero el conde le volvió a coger por el brazo y le retuvo delante de la ventana.

—¿Qué hace usted, ahora? —le dijo— ¿Piedad? ¡A fe mía que está bien situada, esa piedad! Si usted oyera ladrar a un perro rabioso, cogería el fusil, se echaría a la calle y mataría sin misericordia, a bocajarro, al pobre animal, que, a fin de cuentas, no sería culpable sino de haber sido mordido por otro perro, y que devuelve lo mismo que le hicieron; pero he ahí que usted siente piedad por un hombre que no ha sido mordido por otro hombre y que sin embargo mató a su benefactor, y que ahora, puesto que ya no puede matar porque tiene las manos atadas, ¡quiere a toda costa ver morir a su compañero de cautiverio, a su camarada de infortunio! No, no, mire, mire.

La recomendación era casi inútil, puesto que Franz estaba como fascinado por el horrible espectáculo, y allí, al condenado, a pesar de sus esfuerzos, de sus mordeduras, de sus gritos, le habían obligado a ponerse de rodillas. Mientras tanto, el verdugo se había colocado a su lado, con la maza en suspenso; entonces, tras una señal, los dos ayudantes se apartaron. El condenado intentó levantarse, pero antes de que le diera tiempo, la maza se abatió sobre su sien izquierda; se oyó un ruido sordo y velado, el ajusticiado cayó como un buey, con la cara pegada al suelo, después de un contragolpe, se dio la vuelta sobre la espalda. Entonces el verdugo dejó caer la maza, sacó el cuchillo del cinturón, y de un solo tajo le abrió la garganta, y, subido sobre el vientre del condenado, se puso a aprisionarle con los pies.

A cada presión, un surtidor de sangre le salía del cuello.

Esta vez Franz no pudo aguantar más; se echó hacia atrás y fue a desplomarse en un sillón, medio desvanecido.

Albert, con los ojos cerrados, se quedó de pie, pero aferrado a las cortinas de la ventana.

El conde estaba de pie y triunfante, como el ángel del mal.

Capítulo XXXVI

El carnaval de Roma

Cuando Franz volvió en sí, encontró a Albert bebiendo un vaso de agua, su palidez indicaba que lo necesitaba mucho, y vio al conde, que se ponía ya su traje de payaso. Echó una ojeada maquinal a la plaza: todo había desaparecido, patíbulo, verdugos, víctimas; no quedaba más que el pueblo, ruidoso, atareado, alegre. La campana del monte Citorio, que sólo tocaba por la muerte del papa y el inicio de la *mascherata*, ahora repicaba al vuelo.

—Y bien —preguntó al conde—, ¿qué ha pasado?

—Nada, absolutamente nada —dijo—, como usted ve; solamente que el carnaval ha comenzado, vistámonos deprisa.

—En efecto —respondió Franz al conde—, de esa horrible escena, sólo queda la huella de un sueño.

—Es que no es otra cosa, sino un sueño, una pesadilla que ha tenido usted.

—Sí, yo; ¿pero, el condenado?

—Un sueño, también; solamente que él se ha quedado dormido, mientras que usted ha despertado: ¿y quién puede decir quién de los dos es el privilegiado?

—Pero Peppino —preguntó Franz—, ¿qué ha sido de él?

—Peppino es un muchacho con sentido común, que no tiene el mínimo amor propio, y que, contra la costumbre de los hombres, que se ponen furiosos cuando nadie se ocupa de ellos, él está encantado, encantado de ver que la atención general se dirigía hacia su compañero; en consecuencia, aprovechó la distracción para deslizarse entre la gente y desaparecer, sin ni siquiera dar las gracias a los dignos curas que le habían acompañado. Decididamente, el hombre es un animal bien ingrato y bien egoísta... Pero, vístase; mire, ya ve que el señor de Morcerf le da ejemplo.

En efecto, Albert se ponía maquinalmente su pantalón de tafetán por encima del pantalón negro y de las botas de charol.

—Y bien, Albert —preguntó Franz—; ¿ya está listo para hacer locuras? Veamos, responda con franqueza.

—No —dijo—; pero de verdad que estoy contento de haber visto una cosa así, y comprendo lo que decía el señor conde, que una vez que se habitúa uno a un espectáculo semejante, este sea el único que pueda aún proporcionarnos emociones.

—Sin contar que esos momentos son los mejores para estudiar los caracteres —dijo el conde—; en el primer escalón del patíbulo la muerte arranca la máscara que se ha llevado en vida y aparece el verdadero rostro. Hay que convenir que el de Andrea no era agradable de ver... ¡Odioso sinvergüenza!... ¡Vistámonos, señores, vistámonos!

Hubiera sido ridículo que Franz se pusiera en plan niña mimada y no siguiera el ejemplo que le daban sus dos compañeros. Así que, a su vez, se puso el traje y la máscara, que no era ciertamente más pálida que su rostro.

Una vez listos, bajaron. El coche esperaba en la puerta, llena de confeti y de ramilletes de flores.

Se unieron a la fila.

Es difícil hacerse una idea del cambio tan completo que acababa de operarse. En lugar de ese espectáculo de muerte, sombrío y silencioso, la plaza del Popolo presentaba el aspecto de una loca y ruidosa orgía. Un gentío de máscaras salía, extendiéndose por todos los lados, escapándose por las puertas, bajando por las ventanas; los coches aparecían por todas las esquinas de la calle, cargados de pierrots, de arlequines, de caballeros,

de campesinos; y todo eso, gritando, gesticulando, lanzando huevos llenos de harina, de confeti, de manojos de flores; atacando de palabra y de obra a amigos y a extraños, a conocidos y a desconocidos, sin que nadie tuviese derecho a enfadarse, sin que no se hiciese otra cosa sino reírse de todo.

Franz y Albert se parecían a esos hombres a los que, para distraerlos de un gran disgusto, se les lleva a una orgía, y que a medida que beben y que se emborrachan, sienten que un velo se espesa entre el pasado y el presente. Seguían viendo, o más bien seguían sintiendo en ellos el reflejo de lo que habían visto. Pero poco a poco, la embriaguez general se fue amparando de ellos: les pareció que su razón titubeante iba a abandonarles; sentían una extraña necesidad de tomar parte en todo ese ruido, en todo ese movimiento, en todo ese vértigo. Un puñado de confeti que le llegó a Morcerf de un coche vecino, y que, cubriéndole de polvo, así como a sus dos acompañantes, le picó en el cuello y en todas las partes del rostro que la máscara no cubría, como si le hubieran lanzado un centenar de alfileres, acabó de empujarle a la batalla general en la que ya estaban enzarzadas todas las máscaras que se iban encontrando. Se incorporó a su vez en el coche, metió las manos en los sacos y, con todo el vigor y la destreza de la que era capaz, envió a su vez puñados de huevos y de peladillas a todos los que encontraba.

A partir de entonces el combate fue implacable. El recuerdo de lo que habían visto media hora antes se borró por completo de la mente de ambos, pues de tal manera el espectáculo abigarrado, alocado y en movimiento constante que tenían delante de los ojos, había llegado a distraerles. En cuanto al conde de Montecristo, como hemos dicho, en ningún momento se le vio impresionado.

En efecto, hay que imaginarse la gran y hermosa calle del Corso, bordeada de un extremo al otro del palacio, con cuatro o cinco pisos con todos sus ventanas y balcones adornados con colgaduras; en esos balcones y ventanas trescientos mil espectadores, romanos, italianos, extranjeros llegados de las cuatro partes del mundo; todas las aristocracias juntas, la de nacimiento, la del dinero, la del ingenio; mujeres encantadoras, que, sometidas ellas también la influencia del espectáculo, se asoman a las ventanas, se inclinan sobre los balcones, tiran sobre los coches que pasan

una granizada de confeti, recibiendo a su vez ramilletes de flores. La atmósfera se espesa con los confeti, las golosinas que bajan y las flores que suben; después, a pie, por las calles, un gentío alegre, incesante, alocado, con trajes imposibles: coles gigantescas que se pasean, cabezas de búfalo que mugen sobre cuerpos de hombre, perros que parecen caminar sobre las patas de atrás; en medio de todo eso, una máscara que se quita, y en esta Tentación de San Antonio soñada por Callot, alguna Astarté que muestra un rostro encantador, a la que todos quieren seguir y de la que les separan dos especies de demonios, como los que ve uno en sueños; si unimos todo eso, tendremos una débil idea de lo que es el carnaval de Roma.

A la segunda vuelta, el conde mandó parar el coche y pidió a sus invitados permiso para abandonarles, dejando el coche a su disposición. Franz levantó la vista: estaban frente al palacio Ruspoli; y en la ventana del centro, la que tenía una colgadura de damasco blanco con una cruz roja, se veía ahora a un disfraz de dominó azul, bajo el cual, la imaginación de Franz encarnó, sin esfuerzo, a la bella griega del teatro Argentina.

—Señores —dijo el conde apeándose—, cuando se cansen ustedes de ser actores y quieran ser de nuevo espectadores, saben que tienen un sitio en mis ventanas. Mientras tanto, dispongan de mi cochero, de mi coche y de mis sirvientes.

Hemos olvidado decir que el cochero del conde iba seriamente vestido con una piel de oso negra, exactamente igual a la de Odry en la obra de teatro *L'Ours et le Pacha*, y que los dos lacayos que iban de pie en la parte trasera de la calesa llevaban trajes de mono verdes, perfectamente adaptados a su talla, y máscaras a juego con las que hacían gestos a los transeúntes.

Franz agradeció al conde su generosa oferta; en cuanto a Albert, estaba en pleno coqueteo con un coche lleno de campesinas romanas, detenido como el del conde para uno de esos descansos tan comunes en los desfiles, y desmenuzaba ramilletes de flores.

Desgraciadamente para él, el coche se puso de nuevo en movimiento y, mientras que bajaba hacia la plaza del Popolo, el coche que le llamó la

atención subía hacia el palacio de Venecia.

—¡Ah! ¡Querido amigo! —le dijo a Franz—. ¿No ha visto?...

—¿Qué? —preguntó Franz.

—Mire, esa calesa que se va toda cargada de campesinas romanas.

—No.

—Pues bien, estoy seguro de que son unas mujeres encantadoras.

—¡Qué desgracia que vaya usted con máscara, mi querido Albert —dijo Franz—, era el momento de resarcirse de sus fracasos amorosos!

—¡Oh! —respondió medio riendo, medio convencido—. Espero que el carnaval no se pase sin proporcionarme alguna compensación.

A pesar de la esperanza de Albert, toda la jornada transcurrió sin ninguna otra aventura más que el encuentro, dos o tres veces renovado, con la calesa de las campesinas romanas. En uno de esos encuentros, fuera por azar, fuera por cálculo, la máscara de Albert se le desató.

Entonces, Albert cogió lo que le quedaba del ramillete y lo lanzó a la calesa.

Sin duda, a una de las mujeres encantadoras que Albert adivinaba bajo el coqueto traje de campesina le gustó la galantería, pues a su vez, cuando el coche de los dos amigos volvió a pasar, ella le lanzó un ramillete de violetas.

Albert se precipitó sobre el ramillete. Como Franz no tenía ningún motivo para creer que iba dirigido a él, dejó a Albert apoderarse del ramito. Albert se lo puso victoriosamente en el ojal, y el coche continuó su marcha triunfal.

—Y bien —le dijo Franz—, ¡ahí tiene el comienzo de una aventura!

—Ríase lo que quiera —respondió—, pero la verdad, creo que sí; así que no me quito el ramillete.

—¡Pardiez! Claro que no —dijo Franz riendo—, es una señal de agradecimiento.

La broma, por lo demás, tomó enseguida un carácter de realidad, pues cuando Franz y Albert, cuya calesa seguía en la carrera, se cruzaron de nuevo con el coche de las *contadine*, la que había lanzado el ramillete batía palmas al comprobar que Albert lo llevaba en el ojal.

—¡Bravo, querido! ¡Bravo! —le dijo Franz—. ¡Esto se prepara de maravilla! ¿Quiere que me vaya, si le es más agradable estar solo?

—No —dijo—, no forcemos nada; no quiero dejarme atrapar como un tonto a la primera demostración, ante una cita bajo el reloj, como decimos para el baile de la Ópera. Si la bella campesina tiene ganas de ir más lejos, nos la encontraremos mañana, o más bien, ella nos encontrará. Entonces ella me dará señales de vida, y yo veré lo que hago.

—De verdad, mi querido Albert —dijo Franz—, es usted sabio como Néstor y prudente como Ulises; y si su Circe consigue convertirle en cualquier animal, tendrá que ser muy hábil o muy poderosa.

Albert tenía razón. La bella desconocida había resuelto sin duda no ir más allá en la intriga de aquel día, pues aunque los jóvenes dieron aún algunas vueltas más, no volvieron a ver la calesa que buscaban: había desaparecido sin duda por una de las calles adyacentes.

Entonces volvieron al palacio Ruspoli, pero el conde también había desaparecido con el dominó azul. Por lo demás, las dos ventanas de donde colgaban las telas de damasco amarillo continuaban ocupadas por personas que sin duda él habría invitado.

En ese momento, la misma campana que había tocado el comienzo de la *mascherata*, tocó la retirada. La fila del Corso se rompió enseguida y, en un instante, todos los coches desaparecieron por las calles transversales.

Franz y Albert estaban en ese momento frente a la Via delle Maratte.

El cochero enfiló la calle sin decir nada y, llegando a la plaza de España, continuó a lo largo del palacio Poli y se detuvo frente al hotel.

Maese Pastrini vino a recibir a sus huéspedes en el umbral de la puerta.

Lo primero que hizo Franz fue preguntar por el conde y manifestar el pesar por no haberlo recogido a tiempo, pero Pastrini le tranquilizó diciendo que el conde de Montecristo había encargado otro coche para él, y que ese coche había ido a buscarle a las cuatro al palacio Ruspoli. Además, le había encargado, de su parte, que ofreciera a los dos amigos la llave de su palco en el teatro Argentina.

Franz preguntó a Albert sus intenciones, pero Albert tenía grandes proyectos que llevar a la práctica antes de pensar en ir al teatro; en

consecuencia, en lugar de responder, se informó de si maese Pastrini podría procurarle un sastre.

—¿Un sastre? —preguntó el hotelero—. ¿Y para qué?

—Para que nos haga, de aquí a mañana, dos trajes de campesinos romanos, tan elegantes como sea posible —dijo Albert.

Maese Pastrini meneó la cabeza.

—¡Que les haga de aquí a mañana dos trajes! —exclamó—. Perdonen Sus Excelencias, pero eso sí que es una petición a la francesa; ¡dos trajes! Cuando en estos ocho días seguramente ustedes no encuentren un sastre que se digne coser seis botones en un chaleco, ¡aunque le pagasen los botones a un escudo cada uno!

—Entonces, ¿hay que renunciar a los trajes que deseo?

—No, porque tenemos ese tipo de trajes ya hechos. Déjeme que me ocupe de eso, y mañana encontrará al despertarse una colección de sombreros, de chaquetas y de pantalones con los que quedará satisfecho.

—Querido amigo —dijo Franz a Albert—, confiemos en nuestro anfitrión, ya nos ha dado pruebas de ser un hombre de recursos; cenemos, pues, tranquilamente y, después de cenar, vayamos a ver *L'Italiana in Algeri*¹.

—Va por *L'Italiana in Algeri* —dijo Albert—; pero piense, maese Pastrini, que el señor y yo —continuó, señalando a Franz— damos la mayor importancia a tener mañana los trajes que le hemos pedido.

El hotelero afirmó por última vez a sus huéspedes que no tenían que inquietarse por nada y que sus deseos se verían complacidos. Y tras ello, Franz y Albert subieron para quitarse sus trajes de payaso.

Albert, al quitarse el suyo, estrechó con el mayor cuidado su ramillete de violetas: era la señal de agradecimiento para el día siguiente.

Los dos amigos se sentaron a la mesa; pero, mientras cenaban, Albert no pudo impedir observar la diferencia notable que existía entre los respectivos méritos de los cocineros: el de maese Pastrini y el del conde de Montecristo. Y Franz se vio forzado a admitir, a pesar del recelo que parecía tener contra el conde, que la comparación no favorecía nada al chef de maese Pastrini.

En los postres, el criado se informó sobre la hora en la que los jóvenes desearían el coche. Albert y Franz se miraron, temiendo realmente ser inoportunos. El criado comprendió:

—Su Excelencia el conde de Montecristo —les dijo— ha dado órdenes concretas para que el coche esté durante todo el día a disposición de Sus Señorías; Sus Señorías pueden, pues, disponer sin temor a ser inoportunos.

Los jóvenes resolvieron aprovechar hasta el final la cortesía del conde, y ordenaron enganchar los caballos, mientras iban a cambiarse de ropa para sustituir su vestimenta de día por la de noche, aunque no estuviera muy arrugada después de los numerosos combates de confeti a los que se habían entregado.

Tomada esa precaución, se dirigieron al teatro Argentina y se instalaron en el palco del conde.

Durante el primer acto, la condesa G... entró en el suyo; su primera mirada se dirigió hacia donde la víspera había visto al conde, de manera que vio a Franz y a Albert en el palco de la persona de quien ella había expresado tan extraña opinión apenas si hacía veinticuatro horas.

Su catalejo estaba dirigido con tanto apasionamiento hacia Franz, que este comprendió que sería crueldad el retrasar por más tiempo la curiosidad de la condesa; así, usando del privilegio que se concede a los espectadores de los teatros italianos, que consiste en transformar la sala de espectáculos en salones de recepción, los dos amigos dejaron su palco para ir a presentar sus respetos a la condesa.

Apenas entraron en el palco, la condesa indicó a Franz que se situara en el sitio de honor.

Albert, a su vez, se sentó detrás.

—Y bien —dijo ella sin apenas dar tiempo a Franz a que se sentara—, parece que no ha tenido usted nada más urgente que hacer que ir a conocer al nuevo lord Ruthwen, y ahí les veo convertidos en los mejores amigos del mundo.

—Sin que estemos tan íntimamente unidos como usted dice, no puedo negar, señora condesa —respondió Franz—, que no hayamos abusado durante todo el día de la amabilidad del conde.

—¿Cómo que durante todo el día?

—A fe mía que esa es la palabra adecuada: por la mañana, aceptamos su almuerzo, durante toda la *mascherata* hemos recorrido el Corso en su coche y, finalmente, esta noche asistimos al espectáculo desde su palco.

—¿Así que le conocen?

—Sí y no.

—¿Cómo es eso?

—Es una larga historia.

—¿Y me la contará usted?

—Le daría demasiado miedo.

—Razón de más.

—Espere, al menos, a que esta historia tenga un desenlace.

—De acuerdo, a mí me gustan las historias completas. Mientras tanto, ¿cómo se pusieron ustedes en contacto? ¿Quién se lo presentó?

—Nadie; al contrario, fue él quien se presentó a nosotros.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer por la noche, cuando la dejé a usted.

—¿Y su intermediario?

—¡Oh! ¡Dios mío! Un intermediario de lo más prosaico, ¡nuestro hotelero!

—¿Entonces se aloja en el hotel de la plaza de España, como ustedes?

—No solamente en el mismo hotel, sino en la misma planta.

—¿Y cómo se llama? Pues sin duda sabrá usted su nombre.

—Perfectamente: conde de Montecristo.

—¿Pero qué clase de nombre es ese? No es un nombre de linaje.

—No, es el nombre de una isla que ha comprado.

—¿Y es conde?

—Conde toscano.

—En fin, nos lo tragaremos junto con lo demás —repuso la condesa, que pertenecía a una de las familias más antiguas de los alrededores de Venecia—; ¿y qué tal hombre es?

—Pregunte al vizconde de Morcerf.

—Ya oye, señor, que me remiten a usted —dijo la condesa.

—Sería difícil no encontrarle encantador, señora —respondió Albert—; una amistad de diez años no hubiera hecho más por nosotros de lo que

ha hecho él, y todo eso con una gentileza, una delicadeza, una cortesía que indican que realmente es un hombre de mundo.

—Vamos —dijo la condesa riendo—, ya verán cómo mi vampiro no será más que algún nuevo rico que quiere hacerse perdonar sus millones, y que habrá tomado la mirada de Lara para que no le confundan con el señor de Rothschild. Y a ella, ¿la han visto?

—¿Quién, ella? —preguntó Franz riendo.

—La hermosa griega de ayer.

—No. Creo que oímos el sonido de su guzla, pero ella quedó perfectamente invisible.

—Es decir, cuando usted dice invisible, mi querido Franz —dijo Albert—, es sencillamente para crear misterio. ¿De quién creyó que era entonces el disfraz de dominó azul que estaba en la ventana del damasco blanco?

—¿Y dónde estaba esa ventana con la colgadura de damasco blanco? —preguntó la condesa.

—En el palacio Ruspoli.

—¿Es que el conde tenía tres ventanas en el palacio Ruspoli?

—Sí. ¿Pasó usted por la calle del Corso?

—Sin duda.

—Pues bien, ¿observó usted dos ventanas con colgaduras de damasco amarillo y una de damasco blanco con una cruz roja? Esas tres ventanas eran del conde.

—¡Ah, vaya! ¡Pero ese hombre es un nabab! ¿Sabe lo que cuestan tres ventanas como esas los ocho días de carnaval y en el palacio Ruspoli, es decir, en la mejor situación del Corso?

—Doscientos o trescientos escudos romanos.

—Diga mejor dos mil o tres mil.

—¡Ah, diablos!

—¿Y es su isla la que le proporciona esa hermosa renta?

—¿Su isla? Su isla no da ni un bayoco^[2].

—Entonces, ¿por qué la ha comprado?

—Por capricho

—¿Así que es un original?

—El hecho es —dijo Albert—, que me ha parecido bastante excéntrico. Si viviera en París, si frecuentara nuestros espectáculos, yo le diría, querido, que, o es un mal bromista que tiene sus poses, o que es un pobre diablo a quien le ha perdido la literatura; de verdad, esta mañana ha tenido dos o tres salidas dignas de Didier o de Anthony³¹.

En ese momento entró una visita y, según las reglas al uso, Franz cedió el sitio al recién llegado, circunstancia que acarreó no sólo el desplazamiento, sino también el cambio de tema de conversación.

Una hora después, los dos amigos volvían al hotel. Maese Pastrini se había ocupado ya de los disfraces del día siguiente, y les prometió que quedarían satisfechos de su inteligente actividad.

En efecto, al día siguiente a las nueve, maese Pastrini entraba en la habitación de Franz acompañado de un sastre cargado con ocho o diez trajes de campesino romano. Los dos amigos escogieron dos iguales, que eran más o menos de sus tallas, y encargaron al hotelero que les hiciera coser una veintena de metros de cintas en cada uno de los sombreros, y que les agenciara dos bonitos echarpes de seda con bandas transversales y de vivos colores, iguales a los que los hombres del campo acostumbran a ponerse en la cintura.

Albert estaba impaciente por ver cómo le quedaría su nuevo traje: se trataba de una chaqueta y un pantalón de terciopelo azul, medias con adornos bordados, zapatos de hebillas y un chaleco de seda. Por lo demás, Albert no podía más que salir ganando con ese traje pintoresco; y cuando el echarpe hubo apretado su elegante talle, cuando el sombrero, ligeramente ladeado, dejó caer sobre el hombro montones de cintas, Franz se vio forzado a confesar que el traje, a menudo, tiene mucho que ver con la superioridad física que acordamos a ciertos pueblos. Los turcos, tan pintorescos antaño con sus anchos vestidos de vivos colores, ¿no resultan ahora más odiosos con sus levitas azules abotonadas y sus gorros griegos con los que parecen botellas de vino de tapón rojo?

Franz felicitó a Albert que, por lo demás, de pie delante del espejo, sonreía con un aire de satisfacción que no tenía nada de equívoco.

En estas estaban cuando entró el conde de Montecristo.

—Señores —les dijo—, como por muy agradable que sea un compañero de ocio, la libertad es más agradable aún, vengo a decirles que para hoy y para los días siguientes, dejo a su disposición el coche que utilizaron ayer. Nuestro anfitrión debió decirles que tengo tres o cuatro coches alquilados en su establecimiento; no dejen de usarlo, ya sea por placer o para otros asuntos. Nuestros encuentros, si tenemos algo que decirnos, serán en el palacio Ruspoli.

Los jóvenes quisieron poner alguna objeción, pero realmente no tenían ninguna buena razón para rechazar su oferta, que, por lo demás, les resultaba muy agradable. Acabaron, pues, por aceptar.

El conde de Montecristo se quedó un cuarto de hora más con ellos, hablando de todo con una extrema facilidad. El conde, como se ha podido observar, estaba muy al corriente de la literatura de todos los países. Una ojeada a las paredes de su salón había demostrado a Franz y a Albert que era amante de los cuadros. Algunas palabras sin pretensiones, que dejó caer de paso, eran la prueba de que las ciencias no le eran ajenas: sobre todo, parecía que se había ocupado en particular de la química.

Los dos amigos no pretendían devolver al conde el almuerzo que él les había dado; hubiera sido una broma de mal gusto ofrecerle, a cambio de su excelente mesa, la ordinaria y muy mediocre de maese Pastrini. Se lo dijeron con franqueza, y él recibió sus disculpas como hombre que apreciaba la delicadeza de los muchachos.

Albert estaba encantado de las maneras del conde, y sólo su ciencia le impedía reconocerlo como un verdadero gentilhomme. La libertad de disponer enteramente del coche le colmaba de alegría: tenía sus intenciones en relación a las gentiles campesinas; y como ellas habían aparecido la víspera en un coche muy elegante, no le desagradaba continuar apareciendo, sobre este punto, en pie de igualdad.

Los jóvenes bajaron a la una y media; el cochero y los lacayos habían tenido la idea de ponerse sus trajes de librea sobre las pieles de oso, lo que les daba un aspecto aún más grotesco que la víspera, y lo que les valió todas las felicitaciones de Franz y de Albert.

Albert llevaba, sentimentalmente, su ramo de violetas marchitas en el ojal.

Al primer tañido de la campana, partieron y se precipitaron hacia la calle del Corso por la Via Vittoria.

En la segunda vuelta, un ramito de violetas frescas, que partió desde una calesa llena de payasitas y que vino a caer en la calesa del conde, indicó a Albert que, como su amigo y él, las campesinas de la víspera habían cambiado de disfraz, y que, fuera por azar, o por un sentimiento igual al suyo, mientras que ellos habían adoptado galantemente el disfraz de las chicas, ellas, por su parte, habían adoptado el de ellos.

Albert se colocó el ramillete fresco en el lugar del otro, pero conservó el ramillete marchito en la mano; y cuando las calesas se cruzaron de nuevo, se lo llevó amorosamente a los labios; acción que pareció regocijar mucho, no sólo a la que había lanzado el ramo, sino también a sus alocadas acompañantes.

La jornada resultó no menos animada que la víspera; es incluso probable que un observador profundo hubiera reconocido un aumento del bullicio y de la alegría. Por un instante se vio al conde en la ventana, pero cuando el coche volvió a pasar, había desaparecido.

Ni que decir tiene que el intercambio de coqueterías entre Albert y la payasita de las violetas duró todo el día.

Por la noche, al volver al hotel, Franz se encontró con una carta de la embajada; le anunciaban que tendría el honor de ser recibido al día siguiente por Su Santidad. En cada viaje precedente que había hecho a Roma, había solicitado y obtenido el mismo favor; y tanto por religión como por agradecimiento, no había querido parar en la capital del mundo cristiano sin presentar sus respetos a los pies de uno de los sucesores de San Pedro, que da el raro ejemplo de todas las virtudes.

No se trataba, pues, para él, aquel día, de pensar en el carnaval; pues, a pesar de la bondad con la que rodea su grandeza, es siempre con un respeto lleno de profunda emoción como uno se dispone a inclinarse ante este noble y santo anciano que se llama Gregorio XVI.

Al salir del Vaticano, Franz se volvió derecho al hotel, evitando pasar por la calle del Corso. Llevaba consigo un tesoro de piadosos pensamientos, por lo que el contacto de las locas algaradas de la *mascherata* hubiera sido una profanación.

A las cinco y diez llegó Albert. Estaba en el colmo de su alegría; la payasita se había vuelto a poner su vestido de campesina y, al cruzarse con la calesa de Albert, se había levantado la máscara.

Era encantadora.

Franz felicitó a Albert muy sinceramente; y él recibió estos parabienes como alguien que sabe que los merece. Había reconocido —decía— por ciertos signos de elegancia inimitable, que su bella desconocida debía pertenecer a la más alta aristocracia.

Estaba decidido a escribirle al día siguiente.

Franz, al recibir esa confidencia, observó que Albert parecía tener algo que pedirle, y que, sin embargo, dudaba en hacerlo. Franz insistió, diciéndole por adelantado que estaba dispuesto a hacer, en provecho de su felicidad, todos los sacrificios que estuvieran en su poder. Albert se hizo rogar justo el tiempo que exigía la amistosa cortesía; después, finalmente, confesó a Franz que le haría un gran servicio si le dejaba la calesa para él solo, al día siguiente.

Albert atribuía la extremada amabilidad que había tenido la bella campesina de quitarse la máscara a la ausencia de su amigo.

Se comprende que Franz no era tan egoísta como para cortar a Albert en medio de una aventura que prometía a la vez ser tan agradable para su curiosidad y tan halagadora para su amor propio. Conocía suficientemente la perfecta indiscreción de su digno amigo como para estar seguro de que le mantendría al corriente de los más mínimos detalles de su aventura; y como desde hacía dos o tres años que recorría Italia en todas las direcciones, y no había tenido nunca la suerte de esbozar semejante intriga por su cuenta, Franz se alegraba de saber cómo ocurrían las cosas en casos así.

Prometió, pues, a Albert que al día siguiente se contentaría con mirar el espectáculo desde las ventanas del palacio Ruspoli.

En efecto, al día siguiente vio pasar y volver a pasar a Albert. Llevaba un enorme ramo que sin duda había sido el encargado de llevar su epístola amorosa. Esa probabilidad se cambió en certeza cuando Franz volvió a ver el mismo ramo, que reconoció porque llevaba un círculo de camelias blancas, en las manos de la encantadora payasita vestida de satén rosa.

Así que por la noche, ya no fue alegría, fue delirio. Albert no dudaba de que la bella desconocida le respondiese por la misma vía. Franz se adelantó a sus deseos diciéndole que todo ese jaleo le cansaba y que había decidido emplear el día repasando su álbum y tomando notas.

Por lo demás, Albert no se había equivocado en sus previsiones: al día siguiente por la noche, Franz le vio entrar de un salto en la habitación, enarbolando maquinalmente un trozo de papel que sujetaba por un extremo.

—Y bien —dijo—, ¿me equivocaba?

—¿Ha contestado? —exclamó Franz.

—Lea.

Esa palabra fue pronunciada con una entonación imposible de imitar. Franz cogió el billetito y leyó:

El martes por la tarde, a las siete, baje del coche frente a la Via dei Pontefici, y siga a la campesina romana que le cogerá su moccoletto. Cuando llegue al primer escalón de la iglesia de San-Giacomo, tenga el cuidado, para que ella pueda reconocerle, de atar una cinta rosa sobre el hombro de su traje de payaso.

De ahora hasta entonces, usted no me volverá a ver.

Constancia y discreción.

—Y bien —dijo a Franz cuando este terminó la lectura—; ¿qué piensa de esto, querido amigo?

—Pues pienso —respondió Franz— que la cosa toma todo el cariz de una aventura muy agradable.

—Eso es lo que yo pienso, también —dijo Albert—, y mucho me temo que va a tener que ir usted solo al baile del duque de Bracciano.

Franz y Albert habían recibido esa misma mañana una invitación del célebre banquero romano.

—Cuidado, mi querido Albert —dijo Franz—, toda la aristocracia estará en casa del duque; y si su bella desconocida es realmente de la aristocracia, no podrá dejar de ir.

—Que vaya o no, yo mantengo mi opinión sobre ella —continuó Albert—, ¿ha leído usted la nota?

—Sí.

—¿Usted sabe la pobre educación que reciben en Italia las mujeres del *mezzo cito*?

Así se llama a la burguesía.

—Sí —respondió otra vez Franz.

—Y bien, vuelva a leer el billete, examine la escritura y encuéntreme una falta o de lengua o de ortografía.

En efecto, la escritura era encantadora y la ortografía irreprochable.

—Está usted predestinado, Albert —dijo Franz devolviéndole por segunda vez la carta.

—Sí, ríase lo que quiera, bromea todo lo que le plazca —repuso Albert —: estoy enamorado.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Me espanta! —exclamó Franz—. Veo que no solamente iré solo al baile del duque de Bracciano, sino que además podría muy bien tener que volver solo a Florencia.

—Lo cierto es que si mi desconocida es tan digna de amor como hermosa, le declaro que me asiento en Roma por seis semanas al menos. Adoro Roma, y además siempre he tenido un marcado gusto por la arqueología.

—Vamos, un encuentro o dos como ese, y no desespero de verle miembro de la Academia de las Inscripciones y de las Bellas-Letras.

Sin duda Albert iba a discutir seriamente sus derechos al sillón académico, pero vinieron a anunciar a los dos amigos que la mesa estaba servida. Ahora bien, el amor en Albert no era nada contrario al apetito. Se apresuró, pues, así como su amigo, a sentarse a la mesa, bajo el riesgo de retomar la discusión después de cenar.

Tras la cena, anunciaron al conde de Montecristo. Hacía dos días que no le veían. Un asunto, había dicho maese Pastrini, le había llamado a Civita-Vecchia. Se había marchado la víspera por la tarde, y se encontraba de vuelta desde hacía apenas una hora.

El conde estuvo encantador; sea porque estaba observando, sea porque la ocasión no despertaba en él las fibras acrimoniosas, reveladas en ciertas

circunstancias dos o tres veces a través de sus amargas palabras, estuvo poco más o menos como todo el mundo. Este hombre era para Franz un verdadero enigma. El conde no podía tener dudas de que el joven viajero le hubiese reconocido; y sin embargo, ni una sola palabra desde el nuevo encuentro parecía indicar en su boca que recordase haberle visto antes. Por su parte, por muchas ganas que tuviera Franz de hacer alusión a su primer encuentro, el temor a ser desagradable a un hombre que le había colmado de atenciones, a él y a su amigo, le retenía. Continuó, pues, manteniendo la misma reserva que él.

El conde se había enterado de que los dos amigos habían querido coger un palco en el teatro Argentina, y que les habían dicho que todos estaban completos.

En consecuencia les traía la llave del suyo; al menos ese era el motivo de su visita.

Franz y Albert hicieron algunas objeciones, alegando que temían privarle a él del palco; pero el conde les respondió que puesto que él iba aquella noche al teatro Palli, su palco del teatro Argentina quedaría vacío si ellos no lo aprovechaban.

Esto determinó a los jóvenes a aceptar.

Franz casi se había habituado a la palidez del conde que tanto le llamó la atención la primera vez que lo vio. No podía evitar hacer justicia a la belleza de su rostro severo, cuya palidez era el único defecto, o quizá la principal cualidad. Verdadero héroe de Byron, Franz no podía, no diríamos verle, sino solamente pensar en él sin que se le representase ese rostro sombrío sobre los hombros de Manfredo o bajo el tocado de Lara. Tenía esa arruga en la frente que indica la presencia incesante de un pensamiento amargo; tenía esos ojos ardientes que leen en lo más profundo de las almas; tenía esos labios altivos y burlones que dan a las palabras que de ellos se escapan ese carácter particular que hace que se graben profundamente en la memoria de quienes las escuchan.

El conde ya no era joven; tenía al menos cuarenta años, y sin embargo, se comprendía de maravilla que estaba hecho para prevalecer sobre los jóvenes con los que se encontraba. En realidad, es que, como última

semejanza con los héroes de la fantasía del poeta inglés, el conde parecía tener el don de la fascinación.

Albert no se cansaba de hablar sobre la dicha que él y Franz habían tenido de encontrar a un hombre así. Franz era menos entusiasta, y sin embargo sufría la influencia que ejerce todo hombre superior sobre el espíritu de los que le rodean.

Pensaba en ese proyecto de ir a París que el conde había manifestado ya dos o tres veces, y no dudaba de que, con ese carácter excéntrico, ese rostro característico y esa colosal fortuna, el conde produciría el mayor efecto.

Y sin embargo, no le gustaría estar allí cuando el conde llegase.

La velada transcurrió como transcurren de ordinario las veladas de teatro en Italia, no escuchando a los cantantes, sino haciendo visitas y charlando. La condesa G... quería llevar la conversación hacia el conde, pero Franz le anunció que tenía algo más novedoso que contarle, y, a pesar de las demostraciones de falsa modestia a las que se entregó Albert, Franz relató a la condesa el gran acontecimiento que desde hacía tres días era objeto de la preocupación de los dos amigos.

Como estas intrigas no son raras en Italia, o al menos es lo que se hace creer a los viajeros, la condesa no fue en absoluto incrédula, y felicitó a Albert por los comienzos de una aventura que prometía terminar de una manera tan satisfactoria.

Se despidieron prometiendo volverse a ver en el baile del duque de Bracciano, al que estaba invitada toda Roma.

La dama del ramillete mantuvo su promesa: ni al día siguiente, ni al siguiente, dio señales de vida a Albert.

Por fin llegó el martes, el último y más ruidoso de los días de carnaval. El martes de carnaval los teatros abren a las diez de la mañana, pues pasadas las ocho de la tarde se entra en la cuaresma. El martes, todo aquel que por falta de tiempo, de dinero o de entusiasmo aún no ha tomado parte en las fiestas precedentes, se inmiscuye en la bacanal, se deja arrastrar por la orgía, y aporta su cuota de ruido y de bullicio al bullicio y al ruido general.

Desde las dos hasta las cinco, Franz y Albert participaron en las filas, intercambiando puñados de confeti con los coches de la fila opuesta y los peatones que circulaban entre los pies de los caballos, entre las ruedas de las carrozas, sin que sobreviniera en medio de ese espantoso tropel ni un solo accidente, ni una sola disputa, ni una sola agarrada. Los italianos son el pueblo por excelencia en ese sentido. Las fiestas son para ellos verdaderas fiestas. El autor de esta historia, que ha vivido en Italia cinco o seis años, no recuerda haber visto nunca una solemnidad de este tipo que se viera turbada por uno solo de esos sucesos que sirven siempre de corolario a las nuestras en Francia.

Albert tenía un gran éxito con su disfraz de payaso. Llevaba sobre el hombro un lazo de cintas rosas cuyos extremos le llegaban hasta las corvas. Para no prestarse a confusión alguna entre él y Franz, este seguía llevando su disfraz de campesino romano.

Cuanto más avanzaba el día, más aumentaba el tumulto; en cada calle, en cada coche, en cada ventana, no quedaba ni una sola boca cerrada, ni un solo brazo que quedase ocioso; era verdaderamente una tempestad humana compuesta de truenos de gritos, de granizadas de peladillas, ramilletes, huevos de harina, naranjas y flores.

A las tres, las salvas de morterete, disparadas a la vez en la plaza del Popolo y en el palacio de Venecia, atravesando con gran esfuerzo ese horrible tumulto, anunciaban que las carreras iban a comenzar.

Las carreras, como los *moccoli*, son uno de los episodios particulares de los últimos días de carnaval. Al ruido de las salvas, los coches rompieron de inmediato sus filas y se refugiaron en la calle transversal más próxima al lugar en el que se encontraban.

Todas esas evoluciones se llevaron a cabo, por lo demás, con una inconcebible destreza y una maravillosa rapidez, y ello sin que la policía se preocupara lo más mínimo de asignar a cada uno un puesto o de trazar para cada uno una ruta.

Los peatones se pegaron a los muros del palacio, después se oyó un enorme ruido de caballos y de vainas de sables.

Una escuadra de carabinieri de quince en fondo recorría al galope y en toda su anchura la calle del Corso, que iba barriendo para hacer sitio a los

barberi. Cuando la escuadra llegó al palacio de Venecia, el eco de otra batería de salvas anunció que la calle quedaba libre.

Casi enseguida, en medio de un clamor inmenso, universal, inaudito, se vio pasar como sombras a siete u ocho caballos bereber, los llamados *barberi*, espoleados por el clamor de trescientas mil personas y por las láminas numeradas que, como excrecencias de hierro, les rebotaban sobre el lomo; después, el cañón del castillo Sant'Angelo lanzó tres cañonazos: era para anunciar que el número tres había ganado.

Al pronto, sin otra señal que esa, los coches se pusieron de nuevo en movimiento, refluendo hacia el Corso, desembocando por todas las calles como torrentes que, retenidos un instante, se lanzaran todos juntos al lecho del río que alimentan con sus aguas, y la oleada inmensa, más rápida que nunca, volvió a retomar su curso entre las dos orillas de granito.

Sólo que un nuevo elemento de ruido y bullicio se había mezclado al gentío: los vendedores de *moccoli* acababan de entrar en escena.

Los *moccoli* o *moccoletti* son velas que varían de grosor, desde el cirio pascual a la torcida de cera o cerilla larga, que despiertan entre los actores de la gran escena con la que concluye el carnaval romano dos preocupaciones opuestas:

- 1.^a La de conservar encendido su *moccoletto*.
- 2.^a La de intentar apagar el *moccoletto* de los demás.

Ocurre con el *moccoletto* como con la vida: el hombre no ha encontrado más que un medio de transmitirla, y ese medio le viene de Dios.

Pero ha encontrado mil maneras de quitarla; es cierto que para esa operación suprema, el diablo le ha venido un poco en ayuda.

El *moccoletto* se enciende al acercarlo a una llama cualquiera.

¿Pero quién puede describir las mil maneras inventadas para apagarlo; los soplos gigantescos, los apagavelas monstruosos, los abanicos sobrehumanos?

Todo el mundo se apresuró, pues, a comprar *moccoletti*; Franz y Albert como los demás.

La noche caía rápidamente, y ya, al grito de: «*Moccoli!*», repetido por las estridentes voces de un millar de vendedores, dos o tres estrellas comenzaron a brillar por encima del gentío.

Fue como una señal.

Al cabo de diez minutos, cincuenta mil luces brillaron bajando del palacio de Venecia a la plaza del Popolo, y subiendo de la plaza del Popolo al palacio de Venecia.

Se diría que era la fiesta de los fuegos fatuos.

Uno no puede hacerse una idea del espectáculo, si no lo ha visto.

Imaginemos a todas las estrellas desprendiéndose del cielo y viniendo a la tierra en una alocada danza.

Y todo ello acompañado de gritos como jamás oído humano haya escuchado sobre el resto de la superficie del globo.

Es sobre todo en ese momento cuando ya no hay distinciones sociales. El *facchino* se une al príncipe, el príncipe al *trastevere*, el *trastevere* al burgués; unos y otros, soplando, apagando, encendiendo. Si el viejo Eolo apareciera en ese momento, sería proclamado rey de los *moccoli*, y Aquilón, presunto heredero de la corona.

Esa carrera alocada y llameante duró dos horas poco más o menos; la calle del Corso estaba iluminada como en pleno día, se distinguían los rostros de los espectadores hasta los del tercer y cuarto piso.

Cada cinco minutos Albert sacaba el reloj; finalmente, el reloj marcó las siete.

Los dos amigos se encontraban justamente a la altura de la Vía dei Pontefici; Albert se apeó de un salto de la calesa con su *moccoletto* en la mano.

Dos o tres máscaras quisieron acercársele para apagarlo o arrebatárselo, pero, como hábil boxeador, Albert las envió rodando a unas y a otras a diez pasos de él, mientras continuaba su carrera hacia la iglesia de San-Giacomo.

Las gradas estaban llenas de curiosos y de enmascarados que peleaban por quitase la vela de las manos. Franz seguía con la mirada a Albert y le vio poner el pie sobre el primer escalón; después, casi enseguida, una máscara que llevaba el tan conocido disfraz de la campesina del ramillete alargó el brazo y, sin que esta vez Albert opusiera resistencia alguna, le llevó el *moccoletto*.

Franz estaba demasiado lejos para oír las palabras que intercambiaron, pero sin duda no tenían nada de hostiles, pues vio que Albert y la campesina se alejaban cogidos del brazo.

Les siguió por algún tiempo en medio de la gente, pero, en la Vía Macello, les perdió de vista.

De repente, el sonido de la campana que da la señal del cierre del carnaval resonó en el aire, y al mismo tiempo todos los *moccoli* se apagaron como por ensalmo. Uno diría que una única e inmensa bocanada de aire los había apagado todos.

Franz se vio en la oscuridad más profunda.

A la vez, todos los gritos cesaron, como si el potente soplo que se había llevado las luces se hubiera llevado al mismo tiempo el ruido.

Sólo se oyó el rodar de las carrozas que llevaban a las máscaras cada una a su casa; sólo se vieron las escasas luces que brillaban detrás de las ventanas.

El carnaval había terminado.

Capítulo XXXVII

Las catacumbas de San Sebastián

Quizá, Franz, en toda su vida había sentido una impresión tan tajante, un paso tan rápido de la alegría a la tristeza, como en este momento; se diría que Roma, bajo el soplo mágico de algún demonio de la noche, acababa de transformarse en una vasta tumba. Por un azar, que se añadía además a la intensidad de las tinieblas, la luna, que estaba en cuarto menguante, no debía aparecer hasta las once de la noche; las calles que el joven atravesaba estaban, pues, sumidas en la más profunda oscuridad. Por lo demás, el trayecto era corto; al cabo de diez minutos, su coche, o mejor dicho el del conde, se detuvo delante del hotel Londres.

Le esperaba la cena; pero como Albert había avisado que no volvería pronto, Franz se sentó a la mesa sin esperarle.

Maese Pastrini, que estaba acostumbrado a verlos cenar juntos, se informó sobre las causas de la ausencia de Albert, pero Franz se limitó a responder que Albert había recibido la víspera una invitación a la que había acudido. La súbita extinción de los *moccoletti*, esa oscuridad que había reemplazado a la luz, ese silencio que había sucedido al ruido, habían dejado en el espíritu de Franz una cierta tristeza que no estaba exenta de inquietud. Cenó, pues, muy silenciosamente a pesar de la

laboriosa solicitud de su patrón, que entró dos o tres veces para preguntar si necesitaba algo.

Franz estaba decidido a esperar a Albert el mayor tiempo posible. Pidió, pues, el coche para las once, rogando a maese Pastrini que le avisara de inmediato si Albert reaparecía por el hotel para lo que fuera. A las once, Albert no había vuelto. Franz se vistió y salió, avisando a Pastrini de que pasaría la noche en casa del duque de Bracciano.

La casa del duque de Bracciano es una de las casas más agradables de Roma; su mujer, una de las últimas herederas de los Colonna, hace los honores de la casa de una manera perfecta; esa es la causa de que sus fiestas tengan fama en toda Europa. Franz y Albert habían llegado a Roma con cartas de recomendación para el duque, así que la primera cuestión que le plantearon a Franz fue preguntar qué había sido de su compañero de viaje. Franz respondió que se había separado de él en el momento en el que iban a apagar los *moccoli*, y que le perdió de vista en la Via Macello.

—¿Entonces no volvió al hotel? —preguntó el duque.

—Le esperé hasta ahora mismo —respondió Franz.

—¿Y sabe usted adónde iba?

—No, no exactamente; sin embargo creo que se trataba de algo así como una cita.

—¡Diablos! —dijo el duque—. Es un mal día, o más bien es una mala noche para andar por ahí, ¿no es así, señora condesa?

Las últimas palabras iban dirigidas a la condesa de G..., que acababa de llegar, y que se paseaba del brazo del señor de Torlonia, hermano del duque.

—Pues, por el contrario, me parece que es una noche encantadora —respondió la condesa—; y los que estamos aquí sólo nos quejaremos de una cosa, y es de que la noche pase demasiado rápidamente.

—Pero yo no hablo de los que estamos aquí, pues el único peligro que corren los hombres es enamorarse de usted, y las mujeres, el de caer enfermas de celos al verla a usted tan bella; yo hablo de los que deambulan por las calles de Roma.

—¡Eh! Buen Dios —preguntó la condesa—, ¿quién deambula por las calles de Roma a estas horas, a no ser que sea para venir al baile?

—Nuestro amigo Albert de Morcerf, señora condesa, a quien he dejado siguiendo a su desconocida hacia las siete de la tarde —dijo Franz—, y a quien no he vuelto a ver.

—¡Cómo! ¿Y no sabe usted dónde está?

—En absoluto.

—¿Lleva armas?

—Va vestido de payaso.

—No debería haberle dejado ir —dijo el duque a Franz—, usted que conoce Roma mejor que él.

—¡Oh! Sí, claro, hubiera sido como intentar detener al número tres de los *barberi*, el caballo que ha ganado hoy la carrera —respondió Franz—; y además, ¿qué cree usted que puede pasarle?

—¡Quién sabe! La noche está muy oscura, y el Tíber está muy cerca de la Via Macello.

Franz sintió un escalofrío que le corría por las venas al ver al duque y a la condesa tan de acuerdo en su preocupación por Albert.

—Además, he dejado dicho en el hotel que pasaré la noche en su casa, señor duque —dijo Franz—, y vendrán a avisarme en cuanto Albert regrese.

—¡Vaya! —dijo el duque—. Creo que, justamente, uno de mis criados le busca a usted.

El duque no se equivocaba; al ver a Franz el sirviente se le acercó.

—Excelencia —dijo—, el encargado del hotel Londres le avisa de que un hombre le espera allí con una carta del vizconde de Morcerf.

—¡Con una carta del vizconde! —exclamó Franz.

—Sí.

—¿Y quién es ese hombre?

—Lo ignoro.

—¿Por qué no ha venido a traérmela aquí?

—El mensajero no me ha dado ninguna explicación.

—¿Y dónde está el mensajero?

—Se ha marchado en cuanto me vio entrar en la sala de baile para avisar a Su Excelencia.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo la condesa a Franz—. Vaya enseguida. Pobre joven, quizá haya sufrido un accidente.

—Voy volando —dijo Franz.

—¿Le veremos a usted para tener noticias? —preguntó la condesa.

—Sí, si la cosa no es grave; si no, no respondo de lo que será de mí.

—En todo caso, prudencia —dijo la condesa.

—¡Oh! Esté tranquila.

Franz cogió su sombrero y marchó a toda prisa. Había despedido el coche citándole a las dos de la mañana, pero por fortuna el palacio Bracciano, que da por un lado a la calle del Corso y por el otro a la plaza de los Santos Apóstoles, está apenas a diez minutos, caminando, del hotel Londres. Al acercarse al hotel, Franz vio a un hombre de pie en medio de la calle; no dudó ni un solo instante de que ese hombre fuera el mensajero de Albert. Iba envuelto en una gran capa. Fue hacia él; pero, para gran sorpresa de Franz, fue ese hombre quien le dirigió la palabra el primero.

—¿Qué quiere usted de mí, Excelencia? —dijo, dando un paso hacia atrás como alguien que quiere mantenerse sobre aviso.

—¿No es usted —preguntó Franz— quien me trae una carta del vizconde de Morcerf?

—¿Es Su Excelencia quien se aloja en el hotel de Pastrini?

—Sí.

—¿Es Su Excelencia el compañero de viaje del vizconde?

—Sí.

—¿Cómo se llama Su Excelencia?

—Soy el barón Franz d'Épinay.

—Entonces es a Su Excelencia a quien va dirigida la carta.

—¿Se espera respuesta? —preguntó Franz, cogiendo la carta.

—Sí, al menos su amigo la espera.

—Suba conmigo, entonces, y se la daré.

—Prefiero esperar aquí —dijo riendo el mensajero.

—¿Por qué?

—Su Excelencia comprenderá cuando haya leído la carta.

—Entonces, ¿me esperará aquí?

—Sin ninguna duda.

Franz entró; en la escalera encontró a maese Pastrini.

—¿Y bien? —le preguntó este.

—¿Y bien, qué? —respondió Franz.

—¿Ha visto usted al hombre que deseaba hablar con usted de parte de su amigo? —preguntó a Franz.

—Sí, le he visto, y me ha entregado esta carta. Que lleven luz a mi habitación, se lo ruego.

El patrón dio orden a un sirviente para que precediera a Franz con una vela. El joven encontraba a Pastrini con un aspecto un tanto asustado, y eso le producía un mayor deseo de leer cuanto antes la carta de Albert, así que la acercó a la vela en cuanto estuvo encendida y desplegó el papel. La carta estaba escrita y firmada por la mano de Albert. Franz la leyó dos veces, tan lejos estaba de esperar encontrarse con lo que decía.

Textualmente decía así:

Querido amigo, en cuanto reciba esta carta, haga el favor de coger de mi cartera, que encontrará en el cajón central del secreter, los talones de crédito; una a ellos los de usted si no es suficiente. Corra a casa del duque Torlonia, pida al instante cuatro mil piastras y deselas al portador de esta misiva. Es urgente que me entreguen esa suma sin ningún retraso.

No insisto más, cuento con usted como usted puede contar conmigo.

P. S. I believe now to italian banditti.

Su amigo,

ALBERT DE MORCERF

Por encima de estas líneas estaban escritas, con una mano desconocida, estas palabras en italiano:

Se alle sei della mattina le quattro mile piastre non sono nelle mie mani, alla sette il conte Alberto avia cessato di vivere.

LUIGI VAMPA

Esta segunda firma explicó todo a Franz, que comprendió la negativa del mensajero a subir con él; la calle le parecía más segura que la habitación de Franz. Albert había caído en manos del famoso jefe de bandidos, en cuya existencia se había negado Franz a creer.

No había tiempo que perder. Corrió al secreter, lo abrió, en el cajón indicado encontró la cartera, y en la cartera los talones de crédito: en total disponía de seis mil piastras, pero de esas seis mil, Albert ya había gastado tres mil. En cuanto a Franz, no tenía ningún talón de crédito: como vivía en Florencia, y había venido a Roma para pasar siete u ocho días solamente, había cogido un centenar de lises y le quedaban unos cincuenta a lo más.

Necesitaba, pues, seiscientas u ochocientas piastras para reunir entre los dos la suma pedida. Es cierto que Franz podía contar, en un caso así, con la generosidad de los señores Torlonia.

Se preparaba, pues, para volver al palacio Bracciano sin perder un instante, cuando de repente se le ocurrió una idea luminosa.

Pensó en el conde de Montecristo. Franz iba a dar la orden de que viniera maese Pastrini, cuando le vio aparecer en el mismo umbral de su puerta.

—Mi querido señor Pastrini —le dijo con viveza—, ¿cree usted que el conde está en sus habitaciones?

—Sí, Excelencia, acaba de entrar.

—¿Y le habrá dado tiempo de acostarse?

—Lo dudo.

—Entonces, llame a su puerta, se lo ruego, y pregunte si tengo permiso para visitarle.

Maese Pastrini se apresuró a seguir las instrucciones que le daba; cinco minutos después, estaba de vuelta.

—El conde espera a Su Excelencia —dijo.

Franz atravesó el pasillo, un sirviente le introdujo en los apartamentos del conde. Estaba en un pequeño gabinete que Franz no había visto aún, y que estaba rodeado de divanes. El conde vino a su encuentro.

—¡Eh! ¿Qué le trae por aquí a estas horas? —le dijo—. ¿Viene tal vez a invitarme a cenar? ¡Pardiez, que eso sería muy agradable!

—No, vengo a hablarle de un asunto grave.

—¿De un asunto! —dijo el conde mirando a Franz, con esa profunda mirada tan habitual en él—. ¿Y de qué asunto?

—¿Estamos solos?

El conde fue a la puerta y volvió.

—Perfectamente solos —dijo.

Franz le dio la carta de Albert.

—Lea —le dijo.

El conde leyó la carta.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo.

—¿Ha leído la posdata?

—Sí —dijo—, ya veo:

Se alle sei della mattina le quattro mille piastre non sono nelle mie mani, alla sette il conte Alberto avia cessato di vivere.

LUIGI VAMPA

—¿Qué dice usted a eso? —preguntó Franz.

—¿Tiene usted la suma que le piden?

—Sí, menos ochocientas piastras.

El conde fue a su secreter, abrió un cajón lleno de oro:

—¿Espero —le dijo a Franz— que no me habrá hecho usted la afrenta de dirigirse a otros antes que a mí?

—Ya ve que, por el contrario, he venido directamente a usted —dijo Franz.

—Y yo se lo agradezco; sírvase.

E hizo un gesto para que Franz cogiera lo que quisiera del cajón.

—¿Y es necesario enviar esa suma a Luigi Vampa? —preguntó el joven mirando a su vez fijamente al conde.

—¡Hombre! —dijo—. Juzgue usted mismo, la posdata es muy precisa.

—Me parece que, si usted se molestara, buscaría algún modo para simplificar la negociación —dijo Franz.

—¿Qué modo? —preguntó el conde asombrado.

—Por ejemplo, si fuésemos juntos a ver a Luigi Vampa, estoy seguro de que no le negaría a usted la libertad de Albert.

—¿A mí? ¿Y qué influencia quiere que tenga yo con ese bandido?

—¿No acaba usted de hacerle uno de esos favores que no se olvidan?

—¿Qué favor?

—¿No acaba usted de salvar la vida a Peppino?

—¡Ah! ¿Quién le dijo eso?

—No importa; lo sé.

El conde se quedó un instante mudo y con el ceño fruncido.

—¿Y si yo fuera a ver a Vampa, usted me acompañaría?

—Si mi compañía no le resulta demasiado desagradable.

—Y bien; de acuerdo; el tiempo es espléndido, un paseo por el campo de Roma sólo puede hacernos bien.

—¿Necesitamos armas?

—¿Para qué?

—¿Dinero?

—No es necesario. ¿Dónde está el hombre que trajo la nota?

—En la calle.

—¿Espera respuesta?

—Sí.

—Tenemos que saber, al menos, adónde vamos; voy a llamarle.

—Es inútil, no ha querido subir.

—Con usted, quizá; pero conmigo, no habrá dificultad.

El conde se fue a la ventana del gabinete que daba a la calle, y silbó de una manera especial. El hombre de la capa se apartó de la pared y fue hasta el medio de la calle.

—*Salite!* —dijo el conde, en el mismo tono con el que hubiera dado una orden a un sirviente.

El mensajero obedeció de inmediato, sin dudarle, con premura incluso, y franqueando los cuatro peldaños de la escalinata entró en el hotel. Cinco segundos después, estaba en la puerta del gabinete.

—¡Ah! ¡Eres tú, Peppino! —dijo el conde.

Pero Peppino, en lugar de responder, se echó a sus pies, cogió la mano del conde y se la llevó a los labios repetidamente.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo el conde—. ¡Aún no has olvidado que te salvé la vida! Es extraño, sin embargo, hace ya ocho días de eso.

—No, Excelencia, y no lo olvidaré nunca —respondió Peppino con el sentimiento de un profundo agradecimiento.

—Nunca, ¡nunca es demasiado tiempo! Pero, en fin, ya es mucho que al menos así lo creas. Levántate y dime.

Peppino echó una mirada inquieta de reojo a Franz.

—¡Oh! Puedes hablar delante de Su Excelencia —dijo—, es uno de mis amigos. Permita usted que le llame amigo —dijo en francés volviéndose hacia Franz—; es necesario para atraer la confianza de este hombre.

—Puede usted hablar delante de mí —repuso Franz—, soy amigo del conde.

—Menos mal —dijo Peppino volviéndose a su vez hacia el conde—; que Su Excelencia me interrogue, y yo contestaré.

—¿Cómo es que el vizconde Albert ha caído en las manos de Luigi?

—Excelencia, la calesa del francés se cruzó varias veces con la de Teresa.

—¿La amante del jefe?

—Sí, el francés le echaba miradas cariñosas, Teresa se divirtió devolviéndoselas; el francés le tiró ramilletes, ella se los devolvió; todo eso, por supuesto, con el consentimiento del jefe, que estaba en la misma calesa.

—¡Cómo! —exclamó Franz—. ¿Luigi Vampa iba en la calesa de las campesinas romanas?

—Era él el que conducía, disfrazado de cochero —respondió Peppino.

—¿Y después? —preguntó el conde.

—Y bien, después, el francés se quitó la máscara; Teresa, siempre con el consentimiento del jefe, hizo otro tanto; el francés le pidió una cita, Teresa se la concedió; solamente que, en lugar de Teresa, fue Beppo quien estaba en la escalinata de la iglesia de San Giacomo.

—¡Cómo! —interrumpió de nuevo Franz—. ¿Esa campesina que le arrebató el *moccoletto*...?

—Era un muchacho de unos quince años —respondió Peppino—; pero que no se avergüence su amigo por haberse dejado engañar; Beppo ha engañado a muchos otros.

—¿Y Beppo le condujo, pues, extramuros? —dijo el conde.

—Justamente; una calesa esperaba al final de la Via Macello; Beppo se subió invitando al francés a seguirle; no se lo hizo decir dos veces. Ofreció galantemente la derecha a Beppo y se sentó junto a él. Beppo le dijo entonces que iba a llevarle a una villa situada a una legua de Roma. Beppo aseguró que el francés estaba dispuesto a seguirle al fin del mundo. Enseguida el cochero subió por la calle di Ripetta, llegó a la puerta San-Paolo, y a doscientos pasos del campo, como el francés se volvía demasiado atrevido, palabra, Beppo le puso un par de pistolas en la garganta; enseguida el cochero detuvo a los caballos, se dio la vuelta en su asiento e hizo otro tanto. Al mismo tiempo, cuatro de los nuestros, que estaban escondidos a las orillas del Almo, se echaron sobre las portezuelas. El francés no dejaba de defenderse, incluso creo que casi estrangula a Beppo, por lo que oí decir, pero no tenía nada que hacer contra cinco hombres armados. Tuvo que rendirse; le hicieron bajar del coche, siguieron por la orilla del riachuelo y le llevaron ante Teresa y Luigi, que le esperaban en las catacumbas de San Sebastián.

—Y bien, vaya —dijo el conde dirigiéndose a Franz—, me parece que esa historia vale lo que cualquier otra. ¿Qué dice usted, que es un entendido?

—Digo que me parecería muy graciosa —respondió Franz—, si le hubiera sucedido a otro que no fuera al pobre Albert.

—El hecho es —dijo el conde— que si no me hubiera usted encontrado, sería un lance amoroso que costaría un poco caro a su amigo; pero, tranquilícese, sólo lo pagará con el miedo que ha pasado.

—¿Vamos a ir entonces a buscarle? —preguntó Franz.

—¡Pardiez! Y además es un lugar muy pintoresco. ¿Conoce usted las catacumbas de San Sebastián?

—No, nunca he bajado a ellas, pero me había prometido hacerlo un día.

—Pues bien, ahí tiene una buena ocasión, será difícil encontrar otra mejor. ¿Tiene el coche?

—No.

—No importa; tienen la costumbre de tenerme uno ya enganchado, noche y día.

—¿Enganchado?

—Sí, soy un ser muy caprichoso; tengo que decirle que a veces, al levantarme, o después de cenar, o en medio de la noche, me entran ganas de ir a cualquier parte del mundo, y allá voy.

El conde tiró del cordón una vez y su ayuda de cámara apareció.

—Saque el coche de la cochera —dijo—, y quiten las pistolas que lleva en los bolsos; no hace falta que despierte al cochero: Alí conducirá.

Al cabo de un instante se oyó el ruido del coche que se detenía delante de la puerta.

El conde sacó su reloj.

—Las doce y media —dijo—; aunque saliesemos de aquí a las cinco de la mañana, llegaríamos a tiempo; pero quizá ese retraso le haría pasar una mala noche a su amigo; así que más vale ir enseguida a arrancarle de las garras de los infieles. ¿Sigue usted decidido a acompañarme?

—Más que nunca.

—Pues bien, entonces, venga conmigo.

Franz y el conde salieron, seguidos de Peppino.

En la puerta, les esperaba el coche. Alí estaba en el pescante. Franz reconoció al esclavo mudo de la gruta de Montecristo.

Franz y el conde subieron al coche, que era un cupé; Peppino se colocó junto a Alí, y partieron al galope. Alí había recibido órdenes con anterioridad, pues tomó la calle del Corso, atravesó el Campo Vaccino, subió por la Strada San-Gregorio y llegó a la puerta San Sebastián; allí el guardián puso algunas dificultades, pero el conde de Montecristo presentó una autorización del gobernador de Roma para salir y entrar en Roma a cualquier hora, de día o de noche; así que la barrera se levantó, el portero recibió un luis por su trabajo, y pasaron.

El camino que seguía el coche era la antigua Via Appiana, bordeada de tumbas. De vez en cuando, al resplandor de la luna que comenzaba a salir,

a Franz le parecía ver un centinela despegarse de cada ruina; pero enseguida, tras el intercambio de señas entre Peppino y el centinela, el centinela volvía a la sombra y desaparecía.

Un poco antes del circo de Caracalla, el cupé se detuvo, Peppino vino a abrir la portezuela y el conde y Franz se apearon.

—Dentro de diez minutos —dijo el conde a su acompañante—, llegaremos.

Después, cogiendo aparte a Peppino, le dio una orden en voz baja, y Peppino partió después de proveerse de una antorcha que sacó del cofre de la berlina.

Aún pasaron cinco minutos, durante los cuales Franz vio al pastor meterse por un pequeño sendero en medio de los accidentes del terreno que forman el suelo convulso de la llanura de Roma, y desaparecer entre los altos hierbajos rojizos que parecen las crines erizadas de un gigantesco león.

—Ahora —dijo el conde—, sigámosle.

Franz y el conde se adentraron a su vez por el mismo sendero, que, al cabo de un centenar de pasos, les condujo por una pendiente inclinada hasta el fondo de un pequeño valle.

Enseguida vieron a dos hombres charlando en la sombras.

—¿Debemos continuar —preguntó Franz al conde—, o hay que esperar?

—Vamos; Peppino debe haber avisado de nuestra llegada al centinela.

En efecto, uno de esos dos hombres era Peppino, el otro, un bandido que se mantenía al descubierto.

Franz y el conde se acercaron; el bandido saludó.

—Excelencia —dijo Peppino dirigiéndose al conde—, si quiere usted seguirme, la boca de las catacumbas está a dos pasos de aquí.

—Está bien —dijo el conde—, ve delante.

En efecto, detrás de un macizo de arbustos y en medio de algunas rocas había una abertura por la que apenas si podía pasar un hombre.

Peppino entró el primero por esa especie de grieta; pero en cuanto dieron algunos pasos más adentro, el paso subterráneo se ensanchó. Entonces se detuvo, encendió la antorcha y se volvió para ver si le seguían.

El conde se había adentrado el primero por una especie de tragaluz, y Franz venía detrás de él.

El terreno se hundía por una suave pendiente y se ensanchaba a medida que avanzaban; pero, sin embargo, Franz y el conde se veían forzados a caminar curvados y les hubiese costado trabajo entrar de dos en fondo. Dieron unos ciento cincuenta pasos más, después se detuvieron ante el grito: «¿quién vive?».

Al mismo tiempo, en medio de la oscuridad, vieron brillar sobre el cañón de una carabina el reflejo de su propia antorcha.

—¡Amigo! —dijo Peppino.

Avanzó solo y dijo algunas palabras en voz baja a este segundo centinela que, como el primero, saludó haciendo una señal a los visitantes nocturnos de que podían continuar su camino.

Detrás del centinela había una escalera de unos veinte escalones; Franz y el conde los bajaron y se encontraron en una especie de encrucijada mortuoria. Cinco vías divergían como los rayos de una estrella, y las paredes de los muros, con huecos superpuestos de nichos con la forma de ataúdes, indicaban que, finalmente, habían entrado en las catacumbas.

En una de esas cavidades, cuya extensión era imposible de distinguir, se veían ciertos reflejos de luz.

El conde puso la mano sobre el hombro de Franz.

—¿Quiere usted ver un campamento de bandidos en reposo? —le dijo.

—Ciertamente, sí —respondió Franz.

—Pues bien, venga conmigo... Peppino, apaga la antorcha.

Peppino obedeció, y Franz y el conde se encontraron en la más profunda oscuridad; solamente que, a cincuenta pasos poco más o menos por delante de ellos, continuaron danzando a lo largo de los muros algunos resplandores rojizos, aún más visibles desde que Peppino apagara la antorcha.

Avanzaron silenciosamente, el conde guiando a Franz como si tuviera esa singular facultad de ver en las tinieblas. Por lo demás, el mismo Franz distinguía con mayor facilidad el camino a medida que se acercaban a esos reflejos que les servían de guía.

Tres arcos, siendo el del centro el que hacía de puerta, les abrían el paso.

Esos arcos daban, por un lado, a un corredor en el que estaban el conde y Franz, y por el otro a una gran estancia cuadrada rodeada de nichos como los que hemos mencionado. En medio de esa estancia había cuatro piedras que antaño habían hecho de altar, como indicaba la cruz que coronaba aún el promontorio.

Una sola lámpara, colocada en un fuste de columna, iluminaba con una luz pálida y vacilante la extraña escena que se ofrecía a la vista de los dos visitantes invisibles en las sombras.

Un hombre estaba sentado, con el codo apoyado en esa columna, y leía, dando la espalda a los arcos por cuyas aberturas los recién llegados le miraban.

Era el jefe de la banda, Luigi Vampa.

A su alrededor, agrupados sin ningún orden, acostados sobre sus capas o apoyados en una especie de banco de piedra que se extendía a lo largo de todo el columbario, se veía a una veintena de bandidos; todos tenían una carabina al alcance de la mano.

Al fondo, silencioso, apenas visible e igual que una sombra, un centinela se paseaba, de un lado a otro, ante una especie de hueco que no se distinguía más que porque las tinieblas parecían allí más espesas.

Cuando el conde juzgó que Franz se había alegrado suficientemente la vista con ese pintoresco cuadro, se llevó el dedo a los labios para indicarle silencio y, subiendo los tres escalones que conducían del corredor al columbario, entró en la estancia por el arco del centro y se dirigió hacia Vampa, que estaba tan profundamente inmerso en la lectura que no oyó el ruido de sus pasos.

—¿Quién vive? —gritó el centinela menos ocupado y que vio, al resplandor de la lámpara, un sombra creciente detrás de su jefe.

Al oír el grito Vampa se levantó con presteza, sacando a la vez una pistola de la cintura.

En un instante, todos los bandidos estaban en pie, y veinte cañones de carabina apuntaron al conde.

—Y bien —dijo tranquilamente este con una voz perfectamente tranquila y sin que se le moviera un solo músculo de la cara—; y bien, mi querido Vampa, ¡me parece que hay demasiado gasto para recibir a un amigo!

—¡Abajo las armas! —gritó el jefe haciendo un imperativo gesto con una mano, mientras que con la otra se quitaba respetuosamente el sombrero.

Después, dirigiéndose al singular personaje que dominaba toda la escena:

—Perdón, señor conde —le dijo—, pero estaba tan lejos de esperar el honor de su visita, que no le había reconocido.

—Parece que tiene memoria corta en todo, Vampa —dijo el conde—, y que no solamente se olvida del rostro de la gente, sino también de los requisitos que tiene que cumplir con ella.

—¿Y cuáles son los requisitos incumplidos, señor conde? —preguntó el bandido como quien no pide nada más que reparar el error, de haberlo cometido.

—¿No habíamos convenido en que no sólo mi persona sería sagrada, sino también la de mis amigos?

—¿Y en qué he faltado a lo tratado, Excelencia?

—Usted ha raptado esta tarde y ha traído aquí al vizconde Albert de Morcerf; y bien —continuó el conde en un tono que hizo temblar a Franz—, ese joven es *amigo mío*, ese joven se aloja en el mismo hotel que yo, ese joven ha hecho el Corso durante los ocho días en mi propia calesa, y sin embargo, se lo repito, usted lo ha raptado, lo ha traído aquí —añadió el conde sacando la carta de su bolsillo— y le ha puesto un precio de rescate como si fuera un cualquiera.

—¿Por qué no habéis avisado de esto, vosotros? —dijo el jefe dirigiéndose hacia sus hombres, que recularon ante su mirada—. ¿Por qué me habéis expuesto así a faltar a mi palabra con un hombre como el señor conde, que tiene nuestras vidas en sus manos? ¡Por la sangre de Cristo! Si creyera que uno de vosotros sabía que el joven era amigo de Su Excelencia, le levantaría la tapa de los sesos con mis propias manos.

—Y bien —dijo el conde volviéndose hacia Franz—, ya le dije que tenía que haber algún error en todo esto.

—¿No está usted solo? —preguntó Vampa con inquietud.

—Estoy con la persona a quien le fue dirigida la carta, y a quien he querido demostrar que Luigi Vampa es un hombre de palabra. Venga aquí, Excelencia —le dijo a Franz—, este es Luigi Vampa que va a decirle que está desesperado por el error que acaba de cometer.

Franz se acercó; el jefe dio algunos pasos hacia Franz.

—Sea bienvenido entre nosotros, Excelencia —le dijo—; usted acaba de oír lo que ha dicho el conde y lo que le he respondido; añadiré que, en relación con las cuatro mil piastras que había fijado como rescate, no quisiera que tal cosa se hubiera producido.

—Pero —dijo Franz mirando por todo alrededor con inquietud—, ¿dónde está el prisionero? No le veo.

—¡No le ha sucedido nada, espero! —preguntó el conde frunciendo el ceño.

—El prisionero está ahí —dijo señalando con la mano el hueco delante del que el centinela hacía guardia—, y voy a anunciarle yo mismo que está libre.

El jefe avanzó hacia el lugar que él había señalado como lugar de prisión de Albert, y Franz y el conde le siguieron.

—¿Qué hace el prisionero? —preguntó Vampa al centinela.

—A fe mía, capitán —respondió este—, no tengo ni idea; hace ya una hora que no le oigo ni moverse.

—¡Venga por aquí, Excelencia! —dijo Vampa.

El conde y Franz subieron siete u ocho escalones, siempre precedidos de Vampa, que abrió un cerrojo y empujó la puerta.

Entonces, al resplandor de una lámpara igual a la que alumbraba el columbario, se pudo ver a Albert, envuelto en una capa que le había prestado uno de los bandidos, acostado en un rincón y durmiendo el más profundo de los sueños.

—¡Vamos! —dijo el conde sonriendo, con esa sonrisa que le era propia—. Nada mal para un hombre que debía ser fusilado a las siete de la mañana.

Vampa miraba a Albert dormido con una cierta admiración; se veía que no era insensible ante esta prueba de valor.

—Tiene usted razón, señor conde —dijo—, este hombre debe ser uno de sus amigos.

Después, acercándose a Albert y tocándole en el hombro:

—¡Excelencia! —dijo—. ¿Tendría el placer de despertarse?

Albert estiró los brazos, se frotó los párpados y abrió los ojos.

—¡Ah!, ¡ah! ¡Es usted, capitán! Pardiez, tenía que haberme dejado dormir; ¡estaba soñando algo maravilloso! ¡Soñaba que bailaba una galopa en casa de Torlonia con la condesa de G...!

Sacó su reloj, con el que se había quedado para juzgar por sí mismo el paso del tiempo.

—¡La una y media de la mañana! —dijo—. ¿Pero por qué diablos me despierta a estas horas?

—Para decirle que queda usted libre, Excelencia.

—Querido —repuso Albert con la mayor libertad del mundo—, retenga en el futuro esta frase del Gran Napoleón: «No me despierte sino para darme malas noticias». Si me hubiera dejado dormir, acabaría de bailar mi galopa, y se lo hubiese agradecido toda mi vida... ¿es que han pagado ya el rescate?

—No, Excelencia.

—Y bien, entonces, ¿por qué estoy libre?

—Alguien, a quien no puedo negar nada, ha venido en su auxilio.

—¿Hasta aquí?

—Hasta aquí.

—¡Ah! Pardiez, ¡ese alguien es bien amable!

Albert miró alrededor y vio a Franz.

—¡Cómo —le dijo—, es usted, mi querido Franz, quien lleva la amistad a esos extremos!

—No, yo no —respondió Franz—, sino nuestro vecino, el señor conde de Montecristo.

—¡Ah! ¡Pardiez! Señor conde —dijo alegremente Albert ajustándose la corbata y las mangas—, realmente es usted un hombre valioso, y espero que se digne considerarme siempre como su eterno deudor; primero, el

asunto de la calesa, ¡y ahora esto! —y tendió la mano al conde, que se estremeció en el momento de darle la suya, pero que, sin embargo, se la dio.

El bandido contemplaba la escena, estupefacto; era evidente que estaba acostumbrado a ver a sus prisioneros temblar delante de él, y mira por dónde había uno cuyo humor burlón no había sufrido ninguna alteración; en cuanto a Franz, estaba encantado al ver que Albert había hecho valer, incluso frente a un bandido, el honor nacional.

—Mi querido Albert —le dijo—, si se da usted prisa, tendremos tiempo de ir a terminar la noche donde los Torlonia; retomará usted su galopa interrumpida, de manera que no guardará ningún rencor al señor Luigi, que en todo este asunto se ha portado realmente como un hombre galante.

—¡Ah! Realmente —dijo—, tiene usted razón, podremos estar allí a las dos. Señor Luigi —continuó Albert—, ¿hay que cumplir alguna formalidad más antes de despedirme de Su Excelencia?

—Ninguna, señor —respondió el bandido—, es usted libre como el aire.

—En ese caso, dichosa y feliz vida; ¡vengan, señores, vengan!

Y Albert, seguido de Franz y del conde, bajó las escaleras y atravesó la estancia cuadrada; todos los bandidos estaban en pie y con el sombrero en la mano.

—Peppino —dijo el jefe—, dame la antorcha.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que va a hacer? —preguntó el conde.

—Le acompaño —dijo el capitán—, es el mínimo honor que puedo rendir a Su Excelencia.

Y cogiendo la antorcha encendida de manos del pastor, marchó delante de sus huéspedes, no como un sirviente que cumple con una orden de servidumbre, sino como un rey que precede a sus embajadores.

Una vez en la puerta, se inclinó.

—Y ahora, señor conde —dijo—, le renuevo mis excusas, y espero que no guarde ningún resentimiento por lo que acaba de suceder.

—No, mi querido Vampa —dijo el conde—; además, usted reconduce sus errores de una forma tan galante, que casi uno se ve tentado de

agradecerle que los haya cometido.

—¡Señores! —repuso el jefe dirigiéndose a los jóvenes—. Quizá la oferta no les parezca demasiado atrayente, pero si alguna vez desean hacerme una segunda visita, donde quiera que yo esté, serán ustedes bienvenidos.

Franz y Albert saludaron. El conde salió el primero, Albert después, y Franz se quedó el último.

—¿Su Excelencia desea preguntarme algo? —dijo Vampa sonriendo.

—Sí, lo confieso —respondió Franz—; me gustaría saber qué obra estaba usted leyendo con tanta atención, cuando llegamos.

—*Los comentarios de Cesar* —dijo el bandido—, es mi libro preferido.

—Y bien, ¿es que no viene? —preguntó Albert.

—Sí, claro —respondió Franz—, ¡ya voy!

Y salió a su vez del tragaluz.

Dieron algunos pasos en el exterior.

—¡Ah! ¡Perdón! —dijo Albert volviéndose atrás—. ¿Permite, capitán?

Y encendió el cigarro en la antorcha de Vampa.

—Ahora, señor conde —dijo—, ¡la mayor diligencia posible! Tengo un enorme interés en terminar la noche en casa del duque de Bracciano.

El coche les esperaba donde les había dejado; el conde dijo una sola palabra en árabe a Alí, y los caballos partieron al galope.

Eran justo las dos de la mañana en el reloj de Albert cuando los dos amigos entraron en la sala de baile.

Su regreso fue un acontecimiento; pero, como entraron juntos, todas las inquietudes que hubieron podido concebirse respecto a Albert cesaron al instante mismo.

—Señora —dijo el vizconde de Morcerf dirigiéndose hacia la condesa—, ayer tuvo la bondad de prometerme una galopa, vengo un poco tarde a reclamar su gentil promesa; pero aquí está mi amigo, de quien conocéis su amor a la verdad, que afirmará que no ha sido culpa mía.

Y como en ese momento la música iniciaba un vals, Albert pasó el brazo en torno a la cintura de la condesa y desapareció con ella entre el torbellino de las parejas de baile.

Mientras tanto, Franz pensaba en el singular escalofrío que cundió por todo el cuerpo del conde de Montecristo en el momento en el que se vio forzado, de alguna manera, a estrechar la mano de Albert.

Capítulo XXXVIII

La cita

Al día siguiente, al levantarse, la primera palabra de Albert fue para proponer a Franz que fueran a hacer una visita al conde; ya le había dado las gracias la víspera, pero comprendía que un favor como el que acababa de hacerle bien valía un segundo agradecimiento.

Franz, quien sentía una especie de atracción mezclada de terror hacia el conde de Montecristo, no quiso dejarle ir solo a los aposentos del conde, y le acompañó; ambos fueron conducidos al salón. Cinco minutos después, el conde apareció.

—Señor conde —le dijo Albert yendo a su encuentro—, permítame que le repita esta mañana lo que le dije no muy bien ayer; y es que nunca olvidaré en qué circunstancias vino usted en mi ayuda, y recordaré siempre que le debo la vida, o casi.

—Mi querido vecino —respondió el conde riendo—, exagera su deuda conmigo. Usted me debe un pequeño ahorro de unos veinte mil francos en su presupuesto de viaje, eso es todo; ya ve que no merece la pena hablar de ello. Por su parte —añadió—, reciba mi felicitación, estuvo usted adorable en soltura y despreocupación.

—Qué quiere usted, conde —dijo Albert—; creí que me había buscado una buena querrela a la que seguiría un duelo, y quise hacer comprender a esos bandidos una cosa: que en todos los países del mundo hay duelos, pero que sólo los franceses van a ellos riendo. Por otra parte, como mi obligación para con usted no es por ello menor, vengo a preguntarle si yo, mis amigos o mis conocidos, no podríamos hacer algo por usted. Mi padre, el conde de Morcerf, que es de origen español, goza de una alta posición tanto en Francia como en España, y yo vengo a ponerme a la disposición de usted, yo y toda la gente que me quiere.

—Pues bien —dijo el conde—, confieso, señor de Morcerf, que esperaba su ofrecimiento y que lo acepto de buen grado. Ya había yo puesto los ojos en usted para pedirle un gran favor.

—¿Qué favor?

—¡Nunca he estado en París! No conozco París...

—¡De verdad! —exclamó Albert—. ¿Y ha podido usted vivir hasta ahora sin ver París? ¡Es increíble!

—Pues sin embargo, así es; pero siento, como usted, que mantenerme por más tiempo en la ignorancia de la capital del mundo inteligente es cosa imposible. Y hay más: quizá ese viaje se me hubiera hecho indispensable desde hace tiempo, si hubiera tenido a alguien que pudiera introducirme en ese mundo con el que no tengo ninguna relación.

—¡Oh! ¡Un hombre como usted! —exclamó Albert.

—Es usted muy bueno, pero como yo no me reconozco otro mérito que el de poder hacer la competencia como millonario al señor Aguado o al señor Rothschild, y que no voy a París para jugar en la Bolsa, esa pequeña circunstancia me ha retenido hasta ahora. Pero ahora, el ofrecimiento que usted me hace, me decide. Veamos, ¿se compromete usted, mi querido señor de Morcerf —el conde acompañó estas palabras con una singular sonrisa—, se compromete usted, cuando yo vaya a París, a abrirme las puertas de ese mundo en el que me sentiré tan extraño como un huron de Canadá o como un habitante de la Cochinchina?

—¡Oh! En cuanto a eso, señor conde, ¡de maravilla y con todo mi corazón! —respondió Albert—. Y sobre todo, —¡mi querido Franz, no se burle usted demasiado de mí!—, sobre todo porque me reclaman en París,

en una carta que he recibido esta misma mañana, en la que se trata para mí de una alianza con una casa muy agradable y que tiene las mejores relaciones en el mundo parisino.

—¿Alianza de matrimonio? —dijo Franz riendo.

—¡Oh! ¡Dios mío, sí! Así, cuando vuelva usted a París me encontrará como un hombre situado y tal vez padre de familia. Eso le irá bien a mi seriedad natural, ¿no es así? En todo caso, conde, se lo repito, los míos y yo somos suyos en cuerpo y alma.

—Acepto —dijo el conde—, pues le juro que sólo me faltaba esta ocasión para realizar unos proyectos que vengo rumiando hace tiempo.

Franz no dudó ni un solo instante de que esos proyectos no fueran esos que el conde dejó escapar con algunas palabras en la gruta de Montecristo, y miró al conde mientras hablaba para intentar captar en su fisonomía alguna revelación de esos proyectos que iban a conducirlo a París. Pero era muy difícil penetrar en el alma de este hombre, sobre todo cuando la velaba detrás de una sonrisa.

—Pero, veamos, conde —repuso Albert encantado de exhibirse ante un hombre como Montecristo—, ¿no es uno de esos proyectos en el aire, como se hacen miles en los viajes, y que, contruidos en la arena, se los lleva el primer soplo del viento?

—No, por mi honor —dijo el conde—; quiero ir a París, tengo que ir a París.

—¿Y cuándo será eso?

—Pues, ¿cuándo estará usted en París?

—Yo —dijo Albert—; ¡oh! ¡Dios mío! Dentro de quince días, o tres semanas a más tardar; el tiempo que tarde en llegar.

—Pues bien —dijo el conde—, le doy tres meses; ya ve que le doy un largo plazo.

—¿Y dentro de tres meses —exclamó Albert con alegría—, vendrá usted a llamar a mi puerta?

—¿Quiere usted fijar el día y la hora? —dijo el conde—. Le advierto que soy de una puntualidad desesperante.

—Día y hora —dijo Albert—; eso me va de maravilla.

—Pues bien, de acuerdo —tendió la mano señalando un calendario colgado cerca del espejo—. Hoy estamos a 21 de febrero, son las diez y media de la mañana —dijo, sacando el reloj—. ¿Querría usted esperarme el 21 de mayo próximo a las diez y media de la mañana?

—¡De maravilla! —dijo Albert—. El almuerzo estará listo.

—¿Y usted vive en...?

—Calle del Helder, número 27.

—¿Vive usted solo, no le molestaré?

—Vivo en el palacete de mi padre, pero en un pabellón al fondo del jardín, totalmente separado.

—Bien.

El conde cogió su bloc y escribió: *calle del Helder, n.º 27, 21 de mayo, a las diez y media de la mañana.*

—Y ahora —dijo el conde guardando el bloc en un bolsillo—, esté tranquilo, la aguja de su reloj no será más exacta que yo.

—¿Le veré antes de que me marche? —preguntó Albert.

—Eso depende; ¿cuándo se va usted?

—Mañana, a las cinco de la tarde.

—En ese caso, le digo adiós. Tengo un asunto en Nápoles y no estaré de vuelta hasta el sábado noche o el domingo por la mañana. Y usted —preguntó el conde a Franz—, ¿usted también se marcha, señor barón?

—Sí.

—¿A Francia?

—No, a Venecia. Me quedo aún un año o dos en Italia.

—¿Así que no nos veremos en París?

—Me temo que no tengamos ese honor.

—Entonces, señores, buen viaje —dijo el conde a los dos amigos dándoles una mano a cada uno.

Era la primera vez que Franz tocaba la mano de ese hombre; se sobresaltó, pues era una mano helada como la de un muerto.

—Por última vez —dijo Albert—, está decidido, bajo palabra de honor, ¿no es eso? Calle del Helder, número 27, el 21 de mayo a las diez y media de la mañana.

—El 21 de mayo a las diez y media de la mañana, calle del Helder, número 27 —repuso el conde.

Y tras esas palabras, los dos jóvenes saludaron al conde y salieron.

—¿Qué le pasa, Franz? —dijo Albert al volver a sus habitaciones—. Parece muy serio.

—Sí —dijo Franz—, se lo confieso, el conde es un hombre singular, y veo con inquietud esa cita que le ha dado en París.

—¡Esa cita... con inquietud! ¡Ah, vamos! ¿Pero, está usted loco, mi querido Franz? —exclamó Albert.

—¿Qué quiere usted! Loco o no, es así.

—Escuche —repuso Albert—, y me alegro que se presente la ocasión de decirle esto, pero siempre me ha parecido bastante frío con el conde, que, por su parte, por el contrario a mí siempre me ha parecido perfecto respecto a nosotros. ¿Tiene algo especial contra él?

—Quizá.

—¿Es que le había visto antes en otro sitio?

—Justamente.

—¿Y dónde fue eso?

—¿Me promete no decir ni una palabra de lo que voy a contarle?

—Lo prometo

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Está bien. Entonces escuche.

Y entonces Franz contó a Albert su excursión a la isla de Montecristo, cómo había encontrado una tripulación de contrabandistas, y en medio de esa tripulación, dos bandidos corsos. Insistió sobre todas las circunstancias de la mágica hospitalidad que el conde le había ofrecido en su gruta de *Las mil y una noches*; le contó la cena, el hachís, las estatuas, la realidad y el sueño, y cómo al despertar no quedaban más pruebas, como recuerdo de todos esos acontecimientos, que ese pequeño yate, surcando el mar a toda vela hacia Porto-Vecchio.

Después pasó a Roma, a la noche del Coliseo, a la conversación que había oído entre Vampa y el conde, conversación relativa a Peppino y en la

que el conde prometía obtener la gracia del bandido, promesa que había cumplido, como nuestros lectores han podido juzgar.

Finalmente, llegó a la aventura de la noche precedente, al apuro en el que se encontró al ver que le faltaban seiscientas o setecientas piastras para completar la suma que Vampa le había pedido; cómo finalmente se le ocurrió dirigirse al conde, idea que tuvo al final un resultado tan pintoresco y tan satisfactorio.

Albert escuchaba a Franz completamente absorto.

—Y bien —le dijo cuando este terminó—, ¿dónde ve en todo esto que haya algo que reprocharle? El conde es viajero, el conde tiene un yate, porque es rico. Vaya usted a Portsmouth o a Southampton, verá los puertos atestados de yates que pertenecen a ricos ingleses que tienen el mismo capricho. Para saber dónde detenerse en sus excursiones, para no comer esta espantosa cocina que nos envenena, a mí desde hace cuatro meses, y a usted desde hace cuatro años; para no acostarse en esas abominables camas, donde no se puede dormir; para todo eso, se construye un *apeadero* en Montecristo; cuando tiene amueblada esa vivienda, teme que el gobierno de la Toscana se le eche encima, va, compra la isla y toma su nombre. Querido amigo, busque un poco en sus recuerdos, y dígame cuántos conocidos suyos toman el nombre de propiedades que nunca han poseído.

—¿Pero —dijo Franz a Albert—, los bandidos corsos que estaban con su tripulación?

—Pues bien, ¿qué hay de extraño en ello? Usted sabe mejor que nadie, ¿no es así?, que los bandidos corsos no son ladrones, sino simplemente fugitivos que alguna *vendetta* ha expulsado de su ciudad o de su pueblo; se les puede entonces tratar sin comprometerse. En cuanto a mí, declaro que si alguna vez voy a Córcega, antes de presentarme al gobernador o al prefecto, me presentaría a los bandidos de Colomba, si por azar uno pudiera ponerles la mano encima; me parecen encantadores.

—Pero Vampa y su banda —repuso Franz—; esos son bandidos que secuestran para robar; eso no me lo negará usted, espero. ¿Qué dice de la influencia del conde sobre hombres así?

—Diré —querido amigo—, que como según todas las probabilidades debo la vida a esa influencia, no soy yo el indicado para criticarla demasiado. Así pues, en lugar de convertirla, como usted, en un crimen capital, le parecerá bien que yo la disculpe, si no por salvarme la vida, lo que es quizá un poco exagerado, sí al menos por haberme ahorrado cuatro mil piastras, lo que son ni más ni menos que veinticuatro mil libras de nuestra moneda, suma que yo no habría valido en Francia; lo que prueba —añadió Albert riendo— que nadie es profeta en su tierra.

—Y bien, justamente; ¿de qué país es el conde? ¿Qué lengua habla? ¿Cuáles son sus medios de subsistencia? ¿De dónde le viene su inmensa fortuna? ¿Cuál ha sido esa primera parte de su vida misteriosa y desconocida que ha extendido sobre esta segunda vida ese tinte sombrío y misantrópico? Estas son las cosas, amigo mío, que yo, en el lugar de usted, quisiera saber.

—Mi querido Franz —repuso Albert—, cuando al recibir mi carta usted vio que necesitábamos la influencia del conde, usted fue a decirle: «Albert de Morcerf, mi amigo, corre peligro, ¡ayúdeme a sacarle de ese peligro!», ¿no es así?

—Sí.

—Entonces él preguntó: «¿quién es ese Albert de Morcerf? ¿De dónde le viene ese nombre? ¿De dónde le viene su fortuna? ¿Cuáles son sus medios de vida? ¿Cuál es su país? ¿Dónde nació?». ¿Acaso le preguntó él eso, dígame?

—No, lo confieso.

—Fue con usted, eso es todo. Me arrancó de las manos del señor Vampa, donde, a pesar de toda la apariencia de desenvoltura, como usted dice, yo no las tenía todas conmigo, lo confieso. Pues bien, querido amigo, cuando, a cambio de un favor así, me pida hacer por él lo que todos los días hacemos por el primer príncipe ruso o italiano que pasa por París, es decir, presentarle en sociedad, ¡usted quiere que me niegue a hacerlo! ¡Vamos, sí que está usted loco!

Hay que decir que, contra toda costumbre, esta vez, todas las buenas razones estaban del lado de Albert.

—¡En fin! —dijo Franz con un suspiro—. Haga lo que quiera, mi querido vizconde; pues todo lo que usted me dice es muy aparente, lo confieso; pero no es menos cierto que el conde de Montecristo es un hombre extraño.

—El conde de Montecristo es un filántropo. No le ha dicho con qué fines iría a París. Pues bien, viene para concurrir a los premios Montyon^[1], y si sólo se necesitara mi voto para que los obtuviera y la influencia de ese señor tan feo que es quien los da, pues bien, yo le daría mi voto y le garantizaría esa influencia. Y a partir de ahora, mi querido Franz, no hablemos más de este asunto. Sentémonos a la mesa y hagamos después una última visita a San Pedro.

Así lo hicieron, y al día siguiente, a las cinco de la tarde, los dos jóvenes se separaron: Albert de Morcerf para volver a París; Franz d'Épinay para ir a pasar unos quince días a Venecia.

Pero antes de subir al coche, Albert entregó al mozo del hotel una tarjeta para el conde de Montecristo, ¡tanto temía que su vecino faltara a la cita!, tarjeta en la que había escrito a lápiz, bajo el título «Vizconde Albert de Morcerf»:

*21 de mayo, a las diez y media de la mañana,
calle del Helder, 27.*

Capítulo XXXIX

Los comensales

En esa casa de la calle del Helder, en la que Albert de Morcerf había dado cita en Roma al conde de Montecristo, todo se preparaba en la mañana del 21 de mayo para hacer honor a la palabra dada por el joven.

Albert de Morcerf vivía en un pabellón situado en una esquina del gran patio y en frente de otro edificio destinado a las dependencias. Dos ventanas del pabellón daban a la calle, las otras daban: tres al patio y las otras dos, a la vuelta, al jardín.

Entre el patio y el jardín se elevaba, construida con el mal gusto de la arquitectura imperial, la vivienda *fashionable* y extensa del conde y la condesa de Morcerf.

Todo a lo largo de la propiedad que daba a la calle se cerraba con un muro, coronado por jarrones de flores situados a intervalos iguales; una gran verja, cuyas rejas terminaban en puntas de lanza doradas, servía para las entradas de gran aparato; una puerta pequeña, casi pegada a la garita del portero, daba paso a la gente del servicio o a los dueños de la casa si salían o entraban a pie.

Se adivinaba, en la elección del pabellón destinado a la vivienda de Albert, la delicada previsión de una madre que, sin querer separarse de su

hijo, había comprendido, sin embargo, que un joven de la edad del vizconde necesita una entera libertad. También se reconocía, por otra parte, debemos decirlo, el inteligente egoísmo del joven, enamorado de esa vida libre y ociosa como es la vida de los hijos de familia, viviendo en ese pabellón dorado, como la jaula dorada de un pájaro.

A través de las dos ventanas que daban a la calle, Albert de Morcerf podía hacer sus exploraciones al exterior. ¡La vista del exterior es tan necesaria para los jóvenes que quieren siempre ver cómo el mundo cruza su horizonte, aunque ese horizonte no sea más que el de la calle! Después, una vez hecha la exploración, si esa exploración le merecía un examen más profundo, Albert de Morcerf, para entregarse a sus pesquisas, podía salir por una puertecilla, parecida a la que hemos indicado como colindante con la de la portería, y que merece una mención especial.

Era una pequeña puerta que parecía olvidada por todo el mundo desde que se construyó la casa, y que se diría condenada para siempre, de tan discreta y polvorienta como estaba, pero cuyas cerraduras y goznes, cuidadosamente aceitados, descubrían un uso misterioso y continuado. Esa pequeña puerta solapada concurría con las otras dos y se burlaba del portero, de cuya vigilancia y jurisdicción se libraba, abriéndose como la famosa puerta de la caverna de *Las mil y una noches*, como el *sesamo* encantado de Alí Babá, por medio de algunas palabras cabalísticas, o de algunos toques convenidos, pronunciados por las más dulces voces u operados por los dedos más finos del mundo.

Al final de un corredor vasto y despejado, con el que comunicaba dicha puerta y que hacía de antecámara, se abrían, a la derecha, el comedor de Albert que daba al patio; y a la izquierda, el saloncito que daba al jardín. Arbustos y plantas trepadoras abriéndose en abanico delante de las ventanas ocultaban al patio y al jardín el interior de las dos estancias, las únicas que, al estar situadas en la planta baja, hubieran podido estar expuestas a miradas indiscretas.

En el primer piso, se repetían las dos estancias, más una tercera correspondiente a lo que abajo era la antecámara. Estas tres estancias eran un salón, un dormitorio, y un vestidor.

El salón de abajo no era más que una especie de diván argelino destinado a los fumadores.

El vestidor del primer piso daba al dormitorio y, a través de una puerta disimulada, comunicaba con la escalera. Se ve que todas las medidas de precaución estaban tomadas.

Por encima de ese primer piso, reinaba un vasto taller, que había sido agrandado echando abajo paredes y tabiques, un pandemónium donde el artista rivalizaba con el dandi. Allí se refugiaban y se amontonaban todos los sucesivos caprichos de Albert, cuernos de caza, bajos, flautas, una orquesta completa, pues Albert tuvo, por momentos, no digamos el gusto, pero sí el capricho de la música; caballetes, paletas, lápices de colores, pues al capricho de la música le había seguido la presunción de la pintura; finalmente floretes, guantes de boxeo, espadones y bastones de todo tipo, pues, en fin, siguiendo la tradición de los jóvenes a la moda de entonces, Albert de Morcerf cultivaba, con infinitamente más perseverancia de lo que había hecho con la música y la pintura, esas tres artes que completan la educación de los jóvenes *lions*^[1] es decir: la esgrima, el boxeo y el bastón, y recibía sucesivamente en esta estancia, destinada a todos los ejercicios del cuerpo, a Grisier, a Cooks y a Charles Leboucher^[2].

El resto de los muebles de esa estancia privilegiada eran viejos arcones de tiempos de Francisco I, arcones llenos de porcelanas de China, jarrones de Japón, porcelanas de Luca della Robbia y fuentes de Bernard de Palissy; sillones antiguos, donde tal vez se habría sentado Enrique IV o Sully, Luis XIII o Richelieu, pues dos de esos sillones, adornados con un escudo esculpido en el que brillaba sobre fondo azul tres flores de lis de Francia, bajo una corona real, salían visiblemente de los guardamuebles del Louvre, o al menos del guardamuebles de algún castillo de reyes. Sobre los sillones, de fondos oscuros y sobrios, había montones de ricas telas de vivos colores, teñidas al sol de Persia o bordadas por los dedos de las mujeres de Calcuta o de Chandernagor. Lo que hacían allí todas esas telas, nadie podría decirlo; esperaban, recreando con ellas la vista, un destino desconocido incluso para su propietario, y, mientras esperaban, iluminaban la estancia con sus reflejos sedosos y dorados.

En el lugar más aparente había un piano, tallado por Roller y Blanchet en madera de palo de rosa, piano de la talla de nuestros salones de liliputienses, que encerraba sin embargo toda una orquesta en su estrecha y sonora cavidad, y gemía bajo el pie de las obras maestras de Beethoven, de Weber, de Mozart, de Haydn, de Grétry y de Porpora.

Después, por todas partes, a lo largo de las paredes, por encima de las puertas, en el techo: espadas, puñales, herramientas, mazas, hachas, armaduras completas, doradas, damasquinadas, incrustadas; herbarios, bloques de minerales, pájaros rellenos de crin, abriendo, para un vuelo inmóvil, sus alas color de fuego y su pico que nunca cerraban.

Ni qué decir tiene que esta era la habitación preferida de Albert.

Sin embargo, el día de la cita, el joven, a medio vestir, había establecido su cuartel general en el saloncito de la planta baja. Allí, sobre una mesa rodeada a distancia por un diván ancho y mullido, todos los tabacos conocidos, desde el tabaco rubio de Petersburgo, hasta el tabaco negro del Sinaí, pasando por el *maryland*, el de Puerto Rico y el *latakia* de Siria, resplandecían en sus tarros de porcelana craquelada que adoran los holandeses. Al lado de ellos, en casilleros de madera olorosa, estaban colocados, por orden de tamaño y de calidad: puros, regalías, habanos y manilas; finalmente, en un armario abierto, una colección de pipas alemanas, chibuquies con las boquillas de ámbar, adornadas de coral, y narguiles incrustados de oro con largos tubos de tafilete enrollados como serpientes, esperaban el capricho o la simpatía de los fumadores. Albert había presidido él mismo la colocación, o más bien el desorden simétrico que, después del café, a los comensales de un almuerzo moderno les gusta contemplar a través del humo que escapa de sus bocas y que sube al techo en largas y caprichosas espirales.

A las diez menos cuarto, un ayuda de cámara entró. El único criado de Morcerf era un pequeño *groom* de quince años, que sólo hablaba inglés y que respondía al nombre de John. Ni qué decir tiene que, en los días corrientes, el cocinero del palacete estaba a su disposición, y en las grandes ocasiones el cazador del conde lo estaba igualmente.

Ese ayuda de cámara, que se llamaba Germain y que gozaba de la total confianza de su joven amo, traía en la mano un fajo de periódicos que puso

sobre la mesa y un paquete de cartas que remitió a Albert.

Albert echó un vistazo distraído a sus diferentes misivas, escogió dos de escritura muy fina y sobres perfumados, los abrió y leyó las cartas con cierta atención.

—¿Cómo han llegado estas cartas? —preguntó.

—Una de ellas ha llegado por correo, la otra la ha traído el ayuda de cámara de la señora Danglars.

—Que digan a la señora Danglars que acepto la butaca que me ofrece en su palco... Espere..., después, a lo largo del día, pasará usted por casa de Rosa; le dirá que iré, ya que me invita, a cenar con ella al salir de la Ópera, y le llevará usted seis botellas variadas de vino: de Chipre, Jerez, Málaga y un barril de ostras de Ostende... Compre las ostras en casa Borel, y sobre todo diga que son para mí.

—¿A qué hora quiere el señor que se sirva?

—¿Qué hora tenemos?

—Las diez menos cuarto.

—Pues bien, sirva para las diez y media en punto. Debray tendrá que ir a su Ministerio... y por otra parte... —Albert consultó su bloc—, es exactamente la hora que indiqué al conde, el 21 de mayo a las diez y media de la mañana, y, aunque no me fíe mucho de su promesa, quiero ser puntual. A propósito, ¿sabe si la señora condesa se ha levantado?

—Si el señor conde lo desea, me informaré.

—Sí..., le pedirá uno de sus juegos de licor, el mío está incompleto, y le dirá que tendré el honor de pasar a verla hacia las tres, y que le pediré permiso para presentarle a alguien.

El criado salió, Albert se tumbó en el diván, desgarró el envoltorio de dos o tres periódicos, miró la página de espectáculos, hizo una mueca al ver que era una ópera y no un ballet lo que se representaba, buscó en vano en los anuncios de perfumería un opiato para los dientes del que le habían hablado, y tiró una tras otra las tres hojas más solicitadas de París, murmurando en medio de un bostezo prolongado: «De verdad que estos periódicos son cada vez más tediosos».

En ese momento, un coche ligero se detuvo delante de la puerta, y un instante después el ayuda de cámara entró para anunciar al señor Lucien

Debray. El joven, alto, rubio, pálido, de ojos grises y seguros, de labios delgados y fríos, con un traje azul de dorados botones cincelados, corbata blanca, y antejo de concha suspendido por un cordón de seda, y que por un esfuerzo del nervio ciliar y del nervio cigomático conseguía fijar de vez en cuando en la cavidad del ojo derecho, entró sin sonreír, sin hablar y con un aire semioficial:

—Buenos días, Lucien... ¡buenos días! —dijo Albert—. ¡Ah! ¡Me espanta usted, querido amigo, con su puntualidad! ¿Qué digo? ¡Puntualidad! ¡Usted, a quien yo esperaba el último, llega a las diez menos cinco, cuando la hora definitiva era a las diez y media! ¡Es milagroso! ¿Es que, por azar, ha caído el Ministerio?

—No, no, querido amigo —dijo el joven, incrustándose en el diván—, tranquilícese, nosotros nos tambaleamos siempre, pero no llegamos a caer, incluso empiezo a pensar que estamos pasando tranquilamente a la inmovilidad, sin contar con que los asuntos de la Península nos consolidarán del todo.

—¡Ah! Sí, es cierto, ustedes van a echar de España a don Carlos.

—No, no, querido, no confundamos; le traemos del otro lado de la frontera de Francia, y le ofrecemos una regia hospitalidad en Bourges.

—¿En Bourges?

—Sí, no tendrá de qué quejarse, ¡qué diablos! Bourges es la capital del rey Carlos VII. ¡Cómo! ¿No lo sabía usted? Pues es conocido del todo París desde ayer, y antes de ayer el asunto ya se respiraba en la Bolsa, pues el señor Danglars (que no sé por qué este hombre se entera de las noticias al mismo tiempo que nosotros), pues el señor Danglars jugó al alza y ganó un millón.

—Y usted ganó un nuevo lazo, por lo que parece; pues veo una orla azul añadida a su sarta de condecoraciones.

—¡Mmm! Me enviaron la medalla de Carlos III —respondió negligentemente Debray.

—Vamos, no se haga ahora el indiferente y confiese que le ha encantado recibirla.

—A fe mía, sí; como complemento de vestuario, una medalla queda bien sobre una levita negra abotonada; es elegante.

—Y uno parece el príncipe de Gales o el duque de Reichstadt —dijo Morcerf sonriendo.

—Ya ve entonces por qué me ve hoy tan temprano, querido.

—¿Porque le concedieron la medalla de Carlos III y quiso usted venir cuanto antes a anunciarme esa buena nueva?

—No; porque he pasado la noche expidiendo cartas: veinticinco despachos diplomáticos. Cuando volví a casa al amanecer, quise dormir un poco; pero me entró dolor de cabeza y me levanté para montar una hora a caballo. En el Bois de Boulogne, me entró aburrimento y hambre, dos enemigos que raramente van juntos, pero que sin embargo se aliaron contra mí; una especie de alianza carlo-republicana; entonces recordé que había un festín esta mañana en su casa, y aquí estoy: tengo hambre, aliménteme; me aburro, diviértame.

—Ese es mi deber de anfitrión, querido amigo —dijo Albert llamando al ayuda de cámara, mientras que Lucien, con la punta del bastón de pomo de oro, con una turquesa incrustada, iba pasando las hojas de los periódicos abiertos—. Germain, un vaso de jerez y galletas. Mientras tanto, mi querido Lucien, aquí tiene cigarros, de contrabando, por supuesto; le animo a probarlos y a invitar a su ministro a vendernos algo así, en lugar de esa especie de hojas de nogal con las que condena a fumar a los buenos ciudadanos.

—¡Pestes! ¡Ya procuraré yo no hacerlo! En cuanto vinieran del gobierno usted ya no los querría y le parecerían execrables. Además, eso no es asunto de Interior, es asunto de Finanzas: diríjase al señor Humann, sección de impuestos indirectos, pasillo A, número 27.

—De verdad que me asombra usted por la extensión de sus conocimientos —dijo Albert—. Pero, ¡coja un cigarro!

—¡Ah! Querido vizconde —dijo Lucien encendiendo un *manila* en una vela rosa que ardía en una palmatoria de plata dorada, y recostándose en el diván—. ¡Ah! Querido vizconde, ¡qué feliz es usted sin tener nada que hacer! ¡De verdad que no sabe usted lo feliz que es!

—¿Y qué haría usted, mi querido pacificador de reinos —repuso Morcerf con una ligera ironía—, si usted no tuviera nada que hacer? ¡Cómo! Secretario particular de un ministro, que se lanza a la vez en la

gran cábala europea y en las pequeñas intrigas de París; que tiene que proteger a reyes o, mejor que eso, a reinas; que tiene que reunir a los partidos, dirigir elecciones; que hace más en su despacho con su pluma y su telégrafo que Napoleón en sus campos de batalla con su espada y sus victorias; que posee veinticinco mil libras de renta, además de su puesto y un caballo por el que Château-Renaud le ha ofrecido cuatrocientos lises y que usted no quiere vender; que tiene un sastre que jamás le estropea un pantalón; que va a la Ópera, al Jockey-Club y al teatro de variedades, ¿es que no encuentra usted cómo distraerse con todo eso? Pues bien, de acuerdo: yo voy a distraerle.

—¿Cómo es eso?

—Presentándole a alguien nuevo.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—¡Oh! ¡Hombres ya conozco a muchos!

—Pero a ninguno como el que voy a presentarle.

—¿Y de dónde viene, entonces? ¿Del fin del mundo?

—De más lejos quizá.

—¡Ah! ¡Diablos! ¡Espero que no sea él quien traiga nuestro almuerzo!

—No, esté tranquilo, nuestro almuerzo se confecciona en las cocinas maternas. ¿Pero, tanta hambre tiene?

—Sí, lo confieso, por muy humillante que sea decirlo. Comí ayer en casa del señor de Villefort: ¿ha observado usted, querido amigo, lo mal que se come en las casas de esa gente del Ministerio Fiscal? Se diría que están llenos de remordimientos.

—¡Ah! Pardiez, desprecia usted la comida en casa de los demás, teniendo en cuenta que se come bien entre sus ministros.

—Sí, pero no invitamos a la gente *comme il faut*, al menos; y si nos viéramos obligados a hacer los honores de nuestra mesa a algunos pillos biempensantes, pero sobre todo votantes, huiríamos como de la peste de comer en casa, créaselo.

—Entonces, querido amigo, tome un segundo vaso de jerez y otra galleta.

—Con mucho gusto; este vino suyo de España es excelente; ya ve cómo tenemos todas las razones para pacificar ese país.

—Sí, ¿pero, don Carlos?

—Pues bien, don Carlos beberá vino de Burdeos, y dentro de diez años casaremos a su hijo con la pequeña reina.

—Lo que le valdrá a usted el Toisón de Oro, si todavía está en el Ministerio.

—Creo, Albert, que ha adoptado usted como sistema el alimentarme de humo esta mañana.

—¡Eh! Pues convenga conmigo que eso es lo que más entretiene el estómago; pero, mire, justamente oigo la voz de Beauchamp en la antecámara, podrán discutir, eso le hará tener un poco de paciencia.

—¿En relación con qué?

—En relación con los periódicos.

—¡Oh! Querido amigo —dijo Lucien con un soberano desprecio—, ¿acaso leo yo los periódicos?

—Razón de más, entonces discutirán de lo lindo.

—¡El señor Beauchamp! —anunció el ayuda de cámara.

—¡Pase! ¡Pase! ¡Pluma terrible! —dijo Albert levantándose y yendo al encuentro del joven—. Mire, aquí está Debray que le detesta sin leerle, según dice.

—Tiene mucha razón —dijo Beauchamp—, es como yo, yo le critico sin saber bien lo que hace. Buenos días, comendador.

—¡Ah! Ya sabe usted eso —respondió el secretario particular intercambiando con el periodista un apretón de manos y una sonrisa.

—¡Pardiez! —replicó Beauchamp.

—¿Y qué se dice por el mundo?

—¿Por el mundo? Tenemos muchos mundos en este año de gracia de 1838.

—¿Y en el mundo crítico-político, en el que usted es uno de sus *lions*?

—Pues se dice que es muy justo, y que usted siembra suficiente rojo para que crezca un poco de azul.

—Vamos, vamos, no está mal —dijo Lucien—: ¿por qué no es usted de los nuestros, mi querido Beauchamp? Con el ingenio que usted tiene, haría

fortuna en tres o cuatro años.

—Pues sólo espero una cosa para seguir su consejo: un Ministerio que esté asegurado por seis meses. Ahora, una sola cosa, mi querido Albert, pues también tengo que dejar respirar al pobre Lucien. ¿Vamos a almorzar, o a cenar? Yo tengo que ir a la Cámara. No todo es de color de rosa, como usted sabe, en nuestro oficio.

—Sólo almorzaremos; esperamos aún a dos personas, y en cuanto lleguen nos sentaremos a la mesa.

—¿Y qué clase de personas espera usted? —dijo Beauchamp.

—Un gentilhombre y un diplomático —repuso Albert.

—Entonces nos quedan unas casi dos horitas para el gentilhombre, y dos largas horas para el diplomático. Volveré para los postres. Guárdeme las fresas, el café y los cigarros. Comeré una costilla en la Cámara.

—Nada de eso, Beauchamp, pues, aunque el gentilhombre fuera un Montmorency, y el diplomático, un Metternich, comeremos a las diez y media en punto. Mientras tanto, haga como Debray, pruebe mi jerez y mis galletas.

—Bueno, me quedo. Esta mañana tengo que distraerme.

—Bien, ¡lo mismo que Debray! Sin embargo, me parece que cuando el Ministerio está triste, la oposición debe estar alegre.

—¡Ah! Ve, querido amigo, es que usted no tiene ni idea de lo que me amenaza. Oiré esta mañana un discurso del señor Danglars en la Cámara de los diputados, y esta tarde, en casa de su mujer, una tragedia sobre un par de Francia. ¡El diablo se lleve el gobierno constitucional! Y puesto que tenemos elección, por lo que se dice, ¿cómo es que hemos elegido a este?

—Comprendo; necesita usted una buena provisión de hilaridad.

—No diga nada malo de los discursos del señor Danglars —dijo Debray—: vota por usted, hace oposición.

—¡Oh! ¡Pardiez! Eso es lo malo; espero que le mande usted a discurrir al Palais Luxembourg, para que yo pueda reírme a mis anchas^[3].

—Mi querido amigo —dijo Albert a Beauchamp—, bien se ve que los asuntos de España se han arreglado, está usted hoy de una acritud desesperante. Recuerde que la crónica parisina habla de matrimonio entre la señorita Eugénie Danglars y yo. Así que, en conciencia, no puedo

dejarle hablar mal de la elocuencia de un hombre que va a decirme un día: «Señor Vizconde, usted sabe que la dote de mi hija es de dos millones».

—¡Ah, vamos! —dijo Beauchamp—. Ese matrimonio no se hará. Puede que el rey le hiciera barón, puede que el rey le hiciera par, pero no le hará gentilhombre, y el conde de Morcerf es una espada demasiado aristocrática como para consentir, mediando dos miserables millones, una mala alianza. El vizconde de Morcerf sólo puede casarse con una marquesa.

—¡Dos millones! ¡Tampoco está nada mal! —repuso Morcerf.

—Es el capital social de un teatro de bulevar o un ferrocarril desde el Jardin des Plantes al muelle de La Rapée.

—Déjele que hable, Morcerf —repuso indolentemente Debray—, y cásese. Se casa con la etiqueta de un buen fajo de billetes, ¿no es eso? Pues bien, ¡qué le importa! Más vale un blasón de menos sobre esa etiqueta, y un cero de más; ya tiene usted siete merletas en su escudo de armas, puede dar tres a su esposa y todavía le quedan cuatro. Es una más de las que tenía el señor de Guisa, que poco le faltó para ser rey de Francia, y cuyo primo carnal era emperador de Alemania.

—A fe mía, que creo que tiene usted razón, Lucien —respondió distraídamente Albert.

—¡Ciertamente que sí! Además todo millonario es noble como un bastardo, es decir, que puede serlo.

—¡Chsss! No diga usted eso, Debray —replicó riendo Beauchamp—, pues ahí viene Château-Renaud, que, para curarle a usted esa manía de las paradojas, le atravesará con la espada de Renaud de Montauban, su antepasado.

—Pues entonces caería, porque yo soy malvado, y muy malvado.

—¡Bien! —exclamó Beauchamp—. Ahí está el Ministerio cantando a Béranger, ¿adónde vamos a llegar, Señor!

—¡El señor de Château-Renaud! ¡El señor Maximilien Morrel! —dijo el ayuda de cámara anunciando a dos nuevos comensales.

—¡Estamos todos, entonces! —dijo Beauchamp—. Vamos a almorzar, pues, si no me equivoco, no esperaba más que a dos personas, ¿no, Albert?

—¡Morrel! —murmuró Albert sorprendido—; ¡Morrel! ¿Qué es esto?

Pero, antes de que acabara, el señor de Château-Renaud, un apuesto joven de treinta años, gentilhomme de los pies a la cabeza, es decir con la figura de un Guiche y el ingenio de un Mortemart, había cogido de la mano a Albert.

—Permítame querido amigo —le dijo—, presentarle al señor capitán de espahís Maximilien Morrel, amigo mío, y además mi salvador. Por lo demás, el hombre se presenta bien por sí solo. Salude a mi héroe, vizconde.

Y se apartó para dar paso a ese gran y noble joven de frente ancha, mirada punzante, de bigotes negros, que nuestros lectores recuerdan haber visto en Marsella, en una circunstancia bastante dramática como para que lo hayan olvidado. Un lustroso uniforme, medio francés medio oriental, admirablemente llevado, realzaba su ancho pecho decorado con la cruz de la Legión de Honor, y resaltaba su audaz y arqueado talle. El joven oficial se inclinó con una educada elegancia; Morrel tenía encanto en cada uno de sus movimientos, porque era fuerte.

—Señor —dijo Albert con una afectuosa cortesía—, el señor barón de Château-Renaud sabía por adelantado todo el placer que iba a proporcionarme al conocerle; usted es uno de sus amigos, sea pues, señor, uno de los nuestros.

—Muy bien —dijo Château-Renaud—, y desee, mi querido vizconde que, llegado el caso, él haga por usted lo que ha hecho por mí.

—¿Pues, qué es lo que ha hecho? —preguntó Albert.

—¡Oh! —dijo Morrel—. No merece la pena hablar de ello, el señor exagera.

—¡Cómo! —dijo Château-Renaud—. ¡Que no merece la pena! ¡La vida no merece la pena!... De verdad que no es demasiado filosófico lo que usted dice, mi querido señor Morrel... bueno, para usted que expone la vida todos los días, pero para mí que la expuse una vez por azar...

—Lo que veo claro en todo esto, barón, es que el capitán Morrel le ha salvado la vida.

—¡Oh, Dios mío! Sí, simple y llanamente —repuso Château-Renaud.

—¿Y en qué circunstancia? —preguntó Beauchamp.

—Beauchamp, amigo mío, sabrá que me muero de hambre —dijo Debray—, no empiece ahora con historias.

—Bien, pero —dijo Beauchamp— yo no impido que nos sentemos a la mesa, yo..., Château-Renaud nos lo contará almorzando.

—Señores —dijo Morcerf—, son sólo las diez y cuarto, observen bien eso, y esperamos a un último invitado.

—¡Ah! Es cierto, a un diplomático —repuso Debray.

—Un diplomático, u otra cosa, no lo sé; lo que sé es que por mi cuenta le encargué una embajada que concluyó tan bien, para mi satisfacción, que si yo hubiera sido rey, le habría hecho al instante caballero de todas mis órdenes, si hubiera tenido a la vez a mi disposición el Toisón de Oro y la Orden de la Jarretera.

—Entonces, puesto que no acabamos de sentarnos a la mesa —dijo Debray—, sírvanos un vaso de jerez como el de antes, y cuéntenos eso, barón.

—Ya saben todos ustedes que se me ocurrió la idea de ir a África.

—Es un camino que ya le trazaron sus antepasados, mi querido Château-Renaud —respondió galantemente Morcerf.

—Sí, pero dudo que fuera como ellos para liberar el sepulcro de Cristo.

—Y tiene usted razón, Beauchamp —dijo el joven aristócrata—; se trataba simplemente de disparar con pistolas como amateur. El duelo me repugna, como ustedes saben, desde que dos testigos que yo había elegido para resolver un asunto me forzasen a romper el brazo a uno de mis mejores amigos... ¡eh, pardiez! A ese pobre Franz d'Épinay que ustedes conocen.

—¡Ah, sí! Es cierto —dijo Debray—, ustedes se batieron hace tiempo... ¿A propósito de qué?

—¡Que me lleve el diablo si me acuerdo! —dijo Château-Renaud—. Pero de lo que me acuerdo perfectamente es que, avergonzado por dejar dormir un talento como el mío, quise probar con los árabes unas pistolas nuevas que me acababan de regalar. En consecuencia, me embarqué hacia Orán; de Orán llegué a Constantina, y justo a tiempo para ver levantar el asedio. Me batí en retirada, como los demás. Durante cuarenta y ocho horas soporté bastante bien la lluvia de día y la nieve de noche; finalmente

a la tercera madrugada mi caballo murió de frío. ¡Pobre animal! Acostumbrado a las mantas y a la estufa de las caballerizas... un caballo árabe que se encontró un poco desorientado al encontrar diez grados de frío en Arabia.

—Por eso quiere usted comprarme mi caballo inglés —dijo Debray—, supone que soportará el frío mejor que su caballo árabe.

—Se equivoca, pues he jurado no volver a África.

—¿Así que pasó mucho miedo? —preguntó Beauchamp.

—A fe mía, sí, lo confieso —respondió Château-Renaud—; ¡y era para tenerlo! Mi caballo estaba muerto; yo hacía la retirada a pie; seis árabes vinieron al galope para cortarme la cabeza, abaté a dos con mis dos tiros de fusil, dos con mis dos tiros de pistolas: diana total; pero me quedaban todavía otros dos, y yo estaba desarmado; uno me agarró por el cabello (por eso lo llevo corto ahora, nunca se sabe lo que puede ocurrir), el otro me envolvió el cuello con su yatagán, y ya sentía el frío agudo del hierro, cuando este señor que ven aquí cargó a su vez contra ellos, mató al que me tenía cogido por los pelos de un disparo, y abrió la cabeza del que se disponía a cortarme la garganta de un sablazo. El señor se había impuesto la tarea de salvar a un hombre aquel día, y el azar quiso que fuera a mí; cuando sea rico, encargaré que Klagmann o Marochetti^[4] le hagan la estatua del Azar.

—Sí —dijo sonriendo Morrel—, era el cinco de septiembre, es decir, el aniversario del día en el que mi padre fue salvado milagrosamente; así que, siempre que esté en mi poder, celebro todos los años ese día con alguna acción...

—¿Heroica, no es eso? —interrumpió Château-Renaud—. En resumen, que fui el elegido, pero eso no es todo. Después de salvarme del hierro, me salvó del frío, dándome, no la mitad de su capa, como hacía san Martín, sino toda entera; después, me salvó del hambre, compartiendo conmigo, ¿adivinan qué?

—¿Un paté de casa Félix? —preguntó Beauchamp.

—No, no: su caballo, del que comimos cada uno un buen trozo con gran apetito; era duro.

—¿El caballo? —preguntó Morcerf.

—No, el sacrificio —respondió Château-Renaud—. Pregunte a Debray si sacrificaría a su caballo inglés por un desconocido.

—Por un desconocido, no —dijo Debray—, pero por un amigo, quizá.

—Yo adiviné que usted sería mi amigo, señor barón —dijo Morrel—; además, ya he tenido el honor de decírselo, heroísmo o no, sacrificio o no, aquel día yo debía hacer una ofrenda a la mala fortuna en recompensa del favor que antaño nos hizo la buena fortuna.

—Esa historia a la que alude el señor Morrel —continuó Château-Renaud—, es una historia admirable que les contará algún día, cuando ustedes le conozcan mejor; por hoy, reforcemos el estómago y no la memoria. ¿A qué hora se almuerza, Albert?

—A las diez y media.

—¿En punto? —preguntó Debray sacando su reloj.

—¡Oh! Me concederán unos cinco minutos de gracia —dijo Morcerf— pues yo también espero a un salvador.

—¿De quién?

—De mí, ¡pardiez! —respondió Morcerf—. ¿Creen ustedes que a mí no me pueden salvar como a cualquier otro, y que sólo los árabes cortan cabezas? Nuestro almuerzo es un almuerzo filantrópico, y tendremos a la mesa, eso espero al menos, a dos benefactores de la humanidad.

—¿Y qué haremos? —dijo Debray—. Sólo tenemos un premio Montyon.

—Pues bien, se lo daremos a alguien que no haya hecho nada para merecerlo —dijo Beauchamp—. Así es como, en general, la Academia sale de apuros.

—¿Y de dónde viene? —preguntó Debray—. Disculpe la insistencia, ya sé que ha respondido a esa cuestión, pero bastante vagamente como para que yo me permita plantearla por segunda vez.

—De verdad —dijo Albert— que no lo sé. Cuando le invité, hace ya tres meses, estaba en Roma; pero desde entonces, ¡quién sabe el camino que habrá recorrido!

—¿Y le cree usted capaz de ser puntual? —preguntó Debray.

—Yo le creo capaz de todo —dijo Morcerf.

—Pues tenga cuidado, porque con los cinco minutos de gracia, sólo nos quedan diez.

—Pues bien, aprovecharé para decirles algo de mi invitado.

—Perdón —dijo Beauchamp—, ¿hay materia para un folletín con lo que va a contarnos?

—Ciertamente que sí —dijo Morcerf—, y de lo más curioso, incluso.

—Cuenta, entonces, pues veo que me voy a perder la Cámara, y tengo que resarcirme con algún otro cuento.

—Yo estaba en Roma en el último carnaval.

—Eso ya lo sabemos —dijo Beauchamp.

—Sí, pero lo que no saben ustedes es que fui raptado por unos bandoleros.

—No hay bandoleros —dijo Debray.

—Sí, sí, claro que los hay, y bastante odiosos incluso, es decir, admirables, pues los he visto que daban miedo.

—Veamos, mi querido Albert —dijo Debray—, confiese que su cocinero se retrasa, que las ostras no llegan de Marennes o de Ostende, y que siguiendo el ejemplo de madame de Maintenon quiere usted reemplazar un plato por un cuento. Dígalo, amigo mío, estamos en buena compañía como para perdonarle y para escuchar su historia, por muy fabulosa que prometa ser.

—Y yo les digo que, por muy fabulosa que sea, se la cuento como cierta de cabo a rabo. Los bandidos me cogieron y me llevaron a un lugar muy triste que se llama las catacumbas de San Sebastián.

—Las conozco —dijo Château-Renaud—; por poco cojo allí unas fiebres.

—Pues yo hice algo mejor que eso —dijo Morcerf—, las cogí de verdad. Me anunciaron que estaba prisionero bajo rescate, una miseria, cuatro mil escudos romanos, veintiseis mil libras de Tours. Desgraciadamente yo no tenía más que mil quinientos; era casi el final de mi viaje y mi crédito estaba agotado. Escribí a Franz. Y, ¡pardiez!, miren, allí estaba Franz, y pueden preguntarle si miento ni de una coma; escribí a Franz diciéndole que si no llegaba antes de las seis de la mañana con los cuatro mil escudos, a las seis y diez yo me habría reunido con los santos

bienaventurados y con los gloriosos mártires, en compañía de los cuales tenía el honor de encontrarme. Y el señor Luigi Vampa, es el nombre del jefe de los bandidos, habría cumplido rigurosamente su palabra, les ruego que me crean.

—¿Pero Franz llegó con los cuatro mil escudos? —dijo Château-Renaud—. ¡Qué diablos! ¡Uno no se encuentra en apuros por cuatro mil escudos si se llama Franz d'Épinay o Albert de Morcerf.

—No, llegó pura y simplemente acompañado del invitado que les he anunciado, y que espero presentarles.

—¡Ah! Vamos, ¿así que es un Hércules matando a Caco, ese señor, un Perseo liberando a Andrómeda?

—No, es un hombre de mi estatura, más o menos.

—¿Armado hasta los dientes?

—Ni siquiera llevaba una aguja de tricotar.

—¿Pero, resolvió lo del rescate?

—Dijo dos palabras al oído del jefe, y me liberó.

—Incluso le presentaron sus excusas por haberte raptado —dijo Beauchamp.

—Exactamente —dijo Morcerf.

—¡Ah, vaya! ¿Pero es que era Ariosto, ese hombre?

—No, era simplemente el conde de Montecristo.

—Nadie se llama el conde de Montecristo —dijo Debray.

—Yo no lo creo —añadió Château-Renaud, con la sangre fría de quien conoce al dedillo el nobiliario europeo—; ¿es que alguien conoce a algún conde de Montecristo?

—Quizá venga de Tierra Santa —dijo Beauchamp—; uno de sus antepasados habrá poseído el Monte Calvario, como los Mortemart el mar Muerto.

—Perdón —dijo Maximilien—, pero creo que voy a sacarles de dudas, señores; Montecristo es una islita de la que he oído a menudo hablar a los marinos que empleaba mi padre; un grano de arena en medio del Mediterráneo, un átomo en el infinito.

—Es exactamente eso, señor —dijo Debray—. Y bien, de ese grano de arena, de ese átomo, es señor y rey el hombre de quien nos habla; habrá

comprado el título de conde en alguna parte de la Toscana.

—¿Y es rico, ese conde?

—A fe mía que sí, eso creo.

—¿Pero eso debe verse, me parece?

—En eso se engaña usted, Debray.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—¿Ha leído usted *Las mil y una noches*?

—¡Pardiez! ¡Vaya pregunta!

—Pues bien, ¿sabe usted si los personajes son pobres o ricos? ¿Si los granos de trigo son rubíes o diamantes? Parecen unos miserables pescadores, ¿no? Se les trata como a tales y, de repente, abren alguna misteriosa caverna donde se encuentra un tesoro que puede comprar la India entera.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Pues que mi conde de Montecristo es uno de esos pescadores. Incluso tiene un nombre de *Las mil y una noches*, se llama Simbad el marino y posee una gruta llena de oro.

—¿Y usted ha visto esa gruta, Morcerf? —preguntó Beauchamp.

—No, yo no, Franz, pero, ¡chsss! No diga ni una palabra delante de él. Franz bajó allí con los ojos vendados, y le sirvió un mudo y unas mujeres, al lado de las cuales Cleopatra no es más que una dama galante. Sólo que en cuanto a lo de las mujeres, no está muy seguro, pues no entraron sino después de haber tomado el hachís, de manera que bien podría ser que hubiera creído que eran mujeres lo que no era más que un grupo de estatuas.

Los jóvenes observaron a Morcerf con una mirada que quería decir: «¡Ah, vaya! O es usted un insensato o se está burlando de nosotros».

—En efecto —dijo Morrel pensativo—, he oído contar a un viejo marino llamado Penelon algo parecido a lo que dice el señor de Morcerf.

—¡Ah! —dijo Albert—. Menos mal que el señor Morrel viene en mi ayuda. Eso les contraría, ¿no?, que venga a echarme un ovillo de hilo en mi laberinto.

—Perdón, querido amigo —dijo Debray—, pero es que nos cuenta usted cosas tan inverosímiles...

—¡Ah, pardiez! ¡Porque sus embajadores, sus cónsules no se las cuentan! Ellos no tienen tiempo, tienen que molestar a sus compatriotas que viajan.

—¡Ah! Bueno, ya veo que se enfada usted y lo paga con nuestros pobres agentes. ¡Eh, Dios mío! ¿Con qué quiere usted que le protejan? La Cámara les roe cada día sus sueldos; hasta el punto de que ya no encontramos agentes. ¿Quiere usted ser embajador, Albert? Haré que le nombren embajador en Constantinopla.

—¡Ni hablar! Para que el sultán, a la primera demostración que haga a favor de Mehmet Alí, me envíe la cuerda para que mis secretarios me estrangulen.

—Ya lo ve usted —dijo Debray.

—¡Sí, pero eso no impide que mi conde de Montecristo exista!

—¡Pardiez! Todo el mundo existe, ¡vaya un milagro!

—Todo el mundo existe, sin duda, pero no en esas condiciones. ¡No todo el mundo tiene esclavos negros, galerías principescas, armas como en una alcazaba, caballos de seis mil francos cada uno, amantes griegas!

—¿Y usted la vio, a esa amante griega?

—Sí, la vi y la oí. La vi en el teatro Valle, la oí un día cuando desayunábamos con el conde.

—¿Así que también come, ese hombre extraordinario?

—A fe mía que si come es tan poco, que no merece la pena hablar de ello.

—Al final verá que es un vampiro.

—Ríanse, si quieren. Pero esa era la opinión de la condesa G..., que como ustedes saben conoció a lord Ruthwen.

—¡Ah, muy bonito! —dijo Beauchamp—. He ahí un hombre no periodista inclinado hacia la *serpiente de verano* de *Le Constitutionnel*; ¡un vampiro, es perfecto!

—Ojos leonados, cuyas pupilas disminuyen o se dilatan a voluntad —dijo Debray—; ángulo facial desarrollado, frente magnífica, tez lívida, barba negra, dientes blancos y finos, cortesía sin igual.

—Y bien, es justamente así, Lucien —dijo Morcerf—, la descripción es perfecta, rasgo a rasgo. Sí, cortesía aguda e incisiva. A menudo, ese

hombre me daba escalofríos; un día, entre otros, que veíamos juntos una ejecución, creí que iba a desmayarme, más por verle y oírle hablar fríamente de todos los suplicios de la tierra que por ver al verdugo cumplir con su oficio y oír los gritos del ajusticiado.

—¿Y no le llevó a usted por las ruinas del Coliseo para chuparle la sangre, Morcerf? —preguntó Beauchamp.

—¿O, después de liberarle, no le hizo firmar algún pergamino color de fuego, por el que usted le cedía su alma, como Esaú el derecho de primogenitura?

—¡Búrlense! ¡Búrlense lo que quieran, señores! —dijo Morcerf un poco molesto—. Cuando yo les miro a ustedes, apuestos parisinos, habituados al bulevar de Gand, paseantes del Bois de Boulogne, y recuerdo a ese hombre, pues bien, me parece que no somos de la misma especie.

—¡Eso me halaga! —dijo Beauchamp.

—Lo cierto es que —añadió Château-Renaud— su conde de Montecristo es un hombre galante en sus ratos perdidos, salvo quizá en esos pequeños arreglos con los bandidos italianos.

—¡Eh! ¡No hay bandidos italianos! —dijo Debray.

—¡Ni vampiros! —añadió Beauchamp.

—Ni conde de Montecristo —añadió Debray—. Observa, querido Alberto, están dando las diez y media.

—Confiese que ha sido una pesadilla, y vamos a comer —dijo Beauchamp.

Pero la vibración del péndulo no se había aún extinguido, cuando la puerta se abrió, y Germain anunció:

—¡Su Excelencia el conde de Montecristo!

Todos los presentes dieron un salto, muy a su pesar, que denotaba la preocupación que el relato de Morcerf había infiltrado en sus almas. El mismo Albert no pudo evitar una súbita emoción.

No habían oído ni coche en la calle, ni pasos en la antecámara; la misma puerta se había abierto sin ruido.

El conde apareció en el umbral, vestido con la mayor sencillez, pero el *lion* más exigente no hubiera encontrado nada que reprochar a su atuendo.

Todo era de un gusto exquisito, todo salía de las manos de los más elegantes proveedores: traje, sombrero, ropa blanca.

Aparentaba apenas unos treinta y cinco años, y lo que asombró a todos fue su extremado parecido con el retrato que Debray había trazado de él.

El conde avanzó sonriendo hacia el centro del salón, y vino derecho hacia Albert, que, yendo a su encuentro, le ofreció la mano rápidamente.

—La puntualidad —dijo Montecristo— es la cortesía de los reyes, como dijo, creo, uno de nuestros soberanos. Pero, por muy buena voluntad que se tenga, no es siempre la de los viajeros. Sin embargo, espero, mi querido vizconde, que disculpará, en favor a mi buena voluntad, los dos o tres segundos de retraso que creo que he tardado en aparecer a su cita. Quinientas leguas no se hacen sin alguna contrariedad, sobre todo en Francia, donde está prohibido, me parece, apalea a los cocheros.

—Señor conde —respondió Albert—, estaba anunciando su visita a algunos de mis amigos que he reunido con ocasión de la promesa que usted tuvo a bien hacerme, y tengo el honor de presentárselos. Son, el señor conde de Château-Renaud, cuya nobleza remonta a los Doce Pares, y cuyos antepasados se sentaron en la Mesa Redonda; el señor Lucien Debray, secretario particular del ministro del Interior; el señor Beauchamp, terrible periodista, azote del gobierno francés, pero de quien quizá, a pesar de su fama nacional, no haya usted oído hablar en Italia, dado que su periódico no llega allí; finalmente, al señor Maximilien Morrel, capitán de espahís.

Al oír ese nombre, el conde, que hasta entonces no había saludado cortésmente, sino con una frialdad e impasibilidad inglesas, dio un paso hacia delante, a pesar suyo, y un ligero tono de rubor pasó como un rayo por sus pálidas mejillas.

—El señor lleva el uniforme de los nuevos vencedores franceses —dijo—, es un bonito uniforme.

Nadie hubiera podido decir cuál era el sentimiento que imprimía en la voz del conde una tan profunda vibración, y hacía brillar, a pesar suyo, su mirada, que era tan hermosa, tan tranquila y tan límpida cuando no había ningún motivo para ocultarla.

—¿Es que no había visto nunca a nuestros africanos, señor? —dijo Albert.

—Nunca —replicó el conde, que ya era perfectamente dueño de sí.

—Pues bien, señor, bajo este uniforme late uno de los corazones más valientes y más nobles del ejército.

—¡Oh! Señor conde —interrumpió Morrel.

—Déjeme hablar, capitán... Y acabamos de conocer —continuó Albert— un hecho tan heroico de él que, aunque acabo de ver hoy por primera vez al capitán, le reclamo el favor de presentárselo como mi amigo.

Y de nuevo se pudo apreciar en Montecristo, al oír estas palabras, esa mirada de extraña fijeza, ese rubor furtivo y ese ligero temblor de los párpados que en él denotaban emoción.

—¡Ah! El señor es de corazón noble —dijo el conde— ¡vaya, pues mejor todavía!

Esa especie de exclamación, que respondía al propio pensamiento del conde más que a lo que acababa de decir Albert, sorprendió a todo el mundo y sobre todo a Morrel, que miró a Montecristo con asombro. Pero, al mismo tiempo, la entonación era tan dulce y, por decirlo así, tan suave que, por muy extraña que resultara la exclamación, no había motivo para disgustarse.

—¿Por qué lo dudaría? —dijo Beauchamp a Château-Renaud.

—De verdad —respondió este, que, con su costumbre del gran mundo y la nitidez de su mirada aristocrática, había penetrado en Montecristo todo lo que es penetrable en él—, de verdad que Albert no nos ha engañado, es un singular personaje este conde, ¿qué dice usted, Morrel?

—A fe mía —dijo este—, que tiene la mirada franca y la voz agradable, de manera que me gusta, a pesar de esa extraña reflexión que acaba de hacer refiriéndose a mí.

—Señores —dijo Albert—, Germain me anuncia que la mesa está servida. Mi querido conde, permítame mostrarle el camino.

Pasaron silenciosamente al comedor. Se fueron sentando en sus respectivos sitios.

—Señores —dijo el conde tomando asiento—, permítanme una confesión que será mi excusa para todas las inconveniencias que pueda

cometer: soy extranjero, pero extranjero hasta el punto de que es la primera vez que vengo a París. La vida francesa me es, pues, perfectamente desconocida, pues, hasta ahora, apenas si he practicado otra cosa que la vida oriental, la más antipática para las buenas tradiciones parisinas. Les ruego, pues, que me excusen si ven en mí algo demasiado turco, demasiado napolitano, o demasiado árabe. Dicho esto, señores, almorcemos.

—¡Y cómo dice las cosas! —murmuró Beauchamp—. Decididamente, es un gran señor.

—Un gran señor —añadió Debray.

—Un gran señor de todos los países, señor Debray —dijo Château-Renaud.

Capítulo XL

El almuerzo

El conde, como sabemos, era un sobrio comensal. Albert se lo hizo ver, ante el temor de que, desde el principio, la vida parisina desagradara al viajero en su aspecto más material, pero, al mismo tiempo, el más necesario.

—Mi querido conde —dijo—, me veo atezado por un temor, y es el de que la cocina de la calle del Helder no le guste tanto como la de la plaza de España en Roma. Tendría que haberle preguntado sus gustos para que le preparasen algo de su agrado.

—Si me conociera usted mejor, señor —respondió sonriendo el conde—, no se preocuparía por una atención casi humillante para un viajero como yo, que ha vivido sucesivamente con los *macaroni* en Nápoles, la polenta en Milán, la olla podrida en Valencia, el *pilau* en Constantinopla, el *karrick* en la India y los nidos de golondrina en China. No hay cocina para un cosmopolita como yo. Yo como de todo en todas partes, sólo que como poco; y hoy, cuando usted me reprocha mi sobriedad, estoy en un día de gran apetito, pues desde ayer por la mañana no he comido nada.

—¡Cómo que desde ayer por la mañana! —exclamaron los comensales—. ¿No ha comido usted nada desde hace veinticuatro horas?

—No —respondió Montecristo—; me vi obligado a cambiar de ruta e informarme en los alrededores de Nîmes, de manera que no quise parar.

—¿Y comió usted en el coche? —preguntó Morcerf.

—No, duermo sin previo aviso, cuando me aburro sin tener ganas de distraerme, o cuando tengo hambre sin tener ganas de comer.

—¿Entonces es usted quien ordena al sueño, señor? —preguntó Morrel.

—Poco más o menos.

—¿Y tiene una receta para eso?

—Una receta infalible.

—Pues eso sería excelente para nosotros, el ejército africano, que no siempre tenemos qué comer, y raramente qué beber —dijo Morrel.

—Sí —dijo Montecristo—; desgraciadamente mi receta, excelente para un hombre como yo, que lleva una vida completamente excepcional, sería muy peligrosa aplicada a un ejército, que no se despertaría cuando se le necesitase.

—¿Y se puede saber cuál es esa receta? —preguntó Debray.

—¡Oh! Dios mío, sí —dijo Montecristo—, no es ningún secreto: es una mezcla de excelente opio, que yo mismo fui a buscar a Cantón para estar seguro de que fuera puro, y del mejor hachís que se recoge en Oriente, es decir, entre el Tigres y el Éufrates; se juntan ambos ingredientes en porciones iguales, y se hace una especie de píldoras que se tragan cuando se necesitan. Diez minutos después se produce el efecto. Pregunte al señor barón Franz d'Épinay; creo que lo probó un día.

—Sí —respondió Morcerf—, algo me dijo, e incluso creo que guarda un agradable de recuerdo de aquello.

—¿Pero —dijo Beauchamp, quien en su calidad de periodista era bastante incrédulo— lleva usted siempre consigo esa droga?

—Siempre —respondió Montecristo.

—¿Sería indiscreto pedirle que veamos esas preciosas píldoras? —continuó Beauchamp, esperando pillar al desconocido en un fallo.

—No, señor —respondió el conde.

Y sacó del bolsillo una maravillosa bombonera hecha de una sola esmeralda y cerrada con un cierre de oro que al abrirse dejaba ver una

bolita de color verde y del grosor de un guisante. La bola tenía un olor agrio y penetrante; había cuatro o cinco iguales en la esmeralda, y podría contener hasta una docena.

La bombonera dio la vuelta a toda la mesa, pero era más para examinar esa admirable esmeralda que para ver o para oler las píldoras por lo que los comensales se pasaban la bombonera unos a otros.

—¿Y es su cocinero quien le prepara ese manjar? —preguntó Beauchamp.

—No, no, señor —dijo Montecristo—, yo no dejo así como así mis auténticos placeres a la merced de manos indignas. Yo soy bastante buen químico, y preparo las píldoras yo mismo.

—Esta sí que es una esmeralda admirable, la mayor que yo haya visto nunca, aunque mi madre tiene algunas joyas de familia bastante notables —dijo Château-Renaud.

—Yo tenía tres iguales —repuso Montecristo—; di una al Gran Señor, que la incrustó en un sable; la otra, a nuestro Santo Padre el papa, que la incrustó en su tiara frente a otra esmeralda más o menos igual, pero menos hermosa, que su predecesor, Pío VII, había recibido de manos del emperador Napoleón; yo me quedé con la tercera e hice que la ahuecaran, lo que le quitó la mitad de su valor, pero la hizo más adecuada para el uso que yo quería darle.

Todos miraban a Montecristo con asombro; hablaba con tanta sencillez que era evidente que decía la verdad o que estaba loco; sin embargo, la esmeralda que conservaba en sus manos les inclinaba a creer más en el primer supuesto.

—¿Y qué le dieron a cambio de ese magnífico regalo esos dos soberanos? —preguntó Debray.

—El Gran Señor, la libertad de una mujer —respondió el conde—; Nuestro Santo Padre, la vida de un hombre. De manera que por una vez en mi existencia fui tan poderoso como si Dios me hubiera hecho nacer en las gradas de un trono.

—¿Y fue a Peppino a quien liberó, no es eso? —exclamó Morcerf—. ¿Fue a él a quien se le aplicó el derecho de gracia?

—Quizá —dijo Montecristo sonriendo.

—Señor conde, ¿usted no tiene idea del placer que siento al oírle hablar así! —dijo Morcerf—. Yo le había presentado a mis amigos como un hombre fabuloso, como un encantador de *Las mil y una noches*; como un brujo de la Edad Media; pero los parisinos son gente tan sutil en paradojas que toman como caprichos de la imaginación las verdades más incontestables, cuando esas verdades no cumplen con todas las condiciones de su existencia cotidiana. Por ejemplo, aquí está Debray que lee, y Beauchamp que imprime cada día que han raptado o que han desvalijado en el bulevar a un miembro rezagado del Jockey-Club; que han asesinado a cuatro personas en la calle Saint-Denis o en el Faubourg Saint-Germain; que han detenido a diez, a quince, a veinte ladrones, ya sea en un café del bulevar del Temple, ya sea en las Termas de Juliano; pues bien, sin embargo, ambos rebaten la existencia de bandidos en la Maremma, en el campo de Roma o en las Lagunas Pontinas. Dígaselo entonces usted mismo, se lo ruego, señor conde, que fui raptado por esos bandidos y que, sin la generosa intercesión de usted, estaría hoy, según todas las probabilidades, esperando la resurrección eterna en las catacumbas de San Sebastián, en lugar de ofrecerles este almuerzo en mi indigna y pequeña casa de la calle del Helder.

—¡Bah! —dijo Montecristo—. Usted me había prometido no hablar nunca de esa miseria.

—¡No soy yo, señor conde! —exclamó Morcerf—. Es otro a quien usted hizo el mismo favor que a mí y que usted le ha confundido conmigo. Al contrario, hablemos de ello, se lo ruego; pues si usted se decide a hablar de aquella circunstancia, quizá no solamente me diga usted un poco de lo que yo sé, sino también mucho de lo que no sé.

—Pero me parece —dijo el conde sonriendo— que usted tuvo un papel bastante importante en todo ese asunto como para saber tan bien como yo lo que pasó.

—¿Me promete usted que si yo digo todo lo que sé, usted me dirá todo lo que no sé? —dijo Morcerf.

—Es muy justo —respondió Montecristo.

—Y bien —repuso Morcerf—, aunque mi amor propio sufra con esto, les contaré que me creí durante tres días objeto de las carantoñas de una

máscara a quien tomé como alguna descendiente de las Tullia o de las Popea, mientras que se trataba pura y simplemente de una *contadina*; y observen que digo *contadina*, en italiano, para no decir campesina. Lo que sé es que, como un incauto, más incauto aún que con la *contadina*, tomé como si fuera esta campesina a un joven bandido de quince o dieciséis años, imberbe, de talla fina que, en el momento en el que yo me creía tan libre como para darle un beso en su casto hombro, me puso la pistola en la garganta y, con la ayuda de siete u ocho de sus colegas, me llevó o más bien me arrastró al fondo de las catacumbas de San Sebastián, donde me vi delante de un jefe de bandidos muy letrado, palabra, ya que estaba leyendo los *Comentarios* de Julio Cesar, y que se dignó interrumpir la lectura para decirme que si al día siguiente, a las seis de la mañana, no había depositado cuatro mil escudos en su caja, al día siguiente, a las seis y cuarto, habría dejado perfectamente de existir. La carta existe, la tiene Franz, firmada por mí. Con una posdata de maese Luigi Vampa. Si lo dudan, escriban a Franz, que hará legalizar las firmas. Eso es todo lo que yo sé. Ahora, lo que no sé es cómo llegó usted, señor conde, a imponer un respeto tan grande a los bandidos de Roma, bandidos que respetan tan pocas cosas. Le confieso que Franz y yo quedamos maravillados de admiración.

—Nada más simple, señor —respondió el conde—, yo conocía al famoso Vampa desde hacía diez años. Siendo muy joven y ejerciendo todavía el oficio de pastor, un día le di una moneda cualquiera de oro para agradecerle que me hubiera informado sobre la ruta que tenía que seguir; y a cambio, él, para no deberme nada, me dio un puñal esculpido por él mismo, y que habrá visto usted en mi colección de armas. Más tarde, fuera porque había olvidado ese intercambio de pequeños regalos, que debieran haber servido para cultivar la amistad entre nosotros, o fuera porque no me reconoció, quiso detenerme; pero fui yo, por el contrario, quien los detuvo, a él y a una docena de hombres de su banda. Yo podría haberlos entregado a la Justicia romana, que es expeditiva y que incluso se hubiera apresurado en ir contra ellos, pero no lo hice. Les volví a liberar a él y a los suyos.

—A condición de que no volvieran a pecar —dijo el periodista riendo—. Veo con placer cómo han mantenido escrupulosamente su palabra.

—No, señor —respondió Montecristo—, con la simple condición de que me respetaran siempre, a mí y a los míos. Quizá lo que voy a decirles les resulte extraño, a ustedes, señores socialistas, progresistas, humanitarios; pero yo nunca me ocupo del prójimo, nunca trato de proteger a la sociedad que no me protege a mí y, diré incluso más, sociedad que generalmente no se ocupa de mí sino para causarme algún perjuicio; y aún suprimiéndoles en mi estima y guardando la neutralidad respecto a ellos, sociedad y prójimo, son todavía la sociedad y el prójimo quienes están en deuda conmigo.

—¡Vaya, menos mal! —exclamó Château-Renaud—. Este es el primer hombre valiente a quien oigo predicar, leal y brutalmente, el egoísmo: ¡es fantástico esto! ¡Bravo, señor conde!

—Al menos es franco —dijo Morrel—; pero estoy seguro de que el señor conde no se ha arrepentido de faltar por una vez a los principios que, sin embargo, acaba de exponernos de una manera tan absoluta.

—¿Cómo he faltado a esos principios, señor? —preguntó Montecristo, que de vez en cuando no podía evitar mirar a Maximilien con tanta atención que, dos o tres veces ya, el valiente muchacho había desviado la vista ante la mirada clara y límpida del conde.

—Pues me parece —repuso Morrel— que al liberar al señor de Morcerf, a quien usted no conocía, servía usted al prójimo y a la sociedad.

—De quien es su más hermoso ornamento —dijo seriamente Beauchamp, vaciando de un solo trago un vaso de vino de Champaña.

—¡Señor conde! —exclamó Morcerf—. Aquí está usted pillado en el razonamiento, usted, es decir, uno de los más rudos lógicos que yo conozca; y va a ver cómo se va a demostrar claramente ahora que, lejos de ser un egoísta, es usted, por el contrario, un filántropo. ¡Ah! Señor conde, usted dice ser oriental, levantino, malasio, indio, chino, salvaje; usted se llama Montecristo de apellido y Simbad el marino de nombre, ¡y he ahí que el primer día que usted pone un pie en París, posee instintivamente el mayor mérito y el mayor defecto de nuestros excéntricos parisinos, es decir, que usurpa los vicios que no tiene y oculta las virtudes que tiene!

—Mi querido vizconde —dijo Montecristo—, no veo en todo lo que he dicho ni un solo atisbo por el que merezca, por su parte y por parte de

estos señores, el pretendido elogio que acabo de recibir. Usted no era un extraño para mí, puesto que le conocía, puesto que le había cedido dos habitaciones, puesto que le había invitado a almorzar, puesto que le había prestado uno de mis coches, puesto que habíamos visto desfilar a las máscaras juntos en la calle del Corso y puesto que habíamos observado juntos, desde una ventana de la plaza del Popolo, esa ejecución que a usted le impresionó tanto y por la que casi cae enfermo. Ahora bien, pregunto a todos estos señores, ¿podía yo dejar a mi huésped en manos de esos espantosos bandidos, como ustedes les llaman? Además, usted lo sabe, al salvarle a usted, yo tenía una segunda intención, que era la de servirme de usted para introducirme en los salones de París cuando yo viniese a visitar Francia. Por algún tiempo usted pudo considerar esa intención mía como un proyecto vago y fugitivo; pero hoy, ya lo ve, es una buena y bonita realidad a la que tendrá que someterse usted, so pena de faltar a su palabra.

—Y la mantendré, esa palabra —dijo Morcerf—; pero me temo que usted va a sentirse desencantado, mi querido conde, usted, habituado a los lugares accidentados, a los sucesos pintorescos, a los horizontes fantásticos. Aquí, en Francia, ni un solo episodio del género de los que acostumbra en su vida aventurera. Nuestro Chimborazo es Montmartre; nuestro Himalaya, el monte Valérien; nuestro Gran Desierto, la llanura de Grenelle, incluso si se perfora allí un pozo artesiano para que las caravanas encuentren agua. Tenemos ladrones, muchos incluso, aunque no tengamos tantos como se dice, pero estos ladrones temen infinitamente más al más pequeño de los soplones, que al más grande de los grandes señores; en fin, Francia es un país prosaico, y París, una ciudad muy civilizada, y no encontrará, buscando entre nuestros ochenta y cinco departamentos, y digo ochenta y cinco, pues, por supuesto, exceptúo Córcega de Francia, usted no encontrará en nuestros ochenta y cinco departamentos la menor montaña en la que no haya telégrafo, ni la menor gruta un poco oscura en la que un comisario de policía no haya hecho instalar un servicio de gas. Así que no hay más que un solo favor que yo pueda hacerle, mi querido conde, y para ello me pongo a su disposición: presentarle en todas partes y que mis amigos le presenten, eso por supuesto. Por otra parte, usted no necesita a nadie para eso; con su

nombre, su fortuna y su ingenio —Montecristo hizo una inclinación de cabeza con una sonrisa ligeramente irónica—, uno se presenta en cualquier sitio por sí mismo, y es bien recibido en todas partes. En realidad, sólo puedo servirle en una cosa. Si mi costumbre de la vida parisina, mi experiencia de lo confortable y mi conocimiento de nuestros bazares le sirven, me pongo a su disposición para encontrarle una vivienda conveniente. No oso proponerle compartir mi casa con usted, como usted hizo conmigo en Roma, yo que no profeso el egoísmo, pero soy egoísta por excelencia; pues en mi casa, excepto yo, no soportaría ni a una sombra, a menos que esa sombra fuese la de una mujer.

—¡Ah! —dijo el conde—. Esa es una reserva muy conyugal. En efecto, señor, usted nos dijo en Roma algo sobre el esbozo de un matrimonio; ¿debo felicitarle por esa futura dicha?

—El asunto sigue aún en fase de proyecto, señor conde.

—Y quien dice proyecto quiere decir eventualidad.

—¡No, no! —dijo Morcerf—. Mi padre insiste en ello, y espero que dentro de poco pueda presentarle, si no a mi esposa, sí al menos a mi futura esposa: la señorita Eugénie Danglars.

—¡Eugénie Danglars! —repuso Montecristo—. Espere, ¿su padre no es el barón Danglars?

—Sí —respondió Morcerf—, pero barón de nueva creación.

—¡Oh! ¿Qué importa —respondió Montecristo— si ha prestado servicios al Estado que le han valido esa distinción?

—Enormes servicios —dijo Beauchamp—; aunque liberal de espíritu, completó en 1829 un préstamo de seis millones para el rey Carlos X, que le hizo barón y caballero de la Legión de Honor, de manera que lleva la condecoración, no en el bolsillo del chaleco, como se podría creer, sino lisa y llanamente en el ojal de la levita.

—¡Ah! —dijo Morcerf riendo—. Beauchamp, Beauchamp, deje eso para *Le Corsaire* y *Le Charivari*, pero delante de mí ahórrese a mi futuro suegro.

Después, dirigiéndose a Montecristo:

—Pues usted ha pronunciado su nombre como si conociera al barón —dijo.

—No lo conozco —dijo negligentemente Montecristo—; pero, probablemente, no tardaré en conocerle, dado que tengo un crédito suyo abierto por las casas Richard y Blount de Londres, Arstein y Eskeles de Viena, y Thomson y French de Roma.

Y, al pronunciar los últimos nombres, Montecristo miró de reojo a Maximilien Morrel.

Si el desconocido hubiera esperado producir un efecto en Maximilien, no se habría equivocado. Maximilien se sobresaltó como si hubiera recibido una conmoción eléctrica.

—Thomson y French —dijo—. ¿Conoce usted esa casa, señor?

—Son mis banqueros en la capital del mundo cristiano —respondió tranquilamente el conde—; ¿puedo ayudarle en algo con ellos?

—¡Oh! Señor conde, tal vez pueda usted ayudarnos en unas pesquisas que hasta ahora han resultado infructuosas; esa casa hizo hace tiempo un gran favor a la nuestra, y no sé por qué siempre lo ha negado.

—A sus órdenes, señor —respondió Montecristo con una inclinación.

—Pero —dijo Morcerf—, nos hemos desviado singularmente de la conversación, a propósito del señor Danglars. Se trataba de encontrar una residencia conveniente al conde de Montecristo; veamos, señores, pongamos de nuestra parte algunas ideas. ¿Dónde alojaríamos a este nuevo huésped del Gran París?

—Faubourg Saint-Germain —dijo Château-Renaud—; allí encontrará un palacete encantador entre patio y jardín.

—¡Bah! Château-Renaud —dijo Debray—, usted no conoce más que su triste y apagado Faubourg Saint-Germain; no le escuche, señor conde, viva en Chaussée d'Antin: es el verdadero centro de París.

—Bulevar de la Ópera —dijo Beauchamp—; en un primero, una casa con balcones. Allí el conde se haría instalar sus cojines plateados y fumando su chibucú, o tomando sus píldoras, vería desfilar a toda la capital bajo sus pies.

—¿Y usted no tiene ideas, usted, Morrel, que no propone usted nada? —dijo Château-Renaud

—Sí, claro que sí —dijo sonriendo el joven—; al contrario, tengo una, pero esperaba que el señor se dejase tentar por alguna de las brillantes

ofertas que le acaban de hacer. Ahora, como no ha respondido, creo poder ofrecerle un apartamento en un palacete muy encantador, muy *Pompadour*, que mi hermana alquiló hace un año en la calle Meslay.

—¿Tiene usted una hermana? —preguntó Montecristo.

—Sí, señor, y una excelente hermana.

—¿Casada?

—Sí, desde hace casi nueve años.

—¿Feliz? —preguntó de nuevo el conde.

—Tan feliz como le está permitido serlo a una criatura humana —respondió Maximilien—: se casó con el hombre que amaba, el que nos fue fiel en nuestra mala fortuna: Emmanuel Herbaut.

Montecristo sonrió imperceptiblemente.

—Yo vivo allí durante mi semestre —continuó Maximilien—, y junto con mi cuñado estaré a su disposición, señor conde, para cualquier información que necesite.

—¡Un momento! —exclamó Albert, antes de que Montecristo hubiera tenido tiempo de contestar—. Cuidado con lo que hace, señor Morrel, ¿va a encerrar entre cuatro paredes a un viajero, a Simbad el marino, en la vida de familia? ¿Un hombre que ha venido para ver París, va a hacer de él un patriarca?

—¡Oh! No, en absoluto —respondió Morrel sonriendo—, mi hermana tiene veinticinco años, mi cuñado, treinta: son jóvenes, alegres y felices; además, el señor conde estará en su casa, y sólo verá a sus anfitriones cuando le plazca bajar a verlos.

—Gracias, señor, gracias —dijo Montecristo—, me contentaré con que me presente a su hermana y a su cuñado, si usted quiere hacerme ese honor; pero no he aceptado ninguna oferta de estos señores, dado que ya tengo mi alojamiento listo.

—¡Cómo! ¿Se quedará en un hotel? Eso será poco agradable para usted.

—¿Es que estaba tan mal en Roma? —preguntó Montecristo.

—¡Pardiez! En Roma —dijo Morcerf—, se gastó cincuenta mil piastras para amueblarse los aposentos; pero presumo que no estará usted dispuesto a renovar cada día un gasto así.

—No es eso lo que me detiene —respondió Montecristo—; sino que estaba resuelto a tener una casa en París, una casa mía, quiero decir. Envié por adelantado a mi ayuda de cámara y él ha debido comprar la casa y amueblarla.

—¡Pero, nos está diciendo que tiene un ayuda de cámara que conoce París! —exclamó Beauchamp.

—Es la primera vez que viene a Francia, como yo; es negro y no habla —dijo Montecristo.

—¿Entonces es Alí? —preguntó Albert, en medio de la sorpresa general.

—Sí, señor, es Alí, el mismo, mi hombre de Nubia, mi mudo, a quien usted vio en Roma, creo.

—Sí, ciertamente que sí —respondió Morcerf—, me acuerdo de él de maravilla. ¿Pero cómo ha encargado usted a un nubio comprar una casa en París, y además, un mudo para amueblarla? Habrá hecho todo al revés, el pobre.

—Desengáñese, señor, por el contrario estoy seguro de que habrá elegido todo según mi gusto; pues, ya lo sabe usted, mi gusto no es el gusto de todo el mundo. Llegó hace ocho días; habrá recorrido toda la ciudad con ese instinto que puede tener un buen perro cazando solo; conoce mis caprichos, mis fantasías, mis necesidades; habrá organizado todo a mi manera. Él sabía que yo llegaría hoy a las diez de la mañana; desde las nueve me esperaba en la aduana de Fontainebleau; y me dio este papel; es mi nueva dirección; tenga, lea.

Y Montecristo pasó un papel a Albert.

—Champs-Elysées, 30 —leyó Morcerf.

—¡Ah! ¡Esto sí que es realmente original! —no pudo evitar decir Beauchamp.

—Y muy principesco —añadió Château-Renaud.

—¡Cómo! ¿Es que no conoce aún su casa? —preguntó Debray.

—No —dijo Montecristo—, ya le dije que no quería faltar a la cita. Me arreglé en el coche y me apeé a la puerta del vizconde.

Los jóvenes se miraron; no sabían si era un cuento de Montecristo; pero todo lo que salía de la boca de este hombre, a pesar de su carecer

original, tenía un sello tal de sencillez que no suponían que pudiera mentir. Además, ¿por qué iba a hacerlo?

—Entonces, habrá que contentarse —dijo Beauchamp— con prestar al señor conde todos esos pequeños servicios que estén en nuestro poder. Yo, en mi calidad de periodista, le abro todos los teatros de París.

—Gracias, señor —dijo sonriendo Montecristo—; mi intendente ha dado ya la orden de alquilarme un palco en cada uno de ellos.

—¿Y su intendente es también un nubio, un mudo? —preguntó Debray.

—No, señor, es simplemente un compatriota de ustedes, si es que un corso puede ser compatriota de alguien; pero usted le conoce, señor de Morcerf.

—¿Será por casualidad el bueno signor Bertuccio, que se las arregla tan bien para alquilar ventanas?

—Justamente, y usted lo vio en mis aposentos el día en el que tuve el honor de invitarles a almorzar. Es un hombre muy valiente, que ha sido un poco soldado, un poco contrabandista, en fin, un poco de todo lo que se puede ser. No juraría que no hubiera tenido algunos altercados con la policía por una miseria, algo así como por alguna cuchillada.

—¿Y usted ha elegido a ese honrado ciudadano del mundo como su intendente, señor conde? —dijo Debray—. ¿Y cuánto le roba a usted al año?

—Pues bien, palabra de honor —dijo el conde—, no más que cualquier otro, estoy seguro; pero lleva bien mis asuntos, no conoce lo imposible, y le mantengo conmigo.

—Entonces —dijo Château-Renaud—, ya tiene una casa montada: ya tiene un palacete en los Champs-Élysées, unos criados, intendente, sólo le falta una amante.

Albert sonrió; pensaba en la bella griega que había visto en el palco del conde en el teatro Valle y en el teatro Argentina.

—Tengo algo mejor que eso —dijo Montecristo—: tengo una esclava. Ustedes alquilan amantes en el teatro de la Ópera, en el teatro Vaudeville, en el teatro de Variétés; yo, yo he comprado la mía en Constantinopla; eso me cuesta más, pero, en ese aspecto, ya no necesito inquietarme por nada.

—¿Pero, usted olvida —dijo riendo Debray—, que nosotros, como dice el rey Carlos, somos francos de nombre, francos de naturaleza; y que, al poner el pie en tierras de Francia, su esclava se ha hecho libre?

—¿Quién se lo va a decir? —preguntó Montecristo.

—¡Pero, hombre! Cualquiera.

—Ella no habla más que el romaico.

—Entonces, eso es otra cosa.

—¿Pero, al menos la veremos? —preguntó Beauchamp—. O como ya tiene usted un mudo, ¿tiene también eunucos?

—A fe mía, no —dijo Montecristo—, no llevo mi orientalismo hasta ese extremo: todo lo que me rodea es libre para dejarme, y si me deja a mí, ya no me necesitará ni a mí ni a nadie; por eso no me dejan.

Desde hacía ya un tiempo habían pasado a los postres y a los cigarros.

—Querido amigo —dijo Debray levantándose—, son las dos y media, su invitado es encantador, pero no hay compañía buena que no haya que dejar, incluso a veces por una mala; tengo que volver a mi Ministerio. Hablaré del conde al ministro, tendremos que saber quién es.

—Cuidado —dijo Morcerf—, los más pillos ya han renunciado a saberlo.

—¡Bah! Tenemos tres millones para nuestra policía; si bien es cierto que casi siempre se gastan por adelantado; pero no importa; siempre habrá unos cincuenta mil francos para dedicarlos a eso.

—¿Y cuando usted sepa quién es, usted me lo dirá?

—Se lo prometo. Adiós, Albert; señores, su más humilde servidor.

Y al salir, Debray gritó muy alto en la antecámara: ¡adelante!

—Bueno —dijo Beauchamp a Albert—, no iré a la Cámara, pero tengo que ofrecer a mis lectores algo mejor que un discurso del señor Danglars.

—Por favor, Beauchamp —dijo Morcerf—, ni una palabra, se lo suplico; no me quite el mérito de presentarle y explicarle. ¿No es cierto que es un hombre curioso?

—Es más que eso —respondió Château-Renaud—, es verdaderamente uno de los hombres más extraordinarios que yo haya visto en mi vida. ¿Viene usted, Morrel?

—En cuanto entregue mi tarjeta al señor conde, que tiene a bien prometerme que vendrá a hacernos una pequeña visita, calle Meslay, 14.

—Esté seguro de que no faltaré, señor —dijo el conde con una inclinación.

Y Maximilien Morrel salió con el barón de Château-Renaud, dejando a Montecristo solo con Morcerf.

Capítulo XLI

La presentación

Cuando Albert se encontró a solas con Montecristo:

—Señor conde —le dijo— permítame comenzar con usted mi oficio de cicerone mostrándole el espécimen de un apartamento de soltero. Habitado a los palacios de Italia, podría hacer usted un estudio para calcular en cuántos pies cuadrados puede vivir uno de los jóvenes de París que, sin embargo, no pasa por ser uno de los que viven peor. A medida que pasemos de una habitación a otra, abriremos las ventanas para que usted respire.

Montecristo conocía ya el comedor y el saloncito de la parte de abajo. Albert le condujo en primer lugar a su taller; era, como sabemos, su estancia favorita.

Montecristo era un digno apreciador de todas las cosas que Albert había amontonado en esa sala: viejos arcones, porcelanas del Japón, telas de Oriente, abalorios de Venecia, armas de todos los países del mundo, todo eso le era familiar, y del primer golpe de vista reconocía el siglo, el país y el origen. Morcerf se creyó que era él quien iba a explicar y sin embargo, bajo la dirección del conde, fue él quien recibió una clase de arqueología, de mineralogía y de historia natural. Bajaron al primer piso,

Albert llevó a su huésped al salón. Ese salón estaba tapizado con obras de pintores modernos; había paisajes de Dupré, de largos carrizos, de alargados árboles, con vacas mugientes y cielos maravillosos; había caballeros árabes de Delacroix, con largos albornoces blancos, con cinturones brillantes, armas damasquinadas, cuyos caballos se mordían con rabia, mientras que los hombres se desgarraban con mazas de hierro; acuarelas de Boulanger, representando toda Notre-Dame de París con ese vigor que transforma al pintor en émulo del poeta; había telas de Díaz, que pinta las flores más bellas que las mismas flores, y el sol más brillante que el mismo sol; dibujos de Decamps, tan coloreados como los de Salvator Rosa, pero más poéticos; pasteles de Giraud y de Müller, que representaban niños con cabeza de ángel; mujeres con rasgos de virgen; croquis arrancados del álbum de viaje de Oriente de Dautzats, que habían sido esbozados en algunos segundos sobre la silla de un camello o bajo la cúpula de una mezquita; en fin, todo lo que el arte moderno puede dar a cambio y en compensación por el arte perdido y desaparecido con los siglos precedentes.

Albert esperaba mostrar, al menos por esta vez, algo nuevo al extraño viajero; pero, para su gran asombro, este, sin tener necesidad de buscar las firmas, algunas de las cuales, además, sólo eran iniciales, aplicó en el mismo instante el nombre de cada autor a su obra, de manera que era fácil ver que no solamente cada uno de esos nombres le era conocido, sino que cada uno de esos talentos había sido apreciado y estudiado por él.

Del salón pasaron al dormitorio. Era a la vez modelo de elegancia y de gusto severo; allí, un solo retrato, firmado por Léopold Robert, brillaba en su marco de oro mate.

Ese retrato atrajo enseguida las miradas del conde de Montecristo, pues dio tres rápidos pasos en la habitación y se detuvo de repente delante del cuadro.

Era el retrato de una mujer joven, de unos veinticinco o veintiséis años, de mirada de fuego velada bajo unos lánguidos párpados; llevaba el pintoresco traje de las pescadoras catalanas, con su corsé rojo y negro y sus horquillas de oro sujetando el cabello; miraba al mar y su elegante

silueta se perfilaba sobre la doble fila del azul de las olas y del azul del cielo.

La habitación estaba algo oscura; sin eso, Albert hubiera podido ver la lívida palidez que cubrió las mejillas del conde, y sorprender ese escalofrío nervioso que afloró sobre su pecho y sus hombros.

Hubo un instante de silencio, durante el cual Montecristo permaneció con la mirada obstinadamente fija sobre el retrato.

—Tiene usted aquí una hermosa amante, vizconde —dijo Montecristo con voz perfectamente en calma—; y ese traje, traje de baile, sin duda, le sienta verdaderamente de maravilla.

—¡Ah! Señor —dijo Albert—, ese es un error que no le perdonaré, si al lado de este retrato hubiese visto usted algún otro. Usted no conoce a mi madre, señor; es ella a quien ve en el cuadro; hizo que la pintaran así hace seis u ocho años. Ese traje es un traje de fantasía, por lo que parece, y el parecido es tan grande que me parece ver aún así a mi madre, tal como era en 1830. La condesa encargó el retrato durante una ausencia del conde. Sin duda ella creía prepararle a su regreso una gentil sorpresa; pero, cosa rara, el retrato desagradó a mi padre; y el valor de la pintura, que es, como usted ve, una de las más hermosas telas de Léopold Robert no influyó en la antipatía que cogió al cuadro. Bien es cierto, dicho sea entre nosotros, mi querido conde, que el señor de Morcerf es uno de los pares más asiduos en el Palais Luxembourg, un general famoso por la teoría de guerra, pero como conocedor de arte, uno de los más mediocres; no así mi madre, que pinta de una manera bastante notable y que, al estimar mucho una obra así como para separarse de ella por completo, me la dio para que en mi casa estuviera menos expuesta al desagrado del señor de Morcerf, de quien le mostraré también el retrato, hecho por Gros. Perdone si le hablo así de asuntos de familia, pero voy a tener el honor de llevarle a casa del conde, y se lo digo para que no se le escape alabar ese retrato delante de él. Por lo demás, el desagrado de mi padre por el cuadro no tiene gran influencia, pues es muy raro que mi madre venga a verme sin ir a mirar el cuadro, y más raro aún que lo mire sin llorar. La nube que trajo la aparición de ese cuadro en la casa es, por lo demás, la única que se haya levantado entre el

conde y la condesa, que, aunque llevan casados más de veinte años, están tan unidos como el primer día.

Montecristo echó una rápida mirada a Albert, como para buscar una intención oculta en sus palabras, pero era evidente que el joven las había dicho con toda la sencillez de su alma.

—Ahora —dijo Albert—, ya ha visto usted todas mis riquezas, señor conde, permítame ofrecérselas, por muy indignas que sean; siéntase aquí como en su casa, y para que se encuentre más a gusto, dígnese acompañarme a casa del señor de Morcerf, a quien escribí desde Roma contándole el favor que usted me hizo, y a quien he anunciado la visita que usted me prometió. Y, puedo decirlo, el conde y la condesa esperaban con impaciencia que se les permitiera darle las gracias. Sé que le hastían un poco estas cosas, señor conde, y las escenas de familia no tienen mucha acción para Simbad el marino: ¡habrá visto usted otras tan distintas! Sin embargo, acepte que le proponga, como iniciación a la vida parisina, la vida de las cortesías, de las visitas y de las presentaciones.

Montecristo se inclinó para responder; aceptaba la propuesta sin entusiasmo y sin pesares, como una de las conveniencias de la sociedad que resultan ser un deber para cualquier hombre *comme il faut*. Albert llamó a su ayuda de cámara, y le ordenó ir a avisar al señor y la señora de Morcerf la inminente llegada del conde de Montecristo.

Albert le siguió con el conde.

Al llegar a la antecámara del conde, encima de la puerta que daba al salón, había un escudo que, por su rico entorno y su armonía con la ornamentación de la sala, indicaba la importancia que el propietario del palacete concedía a ese blasón.

Montecristo se detuvo delante del escudo y lo examinó con atención.

—Siete merletas de oro en banda sobre fondo azul. ¿Es sin duda el escudo de su familia, señor? —preguntó—. Aparte del conocimiento de las piezas del blasón que me permite descifrarlo, soy bastante ignorante en materia heráldica, yo, conde por azar, fabricado por la Toscana con la ayuda de una encomienda de Saint-Etienne, y que hubiese pasado de ser gran señor, si no me hubiesen repetido que cuando se viaja mucho es algo absolutamente necesario; pues, en fin, aunque sólo sea para que los

aduaneros le dejen a uno en paz, siempre está bien tener algo sobre los paneles del coche. Discúlpeme, pues, si yo le hago una pregunta así.

—Y no es en absoluto indiscreta, señor —dijo Morcerf con la sencillez de la convicción—, y usted ha dicho bien: son nuestras armas, es decir, las de parte de mi padre; pero, como usted ve, van acoladas a un escudo que es un campo de gules con torre de plata, y que son las de mi madre; por parte de las mujeres, soy español, pero la casa de Morcerf es francesa, y por lo que he oído decir, incluso una de las más antiguas del Mediodía francés.

—Sí —repuso Montecristo—, es lo que indican las merletas. Casi todos los peregrinos armados que intentaron o llegaron a conquistar Tierra Santa tomaron como armas, o bien cruces, símbolo de la misión que se les había encargado, o aves viajeras, símbolo del largo viaje que iban a emprender y que esperaban llevar a cabo sobre las alas de la fe. Uno de sus antepasados paternos estaría en alguna de las cruzadas y, aún suponiendo que no fuera en la de san Luis, eso nos remontaría al siglo XIII, lo que está muy bien.

—Es posible —dijo Morcerf—; hay en algún sitio, en el gabinete de mi padre, un árbol genealógico que nos lo dirá, y sobre el que yo hacía antes comentarios que hubiesen enseñado mucho a Hozier y Jaucourt. Ahora ya no pienso en ello; sin embargo, le diré, señor conde, y esto entra dentro de mis atribuciones de cicerone, que se empieza a dar mucha importancia a estas cosas, bajo nuestro gobierno popular.

—Y bien, entonces, su gobierno debería haber escogido en su pasado algo mejor que esas dos pancartas que he observado en los monumentos, y que no tienen ningún sentido heráldico. En cuanto a usted, vizconde —repuso Montecristo volviendo a Morcerf—, usted es más dichoso que su gobierno, pues sus armas son realmente hermosas y hablan a la imaginación. Sí, está bien eso, usted es de Provenza y de España; es lo que explica, si el retrato que me ha mostrado hace justicia, ese hermoso color moreno que tanto admiraba en el rostro de la noble catalana.

Y hubiera sido preciso ser Edipo o la Esfinge misma para adivinar la ironía que puso el conde en esas palabras, impregnadas en apariencia de la mayor cortesía; Morcerf se las agradeció con una sonrisa, y pasando

delante de él para mostrarle el camino, empujó la puerta que se abría debajo de sus armas y que, como hemos dicho, daba al salón.

En el lugar más visible de ese salón se veía también un retrato; era el de un hombre de unos treinta y cinco a treinta y ocho años, vestido con uniforme de oficial general, que llevaba ese doble galón entorchado, señal de los grados superiores, la cinta de la Legión de Honor al cuello, lo que indicaba que era comendador, y sobre el pecho, a la derecha, la medalla de gran oficial de la Orden del Salvador, y a la izquierda, la Gran Cruz de Carlos III, lo que indicaba que la persona del retrato había debido hacer la guerra en Grecia y en España o, lo que venía a ser lo mismo en materia de condecoraciones, debía haber cumplido alguna misión diplomática en ambos países.

Montecristo estaba ocupado viendo los detalles del retrato con no menos atención de lo que lo había hecho con el otro, cuando se abrió una puerta lateral y se encontró frente al conde de Morcerf mismo.

Era un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años, pero que aparentaba al menos cincuenta, y cuyo bigote y cejas negras contrastaban extrañamente con cabellos casi blancos cortados a cepillo, según la moda militar; iba vestido de calle y llevaba en el ojal una cinta cuyos diferentes ribetes recordaban las diferentes órdenes con las que estaba condecorado. Este hombre entró con paso bastante noble y una especie de apresuramiento. Montecristo le vio venir hacia él sin dar un solo paso; se diría que sus pies se habían quedado clavados en el suelo, como sus ojos en el rostro del conde de Morcerf.

—Padre —dijo el joven—, tengo el honor de presentarle al señor conde de Montecristo, ese generoso amigo con quien tuve la dicha de encontrarme en las difíciles circunstancias que usted sabe.

—El señor es bienvenido entre nosotros —dijo el conde de Morcerf saludando a Montecristo con una sonrisa—, y ha prestado a nuestra casa, al salvar a su único heredero, un servicio que demandará eternamente nuestro agradecimiento.

Y diciendo estas palabras, el conde de Morcerf indicaba un sillón a Montecristo, al mismo tiempo que él mismo se sentaba frente a la ventana.

En cuanto a Montecristo, aún sentándose en el sillón designado por el conde de Morcerf, se las arregló de manera que quedara algo oculto en la sombra de los grandes cortinajes de terciopelo, y para que pudiera leer desde allí, sobre los rasgos llenos de fatiga y de preocupación del conde, toda una historia de secretos dolores, escritos en cada una de sus arrugas fruto del tiempo.

—La señora condesa —dijo Morcerf—, estaba arreglándose cuando el vizconde nos previno de la visita que tendríamos la dicha de recibir; bajará y dentro de diez minutos estará en el salón.

—Es mucho honor para mí —dijo Montecristo— encontrarme, desde el primer día de mi llegada a París, relacionado con un hombre cuyo mérito iguala a su reputación, y en el que la fortuna, por una vez, no ha errado; ¿pero no hay aún en las llanuras de la Mitiya o en las montañas del Atlas, un bastón de mariscal que ofrecerle?

—¡Oh! —replicó Morcerf sonrojándose un poco—, he dejado el servicio, señor. Nombrado par durante la Restauración, yo era de la primera campaña y servía bajo las órdenes del mariscal de Bourmont; podía, pues, aspirar a un mando superior, ¡y quién sabe lo que hubiera sucedido si la rama primogénita hubiese permanecido en el trono! Pero la Revolución de Julio era, por lo que parece, lo bastante gloriosa como para permitirse ser ingrata; lo fue para todo servicio que no databa del periodo imperial; presenté, pues, mi dimisión, pues cuando uno ha ganado sus galones en el campo de batalla, apenas si sabe maniobrar en el terreno resbaladizo de los salones; dejé la espada, me metí en la política, me dedico a la industria, estudio las artes útiles. Durante los veinte años en los que estuve en el servicio, había tenido muchas ganas, pero no tenía tiempo.

—Esas son las cosas que forman la superioridad de su nación sobre los otros países, señor —respondió Montecristo—; gentilhombre venido de una gran casa, que posee una hermosa fortuna, usted aceptó primero ganar los primeros grados como simple soldado, es muy raro; después, llegado a general, par de Francia, comendador de la Legión de Honor, se presta a comenzar un segundo aprendizaje, sin otra esperanza, sin otra recompensa

que la de ser un día útil a sus semejantes... ¡Ah! Señor, eso sí que es realmente hermoso; yo diría más, es sublime.

Albert miraba y escuchaba a Montecristo con asombro; no estaba acostumbrado a verle elevarse a tales ideas de entusiasmo.

—¡Ay! —continuó el extranjero, sin duda para hacer desaparecer la imperceptible nube que sus palabras habían provocado en la frente de Morcerf—. No hacemos lo mismo en Italia, nosotros crecemos según nuestra raza y nuestra especie, y conservamos la misma hojarasca, la misma talla, y a menudo, incluso, la misma inutilidad toda nuestra vida.

—Pero, señor —respondió el conde de Morcerf—, para un hombre de su valía, Italia no es una patria, y Francia quizá no sea ingrata para todo el mundo; trata mal a sus hijos, pero, en general, acoge bien a los extranjeros.

—¡Eh! Padre —dijo Albert con una sonrisa—, se ve bien que usted no conoce al señor conde de Montecristo. Lo que a él le satisface está fuera de ese mundo; él no aspira a los honores, y sólo toma aquello que puede caber en un pasaporte.

—He ahí la expresión más justa que yo haya oído nunca respecto a mí —respondió el extranjero.

—El señor ha sido dueño de su destino —dijo el conde de Morcerf con un suspiro—, y escogió el camino de rosas.

—Justamente, señor —replicó Montecristo, con una de esas sonrisas que un pintor jamás captará en sus lienzos, y que un fisonomista jamás podrá analizar.

—Si yo no temiese fatigar al señor conde —dijo el general, evidentemente encantado de las maneras de Montecristo—, le hubiese llevado a la Cámara; hay hoy una sesión curiosa para quien no conozca a nuestros senadores modernos.

—Le quedaré muy agradecido, señor, si quiere renovarme esa invitación en otra ocasión; pero hoy, que me han hecho concebir la esperanza de ser presentado a la señora condesa, esperaré.

—¡Ah! ¡Aquí está mi madre! —exclamó el vizconde.

En efecto, Montecristo, al darse la vuelta con viveza, vio a la señora de Morcerf a la entrada del salón, en el umbral de la puerta opuesta a aquella

por la que había entrado su marido. Inmóvil y pálida, cuando Montecristo se volvió hacia ella dejó caer su brazo, que no se sabe por qué había mantenido apoyado en el marco dorado de la puerta; estaba allí desde hacía algunos instantes, y había oído las últimas palabras pronunciadas por el visitante del otro lado de los Alpes.

Este se levantó e hizo una profunda inclinación a la condesa, que se inclinó a su vez, muda y ceremoniosa.

—¡Eh, Dios mío! Señora —preguntó su marido—, ¿qué le ocurre? ¿Será el calor del salón lo que le molesta?

—¿Se encuentra mal, madre? —exclamó el vizconde yendo hacia Mercedes.

Ella agradeció a ambos su interés, con una sonrisa.

—No —dijo ella—, pero he sentido una gran emoción al ver por primera vez a quien sin cuya intervención estaríamos en este momento en duelo y en llanto. Señor —continuó la condesa avanzando con la majestuosidad de una reina—, le debo la vida de mi hijo, y por esa buena acción, le bendigo. Ahora le doy las gracias, por el placer que me proporciona al procurarme esta ocasión, como le he bendecido, es decir, desde el fondo de mi corazón.

El conde se inclinó de nuevo, pero más profundamente aún que la primera vez; estaba más pálido aún que Mercedes.

—Señora —dijo—, el señor conde y usted me recompensan demasiado generosamente de una acción bien simple. Salvar a un hombre, ahorrar un tormento a un padre, considerar la sensibilidad de una madre, no es hacer una buena acción, es hacer un acto de humanidad.

Con estas palabras, pronunciadas con una dulzura y una cortesía exquisitas, la señora de Morcerf respondió con un profundo sentimiento:

—Mi hijo es muy dichoso al tenerle como amigo, señor, y doy gracias a Dios que ha hecho así las cosas.

Y Mercedes elevó sus hermosos ojos al cielo con una gratitud tan infinita que el conde creyó ver en ellos temblar dos lágrimas.

El señor de Morcerf se acercó a ella.

—Señora —dijo—, ya me he disculpado ante el señor conde por verme en la obligación de dejarle, y usted renueve esa disculpa por mí, se lo

ruego. La sesión abre a las dos, y ya son las tres, y tengo que hablar.

—Vaya, señor, trataré de hacer olvidar su ausencia a nuestro huésped —dijo la condesa con el mismo acento de sensibilidad—. ¿El señor conde —continuó, dirigiéndose a Montecristo— nos hará el honor de pasar el resto del día con nosotros?

—Gracias, señora, créame que me siento muy agradecido de su invitación, pero me apeé de mi coche de viaje esta mañana a su puerta. ¿Cómo voy a instalarme en París, y dónde? Lo ignoro, o casi. Es una ligera inquietud, lo sé, pero sin embargo una inquietud apreciable.

—Tendremos ese placer en otra ocasión, al menos, ¿lo promete? —preguntó la condesa.

Montecristo se inclinó, sin responder, pero el gesto podía pasar por un asentimiento.

—Entonces, no le retengo, señor —dijo la condesa—, pues no quiero que mi agradecimiento se transforme en algo indiscreto o inoportuno.

—Mi querido conde —dijo Albert—, si lo desea, voy a intentar devolverle en París su gentil cortesía de Roma, y pondré mi cupé a su disposición hasta que haya tenido usted tiempo de disponer de sus carruajes.

—Mil gracias por su delicadeza, vizconde —dijo Montecristo—; pero presumo que el señor Bertuccio habrá empleado convenientemente estas cuatro horas y media desde que le dejé. Y que encontraré en la puerta un coche cualquiera perfectamente adecuado.

Albert estaba acostumbrado a esas maneras por parte del conde: sabía que estaba, como Nerón, en la búsqueda de lo imposible, y ya no se asombraba de nada; sólo que quiso juzgar por sí mismo de qué manera las órdenes del conde habían sido ejecutadas; así que le acompañó hasta la puerta del palacete.

Montecristo no se había equivocado; en cuanto apareció en la antecámara del conde de Morcerf, un criado, el mismo que en Roma trajo a los dos jóvenes la tarjeta del conde para anunciarles su visita, salió corriendo del peristilo, de manera que al llegar a la escalinata, el ilustre viajero encontró, efectivamente, su coche esperándole.

Era un cupé que había salido de los talleres de Keller, y un tiro de caballos que, como conocían todos los *lions* de París, Drake, la víspera misma, había rechazado vender por dieciocho mil francos.

—Señor —dijo el conde a Albert—, no le propongo acompañarme a casa, ya que no podría mostrarle una casa improvisada, ya sabe usted que, en relación con las improvisaciones, tengo una reputación que mantener. Concédame un día, y permítame entonces invitarle. Estaré más seguro de no contravenir las leyes de la hospitalidad.

—Si usted pide un día, señor conde, estoy tranquilo, ya no será una casa lo que me muestre, será un palacio. Decididamente, tiene usted algún duende a su disposición.

—A fe mía, deje que se lo crean —dijo Montecristo, poniendo un pie en la escalerilla forrada de terciopelo de su espléndido coche—, eso me proporcionará algún beneficio entre las damas.

Y se adentró en el coche, que se cerró tras él, partiendo al galope, pero no tan rápidamente como para que el conde no percibiera el movimiento imperceptible que hizo temblar los visillos del salón donde había dejado a la señora de Morcerf.

Cuando Albert volvió a casa de su madre, encontró a la condesa en su vestidor, hundida en un gran sillón de terciopelo; toda la habitación, anegada en la sombra, no dejaba ver más que alguna laminilla relumbrante en la superficie abombada de algún jarrón, aquí y allá, o en la esquina de algún marco dorado.

Albert no pudo ver el rostro de la condesa, perdido en una nube de gasa con la que había envuelto sus cabellos como si fuera una aureola de vapor; pero le pareció que su voz estaba alterada; distinguió también, entre los perfumes de las rosas y de los heliotropos de la jardinera, el rastro odorífero, agrio y mordiente de las sales de vinagre; sobre una de las copas cinceladas de la chimenea, en efecto, el frasco de la condesa, sacado de su funda de piel de zapa, atrajo la atención inquieta del joven.

—¿Le duele algo, madre? ¿Se ha sentido enferma durante mi ausencia?

—¿Yo? No, no, Albert; pero comprende que esas rosas, esos nardos y esas flores de azahar desprenden olores muy fuertes con estos primeros calores, a los que no estamos acostumbrados.

—Entonces, madre —dijo Morcerf, llevando la mano al cordón de la campanilla—, hay que sacarlas a la antecámara. Realmente está usted indispuesta; ya antes, cuando entró en el salón, estaba muy pálida.

—¿Estaba pálida, dices, Albert?

—De una palidez que le sienta de maravilla, madre, pero que no por eso no nos ha asustado, a mi padre y a mí.

—¿Os ha dicho algo vuestro padre? —preguntó con viveza Mercedes.

—No, señora, se lo ha dicho a usted misma, recuerde que él hizo esa observación.

—No lo recuerdo —dijo la condesa.

Un criado entró: acudía al oír la campanilla de cuyo cordón había tirado Albert.

—Lleve estas flores a la antecámara o al gabinete de aseo —dijo el vizconde—; molestan a la señora condesa.

El criado obedeció.

Se hizo un prolongado silencio mientras el criado hacía el traslado de las flores.

—¿Qué es ese nombre de Montecristo? —preguntó la condesa cuando el criado salió llevándose el último jarrón de flores—. ¿Es un apellido, el nombre de una tierra, un simple título?

—Creo que es un título, madre, eso es todo. El conde compró una isla en el archipiélago toscano y, según lo que me ha dicho él mismo esta misma mañana, fundó una encomienda. Ya sabe usted que se hace así para Saint-Etienne de Florencia, para Saint-Georges-Constantiniano de Parma, e incluso para la orden de Malta. Por lo demás, no tiene ninguna pretensión de nobleza y se llama un conde del azar, aunque la opinión general de Roma sea que el conde es un gran señor.

—Sus modales son excelentes —dijo la condesa—, al menos según lo que he podido juzgar en los cortos instantes en los que ha estado aquí.

—¡Oh! Perfectos, madre, tan perfectos incluso que sobrepasan con mucho todo lo que yo he conocido de lo más aristocrático entre las tres noblezas más orgullosas de Europa, es decir, la nobleza inglesa, la nobleza española y la nobleza alemana.

La condesa reflexionó un instante, después, tras una corta duda, dijo:

—Ya ves, mi querido Albert, es una pregunta de madre, comprendes, la que te hago. Has visto al señor de Montecristo en su casa; tú eres perspicaz, conoces el mundo, incluso tienes más tacto de lo que en general tienen los jóvenes de tu edad: ¿crees que el conde sea realmente lo que parece ser?

—¿Y qué es lo que parece?

—Tú lo has dicho ahora mismo, un gran señor.

—He dicho, madre, que se le tenía por tal.

—¿Pero tú qué piensas, Albert?

—Confieso que no tengo sobre él una opinión definida; creo que es maltés.

—Yo no te pregunto sobre su origen; te pregunto sobre su persona.

—¡Ah! Sobre su persona, es otra cosa; he visto en él tantas cosas extrañas que si usted quiere que le diga lo que pienso le responderé que le veo más como a uno de los personajes de Byron, al que la desgracia lo ha marcado con un sello fatal; una especie de Manfredo, o Lara, o Werner; en fin, como uno de esos despojos de alguna vieja familia que, desheredados de su fortuna paterna, han encontrado una a fuerza de su genio aventurero que les coloca por encima de las leyes de la sociedad.

—¿Entonces, dices...?

—Digo que Montecristo es una isla en medio del Mediterráneo, sin habitantes, sin guarnición, guarida de contrabandistas de todas las naciones, de piratas de todos los países. ¿Quién sabe si esos indignos «industriales» no pagan a su señor un derecho de asilo?

—Es posible —dijo la condesa pensativa.

—Pero no importa —repuso el joven—, contrabandista o no, convendrá usted, madre, puesto que le ha visto, que el señor conde de Montecristo es un hombre notable y que tendrá los mayores éxitos en los salones de París. Y mire, esta misma mañana, en mi casa, ha comenzado su entrada en sociedad llenando de estupefacción hasta al mismo Château-Renaud.

—¿Y qué edad puede tener el conde? —preguntó Mercedes, dando visiblemente una gran importancia a esa pregunta.

—Tiene treinta y cinco o treinta y seis años, madre.

—¡Tan joven! Es imposible —dijo Mercedes, respondiendo al mismo tiempo a lo que decía Albert y a lo que le decía su propio pensamiento.

—Sin embargo, es cierto. Tres o cuatro veces me dijo, sin premeditación, en tal época tenía cinco años, en tal otra, diez, en aquella, doce; y yo, atento, por curiosidad, a esos detalles, contrastaba las fechas y nunca le he encontrado en un fallo. La edad de ese hombre singular, que no tiene edad, es pues, estoy seguro, de treinta y cinco años. Además, recuerde, madre, su mirada tan viva, sus cabellos negros y su frente, aunque pálida, está exenta de arrugas; es de una naturaleza no sólo vigorosa, sino aún joven.

La condesa bajó los ojos como bajo una oleada demasiado pesada de amargos pensamientos.

—¿Y ese hombre se ha hecho amigo tuyo, Albert? —preguntó con un nervioso escalofrío.

—Eso creo, señora.

—¿Y tú, también le aprecias?

—Me agrada, señora, diga lo que diga Franz d'Épinay que quería hacérmelo ver como un hombre de ultratumba.

La condesa tuvo un impulso de terror.

—Albert —dijo con voz alterada—, siempre te he puesto en guardia contra nuevas amistades. Ahora ya eres un hombre, y podrías darme consejos a mí misma, sin embargo, te repito: sé prudente, Albert.

—Haría falta, mi querida madre, para que el consejo me fuera de provecho, que yo supiese antes de qué desconfiar. El conde no juega nunca, el conde no bebe más que agua dorada con una gota de vino de España; el conde es tan rico que, sin que sea irrisorio, nunca podría pedirme dinero prestado: ¿qué quiere usted que tema por parte del conde?

—Tienes razón —dijo la condesa—, mis temores son infundados, teniendo como objeto sobre todo a un hombre que te ha salvado la vida. A propósito, ¿tu padre le ha recibido bien, Albert? Es importante que seamos más que convenientes con el conde. El señor de Morcerf a veces está ocupado, sus negocios le preocupan, y podría ser que sin querer...

—Mi padre ha estado perfecto, señora —interrumpió Albert—; diré más: pareció infinitamente halagado de los dos o tres cumplidos de lo más

hábil que el conde deslizó con tanta buena maña como acierto, como si le hubiera conocido desde hacía treinta años. Cada una de esas pequeñas flechas lisonjeras han debido tocar el amor propio de mi padre —añadió Albert riendo—, de manera que se han despedido como los mejores amigos del mundo, y el señor de Morcerf quería incluso llevarle a la Cámara para que le oyera declamar su discurso.

La condesa no respondió; estaba absorta en una ensoñación tan profunda que sus ojos se fueron cerrando poco a poco. El joven, de pie delante de ella, la miraba con ese amor filial más tierno y más afectuoso en los hijos cuyas madres son aún jóvenes y bellas. Después, tras ver cómo sus ojos se cerraban, escuchó su respiración un instante, en su dulce inmovilidad, y, creyéndola dormida, se alejó de puntillas, empujando con precaución la puerta de la habitación donde dejaba a su madre.

—Este diablo de hombre —murmuró moviendo la cabeza—, le predije allá que causaría sensación en sociedad: mido su efecto en un termómetro infalible. Mi madre lo ha notado, así que debe ser bien notable.

Y bajó a las caballerizas, no sin un despecho secreto porque, sin ni siquiera haber pensado en ello, el conde de Montecristo había puesto la mano sobre un tiro de caballos que enviaba a sus caballos bayos al número dos, en la regla de los entendidos.

—Decididamente —dijo—, los hombres no son iguales; tendré que rogar a mi padre que desarrolle ese teorema en la Cámara Alta.

Capítulo XLII

El señor Bertuccio

Mientras tanto, el conde había llegado a su casa; había tardado seis minutos en recorrer el camino. Esos minutos le habían bastado para ver a veinte jóvenes que, conociendo el precio del tiro que ellos mismos no habían podido comprar, habían puesto su cabalgadura al galope para ver al espléndido señor que se permitía caballos de diez mil francos cada uno.

La casa escogida por Alí, y que debía servir de residencia de ciudad a Montecristo, estaba situada a la derecha subiendo los Champs-Élysées, edificada entre patio y jardín; un macizo de vegetación bastante espeso, que se elevaba en medio del patio, ocultaba una parte de la fachada; de ese macizo partían como dos brazos, dos senderos que, extendiéndose a derecha e izquierda, llevaban a los coches desde la verja a una doble escalinata, adornada en cada peldaño con un jarrón de porcelana lleno de flores. Esta casa, aislada en medio de un amplio espacio, tenía, además de la entrada principal, otra entrada que daba a la calle de Ponthieu.

Antes incluso de que el cochero hubiera llamado al portero, la maciza verja rodó sobre los goznes; habían visto venir al conde, y en París, como en Roma, como en todas partes, era servido con la rapidez de un rayo. El cochero entró, pues, describió el semicírculo sin aflojar la marcha, y la

verja estaba ya cerrada cuando las ruedas resonaban sobre la arena del sendero.

El coche se detuvo en la parte izquierda de esa doble escalinata; dos hombres estaban al pie de la portezuela: uno era Alí, que sonrió a su amo con una increíble franqueza de alegría, y que se sintió pagado con una simple mirada de Montecristo.

El otro saludó humildemente y presentó su brazo al conde para ayudarle a apearse del coche.

—Gracias, señor Bertuccio —dijo el conde saltando ligeramente los tres peldaños del estribo—. ¿Y el notario?

—Está en el saloncito, Excelencia —respondió Bertuccio.

—¿Y las tarjetas de visita que le encargué que grabaran en cuanto supiera el número de la casa?

—Señor conde, ya está hecho; estuve en casa del mejor grabador del Palais-Royal, que hizo la plancha delante de mí; la primera tarjeta fue llevada al instante mismo, según sus órdenes, al señor barón Danglars, diputado, calle de la Chaussée-d'Antin, número 7; las otras están sobre la chimenea del dormitorio de Su Excelencia.

—Bien. ¿Qué hora es?

—Las cuatro.

Montecristo entregó guantes, sombrero y bastón a ese mismo lacayo francés que vimos salir corriendo de la antecámara del conde de Morcerf para llamar al coche, y pasó al saloncito, guiado por Bertuccio para mostrarle el camino.

—¡Vaya mármoles tan pobres en esta antecámara! —dijo Montecristo—. Espero que me quiten todo eso.

Bertuccio hizo una inclinación.

Como le había dicho el intendente, el notario esperaba en el saloncito.

Tenía un honrado rostro de segundo pasante de notario de París, elevado a la dignidad infranqueable de notario de los barrios exteriores de la ciudad.

—¿El señor es el notario encargado de vender la casa de campo que quiero comprar? —preguntó Montecristo.

—Sí, señor conde —replicó el notario.

—¿La escritura de venta está preparada?

—Sí, señor conde.

—¿La trae usted?

—Aquí la tiene.

—Perfectamente. ¿Y dónde está la casa que compro? —preguntó negligentemente Montecristo, dirigiéndose mitad a Bertuccio, mitad al notario.

El intendente hizo un gesto que significaba: «no lo sé».

El notario miró a Montecristo con asombro.

—¿Cómo! —dijo—. ¿El señor conde no sabe dónde está la casa comprada?

—A fe mía, no —dijo el conde.

—¿El señor conde no la conoce?

—¿Y cómo diablos iba a conocerla? Vengo de Cádiz y llego esta misma mañana, nunca he estado en París, y es incluso la primera vez que pongo los pies en Francia.

—Entonces la cosa cambia —respondió el notario—; la casa que el señor conde ha comprado está en Auteuil.

Al oír esas palabras Bertuccio palideció visiblemente.

—¿Y dónde está Auteuil? —preguntó.

—A dos pasos de aquí, señor conde —dijo el notario—, un poco más allá de Passy, en un encantador entorno, en medio del bosque de Boulogne.

—¡Tan cerca! —dijo Montecristo—. Pero eso no es el campo. ¿Cómo diablos me ha hecho elegir una casa a las puertas de París, señor Bertuccio?

—¡Yo! —exclamó el intendente con una extraña premura—. No, no, no es a mí a quien el señor conde encargó escoger esa casa; que el señor conde tenga a bien recordar, que haga memoria, que apele a sus recuerdos.

—¡Ah! Es cierto —dijo Montecristo—; ¡ahora lo recuerdo! Leí ese anuncio en un periódico y me dejé seducir por ese título engañoso: *casa de campo*.

—Aún está a tiempo —dijo rápidamente Bertuccio—, si Su Excelencia quiere encargarme que busque en otra parte, le encontraré lo mejor que haya, sea en Enghien, en Fontenay-aux-Roses, o en Bellevue.

—No, a fe mía, no —dijo despreocupadamente Montecristo—; puesto que tengo esa, me quedaré con ella.

—Y el señor tiene razón —dijo enseguida el notario, que temía perder sus honorarios—. Es una propiedad encantadora: agua abundante, bosques espesos, vivienda confortable, aunque abandonada desde hace tiempo; sin contar el mobiliario, que, por muy viejo que sea, tiene su valor, sobre todo hoy en día que tanto se buscan las antiguallas. Perdón, pues creo que el conde tiene el gusto de esa época.

—Pero dígame —dijo Montecristo—; ¿es adecuada, entonces?

—¡Oh! Señor, mejor que eso, ¡es magnífica!

—¡Pestes! No perdamos una ocasión así —dijo Montecristo—; el contrato, por favor, señor notario.

Y firmó rápidamente, después de echar un vistazo a la escritura donde se designaba la situación de la casa y los nombres de los propietarios.

—Bertuccio —dijo—, entregue cincuenta y cinco mil francos al señor.

El intendente salió con un paso no muy firme, y volvió con un fajo de billetes de banco que el notario contó como hombre acostumbrado a no recibir dinero sino tras una purga legal.

—Y ahora —preguntó el conde—, ¿se han cumplido todas las formalidades?

—Todas, señor conde.

—¿Tiene usted las llaves?

—Las llaves las tiene el conserje que cuida de la casa; pero aquí tiene una orden que le he dado para que instale al señor en su propiedad.

—Muy bien.

Y Montecristo hizo una señal con la cabeza al notario que quería decir: «ya no le necesito, puede irse».

—Pero —se aventuró a decir el honrado escribano—, el señor conde se ha equivocado, me parece; no son más que cincuenta mil francos, todo incluido.

—¿Y sus honorarios?

—Ya van incluidos en esa suma, señor conde.

—¿Pero no ha tenido usted que venir de Auteuil hasta aquí?

—Sí, sin duda.

—Pues bien, tendré que pagarle las molestias del desplazamiento — dijo el conde.

Y le despidió con un gesto.

El notario salió a reculones, despidiéndose con una inclinación que llegaba hasta el suelo; era la primera vez, desde que ejercía el oficio, que tenía un cliente así.

—Acompañe al señor —dijo el conde a Bertuccio.

Y el intendente salió detrás del notario.

En cuanto se quedó solo, sacó del bolso un portafolios con cerradura, lo abrió con una pequeña llave que llevaba colgada al cuello y de la que nunca se desprendía.

Después de buscar un instante, cogió una hoja que tenía algunas notas, confrontó esas notas con la escritura de venta que dejó sobre la mesa y memorizando:

«Auteuil, calle de la Fontaine, n.º 28», se dijo, «está bien así; ¿ahora tengo que creer en una confesión arrancada por el terror religioso o por el terror físico? Por lo demás, dentro de una hora lo sabré todo. ¡Bertuccio!», gritó, golpeando con una especie de martillo de mango plegable sobre un timbre que produjo un sonido agudo y prolongado igual al de un gong, «¡Bertuccio!».

El intendente apareció en el umbral.

—Señor Bertuccio —dijo el conde— ¿no me había dicho usted hace tiempo que había viajado por Francia?

—Por algunos lugares de Francia, sí, Excelencia.

—¿Sin duda conoce los alrededores de París, no?

—No, Excelencia, no —respondió el intendente con una especie de temblor nervioso que Montecristo, experto en emociones, atribuyó con razón a una viva inquietud.

—Es una pena —dijo— que no conozca usted los alrededores de París, pues quiero ir esta misma tarde a ver mi nueva propiedad, y si viniera usted conmigo me sería de gran utilidad.

—¿Ir con usted a Auteuil? —exclamó Bertuccio, cuya tez cobriza se puso casi lívida—. ¡Yo, ir a Auteuil!

—Y bien, ¿qué hay de extraño en que venga usted a Auteuil cuando yo se lo pido? Cuando me quede a vivir en Auteuil, tendrá usted que venir, puesto que usted forma parte del servicio de mi casa.

Bertuccio bajó la cabeza ante la mirada imperativa del amo, y se quedó inmóvil y sin respuesta.

—¡Ah, vaya! ¿Pero qué ocurre? ¿Es que tengo que llamar por segunda vez para el coche? —dijo Montecristo en el tono con el que Luis XIV pronunció su famosa frase: «*J'ai failli attendre!*»^[1].

Bertuccio salió casi de un salto del saloncito a la antecámara y gritó con voz ronca:

—¡Los caballos de Su Excelencia!

Montecristo escribió dos o tres cartas; cuando estaba cerrando la última, el intendente apareció.

—El coche de Su Excelencia está en la puerta —dijo.

—Pues bien, coja sus guantes y su sombrero —dijo Montecristo.

—¿Es que voy con el señor conde? —exclamó Bertuccio.

—Sin duda, tiene usted que dar las órdenes, puesto que cuento con habitar esa casa.

Nunca había objetado una orden del conde; así que el intendente, sin hacer ninguna objeción, siguió a su señor, que subió al coche y le indicó que subiera también. El intendente se sentó respetuosamente en la banqueta delantera.

Capítulo XLIII

La casa de Auteuil

Montecristo había observado que al bajar la escalinata Bertuccio se había santiguado a la manera de los corsos, es decir, cortando el aire en cruz con el pulgar, y que al sentarse en el coche había mascullado por lo bajo una corta plegaria. Cualquier otro hombre curioso hubiera sentido piedad por la singular repugnancia manifestada por el digno intendente para llevar a cabo ese paseo extramuros, concebido por el conde; pero, por lo que parece, este era demasiado curioso como para dispensar a Bertuccio del viajecito.

En veinte minutos se plantaron en Auteuil. La emoción del intendente era cada vez mayor. Al entrar en el pueblo, Bertuccio, acurrucado en un rincón del coche, comenzó a examinar con una febril emoción cada una de las casas que iban desfilando a su paso.

—Ordenará detenerse en la calle de la Fontaine, número 28 —dijo el conde, fijando sin piedad su mirada en el intendente, al que daba la orden.

El sudor corría por el rostro de Bertuccio; sin embargo, obedeció y, asomándose fuera del coche, gritó al cochero:

—¡Calle de la Fontaine, número 28!

Ese número 28 estaba situado al final del pueblo. Durante el viaje, había caído la noche, o más bien, una nube negra cargada de electricidad daba a esas tinieblas prematuras la apariencia y la solemnidad de un episodio dramático.

El coche se detuvo y el lacayo bajó inmediatamente para abrir la portezuela.

—Y bien —dijo el conde—, ¿es que usted no baja, señor Bertuccio? ¿Es que se va a quedar en el coche? ¿Pero en qué diablos piensa usted esta tarde?

Bertuccio bajó también para colocarse delante de la portezuela y ofrecer su hombro al conde que, esta vez, se apoyó sobre él bajando uno a uno los peldaños del estribo.

—Llame —dijo el conde—, y anúnciame.

Bertuccio llamó, la puerta se abrió y apareció el portero.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es su nuevo amo, buen hombre —dijo el lacayo.

Y mostró al portero la nota que le había dado el notario.

—¿Entonces la casa se ha vendido? —preguntó el portero—. ¿Y es el señor quien viene a vivir aquí?

—Sí, amigo mío —dijo el conde—, y trataré de que no eche de menos a su antiguo amo.

—¡Oh! Señor —dijo el guardián— no tendré que echarle mucho de menos, pues le veíamos en muy raras ocasiones; hace más de cinco años que no viene, ¡a fe mía que ha hecho bien en vender una casa que no le reportaba absolutamente nada!

—¿Y cómo se llamaba su antiguo señor? —preguntó Montecristo.

—El señor marqués de Saint-Méran; ¡ah!, seguro que no ha vendido la casa por lo que le costó, estoy seguro.

—¡El marqués de Saint-Méran! —repuso Montecristo—. Pues me parece que ese nombre no me es desconocido —dijo el conde—; el marqués de Saint-Méran...

Y pareció que buscaba en sus recuerdos.

—Un viejo gentilhomme —continuó el portero—, un fiel servidor de los Borbones; tenía una hija única a la que había casado con el señor de

Villefort, que fue fiscal del rey en Nîmes y después en Versalles.

Montecristo echó una mirada a Bertuccio, más lívido que la pared contra la que se apoyaba para no caer.

—¿Y esa hija murió? —preguntó Montecristo—. Me parece que oí decir eso.

—Sí, señor, hace veintiún años y, desde entonces, no hemos visto ni tres veces al pobre y querido marqués.

—Gracias, gracias —dijo Montecristo, juzgando por la postración del intendente que no podía seguir tensando más esa cuerda sin peligro de romperla—; ¡gracias! Deme las velas, buen hombre.

—¿Tengo que acompañar al señor?

—No, no es necesario; Bertuccio me alumbrará.

Y Montecristo acompañó estas palabras con la donación de dos monedas de oro que levantaron una explosión de bendiciones y de suspiros.

—¡Ah! ¡Señor! —dijo el guardián de la casa después de buscar inútilmente por el reborde de la chimenea y por los estantes de al lado—, es que no tengo velas aquí.

—Coja uno de los faroles del coche, Bertuccio, y enséñeme los aposentos —dijo el conde.

El intendente obedeció sin hacer ninguna observación, pero era fácil ver, por el temblor de la mano que sujetaba el farol, lo que le costaba obedecer.

Recorrieron una planta baja bastante extensa; un primer piso compuesto de un salón, un cuarto de baño y dos dormitorios. En uno de esos dormitorios había una escalera de caracol cuyo final daba al jardín.

—Vaya, una escalera de escape —dijo el conde—, es bastante cómodo. Alúmbreme, señor Bertuccio; pase delante y vamos a ver adónde nos conduce esta escalera.

—Señor —dijo Bertuccio—, da al jardín.

—¿Y cómo sabe usted eso, diga?

—Es decir, que debe dar al jardín.

—Pues bien, vamos a asegurarnos.

Bertuccio suspiró y pasó delante. La escalera daba, efectivamente, al jardín.

En la puerta exterior Bertuccio se detuvo.

—¡Vamos, señor Bertuccio, vamos! —dijo el conde.

Pero este estaba aturullado, estupefacto, anonadado. Con la mirada perdida miraba por todo alrededor como si buscara las huellas de un pasado terrible, y con sus manos crispadas parecía que intentaba espantar recuerdos horrorosos.

—¿Y bien? —insistió el conde.

—¡No! ¡No! —exclamó Bertuccio agarrándose al muro interior—. No, señor, no seguiré adelante, ¡es imposible!

—¿Pero qué está diciendo? —articuló la irresistible voz de Montecristo.

—Pues ya ve usted, señor —exclamó el intendente—, que esto no es natural; que teniendo que comprar una casa en París, usted la comprara exactamente en Auteuil, y que al comprarla en Auteuil, ¡esa casa fuera el número 28 de la calle de la Fontaine! ¡Ah! ¿Por qué no se lo conté todo allá, monseñor? Así no me habría exigido que viniera. Yo esperaba que la casa del señor conde fuera otra, y no esta. ¡Como si no hubiera otra casa en Auteuil que la del asesinato!

—¡Oh!, ¡oh! —dijo Montecristo parándose en seco—. ¡Qué palabra tan fea acaba usted de pronunciar! ¡Diablo de hombre! ¡Curso acérrimo! ¡Siempre con misterios y supersticiones! Veamos, coja ese farol y visitemos el jardín; conmigo no tendrá usted miedo, ¡espero!

Bertuccio cogió el farol y obedeció.

La puerta, al abrirse, dejó ver un cielo gris macilento en el que la luna se esforzaba en vano por luchar contra un mar de nubes que la cubrían con sus olas sombrías, iluminadas por un instante, y que iban enseguida a perderse, más oscuras aún, en las profundidades del infinito.

El intendente fue hacia la izquierda.

—No, no, señor —dijo Montecristo—, ¿para qué vamos a seguir por el sendero? Aquí hay un césped estupendo, sigamos todo recto.

Bertuccio se secó el sudor que le caía por la frente, pero obedeció; sin embargo, continuaba yendo hacia la izquierda.

Montecristo, por el contrario, se inclinaba hacia la derecha. Al llegar a una masa de árboles, se detuvo.

El intendente no pudo más.

—¡Aléjese, señor! —gritó—. ¡Aléjese, se lo ruego, está usted justo en el sitio!

—¿En qué sitio?

—En el mismo sitio en el que cayó.

—Mi querido señor Bertuccio —dijo Montecristo riendo—, vuelva en sí, se lo aconsejo; aquí no estamos en Sartène o en Corte. Esto no es un maquis, sino un jardín inglés, mal cuidado, es cierto, pero no hay que denigrarlo tanto por eso.

—¡Señor, no se quede ahí! ¡No se quede ahí! Se lo suplico.

—Creo que se está usted volviendo loco, maese Bertuccio —dijo fríamente el conde—, si es así, avíseme, pues haré que le encierren en una casa de salud antes de que ocurra una desgracia.

—¡Ay! Excelencia —dijo Bertuccio moviendo la cabeza y juntando las manos con una actitud que hubiera hecho reír al conde, si otros pensamientos de interés superior no le hubiesen cautivado en ese momento, y le hubiesen hecho estar pendiente de las más mínimas expansiones de esa conciencia atemorizada—. ¡Ay! Excelencia, ya ocurrió, esa desgracia.

—Señor Bertuccio —dijo el conde—, estoy encantado de decirle que, al gesticular así, retuerce usted los brazos, y los ojos le dan tantas vueltas como a un poseso de cuyo cuerpo el diablo no quiere salir; ahora bien, casi siempre he observado que el diablo más obstinado en quedarse en su sitio es el secreto. Ya sabía que era usted corso, ya sabía que era sombrío y que siempre estaba rumiando alguna vieja historia de *vendetta*, y yo se lo consentía en Italia, porque en Italia esas cosas son de recibo, pero en Francia, en general en Francia el asesinato es de muy mal gusto: hay gendarmes que se ocupan de ello, jueces que lo condenan y cadalsos que lo vengan.

Bertuccio juntó las manos y, como al ejecutar todas esas diferentes contorsiones no soltaba el farol, la luz alumbró su cara descompuesta.

Montecristo le examinó con la misma mirada que en Roma había observado el suplicio de Andrea; después, con un tono de voz que hizo de nuevo recorrer un escalofrío por todo el cuerpo del pobre intendente:

—Así que el abate Busoni me mintió —dijo— cuando, después de su viaje a Francia en 1829, le envió a mí, provisto de una carta de recomendación en la que me recomendaba sus preciadas cualidades. Y bien, voy a escribir al abate, le haré responsable de su protegido, y sabré sin duda qué es todo ese asunto del asesinato. Pero, le prevengo, señor Bertuccio, que cuando vivo en un país, tengo la costumbre de adecuarme a sus leyes, y que no tengo ninguna gana de tener desavenencias con la justicia de Francia.

—¡Oh! No haga eso, Excelencia, yo le he servido fielmente, ¿no es así? —exclamó Bertuccio al borde de la desesperación—. Siempre he sido un hombre honrado, e incluso he hecho mis buenas acciones lo mejor que he podido.

—No digo que no —repuso el conde—, ¿pero por qué diablos se agita usted de esa manera? Es una mala señal: una conciencia limpia no produce tanta palidez en las mejillas, ni tanta fiebre en las manos de un hombre...

—Pero, señor conde —repuso dubitativo Bertuccio—, ¿no me ha dicho usted mismo que el abate Busoni, que oyó mi confesión en las cárceles de Nîmes, le había advertido, al enviarme con usted, que yo tenía un duro reproche que hacerme?

—Sí, pero como me lo envió diciéndome que sería un buen intendente, yo creí que usted había robado, ¡eso es todo!

—¡Oh! ¡Señor conde! —dijo Bertuccio con desprecio.

—O que, como usted era corso, no se había podido resistir al deseo de «hacer una piel a alguien», como se dice en el país como antífrasis, pues lo que se hace, por el contrario, es «deshacerla», esa piel.

—Y bien, sí, monseñor, sí, mi buen señor, ¡es eso! —exclamó Bertuccio echándose a los pies del conde—. Sí, es una venganza, lo juro, una simple venganza.

—Comprendo, pero lo que no comprendo es que sea justamente esta casa la que le excita hasta ese modo.

—Pero, monseñor, ¿no es natural que así sea puesto que fue en esta casa donde se llevó a cabo la venganza?

—¡Cómo! ¡En mi casa!

—¡Oh! Monseñor, aún no era su casa —respondió ingenuamente Bertuccio.

—¿Pero, de quién era? Del señor marqués de Saint-Méran, creo que nos ha dicho el portero. ¿De qué diablos tenía usted que vengarse del marqués de Saint-Méran?

—¡Oh! No era de él, monseñor, era de otra persona.

—Ese sí que es un extraño encuentro —dijo Montecristo, como cediendo a sus reflexiones—, que usted se encontrara así, por azar, sin preparación alguna, en una casa en la que ocurre una escena que le produce ahora tan espantosos remordimientos.

—Monseñor —dijo el intendente—, es la fatalidad la culpable de todo, estoy seguro: primero, va usted y compra una casa justo en Auteuil, esa casa es en la que yo cometí un asesinato; usted baja al jardín justo por la escalera por donde bajó él; usted va y se detiene justo en el lugar en el que recibió el golpe; a dos pasos, bajo ese plátano, estaba la fosa en la que enterró al niño. Todo eso no es fruto del azar, no, pues en este caso el azar se parecería demasiado a la Providencia.

—Y bien, veamos, señor corso, supongamos que sea la Providencia; yo siempre supongo todo lo que haga falta; además, a las mentes enfermas hay que hacerles siempre concesiones. Veamos, recupere el sentido, y cuénteme todo eso.

—Sólo lo he contado una vez, y fue al abate Busoni. Cosas así —añadió Bertuccio moviendo la cabeza— no se dicen más que bajo secreto de confesión.

—Entonces, mi querido Bertuccio —dijo el conde—, le parecerá bien que yo le envíe de nuevo con su confesor; usted se hará con él cartujo o bernardo y charlarán juntos de sus secretos. Pero yo, a mí me da miedo un huésped asustado con tales fantasmas; no me gusta que mi gente tenga miedo de pasear de noche por mi jardín. Además, lo confieso, no me interesaría mucho recibir una visita del comisario de policía; pues, quiero que sepa esto, maese Bertuccio: en Italia, uno no cumple con la justicia

más que cuando esta calla, pero en Francia, al contrario, sólo se cumple cuando esta habla. ¡Pestes! Yo le creía a usted un poco corso, gran contrabandista, muy hábil intendente, pero veo que aún tiene usted otras cuerdas que tocar. Usted ya no me pertenece, señor Bertuccio.

—¡Oh! ¡Monseñor! ¡Monseñor! —exclamó el intendente, aquejado de un gran terror por la amenaza—. ¡Oh! Si esa es la condición para que yo siga a su servicio, hablaré, diré todo; y si me separo de usted, pues bien, que sea sólo para ir al cadalso.

—Entonces es diferente —dijo Montecristo—; si usted quiere mentir, piénselo bien: más vale que no diga nada en absoluto.

—No, señor, se lo juro por la salvación de mi alma, ¡le diré todo! Pues el mismo abate Busoni sólo conoce una parte de mi secreto. Pero, en primer lugar, se lo suplico, ¡aléjese de ese plátano; mire, la luna va a aclarar esa nube, y así, tal como está usted, envuelto en esa capa que me oculta su rostro y que se me parece al señor de Villefort...!

—¡Cómo! —exclamó Montecristo—. Es el señor de Villefort...

—¿Su Excelencia le conoce?

—¿El antiguo fiscal del rey en Nîmes?

—Sí.

—¿Que había desposado a la hija del marqués de Saint-Méran?

—Sí.

—¿Y que tenía en la administración de Justicia la reputación del más honrado, del más severo, del más rígido magistrado?

—Y bien, señor —exclamó Bertuccio—, ese hombre, de una reputación intachable...

—Sí.

—Era un infame.

—¡Bah! —dijo Montecristo—. Imposible.

—Sin embargo, es como yo digo.

—¡Ah! ¿De verdad? —dijo Montecristo—. ¿Y tiene usted la prueba?

—Al menos, la tenía.

—¿Y la ha perdido, torpe?

—Sí; pero, buscando bien, puede que la encuentre.

—¿De verdad? —dijo el conde—. Cuénteme eso, señor Bertuccio, pues, realmente, empieza a interesarme.

Y el conde, canturreando una pequeña melodía de la *Lucia*, fue a sentarse en un banco, mientras que Bertuccio le seguía, haciendo acopio de todos sus recuerdos.

Bertuccio se quedó de pie delante de él.

Capítulo XLIV

La vendetta

—¿Desde dónde quiere usted, señor conde, que empiece a contarle las cosas? —preguntó Bertuccio.

—Pues desde donde usted quiera —dijo Montecristo—, puesto que yo no sé absolutamente nada.

—Pues yo creía que el abate Busoni le había dicho a Su Excelencia...

—Sí, algunos detalles, sin duda, pero han pasado ya siete u ocho años desde aquello, y lo he olvidado.

—Entonces, puedo, sin temor a aburrir a Su Excelencia...

—Adelante, señor Bertuccio, adelante, en vez de leer esta noche el periódico...

—El asunto se remonta a 1815.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo Montecristo—. Eso no es ayer, 1815.

—No, señor, y, sin embargo, tengo presentes en la memoria los más mínimos detalles, como si hoy sólo fuera el día siguiente. Yo tenía un hermano, un hermano mayor, que estaba al servicio del emperador. Había llegado a ser teniente en un regimiento compuesto sólo de corsos. Este hermano era, además, mi único amigo; nos quedamos huérfanos cuando yo tenía cinco años y él, dieciocho; me crió como si fuese su hijo. Se había

casado en 1814, bajo los Borbones; el emperador volvió de la isla de Elba, mi hermano retomó entonces el servicio, y herido leve en Waterloo, se retiró con el ejército al sur del Loira.

—Pero me está usted contando la historia de los Cien Días, señor Bertuccio —dijo el conde—, y esa historia ya está contada, si no me equivoco.

—Disculpe, Excelencia, pero estos primeros detalles son necesarios, y usted me prometió tener paciencia.

—¡Vale!, ¡vale! Mantengo mi palabra.

—Un día, recibimos una carta; tengo que decirle que vivíamos en el pequeño pueblo de Rogliano, en la punta del Cabo Corso: la carta era de mi hermano; nos decía que habían licenciado a su regimiento y que volvía a casa por Châteauroux, Clermont-Ferrand, Le Puy y Nîmes, y que si teníamos algún dinero me rogaba que lo tuviera preparado en Nîmes, en casa de un posadero al que conocíamos y con el que teníamos algunos tratos.

—Tratos de contrabando —repuso Montecristo.

—¡Eh! ¡Dios mío! Señor conde, de algo hay que vivir.

—Ciertamente; continúe.

—Yo quería mucho a mi hermano, ya se lo he dicho, Excelencia; así que decidí no enviarle el dinero, sino ir a llevárselo yo mismo. Yo tenía unos mil francos, dejé quinientos a Assunta, mi cuñada; cogí los otros quinientos, y me puse en marcha camino de Nîmes. Era cosa fácil, yo tenía una barca, un cargamento que tenía que hacer en el mar; todo era favorable a mi proyecto. Pero, una vez que hice el cargamento, el viento se puso en contra, de manera que estuvimos cuatro o cinco días sin poder entrar en el Ródano. Finalmente lo conseguimos; subimos hasta Arlés; yo dejé la barca entre Bellegarde y Beaucaire, y me encaminé hacia Nîmes.

—Bueno, ya llegamos, ¿no?

—Sí, señor; excúseme, pero, como verá Su Excelencia, yo sólo le cuento lo que es absolutamente necesario. Ahora bien, era el momento en el que sucedieron las famosas masacres en todo el Mediodía. Había dos o tres bandidos, que se llamaban Trestailon, Truphemy y Graffan, que

degollaban en las calles a cualquier sospechoso de bonapartismo. Sin duda, el señor conde oyó hablar de esos asesinatos.

—Vagamente, yo estaba muy lejos de Francia, en esa época. Continúe.

—Al llegar a Nîmes, literalmente caminábamos sobre ríos de sangre; había cadáveres a cada paso: los asesinos, organizados en bandas, mataban, saqueaban y quemaban.

»Al ver esa carnicería me estremecí, no por mí, yo, un sencillo pescador corso, yo no tenía gran cosa que temer; al contrario, aquellos tiempos eran buenos tiempos para nosotros, los contrabandistas; pero para mi hermano, mi hermano soldado del imperio, que volvía con el ejército del Loira con su uniforme y sus galones, y que por tanto tenía todo que temer.

»Corrí a casa del posadero. Mis presentimientos no me habían engañado; mi hermano había llegado la víspera a Nîmes y, en la misma puerta de la casa donde venía a pedir cobijo, fue asesinado.

»Hice todo lo que pude para descubrir a los asesinos; pero nadie se atrevió a darme sus nombres, de tan temidos como eran. Pensé entonces en esa justicia francesa, de la que tanto me habían hablado, que no teme nada, y me presenté ante el fiscal del rey.

—¿Y ese fiscal se llamaba Villefort? —preguntó negligentemente Montecristo.

—Sí, Excelencia; Villefort venía de Marsella, donde había sido fiscal sustituto. Su celo le había valido el ascenso. Era uno de los primeros —se decía— que anunciara al gobierno el desembarco de la isla de Elba.

—Así pues —repuso Montecristo—, que se presentó usted ante él.

—“Señor”, le dije, “mi hermano ha sido asesinado ayer en las calles de Nîmes, no sé quién ha sido su asesino, pero es la misión de usted descubrirlo. Aquí es usted el jefe de la justicia encargada de vengar a quienes la justicia no supo defender”.

»“¿Y qué era su hermano?”, me preguntó el fiscal del rey.

»“Teniente en el batallón corso.”

»“¿Un soldado del usurpador, entonces?”

»“Un soldado de los ejércitos franceses.”

»“Pues bien, se sirvió de la espada y murió por la espada.”

»“No, se equivoca usted, señor; ha muerto apuñalado.”

»“¿Y qué quiere usted que yo haga?”, respondió el magistrado.

»“Pues ya se lo he dicho: quiero que usted le vengue.”

»“¿Y de quién?”

»“De sus asesinos.”

»“¿Acaso yo les conozco?”

»“Ordene que los busquen.”

»“¿Para qué? Su hermano habrá entrado en alguna pelea y se habrá batido en duelo. Todos esos antiguos soldados cometen excesos de los que salían bien parados bajo el imperio, pero que no les resultan tan favorables ahora; ahora bien, a nuestra gente del Mediodía no le gustan ni los soldados ni los excesos.”

»“Señor”, repuse yo, “yo no se lo pido por mí. Yo, lloraré o me vengaré, eso es todo; pero mi pobre hermano tenía esposa. Si a mí también me sucediera alguna desgracia, esta pobre criatura moriría de hambre, pues sólo vivía del trabajo de mi hermano. Consiga para ella alguna pequeña pensión del gobierno”.

»“Cada revolución tiene sus catástrofes”, respondió el señor de Villefort; “su hermano ha sido víctima de esta, es una desgracia, y el gobierno no debe nada a su familia por eso. Si fuéramos a juzgar todas las venganzas que los partidarios del usurpador han ejercido contra los partidarios del rey, cuando a su vez aquellos disponían del poder, su hermano sería tal vez, hoy, condenado a muerte. Lo que ha sucedido es algo natural, pues es la ley de las represalias”.

»“¡Pero, cómo, señor!”, exclamé. “¿Cómo es posible que me hable así usted, un magistrado!...”

»“Todos esos corsos están locos, ¡palabra de honor!”, respondió el señor de Villefort, “y se creen todavía que su compatriota sigue siendo el emperador. Se equivoca usted de tiempo, querido amigo; tenía que haber venido a decirme eso hace un par de meses. Hoy es demasiado tarde; váyase, pues, y si usted no se va, llamaré a alguien para que le saque de aquí”.

»Yo le miré un instante para ver si tendría algo que esperar con una nueva súplica. Ese hombre era de piedra. Me acerqué a él:

»“Y bien”, le dije a media voz, “puesto que usted conoce a los corsos, debe saber cómo mantienen su palabra. A usted le parece que han hecho bien matando a mi hermano que era bonapartista, porque usted es monárquico; pues bien, yo, que también soy bonapartista, le digo una cosa: que yo le mataré a usted. A partir de este momento le declaro la *vendetta*; así que, mucho ojo y cuídese lo mejor que pueda, pues la próxima vez que nos veamos cara a cara, habrá llegado su última hora”.

»Y después de esto, sin dejarle que saliera de su sorpresa, abrí la puerta y me fui.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo Montecristo—. ¡Con esa cara de buena persona, usted se atreve a hacer esas cosas, señor Bertuccio, y además a un fiscal del reino! ¡Quite por Dios! ¿Y él sabía al menos lo que quería decir la palabra *vendetta*?

—Lo sabía tan bien que a partir de ese momento ya no salió solo y se encerró en su casa, dando órdenes para que me buscaran. Menos mal que yo estaba tan a cubierto que no pudo encontrarme. Entonces le entró miedo; temblaba si se quedaba más tiempo en Nîmes; solicitó el traslado de residencia, y como, en efecto, era un hombre influyente, fue nombrado fiscal en Versalles; pero, ya sabe usted, no hay distancias para un corso que ha jurado vengarse de su enemigo, y su coche, por muy bien provisto que estuviera, no aguantó ni una media jornada de adelanto sobre mí, que, sin embargo, le seguía a pie.

»Lo importante no era matarle, cien veces tuve la ocasión de hacerlo; pero había que matarle sin ser descubierto y, sobre todo, sin ser arrestado. Además, ya no se trataba sólo de mí; tenía que proteger y alimentar a mi cuñada. Durante tres meses espí al señor de Villefort; durante tres meses no dio un solo paso, no hizo ni una sola gestión, ni un solo paseo, sin que mi mirada no le siguiese por todas partes. Finalmente descubrí que venía misteriosamente a Auteuil: le seguí y le vi entrar en esta casa en la que estamos ahora; sólo que, en lugar de entrar como todo el mundo por la puerta principal que da a la calle, venía, ya fuera a caballo o en coche, dejaba caballo o coche en la posada, y entraba por esa puertecilla que ve ahí.

Montecristo hizo un gesto con la cabeza que probaba que, en medio de la oscuridad, distinguía perfectamente la entrada indicada por Bertuccio.

—Yo ya no necesitaba quedarme en Versalles, fijé mi residencia en Auteuil y me informé. Si quería cogerle, era evidentemente aquí donde tendría que ponerle una trampa.

»La casa pertenecía, como el conserje dijo a Su Excelencia, al señor de Saint-Méran, suegro de Villefort. El señor de Saint-Méran vivía en Marsella; en consecuencia, esta casa de campo le era innecesaria; además, se decía que acababa de alquilarla a una joven viuda a quien sólo se la conocía como la señora baronesa.

»En efecto, una noche, mirando por encima del muro, vi a una mujer joven y bella que paseaba sola por el jardín, ajena a cualquier extraño; ella miraba una y otra vez por la parte del jardín donde está la puertecilla, y comprendí que aquella noche esperaba al señor de Villefort. Cuando estuvo tan cerca de mí como para que, a pesar de la oscuridad, yo pudiese distinguir sus rasgos, vi que se trataba de una hermosa mujer joven, de dieciocho o diecinueve años, alta y rubia. Como estaba con un sencillo peinador y nada apretaba su cintura, pude observar que estaba encinta y que su embarazo parecía muy avanzado.

»Algunos momentos después la puertecilla se abrió; entró un hombre; la joven corrió lo más deprisa que pudo a su encuentro; se echaron uno en brazos del otro, se abrazaron y besaron tiernamente y volvieron juntos a la casa.

»Ese hombre era el señor de Villefort. Juzgué que al salir, sobre todo si salía durante la noche, debía atravesar solo todo el jardín.

—¿Y supo usted después el nombre de esa mujer? —preguntó el conde.

—No, Excelencia —repondió Bertuccio—; va usted a ver que no tuve tiempo de saberlo.

—Continúe.

—Aquella noche —repuso Bertuccio—, hubiera podido tal vez matar al fiscal del rey; pero yo no conocía bien el jardín en todos sus detalles. Temí no matarlo del primer golpe, y si alguien acudía a sus gritos, yo no podría huir. Así que remití el asunto para el próximo encuentro y, para que

no se me escapase nada, alquilé una pequeña habitación que daba a la calle por donde discurría el muro del jardín.

»Tres días después, hacia la siete de la tarde, vi salir de la casa a un criado a caballo que tomó al galope el camino que lleva a la carretera de Sèvres; presumí que iba a Versailles. No me engañaba. Tres horas después, el hombre volvió todo cubierto de polvo; su recado estaba cumplido.

»Diez minutos después, otro hombre a pie, envuelto en una capa, abrió la portezuela del jardín que cerró tras él.

»Yo bajé rápidamente. Aunque no hubiese visto el rostro de Villefort, le reconocí por los latidos de mi corazón: crucé la calle, alcancé un mojón colocado en una esquina del muro en el que me había subido la primera vez para ver el jardín.

»Esta vez no me conformé con mirar, saqué la navaja del bolso, me aseguré de que la punta estuviese bien afilada y salté el muro.

»Mi primer cuidado fue ir a la puerta; Villefort había dejado la llave por dentro, con la simple precaución de cerrar con doble vuelta.

»Nada impedía mi huida por ese lado. Me puse a estudiar el lugar. El jardín formaba un largo rectángulo, un parterre de fino césped inglés se extendía por el centro, en las esquinas de ese parterre había masas espesas de árboles y vegetación, todo entremezclado con flores de otoño.

»Para ir de la casa a la puertecilla o viceversa, ya sea para entrar o para salir, el señor de Villefort estaba obligado a pasar junto a una de esas masas de vegetación.

»Era el final de septiembre; el viento soplaba, soplaba con fuerza; una escasa luna pálida, velada a cada instante por gruesas nubes que se deslizaban rápidamente por el cielo, alumbraba la arena de los senderos que llevaban a la casa, pero no podía traspasar la oscuridad de las masas arbóreas en las que un hombre podía permanecer oculto sin temor a ser visto.

»Me oculté lo más cerca posible a la zona de paso de Villefort; apenas me vi allí, en medio de las ráfagas de viento que arqueaban los árboles por encima de mi cabeza, cuando creí distinguir unos gemidos. Pero usted sabe, o más bien no lo sabe, señor conde, que quien espera el momento de cometer un asesinato cree siempre oír gritos sordos en el aire. Pasaron dos

horas, durante las cuales, en varias ocasiones, creí oír los mismos gemidos. Dieron las doce.

»Cuando aún la última campanada resonaba lúgubre y vibrante, vi un resplandor que iluminaba las ventanas de la escalera oculta por la que hemos bajado ahora.

»La puerta se abrió, y el hombre de la capa reapareció. Era el momento terrible; pero me había preparado desde hacía tanto tiempo para ese momento que nada en mí flaqueaba: saqué la navaja, la abrí y me mantuve preparado.

»El hombre de la capa vino derecho hacia mí; pero a medida que avanzaba en la zona descubierta, creía observar que tenía un arma en la mano derecha: tuve miedo, no de la pelea, sino del posible fracaso. Cuando estuvo solamente a unos pasos de mí, reconocí que lo que había tomado como un arma no era más que una pala.

»Aún no había adivinado por qué el señor de Villefort tenía una pala en la mano, cuando se detuvo en la linde de la masa boscosa, miró por todo alrededor y se puso a cavar un hoyo en el suelo. Fue entonces cuando vi que llevaba envuelto en la capa algo que había dejado en el suelo para tener libertad de movimientos.

»Entonces, lo confieso, un poco de curiosidad se mezcló con el odio: quise saber qué había venido a hacer en el jardín Villefort; me quedé inmóvil, sin aliento, y esperé.

»Después, se me ocurrió una idea, que se confirmó al ver al fiscal sacar de su capa un pequeño cofre de dos pies de largo por seis u ocho pulgadas de ancho.

»Le dejé colocar el cofre en el hoyo y echar tierra por encima; después, sobre la tierra removida, pisoteó una y otra vez para borrar las huellas de su obra nocturna. Me lancé entonces sobre él y le clavé la navaja en el pecho diciéndole:

»“¡Soy Giovanni Bertuccio! Tu muerte, para mi hermano; tu tesoro, para su viuda: ya ves que mi venganza es más completa de lo que me esperaba.”

»No sé si oyó esas palabras, no lo creo, pues cayó sin dar ni un solo grito; sentí los borbotones de su sangre saltar ardientes en mis manos y en

mi cara; pero me sentía ebrio, en delirio; esa sangre me refrescaba en lugar de quemarme. En un segundo, desenterré el cofre con la ayuda de la pala; después, para que no vieran que me lo había llevado, rellené de nuevo el agujero, tiré la pala por encima del muro, me lancé hacia la puerta, que volví a cerrar con doble vuelta por fuera, llevándome la llave.

—¡Bueno! —dijo Montecristo—. Por lo que veo fue un pequeño asesinato de nada, seguido de un robo.

—No, Excelencia —respondió Bertuccio—, era una venganza seguida de una restitución.

—¿Y era una buena suma, al menos?

—No se trataba de dinero.

—¡Ah! Sí, ya recuerdo —dijo Montecristo—, ¿no habló usted de un bebé?

—Justamente, Excelencia. Corrí hasta el río, me senté en un talud y, curioso por saber qué contenía el cofre, hice saltar la cerradura con la navaja.

»En unas mantillas de fina batista estaba envuelta una criatura que acababa de nacer; su carita de púrpura, sus manitas violetas indicaban que había debido sucumbir a una asfixia causada por ligamentos naturales enrollados alrededor del cuello; sin embargo, como aún no estaba frío, dudé en tirarlo o no al agua que corría bajo mis pies. En efecto, al cabo de un instante, creí sentir un leve latido en la zona del corazón; le liberé del cordón que le envolvía y, como yo había sido enfermero en el hospital de Bastia, hice lo que hubiera hecho un médico en iguales circunstancias; es decir, que le insuflé ardientemente aire en los pulmones, y al cabo de un cuarto de hora de inauditos esfuerzos le vi respirar y oí un grito que escapó de sus pulmones.

»Yo también grité, a mi vez, pero fue un grito de alegría. “Así que Dios no me maldice”, me dije, “puesto que me permite devolver la vida a una criatura humana a cambio de la otra vida que he arrebatado”.

—¿Y qué hizo usted entonces con el niño? —preguntó Montecristo—. Era un bulto demasiado comprometedor para un hombre que necesitaba huir.

—Por eso no se me ocurrió la idea de quedarme con él. Pero yo sabía que había en París un hospicio en el que reciben a las pobres criaturas. Al pasar la barrera declaré que había encontrado al niño en el camino y me informé sobre el hospicio. El cofre que llevaba era la prueba; las mantillas de batista indicaban que la criatura pertenecía a padres ricos; la sangre de la que yo estaba cubierto podía ser del niño o de cualquier otro individuo. No me pusieron ninguna objeción; me indicaron la dirección del hospicio que estaba situado al final de la calle del Enfer y, después de haber tenido la precaución de cortar en dos las mantillas, de manera que una de las dos letras con las que estaban marcadas siguiese envolviendo al niño, dejé mi envoltorio en el torno, llamé y huí a toda prisa. Quince días después, yo estaba de vuelta en Rogliano, y dije a Assunta:

»“Consuélate, hermana, Israel ha muerto, pero yo le he vengado.”

»Entonces, me pidió la explicación de esas palabras, y le conté todo lo que había pasado.

»“Giovanni”, me dijo Assunta, “tendrías que haber traído a ese niño, nosotros hubiesemos hecho las veces de los padres que ha perdido, le hubiesemos llamado Benedetto, y en favor de esa buena acción Dios nos hubiese bendecido efectivamente”.

»Por toda respuesta le di el trozo de las mantillas que yo había guardado, a fin de reclamar el niño cuando fuésemos ricos.

—¿Y cuáles eran las letras que llevaban las mantillas? —preguntó Montecristo.

—Llevaban una H y una N coronadas por un tortillo de barón.

—Creo, ¡Dios me perdone!, ¡que utiliza usted términos de blasones, señor Bertuccio! ¿Dónde diablos ha hecho usted estudios heráldicos?

—En su servicio, señor conde, donde se aprenden tantas cosas.

—Continúe, tengo curiosidad por saber dos cosas.

—¿Qué cosas, monseñor?

—Primero, qué ha sido de ese muchachito; ¿no me dijo usted que era niño, señor Bertuccio?

—No, Excelencia; no recuerdo haber especificado eso.

—¡Ah! Yo creía haber oído... me habré equivocado.

—No, usted no se ha equivocado, pues, efectivamente, era niño; pero su Excelencia deseaba saber dos cosas: ¿cuál era la segunda?

—La segunda era el crimen del que usted fue acusado cuando pidió un confesor y el abate Busoni acudió tras su petición a la cárcel de Nîmes.

—Quizá ese relato sea muy largo, Excelencia.

—No importa. Apenas son las diez, usted sabe que yo no duermo, y que usted, por su parte, no tendrá muchas ganas de dormir.

Bertuccio se inclinó y retomó su narración.

—Mitad por echar fuera los recuerdos que me asaltaban, mitad para satisfacer las necesidades de la pobre viuda, me dediqué con ardor al oficio de contrabandista, que fue cada vez más fácil por el relajamiento de las leyes que sigue siempre a las revoluciones. Las costas del Mediodía, sobre todo, estaban muy mal vigiladas, a causa de las eternas revueltas que tenían lugar, ya fuera en Aviñón, ya en Nîmes, ya en Uzès. Nos aprovechamos de esa especie de tregua que el gobierno concedió para entablar relaciones con todo el litoral. Desde el asesinato de mi hermano en las calles de Nîmes, yo no había querido volver a esa ciudad. Resultó que el posadero con el que hacíamos negocios, viendo que ya no queríamos acudir a él, vino él a nosotros, y creó una sucursal de su posada en la carretera de Bellegarde a Beaucaire, con el nombre de Pont du Gard. Así teníamos, ya fuera por la parte de Aigues-Mortes, o por la parte de Martigues, o por el Bouc, una docena de establecimientos donde dejábamos las mercancías, y donde, si era necesario, encontrábamos refugio contra los aduaneros y los gendarmes. Este oficio de contrabandista reporta mucho cuando se aplica en él una cierta inteligencia, secundada con cierto vigor. En cuanto a mí, yo vivía en las montañas teniendo ahora una doble razón para temer a los aduaneros y a los gendarmes, dado que cualquier comparecencia ante los jueces podía conducir a una investigación, y dado que toda investigación es siempre una incursión en el pasado, y que en mi pasado podrían encontrar ahora algo más grave que cigarros de contrabando o barriles de aguardiente circulando sin el sello del gobierno. Además, prefiriendo mil veces la muerte a un arresto, llevé a cabo cosas sorprendentes y que más de una vez me probaron que el exceso de cuidado que damos a nuestro cuerpo es casi

el único escollo para triunfar en nuestros proyectos, proyectos que necesitan una decisión rápida y una ejecución vigorosa y determinativa. En efecto, una vez que uno ha hecho el sacrificio de su propia vida, ya no es como el resto de los mortales, o más bien, el resto de los mortales no son nuestros iguales, y quienquiera que haya tomado esa resolución, siente al instante mismo desplegar todas sus fuerzas y agrandar sus horizontes.

—¡Vaya, señor Bertuccio! Filosofía a estas alturas —interrumpió el conde—; ¿así que usted ha hecho un poco de todo en esta vida?

—¡Oh! ¡Perdón, Excelencia!

—No, no, es que, filosofía a las diez y media de la noche, es un poco tarde. Pero no tengo ninguna otra observación que hacer a la suya, pues me parece exacta, lo que no se puede decir de todas las filosofías.

—Mis incursiones se hicieron cada vez más extensas y cada vez más fructíferas. Assunta era buena ama de casa y nuestra pequeña fortuna iba engordando. Un día, en el que yo partía para uno de esos viajes:

»“Ve”, dijo ella, “y cuando vuelvas tendrás una sorpresa”.

»Le pregunté, pero fue inútil, no quiso decirme nada más, y partí.

»La travesía duró cerca de seis semanas; habíamos ido a Lucca a cargar aceite, y a Livorno por algodón inglés; el desembarco se hizo sin ningún contratiempo, repartimos las ganancias y volvimos tan contentos.

»Al entrar en casa, lo primero que vi, en el lugar más aparente de la habitación de Assunta, en una cuna suntuosa, en relación con el resto del mobiliario, lo primero que vi, digo, fue a un niño de siete u ocho meses. Di un grito de alegría. Los únicos momentos de tristeza que sentí desde el asesinato del fiscal del rey me eran producidos por el abandono de ese niño. Ni que decir tiene que remordimiento por el asesinato mismo no tenía en absoluto.

»La pobre Assunta había adivinado todo: había aprovechado mi ausencia y provista del trozo de las mantillas, y habiendo escrito, para no olvidarlo, el día y la hora de la entrega del niño en el hospicio, se fue a París y lo reclamó ella misma. No le pusieron ninguna objeción y le entregaron al niño.

»¡Ah! Señor conde, confieso que al ver a la pobre criatura durmiendo en su cuna mi pecho se infló y las lágrimas brotaron de mis ojos.

»“De verdad, Assunta”, exclamé, “que eres una mujer muy digna y la Providencia te bendecirá”.

—Eso —dijo Montecristo—, es menos exacto que la filosofía de antes; es cierto que aquí se trata de la fe.

—¡Ay! Excelencia —repuso Bertuccio—, qué razón tiene usted; ese niño mismo fue el encargado de Dios para castigarme. Nunca naturaleza tan perversa se declaró tan prematuramente y, sin embargo, no podía decirse que fuera mal criado, pues mi hermana le trataba como al hijo de un príncipe. Era un muchacho de un rostro encantador, con unos ojos azul claro como esos tonos de porcelanas chinas que armonizan tan bien con la blancura lechosa del tono general; sólo sus cabellos, de un rubio demasiado vivo, daban a su cara un carácter extraño, que se duplicaba por su mirada tan viva y su sonrisa tan maliciosa. Desgraciadamente hay un proverbio que dice que los pelirrojos son o muy buenos o muy malos; el proverbio no se confundió con Benedetto, y desde su más tierna infancia se mostró absolutamente malvado. Es cierto que la dulzura de su madre estimuló sus primeras inclinaciones; el niño, para quien mi pobre hermana iba al mercado de la ciudad, situado a cuatro o cinco leguas de casa, para comprarle las primeras frutas y los dulces más refinados, prefería las castañas robadas al vecino saltando las tapias, en lugar de las naranjas de Palma y las conservas de Génova; o las manzanas secas del granero del vecino, cuando tenía a su disposición las castañas y las manzanas de nuestro jardín.

»Un día, Benedetto podía tener cinco o seis años, el vecino Basilio, que, según las costumbres de nuestro país, no cerraba ni su bolsa ni sus joyas, pues el señor conde sabe, tan bien como nadie, que en Córcega no hay ladrones, el vecino Basilio vino a quejarse a nosotros de que le había desaparecido un luis; creímos que había contado mal, pero él decía estar seguro. Aquel día Benedetto se había ido de casa desde por la mañana, y teníamos una gran inquietud, cuando por la tarde le vimos volver arrastrando a un mono que había encontrado, decía, encadenado al pie de un árbol.

»Desde hacía un mes la pasión del malvado niño, que ya no sabía qué imaginar, era la de tener un mono. Un titiritero que pasó por Rogliano y

que tenía varios de esos animales, cuyas evoluciones le habían gustado mucho, sin duda fue quien le inspiró ese desgraciado capricho.

»“No hay monos en nuestros bosques”, le dije, “y menos aún monos encadenados; confiesa cómo has conseguido este”.

»Benedetto mantuvo su mentira y la acompañó con detalles que hacían honor más a su imaginación que a la verdad; me enfadé y él se echó a reír; le amenacé y dio dos pasos hacia atrás.

»“No puedes pegarme”, dijo, “no tienes derecho, tú no eres mi padre”.

»Nunca supimos quién le había revelado el fatal secreto que, sin embargo, nosotros le ocultamos siempre con gran cuidado; sea como fuere, esa respuesta, en la que el niño se descubría tal cual, casi me espantó, mi brazo levantado cayó efectivamente sin tocar al culpable; el niño salió ganando y esa victoria le dio tal audacia que, a partir de ese momento, todo el dinero de Assunta, cuyo amor hacia él crecía a medida que era menos merecedor del mismo, lo gastó en caprichos que ella no sabía combatir, en locuras que Assunta no tenía el valor de impedir. Mientras yo estaba en Rogliano, las cosas marchaban aún convenientemente; pero en cuanto me iba, era Benedetto quien se hacía el dueño de la casa, y todo iba mal. Con apenas once años, escogía a todos sus amigos de dieciocho o veinte años, los peores sujetos de Bastia y de Corte, y ya la justicia nos había advertido por algunas travesuras que merecían un nombre más serio.

»Yo estaba asustado; cualquier información podía tener consecuencias funestas; justamente tuve que alejarme de Córcega para una expedición importante. Reflexioné mucho y, con el presentimiento de evitar alguna desgracia, decidí llevarme a Benedetto conmigo. Yo esperaba que la vida ruda y activa del contrabandista y la disciplina severa del barco cambiarían ese carácter presto a corromperse, si no estaba ya espantosamente corrompido.

»Hablé, pues, aparte, con Benedetto y le propuse que viniera conmigo, rodeando esta propuesta con toda clase de promesas que pueden seducir a un niño de doce años.

»Me dejó que siguiera hasta el final y, cuando terminé, se echó a reír.

»“¿Está usted loco, tío?”, me llamaba así cuando estaba de buen humor. “¡Yo, cambiar la vida que llevo por la que lleva usted! ¡Mi buena y excelente pereza por el horrible trabajo que es el suyo! ¡Pasar la noche al frío y el día al calor! ¡Esconderse todo el tiempo y, si uno se asoma, recibir unos cuantos disparos, y todo para ganar un poco de dinero! Dinero, tengo el que quiero, madre Assunta me da todo lo que le pido. Ya ve que sería un imbécil si aceptara lo que me propone.”

»Yo estaba estupefacto ante tanta audacia y ante todo ese razonamiento. Benedetto volvió a jugar con sus amigos y le vi alejarse señalándome ante ellos como a un idiota.

—¡Vaya niño encantador! —murmuró Montecristo.

—¡Oh! Si hubiera sido mío —respondió Bertuccio—, si hubiera sido mi hijo, o al menos mi sobrino, le hubiese enderezado por el buen camino, pues la conciencia da fuerza. Pero la idea de que iba a pegar al hijo del hombre a quien yo mismo había matado hacía cualquier correctivo imposible. Di buenos consejos a mi cuñada que, en las discusiones, siempre se ponía de parte del desgraciado pequeño, y como ella me confesó varias veces que le habían faltado considerables sumas de dinero, le indiqué un lugar donde podría esconder nuestra pequeña fortuna. En cuanto a mí, mi resolución ya estaba tomada. Benedetto sabía perfectamente leer, escribir y contar, pues cuando por azar quería entregarse al estudio, aprendía en un día lo que los demás aprenden en una semana. Mi resolución, digo, estaba tomada: debía enviarlo como secretario en algún navío de larga travesía, y sin avisarle, que lo cogieran un buen día y lo llevaran a bordo; de esa manera, recomendándole al capitán, todo su futuro dependería de él. Determinado el plan, partí para Francia.

»Todas nuestras operaciones debían ejecutarse en esta ocasión en el golfo de León, y dichas operaciones se hacían cada vez más difíciles, pues estábamos en 1829. La tranquilidad se había restablecido perfectamente, y en consecuencia el servicio de costas se había hecho regular y más severo que nunca. Esa vigilancia se veía aumentada momentáneamente por la feria de Beaucaire, que acababa de abrirse.

»Los prolegómenos de la expedición se ejecutaron sin obstáculos. Amarramos la barca, que tenía un doble fondo donde escondíamos las mercancías de contrabando, en medio de una cantidad de barcos que bordeaban las dos orillas del Ródano, desde Beaucaire a Arlés. Una vez allí, comenzamos a descargar por la noche nuestras mercancías prohibidas, llevándolas a la ciudad por la intermediación de gente que estaba en relación con nosotros, o por posaderos en cuyas casas teníamos nuestros depósitos. Ya fuera porque el éxito nos había hecho imprudentes, o por la traición de alguien, una tarde, hacia las cinco, cuando nos disponíamos a merendar, nuestro pequeño grumete vino corriendo, todo asustado, diciendo que había visto una cuadrilla de aduaneros que se dirigía hacia nosotros. No era precisamente la cuadrilla de aduaneros lo que nos asustaba: constantemente, sobre todo en aquellos momentos, compañías enteras merodeaban por las orillas del Ródano. Esa cuadrilla tomaba precauciones de lo más infantiles para no ser vista; en un instante estábamos sobre aviso, pero era ya demasiado tarde; nuestra barca, objeto evidentemente de las pesquisas, estaba rodeada. Entre los aduaneros vi a algunos gendarmes; y tan tímido a la vista de estos, como valiente me mostraba ante cualquier otro cuerpo militar, bajé a la bodega y, deslizándome por una portilla, me dejé caer al río, después nadé entre dos aguas, respirando tras largos intervalos, tanto que alcancé sin ser visto un desagüe que acababan de abrir y que comunicaba el Ródano con el canal que va de Beaucaire a Aigues-Mortes. Una vez allí, estaba a salvo, pues, podía seguir sin ser visto por ese ramal. Alcancé, pues, el canal sin accidente alguno. No era por azar o sin premeditación por lo que seguí ese camino; ya hablé a Su Excelencia de un posadero de Nîmes que se había establecido en una pequeña posada en la carretera de Bellegarde a Beaucaire.

—Sí —dijo Montecristo—, lo recuerdo perfectamente. Ese buen hombre era, si no me equivoco, su asociado.

—Eso es —respondió Bertuccio—; pero desde hacía siete u ocho años había cedido su establecimiento a un antiguo sastre de Marsella que, después de arruinarse con su negocio, quiso probar suerte en otro. Ni qué decir tiene que los pequeños arreglos que teníamos con el anterior fueron

mantenidos con este; era, pues, a este hombre a quien contaba con pedir asilo.

—¿Y cómo se llamaba ese hombre? —preguntó el conde, que parecía empezar a retomar interés en el relato de Bertuccio.

—Se llamaba Gaspard Caderousse, estaba casado con una mujer del pueblo de La Carconte, y a quien no conocíamos por otro nombre sino por el de su pueblo. Era una pobre mujer aquejada de las fiebres de la marisma, que se iba muriendo de lasitud. En cuanto al hombre, era un robusto muchacho de cuarenta a cuarenta y cinco años, que más de una vez, en circunstancias difíciles, nos había dado prueba de presencia de ánimo y de valor.

—¿Y dice usted que todo eso ocurría —preguntó Montecristo— en torno al año...?

—1829, señor conde.

—¿En qué mes?

—En el mes de junio.

—¿Al principio o al final?

—Era el 3 de junio, al atardecer.

—¡Ah! —dijo Montecristo—. El 3 de junio de 1829... Bien, continúe.

—Era, pues, Caderousse con quien yo contaba para pedir asilo; pero, como de costumbre, e incluso en circunstancias normales, no entrábamos por la puerta que da a la carretera, resolví continuar con ese hábito, salté la valla del huerto, me deslicé trepando a través de los raquíticos olivos y de las higueras silvestres y, ante el temor de que Caderousse tuviera algún viajero en la hostería, alcancé una especie de cuartocho, bajo el cual más de una vez había pasado la noche como en la mejor de las camas. Este habitáculo estaba debajo de la escalera, y sólo estaba separado de la sala común de la planta baja por un simple tabique de madera que habíamos construido adrede para que pudiesemos esperar y ver, a través de las tablas mal unidas, el momento oportuno para dar señales de vida. Si Caderousse estaba solo, yo esperaba advertirle de mi presencia, acabar la cena que yo había interrumpido por la presencia de los aduaneros, y aprovechar la tormenta que se preparaba para llegar a la orilla del Ródano y comprobar qué había sido de la barca y de sus moradores. Me oculté, pues, debajo de

la escalera y más me valió, pues en ese instante Caderousse volvía a casa con un desconocido.

»Me quedé quieto y esperé, no con la intención de descubrir los secretos del patrón de la posada, sino porque no podía hacer otra cosa; además, ya había ocurrido lo mismo lo menos unas diez veces.

»El hombre que acompañaba a Caderousse no era, de toda evidencia, vecino del Mediodía francés; era uno de esos negociantes de feria que vienen a vender joyas a la feria de Beaucaire, y que a lo largo del mes que dura esa feria, a la que afluyen vendedores y compradores de todas las partes de Europa, hacen negocios por cien mil o por ciento cincuenta mil francos.

»Caderousse entró el primero. Después, al ver la sala vacía, como de costumbre, y vigilada solamente por su perro, llamó a su mujer.

»“¡Eh! *La Carconte*”, dijo, “ese buen sacerdote no nos engañaba: el diamante era bueno”.

»Se oyó una exclamación de alegría y casi enseguida el crujido de la escalera, bajo las pisadas lentas por la debilidad y la enfermedad.

»“¿Qué estás diciendo?”, preguntó la mujer, más pálida que una muerta.

»“Digo que el diamante era bueno y que aquí está uno de los primeros joyeros de París que está dispuesto a darnos cincuenta mil francos. Pero, para estar seguro de que el diamante es nuestro, como le he dicho, quiere que le cuentes de qué manera tan milagrosa llegó a nuestras manos. Mientras tanto, señor, siéntese, por favor, y como hace tanto calor voy a buscar algo para refrescarnos.”

»El joyero examinaba con atención el interior de la posada y la bien visible pobreza de quienes iban a venderle un diamante que parecía salir del joyero de un príncipe.

»“Cuénteme, señora”, dijo, queriendo, sin duda, aprovechar la ausencia del marido para que no hubiera ningún subterfugio de este que influyera en la mujer, y para ver si ambos relatos cuadraban el uno con el otro.

»“¡Eh, Dios mío!”, empezó la mujer, toda locuaz, “es una bendición del cielo que no podíamos esperar nunca. Imáginese, mi querido señor, que mi marido tenía amistad en 1814 ó 1815 con un marino llamado

Edmond Dantès. Ese pobre muchacho a quien Caderousse había completamente olvidado, él no le había olvidado, y le dejó al morir el diamante que acaba usted de ver”.

»“¿Pero cómo se había hecho poseedor del diamante?”, preguntó el joyero. “¿Es que lo tenía antes de entrar en prisión?”

»“No, señor”, respondió la mujer; “pero en prisión, por lo que parece, trabó amistad con un inglés muy rico, y como en prisión su compañero de celda cayó enfermo y Dantès le cuidó como si fuera su hermano, el inglés, al salir de la cárcel, dejó al pobre Dantès, quien, con menos suerte que él, murió en prisión, el diamante que a su vez nos legó al morir, y encargó al buen abate, que vino esta mañana, que nos lo entregara”.

»“Es lo mismo que dijo el marido”, murmuró el joyero; “a fin de cuentas, la historia puede ser cierta, por muy inverosímil que parezca a primera vista. Sólo queda algo en lo que no estamos de acuerdo, y es en el precio”.

»“¿Cómo que no estamos de acuerdo!”, dijo Caderousse; “yo creía que estaba de acuerdo en el precio que le dije”.

»“Es decir”, repuso el joyero, “que ofrezco cuarenta mil francos”.

»“¿Cuarenta mil!”, exclamó *La Carconte*; “por ese precio, no se lo vamos a dar. El abate nos dijo que valía cincuenta mil francos, y eso sin contar la montura”.

»“¿Y cómo se llamaba ese abate?”, preguntó el infatigable cuestionador.

»“Abate Busoni”, respondió la mujer.

»“¿Entonces era un extranjero?”

»“Era un italiano de los alrededores de Mantua, creo.”

»“Enséñeme ese diamante”, repuso el joyero, “quiero verlo por segunda vez; en ocasiones se juzga mal las piedras con sólo verlas una vez”.

»Caderousse sacó de su bolsillo un pequeño estuche de piel de zapa negra, lo abrió y se lo mostró al joyero. Al ver el diamante, del grosor de una avellana, lo recuerdo como si fuera ahora, los ojos de *La Carconte* echaban chispas de avaricia.

—¿Y qué pensaba usted de todo eso, señor que escucha tras de las puertas? —preguntó Montecristo—. ¿Se creía usted esa historia?

—Sí, Excelencia; yo no veía a Caderousse como a un mal hombre, y le creía incapaz de haber cometido ningún crimen, ni siquiera un robo.

—Eso honra más a su corazón que a su experiencia, señor Bertuccio. ¿Conoció usted al tal Edmond Dantès en cuestión?

—No, Excelencia, nunca había oído hablar de él hasta entonces, y nunca oí hablar de él después, salvo una vez, por el mismo abate Busoni, cuando le vi en las cárceles de Nîmes.

—¡Bien! Continúe.

—El joyero cogió la sortija de manos de Caderousse, y sacó de su bolsa una pequeña pinza de acero y una balanza de cobre; después, separando los engarces de oro que retenían la piedra en la sortija, sacó el diamante de su cavidad y lo pesó minuciosamente en la balanza.

»“Iré hasta los cuarenta y cinco mil francos”, dijo, “pero ni un céntimo más; además, como es lo que vale el diamante, sólo me traje esa suma”.

»“¡Oh! Que por eso no quede”, dijo Caderousse, “yo volveré con usted a Beaucaire para buscar los cinco mil restantes”.

»“No”, dijo el joyero devolviendo aro y diamante a Caderousse; “no, no vale más que eso, y todavía me arrepiento de haberle ofrecido esa cantidad, dado que la piedra tiene un defecto que no había visto antes; pero no importa, mantengo mi palabra, dije cuarenta y cinco mil y no voy a desdecirme”.

»“Al menos ponga el diamante en la sortija”, dijo agriamente *La Carconte*.

»“De acuerdo”, dijo el joyero. Y volvió a colocar la piedra en el engaste.

»“Bueno, bueno, bueno”, dijo Caderousse guardándose el estuche en el bolso, “ya se lo venderemos a otro”.

»“Sí, pero cualquier otro no será tan fácil como yo; cualquier otro no se contentará con los datos que ustedes me han dado; no es natural que un hombre como usted posea un diamante de cincuenta mil francos; avisará a la justicia, tendrá que buscar al abate Busoni, y los abates que dan diamantes de dos mil luses son raros; la justicia comenzará por echarse

encima, le enviarán a prisión, y si al final le declaran inocente, y le ponen en libertad después de tres o cuatro meses de cautiverio, la sortija se habrá extraviado en los archivos del tribunal, o le darán una piedra falsa que valdrá tres francos en lugar del diamante que vale cincuenta mil, cuarenta y cinco mil, tal vez, pues convendrá conmigo, buen hombre, que entraña ciertos riesgos comprarla.”

»Caderousse y su mujer se interrogaron con la mirada.

»“No”, dijo Caderousse, “no somos tan ricos como para despreciar cinco mil francos”.

»“Como quiera, mi querido amigo”, dijo el joyero, “como ven yo había traído moneda de la buena”.

»Y sacó de uno de sus bolsillos un puñado de oro que resplandeció ante los deslumbrados ojos del posadero, y del otro bolsillo, un fajo de billetes de banco.

»Un rudo combate se libraba visiblemente en el espíritu de Caderousse, era evidente que ese pequeño estuche de tafilete que tenía en la mano, dándole vueltas y más vueltas, no le parecía corresponder, como valor, a la ingente suma que le causaba fascinación. Se volvió hacia su mujer.

»“¿Tú qué dices?”, le preguntó en voz baja.

»“Dáselo, dáselo”, dijo ella; “¡si vuelve a Beaucaire sin el diamante, nos denunciará, y como él mismo dice, a saber si podemos echar el guante al abate Busoni!”.

»“Y bien, de acuerdo”, dijo Caderousse, “llévese el diamante por cuarenta y cinco mil francos; pero mi mujer quiere una cadena de oro, y yo un par de hebillas de plata”.

»El joyero sacó de la bolsa un estuche largo y plano que contenía varias muestras de los objetos solicitados.

»“Tenga”, dijo, “me gusta redondear en los tratos; escojan”.

»La mujer eligió una cadena de oro que podía valer unos cinco luisas, y el marido un par de hebillas que podían costar unos quince francos.

»“Espero que no se quejen”, dijo el joyero.

»“El abate dijo que valía cincuenta mil francos”, murmuró Caderousse.

»“¡Vamos, vamos, traiga! ¡Qué hombre más terrible”, repuso el joyero quitándole de las manos el diamante, “le doy cuarenta y cinco mil francos, dos mil quinientas libras de renta, es decir, una fortuna como ya me gustaría tener a mí, y aún no está contento”.

»“Y los cuarenta y cinco mil francos”, preguntó Caderousse con voz ronca, “¿donde están?”.

»“Aquí los tiene”, dijo el joyero.

»Y contó sobre la mesa quince mil francos en oro y treinta mil en billetes de banco.

»“Espere que encienda la lámpara”, dijo *La Carconte*, “apenas se ve y podría equivocarse”.

»En efecto, había caído la noche durante la discusión, y con la noche, la tormenta que amenazaba desde hacía media hora. Se oían sordamente los truenos en la lejanía; pero ni el joyero, ni Caderousse, ni *La Carconte* parecían darse cuenta, poseídos como estaban los tres por el demonio de la avaricia. Yo mismo sentía una extraña fascinación al ver todo ese oro y todos esos billetes. Me parecía estar soñando y, como ocurre en los sueños, me sentía encadenado y sin movimiento.

»Caderousse contó y recontó el oro y los billetes, después, se los pasó a su mujer, que volvió a contarlos y recontarlos.

»Mientras tanto, el joyero hacía rebrillar el diamante bajo la luz de la lámpara, y el diamante lanzaba relámpagos que le hacían olvidar los que, precursores de la tormenta, comenzaban a iluminar las ventanas.

»“Y bien, ¿ya han hecho el recuento?”, preguntó el joyero.

»“Sí”, dijo Caderousse; “dame la cartera y busca una saca, *Carconte*”.

»*La Carconte* fue a un armario y volvió trayendo una vieja cartera de cuero, de la que sacó algunas cartas grasientas y en cuyo lugar colocó los billetes, y una saca en la que había dos o tres escudos de seis libras, que componían, probablemente toda la fortuna de la miserable pareja.

»“Bueno”, dijo Caderousse, “aunque nos haya querido levantar unos diez mil francos, quizá quiera usted cenar con nosotros. Eso es de buen corazón”.

»“Gracias”, dijo el joyero, “pero se hace tarde y tengo que volver a Beaucaire; mi mujer estará intranquila”. Y sacando el reloj: “¡Pardiez!”.

exclamó. “Son casi las nueve, no llegaré a Beaucaire hasta medianoche. Adiós, pequeños; si por azar les llega otro abate Busoni, piensen en mí.”

»“Dentro de ocho días ya no estará usted en Beaucaire”, dijo Caderousse, “puesto que se cierra la feria la semana que viene”.

»“No, pero eso no importa; escribanme a París, señor Joannès, en el Palais Royal, galería de Pierre, 45; haré un viaje expresamente si merece la pena.”

»Se oyó un enorme trueno, acompañado de un relámpago tan violento que casi borró la claridad de la lámpara.

»“¡Oh!, ¡oh!”, dijo Caderousse. “¿Se va a marchar usted con este tiempo?”

»“¡Oh! Yo no tengo miedo de los truenos”, dijo el joyero.

»“¿Y de los ladrones?”, preguntó *La Carconte*. “El camino no es nada seguro durante la feria.”

»“¡Oh! En cuanto a los ladrones”, dijo Joannès, “tengo esto para ellos”.

»Y sacó de su bolsillo un par de pequeñas pistolas cargadas hasta arriba.

»“Miren”, dijo, “estos son perros que ladran y muerden al mismo tiempo; aquí están, para los dos primeros que aspiren a su diamante, compadre Caderousse”.

»Caderousse y su mujer intercambiaron una mirada sombría. Fue como si tuvieran al mismo tiempo algún terrible pensamiento.

»“Entonces, ¡buen viaje!”, dijo Caderousse.

»“¡Gracias!”, dijo el joyero.

»Cogió el bastón que había dejado apoyado contra un viejo baúl, y salió. En el momento en el que abrió la puerta, entró una bocanada tal de viento que poco faltó para apagar la lámpara.

»“¡Oh!”, dijo. “¡Me costará lo mío, con dos leguas que recorrer y este maldito tiempo!”

»“Quédese”, dijo Caderousse, “dormirá usted aquí”.

»“Sí, quédese”, dijo *La Carconte* con voz temblorosa, “le cuidaremos bien”.

»“No, tengo que ir a dormir a Beaucaire. Adiós.”

»Caderousse fue lentamente hasta el umbral.

»“No se ve ni cielo ni tierra”, dijo el joyero ya fuera de la casa. “¿Por dónde hay que ir, a derecha o a izquierda?”

»“A la derecha”, dijo Caderousse; “no tiene pérdida, la carretera lleva árboles a cada lado”.

»“Bueno, ya estoy”, dijo la voz casi perdida en la lejanía.

»“Cierra entonces la puerta”, dijo *La Carconte*, “no me gusta tener las puertas abiertas con esta tormenta”.

»“Y menos cuando hay dinero en la casa, ¿no es eso?”, dijo Caderousse cerrando con doble vuelta de llave.

»Entró en la casa, fue hacia el armario, sacó el saco y la cartera y ambos se pusieron a recontar por tercera vez el oro y los billetes. Nunca vi una expresión igual en esos dos rostros, llenos de codicia, alumbrados por esa macilenta lámpara. La mujer sobre todo era horrorosa; el temblor febril que la animaba habitualmente había redoblado. Su rostro, de pálido, se había vuelto lívido; sus ojos hundidos ardían.

»“¿Por qué le ofreciste que durmiera aquí?”, preguntó con voz sorda.

»“Pues”, respondió Caderousse temblando, “pues para... para... que no tuviese que regresar a Beaucaire”.

»“¡Ah!”, dijo la mujer con una expresión imposible de describir. “Yo creía que era para otra cosa.”

»“¡Mujer!, ¡mujer!”, exclamó Caderousse, “¿por qué se te ocurren esas ideas, y por qué si se te ocurren no te las guardas?”.

»“Es igual”, dijo *La Carconte* después de un instante de silencio, “tú no eres suficientemente hombre”.

»“¿Cómo es eso?”, dijo Caderousse.

»“Si hubieras sido un hombre, no habría salido de aquí.”

»“¡Mujer!”

»“O no llegaría a Beaucaire.”

»“¡Mujer!”

»“La carretera da un rodeo, él tiene que seguirla, pero siguiendo el canal hay un atajo.”

»“Mujer, ofendes al Buen Dios. Mira, escucha...”

»En efecto, se oyó un espantoso trueno al mismo tiempo que un relámpago azulado encendía toda la sala, y el rayo, decreciendo

lentamente, pareció alejarse de la casa maldita.

»“¡Jesús!”, dijo *La Carconte* santiguándose.

»En el mismo instante, en medio de ese silencio de terror que sigue ordinariamente a los truenos, llamaron a la puerta.

»Caderousse y su mujer temblaron y se miraron espantados.

»“¿Quién va?”, exclamó Caderousse levantándose y juntando en un solo montón el oro y los billetes esparcidos por la mesa, que cubrió con ambas manos.

»“Soy yo.”

»“¿Quién es usted?”

»“¡Eh, pardiez! Joannès el joyero.”

»“¡Y bien, qué decías”, repuso *La Carconte* con una espantosa sonrisa, “que yo ofendía al Buen Dios...! Pues es el Buen Dios quien nos lo envía”.

»Caderousse se sentó pálido y sin aliento en una silla. *La Carconte*, por el contrario, se levantó, y fue con paso firme a abrir la puerta.

»“Entre, entre, querido señor Joannès”, dijo.

»“Palabra”, dijo el joyero chorreando por la lluvia, “que parece que el diablo no quiere que vuelva yo esta noche a Beaucaire. Las locuras cortas son las mejores, mi querido señor Caderousse; usted me ofreció su hospitalidad, la acepto y vengo a dormir a su casa”.

»Caderousse balbuceó algunas palabras secándose el sudor que le caía por la frente. *La Carconte*, tras hacer pasar al joyero, volvió a cerrar la puerta con doble vuelta de llave.

Capítulo XLV

Lluvia de sangre

»Al entrar, el joyero echó una mirada inquisitiva alrededor; pero nada le hacía levantar sospechas, si no las tenía, ni nada parecía confirmarlas, si las tuviera.

»Caderousse cubría aún con sus manos los billetes y el oro. *La Carconte* sonreía a su huésped lo más agradablemente que podía.

»“¡Ah!, ¡ah!”, dijo el joyero. “Parece que temía no haber contado bien, ya que repasa de nuevo su tesoro en cuanto me fui.”

»“No, no”, dijo Caderousse; “pero los hechos que nos han traído hasta aquí son tan inesperados que no podemos creérselo, y en el momento en el que no tuvimos la prueba material ante los ojos, creímos estar soñando”.

»El joyero sonrió.

»“¿Es que tienen algún viajero en la posada?”, preguntó.

»“No”, respondió Caderousse, “no solemos alquilar habitaciones; estamos tan cerca de la ciudad que nadie para aquí”.

»“¿Entonces, yo les molesto terriblemente?”

»“¡Molestarnos! ¡Usted! ¡Mi querido señor!”, dijo gentilmente *La Carconte*. “En absoluto, se lo juro.”

»“Veamos, ¿dónde me instalan?”

»“En la habitación de arriba.”

»“¿Pero, esa es la habitación de ustedes?”

»“¡Oh! No importa; tenemos otra cama en la habitación contigua a esta.”

»Caderousse miró con asombro a su mujer. El joyero canturreó una cancioncilla calentándose la espalda ante un haz de leña con el que *La Carconte* acababa de prender la chimenea para que el huésped se secara.

»Mientras tanto, iba colocando en una esquina de la mesa, donde había extendido una servilleta, los escasos restos de una cena, a los que añadió dos o tres huevos frescos.

»Caderousse había guardado de nuevo los billetes en la cartera, el oro en un saquito, y todo ello en el armario. Se paseaba de arriba abajo, sombrío y pensativo, levantando de vez en cuando la cabeza hacia el joyero, que estaba fumando delante del hogar, y que según se iba secando se volvía de un lado, y después, del otro.

»“Vamos”, dijo *La Carconte* poniendo una botella de vino sobre la mesa, “cuando quiera usted cenar, todo está listo”.

»“¿Y ustedes?”, preguntó Joannès.

»“No, yo no voy a cenar”, respondió Caderousse.

»“Hemos comido muy tarde”, se apresuró a decir *La Carconte*.

»“¿Entonces voy a cenar solo?”, dijo el joyero.

»“Nosotros le serviremos”, respondió *La Carconte* con un apresuramiento que no le era habitual, ni siquiera con los huéspedes que pagan.

»De vez en cuando Caderousse le echaba una mirada rápida, como un rayo.

»La tormenta seguía.

»“¿Lo oye?, ¿lo oye?”, decía *La Carconte*. “Palabra que ha hecho usted bien en volver.”

»“Lo que no impide”, dijo el joyero, “que si durante la cena, pasa el huracán, me ponga de nuevo en camino”.

»“Es el mistral”, dijo Caderousse meneando la cabeza; “tenemos aún hasta mañana”.

»Y suspiró.

»“A fe mía”, dijo el joyero sentándose a la mesa, “lo peor es para quienes estén fuera”.

»“Sí”, repuso *La Carconte*, “pasarán una mala noche”.

»El joyero comenzó a cenar, y *La Carconte* continuó teniendo con él todos los pequeños detalles de una patrona solícita; ella, por lo general tan malhumorada y tan arisca, era todo un modelo de deferencia y de cortesía. Si el joyero la hubiera conocido anteriormente, un cambio así le hubiera, ciertamente, asombrado, y no hubiera dejado de inspirarle alguna sospecha. En cuanto a Caderousse, no decía ni una palabra, continuaba su paseo e incluso parecía evitar mirar a su huésped.

»Cuando el joyero terminó de cenar, Caderousse fue él mismo a abrir la puerta.

»“Creo que se está calmando la tormenta”, dijo.

»Pero en ese momento, como para desmentirle, un terrible trueno removió la casa, y una bocanada de viento mezclada con lluvia entró, apagando incluso la lámpara.

»Caderousse volvió a cerrar la puerta; su mujer encendió una vela en las agónicas brasas.

»“Mire”, dijo la mujer al joyero; “debe de estar usted cansado; he puesto sábanas limpias en la cama, suba a acostarse y duerma bien”.

»Joannès se quedó un momento más para asegurarse de que el huracán no se calmaba, y cuando tuvo la certeza de que los truenos y la lluvia no hacían sino ir en aumento, deseó las buenas noches a sus anfitriones y subió la escalera.

»Pasaba por encima de mi cabeza y oía cada peldaño crujir bajo el peso de sus pasos.

»*La Carconte* le siguió con la mirada ávida, mientras que, por el contrario, Caderousse le daba la espalda y ni siquiera miraba por ese lado.

»Todos esos detalles, que han vuelto a mi mente desde aquellos tiempos, no me llamaron la atención en el momento en el que discurrían ante mis ojos; después de todo, no había nada de lo que sucedía que no fuera lo más natural del mundo, y aparte de la historia del diamante que me parecía un tanto inverosímil, todo era normal. Además, como yo mismo estaba muerto de cansancio y contaba aprovechar yo también el

primer respiro que la tormenta diese a los elementos, decidí dormir unas horas y alejarme en medio de la noche.

»Yo oía en la estancia de arriba al joyero que por su parte se disponía a pasar la noche lo mejor posible. Pronto crujió la cama: acababa de acostarse.

»A mí se me cerraban los ojos aunque no quisiera, y como no tenía ninguna sospecha fundada, no intenté luchar contra el sueño; eché una última mirada al interior de la cocina. Caderousse estaba sentado ante una mesa larga, en uno de esos bancos de madera que sustituyen a las sillas en las posadas de los pueblos. Me daba la espalda, de manera que yo no podía ver su cara; por otra parte, aunque hubiese estado en la posición contraria, hubiera sido también imposible, dado que tenía la cabeza oculta con sus manos.

»*La Carconte* le miró algún tiempo, se encogió de hombros y fue a sentarse enfrente.

»En ese momento la llama agonizante alcanzó un poco de madera seca que tenía olvidada; un resplandor un poco más vivo alumbró la oscura sala. *La Carconte* tenía los ojos fijos en su marido, y como este permaneciera en la misma posición, vi que tendía hacia él su mano afilada y le tocaba la frente.

»Caderousse se sobresaltó. Me pareció que la mujer movía los labios, pero, ya fuera porque hablaba en voz muy baja, o porque mis sentidos estaban ya abotargados por el sueño, el sonido de sus palabras no llegó hasta mí. Ni siquiera veía sino a través de una niebla, sin duda precursora del sueño, momento en el que se cree que empieza uno a dormirse. Finalmente mis ojos se cerraron y perdí la conciencia de mí mismo.

»Estaba en lo más profundo del sueño, cuando me despertó un disparo, seguido de un grito terrible. Algunos pasos vacilantes resonaron en el suelo de la habitación, y una masa inerte vino a abatirse en la escalera, justo encima de mi cabeza.

»Yo no era aún dueño de mí. Oía gemidos, después gritos ahogados como los que acompañan a una lucha.

»Un último grito, más prolongado que los otros y que degeneró en lamentos, me sacó completamente del letargo.

»Me incorporé sobre un brazo, abrí los ojos, que no vieron más que tinieblas, me llevé la mano a la frente, sobre la que me parecía que goteaba, a través de las escaleras de madera, una lluvia tibia y abundante.

»El más profundo silencio había seguido a aquel ruido tan espantoso. Oí los pasos de un hombre que andaba por encima de mi cabeza; sus pasos hacían crujir la escalera. El hombre bajó a la cocina, se acercó a la chimenea y prendió una vela.

»Ese hombre era Caderousse; tenía el rostro pálido y la camisa toda ensangrentada.

»Con la vela encendida subió rápidamente la escalera, y oí de nuevo sus pasos rápidos e inquietos.

»Un instante después, volvió a bajar. Llevaba en la mano el estuche; se aseguró de que el diamante estuviera dentro, dudó un momento sobre en qué bolso guardarlo; después, considerando sin duda los bolsillos como un escondite poco seguro, lo envolvió en su pañuelo rojo, que se ató alrededor del cuello.

»Después, corrió al armario, sacó los billetes y el oro, metió los billetes en el bolsillo del pantalón y el oro en el de la chaqueta, cogió dos o tres camisas y, saliendo como un rayo por la puerta, desapareció en la oscuridad. Entonces todo se volvió lúcido y claro para mí; me reproché lo ocurrido como si yo hubiese sido el verdadero culpable. Me pareció oír quejidos: el desgraciado joyero podía no estar muerto; quizá, si le socorría, podía reparar una parte del mal, no el mal que yo hubiera cometido, pero sí el que había dejado cometer. Empujé con la espalda las mal colocadas tablas que separaban esa especie de tambor en el que yo estaba escondido del resto de la sala; las maderas cedieron y me encontré dentro de la cocina.

»Corrí a buscar la vela y me dirigí a la escalera; había un cuerpo atravesado: era el cadáver de *La Carconte*.

»El disparo que oí la había alcanzado: tenía la garganta atravesada de parte a parte, y además de esa doble herida con sangre a borbotones, vomitaba también sangre por la boca. Estaba completamente muerta. Pasé por encima de ella y subí.

»La habitación ofrecía el aspecto del más espantoso desorden. Había dos o tres muebles tirados; las sábanas, a las que el desgraciado joyero se había agarrado, estaban por el suelo; él mismo estaba tirado en el suelo, con la cabeza apoyada contra la pared, nadando en un charco de sangre que le salía por tres gruesas heridas que tenía en el pecho.

»La cuarta herida tenía todavía un largo cuchillo de cocina clavado, del que sólo se veía el mango.

»Me tropecé con la segunda pistola, que no se había disparado; quizá la pólvora estaba mojada.

»Me acerqué al joyero; no estaba muerto del todo; con el ruido que yo hacía y al moverse el suelo de madera por todas partes, abrió unos espantados ojos, los fijó un instante en mí, movió los labios como si quisiera hablar, y expiró.

»Este espantoso espectáculo me había dejado casi sin sentido; desde el momento en el que ya no podía ayudar a nadie, no necesitaba ninguna otra cosa, sino huir. Me precipité escaleras abajo, llevándome las manos a la cabeza y rugiendo de terror.

»En la sala de abajo había cinco o seis aduaneros y dos o tres gendarmes, toda una tropa armada.

»Me agarraron, yo ni siquiera intenté oponer resistencia, ni siquiera era dueño de mis sentidos. Intenté hablar, di gritos inarticulados, eso fue todo.

»Vi que los aduaneros y los gendarmes me señalaban con el dedo; yo mismo me miré y me vi todo cubierto de sangre. Esa lluvia tibia, que sentí caer sobre mí a través de las tablas de la escalera, era la sangre de *La Carconte*.

»Les señalé el lugar en el que había estado escondido.

»“¿Qué quiere decir?”, preguntó un gendarme.

»Un aduanero fue a ver.

»“Quiere decir que entró por ahí”, respondió este.

»Y le enseñó, efectivamente, el hueco por el que yo había pasado. Comprendí que me tomaban por el asesino. Entonces recuperé la voz, recuperé la fuerza; me desprendí de las manos de los dos hombres que me sujetaban, gritando:

»“¡No he sido yo! ¡No he sido yo!”

»Dos gendarmes me apuntaron con sus carabinas.

»“Si haces un solo movimiento, estás muerto”, dijeron.

»“¡Pero si les digo que no he sido yo!”

»“¡Ya contarás ese cuento a los jueces de Nîmes!”, respondieron. “Mientras tanto, síguenos; y si tenemos un consejo que darte es que no opongamos ninguna resistencia.”

»No era en absoluto mi intención, estaba destrozado por el asombro y por el terror. Me pusieron las esposas, me ataron a la cola de un caballo y me condujeron a Nîmes.

»El caso es que un aduanero me había seguido, me perdió de vista por los alrededores de la casa, y pensó que pasaría allí la noche; regresó a avisar sus compañeros y llegaron justo para oír el disparo y cogerme a mí en medio de tales pruebas de culpabilidad, que enseguida comprendí lo que me costaría que se reconociese mi inocencia.

»Así que sólo me agarré a una cosa: mi primera petición al juez de instrucción fue para rogar que buscasen por todas partes a ese tal abate Busoni, que había parado durante el día en la posada del Pont-du-Gard. Si Caderousse se había inventado la historia, si ese abate no existía, era evidente que yo estaba perdido, a menos que Caderousse fuera arrestado a su vez, y confesara todo.

»Pasaron dos meses, durante los cuales, debo decirlo en elogio del juez, se hicieron toda clase de pesquisas para encontrar al abate. Yo ya había perdido toda esperanza. Caderousse seguía libre. Yo iba a ser juzgado en la próxima sesión, cuando el 8 de septiembre, es decir, tres meses y cinco días después del suceso, el abate Busoni, de quien yo ya no esperaba nada, se presentó en la prisión diciendo que se había enterado de que un prisionero deseaba hablar con él. Supo, decía, de este asunto en Marsella y se apresuró a cumplir mi deseo.

»Comprenderá usted con qué ardor le recibí; le conté todo aquello de lo que yo había sido testigo, abordé con inquietud la historia del diamante; contra lo que me esperaba, era cierta punto por punto, y contra lo que me esperaba aún más, creyó totalmente lo que yo le decía. Fue entonces cuando, llevado por su dulce caridad, reconociendo en él un profundo

conocimiento de las costumbres de mi país, pensando que el perdón del único crimen que yo había cometido podía salir de sus caritativos labios, bajo el secreto de confesión le conté la aventura de Auteuil con todo detalle. Lo que hice en un arranque de contrición obtuvo el mismo resultado que si lo hubiera hecho por cálculo; la confesión del primer asesinato, confesión que nadie me forzaba a revelar, demostraba que yo no había cometido el segundo, y el abate se despidió ordenándome que esperara, y prometiéndome hacer todo lo que estuviera en su poder para convencer a los jueces de mi inocencia.

»Y, en efecto, tuve la prueba de que se había ocupado de mí cuando vi que mis condiciones de prisionero se suavizaban gradualmente, y cuando supe que esperarían para juzgarme en la audiencia siguiente y no en la que iba a celebrarse de inmediato.

»En ese intervalo, la Providencia permitió que Caderousse fuese arrestado en el extranjero y traído a Francia. Confesó todo, rechazando la premeditación y sobre todo confesando la instigación de su mujer. Fue condenado a galeras en perpetuidad y a mí me pusieron en libertad.

—¿Y fue entonces —dijo Montecristo—, cuando se presentó usted en mi casa con una carta del abate Busoni?

—Sí, Excelencia, tomó por mí un visible interés.

»“Su condición de contrabandista le perderá”, me dijo; “si sale usted de aquí, abandone esa condición”.

»“Pero, padre”, pregunté, “¿de qué quiere usted que viva yo y además cuide de mi pobre hermana?”.

»“Uno de mis penitentes”, me respondió, “me tiene en gran estima y me ha encargado que le busque un hombre de confianza. ¿Quiere usted ser ese hombre? Yo le enviaré a él”.

»“¡Padre!”, exclamé. “¡Cuánta bondad!”

»“Pero júreme que no tendré que arrepentirme nunca.”

»Yo extendí la mano para jurar.

»“No hace falta”, dijo, “conozco a los corsos y los estimo, esta es mi recomendación”.

»Y escribió algunas líneas que yo entregué a Su Excelencia, y a raíz de las mismas Su Excelencia tuvo la bondad de tomarme a su servicio. Ahora

pregunto con orgullo a Su Excelencia si ha tenido queja de mí en alguna ocasión.

—No —respondió el conde—; y lo confieso con placer, es usted un buen sirviente, Bertuccio, aunque no tenga usted confianza en mí.

—¡Yo, señor conde!

—Sí, usted. ¡Cómo es posible que teniendo una cuñada y un hijo adoptivo nunca me haya hablado de ellos!

—¡Ay! Excelencia, es que me queda por contarle la parte más triste de mi vida. Partí hacia Córcega. Yo estaba presuroso por volver a ver y a consolar a mi pobre hermana; pero cuando llegué a Rogliano, encontré la casa en duelo; ¡había ocurrido una escena horrible de la que los vecinos mantienen aún su recuerdo! Mi pobre hermana, siguiendo mi consejo, se resistía a las exigencias de Benedetto, que a cada momento le reclamaba todo el dinero que había en la casa. Una mañana la amenazó, y desapareció en todo el día. Ella lloró, pues esta querida Assunta tenía un corazón de madre para ese miserable. Llegó la noche y ella le esperó sin acostarse. Cuando llegó a las once con dos de sus amigos, compañeros habituales de todas sus locuras, ella le tendió los brazos; pero ellos la cogieron, y uno de los tres —tiemblo por que no sea ese niño infernal—, uno de los tres exclamó: “Usemos la tortura, así tendrá que decirnos dónde está su dinero”.

»Justamente el vecino Basilio estaba en Bastia; sólo su mujer quedaba en la casa. Nadie, excepto ella, podía ver y oír lo que pasaba en casa de mi cuñada. Dos de ellos retuvieron a Assunta, que sin poderse creer ni siquiera la posibilidad de un crimen así, sonreía a los que iban a convertirse en sus verdugos; el tercero de ellos fue a atrancar puertas y ventanas, después, volvió, y los tres juntos, ahogando los gritos de terror de Assunta ante todos esos preparativos más serios, le acercaron los pies al brasero con el que contaban para hacerle confesar el escondite de nuestro pequeño tesoro; pero, en la lucha, sus ropas prendieron fuego; entonces dejaron a la torturada para no quemarse ellos mismos. Envuelta en llamas corrió a la puerta, pero la puerta estaba atrancada.

»Entonces fue a la ventana, pero la ventana también estaba cerrada. La vecina oyó unos gritos espantosos: era Assunta pidiendo socorro. Pronto

su voz se ahogó; los gritos no fueron sino gemidos, y al día siguiente, después de una noche de terror y de angustia, cuando la mujer de Basilio se atrevió a salir de su casa e hizo que el juez abriese la puerta de la nuestra, encontraron a Assunta medio quemada, pero respirando aún, los armarios forzados y el dinero desaparecido. En cuanto a Benedetto, había desaparecido de Rogliano para no volver jamás; desde entonces no he vuelto a verle y ni siquiera he vuelto a oír hablar de él.

»Fue entonces —prosiguió Bertuccio—, después de esos tristes acontecimientos, cuando fui a ver a Su Excelencia. Ya no tenía por qué hablarle de Benedetto, puesto que había desaparecido; ni de mi hermana, puesto que había muerto.

—¿Y qué pensó usted de todo eso? —preguntó Montecristo.

—Que era el castigo del crimen cometido —respondió Bertuccio—. ¡Ah! Esos Villefort, ¡son una raza maldita!

—Lo creo —murmuró el conde en tono lúgubre.

—Y ahora, ¿no es así? —repuso Bertuccio—, Su Excelencia comprende que esta casa, que no había vuelto a ver desde entonces, que este jardín, donde me encuentro de repente, que este lugar, en el que he matado a un hombre, comprende usted ahora que puedan causarme tan sombrías emociones, cuyo origen usted quiso conocer; pues, en fin, no estoy muy seguro de que ante mí, ahí, a mis pies, el señor de Villefort no esté en la misma fosa que él cavó para su hijo.

—En efecto, todo es posible —dijo Montecristo levantándose del banco sobre el que estaba sentado—; incluso —añadió por lo bajo— que el fiscal no esté muerto. El abate Busoni hizo bien en enviarme a usted. Ha hecho usted bien en contarme su historia, así no pensaré nada malo de usted. En cuanto a ese, mal llamado Benedetto, ¿no ha intentado usted seguir sus huellas? ¿Nunca quiso saber qué fue de él?

—Nunca, si hubiera sabido dónde estaba, en lugar de ir a buscarle, hubiera huido como huiría delante de un monstruo. No, felizmente no he oído a nadie hablar de él; espero que esté muerto.

—No lo espere, Bertuccio —dijo el conde—; los malos no mueren así como así, pues Dios parece que los guarda para usarlos como instrumento de sus venganzas.

—Sea —dijo Bertuccio—. Todo lo que pido al cielo es no volverle a ver nunca más. Ahora —continuó el intendente bajando la cabeza— ya sabe usted todo, señor conde; usted es mi juez aquí abajo, como Dios lo será allá arriba; ¿no me dirá usted algunas palabras de consuelo?

—Tiene usted razón, en efecto, y puedo decirle lo que le diría el abate Busoni; la persona a la que usted agredió, ese Villefort, merecía un castigo por lo que le había hecho a usted, y por alguna otra cosa quizá también. Benedetto, si vive, servirá, como le he dicho, para alguna venganza divina, después, también será castigado a su vez. En cuanto a usted, sólo tiene en realidad que hacerse un reproche: pregúntese por qué, habiendo arrebatado de la muerte a ese niño, no se lo devolvió a su madre: ahí está el crimen, Bertuccio.

—Sí, señor, ahí está el crimen, el verdadero crimen, pues en eso fui un cobarde. Una vez que devolví ese niño a la vida, sólo tenía una cosa que hacer, usted lo ha dicho, y era devolvérselo a su madre. Pero para eso necesitaba llevar a cabo una serie de pesquisas, atraer la atención, entregarme, quizá; no quise morir, me aferraba a la vida por mi hermana y por amor propio, innato en los seres humanos, de permanecer enteros y victoriosos en la venganza; y además, en fin, quizá sólo me aferraba a la vida por la vida misma. ¡Oh! ¡Yo no soy un valiente como mi pobre hermano!

Bertuccio se tapó la cara con las manos, y Montecristo le echó una larga e indefinible mirada.

Después, tras un instante de silencio, más solemne aún por la hora y por el lugar:

—Para terminar dignamente esta conversación, que será la última sobre estos hechos, señor Bertuccio —dijo el conde con un tono de melancolía que no le era habitual—, retenga mis palabras, se las oí a menudo pronunciar al abate Busoni mismo: «para cualquier mal no hay más que dos remedios: el tiempo y el silencio». Ahora, señor Bertuccio, déjeme pasear un momento por el jardín. Lo que es una emoción punzante para usted, actor en esta escena, será para mí una sensación casi dulce y que dará un doble valor a esta propiedad. Los árboles, mire usted, señor Bertuccio, sólo agradan porque dan sombra, y la misma sombra sólo

agrada porque está llena de ensueños y de visiones. He ahí que compré un jardín creyendo haber comprado un simple recinto cerrado por sus muros, y nada de eso; de repente, ese recinto es un jardín lleno de fantasmas que no venían en el contrato. Ahora bien, me gustan los fantasmas; nunca oí decir que los muertos hubiesen hecho en seis mil años tanto mal como hacen los vivos en un día. Entre pues, señor Bertuccio, y vaya a dormir en paz. Si su confesor, en el momento supremo, es menos indulgente de lo que fue el abate Busoni, llámeme, si aún estoy en este mundo, yo encontraré las palabras que acunen dulcemente su alma en el momento en el que esté presta a ponerse en camino para llevar a cabo ese rudo viaje que llamamos eternidad.

Bertuccio se inclinó respetuosamente ante el conde y se alejó con un suspiro.

Montecristo se quedó solo; y, dando cuatro pasos hacia delante:

—Aquí, cerca de este plátano —murmuró—, la fosa donde depositó al niño; en aquella esquina, la escalera disimulada que conduce al dormitorio. Creo que no necesito anotarlo, pues lo tengo aquí, ante mis ojos, alrededor mío, bajo mis pies, el plano en relieve, el plano viviente.

Y el conde, después de un último paseo por el jardín, se dirigió hacia el coche. Bertuccio, que le veía pensativo, subió sin decir nada junto al asiento del cochero.

El coche retomó el camino a París.

Esa misma noche, al llegar a la casa de los Champs-Élysées, el conde de Montecristo hizo un recorrido por toda la propiedad, como lo hubiera hecho alguien familiarizado con ella desde hacía largos años; ni una sola vez, aunque iba él abriendo camino, ni una sola vez abrió una puerta por otra, ni tomó una escalera o un corredor que no le condujera directamente adonde quería ir. Allí le acompañaba en esa visita nocturna. El conde dio a Bertuccio varias órdenes para el embellecimiento o para la nueva distribución de la vivienda y, sacando el reloj, dijo al solícito nubio:

—Son las once y media, Haydée no puede tardar. ¿Se ha avisado a las mujeres francesas?

Allí señaló el apartamento destinado a la bella griega y que estaba tan aislado que, ocultando la puerta con un tapiz, se podía visitar toda la casa

sin sospechar que allí hubiera un salón y dos estancias habitadas; Alí —decimos—, señaló con la mano el apartamento, mostró tres dedos de la mano izquierda, y con esa misma mano, apoyando en su palma la cabeza, cerró los ojos simulando dormir.

—¡Ah! —dijo Montecristo, acostumbrado a ese lenguaje—. Son tres mujeres las que esperan en el dormitorio, ¿no es eso?

—Sí —indicó Alí moviendo la cabeza de arriba abajo.

—La señora estará cansada esta noche —continuó Montecristo—, y sin duda querrá dormir; que no la hagan hablar; las sirvientas francesas sólo deben saludar a su nueva señora y retirarse; usted se ocupará de que la doncella griega no se comuniqué con las doncellas francesas.

Alí hizo una inclinación.

Enseguida se oyó llamar al portero; la verja se abrió, un coche circuló por el sendero y se detuvo frente a la escalinata. El conde bajó desde la casa; la portezuela ya estaba abierta; tendió la mano a la joven envuelta en un manto de seda verde bordado en oro que le cubría la cabeza.

La joven cogió la mano tendida del conde, la besó con una especie de amor mezclado de respeto, e intercambiaron algunas palabras, tiernamente por parte de la joven y con una dulce gravedad por parte del conde, en esa lengua sonora que el viejo Homero puso en boca de sus dioses.

Entonces, precedida de Alí que llevaba una vela encendida de cera rosa, la joven, la cual no era otra sino esa hermosa griega, compañera habitual de Montecristo en Italia, fue conducida a sus aposentos; después, el conde se retiró al pabellón reservado para él.

A las doce y media todas las luces estaban apagadas en la casa, y se podría creer que todo el mundo dormía.

Capítulo XLVI

Crédito ilimitado

Al día siguiente, hacia las dos de la tarde, una calesa tirada por dos magníficos caballos ingleses se detuvo a la puerta de Montecristo; un hombre vestido con una levita azul, con botones de seda del mismo color, un chaleco blanco surcado por una enorme cadena de oro y un pantalón color avellana, con cabellos tan negros y que le crecían tan próximos a las cejas que uno dudaría de si se trataba de cabello natural, pues estaban en muy poca armonía con las arrugas inferiores que no llegaba a ocultar; un hombre, en fin, de cincuenta a cincuenta y cinco años, y que intentaba aparentar cuarenta, asomó la cabeza por la portezuela de un cupé en cuyo panel lateral había pintada una corona de barón, y envió a su *groom* a preguntar al portero si el conde de Montecristo estaba en casa.

Mientras tanto, este hombre observaba, con una atención tan minuciosa que se hacía casi impertinente, el exterior de la casa, lo que se podía ver del jardín y la librea de algunos domésticos a quienes se les veía yendo y viniendo. La mirada de este hombre era viva, pero astuta más que inteligente. Sus labios eran tan delgados que, en lugar de sobresalir, se adentraban en la boca; finalmente, la anchura y la prominencia de los pómulos, señal infalible de astucia, la depresión de la frente, y la

dilatación del occipucio que sobrepasaba con mucho a unas grandes orejas lo menos aristocráticas posible, contribuían a que cualquier fisonomista determinase el carácter casi repulsivo del rostro de este personaje, muy recomendable sin embargo a ojos del vulgo por sus magníficos caballos, el enorme diamante que llevaba en la camisa y la banda roja que se extendía de una botonadura a otra de su levita.

El *groom* llamó a la garita del portero y preguntó:

—¿No es aquí donde vive el señor conde de Montecristo?

—Es aquí donde vive Su Excelencia —respondió el portero—; pero...

Consultó a Alí con la mirada.

Alí le hizo un gesto negativo.

—¿Pero...? —preguntó el *groom*.

—Pero Su Excelencia no está visible —respondió el portero.

—En ese caso, esta es la carta de mi señor, el barón de Danglars. Remítasela al conde de Montecristo y dígame que, yendo a la Cámara, mi amo se ha desviado para tener el honor de verle.

—Yo no hablo a Su Excelencia —dijo el portero—; el ayuda de cámara hará el recado.

El *groom* se volvió al coche.

—¿Y bien? —preguntó Danglars.

El muchacho, bastante avergonzado de la lección que acababan de darle, transmitió a su amo la respuesta que había recibido del portero.

—¡Oh! —dijo Danglars—. ¿Es que es un príncipe, ese señor a quien llaman Excelencia, y a quien sólo su ayuda de cámara tiene derecho a dirigirle la palabra? No importa; puesto que tiene un crédito conmigo, tendré que verle cuando quiera dinero.

Y Danglars se reclinó en el fondo del coche gritando al cochero, de manera que se le pudo oír al otro lado de la calle:

—¡A la Cámara de los diputados!

A través de una celosía de su pabellón, Montecristo, que había sido prevenido a tiempo, había visto al barón y lo había estudiado, con la ayuda de un excelente catalejo, con no menos atención de la que el señor Danglars había puesto, él mismo, en observar la casa, el jardín y las libreas.

«Decididamente», se dijo con un gesto de asco, guardando los tubos de su catalejo en su funda de marfil, «decididamente es una criatura horrible ese hombre; ¡cómo desde la primera ojeada no reconocen en él la serpiente de frente aplastada, el buitre de cráneo abombado y el cernícalo de pico cortante!».

—¡Alí! —gritó, después llamó con el timbre de cobre. Alí apareció—. Llame a Bertuccio —le dijo.

Al instante mismo, el intendente entró.

—¿Su Excelencia me llamaba? —dijo el intendente.

—Sí, señor —dijo el conde—. ¿Ha visto usted los caballos que acaban de pararse en mi puerta?

—Ciertamente, Excelencia. Y son muy hermosos.

—¿Cómo es —dijo Montecristo frunciendo el ceño—, que cuando le pido a usted los dos caballos más hermosos de París, haya otros dos tan hermosos como los míos, y que esos caballos no estén en mis caballerizas?

Por el ceño y por la entonación severa de la voz, Alí bajó la cabeza.

—No es culpa tuya, mi buen Alí —dijo en árabe el conde con una dulzura que nadie hubiera creído encontrar en su voz, ni en su rostro—; tú no eres un entendido en caballos ingleses.

La serenidad volvió al rostro de Alí.

—Señor conde —dijo Bertuccio—, los caballos de los que usted me habla no estaban en venta.

Montecristo se encogió de hombros:

—Sepa, señor intendente, que todo está siempre en venta para quien sabe ponerle un precio.

—El señor Danglars pagó por ellos dieciséis mil francos, señor conde.

—Pues bien, había que ofrecerle treinta y dos mil; es banquero, y un banquero no deja nunca escapar la ocasión de duplicar su capital.

—¿El señor conde habla en serio? —preguntó Bertuccio.

Montecristo miró al intendente asombrado de que se atreviera a hacerle esa pregunta.

—Esta tarde —dijo— tengo que hacer una visita; quiero que esos dos caballos estén enganchados a mi coche con un arnés nuevo.

Bertuccio se retiró haciendo una inclinación; junto a la puerta, se detuvo:

—¿A qué hora —dijo— Su Excelencia cuenta con hacer esa visita?

—A las cinco —dijo Montecristo.

—Haré observar a Su Excelencia que son las dos de la tarde —aventuró Bertuccio.

—Lo sé —se contentó con responder Montecristo.

Después, dirigiéndose a Alí:

—Que la señora vea todos los caballos —dijo—; que elija el tiro que más le convenga, y que me diga si quiere comer conmigo; en ese caso, que sirvan la mesa en sus aposentos; venga, vaya; al bajar, envíeme al ayuda de cámara.

Apenas Alí había salido, cuando llegó el ayuda de cámara.

—Señor Batistin —dijo el conde—. Hace un año que está usted a mi servicio; es el tiempo de prueba que impongo a los empleados de mi casa: usted me conviene —Batistin hizo una inclinación—, queda por saber si yo le convengo a usted.

—¡Oh! ¡Señor conde! —se apresuró a decir Batistin.

—Escuche hasta el final —repuso el conde—. Usted gana al año mil quinientos francos, es decir, los emolumentos de un buen y valiente oficial que arriesga cada día su vida; usted dispone de una mesa que muchos jefes de despacho, desgraciados servidores mucho más ocupados que usted, querrían para sí. Aunque es usted uno de mis domésticos tiene a su vez sus propios criados que se ocupan de su ropa y de sus cosas. Además de sus mil quinientos de salario, usted me roba, poco más o menos, otros mil quinientos al año, en las compras que usted realiza para mi aseo personal.

—¡Oh, Excelencia!

—No me quejo, señor Batistin, es razonable; sin embargo, deseo que eso se pare ahí. Usted no encontraría, pues, en ninguna parte un puesto igual que este que su buena suerte le ha deparado. Yo nunca pego a mi gente, no juro nunca, nunca me encolerizo, perdono siempre un error, pero nunca una negligencia o un descuido. Mis órdenes son en general cortas, claras y precisas; prefiero repetirlas dos veces, incluso tres, antes que verlas mal interpretadas. Soy lo bastante rico como para saber todo lo que

quiero saber, y tengo mucha curiosidad, le prevengo. Si llegara a saber que usted ha hablado de mí, bien o mal, que ha comentado lo que hago o vigilado mi conducta, saldría usted de mi casa de inmediato. Sólo advierto a mis criados una vez; ¡ya está usted advertido! ¡Retírese!

Batistin hizo tres o cuatro inclinaciones para retirarse.

—A propósito —repuso el conde—, olvidaba decirle que cada año invierto una cierta cantidad a nombre de mis empleados. Los que despido, necesariamente, pierden ese dinero, que recae en los que se quedan y al que tendrán derecho cuando yo muera. Hace un año que está usted en mi casa; su fortuna ya ha comenzado, continúela.

Esta alocución, hecha delante de Alí, que permanecía impasible, dado que no entendía una palabra de francés, produjo en el señor Batistin un efecto que comprenderán todos los que han estudiado la psicología de un criado francés.

—Trataré de adecuarme en todo a los deseos de Su Excelencia —dijo—, además, tomaré como modelo al señor Alí.

—¡Oh! No, en absoluto —dijo el conde con una frialdad marmórea—. Alí tiene muchos defectos junto con sus cualidades; no tome como ejemplo a Alí, pues Alí es una excepción; él no tiene salario, no es un criado, es mi esclavo, es mi perro; si no cumple con su deber, no le despediría, le mataría.

Batistin abrió los ojos como platos.

—¿Lo duda? —dijo Montecristo.

Y repitió a Alí en árabe las mismas palabras que acababa de decir en francés a Batistin.

Alí escuchó, sonrió y se acercó a su amo, puso una rodilla en tierra y le besó respetuosamente la mano.

Este pequeño corolario de la lección llevó a Batistin al colmo de su estupefacción.

El conde le indicó que saliera, y a Alí que le acompañara al gabinete. Allí charlaron durante largo tiempo.

A las cinco, el conde llamó tres veces al timbre. Si llamaba una vez, era a Alí; si dos, a Batistin; si llamaba tres veces, era para Bertuccio.

El intendente entró.

—¡Mis caballos! —dijo Montecristo.

—Están enganchados, Excelencia —replicó Bertuccio—, ¿tengo que acompañar al señor conde?

—No; el cochero, Batistin y Alí, eso es todo.

El conde bajó y vio enganchados a su coche los caballos que había admirado por la mañana en el coche de Danglars.

Más cerca de ellos les echó una mirada.

—Son hermosos, en efecto —dijo—, ha hecho usted bien en comprarlos; sólo que ha sido un poco tarde.

—Excelencia —dijo Bertuccio—, me ha costado mucho trabajo conseguirlos, han costado muy caros.

—¿Y por eso los caballos son menos hermosos? —preguntó el conde encogiéndose de hombros.

—Si Su Excelencia está satisfecha —dijo Bertuccio— todo está bien. ¿Adónde va Su Excelencia?

—A la calle de la Chaussée-d'Antin, a casa del señor barón Danglars.

Esta conversación tenía lugar en lo alto de la escalinata. Bertuccio dio un paso para bajar el primer peldaño.

—Espere, señor —dijo Montecristo deteniéndole—. Necesito un terreno a orillas del mar, en Normandía, por ejemplo entre Le Havre y Boulogne. Le concedo bastante espacio, como ve. Esa adquisición tendrá que tener un pequeño puerto, una pequeña cala, una pequeña bahía donde pueda entrar mi corbeta; no desplaza más de quince pies de agua. El barco estará siempre dispuesto para hacerse a la mar a cualquier hora del día o de la noche en la que me plazca dar la orden. Infórmese usted en todas las notarías sobre una propiedad que reúna las condiciones que le he dicho; vaya a visitar las que encuentre, y compre en mi nombre la que le satisfaga. La corbeta debe estar camino de Fécamp, ¿no?

—La misma tarde en la que salimos de Marsella, la vi echarse a la mar.

—¿Y el yate?

—El yate tiene orden de permanecer en las Martigues.

—¡Bien! Comuníquese de vez en cuando con los patrones que las mandan para que no se duerman.

—¿Y para el barco a vapor?

—¿El que está en Châlons?

—Sí.

—Las mismas órdenes que para los dos veleros.

—¡Bien!

—En cuanto haya comprado la propiedad, tendré relevos cada diez leguas camino del Norte o camino del Mediodía.

—Su excelencia puede contar conmigo.

El conde hizo un gesto de satisfacción, bajó las gradas, saltó al coche que, llevado al trote del magnífico tiro de caballos, no se detuvo hasta la puerta del palacete del banquero.

Danglars presidía una comisión nombrada para un ferrocarril cuando vinieron a anunciarle la visita del conde de Montecristo. La sesión, por lo demás, había casi terminado.

Al oír el nombre del conde, Danglars se levantó.

—Señores —dijo dirigiéndose a sus colegas, algunos de los cuales eran honorables miembros de una Cámara o de la otra—, excúsenme si les dejo así; pero imagínense que la casa Thomson y French de Roma me envía a un cierto conde de Montecristo, abriéndole un crédito ilimitado conmigo. Es la broma más graciosa que mis colegas del extranjero se hayan permitido conmigo. Palabra que, ustedes lo entienden, la curiosidad me ha picado y me pica aún; pasé esta mañana por la casa del pretendido conde. Si fuera un verdadero conde, comprenderán ustedes que no sería tan rico. El señor no estaba visible. ¿Qué les parece? ¡Pues no son maneras de alteza o de señorita las que se da maese Montecristo! Por lo demás, la casa situada en los Champs-Élysées de la que es propietario, pues me he informado bien, me ha parecido adecuada. Pero un crédito ilimitado —repuso Danglars riendo con su malvada sonrisa— hace muy exigente al banquero con el que se abre ese crédito. Así que estoy impaciente por ver a nuestro hombre. Creo que es un engaño. Pero no saben con quién se las gastan; quien ría el último reirá dos veces.

Y con esas palabras, dándoles un énfasis que infló las ventanas de la nariz del señor barón, dejó a sus huéspedes y pasó a un salón blanco y oro que hacía furor en la Chaussée-d'Antin.

Es allí adonde había ordenado que introdujesen al visitante para deslumbrarle al primer golpe de vista.

El conde estaba de pie, observando algunas copias del Albano y del Fattore que al banquero se las habían hecho pasar por originales, y que, por muy copias que fuesen, casaban muy mal con las escarolas de oro de todos los colores que guarnecían los techos.

Al oír el ruido que hizo Danglars al entrar, el conde se dio la vuelta.

Danglars saludó ligeramente con la cabeza, e hizo un gesto al conde para que se sentara en un sillón de madera dorada guarnecido de satén blanco bordado en oro.

El conde se sentó.

—¿Es al señor de Montecristo a quien tengo el honor de dirigirme?

—¿Y yo —respondió el conde—, al señor barón Danglars, caballero de la Legión de Honor, miembro de la Cámara de los Diputados?

Montecristo repetía todos los títulos que había leído en la tarjeta del barón.

Danglars acusó el golpe y se mordió los labios.

—Discúlpeme, señor —dijo— por no haberle dado desde el principio el título con el que me fue anunciado; pero, sabe usted, vivimos bajo un gobierno del pueblo y yo, yo soy un representante de los intereses del pueblo.

—De manera que —respondió Montecristo— aún conservando la costumbre de hacerse llamar barón, ha perdido usted la de llamar a los condes, *conde*.

—¡Ah! Ni siquiera la mantengo para mí, señor —respondió negligentemente Danglars—; me nombraron barón y me hicieron caballero de la Legión de Honor por algunos servicios prestados, pero...

—¿Pero usted ha abdicado de sus títulos como hicieron en otro tiempo los señores de Montmorency y de Lafayette? Era un buen ejemplo a seguir, señor.

—No del todo, sin embargo —repuso Danglars incómodo—, para los criados, comprende...

—Sí; usted se hace llamar monseñor para los criados; para los periodistas, usted se llama señor; y para sus representados, ciudadano. Son

matices muy aplicables al gobierno constitucional. Comprendo perfectamente.

Danglars se mordió los labios; vio que en ese terreno no tenía fuerza frente a Montecristo; intentó, pues, volver al terreno que le era más familiar.

—Señor conde —dijo con una inclinación—, he recibido una carta de notificación de la casa Thomson y French.

—Estoy encantado, señor barón. Permítame que le llame como le llaman sus criados, es una mala costumbre adquirida en los países en los que aún hay barones, justamente porque ya no los hacen nuevos. Estoy encantado, digo; no necesitaré presentarme yo mismo, lo que siempre es bastante embarazoso. ¿Así que decía usted que había recibido una carta de notificación?

—Sí —dijo Danglars—; pero le confieso que no he entendido del todo el sentido de la misma.

—¡Bah!

—E incluso tuve el honor de pasar por su casa de usted para pedirle algunas explicaciones.

—Pídamelas, señor, aquí estoy; le escucho y estoy dispuesto a oírle.

—Esta carta —dijo Danglars—, la tengo aquí, creo —rebuscó en su bolsillo— sí, aquí está; esta carta abre al señor conde de Montecristo un crédito ilimitado en mi casa.

—Y bien, señor barón, ¿qué hay de oscuro en todo eso?

—Nada, señor; solamente la palabra *ilimitado*...

—Y bien, ¿es que esa palabra no es de su idioma?... Entienda que son anglo-alemanes los que escriben.

—¡Oh! Sí, claro, señor, y por parte de la sintaxis no hay nada que objetar, pero no así por parte de la contabilidad.

—¿Es que la casa Thomson y French —preguntó Montecristo en un tono de la mayor ingenuidad posible— no es, para usted, perfectamente segura, señor barón? ¡Diablos! Eso me contrariaría, pues tengo algunos fondos invertidos con ellos.

—¡Oh! Perfectamente segura —respondió Danglars con una sonrisa casi burlona—; pero el sentido de la palabra *ilimitado*, en materia de

finanzas, es tan sumamente vago...

—Que es ilimitado, ¿no es así? —dijo Montecristo.

—Es justamente eso lo que quería decir, señor. Ahora bien, lo vago es lo dudoso y, según dice el sabio, en la duda hay que abstenerse.

—Lo que significa —repuso Montecristo—, que si la casa Thomson y French está dispuesta a hacer locuras, la casa Danglars no está dispuesta a seguir su ejemplo.

—¿Cómo es eso, señor conde?

—Sí, sin duda; los señores Thomson y French hacen negocios sin cifras; pero el señor Danglars tiene un límite con las suyas; es un hombre sabio, como decía usted ahora.

—Señor —respondió orgullosamente el banquero—, hasta ahora nadie ha contado mi caja.

—Entonces —respondió fríamente Montecristo—, parece que seré yo quien comience.

—¿Quién le dice eso?

—Las explicaciones que usted me pide, señor y que se parecen mucho a dudas...

Danglars se mordió los labios; era la segunda vez que le ganaba la mano este hombre, y esta vez en un terreno que le era propio. Su burlona cortesía era afectada, llegaba a un extremo rayano a la impertinencia.

Montecristo, por el contrario, sonreía con la mayor gentileza del mundo, y poseía, cuando quería, un cierto aire ingenuo que le proporcionaba innumerables ventajas.

—En fin, señor —dijo Danglars después de un momento de silencio—, voy a intentar hacerme comprender rogándole que fije usted mismo la suma que usted piensa tomar prestada en mi casa.

—Pero, señor —replicó Montecristo, decidido a no perder una pulgada de terreno en la conversación—, si he pedido un crédito ilimitado con usted, es que justamente no sabía la suma que iba a necesitar.

El banquero creyó que había llegado el momento de tomar la delantera; se echó hacia atrás en el sillón y con una forzada y orgullosa sonrisa:

—¡Oh! Señor —dijo—, no tema la cantidad; podrá convencerse entonces de que la cifra de negocios de la casa Danglars, por muy limitada que sea, puede satisfacer las mayores exigencias, aunque pidiese un millón.

—¿Perdón? —dijo Montecristo.

—Digo un millón —repitió Danglars con el aplomo que da la ignorancia.

—¿Y qué haría yo con un millón? —dijo el conde—. ¡Santo Dios! Señor, si sólo hubiera necesitado un millón, no hubiera abierto un crédito por una miseria así. ¿Un millón? Pero si siempre llevo un millón en mi cartera o en mi neceser de viaje.

Y Montecristo retiró de una pequeña cartera, donde llevaba sus tarjetas de visita, dos bonos del Tesoro, de quinientos mil francos cada uno, pagaderos al portador.

Tenía que machacar y no sólo pinchar a un hombre como Danglars. El golpe de maza causó su efecto: el banquero titubeó y le entró pánico; miró a Montecristo con sus estupefactos ojos, en los que las pupilas se dilataban espantosamente.

—Vamos, confíese —dijo Montecristo— que desconfía usted de la casa Thomson y French. ¡Dios Santo! Es muy simple; he previsto el caso, y aunque bastante ajeno a los negocios, tomé mis precauciones. Aquí tengo otras dos cartas iguales a la que va dirigida a usted; una es de la casa Arestein y Eskoles, de Viena, para el barón de Rothschild, la otra de la casa Baring, de Londres, para el señor Laffitte. Diga una palabra, señor, y le evito toda preocupación, presentándome en una u otra de esas dos casas.

Ya estaba hecho, Danglars estaba derrotado; abrió con un temblor visible la carta de Viena y la carta de Londres que le tendía con la punta de los dedos el conde, verificó la autenticidad de las firmas con una minuciosidad que hubiera sido insultante para Montecristo, si no fuera él la causa de la enajenación del banquero.

—¡Oh! Señor, estas tres firmas valen millones —dijo Danglars levantándose como para saludar al poder del oro personificado en el hombre que tenía delante—. ¡Tres créditos ilimitados en nuestras casas!

Perdóneme, señor conde, pero aún dejando de ser desconfiado, se puede al menos seguir asombrado.

—¡Oh! No es una casa como la suya la que se asombraría así —dijo Montecristo con toda su cortesía—; así que puede enviarme algún dinero, ¿no es eso?

—Hable, señor conde; estoy a sus órdenes.

—Y bien —repuso Montecristo—, ahora que nos entendemos, puesto que nos entendemos, ¿no?

Danglars hizo un gesto afirmativo

—¿Y no tiene usted ninguna desconfianza? —continuó Montecristo.

—¡Oh! ¡Señor conde! —exclamó el banquero—. Nunca la he tenido.

—No; usted sólo deseaba una prueba, eso es todo. Y bien —repitió el conde—, ahora que nos entendemos, ahora que no tiene ninguna desconfianza, fijemos, si usted quiere, una cantidad general para el primer año: seis millones, por ejemplo.

—¡Seis millones, de acuerdo! —dijo Danglars sofocado.

—Si necesito más —repuso maquinalmente Montecristo—, pondremos más; pero sólo cuento con quedarme un año en Francia, y en todo el año no creo que necesite sobrepasar esa cifra..., en fin, ya veremos... Para empezar, tenga a bien enviarme quinientos mil mañana, estaré en casa hasta mediodía, pero, además, si no estuviera, dejaría un recibí a mi intendente.

—El dinero estará en su casa mañana a las diez de la mañana, señor conde —respondió Danglars—. ¿Quiere usted oro, billetes de banco, o plata?

—Oro y billetes, mitad y mitad, por favor.

Y el conde se puso de pie.

—Debo confesarle una cosa, señor conde —dijo Danglars a su vez—; yo creía tener exactas nociones sobre todas las grandes fortunas de Europa, y sin embargo, la suya, que me parece considerable, me era, lo confieso, totalmente desconocida. ¿Es una fortuna reciente?

—No, señor —respondió Montecristo—, al contrario, data de muy antiguo: era una especie de tesoro de familia que no se podía tocar y cuyos intereses acumulados triplicaron el capital; la época fijada por el testador

se cumplió hace sólo algunos años; así que solamente hace algunos años que yo he podido usarla, por lo que es muy natural su ignorancia de usted a este respecto; por lo demás, ya la irá conociendo mejor con el tiempo.

Y el conde acompañó sus palabras con una de esas pálidas sonrisas que asustaban tanto a Franz d'Épinay.

—Con sus gustos y sus intenciones, señor —continuó Danglars—, va usted a desplegar en la capital un lujo que nos aplastará a todos, a todos nosotros, pobres pequeños millonarios; sin embargo, como me parece usted un conocedor, pues cuando entré admiraba usted mis cuadros, le pido permiso para mostrarle mi galería: todos cuadros antiguos, todos cuadros de maestros garantizados como tales; no me gustan los modernos.

—Tiene usted razón, señor, pues tienen en general un gran defecto: el de no haber tenido aún tiempo de convertirse en antiguos.

—¿Puedo mostrarle algunas esculturas de Thorwaldsen, de Bartoloni, de Canova, todos artistas extranjeros? Como usted ve, no aprecio a los artistas franceses.

—Tiene usted derecho a ser injusto con ellos, señor, son sus compatriotas.

—Pero todo eso será más tarde, cuando nos conozcamos mejor; hoy me conformaré, si usted lo permite, con presentarle a la señora baronesa Danglars; excuse mi apresuramiento, señor conde, pero un cliente como usted forma casi parte de la familia.

Montecristo se inclinó, en señal de que aceptaba el honor que el financiero tenía a bien dispensarle.

Danglars llamó; un lacayo, con una librea resplandeciente, apareció.

—¿La señora baronesa está en sus habitaciones? —preguntó Danglars.

—Sí, señor barón —respondió el lacayo.

—¿Sola?

—No, la señora tiene visita.

—No será indiscreto presentarle ante alguien, ¿no es así, señor conde? ¿No está usted de incógnito?

—No, señor barón —dijo sonriendo Montecristo—, no me reconozco como tal.

—¿Y quién está con la señora? ¿El señor Debray? —preguntó Danglars con una bonhomía que hizo sonreír interiormente a Montecristo, informado ya como estaba de los transparentes secretos del hogar del financiero.

—El señor Debray, sí, señor barón —respondió el lacayo.

Danglars hizo un gesto con la cabeza.

Después, dirigiéndose a Montecristo:

—El señor Debray es un antiguo amigo nuestro, secretario particular del ministro del Interior; en cuanto a mi mujer, ella bajó de categoría al casarse conmigo, pues pertenece a una antigua familia; es una de las señoritas de Servières, viuda en primeras nupcias del señor coronel marqués de Nargonne.

—No tengo el honor de conocer a la señora Danglars; pero ya he visto al señor Lucien Debray.

—¡Bien! —dijo Danglars—. ¿Dónde fue eso?

—En casa del señor de Morcerf.

—¡Ah! Usted conoce al joven vizconde —dijo Danglars.

—Estuvimos juntos en Roma, en los carnavales.

—¡Ah! Sí —dijo Danglars—; ¿no he oído hablar de algo así como una singular aventura con bandidos y ladrones en las ruinas? Le sacaron de allí milagrosamente. Creo que ha contado algo como eso a mi mujer y a mi hija, a su regreso de Italia.

—La señora baronesa espera a los señores —dijo el lacayo de regreso.

—Paso delante de usted para mostrarle el camino —dijo Danglars saludando.

—Y yo le sigo —dijo Montecristo.

Capítulo XLVII

El tiro de caballos tordos

El barón, seguido del conde, atravesó una larga fila de salas, notables por su cargada suntuosidad y su fastuoso mal gusto, y llegó hasta el gabinete privado de la señora Danglars, pequeña estancia octogonal con paredes de satén rosa recubierto de muselina de Indias; los sillones eran de vieja madera dorada y antiguas tapicerías; por encima de las puertas había escenas pastoriles del estilo de Boucher; finalmente, dos bonitos pasteles en medallón, en armonía con el resto del mobiliario, hacían de esta pequeña habitación la única del palacete que tuviera un cierto carácter; es cierto que había escapado del plan general determinado entre el señor Danglars y su arquitecto, una de las más altas y más eminentes celebridades de Europa, y que su decoración dependía exclusivamente de la baronesa y de Lucien Debray. Además, el señor Danglars, gran admirador de la Antigüedad, tal como la entendía el Directorio, despreciaba mucho ese pequeño reducto, en el que, por lo demás, apenas si era admitido, salvo a condición de que excusara su presencia trayendo a alguien; no era, pues, en realidad Danglars quien presentaba, sino que por el contrario era él el presentado, y era bien o mal recibido según que el rostro del visitante fuese agradable o desagradable a la baronesa.

La señora Danglars, cuya belleza podía aún ser citada a pesar de sus treinta y seis años, estaba al piano, pequeña obra maestra de marquetería, mientras que Lucien Debray, sentado a una mesa de costura, hojeaba un álbum.

Lucien había tenido tiempo de contar a la baronesa muchas cosas relativas al conde, antes de que este llegase. Sabemos qué impresión había causado Montecristo entre los comensales en el almuerzo en casa de Albert; esa impresión, por muy poco impresionable que fuera, no se había borrado aún en Debray, y los datos que había proporcionado a la baronesa sobre el conde la evidenciaban. La curiosidad de la señora Danglars, excitada por antiguos detalles que le había aportado Morcerf, y los nuevos, aportados por Lucien, había llegado al colmo. Así, ese arreglo del piano y del álbum no era más que una de esas pequeñas estratagemas del gran mundo, con la ayuda de las cuales se ocultan las más fuertes precauciones. La baronesa recibió, en consecuencia, al señor Danglars con una sonrisa, lo que, por su parte, no era nada habitual. En cuanto al conde, recibió, a cambio de su saludo, una ceremoniosa pero al mismo tiempo gentil reverencia.

Lucien, por su parte, intercambió con el conde un saludo medio amistoso, y con Danglars un gesto de intimidad.

—Señora baronesa —dijo Danglars—, permítame que le presente al señor conde de Montecristo, enviado por mis corresponsales de Roma con las más apremiantes recomendaciones; no tengo más que una palabra que decir y es que va a ser en un instante el preferido de todas nuestras bellas damas: viene a París con la intención de quedarse un año y de gastarse seis millones durante ese año; eso promete una serie de bailes, de almuerzos, de cenas, en las que espero que el señor conde no nos olvidará más de lo que nosotros le olvidemos en nuestras pequeñas fiestas.

Aunque la presentación fuera bastante groseramente aduladora, es, en general, una cosa tan rara que un hombre venga a París para gastar en un año la fortuna de un príncipe, que la señora Danglars echó al conde una mirada que no estaba desprovista de cierto interés.

—¿Y ha venido usted, señor...? —preguntó la baronesa.

—Ayer por la mañana, señora.

—¿Y por lo que me han dicho, usted viene, según su costumbre, del otro extremo del mundo?

—De Cádiz, esta vez, señora, pura y simplemente.

—¡Oh! Llega usted en una época espantosa. París es detestable en verano; no hay ni bailes, ni reuniones, ni fiestas. La Ópera italiana está en Londres, la Ópera francesa, en cualquier parte, excepto en París; y en cuanto al Teatro Francés usted sabe que no está en ningún sitio. Así que, como toda distracción, no nos quedan sino algunas desgraciadas carreras en el Champ-de-Mars y en Satory. ¿Hará correr usted algunos caballos, señor conde?

—Yo, señora —dijo Montecristo—, haré todo lo que se hace en París, si tengo la dicha de encontrar a alguien que me asesore convenientemente sobre las costumbres francesas.

—¿Le gustan a usted los caballos, señor conde?

—He pasado una parte de mi vida en Oriente, señora, y los orientales, ya sabe usted, no aprecian más que dos cosas en el mundo: la nobleza de los caballos y la belleza de las mujeres.

—¡Ah! Señor conde —dijo la baronesa—, debería usted haber tenido la galantería de poner a las mujeres en primer lugar.

—Ya ve, señora, que tenía yo razón cuando hace un momento deseaba un preceptor que pudiera guiarme en las costumbres francesas.

En ese momento la doncella favorita de la señora baronesa Danglars entró y, acercándose a su señora, le susurró algunas palabras al oído.

La señora Danglars palideció.

—¡Imposible! —dijo.

—Sin embargo, es la exacta realidad, señora —respondió la doncella.

La señora Danglars se volvió hacia su marido.

—¿Es cierto eso, señor?

—¿Qué, señora? —preguntó Danglars visiblemente agitado.

—Lo que me dice la doncella.

—¿Y qué le dice?

—Me dice que en el momento en el que mi cochero ha ido a enganchar mis caballos a mi coche, no estaban en las cuadras; ¿qué significa eso, le pregunto?

—Señora —dijo Danglars—, escúcheme.

—¡Oh! Le escucho, señor, pues tengo mucha curiosidad por saber lo que va usted a decirme; estos señores serán los jueces entre nosotros, y voy a comenzar por decirles lo que pasa. Señores —continuó la baronesa—, el señor barón Danglars tiene diez caballos en la cuadra; entre esos diez caballos, hay dos que son míos, dos caballos estupendos, los más hermosos caballos de París; usted los conoce, señor Debray, ¡mis dos caballos tordos! Pues bien, en el momento en el que la señora de Villefort me pide prestado el coche prometido para ir mañana al Bois, ¡he ahí que los dos caballos ya no están! El señor Danglars habrá encontrado el modo de ganar con ellos algunos miles de francos, y los habrá vendido. ¡Oh! ¡Esa raza maldita, Dios mío! ¡Esa raza de especuladores!

—Señora —respondió Danglars—, los caballos eran demasiado briosos, apenas tenían cuatro años, temía por usted terriblemente.

—¡Eh! Señor —dijo la baronesa—, usted sabe mejor que nadie que desde hace un mes tengo a mi servicio al mejor cochero de París, a no ser que lo haya usted vendido también con los caballos.

—Querida amiga, le encontraré otros iguales, más hermosos incluso, si los hay; pero caballos más mansos, más tranquilos, y que no me hagan temer tanto por usted.

La baronesa se encogió de hombros con un gesto del más profundo desprecio.

Danglars pareció no darse cuenta de ese gesto más que conyugal, y volviéndose hacia Montecristo:

—De verdad que lamento no haberle conocido antes, señor conde —dijo—; ¿está usted poniendo su casa?

—Pues sí —dijo el conde.

—Yo se los habría propuesto. Imagine que los he dado por nada; pero como le he dicho quería deshacerme de ellos: son caballos para un joven.

—Señor —dijo el conde—, se lo agradezco; esta misma mañana he comprado unos bastante buenos, y no caros. Mire, mire, señor Debray, usted entiende de caballos, creo.

Mientras que Debray se acercaba a la ventana, Danglars se acercó a su mujer.

—Imagine, señora —le dijo en voz baja—, que vinieron a ofrecerme un precio exorbitante por esos caballos. No sé quién es el loco que quiere arruinarse que me ha enviado a su intendente, pero el hecho es que he ganado con ellos dieciséis mil francos; no se enfade, señora, le daré cuatro mil y dos mil a Eugénie.

La señora Danglars dejó caer sobre su marido una mirada aplastante.

—¡Oh! ¡Dios Santo! —exclamó Debray.

—¿Qué ocurre? —preguntó la baronesa.

—Pues no me equivoco, son sus caballos, baronesa, sus propios caballos enganchados al coche del conde.

—¡Mis caballos tordos! —exclamó la señora Danglars.

Y fue corriendo a la ventana.

—En efecto, son los míos —dijo.

Danglars estaba estupefacto.

—¿Es posible? —dijo Montecristo simulando asombro.

—¡Es increíble! —murmuró el banquero.

La baronesa dijo dos palabras al oído de Debray, que a su vez se acercó a Montecristo.

—La baronesa me pregunta por cuánto le ha vendido su marido el tiro de caballos.

—Pues no lo sé muy bien —dijo el conde—, es una sorpresa que me tenía guardada mi intendente, y... creo que han costado... unos treinta mil francos.

Debray fue a llevar la respuesta a la baronesa.

Danglars estaba tan pálido y tan desconcertado que el conde pareció sentir piedad por él.

—Vea —le dijo— lo ingratas que son las mujeres: esa prevención por parte de usted no ha impresionado ni un instante a la baronesa; ingrata no es la palabra, es alocada lo que debería decir. Pero, qué quiere usted, uno siempre ama lo que nos daña, además, lo mejor, señor barón, es dejar que hagan lo que se les pase por la cabeza; así, si se la rompen, ¡palabra de honor!, sólo podrán echarse la culpa a sí mismas.

Danglars no dijo nada, preveía en un futuro próximo una escena desastrosa; ya el ceño de la señora baronesa se fruncía, y como el de

Júpiter Olímpico presagiaba tormenta; Debray, que la veía crecer, pretextó un asunto y marchó. Montecristo, que no quería estropear la posición conquistada quedándose más tiempo, saludó a la señora Danglars y se retiró, entregando al barón a la cólera de su esposa.

«¡Bueno!», pensó Montecristo al retirarse; «ya he llegado a donde quería ir; ahora tengo en mis manos la paz de un hogar, y quiero ganarme con el mismo golpe el corazón del señor y el de la señora; ¡qué dicha! Pero», añadió, «en todo esto, no he sido presentado a la señorita Eugénie Danglars, a quien me hubiera gustado mucho conocer. En fin», repuso con esa sonrisa que le era tan particular, «henos aquí, en París, y tenemos todo el tiempo ante nosotros... ¡será para más tarde!...».

Y con esa reflexión, el señor conde subió al coche y regresó a su casa.

Dos horas después, la señora Danglars recibió una carta encantadora del conde de Montecristo, en la que le declaraba que, no queriendo iniciar su debut en el mundo parisino desesperando a una hermosa dama, le suplicaba que aceptase sus caballos.

Tenían los mismos arneses que llevaban por la mañana, pero en el centro de cada roseta que llevaban en las orejas, el conde había hecho coser un diamante.

Danglars también tuvo su carta.

El conde le pedía permiso para regalar a la baronesa su capricho de millonario, rogándole le excusara por sus modales orientales con los que había acompañado la devolución de los caballos.

A lo largo de la velada, Montecristo salió para Auteuil, acompañado de Alí.

Al día siguiente, en la casa de Auteuil, hacia las tres, Alí, llamado con un solo timbrado, entró en el gabinete del conde.

—Alí —le dijo—, ¿me has hablado a menudo de tu destreza en echar el lazo?

Alí afirmó con un gesto y se incorporó con orgullo.

—¡Bien!... De modo que, con el lazo, ¿pararías a un buey?

Alí afirmó con la cabeza.

—¿A un tigre?

Alí hizo el mismo gesto.

—¿A un león?

Alí hizo el gesto de echar el lazo, e imitó un rugido ahogado.

—Bien, comprendo —dijo Montecristo—; ¿cazaste al león?

Orgullosamente Alí afirmó con la cabeza.

—¿Pero detendrías en su carrera a dos caballos?

Alí sonrió.

—Pues bien, escucha —dijo Montecristo—. Enseguida pasará un coche tirado por dos caballos tordos, los mismos que yo tenía ayer. Aunque tengas que tirarte debajo, tienes que detener ese coche delante de mi puerta.

Alí bajó a la calle y trazó una línea en el suelo delante de la casa; después, subió y mostró la línea al conde, que le había seguido con la mirada.

El conde le dio unos toquecitos en el hombro: era su manera de dar las gracias a Alí. Después, el nubio se fue a fumar su chibucú sentado sobre un mojón que formaba la esquina de la casa con la calle, mientras que Montecristo entraba en su casa sin preocuparse de nada.

Sin embargo, sobre las cinco, es decir, la hora en la que el conde esperaba el coche, se le vio con algunos imperceptibles signos de una ligera impaciencia: se paseaba arriba y abajo en una sala que daba a la calle, escuchando a intervalos, y de vez en cuando acercándose a la ventana, por la que se veía a Alí echando bocanadas de humo con una regularidad que indicaba que el nubio estaba concentrado en esa importante ocupación.

De repente se oyó el ruido de un carruaje lejano, pero que se iba acercando con la velocidad del rayo; después, apareció una calesa, cuyo cochero intentaba inútilmente retener a los caballos que avanzaban furiosos, erguidos, saltando con un ímpetu desbocado.

En la calesa, una joven señora y un niño de siete a ocho años que, abrazados, por el excesivo terror que les atenazaba, habían perdido la fuerza de gritar; hubiera bastado una piedra bajo la rueda, o un árbol que se enganchara, para romper por completo el coche, que crujía. El coche iba por el centro de la calzada, y en la calle se oían gritos de terror de los transeúntes que le veían acercarse.

De repente, Alí deja su pipa, saca de su bolsillo el lazo, lo lanza, envuelve con triple vuelta las patas delanteras del caballo de la izquierda, se deja arrastrar tres o cuatro pasos por la violencia de la impulsión; pero, al cabo de esos tres o cuatro pasos, el caballo encadenado se abate, cae sobre la vara rompiéndola y paraliza los esfuerzos del caballo que queda en pie para continuar la carrera. El cochero aprovecha ese instante de respiro para apearse de un salto; pero ya Alí había agarrado los ollares del segundo caballo con sus dedos de hierro, y el animal, relinchando de dolor, cae convulsivamente al lado de su compañero.

Todo eso ocurrió en el tiempo que necesita una bala para llegar a su objetivo.

Sin embargo, fue suficiente para que, de la casa de enfrente del lugar donde había ocurrido el accidente, un hombre saliera corriendo seguido de algunos de sus sirvientes. En ese momento el cochero abre la portezuela, saca de la calesa a la dama, que con una mano se agarra al asiento mientras que con la otra aprieta contra su pecho a su hijo desvanecido. Montecristo lleva a los dos al salón y los deja sobre un canapé:

—No tema nada, señora —dijo—; está a salvo.

La mujer volvió en sí, y como respuesta le mostró a su hijo, con una mirada más elocuente que cualquier plegaria.

En efecto, el niño seguía desvanecido.

—Sí, señora, lo comprendo —dijo el conde examinando al niño—; pero, esté tranquila, no le sucede nada malo, es el miedo el que lo ha dejado en ese estado.

—¡Oh! Señor —exclamó la madre—, ¿no me dirá usted eso para tranquilizarme? ¡Mire qué pálido está! ¡Mi niño, mi pobre niño! ¡Mi Édouard! ¡Contesta a tu madre! ¡Ay! ¡Señor! Llame a un médico. ¡Mi fortuna a quien me devuelva a mi hijo!

Montecristo hizo un gesto con la mano para calmar a la madre en llanto y, abriendo un cofre, sacó de él un frasco de cristal de Bohemia, incrustado en oro, que contenía un licor rojo como la sangre y del que dejó caer una sola gota entre los labios del niño.

El niño, aunque seguía pálido, abrió enseguida los ojos.

Al verle, la alegría de la madre llegaba casi al delirio.

—¿Dónde estoy? —dijo la señora—. ¿A quién debo tanta dicha después de esta prueba tan cruel?

—Está usted, señora —respondió Montecristo—, en casa del hombre más feliz del mundo por haberle ahorrado a usted un disgusto así.

—¡Oh! ¡Maldita curiosidad! —dijo la dama—. Todo París hablaba de los magníficos caballos de la señora Danglars, y tuve la loca idea de probarlos.

—¡Cómo! —exclamó el conde con una sorpresa admirablemente fingida—. ¿Esos caballos son los de la baronesa?

—Sí, señor, ¿la conoce?

—¿La señora Danglars?... Tengo ese honor, y mi alegría es doble al verla a usted a salvo del peligro que le han hecho correr esos caballos; pues ese peligro debía habérmelo atribuido a mí: yo había comprado ayer estos caballos al barón, pero la baronesa pareció lamentarlo tanto que se los envié ayer rogándole que los aceptara.

—¿Entonces es usted el conde de Montecristo, del que Herminie me habló tanto ayer?

—Sí, señora —dijo el conde.

—Yo, señor, yo soy la señora Héloïse de Villefort.

El conde saludó como quien oye un nombre totalmente desconocido.

—¡Oh! ¡Cuán agradecido se mostrará el señor de Villefort! —repuso Héloïse—, pues, en fin, le deberá la vida de nosotros dos; usted le ha devuelto a su mujer y a su hijo. Seguramente, sin su generoso sirviente, este querido hijo y yo misma estaríamos muertos.

—¡Ay! ¡Señora! Tiemblo aún del peligro que han corrido ustedes dos.

—¡Oh! Espero que me permita recompensar dignamente el sacrificio de este hombre.

—Señora —respondió Montecristo—, no me adule a Alí, se lo ruego, ni con alabanzas ni con recompensas; son costumbres que no quiero que adquiera. Alí es mi esclavo; al salvarles la vida me sirve a mí, y es su deber servirme.

—Pero ha arriesgado su vida —dijo la señora de Villefort, a quien ese tono del amo le imponía de una manera singular.

—Pero soy yo quien le salvó a él la vida, señora —respondió Montecristo—; en consecuencia, su vida me pertenece.

La señora de Villefort se calló; quizá reflexionaba sobre ese hombre que, desde el principio, causaba una impresión tan profunda en las almas.

Durante ese instante de silencio, el conde pudo considerar a su gusto a ese niño que su madre cubría de besos. Era pequeño, frágil, blanco de piel como los niños pelirrojos y, sin embargo, un bosque de cabellos negros, rebeldes a cualquier rizo, le cubría la frente abombada, y cayéndole sobre los hombros y encuadrándole el rostro, redoblaban la viveza de sus ojos llenos de solapada malicia y juvenil maldad; su boca, a la que apenas le había vuelto el color, era de finos labios pero de ancha abertura; los rasgos de ese niño de ocho años le hacían aparentar al menos doce. Su primer movimiento fue para apartarse bruscamente de los brazos de su madre e ir a abrir el cofre del que el conde había sacado el frasco del elixir; después, enseguida, sin pedir permiso a nadie y como niño acostumbrado a satisfacer todos sus caprichos, se puso a abrir los frasquitos.

—No toque eso, amigo —se apresuró a decir el conde—, algunos de esos licores son peligrosos, no solamente al beberlos sino también al respirarlos.

La señora de Villefort palideció y detuvo con el brazo a su hijo que atrajo hacia ella; pero, calmado su temor, la madre echó una rápida pero expresiva mirada al cofre que el conde captó al vuelo.

En ese momento Alí entró.

La señora de Villefort tuvo un gesto de alegría, y atrajo al niño más cerca de ella aún:

—Édouard —dijo—, ves a este buen sirviente; ha sido muy valiente, pues expuso su vida para detener a los caballos que nos arrastraban a nosotros y al coche que iba a romperse. Dale las gracias, pues probablemente sin él, a esta hora, estaríamos muertos los dos.

El niño hizo una mueca y volvió la cabeza desdeñosamente.

—Es demasiado feo —dijo.

El conde sonrió como si el niño acabara de satisfacer una de sus esperanzas; en cuanto a la señora de Villefort, reprendió a su hijo con una

moderación que, ciertamente, no hubiera sido del gusto de Jean-Jacques Rousseau, si el pequeño Édouard se hubiese llamado Émile^[1].

—Ves —dijo en árabe el conde a Alí—, esta dama ruega a su hijo que te dé las gracias por haberles salvado la vida, y el niño responde que eres demasiado feo.

Alí volvió un instante su inteligente cabeza y miró al niño sin ninguna expresión aparente, pero un simple temblor de las ventanas de su nariz indicó a Montecristo que el árabe acababa de sentirse herido en su corazón.

—Señor —preguntó la señora Villefort poniéndose en pie para retirarse—, ¿es esta su residencia habitual?

—No, señora —respondió el conde—, es una especie de residencia de paso que he comprado. Vivo en la avenida de los Champs-Élysées, n.º 30. Pero ya veo que se ha repuesto usted totalmente y que desea retirarse. Acabo de ordenar que enganchen de nuevo esos caballos a mi coche, y Alí, este muchacho tan feo —dijo sonriendo al niño—, tendrá el honor de conducirles a su casa de usted, mientras que su cochero se queda aquí para arreglar la calesa. En cuanto termine esa tarea, le engancharemos mis propios caballos para llevarla directamente a casa de la señora Danglars.

—Pero —dijo la señora de Villefort—, con los mismos caballos no me atrevería a viajar de nuevo.

—¡Oh! Va usted a ver, señora —dijo Montecristo—, que bajo la mano de Alí los caballos son mansos como corderos.

En efecto, Alí se había acercado a los caballos, que se habían puesto en pie con mucho esfuerzo. El nubio llevaba en la mano una pequeña esponja empapada en vinagre aromático; frotó con ella los ollares y las sienes de los caballos cubiertos de sudor y de espuma, y casi enseguida se pusieron a resoplar ruidosamente y a temblar por todo su cuerpo durante algunos segundos.

Después, en medio de un gran gentío que se había formado delante de la casa, atraído por los destrozos de la calesa y el ruido del suceso, Alí ordenó enganchar los caballos al cupé del conde, recogió las riendas, subió al pescante y, con gran asombro de los asistentes que habían visto esos caballos desbocados como un huracán, tuvo que utilizar vigorosamente el

látigo para hacerles partir, y ni siquiera pudo conseguir de los famosos caballos tordos, ahora alelados, petrificados, muertos, más que un trote tan poco seguro y lánguido que la señora de Villefort necesitó casi dos horas para llegar al Faubourg Saint-Honoré, donde vivía.

Una vez en casa, y apaciguadas las primeras emociones familiares, escribió la nota siguiente a la señora de Danglars:

Querida Herminie:

Acabo de ser salvada, junto con mi hijo, por ese mismo conde de Montecristo del que tanto hablamos ayer tarde, y a quien no sospechaba en absoluto que pudiese ver hoy. Ayer me habló usted de él con tal entusiasmo que no pude evitar burlarme un poco con toda la fuerza de mi pequeño ingenio, pero, hoy, encuentro ese entusiasmo muy por debajo del hombre que lo inspiraba. Sus caballos de usted se desbocaron en el Ranelagh como si se hubieran vuelto locos, y probablemente mi pobre Édouard y yo fuéramos a ser aplastados contra el primer árbol del camino o el primer mojón del pueblo, cuando un árabe, un negro, un nubio, un hombre de color, en fin, al servicio del conde, detuvo, tras una señal del conde, creo, el ímpetu de los caballos, corriendo el riesgo de ser atropellado él mismo, y fue un milagro que realmente no lo fuera. Entonces el conde acudió corriendo en nuestra ayuda, nos llevó a su casa, a Édouard y a mí, y allí finalmente volvió en sí a mi hijo. En su propio coche nos trajeron a casa; la calesa se la devolverán a usted mañana. Encontrará usted sus caballos debilitados por el accidente; están como anonadados, se diría que no pueden perdonarse a sí mismos el haberse dejado domar por un hombre. El conde me encargó que le dijera a usted que dos días de descanso en una buena cama de paja, y cebada por todo alimento, les pondrán de nuevo en un estado tan floreciente, lo que quiere decir, tan terrorífico, como ayer.

¡Adiós! No le doy las gracias por el paseo, y cuando pienso en ello, es, sin embargo, ingratitud guardarle rencor por los caprichos de sus caballos tordos, pues es gracias a uno de esos

caprichos a los que debo el haber visto al conde de Montecristo, y el ilustre extranjero me parece, aparte de los millones de los que disponga, un problema tan curioso y tan interesante que cuento con estudiarlo cueste lo que cueste, aunque tuviese que recomenzar un paseo por el Bois con sus mismos caballos tordos.

Édouard aguantó el accidente con un milagroso valor. Se desmayó, pero no dio ni un solo grito antes, ni echó una lágrima después. Dirá usted que como siempre me ciega mi amor de madre, pero este pobre cuerpecito, tan frágil y tan delicado, encierra un alma de hierro.

Nuestra querida Valentine habla maravillas de su querida Eugénie; yo, le abrazo con todo mi corazón.

HÉLOÏSE DE VILLEFORT

P.D.: Haga que nos encontremos en casa de usted, de la manera que sea, con ese conde de Montecristo; quiero verle a toda costa. Por lo demás, acabo de conseguir del señor de Villefort que vaya a hacerle una visita; espero que él se la devuelva.

Durante la velada, el accidente de Auteuil fue el tema de todas las conversaciones: Albert lo contaba a su madre, Château-Renaud en el Jockey-Club, Debray en el salón del ministro; incluso el mismo Beauchamp tuvo con el conde la galantería de incluir en su periódico un suceso de veinte líneas que colocó al noble extranjero como héroe ante todas las damas de la aristocracia.

Mucha gente fue a inscribirse en casa de la señora de Villefort a fin de obtener el derecho a hacerle una visita de vez en cuando y oír de su propia boca todos los detalles de su pintoresca aventura.

En cuanto al señor de Villefort, como había dicho Héloïse, escogió un traje negro, guantes blancos y a su mejor lacayo y subió a su carroza que vino, aquella misma tarde, a detenerse a la puerta del número 30 de la casa de los Champs-Élysées.

Capítulo XLVIII

Ideología

Si el conde de Montecristo hubiera vivido desde hace tiempo en el mundo parisino, hubiera apreciado en todo su valor la gestión que llevaba a cabo el señor de Villefort para con él.

Bien situado en la corte, ya fuera el rey reinante de la rama primogénita o de la rama benjamina; o el ministro gobernante doctrinario, liberal o conservador; considerado hábil por todos, como se considera generalmente hábiles a los hombres que nunca han sufrido fracasos políticos; odiado por muchos, pero cálidamente protegido por algunos, y, sin embargo, sin ser amado por nadie, el señor de Villefort disfrutaba de una de esas altas posiciones de la magistratura, y se mantenía en esa altura como un Harlay o como un Molé^[1]. Su salón, regenerado con una mujer joven y con una hija de su primer matrimonio, de apenas dieciocho años, no por ello dejaba de ser uno de esos salones severos de París en los que se observa el culto de las tradiciones y la religión de rigor. La cortesía fría, la fidelidad absoluta a los principios gubernamentales, un desprecio profundo por las teorías y por los teóricos, el profundo odio a los ideólogos, tales eran los elementos de la vida interior y pública exhibidos por el señor de Villefort.

El señor de Villefort no era solamente un magistrado, era casi un diplomático. Sus relaciones con la antigua corte, de la que siempre hablaba con dignidad y deferencia, le hacían respetable en la nueva, y sabía tantas cosas que no sólo le trataban con miramientos siempre, sino que incluso a veces hasta le consultaban. Quizá no hubiera sido así si hubieran podido desprenderse del señor de Villefort, pero, como esos señores feudales rebeldes a su soberano, habitaba una fortaleza inexpugnable. Esa fortaleza era su cargo de fiscal del rey, cuyas ventajas explotaba maravillosamente, y que no hubiera dejado para hacerse elegir diputado y reemplazar así la neutralidad por la oposición.

En general, el señor de Villefort hacía o devolvía pocas visitas. Su mujer visitaba por él: era algo de recibo en ese gran mundo, que lo que se le disculpaba al magistrado por sus numerosas ocupaciones, no era en realidad más que un cálculo de orgullo, una quintaesencia de aristocracia, la aplicación, en fin, de este axioma: *haz como si te estimaras a ti mismo y te estimarán*, axioma cien veces más útil en nuestra sociedad que el de los griegos: *conócete a ti mismo*, reemplazado en nuestros días por el arte menos difícil y más ventajoso de conocer a los demás.

Para sus amigos, el señor de Villefort era un protector poderoso; para sus enemigos era un adversario sordo, pero encarnizado; para los indiferentes era la estatua de la ley hecha hombre. Difícil de abordar, fisonomía impasible, mirada apagada y mate, o insolentemente aguda y escrutadora, tal era el hombre cuyo pedestal había sido construido, y luego cimentado, por cuatro revoluciones hábilmente superpuestas una sobre otra.

El señor de Villefort tenía fama de ser el hombre menos curioso y menos banal de Francia; daba un baile al año en el que no aparecía más que un cuarto de hora, es decir, cuarenta y cinco minutos menos de los que el rey asistía a los suyos; nunca se le veía ni en los teatros ni en los conciertos ni en ningún lugar público; algunas veces, pero raramente, jugaba una partida de *whist*, y entonces se ocupaban de buscarle jugadores dignos de él: podía ser algún embajador, algún arzobispo, algún príncipe, algún presidente, o, en fin, alguna duquesa viuda de alto rango.

Así era el hombre cuyo coche acababa de detenerse ante la puerta de Montecristo.

El ayuda de cámara anunció al señor de Villefort en el momento en el que el conde, inclinado sobre una gran mesa, seguía en el mapa un itinerario de San Petersburgo a China.

El fiscal del rey entró con el mismo paso grave y acompasado con el que entraba en la sala del tribunal; era el mismo hombre, o más bien la continuación del mismo hombre que vimos antaño de sustituto en Marsella. La naturaleza, consecuente con sus principios, no había cambiado para él el curso que debía seguir. De delgado, había pasado a ser escuálido; de pálido, a amarillo; sus ojos hundidos eran cavernas, y sus gafas de patillas de oro, al posarse sobre la órbita de los ojos, parecían formar parte del rostro; excepto su corbata blanca, el resto de su indumentaria era totalmente negra, y ese color fúnebre sólo se cortaba con una ligera cinta roja que pasaba imperceptiblemente por la botonadura y que parecía una línea de sangre trazada al pincel.

Por muy dueño de sí que fuera Montecristo, examinó con visible curiosidad, al devolverle el saludo, al magistrado que, desafiante por costumbre y poco crédulo sobre todo de las maravillas sociales, estaba más dispuesto a ver en el noble extranjero —era así como llamaban ya a Montecristo— a un buscavidas que viene a explotar un nuevo teatro de operaciones, o a un malhechor quebrantando el destierro, más que a un príncipe de la Santa Sede o a un sultán de *Las mil y una noches*.

—Señor —dijo Villefort con ese tono chillón afectado de los magistrados en sus circunloquios oratorios, y del que no quieren o no pueden desprenderse en la conversación—, señor, el destacado servicio que usted prestó ayer a mi mujer y a mi hijo me obligan al deber de agradecérselo. Vengo, pues, a cumplir con ese deber y a expresarle todo mi reconocimiento.

Y al pronunciar estas palabras, el magistrado, la mirada severa del magistrado, no había perdido nada de su arrogancia habitual. Las palabras que acababa de decir habían sido articuladas con su voz de fiscal, con esa rigidez inflexible de cuello y hombros que hacía decir a sus aduladores, y que nosotros repetimos, que era la viva estatua de la ley.

—Señor —repuso el conde a su vez con una frialdad glacial—, me siento muy feliz de haber podido devolver un hijo a su madre, pues se dice que el sentimiento de la maternidad es el más santo de todos, y esa dicha le dispensaba a usted de cumplir con un deber, cuya ejecución me honra sin duda, pues sé que el señor de Villefort no prodiga el favor que me hace, pero que, por muypreciado que sea, no vale, sin embargo para mí, tanto como la satisfacción interior.

Villefort, asombrado de esa salida que no se esperaba, se sobresaltó como un soldado que siente el golpe que recibe bajo la armadura de la que va cubierto, y un pliegue de sus desdeñosos labios indicó que desde el principio no consideraba al conde de Montecristo como un gentilhombre bien civilizado.

Echó una mirada por todo alrededor como para colgar en algún sitio la conversación caída y que parecía haberse roto al caer.

Vio el mapa que consultaba Montecristo en el momento en el que él entraba, y repuso:

—¿Estudia usted geografía, señor? Es un estudio muy provechoso, sobre todo para usted que, por lo que me aseguran, ha visto tantos países como hay grabados en ese atlas.

—Sí, señor —respondió el conde—, quise hacer sobre la especie humana, tomada en su conjunto, lo que usted practica cada día sobre las excepciones, es decir, un estudio fisiológico. Pensé que me sería más fácil bajar después del todo a la parte, más que de la parte al todo. Es un axioma algebraico que ordena que se proceda de lo conocido a lo desconocido, y no de lo desconocido a lo conocido... pero, siéntese, señor, se lo ruego.

Y Montecristo indicó con la mano al fiscal del rey un sillón que este se vio obligado a acercarse él mismo, mientras que el conde solo tenía que dejarse caer sobre el que tenía apoyada la rodilla cuando el procurador del rey entró. De esta manera el conde se encontró medio dando la vuelta a su visitante, dando la espalda a la ventana y el codo apoyado en el mapa, que era por el momento objeto de la conversación, conversación que tomaba, como había ocurrido en casa de Morcerf y en casa de Danglars, un giro totalmente análogo, si no a la situación, sí al menos a los personajes.

—¡Ah! Filósofa usted —repuso Villefort después de un instante de silencio, durante el cual, como un atleta que se las ve con un rudo adversario, había hecho acopio de fuerzas—. Y bien, señor, ¡palabra de honor!, si yo no tuviera nada que hacer como usted, buscaría una ocupación menos triste.

—Es cierto, señor —repuso Montecristo—, el hombre es una fea oruga para quien lo estudia al microscopio solar. Pero, dice usted, creo, que yo no tenía nada que hacer. Veamos, ¿por casualidad, cree usted que tiene algo que hacer, usted, señor? O para hablar más claramente, ¿cree usted que lo que usted hace merece la pena de llamarse hacer algo?

El asombro de Villefort se duplicó con este segundo golpe tan rudamente asestado por ese extraño adversario; hacía mucho tiempo que el magistrado no había oído decir una paradoja de tal fuerza, o más bien, para hablar más exactamente, era la primera vez que la oía.

El fiscal del rey se puso manos a la obra para responder.

—Señor —dijo—, usted es extranjero, usted mismo ha dicho, creo, que una parte de su vida ha transcurrido en países orientales; usted no sabe de qué modo la justicia humana, expeditiva en esos bárbaros lugares, ha alcanzado entre nosotros modos prudentes y acompasados.

—Claro que sí, señor, claro que sí; es el *pede poena claudo* antiguo^[2]. Sé todo eso, pues, de lo que me he ocupado, es sobre todo de la justicia en todos los países, del procedimiento criminal de todas las naciones y lo he comparado con la justicia natural; y debo decirlo, señor, que es aún esa ley de los pueblos primitivos, es decir, la ley del talión, donde he encontrado a la justicia más acorde con el corazón de Dios.

—Si adoptáramos esta ley, señor —dijo el fiscal— simplificaría mucho nuestros códigos y, en consecuencia, nuestros magistrados, como usted decía hace un momento, no tendrían gran cosa que hacer.

—Eso quizá llegue a ser así —dijo Montecristo—; usted sabe que los inventos humanos van de lo compuesto a lo simple, y que lo simple es siempre la perfección.

—Pero mientras tanto, señor —dijo el magistrado—, nuestros códigos existen, con artículos contradictorios a veces, sacados de las costumbres galas, de las leyes romanas, de los usos de los francos; ahora bien, el

conocimiento de todas esas leyes, convendrá usted conmigo, no se adquiere sin esfuerzo, es necesario un largo estudio para adquirir esos conocimientos, y un gran esfuerzo mental para que esos conocimientos, una vez adquiridos, no se olviden.

—Soy de la misma opinión, señor, pero todo lo que usted sabe en relación con ese código francés, yo lo sé, no solamente en relación con ese código, sino en relación con los códigos de todas las naciones: las leyes inglesas, turcas, japonesas, hindúes, me son tan familiares como las leyes francesas; así que yo tenía razón en decir que relativamente —usted que sabe que todo es relativo, señor—, que relativamente, después de todo lo que yo he hecho, usted tiene bien poco que hacer, y que relativamente, después de todo lo que yo he aprendido, a usted le falta todavía mucho que aprender.

—¿Pero con qué finalidad ha aprendido usted todo eso? —repuso Villefort asombrado.

Montecristo sonrió.

—Bien, señor —dijo—; veo que a pesar de la reputación que tiene usted de hombre superior, usted ve todo desde el punto de vista material y vulgar de la sociedad, comenzando por el hombre y terminando en el hombre, es decir, desde el punto de vista más restringido y más estrecho que le haya sido dado abarcar a la inteligencia humana.

—Explíquese, señor —dijo Villefort cada vez más asombrado—, no le entiendo a usted... muy bien.

—Digo, señor, que, con los ojos fijos en la organización social de las naciones, usted no ve más que los resortes de la maquinaria, y no al obrero sublime que la hace funcionar; digo que usted no reconoce delante de usted, ni a su alrededor, más que a los titulares de los puestos cuyos diplomas han sido firmados por ministros o por un rey, y no a los hombres que Dios ha puesto por encima de esos titulares, por encima de ministros y de reyes, dándoles una misión que cumplir en lugar de un puesto que cubrir; digo que esos escapan a su corto punto de vista. Es propio de la debilidad humana en organismos débiles e incompletos. Tobías tomaba al ángel que venía a devolverle la vista por un joven normal. Las naciones tomaban a Atila, que venía a aplastarlos, por un conquistador igual a otros

conquistadores, y fue necesario que ambos revelasen su misión celestial para que les reconociesen; fue necesario que uno dijera: «Yo soy el ángel del Señor»; y el otro: «Yo soy el martillo de Dios», para que la esencia divina de ambos fuese revelada.

—Entonces —dijo Villefort, cada vez más asombrado y creyendo hablar con un iluminado o un loco—, ¿usted se ve como uno de esos seres extraordinarios que acaba de citar?

—¿Por qué no? —dijo fríamente Montecristo.

—Perdón, señor —repuso Villefort estupefacto—, pero me disculpará usted si al presentarme en su casa yo ignoraba que me presentaba en casa de un hombre cuyos conocimientos y cuyo espíritu sobrepasan de largo los conocimientos ordinarios y el espíritu habitual de los hombres. No es de uso entre nosotros, desgraciados corrompidos por la civilización, que los gentilhombres poseedores como usted de una inmensa fortuna, al menos es lo que se asegura —observe que yo no interrogo, sino que solamente repito—, no es de uso, digo, que esos privilegiados de la riqueza pierdan su tiempo en especulaciones sociales, en sueños filosóficos, hechos, todo lo más, para consolar a los que la suerte ha desheredado de los bienes de la tierra.

—¡Eh! Señor —repuso el conde—, ¿es que ha llegado usted a la posición eminente que ocupa sin haber admitido, e incluso sin haber encontrado excepciones?; ¿es que nunca ha ejercitado sus ojos, a los que sin embargo les serían tan necesarias la finura y la certeza, en adivinar desde el primer golpe de vista qué clase de hombre caía bajo su mirada? ¿Un magistrado no debería ser, no ya el mejor aplicador de la ley, no ya el más solapado intérprete de las oscuridades de los pleitos, sino una sonda de acero para probar los corazones, una piedra de toque para probar el oro con el que toda alma está hecha, aún con más o menos mezcla de impurezas?

—Señor —dijo Villefort—, usted me confunde, palabra, nunca oí a nadie hablar así.

—Es porque usted se ha quedado siempre encerrado en el círculo de las condiciones generales, y nunca ha osado elevarse en un vuelo hacia las esferas superiores que Dios ha poblado de seres invisibles o excepcionales.

—¿Y usted admite, señor, que esas esferas existen y que esos seres excepcionales e invisibles se mezclan con nosotros?

—¿Por qué no? ¿Es que usted ve el aire que respira y sin el que no podría vivir?

—Entonces, ¿no vemos a esos seres de los que usted habla?

—Claro que sí, los vemos cuando Dios permite que se materialicen; les tocamos, nos codeamos con ellos, les hablamos, y ellos nos responden.

—¡Ah! —dijo Villefort sonriendo—. Confieso que me gustaría estar prevenido cuando uno de esos seres se pusiera en contacto conmigo.

—Pues está usted servido en su deseo, señor, pues se le ha prevenido hace un momento, y ahora incluso, yo mismo le prevengo.

—¿Así que usted mismo?

—Yo soy uno de esos seres excepcionales, sí, señor, y creo que, hasta ahora, ningún otro hombre se ha encontrado en una situación semejante a la mía. Los reinos de los reyes son limitados, ya sea por las montañas, ya sea por los ríos, ya por el cambio de costumbres o por las mutaciones del lenguaje. Mi reino, el mío, es grande como el mundo, pues no soy ni italiano, ni francés, ni hindú, ni americano, ni español: soy cosmopolita. Ningún país puede decir que me vio nacer. Dios sabe qué tierra me verá morir. Adopto todas las costumbres, hablo todas las lenguas. Usted me cree francés, usted, ¿no es así?, pues hablo con la misma facilidad y la misma pureza que usted. Pues bien, Alí, mi nubio, me cree árabe; Bertuccio, mi intendente, me cree romano; Haydée, mi esclava, me cree griego. Así que usted comprende, no siendo de ningún país, no pidiendo protección a ningún gobierno, no reconociendo a ningún hombre como a mi hermano, ni uno solo de los escrúpulos que detienen a los poderosos o de los obstáculos que paralizan a los débiles me paraliza ni me detiene. Yo sólo tengo dos adversarios; no diré dos vencedores, pues les someto con persistencia: son la distancia y el tiempo. El tercer adversario, y el más terrible, es mi condición de hombre mortal. Sólo esa condición puede detenerme en mi camino, y antes de que haya alcanzado la meta a la que me dirijo: todo lo demás lo tengo calculado. Lo que los hombres llaman las casualidades de la suerte, es decir: la ruina, el cambio, las eventualidades, las tengo todas previstas; y si pudieran alcanzarme

algunas, ninguna puede abatirme por completo. A menos que muera, seré siempre lo que soy; por eso le digo cosas que nunca ha oído, ni siquiera en boca de reyes, pues los reyes le necesitan a usted, y todos los demás le temen. ¿Quién no se ha dicho alguna vez, en una sociedad tan ridículamente organizada como la nuestra: «quizá un día tenga que vérmelas con el fiscal del rey»?

—Pero, usted mismo, señor, puede decirse eso, pues desde el momento en el que vive usted en Francia, está naturalmente sometido a las leyes francesas.

—Lo sé, señor —respondió Montecristo—; pero cuando tengo que ir a un país, comienzo a estudiar, por los métodos que me son propios, a todos los hombres de los que tendré que esperar o temer algo, y llego a conocerlos muy bien, quizá mejor de lo que ellos se conocen a sí mismos. Eso conduce al resultado de que el fiscal del reino, cualquiera que sea, con quien podría tener algo que ver, se encontraría ciertamente con más dificultades que yo mismo.

—¿Lo que quiere decir —repuso dubitativamente Villefort—, que siendo débil la naturaleza humana, todo hombre, según usted, ha cometido... faltas?

—Faltas... o crímenes —respondió negligentemente Montecristo.

—Y que sólo usted, entre los hombres que no reconoce como hermanos, usted mismo lo ha dicho —repuso Villefort con una voz ligeramente alterada—, ¿sólo usted es perfecto?

—No, no perfecto —respondió el conde—; impenetrable, eso es todo. Pero cortemos aquí, señor, si la conversación le desagrada; yo no estoy amenazado por su justicia, como usted no lo está de mi doble punto de vista.

—¡No, no, señor! —dijo vivamente Villefort, que sin duda temía parecer que abandonaba el terreno—. ¡No! Con su brillante y casi sublime conversación, usted me ha elevado por encima del nivel ordinario; ya no hablamos, disertamos. Ahora bien, usted sabe cuántas verdades, a veces crueles, se dicen; los teólogos en sus cátedras de la Sorbona, o los filósofos en sus discusiones; supongamos que disertamos sobre teología social y filosofía teológica, pues yo le diré esta, por muy ruda que sea,

hermano, usted se entrega al orgullo; usted está por encima de los demás, pero por encima de usted está Dios.

—¡Por encima de todos, señor! —respondió Montecristo con un acento tan profundo que Villefort tembló involuntariamente—. Tengo mi orgullo ante los hombres, serpientes siempre dispuestas a levantarse contra quien les sobrepasa una cabeza sin aplastarlas con el pie. Pero cejo en mi orgullo ante Dios, que me sacó de la nada para convertirme en lo que soy.

—Entonces, señor conde, le admiro —dijo Villefort, que por primera vez en este extraño diálogo acababa de emplear esa fórmula aristocrática frente al extranjero al que hasta entonces había llamado señor—. Sí, se lo digo, si usted es realmente fuerte, realmente superior, realmente santo e impenetrable, lo que, tiene usted razón, viene a ser lo mismo, sea usted soberbio, señor; es la ley de la dominación. ¿Tendrá usted al menos alguna ambición?

—Sí, tengo una, señor.

—¿Y cuál es?

—Yo también, como sucede a todo hombre al menos una vez en la vida, yo también fui arrastrado por Satán hasta la más alta montaña, y una vez allí, me mostró el mundo entero, y como también le dijo a Cristo, me dijo: «veamos, hijo de los hombres, ¿qué quieres por adorarme?» entonces reflexioné largamente, pues desde hacía mucho tiempo una terrible ambición devoraba efectivamente mi corazón; después le respondí: «Escucha, siempre he oído hablar de la Providencia y sin embargo no la he visto nunca, ni nada que se le parezca, lo que me hace creer que no existe; yo quiero ser la Providencia, pues sé que lo más bello, lo más grande y lo más sublime del mundo es recompensar y castigar». Pero Satán bajó la cabeza y dio un suspiro. «Te equivocas», dijo, «la Providencia existe; lo que ocurre es que tú no la ves, porque siendo hija de Dios es invisible como su Padre. No has visto nada que se le parezca, porque ella procede por resortes ocultos y camina por vías oscuras; todo lo que puedo hacer es hacer de ti uno de esos agentes de la Providencia». El trato estaba hecho; perderé en él tal vez mi alma, pero no importa —prosiguió Montecristo—, y aunque tuviera que hacer el mismo trato, lo volvería a hacer de nuevo.

Villefort miraba a Montecristo con un sublime asombro.

—Señor conde —dijo—, ¿tiene usted padres?

—No, señor; estoy solo en el mundo.

—¡Peor para usted!

—¿Por qué? —preguntó Montecristo.

—Porque usted podría haber visto un espectáculo propio para romper su orgullo. ¿Usted dice que no teme más que a la muerte?

—Yo no digo que la tema, digo que sólo la muerte puede detenerme.

—¿Y la vejez?

—Habré cumplido con mi misión antes de que llegue a viejo.

—¿Y la locura?

—Estuve a punto de volverme loco, y usted conoce el axioma: *non bis in idem*³¹; es un axioma criminal, y, por tanto, es de su incumbencia.

—Señor —repuso Villefort—, hay algo más que temer que la muerte, la vejez o la locura; hay, por ejemplo, la apoplejía, ese rayo que golpea sin destruir, y que sin embargo, tras el cual, todo se ha acabado. Uno sigue siendo el mismo, y sin embargo ya no lo es; tocábamos como Ariel al ángel, y hemos ahí convertidos en una masa inerte que, como Calibán, no tocamos más que a la bestia; eso se llama lisa y llanamente, como le decía, en la lengua humana, una apoplejía. Venga, si le place, a continuar esta conversación a mi casa, señor conde, un día que tenga usted ganas de encontrar un adversario capaz de comprenderle y ávido de refutarle, y le mostraré a mi padre, el señor Noirtier de Villefort, uno de los más fogosos jacobinos de la Revolución francesa, es decir, la más brillante audacia puesta al servicio de la más vigorosa organización; un hombre que quizá no había visto como usted todos los reinos de la tierra, pero que había ayudado a revolucionar uno de los más poderosos; un hombre que, como usted, pretendía ser uno de los enviados; no por Dios, sino por el Ser Supremo; no por la Providencia, sino por la Fatalidad; y bien, señor, la rotura de un vaso sanguíneo en uno de los lóbulos del cerebro quebró todo eso, no en un día, no en una hora, sino en un segundo. La víspera, el señor Noirtier, antiguo jacobino, antiguo senador, antiguo *carbonaro*, riendo de la guillotina, riendo del cañón, riendo del puñal, el señor Noirtier, jugando con las revoluciones; el señor Noirtier, para quien Francia no era más que un vasto tablero de ajedrez del que todos, peones, caballos y reina, debían

desaparecer con tal de dar jaque mate al rey; el señor Noirtier, tan temible, era al día siguiente ese pobre señor Noirtier, anciano inmóvil, entregado a la voluntad del ser más débil de la casa, es decir, de su nieta Valentine; un cadáver mudo y helado en fin, que vive sin sufrimiento, nada más que para dar tiempo a la materia para que llegue sin sacudidas a su entera descomposición.

—¡Ay! Señor —dijo Montecristo—, ese espectáculo no es ajeno a mis ojos ni a mi pensamiento; yo soy un poco médico, y como mis colegas he buscado más de una vez el alma en la materia viva o en la materia muerta; y como la Providencia, esa alma ha permanecido invisible a mis ojos, aunque presente en mi corazón. Cien autores, desde Sócrates y Séneca hasta san Agustín y más tarde Gall, han hecho en prosa y en verso la comparación que acaba usted de hacer; pero, sin embargo, comprendo que los sufrimientos de un padre puedan operar grandes cambios en el espíritu de su hijo. Iré, señor, puesto que usted quiere invitarme a ello, a contemplar en provecho de mi humildad ese terrible espectáculo que debe entristecer mucho su casa.

—Sería así, sin duda, si Dios no me hubiera dado una gran compensación. Frente a ese anciano que desciende a la tumba arrastrándose, están dos niños que entran en la vida: Valentine, una hija de mi primer matrimonio con la señorita de Saint-Méran, y Édouard, ese niño que usted salvó ayer.

—¿Y qué conclusión saca usted de esa compensación, señor? —preguntó Montecristo.

—Mi conclusión es, señor —respondió Villefort—, que mi padre, dispersado por las pasiones, cometió algunas de esas faltas que escapan a la justicia humana, pero que competen a la justicia de Dios, y que Dios, no queriendo castigar más que a una sola persona, sólo le ha golpeado a él.

Montecristo, con la sonrisa en los labios, dio un gran rugido en el fondo de su corazón, un rugido que hubiera hecho huir despavorido a Villefort, si Villefort hubiera podido oírlo.

—Adiós, señor —continuó el magistrado, que desde hacía tiempo se había levantado y hablaba de pie—; le dejo, llevándome de usted un recuerdo de estima que, espero, podrá ser de su agrado cuando me conozca

mejor, pues yo no soy un hombre banal, ni mucho menos. Por otra parte, usted tiene en la señora de Villefort una eterna amiga.

El conde saludó y se contentó con acompañar solamente hasta la puerta de su gabinete a Villefort, el cual llegó a su coche precedido de dos lacayos que, a una señal de su amo, se apresuraron a abrirle la portezuela.

Después, cuando el fiscal del rey desapareció:

—Vamos —dijo Montecristo esbozando con esfuerzo una sonrisa desde su pecho oprimido—; vamos, suficiente veneno por hoy, y ahora que mi corazón está lleno, vamos a buscar el antídoto.

Y golpeando una vez el timbre:

—Subo a ver a la señora —dijo a Alí—; ¡que me preparen el coche para dentro de media hora!

Capítulo XLIX

Haydée

Recordamos quiénes eran los nuevos conocidos, o más bien los antiguos conocidos, del conde de Montecristo que vivían en la calle Meslay: Maximilien, Julie y Emmanuel.

La ilusión de esa agradable visita que iba a hacer, de esos pocos momentos felices que iba a pasar, de ese resplandor del paraíso deslizándose en el infierno en el que voluntariamente se había encasillado, esa ilusión había producido, a partir del momento en el que perdió de vista a Villefort, la más encantadora serenidad sobre el rostro del conde, y Alí, que había acudido al oír el timbre, al ver el rostro resplandeciente de una alegría tan poco habitual, se había retirado de puntillas, aguantando la respiración, como para no espantar los buenos pensamientos que creía ver revoloteando alrededor de su amo.

Era mediodía: el conde se había reservado una hora para subir a los aposentos de Haydée; uno diría que la alegría no podía entrar de repente en esta alma rota durante tanto tiempo, y que necesitaba prepararse para las emociones dulces, como otras almas necesitan prepararse para las emociones violentas.

La joven griega vivía, como hemos dicho, en un apartamento totalmente separado de los aposentos del conde. Ese apartamento, completamente amueblado a la manera oriental, es decir, que los suelos estaban cubiertos de espesas alfombras de Turquía, que ricas telas de brocado colgaban de las paredes y que, en cada estancia, un amplio diván se extendía por todo alrededor con un montón de cojines que podían colocarse a gusto de quienes los usaban.

Haydée tenía tres doncellas francesas y una doncella griega. Las tres mujeres francesas estaban siempre en la primera estancia, dispuestas a acudir de inmediato al sonido de una pequeña campanilla de oro y a obedecer las órdenes de la esclava romaica, la cual sabía el suficiente francés como para transmitir los deseos de su señora a las tres doncellas, a quienes Montecristo había recomendado que prodigarán a Haydée las atenciones que tendrían con una reina.

La joven Haydée estaba en la estancia situada al fondo del apartamento, es decir, en una especie de gabinete circular, iluminado por el techo y en el que la luz no penetraba más que a través de ventanales de cristal rosa. Estaba recostada en el suelo, sobre cojines de satén azul con broches de plata, medio reclinada hacia atrás en el diván, encuadrando su cabeza con su brazo derecho suavemente redondeado, mientras que con el izquierdo fijaba a través de la boquilla el cilindro de coral en el que estaba encajado el tubo flexible de un narguile, que no dejaba llegar el vapor a su boca más que perfumado con el agua de benjuí, a través del cual lo forzaba a pasar aspirando suavemente.

Su pose, por muy natural que fuera para una mujer de Oriente, hubiera sido para una francesa de una coquetería quizá un poco afectada.

En cuanto a su indumentaria, era la de las mujeres del Epiro, es decir, un amplio pantalón bombacho de satén blanco con flores rosas, y que dejaba al descubierto dos pies infantiles, que se dirían de mármol de Paros, si no los hubiéramos visto moverse en dos pequeñas sandalias de punta curvada hacia arriba, bordadas con oro y perlas; finalmente, una especie de corsé que permitía, por su escote en forma de corazón, ver el cuello y la parte alta del pecho, y que se abotonaba por debajo de los senos con tres botones de diamante. La parte baja del corsé y la alta del pantalón,

se ocultaban con uno de esos cinturones de vivos colores y de largas franjas de seda que tanto ambicionan nuestras elegantes parisinas.

La cabeza iba cubierta con un pequeño casquete de oro bordado de perlas, inclinado sobre un lado, y por debajo del casquete, del lado más inclinado, sobresalía una hermosa rosa natural de color púrpura, entremezclada con unos cabellos tan negros que parecían azulados.

En cuanto a la belleza de ese rostro, era la belleza griega en toda su perfección típica, con sus grandes ojos negros aterciopelados, su nariz recta, sus labios de coral y sus dientes de perlas.

Además, sobre todo ese encantador conjunto, la flor de la juventud se extendía con todo su esplendor y todo su perfume: Haydée tendría diecinueve o veinte años.

Montecristo llamó a la sirvienta griega para que solicitase de Haydée el permiso para entrar a verla.

Por toda respuesta, Haydée hizo un gesto a la sirvienta para que levantara el tapiz colgado delante de la puerta, desde cuyo marco se veía a la joven recostada como si fuera un atractivo cuadro. Montecristo fue hacia ella.

Haydée se incorporó sobre el codo del brazo que sujetaba el narguile, y tendió la otra mano al conde recibéndole con una sonrisa:

—¿Por qué —dijo en la lengua sonora de las hijas de Esparta y de Atenas—, por qué me pides permiso para entrar en mi casa? ¿Es que ya no eres mi amo? ¿No soy yo tu esclava?

Montecristo sonrió a su vez.

—Haydée —dijo—, usted sabe...

—¿Por qué no me tratas de *tú*, como de costumbre? —interrumpió la joven griega—. ¿Acaso he cometido alguna falta? En ese caso, habrá que castigarme, pero no llamarme de *usted*.

—Haydée —repuso el conde—, sabes que estamos en Francia y, en consecuencia, eres libre.

—¿Libre para qué? —preguntó la joven.

—Libre de dejarme.

—¡Dejarte!... ¿Y por qué iba yo a dejarte?

—¿Yo qué sé? Vamos a ver a mucha gente.

—Yo no quiero ver a nadie.

—Y si entre los apuestos jóvenes con los que te verás, encontraras a uno que te gustara, yo no sería demasiado injusto...

—Nunca he visto ningún hombre más apuesto que tú, y nunca he amado a otro más que a mi padre y a ti.

—¡Pobre niña! —dijo Montecristo—. Es que apenas has hablado con nadie, salvo con tu padre y conmigo.

—Y bien, ¿es que tengo necesidad de hablar con alguien? Mi padre me llamaba *su alegría*; tú, tú me llamas *tu amor*, y los dos me llamáis *vuestra niña*.

—¿Te acuerdas de tu padre, Haydée?

La joven sonrió.

—Está aquí y aquí —dijo llevándose la mano a los ojos y después al corazón.

—¿Y yo, dónde estoy yo? —preguntó sonriendo Montecristo.

—¿Tú? —dijo ella— Tú estás en todas partes.

Montecristo cogió la mano de Haydée para besarla; pero la ingenua muchacha retiró la mano y le ofreció la frente.

—Ahora, Haydée —le dijo—, sabes que eres libre, que eres dueña de ti misma, que eres reina; puedes seguir vistiendo así o no, como quieras; te quedarás aquí cuando quieras quedarte, saldrás cuando quieras salir; habrá siempre un coche preparado para ti; Alí y Myrto te acompañarán por todas partes y estarán a tus órdenes; solamente una cosa, te lo ruego.

—Di.

—Guarda el secreto sobre tu nacimiento, no digas ni una palabra de tu pasado; no pronuncies bajo ninguna circunstancia el nombre de tu ilustre padre ni el de tu pobre madre.

—Ya te lo he dicho, mi señor, no veré a nadie.

—Escucha, Haydée; quizá esta reclusión tan oriental sea imposible en París; continúa aprendiendo la vida de nuestros países del norte como hiciste en Roma, en Florencia, en Milán y en Madrid; eso te servirá siempre, tanto si continúas viviendo aquí como si vuelves a Oriente.

La joven levantó sus grandes ojos húmedos hacia el conde y respondió:

—Como si volvemos a Oriente, quieres decir, ¿no es así, mi señor?

—Sí, mi niña —dijo Montecristo—; tú sabes bien que yo nunca te dejaré. No es el árbol quien deja a la flor, sino la flor la que deja al árbol.

—Yo nunca te dejaré, mi señor —dijo Haydée—, pues estoy segura de que no podría vivir sin ti.

—¡Pobre niña! Dentro de diez años yo seré viejo, y dentro de diez años, tú seguirás siendo joven.

—Mi padre tenía una larga barba blanca, y eso no me impedía amarle; mi padre tenía sesenta años, y me parecía más hermoso que todos los jóvenes que yo veía.

—Pero, vamos, dime, ¿crees que te acostumbrarás a vivir aquí?

—¿Podré verte?

—Todos los días.

—Y bien, ¿qué me preguntas entonces, señor?

—Temo que te aburras.

—No, mi señor, pues por la mañana pensaré que vendrás a verme, y por la noche recordaré que has venido; además, cuando estoy sola, tengo grandes recuerdos, veo inmensos cuadros, grandes horizontes con el Pindo y el Olimpo en la lejanía; además, tengo en mi corazón tres sentimientos con los que nunca puedo aburrirme: tristeza, amor y agradecimiento.

—Eres digna hija del Epiro, Haydée, gentil y llena de poesía, bien se ve que descienes de esa familia de diosas que nació en tu país. Estate tranquila, hija mía, obraré de tal manera que tu juventud no se vea perdida, pues si me amas como a tu padre, yo te amo como hija.

—Te equivocas, mi señor; nunca amé a mi padre como te amo a ti; mi amor por ti es otro amor: mi padre murió y yo no estoy muerta; mientras que tú, si tú murieras, yo moriría.

El conde tendió la mano a la joven con una sonrisa de profunda ternura; ella posó allí sus labios y la besó, como de costumbre.

Y el conde, preparado así para la entrevista que iba a tener lugar con Morrel y su familia, partió recitando en un murmullo estos versos de Píndaro: «La juventud es una flor, cuyo fruto es el amor... Dichoso el jardinero que lo corta después de haberla visto madurar lentamente...».

Según sus órdenes, el coche estaba preparado. Subió a él y, como siempre, los caballos partieron al galope.

Capítulo L

La familia Morrel

El conde llegó en pocos minutos a la calle Meslay, n.º 7.

La casa era blanca, alegre, precedida de un patio en el que en dos pequeños parterres crecían flores bastante hermosas.

En el portero que le abrió la puerta, el conde reconoció al viejo Coclès. Pero como, recordamos, sólo tenía un ojo, y desde hacía nueve años ese ojo se había ido debilitando considerablemente, Coclès no reconoció al conde.

Los coches, para detenerse ante la entrada, debían girar, a fin de evitar un pequeño estanque de rocalla de donde surgía una fuentecilla de surtidor, magnificencia que había excitado no pocas envidias en el barrio, y que era la causante de que llamaran a esta casa pequeño Versalles.

Ni qué decir tiene que en el estanque nadaban un montón de pececillos rojos y amarillos.

La casa, que se levantaba por encima de una planta de cocinas y despensas, tenía, además de la planta baja, dos plantas completas y las buhardillas; los jóvenes la habían comprado con sus dependencias, que consistían en un inmenso taller, dos pabellones al fondo de un jardín y el jardín mismo. Emmanuel, desde el primer golpe de vista, se había dado

cuenta de que esas dependencias podían serle de alguna utilidad monetaria; se habían reservado para ellos la casa y la mitad del jardín, y habían trazado una línea, es decir, que habían hecho construir un pequeño muro entre la casa y los talleres que había alquilado con los pabellones y la parte del jardín correspondiente; de manera que la vivienda les salía por una suma bastante módica, y quedaban tan bien protegidos en su casa como el minucioso propietario de un palacete en el Faubourg Saint-Germain.

El comedor era de roble; el salón de caoba y de terciopelo azul; el dormitorio de limonero y de damasco verde; había además un gabinete de trabajo para Emmanuel, que no trabajaba, y un salón de música para Julie, que no tocaba ningún instrumento.

El segundo piso estaba totalmente consagrado a Maximilien; el apartamento era una repetición exacta del de su hermana, solamente el comedor, al que había convertido en sala de billar donde se reunía con sus amigos, marcaba la diferencia.

Vigilaba él mismo el aseo de su caballo, y se fumaba un cigarro a la entrada del jardín, cuando el coche del conde se detuvo en la puerta.

Coclès abrió la puerta, como hemos dicho, y Baptistin saltó del pescante y preguntó si el señor y la señora Herbault y el señor Maximilien Morrel estaban visibles para recibir al conde de Montecristo.

—¡Para el conde de Montecristo! —exclamó Morrel tirando el cigarro y yendo al encuentro de su visitante—. ¡Claro que estamos visibles para él! ¡Ah! Gracias, cien veces gracias, señor conde, por no haber olvidado su promesa.

Y el joven oficial estrechó tan cordialmente la mano del conde que este no pudo confundirse respecto a la franqueza de la manifestación, y comprobó que había sido esperado con impaciencia y recibido con calor.

—Venga, venga —dijo Maximilien—, quiero servirle de introductor; un hombre como usted no debe ser anunciado por un criado; mi hermana está en el jardín, está limpiando las flores marchitas a un rosal; mi hermano lee sus dos periódicos, *La Presse* y *Les Débats*, a seis pasos de mi hermana, pues vean donde vean a la señora Herbault, no hay más que

mirar en un radio de cuatro metros para encontrar al señor Emmanuel, y recíprocamente, como se dice en la Escuela Politécnica.

El ruido de los pasos hizo levantar la cabeza a una joven de veinte a veinticuatro años, vestida con una bata de casa de seda, y limpiando de rosas marchitas, con un cuidado muy particular, un rosal avellana.

Esta mujer era nuestra pequeña Julie, convertida, como lo había predicho el mandatario de la casa Thomson y French, en la señora de Emmanuel Herbault.

Julie dio un grito al ver al viajero. Maximilien se echó a reír.

—No te molestes, hermanita, el señor conde sólo lleva dos o tres días en París, pero ya sabe lo que es una rentista del Marais, y si no lo sabe, tú se lo vas a enseñar.

—¡Ah! Señor —dijo Julie—, traerle así es una traición de mi hermano, que no tiene para con su pobre hermana la menor coquetería... ¡Penelon!... ¡Penelon!...

Un anciano, que layaba una platabanda de rosales de Bengala, dejó la laya en el suelo y se acercó, con el gorro en la mano, disimulando lo mejor que podía una mascada de tabaco colocada momentáneamente en las profundidades de sus mejillas. Algunas mechas blancas plateaban una cabellera todavía espesa, mientras que su tez bronceada y sus ojos vivos delataban aún al viejo marino, tostado por el sol del ecuador y bronceado por el soplo de las tempestades.

—Creo que me ha llamado, señorita Julie —dijo—; aquí me tiene.

Penelon seguía con la costumbre de llamar a la hija de su patrón señorita Julie, y no se acostumbraba al nombre de señora Herbault.

—Penelon —dijo Julie—, vaya a avisar al señor Emmanuel de la agradable visita que tenemos, mientras que Maximilien lleva al señor conde al salón.

Después, dirigiéndose a Montecristo:

—El señor me permitirá que me escape un momento, ¿no?

Y, sin esperar el asentimiento del conde, se fue corriendo por detrás de un macizo de flores y llegó a la casa por un sendero lateral.

—¡Ah, vaya! ¡Mi querido señor Morrel! —dijo Montecristo—. Veo con pena que he causado una revolución en su familia.

—Mire, mire —dijo Maximilien riendo—, ¿ve allá al marido que también va a cambiar su chaqueta por una levita? ¡Oh! Es que ya le conocen a usted en la calle Meslay, ya estaba usted anunciado, le ruego que se lo crea.

—Me parece que tiene usted, señor, una familia feliz —dijo el conde, ateniéndose a su propio pensamiento.

—¡Oh! Sí, se lo aseguro, señor conde; ¿qué quiere usted? No les falta de nada para ser felices: son jóvenes, alegres, se quieren y con sus veinticinco mil libras de renta se figuran, ellos que sin embargo se han codeado con las grandes fortunas, se figuran poseer la riqueza de los Rothschild.

—Sin embargo, es poco veinticinco mil libras de renta —dijo Montecristo con una dulzura tan suave que penetró en el corazón de Maximilien como hubiera podido hacerlo la tierna voz de un padre—; pero no se detendrán ahí, nuestros jóvenes, se harán a su vez millonarios. Señor, ¿su cuñado es abogado..., médico...?

—Era comerciante, señor conde, y había cogido la casa de mi pobre padre. El señor Morrel murió dejando quinientos mil francos de fortuna; yo tenía una mitad y mi hermana la otra, pues sólo éramos dos hermanos. Su marido, que se había casado con ella sin tener ningún otro patrimonio más que su noble probidad, su inteligencia de primer orden y su reputación sin tacha, quiso tener tanto como su mujer. Trabajó hasta conseguir doscientos cincuenta mil francos; necesitó seis años. Era, señor conde, se lo juro, un espectáculo encantador el ver a estos dos jóvenes tan laboriosos, tan unidos, destinados por su capacidad a la mayor fortuna, y que, al no querer cambiar nada en las costumbres de la casa paterna, necesitaron seis años en llevar a cabo lo que, si hubiesen sido innovadores, hubiesen hecho en dos o en tres; en Marsella se oyen todavía las alabanzas que no pudieron rechazar por tan valiente abnegación. Finalmente, un día, Emmanuel habló con su mujer cuando acababa de pagar el último plazo.

»“Julie”, le dijo, “estos son los últimos cien francos que acaba de remitirme Coclès y que completan los doscientos cincuenta mil que fijamos como límite de nuestras ganancias. ¿Estarás satisfecha con lo poco que tendremos que contentarnos a partir de ahora? Escucha, la casa tiene

una cifra de negocios de un millón al año, y puede reportar cuarenta mil francos de beneficio. Venderemos, si queremos, la clientela en una hora por trescientos mil francos, pues tengo aquí una carta del señor Delaunay que nos lo ofrece a cambio de nuestro fondo que quiere unir al suyo. Piensa lo que te parece que hagamos”.

»“Amigo mío”, dijo mi hermana, “la casa Morrel sólo puede ser llevada por un Morrel. Salvar para siempre de la mala racha de la fortuna el nombre de mi padre, ¿no vale eso trescientos mil francos?”.

»“Eso es lo que yo pensaba”, respondió Emmanuel; “sin embargo, quería saber tu opinión”.

»“Pues bien, amigo mío, ya está. Todas nuestras entradas están hechas, todas nuestras cuentas, pagadas; podemos poner una raya debajo de las cuentas de esta quincena y cerrar el negocio; pongamos esa raya y cerremos.” Lo que fue hecho al instante mismo. Eran las tres de la tarde; a las tres y cuarto un cliente se presentó para asegurar la travesía de dos navíos; representaba un beneficio de quince mil francos contantes.

»“Señor”, dijo Emmanuel, “tenga a bien dirigirse para ese seguro a nuestro colega el señor Delaunay. En cuanto a nosotros, nosotros hemos dejado el negocio”.

»“¿Y desde cuándo?”, preguntó el cliente asombrado.

»“Desde hace un cuarto de hora.”

»Y he ahí, señor —continuó Maximilien sonriendo—, cómo mi hermana y mi cuñado no tienen más que veinticinco mil libras de renta.

Maximilien apenas había acabado su narración, durante la cual el corazón del conde se dilataba cada vez más, cuando reapareció Emmanuel, con sombrero y levita. Saludó como quien conoce la calidad del visitante; después, tras haber paseado al conde por el jardín florido, le llevó hacia la casa.

El salón estaba ya perfumado con las flores que apenas cabían en un inmenso jarrón de Japón de grandes asas. Julie, convenientemente vestida y coquetamente peinada —había llevado a cabo esa proeza en diez minutos—, se presentó para recibir al conde a la entrada.

Se oía el piar de los pájaros de una pajarera cercana; las ramas de los cíttis y de las acacias rosas venían a bordear con sus racimos de flores las

cortinas de terciopelo azul. Todo en este encantador refugio respiraba calma, desde el canto de los pájaros hasta la sonrisa de los dueños.

El conde, desde su llegada, se había impregnado ya de esa dicha; se había quedado mudo, pensativo, olvidando que esperaban que retomase la conversación interrumpida después de los primeros cumplidos.

Él se dio cuenta de ese silencio que ya casi era inconveniente, y apartándose con esfuerzo de sus pensamientos:

—Señora —dijo al fin—, perdone mi emoción que debe causarle asombro, a usted, acostumbrada a la paz y a la dicha que encuentro aquí; pero, para mí, es algo tan nuevo ver la satisfacción en un rostro humano, que no me canso de mirarla a usted y a su marido.

—Somos muy felices, en efecto, señor —replicó Julie—; pero hemos tenido que sufrir durante largo tiempo, poca gente ha comprado su felicidad a un precio tan alto como nosotros.

La curiosidad asomó a la expresión del conde.

—¡Oh! Es toda una historia de familia, como le decía el otro día a Château-Renaud —repuso Maximilien—; para usted, señor conde, acostumbrado a ver ilustres desgracias y alegrías espléndidas, tendría poco interés este cuadro hogareño. Sin embargo, como acaba de decirle Julie, hemos padecido grandes sufrimientos, aunque estuviesen encerrados en este pequeño marco...

—¿Y Dios les ha dado, como hace con todos, el consuelo entre tanto dolor? —preguntó Montecristo.

—Sí, señor conde —dijo Julie—; podemos decirlo así, pues Dios ha hecho por nosotros lo que hace por sus elegidos: nos envió a uno de sus ángeles.

El rubor subió a las mejillas del conde, tosió para tener una manera de disimular su emoción llevándose un pañuelo a la boca.

—Los que han nacido en cuna de púrpura y nunca han deseado nada —dijo Emmanuel— no saben lo que significa la dicha de vivir; lo mismo que los que no conocen el valor de un cielo puro, que nunca han entregado su vida a la merced de cuatro tablas lanzadas sobre un mar embravecido.

Montecristo se levantó y, sin decir nada, pues el temblor de su voz delataría la emoción en la que estaba inmerso, se puso a andar por el salón.

—Nuestra magnificencia le hace sonreír, señor conde —dijo Maximilien, que seguía a Montecristo con la mirada.

—No, no —respondió el conde muy pálido y comprimiéndose con una mano los latidos de su corazón, mientras que con la otra mostraba al joven un globo de cristal bajo el que una bolsa de seda reposaba preciosamente sobre una almohadilla de terciopelo negro—. Solamente me preguntaba para qué sirve esa bolsa, que, por una parte contiene un papelito, me parece, y por otra un estupendo diamante.

Maximilien se puso serio y respondió:

—Esto, señor conde, es el máspreciado de nuestros tesoros de familia.

—En efecto, este diamante es bastante hermoso —replicó Montecristo.

—¡Oh! Mi hermano no le habla del precio de la piedra, aunque esté estimada en cien mil francos, señor conde; él quiere solamente decirle que los objetos que guarda esa bolsa son las reliquias del ángel del que hablábamos ahora.

—Eso es lo que yo no sabría comprender, y sin embargo es lo que no debería preguntar, señora —replicó Montecristo haciendo una inclinación—; perdóneme, no quise ser indiscreto.

—¿Indiscreto, dice usted? ¡Oh! ¡Usted me hace muy feliz, señor conde, al contrario, al ofrecerme la ocasión de hablar extensamente sobre ello! Si ocultáramos como un secreto la hermosa acción recordada en esta bolsa, no la expondríamos así, a la vista de todos. ¡Oh! Nos gustaría poderlo publicar por todo el universo, para que un estremecimiento de nuestro benefactor desconocido nos revelase su presencia.

—¡Oh! ¡De verdad! —dijo Montecristo con voz ahogada.

—Señor —dijo Maximilien levantado el globo de cristal y besando devotamente la bolsa de seda—, esto ha sido tocado por la mano del hombre que salvó de la muerte a mi padre, a nosotros de la ruina y a nuestro nombre de la vergüenza; un hombre gracias al cual nosotros, pobres hijos que estaríamos en manos de la miseria y de las lágrimas, hoy podemos oír a los demás extasiarse ante nuestra felicidad. Esta carta —y Maximilien, sacando una notita de la bolsa, se la mostró al conde—, esta carta fue escrita por él, el día en el que mi padre había tomado una

resolución desesperada, y ese diamante le fue entregado por ese generoso desconocido a mi hermana como dote.

Montecristo abrió la carta y leyó con una indefinible expresión de felicidad; era la nota que nuestros lectores conocen, dirigida a Julie y firmada por Simbad el marino.

—¿Deconocido, dicen? ¿Así que el hombre que les hizo ese favor sigue siendo un desconocido para ustedes?

—Sí, señor, nunca hemos tenido el honor de estrechar su mano; y no es porque no hayamos rogado a Dios esa gracia —repuso Maximilien—; pero hay en toda esta aventura una misteriosa intención que no hemos llegado a comprender aún; todo fue dirigido por una mano invisible, poderosa, como la de un mago.

—¡Oh! —dijo Julie—. Yo aún no he perdido la esperanza de besar un día su mano como beso la bolsa que la ha tocado. Hace cuatro años, Penelon estaba en Trieste; Penelon, señor conde, es ese valiente marino que ha visto ahora con la laya en el jardín, y que, de contramaestre, ha pasado a ser jardinero. Así que Penelon, estando en Trieste, vio en el muelle a un inglés que se embarcaba en un yate, y reconoció al que vino a casa de mi padre el 5 de junio de 1829, y que me escribió esta nota el 5 de septiembre. Era exactamente el mismo, por lo que asegura, pero no se atrevió a hablarle.

—¡Un inglés! —dijo Montecristo pensativo e inquietándose a cada mirada de Julie—. ¿Un inglés, dice?

—Sí —repuso Maximilien—, un inglés que se presentó en nuestra casa como mandatario de la casa Thomson y French, de Roma. Por eso es por lo que cuando usted dijo el otro día en casa del señor de Morcerf que los señores Thomson y French eran sus banqueros, yo me sobresalté. En nombre del Cielo, señor, esto ocurría, como le hemos dicho, en 1829; ¿conoció usted a ese inglés?

—¿Pero no dijo usted también que la casa Thomson y French había negado siempre haberles hecho aquel servicio?

—Sí.

—¿Entonces, ese inglés no sería un hombre que teniendo que agradecer a su padre de ustedes algun buena acción, que su padre mismo

hubiera olvidado, hubiera usado ese pretexto para hacerle también un favor?

—Todo es posible, señor, en tales circunstancias, incluso un milagro.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Montecristo.

—No dejó ningún nombre —respondió Julie mirando al conde con profunda atención— más que el nombre de la firma en la nota: Simbad el marino.

—Lo que no es evidentemente un nombre, sino un seudónimo.

Después, como Julie le mirara con más atención aún, e intentara coger al vuelo y reunir algunas notas de su voz:

—Veamos —continuó—, ¿no es un hombre de mi estatura, más o menos, un poco más alto, tal vez, un poco más delgado, embutido en una corbata alta, abotonada, encorsetado y siempre con un lápiz en la mano?

—¡Oh! ¿Entonces usted le conoce? —exclamó Julie con los ojos chispeantes de alegría.

—No —dijo Montecristo—, solamente lo supongo. Conocí a un tal lord Wilmore, que esparcía así su generosidad.

—¡Sin darse a conocer!

—Era un hombre raro que no creía en el agradecimiento.

—¡Oh! —exclamó Julie con un acento sublime y juntando sus manos—. ¡En qué cree entonces ese desgraciado!

—No creía, al menos en la época en la que le conocí —dijo Montecristo, a quien esa voz salida del fondo del alma había removido hasta la última fibra—; pero desde entonces quizá haya tenido la prueba de que el agradecimiento existe.

—¿Y usted conoce a ese hombre, señor? —preguntó Emmanuel.

—¡Oh! Si usted le conoce, señor —exclamó Julie—, dígame, dígame, ¿puede llevarnos a verle, mostrárnoslo, decirnos dónde está? Oídme, Maximilien, Emmanuel, si alguna vez le encontráramos, tendría que creer en la memoria del corazón.

Montecristo sintió dos lágrimas desprenderse de sus ojos; dio unos pasos más por el salón.

—¡En nombre del cielo, señor! —dijo Maximilien—. Si usted sabe algo de ese hombre, ¡díganoslo!

—¡Ay! —dijo Montecristo, comprimiendo la emoción de su voz—. Si es lord Wilmore su benefactor, temo que nunca lleguen a verlo. Yo le dejé hace dos o tres años en Palermo y partía para los países más exóticos; tanto, que creo que no vuelva nunca.

—¡Ah! Señor, ¡es usted cruel! —exclamó Julie con espanto.

Y las lágrimas brotaron de los ojos de la joven.

—Señora —dijo con gravedad Montecristo, devorando con la mirada las dos perlas líquidas que rodaban por las mejillas de Julie—, si lord Wilmore hubiera visto lo que yo acabo de ver aquí, amaría más la vida, pues las lágrimas que usted derrama le congraciarían con el género humano.

Y tendió la mano a Julie, que le dio la suya, atraída como se sentía por la mirada y el acento del conde.

—¿Pero ese lord Wilmore —dijo, agarrándose a una última esperanza—, tenía un país, una familia, parientes, era conocido, en fin? ¿Es que no podríamos...?

—¡Oh! No busque más, señora —dijo el conde—, no construya dulces quimeras sobre esa frase que yo dejé escapar. No, lord Wilmore no es probablemente el hombre que usted busca; era mi amigo, yo conocía todos sus secretos, me hubiera contado este.

—¿Entonces no le dijo nada? —exclamó Julie.

—Nada.

—¿Ni una palabra que pudiera hacerle sospechar...?

—Ni una palabra.

—Sin embargo, usted lo nombró enseguida.

—¡Ah! Usted sabe..., en casos así, uno supone.

—Hermana, hermana —dijo Maximilien, viniendo en ayuda del conde—, el señor tiene razón. Recuerda lo que nos dijo a menudo nuestro buen padre: «no es un inglés quien nos proporcionó esa dicha».

El conde de Montecristo se sobresaltó.

—¿Su padre decía... señor Morrel...? —repuso con viveza.

—Mi padre, señor, veía en esta acción un milagro. Mi padre creía en un benefactor que había salido de la tumba para acudir en nuestra ayuda. ¡Oh! Una superstición conmovedora, señor; ¡y qué lejos estaba, aún no

creyendo en ella yo mismo, qué lejos estaba yo de querer destruir esa creencia en su noble corazón! ¡Cuántas veces soñó pronunciando en voz baja un nombre de amigo bien querido, el nombre de un amigo perdido! Y cuando estuvo cerca de la muerte, cuando la cercanía de la eternidad dio a su espíritu algo de la clarividencia de la tumba, ese pensamiento, que hasta entonces había sido una duda, se tornó en convicción, y las últimas palabras que pronunció al morir fueron estas: «Maximilien, ¡era Edmond Dantès!».

La palidez del conde, que desde hacía algunos segundos iba creciendo, se hizo espantosa con esas palabras. Toda la sangre se le agolpaba en el corazón, no podía hablar; sacó el reloj como si hubiese olvidado la hora, cogió el sombrero, presentó a la señora Herbault un cumplido brusco y embarazoso, y estrechando las manos de Emmanuel y de Maximilien:

—Señora —dijo—, permítame venir de vez en cuando a presentarles mis respetos. Me gusta su casa y les agradezco el recibimiento que me han dispensado, pues es la primera vez, desde hace muchos años, que me he olvidado de mí mismo.

Y salió a pasos acelerados.

—Es un hombre singular este conde de Montecristo —dijo Emmanuel.

—Sí —respondió Maximilien—, pero creo que tiene un corazón excelente, y estoy seguro de que nos aprecia mucho.

—¡Y yo! —dijo Julie—. Su voz me llega al corazón, y por dos o tres veces me pareció que no era la primera vez que la oía.

Capítulo LI

Píramo y Tisbe^[1]

Pasados dos tercios del Faubourg Saint-Honoré, detrás de un hermoso palacete, notable entre las notables viviendas de ese rico barrio, se extiende un vasto jardín, cuyos espesos castaños sobrepasan los enormes muros, altos como murallas, y dejan caer, cuando llega la primavera, sus flores rosas y blancas sobre dos jarrones de piedra acanalada colocados paralelamente sobre dos pilastras cuadrangulares en las que se encaja una verja de hierro de los tiempos de Luis XIII.

Esta grandiosa entrada está condenada, a pesar de los magníficos geranios que crecen en los dos jarrones y que balancean al viento sus hojas jaspeadas y sus flores de púrpura, está condenada desde que los propietarios del palacio, y eso data ya de hace tiempo, se limitaron a la posesión del palacete, del patio plantado de árboles que da a la calle y del jardín cerrado por esa verja, la cual daba en otro tiempo a un magnífico huerto de un arpende de extensión, anexionado a la propiedad. Pero el demonio de la especulación, habiendo trazado una línea, es decir una calle, al extremo de ese huerto, y la calle, antes de ser tal, habiendo recibido ya un nombre, gracias a una placa de hierro oscurecido, se pensó que se podía vender ese huerto para construir a los lados de la calle, y hacer la

concurrancia a esa gran arteria de París que se llama Faubourg Saint-Honoré.

Pero en materia de especulación, el hombre propone y el dinero dispone; la calle bautizada murió en la cuna; el que compró el huerto, después de haberlo pagado cabalmente, no pudo encontrar la manera de venderlo por la suma que quería, y esperando un alza de precios, que no puede faltar un día u otro, para indemnizarle más allá de sus pérdidas pasadas y de su capital en reposo, se contentó con alquilar ese reducto a unos hortelanos, mediante la suma de quinientos francos al año.

Es dinero invertido a medio punto por ciento, lo que no es caro en los tiempos que corren, donde hay tanta gente que lo coloca al cincuenta, y que aún les parece que el dinero reporta un pobre beneficio.

Con todo, como hemos dicho, la verja del jardín, que antaño daba al huerto, está condenada, y la herrumbre carcome los goznes; hay incluso más: para que los innobles hortelanos no manchen con sus miradas vulgares el interior del recinto aristocrático, se aplicó a los barrotes un parapeto de tablas hasta la altura de seis pies. Es cierto que las tablas no están tan juntas como para que no se pueda deslizar una mirada furtiva entre los intersticios; pero esa casa es una casa severa, y no teme las indiscreciones.

En ese huerto, en lugar de coles, zanahorias, rábanos, guisantes y melones, crecen altas alfalfas, el único cultivo que permite pensar en ese lugar como en un lugar abandonado. Una pequeña puerta baja, que se abre sobre esa calle proyectada, es la entrada a ese terreno cerrado por muros, que sus arrendatarios acaban de abandonar a causa de su esterilidad y que, desde hace ocho días, en lugar de rentar medio punto por ciento, no renta absolutamente nada.

Por el lado del palacete, los castaños de los que hemos hablado coronan los muros, lo que no impide que otros árboles, frondosos y floridos, deslicen entre los intersticios sus ramas ávidas de aire. En un rincón, en el que la frondosidad se hace tan espesa que apenas si la luz penetra en él, un ancho banco de piedra y asientos de jardín indican un lugar de reunión o un lugar de retiro favorito de algún habitante del palacete, situado a cien pasos, y que apenas si se ve a través del muro de

vegetación que lo envuelve. En fin, la elección de ese misterioso asilo está doblemente justificada por la ausencia de sol y el frescor permanente, incluso durante los días más ardientes del verano, y por el gorjeo de los pájaros y la lejanía de la casa y de la calle, es decir, del ajetreo y del ruido.

Hacia el atardecer de uno de los días más cálidos que la primavera concedió a los habitantes de París, había sobre ese banco de piedra un libro, una sombrilla, una canastilla de costura y un pañuelo de batista, a medio bordar; y no lejos del banco, cerca de la verja, de pie delante de las tablas de madera, con el ojo aplicado sobre ese parapeto calado, una joven, que dirigía la mirada, esforzándose entre las rendijas, a ese huerto desierto que conocemos.

Casi al mismo tiempo, la puerta baja de ese terreno se cerraba sin ruido, y un joven, alto, fuerte, vestido con un blusón de tela cruda y un gorro de terciopelo, pero cuyos bigotes, barba y cabellos negros extremadamente cuidados encajaban muy poco con ese atuendo de obrero, después de una rápida ojeada a su alrededor para asegurarse de que nadie le espiaba al entrar por esa puerta, que cerró tras él, se dirigía con presurosos pasos hacia la verja.

Al ver a la persona que esperaba, pero probablemente no vestida de esa manera, la joven se asustó y se echó hacia atrás.

Y sin embargo, a través de las rendijas del parapeto, el joven, con esa mirada propia de los amantes, ya había visto flotar el vestido blanco y el largo cinturón azul y se lanzó hacia esa mampara, aplicando los labios en una de las aberturas:

—No temas, Valentine —dijo—; soy yo.

La joven se acercó.

—¡Oh, señor! —dijo—. ¿Por qué ha venido usted tan tarde hoy? Sabe que vamos a comer enseguida, y que he tenido que usar toda la diplomacia y toda la celeridad para deshacerme de mi madrastra que me espía, de mi doncella que me vigila, y de mi hermano que no me deja en paz, para venir a bordar aquí, y que mucho me temo que este bordado no se acabe en mucho tiempo. Después, cuando se haya usted disculpado por el retraso, me explicará qué es esa nueva indumentaria que ha tenido a bien adoptar y que ha sido la causa de que no le reconociera.

—Querida Valentine —dijo el joven—, usted está muy por encima de mi amor como para que yo me atreva a hablarle de ello, y sin embargo, cada vez que la veo, necesito decirle que la adoro, para que el eco de mis propias palabras me acaricie suavemente el corazón cuando deje de verla. Ahora le agradezco esa reprimenda; ¡es tan encantadora!, pues me demuestra que, no me atrevo a decir *reprimenda que me esperaba*, pero sí que sabía que usted pensaba en mí. Quiere saber la causa de mi retraso y el motivo de mi disfraz; se lo diré, y espero que me perdone: he elegido una nueva profesión...

—¡Una nueva profesión!... ¿Qué quiere decir, Maximilien? ¿Es que ya somos lo bastante felices como para que bromea usted con lo que nos concierne?

—¡Oh! Dios me libre —dijo el joven— de bromear con lo que es mi vida; pero cansado de correr por los campos y de escalar murallas, seriamente asustado por la idea que usted insinuó la otra tarde de que su padre de usted me confundiera un día con un ladrón, lo que comprometería el honor del ejército francés en su totalidad, no menos asustado por la posibilidad de que se asombren de verme dar vueltas eternamente alrededor de este terreno, donde no hay ni la más pequeña ciudadela que asediar, ni el más pequeño fortín que defender, un capitán de espahís como yo, me he hecho hortelano, y he adoptado el atuendo de mi profesión.

—Bueno, ¡qué locura!

—Al contrario, es la cosa más prudente que yo haya hecho en mi vida, creo, pues nos garantiza toda seguridad.

—Veamos, explíquese.

—Pues bien, he ido a ver al propietario de este recinto; el arrendamiento con los antiguos hortelanos había concluido, y se lo he alquilado yo. Toda esa alfalfa que ve me pertenece, Valentine; nada me impide construirme una cabaña entre la hierba y vivir a partir de ahora a veinte pasos de usted. ¡Oh! ¡No puedo contenerme de tanta alegría y tanta dicha. ¿Comprende, Valentine, que tengamos que pagar esas cosas? Es imposible, ¿no? Pues bien, toda esta felicidad, toda esa dicha, toda esa alegría, por las que yo hubiese dado diez años de mi vida, me cuestan ¿adivine cuánto?... quinientos francos al año, pagaderos por trimestres.

Así, ya lo ve, puedo poner escalas de mano contra la pared y mirar por encima del muro, y eso sin temor a que una patrulla de guardia venga a molestarme; tengo derecho a decirle que la amo, tanto que su orgullo no va a sentirse herido al oír esas palabras de boca de un pobre jornalero vestido con un blusón y tocado con un gorro.

Valentine dio un grito de alegre sorpresa, después, de repente:

—¡Ay! Maximilien —dijo ella tristemente, como si una nube celosa hubiera pasado de repente a velar el rayo de sol que iluminaba su corazón—, ahora seremos demasiado libres, nuestra dicha nos hará tentar a Dios: abusaremos de nuestra seguridad, y esa seguridad nos perderá.

—¿Puede usted decirme eso, amiga mía, a mí que, desde que la conozco, le demuestro cada día que he subordinado mis pensamientos y mi vida a su vida y a sus pensamientos? ¿Quién le dio esa confianza en mí? ¿Mi dicha, no es eso? Cuando usted me dijo que un vago instinto le aseguraba que corría usted un gran peligro, puse mi devoción a su servicio, sin pedirle otra recompensa que la dicha de servirla. Desde entonces, ¿le he dado la ocasión, por una palabra, por un gesto, de que se arrepintiera de haberme distinguido en medio de los que hubiesen estado encantados de morir por usted? Usted me dijo, mi pobre niña, que estaba comprometida al señor d'Épinay, que su padre había decidido esa alianza, es decir, que se cumpliría con toda seguridad, pues todo lo que el señor de Villefort quiere, se cumple infaliblemente. Y bien, yo me quedé en la sombra, esperando todo, no de mi voluntad, no de la de usted, sino de los acontecimientos, de la Providencia, de Dios, y sin embargo usted me ama, tuvo piedad de mí, Valentine, usted lo dijo; gracias por esas dulces palabras que sólo le pido que me repita de vez en cuando, y que me harán olvidar todo lo demás.

—Y eso es lo que le ha enaltecido, Maximilien, eso es lo que me hace a la vez una vida tan agradable y tan desgraciada, hasta el punto de que me pregunto a menudo qué vale más para mí, si el disgusto que me producía antes el rigor de mi madrastra y su ciega preferencia por su hijo, o la felicidad llena de peligro que siento al verle a usted.

—¡De peligro! —exclamó Maximilien—. ¿Puede pronunciar una palabra tan dura y tan injusta? ¿Ha visto usted a un esclavo más sumiso que yo? Me permitió que le dirigiese algunas veces la palabra, Valentine,

pero me prohibió ir a verla: obedecí. Después, encontré el modo de deslizarme en este recinto, de charlar con usted a través de esta puerta, de estar, en fin, tan cerca de usted, sin verla; acaso, dígame, ¿acaso he pedido alguna vez tocar ni el bajo de su vestido a través de las rejas? ¿He dado algún paso para franquear este muro, obstáculo ridículo para mi juventud y mi fuerza? Nunca un reproche sobre su severidad, nunca un deseo expresado en voz alta; me he mantenido atado a mi palabra como un caballero de otros tiempos. Confiese eso al menos, para que yo no la crea tan injusta.

—Es cierto —dijo Valentine, pasando entre dos tablas el extremo de uno de sus finos dedos, sobre el que Maximilien posó los labios—; es cierto, es usted un amigo honrado. Pero, en fin, usted ha actuado así con el sentimiento de su propio interés, mi querido Maximilien; usted bien sabe que el día en que el esclavo se vuelva exigente, tendría que perder todo. Usted me prometió la amistad de un hermano, a mí que no tengo amigos, a mí, olvidada por mi padre, a mí, perseguida por mi madrastra, y que no tengo como consuelo más que al anciano inmóvil, mudo, helado, cuya mano no puede apretar la mía, cuyos ojos sólo pueden hablarme, y cuyo corazón late con un resto de calor, sin duda sólo por mí. ¡Burla amarga del destino que me hace enemiga y víctima de todos los que son más fuertes que yo, y que me da como sostén y amigo a un cadáver! ¡Oh! De verdad, Maximilien, se lo repito, soy muy desgraciada, tiene usted razón de amarme por mí y no por usted.

—Valentine —dijo el joven con profunda emoción—, no le diré que sólo la amo a usted en el mundo, porque amo también a mi hermana y a mi cuñado, pero es un amor dulce y tranquilo, que no se parece en nada al sentimiento que tengo hacia usted: cuando pienso en usted, me hierve la sangre, se expande mi pecho, el corazón se me desborda; pero esa fuerza, esa energía, esa potencia sobrehumana, las emplearé en amarla solamente hasta el día en el que usted me diga que las emplee en servirla. El señor Franz d'Épinay estará ausente un año más, dicen; en un año, ¡cuántas ocasiones favorables pueden servirnos, cuántos acontecimientos pueden secundarnos! Sigamos, pues esperando, ¡es tan bueno y tan dulce esperar! Pero, mientras tanto, usted, Valentine, usted que me reprocha mi egoísmo,

¿qué ha sido usted para mí? La bella y fría estatua de la Venus púdica. A cambio de mi entrega, de mi obediencia, de mi contención, ¿qué me ha prometido usted? Nada; ¿qué me ha concedido? Bien poca cosa. Usted me habla del señor d'Épinay, su prometido, y suspira ante la idea de ser un día suya. Veamos, Valentine, ¿es todo lo que tiene en el alma? ¡Cómo! Yo le entrego mi vida, le doy mi alma, le consagro hasta el más insignificante latido de mi corazón, y cuando soy todo suyo, yo, cuando digo en voz baja que moriré si la pierdo, ¡a usted no le espanta la sola idea de pertenecer a otro! ¡Oh, Valentine! ¡Valentine! Si yo fuera usted, si yo me sintiera amado como usted está segura de ser amada por mí, cien veces habría pasado mi mano entre los barrotes de la verja, y hubiese estrechado la mano del pobre Maximilien diciéndole: «A usted, sólo a usted, Maximilien, en este mundo y en el otro».

Valentine no dijo nada, pero el joven la oyó suspirar y llorar.

La reacción de Maximilien fue rápida.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Valentine! ¡Valentine! ¡Olvide mis palabras si en ellas hay algo que haya podido herirla!

—No —dijo—, tiene usted razón, ¿pero, no ve usted que soy una pobre criatura, abandonada en una casa casi extraña, pues mi padre es casi un extraño para mí, y cuya voluntad ha sido doblegada desde hace diez años, día a día, hora a hora, minuto a minuto, por la férrea voluntad de mis dueños que hacen fuerza sobre mí? Nadie ve lo que yo sufro y no se lo he dicho a nadie salvo a usted. En apariencia, y a ojos de todo el mundo, todo es bueno para mí, todo está lleno de afecto; en realidad, todo me es hostil. La gente dice: «el señor de Villefort es demasiado serio y demasiado severo para mostrarse tierno con su hija; pero al menos ella ha tenido la dicha de encontrar en la señora de Villefort una segunda madre». Pues bien, la gente se equivoca, mi padre me abandona con indiferencia, y mi madrastra me odia con un encarnizamiento tanto más terrible cuanto que va velado por una eterna sonrisa.

—¡Odiarla! ¡Odiarla a usted, Valentine! ¿Y cómo puede alguien odiarla?

—¡Ay! Amigo mío —dijo Valentine—, me veo forzada a confesar que ese odio hacia mí viene de un sentimiento casi natural. Ella adora a su

hijo, mi hermano Édouard.

—¿Y bien?

—Pues bien, me resulta extraño mezclar con todo esto una cuestión de dinero, y bien, amigo mío, creo que el odio viene de ahí, al menos. Como ella no tiene fortuna propia, y yo soy rica por parte de madre, y esa fortuna se verá más que duplicada con la del señor y señora de Saint-Méran, que debe recaer en mí algún día, pues bien, creo que ella me tiene envidia. ¡Oh, Dios mío! Si pudiera darle la mitad de esa fortuna y encontrarme en casa del señor de Villefort como una verdadera hija en casa de su padre, ciertamente que lo haría al instante mismo.

—¡Pobre Valentine!

—Sí, me siento encadenada y, al mismo tiempo, me siento tan débil que me parece que esos lazos me mantienen y temo que se rompan. Además, mi padre no es un hombre con el que se puedan transgredir impunemente las órdenes; es poderoso contra mí, y lo sería contra usted, lo sería contra el mismo rey, protegido como está por un irreprochable pasado y por una posición casi inatacable. ¡Oh, Maximilien! Se lo juro, no lucho, porque temo, más por usted que por mí, resultar vencida en esta lucha.

—Pero, en fin, Valentine —repuso Maximilien—, ¿por qué desesperar tanto, y ver siempre el futuro tan sombrío?

—¡Ah! Amigo mío, porque juzgo el futuro según ha sido el pasado.

—De todas formas, veamos, yo no soy un partido ilustre desde el punto de vista aristocrático, pero, sin embargo, en muchos puntos, estoy en el mismo mundo que el suyo; los tiempos en los que había dos Francias en Francia ya no existen; las más altas familias de la monarquía se fundieron en las familias del imperio: la aristocracia de espada desposó a la aristocracia del cañón. Y bien, yo, yo pertenezco a esta última; tengo un buen futuro en el ejército, gozo de una fortuna limitada, pero independiente; la memoria de mi padre, en fin, es venerada en nuestra tierra, como la de uno de los más honrados navieros que hayan existido. Digo nuestra tierra, Valentine, porque usted es casi de Marsella.

—No me hable de Marsella, Maximilien, sólo el nombre me recuerda a mi buena madre, ese ángel que todo el mundo echa de menos, y que

después de haber velado sobre su hija durante su corta estancia en la tierra, vela aún por ella, eso espero al menos, durante su eterna estancia en el cielo. ¡Oh! Si mi pobre madre viviera, Maximilien, yo no tendría nada que temer; le diría que le amo a usted, y ella me protegería.

—¡Ay! Valentine —repuso Maximilien—, si ella viviera, quizá no nos conoceríamos, pues, usted lo ha dicho, usted sería feliz si ella viviera, y la Valentine feliz me hubiera mirado desdeñosamente desde lo alto de su grandeza.

—¡Ah! Amigo mío —exclamó Valentine—, es usted ahora el que es injusto..., pero dígame...

—¿Qué quiere que le diga? —propuso Maximilien, viendo que Valentine dudaba.

—Dígame —continuó la joven—, ¿es que hace tiempo, en Marsella, hubo algún asunto de desavenencia entre su padre de usted y el mío?

—No, que yo sepa —respondió Maximilien— a no ser que fuera que su padre era un partidario acérrimo de los Borbones, y el mío un hombre devoto del emperador. Eso, presumo, sería toda la disidencia entre ellos. Pero, ¿a qué viene esa pregunta, Valentine?

—Se lo voy a decir —repuso la joven—, pues debe saber todo. Y bien, era el día en el que su nominación de oficial de la Legión de Honor fue publicada en el periódico. Estábamos todos en las habitaciones de mi abuelo, el señor Noirtier, y además estaba el señor Danglars, ya sabe, ese banquero, cuyos caballos estuvieron a punto de matar a mi madre y a mi hermano. Yo leía el periódico en voz alta a mi abuelo, mientras que los señores charlaban del matrimonio de la señorita Danglars. Cuando llegué al párrafo concerniente a usted, y que yo ya había leído, pues desde la víspera por la mañana usted me anunció esa buena nueva; cuando llegué allí —digo—, al párrafo concerniente a su nombramiento, estaba tan feliz... pero también tan temblorosa al verme obligada a pronunciar en voz alta su nombre, y ciertamente lo hubiese omitido si no hubiese temido que se interpretase mal mi silencio; así pues, me armé de valor y leí.

—¡Querida Valentine!

—Pues bien, tan pronto como se oyó su nombre, mi padre giró la cabeza. Yo estaba tan convencida, ¡mire qué loca soy!, de que todo el

mundo se iba a sobresaltar al oír ese nombre, como si fueran tocados por un rayo, que me pareció ver saltar a mi padre, y aunque en él fuera una ilusión por mi parte, sí era seguro ese sobresalto en el señor Danglars.

»“Morrel”, dijo mi padre, “¡espere un momento!”. Y frunció el ceño, “¿no será uno de esos Morrel de Marsella, uno de esos acérrimos bonapartistas que nos dieron tanto trabajo en 1815?”.

»“Sí”, respondió el señor Danglars; “incluso creo que es el hijo del antiguo armador”.

—¡De verdad! —dijo Maximilien—, ¿y qué respondió su padre, diga, Valentine?

—¡Oh! Algo espantoso que no me atrevo a repetir.

—Dígalo de todas formas —repuso Maximilien sonriendo.

—“Su emperador”, continuó mi padre frunciendo el ceño, “sabía ponerlos en su sitio, a todos esos fanáticos: los llamaba *carne de cañón*, y era el único nombre que merecían. Veo con alegría que el nuevo gobierno vuelve a poner en vigor ese saludable principio. Aunque sólo sea por eso por lo que Francia se queda con Argelia, felicitaría al nuevo gobierno, aunque nos cueste un poco caro”.

—Es, en efecto, una política bastante brutal —dijo Maximilien—. Pero no se avergüence, querida amiga, por lo que diga el señor de Villefort; mi buen padre no se quedaba atrás en nada al de usted sobre ese punto; repetía sin cesar: «¿Por qué el emperador, que hace tantas buenas cosas, no hace un regimiento de jueces y de abogados y no los envía a primera línea de fuego?». Ya lo ve, querida amiga, los partidos se equiparan por lo pintoresco de la expresión y la suavidad de pensamiento. Pero, el señor Danglars, ¿qué dijo de esa salida del fiscal del rey?

—¡Oh! Él se echó a reír con esa risa solapada que le es tan propia y que a mí me parece feroz; enseguida, un instante después, se levantaron y marcharon. Solamente entonces vi que mi abuelo estaba muy agitado. Tengo que decirle, Maximilien, que yo soy la única que adivina la inquietud de este pobre paralítico, y ya me temía, además, que la conversación que había tenido lugar delante de él, —pues nadie se fija en él, ¡pobre abuelo!—, tenía que haberle impresionado mucho, dado que hablaban mal de su emperador.

—En efecto —dijo Maximilien—, es uno de los nombres conocidos del imperio: fue senador, y como usted sabe o, mejor, como usted no sabe, Valentine, estuvo cerca de todas las conspiraciones bonapartistas que se llevaron a cabo bajo la Restauración.

—Sí, oigo a veces hablar en voz baja de cosas así, que me parecen extrañas: el abuelo bonapartista, el padre monárquico; en fin ¿qué quiere que le diga? Entonces me volví hacia él. Me señaló el periódico con la mirada.

»“¿Qué le pasa, abuelito?”, le dije; “¿está usted contento?”.

»Con los ojos dijo que sí.

»“¿Por lo que acaba de decir mi padre?”

»Con los ojos dijo que no.

»“¿Por lo que ha dicho el señor Danglars?”

»Dijo que no de nuevo.

»“¿Es entonces”, me atreví a preguntar, “porque el señor Morrel”, no me atreví a decir Maximilien, “ha sido nombrado oficial de la Legión de Honor?”.

»Y me dijo que sí.

—¿Es para creerlo, Maximilien? Estaba contento de que a usted le nombraran oficial de la Legión de Honor, y no le conoce. Es quizá un poco de locura por su parte, pues dicen que vuelve a la infancia; pero yo le quiero mucho por ese *sí*.

—Es extraño —pensó Maximilien—; su padre me odiaría, mientras que por el contrario su abuelo... ¡Extrañas cosas esos amores y odios de partido!

—¡Chsss! —exclamó de repente Valentine—. Escóndase, huya; ¡viene alguien!

Maximilien corrió a coger una laya y se puso a remover sin piedad la alfalfa.

—¡Señorita!, ¡señorita! —gritó una voz detrás de los árboles—. La señora de Villefort la busca a usted por todas partes; hay una visita en el salón.

—¡Una visita! —dijo Valentine toda agitada—. ¿Y quién ha venido a visitarnos?

—Un gran señor, un príncipe, por lo que dicen, el señor conde de Montecristo.

—Ya voy —dijo Valentine levantando la voz.

Ese nombre sobresaltó a quien del otro lado de la verja ese «¡ya voy!» de Valentine servía de adiós al final de cada entrevista.

«¡Vaya!», se dijo Maximilien apoyándose todo pensativo sobre la laya, «¿cómo es que el conde de Montecristo conoce al señor de Villefort?».

Capítulo LII

Toxicología

Era exactamente el señor conde de Montecristo quien acababa de entrar en casa de la señora de Villefort, con la intención de devolver la visita hecha por el señor fiscal, y al oír ese nombre, toda la casa, como se comprenderá, se había alterado.

La señora de Villefort, que estaba en el salón cuando anunciaron al conde, llamó enseguida a su hijo para que el niño le reiterase su agradecimiento; y Édouard, que no había dejado de oír hablar desde hacía dos días del gran personaje, se apresuró a acudir, no por obedecer a su madre, no por dar las gracias al conde, sino por curiosidad y por hacer alguna observación que le ayudara a colocar una de sus pullas hirientes, de esas que hacían decir a su madre: «¡Oh, qué niño tan malo! Pero tengo que perdonarle, ¡tiene tanto ingenio!».

Después de las primeras cortesías al uso, el conde preguntó por el señor de Villefort.

—Mi marido cena en casa del señor Canciller —respondió la joven dama—; acaba de salir ahora mismo, y lamentará mucho, estoy segura, el haberse visto privado de la dicha de verle.

Dos visitantes, que habían precedido al conde en el salón, y que le devoraban con los ojos, se retiraron después de un tiempo razonable, tiempo que cumpliera a la vez con la cortesía y con la curiosidad.

—A propósito, ¿qué hace tu hermana Valentine? —dijo la señora de Villefort a Édouard—. Que le avisen para que yo tenga el honor de presentarla al señor conde.

—¿Tiene usted una hija, señora? —preguntó el conde—. Debe ser una chiquilla.

—Es hija del señor de Villefort —replicó la joven dama—; una hija de su primer matrimonio, una gran y bella persona.

—Pero melancólica —interrumpió el joven Édouard arrancando, para hacer un penacho a su sombrero, las plumas de la cola de un magnífico guacamayo que chillaba de dolor en su percha dorada.

La señora de Villefort se contentó con decir: «¡silencio, Édouard!». Y continuó:

—Este jovencito atolondrado tiene algo de razón, y repite lo que ha oído decir tantas veces con pena, pues la señorita de Villefort, a pesar de todo lo que hacemos para distraerla, es de un carácter triste y de un humor taciturno que, a menudo, empaña el efecto de su belleza. Pero, no viene; Édouard, mira a ver por qué.

—Porque la buscan donde no está.

—¿Dónde la buscan?

—En las habitaciones del abuelo Noirtier.

—¿Y crees que no está allí?

—No, no, no, no, no, no está allí —respondió Édouard canturreando.

—¿Dónde está? ¿Tú lo sabes? Dime.

—Está bajo el gran castaño —continuó el malvado chiquillo, ofreciendo, a pesar de los gritos de su madre, moscas vivas al loro, que parecía muy ansioso de esa clase de presa.

La señora de Villefort tendió la mano para llamar y para indicar a la doncella dónde se encontraba Valentine, cuando esta entró. Parecía triste, en efecto, y al mirarla atentamente se hubieran podido ver en sus ojos huellas del llanto.

Valentine, a la que hemos presentado a nuestros lectores sin hacérsela conocer, llevados por la rapidez del relato, era una joven alta y esbelta, de unos diecinueve años, de cabello castaño claro, de ojos azul oscuro, de andares lánguidos y con la huella de esa exquisita distinción que caracterizaba a su madre; sus manos blancas y alargadas, su cuello de nácar, sus mejillas jaspeadas de fugitivos colores, le daban, como primera impresión, el aire de una de esas hermosas inglesas a quienes se compara bastante poéticamente en sus andares a los cisnes que se reflejan en los estanques.

Valentine entró, pues, y al ver a su madre junto al desconocido del que había oído tanto hablar, saludó sin ningún melindre de jovencita y sin bajar los ojos, con una gentileza que duplicó la atención del conde.

Este se levantó.

—La señorita de Villefort, mi hijastra —dijo la señora de Villefort a Montecristo, incorporándose en el sofá y señalando con la mano a Valentine.

—Y el señor conde de Montecristo, rey de la China y emperador de la Cochinchina —dijo el gracioso muchacho echando una mirada burlona a su hermana.

Esta vez la señora de Villefort palideció, y estuvo a punto de enfadarse con esa plaga doméstica que respondía al nombre de Édouard; pero, por el contrario, el conde sonrió y pareció mirar al niño con complacencia, lo que llevó a su madre al colmo de la alegría y del entusiasmo.

—Pero, señora —repuso el conde, reanudando la conversación y mirando alternativamente a la señora de Villefort y a Valentine—, ¿es que no he tenido ya el honor de verlas a ustedes anteriormente en algún otro sitio? Estaba pensando en ello, y cuando la señorita entró, el verla ha sido como un resplandor más sobre un recuerdo confuso, perdone esta palabra.

—No es probable, señor; a la señorita Villefort le gusta poco salir, y nosotros tampoco salimos sino en muy raras ocasiones —dijo la joven señora.

—Pero no es en sociedad donde yo haya visto a la señorita, ni tampoco a usted, señora, así como a este encantador diablillo. Por otra parte, la sociedad parisina me es totalmente desconocida, pues creo haber tenido ya

el honor de decirle que estoy en París desde hace sólo algunos días. No, si permite que recuerde... espere...

El conde se puso la mano en la frente para concentrar todos sus recuerdos:

—No, era fuera... es... no sé, pero me parece que es un recuerdo inseparable a un hermoso sol y a una especie de fiesta religiosa... la señorita llevaba flores en la mano; el niño correteaba tras un pavo en un parque, y usted, señora, usted estaba bajo un emparrado en forma de arco... Ayúdeme, señora; ¿es que lo que le digo no le recuerda nada?

—No, de verdad —respondió la señora de Villefort—; y sin embargo, me parece, señor, que si le hubiera visto en alguna parte, su recuerdo seguiría presente en mi memoria.

—¿El señor conde no nos vería tal vez en Italia? —dijo tímidamente Valentine.

—En efecto, en Italia... es posible —dijo Montecristo—. ¿Ha visitado usted Italia, señorita?

—La señora y yo fuimos hace dos años. Los médicos temían por mi pecho y me recomendaron los aires de Nápoles. Pasamos por Bolonia, Perugia y Roma.

—¡Ah! Es cierto, señorita —exclamó Montecristo, como si esa simple indicación bastase para fijar todos sus recuerdos—. Fue en Perugia, el día del Corpus, en el jardín de la Hostelería de la Posta, donde el azar nos reunió, a usted, a la señorita, a su hijo y a mí, y donde recuerdo haber tenido el honor de verla.

—Recuerdo perfectamente Perugia, señor, y la Hostelería de la Posta, y la fiesta de la que usted habla —dijo la señora de Villefort—; pero por más que interrogo a mis recuerdos, y me avergüenzo de mi poca memoria, no recuerdo haber tenido el honor de conocerle.

—Es raro, yo tampoco —dijo Valentine levantando sus hermosos ojos hacia el conde.

—¡Ah! Yo sí que me acuerdo —dijo Édouard.

—Voy a ayudarla, señora —repuso el conde—. La jornada había sido abrasadora; usted esperaba a los caballos, que no llegaban a causa de la

solemnidad. La señorita se alejó hacia las profundidades del jardín, y su hijo desapareció corriendo tras un ave.

—La atrapé, mamá, sabes —dijo Édouard—, le arranqué tres plumas de la cola.

—Usted, señora, estaba bajo el emparrado; ¿no recuerda?, mientras usted estaba sentada en un banco de piedra, y mientras que, como le he dicho, la señorita de Villefort y su hijo estaban lejos, ¿no recuerda haber charlado un rato largo con alguien?

—Sí, realmente sí —dijo la joven señora sonrojándose—, lo recuerdo, con un hombre envuelto en una larga capa de lana..., con un médico, creo.

—Justamente, señora; ese hombre era yo; hacía quince días que yo me alojaba en ese hotel, había curado a mi ayuda de cámara de la fiebre, y a mi anfitrión de la ictericia, de manera que vieron en mí a un gran doctor. Charlamos durante bastante tiempo, señora, de diferentes cosas, de *Il Perugino*, de Rafael, de la moral, de las costumbres, de esa famosa *aqua tofana*, de la que, según le habían dicho a usted, algunas personas de Perugia guardan aún el secreto de su elaboración.

—¡Ah! Es cierto —dijo vivamente la señora de Villefort con cierta inquietud—, lo recuerdo.

—No recuerdo de lo que hablamos en detalle, señora —repuso el conde con una gran tranquilidad—, pero recuerdo perfectamente que, compartiendo conmigo el error general, me consultó sobre la salud de la señorita de Villefort.

—Pero, después de todo, usted era realmente médico —dijo la señora de Villefort—, puesto que curó a los enfermos.

—Molière y Beaumarchais responderían, señora, que es justamente porque yo no lo era, por lo que, no digamos que curé a mis enfermos, sino que mis enfermos se curaron; yo me contentaré con decirle a usted que he estudiado bastante a fondo la química y las ciencias naturales, pero sólo como *amateur*... comprende.

En ese momento dieron las seis de la tarde.

—Ya son las seis —dijo la señora de Villefort visiblemente agitada—; Valentine, ¿no va a ver si su abuelo está preparado para cenar?

Valentine se levantó y, saludando al conde, salió del salón sin decir una palabra.

—¡Oh! Dios mío, señora, ¿es por mi culpa por lo que ha hecho usted salir a la señorita de Villefort? —dijo el conde cuando Valentine salió.

—En absoluto —repuso con rapidez la joven señora—; pero es la hora en la que preparamos al señor Noirtier para la triste comida que mantiene su triste existencia. ¿Usted sabe, señor, en qué estado lamentable está el padre de mi marido?

—Sí, señora, el señor de Villefort me habló de ello; una parálisis, creo.

—¡Ay! Sí; en ese pobre anciano hay una ausencia total de movimiento, sólo el alma está presente en esa maquinaria humana, y aún pálida y temblorosa, como si fuera una lámpara próxima a extinguirse. Pero, perdón, señor, por hablarle de nuestros infortunios domésticos, le he interrumpido en el momento en el que me decía que era usted un hábil químico.

—¡Oh! No decía eso, señora —respondió el conde con una sonrisa—; bien al contrario, estudié la química porque, decidido a vivir especialmente en Oriente, quise seguir el ejemplo del rey Mitrídates.

—Mitrídates, rey del Ponto —dijo el diablillo, recortando siluetas en un magnífico álbum—; el mismo que desayunaba cada mañana con una taza de veneno a la crema.

—¡Édouard! ¡Qué niño tan malo! —exclamó la señora de Villefort arrancando el libro mutilado de las manos de su hijo—. Eres insoportable, nos abrumas. Déjanos y ve con tu hermana Valentine a ver al abuelito Noirtier.

—El álbum... —dijo Édouard.

—¿Cómo, el álbum?

—Sí: quiero el álbum...

—¿Por qué has recortado las imágenes?

—Porque me divierte.

—Vamos, vete de aquí, ¡vamos!

—No me iré si no me das el libro —dijo, sentándose en un gran sillón, el niño, fiel a su costumbre de no ceder nunca.

—Toma, y déjanos tranquilos —dijo la señora de Villefort.

Y dio el libro a Édouard, que salió acompañado por su madre.

El conde siguió con la mirada a la señora de Villefort.

—Veamos si cierra la puerta tras él —murmuró.

La señora Villefort cerró la puerta con el mayor cuidado tras la salida del niño; el conde simuló no darse cuenta.

Después, echando una última mirada a su alrededor, la joven señora volvió a sentarse en su sillón confidente.

—Permitame decirle, señora —dijo el conde con esa bonhomía que le conocemos—, que es usted muy severa con ese encantador diablillo.

—Es muy necesario, señor —replicó la señora de Villefort con un verdadero aplomo de madre.

—Es Cornelio Nepote^[2] lo que recitaba el señorito Édouard al hablar del rey Mitrídates —dijo el conde—, y usted le interrumpió la cita, pero eso prueba que su preceptor no ha perdido el tiempo con él y que su hijo está muy adelantado para su edad.

—El hecho es, señor conde —respondió la madre, suavemente halagada—, que tiene una gran facilidad y que aprende todo lo que quiere. Sólo tiene un defecto, el de ser muy testarudo; pero, a propósito de lo que decía, ¿es que usted cree, por ejemplo, señor conde, que Mitrídates usase esas precauciones y que esas precauciones pudiesen ser eficaces?

—Tanto lo creo, señora, que yo mismo, quien le habla, lo he utilizado para no ser envenenado en Nápoles, en Palermo y en Esmirna, es decir, en tres ocasiones en las que, sin esa precaución, hubiera podido dejarme la vida.

—¿Y ese método le funcionó?

—Perfectamente.

—Sí, es cierto; recuerdo que me contó usted algo de eso en Perugia.

—¡De verdad! —dijo el conde con una expresión de sorpresa perfectamente simulada—. No lo recuerdo.

—Yo le preguntaba si los venenos actuaban igualmente, con una energía similar, en los hombres del Norte que en los del Sur, y usted me respondió incluso que los temperamentos fríos y linfáticos de los septentrionales no presentaban la misma aptitud que la rica y enérgica naturaleza de la gente del Sur.

—Es cierto —dijo Montecristo—; he visto a rusos devorar, sin sentirse mal en lo más mínimo, sustancias vegetales que hubiesen matado infaliblemente a un napolitano o a un árabe.

—¿Así que usted cree que el resultado sería aún más seguro en nosotros que en Oriente, y en medio de nuestras nieblas y nuestras lluvias, un hombre se habituaria más fácilmente que en una latitud cálida a esa absorción progresiva del veneno?

—Ciertamente; pero, por supuesto, que sólo estaría inmunizado contra el veneno al que se hubiera habituado.

—Sí, comprendo; ¿y cómo se habituaria usted, por ejemplo?, o mejor, ¿cómo se habituó?

—Es muy fácil. Suponga que usted sabe por adelantado qué veneno van a usar contra usted. Suponga que el veneno sea... la brucina, por ejemplo...

—La brucina se extrae de la corteza de la angostura falsa, creo —dijo la señora de Villefort.

—Justamente, señora —respondió Montecristo—; pero me parece que ya no tengo gran cosa que enseñarle a usted; reciba mi felicitación: tales conocimientos son raros entre las mujeres.

—¡Oh! Lo confieso —dijo la señora de Villefort—, tengo la más violenta pasión por las ciencias ocultas, que hablan a la imaginación como una poesía y se resuelven en cifras como una ecuación algebraica; pero, continúe, se lo ruego: lo que usted dice me interesa sobremanera.

—Y bien —repuso Montecristo—, suponga que ese veneno sea la brucina, por ejemplo, y que usted toma un miligramo el primer día, dos miligramos el segundo; pues bien, al cabo de diez días tendrá usted un centigramo; al cabo de veinte días, aumentando otro miligramo, tendrá tres centigramos, es decir, una dosis que usted soportaría sin inconveniente, y que sería ya muy peligrosa para otra persona que no hubiera tomado las mismas precauciones que usted; en fin, al cabo de un mes, bebiendo agua de la misma jarra, usted mataría a la persona que lo bebiera al mismo tiempo que usted, sin que usted notara más que un simple malestar como lo sentiría con cualquier otra sustancia venenosa mezclada en el agua.

—¿Usted no conoce otro contraveneno?

—No lo conozco.

—Yo había leído y releído a menudo esa historia de Mitrídates —dijo la señora de Villefort pensativa—, y lo había tomado por una leyenda.

—No, señora; contra la costumbre de la historia, esta es verídica. Pero lo que usted me dice, señora, lo que me pregunta no es en absoluto el resultado de una pregunta caprichosa, puesto que hace dos años ya me hizo usted las mismas preguntas, y además dice usted que esa historia de Mitrídates la preocupa desde hace tiempo.

—Es cierto, señor, los dos estudios favoritos de mi juventud fueron la botánica y la mineralogía, y además, cuando supe más tarde que el empleo de elementos químicos simples explicaba a menudo toda la historia de los pueblos y toda la vida de los individuos de Oriente, como las flores explican todo su pensamiento amoroso, lamenté no ser hombre para convertirme en un Flamel, un Fontana o un Cabanis³¹.

—Tanto más, señora —repuso Montecristo—, cuanto que los orientales no se limitan, como Mitrídates, a hacerse una coraza con sus venenos, sino que también los transforman en puñal; la ciencia se transforma en sus manos, no solamente en un arma defensiva sino también, muy a menudo, en un arma ofensiva; la primera sirve para sus sufrimientos físicos, la otra, contra sus enemigos; con el opio, con la belladona, con la angostura falsa, con la *Monstera pertusa*, con el laurel cerezo, duermen a quienes quisieran despertarles. No hay ni una de las mujeres, sea egipcia, turca o griega, que aquí llaman ustedes curanderas, que no sepa, en relación con la química, cómo dejar estupefacto al médico, y en relación con la psicología, cómo dejar estupefacto al confesor.

—¡De verdad! —dijo la señora de Villefort, cuyos ojos brillaban con un ardor extraño en esta conversación.

—¡Eh!, ¡Dios mío! Sí, señora —continuó el conde de Montecristo—, los dramas secretos de Oriente se enlazan y desenlazan así, desde la planta que lleva al amor hasta la planta que lleva a la muerte; desde el brebaje que nos abre el cielo hasta el que sume al hombre en el infierno. Hay tantos matices de todo tipo como caprichos y rarezas en la naturaleza humana física y moral; y diré más, el arte de los químicos sabe acomodar

admirablemente el remedio y el mal a sus necesidades de amor o a sus deseos de venganza.

—Pero, señor —repuso la joven señora—, ¿esas sociedades orientales entre las que usted pasó una parte de su existencia, son, pues, tan fantásticas como los cuentos que nos llegan de sus hermosos países? ¿Pueden suprimir allí, impunemente a un hombre? ¿Existen en realidad la Bagdad o la Basora del señor Galland? ¿Los sultanes y los visires que rigen esas sociedades, y que constituyen lo que en Francia llamamos gobierno, son, pues, en realidad los Harun-al-Raschid y los Jafar que no solamente perdonan a un envenenador, sino que además le nombran primer ministro si el crimen fue ingenioso, y que además, hacen grabar su historia con letras de oro para entretenerse en las horas de ocio?

—No, señora, lo fantástico ya ni siquiera existe en Oriente; allí también hay, aunque disfrazados con otros nombres y ocultos en otras costumbres, también hay comisarios de policía, jueces de instrucción, fiscales y otros expertos. Allí también cuelgan, decapitan o empalan con gran facilidad a los criminales; pero estos, como diestros defraudadores, han sabido despistar a la justicia humana y asegurar el éxito de sus empresas con hábiles combinaciones. En nuestro mundo, un ingenuo, poseído por el demonio del odio y de la avaricia, que tiene un enemigo que destruir o un abuelo al que aniquilar, va a casa de un droguero, le da un nombre falso que lo delata mejor que el nombre propio, y compra, bajo pretexto de que las ratas le impiden dormir, cinco o seis gramos de arsénico; si es muy hábil, va a cinco o a seis drogueros, con lo cual es cinco o seis veces más fácilmente reconocido; después, cuando tiene en su poder el específico, administra a su enemigo, a su abuelo, una dosis de arsénico que haría reventar a un mamut o a un mastodonte, y que sin ton ni son hace que la víctima lance unos aullidos que ponen a todo el barrio en alerta. Entonces llega una nube de agentes de policía y de gendarmes; llaman a un médico que abre al muerto y recoge con una cuchara en su estómago y en sus entrañas el arsénico. Al día siguiente, cien periódicos cuentan el hecho con el nombre de la víctima y de su asesino. Desde aquella misma tarde, el tendero o los tenderos de droguería viene o vienen a decir: «soy yo quien vendió el arsénico a ese señor». Y antes de decir

que no reconocen al comprador, reconocen a veinte; entonces el ingenuo criminal es cogido, encerrado, interrogado, confrontado, confundido, condenado y guillotinado; o, si es una mujer de cierta calidad, es encerrada de por vida. Así es como nuestros septentrionales entienden la química, señora. Confieso, sin embargo que Desrués era más fuerte que todo eso.

—¡Qué quiere usted!, señor —dijo riendo la joven dama—, se hace lo que se puede. No todo el mundo posee el secreto de los Médicis o de los Borgia.

—Ahora —dijo el conde encogiéndose de hombros—, ¿quiere usted que le diga la causa de todas esas ineptitudes? Pues es que en los teatros de ustedes, al menos por lo que yo he podido juzgar al leer las obras de teatro que se representan, se ve siempre a los personajes que tragan el contenido de una ampolla o muerden el engaste de una sortija y caen muertos de inmediato; cinco minutos después, se baja el telón; los espectadores se dispersan. Ignoran las consecuencias del crimen; no se ve nunca ni al comisario de policía con su banda, ni al cabo con sus cuatro hombres, y todo eso autoriza mucho a los pobres cerebros a creer que así ocurren las cosas. Pero, salga un poco de Francia, vaya por ejemplo a Alepo o al Cairo, o solamente a Nápoles y a Roma, y verá usted pasar por la calle a gente recta, fresca y rosa, de los que *El diablo cojuelo*, si la tocara a usted con su capa, podría decirle: «Ese señor ha sido envenenado hace tres semanas, estará totalmente muerto dentro de un mes».

—¿Pero entonces —dijo la señora de Villefort— es que han encontrado el secreto de la famosa *aqua-tofana*, que me decían en Perugia que se había perdido?

—¡Eh, Dios mío! Señora, ¿es que se pierde algo entre los hombres? Las artes se desplazan y dan la vuelta al mundo; las cosas cambian de nombre, eso es todo, y el vulgo se equivoca; pero el resultado es siempre el mismo; el veneno actúa particularmente en un órgano o en otro; uno en el estómago, otro en el cerebro, otro en los intestinos. Y bien, el veneno determina una tos, esa tos un fluxión de pecho u otra enfermedad catalogada en el libro de la Ciencia, lo que no le impide que sea perfectamente mortal, y que, si no lo es, lo será gracias a los remedios que le administren los ingenuos médicos, en general muy malos químicos, y

que actuarán a favor o en contra de la enfermedad, como le plazca; y ahí tiene usted a un hombre a quien se ha matado con todo el arte y todas las reglas, sobre el que la justicia no tiene nada que saber, como decía un horrible químico, uno de mis amigos, el excelente abate Adelmonte de Taormina, en Sicilia, que había estudiado en profundidad esos fenómenos nacionales.

—Es espantoso, pero admirable —dijo la señora, inmóvil por la atención—; yo creía, lo confieso, que todo eso eran invenciones de la Edad Media.

—Sí, sin duda, pero que se han perfeccionado en nuestros días. ¿Para qué cree usted que sirve el tiempo, el estímulo, las medallas, las cruces, los premios Montyon, si no es para conducir a la sociedad a su mayor perfección? Ahora bien, el hombre no será perfecto hasta que sepa crear y destruir como Dios; ya sabe destruir, ya tiene la mitad del camino hecho.

—De manera —repuso la señora de Villefort, volviendo invariablemente hacia su objetivo—, que los venenos de los Borgia, de los Médicis, de los René, de los Ruggieri, y más tarde probablemente del barón de Trenk, del que tanto ha abusado el drama moderno y la novela...

—Eran objetivos artísticos, señora, no otra cosa —respondió el conde—. ¿Cree usted que el verdadero sabio se dirige sin más al individuo? No, no. A la ciencia le gustan los recovecos, las proezas, la fantasía, si se puede decir así. Así, por ejemplo, este excelente abate Adelmonte, de quien le hablaba ahora, a ese respecto había llevado a cabo experiencias asombrosas.

—¿De verdad?

—Sí, le citaré una sola. Tenía un hermoso huerto, lleno de verduras, de flores y de frutales; entre las verduras, escogía la más sencilla de todas, la col, por ejemplo. Durante tres días regaba la col con una disolución de arsénico; al tercer día, la col enfermaba y se ponía amarilla, era el momento de cortarla; a todos los efectos parecía madura y conservaba su apariencia honrada, pero, para el abate Adelmonte, la col estaba envenenada. Entonces, se traía la col a casa, cogía un conejo —el abate Adelmonte tenía una colección de conejos, de gatos y de conejillos de Indias que no tenía nada que envidiar a su colección de verduras, flores y

frutas—, el abate cogía, pues, un conejo y le hacía comer una hoja de col: el conejo moría. ¿Quién es el juez de instrucción que se atrevería a encontrar algo que decir a esto, y quién es el fiscal del rey que se haya molestado alguna vez en iniciar una requisitoria contra los señores Magendie o Flourens^[4] a propósito de conejos, de gatos o de conejillos de Indias muertos? Ninguno. Y ahí tiene al conejo muerto sin que la justicia se inquiete. Una vez muerto el conejo del abate Adelmonte, su cocinera lo abre y destripa y tira los intestinos al estercolero. Allí, puede haber una gallina que picotea esas tripas, cae enferma y muere a su vez al día siguiente. En el momento en el que se debate en las convulsiones de la agonía, pasa un buitre —hay muchos buitres en el país de Adelmonte—, este hinca el pico en el cadáver, se lo lleva a una roca y se lo come. Tres días después, el pobre buitre, que desde esa comida se ha encontrado constantemente indispuerto, se siente totalmente aturdido en lo alto de una nube; va cayendo al vacío y viene a desplomarse pesadamente en su vivero de peces; el lucio, la anguila y la morena comen con avidez, usted lo sabe, muerden el buitre. Pues bien, suponga que al día siguiente se sirve en su mesa esa anguila, ese lucio o esa morena, envenenados en cuarta generación, su comensal, él, se verá envenenado en quinta generación y morirá al cabo de ocho o diez días de dolor de vientre, de vómitos, de absceso en el píloro. Se le hará la autopsia y los médicos dirán: «El sujeto ha muerto de un tumor en el hígado, o de una fiebre tifoidea».

—Pero —dijo la señora de Villefort—, todas esas circunstancias, que usted ha encadenado una a otra, pueden romperse por el menor accidente; el buitre puede no pasar por allí a tiempo, o puede caer a cien pasos del vivero.

—¡Ah! Ahí es donde está precisamente el arte; para ser un gran químico en Oriente, hay que dirigir el azar; se puede llegar a ello.

La señora de Villefort estaba pensativa y escuchaba.

—Pero —dijo—, el arsénico es indeleble; se absorba como se absorba, seguirá encontrándose en el cuerpo del hombre desde el momento en el que haya entrado una cantidad suficiente como para darle la muerte.

—¡Bien! —exclamó Montecristo—, ¡bien! Eso fue justamente lo que dije a ese buen Adelmonte.

»Entonces reflexionó, sonrió y me respondió con un proverbio siciliano, que es también, creo, un proverbio francés: “Hijo mío, el mundo no se hizo en un día, sino en siete; vuelva el domingo”.

»Al domingo siguiente, volví; en lugar de haber regado la col con arsénico, la había regado con una disolución de sal a base de estricnina, *Strychnos colubrina*, como dicen los sabios. Esta vez la col no parecía afectada en absoluto; así que el conejo no desconfió; cinco minutos después el conejo caía muerto, la gallina comió del conejo, y al día siguiente, estaba muerta. Entonces hicimos de buitres, nos llevamos la gallina y la abrimos. Esta vez, todos los síntomas específicos habían desaparecido, no quedaban sino los síntomas generales. Ninguna indicación particular en ningún órgano: agravación extrema del sistema nervioso, eso era todo, y restos de congestión cerebral, no mucho más. La gallina no había sido envenenada: había muerto de apoplejía. Es un caso raro en las gallinas, ya lo sé, pero muy común en los hombres.

La señora de Villefort parecía cada vez más pensativa.

—Menos mal —dijo— que tales substancias sólo puedan ser preparadas por los químicos, pues, de no ser así, medio mundo envenenaría al otro medio.

—Por químicos o por personas que estudian la química —respondió negligentemente Montecristo.

—Y además —dijo la señora de Villefort, apartando con gran esfuerzo sus pensamientos—, por muy sabiamente preparado que esté todo, el crimen es siempre el crimen, y si escapa a la investigación humana, no escapa a la mirada de Dios. Los orientales son más fuertes que nosotros en los casos de conciencia, y prudentemente han suprimido el Infierno; eso es todo.

—¡Eh! Señora, eso es un escrúpulo que debe nacer naturalmente en un alma honesta como la suya, pero que pronto sería arrancado de raíz por el razonamiento. El lado malvado del pensamiento humano seguirá siendo resumido por esa paradoja de Jean Jacques Rousseau, usted la conoce: «El mandarín a quien se puede matar a cinco mil leguas, con sólo levantar un dedo»^[5]. La vida del hombre transcurre haciendo cosas así, y su inteligencia se agota imaginándolas. Pues encontrará usted a poca gente

que vaya brutalmente a plantar un cuchillo en el corazón de su semejante, o que le administre, para hacerlo desaparecer de la superficie del globo, esa cantidad de arsénico de la que hablábamos ahora. Es realmente una excentricidad o una tontería. Para llegar a ello, es preciso que la sangre se caliente a treinta y seis grados; que el pulso lata a noventa pulsaciones, y que el alma salga de sus límites ordinarios; pero si, pasando de la palabra al sinónimo mitigado, como se hace en filología, usted lleva a cabo una simple *eliminación*, en lugar de cometer un innoble asesinato, si usted aparta pura y simplemente de su camino a quien le molesta, y eso sin choque, sin violencia, sin todo el aparato de esos sufrimientos que, al ser un suplicio, hacen de la víctima un mártir, y de quien actúa, un *carnifex* con toda la fuerza de la palabra; si no hay ni sangre, ni gritos ni contorsiones, si no hay, sobre todo, esa horrible y comprometedor instantaneidad en su cumplimiento, entonces usted escapa al golpe de la ley humana que le dice: «¡No perturbes a la sociedad!». Así es cómo proceden y triunfan las gentes de Oriente, personajes graves y flemáticos, que se inquietan poco por cuestiones de tiempo en ocasiones de cierta importancia.

—Queda la conciencia —dijo la señora de Villefort con voz velada y con un suspiro ahogado.

—Sí —dijo Montecristo—, sí, felizmente sí, queda la conciencia, sin lo cual uno sería muy desgraciado. Después de toda acción un poco vigorosa, es la conciencia la que nos salva, pues nos proporciona mil buenas excusas de las que sólo nosotros somos sus jueces; y esas razones, por muy excelentes que sean para que conservemos el sueño, serían quizá mediocres ante un tribunal para que conserváramos la vida. Así Ricardo III, por ejemplo, debió sentirse maravillosamente bien servido por la conciencia después de la supresión de dos hijos de Eduardo IV; en efecto, él podía decirse: «esos dos hijos de un rey cruel y perseguidor, y que habían heredado los vicios de su padre, vicios que yo sólo he sabido reconocer en sus inclinaciones juveniles; esos dos muchachos me molestaban para que yo consiga la felicidad del pueblo inglés, ya que ellos le hubiesen hecho, a ese pueblo, infaliblemente desgraciado». Así fue servida por su conciencia Lady Macbeth, que quería, diga lo que diga

Shakespeare, dar un trono, no a su marido sino a su hijo. ¡Ah! ¡El amor materno es una virtud tan grande, es un móvil tan potente que hay que disculpar en su nombre tantas cosas! Así, tras la muerte de Duncan, Lady Macbeth se hubiese sentido muy desgraciada sin su conciencia.

La señora de Villefort absorbía con avidez esas espantosas máximas y esas horribles paradojas declamadas por el conde con esa ingenua ironía que le era tan particular.

Después, tras un instante de silencio:

—¿Sabe usted —dijo ella—, señor conde, que es usted un terrible argumentador y que ve usted el mundo bajo una luz un poco lívida? ¿Es porque contempla usted a la humanidad a través de sus alambiques y de sus retortas de laboratorio por lo que la juzga de ese modo? Pues tenía usted razón, es usted un gran químico y ese elixir que dio a mi hijo, y que le devolvió tan rápidamente a la vida...

—¡Oh! No se fíe usted, señora —dijo Montecristo—, una gota de ese elixir bastó para volver en sí a ese niño que se moría, pero tres gotas hubiesen llevado la sangre a sus pulmones de manera que le hubiese producido fuertes latidos del corazón; seis, le hubiesen cortado la respiración y causado un síncope mucho más grave que el que se quería remediar; diez, le hubiesen fulminado. Usted sabe, señora, cómo le aparté rápidamente de esos frascos que imprudentemente quería tocar.

—¿Entonces, es un veneno terrible?

—¡Oh! ¡Dios mío, no! En primer lugar, admitamos que la palabra veneno no existe, puesto que en medicina se usan venenos más fuertes que, según la manera de administrarlos, se convierten en remedios saludables.

—¿Entonces, qué era eso?

—Era una sabia preparación de mi amigo, ese excelente abate Adelmonte, y que también me enseñó a usarlo.

—¡Oh! —dijo la señora de Villefort—. Debe ser un excelente antiespasmódico.

—Soberano, señora, usted lo vio —respondió el señor conde—, yo lo uso a menudo, con toda la prudencia posible —añadió riendo.

—Lo creo —replicó en el mismo tono la señora de Villefort—. En cuanto a mí, tan nerviosa y con tanta facilidad para desmayarme como

tengo, necesitaría de un doctor Adelmonte para que me inventara algún remedio para respirar bien y tranquilizarme ante el temor que siento de morir un buen día sofocada. Mientras tanto, como eso es muy difícil de conseguir en Francia, y su abate no está probablemente dispuesto a hacer por mí un viaje a París, me conformo con los antiespasmódicos del señor Planche, y la menta y las gotas de Hoffmann que gozan para mí de un gran predicamento. Mire, aquí tengo estas pastillas que hace expresamente para mí; son de una dosis doble.

Montecristo abrió la cajita de concha que le presentaba la joven señora, y respiró el aroma de las pastillas, como un experto digno de apreciar esa preparación.

—Son exquisitas —dijo—, pero tienen que ser necesariamente tragadas, función que a menudo es imposible cumplir por parte de la persona desvanecida. Prefiero mi específico.

—Pues, por supuesto que yo también lo preferiría, sobre todo después de los efectos que he visto; pero es un secreto, sin duda, y no soy lo suficientemente indiscreta como para pedírselo.

—Pero yo, señora —dijo Montecristo levantándose—, soy lo suficientemente galante como para ofrecérselo.

—¡Oh! Señor.

—Solamente recuerde una cosa, y es que a pequeñas dosis es un remedio, a grandes dosis es un veneno. Una gota devuelve la vida, como usted vio; cinco o seis matarían infaliblemente, y de una manera tan terrible que mezcladas en un vaso de vino no cambiarían en absoluto el sabor del vino. Pero, me detengo aquí, señora, pues casi parece que le estoy aconsejando.

Acababan de dar las seis y media, anunciaron a una amiga de la señora de Villefort que venía a cenar con ella.

—Si yo hubiera tenido el honor de verle a usted por tercera o cuarta vez, señor conde, en lugar de haberle visto sólo en esta segunda ocasión —dijo la señora de Villefort—; si yo tuviera el honor de ser su amiga, en lugar de tener simplemente la dicha de ser su agradecida, insistiría para retenerle a cenar, y no me dejaría vencer por una simple negativa.

—Mil gracias, señora —respondió Montecristo—, yo mismo tengo un compromiso al que no puedo faltar. He prometido llevar a ver un espectáculo a una princesa griega amiga mía, que todavía no ha visto la Gran Ópera, y que cuenta conmigo para que la acompañe.

—Vaya, señor, pero no olvide mi receta.

—¡Cómo, señora! Tendría entonces que olvidarme de la hora de conversación que acabo de pasar con usted, lo que es del todo imposible.

Montecristo saludó y se marchó.

La señora de Villefort se quedó pensativa.

«Este sí que es un hombre extraño», se dijo, «y diría que se llama, como nombre de pila, Adelmonte».

En cuanto a Montecristo, el resultado había superado sus expectativas.

«Vamos», se dijo mientras se marchaba, «esta es una buena tierra, estoy convencido de que el grano que caiga en ella no se perderá».

Y al día siguiente, fiel a su promesa, le envió la receta solicitada.

Capítulo LIII

Robert le diable^[1]

La disculpa de la Ópera era tanto más excelente cuanto que aquella misma velada había sesión solemne en la Académie Royale de Musique. Levasseur, después de una larga indisposición, volvía en el papel de Bertram y, como siempre, la obra del maestro de moda había atraído a la más brillante sociedad de París.

Morcerf, como la mayoría de los jóvenes ricos, tenía su butaca de patio, más diez palcos de personas de su entorno a las que podía ir a pedir un asiento, sin contar el que tenía derecho a ocupar en el palco de los *lions*.

Château-Renaud ocupaba la butaca contigua.

Beauchamp, en su calidad de periodista, era el rey de la sala y tenía un sitio en todas partes.

Aquella noche, Lucien Debray tenía a su disposición el palco de platea del ministro, y le había ofrecido una invitación al conde de Morcerf, pero, tras la negativa de Mercedes, este se la había enviado a Danglars, avisándole de que probablemente iría a lo largo de la velada a hacer una visita a la baronesa y a su hija, si dichas damas tenían a bien aceptar el

palco que le proponía. Las damas no lo habían rechazado. Nadie como un millonario es tan deseoso de palcos que no cuestan nada.

En cuanto a Danglars, había declarado que sus principios políticos y su calidad de diputado de la oposición no le permitían acudir al palco del ministro. En consecuencia, la baronesa había escrito a Lucien para que viniera a recogerla, dado que no podía ir a la Ópera sola con Eugénie.

En efecto, si las dos mujeres hubieran ido solas, ciertamente eso hubiera estado muy mal visto, mientras que si la señorita Danglars iba a la Ópera con su madre y el amante de su madre, no había nada que decir. Hay que tomar el mundo como es.

Se levantó el telón, como de costumbre, estando la sala casi vacía. Sigue siendo una costumbre de nuestra *fashion* parisina llegar al espectáculo cuando el espectáculo ya ha comenzado; de ello resulta que el primer acto transcurre, por parte de los espectadores que van llegando, no mirando o escuchando la obra, sino mirando a los espectadores que entran, y no oyendo nada sino el ruido de las puertas y el de las conversaciones.

—¡Vaya! —dijo de repente Albert al ver abrirse un palco lateral de la primera fila—, ¡vaya! ¡La condesa G...!

—¿Qué es eso de la condesa G...? —preguntó Château-Renaud.

—¡Oh! Caramba, barón, esa es una pregunta que no le perdono; ¿usted pregunta qué es eso de la condesa G...?

—¡Ah! Es cierto —dijo Château-Renaud—, ¿no es esa encantadora veneciana?

—Justamente.

En ese momento la condesa G... vio a Albert e intercambió con él un saludo acompañado de una sonrisa.

—¿Usted la conoce? —dijo Château-Renaud.

—Sí —dijo Albert—; me la presentó Franz en Roma.

—¿Querría usted hacerme en París el mismo servicio que Franz le hizo en Roma?

—Con mucho gusto.

—¡Chsss! —indicó el público.

Ambos jóvenes continuaron su conversación sin parecer inquietarse lo más mínimo del deseo que parecía sentir el patio de butacas de oír la

música.

—La condesa G... estaba en las carreras del Champ-de-Mars —dijo Château-Renaud.

—¿Hoy?

—Sí.

—¡Vaya! De hecho, había carreras. ¿Apostaba usted?

—¡Oh! Una miseria, cincuenta luis.

—¿Y quien ganó?

—*Nautilus*; yo apostaba por él.

—¿Pero, había tres carreras?

—Sí. Había el premio del Jockey-Club, una copa de oro. Incluso ocurrió una cosa bastante extraña.

—¿Qué fue?

—¡Chsss, chsss! —insistía el público.

—¿Qué fue? —repitió Albert.

—Pues que ganaron esa carrera un caballo y un jockey completamente desconocidos.

—¿Cómo fue eso?

—¡Oh! ¡Dios mío, sí! Nadie había prestado atención a un caballo inscrito con el nombre de *Vampa* y un jockey con el nombre de Job, cuando se vio avanzar de repente a un admirable alazán y a un jockey pequeño como un puño; tuvieron que llenarle los bolsillos con veinte libras de plomo, lo que no impidió que llegara a la meta por tres cuerpos antes que *Ariel* y *Barbaro*, que corrían con él.

—¿Y no se ha sabido a quién pertenecían caballo y jockey?

—No.

—Dice usted que el caballo se llamaba...

—*Vampa*.

—Entonces —dijo Albert—, yo sé más que usted, yo sé a quién pertenecían...

—¡Silencio! —gritó por tercera vez el patio de butacas.

Esta vez la protesta general era tan grande que los dos jóvenes se dieron cuenta, al fin, de que el público se dirigía a ellos. Volvieron la cabeza un instante, buscando entre el público a alguien que se

responsabilizara por lo que ellos tomaban como una impertinencia; pero nadie se movió, y se volvieron de nuevo hacia el escenario.

En ese momento el palco del ministro se abrió, y la señora Danglars, su hija y Lucien Debray ocuparon sus asientos.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo Château-Renaud—. Ahí tiene personas que usted conoce bien, vizconde. ¿Qué diablos mira usted a la derecha? Le están buscando.

Albert se dio la vuelta y sus ojos se encontraron efectivamente con los de la baronesa Danglars, que le hizo con su abanico un pequeño saludo. En cuanto a Eugénie, apenas si sus grandes ojos negros se dignaron dirigirse hacia el patio de butacas.

—De verdad, mi querido amigo —dijo Château-Renaud—, no comprendo, aparte de que sería un matrimonio desigual, y no creo que eso le preocupe a usted mucho; no comprendo, digo, aparte de un casamiento desigual, lo que puede usted tener contra la señorita Danglars; de verdad que es una hermosa criatura.

—Muy hermosa, ciertamente —dijo Albert—; pero le confieso que, en cuanto a la belleza, preferiría algo más dulce, más suave, más femenino, en fin.

—¡Vaya con los jóvenes! Nunca están satisfechos —dijo Château-Renaud, que, en su calidad de hombre de treinta años, se daba con Morcerf aires paternos—. ¡Cómo, querido amigo, le encuentran una prometida hecha bajo el modelo de la Diana Cazadora, y no está usted contento!

—Y bien, justamente, yo habría preferido algo más del tipo de la Venus de Milo o de Capua. Esta Diana Cazadora, siempre en medio de sus ninfas, me espanta un poco; temo que me trate como a Acteón.

En efecto, una ojeada a la joven podía casi explicar el sentimiento que acababa de confesar Morcerf. La señorita Danglars era hermosa, como había dicho Albert, pero de una belleza un poco decidida: el pelo, de un hermoso color negro, pero en cuyas ondas naturales se notaba cierta rebelión hacia la mano que quería imponer su voluntad; los ojos, negros como su pelo, bajo unas magníficas cejas que no tenían más que un defecto, el de fruncirse algunas veces; pero eran sobre todo notables por una expresión de firmeza que uno se asombraba de encontrar en una

mirada femenina; la nariz tenía las proporciones exactas que un escultor hubiera dado a la de Juno; la boca quizá era demasiado grande, pero provista de hermosos dientes que hacían destacar más unos labios cuyo carmín, demasiado vivo, contrastaba con la palidez de su tez; finalmente, un lunar negro, en la comisura de los labios, y más grueso de lo que son de ordinario estos caprichos de la naturaleza, acababa de dar a esa fisonomía ese carácter decidido que asustaba un poco a Morcerf.

Por lo demás, todo el resto de la persona de Eugénie se aliaba a esa cabeza que acabamos de intentar describir. Era, como había dicho Château-Renaud, *la Diana Cazadora*, pero con algo más, si cabe, de firme y musculoso en su belleza.

En cuanto a la educación que había recibido, si había algún reproche que hacerle, era que, como ciertos aspectos de su fisonomía, parecía pertenecer un poco al otro sexo. En efecto, la joven hablaba dos o tres lenguas, dibujaba con facilidad, componía versos y música; era sobre todo una apasionada de este último arte que estudiaba con una de sus amigas de pensionado, una joven sin fortuna, pero con todas las disposiciones posibles para convertirse, por lo que aseguraban, en una excelente cantante. Un gran compositor, según se decía, tenía por esta última un interés casi paternal, y la hacía trabajar con la esperanza de que, un día, encontrara una fortuna en su voz.

La posibilidad de que la señorita Louise d'Armilly, era el nombre de la joven llena de virtuosismo, entrase un día en el teatro, hacía que la señorita Danglars, aunque la recibía en su casa, no se mostrase con ella en público. Por lo demás, sin tener en la casa del banquero la posición independiente de una amiga, Louise gozaba de una posición superior a la de las institutrices normales.

Algunos segundos después de la entrada de la señora Danglars en el palco, se había bajado el telón, y gracias a esa facultad, debida a la larga duración de los entreactos, de pasearse por el *foyer* o de hacer visitas durante media hora, el patio de butacas estaba casi vacío.

Morcerf y Château-Renaud habían salido los primeros. Un instante después, la señora Danglars pensó que esas prisas de Albert tenían como objetivo venir a presentarles sus respetos, y se inclinó al oído de su hija

para anunciarle esa visita, pero esta se contentó con mover negativamente la cabeza sonriendo; y al mismo tiempo, como para demostrar lo fundado que estaba el gesto de negación de Eugénie, Morcerf apareció en el palco de platea contiguo. Ese palco era el de la condesa G...

—¡Ah! Aquí está el señor viajero —dijo esta tendiéndole la mano con toda la cordialidad de una antigua conocida—; es muy amable por su parte el haberme reconocido, y sobre todo el haberme dado preferencia en su primera visita.

—Créame, señora —respondió Albert—, que si hubiese sabido su llegada a París y hubiese conocido dónde se aloja, no hubiese esperado tanto. Pero, acepte permitirme que le presente al señor barón de Château-Renaud, mi amigo, uno de los pocos gentilhombres que quedan aún en Francia, y por el que acabo de saber que estuvo usted en las carreras del Champ-de-Mars.

Château-Renaud saludó.

—¡Ah! ¿Estaba usted en las carreras, señor? —dijo rápidamente la condesa.

—Sí, señora.

—Y bien —replicó con viveza la señora G...—, ¿puede usted decirme a quién pertenecía el caballo ganador del premio del Jockey-Club?

—No, señora —dijo Château-Renaud—; ahora mismo le hacía yo la misma pregunta a Albert.

—¿Y le interesa mucho, señora condesa? —preguntó Albert.

—¿Qué es lo que puede interesarme?

—Conocer al dueño del caballo.

—Pues sí, infinitamente. Imagínense... ¿pero, usted lo sabe, por casualidad, vizconde?

—Señora, iba usted a contarnos algo: imagínense..., ha dicho usted.

—Pues bien, imagínense que ese encantador caballo alazán y ese gentil jockey de casaca rosa me habían inspirado, nada más verlos, una simpatía tan viva que deseaba que ganasen, el uno y el otro, exactamente como si hubiera apostado por ambos la mitad de mi fortuna; así que cuando les vi llegar a la meta, adelantando a los demás corredores por tres cuerpos, me sentí tan contenta que me puse a aplaudir como una loca. ¡Figúrense mi

sorpresa cuando, al volver a casa, me encuentro en la escalera con el pequeño jockey rosa! Creí que el ganador de la carrera, por casualidad, se alojaba en la misma casa que yo, cuando, al abrir la puerta del salón, lo primero que veo es la copa de oro que habían ganado el caballo y el jockey desconocidos. En la copa había una pequeña nota en la que estaban escritas estas palabras: «A la condesa G..., lord Ruthwen».

—Es justamente eso —dijo Morcerf.

—¡Cómo, justamente eso!, ¿qué quiere usted decir?

—Quiero decir que es lord Ruthwen en persona.

—¿Qué lord Ruthwen?

—El nuestro, el vampiro, el del teatro Argentina.

—¿De verdad? —exclamó la condesa—. ¿Está entonces aquí?

—Perfectamente.

—¿Y usted le ve? ¿Le recibe? ¿Va usted a su casa?

—Es mi amigo íntimo, y el mismo señor de Château-Renaud también tiene el honor de conocerlo.

—¿Qué es lo que le hace a usted creer que se trata de él?

—El caballo inscrito con el nombre de *Vampa*...

—¿Y eso?

—Bueno, ¿usted no recuerda el nombre del famoso bandido que me hizo prisionero?

—¡Ah! Es cierto.

—¿De cuyas manos me arrancó el conde milagrosamente?

—Sí, claro.

—Se llamaba Vampa. Ya ve usted que es él.

—¿Pero, por qué me envió esa copa a mí?

—En primer lugar, señora condesa, porque yo le había hablado mucho de usted, como puede imaginarse; después, porque le habrá encantado encontrar a una compatriota, y se sentirá muy feliz por el interés que esta compatriota demostraba por él.

—¡Espero que no le haya usted contado todas las locuras que dijimos sobre él!

—A fe mía que no le juraría que no, y esa manera de regalarle la copa bajo el nombre de lord Ruthwen...

—Pero es espantoso, me va a odiar a muerte.

—¿Es que ha obrado como un enemigo?

—No, lo confieso.

—¡Y entonces!

—Así que está en París.

—Sí.

—¿Y qué sensación ha causado?

—Pues —dijo Albert— se habló de él durante ocho días, después vino la coronación de la reina de Inglaterra y el robo de los diamantes de la señorita Mars, y sólo se ha hablado de ello.

—Querido amigo —dijo Château-Renaud—, ya veo que el conde es su amigo y le trata en consecuencia. No crea lo que le dice Albert, señora condesa, al contrario, en París sólo se sigue hablando del conde de Montecristo. En primer lugar, se estrenó enviando a la señora Danglars unos caballos de treinta mil francos; después, salvó la vida a la señora de Villefort; ahora ha ganado la carrera del Jockey-Club, por lo que parece. Yo mantengo, por el contrario, diga lo que diga Morcerf, que en este momento la gente se ocupa aún del conde, y que incluso no se ocuparán más que de él a lo largo del mes, si sigue haciendo excentricidades, lo que, por lo demás, parece ser su manera ordinaria de vivir.

—Es posible —dijo Morcerf—; mientras tanto, ¿quién ocupa el palco del embajador de Rusia?

—¿Dónde está ese palco? —preguntó la condesa.

—Ese de platea, situado entre dos columnas; me parece que lo han remozado totalmente.

—En efecto —dijo Château-Renaud—. ¿Había alguien en el primer acto?

—¿Dónde?

—Pues en ese palco.

—No —repuso la condesa—, no vi a nadie; así que —continuó la condesa volviendo a la primera conversación—, ¿usted cree que es su conde de Montecristo el ganador de la copa?

—Estoy seguro de ello.

—¿Y que es él quien me la envió?

—Sin ninguna duda.

—Pero yo no le conozco —dijo la condesa—, y me dan muchas ganas de devolvérsela.

—¡Oh! No haga nada de eso; le enviaría otra, tallada en algún zafiro, o en algún rubí. Es su manera de obrar; qué quiere usted, hay que tomarlo como es.

En ese momento se oyó el timbre que anunciaba que el segundo acto iba a comenzar. Albert se levantó para volver a su asiento.

—¿Le volveré a ver? —preguntó la condesa.

—En los entreactos, si me lo permite, vendré a informarme por si puedo serle de alguna utilidad en París.

—Señores —dijo la condesa—, todos los sábados, en la calle Rivoli, 22, estoy en casa para mis amigos. Ya están avisados.

Los jóvenes se saludaron y salieron.

Al entrar en la sala, vieron a todo el patio de butacas de pie y con los ojos fijos en un punto de la sala; sus miradas siguieron la dirección general y se detuvieron en el antiguo palco del embajador de Rusia. Un hombre vestido de negro, de treinta y cinco a cuarenta años, acababa de entrar con una mujer vestida con un traje oriental. La mujer era de una gran belleza, y el traje de una riqueza tal que, como hemos dicho, todos los ojos al instante se habían vuelto hacia ella.

—¡Eh! —dijo Albert—. Es Montecristo y su griega.

En efecto, eran el conde y Haydée.

Al cabo de un instante, la joven era objeto de la atención, no sólo del patio de butacas, sino de toda la sala; las mujeres se asomaban desde los palcos para ver brillar bajo la luz de las lámparas esa cascada de diamantes.

El segundo acto transcurrió en medio de ese rumor sordo que indica, entre las masas reunidas, un gran acontecimiento. A nadie se le ocurrió exigir silencio. Esa mujer, tan joven, tan bella, tan resplandeciente, era el más curioso espectáculo que se pudiera presenciar.

Esta vez, un gesto de la señora de Danglars indicó claramente a Albert que la baronesa deseaba que fuera a verlas en el entreacto siguiente.

Morcerf tenía demasiado buen gusto como para hacerse esperar cuando se le indicaba claramente que era esperado. Terminado el acto, se apresuró, pues, a subir al palco del proscenio.

Saludó a las damas y dio la mano a Debray.

La baronesa le acogió con una encantadora sonrisa, y Eugénie con su frialdad habitual.

—A fe mía, querido amigo —dijo Debray—, aquí tiene usted a un hombre agotado y que le pide ayuda para que le releve. La señora me abrumba a preguntas sobre el conde, y quiere que yo sepa dónde está, de dónde viene y adónde va; a fe mía que yo no soy Cagliostro, y para salir de apuros le he dicho: «pregunte todo eso a Morcerf, él conoce a su Montecristo como la palma de la mano»; entonces le hemos llamado a usted.

—¿No es increíble —dijo la baronesa— que teniendo a su disposición medio millón de fondos reservados no esté mejor informado que todo eso?

—Señora —dijo Lucien—, le ruego que crea que si yo tuviera medio millón a mi disposición, lo emplearía en otra cosa que no fuera informarme sobre el señor de Montecristo, que no tiene más mérito, a mi entender, que el de ser dos veces más rico que un nabab; pero cedo la palabra a mi amigo Morcerf; arrégleselas con él, a mí no me concierne.

—Desde luego que un nabab no me hubiera enviado un par de caballos de treinta mil francos, con cuatro diamantes en las orejeras de cinco mil francos cada uno.

—¡Oh! Los diamantes —dijo riendo Morcerf— son su manía. Creo que, como Potemkin, siempre tiene alguno en sus bolsillos, y que los va sembrando por el camino, como hacía Pulgarcito con las piedrecitas.

—Habrá encontrado alguna mina —dijo la señora Danglars—; ¿sabe que tiene un crédito ilimitado con la casa del barón?

—No, no lo sabía —respondió Albert—, pero así será.

—¿Y que dijo al señor Danglars que contaba con quedarse un año en París y gastarse en ese tiempo seis millones?

—Es el sah de Persia que viaja de incógnito.

—Y esa mujer, señor Lucien —dijo Eugénie—, ¿ha visto usted qué guapa es?

—De verdad, señorita, que no conozco a nadie más que a usted que sea tan justa con las personas de su mismo sexo.

Lucien se acercó el monóculo al ojo.

—¡Encantadora! —dijo.

—Y esa mujer, ¿el señor Morcerf sabe quién es?

—Señorita —dijo Albert, respondiendo a esa interpelación casi directa—, lo sé más o menos, como todo lo que concierne al personaje misterioso que nos ocupa. Esa mujer es una joven griega.

—Eso se ve fácilmente por su indumentaria, usted no me dice nada que no sepa ya toda la sala.

—Pues siento ser un cicerone tan ignorante, pero debo confesar que hasta ahí llegan todos mis conocimientos; sé, además, que es amante de la música, pues, un día que desayuné en casa del conde, oí el sonido de una guzla que no podía venir sino de ella.

—¿Así que recibe, su conde? —preguntó la señora Danglars.

—Y esplendorosamente, se lo juro.

—Tengo que exigir a Danglars que le invite a alguna cena, a algún baile, para que él nos invite a su vez.

—¡Cómo! ¿Iría usted a su casa? —dijo Debray riendo.

—¿Por qué no? ¡Con mi marido!

—Pero está soltero, ese misterioso conde.

—Ya ve usted que no —dijo riendo a su vez la baronesa, señalando a la hermosa griega.

—Esa mujer es su esclava, por lo que nos dijo él mismo, ¿lo recuerda, Morcerf? En su almuerzo.

—Convenga, mi querido Lucien —dijo la baronesa—, que tiene más bien el aspecto de una princesa.

—Una princesa de *Las mil y una noches*.

—De *Las mil y una noches*, no digo que no; ¿pero qué es lo que hace a una princesa, querido? Son los diamantes, y esta va cubierta de ellos.

—Lleva incluso demasiados —dijo Eugénie—; sería más bella sin ellos, pues se le verían el cuello y los brazos, que tienen una forma encantadora.

—¡Oh! ¡Ya salió la artista! Vaya —dijo la señora Danglars—, ¿la ven cómo se apasiona?

—Yo amo todo lo que es bello —dijo Eugénie.

—¿Pues entonces qué dice usted del conde? —dijo Debray—. Me parece que tampoco está mal.

—¿El conde? —dijo Eugénie, como si no hubiera aún ni pensado en mirarle—. El conde está muy pálido.

—Justamente —dijo Morcerf—, en esa palidez está el secreto que buscamos. La condesa G... pretende, usted ya lo sabe, pretende que es un vampiro.

—¿Es que la condesa G... ha vuelto a París? —preguntó la baronesa.

—Está en ese palco lateral —dijo Eugénie—, casi enfrente de nosotros, madre; esa mujer de admirables cabellos rubios, es ella.

—¡Oh! Sí —dijo la señora Danglars—; ¿sabe lo que debería hacer usted, Morcerf?

—Ordene, señora.

—Debería ir usted a hacer una visita a su conde de Montecristo y traérmelo.

—¿Para qué? —dijo Eugénie.

—Pues para hablar con él; ¿no tienes curiosidad por verle?

—En absoluto.

—¡Qué niña más rara! —murmuró la baronesa.

—¡Oh! —dijo Morcerf—, seguramente vendrá por sí mismo. Mire, la ha visto, señora, y la saluda.

La baronesa devolvió al conde el saludo, acompañado de una encantadora sonrisa.

—Vamos —dijo Morcerf—, me sacrifico; las dejo y voy a ver si hay algún modo de hablar con él.

—Vaya a su palco; es bien sencillo.

—Pero no he sido presentado.

—¿A quién?

—A la hermosa griega.

—Es una esclava, dijo usted.

—Sí, pero usted pretende que es una princesa... No, espero que, cuando me vea salir, él salga.

—Es posible. Vaya.

—Ya voy.

Morcerf saludó y salió. Efectivamente, en el momento en el que pasaba por delante del palco del conde, la puerta se abrió; el conde dijo unas palabras en árabe a Alí, que hacía guardia en el corredor, y cogió el brazo de Morcerf.

Alí volvió a cerrar la puerta, y se mantuvo de pie ante ella; en el corredor había un montón de gente alrededor del nubio.

—De verdad —dijo Montecristo—, que su París es una extraña ciudad, y sus parisinos, un pueblo singular. Se diría que es la primera vez que ven a un nubio. Míreles cómo se amontonan alrededor de ese pobre Alí, que no sabe lo que eso significa. Le respondo de una cosa, por ejemplo, y es que un parisino puede ir a Túnez, a Constantinopla, a Bagdad o al Cairo, y nadie haría un círculo a su alrededor.

—Es que sus orientales son gentes sensatas, y que sólo observan lo que merece ser observado; pero, créame, Alí no goza de esa popularidad más que porque le pertenece a usted, y porque usted es el hombre de moda en este momento.

—¿De verdad?, ¿y a qué se debe ese favor?

—¡Pardiez! A usted mismo. Usted regala tiros de caballos de dos mil luises; salva la vida a mujeres de fiscales del rey; inscribe en las carreras, bajo el nombre de *major Brack*, a caballos pura sangre y jockeys delgados como titís; finalmente gana usted copas de oro, y se las envía a hermosas mujeres.

—¿Y quién diablos le ha contado todas esas locuras?

—¡Hombre! La primera, la señora Danglars, que se muere de ganas de que la visite en su palco o, más bien, ya le ve a usted en él; la segunda, el periódico de Beauchamp; y la tercera, mi propia imaginación. ¿Por qué llama usted a su caballo *Vampa*, si quiere mantener el incógnito?

—¡Ah! Es cierto —dijo el conde—, es una imprudencia. Pero, dígame, ¿es que el conde de Morcerf no viene algunas veces a la Ópera? Le he buscado y no le veo en ningún sitio.

—Vendrá a lo largo de la sesión.

—¿Dónde estará?

—En el palco de la baronesa, creo.

—¿Esa encantadora personita que está con ella es su hija?

—Sí.

—Le felicito.

Morcerf sonrió.

—Ya hablaremos en detalle más tarde —dijo—. ¿Qué le parece la música?

—¿Qué música?

—Pues la que acaba usted de oír.

—Digo que es una muy hermosa música para ser música compuesta por un compositor humano y cantada por aves de dos pies y sin plumas, como decía el difunto Diógenes.

—¡Ah, vaya! Mi querido conde, pues se diría que usted fuera capaz de oír, a su capricho, los siete coros del Paraíso.

—Pues es un poco eso. Cuando quiero oír música admirable, señor vizconde, música como jamás oído humano haya escuchado, entonces, duermo.

—Pues bien, entonces está usted de maravilla aquí; duerma, mi querido conde, duerma, la ópera no ha sido inventada para otra cosa.

—No, de verdad, su patio de butacas hace demasiado ruido. Para que yo duerma con el sueño del que le hablo, necesito la calma y el silencio, y además un cierto preparado...

—¡Ah! ¿El famoso hachís?

—Justamente, vizconde, cuando usted quiera oír música, venga a cenar conmigo.

—Pero ya oí música cuando fui a almorzar —dijo Morcerf.

—¿En Roma?

—Sí.

—¡Ah! Era la guzla de Haydée. Sí, la pobre exiliada se entretiene a veces tocando las melodías de su país.

Morcerf no insistió más; por su parte, el conde guardó silencio.

En ese momento sonó el timbre.

—¿Me disculpa? —dijo el conde volviendo a su palco.

—¡Claro!

—Llévese un saludo para la condesa G... de parte de su vampiro.

—¿Y para la baronesa?

—Dígale que tendré el honor, si me permite, de ir a presentarle mis respetos a lo largo de la velada.

El tercer acto comenzó. Durante el tercer acto, llegó el conde de Morcerf, como había prometido, para reunirse con la señora Danglars.

El conde no era uno de esos hombres que causen un gran revuelo en una sala, así que nadie se apercibió de su llegada más que los del palco donde el conde se acomodó.

Sin embargo, Montecristo le vio, y una ligera sonrisa afloró a sus labios.

En cuanto a Haydée, no veía nada mientras el telón estuviera levantado; como todas las naturalezas primitivas, ella adoraba todo lo que habla al oído y a la vista.

El tercer acto transcurrió como de costumbre: las señoritas Noblet, Julie y Leroux ejecutaron sus trenzados de danza ordinarios; el príncipe de Granada fue desafiado por Robert-Mario; finalmente, el majestuoso rey que ustedes saben dio la vuelta a la sala para mostrar su capa de terciopelo, llevando a su hija de la mano; después cayó el telón, y la sala se extendió enseguida por el *foyer* y por los pasillos.

El conde salió de su palco, y un instante después apareció en el de la baronesa Danglars.

La baronesa no pudo evitar un grito de sorpresa ligeramente mezclado de alegría.

—¡Ah! ¡Pase, señor conde! —exclamó—. Pues de verdad que estaba deseosa de unir mi agradecimiento verbal a las gracias que ya le di por escrito.

—¡Oh! Señora —dijo el conde—, ¿todavía recuerda esa miseria? Yo ya lo había olvidado.

—Sí, pero lo que no se olvida, señor conde, es que al día siguiente usted salvó a mi buena amiga, la señora de Villefort, del peligro que corría con esos mismos caballos.

—Esta vez de nuevo, señora, no merezco su agradecimiento; fue Alí, mi nubio, quien tuvo el honor de prestar a la señora de Villefort ese eminente servicio.

—¿Y también fue Alí —dijo el conde de Morcerf—, quien rescató a mi hijo de los bandidos romanos?

—No, señor conde —dijo Montecristo estrechando la mano que el general le tendía—, no; esta vez acepto las gracias para mí, pero ya me las había usted dado, y yo las había aceptado, y de verdad, me avergüenzo de verle tan agradecido. Así que, hágame el honor, se lo ruego, señora baronesa, de presentarme a la señorita, su hija.

—¡Oh! Ya está usted presentado, al menos de nombre, pues desde hace dos o tres días no hablamos más que de usted. Eugénie —continuó la baronesa dirigiéndose a su hija—: ¡el señor conde de Montecristo!

El conde hizo una inclinación; la señorita Danglars hizo un ligero movimiento de cabeza.

—Está usted con una persona admirable, señor conde —dijo Eugénie—; ¿es su hija?

—No, señorita —dijo Montecristo, asombrado por esa extremada ingenuidad o ese aplomo sorprendente—, es una pobre joven griega de quien soy tutor.

—¿Y se llama?...

—Haydée —respondió Montecristo.

—¡Una griega! —murmuró el conde de Morcerf.

—Sí, conde —dijo la señora Danglars—; y dígame si vio alguna vez en la corte de Ali-Tebelin, a quien sirvió tan gloriosamente, un vestido tan admirable como el que tenemos delante de nuestros ojos.

—¡Ah! —dijo Montecristo—. ¿Usted sirvió en Janina, señor conde?

—Fui general-inspector de las tropas del pachá —respondió Morcerf—, y mi poca fortuna, no lo oculto, viene de la generosidad del ilustre jefe albanés.

—¡Miren, miren! —insistió la señora Danglars.

—¿Dónde? —balbuceó Morcerf.

—¡Mire! —dijo Montecristo.

Y rodeando al conde con su brazo, se asomó hacia fuera del palco.

En ese momento, Haydée, que buscaba con la mirada al conde, vio su cara pálida cerca de la del señor de Morcerf, a quien rodeaba con el brazo.

Esta vista produjo en la joven el efecto de la cabeza de la Medusa; se impulsó hacia adelante como para devorar a ambos con la mirada, después, casi enseguida, se echó hacia atrás con un débil grito, que sin embargo fue oído por las personas que estaban más cerca de ella y por Alí, que enseguida abrió la puerta.

—Vaya —dijo Eugénie—, ¿qué es lo que le ocurre a su pupila, señor conde? Parece que se encuentra mal.

—En efecto —dijo el conde—, pero no se asuste, señorita; Haydée es muy nerviosa y en consecuencia muy sensible a los olores: un perfume que le resulte antipático basta para provocarle un desmayo; pero —añadió el conde sacando un frasco del bolsillo—, aquí tengo el remedio.

Y después de saludar a la baronesa y a su hija con un mismo y único saludo, intercambió un apretón de manos con el conde y con Debray, y salió del palco de la señora Danglars.

Cuando entró en el suyo, Haydée estaba aún muy pálida; en cuanto el conde entró, Haydée le cogió la mano.

Montecristo comprobó que las manos de la joven estaban húmedas y heladas a la vez.

—¿Con quién estabas hablando, mi señor? —preguntó la joven.

—Pues con el conde de Morcerf, que estuvo al servicio de tu ilustre padre, y que confiesa que le debe su fortuna.

—¡Ah! ¡El miserable! —exclamó Haydée—. Fue él quien le vendió a los turcos; y esa fortuna es el precio de su traición. ¿Es que no sabías eso, mi querido señor?

—Ya había oído algo de esa historia en el Epiro —dijo Montecristo—, pero ignoro los detalles. Ven, hija mía, tú me los contarás, debe ser algo curioso.

—¡Oh! Vamos, vámonos; me parece que voy a morir si me quedo más tiempo frente a ese hombre.

Y Haydée se levantó rápidamente, se envolvió en un albornoz de cachemira blanco, bordado de perlas y de coral, y salió rápidamente en el momento en el que se levantaba el telón.

—¡Mire cómo ese hombre nunca obra como los demás! —dijo la condesa G... a Albert, que había vuelto junto a ella—; escucha religiosamente el tercer acto de *Robert le Diable*, y se va en el momento en el que va a empezar el cuarto.

Capítulo LIV

Cotizaciones bursátiles

Algunos días después de este encuentro, Albert de Morcerf vino a visitar al conde de Montecristo en su casa de los Champs-Élysées, que ya había adquirido ese aspecto de palacio que el conde, gracias a su inmensa fortuna, daba a sus viviendas, incluso a las más pasajeras.

Venía a renovarle el agradecimiento de la señora Danglars, aunque esta ya le había enviado una carta firmada por la baronesa de Danglars, de soltera Herminie de Servieux.

Albert venía acompañado de Lucien Debray, quien unió a las palabras de su amigo algunos cumplidos que no eran oficiales, sin duda, pero cuya fuente era fácil de adivinar por parte del conde, gracias a la agudeza de su buen ojo.

Le pareció, incluso, que Lucien venía a verle movido por un doble sentimiento de curiosidad, y que la mitad de ese sentimiento emanaba de la calle Chaussee-d'Antin. En efecto, el conde podía suponer, sin temor a equivocarse, que la señora Danglars, no pudiendo conocer por sus propios ojos el hogar de un hombre que regalaba caballos de treinta mil francos, y que iba a la ópera con una esclava griega que lucía un millón de

diamantes, había encargado a esos ojos, a través de los cuales tenía costumbre de ver, que la informasen sobre dicho hogar.

Pero el conde simuló no tener la menor sospecha de la correlación entre la visita de Lucien y la curiosidad de la baronesa.

—¿Usted tiene bastante relación con el barón Danglars? —le preguntó a Albert de Morcerf.

—Pues sí, señor conde, usted sabe lo que le he contado.

—¿Entonces ese asunto se mantiene?

—Más que nunca —dijo Lucien—; es cosa hecha.

Y Lucien, juzgando sin duda que esas palabras mezcladas en la conversación le daban derecho a permanecer al margen, se colocó su monóculo de concha en el ojo y, mordisqueando el pomo de oro de su bastón, se puso a pasear por la sala contemplando las armas y los cuadros.

—¡Ah! —dijo Montecristo—. Pues oyéndole a usted nunca hubiera creído en una resolución tan rápida.

—¡Qué quiere usted! Las cosas marchan de todas formas; mientras que uno no piensa en ellas, ellas piensan en uno; y cuando uno se quiere dar cuenta, se asombra del camino que ya han recorrido. Mi padre y el señor Danglars sirvieron juntos en España: mi padre en el ejército, y el señor Danglars en la Intendencia. Fue allí cuando mi padre, arruinado por la Revolución, y el señor Danglars, que nunca había tenido patrimonio, fijaron los cimientos: mi padre de su fortuna política y militar, que es buena; el señor Danglars, de su fortuna política y financiera, que es admirable.

—Sí, en efecto —dijo Montecristo—, creo que, en la visita que le hice, el señor Danglars me habló de eso; y —continuó mirando de soslayo a Lucien, que hojeaba un álbum— la señorita Eugénie es muy guapa, pues creo recordar que se llama Eugénie, ¿no?

—Muy guapa, o mejor dicho, muy bella —respondió Albert—, pero de una belleza que no sé apreciar. ¡Soy un desagradecido!

—¡Usted habla como si ya fuera su marido!

—¡Oh! —dijo Albert, mirando alrededor para ver lo que a su vez hacía Lucien.

—¿Sabe usted —dijo Montecristo bajando la voz— que no me parece usted muy entusiasta de ese matrimonio?

—La señorita Danglars es demasiado rica para mí —dijo Morcerf—, y eso me asusta.

—¡Bah! —dijo Montecristo—. Esa no es una buena razón, ¿no es usted también rico?

—Mi padre posee aproximadamente unas cincuenta mil libras de renta, y tal vez me dé diez o doce mil al casarme.

—El hecho es que es una cantidad modesta —dijo el conde—, sobre todo en París; pero no todo es riqueza en este mundo, y no está mal algo como un buen nombre y una alta posición social. Su nombre es célebre, su posición, magnífica, y además el conde de Morcerf es un soldado, y gusta ver cómo se alían esa integridad de Bayard a la pobreza de Duguesclin; el desinterés es el más hermoso rayo de sol que pueda brillar en una noble espada. A mí, al contrario, esa unión me parece de lo más conveniente: ¡la señorita Danglars le enriquecerá, y usted la ennoblecerá!

Albert movió la cabeza y se quedó pensativo.

—Hay todavía una cosa más —dijo.

—Confieso —repuso Montecristo— que me cuesta trabajo comprender esa repugnancia por una joven rica y bella.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Morcerf—. Esa repugnancia, si la hubiera, no viene solamente por mi parte.

—¿Pues, de dónde le viene, entonces? Pues usted dijo que su padre de usted deseaba ese matrimonio.

—Por parte de mi madre, y mi madre tiene una visión de las cosas prudente y segura. Pues bien, no sonrío ante esa unión; tiene yo no sé qué prevención contra los Danglars.

—¡Oh! —dijo el conde con un tono un poco forzado—. Eso se entiende; la señora condesa de Morcerf, que es la distinción, la aristocracia y la delicadeza en persona, duda un poco en tocar la mano plebeya, basta y brutal: es natural.

—No sé si es eso, en efecto —dijo Albert—; pero lo que sé es que me parece que ese matrimonio, si llega a hacerse, la hará muy desgraciada. Ya

teníamos que habernos reunido para hablar de esos asuntos hace seis semanas; pero he tenido tantas migrañas...

—¿Reales? —dijo el conde sonriendo.

—¡Oh! Muy reales, el miedo sin duda..., así que retrasamos el encuentro dos meses más. No hay prisa, comprende; yo no tengo todavía veintiún años, y Eugénie sólo tiene diecisiete; pero los dos meses expiran la semana próxima. Habrá que decidirse. Usted no puede imaginar, mi querido conde, qué confundido estoy... ¡Ah! ¡Qué suerte tiene usted de ser libre!

—¡Pues bien! Sea usted libre también; quién se lo impide, me pregunto.

—¡Oh! Sería una gran decepción para mi padre si no me caso con la señorita Danglars.

—¡Entonces, cácese! —dijo el conde con un singular movimiento de hombros.

—Sí —dijo Morcerf—; pero para mi madre no sería una decepción, sino un verdadero dolor.

—Entonces no se case —dijo el conde.

—Ya veremos, ya intentaré algo, usted me aconsejará, ¿no es así?, y si es posible, usted me sacará de este apuro. ¡Oh! Para no causar un dolor a mi maravillosa madre, tendré que enfadarme con el conde, creo.

Montecristo se dio la vuelta; parecía afectado.

—¡Eh! —dijo a Debray, sentado en un hondo sillón al fondo del salón, y que tenía en la mano derecha un lápiz y en la izquierda una libreta—. ¿Qué está haciendo? ¿Un croquis copiando ese Poussin?

—¿Yo? —dijo tranquilamente—. ¡Oh! ¡Pues sí! ¡Me gusta demasiado la pintura como para eso! No, no, hago todo lo contrario al arte de la pintura; hago números.

—¿Números?

—Sí, estoy calculando; eso le concierne indirectamente, vizconde; calculo lo que la casa Danglars ha ganado en esta última alza de Haití: de doscientos seis, el fondo ha subido a cuatrocientos nueve en tres días, y el prudente banquero había comprado mucho a doscientos seis. Ha debido ganar unas trescientas mil libras.

—Y no es su mejor golpe —dijo Morcerf—; ¿no ha ganado un millón este año con los bonos de España?

—Escuche, mi querido Lucien, aquí está el señor conde de Montecristo que le dirá lo que dicen los italianos:

Danaro e santia

Metà della Metà^[1].

»Y todavía es mucho. Así que cuando me cuentan historias como esa, me encojo de hombros.

—¿Pero, hablaba usted de Haití? —dijo Montecristo.

—¡Oh! Haití, es otra cosa; Haití es en la especulación francesa lo que el *ecarté* en los juegos de baraja. A uno le puede gustar el *cacho*, adorar el *whist*, o morir por el *bostón*, y sin embargo, puede cansarse de todo eso y volver siempre al *ecarté*: es como un aperitivo. Así el señor Danglars vendió ayer a cuatrocientos seis y se embolsó trescientos mil francos; si hubiera esperado a hoy, que el fondo recayó a doscientos cinco, en lugar de ganar trescientos mil francos, hubiera perdido veinte o veinticinco mil.

—¿Y por qué el fondo cayó de cuatrocientos nueve a doscientos cinco? —preguntó Montecristo—. Lo siento, pero soy un gran ignorante en todas esas intrigas de la Bolsa.

—Porque —respondió riendo Albert—, las noticias aparecen y desaparecen y no se parecen entre sí.

—¡Ah! Diablos —dijo el conde—, el señor Danglars juega a ganar o a perder trescientos mil francos en un día. ¡Ah, vaya! ¿Así que es enormemente rico?

—¡No es él el que juega! —exclamó con viveza Lucien—, es la señora Danglars; es realmente intrépida.

—Pero usted, que es razonable, Lucien, y además conoce la poca estabilidad de las noticias, puesto que usted está en la misma fuente de ellas, debería usted impedírselo —dijo Morcerf con una sonrisa.

—¿Cómo podría yo hacerlo si su marido no lo consigue? —preguntó Lucien—. Usted conoce el carácter de la baronesa; nadie tiene influencia sobre ella, ella hace siempre lo que quiere.

—¡Oh! ¡Si yo estuviera en su lugar, Lucien! —dijo Albert.

—¡Y bien!

—Yo la curaría; sería un favor que debería a su futuro yerno.

—¿Y cómo lo haría?

—¡Ah, pardiez! Es bien fácil, yo le daría una lección.

—¿Una lección?

—Sí. Su posición de secretario del ministro le da una gran autoridad en lo referente a las noticias; en cuanto usted abre la boca, los agentes de cambio y bolsa estenografían rápidamente sus palabras; hágale usted perder unos centenares de miles de francos una y otra vez, y eso la hará prudente.

—No entiendo —balbuceó Lucien.

—Es, sin embargo, claro —respondió el joven con una ingenuidad que no tenía nada de afectada—; anúnciele un buen día algo inaudito, una noticia que llega por el telégrafo y que sólo usted puede saber; que Enrique IV, por ejemplo, fue visto ayer en casa Gabrielle; eso hará subir los fondos, ella invertirá una buena cantidad en la Bolsa, y perderá, con toda certeza, cuando, al día siguiente, Beauchamp escriba en su periódico: «fue un error que gente bien informada pretendiese haber visto al rey Enrique IV antes de ayer en casa Gabrielle; ese hecho es completamente inexacto; el rey Enrique IV no se movió del Pont-Neuf».

Lucien se puso a reír de labios para afuera.

Montecristo, aunque indiferente en apariencia, no se había perdido ni una palabra de esa conversación, y su mirada aguda había incluso creído leer un secreto en la incomodidad del secretario particular.

Resultó que a raíz de ese incomodo, que a Albert se le había escapado completamente, Lucien abrevió su visita.

Evidentemente se sentía a disgusto. El conde, al acompañarle, le dijo algunas palabras en voz baja, a las que Lucien respondió:

—Con mucho gusto, señor conde, acepto.

El conde volvió junto al joven Morcerf.

—¿No cree usted, pensándolo un poco, que, delante del señor Debray, no ha debido usted hablar, como lo ha hecho, de su suegra?

—Por Dios, conde, se lo ruego, no aplique ese nombre por adelantado.

—¿De verdad, y sin exageración, la condesa se opone hasta ese punto al matrimonio?

—Hasta el punto de que la baronesa viene en muy raras ocasiones a casa, y que mi madre, creo que no ha estado dos veces en su vida en casa de la señora Danglars.

—Entonces —dijo el conde—, me atrevo a hablar a corazón abierto: el señor Danglars es mi banquero, el señor de Villefort me ha colmado de atenciones en agradecimiento a un servicio que un feliz azar me puso en condiciones de prestarle. Adivino, pues, por todo esto una avalancha de cenas y de saraos. Ahora bien, para que no parezca que envuelvo todo fastuosamente, e incluso para tener el mérito de tomar la delantera, si usted quiere, he proyectado reunir en mi casa de campo de Auteuil a los señores Danglars, y a los señores de Villefort. Si yo le invito a usted a esa cena, así como al conde y a la condesa de Morcerf, ¿no tendría todo el aspecto de una reunión prematrimonial o, al menos, la señora condesa de Morcerf no lo vería como tal, sobre todo si el señor barón Danglars me hace el honor de traer también a su hija? Entonces su madre de usted me cogerá manía, y yo no quiero de ninguna manera que sea así; por el contrario, quiero, y dígaselo cuantas veces se presente la ocasión, quiero que me considere siempre lo mejor posible.

—A fe mía, conde —dijo Morcerf—, le agradezco que use conmigo esa franqueza, acepto excluirme como usted propone. Usted dice que quiere que mi madre le considere lo mejor posible, y así es, su opinión, respecto a usted, es maravillosa.

—¿Usted cree? —dijo Montecristo con interés.

—¡Oh! Estoy seguro. Cuando usted nos dejó el otro día, hablamos de usted una hora seguida; pero vuelvo a lo que decíamos. Pues bien, si mi madre pudiera saber esa atención de su parte, y yo me encargaré de decírselo, estoy seguro de que le estaría agradecida a no poder más. Es cierto que, por el contrario, mi padre estaría furioso.

El conde se echó a reír.

—Pues bien —dijo a Morcerf—, ya está usted avisado. Pero, ahora que lo pienso, no solamente su padre estará furioso, sino que el señor y la señora Danglars van a considerarme un hombre de muy malas maneras. Saben que yo le veo a usted con frecuencia, que es usted el amigo más antiguo que tengo en París, ¡y, sin embargo, no estaría usted en la cena!

Me preguntarán por qué no le he invitado. Piense, al menos, en procurarse como excusa, un ineludible compromiso anterior, que tenga algún viso de probabilidad, y que usted me comunicará por medio de una nota. Ya sabe usted, con los banqueros sólo los escritos cuentan.

—Haré algo mejor que eso, señor conde —dijo Albert—. Mi madre quiere ir a respirar el aire del mar. ¿Qué día será su cena?

—El sábado.

—Estamos a martes, bien; mañana por la tarde, nos vamos; pasado mañana estaremos en Tréport. ¿Sabe usted, señor conde, que es usted un hombre encantador haciendo que la gente se sienta a gusto?

—¡Yo! De verdad que me considera usted mucho más de lo que valgo; lo único que deseo es ser agradable, eso es todo.

—¿Qué día va a hacer las invitaciones?

—Hoy mismo.

—¡Bien! Corro a casa del señor Danglars, le comunico que dejamos París mañana, mi madre y yo. Yo no le he visto a usted, en consecuencia, no sé nada de su cena.

—¡Está usted loco! ¡Y el señor Debray, que acaba de verle en mi casa!

—¡Ah! Es cierto.

—Al contrario, yo le he visto a usted y le he invitado sin ceremonia alguna, y usted me respondió ingenuamente que no podía aceptar porque se iban a Tréport.

—Bien, ya está. ¿Pero vendrá usted a ver a mi madre antes de mañana?

—¿Antes de mañana? Es difícil; además, no quiero caer en medio de los preparativos del viaje.

—Pues bien, haga algo mejor aún; usted era un hombre encantador, así será un hombre adorable.

—¿Y que tengo que hacer para llegar a esos extremos de lo sublime?

—¿Lo que tiene que hacer?

—Eso le pregunto.

—Hoy está usted libre como el aire; venga a cenar conmigo: estaremos en *petit comité*, usted, mi madre y yo, solamente. Apenas si usted ha visto a mi madre; pues así la verá de cerca. Es una mujer muy destacable, y sólo lamento una cosa, y es que no exista nada igual con veinte años menos; si

fuera así, pronto habría, se lo juro, una condesa y una vizcondesa de Morcerf. En cuanto a mi padre, no estará en casa: tiene comisión esta noche y cena en casa del firmante principal. Venga, charlaremos de viajes. Usted, que ha visto el mundo entero, nos contará sus aventuras; nos contará la historia de esa hermosa griega que estaba la otra noche con usted en la Ópera, esa joven a la que llama usted esclava, pero a la que trata como a una princesa. Hablaremos italiano y español. Vamos, acepte; mi madre se lo agradecerá.

—Mil gracias —dijo el conde—; la invitación es de lo más gentil por su parte, y lamento de verdad no poder aceptarla. No soy tan libre como usted piensa, pues, bien al contrario, tengo una cita de la mayor importancia.

—¡Ah! Cuidado; usted me ha enseñado hace un momento cómo, en asuntos de cenas, uno se las quita de encima sin más. Necesito una prueba. Felizmente no soy banquero como el señor Danglars, pero, le prevengo, soy tan incrédulo como él.

—Pues entonces se la daré —dijo el conde.

Y llamó.

—¡Mmm! —dijo Morcerf—, ya van dos veces que usted se niega a comer con mi madre. Es un prejuicio, conde.

Montecristo se sobresaltó.

—¡Oh! Usted no lo cree así —dijo—; además aquí llega la prueba.

Baptistin entró y se quedó junto a la puerta, de pie, esperando.

—¿Yo no estaba advertido de su visita, no?

—¡Hombre! Es usted un hombre tan extraordinario que no sabría qué decirle.

—Yo no podía adivinar, al menos, que usted me invitaría a cenar.

—¡Oh! En cuanto a eso, es probable.

—Y bien, escuche, Baptistin... ¿qué le dije esta mañana cuando le llamé al gabinete de trabajo?

—Que cerrase las puertas del señor conde en cuanto dieran las cinco de la tarde.

—¿Y además?

—¡Oh! Señor conde... —dijo Albert.

—No, no, quiero deshacerme totalmente de esa reputación de misterio que usted me ha dado, mi querido vizconde. Es demasiado difícil representar eternamente el Manfredo. Quiero vivir en una casa de cristal. Y además... continúe, Baptistin.

—Y además, sólo recibir al señor mayor Bartolomeo Cavalcanti y a su hijo.

—Lo que oye, el señor mayor Bartolomeo Cavalcanti, un hombre de la más antigua nobleza de Italia, y de la que Dante se tomó el trabajo de ser su Hozier...^[2], usted recuerda, o no, en el canto x del *Infierno*; además, su hijo, un apuesto joven de su edad, más o menos, vizconde, con el mismo título que usted, y que hace su entrada en el mundo parisino con los millones de su padre. El mayor me trae esta tarde a su hijo Andrea, *il contino*, como decimos en Italia. Me lo confía. Yo le apoyaré, si tiene cualidades. Usted me ayudará, ¿no?

—¡Sin duda! ¿Es entonces un viejo amigo suyo, ese mayor Cavalcanti? —preguntó Albert.

—En absoluto, es un noble señor, muy educado, muy modesto, muy discreto, como hay cientos en Italia; descendientes de viejas familias. Le he visto varias veces, ya fuera en Florencia, o en Bolonia o en Lucca, me avisó de su llegada. Las amistades de viajes son muy exigentes; reclaman de uno, en cualquier lugar, la amistad que se les testimonió una vez por azar, ¡como si el hombre civilizado, que sabe vivir una hora con cualquiera, no siguiera teniendo su reserva mental! Este buen mayor Cavalcanti quiere ver de nuevo París, que sólo vio una vez, de pasada, bajo el imperio, cuando iba hacia Moscú, a quedarse congelado. Le daré una buena cena, me dejará a su hijo; yo le prometeré cuidar de él, le dejaré hacer todas las locuras que se le ocurran, y estaremos en paz.

—¡De maravilla! —dijo Albert—. Ya veo que es usted un valioso mentor. Entonces, adiós, estaremos de vuelta el domingo. A propósito, he recibido noticias de Franz.

—¡Ah! ¿De verdad? —dijo Montecristo—. ¿Y sigue contento en Italia?

—Pienso que sí; sin embargo, le echa a usted de menos. Dice que usted era el sol de Roma, y que, sin usted, el cielo está gris. No sé si incluso

llega a decir que, además, llueve.

—Vaya, ¿por fin ha entrado en razón, respecto a mí?

—Al contrario, persiste en creer que es usted un ser imaginario de por sí; por eso le echa de menos.

—¡Qué joven tan encantador! —dijo Montecristo—. Y siento por él la mayor simpatía desde aquella noche que buscaba una cena cualquiera y tuvo a bien aceptar la mía. ¿Creo que es el hijo del general d'Épinay?

—Justamente.

—¿El mismo que fue tan miserablemente asesinado en 1815?

—Por los bonapartistas.

—¡Eso es! ¡Oh, me encanta ese muchacho! ¿No tiene, también él, proyectos de matrimonio?

—Sí, debe casarse con la señorita de Villefort.

—¿Es cierto?

—Sí, como yo debo casarme con la señorita Danglars —repuso Albert riendo.

—Se ríe, usted...

—Sí.

—¿Y por qué se ríe usted?

—Me río porque me parece ver, por su parte, la misma simpatía por el matrimonio que la que tengo yo por el mío con la señorita Danglars. Pero, bueno, señor conde, hablamos de mujeres como las mujeres hablan de los hombres; ¡es imperdonable!

Albert se levantó.

—¿Se va usted?

—¡Vaya una pregunta! ¡Hace dos horas que le aburro y tiene usted la delicadeza de preguntarme si me voy! De verdad, conde, es usted el hombre más educado de la tierra. Y sus criados, ¡qué bien están enseñados! ¡Sobre todo el señor Baptistin! Los míos se parecen todos a los del teatro francés, que, justamente porque sólo tienen que decir una palabra, salen al escenario a decir siempre la misma. De modo que si alguna vez quiere deshacerse del señor Baptistin, se lo pido el primero.

—De acuerdo, vizconde.

—Y no es todo; espere: transmita mis respetos a su discreto señor de Lucca, al signor Cavalcante dei Cavalcanti; y si por casualidad quiere situar bien a su hijo, encuéntrele una mujer bien rica, por parte de madre, al menos, y bien baronesa por parte de padre. Yo le ayudo a buscarla.

—¡Oh!, ¡oh! —respondió Montecristo—. ¿De verdad que sigue usted en sus trece?

—A fe mía que no juraría que no. ¡Ah! Conde —exclamó Morcerf—, qué buen servicio me prestaría usted, y cómo le estimaría cien veces más si, gracias a usted, yo pudiese seguir siendo soltero, aunque no fuese más que por otros diez años.

—Todo se andará —respondió con seriedad Montecristo.

Y, despidiéndose de Albert, entró de nuevo y llamó al timbre tres veces.

Bertuccio apareció.

—Señor Bertuccio —dijo—, sabrá usted que recibo el sábado en la casa de Auteuil.

Bertuccio se estremeció ligeramente.

—Bien, señor —dijo.

—Le necesito a usted —continuó el conde— para que todo esté preparado adecuadamente. Esa casa es muy hermosa, o al menos podría serlo.

—Habrá que cambiar todo para llegar a eso, señor conde. La pintura está muy deteriorada.

—Cambie entonces todo, a excepción de una sola habitación, el dormitorio de damasco rojo: déjelo absolutamente como está.

Bertuccio hizo una leve inclinación.

—Tampoco toque el jardín; pero con el patio, por ejemplo, haga lo que quiera; será incluso agradable que esté irreconocible.

—Haré todo lo que pueda para que el señor conde esté contento; sin embargo, estaría más seguro si el señor conde quisiera decirme sus intenciones para esa cena.

—De verdad, mi querido señor Bertuccio —dijo el conde—, que desde que estamos en París está usted un poco fuera de tono, tembloroso; ¿pero, es que ya no me conoce?

—¡Pero, en fin, Su Excelencia podría decir a quién va a recibir!

—Aún no estoy seguro, y usted tampoco necesita saber más. «Lúculo cena con Lúculo», eso es todo³¹.

Bertuccio saludó con una inclinación, y salió.

Capítulo LV

El mayor Cavalcanti

Ni el conde ni Baptistin habían mentido al anunciar a Morcerf la visita del mayor luqués, que servía a Montecristo de pretexto para rechazar la cena que el vizconde le ofrecía.

Acababan de dar las siete, y Bertuccio, obedeciendo la orden recibida, había salido desde hacía dos horas hacia Auteuil, cuando un coche de alquiler se detuvo ante la puerta del palacete, y pareció escabullirse todo vergonzoso en cuanto dejó cerca de la verja a un hombre de unos cincuenta y dos años, vestido con uno de esos redingotes verdes con galones negros cuya especie es imperecedera, por lo que parece, en Europa. Un amplio pantalón de paño azul, unas botas todavía bastante limpias, aunque de un brillo incierto y con suelas un poco demasiado gruesas, unos guantes de ante, un sombrero que se acercaba más a un gorro de gendarme, un cuello negro, bordado con una orla blanca que, si su propietario no la hubiera llevado por su propia y entera voluntad, hubiera podido pasar por un collarín de tortura; así era el pintoresco atuendo bajo el que se presentó el personaje que llamó a la verja preguntando si era ese el número 30 de la avenida de los Champs-Élysées, donde vivía el señor conde de

Montecristo, y que, tras la respuesta afirmativa del portero, entró, cerró la puerta tras él y se dirigió hacia la escalinata.

La cabeza pequeña y angulosa de este hombre, sus cabellos canosos, su mostacho espeso y gris le hicieron ser reconocido por Baptistin, que había recibido la exacta descripción del visitante y que le esperaba a la puerta del vestíbulo. Además, apenas hubo pronunciado su nombre ante el inteligente sirviente, que Montecristo ya estaba avisado de su llegada.

Condujeron al desconocido hasta el salón más sencillo. El conde le esperaba allí, y vino hacia él sonriendo.

—¡Ah! Querido señor —dijo—, sea bienvenido. Le estaba esperando.

—¿De verdad —dijo el luqués—, Su Excelencia me esperaba?

—Sí; ya estaba al tanto de su llegada para hoy a las siete.

—¿De mi llegada? ¿Usted estaba avisado?

—Perfectamente.

—¡Ah! ¡Mejor que mejor! Confieso que temía que se hubieran olvidado de esa pequeña previsión.

—¿Qué previsión?

—La de avisarle.

—¡Oh! ¡No, no!

—¿Pero está usted seguro de no equivocarse?

—Estoy seguro.

—¿Seguro que es a mí a quien Su Excelencia esperaba hoy a las siete?

—Es exactamente a usted. Pero, verifiquémoslo.

—¡Oh! Si usted me esperaba —dijo el luqués—, no merece la pena.

—¡Sí, sí! —dijo Montecristo.

El luqués pareció ligeramente inquieto.

—Veamos —dijo Montecristo—, ¿no es usted el señor marqués Bartolomeo Cavalcanti?

—Bartolomeo Cavalcanti —repitió gozoso el luqués—, eso es.

—¿Ex mayor al servicio de Austria?

—¿Era mayor lo que yo era? —preguntó tímidamente el viejo militar.

—Sí —dijo Montecristo—, era mayor. Es el nombre que se da en Francia al grado que usted ocupaba en Italia.

—Bueno —dijo el luqués—, no pido nada mejor, yo, como usted comprenderá...

—Además, usted no viene aquí por sí mismo —repuso Montecristo.

—¡Oh! Claro, ciertamente.

—Usted viene enviado por alguien.

—Sí.

—¿Por ese excelente abate Busoni?

—¡Eso es! —exclamó el mayor todo contento.

—¿Y tiene usted una carta?

—Sí, aquí está.

—¡Eh! ¡Pardiez! ¿Lo ve? Démela.

Y Montecristo cogió la carta que abrió y leyó.

El mayor miraba al conde con enormes ojos asombrados que iban observando con curiosidad cada parte de la sala, pero que volvían irremediabilmente a su propietario.

—Está bien..., este querido abate, «el mayor Cavalcanti, un digno profesional de Lucca, descendiente de los Cavalcanti de Florencia» —continuó Montecristo sin dejar de leer—, «que goza de una fortuna de medio millón de renta...».

Montecristo levantó la mirada por encima del papel y saludó.

—Medio millón —dijo—, ¡pestes!, mi querido señor Cavalcanti.

—¿Dice ahí medio millón? —preguntó el luqués.

—Con todas las letras; y debe ser así, pues el abate Busoni es el hombre que mejor conoce todas las grandes fortunas de Europa.

—De acuerdo con el medio millón —dijo el luqués—; pero, palabra de honor, no creía yo que ascendiese a tanto.

—Porque tiene usted un intendente que le roba; qué quiere usted, mi querido señor Cavalcanti, ¿no hay más remedio que aceptarlo!

—Acaba usted de aclarármelo —dijo seriamente el luqués—, despediré a ese desgraciado.

Montecristo continuó:

—«Y a quien sólo faltaría una cosa para ser feliz.»

—¡Oh! ¡Dios mío, sí! Una sola cosa —dijo el luqués con un suspiro.

—«La de encontrar a su adorado hijo.»

—¡Un hijo adorado!

—«Arrebatado en su juventud, ya fuera por un enemigo de su noble familia, o por unos gitanos.»

—A la edad de cinco años, señor —dijo el luqués con un profundo suspiro y elevando los ojos al cielo.

—¡Pobre padre! —dijo Montecristo.

El conde continuó:

—«Yo le devuelvo la esperanza, yo le devuelvo la vida, señor conde, al anunciarle que a ese hijo, al que busca en vano desde hace quince años, usted puede encontrarlo.»

El luqués miró a Montecristo con una indefinible expresión de inquietud.

—Sí, puedo —respondió Montecristo.

El mayor se enderezó.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo—. ¿La carta era entonces verdadera de cabo a rabo?

—¿Es que lo había usted dudado, querido señor Bartolomeo?

—¡No, no, jamás! ¡Cómo iba a dudarlo! Un hombre serio, un hombre revestido del carácter religioso como el abate Busoni, no se permitiría una broma semejante; pero no ha leído usted todo, Excelencia.

—¡Ah! Es cierto —dijo Montecristo—, hay una posdata.

—Sí —repitió el luqués—..., hay..., hay una... posdata.

—«Para no causar al mayor Cavalcanti el inconveniente de desplazar fondos a su banquero, le envió una orden de pago de dos mil francos para sus gastos de viaje, y el crédito que usted le abonará de cuarenta y ocho mil francos que usted me debía.»

El mayor seguía con los ojos esa posdata con una visible ansiedad.

—¡Bien! —dijo solamente el conde.

—Dice *bien* —murmuró el luqués—. Así..., señor... —repuso.

—¿Así qué?... —preguntó Montecristo.

—Así que la posdata...

—¿Y bien, la posdata?...

—¿Que la acepta usted tan favorablemente como el resto de la carta?

—Por supuesto. El abate Busoni y yo tenemos nuestras cuentas; no sé si son cuarenta y ocho mil libras precisamente lo que me queda por pagarle, pero entre nosotros no discutimos por unos billetes de banco más o menos. ¡Ah, vaya! ¡Así que usted da una gran importancia a esa posdata!

—Le confesaré —respondió el luqués— que, totalmente confiado en la firma del abate Busoni, no me he provisto de otros fondos, de manera que si me falta ese recurso, me encontraría en un gran apuro en París.

—¿Es que un hombre como usted se encuentra apurado en algún sitio? —dijo Montecristo—. ¡Vamos, vamos!

—¡Hombre! ¡Sin conocer a nadie...! —dijo el luqués.

—Pero a usted le conocen.

—Sí, me conocen. ¿De manera que...?

—¡Acabe, acabe, mi querido señor Cavalcanti!

—¿De manera que usted me remitirá esas cuarenta y ocho mil libras?

—En cuanto me las pida.

El mayor abrió los ojos de forma desmesurada.

—Pero, siéntese —dijo Montecristo—; de verdad que no sé lo que hago..., le tengo ahí, de pie, desde hace un cuarto de hora.

—No se preocupe.

El mayor arrimó un sillón y se sentó.

—Ahora —dijo el conde—, ¿quiere usted tomar algo? ¿Un vaso de jerez, de oporto, de alicante?

—De alicante, ya que usted me lo ofrece, es mi vino favorito.

—Lo tengo excelente. Con una galleta, ¿no?

—Con una galleta, ya que usted insiste.

Montecristo llamó; Baptistin apareció.

El conde fue a su encuentro.

—¿Y bien?... —preguntó en voz baja.

—El joven está ahí —respondió el ayuda de cámara en el mismo tono.

—Bien; ¿dónde lo ha llevado?

—Al salón azul, como había ordenado Su Excelencia.

—De maravilla. Traiga vino de alicante y galletas.

Baptistin salió.

—De verdad —dijo el luqués—, le doy un trabajo que me llena de confusión.

—¡Vamos, vamos! —dijo Montecristo.

Baptistin volvió con los vasos, el vino y las galletas.

El conde llenó un vaso y echó en un segundo vaso algunas gotas solamente del rubí líquido que contenía la botella, toda cubierta de telas de araña y de todos los demás signos que indican la vejez del vino con más seguridad de lo que lo hacen las arrugas en el hombre.

El mayor no se confundió en el reparto, cogió el vaso lleno y una galleta.

El conde ordenó a Baptistin que posara la bandeja al alcance de la mano de su invitado, que comenzó por degustar el alicante con la punta de los labios, hizo un gesto de satisfacción, y mojó con delicadeza la galleta en el vaso.

—Así, señor —dijo Montecristo—, que usted vivía en Lucca, era rico, es noble, gozaba de la consideración general, tenía todo lo que puede hacer feliz a un hombre.

—Todo, Excelencia —dijo el mayor tragando la galleta—, absolutamente todo.

—¿Y sólo le faltaba una cosa a su felicidad?

—Sólo una —dijo el luqués.

—¿Y era la de encontrar a su hijo?

—¡Ah! —dijo el mayor cogiendo una galleta más—. Pero me faltaba de verdad.

El digno luqués levantó los ojos e hizo un esfuerzo para suspirar.

—Ahora, veamos, querido señor Cavalcanti —dijo Montecristo— ¿cómo es eso de ese hijo tan ansiado? Pues me habían dicho que era usted soltero.

—Eso creían, señor —dijo el mayor—, incluso yo mismo...

—Sí —repuso Montecristo—, y usted mismo incluso acreditó ese rumor. Un pecado de juventud que quería usted ocultar a todo el mundo.

El luqués se incorporó, tomó el aspecto más tranquilo y más digno, al mismo tiempo que bajaba modestamente los ojos, sea para asegurar su aplomo, sea para ayudar a su imaginación, sin dejar de mirar por lo bajo al

conde, cuya sonrisa estereotipada en los labios anunciaba siempre la más benévola curiosidad.

—Sí, señor —dijo—, yo quería ocultar esa falta a todo el mundo.

—Pero no por usted —dijo Montecristo—, pues un hombre está por encima de esas cosas.

—¡Oh! No por mí, ciertamente —dijo el mayor con una sonrisa moviendo la cabeza.

—Sino por su madre —dijo el conde.

—¡Por su madre! —exclamó el luqués cogiendo una tercera galleta—. ¡Por su pobre madre!

—Beba, beba, querido señor Cavalcanti —dijo Montecristo sirviéndole un segundo vaso de alicante—; la emoción le ahoga.

—¡Por su pobre madre! —murmuró el luqués intentando con toda la fuerza de su voluntad activar su glándula lacrimal para que sus ojos se humedeciesen con una falsa lágrima.

—Que pertenecía a una de las mejores familias de Italia, creo.

—¡De los patricios de Fiesole, señor conde, patricia de Fiesole!

—¿Y se llamaba?

—¿Usted quiere saber su nombre?

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Montecristo—. No es necesario que me lo diga, yo lo sé.

—El señor conde sabe todo —dijo el luqués inclinándose.

—Olivia Corsinari, ¿no es eso?

—Olivia Corsinari.

—¿Marquesa?

—Marquesa.

—¿Pero usted acabó casándose con ella a pesar de la oposición de la familia?

—¡Dios mío, sí! Acabé casándome.

—Y —repuso Montecristo—, ¿trae usted sus papeles en regla?

—¿Qué papeles? —preguntó el luqués.

—Pues la partida de matrimonio con Olivia Corsinari, y la partida de nacimiento del niño.

—¿La partida de nacimiento del niño?

—La partida de nacimiento de Andrea Cavalcanti, su hijo; ¿no se llama Andrea?

—Creo que sí —dijo el luqués.

—¿Cómo que cree que sí?

—¡Hombre! No me atrevo a afirmarlo; ¡hace tanto tiempo que se lo llevaron!

—Se llama justamente así —dijo Montecristo—. En fin, ¿tiene usted esos papeles?

—Señor conde, siento mucho anunciarle que, como no estaba avisado de que tenía que traer esos papeles, no los he traído conmigo.

—¡Ah! Diablos —dijo Montecristo.

—¿Es que eran totalmente necesarios?

—¡Indispensables!

El luqués se rascó la frente.

—¡Ah! *Per Baccho!* —dijo—. ¡Indispensables!

—Sin duda; ¡si surge aquí alguna duda sobre la validez de su matrimonio, sobre la legitimidad de su hijo!

—Es justo —dijo el luqués—, podrían surgir dudas.

—Sería lamentable para ese joven.

—Sería fatal.

—Eso podría impedir algún buen matrimonio.

—*O peccato!*

—En Francia, comprende usted, son muy severos; no basta, como en Italia, ir a un cura y decirle: «nos amamos, cásenos». En Francia hay un matrimonio civil, y para casarse por lo civil se necesitan documentos que constaten la identidad.

—Vaya una desgracia; esos papeles, no los tengo.

—Menos mal que los tengo yo —dijo Montecristo.

—¿Usted?

—Sí.

—¿Usted los tiene?

—Los tengo.

—¡Ah! ¡Caramba! —dijo el luqués, que, al ver que el objetivo del viaje le fallaba por la ausencia de esos papeles, temía que ese olvido

arrastrase consigo alguna dificultad en el asunto de las cuarenta y ocho mil libras—. ¡Ah! ¡Caramba! ¡Menos mal! Sí —continuó—, ¡menos mal! Pues ni siquiera pensé en ello.

—¡Pardiez! Ya lo creo, uno no puede pensar en todo. Pero menos mal que el abate Busoni pensó por usted.

—¡Ya ve, ese querido abate!

—Es un hombre precavido.

—Es un hombre admirable —dijo el luqués—. ¿Y se los ha enviado él?

—Aquí están.

El luqués juntó las manos en señal de admiración.

—Usted esposó a Olivia Corsinari en la iglesia de Santa Paola de Monte-Catini; aquí tiene el certificado del sacerdote.

—¡Oh! ¡A fe mía! Aquí está —dijo el mayor mirando con asombro.

—Y aquí tiene la partida de bautismo de Andrea Cavalcanti, firmada por el párroco de Saravezza.

—Todo está en regla —dijo el mayor.

—Entonces, tome estos documentos, que yo no necesito; usted se los dará a su hijo que los guardará con cuidado.

—¡Ya lo creo que sí!... ¡Pero si los pierde...!

—Y bien, ¿si los pierde? —preguntó Montecristo.

—Y bien —repuso el luqués—, nos veríamos obligados a escribir allá, y sería muy largo y costoso procurarse otros.

—En efecto, sería difícil —dijo Montecristo.

—Casi imposible —respondió el luqués.

—Me alegra que usted comprenda el valor de estos documentos.

—Es decir, para mí son impagables.

—Ahora —dijo Montecristo—, ¿en cuanto a la madre del joven?...

—En cuanto a la madre del joven... —repitió el mayor con inquietud.

—¿En cuanto a la marquesa Corsinari?

—¡Dios mío! —dijo el luqués, que veía crecer las dificultades bajo sus pies—. ¿Es que la necesitaremos?

—No, señor —repuso Montecristo—; además, ¿es que no ha...?

—Sí, claro, sí —dijo el mayor—, ella ha...

—¿Pagado su tributo a la naturaleza...?

—¡Ay! Sí —dijo rápidamente el luqués.

—Yo me enteré —repuso Montecristo—; murió hace diez años.

—Y todavía lloro su muerte, señor —dijo el mayor sacando de su bolsillo un pañuelo de cuadros, secándose alternativamente el ojo izquierdo y el derecho.

—Qué quiere usted —dijo Montecristo—, todos somos mortales. Ahora, comprenda, querido señor Cavalcanti, comprenda que no es necesario que se sepa en Francia que usted estuvo separado de su hijo quince años. Todas esas historias de gitanos que raptan niños no están de moda entre nosotros. Usted le envió a hacer sus estudios a un colegio de provincias, y usted quiere que termine su educación entre la buena sociedad de París. Por esa razón usted ha dejado Viareggio, donde vivía desde la muerte de su esposa. Eso bastará.

—¿Usted cree?

—Ciertamente.

—Entonces, muy bien.

—Si se supiera algo de esa separación...

—¡Ah! Sí, ¿qué tendría que decir?

—Que un preceptor infiel, comprado por los enemigos de su familia de usted...

—¿Los Corsinari?

—Sí..., que ese felón se había llevado al niño para que su estirpe se extinguiese.

—Está bien, puesto que es hijo único.

—Y bien, ahora que está todo establecido, que sus recuerdos, ya remozados, no le van a traicionar, habrá usted adivinado, sin duda, que le tengo preparada una sorpresa.

—¿Agradable? —preguntó el luqués.

—¡Ah! —dijo Montecristo—. Ya veo que, aunque se engañe al ojo, no se engaña al corazón de un padre.

—¡Mmm! —dijo el mayor.

—O le han hecho alguna revelación indiscreta, o más bien usted ha adivinado que él estaba aquí.

—¿Quién está aquí?

—Pues su hijo, su hijo, su Andrea.

—Lo he adivinado —respondió el luqués con la mayor flema del mundo—; ¿así que está aquí?

—Aquí mismo —dijo Montecristo—; cuando entró ahora el ayuda de cámara me previno de su llegada.

—¡Ah! ¡Muy bien! ¡Ah! ¡Muy bien! —dijo el mayor, apretando en cada exclamación los galones negros del abrigo.

—Mi querido señor —dijo Montecristo—, comprendo toda su emoción, tendré que darle tiempo para reponerse; también quiero preparar al muchacho para este encuentro tan deseado, pues presumo que no está menos impaciente que usted.

—Ya lo creo que sí —dijo Cavalcanti.

—Y bien, dentro de un cuarto de hora estaremos con usted.

—¿Me lo trae, entonces? ¿Lleva usted su bondad hasta presentármelo usted mismo?

—No, no quiero colocarme entre un padre y su hijo, estarán ustedes solos, señor mayor; pero esté tranquilo, en el caso de que la voz de la sangre se quede muda, no se equivocará usted: el muchacho entrará por esa puerta. Es un apuesto joven rubio, un poco demasiado rubio, quizá, de modales muy solícitos; ya verá.

—A propósito —dijo el mayor—, usted sabe que yo no he traído más que dos mil francos que me hizo llegar el buen abate Busoni. Con eso he hecho el viaje, y...

—Y necesita usted dinero..., es muy justo, querido señor Cavalcanti. Mire, para hacer cuentas, aquí tiene ocho billetes de mil francos.

Los ojos del mayor brillaron como rubíes.

—Son cuarenta mil francos lo que le debo aún —dijo Montecristo.

—¿Su Excelencia quiere un recibí? —dijo el mayor deslizando los billetes en el bolsillo interior de su redingote.

—¿Para qué? —dijo el conde.

—Pues para justificarse ante el abate Busoni.

—Bueno, me dará usted un recibí general cuando le dé los cuarenta mil francos restantes. Entre gente honrada, esas precauciones no son necesarias.

—¡Ah! Sí, es cierto —dijo el mayor—, entre gente honrada.

—Ahora, una última cosa, marqués.

—Diga.

—¿Me permite una pequeña recomendación, no?

—¡Por supuesto! Se la pido.

—No habría nada de malo en que usted se apease de ese redingote.

—¿De verdad? —dijo el mayor mirando su prenda de abrigo con cierta complacencia.

—Sí; eso se lleva todavía en Viareggio, pero en París hace ya mucho tiempo que ese abrigo, por muy elegante que sea, está pasado de moda.

—Pues es una lástima —dijo el luqués.

—¡Oh! Si le gusta mucho, se lo llevará cuando regrese.

—¿Pero, qué me pondré?

—Lo que encuentre usted en sus baúles.

—¡Cómo en mis baúles! No llevo más que un portamantas.

—Durante el viaje, sin duda, ¿para qué llenarse de cosas? Además, a un viejo soldado le gusta andar ligero de equipaje.

—Por eso, justamente...

—Pero usted es hombre precavido, y envió sus baúles por adelantado. Llegaron ayer al Hôtel des Princes, calle Richelieu. Allí es donde reservó usted alojamiento.

—¿Entonces, en los baúles...?

—Presumo que usted tuvo la precaución de que su ayuda de cámara pusiese todo lo que va a necesitar: trajes de paisano, uniformes. En circunstancias importantes, póngase el uniforme, eso hace elegante. No olvide la medalla. En Francia se ríen pero se sigue llevando.

—¡Muy bien, muy bien, muy bien! —dijo el mayor, que iba de asombro en asombro.

—Y ahora —dijo Montecristo— que su corazón se ha fortalecido contra las emociones demasiado fuertes, prepárese, querido señor Cavalcanti, para volver a ver a su hijo Andrea.

Y haciendo un gentil saludo al maravillado, al extasiado luqués, Montecristo desapareció tras el tapiz.

Capítulo LVI

Andrea Cavalcanti

El conde de Montecristo entró en el salón contiguo que Baptistin había designado bajo el nombre de salón azul, y donde acababa de precederle un joven de maneras desenvueltas, bastante elegantemente vestido, y al que un cabriolé de alquiler, una media hora antes, le había dejado a la puerta del palacete. A Baptistin no le había costado trabajo reconocerle; era exactamente ese muchacho alto, de cabello rubio y barba pelirroja, pero de ojos negros, cuyo color rojo y piel resplandeciente de blancura le habían sido descritos por su amo.

Cuando el conde entró en el salón, el joven estaba negligentemente recostado en un sofá, dando distraídamente golpecitos a su bota con una pequeña caña con pomo de oro.

Al ver a Montecristo, se levantó con celeridad.

—¿El señor es el conde de Montecristo? —dijo.

—Sí, señor —respondió este—, ¿y yo tengo el honor de dirigirme, creo, al señor vizconde Andrea Cavalcanti?

—El vizconde Andrea Cavalcanti —repitió el joven acompañando estas palabras con un saludo lleno de desenvoltura.

—¿Usted debe tener una carta que le acredite ante mí? —dijo Montecristo.

—Pues no le he hablado de ella a causa de la firma, que me pareció algo extraña.

—Simbad el marino, ¿no es así?

—Justamente. Y como yo no conozco a otro Simbad el marino que el de *Las mil y una noches*...

—Y bien, es uno de sus descendientes, uno de mis amigos, muy rico, un inglés más que original, casi loco, cuyo verdadero nombre es lord Wilmore.

—¡Ah! Eso lo explica todo —dijo Andrea—. Entonces todo va de maravilla. Es ese mismo inglés que conocí... en... sí, ¡muy bien!... Señor conde, soy su servidor.

—Si lo que usted me hace el honor de decirme es cierto —replicó sonriendo el conde—, espero que usted será lo suficientemente amable como para darme algunos detalles sobre usted y su familia.

—Con mucho gusto, señor conde —respondió el joven con una versatilidad que probaba la solidez de su memoria—. Soy, como usted ha dicho, el vizconde Andrea Cavalcanti, hijo del mayor Bartolomeo Cavalcanti, descendiente de los Cavalcanti inscritos en el libro de oro de Florencia. Nuestra familia, aunque muy rica aún, puesto que mi padre posee medio millón de renta, ha sufrido muchas desgracias, y yo mismo, señor, fui raptado por un intendente infiel; de manera que desde hace quince años no he vuelto a ver al autor de mis días. Desde que tengo uso de razón, desde que soy libre y dueño de mí mismo, le busco, pero inútilmente. Finalmente esa carta de su amigo Simbad me anuncia que está en París, y me autoriza a dirigirme a usted para tener noticias suyas.

—De verdad, señor, todo lo que usted me cuenta es muy interesante —dijo el conde, mirando con una sombría satisfacción esa cara despejada, impregnada de una belleza igual a la del ángel caído— y ha hecho usted muy bien en adecuarse en todo a la invitación de mi amigo Simbad, pues su padre de usted está aquí, en efecto, y le busca.

El conde, desde su entrada en el salón, no había perdido de vista al joven; admiró en él la seguridad de su mirada y la confianza de su voz;

pero al oír esas palabras tan naturales: «su padre de usted está aquí, en efecto, y le busca», el joven Andrea dio un salto y exclamó:

—¡Mi padre! ¿Mi padre está aquí?

—Sin duda —respondió Montecristo—, su padre, el mayor Bartolomeo Cavalcanti.

La impresión de terror en los rasgos del joven se borró casi de inmediato.

—¡Ah! Sí, es cierto —dijo—, el mayor Bartolomeo Cavalcanti. Y usted dice, señor conde, que está aquí, ese querido padre mío.

—Sí, señor. Añadiré, incluso, que acabo de dejarle ahora mismo, que la historia que me ha contado de ese hijo querido que perdió hace tiempo me ha conmovido mucho; de verdad, su dolor, sus temores, sus esperanzas sobre este asunto compondrían un enternecedor poema. Finalmente un día recibió la noticia que le anunciaba que los raptores de su hijo se ofrecían a devolvérselo o a indicarle dónde estaba, mediando una gran suma de dinero. Pero nada retuvo a ese buen padre; esa suma fue enviada a la frontera del Piamonte, con un pasaporte visado por Italia. ¿Usted estaba en el Mediodía francés, creo?

—Sí, señor —respondió Andrea un poco desconcertado—; sí, yo estaba en el Mediodía francés.

—¿Un coche debía esperarle en Niza?

—Eso es, señor; el coche me llevó de Niza a Génova, de Génova a Turín, de Turín a Chambéry, de Chambéry a Pont-de-Beauvoisin, y de Pont-de-Beauvoisin a París.

—¡De maravilla! Él esperaba encontrarle a usted en el camino, pues seguía la misma ruta; por eso el itinerario de usted fue señalado así.

—Pero —dijo Andrea—, si me hubiera encontrado, este querido padre mío, dudo que me hubiera reconocido; he cambiado un poco desde que le perdí de vista.

—¡Oh! La voz de la sangre —dijo Montecristo.

—¡Ah! Sí, es cierto —repuso el joven—, no pensaba en la voz de la sangre.

—Ahora —prosiguió Montecristo—, al marqués Cavalcanti sólo le inquieta una cosa, y es lo que ha hecho usted durante el tiempo en el que le

mantuvieron lejos de él; de qué manera le trataron sus raptos; si conservaron por su linaje el respeto que le era debido; en fin, si no le ha quedado, de ese sufrimiento moral al que se ha visto expuesto, un sufrimiento cien veces peor que el sufrimiento físico, si no le ha quedado, digo, alguna merma de las facultades de las que la naturaleza le dotó con largueza, y si usted mismo cree poder retomar y mantener dignamente entre la sociedad el rango que le corresponde.

—Señor —balbuceó el joven aturdido—, espero que ningún falso informe...

—¡Yo! Yo oí hablar de usted por primera vez a mi amigo Wilmore, el filántropo. Sé que le conoció a usted en una situación dificultosa, ignoro cuál, y no le haré ninguna pregunta: no soy curioso. Sus desdichas le interesaron, así pues, usted era interesante. Me dijo que quería devolverle en la sociedad la posición perdida, que buscaría a su padre, que le encontraría; le ha buscado, le ha encontrado, por lo que parece, pues está aquí; finalmente, me previno ayer de su llegada, dándome de nuevo algunas instrucciones relativas a su fortuna; eso es todo. Sé que es un excéntrico, mi amigo Wilmore, pero, al mismo tiempo, como es un hombre seguro, rico como una mina de oro, y que, en consecuencia, puede permitirse sus excentricidades sin que estas le arruinen, prometí seguir sus instrucciones. Ahora, señor, no se sienta herido por mi pregunta: puesto que me veré obligado a tutelarle un poco, desearía saber si las desdichas por las que ha pasado, desdichas independientes a su voluntad y que no disminuyen de ninguna manera la consideración en la que le tengo, si todo eso no le ha hecho un poco ajeno a esta sociedad en la que su fortuna y su nombre le llaman a desempeñar un gran papel.

—Señor —respondió el joven, recuperando su aplomo a medida que el conde hablaba—, tranquilícese sobre ese punto: los raptos que me alejaron de mi padre, y que, sin duda, tenían como meta venderme más tarde a él, como han hecho, calcularon que, para sacar un buen partido de mí, debían dejarme toda mi valía personal, e incluso aumentarla, si era posible; así pues, he recibido una educación bastante buena, fui tratado por los ladrones de niños un poco como lo eran en Asia Menor los esclavos,

cuyos amos los convertían en gramáticos, en médicos y en filósofos, para venderlos a mejor precio en Roma.

Montecristo sonrió con satisfacción; no esperaba tanto, por lo que parece, de Andrea Cavalcanti.

—Por otra parte —prosiguió el joven—, si hubiera en mí algún defecto de educación o de maneras del gran mundo, tendrían, supongo, la indulgencia de perdonármelo, en consideración a las desdichas que acompañaron mi nacimiento y prosiguieron en mi juventud.

—Y bien —dijo negligentemente Montecristo—, hará usted lo que quiera, vizconde, pues es usted muy dueño, y eso le compete; pero, palabra, por el contrario, yo no diría nada de todas esas aventuras, es una novela toda su historia, y esta sociedad, que adora las novelas encerradas entre dos tapas de papel amarillo, desconfía extrañamente de las que ve envueltas en pergamino viviente, aunque fuesen envueltas en oro como podría serlo usted. Esa es la dificultad de la que me permitiría advertirle, señor vizconde: en cuanto contara usted a alguien su conmovedora historia, correría por el gran mundo totalmente desnaturalizada. Usted se vería obligado a situarse en plan Antony, y el tiempo de los Antony está un poco pasado. Quizá tuviera usted éxito debido a la curiosidad, pero no a todo el mundo le gusta ser el centro de observación y la diana de comentarios. Eso le cansará, tal vez.

—Creo que tiene usted razón, señor conde —dijo el joven, palideciendo, muy a su pesar, bajo la inflexible mirada de Montecristo—; eso sería un grave inconveniente.

—¡Oh! Tampoco hay que exagerar —dijo Montecristo—; pues para evitar una falta, se caería en la locura. No, se trata de determinar un simple plan de conducta; y para un hombre inteligente como usted, ese plan es tanto más fácil de adoptar, cuanto que es conforme a sus intereses; habrá que combatir, con testimonios y con honorables amistades, todo lo que su pasado de usted tenga de oscuro.

Andrea perdió visiblemente la compostura.

—Yo me ofrecería gustosamente como fiador y avalista —dijo Montecristo—; pero tengo la costumbre moral de dudar de mis mejores amigos y la necesidad de buscar las dudas en los demás; así que

representaría un papel fuera de mi registro, como dicen los actores trágicos, y me arriesgaría a que me silbaran en escena, lo que es innecesario.

—Sin embargo, señor conde —dijo Andrea con audacia—, en consideración a lord Wilmore que me ha recomendado a usted...

—Sí, ciertamente —repuso Montecristo—; pero lord Wilmore no me ha dejado ignorar, querido señor Andrea, que usted ha tenido una juventud un poco... tormentosa. ¡Oh! —prosiguió el conde al ver el impulso de Andrea—. Yo no le pido una confesión; por otra parte, para que usted no necesite a nadie, hemos hecho venir de Lucca al señor marqués de Cavalcanti, su padre. Va usted a verle, es un poco rígido, un poco estirado, pero es una cuestión de uniforme, y cuando se sepa que desde hace dieciocho años está al servicio de Austria, se le excusará de todo; no somos, en general, exigentes con los austriacos. En suma, es un padre muy suficiente, se lo aseguro.

—¡Ah! Eso me tranquiliza, señor; nos separaron hace tanto tiempo que no guardo de él ningún recuerdo.

—Y además, usted sabe, una gran fortuna deja atrás cualquier cosa.

—¿Entonces mi padre es realmente rico, señor?

—Millionario..., quinientas mil libras de renta.

—¿Entonces —preguntó el joven con ansiedad—, me encontraré en una posición... agradable?

—De las más agradables, mi querido señor; eso supone unas cincuenta mil libras de renta al año, durante todo el tiempo que usted permanezca en París.

—Pues, en ese caso, me quedaré para siempre.

—¡Mmm! ¿Quién puede responder de las circunstancias, mi querido señor? El hombre propone y Dios dispone...

Andrea suspiró.

—Pero, en fin —dijo—, el tiempo que me quede en París, y... si no hay circunstancia alguna que me obligue a marcharme, ¿ese dinero del que me hablaba me estará garantizado?

—¡Oh! Perfectamente.

—¿Asegurado por mi padre? —preguntó Andrea con inquietud.

—Sí, y garantizado por lord Wilmore, que, a demanda de su padre, le ha abierto a usted un crédito de cinco mil francos al mes en Danglars, uno de los más seguros banqueros de París.

—¿Y mi padre cuenta con quedarse mucho tiempo en París? —preguntó Andrea con inquietud.

—Unos días solamente —respondió Montecristo—, su servicio no le permite ausentarse más de dos o tres semanas.

—¡Oh! ¡Mi querido padre! —dijo Andrea visiblemente encantado de esa corta estancia.

—Así que —dijo Montecristo, fingiendo ignorar los verdaderos sentimientos de las palabras del joven—; así que no quiero retrasar un instante más su encuentro. ¿Está usted preparado para abrazar al digno señor Cavalcanti?

—No lo dude, es lo que espero.

—Y bien, entre, pues, en el salón, mi querido amigo, y encontrará allí a su padre, que le está esperando.

Andrea hizo un profundo saludo al conde y entró en el salón.

El conde le siguió con la mirada y, cuando le vio desaparecer, movió un resorte situado en un cuadro, el cual, al separarse del marco, dejaba ver el salón, a través de un intersticio hábilmente manipulado.

Andrea cerró la puerta tras él y se dirigió hacia el mayor, que se levantó al oír pasos que se acercaban.

—¡Ah! Señor y querido padre —dijo Andrea en voz alta y de manera que el conde pudiese oírlo, incluso a través de la puerta cerrada—, ¿es realmente usted?

—Buenos días, mi querido hijo —dijo con seriedad el mayor.

—Después de tantos años de separación —dijo Andrea sin dejar de mirar hacia la puerta—, ¡qué dicha volvernos a ver!

—En efecto, la separación ha sido larga.

—¿No nos abrazamos, señor? —replicó Andrea.

—Como usted quiera, hijo mío —dijo el mayor.

Y los dos hombres se abrazaron, como se abraza en el teatro francés, es decir, pasando mutuamente la cabeza por encima del hombro del abrazado.

—¡Así que henos aquí reunidos! —dijo Andrea.

—Henos aquí reunidos —repitió el mayor.

—¿Para no separarnos jamás?

—Creo que sí; creo, mi querido hijo, que usted contempla ahora Francia como su segunda patria.

—El hecho es que —dijo el joven— me sentiría desesperado si tuviera que dejar París.

—Y yo, comprenda, yo no sabría vivir lejos de Lucca. Volveré, pues, a Italia tan pronto como pueda.

—Pero antes de partir, mi muy querido padre, me remitirá sin duda los papeles con los que me será más fácil constatar el linaje al que pertenezco.

—Sin ninguna duda, pues vengo expresamente para eso, y me costó mucho trabajo encontrarle para entregárselos, como para empezar de nuevo a buscarnos; eso me ocuparía la última parte de mi vida.

—¿Y esos papeles?

—Aquí están.

Andrea cogió con avidez la partida de matrimonio de su padre, su propio certificado de bautismo, y después de abrir todo, con la avidez natural de un buen hijo, recorrió con los ojos los dos documentos con una rapidez y una costumbre que denotaban la agudeza visual más certera al mismo tiempo que el interés más vivo.

Cuando terminó, una indefinible expresión de alegría brilló en su rostro, y mirando al mayor con una extraña sonrisa:

—¡Ah, vaya! —dijo en un toscano excelente—. ¿Es que no hay galeras en Italia?...

El mayor se sobresaltó.

—¿Por qué? —dijo.

—Puesto que se fabrican impunemente documentos semejantes. Por la mitad de esto, mi muy querido padre, en Francia se nos enviaría a tomar el aire a Toulon por cinco años.

—¿Cómo? —dijo el de Lucca intentando conseguir cierta majestuosidad.

—Mi querido señor Cavalcanti —dijo Andrea apretando el brazo del mayor—, ¿cuánto le dan por hacer de mi padre?

El mayor iba a hablar.

—¡Chsss! —dijo Andrea bajando la voz—. Le voy a dar ejemplo de confianza; a mí me dan cincuenta mil francos al año por hacer de su hijo; en consecuencia, comprenderá usted bien que no soy yo quien esté dispuesto a negar que usted sea mi padre.

El mayor miró con inquietud alrededor.

—¡Eh! Tranquilo, estamos solos —dijo Andrea—; además, estamos hablando en italiano.

—Pues bien, a mí —dijo el luqués—, me dan cincuenta mil francos pagaderos de una sola vez.

—Señor Cavalcanti —dijo Andrea— ¿cree usted en los cuentos de hadas?

—No, antes no, pero ahora no tengo más remedio que creer.

—¿Ha recibido ya alguna prueba?

El mayor sacó de su bolsa un puñado de monedas de oro.

—Palpables, como usted ve.

—¿Cree usted, entonces, que puedo fiarme de las promesas que me han hecho?

—Sí, lo creo.

—¿Y este buen hombre de conde las mantendrá?

—Punto por punto; pero, para llegar a la meta, tendremos que representar nuestro papel.

—¿Y cómo?...

—Yo de tierno padre...

—Yo de respetuoso hijo.

—Puesto que ellos quieren que usted descienda de mí...

—¿Quién son *ellos*?

—¡Hombre! Yo no lo sé, los que le hayan escrito; ¿no ha recibido usted una carta?

—Sí, claro.

—¿De quién?

—De un tal abate Busoni.

—A quien usted no conoce.

—A quien no he visto nunca.

—¿Qué le decía en esa carta?

—¿No me traicionará usted?

—Por la cuenta que me tiene, nuestros intereses son los mismos.

—Entonces, lea.

Y el mayor le pasó una carta al joven.

Andrea leyó en voz baja:

Usted es pobre, le espera una vejez desgraciada. ¿Quiere usted hacerse si no rico, sí al menos independiente?

Salga para París al instante mismo, y vaya a reclamar al señor conde de Montecristo, avenida de los Champs-Élysées, n.º 30, el hijo que tuvo usted con la marquesa de Corsinari, y que le fue arrebatado a la edad de cinco años.

Ese hijo se llama Andrea Cavalcanti.

Para que no ponga usted en duda el interés que tiene el abajo firmante en ser de su agrado, encontrará adjunto:

1.º Un bono de dos mil cuatrocientas libras toscanas, pagaderas por el señor Gozzi en Florencia.

2.º Una carta de presentación ante el señor conde de Montecristo, con el que le paso un crédito de una suma de cuarenta y ocho mil francos.

Preséntese en casa del conde el 26 de mayo a las siete de la tarde.

Firmado: Abate BUSONI.

—Eso es.

—¿Cómo que eso es? ¿Qué quiere usted decir? —preguntó el mayor.

—Digo que yo he recibido una más o menos igual.

—¿Usted?

—Sí, sí.

—¿Del abate Busoni?

—No.

—¿De quién entonces?

—De un inglés, de un tal lord Wilmore, que toma el nombre de Simbad el Marino.

—¿Y usted, como yo con el abate Busoni, tampoco le conoce?

—Sí le conozco; en eso estoy más adelantado que usted.

—¿Usted lo ha visto?

—Sí, una vez.

—¿Y dónde?

—¡Ah! Justamente eso es lo que no puedo decirle; usted sabría tanto como yo, y eso no es necesario.

—¿Y en esa carta le decía...?

—Lea.

Es usted pobre y tiene un porvenir miserable: ¿quiere usted tener un nombre, ser libre, ser rico?

—¡Pardiez! —dijo el joven balanceándose sobre sus talones—. ¡Como si pudieran preguntarle a uno eso!

Coja la silla de posta que encontrará disponible al salir de Niza por la puerta Génova. Pase por Turín, Chambéry y Pont-de-Beauvoisin. Preséntese en casa del señor conde de Montecristo, avenida de los Champs-Élysées, el 26 de mayo a las siete de la tarde y pregúntele por su padre.

Usted es hijo del marqués Bartolomeo Cavalcanti y de la marquesa Olivia Corsinari, como lo constatarán los documentos que le serán remitidos por el marqués, y que le permitirán presentarse con ese nombre en el gran mundo parisino.

En cuanto a su rango, una renta de cincuenta mil libras al año le permitirá sostenerlo.

Adjunto le envío un bono de cincuenta mil libras pagaderas por el señor Ferrea, banquero de Niza, y una carta de presentación ante el conde de Montecristo, a quien he encargado que provea sus necesidades.

Simbad el Marino.

—¡Mmm! —dijo el mayor—. ¡Esto está muy bien!

—¿No es así?

—¿Ha visto usted al conde?

—Acabo de dejarle.

—¿Y lo ha ratificado?

—Todo.

—¿Y entiende usted algo?

—A fe mía que no.

—Para mí que hay un «primo» en todo esto.

—En todo caso, no es ni usted ni yo, ¿no?

—Ciertamente, no.

—¡Y bien, entonces...!

—Poco nos importa, ¿no es eso?

—Justamente, eso es lo que yo quería decir; vayamos hasta el final pero vayamos con tiento.

—De acuerdo; ya verá usted que soy digno de estar a su nivel.

—No lo dudé ni un solo instante, mi querido padre.

—Eso me honra, mi querido hijo.

Montecristo escogió este momento para entrar en el salón. Al oír el ruido de pasos, los dos hombres se echaron uno en brazos del otro; el conde les encontró abrazados.

—Y bien, señor marqués —dijo Montecristo—, parece que encontró usted a su hijo según el deseo de su corazón.

—¡Ah! Señor conde, me ahogo de alegría.

—¿Y usted, joven?

—¡Ah! Señor conde, yo me ahogo de dicha.

—¡Feliz padre! ¡Feliz hijo! —dijo el conde.

—Sólo una cosa me entristece —dijo el mayor—; y es la necesidad que tengo de abandonar París tan pronto.

—¡Oh! Querido señor Cavalcanti —dijo Montecristo—, no se marchará usted, espero, sin que le presente antes a algunos amigos.

—Estoy a sus órdenes, señor conde —dijo el mayor.

—Ahora, veamos, joven, confiésese.

—¿A quién?

—Pues a su señor padre; dígame algunas palabras sobre el estado de sus finanzas.

—¡Ah! Diablos —dijo Andrea—, me toca usted ahí la cuerda sensible.

—¿Lo oye usted, mayor? —dijo Montecristo.

—Sin duda que lo oigo.

—Sí, ¿pero, lo comprende?

—De maravilla.

—Dice que necesita dinero, su querido hijo.

—¿Y qué quiere usted que haga yo?

—Pues que se lo dé, ¡pardiez!

—¿Yo?

—Sí, usted.

Montecristo pasó entre los dos hombres.

—¡Tenga! —dijo a Andrea, deslizándole un montón de billetes de banco.

—¿Qué es esto?

—La respuesta de su padre.

—¿De mi padre?

—Sí. ¿No acaba usted de hacernos ver que necesitaba dinero?

—Sí, pero...

—Pues que me encarga a mí que le dé esto.

—¿A cuenta de mi renta?

—No, para sus gastos de instalación.

—¡Oh! ¡Querido padre!

—Silencio —dijo Montecristo—, ya ve usted que no quiere que le diga que el dinero viene de él.

—Aprecio esa delicadeza —dijo Andrea, metiendo los billetes en el bolsillo del pantalón.

—Está bien —dijo Montecristo—, ahora, ¡ya pueden irse!

—¿Y cuándo tendremos el honor de volver a ver al señor conde? —preguntó Cavalcanti.

—¡Ah! Sí —preguntó Andrea—, ¿cuándo tendremos ese honor?

—El sábado, si ustedes quieren..., sí, miren..., el sábado. Tengo varios invitados a cenar en mi casa de Auteuil, calle de la Fontaine, n.º 28, varias personas, entre otras, al señor Danglars, su banquero, se lo presentaré, tendrán ustedes que conocerse para que les entregue el dinero.

—¿De etiqueta? —preguntó a media voz el mayor.

—De gala: uniforme, medallas, pantalón corto y polainas.

—¿Y yo? —preguntó Andrea.

—¡Oh! Usted de una manera sencilla: pantalón negro, botas acharoladas, chaleco blanco, traje negro o azul, corbata larga; vaya a Blin o a Véronique para vestirse. Si no conoce las direcciones, Baptistin se las dará. Cuantas menos pretensiones ponga en su atuendo, puesto que es usted rico, mejor efecto causará. Si compra usted caballos, escójalos en Devedeux; si compra un faetón, vaya a ver a Baptiste.

—¿A qué hora podremos presentarnos? —preguntó el joven.

—Hacia las seis y media.

—Está bien, allí estaremos —dijo el mayor, llevándose la mano al sombrero.

Los dos Cavalcanti saludaron al conde y salieron.

El conde se acercó a la ventana, y les vio cruzar el patio cogidos del brazo.

«En verdad», se dijo el conde, «¡vaya par de miserables! ¡Es una pena que no sean realmente padre e hijo!».

Después de un instante de reflexión:

«Vámonos a casa de los Morrel», se dijo; «creo que el asco me repugna aún más que el odio».

Capítulo LVII

El huerto de alfalfa

Nuestros lectores tienen que permitirnos que les traigamos de nuevo a ese cercado lindante con la casa del señor de Villefort, y tras la verja invadida por los castaños, encontraremos a los personajes que ya conocemos.

En esta ocasión, Maximilien es el primero en llegar. Es él quien pega un ojo contra el parapeto, y el que espía en el fondo del jardín la aparición de una sombra entre los árboles y el crujir de unos botines de seda sobre la arena de los senderos.

Finalmente el crujido tan deseado se dejó oír, pero en lugar de una sombra fueron dos las que se acercaron. El retraso de Valentine había sido ocasionado por una visita de la señora Danglars y Eugénie, visita que se había prolongado más allá de la hora en la que Valentine era esperada. Entonces, para no faltar a la cita, la joven propuso a la señorita Danglars un paseo por el jardín, queriendo mostrar a Maximilien que el retraso, por el que sin duda Maximilien sufría, no era culpa suya.

El joven comprendió todo con esa rápida intuición propia de los amantes y su corazón se apaciguó. Además, sin llegar al alcance de la voz, Valentine dirigió el paseo de manera que Maximilien pudiera verla pasar y

volver a pasar, y cada vez que pasaba y volvía a pasar, una mirada, desapercibida para su acompañante, pero dirigida al otro lado de la verja y recogida por el joven, le decía: «Tenga paciencia, amigo mío, ya ve que no es culpa mía».

Y Maximilien, en efecto, tenía paciencia sin dejar de admirar el contraste entre las dos muchachas: entre esa rubia de mirada tierna y de talle arqueado como un hermoso sauce, y esa morena de mirada altiva y de talle recto como un álamo; además, ni qué decir tiene que en esa comparación entre dos naturalezas tan opuestas, todas las ventajas, al menos en el corazón del joven, iban para Valentine.

Al cabo de una media hora de paseo, las dos jóvenes se alejaron. Maximilien comprendió que había llegado a término la visita de la señora Danglars.

En efecto, un instante después, Valentine reapareció sola. Por temor a que alguna mirada indiscreta siguiera sus pasos, venía con sigilo; y en lugar de dirigirse directamente a la verja, fue a sentarse en el banco, después de observar con toda atención cada macizo de zarzas e inquirir con la mirada el final de cada sendero.

Una vez tomadas todas las precauciones, corrió hacia la verja.

—Buenos días, Valentine —dijo una voz.

—Buenos días, Maximilien; le he hecho esperar, pero ya ha visto la causa.

—Sí, reconocí a la señorita Danglars; no creía que fuesen ustedes tan amigas.

—¿Y quién dice que seamos amigas, Maximilien?

—Nadie; pero me pareció que se desprendía de esa manera de darle el brazo, de esa manera de hablar; uno diría dos compañeras de internado haciéndose confidencias.

—En efecto, nos hacíamos confidencias —dijo Valentine—; ella me confesaba su repugnancia por el matrimonio con el señor de Morcerf, y yo por mi parte, le confesaba que sentía como una desgracia el casarme con el señor d'Épinay.

—¡Querida Valentine!

—Por eso, amigo mío —continuó la joven—, usted vio esa apariencia de confianza entre Eugénie y yo; y es que, al hablar del hombre al que no amo, pensaba en el hombre al que amo.

—¡Qué buena es usted en todo, Valentine! Y realmente usted tiene algo que la señorita Danglars no tendrá nunca: ese encanto indefinido que es para la mujer lo que el perfume a la flor, lo que el sabor a las frutas; pues para una flor no todo consiste en ser hermosa, ni tampoco para la fruta.

—Es el amor que siente por mí lo que le hace ver las cosas de ese modo, Maximilien.

—No, Valentine, se lo juro. Mire, hace un momento las contemplaba a ustedes dos, y por mi honor, y aún haciendo justicia a la belleza de la señorita Danglars, yo no comprendería que un hombre se enamorase de ella.

—Es lo que le decía, Maximilien; yo estaba allí, y mi presencia le hace a usted ser injusto.

—No, no..., pero, dígame... una pregunta de simple curiosidad y que emana de ciertas ideas que he concebido sobre la señorita Danglars.

—¡Oh! Aunque no sepa cuáles, seguro que son muy injustas. Cuando ustedes nos juzgan, a nosotras, pobres mujeres, no debemos esperar indulgencia.

—Y entre ustedes, ¿es que ustedes son muy justas las unas con las otras!

—Porque casi siempre hay pasión en nuestros juicios. Pero volvamos a su pregunta.

—¿Es porque quiere a otro por lo que la señorita Danglars teme su matrimonio con el señor de Morcerf?

—Maximilien, ya le he dicho que no soy amiga de Eugénie.

—¡Eh! ¡Dios mío! —dijo Morrel—. Aunque no sean amigas, las chicas se hacen confidencias; convenga conmigo en que seguro que le ha hecho usted algunas preguntas al respecto. ¡Ah! La veo sonreír.

—Si es así, si usted me ve, Maximilien, no merece la pena que tengamos entre nosotros este parapeto de madera.

—Veamos, ¿qué le ha dicho?

—Me ha dicho que no quería a nadie —dijo Valentine—; que le horroriza el matrimonio; que su mayor alegría sería llevar una vida libre e independiente, y que casi desearía que su padre perdiese su fortuna para hacerse artista como su amiga, la señorita Louise d'Armilly.

—¡Ah! ¡Lo ve!

—Y bien, ¿y eso qué demuestra? —preguntó Valentine.

—Nada —respondió sonriendo Maximilien.

—Entonces —dijo Valentine—, ¿por qué sonrío ahora usted?

—¡Ah! —dijo Maximilien—. Ya veo que usted también mira a través del parapeto, Valentine.

—¿Quiere usted que me vaya?

—¡Oh! ¡No! ¡No! ¡Ni hablar! Pero mejor volvamos a usted.

—¡Ah! Sí, es cierto, pues apenas tenemos diez minutos para estar juntos.

—¡Dios mío! —exclamó Maximilien consternado.

—Sí, Maximilien, tiene usted razón —dijo con melancolía Valentine—, aquí tiene usted a una amiga bien triste. ¡Vaya vida que le hago pasar, pobre Maximilien, a usted, tan propio para ser feliz! Me lo reprocho amargamente, créame.

—Pues bien, no le importe, Valentine, si yo me siento feliz así; si esta eterna espera me parece pagada con verla a usted cinco minutos, con dos palabras que salgan de su boca, y con la convicción profunda, eterna, de que Dios no ha podido crear dos corazones en tanta armonía como los nuestros, y los haya hecho encontrarse, casi milagrosamente, para separarlos después.

—Bueno, gracias, usted confía por los dos, Maximilien: eso me hace casi feliz.

—Entonces, ¿qué ocurre, Valentine, para que tenga que irse tan pronto?

—No sé; la señora de Villefort me rogó que pasara a verla para una comunicación de la que depende —me ha dicho—, parte de mi fortuna. ¡Eh! Dios mío, que se apropien de mi fortuna, si es que soy demasiado rica, y que después me dejen tranquila y libre; ¿usted me querría aunque fuera pobre, no es así, Morrel?

—¡Oh! Yo la amaré siempre; ¡qué importa la riqueza o la pobreza si mi Valentine estuviera junto a mí y que yo estuviese seguro de que nadie me la arrebataría! Pero esa comunicación, Valentine, ¿no teme que se trate de alguna noticia relativa a su matrimonio?

—No lo creo.

—Sin embargo, escúcheme, Valentine, y no se asuste, pues mientras yo viva no seré de ninguna otra.

—¿Y cree que me tranquiliza al decirme eso, Maximilien?

—¡Perdón! Tiene razón, soy un bruto. Y bien, quería decirle que el otro día me encontré con el señor de Morcerf.

—¿Y bien?

—Franz d'Épinay es su amigo, como usted sabe.

—Sí, ¿y bien?

—Pues que Albert había recibido una carta de Franz, en la que le anuncia su próximo regreso.

Valentine palideció y apoyó la mano contra la verja.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Si fuera eso! Pero no, la comunicación no me vendría por la señora de Villefort.

—¿Por qué?

—Porque..., no sé..., pero me parece que la señora de Villefort, aunque no se opone francamente, sin embargo no es muy entusiasta de ese matrimonio.

—¡Y bien! Pero Valentine, ¡si me parece que voy a adorar a la señora de Villefort!

—¡Oh! No tan deprisa, Maximilien —dijo Valentine con una triste sonrisa.

—En fin, si no le gusta mucho ese matrimonio, aunque sólo fuera por romperlo, quizá se abriría a alguna otra proposición.

—No lo crea, Maximilien, en absoluto; la señora de Villefort, no es que rechace a los maridos, sean quienes sean, sino que rechaza al matrimonio mismo.

—¡Cómo que al matrimonio! Si tanto detesta el matrimonio, ¿por qué se casó ella?

—Usted no entiende, Maximilien; cuando hace un año hablé de retirarme a un convento, a pesar de las observaciones que se vio obligada a hacerme, adoptó mi propuesta con alegría; mi padre, incluso, hubiera consentido, instigado por ella, estoy segura; sólo mi pobre abuelo me retuvo. No puede imaginarse, Maximilien, qué expresión hay en los ojos de ese pobre anciano, que no quiere a nadie más que a mí en este mundo, y que Dios me perdone si es una blasfemia, pero tampoco es querido por nadie, salvo por mí. Si supiera, cuando supo mi idea del convento, cómo me miraba, todo el reproche que había en esa mirada, y toda la desesperación que acumulaban esas lágrimas que le caían por las mejillas inmóviles, sin quejas, sin suspiros. ¡Ah! Maximilien, sentí un gran remordimiento; me eché a sus pies gritándole: «¡perdón!, ¡perdón! ¡Padre querido! Que hagan conmigo lo que quieran pero yo no le dejaré nunca». Entonces, levantó los ojos al cielo..., y... ¡oh!, Maximilien, aunque a partir de ahora sufra mucho, esa mirada de mi anciano abuelo me compensó por adelantado de todo lo que pueda sufrir.

—¡Querida Valentine! Es usted un ángel, realmente no sé cómo la he merecido, sableando a diestra y siniestra a beduinos, a menos que Dios haya considerado que son infieles, no sé cómo he merecido que usted se fijara en mí. Pero, en fin, veamos Valentine, ¿cuál puede ser el interés de la señora de Villefort en que usted no se case?

—¿Pero, no ha oído ahora que le decía que soy rica, Maximilien, demasiado rica? Por parte de mi madre tengo cerca de cincuenta mil libras de renta; mis abuelos, los marqueses de Saint-Méran, me dejarán otro tanto; el señor Noirtier visiblemente tiene la intención de dejarme como única heredera. De todo esto resulta que, comparado conmigo, mi hermano Édouard, que no espera por parte de padre ninguna fortuna, es pobre. Ahora bien, la señora de Villefort ama a ese niño con adoración, y si yo entrase en religión, toda mi fortuna, que volvería a mi padre, que heredaría de los marqueses y de mí misma, recaería en su hijo.

—¡Oh! ¡Qué extraño es ver esa avaricia en una mujer tan joven y tan hermosa!

—Observe que no es por ella, Maximilien, sino por su hijo, y lo que usted le reprocha como defecto, desde el punto de vista del amor maternal,

es casi una virtud.

—Pues, veamos, Valentine —dijo Morrel—, ¿y si usted le dejara una parte de su fortuna a su hermano?

—¿Pero, cómo puedo hacer esa propuesta —dijo Valentine—, sobre todo a una mujer que tiene en la boca siempre la palabra generosidad?

—Valentine, mi amor sigue siendo algo sagrado, y como todo lo sagrado lo he cubierto con el velo del respeto y encerrado en mi corazón; nadie en el mundo, ni siquiera mi hermana, conoce este amor que yo no he confiado a nadie en este mundo. Valentine, ¿me permite hablar de este amor a un amigo?

Valentine se estremeció.

—¿A un amigo? —dijo—. ¡Oh!, ¡Dios mío! Maximilien, tiemblo al oírle hablar a usted así. ¿A un amigo? ¿Y a qué amigo?

—Escuche, Valentine, ¿ha sentido alguna vez por alguien una de esas simpatías irresistibles que hacen que, al ver a una persona por primera vez, sienta que la conoce desde hace tiempo, y se pregunte dónde y cuándo la ha visto y, sin poder recordar ni el tiempo ni el lugar, llegue a creer que fue en un mundo anterior al nuestro, y que esa simpatía sea como un recuerdo dormido que se despierta?

—Sí.

—Pues bien, eso es lo que sentí la primera vez que vi a ese hombre extraordinario.

—¿Un hombre extraordinario?

—Sí.

—¿Al que usted conoce hace tiempo?

—Sólo desde hace ocho o diez días.

—¿Y usted llama amigo a un hombre que conoce solamente desde hace ocho días? ¡Oh! Maximilien, yo no le creía tan generoso adjudicando ese título de amigo.

—Tiene usted razón en la lógica, Valentine; pero diga lo que diga no me volveré atrás sobre ese sentimiento intuitivo. Creo que ese hombre se verá mezclado en todo lo que me ocurra en un futuro, futuro que a veces su profunda mirada parece conocer y su poderosa mano dirigir.

—¿Es que se trata de un adivino? —dijo sonriendo Valentine.

—Palabra —dijo Maximilien— que a veces creo que adivina... el bien, sobre todo.

—¡Oh! —dijo tristemente Valentine—. Presénteme a ese hombre, Maximilien, que yo sepa por él si seré amada lo suficiente como para compensar todos mis sufrimientos.

—¡Mi pobre amiga! ¡Pero si usted le conoce!

—¿Yo?

—Sí, pero si es el que salvó la vida a su madrastra y a su hijo.

—¿El conde de Montecristo?

—El mismo.

—¡Oh! —exclamó Valentine—. Nunca podrá ser amigo mío; lo es demasiado de mi madrastra.

—¿El conde amigo de su madrastra, Valentine? Mi instinto no me fallaría hasta ese punto; estoy seguro de que usted se equivoca.

—¡Oh! ¡Si usted supiera, Maximilien! Ya no es Édouard el que manda en casa, es el conde: buscado por la señora de Villefort, que ve en él un compendio de todos los conocimientos humanos; admirado, lo oye, admirado por mi padre, que dice que nunca oyó a nadie formular con mayor elocuencia las ideas más elevadas; idolatrado por Édouard que, a pesar del miedo que siente por los ojos negros del conde, corre hacia él en cuanto le ve llegar, le abre la mano y siempre encuentra en ella algún juguete admirable; el señor de Montecristo no está aquí en casa de mi padre; el señor de Montecristo no está aquí en casa de la señora de Villefort: el señor de Montecristo está aquí en su propia casa.

—Y bien, querida Valentine, si las cosas son como usted dice tiene que sentir ya, o sentirá pronto, los efectos de su presencia. Se encuentra con Albert de Morcerf en Italia, y es para sacarle de las garras de los bandidos; ve a la señora Danglars, y es para hacerle un regalo regio; su madrastra y su hermano pasan delante de su puerta, y es para que su nubio les salve la vida. Ese hombre evidentemente ha recibido el poder de influir sobre las cosas. Nunca he visto gustos tan sencillos aliados a una magnificencia tan grande. Su sonrisa es tan dulce, cuando me la dirige, que olvido a todos los que me han dicho que su sonrisa es amarga. ¡Oh! Dígame, Valentine, ¿le ha sonreído a usted así? Si lo ha hecho, usted será feliz.

—¡Yo! —dijo la joven—. ¡Oh! ¡Dios mío! Maximilien, si ni siquiera me mira, o mejor, si por casualidad paso a su lado, aparta la vista. ¡Oh! No es generoso, ¡vaya!, o no tiene esa mirada profunda que lee en el fondo de los corazones que usted erróneamente le supone; pues si fuera generoso, al verme triste y sola en medio de toda esta casa, me hubiera protegido con esa influencia que ejerce; y si ocupa el puesto del sol, como usted pretende, hubiera calentado mi corazón con alguno de sus rayos. Dice usted que él le aprecia, Maximilien; ¡eh! Dios mío, ¿usted qué sabe? Los hombres ponen buena cara ante un oficial de cinco pies y seis pulgadas como usted, que tiene bigotes largos y un gran sable, pero se creen con derecho a aplastar sin temor a una pobre muchacha llorosa.

—¡Oh, Valentine! Se equivoca, se lo juro.

—Si fuera así, veamos, Maximilien, si me tratase diplomáticamente, es decir, como alguien que de una manera u otra quiere imponerse en la casa, aunque sólo hubiera sido una vez, me hubiera honrado con una de esas sonrisas que tanto me alaba usted; pero no, me ha visto desgraciada, comprende que yo no puedo servirle para nada, y ni siquiera me presta atención. ¿Quién sabe, incluso, si para hacer la corte a mi padre, a la señora de Villefort o a mi hermano, no me perseguirá tanto como esté en su poder hacerlo? Veamos, francamente, yo no soy una mujer a la que se pueda despreciar sin razón; usted lo ha dicho. ¡Ah! Perdóneme —continuó la joven al ver la impresión que causaban sus palabras a Maximilien—, soy mala, le estoy diciendo cosas sobre ese hombre que hasta yo misma ignoraba que las tuviera en mi corazón. Mire, no niego que esa influencia de la que usted habla exista, ni que tal vez también la ejerza sobre mí; pero si la ejerce, es de una manera nociva y corruptora, como usted ve, para mis buenos pensamientos.

—Está bien, Valentine —dijo Morrel con un suspiro—; no hablemos más de este asunto: no le diré nada.

—¡Ay, amigo mío! —dijo Valentine—. Le aflijo, ya lo veo. ¡Oh! ¡Si pudiera estrecharle la mano para pedirle perdón! Pero, en fin, sólo pido que me convenza; dígame, ¿qué ha hecho por usted ese conde de Montecristo?

—Me incomoda mucho esa pregunta, lo confieso, Valentine. ¿Que qué ha hecho por mí? Nada ostensible, lo sé. Ya le he dicho que mi afecto por él es instintivo y no tiene nada de racional. ¿Es que el sol hace algo por mí? No; me calienta, y con su luz la veo a usted, eso es todo. ¿Es que tal o cual perfume hace algo por mí? No; su aroma recrea agradablemente uno de mis sentidos. No tengo nada más que decir cuando me preguntan por qué ensalzo un perfume. Mi amistad por él es extraña, como la suya por mí. Una voz secreta me advierte que hay algo más que azar en esta amistad imprevista y recíproca. Encuentro correlación de sus más simples acciones, hasta de sus más secretos pensamientos, con mis acciones y mis pensamientos. Se va usted a reír de mí, Valentine, pero, desde que conozco a ese hombre, tengo la idea absurda de que todo lo que me sucede de bueno emana de él. Sin embargo, he vivido treinta años sin necesitar su protección, ¿no? No importa, mire, un ejemplo: me ha invitado a cenar el sábado, es natural, dado el punto en el que estamos, ¿no? Pues bien, ¿qué he sabido más tarde? Que sus padres de usted vendrán a esa cena. Me encontraré con ellos, y quién sabe lo que resultará en un futuro de ese encuentro. Son circunstancias muy simples en apariencia, sin embargo, yo, yo veo en ello algo que me asombra; siento una confianza extraña. Me digo que el conde, ese hombre singular que adivina todo, quiere que yo me vea con el señor y la señora de Villefort, y a veces, se lo juro, intento leer en sus ojos si ha adivinado nuestro amor.

—Mi buen amigo —dijo Valentine—, le tomaría por un visionario, y realmente temería por su buen juicio, si solamente oyese de usted tales razonamientos. ¡Cómo! ¿Ve usted algo más que el azar en ese encuentro? De verdad, reflexione. Mi padre, que no sale nunca, estuvo a punto diez veces de rechazar la invitación, mientras que la señora de Villefort, por el contrario, arde en deseos de ver en su casa a ese nabab extraordinario, así que le costó un gran trabajo conseguir que mi padre la acompañe. No, no, créame, aparte de usted, yo no tengo a nadie en el mundo más que a mi abuelo, ¡un cadáver!, ni otro apoyo que buscar que el de mi pobre madre, ¡una sombra!

—Veo que tiene razón, Valentine, y que la lógica juega en su favor —dijo Maximilien—; pero su voz, tan dulce y siempre tan poderosa para mí,

hoy no me convence.

—Ni la de usted tampoco —dijo Valentine—, confieso que si no tiene otro ejemplo que contarme...

—Tengo uno —dijo Maximilien dudando—; pero, de verdad, Valentine, yo mismo lo confieso que es más absurdo que el primero.

—Peor que peor, entonces —dijo sonriendo Valentine.

—Y sin embargo —continuó Morrel—, no por eso es menos concluyente para mí, que soy un hombre de inspiración y sentimiento y que alguna vez, en mis diez años de servicio, he debido la vida a uno de esos impulsos interiores que a uno le dictan un movimiento hacia delante o hacia atrás, para que la bala, que debía matarme, se alejara pasándome al lado.

—Querido Maximilien, ¿por qué no hacer honor a mis oraciones como causa de la desviación de esas balas? Cuando está usted lejos, no rezo a Dios y a mi madre por mí, rezo por usted.

—Sí, desde que nos conocemos —dijo sonriendo Morrel—; ¿pero, antes de conocerla, Valentine?

—Veamos, puesto que no quiere deberme nada, muchacho malvado, vuelva a ese ejemplo que usted mismo confiesa que es absurdo.

—Pues bien, mire entre las tablas, y vea allá, al lado de ese árbol, el nuevo caballo con el que he venido.

—¡Oh! ¡Un animal admirable! —exclamó Valentine—. ¿Por qué no lo ha traído más cerca de la verja? Le hubiera hablado y hubiera conocido mi voz.

—Como ve, es un animal de un precio bastante elevado —dijo Maximilien—. Y bien, usted sabe que mi fortuna es limitada, Valentine, y que yo soy lo que se llama un hombre razonable. Pues bien, yo había visto en casa de un tratante de caballos a esta magnífica *Medea*, la llamo así. Pregunté el precio, me dijeron que costaba cuatro mil quinientos francos; como comprenderá me abstuve enseguida de considerarlo por más tiempo como un hermoso animal, y me marché, confieso que un poco triste, pues el caballo me había mirado tiernamente, me había acariciado moviendo la cabeza y había caracoleado conmigo de la manera más coqueta y más encantadora. Aquella misma velada, yo tenía amigos en casa: el señor de

Château-Renaud, el señor Debray, y cinco o seis individuos más que usted tiene la dicha de no conocer, ni siquiera de nombre. Propusieron jugar una partida de cartas; yo no juego nunca, pues no soy lo bastante rico como para permitirme el lujo de perder, ni tan pobre como para desear ganar. Pero yo estaba en mi propia casa, comprende, no tenía otra cosa que hacer más que traer las cartas, y fue lo que hice.

»Cuando nos disponíamos a jugar llegó el señor de Montecristo. Se sentó, jugamos y gané; apenas si me atrevo a confesarle eso, Valentine, gané cinco mil francos. La partida terminó a las doce de la noche. No pude contenerme, cogí un cabriolé y mandé que me llevara a casa del tratante. Todo ardoroso y anhelante, llamé. El que vino a abrirme me debió tomar por un loco. Apenas abrió la puerta entré hasta las cuerdas, miré a lo largo del pesebre. ¡Oh! ¡Qué alegría! Allí estaba *Medea* comiendo su pienso. Agarro una silla, se la pongo yo mismo sobre el lomo, le paso la brida, ¡*Medea* se presta encantada a toda esta operación! Después, poniendo los cuatro mil quinientos francos en la mano del estupefacto tratante me vuelvo, o más bien, me paso la noche paseando por los Champs-Élysées. Pues bien, vi luz en la ventana del conde, y me pareció ver su sombra tras las cortinas. Ahora, Valentine, juraría que el conde supo que yo deseaba ese caballo, y que perdió a propósito para que yo me lo ganase.

—Mi querido Maximilien —dijo Valentine—, de verdad que es usted demasiado fantasioso... usted no me amaré durante mucho tiempo... un hombre que hace poesía de ese modo no querrá marchitarse en una pasión monótona como la nuestra... Pero, ¡gran Dios! Mire, me llaman... ¿lo oye?

—¡Oh! Valentine —dijo Maximilien—, por esa abertura del parapeto... su dedo meñique, quiero besárselo.

—¡Maximilien, nos habíamos jurado ser sólo dos voces, dos sombras!

—Como quiera, Valentine.

—¿Se pondrá contento si hago lo que me pide?

—¡Oh! Sí.

Valentine se subió a un banco y pasó, no a través de ese hueco su dedo meñique, sino toda la mano por encima del parapeto.

Maximilien dio un grito, y buscando a su vez un poyo para subirse, cogió la mano adorada y aplicó en ella sus ardientes labios; pero enseguida la dulce mano se deslizó por las suyas, y el joven oyó huir a Valentine, ¡asustada, tal vez, de la sensación que acababa de sentir!

Capítulo LVIII

El señor Noirtier de Villefort

Esto es lo que había ocurrido en la casa del fiscal del rey después de que la señora Danglars y su hija se marcharan, y durante la conversación que acabamos de relatar.

El señor de Villefort había entrado en las habitaciones de su padre, seguido de la señora de Villefort; en cuanto a Valentine, sabemos dónde estaba.

El matrimonio, después de saludar al anciano, después de hacer salir a Barrois, el viejo criado que llevaba más de veinticinco años a su servicio, se sentó a ambos lados del abuelo.

El señor Noirtier, sentado en su gran sillón de ruedas, en el que lo colocaban por la mañana y de donde le sacaban por la noche, situado delante de un espejo en el que se reflejaba toda la estancia, permitiéndole ver, sin ni siquiera intentar un movimiento, que sería imposible, a todo el que entraba y salía de la habitación, y todo lo que hacían a su alrededor. El señor Noirtier, inmóvil como un cadáver, miraba con ojos inteligentes y vivos a sus hijos, cuya ceremoniosa reverencia le anunciaba alguna gestión oficial inesperada.

La vista y el oído eran los únicos sentidos que animaban aún, como dos destellos, esa materia humana, preparada ya en sus tres cuartas partes para la tumba; y aún, de esos dos sentidos, uno solo podía expresar al exterior la vida interior que animaba a la estatua, y la mirada que denotaba esa vida interior era semejante a una de esas luces lejanas que durante la noche indican al viajero perdido en un desierto que todavía hay un ser viviente que vela en todo ese silencio y oscuridad.

Así, en los ojos negros del viejo Noirtier, coronados por unas cejas aún negras, mientras que toda su cabellera, que era larga y que le caía por los hombros, era toda blanca; en esos ojos, como sucede con el órgano del hombre que funciona a expensas de los demás órganos, se habían concentrado toda la actividad, toda la destreza, toda la fuerza y toda la inteligencia, repartidas antaño entre cuerpo y mente. Ciertamente el gesto del brazo, el sonido de la voz, la actitud del cuerpo faltaban, pero esos ojos poderosos suplían todo: ordenaba con los ojos, agradecía con los ojos, era un cadáver de ojos vivientes, y no había nada más espantoso, a veces, que ese rostro de mármol en lo alto del cual se encendía una cólera o refulgía una alegría. Solamente tres personas sabían comprender el lenguaje del pobre paralítico: eran Villefort, Valentine y el viejo criado del que hemos hablado. Pero como Villefort no veía más que raramente a su padre y, por decirlo así, sólo cuando no tenía más remedio; como cuando le veía no intentaba agradarle comprendiéndole, toda la confianza del anciano reposaba en su nieta, y Valentine había llegado, a fuerza de entrega, de amor y de paciencia a comprender en la mirada de Noirtier todos sus pensamientos. Al lenguaje mudo o ininteligible para cualquier otro, ella respondía con toda su voz, toda su fisonomía, toda su alma, de manera que se establecían unos diálogos animados entre la joven y la supuesta arcilla, hecha ya casi polvo, y que sin embargo era todavía un hombre de un saber inmenso, de una agudeza inaudita y de una voluntad tan potente como puede ser el alma encerrada en una materia que ha perdido el poder de obedecer.

Valentine había pues resuelto ese extraño problema de comprender el pensamiento del anciano y de hacerle comprender a él el pensamiento de la joven; y, gracias a ese estudio, era muy raro que, para las cosas

ordinarias de la vida, ella no acertase con precisión el deseo de esta alma viviente, o las necesidades de ese cadáver medio insensible.

En cuanto al criado, como desde hacía veinticinco años, como hemos dicho, servía a su amo, conocía tan bien todas sus costumbres que era raro que Noirtier necesitase pedirle algo.

Villefort, en consecuencia, no necesitaba la ayuda ni de la una ni del otro para entablar con su padre la extraña conversación por la que había venido a verle. Él mismo, ya lo hemos dicho, conocía perfectamente el vocabulario del anciano, y si no lo utilizaba más a menudo era por hastío o por indiferencia. Dejó, pues, que Valentine bajara al jardín, alejó también a Barrois, y después de sentarse a la derecha de su padre, mientras que la señora de Villefort se sentaba a la izquierda:

—Señor —dijo—, no se asombre de que Valentine no haya subido con nosotros y de que hayamos alejado a Barrois, pues la conversación que vamos a tener juntos es de las que no pueden llevarse a cabo delante de una jovencita o de un sirviente: la señora de Villefort y yo tenemos algo que comunicarle.

El rostro de Noirtier permaneció impasible durante ese preámbulo, mientras que por el contrario la mirada de Villefort parecía querer bucear hasta lo más hondo del corazón del anciano.

—Esta comunicación —continuó el fiscal, con ese tono helado que parecía no admitir réplica alguna— estamos seguros, la señora de Villefort y yo, de que le agradará.

Los ojos del anciano permanecían átonos; escuchaba, eso era todo.

—Señor —retomó Villefort—, casamos a Valentine.

Una figura de cera no se hubiera quedado tan fría ante la noticia, como se quedó el rostro del anciano.

—La boda tendrá lugar antes de tres meses —continuó Villefort.

Los ojos del anciano siguieron inmóviles.

La señora de Villefort tomó la palabra a su vez y se apresuró a añadir:

—Hemos pensado que esta noticia le interesaría a usted, señor; además, Valentine siempre ha tenido su afecto; así que sólo nos queda por decirle el nombre del joven que le hemos destinado. Es el más honorable de los partidos a los que Valentine pueda pretender; hay fortuna, un buen

nombre y las garantías perfectas de felicidad en la conducta y en los gustos del joven elegido, y cuyo nombre no debe ser desconocido por usted: se trata del señor Franz de Quesnel, barón d'Épinay.

Villefort, durante el pequeño discurso de su mujer, miraba al anciano de manera más inquisitiva que nunca. Cuando la señora de Villefort pronunció el nombre de Franz, los ojos de Noirtier, que su hijo conocía tan bien, temblaron, y los párpados, dilatándose como lo hubieran hecho los labios para dejar pasar las palabras, dejaron escapar un relámpago.

El fiscal del rey, que conocía la antigua relación de enemistad pública que había existido entre su padre y el padre de Franz, comprendió ese fuego y esa agitación; pero, sin embargo, los dejó pasar como inadvertidos, y retomando la palabra donde la había dejado su mujer:

—Señor —dijo—, es importante, usted lo entiende, es importante que Valentine se case, puesto que va a cumplir diecinueve años. Por otra parte, no hemos olvidado los contactos y nos hemos asegurado por adelantado de que el marido de Valentine aceptaría, si no vivir cerca de nosotros, que estorbaríamos quizás a la nueva pareja, sí que al menos usted viviese cerca de ellos, de manera que no perdería ninguna de sus costumbres, y que así tendría dos nietos que velarán por usted, en lugar de uno.

El resplandor de la mirada de Noirtier se volvió sanguinolento.

Con toda seguridad, algo espantoso cruzaba el alma del anciano; con toda seguridad, el grito de dolor y de ira subía hasta su garganta y, al no poder estallar, le ahogaba, pues su rostro se volvió púrpura y sus labios, azules.

Villefort abrió tranquilamente una ventana diciendo:

—Hace mucho calor aquí, y el calor molesta al señor Noirtier.

Después, volvió junto a su padre, pero sin sentarse.

—Este matrimonio —añadió la señora de Villefort— es del agrado del señor d'Épinay y de su familia; por otra parte, su familia se compone solamente de un tío y una tía. Su madre murió en el parto y su padre fue asesinado en 1815, es decir, cuando el niño apenas tenía dos años, por lo que sólo hay que tener en cuenta su propia voluntad.

—Asesinato misterioso —dijo Villefort—, y cuyos autores siguen desconocidos aunque la sospecha planea, sin abatirse, sobre la cabeza de

mucha gente.

Noirtier hizo un esfuerzo tal que sus labios se contrajeron como para sonreír.

—Ahora bien —continuó Villefort—, los verdaderos culpables, los que saben que cometieron el crimen, aquellos sobre los que puede caer la justicia de los hombres a lo largo de su vida, y la justicia de Dios después de su muerte, se sentirían dichosos en nuestro lugar, por tener una hija que ofrecer al señor Franz d'Épinay, para apagar hasta la menor apariencia de sospecha.

Noirtier se había calmado con un poder que uno no se esperaría en ese cuerpo roto.

«Sí, comprendo», respondió con la mirada a Villefort, y esa mirada expresaba a la vez el profundo desdén y la inteligente cólera.

Villefort, por su parte, respondió a esa mirada, en la que había leído todo su contenido, con un ligero movimiento de hombros.

Después, hizo un gesto a su mujer para que se levantara.

—Ahora, señor —dijo la señora de Villefort—, acepte mis respetos. ¿Le gustaría que Édouard viniera a presentarle sus respetos?

Estaba convenido que el anciano expresara su aprobación cerrando los ojos; su negativa, parpadeando varias veces seguidas; y si los levantaba al cielo quería decir que tenía algún deseo que expresar.

Si quería ver a Valentine, cerraba solamente el ojo derecho.

Si quería ver a Barrois, cerraba el ojo izquierdo.

Ante la propuesta de la señora de Villefort, parpadeó con rapidez.

La señora de Villefort, ante la evidente negativa, se mordió los labios.

—¿Le envió a Valentine, entonces? —dijo.

—Sí —asintió el viejo cerrando los ojos rápidamente.

La pareja Villefort saludó y salió, ordenando que llamaran a Valentine, que ya había sido prevenida, por lo demás, de que tendría algo que hacer aquel día junto al señor de Noirtier.

Tras ellos, Valentine, aún sonrojada por la emoción, entró en la habitación del anciano. Sólo necesitó una mirada para comprender cuánto sufría su abuelo y cuántas cosas tenía que decirle.

—¡Oh! Abuelito —exclamó—, ¿qué te ha pasado? Te han hecho enfadar, ¿no es cierto? Y estás indignado.

—Sí —dijo cerrando los ojos.

—¿Pero, con quién estás enfadado? ¿Con mi padre? No. ¿Con la señora de Villefort? No. ¿Conmigo?

El anciano asintió.

—¿Conmigo? —replicó Valentine asombrada.

El anciano volvió a hacer el mismo gesto.

—¿Pero, qué he hecho yo, querido abuelito? —exclamó Valentine.

No hubo respuesta; ella continuó:

—No te he visto en todo el día; ¿entonces, te han dicho algo de mí?

—Sí —dijo la mirada del viejo rápidamente.

—Veamos, que piense. Dios mío, te juro, querido abuelo... ¡ah! El señor y la señora de Villefort salen de aquí, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Y son ellos los que te han dicho algo que te molesta? ¿Qué es? ¿Quieres que vaya a preguntárselo para que yo pueda disculparme contigo?

—No, no, no —dijo la mirada.

—¡Oh! Me estás asustando, ¿qué han podido decirte, Dios mío!

E intentaba pensar.

—¡Oh! Ya lo tengo —dijo bajando la voz y acercándose al anciano—. ¿Te han hablado de mi matrimonio, quizás?

—Sí —dijo al fin la mirada, enfurruñada.

—Comprendo; y te enfadas conmigo por mi silencio. ¡Oh! Lo ves, es que ellos me recomendaron no decirte nada; y es que ni siquiera me lo han dicho a mí, sólo que descubrí el secreto por una indiscreción; por eso fui tan reservada contigo. Perdóname, querido abuelito Noirtier.

La mirada, nuevamente fija y átona parecía responder: «No es sólo tu silencio lo que me aflige».

—¿Qué es entonces? —preguntó la joven—. ¿Crees que te abandonaría, abuelo querido, y que te iba a olvidar al casarme?

—No —dijo el anciano.

—¿Entonces te han dicho que el señor d'Épinay consentía en que viviésemos cerca de ti?

—Sí.

—¿Entonces, por qué te enfadas?

Los ojos del anciano tomaron una expresión de dulzura infinita.

—Sí, comprendo —dijo Valentine—; ¿porque me quieres?

El anciano asintió.

—¿Y temes que sea desgraciada?

—Sí.

—¿No te gusta el señor Franz?

Los ojos repitieron tres o cuatro veces: «no, no, no».

—¿Entonces estás muy disgustado, abuelo?

—Sí.

—Pues bien, escucha —dijo Valentine poniéndose de rodillas delante de él y rodeándole el cuello con sus brazos—, yo también estoy muy disgustada, pues yo tampoco quiero al señor Franz d'Épinay.

Un rayo de alegría cruzó por los ojos del abuelo.

—Cuando quise retirarme a un convento, ¿recuerdas que tú te enfadaste mucho conmigo?

Una lágrima corrió por los secos párpados del anciano.

—Pues bien —continuó Valentine—, era para escapar de ese matrimonio que me causa desesperación.

La respiración de Noirtier se volvió casi jadeante.

—Entonces, ¿ese matrimonio te disgusta mucho, abuelo? ¡Oh, Dios mío! Si pudieras ayudarme, ¡si pudiéramos entre los dos romper su proyecto! Pero tú estás sin fuerzas ante ellos, aunque tu mente esté tan viva y tu voluntad tan firme; pero, cuando se trata de luchar, estás tan débil o incluso más que yo. ¡Ay! Hubieses sido para mí un protector tan poderoso como en los días llenos de fuerza y de salud; pero hoy no puedes más que comprenderme y alegrarte o entristecerte conmigo. Esta última dicha Dios no me la quitado todavía.

Al oír esas palabras, en los ojos de Noirtier había una impresión tan grande de malicia y de agudeza, que la joven creyó leer en ellos esas palabras: «Te equivocas, todavía puedo hacer mucho por ti».

—¿Puedes hacer algo por mí, querido abuelito? —tradujo Valentine.

—Sí.

Noirtier levantó los ojos al cielo. Era la señal convenida entre ellos cuando deseaba algo.

—¿Qué quieres, abuelo? Veamos.

Valentine rebuscó un instante en su mente, expresó en voz alta sus pensamientos a medida que se le iban ocurriendo, y viendo que a todo lo que decía, el anciano respondía constantemente que no:

—Vamos —dijo—, qué tonta soy, el gran remedio.

Entonces recitó una a una todas las letras del abecedario, desde la A hasta la N, mientras que su sonrisa interrogaba al parálítico; al llegar a N el anciano hizo la señal del sí.

—¡Ah! —dijo Valentine—. Lo que desea comienza por N. ¿Es la N lo que nos interesa? Pues bien, veamos: *na, ne, ni, no...*

—Sí, sí, sí —indicó el anciano.

—¡Ah! Empieza con *no...*

—Sí.

Valentine fue a buscar un diccionario que colocó sobre un pupitre delante de Noirtier; lo abrió, y cuando vio los ojos del anciano sobre las páginas, su dedo recorrió rápidamente de arriba abajo las columnas.

El ejercicio, como hacía ya seis años que Noirtier había caído en ese lamentable estado, le resultaba ya tan sencillo que la joven adivinaba tan deprisa el pensamiento del anciano como si él mismo buscara en el diccionario.

En la palabra *notario* Noirtier hizo la señal de detenerse.

—*Notario* —dijo—, ¿quieres un notario, abuelito?

El anciano hizo la señal de que era efectivamente un notario lo que deseaba.

—¿Quieres entonces que llamemos a un notario? —preguntó Valentine.

—Sí —señaló el parálítico.

—¿Mi padre debe saberlo?

—Sí.

—¿Tienes prisa por ver al notario?

—Sí.

—Entonces vamos a llamarlo enseguida, querido abuelo. ¿Eso es todo lo que quieres?

—Sí.

Valentine corrió al cordón de la campanilla y llamó a un criado para que rogara al señor y señora de Villefort que vinieran a la habitación del abuelo.

—¿Estás contento? —dijo Valentine—. Sí..., ya lo creo que sí, ¡eh! No era tan difícil de lograr.

Y la joven sonrió al abuelo como le hubiera sonreído a un niño.

El señor de Villefort entró precedido por Barrois.

—¿Qué es lo que quiere, señor? —preguntó al paralítico.

—Señor —dijo Valentine—, mi abuelo solicita un notario.

Ante esa petición extraña y, sobre todo, inesperada, el señor de Villefort intercambió una mirada con el paralítico.

—Sí —asintió este último con una firmeza que indicaba que, con la ayuda de Valentine y de su viejo sirviente, ahora sabía lo que deseaba y que estaba dispuesto a sostener la lucha.

—¿Quiere usted que venga un notario? —repitió Villefort.

—Sí.

—¿Para qué?

Noirtier no respondió.

—¿Pero, para qué necesita usted a un notario? —preguntó Villefort.

La mirada del paralítico se quedó inmóvil y en consecuencia mudo, lo que quería decir: «Persisto en mi voluntad».

—¿Para hacernos alguna faena? —dijo Villefort—. ¿Merece la pena?

—Pero, en fin —dijo Barrois, dispuesto a insistir con la perseverancia habitual de los viejos criados—, si el señor quiere un notario, aparentemente será porque lo necesita. Así que voy a buscar un notario.

Barrois no reconocía más amo que Noirtier y nunca admitía que la voluntad del anciano fuese contestada en nada.

«Sí, quiero un notario», testimonió el anciano cerrando los ojos con un aire de desafío y como si hubiera dicho: «Veamos quién se atreve a negarme lo que quiero».

—Traeremos al notario, puesto que usted lo quiere de todos modos, señor; pero yo me disculparé ante él, y usted mismo también lo hará, pues la escena será bastante ridícula.

—No importa —dijo Barrois—, de todas las maneras, voy a buscarlo.
Y el viejo sirviente salió de la sala, victorioso.

Capítulo LIX

El testamento

En el momento en el que salió Barrois, Noirtier miró a Valentine con ese malicioso interés que anunciaba grandes cosas. La joven comprendió esa mirada, y Villefort también, pues su frente se oscureció frunciendo el ceño.

Tomó un asiento, se instaló en la habitación del paralítico, y esperó.

Noirtier le miraba con perfecta indiferencia, pero, con el rabillo del ojo, ordenaba a Valentine que no se inquietase y que se quedase también en la sala.

Tres cuartos de hora después, el criado entró con el notario.

—Señor —dijo Villefort después de los primeros saludos—, se le ha llamado a instancias del señor Noirtier de Villefort, aquí presente. Una parálisis general le tiene impedido del uso de sus miembros y de su voz, y sólo nosotros, con gran esfuerzo, llegamos a captar algunos trazos de su pensamiento.

Noirtier llamó con la mirada a Valentine, llamada tan seria e imperativa, que ella respondió de inmediato:

—Yo, señor, yo entiendo todo lo que quiere decir mi abuelo.

—Es cierto —añadió Barrois—, todo, absolutamente todo, como le decía yo a usted de camino.

—Permítame, señor, y usted también, señorita —dijo el notario dirigiéndose a Villefort y a Valentine—, este es uno de esos casos en los que el servidor público no puede proceder sin considerarlo, y aún asumiendo una responsabilidad peligrosa. La primera necesidad para que un acto sea válido es que el notario esté seriamente convencido de que ha interpretado fielmente la voluntad de quien se la dicta. Ahora bien, yo no puedo por mí mismo estar seguro de la aprobación o desaprobación de un cliente que no habla; y como el objeto de sus deseos o de sus negativas, dado su mutismo, no puede ser demostrado claramente, mi ministerio no sólo sería inútil, sino que sería ilegalmente ejercido.

El notario dio un paso para retirarse. Una imperceptible sonrisa se dibujaba en los labios del fiscal del reino. Por su parte, Noirtier miró a Valentine con una expresión de dolor tal que la joven se puso delante del notario interceptándole el paso.

—Señor —le dijo—, la lengua que yo hablo con mi abuelo es una lengua que se aprende fácilmente, y así como yo la comprendo, puedo, en pocos minutos, hacer que usted la comprenda también. Veamos, señor, ¿qué necesita para que su conciencia quede bien informada?

—Lo que es necesario para que nuestras actuaciones sean válidas, señorita —respondió el notario—, es la certeza de la aprobación o desaprobación. Uno puede testar estando enfermo del cuerpo, pero hay que testar sano de mente.

—Y bien, señor, con dos señales usted adquirirá la certeza de que mi abuelo nunca ha gozado mejor que ahora de la plenitud de su inteligencia. El señor Noirtier, privado de la voz, privado de movimiento, cierra los ojos cuando quiere decir sí, y parpadea repetidamente cuando quiere decir no. Ahora ya sabe usted lo suficiente para hablar con el señor Noirtier, inténtelo.

La mirada del anciano a Valentine estaba tan llena de ternura y de agradecimiento, que fue comprendida incluso por el mismo notario.

—¿Ha oído y comprendido lo que acaba de decir su nieta, señor? —preguntó el notario.

Noirtier cerró suavemente los ojos y los abrió de nuevo después de un instante.

—¿Y aprueba usted lo que ha dicho, es decir, que los gestos indicados por ella son los que usted usa para hacerse comprender?

—Sí —señaló el anciano.

—¿Es usted el que ha querido llamarme?

—Sí.

—¿Para hacer testamento?

—Sí.

—¿Y usted no quiere que yo me retire sin haber hecho ese testamento?

El paralítico parpadeó rápida y repetidamente.

—Y bien, señor, ¿comprende usted ahora? —preguntó la joven—, ¿su conciencia se queda tranquila?

Pero, antes de que el notario pudiera responder, Villefort le llevó aparte:

—Señor —le dijo—, ¿cree usted que un hombre pueda soportar impunemente un golpe físico tan terrible como el que ha sufrido el señor Noirtier de Villefort, sin que se haya resentido gravemente su ánimo?

—No es precisamente eso lo que me inquieta, señor —respondió el notario—, lo que me pregunto es cómo llegaremos a adivinar sus pensamientos, lo que tenemos que preguntarle, con el fin de provocar las respuestas.

—Pues ya ve usted que es imposible —dijo Villefort.

Valentine y el anciano estaban oyendo esa conversación. Noirtier detuvo su mirada tan fija y tan firme en Valentine, que esa mirada exigía evidentemente una respuesta.

—Señor —dijo Valentine—, no se preocupe en absoluto por eso; por muy difícil que sea o, más bien, por muy difícil que le parezca descubrir el pensamiento de mi abuelo, yo se lo desvelaré, y lo haré de manera que se despejen todas las dudas al respecto. Hace seis años que estoy junto al señor Noirtier, y que lo diga él mismo, si en esos seis años uno de sus deseos ha quedado encerrado en el fondo de su corazón, porque yo no lo haya comprendido.

—No —indicó con los ojos el anciano.

—Intentémoslo, pues —dijo el notario—; ¿acepta usted a la señorita como intérprete?

El paralítico indicó que sí.

—Bien, veamos, señor ¿qué desea usted de mí? ¿Cuál es el acto que desea hacer?

Valentine nombró todas las letras del abecedario hasta la letra T.

Al oír esta letra, los elocuentes ojos de Noirtier la detuvieron.

—Es la letra T lo que el señor pide —dijo el notario—; la cosa está clara.

—Espere —dijo Valentine; después, volviéndose hacia su abuelo—, ta..., te...

El viejo la detuvo en la segunda de esas sílabas.

Entonces Valentine cogió el diccionario y, ante la mirada atenta del notario, hojeó las páginas.

«Testamento», indicó el dedo detenido por la mirada del anciano.

—¡Testamento! —gritó el notario—. La cosa está clara, el señor quiere testar.

—Sí —señaló el anciano repetidamente.

—Esto sí que es maravilloso, señor, ¿no le parece? —dijo el notario a un Villefort estupefacto.

—En efecto —replicó este—, y más maravilloso aún sería ese testamento, pues, en fin, no veo cómo los artículos se iban a colocar sobre el papel, palabra por palabra, sin la inteligente inspiración de mi hija. Ahora bien, Valentine estará quizá demasiado involucrada en ese testamento como para ser la intérprete adecuada de las oscuras voluntades del señor Noirtier de Villefort.

—¡No! ¡No! —señaló el paralítico.

—¡Cómo! —dijo el señor de Villefort—. ¿Valentine no está involucrada en su testamento?

—No —dijo Noirtier.

—Señor —dijo el notario, que, encantado con esa demostración, esperaba contar en sociedad los detalles de este pintoresco episodio—; señor, aunque antes me parecía una cosa imposible, nada me parece más fácil ahora; ese testamento será sencillamente un testamento cerrado, es

decir, previsto y autorizado por la ley, con tal de que sea leído ante siete testigos, aprobado por el testador mismo delante de ellos, y cerrado por el notario, siempre en presencia de los testigos. En cuanto al tiempo, tardaremos solamente un poco más que en un testamento ordinario; primero están las fórmulas consagradas que son siempre las mismas, y en cuanto a los detalles, la mayor parte de ellos me los proporcionará el estado de los asuntos del testador, y usted, que como gerente de los mismos, los conoce perfectamente. Pero, además, para que este acto notarial sea inatacable, vamos a darle la más completa autenticidad; uno de mis colegas me ayudará y, contra toda costumbre, asistirá al dictado del mismo. ¿Está usted satisfecho, señor? —continuó el notario dirigiéndose al anciano.

—Sí —respondió Noirtier, radiante al verse comprendido.

«¿Qué va a hacer?», se dijo para sí Villefort, a quien su alta posición obligaba a una gran reserva y que, además, no lograba adivinar adónde quería llegar su padre.

Se dio, pues, la vuelta para enviar a Barrois a buscar al segundo notario designado por el primero, pero Barrois, que había oído todo y que había adivinado el deseo de su amo, se había marchado ya.

Entonces el fiscal ordenó que dijeran a su mujer que subiera.

Al cabo de un cuarto de hora, todo el mundo estaba reunido en la habitación del paralítico, y el segundo notario había llegado.

En pocas palabras los dos oficiales ministeriales estuvieron de acuerdo. Leyeron a Noirtier una fórmula de testamento vaga, banal; después, para comenzar, por decirlo así, la investigación sobre su capacidad, el primer notario, dirigiéndose al anciano, le dijo:

—Cuando se hace testamento, señor, es a favor de alguien.

—Sí —indicó Noirtier.

—¿Tiene usted alguna idea de la cifra a la que asciende su fortuna?

—Sí.

—Voy a nombrarle varias cifras que irán subiendo sucesivamente; usted me detendrá cuando llegemos a la cifra que usted cree real.

—Sí.

Había en este interrogatorio una especie de solemnidad; por otra parte, quizá nunca la lucha de la inteligencia contra la materia había sido tan visible; y si no era sublime, como íbamos a decir, sí que era, al menos, un espectáculo curioso.

Se formaba un círculo alrededor de Villefort; el segundo notario estaba sentado a una mesa, preparado para escribir; el primer notario permanecía de pie frente a él y le interrogaba.

—Su fortuna sobrepasa los trescientos mil francos, ¿no? —preguntó.

Noirtier indicó que sí.

—¿Posee usted cuatrocientos mil francos? —preguntó el notario.

Noirtier se quedó inmóvil.

—¿Quinientos mil?

La misma inmovilidad.

—¿Seiscientos mil? ¿Setecientos mil? ¿Ochocientos mil?
¿Novecientos mil?

Noirtier hizo la señal del sí.

—¿Posee usted novecientos mil francos?

—Sí.

—¿En inmuebles? —preguntó el notario.

Noirtier indicó que no.

—¿En títulos de renta?

Noirtier indicó que sí.

—¿Esos títulos están en su poder?

Una mirada rápida dirigida a Barrois hizo salir al viejo sirviente, que regresó al instante con una especie de arqueta.

—¿Permite que abramos esta arqueta? —preguntó el notario.

Noirtier indicó que sí.

Abrieron el arca y encontraron novecientos mil francos en títulos anotados en el libro mayor de contabilidad.

El primer notario dictó cada título, uno tras otro, a su colega; la suma era exactamente la anotada por Noirtier.

—Esto está bien —dijo—; es evidente que la inteligencia se mantiene en toda su fuerza y extensión.

Después, dirigiéndose al paralítico:

—Así pues —le dijo—, usted posee novecientos mil francos de capital, los cuales, tal como están invertidos, deben producir cuarenta mil libras de renta poco más o menos.

Noirtier asintió.

—¿A quién desea usted legar esta fortuna?

—¡Oh! —dijo la señora de Villefort—. Aquí no hay ninguna duda; el señor Noirtier sólo quiere a su nieta, la señorita Valentine de Villefort: es ella quien le cuida desde hace seis años; ella sabe cautivar con sus continuos cuidados el afecto de su abuelo y diré que también su agradecimiento; es justo, pues, que recoja el premio a su sacrificio y entrega.

Los ojos de Noirtier despedían un rayo, como si no se dejara engañar por la falsa afirmación de la señora de Villefort sobre las intenciones que ella le suponía.

—¿Entonces es a la señorita Valentine de Villefort a quien deja usted sus novecientos mil francos? —preguntó el notario, que creía que sólo le quedaba registrar esa cláusula, pero que, a pesar de todo, tenía que asegurarse del asentimiento de Villefort, y de que todos los testigos presentes en esa extraña escena lo constatasen también.

Valentine había dado un paso atrás y lloraba con los ojos bajos; el anciano la miró un instante con la expresión de una profunda ternura; después, dirigiéndose al notario parpadeó repetidamente de la manera más significativa.

—¿No? —dijo el notario—. ¿Cómo que no es a la señorita Valentine de Villefort a quien instituye usted como su heredera universal?

Noirtier indicó que no.

—¿No se equivoca? —exclamó el notario asombrado—. ¿Dice exactamente no?

—¡No! —repitió Noirtier—, ¡no!

Valentine levantó la cabeza; estaba estupefacta, no por haber sido desheredada, sino por haber provocado el sentimiento que generalmente dicta un hecho de esa naturaleza.

Pero Noirtier la miró con una expresión de tan profunda ternura que la joven exclamó:

—¡Oh! Mi buen abuelo, ya veo, sólo me quita la fortuna, ¿pero, seguiré teniendo su corazón?

«¡Oh! Sí, claro que sí», dijeron los ojos del paralítico, cerrándose con una expresión que no podía confundir a Valentine.

—¡Gracias!, ¡gracias! —murmuró la joven.

Pero este hecho había hecho nacer en el corazón de la señora de Villefort una esperanza inesperada; se acercó al anciano.

—¿Entonces, mi querido señor Noirtier, es a su nieto Édouard de Villefort a quien lega su fortuna? —preguntó la madre.

El parpadeo fue terrible: expresaba casi odio.

—No —dijo el notario—; ¿entonces es, señor, a su hijo aquí presente?

—No —indicó el anciano.

Los notarios se miraron estupefactos; Villefort y su mujer se sonrojaron, uno de vergüenza, la otra de ira.

—Pero, ¿qué hemos hecho, abuelo? —dijo Valentine—. ¿Es que ya no nos quieres?

La mirada del anciano pasó rápidamente por su hijo, por su nuera y se detuvo en Valentine con la expresión de la más profunda ternura.

—Y bien —dijo esta—, si me quieres, veamos, abuelo, trata de unir este cariño con lo que haces en este momento. Ya conoces, ya sabes que nunca pensé en tu fortuna; además, me dicen que soy rica por parte de mi madre, demasiado rica; explícate, entonces.

Noirtier fijó su ardiente mirada en la mano de Valentine.

—¿Mi mano? —dijo ella.

—Sí —indicó Noirtier.

—¡Su mano! —repetieron los asistentes.

—¡Ah! Señores, ya ven que todo es inútil, y que mi pobre padre está loco —dijo Villefort.

—¡Oh! —exclamó de repente Valentine—. ¡Ya entiendo! Mi matrimonio, ¿no es eso, abuelo?

—Sí, sí, sí —indicó por tres veces el paralítico lanzando un rayo cada vez que abría los ojos.

—No nos quieres a causa del matrimonio, ¿no es así?

—Sí.

—Pero es absurdo —dijo Villefort.

—Perdón, señor —dijo el notario—, al contrario, todo esto es muy lógico y encadena todo perfectamente.

—¿No quieres que me case con el señor Franz d'Épinay?

—No, no quiero —expresó la mirada del anciano.

—¿Y usted deshereda a su nieta —exclamó el notario—, porque se casa sin su aprobación?

—Sí.

—¿De manera que sin ese matrimonio sería su heredera?

—Sí.

Entonces se produjo un gran silencio en torno al anciano.

Los dos notarios se consultaron; Valentine, con las manos juntas, miraba a su abuelo con una sonrisa de agradecimiento; Villefort se mordía sus finos labios; la señora de Villefort no podía reprimir un sentimiento gozoso, que muy a su pesar dejaba traslucir en su rostro.

—Pero —dijo finalmente Villefort rompiendo el silencio—, me parece que soy el único que puede juzgar la conveniencia o no de esa unión. Siendo yo quien puede disponer de la mano de mi hija, quiero que se case con el señor Franz d'Épinay, y así se hará.

Valentine cayó toda llorosa sobre un sillón.

—Señor —dijo el notario dirigiéndose al anciano—; ¿qué cuenta usted hacer con su fortuna en el caso en el que la señorita Valentine se case con el señor Franz d'Épinay?

El viejo se quedó inmóvil.

—¿Sin embargo, piensa testar?

—Sí —indicó Noirtier.

—¿A favor de alguien de su familia?

—No.

—¿A favor de los pobres, entonces?

—Sí.

—Pero —dijo el notario—, ¿usted sabe que la ley se opone a que usted despoje de todo a su hijo?

—Sí.

—¿Usted dispondrá, entonces, solamente de la parte que la ley le autoriza?

—No.

—¿Quiere entonces disponer de todo?

—Sí.

—¡Pero, después de su muerte, impugnarán el testamento!

—No.

—Mi padre sabe, señor —dijo el señor de Villefort—, mi padre sabe que su voluntad será sagrada para mí; además, comprende que, en mi posición, no puedo pleitear contra los pobres.

Los ojos de Noirtier expresaron el triunfo.

—¿Qué decide usted, señor? —preguntó el notario a Villefort.

—Nada, señor; es una resolución de mi padre y sé que mi padre no cambia de resolución. Me resigno. Esos novecientos mil francos saldrán de la familia para ir a enriquecer los hospitales; pero no cederé al capricho de un anciano, y obraré según mi conciencia.

Y Villefort se retiró con su mujer, dejando a su padre libre de testar como mejor entendiera.

El mismo día se redactó el testamento; fueron a buscar a los testigos, fue aprobado por el anciano, se cerró en su presencia y se depositó en casa del señor Deschamps, notario de la familia.

Capítulo LX

El telégrafo

El señor y la señora de Villefort fueron informados, al regresar a su casa, de que el señor conde de Montecristo, que había venido para hacerles una visita, había sido introducido al salón, donde les esperaba. La señora de Villefort, demasiado alterada como para entrar así de golpe, pasó por el dormitorio, mientras que el fiscal del rey, más seguro de sí mismo, se dirigió directamente al salón.

Pero, por muy dueño de sí mismo que fuera, aunque pudo recomponer los rasgos del rostro, el señor de Villefort no pudo apartar la nube de su frente tan fácilmente como para que el conde, cuya sonrisa brillaba radiante, no observase ese aire sombrío y preocupado.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Montecristo tras los primeros cumplidos—. ¿Qué le ocurre, señor de Villefort? ¿Es que he llegado en el momento en el que redactaba alguna acusación demasiado capital?

Villefort intentó una sonrisa.

—No, señor conde —dijo—, aquí la única víctima soy yo. Soy yo quien pierde el proceso, y son el azar, la testarudez y la locura los que lanzan la acusación.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Montecristo con un interés que parecía perfectamente real—. ¿Es que le ha sucedido algo realmente grave?

—¡Oh! Señor conde —dijo Villefort con una calma llena de amargura—, no vale la pena hablar de ello; casi nada, una simple pérdida pecuniaria.

—En efecto —respondió Montecristo—, una pérdida pecuniaria es poca cosa ante una fortuna como la que usted posee y menos en un espíritu filosófico y cultivado como el suyo.

—Además —respondió Villefort—, no es una cuestión de dinero lo que me preocupa, aunque, después de todo, novecientos mil francos bien valen una queja o al menos un impulso de despecho. Pero me hiere sobre todo esa disposición de la suerte, del azar, de la fatalidad, no sé cómo nombrar al poder que dirige el golpe recibido, y que echa por tierra mis esperanzas de fortuna y destruye, tal vez, el porvenir de mi hija por el capricho de un anciano que ha vuelto a la infancia.

—¡Eh! ¡Dios mío! ¿Qué ocurre? —exclamó el conde—. ¿Novecientos mil francos, dice usted? Pero, en verdad, como usted dice, la suma merece esa queja, incluso la queja de un filósofo. ¿Y qué es lo que le causa ese disgusto?

—Mi padre, de quien ya le he hablado.

—El señor Noirtier; ¡es verdad! Pero usted me dijo, me parece, que tenía una parálisis completa y que todas sus facultades estaban apagadas.

—Sí, sus facultades físicas, pues no puede moverse, no puede hablar y, con todo, sin embargo piensa, quiere, obra. Como usted ve. Acabo de dejarle hace cinco minutos y, en este momento, se ocupa en dictar un testamento a dos notarios.

—¿Pero, entonces ha hablado?

—Mejor que eso: se ha hecho entender.

—¿Cómo es eso?

—A través de la mirada; sus ojos siguen vivos y, ya ve usted, sus ojos matan.

—Amigo mío —dijo la señora de Villefort, que acababa de entrar a su vez—, ¿quizá exagera usted la situación?

—Señora... —dijo el conde inclinándose.

La señora de Villefort saludó con su más gentil sonrisa.

—Pero, ¿qué me está diciendo el señor de Villefort? —preguntó Montecristo—. ¡Qué desgracia tan incomprensible!...

—¡Incomprensible, esa es la palabra! —repuso el fiscal encogiéndose de hombros—. ¡Un capricho de viejo!

—¿Y no hay modo de hacerle entrar en razón?

—Sí lo hay —dijo la señora de Villefort—; e incluso depende de mi marido que ese testamento, en lugar de haberlo hecho en detrimento de Franz, pudiera hacerse a su favor.

El conde, viendo que los dos esposos comenzaban a hablar en parábolas, fingió distraerse y observó con la más profunda atención y la aprobación más notoria a Édouard, que estaba echando tinta en el abrevadero de los pájaros.

—Querida —dijo Villefort respondiendo a su mujer—, usted sabe que me gusta poco hacerme el patriarca en mi casa, y que nunca creí que la suerte del universo dependiese de un gesto mío. Sin embargo, es importante que se respeten mis decisiones en la familia, y que la locura de un anciano y el capricho de una niña no echen por tierra un proyecto decidido en mi mente desde hace muchos años. El barón d'Épinay era mi amigo, usted lo sabe, y una alianza con su hijo era de lo más conveniente.

—¿Usted cree que Valentine —dijo la señora de Villefort— está de acuerdo con él?... En efecto... ella siempre se opuso a ese matrimonio, y no me extrañaría que todo lo que acabamos de ver y de oír sea la ejecución de un plan concertado entre ellos.

—Señora —dijo Villefort—, uno no renuncia así, créame, a una fortuna de novecientos mil francos.

—Ella renunciaría al mundo, señor, puesto que hace un año quiso entrar en un convento.

—No importa —repuso Villefort—, ¡digo que ese matrimonio tiene que hacerse, señora!

—¿A pesar de la voluntad del abuelo? —dijo la señora de Villefort, atacando por otro flanco—. ¡Es muy grave!

Montecristo simulaba no escuchar, pero no se perdía ni una palabra de lo que decían.

—Señora —repuso Villefort—, puedo decir que siempre he respetado a mi padre, porque al sentimiento natural de la descendencia se une en mí la conciencia de su superioridad moral; porque, en fin, un padre es sagrado por dos títulos: sagrado como nuestro creador; sagrado como nuestro dueño y señor; pero, en este momento, debo renunciar a reconocer una inteligencia en el anciano que, por un simple recuerdo de odio hacia el padre, persigue así al hijo; sería, pues, ridículo conformar mi conducta a sus caprichos. Continuaré sintiendo el mayor respeto por el señor de Noirtier; sufriré sin quejarme el castigo pecuniario que me inflige, pero seré inmutable en mi voluntad, y el mundo sabrá apreciar de qué lado estaba la sana razón. En consecuencia, casaré a mi hija con el barón Franz d'Épinay, porque esa unión es, a mi juicio, buena y honorable y, en definitiva, quiero casar a mi hija con quien me place.

—¡Eh, cómo! —dijo el conde, cuya aprobación, por parte del fiscal, había sido solicitada constantemente con la mirada—. ¡Eh, cómo! ¿El señor Noirtier deshereda, dice usted, a la señorita Valentine, porque va a casarse con el señor barón Franz d'Épinay?

—¡Ay, Dios mío! Sí, sí, señor; esa es la razón —dijo Villefort encogiéndose de hombros.

—La razón visible, al menos —añadió la señora de Villefort.

—La razón real, señora. Créame, conozco a mi padre.

—¿Pero, se puede concebir eso? —respondió la mujer—. ¿En qué puede desagradar, se lo pregunto, en qué puede desagradar el señor d'Épinay al señor Noirtier más que cualquier otro?

—En efecto —dijo el conde—, conocí al señor Franz d'Épinay, el hijo del general de Quesnel, ¿no es así? ¿Que fue nombrado barón d'Épinay por el rey Carlos X?

—Justamente —repuso Villefort.

—Y bien, ¡pues, es un joven encantador, me parece!

—No es más que un pretexto, estoy segura —dijo la señora de Villefort—; los viejos son tiranos en sus afectos; el señor Noirtier no quiere que su nieta se case.

—Pero —dijo Montecristo—, ¿no conocen ustedes la causa de ese odio?

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Quién puede saberlo!

—Alguna antipatía política, quizá.

—En efecto, mi padre y el padre del señor d'Épinay vivieron tiempos tormentosos, de los que yo sólo conocí los últimos días —dijo Villefort.

—¿Su padre de usted era bonapartista? —preguntó Montecristo—. Creo recordar que usted dijo algo al respecto.

—Mi padre fue jacobino antes que ninguna otra cosa —respondió Villefort, llevado por la emoción fuera de los límites de la prudencia—, y la toga de senador que Napoleón le puso sobre los hombros no hacía sino disfrazar al hombre antiguo, pero sin cambiarlo. Cuando mi padre conspiraba, no era a favor del emperador, sino contra los Borbones, pues mi padre tenía en él eso de terrible, que nunca combatió por las utopías irrealizables, sino por las cosas posibles, y que aplicó al éxito de esas cosas posibles las terribles teorías de la Montaña, que no reculaban ante ningún medio.

—Y bien —dijo Montecristo—, ya lo ven, es eso, el señor Noirtier y el señor d'Épinay se encontraron en el campo de la política. El general d'Épinay, aún habiendo servido bajo Napoleón, habría guardado en el fondo de su corazón sentimientos monárquicos, ¿y no es el mismo que fue asesinado una noche saliendo de un club bonapartista, adonde le habían llevado con la esperanza de encontrar en él un apoyo?

Villefort miró al conde casi con terror.

—¿Acaso me equivoco? —siguió Montecristo.

—No, no, señor —dijo la señora de Villefort—, al contrario, fue exactamente así; y es justamente a causa de lo que usted acaba de decir por lo que, para apagar viejos odios, el señor de Villefort tuvo la idea de que se uniesen dos hijos cuyos padres se habían odiado.

—Sublime idea —dijo Montecristo—, idea llena de caridad y que el mundo debiera aplaudir. En efecto, sería hermoso ver a la señorita de Villefort llamarse señora de Franz d'Épinay.

Villefort se sobresaltó y miró a Montecristo como si quisiera leer en el fondo de su corazón la intención que había dictado las palabras que

acababa de pronunciar.

Pero el conde mantuvo su acogedora sonrisa estereotipada en sus labios; y esta vez de nuevo, a pesar de la profundidad de la mirada, el fiscal del rey no vio más allá de la epidermis.

—Además —repuso Villefort—, aunque sea una gran desgracia para Valentine perder la fortuna de su abuelo, no veo por qué tendría que prescindir del matrimonio; no creo que el señor d'Épinay recule ante este revés pecuniario; verá que quizá yo valgo más que la suma, suma que sacrifico ante el deseo de mantener mi palabra; calculará que Valentine, por lo demás, es muy rica por parte de madre, riqueza administrada por los señores de Saint-Méran, sus abuelos maternos, que la quieren los dos con gran ternura.

—Y que merecen que se les quiera y se les cuide como hace con el señor Noirtier —dijo la señora de Villefort—; además, vendrán a París dentro de un mes, todo lo más, y a Valentine, después de esta afrenta, se la dispensará de enterrarse, como lo ha hecho hasta ahora, cuidando al señor Noirtier.

El conde escuchaba con complacencia la voz discordante de esos amores propios heridos y de esos intereses machacados.

—Pues me parece —dijo Montecristo después de un instante de silencio—, y le pido perdón por adelantado de lo que voy a decir, me parece que si el señor Noirtier deshereda a la señorita de Villefort, culpable de querer casarse con un joven a cuyo padre detestaba Noirtier, no tiene que reprochar el mismo error a este querido Édouard.

—¿Verdad que no, señor? —exclamó la señora de Villefort con una entonación imposible de describir—. ¿Verdad que es odiosamente injusto? Este pobre Édouard es tan nieto del señor Noirtier como Valentine, y, sin embargo, si Valentine no se casara con el señor Franz d'Épinay, el abuelo le dejaría todos sus bienes; y además, en fin, Édouard lleva el nombre de la familia, lo que no impide además que, aunque Valentine fuera efectivamente desheredada por su abuelo, todavía sería tres veces más rica que su hermano.

Una vez dado el golpe, el conde escuchó y no volvió a hablar.

—Vaya —repuso Villefort—, vaya, señor conde, se lo ruego, dejemos de hablar de estas miserias de familia; sí, es cierto, mi fortuna va a engrosar la renta de los pobres que son, hoy por hoy, los verdaderos ricos. Sí, mi padre me habrá frustrado mi legítima esperanza, y eso sin razón, pero yo, yo actuaré como un hombre sensato, como un hombre de valor. El señor d'Épinay, a quien prometí la renta de esa herencia, la recibirá, aunque tenga que imponerme las más crueles privaciones.

—Sin embargo —repuso la señora de Villefort, volviendo a la única idea que rumiaba sin cesar en el fondo de su corazón—, quizá convendría que confiásemos este contratiempo al señor d'Épinay, y que devolviera él mismo su palabra.

—¡Oh! ¡Sería una gran desgracia! —exclamó Villefort.

—¿Una gran desgracia? —repitió Montecristo.

—Sin duda —replicó Villefort, apaciguándose un poco—; un matrimonio frustrado, incluso por razones económicas, desfavorece a una joven; además, los antiguos rumores, que yo quería hacer callar, tomarían de nuevo consistencia. Pero no, no será así. El señor d'Épinay es un hombre honrado, se verá aún más comprometido que antes, al saber que Valentine ha sido desheredada; de otra manera, obraría como un simple avaricioso; no, es imposible.

—Pienso como el señor de Villefort —dijo Montecristo fijando su mirada en la señora de Villefort—; y si yo fuera uno de sus amigos para permitirme darle un consejo, yo invitaría al señor d'Épinay, puesto que va a regresar, por lo que me dicen al menos, yo le invitaría a atar este asunto tan fuertemente que no pueda desligarse; yo apostaría ya por una salida, cuyo fin no puede ser sino honorable para el señor de Villefort.

Este último se levantó, llevado por una visible alegría, mientras que su mujer palidecía ligeramente.

—Bien —dijo—, eso es todo lo que yo pedía, y me serviré de la opinión de un consejero como usted —dijo tendiendo la mano a Montecristo—. Así, pues, que todo el mundo aquí considere lo sucedido hoy como nulo y sin valor: nada ha cambiado en nuestros proyectos.

—Señor —dijo el conde—, la sociedad, por muy injusta que sea, le agradecerá su resolución, respondo de ello; sus amigos se sentirán

orgullosos de usted, y el señor d'Épinay, aunque tuviera que aceptar a la señorita de Villefort sin dote, lo que no ocurrirá, estará encantado de entrar en una familia en la que se sabe educar a la altura de tales sacrificios por mantener la palabra y cumplir con su deber.

Diciendo estas palabras, el conde se había levantado y se preparaba para partir.

—¿Nos deja ya, señor conde? —dijo la señora de Villefort.

—Me veo obligado a ello, señora, yo venía solamente a recordarles su promesa para el sábado.

—¿Cree usted que la olvidaremos?

—Es usted demasiado buena, señora; pero el señor de Villefort tiene a veces tan graves y tan urgentes ocupaciones...

—Mi marido dio su palabra, señor —dijo la señora de Villefort—, acaba usted de ver cómo la mantiene cuando tiene todo que perder; con mayor razón, cuando tiene todo que ganar.

—¿Y es en su casa de los Champs-Élysées donde tiene lugar la reunión? —preguntó Villefort.

—No, no —dijo Montecristo—, y eso es lo que hace más meritoria su aceptación: es en el campo.

—¿En el campo?

—Sí.

—¿Y dónde es eso? Cerca de París, ¿no?

—A las puertas de París, a una media hora de la barrera, en Auteuil.

—¡En Auteuil! —exclamó Villefort—. ¡Ah! Es cierto, la señora me dijo que usted estaba en Auteuil, puesto que la llevaron a su casa cuando el accidente. ¿Y en qué lugar de Auteuil?

—¡En la calle de la Fontaine!

—¡Calle de la Fontaine! —repitió Villefort con voz ahogada—. ¿Y en qué número?

—En el 28.

—¿Pero —exclamó Villefort—, fue a usted a quien se le vendió la casa del señor de Saint-Méran?

—Sí —repuso la señora de Villefort—, ¿y puede creer una cosa, señor conde?

—¿Sí?

—A usted le parece una casa bonita, ¿no es así?

—Encantadora.

—Pues bien, mi marido no quiso habitarla nunca.

—¡Oh! —repuso Montecristo—. De verdad, señor, que es un recelo que no comprendo.

—No me gusta Auteuil, señor —respondió el fiscal del rey, dominándose a sí mismo.

—¿Pero, no tendré la desgracia, espero —dijo con inquietud Montecristo—, de que esa antipatía me prive del honor de recibirle?

—No, señor conde..., eso espero..., créame que haré lo que pueda —balbuceó Villefort.

—¡Oh! —respondió Montecristo—. No admito excusas. El sábado a las seis, les espero; y si no vienen, creeré, ¿yo qué sé?..., que hay en esa casa deshabitada desde hace más de veinte años alguna tradición lúgubre, alguna sangrienta leyenda.

—Iré, señor conde, iré —dijo con rapidez Villefort.

—Gracias —dijo Montecristo—. Ahora deben permitirme que me despida de ustedes.

—En efecto; dijo usted que se veía obligado a dejarnos, señor conde —dijo la señora de Villefort—, e incluso creo que iba a decirnos por qué, cuando se interrumpió para pasar a otra idea.

—De verdad, señora —dijo Montecristo—, no sé si me atreveré a decirles adónde voy.

—¡Bah! Dígalo de todas formas.

—Voy, como un verdadero papanatas, a visitar algo que a menudo me hace pensar horas enteras.

—¿Y qué es?

—Un telégrafo. ¡A fe mía, peor para mí, ya lo solté!

—¡Un telégrafo! —repitió la señora de Villefort.

—Eh, Dios mío, pues sí, un telégrafo. A veces he visto en algún camino, sobre un promontorio, en un hermoso día de sol, uno de esos brazos negros y plegables, como las patas de un inmenso coleóptero, y no sin emoción, se lo juro, pues pensaba que esos brazos extraños rompiendo

el aire con precisión, y llevando a trescientas leguas la voluntad desconocida de un hombre sentado a una mesa, hasta otro hombre sentado en el extremo de la línea a otra mesa, se dibujaban sobre el gris de las nubes o el azul del cielo con la sola fuerza de voluntad de ese jefe todopoderoso; creía entonces en los genios, en silfos, en gnomos, en poderes ocultos, en fin, y me reía. Ahora bien, el deseo de visitar uno no me viene por ver de cerca esos gruesos insectos de vientre blanco, de patas negras y delgadas, pues temía encontrar bajo sus alas de piedra al pequeño genio humano, todo estirado, pedante e imbuido de ciencia, de cábala o de brujería. Pero he ahí que una buena mañana me entero de que el motor de cada telégrafo es un pobre diablo de empleado de mil doscientos francos al año, ocupado todo el día en mirar, no el cielo como un astrónomo, no el agua como el pescador, no el paisaje como un cerebro vacío, sino al insecto de vientre blanco, a sus patas negras; su comunicante, colocado a cuatro o cinco leguas de él. Entonces sentí un deseo curioso por ver de cerca esa crisálida viviente y asistir a la comedia que desde el fondo de su cáscara da a esa otra crisálida, tirando unos tras otros de algunos trozos de cuerda.

—¿Y usted va a verlo?

—Allá voy.

—¿Pero, a qué telégrafo? ¿Al del Ministerio del Interior o al del Observatorio?

—¡Oh! No, no, me encontraría allí con gente que querría obligarme a comprender cosas que quiero ignorar, y que me explicaría a mi pesar un misterio que no conoce. ¡Pestes! Yo quiero conservar las ilusiones que tengo aún sobre los insectos; ya es suficiente el haber perdido las que tenía sobre los hombres. Así que no iré ni al del Ministerio del Interior ni al del Observatorio. Lo que quiero es el telégrafo en medio del campo, para encontrarme allí con el auténtico buen hombre petrificado en su torre.

—Es usted un gran señor muy singular —dijo Villefort.

—¿Qué línea me aconseja usted estudiar?

—Pues la más ocupada en este momento.

—¡Bueno! ¿Entonces, la de España, no?

—Justamente. ¿Quiere usted una carta del ministro para que le expliquen...?

—No, no —dijo Montecristo—, al contrario, pues ya le dije que no quiero comprender nada. En el momento en el que comprenda algo, ya no habrá telégrafo; no habrá más que una señal del señor Duchâtel o del señor de Montalivet transmitida al prefecto de Bayona y transformado en dos palabras griegas: τήλε, γράθεω. Lo que quiero conservar en toda su pureza y en toda mi veneración es el bicho de patas negras y la palabra que espanta.

—Pues entonces, váyase, pues dentro de dos horas se hará de noche, y no verá nada.

—¡Diablos! Me asusta usted. ¿Cuál es el más cercano?

—¿El de la carretera de Bayona?

—Sí, entonces vamos al de la carretera de Bayona.

—Es el de Châtillon.

—¿Y después del de Châtillon?

—El de la torre de Montlhéry, creo.

—Gracias, ¡y hasta luego! El sábado les contaré mis impresiones.

En la puerta, el conde se topó con los dos notarios que acababan de desheredar a Valentine, y que se retiraban encantados de haber llevado a cabo un acto que no podía dejar de llenarles de un gran honor.

Capítulo LXI

Cómo librar a un jardinero de los lirones que acaban son sus melocotones

No aquella misma tarde, como había dicho, sino al día siguiente por la mañana, el conde de Montecristo salió por la barrera del Enfer, tomó la carretera de Orléans, pasó el pueblo de Linas sin pararse en el telégrafo que, justamente en el momento en el que pasaba el conde, movía sus largos brazos descarnados, y llegó a la torre de Montlhéry, situada, como todo el mundo sabe, en el lugar más elevado de la llanura de ese mismo nombre.

Al pie de la colina el conde se apeó y, por un pequeño sendero circular, de unas dieciocho pulgadas de ancho, comenzó a escalar la montaña; una vez en la cima, se encontró con una empalizada en la que los frutos verdes habían sucedido a las flores rosas y blancas.

Montecristo buscó la puerta del pequeño cercado y no tardó en encontrarla. Se trataba de un pequeño rastrillo de madera, sujeto con unos goznes de mimbre y que se cerraba con un clavo y una cuerda. En un instante, el conde estuvo al corriente del mecanismo y abrió la puerta.

El conde se vio, entonces, en un jardincito de veinte pies de largo por doce de ancho, que limitaba por un lado con la empalizada en la que estaba encuadrado el ingenioso mecanismo que hemos descrito con el nombre de *puerta*, y por la otra parte, por la vieja torre rodeada de hiedra, toda salpicada de rabanillos y de alhelies.

Nadie hubiera dicho, al verla así de arrugadita y florida, como una abuela a quien sus nietos vienen a felicitar por su cumpleaños, que podría contar muchos terribles dramas, si unía la voz a los oídos amenazantes que un viejo proverbio concede a las paredes.

Ese jardín podía recorrerse siguiendo un sendero arenoso, de arena roja, sobre el que mordía, con tonos que hubiesen alegrado la vista de Delacroix, nuestro Rubens moderno, una orilla de sólido boj, de varios años de antigüedad. El sendero tenía la forma de un 8, daba vueltas en el recorrido, de manera que en un jardín de veinte pies se podía hacer un paseo de sesenta. Nunca Flora, la riente y lozana diosa de los buenos jardineros latinos, había sido tan honrada con un culto tan minucioso y tan puro como el que se le rendía en ese pequeño huerto.

En efecto, de veinte rosales que componían el macizo, ni una sola hoja tenía restos de moscas, ni un solo filamento estaba cubierto de esos pequeños racimos de pulgones verdes que asolan y roen las plantas que crecen en un terreno húmedo. Sin embargo, no era la humedad lo que faltaba en ese jardín: la tierra negra como el hollín y la opacidad del ramaje de los árboles lo señalaban suficientemente. Por otra parte, la humedad facticia hubiera sido prontamente suplida por la humedad natural, gracias a un tonel lleno de agua estancada que se hundía en una de las esquinas del huerto, y en el que estacionaban, sobre una capa verdosa, una rana y un sapo que, por incompatibilidad de humores, sin duda, se mantenían siempre de espaldas, en dos puntos opuestos del círculo.

Además, ni un hierbajo en los senderos, ni un solo brote parásito en las platabandas; un ama de casa pule y desrama con menos cuidado los geranios, los cactus y los rododendros de su jardinera de porcelana, de lo que lo hacía el dueño, hasta entonces invisible, del pequeño huerto.

Montecristo se detuvo después de cerrar la puerta enganchando la cuerda al clavo, y con una sola mirada abarcó toda la propiedad.

«Parece», se dijo, «que el hombre del telégrafo tiene jardineros durante todo el año, o bien se dedica apasionadamente a la agricultura».

De repente se topó con algo, agachado detrás de una carretilla cargada de follaje; ese algo se enderezó dejando escapar una exclamación que describía su asombro, y Montecristo se vio frente a un buen hombre de unos cincuenta años, que recogía fresas que iba colocando sobre hojas de viña.

Tenía doce hojas de viña y casi otras tantas fresas.

El buen hombre, al incorporarse, por poco deja caer fresas, hojas y plato.

—¿Recoge la cosecha, señor? —dijo Montecristo sonriendo.

—Perdón, señor —respondió el buen hombre llevándose la mano a su gorro—, no estoy allá arriba, es cierto, pero acabo de bajar hace solo un instante.

—No quiero molestarle en nada, buen hombre —dijo el conde—; recoja sus fresas, si todavía tiene algunas que recoger.

—Tengo todavía unas diez —dijo el hombre—, pues aquí tengo once y había veintiuna, cinco más que el año pasado. Pero no me extraña, la primavera ha sido más cálida este año, y lo que las fresas necesitan, mire usted, señor, es calor. Por eso, en lugar de las dieciséis que recogí el año pasado, este año tengo, mire, señor, once que ya he recogido, doce, trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho. ¡Oh! ¡Dios mío! Me faltan dos, dos que había aquí ayer, señor, estaban aquí, estoy seguro, las había contado. Tiene que haber sido el hijo de la tía Simon que me las ha soplado; le vi merodear por aquí esta mañana. ¡Ah! El pequeñajo, ¡robar en un huerto! No sabe la que le va a caer.

—En efecto, es grave —dijo Montecristo—, es grave, pero usted lo achacará a su juventud y a su glotonería.

—Ciertamente —dijo el jardinero—; pero no por eso deja de ser bien desagradable. Pero, perdone de nuevo, señor, ¿es quizá usted algún jefe al que estoy haciendo esperar así?

E interrogaba con una mirada temerosa al conde y a su traje azul.

—Tranquilícese, amigo —dijo el conde con esa sonrisa que, a voluntad, transformaba en terrible o benevolente, y que esta vez expresaba

la benevolencia—, no soy ningún jefe que venga a inspeccionarle, sino un simple viajero atraído por la curiosidad, y que empieza incluso a lamentar la visita al ver que le hace a usted perder el tiempo.

—¡Oh! Mi tiempo no vale mucho —replicó el buen hombre con una melancólica sonrisa—. Sin embargo, es el tiempo del gobierno, y no debería perderlo, pero recibí la señal de que podía descansar una hora —y echó una mirada al reloj de sol, pues había de todo en ese recinto de la torre de Montléry, incluso un reloj de sol—, y ya ve usted, tenía unos cinco minutos aún, además las fresas estaban maduras, y un día más..., pero, ¿me creería, señor, que los lirones me las comen?

—A fe mía no, no lo creería —respondió seriamente Montecristo—; es una mala vecindad, señor, esa de los lirones, sobre todo para nosotros que no los comemos confitados en miel como hacían los romanos.

—¡Ah! ¿Los romanos los comían? —dijo el jardinero—; ¿comían lirones?

—Eso he leído en Petronio —dijo el conde.

—¿De verdad? ¡Ea! Eso no tiene que estar bueno, aunque según el dicho: «gordo como un lirón»; y eso de: «duerme como un lirón». Y no me extraña, señor, que los lirones estén gordos, dado que duermen todo el santo día, y que sólo se despiertan para roer toda la noche. Mire, el año pasado, tenía yo cuatro albaricoques; me mordieron uno. Tenía un griñón, sólo uno, es cierto que es una especie rara de melocotón; pues bien, señor, me lo comieron casi por completo, por la parte ahí de la pared; un griñón espléndido y que era excelente. Nunca he comido nada mejor.

—¿Usted lo comió, entonces? —preguntó Montecristo.

—Es decir, la mitad que quedaba, comprende. Era exquisito, señor. ¡Ah! Caramba, esos señores no escogen las peores piezas. Es como el crío de la tía Simon, ¡no escogió las fresas peores, vaya! Pero este año —continuó el horticultor—, esté tranquilo, que no me volverá a pasar, aunque tenga que quedarme toda la noche de guardia cuando estén los frutos casi maduros.

Montecristo había visto ya lo suficiente. Cada hombre tiene su pasión que le corroe en el fondo del corazón, como cada fruto su gusano; la del hombre del telégrafo era la horticultura; así que se puso a recoger las hojas

de viña que tapaban el sol a los racimos, y con ello conquistó el corazón del jardinero.

—¿El señor había venido para ver el telégrafo? —dijo.

—Sí, señor, siempre que no esté prohibido por las ordenanzas.

—¡Oh! No está prohibido en absoluto —dijo el jardinero—, dado que no hay nada peligroso, ya que nadie sabe ni puede saber lo que decimos.

—Me han dicho, en efecto —repuso el conde—, que ustedes repiten señales que ni siquiera ustedes mismos saben lo que quieren decir.

—Ciertamente, señor, y lo prefiero así —dijo riendo el hombre del telégrafo.

—¿Y por qué lo prefiere?

—Porque de esta manera no tengo ninguna responsabilidad. Yo soy una máquina, y nada más, y dado que funciona, no me piden ninguna otra cosa.

«¡Diablos!», se dijo Montecristo a sí mismo, «¿es que por casualidad habré topado con un hombre que no tiene más ambiciones? ¡Pardiez! Eso sería mala suerte».

—Señor —dijo el jardinero, echando una ojeada al reloj de sol—, los diez minutos van a expirar, me vuelvo a mi puesto. ¿Quiere usted subir conmigo?

—Le sigo.

Montecristo entró, en efecto, en el patio dividido en tres pisos; el de abajo contenía algunos aperos de labranza, tales como layas, rastrillos, regaderas, apoyados en la pared: era todo lo que había.

El segundo era la habitación ordinaria o, más bien, la nocturna del empleado; contenía algunos pobres utensilios de cocina, una cama, una mesa, dos sillas, una pila de gres, más algunas hierbas secas colgadas del techo y que el conde reconoció como guisantes de olor y judías de España, cuyas semillas conservaba el buen hombre en su cáscara; había etiquetado todo eso con el cuidado de un maestro botánico del Jardin des Plantes.

—¿Hay que pasar mucho tiempo estudiando la telegrafía, señor? —preguntó Montecristo.

—No es el estudio lo que lleva tiempo, sino las prácticas.

—¿Y cuánto recibe de emolumentos?

—Mil francos, señor.

—Es poco.

—Sí, pero tenemos casa, como ve.

Montecristo miró la estancia.

—Con tal de que no se aferre a lo del alojamiento —murmuró.

Pasaron al tercer piso: era la estancia del telégrafo. Montecristo observó las dos palancas de hierro con las que el empleado hacía funcionar la máquina.

—Es muy interesante —dijo—, pero a la larga es una vida que debe parecerle un poco insípida, ¿no?

—Sí, al principio se sufre de tortícolis a fuerza de mirar; pero al cabo de un año o dos, uno se habitúa; además, tenemos nuestras horas de asueto y nuestros días de permiso.

—¿Días de permiso?

—Sí.

—¿Qué días?

—Los días en los que hay niebla.

—¡Ah! Claro.

—Para mí son mis días de fiesta; bajo al huerto esos días, y allí planto, talo, recorto, limpio el huerto; en suma, el tiempo pasa.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Diez años, y cinco años más de prácticas, quince.

—¿Y usted tiene...?

—Cincuenta y cinco años.

—¿Cuánto tiempo necesita para obtener la pensión?

—¡Oh! Señor, veinticinco años.

—¿Y de cuánto es, esa pensión?

—De cien escudos.

—¡Pobre criatura! —murmuró Montecristo.

—¿Decía, señor? —preguntó el empleado.

—Digo que es muy interesante.

—¿Qué?

—Todo lo que me dice... ¿Y usted no comprende absolutamente nada de las señales?

—Absolutamente nada.

—¿Nunca intentó comprender?

—Nunca, ¿para qué?

—Sin embargo, hay señales que van dirigidas directamente a usted.

—Sin duda.

—¿Y esas las entiende usted?

—Son siempre las mismas.

—¿Y significan...?

—*Nada nuevo..., tiene usted una hora..., o hasta mañana...*

—Bueno, es perfectamente inocente —dijo el conde—; pero mire usted, parece que su comunicante se pone en movimiento.

—¡Ah! Es cierto; gracias, señor.

—¿Y qué le ha dicho? ¿Es algo que usted comprende?

—Sí; me pregunta si estoy preparado.

—¿Y usted le responde...?

—Con una señal que indica al mismo tiempo a mi comunicante de la derecha que estoy preparado, mientras que invita al de la izquierda a prepararse a su vez.

—Es muy ingenioso —dijo el conde.

—Va usted a ver —repuso con orgullo el buen hombre—, dentro de cinco minutos va a hablar.

—Entonces tengo cinco minutos —dijo Montecristo—, es más del tiempo que necesito. Mi querido señor —dijo—, permítame hacerle una pregunta.

—Diga.

—¿Le gusta a usted la jardinería?

—Con pasión.

—¿Y usted sería feliz si, en lugar de una terraza de veinte pies, tuviera un cercado de dos arpendes?

—Señor, allí haría yo un paraíso.

—¿Con los mil francos vive mal?

—Bastante mal; pero, en fin, se vive.

—Sí, pero sólo tiene un jardín miserable.

—¡Ah! Es cierto, el jardín no es nada grande.

—Y aún, con lo que es, está lleno de lirones que le devoran todo.

—¡Oh! Es mi plaga.

—Dígame, ¿si tuviera la desgracia de girar la cabeza cuando el comunicante de la derecha acciona la máquina?

—No la vería.

—¿Y qué sucedería entonces?

—Que no podría repetir las señales.

—¿Y después?

—Sucedería que, al no haberlas repetido por negligencia, tendría una multa.

—¿De cuánto?

—De cien francos.

—El diez por ciento de su salario; ¡pues vaya gracia!

—¡Ah! —dijo el empleado.

—¿Y eso le ha ocurrido? —dijo Montecristo.

—Una vez, señor, una vez que estaba injertando un rosal avellano.

—Bien. Ahora, ¿si se le ocurriera cambiar algo a la señal, o transmitir otra diferente?

—¡Ah! Entonces es diferente, me despedirían y perdería mi pensión.

—¿Trescientos francos?

—Cien escudos, sí, señor; así que comprenderá que nunca se me ocurrirá hacer nada de eso.

—¿Ni siquiera por quince años de sus emolumentos? Veamos, eso merece una reflexión, ¿no?

—¿Por quince mil francos?

—Sí.

—Señor, me asusta usted.

—¡Bah!

—Señor, ¿quiere usted tentarme?

—¡Justamente! ¿Quince mil francos, comprende?

—Señor, déjeme mirar a mi comunicante de la derecha.

—Al contrario, no le mire y mire esto.

—¿Qué es esto?

—¿Cómo? ¿No conoce usted estos papelitos?

—¡Billetes de banco!

—Rotundamente; y hay quince.

—¿Y de quién son?

—Suyos, si usted quiere.

—¡Míos! —exclamó el empleado sofocado.

—¡Oh, Dios mío, sí! Suyos, de usted, de su propiedad.

—Señor, vea a mi comunicante de la derecha que actúa.

—Déjele.

—Señor, me ha distraído, y me van a multar.

—Eso le costará cien francos; ya ve que le interesa coger mis quince mil billetes de banco.

—Señor, el comunicante de la derecha se impacienta, repite las señales.

—Déjele, y coja esto.

El conde puso el paquete en la mano del empleado.

—Ahora —le dijo—, esto no es todo: con esos quince mil francos no vivirá.

—Seguiré teniendo mi puesto.

—No, usted lo perderá, pues va a hacer otra señal diferente a la de su comunicante.

—¡Oh! Señor, ¿qué me propone?

—Una chiquillada.

—Señor, a menos que me vea forzado...

—Cuento efectivamente con forzarle.

Y Montecristo sacó de su bolso otro paquete.

—Aquí hay diez mil francos más —dijo—; con los quince mil que tiene usted en su bolsillo, serán veinticinco mil. Con cinco mil francos se comprará usted una bonita casa y dos arpendes de tierra; con los otros veinte mil tendría usted mil francos de renta.

—¿Un huerto de dos arpendes?

—Y mil francos de renta.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Pero, cójalo!

Y Montecristo puso por la fuerza los diez mil francos en la mano del empleado.

—¿Qué tengo que hacer?

—Nada del otro mundo.

—¿Pero, en fin?

—Repetir estas señales.

Montecristo sacó de su bolsillo un papel en el que había tres señales trazadas, números indicando el orden en el que debían ser hechas.

—No le llevará mucho tiempo, como ve.

—Sí, pero...

—Es para que tenga sus griñones y todo lo demás.

Ya estaba hecho; rojo de fiebre y sudando a chorros, el buen hombre ejecutó una tras otra las tres señales dadas por el conde, a pesar de las espantosas dislocaciones del comunicante de la derecha que, al no entender nada de esos cambios, comenzaba a creer que el hombre de los griñones se había vuelto loco.

En cuanto al comunicante de la izquierda, repitió concienzudamente las mismas señales que fueron recogidas definitivamente en el Ministerio del Interior.

—Ahora ya es usted rico —dijo Montecristo.

—Sí —respondió el empleado—, ¡pero, a qué precio!

—Escuche, amigo —dijo Montecristo—, no quiero que tenga usted remordimientos; créame, pues se lo juro, usted no ha hecho daño a nadie, y ha servido a los proyectos de Dios.

El empleado miraba los billetes de banco, los palpaba, los contaba; se ponía pálido, se ponía rojo; después, se precipitó hacia su habitación para beber un vaso de agua; pero no tuvo tiempo de llegar al grifo de la pila, se desmayó en medio de sus judías secas.

Cinco minutos después de que la noticia telegráfica llegase al Ministerio, Debray enganchó los caballos a su cupé y corrió a casa de Danglars.

—¿Su marido tiene bonos de deuda española? —dijo a la baronesa.

—¡Claro que sí! Tiene seis millones.

—Que los venda al precio que sea.

—¿Por qué?

—Porque don Carlos se ha escapado de Bourges y ha regresado a España.

—¿Cómo sabe usted eso?

—¡Pardiez! —dijo Debray encogiéndose de hombros—. Como sé todas las noticias.

La baronesa no se lo hizo repetir dos veces: corrió a ver a su marido, el cual corrió a su vez a su agente de bolsa y le ordenó vender a toda costa.

Cuando vieron que Danglars vendía, los fondos españoles cayeron de golpe. Danglars perdió quinientos mil francos, pero se deshizo de todos los bonos.

Por la tarde se leyó en *Le Messenger*:

Despacho telegráfico

El rey don Carlos ha burlado la vigilancia que se ejercía sobre él en Bourges y ha regresado a España por la frontera de Cataluña. Barcelona se ha levantado en su apoyo.

Durante toda la velada corría la noticia de la previsión de Danglars, que había vendido sus bonos, y de la dicha del agiotista, que sólo perdía quinientos mil francos en un golpe así.

Los que habían conservado sus bonos o comprado los de Danglars se vieron arruinados y pasaron una noche muy mala.

Al día siguiente se leía en *Le Moniteur*:

Fue sin ningún fundamento lo que Le Messenger anunció ayer sobre la fuga de don Carlos y la revuelta de Barcelona.

El rey don Carlos no ha salido de Bourges y la Península goza de una total tranquilidad.

Una señal telegráfica, mal interpretada a causa de la niebla, dio lugar a ese error.

Los bonos subieron el doble de lo que habían bajado.

Eso hizo, entre las pérdidas y la pérdida por dejar de ganar, un millón de diferencia para Danglars.

—¡Bueno! —dijo Montecristo a Morrel, que se encontraba en su casa en el momento en el que se anunció ese extraño cambio brusco de la Bolsa del que Danglars había sido víctima—. Acabo de hacer por veinticinco mil francos un descubrimiento por el que hubiera pagado cien mil.

—¿Pues, qué es lo que acaba de descubrir? —preguntó Maximilien.

—Acabo de descubrir el modo de librar a un jardinero de los lirones que le comían los melocotones.

Capítulo LXII

Los fantasmas

A primera vista, y examinada desde fuera, la casa de Auteuil no tenía nada de esplendorosa, nada de lo que se podía esperar de una vivienda destinada a la magnificencia del conde de Montecristo; pero esa simplicidad era la voluntad del dueño, que había ordenado positivamente que no fuera cambiado nada en su exterior. Para convencerse de esta idea, sólo era necesario considerar el interior. En efecto, apenas se abría la puerta, el espectáculo cambiaba.

El señor Bertuccio se había superado a sí mismo en el gusto de los arreglos y en la rapidez de su ejecución; como antaño el duque de Antin consiguió abatir en una noche una avenida de árboles que le tapaban la vista a Luis XIV, así en tres días el señor Bertuccio había hecho plantar un patio absolutamente desnudo, con hermosos álamos y sicomoros traídos con sus bloques enormes de raíces, que daban sombra a la fachada principal de la casa, delante de la cual, en lugar de los adoquines medio tapados por la hierba, se extendía un césped, cuyas placas habían sido colocadas la misma mañana y que formaban una vasta alfombra en la que perlaba aún el agua con la que había sido regada.

Por lo demás, las órdenes venían del conde; él mismo había remitido a Bertuccio un plano en el que estaban indicados el número de árboles y el lugar en el que debían plantarse, la forma y el espacio del césped que debía suplir a los adoquines.

Vista así, la casa se había hecho irreconocible, e incluso Bertuccio afirmaba que ya no la reconocía, encajada como estaba en su cuadro de verdor.

Al intendente no le hubiera molestado, mientras que estaba en ello, que el jardín sufriera algunas transformaciones, pero el conde le había prohibido expresamente tocar nada. Bertuccio se resarcía llenando de flores las antecámaras, las escaleras y las chimeneas.

Lo que indicaba la extremada habilidad del intendente y la profunda sabiduría del amo, uno por servir, el otro por ser servido, es que esa casa, desierta desde hacía veinte años, tan sombría y tan triste aún la víspera, impregnada como estaba de ese triste olor, que podríamos llamar el olor del tiempo, había adquirido en un solo día, con la vuelta a la vida, los perfumes que prefería su dueño, y hasta su grado de luz favorito; y es que el conde, al llegar, tenía allí, al alcance de la mano, sus libros y sus armas; al alcance de la vista, sus cuadros preferidos; en las antecámaras, los perros a los que gustaba acariciar, los pájaros cuyos trinos le gustaba oír; y es que toda la casa, despertada de su largo sueño, como el palacio de *La Bella durmiente*, vivía, cantaba, se expandía, como esas casas que hemos amado tanto durante largo tiempo, y que por desgracia hemos abandonado, en las que dejamos involuntariamente una parte de nuestra alma.

Los criados iban y venían alegres en ese hermoso patio: unos, ocupados en las cocinas, y recorriendo, como si hubiesen vivido siempre en la casa, las escaleras restauradas la víspera; otros, ocupados en las cocheras, en las que los equipamientos, numerados y clasificados, parecían instalados desde hacía cuarenta años; y las cuadras, donde los caballos en los pesebres respondían relinchando a los palafreneros, que les hablaban con infinitamente mayor respeto que el que muchos criados emplean con sus señores.

La biblioteca estaba dispuesta en dos cuerpos, a cada lado de la pared, y contenía dos mil volúmenes más o menos; había todo un compartimento

dedicado a la novela moderna, y hasta la última novela, que había salido la víspera, estaba ya colocada en su sitio, pavoneándose en su flamante encuadernación rojo y oro.

Al otro lado de la casa, haciendo juego con la biblioteca, estaba el invernadero, provisto de plantas raras abriéndose en anchos jarrones japoneses, y en medio del invernadero, maravilla a la vez para la vista y el olfato, una mesa de billar, que uno hubiera dicho recién abandonada por los jugadores, que habían dejado morir las bolas sobre el tapiz.

Una sola habitación había sido respetada por el magnífico Bertuccio. Por delante de esa habitación, situada en el ángulo izquierdo del primer piso, y a la que se podía acceder por la escalera principal, y de la que se podía salir por la escalera secreta, los criados pasaban con curiosidad, y Bertuccio, con terror.

A las cinco en punto llegó el conde, seguido de Alí, ante la casa de Auteuil. Bertuccio esperaba esa llegada con una impaciencia mezclada de inquietud; esperaba algunos cumplidos, sin dejar de temer algún fruncimiento del ceño.

Montecristo bajó al patio recorrió toda la casa y dio una vuelta por el jardín, silencioso y sin mostrar el menor signo, ni de aprobación ni de descontento.

Solamente al entrar en su dormitorio, situado en el lado opuesto al de la habitación cerrada, extendió el brazo hacia el cajón de un pequeño mueble de palo de rosa, que ya había observado en la primera visita.

—Esto sólo puede servir para guardar guantes —dijo.

—En efecto, Excelencia —respondió Bertuccio encantado—, abra y encontrará los guantes.

En los demás muebles el conde encontró lo que esperaba encontrar en cada uno de ellos: frascos, cigarros, joyas.

—¡Bien! —dijo.

Y el señor Bertuccio se retiró encantado, tan grande, poderosa y real era la influencia de ese hombre sobre todo lo que le rodeaba.

A las seis en punto se oyó el pisoteo de un caballo delante de la puerta de entrada. Era nuestro capitán de espahís que llegaba montando a *Medea*.

Montecristo le esperaba en la escalinata con la sonrisa en los labios.

—Aquí estoy el primero, ¡estoy seguro! —le gritó Morrel—. Lo he hecho a propósito para tenerle un instante para mí solo, antes de que llegue todo el mundo. Julie y Emmanuel me encargan que le diga un montón de cosas. ¡Ah! Pero, ¡sabe que esto es magnífico! Dígame, conde, ¿sus palafreneros cuidarán bien de mi caballo?

—Tranquilo, mi querido Maximilien, saben lo que hacen.

—Es que necesita que le cepillen bien. ¡Si supiera usted qué tren traía! ¡Una verdadera tromba!

—¡Pestes! Ya lo creo, ¡un caballo de cinco mil francos! —dijo Montecristo en el tono con el que un padre hablaría a su hijo.

—¿Lo lamenta, haberlos perdido? —dijo Morrel con una franca sonrisa.

—¡Yo! ¡Dios me libre! —respondió el conde—. No. Sólo lamentaría que el caballo no fuera bueno.

—Es tan bueno, mi querido conde, que el señor de Château-Renaud, el hombre más entendido de Francia, y el señor Debray, que monta los árabes del Ministerio, corren tras de mí en este momento, y están un poco distanciados, como ve, aunque les pisan los talones los caballos de la baronesa Danglars, que van a un trote como para hacer tranquilamente sus seis leguas a la hora.

—¿Entonces, vienen detrás de usted? —preguntó Montecristo.

—Sí, mire, ahí están.

En efecto, en el mismo momento, un cupé con el tiro de caballos echando humo y dos caballos de silla sin aliento llegaron ante la verja de la casa que se abrió ante ellos. Enseguida, el cupé describió el círculo y vino a pararse ante la escalinata, seguida de los dos jinetes.

En un instante Debray se apeó y se dirigió a la portezuela del cupé. Ofreció la mano a la baronesa, que al apearse tuvo un gesto imperceptible para cualquier otro que no fuera Montecristo.

Pero el conde no se perdía nada, y en ese gesto vio relucir una pequeña nota en papel blanco tan imperceptible como el gesto, y que pasó, con una facilidad que indicaba la costumbre de esa maniobra, de la mano de la señora de Danglars a la del secretario del ministro.

Tras su mujer, bajó el banquero, pálido como si hubiese salido del sepulcro en lugar de salir de su cupé.

La señora Danglars echó una mirada por todo alrededor, mirada rápida y escrutadora que sólo Montecristo pudo comprender, y en la que abarcó todo el patio, el peristilo y la fachada de la casa; después, reprimiendo una ligera emoción, que ciertamente se hubiera traducido en su rostro si a su rostro se le hubiera permitido palidecer, subió la escalinata diciendo a Morrel:

—Señor, si fuera usted uno de mis amigos, le preguntaría si su caballo está en venta.

Morrel gesticuló una sonrisa que parecía más una mueca y se volvió hacia Montecristo, como para rogarle que le sacara del apuro en el que se encontraba.

El conde lo comprendió.

—¡Ah! Señora —respondió—, ¿por qué no me dirige a mí esa pregunta?

—Con usted, señor —dijo la baronesa—, uno no tiene derecho a desear nada, pues está seguro de conseguirlo. Por eso se lo pregunto al señor Morrel.

—Desgraciadamente —repuso el conde—, soy testigo de que el señor Morrel no puede ceder su caballo, su honor está comprometido en quedarse con él.

—¿Cómo es eso?

—Ha apostado domar a *Medea* en seis meses. Comprende usted ahora, baronesa, que si se deshiciera del caballo antes del término fijado por la apuesta, no solamente lo perdería, sino que se diría que tuvo miedo; y un capitán de espahís, aunque fuera por el capricho de una hermosa dama, lo que es, a mi entender, una de las cosas más sagradas de este mundo, no puede dejar que se hable así de él.

—Ya lo ve, señora... —dijo Morrel, dirigiendo a Montecristo una sonrisa de agradecimiento.

—Me parece, además —dijo Danglars en un tono desabrido, mal disimulado con su sonrisa espesa—, que usted tiene ya suficientes caballos como ese.

No era costumbre de la señora Danglars dejar pasar tales ataques sin replicar y, sin embargo, para gran asombro de los jóvenes, hizo como que no había oído y no respondió nada.

Montecristo sonreía por ese silencio que denunciaba una humildad desacostumbrada, a la vez que mostraba a la baronesa dos inmensos recipientes de porcelana de China, sobre los que serpenteaban vegetaciones marinas de un grosor y un trabajo tales que sólo la naturaleza podría disponer de esa riqueza, de esa energía y de ese espíritu.

La baronesa estaba maravillada.

—¡Eh! Pero si podría plantar dentro un castaño de las Tullerías! —dijo—. ¿Cómo es que han podido cocer recipientes tan enormes?

—¡Ah! Señora —dijo Montecristo—, no debemos preguntarnos eso a nosotros, que sólo sabemos hacer estatuillas o cristal fino; esto es un trabajo de otras épocas, una especie de obra de genios de la tierra y del mar.

—¿Cómo es eso? ¿De qué época pueden ser?

—No lo sé; solamente he oído decir que un emperador de China hizo construir un horno a propósito; que en ese horno, uno tras otro, se habían cocido doce recipientes como estos. Dos se rompieron por el ardor del fuego; bajaron los otros diez a trescientas brazas al fondo del mar. El mar, que sabía lo que se esperaba de él, echó sobre ellos sus lianas, retorció sus corales, incrustó sus conchas; todo ello se cimentó en doscientos años bajo profundidades inauditas, pues una revolución se llevó al emperador que hizo esa prueba y sólo quedó el acta que constataba la cocción de los jarrones y el haberlos bajado al fondo del mar. Al cabo de doscientos años encontraron dicha acta, y pensaron en sacar los jarrones. Nadadores expertos, en máquinas que prepararon a tal efecto, buscaron en la bahía donde los habían depositado; pero, de los diez, sólo encontraron tres, los otros se habían dispersado y roto bajo el efecto de las olas. Me gustan estos jarrones, en cuyo fondo me figuro a veces que monstruos informes, espantosos, misteriosos, como los que solamente pueden ver los que se adentran en el mar, fijaron con asombro su mirada mate y fría, y en los que habrán dormido miríadas de peces que se refugiaban en ellos para huir de la persecución de sus enemigos.

Mientras tanto, Danglars, poco amante de las curiosidades, arrancaba maquinalmente, una tras otra, las flores de un magnífico naranjo; cuando terminó con el naranjo, la emprendió con el cactus, pero entonces el cactus, de carácter menos fácil que el naranjo, le picó extremadamente.

Entonces se sobresaltó y se frotó los ojos, como si saliese de un sueño.

—Señor —le dijo Montecristo sonriendo—, a usted, que es amante de los cuadros y que tiene tan magníficas cosas, no le recomiendo los míos. Sin embargo, aquí tiene dos Hobbema, un Paul Potter, un Miréis, dos Gérard Dow, un Rafael, un Van Dyck, un Zurbarán y dos o tres Murillo, que son dignos de que se los muestre.

—¡Vaya! —dijo Debray—. He ahí un Hobbema que reconozco.

—¡Ah! ¿De verdad?

—Sí, nos lo propusieron al Museo.

—Que no tiene ninguno, creo —aventuró Montecristo.

—No, y que, sin embargo, se negó a comprarlo.

—¿Por qué? —preguntó Château-Renaud.

—Es usted un encanto; pues porque el Gobierno no es lo bastante rico.

—¡Ah! ¡Perdón! —dijo Château-Renaud—. Sin embargo oigo decir cosas así todos los días, desde hace ocho años, y todavía no puedo acostumbrarme.

—Todo se andará —dijo Debray.

—No lo creo —respondió Château-Renaud.

—¡El mayor Bartolomeo Cavalcanti! ¡El señor vizconde Andrea Cavalcanti! —anunció Baptistin.

Un cuello de satén negro, recién salido de las manos del fabricante, una barba recién cortada, mostachos grises, mirada segura, un uniforme de mayor adornado con tres placas y cinco cruces, en suma, un atuendo irreprochable para un viejo soldado: así apareció el mayor Bartolomeo Cavalcanti, ese tierno padre que ya conocemos.

Junto a él, vestido con ropa totalmente nueva, avanzaba, con la sonrisa en los labios, el vizconde Andrea Cavalcanti, ese respetuoso hijo que también conocemos.

Los tres jóvenes charlaban aparte; sus miradas iban del padre al hijo y, muy naturalmente, se detuvieron más tiempo en este último, al que

observaron detalladamente.

—¡Cavalcanti! —dijo Debray.

—Un nombre precioso —dijo Morrel—. ¡Peste!

—Sí —dijo Château-Renaud—, es cierto. Estos italianos se nombran bien, pero visten mal.

—Hay que ver qué difícil es usted, Château-Renaud —repuso Debray—; esos trajes son de un sastre excelente, y completamente nuevos.

—Eso es exactamente lo que les reprocho. Este señor tiene todo el aspecto de haberse vestido hoy por primera vez.

—¿Quiénes son estos señores? —preguntó Danglars al conde de Montecristo.

—Ya lo ha oído, los Cavalcanti.

—Eso sólo me dice su nombre, eso es todo.

—¡Ah! Es cierto; usted no está al corriente de nuestra nobleza italiana; quien dice Cavalcanti dice estirpe de príncipes.

—¿De gran fortuna? —preguntó el banquero.

—Fabulosa.

—¿Y qué hacen?

—Pues intentan comérsela, sin conseguirlo del todo. Además tienen créditos con usted, según me dijeron al venir a verme anteayer. Incluso les he invitado en interés de usted. Se los presentaré.

—Pero me parece que hablan un francés muy puro —dijo Danglars.

—El hijo ha sido educado en un colegio del Mediodía, en Marsella o en los alrededores, creo. Le verán entusiasmado.

—¿Con qué? —preguntó la baronesa.

—Con las francesas, señora. Quiere, a toda costa, encontrar mujer en París.

—¡Vaya una hermosa idea! —dijo Danglars encogiéndose de hombros.

La señora Danglars miró a su marido con una expresión que, en cualquier otro momento, hubiera presagiado tormenta, pero, por segunda vez, guardó silencio.

—El barón parece muy taciturno hoy —dijo Montecristo a la señora de Danglars—; ¿es que acaso quieren nombrarle ministro?

—No, todavía no, que yo sepa. Creo más bien que habrá jugado en Bolsa, que habrá perdido y que no sabe con quién emprenderla.

—¡El señor y la señora de Villefort! —gritó Baptistin.

Las dos personas anunciadas entraron. El señor de Villefort, a pesar del control sobre sí mismo, estaba visiblemente afectado. Al dar la mano, Montecristo notó que le temblaba.

«Decididamente no hay como las mujeres para saber disimular», se dijo Montecristo a sí mismo, mirando a la señora de Danglars, que sonreía al fiscal del rey y que besaba a su mujer.

Después de los primeros cumplidos, el conde vio a Bertuccio que, ocupado hasta ese momento en el *office*, se deslizaba a un saloncito colindante al gran salón.

Montecristo fue hasta él.

—¿Qué quiere usted, señor Bertuccio? —le dijo.

—Su Excelencia no me ha dicho el número de comensales.

—¡Ah! Es cierto.

—¿Cuántos cubiertos?

—Cuenta usted mismo.

—¿Ya ha llegado todo el mundo, Excelencia?

—Sí.

Bertuccio observó a través de la puerta entreabierta. Montecristo no le quitaba los ojos de encima.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó el conde.

—¡Esa mujer...! ¡Esa mujer...!

—¿Quién?

—¡La que lleva un vestido blanco y tantos diamantes...! ¡La rubia...!

—¿La señora Danglars?

—No sé cómo se llama. Pero es ella, señor, ¡es ella!

—¿Quién, ella?

—¡La mujer del jardín! ¡La que estaba encinta! ¡La que se paseaba esperando...! ¡Esperando...!

Bertuccio se quedaba con la boca abierta, pálido y con el pelo erizado.

—¿Esperando a quién?

Bertuccio, sin responder, señaló con el dedo a Villefort, más o menos con el mismo gesto con el que Macbeth señaló a Banco^[1].

—¡Oh...! ¡Oh...! —acertó a murmurar—. ¿Lo ve?

—¿Qué? ¿A quién?

—A él.

—¡A él! ¿Al señor fiscal del rey, al señor de Villefort? Sin duda, claro que le veo.

—¿Pero, yo no lo había matado?

—¡Ah, vaya! Creo que se está usted volviendo loco, mi buen Bertuccio —dijo el conde.

—¿Pero, no está muerto?

—¡Pues no! No está muerto, ya lo ve; en lugar de apuñalarle entre la sexta y la séptima costilla del lado izquierdo, como es costumbre de sus compatriotas, le habrá usted apuñalado un poco más abajo o un poco más arriba; y esta gente de la Justicia tiene siete vidas como los gatos; o bien nada de lo que usted me contó es cierto, fue un sueño fruto de su imaginación, una alucinación de su mente. Se dormiría usted digiriendo mal su venganza y le habrá pesado en el estómago, habrá tenido una pesadilla, eso es todo. Veamos, recupere la calma, cuente: señor y señora de Villefort, dos; señor y señora Danglars, cuatro; los señores Château-Renaud, Debray y Morrel, siete; el mayor Cavalcanti, ocho.

—¡Ocho! —repitió Bertuccio.

—¡Espere, espere! ¡Pues vaya ganas que tiene usted de marcharse, qué diablos! Olvida a uno de los invitados. Mire un poco a la izquierda..., mire..., el señor Andrea Cavalcanti, ese joven de traje negro que contempla *La Virgen* de Murillo, y que ahora se da la vuelta.

Esta vez Bertuccio inició un grito que la mirada de Montecristo extinguió en sus labios.

—¡Benedetto! —murmuró por lo bajo—. ¡Fatalidad!

—Están dando las seis y media, señor Bertuccio —dijo severamente el conde—; es la hora que indiqué para sentarse a la mesa; ya sabe usted que no me gusta esperar.

Y Montecristo entró en el salón donde le esperaban sus invitados, mientras que Bertuccio volvía al comedor apoyándose en las paredes.

Cinco minutos después, las dos puertas del salón se abrieron.

Bertuccio apareció, haciendo un último y heroico esfuerzo, como Vatel en Chantilly^[2]:

—El señor conde está servido —dijo.

Montecristo ofreció el brazo a la señora de Villefort.

—Señor de Villefort —dijo—, sea el caballero de la baronesa Danglars, se lo ruego.

Villefort obedeció, y pasaron al comedor.

Capítulo LXIII

La cena

Era evidente que al pasar al comedor un mismo sentimiento animaba a todos los comensales. Se preguntaban qué extraña influencia les había conducido a todos a esta casa y, sin embargo, por muy asombrados e incluso por muy inquietos que estuvieran algunos por encontrarse allí, de ninguna manera hubiesen querido perderselo.

Y, sin embargo, las relaciones de fecha reciente, la posición excéntrica y aislada, la fortuna desconocida y casi de fábula del conde, obligaban a los hombres a estar circunspectos y era de ley para las damas no entrar de ninguna manera en esa casa en la que no había mujeres para recibir las; y, sin embargo, hombres y mujeres habían pasado por encima, ellos de la circunspección y ellas de la conveniencia; y la curiosidad, picando con su irresistible aguijón, había prevalecido sobre todo lo demás.

Y hasta los Cavalcanti, padre e hijo, uno, a pesar de su rigidez, y otro, a pesar de su desenvoltura, parecían preocupados al verse en casa de ese hombre, cuyas razones ocultas desconocían, y al verse reunidos con otros hombres a los que veían por primera vez.

La señora Danglars había hecho un ligero movimiento al ver que, ante la invitación de Montecristo, el señor de Villefort se le acercaba para

ofrecerle el brazo, y el señor de Villefort sintió que los ojos se le nublaron tras sus gafas de oro al sentir el brazo de la baronesa apoyarse en el suyo.

Ninguno de esos dos movimientos había escapado al conde, y ya esa simple puesta en contacto de los individuos tenía para el observador de esa escena un enorme interés.

El señor de Villefort tenía a su derecha a la señora de Danglars y a su izquierda a Morrel.

El conde estaba sentado entre la señora de Villefort y Danglars.

Los otros huecos estaban ocupados por Debray, sentado entre Cavalcanti padre y Cavalcanti hijo, y por Château-Renaud, sentado entre la señora de Villefort y Morrel.

La cena fue espléndida; Montecristo se había puesto como tarea trastocar completamente la simetría parisina y satisfacer más la curiosidad de sus invitados que su apetito. Fue un festín oriental el que les ofreció, pero oriental a la manera que podrían serlo los festines de los cuentos árabes de hadas.

Todas las frutas que las cuatro partes del mundo pueden ofrecer, intactas y sabrosas, al cuerno de la abundancia de Europa, estaban colocadas en pirámides en jarrones de China y en fruteros de Japón. Las aves más raras con la parte brillante de su plumaje, los pescados monstruosos extendidos sobre bandejas de plata, todos los vinos del Archipiélago, de Asia menor y del Cabo, servidos en sus escanciadores de formas extrañas y cuya visión de los mismos añadía algo más al gusto de los vinos, desfilaron como en uno de esas revistas que Apicio^[1] pasaba ante sus comensales, y así ocurría delante de estos parisinos que comprendían muy bien que se pudiera gastar mil luises en una cena para diez personas, pero a condición de que, como Cleopatra, se comieran perlas, o que, como Lorenzo de Médicis, se bebiera oro fundido.

Montecristo comprobó el asombro general y se puso a reír y a bromear en voz alta.

—Señores —dijo—, usted admiten bien esto, ¿no? El que una vez conseguido un cierto grado de fortuna, nada es más necesario que lo superfluo, como estas damas admitirán que llegado a un cierto grado de exaltación no hay nada más positivo que lo ideal. Ahora bien, si

continuamos este razonamiento, ¿qué es lo prodigioso, lo mágico? Lo que no comprendemos. ¿Qué es un bien verdaderamente deseable? Un bien que no podemos alcanzar. Ahora bien, ver cosas que no puedo comprender, procurarme cosas imposibles de obtener, ese es el trabajo de toda mi vida. Y lo consigo mediando dos cosas: dinero y voluntad. Para perseguir una fantasía pongo el mismo empeño que, por ejemplo, usted, señor Danglars, pone en crear una línea de ferrocarril; o usted, señor de Villefort en condenar a muerte a un hombre; o que usted, señor Debray, en pacificar un reino; o que usted, señor de Château-Renaud en agradar a una dama, y que usted, Morrel, en domar un caballo que nadie puede montar. Así, por ejemplo, vean ustedes estos dos pescados, nacidos uno a cincuenta leguas de San Petesburgo, el otro, a cinco leguas de Nápoles: ¿no es divertido reunirlos en la misma mesa?

—¿Qué son esos dos pescados? —preguntó Danglars.

—Aquí tiene al señor Château-Renaud, que ha vivido en Rusia, que le dirá el nombre de uno de ellos —respondió Montecristo—, y aquí tiene al señor Cavalcanti, que es italiano, que le dirá el nombre del otro.

—Este —dijo Château-Renaud— es, creo, un esturión.

—De maravilla.

—Y este otro —dijo Cavalcanti— es, si no me equivoco, una lamprea.

—Eso es exactamente. Ahora, señor Danglars, pregunte a estos dos señores dónde se pescan estos peces.

—Pues —dijo Château-Renaud— los esturiones se pescan solamente en el Volga.

—Pues —dijo Cavalcanti— yo sólo conozco el lago de Fusaro que proporcione lampreas de este tamaño.

—Pues bien, justamente; uno viene del Volga y el otro del lago de Fusaro.

—¡Imposible! —exclamaron a la vez todos los comensales.

—Pues bien, esto es exactamente lo que me divierte —dijo Montecristo—. Soy como Nerón: *cupitor impossibilium*, y he ahí que a ustedes también les divierte en este momento; he ahí, en fin, lo que hace que este pescado, que quizá en realidad no valga más que la perca o el

salmón, vaya a parecerles ahora exquisito, y es que en su mente era imposible conseguirlo, y, sin embargo, ahí está.

—¿Pero, cómo ha hecho para trasladar estos dos pescados a París?

—¡Oh! ¡Dios mío! Muy sencillo: se han traído los peces cada uno en un gran tonel bien recubierto, uno con cañas y hierbas de río, el otro con juncos y plantas del lago; se les puso en un furgón hecho a propósito; y han vivido así, el esturión doce días, y la lamprea ocho; y los dos estaban perfectamente vivos cuando mi cocinero se ha apropiado de ellos para hacer morir a uno en leche y al otro en vino. Usted no se lo cree, ¿no, señor Danglars?

—Al menos tengo mis dudas —respondió Danglars, sonriendo con su espesa sonrisa.

—¡Baptistin! —dijo Montecristo—. Traiga el otro esturión y la otra lamprea; ya sabe, los que llegaron en los otros toneles y que están todavía vivos.

Danglars abrió unos enormes ojos asustados; la asamblea aplaudía.

Cuatro criados trajeron dos toneles guarnecidos de plantas marinas, y en cada uno de ellos se debatía un pez igual a los que estaban ya servidos sobre la mesa.

—¿Pero, por qué dos de cada especie? —preguntó Danglars.

—Porque alguno podía llegar muerto —respondió simplemente Montecristo.

—De verdad que es usted un hombre prodigioso —dijo Danglars—, y por mucho que digan los filósofos, es estupendo ser rico.

—Y sobre todo tener ideas —dijo la señora Danglars.

—¡Oh! No tengo yo el honor de esta, señora; el honor es de los romanos, ya Plinio cuenta que se enviaban desde Ostia a Roma, con relevos de esclavos que los traían sobre la cabeza, peces de la especie que él llama *mulus*, y que, según la descripción que nos hace, se trataba probablemente de la dorada. También era un lujo traerla viva, y un espectáculo muy divertido verla morir, pues al morir cambiaba tres o cuatro veces de color y, como un arco iris que se evapora, pasaba por todos los matices del prisma, después de lo cual se la llevaba ya a las cocinas. Su

agonía era parte de su valía. Si no la veían viva, la menospreciaban muerta.

—Sí —dijo Debray—; pero de Ostia a Roma no hay más que siete u ocho leguas.

—¡Ah! Ya, es cierto —dijo Montecristo—; ¿pero, dónde estaría el mérito de imitar mil ochocientos años después a Lúculo, si no lo hiciéramos mejor que él?

Los dos Cavalcanti abrían unos ojos desmesurados, pero tenían el buen criterio de no decir ni una palabra.

—Todo esto es muy digno de estima —dijo Château-Renaud—; sin embargo, lo que más admiro, lo confieso, es la asombrosa prontitud con la que usted se ha instalado. ¿No es cierto, señor conde, que usted no compró la casa más que hace cinco o seis días?

—A fe mía, sí, cinco o seis días, todo lo más —dijo Montecristo.

—Y bien, estoy seguro de que en ocho días ha sufrido una transformación completa; pues, si no me equivoco, tenía otra entrada que no era esta, el patio estaba adoquinado y vacío, mientras que hoy el patio es un magnífico césped bordeado de árboles que parecen tener cien años.

—¿Qué quiere usted? Me gusta el verdor y la sombra —dijo Montecristo.

—En efecto —dijo la señora de Villefort—, antes se entraba por una puerta que daba al camino, y el día que me salvó milagrosamente, lo recuerdo, me hizo entrar a la casa por esa otra puerta.

—Sí, señora —dijo Montecristo—; pero después preferí una entrada que me permitiera ver el bosque de Boulogne a través de la verja.

—¡En cuatro días! ¡Es un prodigio!

—En efecto —dijo Château-Renaud—, de una casa vieja hacer una nueva es algo milagroso; pues la casa estaba muy vieja, e incluso muy triste. Recuerdo que mi madre me hizo venir a verla cuando el señor de Saint-Méran la puso en venta, hace dos o tres años.

—¿El señor de Saint-Méran? —dijo la señora de Villefort—. ¿Pero esta casa pertenecía al señor de Saint-Méran antes de que usted la comprara?

—Parece ser que sí —respondió Montecristo.

—¡Cómo que parece! ¿Es que usted no sabe a quién compró la casa?

—A fe mía no; es mi intendente quien se ocupa de esos detalles.

—Es cierto que estuvo al menos diez años deshabitada —dijo Château-Renaud—, y era de una gran tristeza verla con sus persianas bajadas, sus puertas cerradas y sus hierbajos en el patio. De verdad que si no hubiese pertenecido al suegro del fiscal, se la hubiera podido tomar por una de esas casas malditas en las que se ha cometido algún crimen.

Villefort, que hasta entonces apenas había tocado los tres o cuatro vasos de esos vinos extraordinarios que tenía delante de él, cogió uno al azar y lo vació de un solo trago.

Montecristo dejó transcurrir unos instantes; después, en medio del silencio que había seguido a las palabras de Château-Renaud:

—Es extraño —dijo—, señor barón, pero tuve la misma idea la primera vez que entré aquí; y esta casa me pareció tan lúgubre que nunca la hubiese comprado si mi intendente no lo hubiera hecho por mí. Probablemente el muy pillo recibió alguna propina del escribano del notario.

—Es probable —balbuceó Villefort intentando una sonrisa—; pero, créanme que no tuve nada que ver si hubo corrupción. El señor de Saint-Méran quiso vender esta casa, que forma parte de la herencia de su nieta, y fue vendida porque de quedar tres o cuatro años más deshabitada, hubiera caído en ruinas.

Ahora fue Morrel quien palideció a su vez.

—Había sobre todo —continuó Montecristo— una habitación, ¡ah!, ¡Dios mío!, muy sencilla en apariencia, una habitación como todas las habitaciones, con las paredes tapizadas de damasco rojo, que me pareció, no sé por qué, dramática a más no poder.

—¿Y eso por qué? —preguntó Debray—. ¿Por qué dramática?

—¿Es que uno puede explicar las cosas instintivas? —dijo Montecristo—. ¿Es que no hay lugares en los que se respira la tristeza de una manera natural? ¿Por qué? No se sabe; por un encadenamiento de recuerdos, por un capricho del pensamiento que nos lleva a otros tiempos, a otros lugares, que quizá no tienen ninguna relación con los tiempos y lugares en los que nos encontramos; tanto era así que esa habitación me recordaba totalmente

a la de la marquesa de Ganges o a la de Desdémona. ¡Eh! A fe mía, miren, puesto que hemos terminado de cenar, se la voy a enseñar; después bajaremos a tomar el café en el jardín: tras la cena, el espectáculo.

Montecristo hizo un gesto para interrogar a sus invitados, la señora de Villefort se levantó, Montecristo hizo otro tanto y todo el mundo siguió su ejemplo.

Villefort y la señora de Danglars se quedaron un instante como clavados en sus asientos; se interrogaron con los ojos, fríos, mudos y helados.

—¿Ha oído usted? —dijo la señora Danglars.

—Tenemos que ir —respondió Villefort levantándose y ofreciéndole el brazo.

Todo el mundo estaba ya dispersado por la casa, llevado por la curiosidad, pues se pensaba que la visita no se limitaba a esa habitación, y que al mismo tiempo había que recorrer el resto de esa ruina que Montecristo había transformado en palacio. Salieron, pues, unos y otros por las puertas abiertas. Montecristo esperó a los dos rezagados; después, cuando pasaron, cerró la marcha con una sonrisa, cuya causa, si hubiesen podido comprenderla, hubiese espantado a los invitados bastante más que esa habitación que iban a conocer.

Comenzaron, en efecto, por recorrer los aposentos, las salas amuebladas al estilo oriental con sus divanes y sus cojines en lugar de camas; pipas y armas en lugar de cualquier otro mueble; los salones tapizados con los más hermosos cuadros de maestros antiguos; vestidores tapizados con telas de china, de caprichosos colores, con dibujos fantásticos, con tejidos maravillosos; después, finalmente, llegaron a la famosa habitación.

No tenía nada de particular, a no ser que, aunque estaba anocheciendo, no estaba iluminada, y que resultaba bastante vetusta cuando el resto de la casa había sido revestido de nuevo.

Esas dos causas bastaban, en efecto, para darle ese matiz lúgubre.

—¡Huy! —exclamó la señora de Villefort—. Es espantosa en efecto.

La señora Danglars intentó balbucear unas palabras que nadie oyó.

Unos y otros se cruzaban informaciones cuyo resultado fue que, en efecto, la habitación de damasco rojo tenía un aspecto siniestro.

—¿A que sí? —dijo Montecristo—. Miren esa cama colocada de modo tan extraño, ¡y qué sombrío y sangriento tapizado! Y esos dos retratos al pastel, palidecidos por la humedad, ¿pues no parecen decir con sus pálidos labios y sus ojos espantados: «¡lo hemos visto!»?

Villefort se puso lívido, la señora Danglars cayó sobre una *chaise longue* que había junto a la chimenea.

—¡Oh! —dijo la señora de Villefort sonriendo—. ¿Tiene usted el valor de sentarse en ese asiento donde quizá se cometió el crimen?

La señora Danglars se levantó inmediatamente.

—Y además —dijo Montecristo—, esto no es todo.

—¿Pues qué más hay? —preguntó Debray, a quien la emoción de la señora Danglars no le había pasado inadvertida.

—¡Ah! Sí, ¿qué más hay? —preguntó Danglars—, pues hasta ahora confieso que no he visto gran cosa; ¿y usted, señor Cavalcanti?

—¡Ah! —dijo este—. Nosotros tenemos en Pisa la torre de Ugolino, en Ferrara la prisión de Tasso, y en Rímini la habitación de Francesca y de Paolo^[2].

—Sí; pero ustedes no tienen esta pequeña escalera —dijo Montecristo abriendo una puertecilla disimulada en la pared entelada—; miren, y díganme lo que piensan.

—¡Qué siniestra y retorcida escalera! —dijo Château-Renaud riendo.

—El hecho es —dijo Debray— que no sé si es el vino de Quíos que lleva a la melancolía, pero, ciertamente, veo esta casa bastante siniestra.

En cuanto a Morrel, desde que se habló de la dote de Valentine, se había quedado triste y no había dicho ni una sola palabra.

—¡Se imaginan ustedes —dijo Montecristo— a un Otelo o a un abate de Ganges cualquiera, descendiendo paso a paso, en una noche oscura y tormentosa, esta escalera con algún lúgubre fardo que trata de ocultar de prisa a la mirada de los hombres, aunque no a la mirada de Dios!

La señora Danglars casi se desvaneció del brazo de Villefort, que se vio obligado, él mismo también, a apoyarse en la pared.

—¡Ah! ¡Dios mío! Señora —exclamó Debray—, ¿qué le ocurre? ¡Qué pálida está!

—¿Lo que le ocurre? Es muy sencillo —dijo la señora de Villefort—, le ocurre que el señor de Montecristo nos cuenta historias espantosas, sin duda con la intención de hacernos morir de miedo.

—Claro —dijo Villefort—. En efecto, conde, está usted asustando a las damas.

—¿Pero, qué le ocurre? —volvió a decir en voz baja Debray a la señora Danglars.

—Nada, nada —dijo esta haciendo un esfuerzo—, necesito aire, eso es todo.

—¿Quiere usted bajar al jardín? —preguntó Debray ofreciendo el brazo a la señora Danglars y dirigiéndose a la escalera oculta.

—No, no —dijo—; prefiero quedarme aquí.

—De verdad, señora —dijo Montecristo—, ¿es que ese terror va en serio?

—No, señor —dijo la señora Danglars—; pero usted tiene una manera de suponer las cosas que da a lo imaginado todo el aspecto de realidad.

—¡Oh! Dios mío, sí —dijo Montecristo sonriendo—, todo esto no es más que un ejercicio de imaginación, puesto que, ¿por qué no?, también podríamos imaginar esta habitación como una buena y honrada habitación de una madre de familia; esa cama con sus tapicerías de color púrpura, como una cama visitada por la diosa Lucina, y esa escalera misteriosa como el paso por donde, suavemente y para no turbar el sueño reparador de la parturienta, pasa el médico o la nodriza, o el mismo padre llevando al niño que duerme...

Esta vez la señora Danglars, en lugar de tranquilizarse con esta dulce estampa, dio un gemido y se desvaneció por completo.

—La señora Danglars se encuentra mal —balbuceó Villefort—; quizá habría que llevarla a su coche.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Montecristo—, ¡y yo que he olvidado mi frasco!

—Tengo el mío —dijo la señora de Villefort.

Y le dio a Montecristo un frasquito lleno de un licor rojo igual al que el conde utilizó con Édouard consiguiendo esa bienhechora influencia.

—¡Ah...! —dijo Montecristo cogiéndolo de las manos de la señora de Villefort.

—Sí —murmuró esta—, siguiendo sus instrucciones, lo he probado.

—¿Satisfactoriamente?

—Creo que sí.

Llevaron a la señora Danglars a la sala contigua. Montecristo le puso una gota de ese licor rojo sobre los labios, y la dama volvió en sí.

—¡Oh! —dijo—. ¡Qué espantosa pesadilla!

Villefort le apretó fuertemente la muñeca para hacerle ver que no lo había soñado.

Buscaron al señor Danglars, pero, poco dispuesto a impresiones poéticas, había bajado al jardín, y charlaba con el señor Cavalcanti padre de un proyecto de ferrocarril de Livorno a Florencia.

Montecristo se hacía el preocupado; cogió el brazo de la señora Danglars y la condujo al jardín, donde se encontraron con el señor Danglars que tomaba el café entre los Cavalcanti, padre e hijo.

—¿De verdad señora —le dijo— que la he asustado tanto?

—No, señor, pero ya sabe, las cosas nos impresionan según la disposición de nuestro espíritu en esos momentos.

Villefort hizo un esfuerzo por sonreír:

—Y entonces, ya comprende —dijo—, basta una suposición, una quimera...

—Bueno —dijo Montecristo—, ustedes me creerán si quieren, pero tengo la convicción de que se cometió un crimen en esta casa.

—¡Cuidado! —dijo la señora de Villefort—. Tenemos aquí al fiscal del rey.

—A fe mía —respondió Montecristo—, puesto que las cosas están así, aprovecharé para hacer mi declaración.

—¿Su declaración? —dijo Villefort.

—Sí, y delante de testigos.

—Todo esto es muy interesante —dijo Debray—; si realmente hay crimen vamos a hacer admirablemente bien la digestión.

—Hay crimen —dijo Montecristo—. Vengan por aquí, señores; venga, señor de Villefort; para que una declaración sea válida debe ser hecha ante las autoridades competentes.

Montecristo cogió el brazo del señor de Villefort y, al mismo tiempo que apretaba bajo el suyo el de la señora Danglars, arrastró al fiscal hasta debajo del plátano, donde la sombra era más espesa.

Los demás invitados les siguieron.

—Miren —dijo Montecristo—, aquí, en este mismo lugar —y golpeaba la tierra con el pie—, aquí, para rejuvenecer estos árboles ya viejos, he hecho cavar alrededor y poner mantillo; pues bien, mis trabajadores, al cavar, han desenterrado un cofre o más bien los herrajes de un cofre, en medio de los cuales había el esqueleto de un niño recién nacido. ¿Eso no es una fantasmagoría, espero?

Montecristo sintió la rigidez del brazo de la señora Danglars y el temblor en la muñeca de Villefort.

—¿Un niño recién nacido? —repitió Debray—. ¡Diablos! Esto se pone serio, me parece.

—Y bien —dijo Château-Renaud—, entonces no me equivocaba cuando pretendía hace un rato que las casas tienen un alma y un rostro como los hombres, y que en su fisonomía se asoma un reflejo de sus entrañas. La casa estaba triste porque tenía remordimientos; y tenía remordimientos porque ocultaba un crimen.

—¡Oh! ¿Quién dice que se trate de un crimen? —repuso Villefort intentando un último esfuerzo.

—¡Cómo! Un niño enterrado vivo en un jardín, ¿no es un crimen? —exclamó Montecristo—. ¿Cómo llama usted a esa acción, señor fiscal del reino?

—¿Pero, quién dice que fuera enterrado vivo?

—¿Y por qué enterrarlo ahí, si estaba muerto? Este jardín nunca ha sido un cementerio.

—¿Qué se hace con los infanticidas en este país? —preguntó ingenuamente el mayor Cavalcanti.

—¡Oh, Dios mío! Se les corta el cuello sin más —respondió Danglars.

—¡Ah! Se les corta el cuello —dijo Cavalcanti.

—Eso creo... ¿no es así, señor de Villefort? —preguntó Montecristo.

—Sí, señor conde —respondió este en un tono que no tenía nada de humano.

Montecristo vio que era todo lo que podían soportar las dos personas para quienes había preparado esta escena y, no queriendo ir más lejos:

—Pero, el café, señores —dijo—, me parece que lo estamos olvidando.

Y dirigió a sus invitados hacia la mesa colocada en medio del césped.

—De verdad, señor conde —dijo la señora Danglars—, estoy avergonzada por mi debilidad, pero todas esas historias espantosas me han afectado; deje que me siente, se lo ruego.

Y cayó sobre una silla.

Montecristo hizo un leve saludo y se acercó a la señora de Villefort.

—Creo que la señora Danglars, necesita de nuevo su frasquito —dijo.

Pero antes de que la señora de Villefort se acercara a su amiga, el fiscal había dicho ya al oído de la señora Danglars:

—Tengo que hablar con usted.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Dónde?

—En mi despacho..., en el Ministerio Fiscal, si usted quiere; sigue siendo el lugar más seguro.

En ese momento la señora de Villefort se acercó.

—Gracias, querida amiga —dijo la señora Danglars, intentando sonreír—, no es nada, me siento mucho mejor.

Capítulo LXIV

El mendigo

Avanzaba la velada; la señora de Villefort había manifestado el deseo de volver a París, lo que no se había atrevido a insinuar la señora Danglars, a pesar del manifiesto malestar que sentía.

A la petición de su esposa, el señor de Villefort dio, pues, la primera señal de partir. Ofreció un asiento en su landó a la señora Danglars, para que pudiera recibir los cuidados de su mujer. En cuanto al señor Danglars, absorto en una conversación industrial de lo más interesante con el señor Cavalcanti, no prestaba ninguna atención a lo que ocurría.

Montecristo, a la vez que pedía el frasco a la señora de Villefort, había observado que el señor de Villefort se había acercado a la señora Danglars; y guiado por su situación había adivinado lo que le había dicho, aunque hubiese hablado en voz tan baja que apenas si la misma señora Danglars había podido oírlo.

Dejó, sin oponerse a ningún arreglo, que marcharan Morrel, Debray y Château-Renaud a caballo, y que subieran las dos damas en el landó del señor de Villefort; por su parte, Danglars, cada vez más encantado con Cavalcanti padre, le invitó a subir con él en su cupé.

En cuanto a Andrea Cavalcanti, cogió su tálburi, que le esperaba delante de la puerta, y cuyo *groom*, que exageraba los encantos de la *fashion* inglesa, sujetaba, alzándose sobre la punta de sus botas, el enorme caballo pardo oscuro.

Andrea no había hablado mucho durante la cena, pues se trataba de un muchacho muy inteligente y que naturalmente temía decir alguna tontería en medio de todos esos comensales ricos y poderosos, entre los que su dilatada pupila veía, no sin temor, a un fiscal del reino.

Después, se había visto acaparado por el señor Danglars, que, tras una rápida ojeada al viejo mayor con su cuello rígido y a su hijo, todavía un poco tímido, añadiendo a ello todas esas muestras de la hospitalidad de Montecristo, había pensado que estaba tratando con algún nabab que había venido a París para que su hijo único se perfeccionase en la vida mundana.

Había, pues, contemplado con una complacencia indecible el enorme diamante que brillaba en el dedo meñique del mayor, pues este, como hombre prudente y experimentado, por temor a que sus billetes de banco sufriesen algún accidente, los había convertido, al instante, en un objeto de valor. Además, después de la cena, siempre bajo pretexto de negocios y de viajes, había preguntado a padre e hijo sobre su modo de vida; y el padre y el hijo, prevenidos como estaban de que era en la banca Danglars en donde debían abrirles, a uno su crédito de cuarenta y ocho mil francos, entregados de una sola vez, y al otro su crédito anual de cincuenta mil libras, habían estado encantadores y llenos de afabilidad con el banquero, a cuyos criados, si estos no se hubieran retenido, les habrían hasta estrechado la mano, de tal manera su agradecimiento sentía la necesidad de expansión.

Y una cosa, sobre todo, aumentó la consideración, diríamos casi la veneración de Danglars por Cavalcanti. Este, fiel al principio de Horacio: *nil admirari*, se había contentado, como hemos visto, en dar prueba de su ciencia diciendo de qué lago venían las mejores lampreas. Después, había comido su parte del pescado sin decir una palabra. Danglars concluyó entonces que esa clase de suntuosidades eran familiares al ilustre descendiente de los Cavalcanti, quien, probablemente se alimentaba, en Lucca, de truchas que se hacía traer de Suiza, y de langostas que le

enviaban desde Bretaña, por procedimientos similares a los que el conde había utilizado para traer las lampreas del lago Fusaro y los esturiones del río Volga. Así pues, acogió con una benevolencia bien marcada estas palabras de Cavalcanti:

—Mañana, señor, tendré el honor de hacerle una visita de negocios.

—Y yo, señor —había respondido Danglars—, estaré encantado de recibirle.

Tras lo cual había propuesto a Cavalcanti, en el caso de que eso no le privara demasiado de estar junto a su hijo, llevarle al Hotel des Princes.

Cavalcanti respondió que desde hacía tiempo su hijo tenía la costumbre de hacer vida de soltero, y que, en consecuencia, tenía sus caballos y sus vehículos propios, y que, al no haber venido juntos, no veía ninguna dificultad a que se marchasen también separadamente.

El mayor había pues subido al coche de Danglars, y el banquero se había sentado a su lado, cada vez más encantado de las ideas de orden y de economía de este hombre, quien, sin embargo, daba a su hijo cincuenta mil francos al año, lo que suponía una fortuna de cinco o seis mil libras de renta.

En cuanto a Andrea, comenzó, para darse aires, a reñir a su *groom* por el hecho de que en lugar de haber venido a recogerle a la escalinata, le hubiese aguardado en la puerta de salida, por lo que se había visto obligado a caminar treinta pasos para llegar al tálburi.

El *groom* recibió la regañina con humildad y, para sujetar al caballo impaciente y que pateaba el suelo, cogió el bocado con la mano izquierda y con la derecha tendió las riendas a Andrea, que las cogió y puso ligeramente la bota acharolada en el estribo.

En ese momento, una mano se apoyó en su hombro. El joven se dio la vuelta, pensando que Danglars o Montecristo habían olvidado decirle algo y que lo habían recordado antes de que se marchara.

Pero no era ni el uno ni el otro, y en su lugar se encontró con una cara desconocida, quemada por el sol, encuadrada en una barba de pega, unos ojos brillantes como carbúnculos y una burlona sonrisa dilatándose en una boca en la que brillaban, colocados en su sitio y sin que le faltase ni uno

solo, treinta y dos blancos dientes, afilados y hambrientos como los de un lobo o un chacal.

Un pañuelo de cuadros rojos cubría esa cabeza de pelo grisáceo y terroso; un blusón de lo más grasiento y roto en desgarrones cubría un corpachón delgado y huesudo, del que parecía que los huesos, como la osamenta de un esqueleto, iban a crujir al andar. Finalmente, la mano que se apoyó en su hombro, y que fue lo primero que vio el joven, le pareció de una dimensión gigantesca. ¿Reconoció Andrea esa cara a la luz de la linterna de su tílburí, o solamente le asustó el horrible aspecto de su interlocutor? No sabríamos decirlo, pero el hecho es que se sobresaltó y se echó hacia atrás rápidamente.

—¿Qué quiere de mí? —dijo.

—¡Perdón, querido burgués! —respondió el hombre llevándose la mano al pañuelo rojo—. Quizá le moleste, pero tengo que hablar con usted.

—Está prohibido mendigar de noche —dijo el *groom*, haciendo un movimiento para librar a su amo de ese inoportuno.

—Yo no mendigo, mi guapo muchachito —dijo el hombre desconocido al criado con una sonrisa irónica y tan aterradora que este se apartó—; solamente deseo decir dos palabras a su burgués, que me encargó un recado hace quince días más o menos.

—Veamos —dijo a su vez Andrea con la suficiente fuerza como para que el lacayo no se diera cuenta del miedo que sentía—, ¿qué quiere usted? Deprisa, amigo mío.

—Quisiera..., quisiera... —dijo en voz baja el hombre del pañuelo rojo—, que tuviera a bien ahorrarme el regreso a París a pie. Estoy muy cansado, y como no he cenado tan bien como tú, apenas si puedo mantenerme en pie.

El joven se sobresaltó ante esa extraña familiaridad.

—Pero, en fin —le dijo—, veamos, ¿qué quiere usted?

—Pues bien, quiero que me dejes subir a tu hermoso coche, y que me lleves a París.

Andrea palideció pero no dijo nada.

—¡Oh! Dios mío, sí —dijo el hombre del pañuelo rojo metiéndose las manos en los bolsillos y mirando al joven provocativamente—, es una idea que se me ha ocurrido, ¿me oyes, mi querido Benedetto?

Al oír su nombre el joven reflexionó sin duda, pues se acercó a su *groom*, y le dijo:

—Efectivamente, yo encargué a este hombre un recado del que tiene que darme cuenta. Vaya a pie hasta la barrera; allí, cogerá usted un cabriolé para que no se retrase demasiado.

El criado, sorprendido, se alejó.

—Déjeme, al menos, llegar a una zona más oscura —dijo Andrea.

—¡Oh! En cuanto a eso, yo mismo te llevaré al mejor lugar; espera —dijo el hombre del pañuelo rojo.

Entonces, cogió al caballo por el bocado y condujo el tálburi hasta un lugar en el que efectivamente era imposible de que alguien en el mundo pudiese ver el honor que le acordaba Andrea.

—¡Oh! ¡Yo! —le dijo—, no es por orgullo por lo que quiero subir a tu coche; es solamente porque estoy cansado, y además, un poco, por hablar de negocios contigo.

—Veamos, suba —dijo el joven.

Era una pena que no fuera de día, pues hubiera sido un espectáculo curioso ver a ese harapiento sentado junto al elegante joven que guiaba el tálburi.

Andrea llevó al caballo hasta la última casa del pueblo sin decir ni una palabra a su compañero, que, por su parte, sonreía y guardaba silencio como si se sintiera encantado de viajar en un vehículo tan elegante.

Una vez que estuvieron fuera de Auteuil, Andrea miró alrededor, sin duda para asegurarse de que nadie podía ni verlos ni oírlos; y entonces, parando al caballo y cruzándose de brazos delante del hombre del pañuelo rojo:

—¡Ah, vaya! ¿Por qué viene aquí a turbar mi tranquilidad?

—Y tú, muchacho, ¿por qué desconfías de mí?

—¿Cuándo he desconfiado de usted?

—¿Cuándo? ¿Y me lo preguntas? Nos separamos en el puente del Var, me dices que vas al Piamonte y a la Toscana; y en absoluto, vas, y te

vienes a París.

—¿Y a usted en qué le molesta?

—En nada; al contrario, incluso espero que eso me sirva.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo Andrea—. Es decir, que piensa especular a mi costa.

—¡Vamos! Eso son palabras mayores.

—Pues se equivoca conmigo, maese Caderousse, se lo advierto.

—¡Eh! ¡Dios mío! No te enfades, pequeño; tú debes saber bien lo que es la desgracia; pues bien, la desgracia, eso le hace a uno envidioso. Te hago por ahí, correteando por el Piamonte y la Toscana, viéndote obligado a hacerte *faccino* o *cicerone*; te compadezco desde lo más profundo de mi corazón, como compadecería a mi hijo. Sabes que siempre te he llamado hijo.

—¿Y?, ¿y?

—¡Paciencia, cernícalo!

—¡Paciencia! Ya tengo paciencia; veamos, acabe de una vez.

—Y mira por donde te veo cruzar la puerta de Bons-Hommes, con tu *groom*, tu tílburí, tu traje todo nuevo; ¡pero, bueno! ¿Es que has descubierto una mina, o has comprado un cargo de agente de cambio?

—Así que lo confiesa: ¿está celoso?

—No, estoy contento, ¡tan contento que he querido mostrarte mis respetos, pequeño! Pero, como no estaba vestido adecuadamente, tomé mis precauciones para no comprometerte.

—¡Pues vaya unas precauciones! —dijo Andrea—. Me aborda delante de mi criado.

—¡Eh! ¿Qué quieres, hijo? Te abordo cuando puedo pillarte. Tienes un caballo demasiado fogoso, un tílburí demasiado ligero; eres de natural escurridizo como una anguila; si no te hubiera pescado hoy, corría el riesgo de no volverte a pillar.

—Pues ya ve que no me escondo.

—Pues vaya suerte que tienes; ya me gustaría a mí decir lo mismo; yo, yo sí que me escondo; sin contar con que temía que no me reconocieses: pero me reconociste —añadió Caderousse con su malsana sonrisa—; ¡vaya! Eres muy amable.

—Veamos —dijo Andrea—, ¿qué necesita?

—Ya no me tuteas, eso está mal, Benedetto, a mí, a tu antiguo colega; cuidado, me vas a hacer exigente.

Esa amenaza hizo bajar la cólera del joven: el viento de la coacción acababa de soplarle encima.

Puso el caballo al trote.

—Es malo para ti, Caderousse —dijo—, emprenderla así con un antiguo colega, como decías; tú eres marsellés, yo soy...

—¿Es que sabes lo que eres, ahora?

—No, pero me crié en Córcega; tú eres viejo y testarudo; yo soy joven y testarudo. Entre gente como nosotros, la amenaza es mala, debemos hacer las cosas por las buenas. ¿Es culpa mía si la suerte sigue siendo mala para ti y, por el contrario, ahora es buena para mí?

—¿Así que ahora es buena, tu suerte? ¿No es entonces un *groom* prestado, un tálburi prestado, ni todo este atuendo prestado, lo que tenemos aquí? ¡Bueno! ¡Pues tanto mejor! —dijo Caderousse con los ojos brillantes de codicia.

—¡Oh! Bien lo has visto y bien lo sabes, puesto que me aborras —dijo Andrea animándose cada vez más—. Si yo llevara un pañuelo como el tuyo a la cabeza, un blusón grasiento sobre los hombros y zapatos llenos de agujeros en los pies, no me reconocerías.

—¡Vaya! Ahora me desprecias, pequeño; pues te equivocas; ahora que te he encontrado, nada me impide ir vestido de lana de Elbeuf como cualquier otro, dado que sé que tienes buen corazón: si tienes dos trajes, me darás uno; yo te di mi parte de la sopa y de las judías, cuando tenías demasiada hambre.

—Es cierto —dijo Andrea.

—¡Vaya un apetito que tenías! ¿Sigues teniendo tanto apetito?

—Pues sí —dijo Andrea riendo.

—¡Cómo habrás cenado en casa de ese príncipe de donde salías!

—No es un príncipe, sino simplemente un conde.

—¿Un conde? Y rico, ¿eh?

—Sí, pero no te fíes; es un señor que no tiene cara de buenos amigos.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Estate tranquilo! No tengo ningún proyecto sobre tu conde, te lo dejo para ti solo. Pero, en fin —añadió Caderousse, retomando su malsana sonrisa que había aflorado ya en sus labios—, habrá que dar algo por eso, ¿comprendes?

—Veamos, ¿qué necesitas?

—Creo que con cien francos al mes...

—¿Y bien?

—Viviría...

—¿Con cien francos?

—Mal, comprende; pero con...

—¿Con...?

—Ciento cincuenta francos, me sentiría feliz.

—Toma doscientos —dijo Andrea.

Y puso en la mano de Caderousse diez luises de oro.

—Bueno —dijo Caderousse.

—Preséntate en mi portería cada primero de mes y encontrarás otro tanto.

—¡Vamos! ¡Otra vez me humillas!

—¿Pero, cómo que te humillo?

—Me pones al mismo nivel de toda tu «lacayería»; no, lo que quieres es que no tenga ningún contacto contigo.

—Bueno, de acuerdo, todos los meses, mientras yo reciba mi renta, tú recibirás la tuya.

—¡Vamos, vamos! Ya veo que estaba equivocado contigo, mi buen muchacho, es una bendición cuando la dicha llega a gente como tú. Veamos, cuéntame esa buena suerte.

—¿Es que necesitas saber algo? —preguntó el joven Cavalcanti.

—¡Bueno! ¡Otra vez la desconfianza!

—No. Pues bien, que he encontrado a mi padre.

—¿Un verdadero padre?

—¡Hombre! Mientras pague...

—Crearás y le honrarás; está bien. ¿Y cómo se llama ese padre tuyo?

—Mayor Cavalcanti.

—¿Y está contento contigo?

—Hasta ahora, parece que sí.

—¿Y quién te lo ha encontrado, a ese buen padre?

—El conde de Montecristo.

—¿Y salías de la casa de ese conde?

—Sí.

—Oye, mira, trata de colocarme con él como algún pariente tuyo, puesto que tiene despacho abierto.

—De acuerdo, le hablaré de ti; pero, mientras tanto, ¿qué vas a hacer?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Eres muy amable preocupándote por eso —dijo Caderousse.

—Hombre, me parece que, puesto que te interesas por mí —repuso Andrea—, bien puedo yo también preguntarte algo.

—Es justo..., voy a alquilar una habitación en una casa decente, vestirme con ropa decente, que me afeiten a diario, e ir a leer los periódicos al café. Por la tarde, entraré en algún espectáculo con un jefe de claqué, y pareceré un panadero retirado: ese es mi sueño.

—¡Bueno, está muy bien! Si quieres llevar a cabo ese proyecto, y portarte bien, todo irá de maravilla.

—¡Vaya, señor Bossuet...! Y tú, ¿qué vas a ser...? ¿Par de Francia?

—¡Eh!, ¡eh! ¿Quién sabe?

—El mayor Cavalcanti quizá lo sea..., pero, desgraciadamente, abolieron la herencia.

—¡Nada de política, Caderousse...! Y ahora que tienes lo que quieres, y que ya hemos llegado, salta de mi coche y desaparece.

—¡Ni hablar, querido amigo!

—¿Cómo que ni hablar?

—Pero, piensa un poco, pequeño, un pañuelo rojo en la cabeza, casi sin zapatos, ninguna documentación, y diez napoleones de oro en los bolsillos, sin contar lo que ya tenía, lo que hace exactamente doscientos francos: ¡pues me detendrían indefectiblemente en la barrera! Entonces, para justificarme, me vería obligado a decir que tú me has dado esos diez napoleones; habría informaciones, investigaciones; se sabría que dejé Toulon sin permiso, y me vería conducido de brigada en brigada hasta

orillas del Mediterráneo. Me convierto, pura y simplemente en el n.º 106, y ¡adiós mi sueño de parecerme a un panadero retirado! No, no, hijo mío; prefiero quedarme honorablemente en la capital.

Andrea frunció el ceño; era, como él mismo se vanagloriaba a veces, una muy mala cabeza, este hijo putativo del mayor Cavalcanti. Se paró un instante, echó una ojeada rápida alrededor, y como su mirada terminase de describir el círculo investigador, metió inocentemente la mano en el bolso, y comenzó a acariciar la funda protectora de una pistola de bolsillo.

Pero, al mismo tiempo, Caderousse, que no quitaba ojo a su compadre, pasaba las manos por detrás, a su espalda, y abría lentamente una larga navaja española que llevaba consigo para cualquier eventualidad.

Los dos amigos, como se ve, eran dignos de entenderse y se entendieron; la mano de Andrea salió inofensiva de su bolsillo, y subió hasta el bigote pelirrojo, atusándose unos momentos.

—Bueno, Caderousse —dijo—, ¿estarás contento?

—Haré todo lo que pueda —respondió el antiguo posadero del puente del Gard, ocultando la navaja en la manga.

—Vamos a ver, veamos, volvamos entonces a París. ¿Pero, cómo vamos a hacer para que pases la barrera sin despertar sospechas? Me parece que con el atuendo que llevas corres más riesgo en coche que a pie.

—Espera —dijo Caderousse—, vas a ver.

Cogió el sombrero de Andrea, la hopalanda con un gran cuello que el *groom* expulsado del tálburi había dejado en su sitio, y se la puso sobre los hombros, después de lo cual adquirió la pose medio refunfuñona del criado de buena casa cuyo amo conduce él mismo.

—Y yo —dijo Andrea—, ¿yo me voy a quedar con la cabeza descubierta?

—¡Uf! —dijo Caderousse—. Hace tanto aire que bien puede haberte llevado el sombrero un golpe de viento.

—Vamos —dijo Andrea—, y acabemos de una vez.

—¿Y quién te dice que no? —dijo Caderousse—. No es por mi culpa, espero.

—¡Chsss! —dijo el joven Cavalcanti.

Cruzaron la puerta de la ciudad sin problemas.

En la primera calle transversal, Andrea detuvo el caballo y Caderousse saltó a tierra.

—Y bien —dijo Andrea—, ¿y la capa de mi criado? ¿Y mi sombrero?

—¡Ah! —respondió Caderousse—. No querrás que coja un catarro.

—¿Yo?

—Tú, tú eres joven, mientras que yo, yo empiezo a hacerme viejo; ¡hasta la vista, Benedetto!

Y se marchó por la callejuela, en la que desapareció.

—¡Ay! —dijo Andrea suspirando—. ¡No se puede ser completamente feliz en este mundo!

Capítulo LXV

Escena conyugal

En la plaza Louis XV, los tres jóvenes se separaron; es decir, que Morrel cogió los bulevares, Château-Renaud el puente de la Révolution, y Debray continuó por la orilla del río.

Morrel y Château-Renaud, con toda probabilidad, volvieron a sus hogares domésticos, como se dice todavía en la tribuna de la Cámara en los discursos bien hechos y en el teatro de la calle Richelieu, en las obras bien escritas, pero no fue así para Debray. Llegado a la entrada del Louvre, giró a la izquierda, atravesó el Carrousel al trote, enfiló la calle Saint-Roch, cruzó por la calle de la Michodière y llegó delante de la puerta del señor Danglars, en el momento en el que el landó del señor de Villefort, después de haberle dejado, a él y a su mujer, en el Faubourg Saint-Honoré, se paraba también para dejar a la baronesa en casa.

Debray, como habitual de la casa, entró el primero en el patio, tiró la brida a un palafrenero, y volvió a la puerta de entrada para recibir a la señora Danglars, a la que ofreció el brazo para subir a sus aposentos.

Una vez que cerraron la puerta, y que la baronesa y Danglars se encontraban en el patio:

—¿Pero, qué le ocurre, Hermine? —dijo Debray—. ¿Por qué le ha sentado tan mal esa historia o, más bien, esa fábula que nos contó el conde?

—Porque estaba muy indispuesta esta tarde, amigo mío —respondió la baronesa.

—No, Hermine —repuso Debray—, no me hará usted creer eso. Al contrario, estaba usted en excelente disposición cuando llegó a casa del conde. El señor Danglars estaba un poco malhumorado, es cierto, pero ya sé el caso que usted hace a su mal humor. Alguien le ha hecho a usted algo. Cuéntemelo; usted sabe que no consentiré ni la más mínima impertinencia que le hagan.

—Se equivoca, Lucien, se lo aseguro —repuso la señora Danglars—, las cosas son como le he dicho, aparte del mal humor del que usted se ha dado cuenta, y del que juzgué que no merecía la pena hablarle.

Era evidente que la señora Danglars estaba bajo la influencia de una de esas irritaciones nerviosas de las que las mujeres ni siquiera son conscientes ellas mismas, o que, como había adivinado Debray, sufría una conmoción oculta que no quería confesar a nadie. Como hombre habituado a reconocer esos humores como uno de los elementos de la condición femenina, no insistió más, esperando el momento oportuno de una nueva interrogación o de una confesión motu proprio.

En la puerta de su cuarto, la baronesa se encontró a la señorita Cornélie.

La señorita Cornélie era la doncella de confianza de la baronesa.

—¿Qué hace mi hija? —preguntó la señora Danglars.

—Ha estado estudiando toda la velada —respondió la señorita Cornélie—, y después se ha acostado.

—Pues me parece que oigo tocar el piano.

—Es la señorita Louise d'Armilly la que toca, mientras que la señorita está acostada.

—Bien —dijo la señora Danglars—; venga a desvestirme.

Entraron en el dormitorio. Debray se tumbó en un gran canapé, y la señora Danglars entró en el gabinete de aseo con la señorita Cornélie.

—Mi querido señor Lucien —dijo la señora Danglars a través de la puerta del gabinete—, siempre se queja usted de que Eugénie no tenga el honor de dirigirle la palabra.

—Señora —dijo Lucien, jugando con el perrito de la baronesa que, reconociendo su calidad de amigo de la casa, tenía la costumbre de hacerle mil caricias—, no soy yo el único que haga tales recriminaciones, pues creo haber oído a Morcerf quejarse el otro día, a usted misma, de que no podía sacar ni una sola palabra a su prometida.

—Es cierto —dijo la señora Danglars—, pero creo que uno de estos días todo va a cambiar, y que verá usted entrar a Eugénie en su despacho.

—¿En mi despacho?

—Quiero decir en el del ministro.

—¿Y eso, con qué fin?

—¡Para pedirle un puesto en la Ópera! De verdad que nunca he visto una afición tan grande por la música; ¡es ridículo en una persona de la alta sociedad!

Debray sonrió.

—Pues bien —dijo—, que venga con el consentimiento del barón y el de usted, la contrataremos, y trataremos que sea de acuerdo con sus méritos, aunque somos muy pobres para pagar un talento tan hermoso como el suyo.

—Puede irse, Cornélie —dijo la señora Danglars—, ya no la necesito.

Cornélie desapareció y, un instante después, la señora Danglars salió de su gabinete de aseo vestida con un encantador *negligé*, y vino a sentarse junto a Lucien.

Después, pensativa, se puso a acariciar al pequeño cachorro de podenco.

Lucien la contempló un instante en silencio.

—Vamos a ver, Hermine —dijo al cabo de un instante—, respóndame francamente: algo le molesta, ¿no es así?

—Nada —repuso la baronesa.

Y, sin embargo, como se ahogaba, se levantó, intentó respirar hondo y fue a mirarse a un espejo.

—Estoy que doy miedo esta noche —dijo.

Debray se estaba levantando y sonreía para ir a tranquilizar a la baronesa sobre ese último punto, cuando de repente la puerta se abrió.

El señor Danglars apareció; Debray se volvió a sentar.

Al oír el ruido de la puerta, la señora Danglars se dio la vuelta y miró a su marido con un asombro que ni siquiera se molestó en disimular.

—Buenas noches, señora —dijo el banquero—, buenas noches, señor Debray.

La baronesa creyó, sin duda, que esa visita imprevista significaba algo así como el deseo de reparar las amargas palabras que se le habían escapado al barón a lo largo del día.

Se armó de todo un aire de dignidad y, dirigiéndose a Lucien, sin ni siquiera responder a su marido:

—Léame algo, señor Debray —le dijo.

Debray, un poco inquieto por la visita en un principio, se repuso ante la tranquilidad de la baronesa, alargó el brazo hacia un libro marcado por el medio con un cuchillo de hoja de nácar incrustada en oro.

—Perdón —dijo el banquero—, pero se cansará usted mucho, baronesa, si se acuesta tarde; son las once, y el señor Debray vive muy lejos.

Debray se quedó estupefacto, no porque el tono de Danglars no fuera perfectamente tranquilo y cortés, sino, en fin, porque a través de esa calma y de esa cortesía se traslucía una cierta desacostumbrada intención de hacer aquella noche algo diferente a la voluntad de su esposa.

La baronesa también se quedó sorprendida y atestiguó su asombro con una mirada que sin duda hubiera dado qué pensar a su marido, si su marido no hubiera tenido los ojos fijos en un periódico, en el que buscaba el cierre de la Bolsa.

Resultó, pues, que esa mirada tan orgullosa fue lanzada en vano y falló completamente en lograr el efecto buscado.

—Señor Lucien —dijo la baronesa—, le declaro que no tengo en absoluto ninguna gana de dormir, que tengo mil cosas que contarle esta noche, y que pasará usted toda la noche escuchándome, aunque se me duerma de pie.

—A sus órdenes, señora —dijo flemáticamente Lucien.

—Mi querido señor Lucien —dijo a su vez el banquero—, no se mate usted, se lo ruego, escuchando esta noche las locuras de la señora Danglars, pues podrá perfectamente escucharlas mañana; pero esta noche me toca a mí, me la reservo, y consagraré la noche, si usted tiene a bien permitírmelo, a charlar de serios asuntos con mi mujer.

Esta vez el golpe era tan directo, y cayó tan a plomo, que aturdió a Lucien y a la baronesa; ambos se interrogaron con la mirada como para extraer el uno del otro un apoyo contra esa agresión, pero el irresistible poder del dueño de la casa triunfó y se quedó forzosamente con el marido.

—Pero no vaya usted a creer que le estoy echando, mi querido Debray —continuó Danglars—; no, no, en absoluto; ocurre que una circunstancia imprevista me fuerza a tener esta misma noche una conversación con la baronesa: esto ocurre muy raramente como para que se me guarde rencor.

Debray balbuceó algunas palabras, saludó y salió, chocando con los contornos de los muebles como Mathan en *Athalie*^[1].

«¡Es increíble», se dijo, al cerrar la puerta tras él, «cómo estos maridos, que, después de todo, nos parecen tan ridículos, tienen con tanta facilidad ventaja sobre nosotros!».

Una vez que Lucien salió, Danglars se instaló en ese mismo sitio en el canapé, cerró el libro que había dejado abierto y, tomando una pose horriblemente pretenciosa, continuó jugando con el perrito. Pero como el perro, que no sentía por él la misma simpatía que por Debray, intentara morderle, lo cogió por el cuello y lo arrojó al otro extremo de la habitación, cayendo sobre una *chaise longue*.

El animal dio un aullido cruzando el espacio de la sala, pero, una vez en su destino, se escondió debajo de un cojín, y estupefacto por el trato recibido, que no era en absoluto el acostumbrado, se mantuvo mudo y sin moverse.

—¿Sabe, señor —dijo la baronesa sin pestañear—, que hace usted progresos? Ordinariamente no era más que grosero; esta noche, es usted brutal.

—Es que esta noche estoy de peor humor que *ordinariamente* —respondió Danglars.

Hermine miró al banquero con un supremo desprecio. Normalmente esas miradas de reojo exasperaban al orgulloso Danglars, pero aquella noche apenas si pareció prestarles atención.

—¿Y a mí qué me importa su mal humor? —respondió la baronesa irritada por la impasibilidad del marido—. ¿Es que tengo algo que ver? Encierre sus malos humores en sus aposentos, o consígnelos en sus oficinas; y puesto que tiene empleados a los que paga, ¡que carguen ellos con su mal humor!

—No, no —respondió Danglars—; se equivoca usted con sus consejos, señora, así que no los seguiré. Mis oficinas son mi *Pactolo*²¹ como dice, creo, el señor Desmoutiers, y no quiero atormentar su curso ni turbar su calma. Mis empleados son gente honrada, que me hacen ganar una fortuna y a los que pago un precio muy por debajo de lo que merecen, si quiero estimarlos por lo que me producen; así que no montaré en cólera contra ellos; montaré en cólera contra los que se zampan mi comida, contra los que desloman mis caballos y contra los que arruinan mi bolsa.

—¿Y quiénes son esos que le arruinan su bolsa? Explíquese con más claridad, señor, se lo ruego.

—¡Oh! Tranquila, si hablo en enigmas, no cuento con que busque usted durante mucho tiempo —repuso Danglars—. Los que arruinan mi bolsa son los que tiran por la borda quinientos mil francos en una hora.

—No le comprendo, señor —dijo la baronesa, intentando disimular a la vez la emoción de su voz y el rubor de su rostro.

—Al contrario, lo comprende muy bien —dijo Danglars—, pero si su mala voluntad continúa, le diré que acabo de perder setecientos mil francos en bonos de la deuda española.

—¡Ah! ¡Vaya! —dijo la baronesa en son de burla—. ¿Y es a mí a quien usted hace responsable de su pérdida?

—¿Por qué no?

—¿Es culpa mía si ha perdido setecientos mil francos?

—En todo caso, no lo es mía.

—De una vez por todas, señor —repuso con acritud la baronesa—, ya le he dicho que no me hable nunca de dinero: es una lengua que no aprendí, ni en casa de mis padres ni en casa de mi primer marido.

—¡Pardiez, que lo creo! —dijo Danglars—. Cómo iban a hablar de dinero, si no tenían ni una perra ni los unos ni el otro.

—Razón de más para que yo no haya aprendido el argot de la banca que aquí me destroza los oídos de la mañana a la noche; ese ruido de escudos que cuenta y recuenta me resulta odioso, y sólo el sonido de su voz me es aún más desagradable.

—¡De verdad que es raro! —dijo Danglars—. ¡Y yo que creía que se tomaba usted un gran interés en mis operaciones!

—¡Yo! ¿Pero quién ha podido hacerle creer una tontería así?

—Usted misma.

—¡Ah! ¡Vamos!

—Sin duda.

—Me gustaría que me hiciese conocer en qué ocasión.

—¡Oh! ¡Dios mío! Eso es muy fácil. En el mes de febrero último, usted me habló por primera vez de los fondos de Haití; usted soñó que un barco entraba en el puerto del Havre, y que ese barco traía la noticia de que un pago de esos fondos, que se pensaba que lo habían retrasado para las calendas griegas, iba a llevarse a cabo. Yo conozco la lucidez de sus sueños; así que ordené comprar, bajo cuerda, todos los cupones que pude encontrar de la deuda de Haití y gané cuatrocientos mil francos, de los que cien mil le fueron entregados religiosamente a usted. Usted habrá hecho con ellos lo que quiera, no me importa.

»En marzo, se trataba de una concesión de ferrocarriles. Se presentaban tres sociedades que ofrecían iguales garantías. Usted me dijo que su instinto, y aunque usted pretendiera ser ajena a las especulaciones, yo creo, por el contrario, que su instinto está muy desarrollado en ciertas materias, usted me dijo que su instinto le hacía creer que el privilegio se lo llevaría la sociedad llamada del Midi.

»Así que, al instante, suscribí los dos tercios de acciones de esa sociedad. La concesión de los ferrocarriles le fue, en efecto acordada. Como usted lo había previsto, las acciones triplicaron su valor, y me embolsé un millón, del que doscientos cincuenta mil fueron para usted, para sus pequeños gastos. ¿Qué ha hecho usted con esos doscientos cincuenta mil francos?

—¿Pero, adónde quiere ir a parar, señor? —exclamó la baronesa, toda alterada por el desdén y la impaciencia.

—¡Paciencia, señora, paciencia! Estoy en ello.

—¡Menos mal!

—En abril, usted estuvo cenando con el ministro; se habló de España, y usted oyó una conversación secreta; se trataba de la expulsión de don Carlos; compré fondos españoles. La expulsión se produjo, y gané seiscientos mil francos el día que Carlos V cruzó el Bidasoa. De esos seiscientos mil francos, usted recibió cincuenta mil escudos; eran de usted, usted los usaría como quisiera, yo no le pido cuentas; pero no es menos cierto que usted recibió quinientas mil libras este año.

—Bien, ¿y después, señor?

—¡Ah, sí, después! Pues bien, es justamente después cuando todo se estropea.

—Tiene usted una manera de decir las cosas..., de verdad...

—Expresan lo que pienso, es todo lo que necesito... Después, esto fue hace tres días. Hace tres días, usted hablaba de política con el señor Debray, y creyó usted entender en sus palabras que don Carlos había regresado a España; entonces vendo mis bonos, la noticia se extiende, cunde el pánico, ya no sólo vendo: lo regalo; al día siguiente se demuestra que la noticia era falsa, ¡y por esa falsa noticia yo perdía setecientos mil francos!

—¿Y bien?

—¿Y bien? Pues que ya que le doy un cuarto de las ganancias, cuando gano, usted me debe un cuarto de mis pérdidas, cuando pierdo, y la cuarta parte de setecientos mil francos son ciento setenta y cinco mil francos.

—Pero lo que usted dice es totalmente extravagante, no veo, de verdad, cómo mezcla usted el nombre del señor Debray en toda esta historia.

—Porque si por un azar usted no tuviera los ciento setenta y cinco mil francos que le reclamo, se los pedirá prestados a sus amigos, y el señor Debray es uno de sus amigos.

—¡Quite, por Dios! —exclamó la baronesa.

—¡Oh! Nada de gestos, nada de gritos, nada de drama moderno, señora, si no me forzaría usted a decir que veo aquí al señor Debray

socarronamente junto a las quinientas mil libras que usted le ha soltado este año, y diciéndose que finalmente ha descubierto lo que los hábiles jugadores nunca pudieron descubrir, es decir, una ruleta en la que se gane sin apostar, y en la que no se pierde, cuando se pierde.

La baronesa estaba a punto de explotar.

—¡Miserable! —dijo—. ¿Se atrevería a decirme que no sabía usted lo que se atreve a reprocharme hoy?

—Yo no le digo si sabía o no sabía, le digo: observe mi conducta en estos cuatro años en los que usted ya no es mi mujer, ni yo su marido, verá cómo siempre ha sido consecuente. Algún tiempo antes de nuestra ruptura, usted quiso estudiar música con ese famoso barítono que debutó con tanto éxito en el Théâtre-Italien; yo, por mi parte, quise estudiar danza con esa famosa bailarina que se hizo con una gran reputación en Londres. Eso me costó, tanto para usted como para mí, cien mil francos poco más o menos. Cien mil francos para que el marido y la mujer conozcan a fondo la danza y la música, no es demasiado caro. Enseguida, he ahí que usted se cansó del canto, y que se le ocurrió la idea de estudiar diplomacia con un secretario del ministro; yo le dejo que estudie. Entienda: ¿a mí que me importa, si usted paga las lecciones con dinero de su bolsa? Pero, hoy, hoy veo que usted saca de la mía, y que su aprendizaje me puede costar setecientos mil francos al mes. Así que, ¡alto ahí!, señora, pues esto no puede seguir así. O el diplomático impartirá sus clases... gratuitamente, y lo toleraré, o no vuelve a poner el pie en mi casa; ¿me oye usted, señora?

—¡Oh! ¡Esto es demasiado, señor! —exclamó Hermine sofocada—. Sobrepasa usted los límites de lo innoble.

—Pero —dijo Danglars—, veo con placer que usted no se ha quedado atrás, y que voluntariamente ha seguido ese axioma del código civil: «La mujer debe seguir en todo a su marido».

—¡Injurias!

—Tiene usted razón, dejémoslo aquí y razonemos fríamente. Yo nunca me he metido en sus asuntos si no ha sido por su bien: haga usted lo mismo. ¿Mi bolsa no le importa, dice usted? De acuerdo; opere entonces con la suya, pero ni llene ni vacíe la mía. Por otra parte, quién sabe si todo esto no es una hábil maniobra política; si el ministro, furioso de verme en

la oposición, y celoso por las simpatías populares que levanto, no se entiende con el señor Debray para arruinarme.

—¡Oh, vaya, es muy probable!

—Pues, sin duda; quién ha visto si no eso... una falsa noticia telegráfica; es decir, lo imposible, poco más o menos; ¡señales totalmente diferentes dadas por los telégrafos...! Lo han hecho a propósito para mí, de verdad.

—Señor —dijo humildemente la baronesa—, usted no ignora, me parece, que ese empleado ha sido despedido, que incluso se ha hablado de llevarlo a juicio, que se dio la orden de arrestarlo, y que se hubiera hecho si el empleado no se hubiera dado a la fuga, lo que prueba su locura o su culpabilidad... fue un error.

—Sí, un error que hace reír al más tonto, que hace pasar una mala noche al ministro, que hace emborronar papeles a los señores secretarios de Estado, pero que a mí me cuesta setecientos mil francos.

—Pero, señor —dijo de repente Hermine—, puesto que todo esto viene, según dice usted, del señor Debray, ¿por qué, en lugar de decírselo directamente a él, viene a decírmelo a mí? ¿Por qué acusa al hombre, pero lo paga con la mujer?

—¿Es que conozco yo al señor Debray? —dijo Danglars—. ¿Es que quiero conocerle? ¿Es que quiero saber que es él quien da los consejos? ¿Es que yo quiero seguirlos? ¿Es que soy yo el que juego? ¡No, no, es usted la que hace todo eso, y no yo!

—Pues me parece que ya que usted es el que se aprovecha...

Danglars se encogió de hombros.

—¡Qué locas criaturas son estas mujeres, de verdad! Estas mujeres que se creen genios porque han dirigido una o diez intrigas como para que las señalen por todo París. Pero, piense un poco, aunque usted hubiese ocultado su conducta desordenada a su marido, lo que es el abecé del arte, porque la mayor parte del tiempo los maridos no quieren ver, usted no sería más que una pálida copia de lo que hacen la mitad de sus amigas del gran mundo. Pero conmigo no funciona: yo he visto y no he dejado de ver; desde hace unos dieciséis años usted me habrá ocultado un pensamiento quizá, pero nunca un cometido, ni una acción, ni una falta. Mientras que

usted, usted se aplaudía por su destreza y creía firmemente que me engañaba, ¿cuál era el resultado? Que gracias a mi pretendida ignorancia, desde el señor de Villefort hasta el señor Debray, no hay ni uno solo de sus amigos de usted que no tiemble ante mí. No hay ni uno que no me haya tratado como el señor de la casa, mi única pretensión con usted; ni uno solo, en fin, que haya osado decir de mí, lo que yo mismo le digo ahora. Le permito que me convierta en odioso, pero le impediré que me convierta en ridículo y, sobre todo, le prohíbo taxativamente, por encima de todo, le prohíbo que me arruine.

Hasta el momento en el que Danglars pronunció el nombre del señor de Villefort, la baronesa había mantenido bastante bien la compostura; pero, al oír ese nombre, palideció y, levantándose como movida por un resorte, extendió los brazos como para conjurar una aparición, y dio tres pasos hacia su marido como para arrancarle el final de ese secreto que él no conocía o que quizá, por algún cálculo odioso, como eran poco más o menos todos los cálculos de Danglars, no quería dejar escapar por completo.

—¡El señor de Villefort! ¿Qué significa? ¿Qué quiere usted decir?

—Eso quiere decir, señora, que el señor Nargonne, su primer marido, que no era ni filósofo ni banquero, o que quizá era ambas cosas, y al ver que no había nada que sacar de un fiscal del rey, murió de pena o de ira al encontrarla a usted, después de nueve meses de ausencia, embarazada de seis. Soy brutal, no solamente lo sé sino que me jacto de ello: es el modo de triunfar en mis operaciones comerciales. ¿Por qué en lugar de matar, se mató él mismo? Porque no tenía fortuna que salvar. Pero yo, yo me debo a mi fortuna. El señor Debray, mi asociado, me hace perder setecientos mil francos; pues que soporte su parte de pérdidas y continuaremos con nuestros negocios; si no es así, que se declare en bancarrota de esas ciento setenta y cinco mil libras, y que haga lo que hacen los que se declaran en bancarrota: desaparecer. ¡Eh! Es un muchacho encantador, lo sé, cuando sus noticias son exactas; pero cuando no lo son, hay cincuenta en esta sociedad que valen más que él.

La señora Danglars estaba aterrada, sin embargo, hizo un supremo esfuerzo para responder a este último ataque. Cayó sobre un sillón,

pensando en Villefort, en la escena de la cena, en esa extraña serie de desgracias que se abatían, una tras otra, desde hacía algunos días, sobre su casa, y transformaban la paz guateada del hogar en escandalosos debates. Danglars ni siquiera la miró, aunque ella hizo todo lo que pudo para desvanecerse. Danglars abrió la puerta del dormitorio sin añadir ni una sola palabra más, y volvió a sus habitaciones, de manera que la señora Danglars, volviendo de su semidesvanecimiento, pudo creer que todo había sido un mal sueño.

Capítulo LXVI

Proyectos de matrimonio

Al día siguiente de esa escena, a la hora en la que Debray tenía costumbre de venir, de camino a su despacho, a hacer una visita a la señora Danglars, su cupé no apareció en el patio.

A esa hora, es decir, hacia las doce y media, la señora Danglars pidió su coche y salió.

Danglars, situado tras los visillos de una de sus ventanas, había espiado esa salida que estaba esperando. Dio la orden de que le avisaran en cuanto la señora volviera, pero a las dos de la tarde aún no había regresado.

A las dos, pidió sus caballos y se dirigió a la Cámara y se inscribió para hablar contra el presupuesto.

Desde las doce hasta las dos, Danglars se había quedado en su gabinete, abriendo su correo, malhumorándose cada vez más, amontonando cifras y cifras y recibiendo, entre otras visitas, la del mayor Cavalcanti, que siempre tan de azul, tan rígido y tan exacto, se presentó a la hora acordada la víspera para concluir sus asuntos con el banquero.

Al salir de la Cámara, Danglars, que había dado violentas muestras de agitación durante la sesión parlamentaria, y que sobre todo había sido más

ácido que nunca contra el Ministerio, volvió a subir a su coche y ordenó al cochero que le llevara a la Avenida de los Champs-Élysées, n.º 30.

Montecristo estaba en casa; pero estaba con alguien y rogaba a Danglars que esperase un instante en el salón.

Mientras que el banquero aguardaba, la puerta se abrió, y vio entrar a un hombre con la sotana de abate, que, en lugar de esperar como él, más habitual que él, sin duda, en la casa, le saludó, entró en el interior de los aposentos y desapareció.

Un instante después, la puerta por la que había entrado el sacerdote se volvió a abrir, y Montecristo entró.

—Perdón —dijo—, querido barón, pero uno de mis buenos amigos, el abate Busoni, a quien usted habrá visto pasar, acaba de llegar a París; hacía mucho tiempo que nos habíamos separado, y no he tenido el valor de dejarle tan pronto. Espero que, en honor del motivo, usted me disculpe por haberle hecho esperar.

—¡Claro que sí! —dijo Danglars—. Es muy sencillo, soy yo quien ha venido en mal momento, y voy a retirarme.

—En absoluto; al contrario, siéntese. Pero, ¡por Dios! ¿Qué le ocurre? Parece usted preocupado, de verdad que me asusta. Un capitalista disgustado es como la visión de un cometa, presagia siempre una gran desgracia en el mundo.

—Lo que me ocurre, mi querido señor —dijo Danglars—, es que la mala suerte se cierne sobre mí desde hace algunos días, y no me entero más que de un siniestro tras otro.

—¡Ah! ¡Dios mío! —dijo Montecristo—. ¿Es que ha sufrido otra recaída en la Bolsa?

—No, me he recuperado, al menos por algunos días; se trata pura y simplemente para mí de una bancarrota en Trieste.

—¿De verdad? ¿Es que su hombre de la bancarrota es por casualidad Jacopo Manfredi?

—¡Justamente! Figúrese, un hombre que, desde hace no sé cuanto tiempo, hacía, conmigo, unos ocho o nueve mil francos de volumen de negocio. Nunca hubo una mala cuenta, nunca hubo un retraso; un tipo que

pagaba como un príncipe... que paga. Le adelanto un millón, ¡y he ahí que ese diablo de Jacopo Manfredi suspende pagos!

—¿De verdad?

—Es una fatalidad inaudita. Le presto seiscientas mil libras que me devuelven impagadas y, además, soy el portador de cuatrocientos mil francos de letras de cambio firmadas por él y pagaderas a finales de los corrientes por su corresponsal en París. Estamos a 30, envío a alguien a cobrar, ¡ah!, pues bien, sí, el corresponsal ha desaparecido. Con el asunto de España, se me está poniendo un bonito balance de fin de mes.

—¿Pero sufrió una gran pérdida, con ese asunto de España?

—Ciertamente; setecientos mil francos fuera de mis arcas, nada más que eso.

—¿Cómo diablos se hizo usted eco de esos rumores, usted, un viejo lince?

—¡Eh! La culpa fue de mi mujer. Soñó que don Carlos había regresado a España; ella cree en los sueños. Es magnetismo, dice ella, y cuando sueña una cosa, esa cosa, por lo que ella asegura, sucede infaliblemente. Siguiendo esa convicción, le permito jugar: ella tiene su cuenta y su agente de Bolsa: juega y pierde. Es cierto que no es mi dinero, sino el suyo el que se juega. Sin embargo, no importa, usted comprenderá que cuando setecientos mil francos salen del bolsillo de su mujer, el marido se resiente siempre un poco. ¡Cómo! ¿No sabía usted eso? Pues el asunto ha hecho un ruido enorme.

—Sí, claro, ya había oído hablar de ello, pero ignoraba los detalles, pues soy de lo más ignorante en asuntos de Bolsa.

—¿Usted no juega en Bolsa, entonces?

—¡Yo! ¿Cómo quiere usted que juegue? Yo, que tengo tantos problemas para gestionar mis rentas, me vería obligado a contratar, además de mi intendente, a un gerente y a un empleado de caja. Pero, a propósito de España, me parece que la baronesa no había soñado del todo esa historia del regreso de don Carlos. ¿No dijeron los periódicos algo al respecto?

—¿Y usted cree a los periódicos?

—Yo, en absoluto; pero me parece que ese honrado *Le Messenger* es una excepción a la regla, y que decía que las noticias eran ciertas, las noticias telegráficas.

—Pues bien, eso es lo que es inexplicable —repuso Danglars—, que el regreso de don Carlos era efectivamente una noticia telegráfica.

—De manera —dijo Montecristo— que es un millón setecientos mil francos, poco más o menos, lo que pierde usted este mes.

—Nada de poco más o menos, es justo esa cantidad.

—¡Diablos! Para una fortuna de tercer orden —dijo Montecristo con compasión— es un golpe muy duro.

—¡De tercer orden! —dijo Danglars un poco humillado—. ¿Qué diablos entiende usted por eso?

—Sin duda —respondió Montecristo—, para mí hay tres clases de fortuna: fortuna de primer orden, fortuna de segundo orden y fortuna de tercer orden. Yo llamo fortuna de primer orden a la que se compone de tesoros que se tienen en mano, de tierras, de minas o de rentas de Estados como Francia, Austria e Inglaterra, con tal de que tesoros, minas y rentas formen un total de un centenar de millones; llamo fortuna de segundo orden a las explotaciones manufactureras, las empresas asociadas, los virreinos y los principados que no sobrepasan un millón y medio de renta, siendo el capital de unos cincuenta millones; y llamo, en fin, fortuna de tercer orden a los capitales que fructifican por interés compuesto, cuyas ganancias dependen de la voluntad de terceros o de la suerte del azar, que empieza a quebrantarse por una bancarrota y que se quebranta del todo por una noticia telegráfica; las especulaciones eventuales, las operaciones sometidas, en fin, a las posibilidades de esa fatalidad que se podría llamar fuerza menor, comparándola con la fuerza mayor que es la fuerza de la naturaleza, formando el todo un capital ficticio o real de unos quince millones. Diga, ¿no es esa su situación, más o menos?

—¡Pues, hombre, sí! —respondió Danglars.

—Pues de ello resulta que con seis finales de mes más así —continuó imperturbable Montecristo—, una casa de tercer orden se vería en la agonía.

—¡Oh! —dijo Danglars con una muy pálida sonrisa—. ¡Qué de prisa va usted!

—Pongamos siete meses —replicó Montecristo en el mismo tono—. Dígame, ¿ha pensado usted a menudo que siete veces un millón setecientos son casi doce millones...? ¿No? Bien, tiene usted razón, pues, con reflexiones así, nunca comprometería uno su capital, capital que es al financiero lo que la piel es al hombre civilizado. Todos tenemos ropas más o menos suntuosas, es nuestra solvencia; pero cuando el hombre muere, no tiene más que su piel; igual pasa en los negocios, cuando deja de hacerlos a usted no le queda sino su bien real, cinco o seis millones, todo lo más, pues las fortunas de tercer orden apenas representan la tercera o la cuarta parte de lo que aparentan, como la locomotora de un ferrocarril no es, a veces, en medio del humo que la envuelve y que la engrandece, más que una máquina más o menos fuerte. Y bien, de esos cinco millones que forman su activo real, usted acaba de perder, más o menos, dos, que hacen menguar su fortuna ficticia o su solvencia; es decir, mi querido señor Danglars, que su piel acaba de abrirse por una sangría que, reiterada cuatro veces, le llevaría a la muerte. ¡Eh!, ¡eh! Tenga cuidado, mi querido señor Danglars. ¿Necesita usted dinero? ¿Quiere que yo se lo preste?

—¡Qué mal calculador es usted! —exclamó Danglars, solicitando en su ayuda toda la filosofía y todo el disimulo de la apariencia—. A esta hora, el dinero ha entrado en mis arcas por otras especulaciones que sí tuvieron éxito. La sangre perdida por la sangría, la recupero con la nutrición. He perdido una batalla en España, he sido batido en Trieste, pero mi armada naval de la India habrá recibido algunos galones; mis pioneros de México habrán descubierto alguna mina.

—¡Muy bien!, ¡muy bien! Pero la cicatriz queda y, a la primera pérdida, volverá a abrirse.

—No; pues yo camino sobre certezas —prosiguió Danglars, con la facundia banal del charlatán en estado de pregonar su solvencia—; para arruinarme tendrían que venirse abajo tres gobiernos.

—¡Hombre! Cosas así se han visto.

—Y que la tierra dejase de producir cosechas.

—Recuerde las siete vacas gordas y las siete vacas flacas.

—O que el mar se retirase —como en tiempos de los faraones—; y aún así, hay varios mares, y los navíos se salvarían para convertirlos en caravanas.

—Pues tanto mejor, mil veces tanto mejor, querido señor Danglars —dijo Montecristo—, veo que me había equivocado, ya que usted entraría en las fortunas de segundo orden.

—Creo poder aspirar a ese honor —dijo Danglars, con una de esas sonrisas estereotipadas que a Montecristo le producían el efecto de una de esas lunas pastosas con las que los malos pintores embadurnan sus paisajes con ruinas—; pero, puesto que hablamos de negocios —añadió, encantado de encontrar el motivo para cambiar de conversación—, dígame lo que puedo hacer por el señor Cavalcanti.

—Pues darle el dinero, si tiene un crédito abierto con usted y ese crédito le parece bueno.

—¡Excelente! Esta mañana se presentó con un bono de cuarenta mil francos, pagadero a la vista por usted, firmado Busoni y remitido a mí, endosado por usted. Comprenderá que al instante mismo le he contado sus categóricos cuarenta billetes.

Montecristo hizo un movimiento de cabeza que indicaba su total adhesión.

—Pero eso no es todo —continuó Danglars—, ha abierto a su hijo un crédito conmigo.

—¿Cuánto da a ese joven, si no es indiscreción?

—Cinco mil francos al mes.

—Sesenta mil francos al año. Ya me lo temía yo —dijo Montecristo encogiéndose de hombros—; estos Cavalcanti son muy rácanos. ¿Pero qué quiere que haga un joven con cinco mil francos al mes?

—Bueno, pero usted comprenderá que si el joven necesita otros cuatro mil más...

—No haga nada, el padre dejaría que corrieran a cuenta de usted; no conoce usted a los millonarios ultramontanos: son verdaderos avaros. ¿Y con quién tiene abierto el crédito?

—¡Oh! Con la casa Fenzi, una de las mejores de Florencia.

—Pues no quiero decir que usted perderá, ni mucho menos, pero manténgase en los términos del contrato.

—¿Es que usted no tiene confianza en ese Cavalcanti?

—¡Yo! Yo le daría diez millones sólo con su firma. Se trata de una fortuna de segundo orden, de las que le decía yo ahora, mi querido señor Danglars.

—¡Y, con todo, qué sencillo es! Yo le hubiera tomado por un simple mayor.

—Y le honraría con ello, pues tiene usted razón, no parece otra cosa por su aspecto. Cuando le vi por primera vez, me causó el efecto de un viejo teniente enmohecido bajo su capote militar. Pero todos los italianos son así, parecen viejos judíos, cuando no deslumbran como los Magos de Oriente.

—El joven está mejor —dijo Danglars.

—Sí, un poco tímido, quizá; pero, en suma, me parece conveniente. Yo estaba preocupado por él.

—¿Y eso por qué?

—Porque usted lo vio en mi casa poco más o menos en su debut en sociedad, al menos eso me han dicho. Viaja con un preceptor muy severo y nunca había venido a París.

—Todos esos italianos de calidad tienen la costumbre de casarse entre ellos, ¿no? —preguntó negligentemente Danglars—. Les gusta aunar sus fortunas.

—Por lo general, sí; es cierto. Pero Cavalcanti es muy original, no actúa como los demás. No me quitarán la idea de que envía a su hijo a Francia para que encuentre esposa.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro.

—¿Y usted ha oído hablar de su fortuna?

—No se habla de otra cosa, sólo que unos le calculan millones y otros pretenden que no tiene ni un cuarto.

—¿Y usted qué opina?

—¡Oh! No se fíe de mi opinión: es totalmente personal.

—Pero, en fin...

—Mi opinión es que todos esos viejos potentados, todos esos antiguos *condottieri*, pues los Cavalcanti han comandado ejércitos, han gobernado provincias; mi opinión, digo, es que tienen enterrados millones en rincones que sólo sus antepasados conocen y que enseñan a sus primogénitos de generación en generación; y la prueba es que están todos secos y amarillos como sus florines del tiempo de la República, y conservan de ellos ese reflejo, a fuerza de contemplarlos.

—Perfecto —dijo Danglars—; y es tanto más cierto, en cuanto que no se les conoce ni un pulgar de tierra, a toda esa gente.

—Muy poco, al menos; yo sé que de Cavalcanti sólo conozco su palacio de Lucca.

—¡Ah! ¡Tiene un palacio! —dijo riendo Danglars—. Eso ya es algo.

—Sí, y además lo alquila al ministro de Finanzas, mientras que él vive en una casita. ¡Oh! Ya se lo he dicho, creo que el buen hombre es muy agarrado.

—Vamos, vamos, no le halaga usted mucho.

—Escuche, apenas le conozco, creo que le he visto dos o tres veces en mi vida. Lo que sé es por el abate Busoni y por él mismo; esta mañana me hablaba de los proyectos que tiene para su hijo, y me dejaba entrever que, cansado de ver dormir sus considerables fondos en Italia, que es un país muerto, quisiera encontrar la manera, ya en Francia, ya en Inglaterra, de hacer fructificar esos millones. Pero, observe que, aunque yo tenga la mayor confianza en el abate Busoni, personalmente, yo no respondo de nada.

—No importa, gracias por el cliente que me ha enviado; es un bonito nombre para estar inscrito en mis registros, y mi cajero, a quien le he explicado quiénes eran estos Cavalcanti, está todo orgulloso. A propósito, y esto es un simple detalle de turista, cuando esta gente casa a sus hijos, ¿les dan una dote?

—¡Eh! ¡Dios mío! Eso depende. Conocí a un príncipe italiano, rico como una mina de oro, uno de los primeros nombres de la Toscana, que cuando sus hijos se casaban con el beneplácito de sus padres, les daba millones, y cuando se casaban a disgusto, se contentaba con proporcionarles una renta de treinta escudos al mes. Admitamos que

Andrea se casa con el beneplácito de su padre, le dará, tal vez, uno, dos o tres millones. Si fuera con la hija de un banquero, por ejemplo, quizá tomará un gran interés por el negocio del suegro de su hijo; suponga, por otra parte, que su nuera le disgusta: ¡adiós! Cavalcanti padre agarra la llave de sus arcas, cierra con doble vuelta, y ahí tendremos a maese Andrea, obligado a vivir como un hijo de cualquier familia parisina, marcando las cartas o haciendo fullerías con los dados.

—Ese muchacho buscará una princesa bávara o peruana; querrá una cabeza coronada, un Eldorado cruzado con un Potosí.

—No, todos esos señores del otro lado de los Alpes se casan frecuentemente con simples mortales; son como Júpiter, les gusta cruzar las razas. ¡Ah, vaya! ¿Es que quiere usted casar a Andrea, mi querido señor Danglars? ¿Por qué me hace usted todas esas preguntas?

—A fe mía —dijo Danglars—, no me parecería una mala especulación; y yo soy un especulador.

—¿No sería con la señorita Danglars, supongo? ¿No querrá usted atar a ese pobre Andrea en lugar de Albert?

—¿Albert? —dijo Danglars encogiéndose de hombros—. ¡Ah! Vaya, pues sí que le preocupa mucho a ese.

—Pero está prometido a su hija, creo.

—Es decir, que el señor de Morcerf y yo hemos hablado alguna vez de matrimonio; pero la señora de Morcerf y Albert...

—¿No va usted a decirme que Albert no es un buen partido?

—¡Eh!, ¡eh! ¡Que la señorita Danglars vale tanto como el señor de Morcerf, me parece!

—La dote de la señorita Danglars será estupenda, en efecto, no lo dudo, sobre todo si el telégrafo no le vuelve a jugar una mala pasada.

—¡Oh! No se trata sólo de la dote. Pero, dígame, a propósito...

—¿Qué?

—¿Por qué no invitó usted a Morcerf y a su familia a su cena?

—Lo hice, pero Albert objetó un viaje a Dieppe con la señora de Morcerf, a quien le habían recomendado la brisa del mar.

—Sí, sí —dijo Danglars riendo—, eso le hará bien.

—¿Y eso por qué?

—Porque es el aire que respiraba en su juventud.

Montecristo dejó pasar la ingeniosa frase sin parecer prestar atención.

—Pero, en fin —dijo el conde—, si Albert no es tan rico como la señorita Danglars, no podrá usted negar que lleva un hermoso nombre.

—De acuerdo, pero a mí me gusta también el mío —dijo Danglars.

—Ciertamente el nombre de usted es popular, y se ha adornado con el título que ha creído justo; pero usted es un hombre demasiado inteligente como para no darse cuenta de que, según ciertos prejuicios, demasiado poderosamente enraizados como para que se los extirpe, la nobleza de cinco siglos vale más que la nobleza de veinte años.

—Y por eso justamente —dijo Danglars, con una sonrisa que intentaba ser sardónica—, por eso preferiría al señor Andrea Cavalcanti que al señor Albert de Morcerf.

—Pero, sin embargo —dijo Montecristo—, supongo que los Morcerf no son menos que los Cavalcanti.

—Los Morcerf... mire, mi querido conde —repuso Danglars—, es usted un hombre cortés, ¿no es así?

—Eso creo.

—Y además, un entendido en blasones, ¿no?

—Un poco.

—Y bien, mire el color del mío; es un color más sólido que el del blasón de Morcerf.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo, si no soy barón de nacimiento, al menos me sigo llamando Danglars.

—¿Y?

—Mientras que él no se llama Morcerf.

—¿Cómo que no se llama Morcerf?

—En absoluto.

—¡Vamos, hombre!

—A mí me hicieron barón, de modo que lo soy; él, él se hizo él solo, de manera que no lo es.

—Imposible.

—Escuche, mi querido conde —continuó Danglars—, el señor de Morcerf es amigo mío, o más bien conocido mío desde hace treinta años; yo, usted sabe que yo hago buen negocio con mis blasones, dado que nunca he olvidado de dónde vengo.

—Eso es prueba de una gran humildad o de un gran orgullo —dijo Montecristo.

—Y bien, cuando yo era un pequeño empleado de comercio, Morcerf era un simple pescador.

—¿Y entonces se llamaba?

—Fernand.

—¿Fernand sin más?

—Fernand Mondego.

—¿Está usted seguro?

—¡Pardiez! Me vendió bastante pescado como para que no le conozca.

—Entonces, ¿por qué le da usted a su hija?

—Porque Fernand y Danglars, al ser ambos simples nuevos ricos, ambos ennoblecidos, tanto valen uno como otro, en el fondo, salvo en ciertas cosas, sin embargo, que se dicen de él y que nunca dirán de mí.

—¿Qué cosas?

—Nada.

—¡Ah! Sí, comprendo; lo que me dice me refresca la memoria a propósito del nombre de Fernand Mondego; oí pronunciar ese nombre en Grecia.

—¿Por el asunto de Alí-Pachá?

—Justamente.

—Ese es el misterio —repuso Danglars—, y confieso que hubiese dado muchas cosas por descubrirlo.

—No era difícil, si hubiera usted tenido ganas de saberlo.

—¿Y cómo?

—¿Sin duda usted tiene algún corresponsal en Grecia?

—¡Pardiez!

—¿En Janina?

—Y por todas partes...

—Pues bien, escriba a su corresponsal en Janina y pregunte qué papel desempeñó un francés, llamado Fernand, en la catástrofe de Alí-Tebelin.

—¡Tiene usted razón! —exclamó Danglars levantándose rápidamente —. ¡Escribiré hoy mismo!

—Hágalo.

—Lo haré.

—Y si consigue alguna noticia escandalosa...

—Se la comunicaré.

—Se lo agradeceré.

Danglars salió fuera de la casa, y no tuvo más que dar un salto hasta su coche.

Capítulo LXVII

El gabinete del fiscal del rey

Dejemos al banquero regresar al gran trote de sus caballos, y sigamos a la señora Danglars en su excursión matinal.

Hemos dicho que a las doce y media la señora Danglars había pedido sus caballos y había salido en coche.

Se dirigió hacia el Faubourg Saint-Germain, tomó la calle Mazarine, y ordenó detenerse en el pasaje del Pont-Neuf.

Se apeó y atravesó el pasaje. Iba vestida con mucha sencillez, como corresponde a una dama de buen gusto que sale por la mañana.

En la calle Guénégaud subió a un coche de alquiler, indicando al cochero la calle de Harlay como destino de su carrera.

En cuanto se vio en el coche, sacó de su bolso un velo negro, muy tupido, que colocó sobre el sombrero de paja; después, se ajustó el sombrero en la cabeza y vio con satisfacción, al mirarse en un espejito de bolsillo, que sólo se podía ver de ella su piel blanca y las pupilas resplandecientes de sus ojos.

El coche cogió el Pont-Neuf, y entró, por la plaza Dauphine, en el patio del palacio Harlay; pagó al abrir la portezuela y la señora Danglars, yendo

hacia la escalera, que franqueó deprisa, llegó enseguida a la sala de los Pasos Perdidos.

Por las mañanas, hay muchos asuntos, y todavía más gente atareada en el palacio; la gente atareada no mira demasiado a las mujeres; así que la señora Danglars atravesó la sala de los Pasos Perdidos sin que fuese más observada que otras diez mujeres que esperaban a sus respectivos abogados.

Había verdadera aglomeración en la antecámara del señor de Villefort, pero la señora Danglars ni siquiera necesitó pronunciar su nombre; en cuanto apareció, se levantó un ujier, vino hacia ella, le preguntó si era la persona a la que el fiscal había citado y, tras su respuesta afirmativa, la condujo por un corredor reservado hasta el despacho del señor de Villefort.

El magistrado estaba escribiendo, sentado en su sillón, de espaldas a la puerta; oyó abrir la puerta, pronunciar al ujier estas palabras: *¡pase, señora!*, volver a cerrar la puerta, sin hacer un solo movimiento; pero, en cuanto oyó perderse los pasos del ujier que se alejaba, se dio rápidamente la vuelta, fue a echar el cerrojo, corrió las cortinas y escudriñó cada rincón del gabinete.

Después, cuando adquirió la certeza de que no podía ser visto ni oído y, en consecuencia, cuando se tranquilizó:

—Gracias, señora —dijo—, gracias por su puntualidad.

Y ofreció un asiento a la señora Danglars, que aceptó, pues el corazón le latía con tanta fuerza que se sentía a punto de desfallecer.

—Hace mucho tiempo, señora —dijo el fiscal, sentándose también él, a la vez que describía un semicírculo con el sillón a fin de encontrarse en frente de la señora Danglars—, hace mucho tiempo que no tengo el placer de charlar a solas con usted; y, para mi gran desgracia, nos encontramos para iniciar una conversación muy penosa.

—Sin embargo, señor, ya ve que he venido en cuanto me ha llamado, aunque, ciertamente esta conversación sea más penosa para mí que para usted.

Villefort sonrió con cierta amargura.

—Es bien cierto —dijo, respondiendo a su propio pensamiento más que a las palabras de la señora Danglars—, es bien cierto que todas

nuestras acciones dejan su huella, unas, sombrías; otras, luminosas, en nuestro pasado. ¡Es bien cierto que todos nuestros pasos en esta vida se parecen a la marcha de un reptil en la arena dejando su surco! ¡Ay! ¡Para muchos ese surco es el surco que dejan sus lágrimas!

—Señor —dijo la señora Danglars—, entiende usted mi emoción, ¿no? Vele por mí, se lo ruego. ¡Esta sala, por la que han pasado tantos culpables temblorosos y avergonzados, este sillón en el que me siento yo también temblorosa y avergonzada...! ¡Oh! necesito todo mi raciocinio para no verme como una mujer culpable, y a usted como a un juez justiciero.

Villefort movió la cabeza y suspiró.

—Y yo —repuso—, yo me digo que mi sitio no es el sillón del juez, sino el banquillo del acusado.

—¿Usted? —dijo la señora Danglars asombrada.

—Sí, yo.

—Pues yo creo, por su parte, señor, que su puritanismo exagera la situación —dijo la señora de Danglars, cuyos ojos, tan hermosos, se iluminaron con un fugitivo resplandor—. Esos surcos de los que hablaba usted ahora, han sido trazados por todas las juventudes ardientes. En el fondo de las pasiones, más allá del placer, hay siempre un poco de remordimiento; por eso el Evangelio, ese recurso eterno de los desgraciados, nos da como apoyo, a nosotras, pobres mujeres, la admirable parábola de la mujer pecadora y de la esposa adúltera. Así que, se lo confieso, al recordar esos delirios de mi juventud, pienso a veces que Dios me los perdonará, pues, en mis sufrimientos puede hallarse, si no la excusa, sí al menos la compensación, pero usted, ¿qué puede usted temer de todo eso, ustedes, los hombres, a quienes todo el mundo disculpa y a quienes el escándalo ennoblece?

—Señora —replicó Villefort—, usted me conoce; no soy un hipócrita, o al menos no practico la hipocresía sin razón. Si mi pensamiento es severo, es que lo han ensombrecido muchas desgracias; si mi corazón se ha petrificado, es para poder soportar los golpes que ha recibido. Yo no era así en mi juventud, yo no era así aquella tarde de mi compromiso, cuando estábamos todos sentados alrededor de aquella mesa de la calle del Cours en Marsella. Pero, después, todo cambió en mí y alrededor mío; mi vida se

ha gastado persiguiendo cosas difíciles y rompiendo, en las dificultades, a quienes voluntaria o involuntariamente, por su libre albedrío o por el azar, se encontraron en mi camino para suscitarme esos actos. Es raro que lo que se desea ardientemente no se vea defendido ardientemente también por aquellos de quienes uno quiere obtenerlo o de quienes intenta arrebatárselo. Así, la mayor parte de las malas acciones de los hombres vienen a su encuentro disfrazadas bajo la forma de aparente necesidad; después, una vez cometida esa mala acción en un momento de exaltación, de temor o de delirio, uno se da cuenta de que hubiéramos podido pasar junto a ella, evitándola. El modo de evitarla, no lo vimos, ciego que es uno, pero ahora se presenta a nuestros ojos fácil y simple; nos decimos: ¿cómo no hice esto o aquello? Ustedes, por el contrario, ustedes, las mujeres, muy raramente se ven atormentadas por el remordimiento, pues muy raramente la decisión depende de ustedes; sus males les son casi siempre impuestos, sus faltas son casi siempre el crimen de los demás.

—En todo caso, señor, convenga conmigo —respondió la señora Danglars—, que si he cometido una falta, esa falta, aunque fuera culpa mía, ya recibí por ella ayer un severo castigo.

—¡Pobre mujer! —dijo Villefort estrechándole la mano—. Demasiado severo para su fortaleza, pues por dos veces estuvo a punto de sucumbir y, sin embargo...

—¿Sí...?

—Sí; tengo que decírselo..., haga acopio de todo su valor, señora, pues no ha acabado todavía.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Danglars asustada—. ¿Qué más hay?

—Usted no ve más que el pasado, señora, y ciertamente es sombrío. Y bien, imagine un futuro más sombrío aún, un futuro... ciertamente espantoso... ¡sangriento, tal vez!

La baronesa conocía la calma de Villefort; así que se sintió tan espantada por su exaltación que abrió la boca para gritar, pero el grito murió en su garganta.

—¿Cómo ha resucitado ese pasado terrible? —exclamó Villefort—. ¿Cómo, desde el fondo de la tumba y desde el fondo de nuestros

corazones, donde dormía, cómo ha salido como un fantasma para hacer palidecer nuestras mejillas y sonrojar nuestra frente?

—¡Ay! —dijo Hermine—. ¡Sin duda el azar!

—¡El azar! —repuso Villefort—. No, no, señora, ¡no existe el azar!

—Que sí; ¿no es el azar, fatal, es cierto, pero el azar al fin y al cabo quien ha hecho todo esto? ¿No es por azar por lo que el conde de Montecristo compró la casa? ¿No es por azar por lo que se puso a cavar la tierra? ¿No es por azar, en fin, por lo que ese desgraciado niño ha sido desenterrado bajo los árboles? Pobre inocente criatura, salida de mí, a quien no pude ni dar un beso, pero a quien he dedicado tantas lágrimas. ¡Ah! Todo mi corazón voló hacia el conde cuando habló de esos queridos despojos encontrados bajo las flores.

—Y bien, señora, no; y esto era lo terrible que tenía que decirle —respondió Villefort con voz sorda—; no pudo haber despojos hallados bajo las flores; no, no hay criatura desenterrada; no, no hay que llorar; no, no hay que gemir: ¡hay que temblar!

—¿Qué quiere usted decir? —exclamó la señora Danglars, toda temblorosa.

—Quiero decir que el señor de Montecristo, al cavar al pie de esos árboles, no pudo encontrar ni esqueleto de niño, ni herrajes del cofre, porque bajo esos árboles no había ni lo uno ni lo otro.

—¡No había ni lo uno ni lo otro! —repitió la señora Danglars, fijando su mirada sobre el fiscal, con ojos cuya pupila, espantosamente dilatada, indicaba el terror—. ¡No había ni lo uno ni lo otro! —repitió de nuevo, como quien intenta fijar, a través del sonido de sus palabras, a través del ruido de su propia voz, sus ideas que parecen huir.

—¡No! —dijo Villefort, dejando caer su frente entre las manos—. ¡Cien veces no!...

—¿Pero no fue allí donde dejó a la pobre criatura, señor? ¿Por qué quiere confundirme? ¿Por qué? Dígame.

—Fue allí, pero escúcheme, señora, escúcheme, y va usted a compadecerse de mí, de mí, que he llevado durante veinte años, sin apoyarme en usted, el peso del dolor de lo que voy a contarle.

—¡Dios mío! ¡Me asusta usted! Pero, no importa, hable, le escucho.

—Usted sabe lo que pasó aquella dolorosa noche en la que usted expiraba en esa cama, en esa habitación de damasco rojo, mientras que yo, casi tan sin aliento como usted, esperaba el parto. El niño llegó, se me entregó sin ningún movimiento, sin respiración, sin voz: creímos que estaba muerto.

La señora Danglars tuvo un impulso rápido, como si quisiera saltar del asiento.

Pero Villefort la detuvo juntando las manos como para implorar su atención.

—Le creímos muerto —repitió—. Lo puse en un cofre que debía hacer las veces de ataúd, bajé al jardín, cavé una fosa y lo metí allí a toda prisa. Apenas acababa de cubrir la tierra cuando el brazo del corso se lanzó sobre mí. Vi levantarse como una sombra, relucir como un relámpago. Sentí un dolor, quise gritar, un escalofrío helado recorrió todo mi cuerpo y me atenazó la garganta... Caí moribundo y sentí que me había matado. Nunca olvidaré el sublime valor de usted, cuando, vuelto en mí, me arrastré expirando hasta la escalera, donde, expirando también usted misma, vino hacia mí. Había que guardar silencio sobre el terrible suceso; usted tuvo el valor de volver a su casa, con la ayuda de la nodriza; un duelo fue el pretexto de mi herida. Contra toda esperanza, el secreto quedó ente nosotros; me llevaron a Versalles, durante tres meses luché contra la muerte; finalmente como pareció que me agarraba a la vida, me recetaron el sol y el aire del Mediodía. Cuatro hombres me llevaron desde París a Chalán, haciendo seis leguas diarias. La señora de Villefort seguía a los porteadores en su coche. En Chalon me transportaron sobre el río Saône, después pasé al Ródano, y con la simple fuerza de la corriente llegué hasta Arlés; después de Arlés, en litera continué hasta Marsella. La convalecencia duró seis meses; no volví a oír hablar de usted, no me atreví a preguntar qué había sido de usted. Cuando regresé a París supe que, viuda del señor de Nargonne, se había casado usted con el señor Danglars.

»¿En qué pensé desde que volví en mí? Siempre en lo mismo, siempre en ese cadáver de niño que, cada noche, en mis sueños, salía volando del seno de la tierra y planeaba por encima de la fosa amenazándome con la mirada y el gesto. Así que, nada más regresar a París, me informé; la casa

seguía deshabitada desde que salimos de allí, pero acababa de ser alquilada por nueve años. Fui a localizar al arrendatario, fingí tener un gran deseo de que esa casa no pasase a manos extrañas, casa que pertenecía a los padres de mi mujer; ofrecí una compensación por romper el contrato; me pidieron seis mil francos: yo hubiese dado diez mil, veinte mil. Los llevaba conmigo, así que en ese mismo momento firmé la rescisión del contrato; después, en cuanto tuve esa cesión tan deseada, partí al galope para Auteuil. Nadie, desde que yo había salido, había entrado en esa casa.

»Eran las cinco de la tarde, subí a la habitación roja y esperé a la noche.

»Allí, todo lo que me atormentaba desde hacía un año en una continua agonía se me volvió a representar en mis pensamientos, mucho más amenazante que nunca.

»Ese corso que me declaró la *vendetta*, que me siguió desde Nîmes a París, ese corso que se ocultó en el jardín, que me hirió, me había visto cavar la fosa, me había visto enterrar al niño; podía llegar a conocerla a usted; quizá ya la conocía... ¿no le haría pagar un día el secreto de este terrible hecho...? ¿No sería para él una dulce venganza, cuando supiera que yo no había muerto de su puñalada? Era pues urgente que, antes que nada, y por si acaso yo hiciese desaparecer las huellas de ese pasado, que destruyese todo vestigio material; siempre quedaría demasiada realidad en mis recuerdos.

»Por eso anulé el contrato de arrendamiento, por eso había venido, por eso estaba esperando la noche.

»La noche llegó, esperé a que fuera noche cerrada, yo estaba sin luz en esa habitación en la que las ráfagas de viento hacían temblar puertas y ventanas tras de las que yo creía ver a algún espía emboscado; de vez en cuando temblaba, me parecía oír en esa cama, detrás de mí, sus quejas de antes, no me atrevía a moverme. Mi corazón latía en el silencio, sentía cómo latía tan violentamente que creía que se me abriría la herida; finalmente oí extinguirse, uno tras otro, todos esos diversos ruidos del campo. Comprendí que ya no tenía nada más que temer, que ya no podía ser visto ni oído, y me decidí a bajar.

»Escuche, Hermine, me creo tan valiente como cualquiera, pero cuando me quité del cuello esa pequeña llave de la escalera que los dos tanto queríamos, y que usted quería llevar con un aro de oro, cuando abrí la puerta, cuando a través de las ventanas vi que una pálida luna iluminaba con una larga banda de luz blanca, igual a un espectro, los escalones en espiral, me apoyé en la pared y estuve a punto de gritar: iba a volverme loco.

»Al final, logré controlarme. Bajé la escalera peldaño a peldaño; lo único que no pude vencer era un extraño temblor en las rodillas. Me sujeté a la barandilla; si la hubiese soltado por un instante, hubiese rodado hasta abajo.

»Llegué a la puerta que da al jardín; en el exterior había una pala apoyada contra la pared. Yo me había provisto de una linterna sorda; en medio del césped me detuve para encenderla, después continué mi camino.

»Era a finales de noviembre, todo el verdor del jardín había desaparecido, los árboles ya no eran más que esqueletos de largos brazos descarnados, y las hojas secas crujían en la arena bajo mis pasos.

»El espanto me oprimió con tanta fuerza el corazón que al acercarme al macizo de árboles saqué una pistola del bolsillo y la armé. Creía ver al corso todo el tiempo aparecer tras las ramas.

»Alumbré el macizo con la linterna sorda: estaba vacío. Miré alrededor, estaba solo; ningún ruido turbaba el silencio de la noche, a no ser el graznar de una lechuza que lanzaba su grito agudo y lúgubre como una llamada a los fantasmas de la noche.

»Colgué la linterna en una rama ahorquillada que ya había visto un año antes en el mismo lugar en el que me detuve a cavar la fosa.

»Durante el verano, la hierba había crecido muy espesa en ese lugar, y llegado el otoño nadie la había cortado. Sin embargo, un trozo de tierra menos guarnecido llamó mi atención; era evidente que se trataba del lugar donde yo había removido la tierra. Me puse manos a la obra.

»¡Había llegado, pues, el momento que estaba esperando desde hacía más de un año!

»Y así aguardaba, trabajaba, sondeaba cada matojo de hierba, esperando encontrar resistencia en la punta de la pala: ¡nada! Y sin

embargo había hecho un agujero dos veces mayor que la primera vez. Creí que me confundía, que me equivocaba de lugar; me orienté, miré los árboles, intenté reconocer los detalles que había visto entonces. Un cierzo helado y agudo soplaba a través de las ramas desnudas, y sin embargo, el sudor me chorreaba por la frente. Recordé que recibí la puñalada cuando aplastaba con los pies la tierra para recubrir la fosa; que entonces me había apoyado en un cítiso; detrás de mí había una roca artificial que servía de banco a los paseantes, pues al caer, la mano, que se soltó del cítiso, había sentido el frescor de la piedra; caí ahora colocándome de la misma forma, me levanté y seguí cavando para ampliar el hoyo: ¡nada! ¡Nada y nada! El cofre no estaba.

—¿El cofre no estaba? —murmuró la señora Danglars, sofocada por el espanto.

—No crea que me limité a esa única tentativa —continuó Villefort—; no. Busqué por todo el macizo; pensé que el asesino, habiendo desenterrado el cofre y creyendo que era un tesoro, habría querido tenerlo y se lo habría llevado; después, al darse cuenta de su error, habría hecho otro hoyo y lo habría enterrado de nuevo; nada. Después se me ocurrió que no se habría tomado tantas molestias y que pura y simplemente lo habría dejado tirado por algún rincón. Para verificar esta última hipótesis necesitaba que fuera de día. Subí, pues, a la habitación y esperé.

—¡Oh! ¡Dios mío!

—Se hizo de día y bajé de nuevo. Lo primero que hice fue volver al macizo de árboles; esperaba encontrar alguna señal que se me hubiera escapado en la oscuridad. Había removido la tierra en una superficie de más de veinte pies cuadrados, y en una profundidad de más de dos pies. Una jornada hubiera necesitado un hombre asalariado para hacer lo que yo había hecho en una hora. Nada, no vi absolutamente nada.

»Entonces me puse a buscar el cofre siguiendo la suposición de que lo habría tirado por ahí. Tenía que ser por el camino que lleva a la pequeña puerta de salida; pero esta nueva búsqueda fue tan inútil como la primera, y con el corazón en un puño volví a la masa boscosa, que tampoco me dejaba ya ninguna esperanza.

—¡Oh! —exclamó la señora Danglars—. Sería como para volverse loco.

—Y así lo creí por un momento —dijo Villefort—, pero no tuve esa suerte; sin embargo, recuperando las fuerzas, por consiguiente mis ideas: ¿por qué ese hombre se habría llevado el cadáver? —me dije.

—Pues ya lo dijo usted antes —repuso la señora Danglars—, para tener pruebas.

—¡Eh! No, señora, ya no podía ser eso; uno no se guarda un cadáver durante un año, se le entrega a un magistrado y se hace una declaración. Ahora bien, nada de eso había sucedido.

—¿Y bien, entonces...? —preguntó Hermine toda temblorosa.

—Entonces hay algo más terrible aún, más fatal, más espantoso para nosotros: que tal vez el niño estaba vivo y que el asesino lo salvó.

La señora Danglars dio un grito terrible, y cogiendo las manos de Villefort:

—¡Mi hijo estaba vivo! —dijo—. ¡Usted enterró a mi hijo vivo, señor! ¡No estaba seguro de que el niño estuviera muerto, y lo enterró! ¡Ah...!

La señora Danglars se había levantado y se mantenía delante del fiscal, apretándole los puños entre sus delicadas manos, de pie, y casi amenazante.

—¿Yo qué sé? Le he dicho esto como le diría otra cosa —respondió Villefort con una fijeza en la mirada que indicaba que ese hombre tan poderoso estaba a punto de llegar al límite de la desesperación y de la locura.

—¡Ah! ¡Mi hijo, mi pobre hijo! —exclamó la baronesa, volviendo a caer sobre la silla y ahogando sus sollozos con el pañuelo.

Villefort se repuso, y comprendió que, para desviar la tempestad maternal que se amasaba en su cabeza, tenía que trasladar a la señora Danglars el terror que él mismo sentía.

—Comprende usted ahora que si esto es así —dijo levantándose a su vez y acercándose a la baronesa para hablarle en voz más baja—, si esto es así, estamos perdidos: ese niño vive, y alguien sabe que vive, alguien conoce nuestro secreto; y puesto que Montecristo habla delante de

nosotros de una criatura desenterrada en el lugar donde ya no estaba, es él quien conoce nuestro secreto.

—¡Dios! ¡Dios justo! ¡Dios vengador! —murmuró la señora Danglars. Villefort no respondió sino con una especie de rugido.

—¿Pero ese niño, ese niño, señor? —repuso la madre obstinada.

—¡Oh! ¡Cuánto lo he buscado! —repuso Villefort retorciéndose las manos—. ¡Cuántas veces deseé una fortuna de reyes para comprar un millón de secretos a un millón de hombres, y para encontrar mi secreto en los de ellos! Finalmente, un día que por centésima vez volvía a coger la pala, me pregunté por centésima vez lo que el corso había podido hacer del niño: un niño entorpece a un fugitivo; quizás al ver que estaba vivo aún, lo arrojó al río.

—¡Oh! ¡Imposible! —exclamó la señora Danglars—. ¡Se asesina a un hombre por venganza, pero no se ahoga a sangre fría a un niño!

—Quizá lo habría llevado a un orfanato.

—¡Oh! ¡Sí, sí! —exclamó la baronesa—. ¡Mi niño está ahí! ¡Señor!

—Corrí al hospicio, supe que esa misma noche del 20 de septiembre, un niño había sido entregado en el torno; iba envuelto en la mitad de una toalla de tela fina, desgarrada a propósito. La mitad de esa toalla llevaba la mitad de una corona de barón y la letra H.

—¡Eso es! ¡Eso es! —exclamó la señora Danglars—, toda mi ropa está marcada así; el señor de Nargonne era barón, y yo me llamo Hermine. ¡Gracias, Dios mío! ¡Mi niño no estaba muerto!

—No, ¡no estaba muerto!

—¡Y usted me lo dice! ¡Usted me dice esto sin temer matarme de alegría, señor! ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hijo?

Villefort se encogió de hombros.

—¿Acaso lo sé? ¿Y cree usted que si lo supiera iba a hacerle pasar por todas estas etapas como lo haría un dramaturgo o un novelista? No, ¡ay!, ¡no! No lo sé. Una mujer, hacía por entonces unos seis meses de aquella noche, vino a reclamar al niño con la otra mitad de la toalla. Esta mujer venía provista de todas las garantías que exige la ley, y se lo entregaron.

—Pero tendría que informarse sobre esa mujer, tendría que buscarla.

—¿Y de qué cree que me he ocupado? Simulé una instrucción criminal, y todos los finos sabuesos, los hábiles agentes de la policía, los puse en su búsqueda. Siguieron sus huellas hasta Chalon; en Chalon, las perdieron.

—¿Las perdieron?

—Sí, las perdieron; las perdieron para siempre.

La señora Danglars había escuchado el relato con un suspiro, una lágrima y un grito, en cada circunstancia.

—¿Y eso es todo? —dijo—. ¿Y se ha limitado usted a eso?

—¡Oh! No —dijo Villefort—, nunca he dejado de buscar, de indagar, de inquirir. Pero desde hace dos o tres años me he relajado un poco. Pero hoy, hoy voy a volver a empezar con más perseverancia y más ahínco que nunca, si cabe; y lo conseguiré, mire usted, pues no sólo la conciencia me empuja a ello, sino también el miedo.

—Pero —repuso la señora Danglars—, el conde de Montecristo no sabe nada; si no, no buscaría nuestra amistad como la busca.

—¡Oh! La maldad de los hombres es muy profunda —dijo Villefort—, puesto que es más profunda que la bondad de Dios. ¿Observó usted los ojos de ese hombre cuando nos hablaba?

—No.

—¿Pero le ha obsevado profundamente alguna vez?

—Sin duda. Es extraño, eso es todo. Sólo una cosa me llamó la atención, y es que de toda esa exquisita cena que nos ofreció, él no probó nada, no probó nada de ningún plato.

—¡Sí, sí! —dijo Villefort—. Yo también me fijé en eso. Si yo hubiera sabido lo que sé ahora, tampoco hubiese probado bocado; hubiera creído que quería envenenarnos.

—Bueno, y se habría equivocado usted, ya lo ve.

—Sí, sin duda; pero, créame, ese hombre tiene otros proyectos. Por eso he querido verla, hablar con usted, prevenirla contra todo el mundo, pero sobre todo contra él. Dígame —continuó Villefort fijando sus ojos en la baronesa, más profundamente aún de lo que lo había hecho hasta ahora—, ¿usted ha contado a alguien nuestra relación?

—Nunca, a nadie.

—Ya me comprende —repuso afectuosamente Villefort—, cuando digo a nadie, perdone mi insistencia, a nadie en el mundo, ¿no es eso?

—¡Oh! Sí, sí, entiendo perfectamente —dijo la baronesa sonrojándose—, ¡nunca! Se lo juro.

—¿Usted no acostumbra a escribir por la noche lo que le ha ocurrido en el día? ¿No lleva un diario?

—No, ¡ay!, mi vida pasa arrastrada por la frivolidad; yo misma lo olvido.

—¿No sueña usted en alto, que usted sepa?

—Duermo como un niño; ¿no lo recuerda?

El rubor subió al rostro de la baronesa, y la palidez invadió el de Villefort.

—Es cierto —dijo en voz tan baja que apenas si se oyó.

—¿Y bien? —preguntó la baronesa.

—Y bien, comprendo lo que me queda por hacer —repuso Villefort—. Antes de ocho días, sabré quién es ese señor de Montecristo, de dónde viene, adónde va, y por qué habla delante de nosotros de niños desenterrados en su jardín.

Villefort pronunció estas palabras en un tono que hubiera hecho temblar al conde, si hubiera podido oírlas.

Después, estrechó la mano que a la baronesa le repugnaba darle y la llevó con respeto hasta la puerta.

La señora Danglars tomó otro coche de alquiler que la llevó hasta el pasaje, al otro lado del cual estaba su coche y su cocheró que, mientras la aguardaba, dormía apaciblemente en su asiento.

Capítulo LXVIII

Un baile de verano

El mismo día, hacia la hora en la que la señora Danglars tenía la sesión que hemos descrito en el gabinete del señor fiscal del reino, una calesa de viaje, que entraba por la calle de Helder, franqueaba la puerta del número 27 y se detenía en el patio.

Al cabo de un instante, se abría la portezuela, y la señora de Morcerf se apeaba apoyándose en el brazo de su hijo.

En cuanto Albert acompañó a su madre a sus aposentos, pidió un baño, y después, sus caballos, y tras ponerse en manos de su ayuda de cámara, su cochero le condujo a los Champs-Élysées, a casa del conde de Montecristo.

El conde le recibió con su sonrisa habitual. Era algo extraño: parecía que nunca se pudiera dar un paso hacia adelante en el corazón o en el espíritu de este hombre. Los que intentaban, si se puede decir así, forzar el paso hacia su intimidad, encontraban un muro.

Morcerf, que acudía a él con los brazos abiertos, al verle, y a pesar de esa sonrisa amistosa, dejó caer los brazos, y osó, todo lo más, tenderle la mano.

Por su parte Montecristo se la dio, como hacía siempre, pero sin estrechársela.

—Y bien, aquí estoy de nuevo —dijo—, querido conde.

—Sea bienvenido.

—Acabo de llegar hace una hora.

—¿De Dieppe?

—De Tréport.

—¡Ah! Es cierto.

—Y mi primera visita es para usted.

—Es muy amable de su parte —dijo Montecristo como hubiera podido decir cualquier otra cosa.

—Y bien, veamos, ¿qué noticias hay?

—¡Noticias! ¡Y me pregunta a mí, a un extranjero!

—Yo me entiendo; cuando yo pido noticias, me pregunto si usted hizo algo por mí.

—¿Es que me había encargado usted algo? —dijo Montecristo, jugando con la inquietud del muchacho.

—Vamos, vamos —dijo Albert—, no se haga ahora el indiferente. Dicen que hay avisos del nervio simpático que atraviesan las distancias; pues bien, en Tréport, recibí uno, como un golpe eléctrico; seguro que usted, si no trabajaba para mí, al menos pensaba en mí.

—Es posible —dijo Montecristo—. En efecto, he pensado en usted, pero la corriente magnética de la que yo era el conductor actuaba, lo confieso, independientemente de mi voluntad.

—¿De verdad? Cuénteme eso, se lo ruego.

—Es fácil, el señor Danglars cenaba en mi casa.

—Ya lo sé, puesto que para huir de su presencia nos marchamos, mi madre y yo.

—Pero cenó también con el señor Andrea Cavalcanti.

—¿Ese príncipe italiano suyo?

—No exageremos. El señor Andrea se da solamente el título de conde.

—¿*Se da*, dice usted?

—Digo: *se da*.

—¿Es que entonces no lo es?

—¡Eh! ¿Es que yo lo sé? Él se lo da, yo se le doy, todo el mundo se lo da... ¿no es como si realmente lo tuviera?

—¿Qué extraño es usted! Vamos, ¿y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Así que el señor Danglars cenó aquí?

—Sí.

—¿Con su vizconde Andrea Cavalcanti?

—Con el vizconde Andrea Cavalcanti, el marqués, su padre, la señora Danglars, el señor y la señora de Villefort, gente encantadora, el señor Debray, Maximilien Morrel, y además..., espere, ¡ah!, el señor Château-Renaud.

—¿Se habló de mí?

—Ni una palabra.

—Tanto peor entonces.

—¿Por qué? Me parece que, si le han olvidado, han hecho, obrando así, lo que usted deseaba, ¿no?

—Mi querido conde, si no se ha hablado de mí, es que pensaban mucho en mí, y entonces estoy desesperado.

—¿Y qué le importa, puesto que la señorita Danglars no estaba entre los que pensaban en usted aquí? ¡Ah! Es cierto que también podría pensar en su casa.

—¡Oh! En cuanto a eso, no; estoy seguro, o si pensaba, sería de la misma forma que yo pienso en ella.

—¡Una encantadora sintonía! —dijo el conde—. Entonces, ¿ustedes se detestan?

—Escuche —dijo Morcerf—, si la señorita Danglars fuera una mujer que se compadeciera del martirio que no sufro por ella, y me lo compensara fuera de las conveniencias matrimoniales decididas entre nuestras dos familias, eso me iría de maravilla. En resumen, creo que la señorita Danglars sería una amante encantadora; pero como mujer, diablos...

—¡Pues vaya una manera de pensar en su futura esposa! —dijo Montecristo riendo.

—¡Oh! ¡Dios mío! Sí, un poco brutal, es cierto, pero exacto, al menos. Ahora bien, como de ese sueño no se puede hacer una realidad; como para llegar a una cierta meta es preciso que la señorita Danglars sea mi esposa, es decir, que viva conmigo, que piense junto a mí, que cante junto a mí, que componga versos y música a diez pasos de mí, y eso a lo largo de toda mi vida, entonces me espanta. Una amante, querido conde, eso, se deja; pero una mujer, ¡pestes! Es otra cosa, eso, se la queda uno para siempre, de lejos o de cerca, es decir. Ahora bien, sería espantoso quedarse siempre con la señorita Danglars, aunque fuera de lejos.

—Qué difícil es usted, vizconde.

—Sí, pues a menudo pienso en algo imposible.

—¿Y qué es?

—Pues en encontrar una mujer como mi padre la encontró para él.

Montecristo palideció y miró a Albert, jugando con unas magníficas pistolas cuyos gatillos hacía saltar con rapidez.

—Así que su padre ha sido muy dichoso —dijo.

—Ya conoce usted mi opinión sobre mi madre, señor conde: un ángel del cielo; ahí la ve, sigue siendo bella, llena de encanto siempre, mejor que nunca. Venimos de Tréport, para cualquier otro hijo, ¡eh!, ¡Dios mío!, acompañar a su madre sería un favor que se le hace o una dura obligación; pero yo, yo he pasado cuatro días sólo con ella, más satisfecho, más tranquilo, más poético, le diría, que si hubiese tenido conmigo en Tréport a la reina de las hadas Mab o Titania.

—Es una perfección desesperante, y a quienes le oyen les da usted ganas de quedarse solteros.

—Pues he ahí justamente por lo que, sabiendo que existe en el mundo una mujer completa, no me interesa casarme con la señorita Danglars —dijo Morcerf—. ¿Ha observado usted que, a veces, nuestro egoísmo reviste con colores más brillantes todo lo que nos pertenece? El diamante que rebrillaba en el escaparate de Marlé o de Fossin, se hace más hermoso cuando llega a ser nuestro diamante; pero si la evidencia le fuerza a usted a reconocer que los hay de aguas más puras, y que usted se ve condenado a llevar eternamente ese diamante inferior, ¿comprende usted el sufrimiento?

—¡Mundano! —murmuró el conde.

—Por eso saltaré de alegría el día en el que la señorita Eugénie se dé cuenta de que no soy más que un insignificante átomo, y que cuento los francos en miles de cientos, mientras que ella los cuenta en millones.

Montecristo sonrió.

—Yo había pensado en otra cosa —continuó Albert—; a Franz le gustan las cosas excéntricas; quise, a pesar suyo, que se enamorara de la señorita Danglars; pero a las cuatro cartas que le he escrito en el más empalagoso de los estilos, Franz me respondía imperturbable: «Soy excéntrico, es cierto, pero mi excentricidad no llega hasta incumplir la palabra dada».

—Eso es lo que yo llamo el sacrificio de la amistad: dar a otro la mujer que uno mismo sólo quisiera tener a título de amante.

Albert sonrió.

—A propósito —continuó—, ya viene, nuestro querido Franz; pero a usted poco le importa, puesto que no le aprecia mucho, creo.

—¡Yo! —dijo Montecristo—. ¡Eh! Mi querido vizconde, ¿en qué ha visto usted que yo no aprecio a Franz? Yo aprecio a todo el mundo.

—Y a mí me incluye entre todo el mundo... gracias.

—¡Oh! No confundamos las cosas —dijo Montecristo—; aprecio a todo el mundo de la manera que Dios nos ordena amar al prójimo, es decir, cristianamente; pero odio a ciertas personas. Volvamos al señor Franz d'Épinay. Me decía que está a punto de venir.

—Sí, llamado por el señor de Villefort, tan emperrado, por lo que parece, en casar a la señorita Valentine, como lo está el señor Danglars en casar a la señorita Eugénie. Decididamente parece que es un estado de lo más fatigante, eso de ser padre de hijas casaderas; me parece que eso les produce fiebre, y que el pulso les late a noventa por minuto, hasta que consiguen librarse de ellas.

—Pero el señor d'Épinay no se parece a usted; él se lo toma con paciencia.

—Más que eso, se lo toma en serio; luce corbatas blancas, habla ya de su familia. Por lo demás, siente una gran consideración por los Villefort.

—¿Merecida, no es cierto?

—Eso creo. El señor de Villefort ha pasado siempre por ser un hombre severo, pero justo.

—Menos mal —dijo Montecristo—, ya veo que hay uno al menos al que no trata como a ese pobre Danglars.

—Eso será quizá porque no me veo forzado a casarme con su hija —respondió Albert riendo.

—De verdad, mi querido señor —dijo Montecristo—, que es usted de una arrogancia aplastante.

—¿Yo?

—Sí, usted. Tome un cigarro.

—Con mucho gusto. ¿Y por qué soy arrogante?

—Pues porque está ahí defendiéndose, debatiéndose por el matrimonio con la señorita Danglars. ¡Eh! ¡Dios mío! Deje que marchen las cosas, y quizá no sea usted el primero en retirar su palabra.

—¡Bah! —dijo Albert abriendo enormemente los ojos.

—¡Eh! Sin duda, señor vizconde, que no le van a obligar por la fuerza, ¡qué diablos! Veamos, en serio —repuso Montecristo cambiando de entonación—, ¿quiere usted romper?

—Daría cien mil francos para conseguirlo.

—Pues bien; alégrese: el señor Danglars está dispuesto a dar el doble para lograr el mismo fin.

—¿Es que esa dicha es posible? —dijo Albert, quien, sin embargo, al decirlo, no pudo impedir que una imperceptible nube cruzase su frente—. Pero, mi querido conde, ¿es que el señor Danglars tiene razones para eso?

—¡Ah! ¡Ahí te veo, naturaleza orgullosa y egoísta! En buena hora me encuentro con un hombre que quiere horadar el amor propio del prójimo a golpes de hacha, y que grita cuando se horada el suyo con una aguja.

—¡No! Pero es que me parece que el señor Danglars...

—¿Debería estar encantado con usted, no? Pues bien, el señor Danglars es un hombre de mal gusto, de acuerdo, y está aún más encantado con otro...

—¿Quién es, entonces?

—Yo no lo sé; estudie, observe, coja las alusiones al vuelo, y saque provecho de ello.

—Bueno, comprendo; escuche, mi madre... ¡no!, mi madre no, me equivoco, mi padre tiene la idea de dar un baile.

—¿Un baile en este momento del año?

—Los bailes de verano están de moda.

—Y aunque no lo estuvieran, la condesa no tiene más que quererlo, y se pondrán de moda.

—No está mal; ya comprende, estos bailes son pura sangre; los que se quedan en París en el mes de julio son los verdaderos parisinos. ¿Quiere usted encargarse de pasar una invitación para los Cavalcanti?

—¿Cuándo será ese baile?

—El sábado.

—Cavalcanti padre se habrá marchado ya.

—Pero Cavalcanti hijo se queda. ¿Quiere usted encargarse de traer a Cavalcanti hijo?

—Escuche, vizconde, yo no le conozco.

—¿Que usted no le conoce?

—No; le vi por primera vez hace tres o cuatro días, y no respondo de él para nada.

—¿Pero usted sí que le recibe!

—Yo, es otra cosa; me lo recomendó un buen abate, pero él mismo puede estar equivocado. Invítele directamente, de maravilla, pero no me diga que se lo presente; si más tarde fuera a casarse con la señorita Danglars, me acusaría usted de algún manejo, y querría usted cortarse el cuello conmigo; además, no sé si yo mismo iré.

—¿Adónde?

—A su baile.

—¿Y por qué no iba a venir?

—En primer lugar porque todavía no me ha invitado usted.

—Vengo expresamente a traerle la invitación yo mismo.

—¡Oh! Es demasiado amable; pero puede que tenga algún impedimento.

—Cuando le haya dicho una cosa, usted será tan amable de sacrificar por nosotros cualquier impedimento.

—Dígame.

—Mi madre se lo ruega.

—¿La señora condesa de Morcerf? —repuso Montecristo sobresaltado.

—¡Ah! Conde —dijo Albert—, le prevengo que la señora de Morcerf habla con toda libertad conmigo; y si usted no sintió crujir esas fibras simpáticas de las que hablábamos, es que esas fibras le faltan por completo, pues durante estos cuatro días no hemos hablado más que de usted.

—¿De mí? ¡De verdad que me abruma!

—Escuche, es el privilegio de su situación: cuando se es un problema viviente, pasan estas cosas.

—¡Ah! ¿Así que soy también un problema para su madre? ¡De verdad que la creía demasiado razonable como para entregarse a tales extravíos de imaginación!

—Problema, mi querido conde, problema para todos, tanto para mi madre como para los demás; problema aceptado, pero no resuelto, usted sigue siendo un enigma: tranquilícese. Mi madre sólo se sigue preguntando cómo es que sea usted tan joven. Creo, en el fondo, que mientras que la condesa G. le toma a usted por lord Ruthwen, mi madre le toma por Cagliostro o por el conde de Saint-Germain. La primera vez que venga usted a ver a la señora de Morcerf, manténgala en esa opinión. No le será a usted difícil, usted tiene la piedra filosofal de uno y el espíritu del otro.

—Le agradezco que me haya prevenido —dijo el conde sonriendo—, trataré de ponerme en condiciones para hacer frente a todas esas suposiciones.

—¿Entonces, vendrá el sábado?

—Puesto que la señora de Morcerf me lo ruega.

—Es usted encantador.

—¿Y el señor Danglars?

—¡Oh! Él ya ha recibido la triple invitación; mi padre se encargó de hacerlo. Trataremos también de que venga el gran d'Aguesseau, el señor de Villefort; pero tenemos pocas esperanzas^[1].

—Pues no hay que desesperar de nada, dice el proverbio.

—¿Baila usted, querido conde?

—¿Yo?

—Sí, usted. ¿Qué habría de asombroso, en que usted bailara?

—¡Ah! En efecto, mientras uno no pase de la cuarentena... No, no bailo; pero me gusta ver bailar. ¿Y la señora de Morcerf, baila?

—No, tampoco, nunca; ustedes charlarán, ¡ella tiene tantas ganas de charlar con usted!

—¿De verdad?

—¡Palabra de honor! Y le confieso que es el único hombre por el que mi madre haya manifestado esa curiosidad.

Albert cogió el sombrero y se levantó; el conde le acompañó hasta la puerta.

—Me estoy reprochando algo —le dijo deteniéndole en lo alto de la escalinata.

—¿Qué?

—Que he sido indiscreto, no debí hablarle del señor Danglars.

—Al contrario, siga hablándome de él, hábleme a menudo, hábleme siempre; pero de la misma manera que hoy.

—¡Bien! Eso me tranquiliza. A propósito, ¿cuándo llega el señor d'Épinay?

—Pues dentro de cinco o seis días a más tardar.

—¿Y cuándo se casa?

—En cuanto lleguen los señores de Saint-Méran.

—Tráigamelo, entonces, cuando llegue a París. Aunque usted pretenda que no le aprecio, le declaro que me sentiré encantado de verle.

—Bien, sus órdenes serán ejecutadas, señor

—¡Hasta la vista!

—Hasta el sábado, en todo caso, por supuesto, ¿no?

—¡Pues claro! Es palabra dada.

El conde siguió con la mirada a Albert despidiéndole con la mano. Después, cuando se subió al faetón, el conde se dio la vuelta; Bertuccio estaba detrás de él:

—¿Y bien? —le preguntó.

—La dama fue al Palacio de Justicia —respondió el intendente.

—¿Se quedó mucho tiempo?

—Hora y media.

—¿Y regresó a casa?

—Directamente.

—Y bien, mi querido señor Bertuccio —dijo el conde—, si tengo que darle ahora algún consejo, es el de ir a ver si me encuentra ese pequeño terreno del que le he hablado, por Normandía.

Bertuccio saludó, y como sus deseos estaban en perfecta armonía con la orden recibida, partió de París aquella misma tarde.

Capítulo LXIX

Los informes

El señor de Villefort mantuvo la palabra dada a la señora Danglars, y sobre todo, la que se había dado a sí mismo, intentando averiguar de qué manera el señor conde de Montecristo había podido conocer la historia de la casa de Auteuil.

Aquel mismo día escribió a un tal señor de Boville —quien después de haber sido antaño inspector de prisiones había ascendido a un puesto superior en la policía de seguridad—, con el fin de obtener los informes que deseaba, y este le pidió dos días para saber exactamente a quién tendría que dirigirse para informarse.

Expiraron los dos días y el señor de Villefort recibió la siguiente nota:

La persona a quien llaman el señor conde de Montecristo es conocida particularmente por lord Wilmore, un rico extranjero a quien se le sitúa a veces en París, donde está en estos momentos; también es persona conocida igualmente por el abate Busoni, sacerdote siciliano de gran reputación en Oriente, donde ha llevado a cabo innumerables obras de beneficencia.

El señor de Villefort respondió con la orden de adquirir, sobre esos dos extranjeros, las informaciones más prontas y precisas; al día siguiente por la tarde, sus órdenes habían sido ejecutadas, y estos son los informes que recibió:

El abate, que estaba pasando un mes en París, vivía detrás de Saint-Sulpice, en una casita de una sola planta además de la planta baja; cuatro habitaciones, dos arriba y dos abajo, formaban toda la vivienda de la que era el único inquilino.

Las dos habitaciones de abajo se componían de un comedor con una mesa, dos sillas y un aparador de nogal, y un salón con paredes de madera pintado en blanco, sin adornos, sin alfombras y sin reloj. Se veía que para sí mismo el abate se limitaba a los objetos de estricta necesidad.

Es cierto que el abate ocupaba preferentemente el salón del primer piso. Este salón, amueblado con libros de teología y pergaminos, en medio de los cuales se le veía *sepultado*, según decía su ayuda de cámara, durante meses enteros, era en realidad, más que un salón, una biblioteca.

Este criado miraba al visitante a través de una especie de ventanilla, y cuando su rostro le era desconocido o no le gustaba, respondía que el abate no estaba en París, y algunos se contentaban con esa respuesta, sabiendo que el abate viajaba a menudo y que a veces permanecía durante mucho tiempo de viaje.

Por lo demás, estuviera en casa o no, se encontrara en París o en El Cairo, el abate era generoso siempre, y la ventanilla servía de torno para las limosnas que el criado distribuía incesantemente en nombre de su amo.

La otra habitación, situada junto a la biblioteca, era un dormitorio. Una cama sin cortinas, cuatro sillones y un canapé de terciopelo de Utrecht amarillo formaban, junto con el reclinatorio, todo el mobiliario.

En cuanto a lord Wilmore, vivía en la calle Fontaine Saint-Georges. Era uno de esos turistas ingleses que se comen toda su fortuna en viajes. Alquilaba amueblado el apartamento en el que vivía, en el que sólo pasaba dos o tres horas al día y en el que no dormía sino muy raramente. Una de sus manías era la de no querer hablar en absoluto ni una sola palabra de francés, que sin embargo sabía escribir, aseguran, con una gran pureza.

Al día siguiente de que el señor fiscal del rey recibiera esos valiosos informes, un hombre, que bajaba de un coche en la esquina de la calle Férou, vino a llamar a la puerta pintada de verde oliva y preguntó por el abate Busoni.

—El señor cura salió por la mañana —respondió el criado.

—Podría no conformarme con esta respuesta —dijo el visitante—, pues vengo de parte de una persona para quien uno siempre está en casa. Pero dígnese entregar al abate Busoni...

—Ya le he dicho que no está —repitió el criado.

—Entonces, cuando regrese entréguele esta tarjeta y este papel lacrado. Esta noche, a las ocho, ¿el señor cura estará en casa?

—¡Oh! Sin falta, señor, a no ser que el abate esté trabajando y entonces es como si hubiera salido.

—Vendré entonces, esta tarde, a la hora convenida —repuso el visitante.

Y se retiró.

En efecto, a la hora indicada, el mismo hombre volvió, en el mismo coche que, esta vez, en lugar de pararse en la esquina de la calle Férou, se detuvo delante de la puerta verde. Llamó, le abrieron y entró.

Por las muestras de respeto que el criado le prodigó, el visitante comprendió que su cara había causado el efecto deseado.

—¿El señor cura está en casa? —preguntó.

—Sí, trabaja en la biblioteca, pero espera al señor —respondió el sirviente.

El desconocido subió una escalera bastante ruda, y delante de una mesa, cuya superficie estaba inundada por la luz que concentraba una amplia pantalla, mientras que el resto del apartamento estaba en sombra, vio al abate, con el hábito eclesiástico, la cabeza tocada con una de esos capuchones con los que se cubrían el cráneo los sabios al uso de la Edad Media.

—¿Es con el señor Busoni con quien tengo el honor de hablar? —preguntó el visitante.

—Sí, señor —respondió el abate—, ¿y es usted la persona que el señor de Boville, antiguo intendente de prisiones, me envía de parte del señor

prefecto de la Policía?

—Justamente, señor.

—¿Uno de los agentes encargados de la seguridad de París?

—Sí, señor —respondió el desconocido con una especie de duda y sobre todo con un poco de rubor.

El abate se ajustó unas grandes gafas que le cubrían, no solamente los ojos, sino también las sienes, y al volver a sentarse hizo un gesto al visitante para que se sentara también.

—Le escucho, señor —dijo el abate con un acento italiano de lo más pronunciado.

—La misión de la que estoy encargado, señor —repuso el visitante, pesando cada una de sus palabras como si les costara trabajo salir—, es una misión de confianza para quien la cumple y para la persona que se la ha encargado.

El abate se inclinó.

—Sí —continuó el desconocido—, su probidad, señor cura, es tan conocida por el señor prefecto de Policía que, como magistrado, quiere saber por usted algo que interesa a esta seguridad pública, en nombre de la cual me dirijo a usted. Esperamos, pues, señor cura, que no habrá ni lazos de amistad ni consideración humana que puedan llevarle a disfrazar la verdad a la justicia.

—Con tal, señor, de que las cosas que quiera usted saber no toquen en nada a los escrúpulos de mi conciencia. Soy sacerdote, señor, y los secretos de confesión, por ejemplo, deben quedar entre la justicia de Dios y yo, y no entre la justicia de los hombres y yo.

—¡Oh! Esté tranquilo, señor cura —dijo el desconocido—, en cualquier caso dejaremos su conciencia a cubierto.

Al oír estas palabras, el abate, sujetando la pantalla por su lado, la levantó por el lado opuesto, de manera que a la vez que iluminaba plenamente el rostro del visitante, el suyo seguía quedando en la sombra.

—Perdón, señor cura —dijo el enviado del señor prefecto de Policía—, pero esa luz me molesta terriblemente a la vista.

El abate bajó la pantalla de cartón verde.

—Ahora, señor, le escucho, hable.

—Voy al asunto. ¿Conoce usted al señor conde de Montecristo?

—¿Usted quiere hablar del señor Zaccone, presumo?

—¡Zaccone...! ¡Entonces no se llama Montecristo!

—Montecristo es un nombre de tierra, o mejor, un nombre de roca, y no un nombre de familia, un apellido.

—Y bien, de acuerdo; no discutamos sobre las palabras, y puesto que el señor de Montecristo y el señor Zaccone son el mismo hombre...

—Absolutamente el mismo.

—Hablemos del señor Zaccone.

—De acuerdo.

—Le preguntaba si le conocía.

—Mucho.

—¿Quién es?

—Es el hijo de un rico armador de Malta.

—Sí, ya lo sé, eso es lo que se dice; pero, como usted comprenderá, la policía no puede contentarse con un «es lo que se dice».

—Sin embargo —repuso el abate con una sonrisa toda afable—, cuando lo que se dice es la verdad, todo el mundo debe conformarse, y la policía debe hacer como todo el mundo.

—¿Pero, está usted seguro de lo que dice?

—¡Cómo, que si estoy seguro!

—Observe, señor, que no pongo en duda de ninguna manera su buena fe. Le digo: ¿está usted seguro?

—Escuche, yo conocí al señor Zaccone, padre.

—¡Ah!, ¡ah!

—Sí, y siendo niño jugué más de diez veces con su hijo en sus astilleros.

—¿Pero, ese título de conde?

—Sabe usted, eso se compra.

—¿En Italia?

—En cualquier parte.

—¿Pero, esas riquezas, que son inmensas por lo que dicen?...

—¡Oh! En cuanto a eso —respondió el abate—, inmensas es la palabra.

—¿Cuánto cree usted que posee, usted que le conoce?

—¡Oh! Tiene tranquilamente de unas ciento cincuenta mil a doscientas mil libras de renta.

—¡Ah! Eso es razonable —dijo el visitante—, ¡pero se habla de tres o cuatro millones!

—Doscientas mil libras de renta, señor, hacen justamente cuatro millones de capital.

—¡Sí, pero se hablaba de tres o cuatro millones de renta!

—¡Oh! Eso no es creíble.

—¿Y usted conoce su isla de Montecristo?

—Ciertamente; cualquiera que venga de Palermo, de Nápoles o de Roma a Francia, por mar, la conoce, puesto que tiene que pasar al lado de ella y verla al pasar.

—Es un lugar encantador, por lo que se dice.

—Es una roca.

—¿Y por qué, entonces, compraría el conde una roca?

—Justamente para ser conde. En Italia, para ser conde, se necesita todavía un condado.

—Usted habrá oído hablar, sin duda, de las aventuras de juventud del señor Zaccone.

—¿El padre?

—No, el hijo.

—¡Ah! Ahí comienzan mis incertidumbres, pues perdí de vista a mi compañero de juegos.

—¿Estuvo en la guerra?

—Creo que ha estado en servicio.

—¿En qué arma?

—En la marina.

—Veamos, ¿no es usted su confesor?

—No, señor; creo que es luterano.

—¿Cómo que luterano?

—Digo creo, no lo afirmo. Además, yo creía que la libertad de cultos estaba vigente en Francia.

—Sin duda; no es de sus creencias de lo que nos ocupamos en este momento, sino de sus acciones; en nombre del señor prefecto de Policía, le conmino a decir lo que usted sepa.

—Pasa por ser un hombre muy caritativo. Nuestro Santo Padre el papa le hizo *caballero de Cristo*, favor que apenas si concede a los príncipes, por los eminentes servicios prestados a los cristianos de Oriente; tiene también cinco o seis medallas concedidas por servicios prestados a los príncipes y a los Estados.

—¿Y las lleva?

—No, pero se siente orgulloso de ellas; dice que prefiere las recompensas acordadas a los benefactores de la humanidad que a las acordadas a los destructores de los hombres.

—¡Pues es un cuáquero ese hombre!

—Justamente, es un cuáquero, aunque sin el gran sombrero, ni el traje marrón, por supuesto.

—¿Se le conocen amigos?

—Sí, pues toma como amigos a todos los que le conocen.

—Pero, en fin, ¿tendrá algún enemigo?

—Uno solo.

—¿Cómo se llama?

—Lord Wilmore.

—¿Dónde está?

—En este momento, en París.

—¿Puede darme él alguna información?

—Valiosísima. Estaba en la India al mismo tiempo que Zaccone.

—¿Sabe usted dónde vive?

—En la Chaussée-d'Antin; pero ignoro la calle y el número.

—¿Usted está a mal con ese inglés?

—Yo aprecio a Zaccone y él le detesta; nos tratamos fríamente por ese motivo.

—Señor cura, ¿piensa usted que el conde de Montecristo haya venido a Francia anteriormente a este último viaje?

—¡Ah! En cuanto a eso, puedo responder pertinentemente. No, señor, nunca antes, puesto que se dirigió a mí, hace seis meses, para unas

informaciones que necesitaba. Por mi parte, como yo ignoraba, en aquel momento, si yo mismo iba a estar en París por entonces, le envié al señor Cavalcanti.

—¿Andrea?

—No; Bartolomeo, el padre.

—Muy bien, señor; sólo me queda preguntarle una cosa, y le conmino, en nombre del honor, de la humanidad y de la religión, que responda sin rodeos.

—Dígame, señor.

—¿Sabe usted con qué fin el señor conde de Montecristo compró una casa en Auteuil?

—Ciertamente, pues él me lo dijo.

—¿Con qué fin, señor?

—Con el fin de fundar un asilo para locos, del estilo al fundado por el barón Pisan, en Palermo. ¿Conoce usted ese asilo?

—Por su reputación, sí, señor.

—Es una institución magnífica.

Y tras estas palabras, el abate saludó al desconocido como quien desea hacer comprender que no le molestaría ponerse de nuevo al trabajo interrumpido.

El visitante, sea porque entendió el deseo del abate, sea porque había llegado al final de sus pesquisas, se levantó a su vez.

El abate le acompañó hasta la puerta.

—Usted da espléndidas limosnas —dijo el visitante—, y aunque se le considera rico, osaré ofrecerle algo para sus pobres; por su parte, dígnese aceptar mi ofrenda.

—Gracias, señor, sólo hay una cosa en el mundo de la que me siento orgulloso, y es que el bien que hago viene solamente de mí.

—Pero, sin embargo...

—Es una resolución invariable. Pero, busque, señor, y encontrará; ¡ay! ¡En el camino de cada hombre rico, hay muchas miserias con las que uno se encuentra!

El abate saludó por última vez abriendo la puerta; el desconocido saludó a su vez, y salió.

El coche le condujo a casa del señor de Villefort.

Una hora después, el coche salió de nuevo, y esta vez se dirigió hacia la calle Fontaine-Saint-Georges. Se detuvo en el número 5. Era allí donde vivía lord Wilmore.

El desconocido había escrito a lord Wilmore para solicitarle una entrevista que este había fijado a las diez. Así que como el enviado del señor prefecto de Policía llegase a las diez menos diez, le respondieron que lord Wilmore, que era la exactitud y la puntualidad en persona, no había llegado aún, pero que llegaría con toda seguridad a las diez en punto.

El visitante esperó en el salón. Este salón no tenía nada de especial y era como todos los salones de hotelitos amueblados.

Una chimenea con dos jarrones de Sèvres modernos, un reloj de péndulo con un *Amor* tensando el arco, un espejo en dos partes; a cada lado de ese espejo un grabado que representaba, uno a Homero con su lazarillo, el otro a Belisario pidiendo limosna; un papel gris sobre gris, un mueble de tapicería roja estampada de negro: así era el salón de lord Wilmore.

Estaba iluminado con dos globos de cristal sin lustre que no daban sino una muy débil luz que parecía preparada expresamente para los fatigados ojos del señor prefecto de Policía.

Al cabo de diez minutos de espera, el reloj empezó a dar las diez; cuando llegaba a la quinta campanada, la puerta se abrió y apareció lord Wilmore.

Lord Wilmore era un hombre más alto que bajo, con patillas ralas y pelirrojas, la tez blanca y el caballo rubio, tirando ya a gris. Iba vestido con toda la excentricidad inglesa, es decir, que llevaba un frac azul con botones dorados y un cuello alto añadido, como se llevaba en 1811; un chaleco de cachemira blanco y un pantalón de nanquín, tres pulgadas demasiado corto, pero al que unas trabillas de la misma tela impedían que se le subiese hasta las rodillas.

Sus primeras palabras al entrar fueron:

—Usted sabe, señor, que yo no hablo francés.

—Sé, al menos, que no le gusta hablarlo —respondió el enviado del señor prefecto de Policía.

—Pero usted puede hablarlo —repuso lord Wilmore—, pues, aunque no lo hablo, lo entiendo.

—Y yo —replicó el visitante cambiando de idioma—, yo hablo con bastante facilidad el inglés como para mantener la conversación en esa lengua. Así que no se moleste, señor.

—*Hao!* —dijo lord Wilmore con esa entonación que sólo pertenece a los nativos más puros de Gran Bretaña.

El enviado del prefecto de Policía entregó a lord Wilmore su carta de presentación. Este la leyó con una flema muy inglesa; después, cuando hubo terminado su lectura:

—Comprendo —dijo en inglés—; comprendo muy bien.

Entonces comenzaron las preguntas.

Eran poco más o menos las mismas que las dirigidas al abate Busoni. Pero como lord Wilmore, en su calidad de enemigo del conde de Montecristo, no tenía la misma contención que el abate, las respuestas fueron mucho más extensas. Contó la juventud de Montecristo, quien según él a la edad de diez años había entrado al servicio de uno de esos pequeños soberanos de la India, que hacen la guerra a los ingleses; allí fue donde él, Wilmore, se lo había encontrado por primera vez y habían combatido uno contra el otro. En esa guerra, Zaccone había sido hecho prisionero, había sido enviado a Inglaterra, le llevaron a los pontones de donde había huido a nado. Entonces había comenzado sus viajes, sus duelos, sus pasiones; después llegó la insurrección de Grecia, y sirvió en las filas de los griegos. Mientras estaba a su servicio, descubrió una mina de plata en las montañas de Tesalia, pero se guardó para él ese descubrimiento. Después de la batalla de Navarino, y cuando el gobierno griego se consolidó, pidió al rey Otón un privilegio de explotación de esa mina; ese privilegio se le concedió. De ahí su inmensa fortuna que podía ascender, según lord Wilmore, a uno o dos millones de renta, fortuna que, sin embargo, podría agotarse, si la misma mina se agotara.

—Pero —preguntó el visitante—, ¿sabe usted por qué ha venido a Francia?

—Quiere especular con el ferrocarril —dijo lord Wilmore—; y además, como es un químico hábil y un físico no menos distinguido, ha

descubierto un nuevo telégrafo, cuya aplicación persigue.

—¿Cuánto gasta más o menos al año? —preguntó el enviado del señor prefecto de Policía.

—¡Oh! Quinientos o seiscientos mil francos, todo lo más —dijo lord Wilmore—; es avaro.

Era evidente que el odio hacía hablar así al inglés, y que, no sabiendo qué reprochar al conde, le reprochaba su avaricia.

—¿Sabe usted algo de su casa de Auteuil?

—Ciertamente, sí.

—Y bien, ¿qué es lo que sabe?

—¿Usted pregunta con qué fin la ha comprado?

—Sí.

—Pues bien, el conde es un especulador que ciertamente se arruinará en ensayos y en utopías; pretende que hay en Auteuil, en los alrededores de la casa que acaba de adquirir, una corriente de agua mineral que puede rivalizar con las aguas de Bagnères, de Luchon y de Cauterets. Quiere transformar su adquisición en un *bad-haus*, como dicen los alemanes. Ya ha levantado dos o tres veces el jardín para encontrar su famosa corriente de agua; y, como no la ha descubierto, va usted a ver cómo de aquí a poco tiempo compra todas las casas de alrededor de la suya. Ahora bien, como le odio, espero que se arruine con su ferrocarril, con su telégrafo eléctrico y con su explotación de baños; le sigo para disfrutar con su ruina, que no puede tardar, un día u otro.

—¿Y por qué le odia usted? —preguntó el visitante.

—Le odio —respondió lord Wilmore—, porque en Inglaterra sedujo a la mujer de uno de mis amigos.

—Pero, si le odia, ¿por qué no intenta vengarse de él?

—Ya me he batido tres veces con el conde —dijo el inglés—: la primera con pistola; la segunda con espada; y la tercera con espadón.

—¿Y el resultado de esos duelos fue...?

—La primera vez me rompió el brazo; la segunda me atravesó el pulmón; y la tercera, me hizo esta herida.

El inglés se bajó un cuello de camisa que le subía hasta las orejas, y mostró una cicatriz cuya rojez indicaba una fecha un poco lejana.

—De manera que le odio mucho —repitió el inglés—, y no morirá, desde luego, si no es por mi mano.

—Pero —dijo el enviado de la Prefectura—, no parece que haya escogido usted el camino de matarle, me parece.

—*Hao!* —dijo el inglés—. Voy todos los días al tiro, y cada dos días viene Grisier a mi casa.

Era todo lo que quería saber el visitante, o más bien era todo lo que parecía saber el inglés. Así que el agente se levantó y, después de saludar a lord Wilmore, que le respondió con la rigidez y la cortesía inglesa, se retiró.

Por su parte, lord Wilmore, tras oír cómo se cerraba la puerta de la calle, entró en su dormitorio, donde, con gran habilidad, perdió su cabello rubio, sus patillas pelirrojas, su falsa dentadura y su cicatriz para recuperar el cabello negro, la tez mate y los dientes perla del conde de Montecristo.

Es cierto que, por su parte, fue el señor de Villefort, y no un enviado del señor prefecto de Policía, quien regresó a casa del señor de Villefort.

El fiscal del rey estaba un poco más tranquilo tras la doble visita que, por lo demás, no le había descubierto nada tranquilizador, pero tampoco le había descubierto nada inquietante. De ello resultó que, por primera vez desde la cena de Auteuil, durmió aquella noche con alguna tranquilidad.

Capítulo LXX

El baile

Llegaron los días más cálidos de julio, cuando se presentó, a su vez, en el orden del tiempo, ese sábado en el que debía tener lugar el baile en casa del señor de Morcerf.

Eran las diez de la noche; los grandes árboles del jardín del palacete del conde se destacaban con fuerza sobre un cielo en el que se deslizaban, como sobre un tapiz azul sembrado de estrellas doradas, los últimos vapores de una tormenta que había bramado amenazante durante todo el día.

En las salas de la planta baja se oía el murmullo de la música y el torbellino del vals y de la galopa, mientras que bandas resplandecientes de luz pasaban cortantes a través de las aberturas de las persianas.

El jardín en ese momento estaba en manos de una docena de sirvientes, a quienes el ama de casa, con la seguridad de que el tiempo se iba serenando cada vez más, acababa de dar la orden de servir allí el refrigerio.

Hasta ese momento habían dudado si cenarían en el comedor o bajo una larga carpa de dril levantada en el mismo césped. Ese hermoso cielo

azul, todo constelado de estrellas, acababa de decidir el proceso a favor de la tienda y del césped.

Iluminaban los senderos del jardín con linternas de colores, como es costumbre en Italia, y se sobrecargaba de velas y de flores la mesa de la cena, como es costumbre en todos los países en los que se comprende un poco ese lujo de la mesa, el más raro de todos los lujos, cuando uno quiere que sea completo.

En el momento en el que la condesa de Morcerf entraba en sus salones, después de dar las últimas órdenes, estos comenzaban a llenarse de invitados atraídos por la encantadora hospitalidad de la condesa, más que por la distinguida posición del conde, pues estaban seguros, por adelantado, de que esta fiesta ofrecería, gracias al buen gusto de Mercedes, algunos detalles dignos de ser contados o de ser imitados, si fuese necesario.

La señora Danglars, a quien los sucesos que hemos narrado le habían inspirado una profunda inquietud, dudaba en ir a casa de la señora de Morcerf cuando, a lo largo de la mañana, su coche se cruzó con el del señor de Villefort. Villefort le había hecho una seña, los dos coches se habían acercado y a través de las portezuelas:

—¿Irá usted a casa de la señora de Morcerf, no? —había preguntado el fiscal.

—No —había respondido la señora Danglars—, no me encuentro nada bien.

—Se equivoca —había respondido Villefort con una mirada significativa—, sería importante que la vieran allí.

—¡Ah! ¿Cree usted? —preguntó la baronesa.

—Lo creo.

—En ese caso, iré.

Y los dos coches habían retomado su curso divergente. La señora Danglars había venido, pues, no solamente bella de su propia belleza, sino además resplandeciente de lujo; entraba por una puerta en el momento en el que Mercedes entraba por otra.

La condesa indicó a Albert que fuese al encuentro de la señora Danglars; Albert avanzó e hizo a la baronesa los merecidos cumplidos por

todo su atuendo y aspecto, y le cogió el brazo para llevarla al lugar que ella quisiera escoger.

Albert miró por todo alrededor.

—¿Busca usted a mi hija? —dijo sonriendo la baronesa.

—Lo confieso —dijo Albert—; ¿habrá tenido usted la crueldad de no traérmola?

—Tranquilícese; se encontró con la señorita de Villefort y se cogieron del brazo; mire, ahí están, vienen detrás de nosotros, las dos con vestidos blancos, una lleva un ramillete de camelias y la otra uno de nomeolvides; pero, dígame...

—¿Y usted qué busca, ahora? —preguntó Albert sonriendo.

—¿Es que no tendrá usted esta noche al conde de Montecristo?

—¡Diecisiete! —respondió Albert.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que esto va bien —repuso el vizconde riendo—, y que es usted la decimoséptima persona que me hace la misma pregunta; ¡el conde va bien...! ¡Y yo le felicito...!

—¿Y contesta usted a todo el mundo como a mí?

—¡Ah! Es cierto, no le he respondido; tranquilícese, señora, tendremos al hombre de moda, somos unos privilegiados.

—¿Estaba usted ayer en la Ópera?

—No.

—Él sí estaba.

—¡Ah! Vaya. ¿Y el *eccentric man* cometió alguna nueva excentricidad?

—¿Es que puede aparecer sin cometerla? Elssler bailaba en *El Diablo Cojuelo*, la princesa griega estaba entusiasmada. Después de la cachucha, el conde puso una sortija magnífica en la cola del ramillete, y se lo tiró a la encantadora bailarina, que reapareció en el tercer acto, para agradecersele con su sortija en el dedo. ¿Y a su princesa griega, la tendrá usted?

—No, tendrá que verse usted privada de ella; su posición en la casa del conde no es lo suficientemente determinada.

—Mire, déjeme ahí y vaya a saludar a la señora de Villefort —dijo la baronesa—; veo que se muere de envidia por charlar con usted.

Albert saludó a la señora Danglars y fue al encuentro de la señora de Villefort, que abrió la boca a medida que iba acercándose.

—¿Apuesto —dijo Albert interrumpiéndola— a que sé lo que va a decirme?

—¡Oh! ¡Vaya! —dijo la señora de Villefort.

—Si lo adivino, ¿me lo confesará usted?

—Sí.

—¿Palabra de honor?

—Palabra.

—¿Usted iba a preguntarme si el conde de Montecristo había llegado o iba a llegar?

—En absoluto. No es de él de quien me ocupo en este momento. Iba a preguntarle si había recibido usted noticias de Franz.

—Sí, ayer.

—¿Qué le decía?

—Que salía al mismo tiempo que la carta.

—Bien. ¿Y ahora, el conde?

—El conde vendrá; esté tranquila.

—¿Sabe usted que tiene otro nombre, además de Montecristo?

—No, no lo sabía.

—Montecristo es nombre de isla, y él tiene un nombre de familia, o sea, un apellido.

—Nunca se lo he oído pronunciar.

—Pues bien, yo estoy más adelantada que usted: se llama Zaccone.

—Es posible.

—Es maltés.

—También es posible.

—Hijo de un armador.

—¡Oh! De verdad, debería usted contar eso en voz alta, tendría un gran éxito.

—Sirvió en la India, explota una mina de plata en Tesalia, y viene a París para montar un establecimiento de aguas minerales en Auteuil.

—Y bien, de maravilla —dijo Morcerf—, ¡esas sí que son noticias!
¿Me permite repetir las?

—Sí, pero poco a poco, una a una, sin decir que vienen de mí.

—¿Y eso por qué?

—Porque es casi un secreto que he sorprendido.

—¿A quién?

—A la policía.

—Entonces esas noticias circulaban...

—En casa del prefecto, ayer por la noche. París está conmocionado, usted entiende, al ver ese lujo inusitado, y la policía se ha informado.

—¡Bien! ¡Sólo faltaba arrestar al conde por vagabundo, con el pretexto de que es demasiado rico!

—Pues a fe mía que eso le hubiera podido ocurrir si los informes no hubieran sido tan favorables.

—¡Pobre conde! ¿Y sospecha él del peligro que ha corrido?

—No lo creo.

—Entonces sería caritativo advertirle. Cuando llegue, no dejaré de hacerlo.

En ese momento un apuesto joven, de ojos vivos, de cabellos negros, de bigote reluciente, vino a saludar respetuosamente a la señora de Villefort. Albert le tendió la mano.

—Señora —dijo Albert—, tengo el honor de presentarle al señor Maximilien Morrel, capitán de espahís, uno de nuestros buenos y sobre todo de nuestros valientes oficiales.

—Ya tuve el placer de estar con el señor en Auteuil, en casa del señor conde de Montecristo —respondió la señora de Villefort dándose la vuelta con una marcada frialdad.

Esa respuesta y, sobre todo, el tono utilizado encogieron el corazón del pobre Morrel, pero le esperaba una compensación: al darse la vuelta, vio, en el marco de la puerta, un hermoso y blanco rostro, cuyos dilatados ojos y sin expresión aparente se fijaban en él, mientras que el ramillete de nomeolvides subía lentamente hasta sus labios.

Ese saludo fue tan bien entendido que Morrel, con la misma expresión en la mirada, se llevó, a su vez, el pañuelo a su boca; y las dos estatuas

vivientes, cuyos corazones latían tan rápidamente bajo el mármol aparente de sus rostros, separados el uno del otro por la longitud de la sala, se olvidaron por un instante o, más bien, por un instante olvidaron a todo el mundo en esa muda contemplación.

Hubiesen permanecido así mucho tiempo, perdidos el uno en el otro, sin que nadie notase el olvido que tenían de todas las cosas: el conde de Montecristo acababa de entrar.

Ya lo hemos dicho, el conde, sea por prestigio falso, sea por prestigio natural, atraía la atención allí donde se presentaba; no era su frac negro, irreprochable, es cierto, en el corte, pero sencillo y sin condecoraciones; no era su chaleco blanco sin ningún bordado; no era su pantalón encajando un pie de la forma más delicada lo que atraía su atención: era su tez mate, sus cabellos negros ondulados, era su rostro tranquilo y puro, era su mirada profunda y melancólica, era, en fin, su boca dibujada con una finura maravillosa y que tomaba con tanta facilidad la expresión del más alto desdén, lo que hacía que todos los ojos se fijaran en él.

Podía haber hombres más apuestos, pero, ciertamente, no había ninguno más significativo, si se nos admite esta expresión; todo en el conde quería decir algo y tenía su valor, pues la costumbre de un pensamiento útil había dado a sus rasgos, a la expresión de su rostro, y al más insignificante de sus gestos una soltura y una firmeza incomparables.

Y además, nuestro mundo parisino es tan extraño que quizá no hubiera hecho caso a todo esto si no hubiera habido por debajo de todo ello una misteriosa historia dorada por una inmensa fortuna.

Sea como sea, el conde avanzó, bajo el peso de todas las miradas y a través de pequeños saludos, hasta la señora de Morcerf, quien, de pie delante de la chimenea llena de flores, le había visto aparecer reflejado en el espejo situado en frente de la puerta, y se había preparado para recibirle.

Mercedes se dio la vuelta hacia él con una sonrisa compuesta en el mismo instante en el que el conde se inclinaba ante ella.

Sin duda ella creyó que el conde iba a hablarle; sin duda, por su parte, el conde creyó que ella iba a dirigirle la palabra; pero ambos se quedaron mudos, pues sin duda una banalidad les parecía indigna de ambos; y

después de un intercambio de saludos, Montecristo se dirigió a Albert, que venía hacia él con la mano extendida.

—¿Ha visto usted a mi madre? —preguntó Albert.

—Acabo de tener el honor de saludarla —dijo el conde—; pero no he visto a su padre.

—¡Mire! Está hablando de política, allá, en ese grupito de celebridades.

—¿De verdad —dijo Montecristo— que aquellos señores son celebridades? ¡Nunca lo hubiera sospechado! ¿Y celebridades de qué tipo? Hay celebridades de toda especie, como usted sabe.

—Pues hay, en primer lugar, un sabio, ese señor alto y seco: ha descubierto en el campo de Roma una especie de lagarto que tiene una vértebra más que los demás, y ha venido a dar parte de su descubrimiento al Instituto. La cosa ha sido contestada durante mucho tiempo, pero se le dio la razón al señor alto y seco. La vértebra hizo mucho ruido en el mundo de los sabios; el hombre alto y seco no era más que caballero de la Legión de Honor: ahora le han nombrado oficial de la Legión de Honor.

—¡Me alegro! —dijo Montecristo—. Esa es una cruz dada con toda sabiduría; entonces, ¿si encuentra una segunda vértebra le harán comendador?

—Es probable —dijo Morcerf.

—Y ese otro que ha tenido la singular idea de ataviarse con un frac azul bordado en verde, ¿quién puede ser?

—No fue él quien tuvo la idea de engalanarse con ese traje: fue la República, la cual, como usted sabe, era un poco artista, y que, queriendo poner de uniforme a los académicos, rogó a David que les diseñase uno.

—¡Ah! Vaya —dijo Montecristo—; ¿así que ese señor es académico?

—Desde hace ocho días forma parte de la docta asamblea.

—¿Y cuál es su mérito, su especialidad?

—¿Su especialidad? Creo que clava alfileres en la cabeza de los conejos, que hace comer rubia a las gallinas y que pincha con varillas la médula espinal de los perros.

—¿Y por eso pertenece a la Academia de Ciencias?

—No, a la Academia Francesa.

—¿Pero qué tiene que hacer en la Academia Francesa?

—Pues voy a decírselo, parece...

—¿Que sus experimentos han hecho dar un gran paso a la ciencia, sin duda?

—No, sino que escribe en un estilo muy bueno.

—Eso debe halagar enormemente el amor propio de los conejos a los que clava alfileres en la cabeza, el de las gallinas a las que tiñe de rojo los huesos y el amor propio de los perros, cuya médula espinal pincha —dijo Montecristo.

Albert se echó a reír.

—¿Y ese otro? —preguntó el conde.

—¿Qué otro?

—Sí, el tercero.

—¡Ah! ¿El del frac azulejo?

—Sí.

—Es un colega del conde que acaba de oponerse lo más ardientemente posible a que la Cámara de los Pares tenga un uniforme, y ha tenido un gran éxito de tribuna respecto a eso; no estaba muy a bien con las gacetas liberales, pero su noble oposición a los deseos de la Corte ha hecho que se congracie con ellas; hablan de nombrarle embajador.

—¿Y cuáles son sus títulos para ser par?

—Ha compuesto dos o tres óperas cómicas; ha comprado cuatro o cinco acciones en *Le Siècle*, y ha votado cinco o seis años a favor del Ministerio.

—¡Bravo! Vizconde —dijo Montecristo riendo—, es usted un magnífico cicerone; ahora, ¿me haría usted un favor?

—Claro.

—No me presentará a esos señores, y si ellos solicitan que me los presente, avíseme.

En ese momento el conde sintió que le ponían una mano en su hombro; se dio la vuelta, era Danglars.

—¡Ah! ¡Es usted, barón! —dijo.

—¿Por qué me llama usted barón? —dijo Danglars—. Usted sabe que no hago hincapié en el título. No como usted, vizconde; usted sí que lo

hace, ¿no es así?

—Ciertamente —respondió Albert—, dado que si no fuera vizconde, no sería nada, mientras que usted, usted puede sacrificar su título, y seguiría siendo millonario.

—Lo que me parece el más hermoso título en esta *Monarquía de Julio* —repuso Danglars.

—Desgraciadamente —dijo Montecristo— no se es millonario de por vida, como se es barón, par de Francia o académico; ahí tiene para demostrarlo a los millonarios Frank y Poulmann, de Fráncfort, que acaban de declararse en bancarrota.

—¿De verdad? —dijo Danglars palideciendo.

—A fe mía, acabo de recibir la noticia esta tarde por un correo; yo tenía con ellos algo así como un millón, pero, advertido a tiempo, exigí el reembolso hace un mes, más o menos.

—¡Ah! ¡Dios mío! —repuso Danglars—. Me han echado abajo unos doscientos mil francos.

—Y bien, ya está prevenido; su firma vale un cinco por ciento.

—Sí, pero prevenido demasiado tarde —dijo Danglars—, yo he hecho honor a su firma.

—¡Bueno! —dijo Montecristo—. Otros doscientos mil francos que van a reunirse con aquellos...

—¡Chsss! —dijo Danglars—. No hable de esas cosas... —después, acercándose a Montecristo—; sobre todo, no delante del señor Cavalcanti, hijo —añadió el banquero que, al pronunciar esas palabras, se giró sonriendo en dirección al joven Cavalcanti.

Morcerf dejó al conde para ir a hablar con su madre. Danglars, para saludar a Cavalcanti hijo. Montecristo se encontró solo un instante.

Mientras tanto, el calor comenzaba a ser excesivo.

Los criados circulaban por los salones con bandejas cargadas de fruta y de helados.

Montecristo se enjugó con el pañuelo su rostro lleno de sudor; pero se echó hacia atrás cuando la bandeja pasó delante de él, y no cogió nada para refrescarse.

La señora de Morcerf no perdía de vista a Montecristo. Vio cómo le pasaba la bandeja sin que él la tocase; captó incluso el movimiento con el que el conde se apartó.

—Albert —dijo— ¿has notado una cosa?

—¿Qué cosa, madre?

—Que el conde no quiere aceptar nada de casa del señor de Morcerf.

—Sí, pero aceptó desayunar en mi casa, puesto que fue a través de ese desayuno cuando hizo su entrada en sociedad.

—En casa de Albert no es en casa del conde —murmuró Mercedes—, y desde que está aquí, le observo.

—¿Y bien?

—Y bien, pues no ha tomado nada.

—El conde es un hombre moderado.

Mercedes sonrió tristemente.

—Acércate a él, hijo —dijo la madre—, y cuando esté cerca una bandeja, insiste.

—¿Por qué, madre?

—Hazme ese favor, Albert —dijo Mercedes.

Albert besó la mano de su madre, y fue a situarse cerca del conde.

Otra bandeja, cargada como las precedentes, pasó junto a Albert; su madre le vio insistir ante el conde, tomar incluso él mismo un helado y ofrecérselo, pero el conde lo rechazó obstinadamente.

Albert volvió junto a su madre; la condesa estaba muy pálida.

—Y bien —dijo—, ya lo ves, lo ha rechazado.

—Sí; pero, ¿por qué le preocupa tanto, madre?

—Ya sabes, Albert, las mujeres somos singulares. Me hubiera gustado que el conde tomara algo en mi casa, aunque sólo fuera un grano de granada. Quizá sólo es que no se adapta a las costumbres francesas, quizá prefiere alguna otra cosa.

—¡Dios mío, no! Yo le vi en Italia que comía de todo; sin duda estará indispuerto esta noche.

—Además —dijo la condesa—, si ha vivido siempre en climas cálidos, quizá sea menos sensible que los demás al calor.

—No lo creo, pues se quejaba de ahogarse y preguntaba que, puesto que las ventanas ya estaban abiertas, por qué no abrían las contraventanas.

—En efecto —dijo Mercedes—, es un modo de asegurarme si esa abstinencia es una decisión tomada.

Y salió del salón.

Un instante después, las celosías de las contraventanas se abrieron, y a través de los jazmines y de las clemátides que adornaban las ventanas, se pudo ver todo el jardín iluminado con las linternas, y el refrigerio servido bajo la carpa.

Los que bailaban, los que jugaban y los que charlaban dieron un grito de alegría: todos esos pulmones alterados aspiraban con delicia el aire fresco que entraba a bocanadas.

En el mismo momento, Mercedes reapareció en el salón, más pálida de lo que había salido, pero con una firmeza en el rostro que era notable en ella en determinadas circunstancias. Fue directamente al grupo cuyo centro era su marido.

—No encadene a estos señores aquí, señor conde —dijo—, preferirán, si no juegan, respirar en el jardín antes que ahogarse aquí.

—¡Ah! Señora —dijo un viejo general muy galante que cantó en 1809 *¡Partamos para Siria!*—, no saldremos solos al jardín.

—De acuerdo —dijo Mercedes—, yo misma voy a dar ejemplo.

Y dirigiéndose a Montecristo:

—Señor conde —dijo—, hágame el honor de ofrecerme su brazo.

El conde casi se cae al oír esas simples palabras, después, miró un momento a Mercedes. Ese momento tuvo la rapidez de un relámpago y, sin embargo, a la condesa le pareció que duraba un siglo, de tantos pensamientos como Montecristo había puesto en esa sola mirada.

Le ofreció el brazo a la condesa; ella se apoyó en él o, por decirlo mejor, le rozó con su gentil mano, y los dos bajaron por uno de los laterales de la escalinata adornada a ambos lados con rododendros y camelias.

Tras ellos, por el otro lateral, una veintena de invitados salió precipitadamente al jardín, con ruidosas exclamaciones de gozo.

Capítulo LXXI

El pan y sal

La señora de Morcerf entró bajo la bóveda de verdor con su acompañante; esta bóveda era un sendero de tilos que conducía a un invernadero.

—Hacía demasiado calor en el salón, ¿no, señor conde? —dijo.

—Sí, señora; y su idea de abrir puertas y ventanas ha sido excelente.

Al terminar esta frase, el conde se dio cuenta de que la mano de Mercedes temblaba.

—Pero usted, con ese vestido ligero y sin llevar nada al cuello más que ese echarpe de gasa, quizá tenga frío, ¿no? —dijo.

—¿Sabe adónde le llevo? —dijo la condesa, sin responder a la pregunta de Montecristo.

—No, señora —respondió este—; pero, ya lo ven, amigos, no opongo resistencia.

—Al invernadero que ve allí, al final de este sendero.

El conde miró a Mercedes como para preguntar algo, pero ella continuó el paseo sin decir nada, y Montecristo, por su parte, permaneció mudo.

Llegaron al invernadero, todo lleno de frutas magníficas que desde el comienzo de julio alcanzaban la madurez, bajo esa temperatura siempre calculada para reemplazar el calor del sol, tan a menudo ausente en estas tierras.

La condesa dejó el brazo de Montecristo y fue a cortar de una cepa un racimo de uvas de moscatel.

—Tenga, señor conde —dijo con una sonrisa tan triste que las lágrimas hubieran podido aflorar al borde de sus ojos—; tenga, nuestras uvas de Francia no son comparables, lo sé, a sus vides de Sicilia o de Chipre, pero será usted indulgente con nuestro pobre sol del norte.

El conde hizo una inclinación y dio un paso atrás.

—¿Me lo rechaza? —dijo Mercedes con voz temblorosa.

—Señora —respondió Montecristo—, le ruego humildemente que me disculpe, pero nunca tomo uvas de moscatel.

Mercedes dejó caer el racimo suspirando. Un hermoso melocotón colgaba del árbol contiguo, en espaldera, que había dado frutos, como las cepas de uva, bajo el calor artificial del invernadero.

Mercedes se acercó a la fruta aterciopelada y la cortó.

—Tome, entonces, este melocotón —dijo ella.

Pero el conde tuvo el mismo gesto de rechazo.

—¡Oh! ¡Tampoco! —dijo ella en un tono tan doloroso que se notaba que se ahogaba en un sollozo—. De verdad, me duele mucho.

Un largo silencio siguió a esta escena; y ya había dejado rodando por la arena el melocotón, como el racimo de uvas.

—Señor conde —repuso al fin Mercedes mirando suplicante a Montecristo—; hay una conmovedora costumbre árabe que convierte en amigos eternamente a quienes comparten, bajo el mismo techo, el pan y la sal.

—La conozco, señora —respondió el conde—; pero estamos en Francia y no en Arabia, y no hay amistades eternas, del mismo modo que tampoco se comparte el pan y la sal.

—Pero, en fin —dijo la condesa palpitante y con los ojos fijos en los de Montecristo, a quien sujetaba casi convulsivamente el brazo con sus dos manos—, nosotros somos amigos, ¿no?

La sangre afluyó al corazón del conde, que se puso pálido como la muerte, después, remontando del corazón a la garganta, invadió sus mejillas, y sus ojos nadaron en esa ola durante algunos segundos, como si estuviera afectado por un deslumbramiento.

—Ciertamente que somos amigos, señora —replicó—; además, ¿por qué no íbamos a serlo?

Ese tono estaba tan lejos del que deseaba la señora de Morcerf, que esta se dio la vuelta para ocultar un suspiro que parecía más un gemido.

—Gracias —dijo.

Y se puso de nuevo a caminar. Así dieron una vuelta por el jardín sin pronunciar una sola palabra.

—Señor —dijo de repente la condesa tras diez minutos de paseo silencioso—, ¿es cierto que haya usted visto tanto, viajado tanto, sufrido tanto?

—He sufrido mucho, sí, señora —respondió Montecristo.

—¿Pero ahora es usted feliz?

—Sin duda —respondió el conde—, pues nadie me oye quejarme.

—¿Y su felicidad presente le hace el alma más dulce?

—Mi dicha presente iguala a mi miseria pasada —dijo el conde.

—¿No está usted casado? —preguntó la condesa.

—¿Yo, casado? —respondió el conde temblando—. ¿Quién pudo decirle eso?

—No me lo han dicho, pero varias veces le han visto llevar a la Ópera a una persona joven y bella.

—Es una esclava que compré en Constantinopla, señora, una hija de príncipes, que he convertido en mi hija, puesto que no tengo ninguna otra afeción en el mundo.

—¿Así que vive usted solo?

—Vivo solo.

—¿No tiene hermanas..., hijo..., padre...?

—No tengo a nadie.

—¿Cómo puede usted vivir así, sin nada que le una a la vida?

—No es culpa mía, señora. En Malta amé a una joven con la que iba a casarme cuando estalló la guerra que me llevó como un torbellino lejos de

ella. Creí que me amaba lo suficiente como para esperarme, para permanecerme fiel, incluso hasta mi tumba. Cuando volví, ella se había casado. Es la historia de todo hombre que ha pasado por la edad de veinte años. Yo quizá tenía el corazón más débil que los demás, y sufrí más que cualquier otro en mi lugar, eso es todo.

La condesa se detuvo un momento, como si tuviera necesidad de ese alto para respirar.

—Sí —dijo ella—, ese amor se le quedó en el corazón... Realmente sólo se ama una vez... ¿Y volvió usted a ver a esa mujer?

—Nunca.

—¡Nunca!

—Nunca regresé al país en el que ella está.

—¿En Malta?

—Sí, en Malta.

—¿Entonces ella sigue en Malta?

—Eso pienso.

—¿Y le ha perdonado usted todo lo que le hizo sufrir?

—A ella, sí.

—Pero solamente a ella; ¿usted sigue odiando a quienes le apartaron de ella?

La condesa se situó frente a Montecristo; tenía aún en la mano parte del racimo de uvas.

—Tome —dijo.

—Nunca como moscatel, señora —respondió Montecristo, como si no hubiera ya tratado ese asunto.

La condesa tiró el racimo en el rincón más próximo con un gesto de desesperación.

—¡Inflexible! —murmuró.

Montecristo permaneció totalmente impasible como si el reproche no fuera con él.

Albert se acercaba deprisa en ese momento.

—¡Oh! Madre —dijo—, ¡una gran desgracia!

—¡Cómo! ¿Qué ha pasado? —preguntó la condesa incorporándose como si, después del sueño, hubiera sido transportada a la realidad—: ¿una

desgracia, dices, hijo? En efecto, debe ser algo grave.

—El señor de Villefort está aquí.

—¿Y bien?

—Viene a buscar a su mujer y a su hija.

—¿Y eso por qué?

—Porque la señora marquesa de Saint-Méran ha llegado a París, trayendo la mala noticia de que el señor de Saint-Méran ha muerto, saliendo de Marsella, en la primera posta. La señora de Villefort, que estaba muy alegre, no quería entender, no quería creer en esa desgracia, pero la señorita Valentine, al oír las primeras palabras, y aunque su padre tomara algunas precauciones, adivinó todo; el golpe la abatió como un rayo, y cayó desvanecida.

—¿Y qué es el señor de Saint-Méran de la señorita de Villefort? —preguntó el conde.

—Su abuelo materno. Venía para apresurar el matrimonio de Franz con su nieta.

—¡Ah! ¿De verdad?

—Así que lo de Franz se retrasa. ¿Por qué no será el señor de Saint-Méran también un pariente de la señora Danglars?

—¡Albert! ¡Albert! —dijo la señora de Morcerf en un tono de dulce reproche—. ¿Pero qué dices? ¡Ah! Señor conde, usted a quien mi hijo tanto considera, dígame que no se habla así.

Y la señora de Morcerf se adelantó unos pasos.

Montecristo la miró tan extrañamente y con una expresión a la vez tan soñadora y tan llena de afectuosa admiración, que ella volvió sobre sus pasos.

Entonces ella le cogió la mano al mismo tiempo que apretaba la de su hijo, y juntándolas las dos:

—Somos amigos, ¿no es así? —dijo.

—¡Oh! Su amigo, señora; no tengo tal pretensión —dijo el conde—; pero, en todo caso, soy su más humilde servidor.

La condesa partió con una indecible angustia y, antes de que hubiera dado diez pasos, el conde la vio llevarse el pañuelo a los ojos.

—¿Es que no están ustedes de acuerdo, mi madre y usted? —preguntó Albert asombrado.

—Al contrario —respondió el conde—, puesto que acaba de decirme, delante de usted, que somos amigos.

Y ambos entraron en el salón que acababan de dejar Valentine y los señores de Villefort.

Ni qué decir tiene que Morrel salió tras ellos.

Capítulo LXXII

La señora de Saint-Méran

En efecto, una lúgubre escena acababa de tener lugar en la casa del señor de Villefort.

Después de que las dos señoras hubieran salido para ir al baile, al que todas las instancias de la señora de Villefort no habían podido determinar a su marido a acompañarla, el fiscal, según su costumbre, se había encerrado en su gabinete con una pila de expedientes que hubiesen asustado a cualquier otro, pero que en los tiempos ordinarios de su vida apenas si bastaban para satisfacer su robusto apetito de trabajo.

Pero esta vez, los dosieres eran sólo un asunto de forma. Villefort no se encerraba para trabajar en ellos, sino para reflexionar; y una vez cerrada la puerta, con la orden dada de que no le molestasen a no ser que fuera para algo importante, se sentó en el sillón y se puso a repasar en su memoria, una vez más, todo lo que desde hacía siete u ocho días desbordaba la copa de sus sombríos tormentos y de sus amargos recuerdos.

Entonces, en lugar de atacar los expedientes apilados delante de él, abrió un cajón de su mesa de despacho, accionó un mecanismo secreto y sacó el envoltorio de sus notas personales, manuscritos valiosos, entre los que había clasificado y etiquetado con iniciales sólo conocidas por él los

nombres de todos los que en su carrera política, en sus asuntos monetarios, en sus diligencias del oficio de fiscal o en sus misteriosos amoríos, se habían convertido en sus enemigos.

El número era tan formidable en ese momento que había empezado a temblar; y, sin embargo, todos esos nombres, por muy poderosos y por muy numerosos que fuesen, le habían hecho muchas veces sonreír, como sonrío el viajero que, desde la cima culminante de la montaña, observa a sus pies los agudos picos, los caminos impracticables y las aristas de los precipicios cerca de los cuales, para llegar a la cumbre, trepó penosamente durante tanto tiempo.

En cuanto hubo repasado bien esos nombres de la lista en su memoria, en cuanto los hubo releído bien, estudiado bien, y comentado bien, meneó la cabeza.

—No —murmuró—, ninguno de estos enemigos habría esperado paciente y laboriosamente hasta el día de hoy para venir a aplastarme ahora con ese secreto. Algunas veces, como dice Hamlet, el ruido de las cosas más profundamente enterradas, sale de la tierra, y como el fuego fatuo, corre alocadamente por el aire; pero son llamas que alumbran un momento para despistar. El corso habría contado la historia a algún sacerdote, que a su vez la habría difundido. El señor de Montecristo la habría conocido, y para esclarecer los hechos...

»¿Pero por qué esclarecer...? —se decía Villefort después de un instante de reflexión—. ¿Qué interés puede tener el señor de Montecristo, señor Zaccone, hijo de un armador de Malta, explotador de una mina de plata en Tesalia, que viene por primera vez a Francia, en esclarecer un hecho oscuro, misterioso e inútil como ese? En medio de esos datos incoherentes que me dieron tanto el abate Busoni como ese tal lord Wilmore, uno amigo y otro enemigo, una sola cosa queda clara, precisa y patente a mis ojos; y es que, en ningún momento, en ningún caso, en ninguna circunstancia, ha podido haber el menor contacto entre él y yo.

Pero Villefort se decía todas estas cosas sin creérselas él mismo. Lo más terrible para él no era aún la revelación, pues podía negarlo, o incluso responder; se preocupaba poco de ese *Mene, Tekel, Peres*, que aparecía de

repente en letras de sangre sobre las paredes; lo que le inquietaba era conocer el cuerpo al que pertenecía esa mano que las había trazado.

En el momento en el que intentaba tranquilizarse a sí mismo, y en el que, en lugar de ese porvenir político que en sus sueños de ambición había entrevisto a veces, se imaginaba, en el temor de despertar a ese enemigo dormido desde hacía tanto tiempo, se imaginaba un futuro restringido a las delicias del hogar; en ese momento, el ruido de un coche se oyó en el patio; después, oyó en la escalera los pasos de una persona mayor, a continuación, los sollozos y los ¡ay! de los criados, como ellos saben hacer cuando quieren hacerse los afectados por el dolor de sus amos.

Villefort se apresuró a abrir el cerrojo de su despacho y enseguida, sin que fuese anunciada, una dama anciana entró con un chal sobre el brazo y el sombrero en la mano. Sus cabellos blancos descubrían una frente mate como el marfil amarillento, y sus ojos, en cuyos extremos la edad había surcado profundas arrugas, desaparecían casi bajo la hinchazón producida por las lágrimas.

—¡Oh! Señor —dijo—; ¡ah! Señor, ¡qué desgracia! ¡Yo también me muero! ¡Oh! Sí, ¡claro que me moriré!

Y, desplomándose en el sillón más próximo a la puerta, estalló en sollozos.

Los criados, de pie en el umbral, sin atreverse a ir más allá, miraban al viejo criado de Noirtier, que al oír todo ese ruido desde los aposentos de su amo, había acudido también y se mantenía detrás de los otros. Villefort se levantó y fue hacia su suegra, pues la anciana era la señora de Saint-Méran.

—¡Eh! Por Dios, señora —preguntó—, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué es lo que le hace llorar de esa manera? ¿Por qué el señor de Saint-Méran no la acompaña?

—El señor de Saint-Méran ha muerto —dijo la anciana marquesa, sin preámbulo alguno, sin expresión y con una especie de estupor.

Villefort dio un paso hacia atrás, y se estrujó las manos una contra otra.

—¡Muerto...! —balbuceó—. ¿Muerto así... súbitamente?

—Hace ocho días —continuó la señora de Saint-Méran— partimos de viaje juntos después de cenar. El señor de Saint-Méran se encontraba mal

desde hacía algunos días, sin embargo, la idea de volver a ver a nuestra querida Valentine le dio fuerzas y a pesar de sentirse enfermo quiso venir, cuando a unas seis leguas de Marsella, después de tomar sus habituales pastillas, cayó en un sueño tan profundo que no me parecía natural, sin embargo, yo dudaba en despertarle, cuando me pareció que se le ponía la cara roja y que las venas de las sienes latían más violentamente que de costumbre. Pero a pesar de todo, y como ya era de noche y estaba todo oscuro, le dejé dormir; enseguida dio un grito sordo y desgarrador como quien sufre en sueños, y en un movimiento brusco echó la cabeza hacia atrás. Llamé al ayuda de cámara, mandé parar al postillón, llamé al señor de Saint-Méran, le hice respirar mi frasco de sales, pero todo había acabado, estaba muerto, y tuve que llegar a Aix, llevando junto a mí el cadáver.

Villefort estaba estupefacto y con la boca abierta.

—¿Y llamó usted a un médico, sin duda?

—En el mismo instante, pero, como he dicho, era demasiado tarde.

—Sin duda, pero ¿al menos pudo reconocer de qué ha muerto el pobre marqués?

—¡Dios mío! Sí, señor, me lo dijo: parece que se trata de una apoplejía fulminante.

—¿Y entonces, qué hizo usted?

—El señor de Saint-Méran siempre había dicho que si moría lejos de París, deseaba que su cuerpo fuese traído y enterrado en el panteón familiar. He mandado ponerlo en un ataúd de plomo y le precedo en dos o tres días.

—¡Oh, Dios mío, pobre madre! —dijo Villefort—. Tantos cuidados después de un golpe así, ¡y a su edad!

—Dios me ha dado fuerza hasta el final; además, este querido marqués hubiera hecho lo mismo por mí. Es cierto que desde que me adelanté en el camino, me parece que estoy loca; ya no puedo ni llorar; es cierto que dicen que a mi edad ya no se tienen lágrimas, sin embargo, me parece que en tanto que se sufre se llora. ¿Dónde está Valentine, señor? Hemos venido por ella, quiero verla.

Villefort pensó que sería espantoso responder que Valentine estaba en un baile; así que dijo solamente a la marquesa que su nieta había salido con su madrastra y que iba a avisarles.

—Ahora mismo, señor, ahora mismo, se lo suplico —dijo la anciana dama.

Villefort cogió del brazo a la señora de Saint-Méran y la condujo a sus aposentos.

—Descanse un poco, madre —dijo.

La marquesa levantó la cabeza al oír esas palabras y, al ver a este hombre que le recordaba a su hija tan llorada que vivía en ella a través de Valentine, se sintió conmovida por ese título de madre y se fundió en llanto, cayó de rodillas en un sillón llevándose las manos a su venerable cabeza.

Villefort la dejó al cuidado de las mujeres, mientras que el viejo Barrois subía todo asustado a la habitación de su amo, pues nada asusta tanto a los viejos como la muerte, cuando se aparta por un momento de su lado y se acerca a golpear a otro anciano.

Después, mientras que la señora de Saint-Méran, arrodillada, oraba desde el fondo de su corazón, Villefort pidió un coche y él mismo fue a casa de la señora de Morcerf a buscar a su mujer y a su hija para traerlas a casa. Estaba tan pálido cuando apareció en la puerta del salón que Valentine fue corriendo a su encuentro gritando:

—¡Oh, padre, padre! ¡Ha sucedido alguna desgracia!

—Tu abuela acaba de llegar, Valentine —dijo el señor de Villefort.

—¿Y el abuelo? —preguntó la joven toda temblorosa.

El señor de Villefort no respondió más que ofreciendo el brazo a su hija.

Y menos mal, porque Valentine, en un mareo, se venía al suelo; la señora de Villefort la sujetó y con la ayuda de su marido la llevaron al coche diciendo:

—¡Qué extraño es todo! ¿Quién lo habría dicho? ¡Oh! Sí, ¡todo es muy extraño!

Y toda esa familia desolada salió así, extendiendo su tristeza, como un crespón negro, sobre el resto de los invitados.

Al pie de la escalera de su casa estaba Barrois, que esperaba a Valentine:

—El señor Noirtier desea verla enseguida —le dijo en voz baja a la joven.

—Dígale que iré cuando salga de ver a la abuelita —dijo Valentine.

En la delicadeza de su alma, la joven comprendía que la que realmente la necesitaba en ese momento era la señora de Saint-Méran.

Valentine encontró a su abuela en la cama; mudas caricias, henchido el corazón de tanto dolor, suspiros entrecortados, lágrimas ardientes, esos fueron los únicos detalles que puedan narrarse de este encuentro, al que asistía, del brazo de su marido, la señora de Villefort, llena de respeto, aparente al menos, por la pobre viuda.

Al cabo de un instante, se inclinó al oído de su marido:

—Con su permiso —dijo—, más vale que yo me retire, pues el verme parece afligir más aún a su suegra.

La señora de Saint-Méran lo oyó.

—Sí, sí, —le susurró al oído a Valentine—, que se vaya, pero tú, quédate, quédate.

La señora de Villefort salió y Valentine se quedó sola junto a la cama de su abuela, pues el fiscal, consternado por esa muerte imprevista, siguió a su mujer.

Mientras tanto, Barrois había subido la primera vez junto al viejo Noirtier; este había oído todo el ruido que se había producido en la casa, y había enviado, como hemos dicho, al viejo sirviente a informarse.

Cuando Barrois volvió junto al anciano, esos ojos tan vivos y sobre todo tan inteligentes, preguntaron al mensajero:

—¡Ay! Señor —dijo Barrois—, ha sucedido una gran desgracia: la señora de Saint-Méran está aquí, y su marido ha muerto.

El señor de Saint-Méran y Noirtier nunca habían estado unidos con una profunda amistad; sin embargo, ya se sabe el efecto que causa en un anciano la muerte de otro anciano.

Noirtier dejó caer la cabeza sobre el pecho, como alguien hundido, o como alguien que piensa, después cerró un solo ojo.

—¿La señorita Valentine? —dijo Barrois.

Noirtier hizo el gesto del sí.

—Está en el baile, el señor lo sabe bien, puesto que vino a despedirse vestida ya para la fiesta.

Noirtier cerró de nuevo el ojo izquierdo.

—Sí, ¿usted quiere verla?

El anciano hizo la señal de que era eso lo que deseaba.

—Y bien, van a ir a buscarla sin duda a casa de la señora de Morcerf; la esperaré a la puerta y le diré que venga a verle. ¿Es eso?

—Sí —respondió el paralítico.

Barrois esperó, pues, la llegada de Valentine, y como hemos dicho, a su regreso, le expuso el deseo de su abuelo.

Siguiendo ese deseo Valentine subió a ver a Noirtier después de dejar a la señora de Saint-Méran que, toda agitada como estaba, acabó por sucumbir al cansancio y se durmió con un sueño febril.

Habían acercado al alcance de su mano una mesita sobre la que habían puesto una jarra de zumo de naranja, su bebida habitual, y un vaso.

Después, como hemos dicho, la joven había dejado a la marquesa para subir donde su abuelo Noirtier.

Valentine vino a abrazar a su abuelo, que la miró con tanta ternura que la joven sintió de nuevo cómo brotaban las lágrimas de sus ojos, fuente que creía ya estar agotada.

El anciano insistía en su mirada.

—Sí, sí —dijo Valentine—, quieres decir que sigo teniendo un abuelo querido, ¿no es eso?

El anciano hizo una señal que efectivamente era eso lo que su mirada quería decir.

—¡Ay! Menos mal —repuso Valentine—, sin eso, ¿qué sería de mí, Dios mío?

Era la una de la mañana. Barrois, que también tenía ganas de acostarse, hizo observar que después de una velada tan dolorosa todo el mundo necesitaba descansar. El anciano no quiso decir que su descanso, el suyo, era estar con su nieta. Así que despidió a Valentine, a quien efectivamente el dolor y la fatiga le daban un aspecto de enorme sufrimiento.

A la mañana siguiente, al entrar en la habitación de su abuela, Valentine la encontró acostada; la fiebre no se había calmado, al contrario, un ardor sombrío brillaba en los ojos de la anciana marquesa, y parecía presa de una violenta irritación nerviosa.

—¡Oh! ¡Dios mío! Abuelita querida, ¿estás peor? —exclamó Valentine al ver esos síntomas de agitación.

—No, hija mía, no —dijo la señora de Saint-Méran—; pero esperaba con impaciencia a que llegases para que fueras a buscar a tu padre.

—¿A mi padre? —preguntó Valentine inquieta.

—Sí, quiero hablar con él.

Valentine no se atrevió a oponerse al deseo de su abuela, cuya causa además ignoraba, y un instante después Villefort entró.

—Señor —dijo la señora de Saint-Méran, sin emplear ningún circunloquio, y como si temiera que el tiempo le faltase—, ¿se trata, me escribió, de un matrimonio para esta niña?

—Sí, señora —respondió Villefort—; es más que un proyecto, es ya algo convenido.—¿Su futuro yerno se llama Franz d'Épinay?

—Sí, señora.

—¿Es el hijo del general d'Épinay, que era de los nuestros y que fue asesinado algunos días antes de que el usurpador regresara de la isla de Elba?

—Eso es.

—¿Y esta alianza con la nieta de un jacobino no le repugna?

—Nuestras disensiones políticas felizmente se han extinguido, madre —dijo Villefort—; el señor d'Épinay era casi un niño a la muerte de su padre; conoce muy poco al señor Noirtier, y le verá, si no con placer, sí al menos con indiferencia.

—¿Es un partido adecuado?

—En todos los sentidos.

—¿El joven...?

—Goza de la consideración general.

—¿Es adecuado?

—Es uno de los hombres más distinguidos que conozco.

Durante toda esta conversación, Valentine se había quedado callada.

—Y bien, señor —dijo, después de algunos segundos de reflexión, la señora de Saint-Méran—, hay que darse prisa, pues me queda poco tiempo de vida.

—¡A usted, señora!

—¡A usted, mi querida abuela! —exclamaron a la vez el señor de Villefort y Valentine.

—Yo sé lo que me digo —repuso la marquesa—; tiene que darse prisa para que, ya que no tiene madre, tenga al menos a su abuela para bendecir su matrimonio. Soy la única que le queda de parte de mi pobre Renée, a quien usted olvidó tan pronto, señor.

—¡Ah! Señora —dijo Villefort—, olvida usted que tenía que dar una madre a esta pobre niña.

—¡Una madrastra no es nunca una madre, señor! Pero no se trata de eso, se trata de Valentine; dejemos a los muertos tranquilos.

Todo esto lo decía con una volubilidad y en un tono tales que había en esta conversación algo que parecía el principio de un delirio.

—Todo se hará según su deseo, señora —dijo Villefort—, teniendo en cuenta, sobre todo, que su deseo coincide con el mío; y en cuanto llegue a París el señor d'Épinay...

—Abuela querida —dijo Valentine—, el decoro, el duelo tan reciente... ¿querrá usted celebrar un matrimonio con tan tristes auspicios?

—Hija mía —interrumpió con viveza la abuela—, nada de razonamientos banales que impiden a los espíritus débiles construir sólidamente su futuro. A mí también, a mí también me casaron en el lecho de muerte de mi madre, y no por eso he sido desgraciada.

—¡Otra vez esa idea de muerte, señora! —repuso Villefort.

—¡Otra vez! ¡Insisto...! Le digo que voy a morirme, ¡me oye! Pues bien, antes de morir, quiero ver a mi nieto político; quiero decirle que haga feliz a mi querida nieta; quiero leer en sus ojos si va a obedecerme, ¡quiero conocerle! En fin —continuó la abuela con una expresión espantosa—, para volver desde el fondo de mi tumba si no fuera como debe ser, si no fuera lo que tiene que ser.

—Señora —dijo Villefort—, tiene que alejar de usted esas ideas exaltadas, que rozan casi la locura. Los muertos, una vez en sus tumbas, se

quedan allí sin levantarse nunca más.

—¡Oh! Sí, sí, abuelita, ¡cálmate! —dijo Valentine.

—Y yo le digo, señor, que no es como usted cree. Esta noche he tenido un sueño terrible, pues me veía de alguna manera dormir como si mi alma planeara ya por encima de mi cuerpo; mis ojos, que me esforzaba en abrir, se volvían a cerrar a mi pesar, y sin embargo, sé que eso le parecerá imposible a usted, señor; pues bien, con los ojos cerrados, he visto ahí donde usted está, viniendo del rincón donde hay una puerta que da al gabinete de aseo de la señora de Villefort, he visto entrar sin ruido una sombra blanca.

Valentine dio un grito.

—Era la fiebre que la alteraba, señora —dijo Villefort.

—No lo crea si no quiere, pero estoy segura de lo que digo: vi una forma blanca; y como si Dios quisiese que no me fiase de uno solo de mis sentidos, oí remover en mi vaso, mire, mire, ese mismo que está sobre la mesa.

—¡Oh! Abuelita, era un sueño.

—No era en absoluto un sueño, pues cuando estiré la mano a la campanilla, la sombra desapareció. Mi doncella entró entonces con una luz. Los fantasmas sólo se muestran a quienes deben verlos: era el alma de mi marido. Y bien, si el alma de mi marido regresa para llamarme, ¿por qué mi propia alma no puede regresar para ayudar a mi nieta? Los lazos que nos unen son aún más directos, me parece.

—¡Oh! Señora —dijo Villefort, conmovido, a pesar suyo, hasta el fondo de sus entrañas—, no dé pábulo a esas lúgubres ideas; vivirá usted con nosotros, vivirá mucho tiempo feliz, amada, honrada por todos nosotros, y le haremos olvidar...

—¡Nunca!, ¡nunca!, ¡nunca! —dijo la marquesa—. ¿Cuándo viene el señor d'Épinay?

—Le esperamos de un momento a otro.

—Está bien; en cuanto venga, avísenme. ¡Démonos prisa, démonos prisa! Además querré ver a un notario para asegurarme de que todos nuestros bienes recaigan en Valentine.

—¡Oh! Madre —murmuró Valentine, posando sus labios sobre la ardiente frente de su abuela—, ¿es que quiere hacerme morir? ¡Dios mío! Tiene fiebre. ¡No es al notario al que hay que llamar, es al médico!

—¿Al médico? —dijo intentando incorporarse—. No estoy enferma; tengo sed, eso es todo.

—¿Qué quiere beber, abuelita?

—Como siempre, ya lo sabes, mi naranjada. Mi vaso está ahí, sobre la mesa, pásamelo, Valentine.

Valentine le sirvió la naranjada de la jarra en el vaso y lo cogió con cierto sobresalto para dárselo a su abuela, pues era el mismo vaso que habría tocado la sombra, según pretendía la anciana.

La marquesa vació el vaso de un solo trago.

Después, dándose la vuelta en la almohada repetía:

—¡El notario! ¡El notario!

El señor de Villefort salió. Valentine se sentó junto al lecho de su abuela. La pobre muchacha parecía necesitar ella misma al médico que había recomendado a la abuela. Un rubor igual a una llama ardía en las mejillas de la anciana, su respiración era entrecortada y jadeante y el pulso latía como si tuviera fiebre.

La pobre niña pensaba en la desesperación de Maximilien cuando supiera que la señora de Saint-Méran, en lugar de ser una aliada, actuaba, sin conocerle, como si fuera su enemiga.

Más de una vez Valentine pensó en decirle todo a su abuela, y no lo hubiera dudado ni un instante si Maximilien Morrel se hubiese llamado Albert de Morcerf o Raoul de Château-Renaud; pero Morrel era de extracción plebeya, y Valentine conocía el desprecio que la orgullosa marquesa de Saint-Méran sentía por todo lo que no era su linaje. Su secreto, en el momento que pensaba sacarlo a la luz, lo volvía a cobijar en el fondo de su corazón, por la triste certeza de que su descubrimiento sería inútil, y que una vez conocido por su padre y su abuela, todo estaría perdido.

Pasaron unas dos horas así. La señora de Saint-Méran dormía con un sueño ardiente y agitado. Anunciaron al notario.

Aunque el anuncio fue hecho en voz muy baja, la señora de Saint-Méran se incorporó en la almohada.

—¡El notario! —dijo—. ¡Que venga! ¡Que venga!

El notario estaba en la puerta y entró.

—Vete, Valentine —dijo la señora de Saint-Méran—, y déjame con este señor.

—Pero, abuela.

—Vete, vete.

La joven besó a su abuela en la frente y salió, llevándose el pañuelo a los ojos.

En la puerta, un ayuda de cámara le dijo que el médico la esperaba en el salón.

Valentine bajó rápidamente. El médico era un amigo de la familia, y al mismo tiempo uno de los médicos más hábiles de la época; quería mucho a Valentine, a quien había traído al mundo. Tenía una hija de la edad de la señorita de Villefort poco más o menos, pero nacida de una madre enferma de tisis; su vida era un constante temor por esa niña.

—¡Oh! —dijo Valentine—. Querido señor d'Avrigny, le esperábamos con gran impaciencia. Pero, antes de nada, ¿cómo están Madeleine y Antoinette?

Madeleine era la hija del señor d'Avrigny y Antoinette su sobrina.

El médico sonrió con tristeza.

—Muy bien Antoinette —dijo—; bastante bien Madeleine. ¿Pero, me ha llamado, querida niña? —dijo—. ¿No son ni su padre ni la señora de Villefort los que están enfermos? En cuanto a nosotros, aunque sea visible que no podemos desembarazarnos de nuestros nervios, presumo que no me necesitará más que para que le recomiende que no deje volar su imaginación demasiado.

Valentine se sonrojó; el señor d'Avrigny llevaba la ciencia de la adivinación casi hasta el milagro, pues era uno de esos médicos que tratan siempre lo físico a través de lo moral.

—No —dijo ella—, es por mi pobre abuela. Usted sabe la desgracia que nos ha ocurrido, ¿no?

—No sé nada —dijo d'Avrigny.

—¡Ay! —dijo Valentine reprimiendo sus sollozos—. Mi abuelo ha muerto.

—¿El señor de Saint-Méran?

—Sí.

—¿Súbitamente?

—De un ataque de apoplejía fulminante.

—¿De una apoplejía? —repitió el médico.

—Sí. De manera que mi pobre abuela está obsesionada con la idea de que su marido, de quien nunca se había separado, la llama y que ella va a unirse con él. ¡Oh! Señor d'Avrigny, ¡haga algo por mi pobre abuela!

—¿Dónde está?

—En su habitación con el notario.

—¿Y el señor Noirtier?

—Sigue igual, una lucidez de mente perfecta, pero la misma inmovilidad, el mismo mutismo.

—Y el mismo cariño por usted, ¿no es así, mi querida niña?

—Sí —dijo Valentine sonriendo—, él me quiere mucho.

—¿Y quién no la querría, niña?

Valentine sonrió con tristeza.

—¿Y qué le ocurre a su abuela?

—Una excitación nerviosa singular, un sueño agitado y extraño; esta mañana pretendía que, durante el sueño, su alma planeaba por encima de su cuerpo y que la observaba mientras dormía: es como un delirio. Pretende que ha visto a un fantasma entrar en su habitación y oír un ruido que hacía el supuesto fantasma removiendo su vaso.

—Es singular —dijo el doctor—, no sabía que la señora de Saint-Méran tuviera alucinaciones.

—Es la primera vez que la he visto así —dijo Valentine—, y esta mañana me ha asustado mucho, creí que se volvía loca, y mi padre, bueno, señor d'Avrigny, usted conoce a mi padre y sabe que es un hombre serio, pues bien, mi padre parecía también muy impresionado.

—Vamos a ver —dijo el señor d'Avrigny—; lo que me dice me parece muy extraño.

El notario bajaba en ese momento; vinieron a avisar a Valentine de que la señora de Saint-Méran estaba sola.

—Suba —le dijo ella al doctor.

—¿Y usted?

—¡Oh! No me atrevo; me prohibió que le llamara, además, como usted dice, yo también me siento muy inquieta, como con fiebre, indispuesta: voy a dar una vuelta por el jardín para reponerme.

El doctor estrechó la mano de Valentine, y mientras él subía a ver a la abuela, la joven bajó la escalinata.

No necesitamos decir qué parte del jardín era el paseo favorito de Valentine. Después de dar dos o tres vueltas por el césped que rodeaba la casa, después de coger una rosa para ponerla en la cintura o en el pelo, se dirigía por los senderos sombríos que llevaban a un banco y, después, del banco a la verja.

Pero esta vez Valentine, según su costumbre, dio dos o tres vueltas en medio de los macizos de flores, pero sin coger ninguna flor: el luto de su corazón, que no había tenido aún tiempo de extenderse a toda su persona, rechazaba ese sencillo adorno; después, se encaminó hacia su sendero habitual. A medida que avanzaba, le parecía oír una voz que pronunciaba su nombre. Se detuvo asombrada.

Entonces esa voz llegó hasta su oído más claramente, y reconoció la voz de Maximilien.

Capítulo LXXIII

La promesa

Era, en efecto, Morrel, quien desde la víspera ya no vivía. Con ese instinto particular de los enamorados y de las madres, había adivinado que, a consecuencia de esa llegada de la señora de Saint-Méran y de la muerte del marqués, iba a ocurrir algo en casa de Villefort que afectaría mucho a su amor por Valentine.

Como vamos a ver, sus presentimientos se habían realizado, y no era una simple inquietud lo que le llevaba tan asustado y tembloroso a la verja de los castaños.

Pero Valentine no había sido advertida de la espera de Morrel, no era la hora en la que solía venir de ordinario, y fue el puro azar o, si lo preferimos, una hermosa sintonía lo que la condujo al jardín. Cuando apareció, Morrel la llamó; ella corrió a la verja.

—¡Usted, a esta hora! —dijo.

—Sí, mi pobre amiga —respondió Morrel—, vengo a buscar noticias, pero también a traer malas noticias.

—Esta es la casa de las desgracias —dijo Valentine—, hable, Maximilien. Pero de verdad que la suma de desgracias es ya suficiente.

—Querida Valentine —dijo Morrel, intentando reponerse de su propia emoción para hablar adecuadamente—, escúcheme bien, se lo ruego, pues todo lo que voy a decirle es muy importante. ¿Cuándo cuenta usted casarse?

—Escuche —dijo a su vez Valentine—, yo no quiero ocultarle nada, Maximilien. Esta mañana han hablado de mi matrimonio, y mi abuela, con la que yo contaba como un apoyo seguro que no me faltaría, no solamente se ha declarado a favor de ese matrimonio, sino que lo desea hasta el punto de que sólo lo retrasa la llegada del señor d'Épinay, y que al día siguiente de su llegada se firmará el contrato.

Un penoso suspiro abrió el pecho del joven, y miró triste y ampliamente a la joven.

—¡Ay! —repuso en voz baja—. Es espantoso oír a la mujer que uno ama: «El momento de su suplicio está fijado: tendrá lugar dentro de algunas horas; pero poco importa, tiene que ser así, y por mi parte, no manifestaré ninguna oposición». Pues bien, puesto que usted dice que sólo se espera la llegada del señor d'Épinay para firmar el contrato, puesto que usted será suya al día siguiente de su llegada, será mañana cuando usted se comprometa al señor d'Épinay, pues ha llegado a París esta misma mañana.

Valentine dio un grito.

—Yo estaba en casa del conde de Montecristo hace una hora —dijo Morrel—; estábamos charlando, él del dolor de la casa de usted, y yo, de su dolor, Valentine, cuando de repente llegó un coche al patio. Escuche, hasta ahora yo no creía en los presentimientos, Valentine, pero ahora no tengo más remedio que creer en ellos. Al oír ese coche, me estremecí, enseguida oí pasos en la escalera. Los sonoros pasos del Comendador no espantaron más a don Juan que lo que me espantaron esos pasos a mí mismo. Finalmente se abrió la puerta, Albert de Morcerf entró el primero, y yo iba a dudar de mí mismo, iba a creer que me habían engañado mis propios presentimientos, cuando detrás de él veo a otro joven, y que el conde exclama: «¡Ah! ¡El señor barón Franz d'Épinay!». Me fue necesario el acopio de todas mis fuerzas y de todo el valor de mi corazón para contenerme. Quizá palidecí, quizá temblé, pero lo que es seguro es que

permanecí con la sonrisa en los labios. Pero cinco minutos después, salí sin haber oído ni una sola palabra de lo que se dijo en esos cinco minutos; estaba anonadado.

—¡Pobre Maximilien! —murmuró Valentine.

—Aquí estoy, Valentine. Veamos, ahora, respóndame como a un hombre a quien la respuesta de usted va a darle la muerte o la vida. ¿Qué cuenta hacer usted?

Valentine bajó la cabeza; estaba hundida.

—Escuche —prosiguió Morrel—, no es la primera vez que piensa en que esta situación iba a producirse: es grave, es importante, es suprema. No creo que sea el momento de abandonarse a un dolor estéril: eso es bueno para los que quieren sufrir a gusto y beber sus lágrimas a placer. Hay gente así, y sin duda Dios se lo tendrá en cuenta en el cielo por su resignación en la tierra, pero quien tiene la voluntad de luchar no pierde un tiempo precioso y entrega inmediatamente a la suerte el golpe recibido. ¿Tiene la voluntad de luchar contra la mala suerte, Valentine? Dígamelo, pues eso es lo que le vengo a preguntar.

Valentine temblaba y miraba a Morrel con ojos asustados. Esa idea de oponer resistencia a su padre, a su abuela, a toda su familia, en fin, ni siquiera se le había ocurrido.

—¿Qué me dice, Maximilien? —preguntó Valentine—. ¿A qué llama lucha? ¡Oh! Diga más bien sacrilegio. ¡Cómo! Yo lucharía contra la orden de mi padre, contra el deseo de mi abuela moribunda, ¡es imposible!

Morrel hizo un movimiento.

—Usted tiene un corazón demasiado noble como para no comprenderme, y me comprende usted tan bien, querido Maximilien, que le he reducido al silencio. ¡Luchar, yo! ¡Dios me libre! No, no; guardo todas mis fuerzas para luchar contra mí misma y para beber mis lágrimas, como usted dice. En cuanto a afligir a mi padre, en cuanto a turbar los últimos momentos de mi abuela, ¡nunca!

—Tiene razón —dijo flemáticamente Morrel.

—¡De qué manera me dice eso, Dios mío! —exclamó Valentine herida.

—Le digo eso como hombre que la admira, señorita —repuso Maximilien.

—¡Señorita! —exclamó Valentine—, ¡señorita! ¡Oh! ¡El egoísta! Me ve desesperada y finge no comprender.

—Se equivoca, la comprendo perfectamente, al contrario. Usted no quiere contrariar al señor de Villefort, usted no quiere desobedecer a la marquesa, y mañana firmará el contrato que la unirá a su marido.

—Pero, ¡Dios mío! ¿Es que puedo hacer otra cosa?

—No tiene que preguntarme a mí, señorita, pues soy un mal juez en esta causa, y mi egoísmo me cegará —respondió Morrel, cuya voz sorda y los puños apretados anunciaban una creciente exasperación.

—¿Qué me hubiera propuesto, Morrel, si yo estuviera dispuesta a aceptar su proposición? Veamos, respóndame. No se trata de decir que hago mal, tiene que darme un consejo.

—¿Me está diciendo eso seriamente, Valentine? ¿Tengo que dárselo yo, ese consejo? Dígamelo.

—Claro que sí, querido Maximilien, pues si es bueno, ese consejo, lo seguiré; usted bien sabe que me entrego a sus deseos.

—Valentine —dijo Morrel acabando de apartar una madera de la empalizada, ya algo separada—, deme su mano como prueba de que me perdona mi ira; es que estoy trastornado, mire, y desde hace una hora se me vienen a la cabeza las ideas más insensatas. ¡Oh! ¡Si rechaza usted mi consejo...!

—Sí, ¿qué consejo?

—Mire, Valentine.

La joven elevó los ojos al cielo suspirando.

—Soy libre —prosiguió Maximilien—, soy lo bastante rico para los dos; le juro que será mi esposa antes de que mis labios se posen en su frente.

—Me hace temblar —dijo la joven.

—Sígueme —continuó Morrel—; la llevaré a casa de mi hermana, que es digna de ser también su hermana; nos embarcaremos hacia Argel, a Inglaterra o a América, si es que no prefiere retirarnos juntos en provincias, donde esperaríamos a volver a París, cuando nuestros amigos hubieran vencido la resistencia de su familia de usted.

Valentina meneó la cabeza.

—Me lo esperaba, Maximilien —dijo—, es el consejo de un loco, y yo sería más loca que usted si no le detuviera al instante con una sola palabra: imposible, Morrel, imposible.

—¿Entonces se echará en manos de la suerte, venga como venga, sin ni siquiera intentar combatirla? —dijo Morrel entristecido.

—¡Oh! ¡Aunque tuviese que morir!

—Y bien, Valentine —repuso Maximilien—, le repetiré que tiene usted razón. En efecto, soy yo el loco, y eso me demuestra que la pasión ciega los espíritus más justos. Gracias, entonces, a usted, que razona sin pasión. De acuerdo, ya lo entiendo; mañana usted estará irrevocablemente prometida al señor Franz d'Épinay, no por esa formalidad de teatro inventada para el desenlace de las obras de comedia, y que se llama la firma del contrato, sino por su propia voluntad.

—¡Otra vez me desespera, Maximilien! —dijo Valentine—. ¡Otra vez vuelve a retorcer el puñal en la llaga! ¿Qué haría usted, diga, si su hermana escuchara un consejo como el que acaba de darme?

—Señorita —repuso Morrel con una amarga sonrisa—, yo soy un egoísta, usted lo dijo, y en mi calidad de egoísta no pienso lo que harían los demás en mi posición, sino en lo que cuento hacer yo mismo. Pienso que la conozco desde hace un año, que, desde que la conozco, puse todas mis posibilidades de ser feliz en su amor; que llegó un día en el que usted me dijo que también me amaba; que desde ese día toda mi suerte de futuro estaba en poseerla: era mi vida. Ahora ya no pienso en nada más; solamente me digo que la suerte me ha dado la espalda, que creí haber ganado el cielo y que lo he perdido. Eso sucede todos los días, que un jugador pierde no solamente lo que tiene, sino también lo que no tiene.

Morrel pronunció estas palabras en perfecta calma; Valentine le miró un instante con sus grandes ojos escrutadores, intentando que no penetraran los de Morrel hasta la turbación que daba vueltas ya en el fondo de su corazón.

—Pero, bueno, ¿qué va usted a hacer? —preguntó Valentine.

—Voy a tener el honor de decirle adiós, señorita, poniendo por testigo a Dios, que oye mis palabras y que lee en el fondo de mi corazón, de que le

deseo una vida lo suficientemente tranquila y dichosa, y lo suficientemente llena como para que no le quede sitio para mi recuerdo.

—¡Oh! —murmuró Valentine.

—¡Adiós, Valentine, adiós! —dijo Morrel con una inclinación.

—¿Adónde va? —gritó la joven alargando la mano a través de la verja y agarrando a Maximilien por la chaqueta, comprendiendo por su agitación interior que la calma de su amado no podía ser real—; ¿adónde va?

—Voy a ocuparme de no causar un nuevo problema a su familia, y a dar un ejemplo que podrán seguir todos los hombres honrados y entregados que se encuentren en mi situación.

—Antes de dejarme, ¡dígame lo que va a hacer, Maximilien!

El joven sonrió con tristeza.

—¡Oh! ¡Hable, hable! —dijo Valentine—. ¡Se lo ruego!

—¿Es que ha cambiado su resolución, Valentine?

—No puede cambiar, ¡desgraciado! ¡Usted bien lo sabe! —exclamó la joven.

—¡Entonces, adiós, Valentine!

Valentine se puso a mover la verja con una fuerza de la que nadie la hubiera creído capaz; y como Morrel se alejaba, Valentine pasó las dos manos a través de la reja, juntándolas y retorciendo los brazos:

—¿Qué va usted a hacer? ¡Quiero saberlo! —exclamó—. ¿Adónde va?

—¡Oh! Tranquila —dijo Maximilien deteniéndose a tres pasos de la puerta—; mi intención no es hacer a ningún otro hombre responsable de los rigores que la suerte me guarda. Cualquiera otro la amenazaría con ir a buscar al señor Franz, provocarle, batirse en duelo con él; todo eso sería insensato. ¿Qué tiene que ver Franz en todo esto? Me vio esta mañana por primera vez, ya habrá olvidado que me vio; ni siquiera sabía que yo existía cuando por los acuerdos hechos entre las dos familias decidieron que serían ustedes el uno del otro. Así que yo no tengo nada que ver con el señor Franz, y le juro a usted que no la emprenderé con él.

—¿Con quién la emprenderá, entonces? ¿Conmigo?

—¿Con usted, Valentine? ¡Oh! ¡Dios me libre! La mujer es sagrada; la mujer a la que se ama, es santa.

—¿Contra usted mismo, entonces, desgraciado?

—Soy yo el culpable, ¿no es cierto? —dijo Morrel.

—Maximilien —dijo Valentine—, Maximilien, venga aquí, ¡quiero que venga aquí!

Maximilien se acercó con su dulce sonrisa y, si no fuera por su palidez, se hubiera dicho que se encontraba en su estado normal.

—Escúcheme, querida mía, mi adorada Valentine —dijo con su voz melodiosa y grave—, las personas como nosotros, que nunca han formulado un pensamiento que les hiciera sonrojarse delante del mundo, delante de sus padres o delante de Dios, las personas como nosotros pueden leer en el corazón del uno en el otro como en un libro abierto. Yo nunca he hecho comedias, no soy ningún héroe melancólico, yo no me hago ni el Manfredo ni el Antony^[1], pero sin palabras, sin protestas, sin juramentos, puse mi vida en usted; usted me falta, y tiene usted razón para obrar así, se lo digo y se lo repito, pero, en fin, usted me falta y mi vida está perdida. En cuanto usted se aleje de mí, Valentine, me quedo solo en el mundo. Mi hermana es feliz junto a su marido; su marido sólo es mi cuñado, es decir, un hombre unido a mí por las convenciones sociales; nadie me necesita, pues, sobre la tierra, mi existencia se ha hecho inútil. Esto es lo que haré: esperaré hasta el último segundo a que usted se case, pues no quiero perder ni la sombra de una de esas oportunidades inesperadas que nos reserva a veces el azar, puesto que, finalmente, hasta el señor Franz d'Épinay puede morir, o un rayo puede caer sobre el altar en el momento de la ceremonia, cualquier cosa parece creíble a un condenado a muerte, y para él los milagros entran en la categoría de lo posible, cuando se trata de la salvación de su vida. Esperaré, pues —digo—, hasta el último momento, y en cuanto mi desgracia sea cierta, sin remedio, sin esperanza, escribiré una carta confidencial a mi cuñado, otra al prefecto de Policía para comunicarles mi intención, y en un rincón del bosque, en alguna cuneta, a la orilla de un río, me saltaré la tapa de los sesos, tan cierto como que soy el hijo del hombre más honrado que nunca haya existido en Francia.

Un convulsivo temblor agitó los miembros de Valentine; soltó la verja que tenía cogida con las dos manos, sus brazos cayeron a lo largo de su

cuerpo, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

El joven se quedó delante de ella, sombrío y resuelto.

—¡Oh! ¡Por piedad!, ¡por piedad! —dijo ella—. Tiene que vivir, ¿no?

—No, por mi honor —dijo Maximilien—; ¿pero, a usted qué le importa? Usted habrá cumplido con su deber, su conciencia quedará tranquila.

Valentine cayó de rodillas, apretándose el corazón, que se le rompía.

—Maximilien —dijo—, Maximilien, amigo mío, mi hermano sobre la tierra, mi verdadero esposo en el cielo, te lo suplico, haz como yo, vive con el dolor: tal vez un día podamos estar juntos.

—¡Adiós, Valentine! —repitió Morrel.

—¡Dios mío! —dijo Valentine elevando sus manos al cielo con una expresión sublime—, ya lo ves, Dios mío, he hecho todo lo posible por seguir siendo una hija sumisa: he rogado, suplicado, implorado; pero no has escuchado ni mis ruegos, ni mis súplicas, ni mi llanto. Pues bien —continuó la joven secándose las lágrimas y recuperando su firmeza—, pues bien, no quiero morir de remordimientos, prefiero morir de vergüenza. Usted vivirá, Maximilien, yo no seré de nadie más que de usted. ¿A qué hora? ¿En qué momento? ¿Es ahora mismo? Hable, ordene: estoy dispuesta.

Morrel, que había dado de nuevo algunos pasos para alejarse, se acercó otra vez, y pálido de alegría, con el corazón henchido, tendiendo las manos a Valentine, a través de la verja:

—Valentine —dijo—, querida amiga, no es así como tiene que hablarme, o si no, más le vale dejarme morir. ¿Por qué iba a deberle mi vida con violencia, si usted me ama como yo la amo? Me fuerza usted a vivir por humanidad, eso es todo; en ese caso, prefiero morir.

—De verdad —murmuró Valentine—, ¿quién me ama en el mundo? Él. ¿Quién me ha consolado en todo mi dolor? Él. ¿En quién reposan mis esperanzas, en quién se apoya mi vista perdida, en quién reposa mi corazón sangrante? En él, en él, siempre en él. Y bien, es cierto que tienes razón, Maximilien, te seguiré, dejaré mi casa paterna, dejaré todo. ¡Oh, qué ingrata soy! —exclamó Valentine sollozando—. ¡Todo...! ¡Hasta a mi abuelo, a quien olvidaba!

—No —dijo Maximilien—, no le dejarás. El señor Noirtier pareció sentir simpatía por mí, dijiste; pues bien, antes de huir le contarás todo; estarás ante Dios bajo los auspicios de su consentimiento; después, en cuanto estemos casados, tu abuelo vendrá con nosotros; en lugar de una nieta, tendrá dos nietos. Tú me has dicho cómo te habla y cómo le respondes, aprenderé esa conmovedora lengua de signos, ve, Valentine. ¡Oh! ¡Te lo juro, en lugar de la desesperación que nos espera, es la felicidad lo que te prometo!

—¡Oh! Mira, Maximilien, mira el poder que ejerces sobre mí, casi me haces creer lo que me dices, y sin embargo, lo que dices es insensato, pues mi padre me maldecirá, pues le conozco, su corazón es inflexible, jamás me perdonará. Pero, escúcheme, Maximilien, si con astucia, con ruegos o por accidente, ¿yo qué sé?, si por cualquier medio puedo retrasar el matrimonio, usted me esperará, ¿no?

—Sí, se lo juro, ¿como usted jura que ese espantoso matrimonio no se llevará a cabo, y que aunque la arrastren ante el magistrado, ante el sacerdote, usted dirá no?

—Te lo juro, Maximilien, por lo más sagrado que hay en el mundo, ¡por mi madre!

—Esperemos, entonces —dijo Morrel.

—Sí, esperemos —repuso Valentine, que respiraba ante esas palabras—; hay tantas cosas que pueden salvar a dos seres desgraciados como nosotros.

—Confío en usted, Valentine —dijo Morrel—, todo lo que usted haga estará bien hecho; solamente que si pasan por encima de sus súplicas, si su padre y si la señora de Saint-Méran exigen que el señor Franz d'Épinay sea llamado mañana a firmar el contrato...

—Entonces tiene usted mi palabra, Morrel.

—En lugar de firmar...

—Vengo a reunirme con usted y huimos; pero hasta entonces, no tentemos a Dios, Morrel; dejemos de vernos: es un milagro, es fruto de la Providencia que hasta ahora no nos hayan descubierto; si nos descubrieran, si se supiera cómo nos vemos, no nos quedaría ningún recurso.

—Tiene razón, Valentine; pero cómo sabré...

—Por el notario, el señor Deschamps.

—Le conozco.

—Y por mí misma. Le escribiré, créamelo. ¡Dios mío! ¡Ese matrimonio, Maximilien, me es tan odioso como a usted!

—¡Bien!, ¡bien! Gracias, mi Valentine adorada —repuso Morrel—. Entonces, todo está dicho, una vez que sepa la hora, vengo aquí, usted pasará este muro en mis brazos, le será fácil; un coche nos esperará a la puerta del recinto, subiremos en él y la llevaré a casa de mi hermana; allí, de incógnito, si le conviene, o a la luz del día, si usted quiere, tendremos conciencia de nuestra fuerza y de nuestra voluntad, y no nos dejaremos degollar como el cordero que no se defiende más que con suspiros.

—De acuerdo —dijo Valentine—; y a mi vez yo le digo: Maximilien, lo que usted haga, estará bien hecho.

—¡Oh!

—Y bien, ¿está usted satisfecho de su mujer? —dijo tristemente la joven.

—Mi adorada Valentine, es poco decir simplemente sí.

—Diga entonces que siempre.

Valentine se había acercado, o más bien había acercado sus labios a la reja, y sus palabras se deslizaban con su aliento perfumado hasta los labios de Morrel, que pegaba su boca desde el otro lado de la fría e inexorable verja.

—Hasta luego —dijo Valentine, desprendiéndose de esa dicha—, ¡hasta luego!

—¿Tendré una carta suya?

—Sí.

—¡Gracias, mi querida esposa! ¡Hasta luego!

Se oyó el sonido de un beso inocente y perdido, y Valentine desapareció bajo los tilos.

Morrel escuchó los últimos ruidos de su vestido rozando el verdor del cenador, de sus pies haciendo crujir la arena, elevó los ojos al cielo con una inefable sonrisa para agradecer al cielo el haberle permitido amar de esa manera, y desapareció él también.

El joven regresó a su casa, y esperó durante el resto de la tarde y durante todo el día siguiente sin recibir nada. Finalmente, al siguiente día, hacia las diez de la mañana, cuando se encaminaba a casa del señor Deschamps, notario, recibió por correo una pequeña nota que reconoció como de Valentine, aunque nunca había visto su escritura.

La nota contenía estos términos:

Lágrimas, súplicas, ruegos, no han causado ningún resultado ayer; durante dos horas, estuve en la iglesia de Saint Philippe-du-Roule, y durante dos horas rogué a Dios desde el fondo de mi alma; Dios es insensible, como los hombres, y la firma del contrato está fijada para esta noche a las nueve.

No tengo más que una palabra, como no tengo más que un corazón, Morrel, y esa palabra está comprometida, y ese corazón es de usted.

Así pues, esta noche, a las nueve menos cuarto en la verja.

Su esposa,

Valentine de Villefort.

PD: Mi pobre abuela está cada vez peor; ayer su exaltación se transformó en delirio; hoy su delirio raya casi la locura.

¿Me amaré usted tanto, Morrel? ¿No es así? ¿Tanto como para que olvide que la habré abandonado en ese estado?

Creo que ocultan al abuelo Noirtier que la firma del contrato va a tener lugar esta noche.

Morrel no se limitó a las informaciones recibidas de Valentine; fue a casa del notario, quien le confirmó la noticia de que la firma del contrato era para las nueve de la noche.

Después pasó a casa de Montecristo; allí, de nuevo, supo más: Franz había venido anunciarle esa solemnidad; por su parte, la señora de Villefort había escrito al conde para rogarle que la disculpara si no le invitaba, pero la muerte del señor de Saint-Méran y el estado en el que se

encontraba su viuda extendían sobre esa reunión un velo de tristeza con el que no quería ensombrecer la frente del conde, a quien deseaba toda clase de felicidad.

La víspera, Franz había sido presentado a la señora de Saint-Méran, que había dejado la cama para esa presentación y que se había vuelto a acostar enseguida.

Morrel, es fácil comprenderlo, estaba en un estado de agitación que no podía escapar a la siempre aguda mirada del conde; además, Montecristo estaba con él más afectuoso que nunca; tan afectuoso que en dos o tres ocasiones Maximilien estuvo a punto de decirle todo. Pero recordó la promesa formal hecha a Valentine y su secreto quedó en el fondo de su corazón.

El joven releyó veinte veces, a lo largo del día, la carta de Valentine. Era la primera vez que le escribía, ¡y en qué ocasión! Cada vez que leía la carta, Maximilien se renovaba a sí mismo el juramento de hacer feliz a Valentine. En efecto, ¡cómo no va a tener una gran autoridad ante él una joven que toma una resolución así! ¡Qué entrega no merece de parte de la persona por quien ella sacrifica todo! ¡Cómo no va a ser realmente para su amado el primero y el más digno objeto de su devoción! Es a la vez reina y mujer, y no hay alma suficiente para agradecersele ni para amarla.

Morrel pensaba con una agitación inaudita en ese momento en el que Valentine llegara diciendo:

«Aquí estoy, Maximilien; tómeme.»

Había organizado toda esa huida; dos escaleras de mano ocultas entre la alfalfa del recinto; un cabriolé, que llevaría al mismo Maximilien, esperaba; ningún criado, ninguna luz; al doblar la primera esquina encendería las linternas, pues, por un exceso de precauciones, tampoco era cosa de caer en manos de la policía.

De vez en cuando, le recorrían escalofríos por todo el cuerpo; pensaba en el momento en el que, desde lo alto del muro, protegería la bajada de Valentine, y en el que sentiría, temblorosa y abandonada en sus brazos a la mujer a quien sólo había estrechado la mano, y besado la punta de sus dedos.

Pero cuando llegó la tarde, cuando Morrel sintió que se acercaba la hora, sintió la necesidad de estar solo; le hervía la sangre, las simples cuestiones, la sola voz de un amigo le hubiese irritado; se encerró en su casa, intentando leer, pero su mirada se deslizaba por las páginas sin comprender nada, y acabó por tirar el libro, para volver a dibujar, por segunda vez, su plan, sus escalas de mano y su huerto cercado.

Finalmente se acercó la hora.

Nunca el hombre enamorado ha dejado a los relojes recorrer apaciblemente su camino; Morrel atormentó tanto los suyos, que acabaron por marcar las ocho y media a las seis. Se dijo entonces que ya era hora de partir, que a las nueve era efectivamente la hora de la firma del contrato, pero que, según toda probabilidad, Valentine no esperaría esa firma inútil; en consecuencia, Morrel, después de salir de la calle de Mesley a las ocho y media de su reloj, entraba en el huerto cuando sonaban las ocho en el reloj de Saint-Philippe-du-Roule.

Ocultó caballo y cabriolé detrás de una casucha en ruinas donde solía esconderse.

Poco a poco iba anocheciendo, y el verdor del jardín se fue transformando en espesas masas de un negro opaco.

Entonces, Morrel salió de su escondite y vino a mirar, con el corazón palpitante, por el agujero de la empalizada de la verja: aún no había nadie.

Sonaron las ocho y media.

Pasó una media hora esperando; Morrel se paseaba a lo largo y a lo ancho, después, a intervalos cada vez más cortos, venía a aplicar el ojo entre las maderas. El jardín se oscurecía cada vez más, pero en la oscuridad buscaba en vano un vestido blanco; en el silencio, intentaba escuchar inútilmente el ruido de los pasos.

La casa que se veía a través de la masa de árboles quedaba en la sombra, y no presentaba ninguno de los signos de una casa que se abriera para un acontecimiento tan importante como es la firma de un contrato matrimonial.

Morrel consultó su reloj que señalaba las diez menos cuarto, pero casi enseguida el mismo sonido del reloj de la torre, que ya se había dejado oír

dos o tres veces, rectificó el error del reloj de bolsillo de Morrel, y dio las nueve y media.

Se trataba ya de media hora de retraso de la hora fijada por Valentine, que había dicho a las nueve, más bien antes de las nueve que después.

Fue el momento más terrible para el corazón del joven, sobre el que cada segundo caía como un martillo de plomo.

El más débil ruido de hojas, el menor silbido del viento, atraía su oído y le llenaba de sudor la frente; entonces, todo tembloroso, se agarraba a la escalera y, para no perder el tiempo, ponía ya el pie en el primer escalón.

En medio de la alternancia entre temor y esperanza, en medio de esas profundas contracciones y expansiones de su corazón, sonaron las diez en el reloj de la iglesia.

—¡Oh! —murmuró Maximilien con terror—. Es imposible que la firma de un contrato dure tanto tiempo, a menos que haya acontecimientos imprevistos; he sopesado todas las posibilidades; calculado el tiempo que duran todas las formalidades; seguro que ha ocurrido algo.

Y entonces, tan pronto se paseaba con agitación delante de la verja, como volvía a apoyar su ardiente frente sobre el hierro helado. ¿Valentine se habría desmayado después del contrato, o Valentine se habría visto impedida en su huida? Eran las dos únicas hipótesis que el joven podía formularse; y ambas eran desesperantes.

La idea con la que se quedó fue que, en medio de la huida, le habrían fallado hasta las fuerzas a la pobre Valentine, y habría caído desvanecida en medio del jardín.

—¡Oh! Si es así —exclamó subiendo a lo alto de la escalera—, la perderé, ¡y por mi culpa!

El demonio que le había insuflado ese pensamiento ya no le abandonó y zumbaba en su oído con esa persistencia que hace que ciertas dudas, al cabo de un instante, por la fuerza del razonamiento, se conviertan en convicciones. Sus ojos, que buscaban penetrar la creciente oscuridad, creían ver un objeto yacente bajo la sombra del sendero. Morrel se aventuró incluso a llamar, y le pareció que el viento traía hasta él un quejido inarticulado.

Finalmente habían dado las diez y media; era imposible quedarse más tiempo, cualquier cosa era posible; las sienas de Maximilien latían con fuerza, se le nublaban los ojos; franqueó el muro y saltó al otro lado.

Ya estaba en casa de Villefort, acababa de entrar con escalo; pensó en las consecuencias que podía tener una acción así, pero no había llegado hasta allí para echarse atrás.

En un instante había cruzado casi toda la masa boscosa. Desde donde estaba, se veía la casa.

Entonces Morrel se aseguró de una cosa que ya había sospechado cuando observaba por entre los árboles; y era que en lugar de las luces que esperaba que brillasen en cada ventana, como es natural en un día de ceremonia, no vio más que la masa gris y velada además por un gran telón de sombra que proyectaba una inmensa nube ocultando la luna.

Una luz circulaba de vez en cuando, como perdida, y pasaba por delante de las tres ventanas del primer piso. Esas tres ventanas eran las de los aposentos de la señora de Saint-Méran.

Otra luz se mantenía inmóvil detrás de las cortinas rojas. Esas cortinas eran las del dormitorio de la señora de Villefort.

Morrel adivinó todo eso. Tantas veces, para seguir a Valentine en pensamiento a cualquier hora del día, tantas veces, decimos, se había hecho mentalmente el plano de esa casa que, sin haberla visto, la conocía.

El joven se sentía aún más asustado de esa oscuridad y de ese silencio de lo que lo había estado antes por la ausencia de Valentine.

Trastornado, loco de dolor, decidido a enfrentarse a todo para ver a Valentine y asegurarse de la desgracia que presentía, cualquiera que fuera, Morrel llegó al linde de la masa de árboles, y se disponía a atravesar lo más rápidamente el césped, completamente descubierto, cuando el sonido de voces, aún bastante alejado, pero que el viento traía, llegó hasta él.

Al oírlo dio un paso atrás, estando ya como estaba casi fuera de la masa boscosa, y se quedó allí, permaneciendo inmóvil y sin hacer ruido, oculto por la oscuridad.

Ya había tomado una resolución: si era Valentine sola, la llamaría al pasar; si Valentine estuviera acompañada, al menos la vería y se aseguraría de que no le había ocurrido nada malo; si eran desconocidos, cogería al

vuelo algunas palabras de su conversación y llegaría a comprender el misterio de lo que estaba pasando, incomprensible hasta ahora.

Entonces la luna salió de la nube que la ocultaba y, en la puerta que daba a la escalinata, Morrel vio a Villefort, seguido de un hombre vestido de negro. Bajaron los peldaños y avanzaron hacia la arboleda. No habían dado cuatro pasos, cuando Morrel reconoció que el hombre vestido de negro era el doctor d'Avrigny.

El joven, al verles venir hacia él, reculó maquinalmente hasta encontrarse con el tronco de un sicomoro que era el centro de la masa boscosa; allí, se vio forzado a detenerse.

Enseguida los pasos de los dos paseantes dejaron de pisar sobre la arena.

—¡Ah! Querido doctor —dijo el fiscal—, parece que el Cielo se declara decididamente contra mi casa. ¡Qué muerte más horrible! ¡Qué golpe del destino! No intente consolarme; ¡ay! La herida es demasiado profunda, ¡muerta!, ¡muerta!

Un sudor frío heló la frente del joven y le hizo castañear los dientes. ¿Quién había muerto, pues, en esa casa que Villefort mismo consideraba maldita?

—Mi querido señor de Villefort —respondió el médico en un tono que redobló el terror del joven—, no le he traído hasta aquí para consolarle, sino muy al contrario.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el fiscal aterrado.

—Quiero decir que tras la desgracia que acaba de sucedernos, hay otra quizá más grave aún.

—¡Oh! ¡Dios mío! —murmuró Villefort juntando las manos—. ¿Qué va usted a decirme?

—¿Estamos realmente solos, querido amigo?

—¡Oh! Sí, totalmente solos; ¿pero, qué significan todas esas precauciones?

—Significan que tengo una confianza terrible que hacerle —dijo el doctor—, sentémonos.

Villefort vino a caer, más que sentarse, sobre un banco. El doctor se quedó de pie, y le puso una mano en el hombro. Morrel, helado por el

espanto, se sujetaba con una mano la frente y con la otra comprimía su corazón, temiendo que llegaran a oírse sus latidos.

«¡Muerta!, ¡muerta!», se repetía en su pensamiento con la voz del corazón.

Y él mismo se sentía morir.

—Hable, doctor, le escucho —dijo Villefort—; golpee, estoy preparado para todo.

—La señora de Saint-Méran era bastante mayor, sin duda, pero gozaba de una salud excelente.

Morrel respiró por primera vez desde hacía diez minutos.

—El disgusto la ha matado —dijo Villefort—; sí, ¡el disgusto, doctor! ¡La costumbre de vivir desde hacía cuarenta años sin separarse del marqués...!

—No es el disgusto, mi querido Villefort —dijo el doctor—. El disgusto puede matar, aunque en casos raros, pero no mata en un día, no mata en una hora, no mata en diez minutos.

Villefort no dijo nada; solamente levantó la cabeza que hasta entonces había mantenido mirando al suelo, y miró al doctor con ojos asustados.

—¿Estuvo usted presente en su agonía? —preguntó d'Avrigny.

—Claro —respondió el fiscal—, usted me dijo en voz baja que no me alejara.

—¿Observó usted los síntomas del mal del que sucumbió la señora de Saint-Méran?

—Ciertamente; la señora de Saint-Méran tuvo tres ataques sucesivos, con algunos minutos de intervalo los unos de los otros, y cada vez con un intervalo menor y más grave. Cuando usted llegó, ya desde hacía algunos minutos la señora de Saint-Méran estaba jadeante; tuvo entonces una crisis que yo tomé por un simple ataque de nervios, pero no empecé a asustarme realmente hasta que la vi incorporarse en la cama, con los miembros y el cuello rígidos. Entonces al mirarle a usted, comprendí que la cosa era más grave de lo que creía. Pasada la crisis, busqué la mirada de usted, pero no la encontré. Usted le tomaba el pulso, contaba los latidos, y apareció la segunda crisis, antes de que usted pudiera darse la vuelta hacia mí. Esa

segunda crisis fue más terrible que la primera: los mismos movimientos nerviosos se reproducían, y la boca se le contrajo, volviéndose violácea.

»En la tercera crisis, expiró.

»Desde el primer ataque reconocí el tétanos; usted confirmó esa opinión.

—Sí, delante de todo el mundo —repuso el doctor—; pero ahora estamos solos.

—¿Pero, qué va usted a decirme, Dios mío?

—Que los síntomas del tétanos y del envenenamiento por sustancias vegetales son absolutamente los mismos.

El señor de Villefort se puso en pie; después, tras un instante de inmovilidad y de silencio, cayó de nuevo sobre el banco:

—¡Oh, Dios mío! Doctor —dijo—, piense bien en lo que me está diciendo.

Morrel no sabía si estaba soñando o estaba despierto.

—Escuche —dijo el doctor—, conozco la importancia de mi declaración y el carácter del hombre a quien se la hago.

—¿Habla usted al magistrado o al amigo? —preguntó Villefort.

—Al amigo, solamente al amigo, en este momento; el conjunto de los síntomas del tétanos y de los síntomas del envenenamiento es tan idéntico que, si tuviera que firmar lo que digo, le declaro que lo dudaría. Además, se lo repito, ahora no me dirijo al magistrado sino al amigo. Pues bien, como amigo le digo: durante los tres cuartos de hora que duró, estudié bien la agonía, las convulsiones y la muerte de la señora de Saint-Méran; pues bien, tengo la convicción, no solamente de que la señora de Saint-Méran murió envenenada, sino que diría más, diría qué veneno la ha matado.

—¡Señor!, ¡señor!

—Todo está claro, veamos: somnolencia interrumpida por crisis nerviosas, sobreexcitación cerebral, torpeza de los sentidos. La señora de Saint-Méran sucumbió a una fuerte dosis de brucina o de estriknina, que le han administrado, por azar, sin duda, o por error, tal vez.

Villefort cogió la mano del doctor.

—¡Oh! ¡Es imposible! —dijo—. ¡Pero, estoy soñando, Dios mío! ¡Es espantoso oír cosas así viniendo de un hombre como usted! ¡En nombre del cielo, se lo suplico, querido doctor, dígame que puede equivocarse!

—Sin duda, sin duda que puedo, pero...

—¿Pero...?

—Pues que no lo creo.

—Doctor, tenga piedad de mí; desde hace algunos días me suceden cosas inauditas, hasta el punto de que creo que me estoy volviendo loco.

—¿Algún otro médico ha visitado a la señora de Saint-Méran?

—Nadie.

—¿Han enviado a buscar a casa de algún farmacéutico alguna receta que yo no haya visto?

—Ninguna.

—¿La señora de Saint-Méran tenía enemigos?

—No le conozco ninguno.

—¿Alguien tenía interés en su muerte?

—No, no, ¡Dios mío! No; mi hija es su única heredera, sólo Valentine... ¡Oh! Si un pensamiento así pudiera ocurrírseme, me apuñalaría para castigar a mi corazón por haber abrigado en un solo instante un pensamiento así.

—¡Oh! —exclamó a su vez el señor d'Avrigny—. Querido amigo, Dios no quiera que yo acuse a alguien, sólo hablo de un accidente, entiéndame bien, de un error. Pero, accidente o error, el hecho es que todo esto me lo digo por lo bajo a mi conciencia, pero se lo digo a usted en voz alta. Infórmese.

—¿Pero con quién? ¿Cómo? ¿De qué?

—Veamos: Barrois, el viejo criado, ¿no se habría equivocado y no habría dado a la señora de Saint-Méran alguna poción preparada para su amo?

—¡Para mi padre!

—Sí.

—¿Pero cómo una poción preparada para el señor Noirtier puede envenenar a la señora de Saint-Méran?

—Nada más sencillo; usted sabe que para ciertas enfermedades el veneno se convierte en un remedio: la parálisis es una de esas enfermedades. Hace más o menos tres meses, después de emplear de todo para devolverle la facultad de la palabra al señor Noirtier, me decidí a intentar un último remedio; desde hace tres meses, digo, le trato con brucina; así, en la última poción que le receté, constaba de seis centigramos; seis centigramos sin acción sobre los órganos paralizados del señor Noirtier, y a los que, por otra parte, está acostumbrado a través de sucesivas dosis; seis centigramos bastan para matar a cualquier otra persona.

—Mi querido doctor, no hay ninguna comunicación entre los aposentos del señor Noirtier y los de la señora de Saint-Méran, y Barrois nunca ha entrado donde mi suegra. Finalmente, se lo digo, doctor, aunque yo sepa que es usted el hombre más hábil y sobre todo el más concienzudo del mundo, aunque en cualquier circunstancia su palabra sea para mí una llama que me guía igual a la luz del sol, ¡pues bien, doctor!, ¡pues bien! Necesito, a pesar de esa convicción, apoyarme en este axioma: *errare humanum est*.

—Escuche, Villefort —dijo el doctor—, ¿hay algún colega mío en el que usted tenga tanta confianza como conmigo?

—¿Por qué dice eso? ¿Adónde quiere ir a parar?

—Llámele, yo le diré lo que he visto, lo que he observado, haremos la autopsia.

—¿Y encontrarán restos del veneno?

—No, no del veneno, yo no he dicho eso, sino que constataremos la exasperación del sistema nervioso, reconoceremos la asfixia patente, incontestable, y le diremos: querido Villefort, si es por negligencia lo que ha ocurrido, vigile a sus sirvientes; si es por odio, vigile a sus enemigos.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué me propone, d'Avrigny? —respondió Villefort abatido—. En el momento en el que hubiera alguien en el secreto que no fuera usted, se haría necesaria una investigación, y una investigación en mi casa, ¡imposible! Sin embargo —continuó el fiscal, corrigiéndose y mirando al médico con inquietud—, sin embargo, si usted quiere, si usted lo exige, lo haré. En efecto, quizá deba dar una respuesta a este asunto; mi

carácter me invita a ello. Pero, doctor, me ve lleno de tristeza; ¡introducir en mi casa tanto escándalo después de tanto dolor! ¡Oh! Mi mujer y mi hija morirían; y yo, yo, doctor, usted lo sabe, un hombre no llega donde yo estoy, un hombre no es fiscal durante veinticinco años sin haber amasado buen número de enemigos; los míos son numerosos. Si se propala este asunto, será para ellos un triunfo que les hará saltar de alegría, y yo, yo me cubriré de vergüenza. Doctor, perdone estas ideas mundanas. Si fuera usted un sacerdote, no me atrevería a decirle esto, pero usted es un hombre, usted conoce a los hombres; doctor, doctor, usted no me ha dicho nada, ¿no es eso?

—Mi querido señor de Villefort —respondió el doctor conmovido—, mi primer deber es el deber de humanidad. Yo hubiera salvado a la señora de Saint-Méran si la ciencia hubiera podido hacerlo, pero está muerta, y me debo a los vivos. Envolvamos en lo más profundo de nuestros corazones este secreto terrible. Permitiré, si la mirada de alguien se abre sobre esto, permitiré que el silencio que voy a guardar se me impute a mi ignorancia. Sin embargo, señor, siga buscando, busque activamente, pues quizá esto no se detenga aquí... Y cuando haya encontrado al culpable, si lo encuentra, soy yo quien le dirá: «¡Usted es magistrado, haga lo que quiera!».

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, doctor! —dijo Villefort con una alegría indecible—. Nunca he tenido mejor amigo que usted.

Y como si temiera que el doctor d'Avrigny se retractara de esa concesión, se levantó y llevó al doctor hacia la casa.

Ambos se alejaron.

Morrel, como si necesitara respirar, sacó la cabeza del bosquecillo, y la luna iluminó ese rostro pálido que se hubiera podido tomar por el rostro de un fantasma.

«Dios me protege de una manera manifiesta, pero terrible», se dijo. «Pero Valentine, ¡mi pobre amiga! ¿Resistirá a tanto dolor?»

Diciéndose estas palabras miraba alternativamente a la ventana de las cortinas rojas y a las tres ventanas con cortinas blancas.

La luz había casi desaparecido de la ventana de las cortinas rojas. Sin duda la señora de Villefort acababa de apagar la lámpara, y sólo quedaba la

lamparilla que enviaba su reflejo a los cristales.

En el extremo del edificio, por el contrario, vio que se abría una de las tres ventanas de cortinas blancas. Una vela colocada en la chimenea despedía algunos rayos de su pálida luz, y una sombra vino por un instante a acodarse en el balcón.

Morrel se estremeció; le pareció oír un sollozo.

No era raro que esta alma, de ordinario tan valiente y tan fuerte, ahora turbada y exaltada por las dos pasiones más fuertes de entre las pasiones humanas, el amor y el miedo, no era raro, decimos, que se hubiera debilitado hasta el punto de sufrir supersticiosas alucinaciones.

Aunque fuera imposible, escondido como estaba, que Valentine le viese, creyó que le llamaba la sombra de la ventana; su espíritu turbado se lo decía, su corazón ardiente se lo repetía. Este doble error se transformaba en una realidad irresistible, y por uno de esos incomprensibles impulsos de la juventud, saltó fuera de su escondite y en dos zancadas, a riesgo de que le vieran, a riesgo de asustar a Valentine, a riesgo de dar la alerta por algún grito involuntario que se le escapase a la joven, cruzó ese césped que la luna transformaba en un espacio ancho y blanco como un lago y, alcanzando la fila de naranjos que se extendía delante de la casa, llegó a las gradas de la escalinata, las subió rápidamente y empujó la puerta que se abrió sin resistencia delante de él.

Valentine no le había visto; sus ojos elevados al cielo seguían una nube de plata deslizándose en el azul, y cuya forma era la de una sombra que subía al cielo; su espíritu poético y exaltado le decía que era el alma de su abuela.

Mientras tanto, Morrel había atravesado la antecámara y había llegado a la rampa de la escalera; las alfombras que cubrían los peldaños ensordecían sus pasos; además, Morrel había llegado a tal estado de exaltación que ni siquiera la presencia del señor de Villefort le hubiese asustado. Si el señor de Villefort se hubiera presentado, su resolución ya estaba tomada: se acercaría a él, le confesaría todo, rogándole que le disculpara y que aprobara ese amor que le unía a su hija, a su propia hija; Morrel estaba loco.

Menos mal que no se encontró con nadie.

Fue sobre todo en este momento cuando le sirvió el conocimiento que, a través de Valentine, tenía de la casa; llegó sin accidente a lo alto de la escalera, y como llegado allí se estuviera orientando, un sollozo, cuya expresión reconoció, le indicó el camino que tenía que seguir; se dio la vuelta, una puerta entreabierta dejaba ver el reflejo de una luz y el sonido de la voz sollozante. Empujó la puerta y entró.

En el fondo de la contralcoba, bajo una sábana blanca que le cubría la cabeza y dibujaba la forma de su cuerpo, yacía la muerta, más espantosa aún a ojos de Morrel después de la revelación del secreto, del que, por azar, se había hecho conocedor.

Al lado de la cama, de rodillas frente a una butaca, con la cabeza apoyada en el asiento, entre los cojines, Valentine, temblorosa y agitada por los sollozos, extendía sus manos, juntas y rectas, por encima de la cabeza, que no se la veía, apoyada como estaba en el sillón.

Se había apartado de la ventana abierta y rezaba en voz alta con gemidos que hubiesen conmovido el corazón más insensible; la oración escapaba de sus labios, rápida, incoherente, ininteligible, de tanto dolor como agarrotaba su garganta.

La luna, deslizándose a través de la abertura de las persianas, hacía palidecer el resplandor de la vela y azulaba con sus tintes fúnebres ese cuadro de desolación.

Morrel no pudo resistir ese espectáculo; no era de una piedad ejemplar, no era fácilmente impresionable, pero ver a Valentine sufriendo, llorando, retorciéndose las manos, era algo que no podía soportar en silencio. Suspiró, murmuró su nombre, y esa cabeza anegada en llanto y amoratada sobre el terciopelo de la butaca, como una cabeza de la *María Magdalena* de Correggio, se incorporó y permaneció girada hacia él.

Valentine le vio y no se asombró demasiado. No hay emociones intermedias en un corazón roto por un dolor supremo.

Morrel tendió la mano a su amiga. Valentine, por toda excusa por no haber ido a encontrarse con él, le mostró el cadáver yacente bajo la sábana fúnebre y volvió a deshacerse en sollozos.

Ni uno ni otro osaban hablar en esa habitación. Ambos dudaban en romper ese silencio que parecía ordenar la Muerte, en pie en algún rincón,

y con el dedo en los labios.

Finalmente Valentine dijo:

—Amigo, ¿cómo es que está usted aquí? ¡Ay! Le daría la bienvenida si no fuera porque la Muerte fue quien le abrió la puerta de esta casa.

—Valentine —dijo Morel con voz temblorosa y las manos juntas—, yo estaba en la verja desde las ocho y media; no la veía venir, me llené de inquietud, salté el muro, entré en el jardín; entonces unas voces hablaban del fatal desenlace...

—¿Qué voces? —dijo Valentine.

Morrel se estremeció, pues toda la conversación del doctor y del señor de Villefort se le vino a la mente, y a través de la sábana creía ver esos brazos retorcidos, ese cuello rígido, esos labios violáceos.

—Las voces de los criados —dijo—, lo indicaban.

—Pero venir hasta aquí es perdernos, amigo mío —dijo Valentine, sin temor y sin ira.

—Perdóneme —respondió Morrel en el mismo tono—, me retiraré.

—No —dijo Valentine—, le encontrarían, quédese.

—¿Pero si viene alguien?

La joven movió la cabeza.

—Nadie vendrá —dijo—, esté tranquilo, ella es nuestra salvaguardia.

Y señaló la forma del cadáver moldeado por la sábana.

—¿Pero qué ocurrió con el señor d'Épinay? Dígame, se lo suplico —repuso Morrel.

—El señor Franz llegó para la firma del contrato en el momento en que mi abuela rendía su último suspiro.

—¡Ay! —dijo Morrel con un sentimiento de alegría egoísta, pues pensó para sí que esta muerte retrasaría indefinidamente el matrimonio de Valentine.

—Pero lo que duplica mi dolor —continuó la joven, como si ese sentimiento debiera sentir al instante su castigo—, es que mi pobre y querida abuela, al morir, ordenó que concluyese la ceremonia del matrimonio lo antes posible; ella, también, ¡Dios mío!, creyendo que me protegía, ella también obraba contra mí.

—¡Escuche! —dijo Morrel.

Los jóvenes se quedaron en silencio.

Se oyó la puerta que se abrió y unos pasos resonaron en el parque del corredor y en los peldaños de la escalera.

—Es mi padre que sale de su gabinete —dijo Valentine.

—Y que acompaña al doctor —añadió Morrel.

—¿Cómo sabe que es el doctor? —preguntó Valentine asombrada.

—Lo presumo —dijo Morrel.

Valentine miró al joven.

Mientras tanto, se oyó que cerraban la puerta de la calle. Villefort fue además a cerrar con llave la puerta del jardín y subió de nuevo la escalera.

Una vez en la antecámara se detuvo un instante, como si dudara en volver a su habitación o a la habitación de la señora de Saint-Méran. Morrel se ocultó tras una tapicería. Valentine no hizo un solo movimiento; se diría que un dolor supremo la colocaba por encima de los temores ordinarios.

El señor de Villefort entró en su gabinete.

—Ahora —dijo Valentine—, usted ya no puede salir ni por la puerta de la calle ni por la del jardín.

Morrel miró a la joven con asombro.

—Ahora —dijo ella—, no hay más que una salida permitida y segura, es la de los aposentos de mi abuelo.

Se levantó.

—Venga conmigo —dijo.

—¿Adónde? —preguntó Maximilien.

—Donde mi abuelo.

—¿Yo, en casa del señor Noirtier?

—Sí.

—¿Eso piensa, Valentine?

—Y desde hace tiempo. No me queda más que este amigo en el mundo, y ambos le necesitamos..., venga.

—Cuidado, Valentine —dijo Morrel, dudando en hacer lo que decía la muchacha—; cuidado, se me ha caído la venda de los ojos; al venir aquí, cometí un acto de locura. ¿Está usted en sus cabales, querida amiga?

—Sí —dijo Valentine—, no tengo ningún escrúpulo, sino el dejar solos los restos de mi pobre abuela, que yo me encargué de velar.

—Valentine —dijo Morrel—, la muerte es sagrada por sí misma.

—Sí —respondió la joven—; además, no tardaremos mucho, venga.

Valentine atravesó el corredor y bajó una pequeña escalera que conducía a los aposentos del señor Noirtier. Morrel la seguía de puntillas. Una vez en el rellano de los aposentos, encontraron al viejo criado.

—Barrois —dijo Valentine—, cierre la puerta y no deje entrar a nadie.

Ella pasó delante.

Noirtier, todavía en el sillón, atento al menor ruido, informado por su viejo sirviente de todo lo que ocurría, fijaba ávidas miradas a la entrada de la habitación; vio a Valentine, y sus ojos brillaron.

Había en los andares y en la actitud de la joven algo grave y solemne que llamó la atención del anciano. Así que, además de brillante, su mirada se hizo interrogativa.

—Querido abuelo —dijo rápidamente—, escúchame bien; sabes que abuelita Saint-Méran ha muerto hace una hora, y que ahora, excepto tú, no me queda nadie en el mundo.

Una expresión de infinita ternura pasó por los ojos del anciano.

—Así que sólo a ti, ¿no es cierto?, debo confiar mis penas y mis esperanzas.

El paralítico hizo el gesto afirmativo.

Valentine cogió de la mano a Maximilien.

—Entonces —dijo ella—, observa bien a este señor.

El anciano fijó su ojo escrutador y ligeramente asombrado en Morrel.

—Es el señor Maximilien Morrel —dijo ella—, el hijo de ese honrado comerciante de Marsella, del que sin duda habrás oído hablar.

—Sí —hizo el viejo.

—Es un apellido irreprochable, que Maximilien hará glorioso, pues, con treinta años, es capitán de espahís y oficial de la Legión de Honor.

El anciano indicó que lo recordaba.

—Y bien, abuelito —dijo Valentine poniéndose de rodillas delante del anciano y señalando a Maximilien con una mano—, ¡le quiero y sólo seré suya! Si me obligan a casarme con otro, me dejaré morir o me mataré.

Los ojos del paralítico expresaban todo un mundo de pensamientos tumultuosos.

—Te gusta el señor Maximilien Morrel, ¿no es así, abuelito? —preguntó la joven.

—Sí —indicó el anciano inmóvil.

—¿Y tú puedes protegernos, a nosotros que somos también tus hijos, contra la voluntad de mi padre?

Noirtier fijó su mirada inteligente sobre Morrel, como para decirle:

—Eso depende.

Maximilien comprendió.

—Señorita —dijo—, usted tiene un deber sagrado que cumplir en la habitación de su abuela; ¿quiere permitirme el honor de charlar un instante con el señor Noirtier?

—Sí, sí, eso es —indicó el ojo del anciano.

Después, miró a Valentine con inquietud.

—¿Qué cómo hará para entenderte, quieres decir, abuelo?

—Sí.

—¡Oh! Tranquilo; hemos hablando tanto de ti, que él sabe cómo te hablo yo.

Después, dirigiéndose a Maximilien con una adorable sonrisa, aunque esa sonrisa fuera velada por una profunda tristeza, añadió:

—Maximilien sabe todo lo que yo sé.

Valentine se puso de pie, acercó un asiento para Morrel, volvió a decir a Barrois que no dejase entrar a nadie, y después de besar con ternura a su abuelo y decir tristemente adiós a Morrel, se marchó.

Entonces Morrel, para probar a Noirtier que tenía la confianza de Valentine y que conocía bien todos sus secretos, cogió el diccionario, la pluma, el papel, y colocó todo sobre una mesa en la que había una lámpara.

—Pero, en primer lugar —dijo Morrel—, permítame, señor, contarle quién soy, cómo amo a la señorita Valentine, y cuáles son mis intenciones con ella.

—Escucho —indicó Noirtier.

Era un espectáculo bastante impresionante ver que ese anciano, inútil fardo en apariencia, se había convertido en el único protector, el único apoyo, el único juez de los dos jóvenes enamorados, hermosos, fuertes y entrando en la vida.

Su rostro, impreso de una nobleza y de una austeridad notables, imponía a Morrel, quien comenzó su relato temblando.

Contó, entonces, cómo había conocido, cómo había amado a Valentine, y cómo Valentine, en su aislamiento y en su desgracia, había acogido el ofrecimiento de su devoción hacia ella. Le dijo cuáles eran su nacimiento, su posición y su fortuna; y más de una vez, cuando interrogaba la mirada del parálitico, esa mirada le respondía:

—Está bien, continúe.

—Ahora —dijo Morrel, cuando terminó esa primera parte de su relato — que le he dicho, señor, mi amor y mis esperanzas, ¿debo decirle nuestros proyectos?

—Sí —indicó Noirtier.

—Pues bien, esto es lo que hemos decidido.

Y entonces contó todo a Noirtier: cómo un cabriolé les esperaba en el huerto, cómo contaba llevarse a Valentine, que la conduciría a casa de su hermana, se casaría con ella, y que en una respetuosa espera, confiarían en el perdón del señor de Villefort.

—No —dijo Noirtier.

—¿No? —repuso Morrel—. ¿No es así como hay que obrar?

—No.

—¿Así que este proyecto no tiene su consentimiento?

—No.

—Pues bien, hay otro modo —dijo Morrel.

La mirada interrogativa del anciano preguntó: «¿Qué modo?».

—Iré —continuó Maximilien—, iré a encontrarme con el señor Franz d'Épinay, me alegro poder decirle esto en ausencia de la señorita de Villefort, y me comportaré con él de manera que se vea forzado a obrar como un caballero.

La mirada de Noirtier seguía interrogando.

—¿Lo que haré?

—Sí.

—Haré lo siguiente: iré a verle, como le decía, le contaré los lazos que me unen a la señorita Valentine; si es un hombre delicado, demostrará su delicadeza renunciando él mismo a la mano de su prometida, y habrá adquirido mi amistad y mi devoción por él hasta la muerte; si se niega, llevado ya por interés o porque un ridículo orgullo le haga persistir, después de probarle que forzaría a la mujer que amo, que Valentine me ama y que no puede amar a nadie más que a mí, me batiré en duelo con él, dándole todas las ventajas, y le mataré o me matará. Si le mato, no se casará con Valentine; si me mata él, estoy seguro de que Valentine no se casará tampoco con él.

Noirtier observaba con un placer indecible esta noble y sincera fisonomía sobre la que se dibujaban todos los sentimientos que expresaba su lengua, añadiendo por la expresión de ese hermoso rostro todo lo que el color añade a un dibujo sólido y verdadero.

Sin embargo, cuando Morrel terminó de hablar, Noirtier cerró los ojos repetidamente, lo que era, ya sabemos, su manera de decir no.

—¿No? —dijo Morrel—. ¿Así que usted desaprueba mi segundo proyecto como desaprobó el primero?

—Sí, lo desapruebo —vino a indicar el anciano.

—Pero, ¿qué hacer entonces, señor? —preguntó Morrel—. Las últimas palabras de la señora de Saint-Méran han sido para que el matrimonio de su nieta no se hiciera esperar: ¿debo dejar que las cosas sigan su curso?

Noirtier se quedó inmóvil.

—Sí, ya entiendo; debo esperar.

—Sí.

—Pero cualquier retraso nos perderá, señor —repuso el joven—. Sola, Valentine está sin fuerzas, y la obligarán como a un niño. He entrado aquí milagrosamente para saber lo que ocurre; he sido admitido milagrosamente delante de usted: no puedo esperar razonablemente a que se repita esta misma suerte. Créame, no hay más que uno de esos dos métodos que le he propuesto, perdone la vanidad de mi juventud; dígame cual de los dos prefiere; ¿autoriza usted a la señorita Valentine a que confíe en mi honor?

—No.

—¿Prefiere usted que yo vaya a hablar al señor d'Épinay?

—No.

—Pero, ¡Dios mío! ¿De quién nos vendrá la ayuda que esperamos del cielo?

El viejo sonrió con la mirada, como tenía la costumbre de hacer cuando le hablaban del cielo. Seguía quedando un poco de ateísmo en las ideas del viejo jacobino.

—¿Del azar?

—No.

—¿De usted?

—Sí.

—¿De usted?

—Sí —repitió el anciano.

—¿Comprende usted lo que le pregunto, señor? Disculpe mi insistencia, pues en esa respuesta me va la vida: ¿nuestra salvación nos vendrá de usted?

—Sí.

—¿Está usted seguro?

—Sí.

—¿Responde usted de ello?

—Sí.

Había en la mirada que daba esa afirmación una firmeza tal, que no había modo de dudar ni de su voluntad, ni de su capacidad de llevarlo a cabo.

—¡Oh! Gracias, señor, ¡cien veces gracias! Pero, ¿cómo, a menos que un milagro del Señor le devuelva la palabra, el gesto, el movimiento, cómo podrá usted, encadenado a ese sillón, usted, mudo e inmóvil, cómo podrá oponerse a ese matrimonio?

Una sonrisa iluminó el rostro del anciano, sonrisa extraña la de esos ojos, en un rostro inmóvil.

—¿Así que debo esperar? —preguntó el joven.

—Sí.

—¿Pero, el contrato?

La misma sonrisa desapareció.

—¿Quiere usted decirme que el contrato no se firmará?

—Sí —dijo Noirtier.

—¡O sea que el contrato ni siquiera se firmará! —exclamó Morrel—. ¡Oh! ¡Discúlpeme, señor! Cuando se anuncia una gran dicha, a uno le está permitido dudar; ¿el contrato no se firmará?

—No —dijo el paralítico.

A pesar de toda esa seguridad del anciano, Morrel seguía dudando. Esa promesa de un viejo impotente era tan extraña, que en lugar de venir de una fuerza de la voluntad podía emanar de un debilitamiento de los órganos; ¿no es natural que el insensato que ignora su locura pretenda realizar algo por encima de sus posibilidades? El débil habla de fardos que levanta; el tímido, de gigantes a los que se enfrenta; el pobre, de tesoros que maneja; el más humilde campesino, a cuenta de su orgullo, se proclama Júpiter.

Fuera porque Noirtier hubiera comprendido la indecisión del joven; fuera porque a la docilidad demostrada no añadiera completamente la fe, le miró con fijeza.

—¿Qué quiere usted, señor? —preguntó Morrel—. ¿Que renueve mi promesa de no hacer nada?

La mirada de Noirtier se quedó fija y firme, como para decir que una promesa no le bastaba; después, la mirada pasó del rostro a la mano.

—¿Quiere usted que lo jure, señor? —preguntó Maximilien.

—Sí —indicó el paralítico con la misma solemnidad—, lo quiero.

Morrel comprendió que el paralítico daba una gran importancia a ese juramento.

El joven extendió la mano.

—Por mi honor —dijo— juro esperar a lo que usted decida para obrar contra el señor d'Épinay.

—Bien —indicaron los ojos del anciano.

—Ahora, señor —preguntó Morrel—, ¿ordena usted que me retire?

—Sí.

—¿Sin volver a ver a la señorita Valentine?

—Sí

Morrel indicó que estaba dispuesto a obedecer.

—Ahora —continuó Morrel—, permítame, señor, que su nieto le bese, como hace un momento lo hizo su nieta.

No había manera de equivocarse ante la expresión de los ojos de Noirtier.

El joven posó sus labios sobre la frente del anciano en el mismo lugar en el que la joven había posado los suyos.

Después, saludó por segunda vez al anciano y salió.

En la puerta estaba el viejo sirviente, prevenido por Valentine; este esperaba a Morrel y le guió por los recodos de un corredor oscuro que conducía a una pequeña puerta que daba al jardín.

Una vez allí Morrel llegó a la verja, apoyándose en el cenador, alcanzó en un instante lo alto del muro, y por la escala, en un segundo, estuvo en el huerto de alfalfa, donde seguía esperándole su cabriolé.

Se subió al coche y roto por tantas emociones, pero con el corazón más libre, llegó hacia medianoche a la calle Meslay, se tumbó en la cama y durmió como si estuviera inmerso en una profunda embriaguez.

Capítulo LXXIV

El panteón de la familia Villefort

Dos días después, un gentío considerable se encontraba reunido, hacia las diez de la mañana, a la puerta de la casa del señor de Villefort, y se había visto avanzar una larga fila de coches fúnebres y otros particulares a lo largo del Faubourg Saint-Honoré y de la calle de la Pépinière.

Entre esos coches, había uno de una forma singular y que parecía haber hecho un largo viaje. Era una especie de furgón pintado de negro, y que era uno de los primeros de ese fúnebre encuentro.

Entonces, la gente había preguntado y se supo que por una extraña coincidencia ese coche transportaba el cuerpo del señor de Saint-Méran, de modo que los que habían venido para acompañar a un solo féretro, en realidad estaban acompañando a dos cadáveres.

El número de los acompañantes era grande; el señor marqués de Saint-Méran, uno de los dignatarios más adeptos y más fieles al rey Luis XVIII, y al rey Carlos X, había conservado un gran número de amigos que, unidos a las personas que por las convenciones sociales se relacionaban con Villefort, formaban un grupo considerable.

Se previno a las autoridades y se obtuvo que los dos séquitos se llevaran a cabo a la vez. Un segundo coche, adornado con la misma pompa

mortuoria, se situó delante de la puerta del señor de Villefort, y el ataúd fue transportado del furgón de postas sobre la carroza fúnebre.

Los dos cuerpos debían ser inhumados en el cementerio Père-Lachaise, donde desde hacía tiempo el señor de Villefort se había hecho construir un panteón destinado a la sepultura de toda su familia.

En ese panteón había sido depositado ya el cuerpo de la pobre Renée, con quien su padre y su madre venían a reunirse después de diez años de separación.

París, siempre curioso, siempre conmocionado por las pompas funerarias, con un religioso silencio vio pasar el espléndido cortejo que acompañaba a su última morada a dos nombres de esa vieja aristocracia, los más célebres para el espíritu tradicional, para la seguridad del comercio y la adhesión obstinada a los principios.

En el mismo coche de duelo, Beauchamp, Albert y Château-Renaud hablaban de esa muerte casi súbita.

—Vi a la señora de Saint-Méran el año pasado en Marsella —decía Château-Renaud—, yo regresaba de Argelia; era una mujer destinada a vivir cien años, gracias a su perfecta salud, a su ingenio, siempre presente, y a su actividad siempre prodigiosa. ¿Qué edad tenía?

—Sesenta y seis años —respondió Albert—, al menos es lo que Franz me ha asegurado. Pero no es la edad lo que la ha matado, es la pena que sintió por la muerte del marqués; parece que después de esa muerte, que la había quebrantado violentamente, no recuperó totalmente la razón.

—Pero, en fin, ¿de qué ha muerto? —preguntó Beauchamp.

—De una congestión cerebral, por lo que parece, o de una apoplejía fulminante. ¿No es lo mismo?

—Poco más o menos.

—¿De apoplejía? —dijo Beauchamp—. Es difícil de creer. La señora de Saint-Méran, a la que he visto una o dos veces en mi vida, era pequeña, menuda de formas, y de una constitución más nerviosa que sanguínea; son raras las apoplejías producidas por un disgusto, en un cuerpo de una constitución como el de la señora de Saint-Méran.

—En todo caso —dijo Albert—, cualquiera que sea la enfermedad o el médico que la ha matado, ahí tenemos al señor de Villefort, o más bien a la

señorita Valentine, o mejor aún a nuestro amigo Franz, en posesión de una magnífica herencia: ochenta mil libras de renta, creo.

—Herencia que casi se duplicará a la muerte de ese viejo jacobino de Noirtier.

—He ahí un abuelo tenaz —dijo Beauchamp—. *Tenacem propositi virum*. Ha apostado contra la muerte. Creo que enterrará a todos sus herederos. Seguro que lo consigue, a fe mía. Es ese viejo de la Convención del 93 que decía a Napoleón en 1814:

»“Os venís abajo porque vuestro imperio es un joven tallo fatigado por el crecimiento; ponedle a la República como tutor, volvamos con una buena constitución a los campos de batalla y os prometo quinientos mil soldados, otro Marengo, y un segundo Austerlitz. Las ideas no mueren, sire, se adormecen a veces, pero se despiertan más fuertes que antes de haberse dormido.”

—Parece —dijo Albert— que para él los hombres son como las ideas; solamente me inquieta una cosa, saber cómo Franz d'Épinay se acomodará con un abuelo que no puede prescindir de la que será su esposa; ¿pero, dónde está, este Franz?

—Está en el primer coche, con el señor de Villefort, que le considera ya como de la familia.

En cada uno de los coches que seguían el duelo, la conversación era poco más o menos la misma; se asombraban de esas dos muertes tan cercanas en el tiempo y tan rápidas, pero de ninguna se sospechaba el terrible secreto que en su paseo nocturno el señor d'Avrigny había revelado al señor de Villefort.

Al cabo de una hora de marcha más o menos, llegaron a la puerta del cementerio; hacía un tiempo tranquilo, pero sombrío, y en consecuencia en bastante armonía con la fúnebre ceremonia que les había reunido. Entre los grupos que se dirigían hacia el panteón de la familia, Château-Renaud reconoció a Morrel, que había venido solo en su cabriolé; caminaba solo, muy pálido y silencioso por el pequeño sendero bordeado de tejos.

—¡Usted aquí! —dijo Château-Renaud cogiéndose del brazo del joven capitán—. ¿Conoce usted, entonces, al señor de Villefort? ¿Cómo es que nunca le he visto en su casa?

—No es al señor de Villefort a quien conozco —respondió Morrel—, es a la señora de Saint-Méran a la que conocía.

En ese momento Albert se unió a ellos, junto con Franz.

—No es un buen lugar para presentaciones —dijo Albert—; pero no importa, no somos supersticiosos. Señor Morrel, permítame presentarle al señor Franz d'Épinay, un excelente compañero de viaje con el que he dado la vuelta a Italia. Mi querido Franz, Maximilien Morrel, un excelente amigo que he adquirido en su ausencia, y cuyo nombre volverá a oír en mi conversación cada vez que se hable de valor, de ingenio y de amabilidad.

Morrel tuvo un momento de indecisión. Se preguntó si no era una hipocresía condenable ese saludo, casi amistoso, dirigido al hombre a quien combatía secretamente; pero su juramento y la gravedad de las circunstancias le vinieron a la memoria; se esforzó en no dejar vislumbrar nada en su rostro, y saludó a Franz, conteniéndose.

—La señorita de Villefort está muy triste, ¿no? —dijo Debray a Franz.

—¡Oh! Señor —respondió Franz—, de una tristeza inexplicable; esta mañana, estaba tan deshecha que apenas era reconocible.

Estas palabras tan sencillas en apariencia rompieron el corazón de Morrel. ¿Es que ese hombre había visto a Valentine? ¿Le había hablado?

Fue entonces cuando el joven y ardiente oficial necesitó toda su fuerza para resistir el deseo de violar su juramento.

Cogió del brazo a Château-Renaud y se lo llevó rápidamente hacia el panteón, delante del cual los empleados de las pompas fúnebres acababan de depositar los dos féretros.

—Magnífica estancia —dijo Beauchamp observando el mausoleo—; palacio de verano, palacio de invierno. Aquí morará usted a su vez, mi querido D'Épinay, pues ya pronto formará parte de la familia. Yo, en mi calidad de filósofo, quiero una casita en el campo, un *cottage*, allá, bajo los árboles, y no tantas piedras talladas sobre mi pobre cuerpo. Al morir diré a los que me rodeen lo que Piron escribía a Voltaire: *Eo rus*, y todo habrá terminado... ¡Vamos, pardiez! Franz, valor, su mujer hereda^[1].

—De verdad, Beauchamp —dijo Franz— que es usted insoportable. Los asuntos políticos le han acostumbrado a reírse de todo, esos hombres de la política tienen por costumbre no creer en nada. Pero, en fin,

Beauchamp, cuando tenga usted el honor de encontrarse con hombres normales, y la dicha de dejar por un momento la política, trate de volver a ponerse el corazón, ese que deja en el despacho de los bastones de la Cámara de Diputados o de la Cámara de los Pares.

—¡Eh! ¡Dios mío! —dijo Beauchamp—. ¿Qué es la vida? Un alto en la antecámara de la muerte.

—Estoy cogiendo manía a Beauchamp —dijo Albert. Y se retiró cuatro pasos más atrás con Franz, dejando a Beauchamp que continuase sus disertaciones filosóficas con Debray.

El mausoleo de la familia de Villefort formaba un cuadrado de piedras blancas de una altura de unos veinte pies; una separación interior dividía en dos compartimentos la familia Saint-Méran y la familia Villefort, y cada compartimento tenía su puerta de entrada.

No se veía, como en otras tumbas, esos innobles cajones superpuestos en los que una económica distribución encierra a los muertos con una inscripción que se parece a una etiqueta; todo lo que se veía, en primer lugar, por la puerta de bronce era una antecámara severa y sombría, separada por un muro de la verdadera tumba.

Era en medio de ese muro donde se abrían las dos puertas de las que hemos hablado, y que comunicaban con sendas sepulturas: de Villefort, y de Saint-Méran.

Allí podrían exhalar en libertad el dolor, sin que los paseantes alocados, que visitan el Père-Lachaise, como una excursión por el campo o una cita amorosa, viniesen a turbar con sus cantos, con sus gritos o con sus carreras, la muda contemplación o la oración bañada en llanto del visitante del panteón^[2].

Los dos féretros entraron en el mausoleo de la derecha, era el de la familia de Saint-Méran; fueron colocados sobre sendos soportes preparados, y que esperaban por adelantado su carga mortal; Villefort, Franz y algunos parientes cercanos penetraron en el santuario.

Como las ceremonias religiosas habían concluido a la puerta y no había discursos que pronunciar, los asistentes se separaron enseguida: Château-Renaud, Albert y Morrel se retiraron por su lado, y Debray y Beauchamp por el suyo.

Franz se quedó con el señor de Villefort a la puerta del cementerio; Morrel se detuvo al primer pretexto que se le ocurrió; vio salir a Franz y al señor de Villefort en un coche del duelo y concluyó que era un mal presagio esa reunión a solas. Volvió, pues, a París, y aunque fuera en el mismo coche que Château-Renaud y Albert, no oyó ni una sola palabra de lo que decían los dos jóvenes.

En efecto, en el momento en el que Franz iba a separarse del señor de Villefort:

—Señor barón —le había dicho este—, ¿cuándo volveré a verle?

—Cuando usted quiera, señor —había respondido Franz.

—Lo antes posible.

—Estoy a sus órdenes, señor; ¿quiere que volvamos juntos?

—Si no le causa ninguna molestia.

—Ninguna.

Así fue como el futuro suegro y el futuro yerno subieron al segundo coche, y Morrel, al verles pasar, concibió, con razón, una gran inquietud.

Villefort y Franz regresaron al Faubourg Saint-Honoré.

El fiscal, sin entrar a ver a nadie, sin hablar ni con su mujer ni con su hija, hizo pasar al joven a su gabinete y mostrándole una silla:

—Señor d'Épinay —le dijo—, quiero recordarle, y el momento no está quizá tan mal elegido como podría creerse en un primer momento, pues la obediencia a los muertos es la primera ofrenda que hay que depositar en sus tumbas; debo, pues, recordarle el voto que expresaba anteayer la señora de Saint-Méran en su lecho de muerte, y es que el matrimonio de Valentine no sufriera ningún retraso. Usted sabe que los asuntos de la difunta están perfectamente en regla; que su testamento garantiza a Valentine toda la fortuna de los Saint-Méran; el notario me mostró ayer las actas que permiten redactar de una manera definitiva el contrato de matrimonio. Puede usted ver al notario y que le comunique, de mi parte, las actas. El notario es el señor Deschamps, plaza de Beauveau, Faubourg Saint-Honoré.

—Señor —respondió d'Épinay—, quizá no sea el momento para la señorita Valentine, anegada como está en el dolor, de pensar en un esposo; de verdad, temería...

—Valentine —interrumpió el señor de Villefort— no tendrá ningún otro deseo que el de cumplir con las últimas intenciones de su abuela; así, los obstáculos no vendrán por su parte, se lo aseguro.

—En ese caso, señor —respondió Franz—, como tampoco vendrán de la mía, puede usted actuar a su conveniencia; mi palabra está comprometida y cumpliré con ella, no solamente con placer, sino lleno de dicha.

—Entonces —dijo Villefort—, nada le detiene; el contrato tenía que haber sido firmado hace tres días, lo encontraremos todo preparado: se podría firmar hoy mismo.

—¿Pero, el luto? —dijo dudoso Franz.

—Esté tranquilo, señor —repuso Villefort—; no será en mi casa donde se descuiden las formalidades. La señorita de Villefort podrá retirarse durante los tres meses de luto en su tierra de Saint-Méran. Digo su tierra, pues esa propiedad le pertenece. Allí, dentro de ocho días, si usted quiere, sin ruido, sin pompa, sin fastos, podrá concluirse el matrimonio civil. Era un deseo de la señora de Saint-Méran que su nieta se casase en esas tierras. Concluido el matrimonio, señor, usted podrá regresar a París, mientras que su mujer pasa el tiempo de luto con su madrastra.

—Como usted quiera, señor —dijo Franz.

—Entonces —repuso el señor de Villefort—, tenga a bien esperar una media hora; Valentine bajará al salón. Yo enviaré a buscar al señor Deschamps, leeremos y firmaremos el contrato en el mismo acto, y esta misma tarde la señora de Villefort acompañará a Valentine a su tierra, donde dentro de ocho días iremos a reunirnos con ellas.

—Señor —dijo Franz—, sólo tengo que pedirle una cosa.

—¿Qué cosa?

—Deseo que Albert de Morcerf y Raoul de Château-Renaud estén presentes en esa firma; usted sabe que son mis testigos.

—Una media hora basta para avisarles; ¿quiere ir a buscarlos usted mismo? ¿Prefiere enviar a alguien?

—Prefiero ir yo mismo, señor.

—Le esperaré, pues, dentro de media hora, barón, y Valentine estará preparada para entonces.

Franz saludó al señor de Villefort y salió.

En cuanto se hubo cerrado la puerta de la calle tras el joven, Villefort mandó decir a Valentine que bajase al salón dentro de media hora porque esperaban al notario y a los testigos del señor d'Épinay.

Esta inesperada noticia produjo gran sensación en la casa. La señora de Villefort no quiso ni creerlo y a Valentine le fulminó como si fuera un rayo caído del cielo.

Miraba por todas partes como para pedir socorro a quien pudiera ayudarla.

Intentó bajar donde su abuelo, pero en la escalera se encontró con el señor de Villefort que la cogió por el brazo y la llevó al salón.

En la antecámara Valentine vio a Barrois y le echó una mirada desesperada.

Un instante después de Valentine, la señora de Villefort entró en el salón con el pequeño Édouard. Era visible que la joven mujer había tenido su parte en los disgustos de la familia: estaba pálida y parecía terriblemente cansada.

Se sentó, sentó a Édouard en sus rodillas, y de vez en cuando le estrechaba contra su pecho con movimientos casi convulsivos; a ese niño, que parecía concentrar su vida entera.

Enseguida se oyó el ruido de dos coches que entraban en el patio.

Uno era el del notario; el otro, el de Franz y sus amigos.

En un instante todo el mundo estaba reunido en el salón.

Valentine estaba tan pálida que se le veían las venas azules de sus sienes dibujarse alrededor de sus ojos y correr a lo largo de sus mejillas.

Franz no podía evitar una emoción bastante viva.

Château-Renaud y Albert se miraban asombrados: la ceremonia que acababa de concluir les parecía menos triste que la que iba a comenzar.

La señora de Villefort estaba situada en la sombra, detrás de una cortina de terciopelo, y como seguía constantemente inclinada sobre su hijo, era difícil leer en su rostro lo que pasaba en su corazón.

El señor de Villefort permanecía, como siempre, impassible.

El notario, después de colocar los papeles sobre la mesa, siguiendo el método ordinario de la gente de leyes, después de sentarse en un sillón y

haberse puesto las gafas, se dirigió a Franz:

—¿Es usted el señor Franz de Quesnel, barón d'Épinay? —preguntó, aunque lo supiera perfectamente.

—Sí, señor —respondió Franz.

El notario hizo una inclinación de cabeza.

—Debo advertirle, señor —dijo—, y ello de la parte del señor de Villefort, que su matrimonio proyectado con la señorita de Villefort cambió las disposiciones del señor Noirtier respecto a su nieta, y que aparta enteramente la fortuna que debía transmitirle. Apresurémonos a añadir —continuó el notario—, que el testador, al no tener derecho de apartar más que una parte, y habiéndolo hecho para toda su fortuna, el testamento no resistirá su impugnación, y será declarado nulo y sin valor.

—Sí —dijo Villefort—; solamente prevengo por adelantado al señor d'Épinay que, mientras yo viva, jamás será impugnado el testamento de mi padre, mi posición me prohíbe hasta la más mínima sombra de escándalo.

—Señor —dijo Franz—, me molesta que se haya hablado, delante de Valentine, de una cuestión así. Nunca me he informado sobre el monto total de su fortuna que, por muy reducida que se vea, siempre será considerablemente mayor que la mía. Lo que mi familia ha buscado en la alianza con el señor de Villefort es la consideración; lo que yo busco es la felicidad.

Valentine hizo un gesto imperceptible de agradecimiento, mientras que dos lágrimas silenciosas se deslizaban por sus mejillas.

—Además, señor —dijo Villefort dirigiéndose a su futuro yerno—, aparte de esa porción de lo que usted esperaba, ese testamento inesperado no tiene nada que pueda herirle a usted; se explica por la debilidad mental del señor Noirtier. Lo que disgusta a mi padre no es que la señorita de Villefort se case con usted, sino que Valentine se case: la unión con cualquier otro le hubiera inspirado el mismo disgusto. La vejez es egoísta, señor, y la señorita de Villefort era una fiel compañía que no podrá serlo como baronesa d'Épinay. El desgraciado estado en el que mi padre se encuentra hace que cada vez le hablemos menos de asuntos serios que la debilidad de su mente no le permitiría seguir, y estoy perfectamente

convencido de que en este momento, aun conservando el recuerdo de que su nieta se casa, el señor Noirtier ha olvidado hasta el nombre de quien será su nieto.

Apenas el señor de Villefort acababa de decir estas palabras, a las que Franz respondía con una inclinación de cabeza, cuando la puerta del salón se abrió y apareció Barrois.

—Señores —dijo, en un tono extrañamente firme para un sirviente dirigiéndose a sus amos en una circunstancia tan solemne—, señores, el señor Noirtier de Villefort desea hablar inmediatamente con el señor Franz de Quesnel, barón d'Épinay.

Él también, como el notario, y a fin de que nadie se llamara a engaño, nombraba con todos sus títulos al novio.

Villefort se sobresaltó, la señora de Villefort dejó a su hijo resbalar de sus rodillas, Valentine se levantó pálida y muda como una estatua.

Albert y Château-Renaud intercambiaron una segunda mirada, aún más atónita que la primera.

El notario miró a Villefort.

—Es imposible —dijo el fiscal—; además, el señor d'Épinay no puede abandonar el salón en este momento.

—Es justamente en este momento —repuso Barrois con la misma firmeza—, cuando el señor Noirtier, mi señor, desea hablar de asuntos importantes con el señor Franz d'Épinay.

—¿Es que ahora habla, el abuelito Noirtier? —preguntó Édouard con su impertinencia habitual.

Pero esa salida ni siquiera hizo sonreír a la señora de Villefort, tan preocupados como estaban todos y tan solemne como parecía la situación.

—Diga al señor Noirtier —repuso Villefort— que lo que pide no puede ser.

—Entonces el señor Noirtier avisa a los señores —repuso Barrois— que hará que le traigan, en persona, al salón.

El asombro general llegó al colmo.

Una especie de sonrisa se dibujó en el rostro de la señora de Villefort. Valentine, sin querer, levantó los ojos al techo para dar las gracias al Cielo.

—Valentine —dijo el señor de Villefort—, vaya a ver qué nueva fantasía se le ha ocurrido al abuelo, se lo ruego.

Valentine dio rápidamente algunos pasos para salir, pero el señor de Villefort la retuvo.

—Espere —dijo—, la acompaño.

—Perdón, señor, —dijo Franz a su vez—; me parece que, puesto que es a mí a quien el señor Noirtier quiere ver, seré yo quien me someta a sus deseos; además, estaré encantado de presentarle mis respetos, ya que no he tenido aún la ocasión de solicitar ese honor.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Villefort con visible inquietud—. No tiene que molestarse.

—Discúlpeme, señor —dijo Franz en un tono de total resolución—, no quiero perder la ocasión de demostrar al señor Noirtier lo equivocado que estaría si concibiese contra mí repugnancias que estoy decidido a vencer, sean las que sean, con profunda devoción.

Y, sin dejarse retener por más tiempo por Villefort, Franz se levantó y siguió a Valentine, que bajaba ya la escalera con la alegría de un naufrago que alcanza con su mano una roca.

El señor de Villefort siguió a ambos.

Château-Renaud y Morcerf intercambiaron una tercera mirada, más atónita aún que las dos primeras.

Capítulo LXXV

Las actas

Noirtier esperaba vestido de negro e instalado en su sillón.

Cuando entraron las tres personas con las que contaba que viniesen, miró a la puerta, que su ayuda de cámara cerró de inmediato.

—Tenga cuidado —dijo Villefort en voz baja a Valentine, que no podía ocultar su alegría—, pues si el señor Noirtier quiere comunicarle algo que impida su matrimonio, le prohíbo que se dé por enterada.

Valentine se sonrojó pero no dijo nada.

Villefort se acercó a Noirtier.

—Aquí tiene al señor Franz d'Épinay —le dijo—; usted le ha hecho venir, señor, y él se somete a sus deseos. Sin duda deseábamos esta entrevista desde hacía tiempo, y estaré encantado de que en ella se demuestre cómo su oposición al matrimonio de Valentine estaba poco fundada.

Noirtier sólo respondió con una mirada que hizo correr un escalofrío por las venas de Villefort.

Con un gesto en la mirada indicó a Valentine que se acercara.

En un momento, gracias a los medios habituales que usaba en las conversaciones con su abuelo, encontró la palabra clave.

Entonces consultó la mirada del paralítico, que se fijó en un cajón de un mueble pequeño situado entre las dos ventanas.

Abrió el cajón y encontró, efectivamente, una llave.

Cuando tuvo la llave y el anciano le indicó que era esa llave la que pedía, los ojos del paralítico se dirigieron hacia un viejo secreter, olvidado desde hacía muchos años, y que no contenía —se pensaba— más que papelajos inútiles.

—¿Tengo que abrir el secreter? —preguntó Valentine.

—Sí —indicó el anciano.

—¿Tengo que abrir los cajones?

—Sí.

—¿Los laterales?

—No.

—¿El del medio?

—Sí.

Valentine lo abrió y sacó un legajo.

—¿Es esto lo que desea, abuelo? —dijo.

—No.

Entonces fue sacando sucesivamente el resto de los papeles hasta que no quedaba absolutamente nada en el cajón.

—¡Pero el cajón ya está vacío! —dijo.

Los ojos de Noirtier estaban fijos en el diccionario.

—Sí, abuelo, le comprendo —dijo la joven. Y repitió una tras otra cada letra del alfabeto; al llegar a la S, Noirtier la detuvo. Abrió el diccionario y buscó hasta la palabra *secreto*.

—¡Ah! ¿Hay un compartimento secreto? —dijo Valentine.

—Sí —dijo Noirtier.

—¿Y quién conoce ese compartimento secreto?

Noirtier miró a la puerta por la que había salido el criado.

—¿Barrois? —dijo ella.

—Sí —dijo Noirtier.

—¿Tengo que llamarle?

—Sí.

Valentine fue a la puerta y llamó a Barrois.

Mientras tanto, el sudor de la impaciencia chorreaba en la frente de Villefort, y Franz estaba estupefacto de asombro.

El viejo sirviente entró.

—Barrois —dijo Valentine—, mi abuelo me ordenó coger la llave de esa consola, abrir el secreter y abrir ese cajón; ahora dice que hay un compartimento secreto en el cajón, y parece que usted lo conoce, ábralo.

Barrois miró al anciano.

—Obedezca —le indicó la inteligente mirada de Noirtier.

Barrois obedeció; un doble fondo se abrió conteniendo un legajo de papeles atado con una cinta negra.

—¿Es esto lo que desea, señor? —preguntó Barrois.

—Sí —indicó Noirtier.

—¿A quién tengo que entregárselos, estos papeles? ¿Al señor de Villefort?

—No.

—¿A la señorita Valentine?

—No.

—¿Al señor Franz d'Épinay?

—Sí.

Franz, asombrado, dio un paso hacia delante.

—¿A mí, señor? —dijo.

—Sí.

Franz recibió los papeles de manos de Barrois, y echando un vistazo a la cubierta, leyó:

Para ser depositado, después de mi muerte, en casa de mi amigo el general Durand, quien él mismo, al morir, legará este paquete a su hijo, con la orden terminante de conservarlo como documento de la mayor importancia.

—Y bien, señor —preguntó Franz, ¿qué quiere usted que haga yo con este legajo?

—Que lo guarde, sellado como está, sin duda —dijo el fiscal.

—No, no —indicaba insistentemente Noirtier.

—¿Desea tal vez que el señor barón lo lea? —preguntó Valentine.

—Sí —respondió el anciano.

—Ya lo ve, señor barón, mi abuelo le ruega que lea ese documento —dijo Valentine.

—Entonces, sentémonos —dijo Villefort con impaciencia—, pues esto durará bastante.

—Siéntense —indicó el ojo de Noirtier.

Villefort se sentó, pero Valentine se quedó de pie al lado de su abuelo, apoyada en el lateral del sillón, y Franz de pie delante de él.

Tenía el misterioso papel en las manos.

—Lea —indicaron los ojos del viejo.

Franz deshizo el envoltorio, y se hizo un gran silencio en la habitación. En medio de ese silencio, leyó:

Resumen de las actas de la sesión del club bonapartista de la calle Saint-Jacques, habida el 5 de febrero de 1815.

Franz dejó de leer.

—¡El 5 de febrero de 1815! ¡Es el día en el que mi padre fue asesinado!

Valentine y Villefort se quedaron mudos; sólo el ojo del anciano dijo claramente: «Continúe».

—¡Pero si fue al salir de ese club —continuó Franz—, cuando mi padre desapareció!

La mirada de Noirtier continuaba diciendo: «Lea, lea».

Franz continuó:

Los abajo firmantes, Louis-Jacques Beaurepaire, teniente coronel de artillería; Etienne Duchampy, general de brigada, y Claude Lecharpal, Director de Aguas y Bosques,

Declaran que el 4 de febrero de 1815, llegó una carta de la isla de Elba que recomendaba a la benevolencia y a la confianza de los miembros del club bonapartista al general Flavien de Quesnel,

quien habiendo servido al Emperador desde 1804 hasta 1815, debía sentir la mayor adhesión por la dinastía napoleónica, a pesar del título de baronía que Luis XVIII acaba de conceder a su tierra de Épinay.

En consecuencia, se le envió una nota al general de Quesnel, rogándole que asistiera a la sesión del día siguiente, día 5. La nota no indicaba ni la calle ni el número de la casa en donde tendría lugar dicha reunión; no llevaba ninguna otra firma, pero informaba al general de que, si estaba dispuesto, vendrían a buscarle a las nueve de la noche.

Las sesiones tenían lugar de nueve a doce de la noche.

A las nueve, el presidente del club se presentó en casa del general; el general estaba preparado; el presidente le dice que una de las condiciones de su introducción en el club era que él ignorara siempre el lugar de la reunión, y que se dejara vendar los ojos jurando que no intentaría levantar la venda.

El general Quesnel aceptó la condición, y prometió por su honor que no intentaría averiguar adónde le conducían.

El general había ordenado preparar su coche; pero el presidente le dijo que era imposible que se sirviese de su propio coche, dado que no merecería la pena vendar los ojos del amo, si el cochero permanecía con los ojos abiertos reconociendo así las calles que iban a recorrer.

—¿Qué hacer entonces? —preguntó el general.

—Yo tengo mi coche —dijo el presidente.

—¿Está usted tan seguro de su cochero que le confía usted un secreto que juzga imprudente que conozca el mío?

—Nuestro cochero es un miembro del club —dijo el presidente—; nos conducirá un consejero de Estado.

—Entonces —dijo riendo el general—, corremos otro riesgo: el de que el vehículo vuelque.

Consignamos esta broma como prueba de que el general no fue en absoluto forzado a asistir a la sesión, y que vino por plena voluntad propia.

Una vez en el coche, el presidente recordó al general la promesa hecha de dejarse tapar los ojos. El general no opuso ninguna resistencia a esa formalidad: un pañuelo, preparado a ese efecto en el coche, cumplió con el cometido.

A lo largo de todo el camino, el presidente creyó percibir que el general intentaba ver algo por debajo del pañuelo; el presidente le recordó el juramento.

—¡Ah! Es cierto —dijo el general.

El coche se detuvo delante de una bocacalle de la calle Saint-Jacques. El general se apeó ayudado por el presidente, cuya dignidad el general desconocía, tomándole por un simple miembro del club; cruzaron la bocacalle, subieron a un piso, y entraron en la sala de juntas.

La sesión había comenzado. Los miembros del club, prevenidos de la especie de presentación que tendría lugar aquella noche, estaban al completo. Una vez en el centro de la sala, se le invitó al general a que se quitara el pañuelo de los ojos. Enseguida lo hizo, y pareció muy asombrado de encontrarse allí con gran número de caras conocidas en una sociedad cuya existencia desconocía totalmente hasta entonces.

Se le preguntó sobre sus sentimientos, pero se limitó a responder que los conocerían a través de las cartas de la isla de Elba...

Franz detuvo su lectura.

—Mi padre era monárquico —dijo—; no había necesidad de preguntarle por sus sentimientos: eran conocidos.

—Y de ahí venía mi relación con él, querido señor Franz; es fácil crear lazos de amistad cuando se comparten las mismas opiniones.

—Lea —decía sin parar el ojo del viejo.

Franz continuó:

El presidente tomó entonces la palabra para instar al general a expresarse más explícitamente; pero el señor de Quesnel respondió

que ante todo quería saber lo que se esperaba de él.

Entonces se le comunicó al general esa misma carta de la isla de Elba en la que se le recomendaba al club como hombre en quien se podía confiar. Un párrafo entero exponía el probable regreso de la isla de Elba, y prometía una nueva carta con detalles más concretos a la llegada del Pharaon, buque perteneciente al armador Morrel, de Marsella, cuyo capitán era totalmente fiel al emperador.

Durante toda esa lectura, el general, en quien se creía que podía contarse como con un hermano, mostró, por el contrario, signos visibles de descontento y de repugnancia.

Terminada la lectura, permaneció silencioso y con el ceño fruncido.

—Y bien —preguntó el presidente—, ¿qué dice usted de esa carta, general?

—Digo que hace muy poco —respondió—, que se ha prestado juramento al rey Luis XVIII, como para violar ya ese juramento en beneficio del exemperador.

Esta vez la respuesta era demasiado clara como para equivocarse sobre sus sentimientos.

—General —dijo el presidente—, para nosotros no hay rey Luis XVIII como no hay exemperador. No hay más que Su Majestad Emperador y Rey, alejado desde hace diez meses de Francia, su Estado, con violencia y traición.

—Perdón, señores —dijo el general—; puede que para ustedes ya no haya Luis XVIII, pero sigue habiéndolo para mí; dado que me nombró barón y mariscal de campo, no olvidaré nunca que debo estos dos títulos a su feliz regreso a Francia.

—Señor —dijo el presidente en el tono más serio posible, poniéndose en pie—, cuidado con lo que dice: sus palabras nos demuestran claramente que están engañados respecto a usted en la isla de Elba, y que nos han engañado a nosotros. Lo que aquí se le ha comunicado entra dentro de la confianza que se tenía en usted, y en consecuencia, en un sentimiento que le honra. Pero ahora

sabemos que estábamos en un error; un título nobiliario y un grado militar le han situado al lado del nuevo gobierno que nosotros queremos derrocar. No vamos a obligarle a que nos preste su ayuda; no enrolamos a personas contra su conciencia y su voluntad; pero le obligamos a obrar como un caballero, incluso si no está dispuesto a ello.

—¿Llaman ustedes obrar como un caballero a conocer la conspiración y no revelarla? Yo llamo a eso ser cómplice. Ya ven que sigo siendo franco con ustedes...

—¡Ah, padre! —dijo Franz, interrumpiendo la lectura—. Ahora comprendo por qué te asesinaron.

Valentine no pudo evitar una mirada furtiva a Franz; el joven estaba realmente soberbio en su entusiasmo filial.

Villefort se paseaba de un lado a otro detrás de él.

Noirtier seguía con la mirada la expresión de cada uno de los presentes, y conservaba su actitud digna y severa.

Franz volvió al manuscrito y continuó:

—Señor —dijo el presidente—, se le ha rogado venir a esta asamblea, no se le ha traído por la fuerza; se le propuso vendarse los ojos y usted aceptó. Cuando aceptó esta doble petición sabía usted perfectamente que no nos íbamos a ocupar de garantizar el trono de Luis XVIII, pues entonces no tendríamos que ocultarnos de la policía. Ahora bien, usted comprenderá, sería demasiado cómodo ponerse una máscara para sorprender el secreto de la gente, para después quitarse esa máscara, y llevar a la perdición a los que confiaron en usted. No, no, usted va a decir francamente, antes de nada, si usted está a favor de ese rey que reina por azar, o a favor de S. M. el Emperador.

—Soy monárquico —respondió el general—; he jurado ante Luis XVIII y mantendré mi juramento.

Estas palabras fueron seguidas de un murmullo general, y se pudo ver, por las miradas de un gran número de sus miembros, que

jaleaban la propuesta de hacer que el señor d'Épinay se arrepintiera de sus imprudentes palabras.

El presidente se puso de nuevo en pie e impuso el silencio.

—Señor —le dijo—, es usted un hombre demasiado serio y demasiado sensato como para no comprender las consecuencias de la situación en la que nos encontramos, unos frente a otros, y su franqueza incluso nos dicta las condiciones de lo que nos queda por hacer: va usted a jurar, por su honor, no revelar nada de lo que aquí ha oído.

El general se llevó la mano a la espada y exclamó:

—Si usted habla de honor, comience por no desconocer sus leyes, y no imponga nada a través de la violencia.

—Y usted, señor —continuó el presidente con una calma más terrible quizá que la cólera del general—, no toque esa espada, es un consejo que le doy.

El general observó por todo alrededor miradas que delataban un principio de inquietud. Sin embargo, no se doblegó aún; al contrario, reuniendo todas sus fuerzas:

—No juraré —dijo.

—Entonces, señor, morirá —respondió tranquilamente el presidente.

El señor d'Épinay se puso terriblemente pálido; miró por segunda vez a su alrededor; varios miembros del club cuchicheaban entre ellos y buscaban las armas debajo de sus capas.

—General —dijo el presidente—, esté tranquilo; está usted entre gentes de honor que intentarán por todos los medios convencerle antes de ir contra usted, en último extremo; pero también, usted lo dijo, está usted entre conspiradores, usted detenta nuestro secreto, tiene que devolvérselo.

Un silencio de lo más significativo siguió a estas palabras; y como el general no decía nada:

—Cierren las puertas —dijo el presidente a los ujieres.

Y se hizo el mismo silencio de muerte.

Entonces, el general dio un paso adelante, y haciendo un gran esfuerzo por controlarse:

—Tengo un hijo —dijo—, y debo pensar en él cuando me encuentro entre asesinos.

—General —dijo con nobleza el jefe de la asamblea—, un hombre solo siempre tiene derecho a insultar a cincuenta: es el privilegio del débil. Lo que ocurre es que se equivoca al usar ese privilegio. Créame, general, jure y no nos insulte.

El general, una vez más dominado por la superioridad del jefe de la asamblea, dudó un instante; pero finalmente, acercándose a la mesa del presidente:

—¿Cuál es la fórmula? —preguntó.

—Esta es: «Juro por mi honor no revelar jamás a nadie en el mundo lo visto y oído el 5 de febrero de 1815, entre las nueve y las diez de la noche, y declaro que merezco la muerte si violo mi juramento».

El general pareció sufrir un estremecimiento nervioso que le impidió responder durante algunos segundos; finalmente, sobreponiéndose a una manifiesta repugnancia, pronunció el juramento exigido, pero en un tono de voz tan bajo que apenas se le oyó, de tal manera que algunos miembros exigieron que lo pronunciase en voz más alta y clara, lo que hizo.

—Ahora, deseo retirarme —dijo el general—; ¿soy por fin libre?

El presidente se levantó, designó a tres miembros de la asamblea para que le acompañasen, y subió al coche con el general, después de vendarle los ojos. Entre los tres miembros acompañantes estaba el cochero que les había traído.

El resto de los miembros del club se separaron en silencio.

—¿Adónde quiere usted que le llevemos? —preguntó el presidente.

—A cualquier parte donde me vea libre de su presencia —respondió d'Épinay.

—Señor —repuso entonces el presidente—, cuidado, ya no está usted delante de la asamblea, ahora sólo tiene que vérselas con hombres concretos; no los insulte si no quiere que le hagamos responsable de sus insultos.

Pero en lugar de comprender ese lenguaje, el señor d'Épinay respondió:

—Es usted tan valiente en su coche como en su club, por la sencilla razón, señor, de que cuatro hombres siguen siendo más fuertes que uno solo.

El presidente ordenó parar el coche.

Estábamos justo a la entrada del Quai des Ormes, donde hay una escalera que baja al río.

—¿Por qué nos detenemos aquí? —preguntó el señor d'Épinay.

—Porque, señor —dijo el presidente—, usted ha insultado a un hombre, y ese hombre no quiere dar un paso más sin pedirle lealmente una reparación.

—O sea, una nueva manera de asesinar —dijo el general encogiéndose de hombros.

—Menos ruido, general —respondió el presidente—, si no quiere que le mire como el hombre que usted designó antes, es decir, como un cobarde que toma su debilidad como escudo. Usted está solo, un hombre solo le responderá; usted lleva una espada al cinto, yo la llevo en el bastón; usted no tiene testigos, uno de estos señores lo será por usted. Ahora, si le conviene, puede quitarse el pañuelo.

El general arrancó al instante el pañuelo que le cubría los ojos.

—En fin —dijo—, voy a saber con quién tengo que vérmelas.

Se abrió la puerta del coche; los cuatro hombres bajaron...

Franz interrumpió la lectura una vez más. Se enjugó el sudor frío que le helaba la frente; era algo espantoso ver a un hijo, tembloroso y pálido, leyendo en voz alta los detalles, ignorados hasta el momento, de la muerte de su padre.

Valentine juntaba las manos como si estuviera rezando.

Noirtier miraba a Villefort con una expresión casi sublime de desprecio y de orgullo.

Franz continuó:

Estábamos, como hemos dicho, a 5 de febrero. Desde hacía tres días hacía un frío de cinco o seis grados; la escalera estaba resbaladiza por el hielo; el general era fuerte y alto, el presidente le ofreció el lado de la rampa para bajar.

Los dos testigos les seguían.

La noche estaba oscura, el terreno, desde la escalera al río, estaba húmedo de nieve y hielo, se veía correr el agua negra, profunda y que arrastraba en su curso algunos trozos de hielo.

Uno de los testigos fue a buscar una linterna que había en una barcaza de carbón, y al resplandor de la linterna los testigos examinaron las armas.

La espada del presidente, que era simplemente, como había dicho, una espada incrustada en un bastón, era más corta que la de su adversario, y no tenía cazoleta.

El general d'Épinay propuso echar a suertes las espadas, pero el presidente respondió que era él el que había provocado, y que al provocar pretendía que cada uno se sirviese de sus armas.

Los testigos trataron de insistir; el presidente les impuso silencio.

Posaron la linterna en el suelo; los dos adversarios se pusieron a un lado y otro de la misma; el combate comenzó.

La luz se reflejaba en cada espada provocando en sus movimientos el efecto de los relámpagos.

En cuanto a los hombres, apenas se les veía, de tan espesa como era la oscuridad.

El general pasaba por ser uno de los mejores espadas del ejército. Pero se apresuró tanto en las primeras estocadas que cedió, y al ceder, cayó al suelo.

Los testigos le creyeron muerto, pero su adversario, que sabía que no le había tocado, le ofreció la mano para ayudarle a levantarse. Esa circunstancia, en lugar de calmarle, irritó al general, que se abatió a su vez sobre el adversario.

Pero su adversario no cedió ni un centímetro, parándole con su espada. Por tres veces el general refuló, al verse demasiado acorralado, y volvió a la carga.

A la tercera vez, cayó de nuevo.

Creyeron que había resbalado como la primera vez; sin embargo los testigos, al ver que no se levantaba, se le acercaron e intentaron ponerle en pie; pero el testigo que lo cogía sintió bajo su mano un calor húmedo: era sangre.

El general, que estaba casi desvanecido, volvió en sí.

—¡Ah! —dijo—. Me ha despachado un espadachín, un maestro de armas del regimiento.

El presidente, sin responder, se acercó al testigo que sujetaba la linterna, y arremangándose mostró el brazo con dos heridas de espada, después, abriéndose la levita y desabotonándose el chaleco, mostró el costado herido con una tercera entalladura.

Sin embargo, ni siquiera había emitido un suspiro.

El general d'Épinay entró en agonía y expiró cinco minutos después...

Franz leyó estas últimas palabras con voz rota, que apenas podía oírse; y después, se detuvo, pasándose la mano por los ojos como para espantar una nube.

Pero después de un silencio, continuó:

El presidente subió los peldaños, después de volver a meter la espada en el bastón; un rastro de sangre marcaba el camino hecho en la nieve. No estaba aún en lo alto de la escalera cuando oyó un chapoteo sordo en el agua: era el cuerpo del general que los testigos tiraban al agua después de constatar su muerte.

El general sucumbió, pues, en un duelo leal, y no en una emboscada, como podrían decir.

Y de ello damos fe al firmar la presente para establecer la verdad de los hechos, en prevención de que llegado el momento, alguno de los actores de esta terrible escena pudiera encontrarse acusado de homicidio con premeditación o de traición a las leyes del honor.

Firmado: BEAUREGARD, BEAUREPAIRE, DUCHAMPY y LECHARPAL.

En cuanto Franz terminó esta lectura tan terrible para un hijo, cuando Valentine, pálida de emoción, enjugó una lágrima, cuando Villefort, temblando y acurrucado en un rincón, intentó conjurar la tormenta con suplicantes miradas dirigidas al implacable anciano:

—Señor —dijo d'Épinay a Noirtier— puesto que usted conoce esta terrible historia en todos sus detalles, puesto que usted la hizo atestiguar con firmas honorables, puesto que, en fin, usted parece interesarse por mí, aunque ese interés sólo se haya revelado hasta ahora por el dolor, no me niegue una última satisfacción, dígame el nombre del presidente del club, que yo sepa, al fin, quién mató a mi pobre padre.

Villefort buscó, como perdido, el pomo de la puerta. Valentine, que sabía antes que nadie la respuesta del anciano, puesto que había observado a menudo en el antebrazo de su abuelo las cicatrices de dos heridas de espada, dio un paso atrás.

—¡En nombre del cielo! Señorita —dijo Franz, dirigiéndose a su prometida—, únase a mí para que yo sepa el nombre del hombre que me convirtió en huérfano a los dos años.

Valentine permaneció muda e inmóvil.

—Mire, señor —dijo Villefort—, créame, no prolongue más esta horrible escena; además, los nombres se ocultaban a propósito. Mi padre mismo no conoce a ese presidente, y si le conoce, no sabría decirlo: los nombres propios no están en el diccionario.

—¡Oh! ¡Qué desgracia! —exclamó Franz—. ¡La única esperanza que me ha mantenido en esa lectura, la que me dio fuerzas para llegar al final,

era la de conocer, al menos, el nombre de quien mató a mi padre! ¡Señor, señor! —exclamó dirigiéndose al señor Noirtier—, ¡en nombre del Cielo! Haga lo que pueda..., consiga, se lo suplico, indicarme, hacerme comprender...

—Sí —respondió Noirtier.

—¡Oh! ¡Señorita, señorita! —exclamó Franz—. Su abuelo señala que podría indicarme..., a ese hombre..., ayúdeme..., comprende..., ayúdeme.

Noirtier miró al diccionario.

Franz lo cogió con un temblor nervioso y pronunció sucesivamente las letras del alfabeto hasta la Y.

Ante esa letra el anciano indicó que sí.

—¡Y griega! —repitió Franz.

El dedo del joven fue deslizándose por las palabras; pero a cada una de ellas Noirtier respondía con una señal negativa.

Valentine se ocultaba la cabeza entre las manos.

Finalmente Franz llegó a la palabra *yo*.

—Sí —indicó el anciano.

—¡Usted! —exclamó Franz, cuyo cabello se le erizaba en la cabeza—. ¡Usted, señor Noirtier! ¿Fue usted quien mató a mi padre?

—Sí —respondió Noirtier, fijando sobre el joven una majestuosa mirada.

Franz cayó sin fuerza sobre un sillón.

Villefort abrió la puerta y salió huyendo, pues se le venía a la cabeza la idea de ahogar esa poca existencia que quedaba aún en el terrible corazón del anciano.

Capítulo LXXVI

Los progresos de Cavalcanti hijo

Mientras tanto, el señor Cavalcanti padre había partido para retomar su servicio, no en los ejércitos de S. M. el Emperador de Austria, sino en la ruleta de los baños de Lucca, de los que era uno de sus más asiduos cortesanos.

Ni qué decir tiene que se había llevado, con la más escrupulosa exactitud, hasta el último cuarto de la suma que se le había asignado para el viaje, y el de la recompensa por la solemne y majestuosa manera con la que había desempeñado su papel de padre.

El señor Andrea había heredado tras la marcha del «padre», todos los papeles que constataban que tenía el honor de ser hijo del marqués Bartolomeo y de la marquesa Leonora Corsinari.

Así pues, estaba más o menos anclado en esa sociedad parisina, tan fácilmente dispuesta a recibir a los extranjeros y a tratarlos, no conforme a lo que son, sino conforme a lo que quieren ser.

Además, ¿qué es lo que se le pide a un joven en París? Que hable más o menos la lengua del país, que se vista convenientemente, que sea un apuesto jugador, y que pague todo ello en oro.

Ni qué decir tiene que es mucho menos difícil para un extranjero que para un parisino.

Así pues, Andrea se había hecho en quince días con una posición bastante buena; le llamaban señor conde, se decía de él que disponía de cincuenta mil libras de renta, y se hablaba de los inmensos tesoros de su señor padre, sepultados, se decía, en sus minas de Saravezza.

Un hombre sabio, delante del cual se mencionaba esta última circunstancia como un hecho, declaró haber visto las minas en cuestión, lo que dio un gran peso a esos asertos, hasta entonces flotando en un estado de duda, y que desde ese momento tomaron la consistencia de la realidad.

En eso estábamos, en ese círculo de la sociedad parisina en el que hemos introducido a nuestros lectores, cuando Montecristo vino una tarde a visitar al señor Danglars. El señor Danglars había salido, pero se propuso al conde llevarle ante la baronesa, que estaba visible, lo que el conde aceptó.

Y siempre era bajo una especie de sobresalto nervioso, desde la cena en Auteuil y los acontecimientos que siguieron, como la señora Danglars oía pronunciar el nombre de Montecristo. Si la presencia del conde no se producía tras oír su nombre, la sensación dolorosa se hacía más intensa; si por el contrario, el conde hacía acto de presencia, su abierto rostro, sus ojos brillantes, su amabilidad y su galantería, incluso hacia la señora Danglars, desterraban enseguida hasta la última impresión de temor; a la baronesa le parecía imposible que un hombre tan encantador en las formas pudiera alimentar contra ella malas intenciones; además, los corazones más corrompidos no pueden creer en el mal si este no reposa sobre un interés; el mal gratuito y sin causa repugna como una anomalía.

Cuando Montecristo entró en el vestidor privado en el que ya introdujimos una vez a nuestros lectores, y donde la baronesa seguía con mirada bastante inquieta los dibujos que le pasaba su hija después de mirarlos con el señor Cavalcanti hijo, la presencia del conde produjo el efecto que solía producir, y fue, pues, sonriendo, como la baronesa recibió al conde, tras esa inquietud que sentía al oír su nombre.

Este, por su parte, abarcó toda la escena con una simple ojeada.

Junto a la baronesa, más o menos recostada en un pequeño canapé confidente, estaba sentada Eugénie, y Cavalcanti se mantenía de pie junto a ella.

Cavalcanti, vestido de negro como un héroe de Goethe, con zapatos de charol y medias blancas caladas, se pasaba una mano bastante blanca y bastante cuidada entre sus cabellos rubios, en medio de los cuales brillaba un diamante que, a pesar de los consejos de Montecristo, el vanidoso joven no había podido resistir su deseo de llevarlo en el dedo meñique.

Ese movimiento iba acompañado de miradas asesinas dirigidas a la señorita Danglars, y de suspiros enviados a la misma dirección que sus miradas.

La señorita Danglars seguía siendo la misma, es decir, bella, fría y mordaz. Ni uno solo de los suspiros, ni una sola de esas miradas de Andrea se le escapaban; se diría que resbalaban por la coraza de Minerva, coraza que algunos filósofos pretenden que a veces recubría el pecho de Safo.

Eugénie saludó con frialdad al conde, y aprovechó las primeras preocupaciones de la conversación para retirarse a su salón de estudios, desde donde pronto dos voces, prorrumpiendo en risas y ruidos y mezclándose con los primeros acordes de un piano, hicieron saber a Montecristo que la señorita Danglars había preferido a su compañía y a la del señor Cavalcanti la compañía de la señorita Louise d'Armilly, su maestra de canto.

Fue sobre todo entonces cuando, sin dejar de charlar con la señora Danglars y aún pareciendo absorto por el encanto de la conversación, el conde observó lo solícito que se mostraba el señor Andrea Cavalcanti, su manera de ir a escuchar la música a la puerta, que sin embargo no osaba franquear, y su manera de manifestar su admiración.

Enseguida entró el banquero. Su primera mirada fue para Montecristo, es cierto, pero la segunda fue para Andrea.

En cuanto a su mujer, la saludó del modo como suelen saludar ciertos maridos a sus mujeres, y del que los solteros no podrán hacerse idea hasta que no se haya publicado un código, bien extenso, del trato conyugal.

—¿Es que las señoritas no le han invitado a acompañarlas en la música? —preguntó Danglars a Andrea.

—¡Ay! No, señor —respondió Andrea con un suspiro más ostensible aún que los anteriores.

Danglars se dirigió entonces a la puerta que comunicaba con el estudio y la abrió.

Se vio entonces a las dos jóvenes sentadas en la misma banqueta, delante del mismo piano. Cada una de ellas se acompañaba de una sola mano, ejercicio al que se habían habituado por capricho, y en el que se habían convertido en grandes expertas.

La señorita d'Armilly, que ahora veían, formando con Eugénie, gracias al marco de la puerta, uno de esos cuadros vivientes como se representan a menudo en Alemania, era de una belleza bastante notable, o más bien de una gentileza exquisita. Era una mujer menuda, delgada y rubia como un hada, de grandes tirabuzones cayéndole por un cuello un poco demasiado largo, como el Perugino pinta a veces a sus vírgenes, y ojos velados por la fatiga. Se decía que tenía el pecho débil y que, como la Antonia de *Le violon de Crémone*^[1], moriría un día cantando.

Montecristo echó una mirada rápida y curiosa a ese gineceo; era la primera vez que veía a la señorita d'Armilly, de la que había oído hablar tan a menudo en aquella casa.

—Y bien —preguntó el banquero a su hija—, ¿es que nosotros estamos excluidos?

Entonces llevó al joven al saloncito, y fuera por azar o fuera por destreza, tras Andrea, la puerta quedó abierta del tal modo que, desde donde estaban sentados Montecristo y la baronesa, no se pudiese ver nada; pero como el banquero había seguido a Andrea, la señora Danglars ni siquiera pareció darse cuenta de esa circunstancia.

Un poco después, el conde oyó la voz de Andrea, con los acordes del piano acompañando a una canción corsa.

Mientras el conde escuchaba sonriendo esa canción que le hacía olvidar a Andrea para recordarle a Benedetto, la señora Danglars ponderaba, ante Montecristo, la fuerza de ánimo de su marido que, aquella misma mañana, en una quiebra milanesa había perdido trescientos o cuatrocientos mil francos.

Y, en efecto, el elogio era merecido, pues si el conde no lo hubiera sabido por la baronesa o quizá por uno de esos medios que él tenía para saber todo, la expresión del rostro del barón no le hubiera dicho una palabra.

«¡Bueno!», pensó Montecristo, «ahora ya oculta lo que pierde; hace un mes se vanagloriaba de ello».

Después, dijo en voz alta:

—¡Oh! Señora, el señor Danglars conoce tan bien la Bolsa, que siempre recuperará lo que pueda perder en otro sitio.

—Veo que participa usted de ese error común —dijo la señora Danglars.

—¿Y cuál es ese error? —dijo Montecristo.

—Pues el creer que el señor Danglars juega a la Bolsa, mientras que, por el contrario, no juega nunca.

—¡Ah! Sí, es cierto, señora, recuerdo que el señor Debray dijo..., a propósito, ¿qué ha sido del señor Debray? Hace tres o cuatro días que no le veo.

—Y yo tampoco —dijo la señora Danglars con un milagroso aplomo—. Pero había comenzado usted una frase que dejó inacabada.

—¿Qué frase?

—Que el señor Debray le dijo, insinuaba usted...

—¡Ah! Es cierto; el señor Debray me dijo que era usted la que se sometía al demonio del juego.

—Tuve ese capricho durante algún tiempo, lo confieso —dijo la señora Danglars—, pero ya no lo tengo.

—Pues se equivoca, señora. ¡Eh! ¡Dios mío! La suerte de la fortuna es precaria, y si yo fuera mujer y el azar me hubiera hecho mujer de un banquero, por mucha confianza que tuviera en la suerte de mi marido —pues en especulación, ya lo sabe, todo es buena suerte o mala suerte—; y bien, le decía, que por mucha confianza que tuviera en la buena suerte de mi marido, comenzaría siempre por asegurarme una fortuna independiente, aunque tuviese que adquirir esa fortuna poniendo mis intereses en manos que fueran para él desconocidas.

La señora Danglars se sonrojó muy a su pesar.

—Mire —dijo Montecristo, como si no hubiera visto nada—, se habla de un buen golpe que dieron ayer sobre los bonos de Nápoles.

—Yo no tengo bonos de Nápoles —dijo rápidamente la baronesa—, ni siquiera los he tenido nunca; pero, de verdad, ya es suficiente que hablemos tanto de Bolsa, señor conde, parecemos dos agentes de cambio; hablemos un poco de esos pobres Villefort, tan atormentados en este momento por la fatalidad.

—¿Pues, qué les ocurre? —preguntó Montecristo con una perfecta ingenuidad.

—Pues, usted lo sabe; después de perder al señor de Saint-Méran, tres o cuatro días después de su muerte, acaban de perder a la marquesa, tres o cuatro días después de que esta llegase a París.

—¡Ah! Es cierto; ya me enteré, pero como dice Claudio a Hamlet, es la ley de la naturaleza: sus padres murieron antes que ellos, y les lloraron; ellos morirán antes que sus hijos y sus hijos les llorarán.

—Pero eso no es todo.

—¡Cómo que no es todo!

—No; usted sabe que pensaban casar a su hija...

—Con el señor Franz d'Épinay... ¿es que la promesa de matrimonio se ha roto?

—Ayer por la mañana, por lo que parece, Franz les ha devuelto su palabra.

—¡Ah! ¿De verdad...? ¿Y se conocen las causas de la ruptura?

—No.

—¿Pero qué me dice usted, Dios mío, señora...? ¿Y el señor de Villefort, cómo acepta todas esas desgracias?

—Con filosofía, como siempre.

En ese momento Danglars entró solo.

—Y bien —dijo la baronesa— ¿deja usted al señor Cavalcanti con nuestra hija?

—Y con la señorita d'Armilly, ¿por quién la toma entonces?

Después, dirigiéndose a Montecristo:

—Un joven encantador, ¿no, señor conde?, ese príncipe Cavalcanti... sólo que, ¿es realmente príncipe?

—No respondo de ello —dijo Montecristo—. Me presentaron a su padre como marqués, él sería conde; pero creo que ni él mismo tiene muchas pretensiones sobre ese título.

—¿Por qué? —dijo el banquero—. Si es príncipe, se equivoca al no vanagloriarse de ello. Cada uno tiene derecho a lo suyo; no me gusta que uno reniegue de sus orígenes.

—¡Oh! Es usted un puro demócrata —dijo Montecristo sonriendo.

—Pero, mire —dijo la baronesa— a lo que se expone: si el señor de Morcerf viniese por azar, encontraría al señor Cavalcanti en la habitación en la que él, prometido de Eugénie, nunca tuvo permiso para entrar.

—Hace bien usted en decir por azar —repuso el banquero—, pues, de verdad, se le ve tan raramente por aquí, que se diría que es el azar quien nos lo trae.

—En fin, si viniera y encontrase a ese joven junto a nuestra hija, podría enfadarse.

—¿Él? ¡Oh! ¡Dios mío! Usted se equivoca, el señor Albert no nos hace el honor de estar celoso de su prometida, no la ama tanto como para eso. Además, ¿qué me importa que se enfade o no!

—Sin embargo, dado el punto en el que nos encontramos...

—Sí, en el punto en el que nos encontramos; ¿quiere usted saber en qué punto nos encontramos? Pues que en el baile que dio su madre, bailó una sola vez con mi hija, que el señor Cavalcanti bailó tres veces con ella, y que Albert ni siquiera se enteró.

—¡El señor vizconde Albert de Morcerf! —anunció un lacayo.

La baronesa se levantó de inmediato. Iba a pasar al saloncito de estudio para avisar a su hija, cuando Danglars la detuvo cogiéndola por el brazo.

—Deje —dijo.

Ella le miró asombrada.

Montecristo fingió no haber visto ese juego escénico.

Albert entró, era muy apuesto y estaba muy alegre. Saludó a la baronesa con soltura, a Danglars con familiaridad y a Montecristo con afecto; después, dirigiéndose a la baronesa:

—¿Me permite, señora —le dijo—, preguntarle cómo está la señorita Danglars?

—Muy bien, señor —respondió con viveza Danglars—; en este momento se ocupa de música en el saloncito con el señor Cavalcanti.

Albert conservó todo su aspecto tranquilo e indiferente; quizá sentía algún despecho interior, pero veía la mirada de Montecristo fija en él.

—El señor Cavalcanti tiene una hermosa voz de tenor —dijo—, y la señorita Eugénie de soprano, sin contar que toca el piano como Thalberg. Debe ser un bonito concierto.

—El hecho es —dijo Danglars—, que casan de maravilla.

Albert pareció no haber observado ese equívoco, tan grueso, sin embargo, que hasta la señora Danglars se sonrojó.

—Yo también —continuó Albert—, yo también soy músico, al menos es lo que dicen mis maestros; pues bien, cosa extraña, nunca pude casar mi voz con ninguna otra voz, y con las voces de soprano, sobre todo, menos que con ninguna otra.

Danglars sonrió significativamente como diciendo: ¡sí, sí, enfádate ahora!

—Pues —dijo, esperando sin duda conseguir su objetivo—, el príncipe y mi hija fueron ayer la admiración general. ¿No estaba usted ayer, señor de Morcerf?

—¿Qué príncipe? —preguntó Albert.

—El príncipe Cavalcanti —repuso Danglars, que se obstinaba siempre en dar ese título al joven.

—¡Ah! Perdón —dijo Albert—, ignoraba que fuera príncipe. ¡Ah! ¿El príncipe Cavalcanti cantó ayer con la señorita Eugénie? De verdad, debió ser arrebatador, lamento mucho no haberlo oído. Pero no pude acudir a su invitación, me vi obligado a acompañar a la señora de Morcerf a casa de la baronesa de Château-Renaud, madre, donde cantaban los alemanes.

Y después de un silencio, y como quien no quiere la cosa:

—¿Se me permitirá —repitió Morcerf— presentar mis respetos a la señorita Danglars?

—¡Oh! Espere, espere, se lo ruego —dijo el banquero deteniendo al joven—; oye usted la deliciosa cavatina ta, ta, ta, ti, ta, ta, ta, es

encantador, ya va a terminar..., un segundo: ¡perfecto! *Bravo!, bravi!, brava!*

Y el banquero se puso a aplaudir con frenesí.

—En efecto —dijo Albert—, es exquisito, y es imposible comprender mejor la música de su país que como lo hace el príncipe Cavalcanti. Usted dijo príncipe, ¿no? Además, si no es príncipe, ya le harán príncipe, en Italia es fácil. Pero, para volver a nuestros adorables cantores, debería usted hacernos un favor, señor Danglars: sin avisarles de que hay aquí una visita, debería rogar a la señorita Danglars y al señor Cavalcanti que comenzasen otra pieza. Es algo tan delicioso gozar de la música un poco desde lejos, en una penumbra, sin ser visto, y en consecuencia, sin molestar al músico, que puede así entregarse a todo el instinto de su genio y a todo el impulso de su corazón.

Esta vez Danglars se vio superado por la flema del joven.

Cogió aparte a Montecristo.

—Y bien —le dijo— ¡qué le parece nuestro enamorado!

—¡Hombre! Me parece frío, es incontestable; ¿pero qué quiere usted? ¡Usted se comprometió!

—Sin duda que me comprometí a entregar a mi hija a un hombre que la amase, y no a un hombre que no la amase. Mire a este, frío como el mármol, orgulloso como su padre; si aún fuera rico, si tuviera la fortuna de los Cavalcanti, pasaría por encima de todo eso. A fe mía que no he consultado a mi hija; pero si ella tuviera buen gusto...

—¡Oh! —dijo Montecristo—. No sé si es mi amistad por él lo que me ciega, pero le aseguro que el señor de Morcerf es un joven encantador, ahí como le ve, que hará feliz a su hija, y que pronto o tarde, llegará a ser alguien, pues, en fin, la posición de su padre es excelente.

—¡Mmm...! —murmuró Danglars.

—¿Por qué lo duda?

—Siempre está el pasado..., ese pasado oscuro.

—Pero el pasado de un padre no influye en el hijo.

—Sí, sí, ¡claro que sí!

—Veamos, no se altere; hace un mes a usted le parecía excelente esa unión... entiende, yo me siento preocupado, fue en mi casa donde usted vio

a ese joven Cavalcanti, que yo no conozco, se lo repito.

—Yo sí lo conozco —dijo Danglars—, eso basta.

—¿Usted le conoce? ¿Entonces se ha informado bien? —preguntó Montecristo.

—¿Es que es necesario? ¿Es que al primer vistazo no sabe uno con quién habla? En primer lugar, es rico.

—Yo no lo aseguro.

—¿Pero, usted responde de él?

—Solamente de cincuenta mil libras, una miseria.

—Tiene una educación distinguida.

—¡Mmm...! —murmuró ahora Montecristo.

—Es músico.

—Todos los italianos lo son.

—¡Vaya! Conde, no es usted justo con ese joven.

—Pues bien, sí, lo confieso, veo con pena que, conociendo sus compromisos con los Morcerf, venga este muchacho ahora a ponerse en medio y a abusar de su fortuna.

Danglars se echó a reír.

—¡Oh! ¡Qué puritano es usted! —dijo—. Pero si eso se hace a diario en esta sociedad.

—Sin embargo, usted no puede romper así como así, mi querido señor Danglars; los Morcerf cuentan con ese matrimonio.

—¿Y cómo cuentan?

—Positivamente.

—Entonces, que se expliquen. Usted debería dejar caer dos palabras al padre, mi querido conde, usted que está tan a bien en la casa.

—¡Yo! ¿De dónde diablos ha sacado usted eso?

—Pues en su baile, me parece. ¡Cómo! La condesa, la orgullosa Mercedes, la arrogante catalana, que apenas si se digna a hablar con sus antiguos conocidos, le coge a usted del brazo, sale con usted al jardín, se pasea por los pequeños recovecos y no reaparece hasta media hora después.

—¡Ah! Barón, barón —dijo Albert—, no nos deja usted oír la música; para un melómano como usted, ¡vaya barbaridad!

—Está bien, está bien, señor burlón —dijo Danglars.

Después, dirigiéndose otra vez a Montecristo:

—¿Se encarga usted de decir algo al padre?

—Con mucho gusto, si usted lo desea.

—Pero que esta vez se aclare de una manera explícita y definitiva; sobre todo que lleve a cabo la pedida de mi hija, que fije una fecha, que declare sus condiciones económicas, en fin, que nos entendamos o que nos enfademos; pero, usted comprende, sin más dilaciones.

—Bien, llevaré a cabo esa gestión.

—No le diré que la espero con placer, pero, en fin, la esperaré; ya sabe usted, un banquero debe ser esclavo de su palabra.

Y Danglars dio uno de esos suspiros que daba Cavalcanti hijo una media hora antes.

—*Bravi!, bravo!, brava!* —gritó Morcerf, parodiando al banquero y aplaudiendo hasta el final de la pieza.

Danglars comenzaba a mirar a Albert de soslayo, cuando vinieron a decirle dos palabras en voz baja.

—Vuelvo enseguida —dijo el banquero a Montecristo—, espéreme, quizá tenga algo que decirle enseguida.

Y salió.

La baronesa aprovechó la ausencia de su marido para abrir del todo la puerta del salón de estudios de su hija, y vieron levantarse como un resorte a Andrea, que estaba sentado al piano con la señorita Eugénie.

Albert saludó sonriendo a la señorita Danglars, que, sin sentirse turbada en absoluto, le devolvió el saludo tan fríamente como de costumbre.

Cavalcanti pareció visiblemente incómodo; saludó a Morcerf, que le devolvió el saludo en un tono de lo más impertinente.

Entonces Albert comenzó a deshacerse en elogios por la voz de la señorita Danglars, insistiendo en lo que lamentaba, después de lo que acababa de oír, no haber asistido a la *soirée* de la víspera.

Cavalcanti, abandonado a sí mismo, tomó aparte a Montecristo.

—Veamos —dijo la señora Danglars—, ya es suficiente de música y de cumplidos como esos, vengan a tomar el té.

—Ven, Louise —dijo la señorita Danglars a su amiga.

Pasaron al salón contiguo, donde, efectivamente, estaba preparado el té.

En el momento en el que empezaban a dejar, a la manera inglesa, las cucharillas en las tazas, la puerta se volvió a abrir, y apareció Danglars, visiblemente agitado.

Montecristo, sobre todo, observó esa agitación e interrogó al banquero con la mirada.

—Y bien —dijo Danglars—, acabo de recibir mi correo de Grecia.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo el conde—. ¿Para eso le llamaron?

—Sí.

—¿Cómo va el rey Otón? —preguntó Albert en el tono más festivo.

Danglars le miró de través sin responderle, y Montecristo se dio la vuelta para ocultar la expresión de piedad que acababa de aparecer en su rostro y que se borró casi de inmediato.

—¿Nos iremos juntos, no? —dijo Albert al conde.

—Sí, si usted quiere —respondió este.

Albert no podía comprender nada de la mirada del banquero; y dirigiéndose a Montecristo, que sí que había comprendido perfectamente:

—¿Ha visto usted —dijo—, cómo me ha mirado?

—Sí —respondió el conde—; pero, ¿ve usted algo de particular en su mirada?

—Creo que sí; pero, ¿qué quiere decir con sus noticias de Grecia?

—¿Cómo quiere usted que yo lo sepa?

—Porque, por lo que presumo, tiene usted conocidos en el país.

Montecristo sonrió como se sonríe siempre que uno quiere obviar la respuesta.

—Mire —dijo Albert—, ahí viene, yo voy a felicitar a la señorita Danglars por su camafeo; mientras tanto, el padre tendrá tiempo de hablar con usted.

—Si va a hacerle un cumplido, hágaselo por su voz, al menos —dijo Montecristo.

—No, no, eso ya lo hace todo el mundo.

—Mi querido vizconde —dijo Montecristo—, tiene usted la fatuidad de la impertinencia.

Albert fue al encuentro de Eugénie con la sonrisa en los labios.

Mientras tanto, Danglars se inclinó al oído del conde.

—Me dio usted un excelente consejo —dijo—, hay toda una historia horrible en estas dos palabras: Fernand y Janina.

—¡Ah! ¡Bah! —dijo Montecristo.

—Sí, ya le contaré todo eso; pero, llévese de aquí al joven; me resultaría demasiado embarazoso tenerle ahora delante.

—Es lo que voy a hacer, Albert me acompaña; ahora, ¿es preciso seguir con las gestiones ante su padre?

—Más que nunca.

—Bien.

El conde hizo una señal a Albert.

Ambos saludaron a las damas y salieron: Albert con aire de la mayor indiferencia por el desprecio de la señorita Danglars; Montecristo reiterando a la señora Danglars sus consejos sobre la prudencia que debe tener la mujer de un banquero para asegurarse su porvenir.

El señor Cavalcanti se quedó dueño y señor del campo de batalla.

Capítulo LXXVII

Haydée

Apenas los caballos del conde habían dado la vuelta a la esquina del bulevar, cuando Albert se volvió hacia el conde y estalló en una carcajada demasiado ruidosa como para que no fuera un poco forzada.

—Y bien —le dijo—, le preguntaré, como el rey Carlos IX preguntó a Catalina de Médicis después de la noche de San Bartolomé: «¿qué tal he representado mi papel?».

—¿En relación con qué? —preguntó Montecristo.

—Pues en relación con la instalación de mi rival en casa del señor Danglars.

—¿Qué rival?

—¡Pardiez! ¿Qué rival? Pues su protegido, ¡el señor Andrea Cavalcanti!

—¡Oh! Nada de bromas pesadas, vizconde; yo no protejo en absoluto al señor Andrea, al menos, no ante el señor Danglars.

—Pues es el reproche que yo le haría si el joven necesitase protección. Pero, felizmente para mí, no la necesita.

—¡Cómo! ¿Cree usted que está haciendo la corte?

—Estoy seguro de ello; pone ojos de pretendiente y modula una voz de enamorado; aspira a la mano de la altiva Eugénie. ¡Mire, acabo de hacer casi un verso! Palabra de honor, no es culpa mía. No importa, lo repito: *aspira a la mano de la altiva Eugénie* o lo que es lo mismo: *A la mano aspira / de Eugénie la altiva*.

—¿Qué importa, si sólo piensan en usted?

—No me diga usted eso, mi querido conde, pues me maltratan por los dos lados.

—¿Cómo qué por los dos lados?

—Sin duda; la señorita Eugénie apenas me habla, y la d'Armilly, su confidente, no me habla en absoluto.

—Sí, pero el padre le adora —dijo Montecristo.

—¿Él? Al contrario, me ha clavado mil puñales en el corazón; puñales como en el teatro, es cierto, de esos que se retraen en la misma empuñadura, pero que él creía que eran auténticos

—Los celos indican amor.

—Sí, pero yo no estoy celoso.

—Pero él si lo está.

—¿De quién? ¿De Debray?

—No, de usted.

—¿De mí? Apuesto a que antes de ocho días me da con la puerta en las narices.

—Se equivoca, mi querido vizconde.

—¿Una prueba?

—¿La quiere usted?

—Sí.

—Me ha encargado que ruegue al señor conde de Morcerf que haga una oferta definitiva al barón.

—¿Y quién se lo ha encargado?

—El barón Danglars mismo.

—¡Oh! —dijo Albert con toda la zalamería de la que era capaz—. ¿Usted no hará eso, no, mi querido conde?

—Se equivoca, Albert, lo haré, puesto que lo he prometido.

—Vamos —dijo Albert con un suspiro—, parece que usted quiere casarme a toda costa.

—Yo quiero llevarme bien con todo el mundo; pero, a propósito de Debray, ya no le veo en casa de la baronesa.

—Hay enfado.

—¿Con la señora?

—No, con el señor.

—¿Es que se ha dado cuenta de algo?

—¡Ah! ¡Vaya una broma!

—¿Cree usted que tenía alguna sospecha? —dijo Montecristo con una ingenuidad encantadora.

—¡Ah! ¡Vamos! ¿Pero de dónde viene usted, mi querido conde?

—Del Congo, si usted quiere.

—¡Ni siquiera el Congo es lo suficientemente lejos!

—¿Acaso conozco yo a los maridos parisinos?

—¡Eh! Mi querido conde, los maridos son iguales en todas partes; si ha estudiado usted al individuo de cualquier país, ya conoce la especie.

—Pero, entonces, ¿cuál ha podido ser la causa de un enfado entre Danglars y Debray? Parecían entenderse muy bien —dijo Montecristo con una renovada ingenuidad.

—¡Ah! Bueno, ahí entramos en los misterios de Isis, y yo no soy un iniciado. Cuando el señor Cavalcanti hijo forme parte de la familia, usted podrá preguntárselo.

El coche se detuvo.

—Ya hemos llegado —dijo Montecristo—; no son más que las diez y media, suba, si quiere.

—Con mucho gusto.

—Mi coche le llevará después a su casa.

—No, gracias, mi cupé ha debido seguirnos.

—En efecto, ahí está —dijo Montecristo apeándose de un salto.

Ambos entraron en la casa; el salón estaba iluminado y entraron.

—Vaya a hacernos un té, Baptistin —dijo Montecristo.

Baptistin salió sin decir una palabra. Dos segundos después, reapareció con una bandeja con todo servido, y que, como las colaciones de esas

comedias de magia, parecía salir de la tierra misma.

—De verdad —dijo Morcerf—, lo que más admiro de usted, mi querido conde, no es su riqueza, quizá haya alguien más rico que usted; no es su ingenio, Beaumarchais no tenía más, pero tampoco menos; lo que más admiro de usted es la manera que tiene de hacerse servir, sin que le contesten una palabra, al minuto, al segundo, como si le adivinaran por la manera de llamar lo que desea tener, y como si lo que desea estuviera ya preparado de antemano.

—Lo que dice es un poco cierto. Conocen mis costumbres. Por ejemplo; va a verlo usted: ¿no desea usted algo tomando el té?

—¡Pardiez! Deseo fumar.

Montecristo se acercó al timbre y llamó una sola vez.

Al cabo de un segundo, se abrió una puerta particular y apareció Alí con dos chibuquies llenos de excelente tabaco sirio *latakia*.

—Es maravilloso —dijo Morcerf.

—Pues no, es muy simple —repuso Montecristo—; Alí sabe que cuando tomo té o café, normalmente fumo; sabe que he pedido té, sabe que he vuelto a casa con usted, oye que le llamo, sospecha para qué, y como es de un país donde la hospitalidad se ejerce sobre todo con una pipa, pues en lugar de un chibuquí, trae dos.

—Ciertamente es una explicación como cualquier otra, pero no es menos cierto que solamente usted... ¡oh! ¿Pero, qué es lo que oigo?

Y Morcerf se inclinó hacia la puerta por la que, efectivamente, entraban los sonidos correspondientes a una guitarra.

—A fe mía, mi querido vizconde, está usted destinado a la música, esta velada; no acaba usted de escapar del piano de la señorita Danglars para caer en la guzla de Haydée.

—¡Haydée! ¡Qué nombre tan adorable! ¿Así que hay mujeres que realmente se llaman Haydée, en otras partes que no sean los poemas de lord Byron?

—Ciertamente, Haydée es un nombre muy raro en Francia, pero bastante común en Albania y en el Epiro; es como si usted dijese, por ejemplo, castidad, pudor, inocencia; es una especie de nombre de pila, como dicen sus parisinos.

—¡Oh! ¡Es encantador! —dijo Albert—. ¡Cómo me gustaría ver a nuestras francesas llamarse señorita Bondad, señorita Silencio, señorita Caridad Cristiana! Caramba, si la señorita Danglars, en lugar de llamarse Claire-Marie-Eugénie como se llama, se llamase señorita Castidad-Pudor-Inocencia Danglars; ¡pestes! ¡Vaya efecto que causaría cuando leyeran las amonestaciones!

—¡Qué loco es usted! —dijo el conde—. No bromea en voz tan alta, Haydée podría oírle.

—¿Y se enfadaría?

—No, no —dijo el conde con su aire altivo.

—¿La joven es buena persona? —preguntó Albert.

—No es bondad, es deber: una esclava no se enfada con su amo.

—¡Vamos, vamos! No bromea usted tampoco. ¿Es que todavía hay esclavas?

—Sin duda, puesto que Haydée es la mía.

—En efecto, usted no hace nada como los demás, ni tiene nada como los demás. ¡Esclava del señor conde de Montecristo! Es una posición, en Francia. Tal como usted mueve el oro, es una posición que debe valer cien mil escudos al año.

—¡Cien mil escudos! La pobre niña poseía más que eso; vino al mundo sobre una cuna en la que los tesoros de *Las mil y una noches* son poca cosa al lado de los suyos.

—¿Es entonces realmente una princesa?

—Usted lo ha dicho, e incluso una de las más grandes de su país.

—Ya lo sospechaba. ¿Pero, cómo una gran princesa se convirtió en esclava?

—¿Cómo Dionisio el Tirano se convirtió en maestro de escuela? El azar de la guerra, mi querido vizconde, el capricho de la fortuna.

—¿Y su nombre es un secreto?

—Para todo el mundo, sí; pero para usted, querido vizconde, a quien tengo por amigo, y que guardará el secreto, ¿no es eso?, ¿me promete usted guardar el secreto?

—¡Oh! ¡Palabra de honor!

—¿Conoce la historia del pachá de Janina?

—¿De Alí-Tebelin? Sin duda, puesto que fue a su servicio donde mi padre hizo fortuna.

—Es cierto, lo había olvidado.

—Y bien, ¿qué parentesco tiene Haydée con Alí-Tebelin?

—Sencillamente es su hija.

—¿Cómo! ¿La hija de Alí-Pachá?

—Y de la hermosa Vasiliki.

—¿Y es su esclava?

—¡Oh! ¡Dios mío, sí!

—¿Cómo es eso?

—¡Hombre! Un día pasaba yo por el mercado de Constantinopla, y la compré.

—¡Es espléndido! Con usted, mi querido conde, no se vive, se sueña. Ahora, escuche, es muy indiscreto lo que voy a preguntarle.

—Dígalo de todas formas.

—Pues, que puesto que sale con ella, puesto que la lleva a la Ópera...

—¿Sí?

—¿Puedo arriesgarme a pedirle esto?

—Usted puede arriesgarse a pedirme lo que sea.

—Pues bien, mi querido conde, presénteme a su princesa.

—Con mucho gusto; pero con dos condiciones.

—Las acepto por adelantado.

—La primera es que no confíe a nadie esta presentación.

—Muy bien —Morcerf extendiendo la mano—. Lo juro.

—La segunda es que no le diga que su padre de usted sirvió al suyo.

—Lo juro también.

—De maravilla, vizconde, recordará los dos juramentos, ¿no?

—¡Oh! —dijo Albert.

—Muy bien. Sé que es usted un hombre de honor.

El conde llamó de nuevo con un solo timbrazo; Alí reapareció.

—Avisa a Haydée —le dijo— que voy a ir a tomar café con ella, y hazle comprender que llevo conmigo a un amigo.

Alí se inclinó y salió.

—Así que está convenido, nada de preguntas directas, querido vizconde. Si usted desea saber algo, pregúntemelo a mí, y yo se lo preguntaré a ella.

—Convenido.

Alí se presentó por tercera vez y mantuvo la tapicería de la puerta levantada para indicar a su amo y a Albert que podían pasar.

—Entremos —dijo Montecristo.

Albert se pasó la mano por los cabellos y se atusó el bigote, el conde cogió el sombrero, se puso los guantes y precedió a Albert hacia el apartamento que vigilaba, como un centinela de avanzadilla, Alí, y que protegían, como una plaza fuerte, las tres doncellas francesas dirigidas por Myrto.

Haydée esperaba en la primera estancia, que era el salón, con los ojos abiertos como platos por la sorpresa, pues era la primera vez que otro hombre, que no fuera Montecristo, entrara en sus aposentos; estaba sentada en un sofá, en una esquina, con las piernas cruzadas bajo ella, y se había hecho, por así decir, un nido entre las telas de seda rayada y bordada, telas de lo más ricas de Oriente. Junto a ella estaba el instrumento cuyos sonidos habían delatado su presencia; estaba encantadora.

Al ver a Montecristo, se levantó con esa doble sonrisa de hija y de amante que le era tan propia; Montecristo fue hacia ella y le tendió la mano, sobre la que, como de costumbre, ella posó sus labios.

Albert se había quedado cerca de la puerta, bajo el imperio de esa extraña belleza que veía por primera vez, y de la que no podía hacerse ni idea en Francia.

—¿Qué me traes? —preguntó en romaico la joven a Montecristo—. ¿Un hermano, un amigo, un simple conocido, o un enemigo?

—Un amigo —dijo Montecristo en la misma lengua.

—¿Su nombre?

—El conde Albert; es aquel a quien saqué de las garras de los bandidos en Roma.

—¿En qué lengua quieres que le hable?

Montecristo se volvió hacia Albert:

—¿Sabe usted griego moderno? —le preguntó al joven.

—¡Ay! —dijo Albert—. Ni siquiera el griego antiguo, mi querido conde; jamás Homero y Platón tuvieron un escolar más pobre, y yo diría incluso más desdeñoso hacia ellos.

—Entonces —dijo Haydée, demostrando con la petición que ella misma acababa de hacer que había comprendido la pregunta de Montecristo y la respuesta de Albert—, hablaré en francés o en italiano, si mi señor quiere que yo hable.

Montecristo reflexionó un instante:

—Hablarás en italiano —dijo.

Después, dirigiéndose a Albert:

—Es una pena que no entienda usted el griego moderno, o el clásico, ya que Haydée habla ambos admirablemente; la pobre muchacha se verá forzada a hablar en italiano, lo que le dará, quizá, una falsa idea de ella.

Dio una señal a Haydée.

—Sé bienvenido, amigo, que vienes con mi amo y señor —dijo la joven en excelente toscano, con ese dulce acento romano que hace a la lengua de Dante tan sonora como la lengua de Homero—; ¡Alí! ¡Café y pipas!

Y Haydée, con la mano, indicó a Albert que se acercara, mientras que Alí se retiraba para ejecutar las órdenes de su joven señora.

Montecristo mostró a Albert dos asientos plegables y ambos fueron a acercar cada uno el suyo a una especie de velador, con un narguile en el centro y rodeado de flores naturales, de dibujos, de cuadernillos de música.

Alí volvió trayendo el café y los chibuquies; en cuanto al señor Baptistin, la entrada a esa parte del apartamento le estaba prohibida.

Albert rechazó la pipa que le ofrecía el nubio.

—¡Oh! Cójala, cójala —dijo Montecristo—; Haydée es casi tan civilizada como una parisina: el habano le resulta desagradable, porque detesta los malos olores, pero el tabaco de Oriente es un perfume, usted lo sabe.

Alí salió.

Las tazas de café estaban preparadas, sólo que para Albert añadió un azucarero. Montecristo y Haydée tomaban este licor árabe a la manera de

los árabes, es decir, sin azúcar.

Haydée tendió la mano y cogió, con la punta de esos dedos rosas y estilizados, la taza de porcelana de Japón, que se llevó a los labios con el cándido placer de un niño que bebe o que come algo que le gusta.

Al mismo tiempo, entraron dos doncellas, trayendo sendas bandejas de helados y sorbetes, que dejaron en dos mesitas destinadas al efecto.

—Mi querido anfitrión, y usted, signora —dijo Albert en italiano—, disculpen mi estupefacción. Me siento totalmente aturdido, y tengo razones para ello: resulta que me encuentro aquí con el Oriente, el Oriente verdadero, no ese que desgraciadamente vi anteriormente, sino tal como lo soñé, en el seno de París; ahora mismo oía el ruido de los ómnibus y el tintineo de las campanillas de los vendedores de limonadas. ¡Oh, signora...! Lamento no saber hablar griego, su conversación, unida a este ambiente mágico, formarían una velada que recordaría siempre.

—Hablo lo suficientemente bien el italiano como para hablar con usted, señor —dijo tranquilamente Haydée—; y haré lo que pueda, si a usted le gusta Oriente, para que lo encuentre aquí.

—¿De qué puedo hablar? —preguntó en voz baja Albert a Montecristo.

—Pues de lo que usted quiera: de su país, de su juventud, de sus recuerdos; o si usted lo prefiere, de Roma, de Nápoles o de Florencia.

—¡Oh! —dijo Albert—. No merecería la pena tener delante a una mujer griega para hablar de lo que hablaría con una parisina; déjeme hablar del Oriente.

—Hágalo, mi querido Albert, es la conversación que le resulta más agradable.

Albert se dirigió a Haydée.

—¿A qué edad, signora, salió usted de Grecia? —preguntó.

—A los cinco años —respondió Haydée.

—¿Y recuerda usted su patria? —preguntó Albert.

—Cuando cierro los ojos, vuelvo a ver todo lo que vi. Hay dos miradas: la mirada del cuerpo y la mirada del alma. La mirada del cuerpo a veces olvida, pero la del alma recuerda siempre.

—¿Y desde qué tiempo atrás llega a recordar?

—Apenas sabía andar; mi madre, que se llama Vasiliki. Vasiliki quiere decir de sangre real —añadió la joven levantando la cabeza—, mi madre me llevaba de la mano, y las dos, cubiertas con un velo, después de poner en el fondo de una bolsa el oro que teníamos, íbamos a pedir limosna para los presos, diciendo: «el que da a los pobres, presta al Eterno». Después, cuando la bolsa estaba llena, volvíamos al palacio y, sin decir nada a mi padre, enviábamos todo el dinero que nos habían dado, creyendo que éramos dos pobres mujeres, al *egoumenos* del convento que lo repartía entre los prisioneros.

—Y en esa época, ¿qué edad tenía usted?

—Tres años —dijo Haydée.

—¿Entonces, recuerda todo lo que le ocurrió desde que tenía tres años?

—Recuerdo todo.

—Conde —dijo en voz baja Morcerf a Montecristo—, debería permitirle a la signora contarnos algo de su historia. Usted me prohibió hablarle de mi padre, pero quizás ella me hable de él, y no tiene usted idea de lo feliz que me haría oír su nombre de una hermosa boca como la suya.

Montecristo se volvió hacia Haydée, y con un gesto de cejas que le indicaba que pusiese una gran atención a la recomendación que iba a hacerle, le dijo en griego:

«Πατὴρὸς μὲν ἄτην, μὴ δὲ ὄνυμα προδότου καὶ προδοσίας εἶπέ ἡμῖν^[1].»

Haydée emitió un largo suspiro, y una oscura nube pasó por su frente tan pura.

—¿Qué le está diciendo? —preguntó en voz baja Morcerf.

—Le repito que es usted un amigo, y que no tiene que ocultarse con usted.

—¿Así —dijo Albert— que ese antiguo peregrinaje para los prisioneros es su primer recuerdo? ¿Y cuál es el segundo?

—¿El segundo? Me veo a las sombras de los sicomoros, junto a un lago, cuyo espejo tembloroso veo aún entre las ramas; mi padre estaba sentado sobre unos cojines, recostado en el sicomoro más viejo y más frondoso, y yo, mientras que mi madre se reclinaba a sus pies, yo jugaba con su barba blanca que le llegaba hasta el pecho, y con el cangiar de empuñadura de diamante que llevaba a la cintura; después, de vez en

cuando venía hasta él un albanés que le decía algunas palabras a las que yo no prestaba atención, y a las que mi padre respondía en el mismo tono de voz: «matadlos» o, «perdonadles la vida».

—Es extraño —dijo Albert—, oír tales cosas de boca de una joven, a no ser en el teatro, y diciéndose uno mismo: esto no es una ficción. ¿Y cómo —preguntó Albert—, con ese horizonte tan poético, con ese pasado maravilloso, cómo encuentra usted Francia?

—Creo que es un hermoso país —dijo Haydée—, aunque veo Francia tal cual es, la veo con ojos de mujer, mientras que, me parece, por el contrario, que mi país, al que sólo he visto con ojos de niña, está siempre envuelto en una bruma luminosa o sombría, según que mis ojos la vean como una dulce patria, o como un lugar de amargos sufrimientos.

—Tan joven, signora —dijo Albert, cediendo a su pesar al poder de la banalidad—, ¿cómo ha podido sufrir?

Haydée volvió los ojos hacia Montecristo, que con un imperceptible gesto murmuró:

—*Εἶπ' ἔτι!*

—Nada forma tanto el alma como los primeros recuerdos, y aparte de los que acabo de contarle, todos los recuerdos de mi juventud son tristes.

—Hable, hable, signora —dijo Albert—, le juro que la escucho con un inexplicable placer.

Haydée sonrió con tristeza.

—¿Quiere entonces que pase a mis siguientes recuerdos? —dijo ella.

—Se lo suplico —dijo Albert.

—Y bien, yo tenía cuatro años cuando una noche mi madre me despertó. Estábamos en el palacio de Janina; me cogió de los almohadones en los que dormía, y al abrir los ojos, vi los suyos llenos de gruesas lágrimas. Me cogió en sus brazos. Al verla llorar yo iba a llorar también.

»“¡Silencio, mi niña!”, me dijo.

»A veces, a pesar del consuelo o de las amenazas maternas, caprichosa, como todos los niños, había seguido llorando; pero, esta vez, había en la voz de mi pobre madre el tono de un terror tal que me callé al instante.

»Me sacó de allí rápidamente.

»Vi entonces que bajábamos una amplia escalera; delante de nosotras, todas las doncellas de mi madre, llevando cofres, bolsas, objetos de adorno, joyas, bolsas llenas de oro, bajaban por la misma escalera, o más bien se precipitaban por ella.

»Detrás de las mujeres venía una guardia de veinte hombres, armados con largos fusiles y con pistolas, vestidos con ese traje que ustedes conocen en Francia desde que Grecia volvió a ser una nación.

»Había algo siniestro, créame —añadió Haydée moviendo la cabeza y palideciendo al recordarlo—, en esa larga fila de esclavos y de mujeres medio paralizadas por el sueño, o al menos yo lo imaginaba así, yo, que quizá veía a los demás adormecidos porque yo no estaba bien despierta.

»Por la escalera corrían gigantescas sombras, que las antorchas de pino hacían temblar, reflejadas en las bóvedas.

»“¡Deprisa, deprisa!”, dijo una voz al fondo de la galería.

»Esa voz hizo que se inclinara todo el mundo, como las espigas de los campos se inclinan por el paso del viento sobre la llanura.

»A mí me hizo temblar.

»Esa voz era la voz de mi padre.

»Iba el último, vestido con sus esplendidos ropajes, llevando en la mano la carabina que le regaló el emperador de Francia; y, apoyado en su favorito, Selim, nos empujaba por delante de él, como hace el pastor con un rebaño desperdigado.

»Mi padre —dijo Haydée levantando la cabeza— era un hombre ilustre que Europa conoció bajo el nombre de Alí-Tebelin, pachá de Janina, y ante el cual Turquía tembló.

Albert, sin saber por qué, se estremeció al oír esas palabras pronunciadas con un indefinible acento de altivez y de dignidad; le pareció que algo sombrío y espantoso se desprendía de los ojos de la joven, cuando, cual pitonisa que evoca un espectro, despertó el recuerdo de ese sangrante rostro, cuya terrible muerte transformó en gigantesco, a ojos de nuestra Europa contemporánea.

—Enseguida —continuó Haydée— la marcha se detuvo; estábamos al final de la escalera y al borde de un lago. Mi madre me estrechaba contra

su pecho palpitante, y vi, a dos pasos por detrás, a mi padre que miraba inquieto a un lado y a otro.

»Delante de nosotros se extendían cuatro gradas de mármol, y al final de la última grada ondeaba una barca.

»Desde donde estábamos, se veía en medio del lago una masa negra; era el pabellón hacia el que nos dirigíamos.

»El pabellón me parecía que estaba a una distancia considerable, quizás a causa de la oscuridad.

»Bajamos a la barca. Recuerdo que los remos no hacían ningún ruido al tocar el agua; me incliné para mirar esos remos: estaban envueltos en los cinturones de nuestros palícaros.

»En la barca, aparte de los remeros, no había más que mujeres, mi padre, mi madre, Selim y yo.

»Los palícaros se habían quedado a la orilla del lago, arrodillados en la última grada, y formando, en caso de ser perseguidos, una muralla con otros tres.

»Nuestra barca navegaba tan deprisa como el viento.

»“¿Por qué vamos tan deprisa?”, pregunté a mi madre.

»“¡Chsss! Hija mía”, dijo, “es que estamos huyendo”.

»Yo no entendí. ¿Por qué mi padre huía, él, el todopoderoso, él, ante quien normalmente huían todos los demás, él, que había tomado como suya la divisa: “Me odian, así pues, me temen”^[3]?

»En efecto, era una huida lo que mi padre llevaba a cabo en el lago. Me dijo después que la guarnición del castillo de Janina, cansada de un largo servicio...

Aquí Haydée detuvo su expresiva mirada en Montecristo, que permanecía con la mirada fija en los ojos de la joven. Haydée continuó, pues, lentamente, como quien inventa o suprime algo del relato real.

—Decía usted, signora —repuso Albert, que escuchaba con la mayor atención el relato—, que la guarnición de Janina, cansada de un largo servicio...

—Había hecho tratos con el seraskier Kourchid, enviado por el sultán para apresar a mi padre; fue entonces cuando mi padre tomó la resolución de retirarse, después de enviar a parlamentar con el sultán a un oficial

francés, en quien había depositado toda su confianza, de retirarse a un asilo que él mismo se había preparado desde hacía tiempo, y que él llamaba *kataphygion*, es decir, su refugio.

—Y ese oficial —preguntó Albert—, ¿recuerda usted su nombre, signora?

Montecristo intercambió con la joven una mirada rápida como un relámpago, desapercibida por Morcerf.

—No —dijo—, no lo recuerdo; pero quizá más tarde lo recuerde, y se lo diga.

Albert iba a pronunciar el nombre de su padre, cuando Montecristo se llevó despacio el dedo a los labios en señal de silencio; el joven recordó el juramento hecho y se calló.

—Era hacia ese pabellón donde nos dirigíamos.

»La parte baja adornada con arabescos, bañando las terrazas de agua, y una primera planta que daba al lago, era todo lo que ese palacio ofrecía a la vista.

»Pero, por debajo de la planta baja, prolongándose por la isla, era un subterráneo, una vasta caverna hacia donde nos llevó, a mi madre a mí y a las doncellas, y donde yacían, formando un solo montón, sesenta mil bolsas y doscientos toneles; había en esas bolsas veinticinco millones en oro, y en los barriles, treinta mil libras de pólvora. Junto a los barriles se mantenía Selim, el favorito de mi padre del que ya le he hablado; vigilaba día y noche, con una lanza en cuyo extremo ardía una mecha encendida con la mano; tenía la orden de hacer saltar todo por los aires, pabellón, pachá, mujeres y oro, a la primera señal de mi padre.

»Recuerdo que nuestras esclavas, conociendo esa temida cercanía de la pólvora, se pasaban los días y las noches rezando, llorando, gimiendo.

»En cuanto a mí, sigo viendo al joven soldado, de tez pálida y ojos negros; y en cuanto el ángel de la muerte descienda sobre mí, estoy segura de que reconoceré en él a Selim.

»No podría decir cuánto tiempo permanecimos así; en esa época yo ignoraba aún lo que era el tiempo; algunas veces, pero raramente, mi padre nos hacía venir a mi madre y a mí a la terraza del palacio; eran mis horas de alegría, pues en el subterráneo no veía más que sombras quejumbrosas

y la lanza ardiendo de Selim. Mi padre, sentado ante una gran abertura, fijaba tristemente su mirada en las profundidades del horizonte, interrogando cada punto negro que aparecía sobre el lago, mientras que mi madre, recostada junto a él, apoyaba la cabeza sobre su hombro, y yo jugaba a sus pies, admirando con ese asombro infantil, que engrandece más aún los objetos, las escarpadas laderas del monte Pindo que se eleva en el horizonte, los castillos de Janina, destacándose blancos y angulosos de las aguas azules del lago, y las inmensas masas arbóreas negras, pegadas como líquenes a las rocas de la montaña, que de lejos parecían musgo pero que de cerca son gigantescos abetos y mirtos inmensos.

»Una mañana, mi padre envió a alguien a buscarnos; le encontramos bastante tranquilo, pero más pálido que de costumbre.

»“Ten paciencia, Vasiliki, hoy habrá acabado todo; hoy llega el firmán del sultán, y se decidirá mi suerte. Si me concede la gracia total, volveremos triunfantes a Janina; si la noticia es mala, huiremos esta misma noche.”

»“¿Pero, si no nos dejan huir?”, dijo mi madre.

»“¡Oh! Estate tranquila”, respondió Alí sonriendo; “Selim y su lanza encendida responden de ello. Querrán que yo muera, pero a condición de no morir conmigo”.

»Mi madre sólo respondió con suspiros a todo ese consuelo que no salía del corazón de mi padre.

»Ella le preparó el agua helada que bebía a cada instante, pues, desde nuestra retirada al pabellón ardía de fiebre; mi madre perfumó su blanca barba y encendió el chibucú, del que algunas veces, durante horas enteras, seguía distraídamente el humo volatilizándose en el aire.

»De repente, hizo un movimiento tan brusco que me sobresaltó de miedo.

»Después, sin dejar de mirar el punto que atraía su atención, pidió su catalejo.

»Mi madre se lo dio, más blanca que el estuco contra el que se apoyaba.

»Vi temblar la mano de mi padre.

»“¡Una barca...! ¡Dos...! ¡Tres...!”, murmuró mi padre. “¡Cuatro...!”

»Se levantó, cogiendo las armas y cargando —lo recuerdo bien— la pólvora en el cañón de las pistolas.

»“Vasiliki”, dijo a mi madre con un visible estremecimiento, “este es el momento decisivo para nosotros; dentro de media hora sabremos la respuesta del Sublime Emperador, retírate al subterráneo con Haydée”.

»“Yo no quiero dejaros”, dijo Vasiliki; “si vos morís, mi señor, yo quiero morir con vos”.

»“¡Id con Selim!”, gritó mi padre.

»“¡Adiós, mi señor!”, murmuró mi madre obediente y doblada en dos por la cercanía de la muerte.

»“Llévense a Vasiliki”, dijo mi padre a sus palícaros.

»Pero a mí, que me olvidaban, corrí hasta él con las manos extendidas; mi padre me vio e inclinándose me besó en la frente.

»¡Oh! Ese beso fue el último, y aún está ahí, en mi frente.

»Al bajar, distinguíamos, a través del emparrado de la terraza, las barcas que se iban haciendo más grandes en el lago, y que, si antes eran puntos negros, parecían ahora aves rasando la superficie de las olas.

»Mientras tanto, en el pabellón, veinte, sentados a los pies de mi padre y ocultos con el maderaje, espiaban con la mirada inyectada en sangre la llegada de esos barcos, y tenían prestos sus largos fusiles incrustados de nácar y de plata; gran número de cartuchos estaban diseminados por el suelo; mi padre miraba el reloj y se paseaba con angustia.

»Esto es lo que me impresionó cuando dejé a mi padre, después del último beso que recibí de él.

»Mi madre y yo atravesamos el subterráneo. Selim seguía en su puesto; nos sonrió tristemente. Fuimos a buscar unos almohadones al otro lado de la caverna y vinimos a sentarnos junto a Selim: en los grandes peligros los corazones amados se buscan y, aunque yo era muy niña, sentía instintivamente que una gran desgracia planeaba sobre nuestras cabezas.

Albert había oído contar muchas veces, no a su padre, que nunca hablaba de ello, sino a otros, los últimos momentos del visir de Janina; había leído relatos diferentes sobre su muerte; pero esta historia, hecha viva en la persona y en la voz de la joven, ese acento vivo y esa asombrosa

elegía, dotaban a la historia de gran encanto y a la vez de un horror indescriptible.

En cuanto a Haydée, entregada a esos terribles recuerdos, había dejado un instante de hablar; su frente, como una flor que se inclina en un día de tempestad, se había inclinado sobre su mano, y sus ojos, vagamente perdidos, parecían ver aún en el horizonte el Pindo verde y las aguas azules del lago de Janina, espejo mágico que reflejaba el sombrío cuadro que había dibujado.

Montecristo la miraba con una indefinible expresión de interés y de piedad.

—Continúa, hija mía —le dijo el conde en lengua romaica.

Haydée levantó la frente, como si las palabras sonoras que acababa de pronunciar Montecristo la hubiesen sacado de un sueño, y prosiguió:

—Eran las cuatro de la tarde; pero aunque el día fuera puro y brillante afuera, nosotros estábamos sumidas en la oscuridad del subterráneo.

»Un solo resplandor brillaba en la caverna, igual a una estrella temblando en un cielo oscuro: era la mecha de Selim. Mi madre era cristiana y rezaba.

»Selim repetía de vez en cuando las palabras sagradas: “¡Dios es grande!”.

»Sin embargo, mi madre albergaba aún alguna esperanza. Al bajar, creyó haber reconocido al francés que había sido enviado a Constantinopla, y en el que mi padre confiaba por entero, pues sabía que los soldados del sultán francés son, de ordinario, nobles y generosos. Mi madre avanzó algunos pasos hacia la escalera y escuchó.

»“Se acercan”, dijo; “¡con tal de que nos traigan la paz y la vida!”.

»“¿Qué temas, Vasiliki?”, le dijo Selim con su voz tan suave y a la vez tan altiva; “si no traen paz, les daremos muerte”.

»Y reavivaba la llama de la lanza con un gesto semejante al de Dionisios de la antigua Creta.

»Pero yo, que era tan niña y tan ingenua, yo sentía miedo de ese coraje que me parecía feroz e insensato, y me asustaba de esa muerte espantosa en el aire y en la llama.

»Mi madre tenía las mismas sensaciones, pues la sentía temblar.

»“¡Dios mío! ¡Dios mío, mamá!”, le gritaba, “¿es que vamos a morir?”.

»Y al oírme, los llantos y los rezos de las esclavas redoblaron.

»“Hija mía”, me dijo Vasiliki, “¡que Dios te libre de llegar a desear la muerte que temes hoy!”.

»Y después dijo en voz baja:

»“Selim”, dijo, “¿cuál es la orden del visir?”.

»“Si me envía su puñal, es que el sultán rechaza concederle su gracia, y entonces yo tengo que hacer fuego; si me envía su anillo, es que el sultán le perdona, y entrego la pólvora.”

»“Amigo”, repuso mi madre, “cuando llegue la orden del visir, si es el puñal lo que nos envía, en lugar de morir las dos de esa espantosa muerte, te ofreceremos nuestras gargantas, y tú nos matarás con el puñal”.

»“Sí, Vasiliki”, respondió tranquilamente Selim.

»De repente, oímos un gran griterío; escuchamos: eran gritos de júbilo; el nombre del franco que había sido enviado a Constantinopla resonaba repetido por nuestros palícaros; era evidente que traía la respuesta del Sublime Emperador, y que esa respuesta era favorable.

—¿Y no recuerda ese nombre? —dijo Morcerf, dispuesto a venir en ayuda de la memoria de la narradora.

Montecristo hizo un gesto.

—No lo recuerdo —respondió Haydée.

»El ruido iba en aumento; se oían los pasos cada vez más próximos; estaban bajando al subterráneo.

»Selim preparó la lanza.

»Enseguida apareció una sombra en el crepúsculo azulado que formaban los rayos de luz penetrando hasta la entrada del subterráneo.

»“¿Quién eres?”, gritó Selim, “seas quien seas, no des un paso más”.

»“¡Gloria al sultán!”, dijo la sombra. “La gracia al visir Alí le ha sido concedida; y no solamente salva la vida, sino que también le devuelve su fortuna y sus bienes.”

»Mi madre dio un grito de alegría y me estrechó contra su corazón.

»“¡Espera!”, le dijo Selim a mi madre, viendo que ya estaba dispuesta a salir; “sabes que necesito el anillo”.

»“Está bien”, dijo mi madre, y cayó de rodillas levantándose hacia el cielo, como si, al mismo tiempo que rogaba a Dios por mí, quisiera además elevarme hacia Él.

Y por segunda vez, Haydée se detuvo, vencida por una emoción tal que el sudor le caía por la frente palidecida ahora, y su voz cortada parecía incapaz de salir de su árida garganta.

Montecristo le echó un poco de agua helada en un vaso y se lo ofreció, diciendo con una dulzura mezclada de un cierto matiz impositivo:

—¡Valor, hija mía!

Haydée enjugó sus ojos y su frente, y continuó:

—Mientras tanto, nuestros ojos, habituados a la oscuridad, reconocieron al enviado del pachá: era un amigo.

»Selim lo reconoció; pero el valiente muchacho no sabía más que una cosa: ¡obedecer!

»“¿En nombre de quién vienes?”, dijo.

»“Vengo en nombre de nuestro señor, Alí-Tebelin.”

»“Si vienes en nombre de Alí, ¿sabes lo que debes traerme?”

»“Sí”, dijo el enviado, “te traigo su anillo”.

»Al mismo tiempo levantó la mano por encima de su cabeza; pero estaba demasiado lejos y no había suficiente luz como para que Selim, desde donde estábamos, pudiera reconocer el objeto que mostraba en la mano”.

»“No veo lo que llevas en la mano”, dijo Selim.

»“Acércate”, dijo el mensajero, “o me acerco yo”.

»“Ni uno ni otro”, respondió el joven soldado; “pon debajo de ese rayo de luz, ahí mismo donde estás, el objeto que llevas y retírate hasta que yo lo haya visto”.

»“De acuerdo”, dijo el mensajero.

»Y se retiró después de depositar la señal convenida en el lugar indicado.

»Y nuestro corazón palpitaba, pues el objeto nos parecía, efectivamente, un anillo. Solamente que ¿sería realmente el anillo de mi padre?

»Selim, manteniendo en la mano la mecha encendida, fue hasta la abertura, se inclinó iluminado por el rayo de luz y recogió la señal.

»“¡El anillo del visir!”, dijo besándolo, “¡está bien!”.

»Y apretando la mecha contra el suelo, la pisoteó y la apagó.

»El mensajero dio un grito de alegría y dio unas palmas con las manos. Al oír esa señal, cuatro soldados del seraskier Kourchid acudieron, y Selim cayó traspasado por cinco puñaladas. Cada uno de ellos le había clavado el correspondiente puñal.

»Y mientras tanto, ebrios por el crimen, aunque pálidos aún de miedo, entraron a saco en el subterráneo, buscando por todas partes si había fuego, y precipitándose sobre los sacos de oro.

»Durante ese tiempo, mi madre me cogió en brazos, y ágil, saltando por encima de los obstáculos, conocidos sólo por nosotras, llegó hasta una escalera disimulada del pabellón en el que reinaba un espantoso tumulto.

»Las salas de la parte baja estaban enteramente ocupadas por los *tchodoars* de Kourchid, es decir, por nuestros enemigos.

»En el momento en el que mi madre iba a abrir la puertecilla disimulada, oímos, terrible y amenazante, la voz del pachá.

»Mi madre pegó el ojo en una de las ranuras de la puerta; yo también pude mirar por otra.

»“¿Qué queréis?”, decía mi padre a unas personas que blandían en la mano un papel escrito con caracteres de oro.

»“Lo que queremos”, respondió uno de ellos, “es comunicar la voluntad de Su Alteza. ¿Ves este firmán?”.

»“Lo veo”, dijo mi padre.

»“Pues bien, lee; reclama tu cabeza.”

»Mi padre soltó una sonora carcajada más espantosa aún de lo que hubiera sido una amenaza; no había dejado aún de reír cuando dos tiros de pistola salieron de sus manos matando a dos hombres.

»Los palícaros, que estaban tumbados cara al suelo rodeando a mi padre, se levantaron entonces incendiándolo todo; la sala se llenó de ruido, de llamas y de humo.

»En el mismo instante el fuego comenzó del otro lado, y las balas vinieron a acribillar la madera alrededor de nosotras.

»¡Oh! ¡Qué hermoso, qué grande era el visir Alí-Tebelin, mi padre, en medio de las balas, empuñando la cimitarra, con el rostro negro por la pólvora! ¡Cómo huían sus enemigos!

»“¡Selim! ¡Selim!”, gritaba, “¡guardián del fuego! ¡Cumple con tu deber!”.

»“¡Selim está muerto!”, respondió una voz que parecía salir de las profundidades de la caverna, “¡y tú, mi señor Alí, tú estás perdido!”.

»Al mismo tiempo, se oyó una sorda detonación y todo el suelo de la sala saltó por los aires alrededor de mi padre.

»Los *tchodoars* disparaban a través de las tablas de madera. Tres o cuatro palícaros cayeron, acribillados de abajo a arriba con heridas que les recorrían todo el cuerpo.

»Mi padre rugió, metió las manos por los agujeros que habían abierto las balas y arrancó por entero la madera.

»Pero, al mismo tiempo, por esa abertura, estallaron veinte disparos, y las llamas, saliendo como del cráter de un volcán, alcanzaron las colgaduras y las tapicerías devorándolas.

»En medio de todo ese espantoso tumulto, en medio de esos horribles gritos, dos disparos se diferenciaron entre todos, dos gritos más desgarradores que todos los demás gritos me helaron de terror. Esas dos explosiones habían alcanzado mortalmente a mi padre, y era él quien había emitido esos dos gritos.

»Sin embargo, se había quedado en pie, agarrado a una ventana. Mi madre golpeaba con fuerza la puerta para ir a morir junto a él; pero la puerta estaba cerrada por dentro.

»Alrededor de mi padre los palícaros se retorcían en convulsiones de agonía; dos o tres de ellos, que estaban ilesos o con heridas leves, salieron por las ventanas. Al mismo tiempo, el suelo entero crujió viniéndose abajo. Mi padre cayó sobre una rodilla; al mismo tiempo veinte brazos vinieron hacia él, armados con sables, con pistolas, con puñales, veinte atacantes golpeaban a la vez a un solo hombre, y mi padre desapareció en un torbellino de fuego, atizado por esos demonios rugientes como si el Infierno se hubiera abierto bajo sus pies.

»Yo me vi rodando por el suelo; era mi madre que caía desvanecida.

Haydée dejó caer sus brazos emitiendo un gemido y mirando al conde como para preguntarle si estaba satisfecho de su obediencia.

El conde se levantó, vino hasta ella, le cogió la mano y le dijo en romaico:

—Descansa, mi querida niña, y ámate pensando que hay un Dios que castiga a los traidores.

—Es una historia espantosa, conde —dijo Albert, asustado de la palidez de Haydée—, y me reprocho ahora haber sido cruelmente indiscreto.

—No es nada —dijo Montecristo.

Después, poniendo su mano sobre la cabeza de la joven:

—Haydée —continuó— es una mujer valiente, a veces ha encontrado consuelo relatando sus penas.

—Porque, mi señor —dijo con viveza la joven—, porque mis penas me recuerdan tus bondades.

Albert la miró con curiosidad, pues aún no le había contado lo que él deseaba saber antes de nada, es decir, cómo había llegado a ser esclava del conde.

Haydée vio a la vez, en la mirada de los dos hombres, de Albert y del conde, reflejado el mismo deseo.

Continuó:

—Cuando mi madre volvió en sí, estábamos ambas delante del seraskier.

»“Matadme”, dijo, “pero haced que la viuda de Alí conserve su honor”.

»“No es a mí a quien tienes que dirigirte”, dijo Kourchid.

»“¿A quién, entonces?”

»“A tu nuevo dueño.”

»“¿Quién es?”

»“Ahí lo tienes.”

»Y Kourchid señaló a uno de los que más habían contribuido a la muerte de mi padre —continuó la joven con una cólera sorda.

—Entonces —preguntó Albert—, ¿os convertisteis en la propiedad de ese hombre?

—No —respondió Haydée—; no se atrevió a quedarse con nosotras, nos vendió a unos mercaderes de esclavos que iban a Constantinopla. Atravesamos Grecia y llegamos agonizantes a la puerta imperial, llena de curiosos que se apartaban para dejarnos pasar, cuando de repente mi madre sigue la dirección de sus miradas, da un grito y cae señalándome una cabeza colgada por encima de esa puerta.

»Debajo de esa cabeza estaban escritas estas palabras: *Esta es la cabeza de Alí-Tebelin, pachá de Janina.*

»Llorando, intenté levantar a mi madre: ¡fue inútil, mi madre estaba muerta!

»Me llevaron al bazar; un armenio rico me compró, me dio una educación, me dio unos maestros, y cuando tuve trece años me vendió al sultán Mahamoud.

—Al cual —añadió Montecristo—, yo se la compré, como ya le dije, Albert, a cambio de una esmeralda igual a la que uso para guardar mis pastillas de hachís.

—¡Oh! Tú eres bueno, tú eres grande, mi señor —dijo Haydée besando la mano de Montecristo—, y soy muy dichosa al pertenecerte.

Albert estaba totalmente aturdido por lo que acababa de oír.

—Vamos, acabe su taza de café —le dijo el conde—; la historia ha terminado.

Capítulo LXXVIII

Nos escriben de Janina

Franz había salido de la habitación de Noirtier tan trastornado y tan perdido que incluso Valentine sintió piedad de él.

Villefort, que no había articulado más que algunas palabras sin sentido, retirándose después a su gabinete, recibió dos horas más tarde, la carta siguiente:

Después de lo que me ha sido revelado esta mañana, el señor Noirtier de Villefort no puede suponer que una alianza sea posible entre su familia y la del señor Franz d'Épinay. El señor Franz d'Épinay siente horror al pensar que el señor de Villefort, que parecía conocer los sucesos leídos esta mañana, no le hubiese prevenido con anterioridad.

Quien hubiera visto en ese momento al magistrado, hundido por el golpe, no creería que lo tenía previsto; en efecto, nunca pensó que su padre llevaría la franqueza, o más bien la rudeza, hasta el extremo de contar una historia así. Es cierto que nunca el señor Noirtier, bastante displicente

como era con la opinión de su hijo, se había preocupado de aclarar el hecho a ojos de Villefort, y que este había creído siempre que el general de Quesnel, o el barón d'Épinay, según quieran llamarle con el nombre que él se hizo o con el nombre que le hicieron, había muerto asesinado y no en un duelo leal.

Esa carta tan dura, viniendo de un joven tan respetuoso hasta entonces, era mortal para el orgullo de un hombre como Villefort.

Una vez en su despacho, su mujer entró.

La salida de Franz, cuando le llamó el señor Noirtier, asombró de tal manera a todo el mundo que la posición de la señora de Villefort, que se había quedado sola con el notario y los dos testigos, se hizo cada vez más embarazosa. Entonces, la señora de Villefort actuó por su cuenta y salió de la sala diciendo que iba a buscar noticias.

El señor de Villefort se contentó con decirle que como consecuencia de una explicación entre él, el señor Noirtier y el señor d'Épinay, el compromiso matrimonial entre Valentine y Franz quedaba roto.

Eso era difícil de transmitir a los que estaban esperando; así que la señora de Villefort, al volver al salón, se contentó con decir que el señor Noirtier había sufrido una especie de ataque de apoplejía al iniciar la entrevista solicitada, por lo que la firma del contrato matrimonial, naturalmente, se había pospuesto para dentro de unos días.

Esa noticia, por muy falsa que fuera, llegaba tan singularmente después de dos desgracias seguidas, del mismo género, que notario y testigos se miraron asombrados y se retiraron sin decir una palabra.

Mientras tanto, Valentine, feliz y asustada a la vez, después de abrazar y dar las gracias al débil anciano, que acababa de romper así, de un solo golpe, una cadena que ella veía indisoluble, le pidió permiso para retirarse a su habitación para reponerse, y Noirtier le había dado, con la mirada, el permiso solicitado.

Pero, en lugar de subir a su habitación, Valentine, una vez fuera de la sala de su abuelo, se fue por el corredor y, saliendo por una pequeña puerta disimulada, llegó al jardín. En medio de todos los acontecimientos que venían sucediéndose unos tras otros, un terror sordo le comprimía constantemente el corazón. Veía que de un momento a otro iba a aparecer

Morrel, pálido y amenazante, como el lord de Ravenswood en la boda de Lucia de Lammermoor.

En efecto, era el momento de ir a la verja. Maximilien, que había sospechado lo que iba a ocurrir cuando vio a Franz salir del cementerio con el señor de Villefort, les había seguido; después, tras verle entrar, le vio salir de nuevo, y volver a entrar, esta vez con Albert y Château-Renaud. Así que para él, ya no cabía ninguna duda. Entonces se cobijó en su recinto de alfalfa, dispuesto a todo, y seguro de que en el primer momento de libertad que tuviera Valentine, acudiría al jardín.

No se equivocaba; con el ojo pegado a las tablas del parapeto, vio aparecer, en efecto, a la joven que, sin ninguna de las precauciones al uso, corría hacia la verja. Con la primera mirada, Maximilien se tranquilizó; con la primera palabra de Valentine, Maximilien saltó de alegría.

—¡Estamos salvados! —dijo Valentine.

—¡Salvados! —repitió Morrel, no pudiendo creer tanta dicha—. ¿Pero, quién nos ha salvado?

—Mi abuelo. ¡Oh! Tienes que quererle mucho, Morrel.

Morrel juró querer al viejo con toda su alma, y ese juramento no le costaba hacerlo, pues, en ese momento, no se contentaba con quererlo como a un amigo o como a un padre, sino que le adoraba como a un dios.

—¿Pero, cómo ha ocurrido? —preguntó Morrel—. ¿Qué ha hecho?

Valentine iba a abrir la boca para contárselo, pero pensó que en todo ello había un secreto terrible y en el que no entraba solamente su abuelo.

—Más tarde —dijo— te contaré todo.

—¿Pero cuándo?

—Cuando seamos marido y mujer.

Era posponer la conversación en un capítulo que fuera fácil de comprender por parte de Morrel; él entendió incluso que debía conformarse con lo que sabía, y que era suficiente por un día. Sin embargo, no consintió en retirarse más que bajo la promesa de que vería a Valentine al día siguiente por la tarde.

Valentine se lo prometió. Todo había cambiado a sus ojos y, ciertamente, una hora antes le parecía más difícil creer en que no se casaría con Franz, de lo que ahora le parecía casarse con Maximilien.

Mientras tanto, la señora de Villefort había subido a ver a Noirtier.

Noirtier la miró con esa mirada sombría y severa con la que tenía costumbre recibirla.

—Señor —le dijo—, no necesito decirle que el contrato de matrimonio de Valentine está roto, puesto que fue aquí donde se produjo la ruptura.

Noirtier permaneció impasible.

—Pero —continuó la señora de Villefort—, lo que usted no sabe, señor, es que yo siempre me opuse a ese matrimonio que iba a llevarse a cabo a mi pesar.

Noirtier miró a su nuera como quien espera una explicación.

—Ahora bien, puesto que ese matrimonio, por el que usted sentía aversión, se ha roto, vengo a pedirle algo que ni el señor de Villefort ni Valentine pueden pedirle.

Los ojos de Noirtier preguntaron qué petición era esa.

—Vengo a rogarle, señor —continuó la señora de Villefort—, como la única que tenga derecho a hacerlo, pues soy la única que no tiene nada que ganar; vengo a rogarle que restituya, no diré su cariño, pues ella siempre lo tuvo de usted, sino su fortuna, a su querida nieta.

Los ojos de Noirtier quedaron un instante imprecisos; evidentemente buscaba los motivos de la gestión de su nuera, y no podía encontrarlos.

—¿Puedo esperar, señor —dijo la señora de Villefort—, que sus intenciones estén en armonía con el ruego que acabo de hacerle?

—Sí —señaló Noirtier.

—En ese caso, señor —dijo la señora de Villefort—, me retiro feliz y a la vez agradecida.

Y, saludando a su suegro, se retiró.

En efecto, al día siguiente mismo, Noirtier mandó llamar al notario; el primer testamento fue destruido, e hicieron uno nuevo en el que dejaba toda su fortuna a Valentine, a condición de que no la separaran de él.

Entonces, algunas personas del gran mundo calcularon que la señorita de Villefort, heredera del marqués y de la marquesa de Saint-Méran, y de nuevo en gracia con su abuelo, dispondría un día de unas trescientas mil libras de renta.

Mientras que ese matrimonio se rompía en casa de los Villefort, el señor conde de Morcerf había recibido la visita de Montecristo, y para demostrar su diligencia a Danglars, Morcerf se endosó su uniforme de gala de teniente general, adornado con todas sus medallas y cruces, y pidió sus mejores caballos. Ataviado de esa guisa, se dirigió a la calle de la Chaussée-d'Antin, y pidió que le anunciaran a Danglars, que estaba haciendo sus cuentas de fin de mes.

No era el momento, o bien hace mucho que ya no era el momento, de encontrar al banquero de buen humor.

Así que, al observar el aspecto de su antiguo amigo, Danglars tomó sus aires majestuosos y se acomodó, sin más, en su sillón.

Morcerf, normalmente con tanto empaque, se había imbuido, por el contrario, de un aspecto risueño y afable; en consecuencia, seguro como estaba, poco más o menos, de que su entrada iba a recibir una buena acogida, no se anduvo con diplomacias y sin más le espetó:

—Barón —dijo—, aquí me tiene. Desde hace tiempo venía dando vueltas a nuestros compromisos de antaño...

Morcerf esperaba, ante esas palabras, que el rostro del banquero se alegrase, cuyo aspecto sombrío achacaba Morcerf a su silencio; pero, muy al contrario, ese rostro devino, lo que era casi increíble, más impasible y más frío que nunca.

Esa es la razón por la que Morcerf se había parado en medio de la frase.

—¿Qué compromisos, señor conde? —preguntó el banquero, como si buscase vanamente en su memoria la explicación de lo que el general quería decir.

—¡Oh! —dijo el conde—. Es usted formalista, mi querido señor, y me recuerda que el ceremonial debe llevarse a cabo con todos sus ritos. ¡Muy bien, a fe mía! Perdóneme; como no tengo más que un hijo, y es la primera vez que pienso en casarle, estoy todavía aprendiendo: vamos, que me ejercito en ello.

Y Morcerf, con una forzada sonrisa, se levantó, hizo una profunda reverencia a Danglars y le dijo:

—Señor barón, tengo el honor de pedirle la mano de la señorita Eugénie Danglars, su hija, para mi hijo el vizconde Albert de Morcerf.

Pero Danglars, en lugar de acoger estas palabras con la estima que Morcerf podía esperar de él, frunció el ceño, y sin invitar al conde, que se había quedado de pie, a sentarse:

—Señor conde —dijo—, antes de responderle, tengo que reflexionar.

—¡Reflexionar! —repuso Morcerf, cada vez más asombrado—. ¿Es que no ha tenido tiempo de reflexionar desde que hablamos por primera vez de este matrimonio, hace ya unos ocho años?

—Señor conde —dijo Danglars—, cada día suceden cosas que hacen que las reflexiones que creíamos hechas, exijan una nueva reflexión.

—¿Cómo es eso? —preguntó Morcerf—. ¡Ya no le entiendo, barón!

—Quiero decir, señor, que desde hace quince días, nuevas circunstancias...

—Permítame —dijo Morcerf—; ¿estamos o no estamos representando una comedia?

—¿Cómo que una comedia?

—Sí, expliquémonos categóricamente.

—No pienso en nada mejor.

—¡Usted ha visto al señor de Montecristo!

—Le veo muy a menudo —dijo Danglars sacudiéndose la pechera de la camisa—, es uno de mis amigos.

—Y bien, una de las últimas veces en las que le vio, le dijo que yo parecía olvidadizo, remiso, en relación con este matrimonio.

—Es cierto.

—Pues bien, aquí estoy; no soy ni olvidadizo ni remiso, ya lo ve, puesto que vengo a instarle a que mantenga su promesa.

Danglars no respondió.

—¿Ha cambiado usted tan pronto de opinión —añadió Morcerf—, o sólo ha provocado mi petición para darse el placer de humillarme?

Danglars comprendió que si continuaba la conversación por esos derroteros, la cosa podría volverse contra él.

—Señor conde —dijo—, usted debe estar sorprendido de mi reserva, y con todo el derecho, lo comprendo; así que, créame, yo mismo, yo soy el

primero en lamentarlo; créame que me veo ante circunstancias imperiosas.

—Esas son palabras en el aire, mi querido señor —dijo el conde—, y con las que se podría conformar cualquiera, pero el conde de Morcerf no es un cualquiera, y cuando un hombre como él viene a ver a otro hombre, le recuerda la palabra dada y ese hombre falta a su palabra, tiene derecho a exigir a cambio que al menos se le dé una buena razón.

Danglars era cobarde, pero no quería parecerlo; se picó por el tono que Morcerf acababa de emplear con él.

—Pues no es una buena razón lo que me falta —replicó.

—¿Qué pretende?

—Pues que la buena razón la tengo, pero que es difícil dársela.

—Usted comprenderá, sin embargo, que yo no voy a contentarme con sus reticencias, y, en todo caso, una cosa me parece clara, y es que usted rechaza su alianza conmigo.

—No, señor —dijo Danglars—, suspendo mi resolución, eso es todo.

—¿Pero no tendrá usted la pretensión, supongo, de creer que yo voy a doblegarme a sus caprichos hasta el punto de esperar tranquila y humildemente a caerle de nuevo en gracia?

—Entonces, señor conde, si usted no puede esperar, contemplemos nuestros proyectos como nulos y sin valor.

El conde se mordió los labios hasta hacerse sangre para no estallar, como su carácter soberbio e irritable le llevaba a hacer; sin embargo, comprendiendo que en tales circunstancias haría el ridículo, había comenzado ya a acercarse a la puerta del salón, cuando, rectificando, volvió sobre sus pasos.

Una nube acababa de pasar por su frente, dejando en ella el rastro, no del orgullo ofendido, sino de una vaga inquietud.

—Veamos —dijo—, mi querido Danglars, nos conocemos desde hace muchos años, y en consecuencia debemos tener alguna consideración el uno por el otro. Usted me debe una explicación, y es, al menos, que yo conozca a qué desgraciado suceso mi hijo debe la pérdida de su aprecio por él.

—No es nada personal con el vizconde, eso es todo lo que puedo decirle, señor —respondió Danglars, que se volvía impertinente al ver que

Morcerf se ablandaba.

—¿Y contra quién tiene algo personal? —preguntó con voz alterada Morcerf, cuya frente se cubría de palidez.

Danglars, a quien no se le escapaba ninguno de esos síntomas, fijó en él una mirada más determinante de lo que era habitual en él.

—Agradézcame que no me explique más —dijo.

Un temblor nervioso, que procedía sin duda de la ira contenida, agitaba a Morcerf.

—Tengo el derecho —respondió, intentando controlarse—, tengo el derecho de exigir que se explique usted; ¿es acaso contra la señora de Morcerf, contra la que usted tiene algo? ¿Es que mi fortuna es insuficiente? ¿Es porque mis opiniones son contrarias a las de usted...?

—Nada de todo eso que dice, señor —dijo Danglars—; eso sería imperdonable, pues me comprometí sabiéndolo de antemano. No, no busque más, realmente me avergüenza obligarle a este examen de conciencia; dejémoslo así, créame. Tomemos el término medio de fijar un plazo, que no es ni ruptura ni compromiso. ¡No hay ninguna prisa, por Dios! Mi hija tiene diecisiete años y su hijo veintiuno. Mientras tanto, ya irá pasando el tiempo; el tiempo nos traerá nuevos acontecimientos; las cosas que parecen oscuras la víspera son a veces demasiado claras al día siguiente; a veces, también en un día, caen las más crueles calumnias.

—¡Calumnias! ¡Ha dicho usted calumnias, señor! —exclamó Morcerf, lívido—. ¡A mí, me calumnian a mí!

—Señor conde, no hay más explicaciones, le digo.

—Así que, señor, tendré que soportar tranquilamente esa negativa.

—Es sobre todo penoso para mí, señor. Sí, más penoso para mí que para usted, pues yo contaba con el honor de la alianza con usted, y un compromiso matrimonial fallido es más perjudicial para la novia que para el novio.

—Está bien, señor, no hablemos más —dijo Morcerf.

Y estrujando los guantes con rabia salió de la sala.

Danglars observó que ni una sola vez Morcerf se atrevió a preguntar si era a causa de él mismo, de Morcerf, por lo que Danglars le retiraba la palabra dada.

Durante la velada hubo una larga charla con varios amigos, y el señor Cavalcanti, que se había mantenido todo el tiempo en el salón de las damas, salió el último de la casa del banquero.

Al día siguiente, al despertarse, Danglars pidió los periódicos, que le trajeron de inmediato; apartó tres o cuatro y cogió *L'Impartial*.

Era el periódico en el que Beauchamp era redactor jefe.

Rompió rápidamente el envoltorio, lo abrió con una precipitación nerviosa, pasó desdeñosamente sobre el apartado de París y, al llegar a los sucesos, se detuvo con su malvada sonrisa en un suelto que comenzaba con estas palabras:

Nos escriben de Janina.

—Bueno —dijo después de leerlo—, esto es el articulito sobre el coronel Fernand que, según todas las probabilidades, me dispensará de dar explicaciones al conde de Morcerf.

En el mismo momento, es decir, cuando daban las nueve de la mañana, Albert de Morcerf, vestido de negro, abotonado metódicamente, con andares agitados y palabra breve, se presentó en la casa de los Champs-Elysées.

—El señor conde acaba de salir hace una media hora, más o menos —dijo el portero.

—¿Se ha llevado con él a Baptistin? —preguntó Morcerf.

—No, señor vizconde.

—Llame a Baptistin; quiero hablar con él.

El encargado de la puerta fue él mismo a buscar al ayuda de cámara, y un instante después regresó con él.

—Amigo —dijo Albert— perdone mi indiscreción, pero quería preguntarle a usted mismo si su señor había realmente salido.

—Sí, señor —respondió Baptistin.

—¿Incluso para mí?

—Yo sé con qué placer mi señor le recibe a usted, me guardaría mucho de incluirle a usted en una medida general.

—Tienes razón, pero es que tengo que hablarle de un asunto serio. ¿Crees que tardará en volver?

—No, pues ha pedido el almuerzo para las diez de la mañana.

—Bien, voy a dar una vuelta por los Champs-Elysées, y a las diez estaré aquí; si el señor conde vuelve antes que yo, dile que le ruego que me espere.

—Así lo haré, el señor puede estar tranquilo.

Albert dejó a la puerta del conde el cabriolé de alquiler que había traído y se fue a pasear a pie.

Al pasar delante de L'allée des Veuves, le pareció reconocer los caballos del conde estacionados delante de la puerta de la sala de tiro de Gosset; se acercó y, tras haber reconocido los caballos, reconoció al cochero.

—¿El señor conde está en el tiro? —preguntó Morcerf al cochero.

—Sí, señor —respondió.

En efecto, Morcerf había oído varios disparos que sonaban con regularidad, cuando se encontraba en los alrededores del campo de tiro.

El joven entró.

En el jardincito había un muchacho.

—Perdón —dijo—, ¿el señor vizconde podría aguardar un instante?

—¿Por qué, Philippe? —preguntó Albert, pues, siendo uno de los habituales, le sorprendía ese obstáculo que no comprendía.

—Porque la persona que practica en este momento tiene toda la cabaña para él y no tira nunca delante de nadie.

—¿Ni siquiera delante de usted, Philippe?

—Ya ve, señor, que estoy en la puerta.

—¿Y quién le carga las pistolas?

—Su criado.

—¿Un nubio?

—Un negro.

—Eso es.

—¿Entonces conoce usted a ese señor?

—Vengo a buscarle; es amigo mío.

—¡Oh! Entonces es otra cosa. Voy a entrar a avisarle.

Y Philippe, llevado por su propia curiosidad, entró en la sala de tiro. Un segundo después, Montecristo estaba en el umbral de la puerta.

—Perdón por perseguirle hasta aquí, mi querido conde —dijo Albert—; pero empiezo por decirle que no ha sido culpa de sus sirvientes, sino que soy yo el único indiscreto. Me presenté en su casa; me dijeron que estaba usted dando un paseo, pero que volvería a las diez para el almuerzo. Yo me fui a pasear también aguardando a las diez, y estando por aquí, vi sus caballos y su coche.

—Lo que me dice me da la esperanza de que viene a pedirme que le invite a almorzar.

—No, no, gracias, no se trata de almorzar a estas horas; quizá almorcemos más tarde, pero en peor compañía, ¡pardiez!

—¿Pero, qué me está contando?

—Querido amigo, hoy voy a batirme en duelo.

—¿Usted? ¿Y para qué?

—Pues para batirme, ¡pardiez!

—Sí, lo entiendo, ¿pero a causa de qué? Uno se bate por toda clase de cosas, ¿entiende?

—A causa del honor.

—¡Ah! Eso es serio.

—Tan serio que vengo a pedirle que me haga un favor.

—¿Qué favor?

—Ser mi testigo.

—Entonces esto se pone grave; no hablemos más aquí, venga a casa. Allí, dame agua.

El conde se remangó la camisa y pasó a un pequeño vestíbulo que precede a la cabaña de tiro y donde los tiradores acostumbran a lavarse las manos.

—Entre, entre, señor vizconde —dijo en voz baja Philippe—, verá usted algo divertido.

Morcerf entró. En lugar de dianas, había cartas de la baraja pegadas sobre la placa.

De lejos, Morcerf creyó que era la baraja completa: había desde el as hasta el diez.

—¡Ah!, ¡ah! —hizo Albert—. ¿Es que estaba jugando al *piquet*?

—No —dijo el conde—, estaba haciendo un juego de cartas completo.

—¿Cómo es eso?

—Sí, son ases y doses lo que usted ve; mis balas sólo han alcanzado treses, cincos, sietes, ochos, nueves y dieces.

Albert se acercó.

En efecto, las balas habían reemplazado, con líneas perfectamente exactas y distancias perfectamente iguales, a las señales ausentes y agujereado el cartón en los sitios en los que debía estar pintado. Yendo hacia la placa, Morcerf recogió, además, dos o tres golondrinas que habían tenido la imprudencia de pasar al alcance de la pistola del conde, y que este había abatido.

—¡Diablos! —dijo Morcerf.

—¿Qué quiere usted, mi querido vizconde! —dijo Montecristo, secándose las manos con un paño que le traía Alí—, tengo que ocupar mis ratos de ocio; pero venga, le espero.

Ambos subieron al cupé de Montecristo que, al cabo de algunos instantes, les dejó en la puerta del número 30.

Montecristo condujo a Morcerf a su despacho y le indicó un asiento. Ambos se sentaron.

—Ahora, charlemos tranquilamente —dijo el conde.

—Pues ya ve que estoy perfectamente tranquilo.

—¿Con quién quiere usted batirse?

—Con Beauchamp.

—¡Un amigo suyo!

—Es siempre con los amigos con quien uno se bate.

—Pero al menos hace falta una razón.

—Tengo una.

—¿Qué le ha hecho?

—Hay en un periódico de la tarde de ayer..., pero, tenga, lea.

Albert tendió a Montecristo un periódico en el que se leían estas palabras:

Nos escriben de Janina:

Un hecho hasta ahora ignorado, o al menos inédito, ha llegado a nuestro conocimiento; los castillos que defendían la ciudad

fueron entregados a los turcos por un oficial francés en el que el visir tenía puesta toda su confianza, y que se llamaba Fernand.

—Y bien —preguntó Montecristo—; ¿qué ve en ello que le choque?

—¡Cómo! ¿Que qué veo?

—Sí. ¿Qué le importa a usted que los castillos de Janina fueran entregados a los turcos por un oficial llamado Fernand?

—Me importa porque mi padre, el conde de Morcerf, se llama Fernand de nombre de pila.

—¿Y su padre servía a Alí-Pachá?

—Es decir, que combatía por la independencia de los griegos; ahí es donde está la calumnia.

—¡Ah, vaya! Mi querido vizconde, entremos en razón.

—No pido nada mejor.

—Dígame al menos: ¿quién diablos sabe en Francia que el oficial Fernand es el mismo hombre que el conde de Morcerf y, además, quién se ocupa ahora de Janina, que fue tomada en 1822, o 1823, creo?

—Ahí es donde está justamente la perfidia: se deja pasar el tiempo, después, hoy, se vuelve sobre los sucesos olvidados para que salga a la luz un escándalo que pueda menoscabar una alta posición. Pues bien, yo, heredero del nombre de mi padre, no quiero que sobre ese nombre flote ni siquiera la sombra de la duda. Voy a enviar a Beauchamp, ya que su periódico es quien publica la nota, voy a enviarle dos testigos, y él se retractará.

—Beauchamp no se retractará de nada.

—Entonces habrá duelo.

—No, usted no hará nada pues él responderá que quizás había cincuenta oficiales que se llamaban Fernand, en el ejército griego.

—Pues habrá duelo a pesar de esa respuesta. ¡Oh! Quiero que eso desaparezca... Mi padre, un soldado tan noble, una carrera tan ilustre...

—O bien Beauchamp escribirá: *Todo nos lleva a creer que ese Fernand no tiene nada en común con el señor conde de Morcerf, cuyo nombre de pila es también Fernand.*

—No, necesito una retractación total y completa; ¡no me conformaré con esa!

—¿Y le enviará a sus testigos?

—Sí.

—Se equivoca.

—Eso quiere decir que usted se niega a hacerme el favor que he venido a pedirle.

—¡Ah! Ya conoce usted la teoría que tengo en relación con el duelo; ya le hice a usted mi profesión de fe en Roma, ¿lo recuerda?

—Sin embargo, mi querido conde, ahora mismo, esta mañana, le he visto practicando un ejercicio que guarda muy poca armonía con esa teoría.

—Porque, mi querido amigo, usted comprende, nunca hay que ser tajante. Cuando se vive entre locos, hay que practicar un poco la insensatez; de un momento a otro, algún descerebrado, que no tendrá más motivo para buscarme querrela que el que usted tiene en buscársela a Beauchamp, vendrá a buscarme; por la primera tontería que se le ocurra, o me enviará sus testigos, o me insultará en un lugar público; y bien, pues a ese descerebrado, tendré que matarlo.

—¿Admite, pues, que usted mismo, también se batiría en duelo?

—¡Pardiez!

—Pues bien, entonces, ¿por qué quiere usted que yo no me bata?

—Yo no digo que no deba en absoluto batirse; digo solamente que un duelo es una cosa grave y que hay que reflexionar antes.

—¿Es que él ha reflexionado antes de insultar a mi padre?

—Si no ha reflexionado, y así lo confiesa, no hay que ir contra él.

—¡Oh! Mi querido conde, ¡es usted demasiado indulgente!

—Y usted, demasiado riguroso. Veamos, supongo..., escuche bien esto: suponga... ¿no va usted a enfadarse por lo que le digo?

—Le escucho.

—Suponga que los hechos relatados son ciertos...

—Un hijo no debe admitir nunca una suposición así sobre el honor de su padre.

—¡Eh! ¡Por Dios! ¡Estamos en una época en la que se admiten tantas cosas!

—Es justamente el vicio de la época.

—¿Tiene usted la pretensión de reformarla?

—Sí, en lo que a mí me atañe.

—¡Dios mío! ¡Qué rigorista se pone usted, mi querido amigo!

—Así soy yo.

—¿Es usted inaccesible a los buenos consejos?

—No, cuando vienen de un amigo.

—¿Y cree usted que yo lo soy?

—Sí.

—Pues bien, antes de enviar sus testigos a Beauchamp, infórmese.

—¿Y por quién?

—¡Eh, pardiez! Por Haydée, por ejemplo.

—Mezclar a una mujer en todo esto, ¿qué puede hacer ella?

—Declararle que su padre no tuvo nada que ver en la derrota y en la muerte del suyo, por ejemplo, o aclararle respecto al asunto, si por azar su padre de usted tuvo la desgracia de...

—Ya se le he dicho, mi querido conde, yo no podría admitir una suposición así.

—¿Rechaza entonces este medio?

—Lo rechazo.

—¿Absolutamente?

—¡Absolutamente!

—Entonces, un último consejo.

—De acuerdo, pero el último.

—¿No lo quiere, entonces?

—Al contrario, se lo pido.

—No envíe testigos a Beauchamp.

—¿Cómo?

—Vaya a verle usted mismo.

—Eso va en contra de toda costumbre.

—Su asunto está fuera de los asuntos ordinarios.

—¿Y por qué debo ir yo mismo, veamos?

—Porque así el asunto quedaría entre usted y Beauchamp.

—Explíquese.

—Sin duda; si Beauchamp está dispuesto a retractarse, hay que dejarle el mérito de la buena voluntad, no por eso la retractación deja de hacerse. Si se niega, al contrario, será el momento de meter a extraños en su secreto.

—No serían dos extraños, serán dos amigos.

—Los amigos de hoy son los enemigos de mañana.

—¡Oh, vamos!

—Único testigo, Beauchamp.

—Así que...

—Así que le recomiendo prudencia.

—¿O sea que usted cree que debo ir yo mismo a ver a Beauchamp?

—Sí.

—¿Solo?

—Solo. Cuando se quiere obtener algo del amor propio de un hombre, hay que salvar ese amor propio de todo sufrimiento, incluso hasta de toda apariencia de sufrimiento.

—Creo que tiene usted razón.

—¡Ah! ¡Me alegro!

—Iré solo.

—Vaya usted; pero haría incluso mejor si no fuera en absoluto.

—Es imposible.

—Hágalo así, entonces; siempre será mejor que lo que pretendía hacer.

—Pero en ese caso, veamos, si a pesar de todas mis precauciones, de todas mis gestiones, si al final hay duelo, ¿sería usted mi testigo?

—Mi querido vizconde —dijo Montecristo con una suprema seriedad—, usted ha podido ver en tiempo y lugar que le he sido totalmente útil, pero el favor que me pide se sale del círculo de los favores que yo pueda hacer por usted.

—¿Y eso por qué?

—Quizá lo sepa usted algún día.

—¿Pero mientras tanto?

—Le pido que me perdone por el secreto.

—Está bien. Tomaré a Franz y a Château-Renaud.

—Sí. Tome a Franz y a Château-Renaud, irá de maravilla.

—Pero, en fin, si llego a batirme, ¿me dará usted una pequeña lección de espada o de pistola?

—No, es algo también imposible.

—¡Qué singular es usted, vamos! ¿Entonces, no quiere intervenir en nada?

—Absolutamente en nada.

—Entonces, no hablemos más. Adiós, conde.

—Adiós, vizconde.

Morcerf cogió el sombrero y salió.

En la puerta, le esperaba el cabriolé y, conteniendo lo mejor que pudo su ira, mandó al cochero que le llevara a casa de Beauchamp; Beauchamp estaba en el periódico.

Albert ordenó ir al periódico.

Beauchamp estaba en su despacho, oscuro y polvoriento como son por tradición los despachos de los periódicos.

Le anunciaron a Albert de Morcerf. Se hizo repetir dos veces el anuncio, después, todavía no muy convencido, gritó:

—¡Entre!

Albert apareció. Beauchamp soltó una exclamación al ver a su amigo franquear los montones de papel y tropezar, no estando acostumbrado a estos obstáculos, con periódicos de todos los tamaños, que alfombraban no sólo el parqué, sino los ventanales enrojecidos de su despacho.

—Por aquí, por aquí, mi querido Albert —dijo tendiendo la mano al joven—; ¿qué diablos le trae por aquí? ¿Es que se ha perdido como Pulgarcito, o viene tranquilamente a almorzar conmigo? Intente encontrar una silla; mire, allá, junto a ese geranio que es lo único aquí que me recuerda que en el mundo hay hojas que no son las hojas de papel.

—Beauchamp —dijo Albert—; vengo a hablarle de su periódico.

—¿Usted, Morcerf? ¿Qué desea?

—Deseo una rectificación.

—¿Usted, una rectificación? ¿En relación con qué, Albert? Pero, vamos, ¡síntese!

—Gracias —respondió Albert por segunda vez, con una ligera inclinación de cabeza.

—Explíquese.

—Una rectificación sobre un hecho publicado que atenta al honor de un miembro de mi familia.

—¡Vamos, vamos! —dijo Beachamp sorprendido—. ¿Qué hecho? Eso no es posible.

—El hecho que le han escrito de Janina.

—¿De Janina?

—Sí, de Janina. ¿De verdad que ignora lo que me trae hasta aquí?

—¡Por mi honor...! ¡Baptiste! ¡Un periódico de ayer! —gritó Beachamp.

—No hace falta, traigo el mío.

Beauchamp leyó atropelladamente.

—*Nos escriben de Janina, etcétera.*

—Usted comprenderá que el hecho es grave —dijo Morcerf, cuando Beachamp terminó de leer.

—¿Entonces ese oficial es pariente suyo? —preguntó el periodista.

—Sí —dijo Albert sonrojándose.

—¿Y bien, qué puedo hacer yo para agradarle? —dijo Beachamp con dulzura.

—Quisiera, mi querido Beachamp, que se retractase de esa noticia.

Beauchamp miró a Albert con una atención que anunciaba seguramente mucha benevolencia.

—Veamos —dijo—, esto nos va a llevar a una larga charla, pues siempre es algo grave una rectificación. Siéntese; voy a releer estas líneas.

Albert se sentó, y Beachamp releyó las líneas inculminatorias para su amigo con mayor atención que en la primera lectura.

—Y bien, ya lo ve —dijo Albert con firmeza, con rudeza, incluso—, se insulta en su periódico a alguien de mi familia, y quiero una rectificación.

—Usted... quiere...

—¡Sí, lo quiero!

—Permítame que le diga que no es usted nada dialogante, mi querido vizconde.

—Tampoco quiero serlo —replicó el joven levantándose—; persigo la rectificación de un hecho que usted publicó ayer, y la obtendré. Usted es lo bastante amigo mío —continuó Albert con los labios apretados, viendo que Beauchamp, por su parte, comenzaba a levantar desdeñosamente la cabeza—, es usted lo bastante amigo mío, y como tal, me conoce lo suficiente, así que espero que comprenda mi tenacidad en una circunstancia como esta.

—Si soy su amigo, Morcerf, acabará por hacérmelo olvidar con palabras como las que dice ahora... Pero, veamos, no nos enfademos, o al menos no nos enfademos todavía... está usted inquieto, irritado, picado... Veamos, ¿quién es ese pariente que se llama Fernand?

—Es mi padre, sencillamente, mi padre —dijo Albert—; el señor Fernand Mondego, conde de Morcerf, un antiguo militar que ha visto veinte campos de batalla, y cuyas nobles cicatrices quieren cubrir con el fango impuro del arroyo.

—¿Es su padre? —dijo Beauchamp—. Entonces es otra cosa; concibo su indignación, mi querido Albert... releamos esto, entonces.

Y releyó la nota, sopesando esta vez cada palabra.

—Pero —preguntó Beauchamp—, ¿dónde ve usted que el Fernand del periódico sea su padre?

—En ninguna parte, ya lo sé; pero otros lo verán. Es por eso por lo que yo quiero que el hecho sea desmentido.

Al oír las palabras «yo quiero» Beauchamp levantó los ojos hacia Morcerf, y bajándolos casi eseguida, permaneció un instante pensativo.

—¿Lo desmentirá, no es así, Beauchamp? —repitió Morcerf con una cólera creciente, aunque siempre concentrada.

—Sí —dijo Beauchamp.

—¡Menos mal! —dijo Albert.

—Pero cuando esté seguro de que el hecho es falso.

—¡Cómo!

—Sí, el asunto merece la pena ser aclarado, y lo aclararé.

—¿Pero qué tiene que aclarar en todo eso, señor? —dijo Albert, fuera de toda cordura—. Si usted cree que no es mi padre, dígalo enseguida; y si cree que sea él, deme una razón para pensar así.

Beauchamp miró a Albert con esa sonrisa que le era particular, y que sabía tomar el matiz de todas las pasiones.

—Señor —repuso—, puesto que señor hay, si es para exigirme razones por lo que usted ha venido, tendría que haberlo hecho al principio, y no venir a hablarme de amistad y de otras cosas ociosas como las que he tenido la paciencia de oír desde hace media hora. Y será en este terreno por el que vamos a andar a partir de ahora, ¡veamos!

—Sí, ¡si no se retracta de la infame calumnia!

—¡Un momento! Nada de amenazas, por favor, señor Albert Mondego, vizconde de Morcerf; no se las consiento a mis enemigos, con mayor razón a mis amigos. ¿Así pues, usted quiere que yo desmienta el hecho sobre el coronel Fernand, publicación del hecho en la que, por mi honor, no he tenido nada que ver?

—¡Sí, eso quiero! —dijo Albert, que empezaba a perder la cabeza.

—¿Y si no, nos batiremos en duelo? —continuó Beauchamp con la misma calma.

—¡Sí! —repuso Albert alzando la voz.

—Pues bien —dijo Beauchamp—, esta es mi respuesta, mi querido señor: ese hecho no ha sido escrito por mí, ni siquiera lo conocía; pero, con su actitud, usted ha atraído mi atención sobre el asunto, y a ella me aferro; y así será hasta que el asunto sea desmentido o confirmado por quien pueda hacerlo en justicia.

—Señor —dijo Albert levantándose—, voy, pues, a tener el honor de enviarle a mis testigos; usted concertará con ellos lugar y armas.

—Perfectamente, mi querido señor.

—Y esta noche, si le place, o a lo más tardar, mañana, nos veremos.

—¡Ah! ¡No, no! Yo estaré en el campo del honor cuando haga falta, y, en mi opinión, tengo derecho, puesto que soy yo el provocado, tengo derecho a señalar la hora, digo, y esa hora aún no ha llegado. Sé que usted maneja muy bien la espada, y que yo lo hago pasablemente; sé que usted hace tres dianas sobre seis; y yo, más o menos igual; sé que un duelo entre nosotros será un duelo serio, porque usted es valiente y... yo también. Así que no quiero exponerme a matarle o a que me mate, sin causa alguna. Así

que soy yo, a mi vez, el que va a plantear la cuestión ca-te-gó-ri-ca-men-te:

»¿Exige usted esa rectificación hasta el punto de matarme si no la hago, aunque ya le he dicho, y se lo repito, que afirmo, por mi honor, que no conocía el hecho, y aunque le declaro, en fin, que es imposible, a no ser que fuera un *don Japhet*^[1] como usted, que es imposible adivinar que bajo el nombre de Fernand, se oculta al señor conde de Morcerf?

—Lo exijo, categóricamente.

—Pues bien, mi querido señor, consiento en cortarme el cuello con usted, pero exijo tres semanas; dentro de tres semanas, usted me verá para que yo le diga: sí, la noticia es falsa, y la borro; o bien, la noticia es verdadera, y saco las espadas de sus vainas, o las pistolas de sus fundas, a su elección.

—¡Tres semanas! —exclamó Albert—. ¡Pero tres semanas son tres siglos, en los que estaré deshonrado!

—Si usted siguiera siendo mi amigo, yo le diría: ¡paciencia, amigo!, pero usted se ha convertido en mi enemigo, y le digo: ¡y a mí qué me importa, señor!

—Bien, dentro de tres semanas, sea —dijo Morcerf—. Pero piense en esto: dentro de tres semanas no habrá más dilaciones, ni ningún otro subterfugio que pueda dispensarle.

—Señor Albert de Morcerf —dijo Beauchamp levantándose a su vez—, no puedo tirarle por la ventana más que dentro de tres semanas, es decir, dentro de veinticuatro días; y usted, usted no tiene derecho a partirme en dos de una estocada hasta entonces. Estamos a 29 de agosto, así pues, hasta el 21 de septiembre. Hasta entonces, créame, y es un consejo de gentilhombre el que le doy, ahorrémonos los ladridos a distancia de dos dogos encadenados.

Y Beauchamp, saludando con toda seriedad al joven, le dio la espalda y entró en la sala de imprenta.

Albert se vengó en una pila de periódicos que dispersó propinándoles una serie de bastonazos; después de lo cual, se marchó, no sin antes darse la vuelta dos o tres veces para mirar la puerta de la sala de imprenta.

Mientras que Albert golpeaba la delantera del cabriolé, como había hecho antes con los inocentes papeles renegridos, que no eran culpables más que de su desengaño, vio a Morrel cruzando el bulevar; caminaba con la cabeza alta, la mirada despierta y los brazos libres, pasaba delante de los baños chinos, viniendo de la puerta Saint-Martin, y yendo hacia la Madeleine.

—¡Ah! —dijo suspirando—. ¡Ahí va un hombre feliz!

Por azar, Albert no se equivocaba en absoluto.

Capítulo LXXIX

La limonada

En efecto, Morrel era muy feliz.

El señor Noirtier había enviado a Barrois a buscarle, y Morrel tenía tanta prisa por saber para qué, que no había cogido un cabriolé de punto, fiándose más de sus dos piernas que de las patas de un caballo de alquiler; así pues, había salido a toda prisa de la calle Meslay y se dirigía al Faubourg Saint-Honoré.

Morrel caminaba a paso de gimnasta, y el pobre Barrois le seguía como podía. Morrel tenía treinta y un años; Barrois, sesenta; Morrel iba embriagado de amor, Barrois, alterado por el calor. Los dos hombres, divididos así en intereses y en edad, se parecían a las dos líneas que forma un triángulo: separadas por la base, uniéndose en la cumbre.

La cumbre era Noirtier, que había ordenado que fuesen a buscar a Morrel con la mayor diligencia posible, recomendación que Morrel seguía al pie de la letra, con gran desesperación de Barrois.

Al llegar, Morrel ni siquiera estaba sofocado: el amor da alas; pero Barrois, que desde hacía mucho tiempo no estaba enamorado, Barrois estaba exhausto.

El viejo sirviente introdujo a Morrel por la puerta especial, cerró la puerta del gabinete y, enseguida, el roce del vestido sobre el parque anunció la visita de Valentine.

Valentine estaba hermosa a rabiar con su atuendo de luto.

El sueño se hacía tan dulce que Morrel casi hubiera prescindido de conversar con Noirtier; pero la silla de ruedas del anciano se oyó enseguida y entró en el gabinete.

Noirtier acogió con mirada benevolente el agradecimiento que Morrel le prodigaba por esa maravillosa intervención que les había salvado, a Valentine y a él, de la desesperación. Después, la mirada de Morrel fue a provocar, sobre el nuevo favor que se le acordaba, a la joven, que, tímida y sentada lejos de Morrel, aguardaba a verse obligada a hablar.

Noirtier la miró también.

—¿Tengo que decir el encargo que usted me ha hecho? —preguntó la joven.

—Sí —indicó Noirtier.

—Señor Morrel —dijo entonces Valentine al joven que la devoraba con los ojos—, mi abuelo Noirtier tenía mil cosas que decirle, cosas que desde hace tres días me dice. Hoy, le ha mandado venir para que yo se las repita; se las repetiré, pues, ya que me ha elegido como su intérprete, sin cambiar una palabra de sus intenciones.

—¡Oh! Escucho con gran impaciencia —respondió el joven—; hable, señorita, hable.

Valentine bajó los ojos: fue un presagio que resultó agradable a Morrel. Valentine sólo era débil en la felicidad.

—Mi abuelo quiere dejar esta casa —dijo—. Barrois se encarga de buscarle una vivienda adecuada.

—¿Pero usted, señorita —dijo Morrel—, usted que es tan querida por su abuelo y le es tan necesaria?

—Yo —repuso la joven—, no dejaré a mi abuelo, es algo convenido entre él y yo. Mi apartamento estará al lado del suyo. El señor de Villefort me dará su consentimiento para ir a vivir con mi abuelo, en cuyo caso me iré con él enseguida; y si no me lo da, entonces, aguardaré a ser mayor de

edad, que será dentro de dieciocho meses. Entonces seré libre, tendré una fortuna independiente, y...

—¿Y? —preguntó Morrel.

—Y con la autorización de mi abuelito, mantendré la promesa que le hice a usted.

Valentine pronunció estas últimas palabras en voz tan baja, que Morrel no hubiera podido oírlas, a no ser por el interés que tenía en devorarlas.

—¿No es su pensamiento lo que he expresado, querido abuelo? —añadió Valentine dirigiéndose a Noirtier.

—Sí —indicó el anciano.

—Una vez en casa de mi abuelo —añadió Valentine—, el señor Morrel podrá venir a verme en presencia de nuestro buen y digno protector. Si los lazos que nuestros corazones, quizá ignorantes o caprichosos, han empezado a tejer nos parecen adecuados y nos ofrecen en esta experiencia garantías de futura felicidad (pues, se dice, ¡ay!, que los corazones ardientes en los obstáculos se enfrían cuando ya no los hay), entonces, el señor Morrel podrá pedirme la mano a mí misma, le esperaré.

—¡Oh! —exclamó Morrel, a punto de arrodillarse ante el viejo como si fuera Dios, y delante de Valentine, como si fuera un ángel—; ¡oh! ¿Qué bien he hecho yo en mi vida para merecer tanta dicha?

—Hasta ahora —continuó la joven, con su voz pura y severa— respetamos las conveniencias sociales, la voluntad incluso de nuestros padres, con tal de que esa voluntad no siga tendiendo a separarnos; en una palabra, y repito esta palabra porque lo dice todo: esperaremos.

—Y los sacrificios que esa palabra impone, señor —dijo Morrel—, le juro que los cumpliré, no con resignación, sino con placer.

—Así —continuó Valentine con una mirada tan dulce para el corazón de Maximilien— que nada de imprudencias, amigo mío, no comprometa a la persona que, a partir de ahora, se siente destinada a llevar pura y dignamente su nombre.

Morrel se puso la mano en el corazón.

Mientras tanto, Noirtier miraba a ambos con ternura. Barrois, que se había quedado al fondo de la sala como la persona de confianza a la que

nada se le oculta, sonreía enjugándose las gruesas gotas que le caían por la frente calva.

—¡Oh! ¡Dios mío! Qué calor tiene este buen Barrois —dijo Valentine.

—¡Ah! —dijo Barrois—. Es que he corrido mucho, señorita; pero el señor Morrel, tengo que ser justo, corría aún más deprisa que yo.

Noirtier indicó con la mirada una bandeja en la que había una jarra de limonada y un vaso. Media hora antes, Noirtier había bebido de esa misma limonada.

—Toma, Barrois —dijo la joven—, toma, pues veo que miras con buenos ojos esa jarra.

—El hecho es —dijo Barrois— que me muero de sed, y que bebería con mucho gusto un vaso de limonada a su salud.

—Ve a beber, entonces —dijo Valentine—, y vuelve enseguida.

Barrois se llevó la bandeja, y apenas estuvo en el corredor, a través de la puerta que olvidó cerrar, se le veía echar la cabeza hacia atrás para beberse el vaso que le había llenado Valentine.

Valentine y Morrel se despidieron en presencia de Noirtier, cuando se oyó la campanilla que llamaba en la escalera de Villefort.

Era señal de que llegaba una visita.

Valentine miró al reloj.

—Son las doce —dijo—, hoy es sábado, abuelito, seguro que es el doctor.

Noirtier hizo la señal que indicaba que efectivamente debía ser él.

—Va a venir aquí, Morrel tiene que marcharse, ¿no es eso, abuelo?

—Sí —respondió el anciano.

—¡Barrois! —llamó Valentine—. ¡Barrois, venga!

Se oyó la voz del viejo sirviente que respondía:

—Ya voy, señorita.

—Barrois le acompañará hasta la puerta —dijo Valentine a Morrel—; y ahora, recuerde una cosa, señor oficial, y es que mi abuelo le recomienda no arriesgar ninguna gestión capaz de comprometer nuestra felicidad.

—He prometido esperar, y esperaré —dijo Morrel.

En ese momento Barrois entró.

—¿Quién ha llamado? —preguntó Valentine.

—El doctor d'Avrigny —dijo Barrois tambaleándose.

—Pero bueno, ¿qué le ocurre, Barrois? —preguntó Valentine.

El viejo no respondió; miraba a su señor con ojos extraviados, mientras que con la mano crispada buscaba un apoyo para mantenerse en pie.

—¡Pero, se va a caer! —exclamó Morrel.

En efecto, el temblor de Barrois iba en aumento; los rasgos del rostro, alterados por los movimientos convulsivos de los músculos de la cara, anunciaban un ataque nervioso de lo más intenso.

Noirtier, al ver a Barrois temblar así, multiplicaba sus miradas en las que se dibujaba, inteligibles y palpitantes, todas las emociones que agitan el corazón humano.

Barrois dio algunos pasos hacia su señor.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Señor Dios! —dijo—. ¿Pero, qué me pasa...? Me siento mal..., no veo. Mil alfileres de fuego me atraviesan el cráneo. ¡Oh! ¡No me toquen! ¡No me toquen!

En efecto, los ojos estaban desorbitados y llenos de espanto, y la cabeza se le iba hacia atrás, mientras que el resto del cuerpo se le ponía rígido.

Valentina, asustada, dio un grito; Morrel la cogió en sus brazos como para defenderla de un peligro desconocido.

—¡Señor d'Avrigny! ¡Señor d'Avrigny! —gritó Valentine con voz ahogada—. ¡Aquí! ¡Socorro!

Barrois giró sobre sí mismo, dio tres pasos hacia atrás, tropezó y vino a caer a los pies de Noirtier, apoyándose con la mano en las rodillas del viejo, gritando:

—¡Mi señor! ¡Mi buen señor!

En ese momento el señor de Villefort, atraído por los gritos, apareció en el umbral de la puerta.

Morrel soltó a Valentine, medio desvanecida, y echándose hacia atrás casi desapareció detrás de una cortina.

Lívido, como si hubiera visto a una serpiente enderezarse ante él, clavaba una mirada helada en el desgraciado agonizante.

Noirtier hervía de impaciencia y de terror; su alma volaba en ayuda del pobre anciano, su amigo, más que su criado. Se veía el terrible combate de la vida y de la muerte que se traducía en su frente por la hichazón de sus venas y la contracción de algunos músculos, aún vivos, alrededor de los ojos.

Barrois, con el rostro agitado, los ojos inyectados en sangre, el cuello vuelto hacia atrás, yacía en el suelo sin dejar de golpear el parqué con las manos, mientras que, por el contrario, sus rígidas piernas parecían que iban a romperse, en lugar de plegarse.

Una ligera espuma le subía hasta los labios, y jadeaba angustiosamente.

Villefort, estupefacto, se quedó un instante con los ojos fijos en esa escena que, desde que entró en la habitación, atrajo todas sus miradas.

No había visto a Morrel.

Tras un instante de muda contemplación, en la que se pudo ver cómo su rostro palidecía y cómo se le erizaban los cabellos:

—¡Doctor! ¡Doctor! —exclamó lanzándose hacia la puerta—. ¡Venga! ¡Venga enseguida!

—¡Señora! ¡Señora! —gritó Valentine llamando a su madrastra, chocando contra las paredes de la escalera—. ¡Venga! ¡Venga, deprisa! ¡Traiga su frasco de sales!

—¿Qué ocurre? —preguntó la voz metálica y contenida de la señora de Villefort.

—¡Oh! ¡Venga! ¡Venga!

—¿Pero, dónde está el doctor? —gritaba Villefort—. ¿Dónde está?

Madame de Villefort bajaba lentamente; se oía el crujido de la madera bajo sus pisadas. En una mano llevaba el pañuelo con el que se enjugaba el rostro, y en la otra un frasco inglés de sales.

Su primera mirada, al llegar a la puerta, fue para Noirtier, cuyo rostro, salvo por la natural emoción en tales circunstancias, reflejaba la misma salud de siempre; su segunda mirada chocó con el moribundo.

Palideció, y sus ojos saltaban, por decirlo así, del sirviente al amo.

—Pero, en nombre del Cielo, señora, ¿dónde está el doctor? Le he visto que entraba en sus aposentos. Es una apoplejía, ya lo ve, con una

sangría se salvará.

—¿Ha comido algo hace poco? —preguntó la señora de Villefort, eludiendo la pregunta anterior.

—Señora —dijo Valentine—, no ha almorzado, pero corrió mucho esta mañana para hacer un recado que le encargó el abuelo. Al regresar, sólo bebió un vaso de limonada.

—¡Ah! —suspiró la señora de Villefort—. ¿Por qué no bebió vino? Es muy mala, la limonada.

—La limonada estaba aquí, en la jarra del abuelo; el pobre Barrois tenía sed, bebió lo que encontró a mano.

La señora de Villefort se sobresaltó. Noirtier la envolvió con su profunda mirada.

—¡Tiene el cuello tan corto! —dijo ella.

—Señora —dijo Villefort—, yo le pregunto dónde está el doctor d'Avrigny; ¡en nombre del Cielo, responda!

—Está en la habitación de Édouard, que está algo enfermo —dijo la señora de Villefort, que no podía eludir por más tiempo la pregunta de su marido.

Villefort salió raudo él mismo a buscar al médico.

—Tome —dijo la señora a Valentine, dándole el frasco de las sales—, sin duda va a sanjarle. Me subo a mi habitación, no puedo soportar ver sangre.

Y salió tras su marido.

Morrel salió del rincón oscuro donde se había ocultado, y donde nadie le vio, de tan grande como era la preocupación.

—Váyase enseguida, Maximilien —le dijo Valentine—, y espere a que yo le llame. Váyase.

Morrel consultó a Noirtier con un gesto. Noirtier, que había mantenido toda su sangre fría, le indicó que sí.

Estrechó la mano de Valentine contra su corazón y salió por el corredor de emergencia.

Al mismo tiempo, Villefort y el doctor entraban por la puerta opuesta.

Barrois comenzaba a volver en sí; la crisis había pasado, podía hablar aunque lastimosamente, y se incorporaba apoyando la rodilla.

D'Avrigny y Villefort le colocaron sobre una *chaise longue*.

—¿Qué necesita, doctor? —preguntó Villefort.

—Que me traigan agua y éter. ¿Lo tiene en casa?

—Sí.

—Que vayan a buscar rápidamente aceite de trementina y un emético.

—¡Vayan! —dijo Villefort.

—Y ahora, que todo el mundo se retire.

—¿Yo también? —preguntó tímidamente Valentine.

—Sí, señorita, sobre todo usted —dijo con bastante rudeza el doctor.

Valentine miró al señor d'Avrigny con asombro, besó a su abuelo en la frente y salió.

Tras ella, el doctor cerró la puerta con aire sombrío.

—Mire, mire, doctor, ya vuelve en sí; era un ataque sin importancia.

D'Avrigny sonrió con ese mismo aire sombrío.

—¿Cómo se encuentra, Barrois? —preguntó el doctor.

—Un poco mejor, señor.

—¿Puede beber un poco de agua etérea?

—Voy a intentarlo, pero no me toque.

—¿Por qué?

—Porque me parece que si alguien me toca, aunque sólo sea con la punta de los dedos, me volverá el ataque.

—Beba.

Barrois cogió el vaso, se lo llevó a los labios, lívidos ya, y lo dejó más o menos por la mitad.

—¿Qué le duele? —preguntó el doctor.

—Todo el cuerpo; siento unos calambres espantosos.

—¿Siente que le deslumbra la luz?

—Sí.

—¿Pitidos de oídos?

—Espantosos.

—¿Cuándo ha sentido todo eso?

—Ahora mismo.

—¿De repente?

—Como si fuera un rayo.

—¿Ayer, nada? ¿Anteayer?

—Nada, nada.

—¿Somnolencia? ¿Pesadez de estómago?

—No, no.

—¿Qué ha comido hoy?

—No he comido nada; solamente bebí un vaso de la limonada del señor, eso es todo.

Y Barrois hizo con la cabeza un gesto para señalar a Noirtier, que inmóvil en su sillón, contemplaba la terrible escena sin perder un movimiento, sin dejar escapar ni una palabra.

—¿Dónde está la limonada? —preguntó rápidamente el doctor.

—En la jarra, abajo.

—¿Dónde?

—En la cocina.

—¿Quiere que vaya a buscarlo, doctor? —preguntó Villefort.

—No, quédese aquí y trate de que el enfermo beba lo que queda del vaso.

—Pero la limonada...

—Yo mismo voy.

D'Avrigny dio un salto, abrió la puerta, salió como un rayo por la escalera de servicio y por poco hace caer a la señora de Villefort que, ella también, bajaba a la cocina.

La señora dio un grito.

D'Avrigny ni siquiera prestó atención; llevado por la fuerza de una sola idea, saltó tres o cuatro de los últimos peldaños, se precipitó a la cocina y vio la jarra, sólo llena en una cuarta parte.

Se abalanzó sobre ella como un águila sobre su presa.

Jadeante, subió de nuevo y entró en la habitación.

La señora de Villefort subía lentamente la escalera hacia su habitación.

—¿Es esta la jarra que estaba aquí? —preguntó d'Avrigny.

—Sí, doctor.

—¿Y esta es la misma limonada de la que usted bebió?

—Eso creo.

—¿Qué sabor tenía?

—Un sabor amargo.

El doctor se echó unas gotas en la mano, las aspiró con los labios, y después de enjuagarse la boca como hacen los catadores de vino, escupió en la chimenea.

—Es la misma —dijo—. ¿Y usted bebió también, señor Noirtier?

—Sí —indicó el anciano.

—¿Y tenía ese mismo gusto amargo?

—Sí.

—¡Ah! ¡Doctor! —gritó Barrois—. ¡Otra vez, otra vez! ¡Dios mío! ¡Señor mío, ten piedad de mí!

El doctor corrió a ver al enfermo.

—Ese emético, Villefort, mire a ver si lo traen.

Villefort salió gritando:

—¡El emético! ¡El emético! ¿Lo han traído?

Nadie contestó. El terror más profundo reinaba en la casa.

—Si encontrara el modo de insuflarle aire en los pulmones —dijo d'Avrigny mirando por todos lados—, quizá cabría la posibilidad de prevenir la asfixia. ¡Pero, no, nada, nada!

—¡Oh! Señor —gritaba Barrois—, ¿va a dejarme morir así, sin más? ¡Oh, me muero, Dios mío! ¡Me muero!

—¡Una pluma! ¡Una pluma! —exclamó el doctor.

Vio una sobre la mesa.

Intentó introducir la pluma en la boca del enfermo, que, en medio de convulsiones, hacía inútiles esfuerzos para vomitar; pero tenía las mandíbulas tan apretadas que era imposible introducirle la pluma.

Barrois tenía un ataque de nervios aún más intenso que la primera vez. De la *chaise longue* cayó al suelo y allí se quedó tieso.

El doctor le dejó presa del ataque, al que no podía prestar ningún auxilio, y fue hacia Noirtier.

—¿Cómo se encuentra? —le dijo precipitadamente en voz baja—. ¿Bien?

—Sí.

—¿Con el estómago ligero o pesado? ¿Ligero?

—Sí.

—¿Como cuando toma la píldora que yo le hago para tomarla los domingos?

—Sí.

—¿Barrois hizo la limonada?

—Sí.

—¿Usted le instó a beberla?

—No.

—¿El señor de Villefort?

—No.

—¿La señora?

—No.

—¿Valentine, entonces?

—Sí.

Un suspiro de Barrois, un bostezo que le hacía crujir los huesos de la mandíbula, atrajo la atención de d'Avrigny; dejó al señor Noirtier, para acudir a atender al enfermo.

—Barrois —dijo el médico—, ¿puede usted hablar?

Barrois balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—Haga un esfuerzo, amigo mío.

Barrois abrió unos ojos sanguinolentos.

—¿Quién hizo la limonada?

—Yo.

—¿Se la trajo usted de inmediato a su señor en cuanto la hizo?

—No.

—¿La dejó en algún sitio, entonces?

—En la antecocina; me llamaban.

—¿Quién la trajo aquí?

—La señorita Valentine.

D'Avrigny se dio una palmada en la frente.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró.

—¡Doctor! ¡Doctor! —gritó Barrois, que sentía que le venía otra crisis.

—¿Pero, es que no van a traer ese emético? —exclamó el doctor.

—Aquí tiene un vaso ya preparado —dijo Villefort entrando por la puerta.

—¿Quién lo ha preparado?

—El mancebo de la farmacia que ha venido conmigo.

—Beba.

—Imposible, doctor, es demasiado tarde; tengo la garganta que se me cierra. ¡Me ahogo! ¡Oh, mi corazón...! ¡Oh, mi cabeza...! ¿Es que voy a sufrir mucho tiempo esto?

—No, no, amigo mío —dijo el doctor—, pronto ya no sufrirá más.

—¡Ah, le comprendo! —exclamó el desgraciado—. ¡Dios mío! ¡Ten piedad de mí!

Y, emitiendo un espantoso grito, cayó hacia atrás, como si hubiera sido alcanzado por un rayo.

D'Avrigny puso una mano sobre el corazón del sirviente y acercó un espejo a sus labios.

—¿Y bien? —preguntó Villefort.

—Vaya a decir a la cocina que me traigan de prisa el sirope de violetas.

Villefort bajó al instante.

—No se asuste, señor Noirtier —dijo d'Avrigny—, me llevo al enfermo a otra habitación para sangrarle; de verdad que estos espectáculos son espantosos de ver.

Y, cogiendo a Barrois por debajo de los brazos, le arrastró a la habitación contigua; pero casi enseguida volvió donde Noirtier para llevarse el resto de la limonada.

Noirtier cerró el ojo derecho.

—¿Valentine, no es eso? ¿Usted quiere que venga Valentine? Voy a decir que le avisen.

Villefort estaba subiendo; d'Avrigny se lo encontró en el corredor.

—¿Y bien? —preguntó.

—Venga —dijo d'Avrigny.

Y se lo llevó a la habitación.

—¿Sigue desvanecido? —preguntó el fiscal.

—Ha muerto.

Villefort reuló tres pasos, juntó las manos por encima de la cabeza y, con una conmiseración inequívoca:

—¡Muerto tan rápidamente! —dijo mirando el cadáver.

—Sí, muy rápidamente, ¿no es eso? —dijo d'Avrigny—. Pero no debe extrañarle: el señor y la señora de Saint-Méran murieron también muy rápidamente. ¡Oh! La gente muere deprisa en su casa, señor de Villefort.

—¡Cómo! —exclamó el magistrado con horror y consternación—. ¡Sigue usted con esa terrible idea!

—¡Me mantengo en ella, señor, me mantengo en ella! —dijo d'Avrigny con solemnidad—. Y no la he descartado ni un instante; y para que quede usted convencido de que esta vez no me equivoco, escuche bien, señor de Villefort.

Villefort temblaba convulsivamente.

—Hay un veneno que mata sin dejar huella. Ese veneno, yo lo conozco bien; lo he estudiado con todos los accidentes que provoca, en todos los fenómenos que produce. Ese veneno, lo he reconocido ahora en el pobre Barrois, como lo reconocí antes en la señora de Saint-Méran. Ese veneno..., hay una manera de reconocer su presencia: restablece el color verde del papel de tornasol enrojecido por un ácido, y tiñe de verde el sirope de violetas. No tenemos papel de tornasol; pero, mire, aquí nos traen el sirope de violetas que pedí.

En efecto, se oían los pasos en el corredor; el doctor entreabrió la puerta, cogió, de manos de la doncella, un jarrón, cuyo fondo contenía dos o tres cucharadas de sirope, y volvió a cerrar la puerta.

—Mire —dijo al fiscal, cuyo corazón latía con tanta fuerza que se le hubiera podido oír—, aquí tenemos, en esta taza, el sirope de violetas, y en esa jarra el resto de la limonada de la que bebieron el señor Noirtier y Barrois. Si la limonada es pura e inofensiva, el jarabe mantendrá su color; si la limonada está envenenada, el jarabe se volverá verde. ¡Mire!

El doctor echó lentamente algunas gotas de limonada en la taza, y en el mismo instante se formó una nube en el fondo de la taza; la nube tomó al principio una coloración azulada; después del zafiro pasó al ópalo, y del ópalo, a la esmeralda.

Llegado a este último color, se fijó, por así decir; el experimento no dejaba lugar a dudas.

—El pobre Barrois ha sido envenenado con angostura falsa y haba de san Ignacio —dijo d'Avrigny—; ahora responderé ante los hombres y ante

Dios.

Villefort no dijo nada, pero levantó los brazos al cielo, abrió unos desmesurados ojos perdidos, y cayó, como fulminado por un rayo, sobre un sillón.

Capítulo LXXX

La acusación

El señor d'Avrigny hizo que el magistrado, que parecía un segundo cadáver en esa habitación fúnebre, volviera en sí enseguida.

—¡Oh! ¡La muerte en mi casa! —exclamó Villefort.

—Diga, más bien, el crimen —respondió el doctor.

—¡Señor d'Avrigny! —exclamó Villefort—. No puedo expresarle todo lo que siento en este momento: espanto, dolor, locura.

—Sí —dijo d'Avrigny con una calma imponente—; pero creo que es hora de que actuemos; creo que es hora de que opongamos un dique a este torrente de muerte. En cuanto a mí, no me siento capaz de cargar durante más tiempo con secretos así, sin esperanza de que surja la venganza para la sociedad y para las víctimas.

Villefort paseaba una lúgubre mirada por toda la sala.

—¡En mi casa! —murmuró—. ¿En mi casa?

—Veamos, magistrado —dijo d'Avrigny—, sea un hombre; un intérprete de la ley, hónrese con una inmolación completa.

—Me hace usted temblar, doctor, ¡una inmolación!

—Esa palabra he dicho.

—¿Entonces, usted sospecha de alguien?

—Yo no sospecho de nadie; la muerte llama a su puerta, entra, y va, no ciega, sino inteligente como es, de habitación en habitación. Y bien, yo espío su huella, reconozco su paso; adopto la sabiduría de los antiguos: tanteo, pues mi amistad por su familia y mi respeto por usted son dos vendas aplicadas sobre mis ojos; y bien...

—¡Oh! Hable, hable, doctor; tendré valor.

—Y bien, señor, usted tiene en su casa, en el seno de su casa, en su familia tal vez, uno de esos espantosos fenómenos como los que se producen, a veces, uno en cada siglo. Locusta y Agripina, viviendo en el mismo siglo y al mismo tiempo, son una excepción que prueba el furor de la Providencia en perder el Imperio romano, mancillado por tantos crímenes. Brunegilda y Fredegunda son el resultado del penoso trabajo de una civilización en su génesis, en la que el hombre aprendía a dominar el espíritu, aunque fuera por el enviado de las tinieblas. Y bien, todas esas mujeres habían sido, o lo eran aún, jóvenes y bellas. Se había visto florecer sobre sus frentes, o se veía aún florecer sobre sus frentes, esa misma flor de inocencia que se encuentra también en la frente de la culpable que está en esta casa.

Villefort dio un grito, juntó las manos, y miró al doctor con gesto suplicante.

Pero este continuaba sin piedad:

—*Busca en el crimen a quién beneficia* dice un axioma de jurisprudencia...

—¡Doctor! —exclamó Villefort—. ¡Ay, doctor! ¡Cuántas veces se ha equivocado la justicia de los hombres por esas funestas palabras! No sé, pero me parece que ese crimen...

—¡Ah! ¿Confiesa, al fin, que el crimen existe?

—Sí, lo reconozco. ¿Qué quiere usted? Tengo que hacerlo, pero, déjeme continuar. Me parece, digo, que ese crimen cae solamente sobre mí, y no sobre las víctimas. Sospecho que me caerá algún desastre bajo todos esos desastres extraños.

—¡Oh, hombre! —murmuró d'Avrigny—. El más egoísta de todos los animales, la criatura más personal de todas las criaturas, que siempre cree que la tierra gira, que el sol brilla, que la muerte siega solamente por él y

para él; ¡hormiga maldiciendo a Dios desde lo alto de una brizna de hierba! Y los que han perdido la vida, ¿es que ellos no han perdido nada? El señor de Saint-Méran, la señora de Saint-Méran, el señor Noirtier...

—¿Cómo? ¡El señor Noirtier!

—¡Eh, sí! ¿Cree usted, por ejemplo, que era al desgraciado sirviente al que querían? No, no: como el Polonio de Shakespeare, ha muerto en lugar de otro. Era Noirtier quien debía beber la limonada; es Noirtier quien la bebió siguiendo el orden lógico de las cosas; el otro la bebió por accidente; y aunque sea Barrois quien esté muerto, era Noirtier quien debía morir.

—Pero, entonces, ¿cómo es que mi padre no ha sucumbido?

—Ya se lo dije, una tarde, en el jardín, después de la muerte de la señora de Saint-Méran: porque su cuerpo está acostumbrado a ese mismo veneno; porque la dosis, insignificante para él, era mortal para cualquier otro; porque, en fin, porque nadie sabe, ni siquiera el asesino, que desde hace un año trato con brucina la parálisis del señor Noirtier, mientras que el asesino no ignora, y se lo ha confirmado la experiencia, que la brucina es un violento veneno.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuraba Villefort retorciéndose las manos.

—Siga un poco el camino del criminal; mata al señor de Saint-Méran.

—¡Oh, doctor!

—Yo lo juraría; lo que me han dicho de los síntomas concuerda demasiado bien con lo que han visto mis ojos.

Villefort dejó de luchar, y emitió un angustioso gemido.

—Mata al señor de Saint-Méran —repitió el doctor—, mata a la señora de Saint-Méran: doble herencia que recoger.

Villefort se enjugó el sudor que le caía por la frente.

—Escuche bien.

—¡Ay! —balbuceó Villefort—. No me pierdo ni una palabra, ni una sola palabra.

—El señor Noirtier —continuó con su implacable voz el señor d'Avrigny—, el señor Noirtier había testado antes contra usted, contra su familia, a favor de los pobres, en fin; el señor Noirtier se libra, puesto que

ya nada se espera de él. Pero en cuanto acaba de destruir su primer testamento, en cuanto ha hecho el segundo, por temor quizás a que haga un tercero, va contra él. El testamento es de anteayer, creo; ya lo ve usted, el asesino no pierde el tiempo.

—¡Oh! ¡Piedad! Señor d'Avrigny.

—No hay piedad, señor; el médico tiene una misión sagrada sobre la tierra, y para cumplir con esta misión se remonta hasta los manantiales de la vida y desciende hasta las misteriosas tinieblas de la muerte. Cuando se ha cometido un crimen, y Dios, espantado sin duda, aparta su mirada del criminal, es el médico a quien le toca decir: ¡ahí está!

—¡Piedad para mi hija, señor! —murmuró Villefort.

—Ya ve que es usted quien la ha nombrado, usted, ¡su padre!

—¡Piedad para Valentine! Escuche, es imposible. ¡Preferiría acusarme yo mismo! ¡Valentine, un corazón de diamante, un lirio de inocencia!

—No hay piedad, señor fiscal; el crimen es flagrante: la señorita de Villefort embaló ella misma las medicinas que se enviaron al señor de Saint-Méran, y el señor de Saint-Méran murió.

»La señorita Valentine preparó las tisanas a la señora de Saint-Méran, y la señora de Saint-Méran murió.

»La señorita de Villefort cogió, de las manos de Barrois, a quien habían enviado a otro sitio, la jarra de limonada que el anciano se bebe normalmente a lo largo de la mañana, y el anciano escapó milagrosamente.

»¡La señorita de Villefort es la culpable! ¡Es la envenenadora! Señor fiscal, yo denuncié a la señorita de Villefort; cumpla con su deber.

—Doctor, ya no me resisto, no me defiendo, le creo; pero, por piedad, ¡salve mi vida, mi honor!

—Señor de Villefort —repuso el doctor con una fuerza creciente—, hay circunstancias en las que traspaso todos los límites de la simple prudencia humana. Si su hija hubiera cometido solamente un primer crimen, y la viese meditar un segundo crimen, le diría: adviértala, castíguela, que pase el resto de su vida en algún claustro, en algún convento, llorando y rezando. Si hubiera cometido ya ese segundo crimen, le diría: «mire, señor de Villefort, aquí tiene un veneno que no tiene

antídoto conocido, presto como el pensamiento, raudo como el relámpago, mortal como el rayo; dele ese veneno encomendando su alma a Dios, y salve así su honor y su vida, pues es por usted por quien se interesa». ¡Y ya la veo acercarse a la cabecera de su cama con su sonrisa hipócrita y sus dulces exhortaciones! ¡Ay de usted, señor de Villefort, si usted no se da prisa en golpear el primero! Esto es lo que le diría si ella hubiera matado sólo a dos personas; pero ya ha visto tres agonías, ha contemplado a tres moribundos, se ha arrodillado junto a tres cadáveres; ¡al verdugo, la envenenadora! ¡Al verdugo! Usted habla de su honor, haga lo que le digo, ¡y es la inmortalidad la que le aguarda!

Villefort cayó de rodillas.

—Escuche —dijo—, yo no tengo esa fuerza que tiene usted o, más bien, esa fuerza que usted no tendría si, en lugar de mi hija Valentine, se tratara de su hija Madeleine.

El doctor palideció.

—Doctor, todo hombre hijo de mujer nace para sufrir y morir; doctor, yo sufriré y esperaré la muerte.

—Cuidado —dijo d'Avrigny—, será lenta... esa muerte; la verá acercarse después de golpear a su padre, a su mujer, a su hijo... tal vez.

Villefort, ahogándose, apretó el brazo del doctor.

—¡Escúcheme! —gritó—. Tenga compasión de mí, ayúdeme... No, mi hija no puede ser culpable... arrástenos ante un tribunal, y seguiré diciendo: «No, mi hija no es culpable». No hay ningún crimen en mi casa..., no quiero, me oye, no quiero que haya ningún crimen en mi casa, pues cuando el crimen entra en algún sitio, es como la muerte: no viene nunca solo. Escuche, ¿a usted qué le importa que yo muera asesinado? ¿Es usted amigo mío? ¿Es usted humano? ¿Tiene usted un corazón...? No, ¡usted es médico...! Y bien, yo le digo: ¡No! ¡No arrastraré a mi hija para entregarla a las manos de un verdugo...! ¡Ah! ¡Esa es una idea que me devora, que me lleva, como un insensato, a arrancarme el corazón con mis propias uñas! ¡Y si usted se equivocara, doctor! ¡Si fuera otra persona, y no mi hija! Si un día yo viniera, pálido como un espectro, a decirle: ¡asesino! Tú mataste a mi hija..., mire, si eso sucediera, soy cristiano, señor d'Avrigny, pero a pesar de eso, ¡yo me mataría!

—Está bien —dijo el doctor, después de un instante de silencio—, aguardaré.

Villefort le miró, como dudando de sus palabras.

—Solamente que —continuó d'Avrigny, con una voz lenta y solemne—, solamente que si alguien de su casa cae enfermo, si usted mismo se siente atacado, no me llame, pues ya no volveré a venir. Acepto compartir con usted este terrible secreto, pero no quiero que la vergüenza y el remordimiento entren en mi casa, fructificando y creciendo en mi conciencia, como el crimen y la desgracia crecen y fructifican en su casa.

—¡Así que me abandona, doctor!

—Sí, pues no puedo seguirle más, me detengo al pie del cadalso. Llegará otra revelación que me traiga el final de esta terrible tragedia. Adiós.

—¡Doctor, se lo ruego!

—Todos los horrores que mancillan mi pensamiento hacen que su casa me resulte odiosa y mortal. ¡Adiós, señor!

—¡Una palabra más, sólo una palabra más, doctor! Usted se va, dejándome todo el horror de la situación, horror que usted ha hecho mayor por todo lo revelado. Pero, de la muerte instantánea, súbita, de este viejo sirviente, ¿qué vamos a decir?

—Tiene razón —dijo d'Avrigny—, acompáñeme.

El doctor salió el primero, seguido de Villefort; los criados, inquietos, estaban por los pasillos y por las escaleras por donde tenía que pasar el médico.

—Señor —dijo d'Avrigny a Villefort hablando en voz alta, de manera que todo el mundo pudiera oírle—, el pobre Barrois era demasiado sedentario desde hacía algunos años; él, a quien le gustaba tanto montar a caballo o viajar en coche por los cuatro rincones de Europa, con su señor, se ha matado en el servicio monótono alrededor de ese sillón. La sangre devino espesa. Estaba obeso, tenía el cuello grueso y corto, y le ha dado un ataque de apoplejía fulminante, de tal manera que, cuando me avisaron, ya era demasiado tarde.

—A propósito —añadió en voz baja—, ocúpese de tirar esa taza de violetas a las cenizas.

Y el doctor, sin dar la mano a Villefort, sin desdecirse ni un instante de lo dicho, salió escoltado por las lágrimas y los lamentos de toda la servidumbre de la casa.

Aquella misma tarde, todos los criados de Villefort, que se habían reunido en la cocina y que habían hablado largo y tendido entre ellos, vinieron a solicitar de la señora de Villefort el permiso para despedirse. Ninguna instancia, ninguna propuesta de aumento de salario pudo retenerles; a todo ello respondían: «Queremos irnos porque la muerte está en esta casa».

Se marcharon, pues, a pesar de los ruegos que se les hizo, testimoniando todo el pesar por dejar a tan buenos señores, y sobre todo a la señorita Valentine, tan buena, tan benevolente y tan dulce.

Villefort, ante esas palabras, miró a Valentine.

Estaba llorando.

¡Cosa extraña! A través de la emoción que le causaban esas lágrimas, miró también a la señora de Villefort, y le pareció que una sombría y fugitiva sonrisa pasaba por sus delgados labios, como esos meteoros que vemos deslizarse siniestros entre dos nubes, al fondo de un cielo tormentoso.

Capítulo LXXXI

La vivienda del panadero retirado

Aquella misma tarde en la que el conde de Morcerf salía de casa del señor Danglars con una vergüenza y un furor concebibles, dada la frialdad del banquero, el señor Andrea Cavalcanti, con el cabello rizado y reluciente, los bigotes afilados en las puntas, los guantes blancos marcando las uñas, entraba en el patio del banquero de la Chaussée-d'Antin, casi de pie en su faetón.

Al cabo de diez minutos de conversación en el salón, encontró el modo de llevar al señor Danglars al entrante de una ventana, y allí, tras un hábil preámbulo, le expuso los tormentos de su vida desde la marcha de su noble padre. Desde su marcha —decía—, había encontrado en la familia del banquero, donde habían tenido a bien recibirle como a un hijo, había encontrado toda la seguridad de la felicidad que un hombre debe siempre buscar, antes que los caprichos de la pasión; y en cuanto a la pasión misma, había tenido la dicha de hallarla en los hermosos ojos de la señorita Danglars.

Danglars escuchaba con la más profunda atención, hacía ya dos o tres días que esperaba esa declaración, y cuando al fin llegó, sus pupilas se

dilataban tanto como se empequeñecieron y ensombrecieron antes, al escuchar a Morcerf.

Sin embargo, no quiso acoger la proposición del joven sin hacerle algunas observaciones de conciencia.

—Señor Andrea —le dijo—, ¿no es usted un poco joven para pensar en un matrimonio?

—Pues no, señor —repuso Cavalcanti—, al menos no me lo parece; en Italia los grandes señores se casan jóvenes, en general; es una costumbre lógica. La vida es tan azarosa, que debemos coger la felicidad tan pronto como pase al alcance de nuestra mano.

—Ahora, señor —dijo Danglars—, admitiendo que su proposición, que me honra, sea también del agrado de mi mujer y de mi hija, ¿con quién debatiría nuestros intereses? Me parece que es una negociación importante, para la felicidad de los hijos, y que sólo los padres saben tratar adecuadamente.

—Señor, mi padre es un hombre prudente, lleno de sentido y de razón. Estimó la probable circunstancia de que yo sintiera el deseo de establecerme en Francia; así pues, al partir, me dejó todos los papeles que constatan mi identidad, una carta en la que me garantiza, en el caso en el que yo hiciera una elección de su gusto, ciento cincuenta mil libras de renta a partir del día de mi boda. Es, por lo que puedo juzgar, la cuarta parte de la renta de mi padre.

—Yo —dijo Danglars—, yo he tenido siempre la intención de dotar a mi hija, al casarla, con quinientos mil francos; es, además, mi única heredera.

—Y bien —dijo Andrea—, ya ve usted, nada podría ir mejor, suponiendo que mi petición no sea rechazada por la señora baronesa y por la señorita Eugénie. Dispondríamos de ciento setenta y cinco mil libras de renta. Supongamos una cosa: que yo consiga que el marqués, en lugar de pagarme la renta, me dé el capital, no sería fácil, ya lo sé, pero, en fin, es posible. Usted podría gestionarnos esos dos o tres millones; y dos o tres millones en manos hábiles siempre podrían rentar el diez por ciento.

—Yo sólo trabajo con el cuatro por ciento —dijo el banquero—, e incluso con el tres y medio. Pero, a mi yerno, se lo daría al cinco, y

compartiríamos los beneficios.

—Pues bien, de maravilla, suegro —dijo Cavalcanti, dejándose llevar por esa naturaleza algo vulgar que, de vez en cuando, y a pesar de sus esfuerzos, hacía saltar el barniz de aristocracia con el que intentaba recubrirla.

Pero enseguida se retuvo:

—¡Oh! Perdón, señor —dijo—, ya ve, sólo un poco de esperanza me vuelve loco; ¿qué no me hará la realidad?

—Pero —dijo Danglars, quien, por su parte, no se daba cuenta de cómo esta conversación, desinteresada en principio, giraba rápidamente a la de una agencia de negocios—, ¿pero, hay sin duda una porción de su fortuna que su padre de usted no puede negarle?

—¿Qué porción? —preguntó el joven.

—La que viene de parte de su madre.

—¡Eh! Ciertamente, la que viene de mi madre, Leonora Corsinari.

—¿Y a cuánto puede ascender esa parte de su fortuna?

—A fe mía —dijo Andrea—, le aseguro, señor, que nunca he reparado en ese asunto, pero estimo que será de al menos dos millones.

Danglars sintió esa especie de sofoco feliz que siente un avaro que encuentra su tesoro perdido, o un hombre que se ahoga y que siente, al fin, tierra sólida bajo sus pies, en lugar del vacío que iba a engullirle.

—Y bien, señor —dijo Andrea saludando al banquero con un tierno respeto—, ¿puedo esperar...?

—Señor Andrea —dijo Danglars—, espere y créame que, si ningún obstáculo de su parte detiene la marcha de este asunto, puede darlo por concluido. Pero —dijo Danglars reflexionando—, ¿cómo es que el señor conde de Montecristo, su patrón en este mundo parisino, no ha venido a hacernos esta propuesta?

Andrea se sonrojó imperceptiblemente.

—Vengo de casa del señor conde, señor —dijo—; es incontestablemente un hombre encantador, pero de una originalidad inconcebible; me aprueba totalmente; me dijo incluso que no creía que mi padre dudase ni un instante en darme el capital en lugar de la renta, me ha prometido su influencia para ayudarme a conseguirlo, pero me ha

declarado, personalmente, que nunca había cargado, ni pensaba cargar, con la responsabilidad de hacer una petición de matrimonio. Pero debo ser justo con él, pues añadió que si alguna vez había lamentado esa decisión suya, ha sido respecto a mí, puesto que pensaba que la unión proyectada sería feliz y exitosa. Por lo demás, aunque no quiera hacer nada oficialmente, se reserva responder, me ha dicho, cuando usted le hable del asunto.

—¡Ah! Muy bien.

—Ahora —dijo Andrea con su más encantadora sonrisa—, he terminado de hablar con el suegro, y me dirijo al banquero.

—¿Y qué quiere de él, veamos? —dijo riendo a su vez Danglars.

—Esta tarde tengo algo así como unos cuatro mil francos que retirar de su banca; pero el conde ha comprendido que el mes en el que vamos a entrar acarrearía para mí un aumento de gastos, a los que no podría hacer frente con mi pequeña renta de soltero, y aquí tengo un bono de veinte mil francos que, yo no diría que me ha dado, sino que me ha ofrecido. Está firmado por él, como usted ve; ¿lo acepta?

—Tráigame más como este hasta la suma de un millón, y se lo acepto —dijo Danglars metiéndose el bono en el bolsillo—. Dígame a qué hora de mañana y mi oficial de caja pasará por su casa con un recibí de veinticuatro mil francos.

—Pues a las diez de la mañana, por ejemplo, si le viene bien. Lo más pronto posible, será lo mejor; cuento con salir mañana al campo.

—De acuerdo; a las diez. ¿En el Hôtel des Princes, como siempre?

—Sí.

Al día siguiente, con la exactitud que era la honra de la puntualidad del banquero, los veinticuatro mil francos estaban en la residencia del joven, que salió, efectivamente, dejando doscientos francos para Caderousse.

El motivo principal de esa salida, por parte de Andrea, era la de evitar a su peligroso amigo; así que, por la tarde, regresó lo más tarde posible.

Pero en cuanto puso el pie en el patio, encontró frente a él al portero del hotel, que le esperaba con el gorro en la mano.

—Señor —dijo—, ha venido ese hombre.

—¿Qué hombre? —preguntó negligentemente Andrea, como si hubiera olvidado lo que, a todas luces, recordaba demasiado bien.

—Ese a quien Su Excelencia entrega esa pequeña renta.

—¡Ah! Sí —dijo Andrea—, es un antiguo sirviente de mi padre. Y bien, le habrá dado usted los doscientos francos que le dejé para él.

—Sí, Excelencia, precisamente.

Andrea se hacía llamar Excelencia.

—Pero —continuó el portero—, no ha querido cogerlos.

Andrea palideció; sólo que, como era de noche, nadie se dio cuenta.

—¡Cómo! ¿No quiso cogerlos? —dijo con voz ligeramente alterada.

—¡No! Quería hablar con Su Excelencia. Yo le dije que había salido; él insistió. Pero, finalmente, pareció darse por vencido y me dio esta carta que había traído bien sellada.

—Veamos —dijo Andrea.

Y leyó a la luz de la linterna del faetón:

Sabes dónde vivo; te espero mañana a las nueve de la mañana.

Andrea examinó bien el sellado para ver si había sido forzado y si miradas indiscretas habrían penetrado hasta el interior de la carta; pero estaba plegada de tal forma, con tal lujo de rombos y de ángulos que, para leerla, hubiera sido preciso romper el sello; ahora bien, el sello estaba perfectamente intacto.

—Muy bien —dijo—, ¡pobre hombre! Es una criatura excelente.

Y dejó al portero sin saber a qué atenerse ante esas palabras, sin saber a quién admirar más, si al joven amo o al viejo sirviente.

—Desenganche de prisa y suba a verme —dijo Andrea a su *groom*.

Y en dos saltos, el joven llegó a su habitación y quemó la carta de Caderousse, de la que hizo desaparecer hasta las cenizas.

Acababa esa operación cuando el sirviente entró.

—Tienes la misma talla que yo, Pierre —le dijo.

—Tengo ese honor, Excelencia —respondió el lacayo.

—Debes tener una librea nueva que te trajeron ayer, ¿no?

—Sí, señor.

—Tengo un asunto con una modistilla a la que no quiero decir ni mi nombre ni mi condición. Préstame tu librea y tráeme tus papeles para que pueda, si se presenta la ocasión, dormir en una hostelería.

Pierre obedeció.

Cinco minutos después, Andrea, completamente disfrazado, salía del hotel sin que nadie le reconociera y cogía un cabriolé de alquiler para que le llevase al Auberge du Cheval-Rouge, en Picpus.

Al día siguiente, salió del Auberge du Cheval-Rouge como había salido del Hôtel des Princes, es decir, sin que nadie se fijara en él; bajó por el Faubourg Saint-Antoine, cogió el bulevar hasta la calle Ménilmontant y, deteniéndose a la puerta de la tercera casa a la izquierda, buscó, en ausencia de portero, a alguien que pudiera informarle.

—¿Qué busca usted, mi guapo mozalbete? —preguntó la frutera de enfrente.

—Al señor Pailletin, si le parece, mi gordita mamá —respondió Andrea.

—¿Un panadero retirado?

—Justamente, eso es.

—Al final del patio, a la izquierda, en el tercero.

Andrea siguió el camino indicado y en el tercero encontró por llamador una pata de liebre de la que tiró con un sentimiento malhumorado, y de cuyo movimiento precipitado la campanilla se resintió.

Un segundo después, la cara de Caderousse se asomó tras la mirilla enrejada de la puerta.

—¡Ah! Eres puntual —dijo.

Y abrió los cerrojos.

—¡Pardiez! —dijo Andrea al entrar.

Y tiró su gorro redondo de lacayo, que no acertó a caer en la silla, sino en el suelo, y que se fue rodando por toda la habitación.

—Vamos, vamos —dijo Caderousse—, ¡no te enfades, pequeño! Veamos, mira, he pensado en ti, mira un poco el buen desayuno que te he preparado. Sólo cosas que te gustan, ¡demonio de chico!

Andrea sintió, en efecto, al respirar, un olor de cocina, cuyos groseros efluvios no carecían de un cierto encanto para un estómago hambriento; era una mezcla de grasa fresca y de ajo que marca a la cocina provenzal como de un orden inferior; había también un olor a pescado gratinado, y también, y por encima de todos los demás olores, el áspero aroma de la nuez moscada y del clavo. Todos esos efluvios exhalaban de dos fuentes hondas y cubiertas que había en los fogones, y de una cacerola que hervía en el fogón de una estufa de hierro.

En la habitación contigua, Andrea vio además una mesa bastante bien puesta, con dos cubiertos, dos botellas de vino lacradas, una en verde y otra en amarillo, una buena cantidad de aguardiente en una garrafa, y una macedonia de frutas colocada artísticamente sobre una gran hoja de col sobre un plato de cerámica.

—¿Qué te parece, pequeño? —dijo Caderousse—. Eh, ¡qué bien huele! ¿No? ¡Ah, caramba! Ya sabes, yo era un buen cocinero allá abajo, ¿te acuerdas cómo se chupaban los dedos con mi cocina? Y tú, tú el primero, bien que has probado mis salsas, y no las despreciabas, me parece.

Y Caderousse se puso a pelar una guarnición de cebollas.

—Muy bueno, muy bueno —dijo Andrea malhumorado—; pardiez, si me molestas sólo para almorzar contigo, ¡que te lleven todos los diablos!

—Hijo mío —dijo sentenciosamente Caderousse—, mientras se come, se habla; y además, ¡qué ingrato eres! ¿Es que no te gusta ver un poco a tu amigo? Yo, yo estoy llorando de alegría.

Caderousse, en efecto, lloraba realmente; sólo que era difícil decir si era de alegría o causa de las cebollas que operaban sobre la glándula lacrimal del antiguo mesonero del Pont-du-Gard.

—¡Cállate, hipócrita! —dijo Andrea—. ¿Es que tú, tú me quieres?

—Sí, te quiero o que me lleven todos los diablos; es una debilidad —dijo Caderousse—, ya lo sé; pero es más fuerte que yo.

—Lo que no te impide hacerme venir para alguna perfidia.

—¡Vamos, anda! —dijo Caderousse secando un enorme cuchillo en el delantal—. Si no te quisiera, ¿crees que soportaría la vida miserable que me das? Mírate un poco, vienes embutido en un uniforme de criado, por lo tanto, tienes criados; yo, yo no tengo ninguno, y me veo forzado a pelar las

hortalizas yo mismo; tú te burlas de mi cocina, porque cenas en la mesa del Hôtel des Princes, o en el Café de París. Pues bien, yo también podría tener un criado; yo también podría tener un tílburí; yo también podría cenar donde quisiera; pues bien, entonces, ¿por qué me privo de todas esas cosas? Para no causar problemas a mi pequeño Benedetto. Veamos, confiesa al menos que podría tenerlas, ¿eh?

Y una mirada perfectamente clara de Caderousse terminó el sentido de la frase.

—Bueno —dijo Andrea—, pongamos que, efectivamente, me aprecias; entonces ¿por qué me exiges que venga a almorzar contigo?

—Pues para verte, pequeño.

—Para verme, ¿pero, para qué? Puesto que ya pusimos por adelantado todas las condiciones.

—¡Eh! Mi querido amigo —dijo Caderousse— ¿es que hay testamento sin codicilo? Pero, en primer lugar, has venido para almorzar, ¿no? Pues bien, siéntate, y comencemos con esas sardinas y esa mantequilla fresca que he colocado sobre hojas de parra, sólo por ti, malvado. ¡Ah! Sí, miras mi habitación, mis cuatro sillas de paja, mis láminas de tres francos. ¡Hombre! Qué quieres, ¿esto no es el Hôtel des Princes!

—Vamos, ahora estás hartos; ya no eres feliz, tú, que sólo pedías parecer un panadero retirado.

Caderousse suspiró.

—Y bien, ¿qué tienes que decir? Ya has visto tu sueño hecho realidad.

—Tengo que decir que es un sueño; un panadero retirado, mi pobre Benedetto, es rico, tiene rentas.

—¡Pardiez, tú también las tienes!

—¿Yo?

—Sí, tú, puesto que te traigo tus doscientos francos.

Caderousse se encogió de hombros.

—Es humillante —dijo— recibir así un dinero dado de mala gana, dinero efímero, que puede faltarme de un día a otro. Ya ves que me veo obligado a ahorrar, por si tu prosperidad no dura. ¡Eh! Amigo mío, la fortuna es inconstante, como decía el limosnero del... regimiento. Sabes

que tu prosperidad es inmensa, criminal; vas a casarte con la hija de Danglars.

—¡Cómo, de Danglars!

—Ciertamente que sí, Danglars. ¿O tengo que decir del barón Danglars? Es como si dijera del conde Benedetto. Danglars era amigo mío; y si no tuviera una memoria tan mala, tendría que invitarme a tu boda... dado que él vino a la mía... Sí, sí, sí, ¡a la mía! ¡Hombre! Entonces no era tan orgulloso; era un empleadillo en casa de ese buen Morrel. Más de una vez comíamos juntos, y con el conde de Morcerf..., vamos, ya ves que tengo amistades importantes, y si quisiera cultivarlas un poco, nos encontraríamos en los mismos salones.

—Vamos, vamos, tu envidia te hace ver hasta el arco iris, Caderousse.

—Está bien, Benedetto mío, uno sabe lo que se dice. Quizá un día también se pondrá uno su traje de los domingos, e irá a decir al portero de una puerta cochera: «la puerta, por favor». Mientras tanto, siéntate y comamos.

Caderousse dio ejemplo, y se puso a almorzar con gran apetito, haciendo el elogio de todos los platos que servía a su huésped.

Este pareció tomar también partido, descorchó valientemente las botellas y atacó la bullabesa y el bacalao gratinado con ajo y aceite.

—¡Ah! Compadre —dijo Caderousse—, parece que te vas contentando con tu antiguo mayordomo.

—A fe mía, sí —respondió Andrea, pues joven y vigoroso como era, en ese momento, el apetito prevalecía sobre cualquier otra cosa.

—¿Y te parece bueno todo esto, pillín?

—Tan bueno que no comprendo cómo un hombre que guisa y que come tan bien puede pensar que la vida es tan mala.

—Mira —dijo Caderousse—, es que toda mi dicha se me viene abajo por un único pensamiento.

—¿Y cuál es?

—Pues que vivo a expensas de un amigo, yo que me he ganado valientemente la vida por mí mismo.

—¡Oh!, ¡oh! Que por eso no quede —dijo Andrea—, tengo suficiente para los dos, no te preocupes.

—No, de verdad; me creerás si te digo que, al final de cada mes, tengo remordimientos.

—¡Ah, mi buen Caderousse!

—Hasta el punto de que ayer no quise coger los doscientos francos.

—Sí; querías hablar conmigo; entonces es eso de los remordimientos, veamos.

—Verdadero remordimiento; y, además, se me ocurrió una idea.

Andrea tembló; siempre temblaba ante las ideas de Caderousse.

—Es algo miserable, lo ves —continuó este—, eso de estar siempre esperando el fin de mes.

—¡Eh! —dijo filosóficamente Andrea, decidido a ver venir a su colega—. ¿Es que la vida no es eso, esperar? Yo, por ejemplo, ¿es que hago otra cosa? Pues bien, yo tengo paciencia, ¿no es eso?

—Sí, porque en lugar de esperar doscientos miserables francos, tú esperas cinco o seis mil, o quizá diez, quizá incluso doce; pues tú siempre te andas con trapicheos; allá, por ejemplo, siempre tenías tus ahorrillos, tus dinerillos que intentabas sustraer a este pobre amigo Caderousse. Menos mal que tenía el olfato fino, el Caderousse en cuestión.

—Vamos, ya veo que vuelves a divagar —dijo Andrea—, ¡a hablar y hablar siempre del pasado! ¿Pero, de qué sirve machacar y machacar así?

—¡Ah! Es que tú tienes veintiún años, y puedes olvidar el pasado; yo, yo tengo cincuenta, y no tengo más remedio que recordarlo. Pero, no importa, volvamos a nuestros asuntos.

—Sí.

—Yo te quería decir que si yo estuviera en tu lugar...

—¿Y bien?

—Yo haría caja...

—¡Cómo que harías caja...!

—Sí, pediría un semestre por adelantado, con el pretexto de que quiero ser elegible y que quiero comprarme una granja; después, una vez que tuviera mi semestre en mano, me largaría.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo Andrea—. ¡Quizá no esté tan mal pensado eso!

—Mi querido amigo —dijo Caderousse—, come de mi cocina y sigue mis consejos; así nunca te sentirás mal ni física ni moralmente.

—Y bien —dijo Andrea—, ¿pero, por qué no sigues tú mismo tus propios consejos? ¿Por qué no haces caja, ya no de un semestre, sino de un año incluso, y te retiras a Bruselas? En lugar de parecer un panadero retirado, parecerías un caballero arruinado en el ejercicio de sus funciones; eso está bien visto.

—¿Pero, cómo diablos quieres que me retire con mil doscientos francos?

—¡Ah! Caderousse —dijo Andrea—, ¡qué exigente te pones! Hace dos meses, te morías de hambre.

—El comer y el rascar todo es empezar —dijo Caderousse mostrando sus dientes como un mono que ríe o como un tigre que gruñe—. Además —añadió, cortando con esos mismos dientes tan blancos y tan afilados, a pesar de la edad, un enorme bocado de pan—, tengo un plan.

Los planes de Caderousse producían aún más espanto a Andrea que sus ideas; las ideas no eran más que el germen, el plan era la realización.

—Veamos ese plan —dijo—; ¡debe ser bueno!

—¿Por qué no? El plan, gracias al cual abandonamos el establecimiento de... ese señor, ¿de quién venía, eh? De mí, supongo; ¡no era tan malo, me parece, puesto que aquí estamos!

—Yo no digo que de vez en cuando no se te ocurra algo bueno —respondió Andrea—, pero, en fin, veamos tu plan.

—Veamos —prosiguió Caderousse—, ¿puedes, sin desembolsar ni un céntimo, conseguirme quince mil francos...? No, quince mil no es suficiente, no quiero hacerme un hombre honrado por menos de treinta mil.

—No —respondió secamente Andrea—, no, no puedo.

—Me parece que no me has entendido —respondió fríamente Caderousse con toda tranquilidad—; te he dicho sin desembolsar ni un céntimo.

—¿No querrás que me ponga a robar, y estropear todo este negocio, el tuyo y el mío, y que nos conduzcan de nuevo allá?

—¡Oh! Yo —dijo Caderousse—, a mí me da igual que me vuelvan a pillar; yo soy gente rara, sabes; a veces echo de menos a los colegas; no soy como tú, sin corazón, que prefiere no verlos nunca más.

Andrea, esta vez, hizo más que quejarse: palideció.

—Vamos, Caderousse, nada de tonterías —dijo.

—¡Eh! No, estate tranquilo, mi pequeño Benedetto; pero indícame de todas formas un modo de ganar esos treinta mil francos, sin implicarte en nada; ¡me dejas hacer, eso es todo!

—Bueno, ya veré, ya buscaré algo —dijo Andrea.

—Pero, mientras tanto, aumentarás mi mensualidad hasta quinientos francos, tengo una manía, ¡me gustaría coger una criada!

—Bien, tendrás tus quinientos francos —dijo Andrea—; pero ya es una carga para mí, mi pobre Caderousse..., abusas un poco...

—¡Bah! —dijo Caderousse—. ¡Ya que sacas de cofres sin fondo!

Se diría que Andrea esperaba ahí a su colega, pues sus ojos despidieron un rápido relámpago que, es cierto, se apagó enseguida.

—Eso es cierto —respondió Andrea—, mi protector es excelente conmigo.

—¡Oh, tu querido protector! —dijo Caderousse—. ¿Así que al mes, te da...?

—Cinco mil francos —dijo Andrea.

—Tantos miles como tú me das cientos —repuso Caderousse—; de verdad que no hay como los bastardos para alcanzar la felicidad. Cinco mil francos al mes... ¿qué diablos se puede hacer con cinco mil francos al mes?

—¡Eh, Dios mío! Se van enseguida; además, me pasa como a ti, me gustaría disponer de un capital.

—Un capital..., sí..., ya entiendo..., a todo el mundo le gustaría disponer de un capital.

—Pues bien, yo lo tendré.

—¿Y quién va a proporcionártelo? ¿Tu príncipe?

—Sí, mi príncipe; pero por desgracia tengo que esperar.

—¿Esperar a qué? —preguntó Caderousse.

—A que se muera.

—¿A que se muera tu príncipe?

—Sí.

—¿Cómo es eso?

—Porque estoy en su testamento.

—¿De verdad?

—¡Palabra de honor!

—¿Y cuánto te deja?

—¡Quinientos mil!

—Sólo eso; gracias por tan poco.

—Es como te digo.

—¡Vamos, anda! ¡No es posible!

—Caderousse, ¿tú eres mi amigo?

—¡Cómo! En la vida y en la muerte.

—Pues bien, voy a decirte un secreto.

—Di.

—Pero, escucha.

—¡Oh! ¡Pardiez! ¡Estaré más callado que un muerto!

—Pues bien, creo...

Andrea se detuvo un momento mirando por todo alrededor.

—¿Crees... qué? No tengas miedo, ¡pardiez! Estamos solos.

—Creo que he encontrado a mi padre.

—¿A tu verdadero padre?

—Sí.

—¿No al Cavalcanti padre?

—No, puesto que ese se marchó; el verdadero, como tú dices.

—¿Y ese padre, es...?

—Pues bien, Caderousse, es el conde de Montecristo.

—¡Bah!

—Sí; ¿comprendes? Ahora se explica todo. No puede confesarlo en voz alta, por lo que parece, pero hace que me reconozca el señor Cavalcanti, a quien dio cincuenta mil francos por eso.

—¡Cincuenta mil francos por ser tu padre! Yo, yo hubiera aceptado por la mitad, por veinte mil, por quince mil. ¡Cómo! ¿No pensaste en mí, ingrato?

—¿Pero es que yo sabía algo de esto? Todo se hizo cuando estábamos allá.

—¡Ah! Es cierto. ¿Y dices que en su testamento...?

—Me deja quinientas mil libras.

—¿Estás seguro?

—Me lo ha mostrado; pero eso no es todo.

—¡Hay un codicilo, como decía yo antes!

—Probablemente.

—¿Y en ese codicilo...?

—Me reconoce como hijo.

—¡Oh! ¡Qué buen padre, qué valiente padre, qué honestísimo padre!
—dijo Caderousse, tirando al aire un plato que volvió a caer entre sus manos.

—¡Ya está! ¡Di otra vez que tengo secretos contigo!

—No, y tu confianza te honra. ¿Y tu padre príncipe es entonces rico, riquísimo?

—Creo que sí. Ni conoce su fortuna.

—¿Es posible?

—¡Hombre! Yo lo veo así, yo que entro en su casa a todas horas. El otro día, era un empleado de banca que le traía cincuenta mil francos en un portafolios grueso como una cartera; ayer, fue un banquero el que le trajo cien mil francos en oro.

Caderousse estaba atónito; le parecía que las palabras del joven tenían el sonido del metal, y oía rodar cascadas de luses de oro.

—¿Y tú frecuentas esa casa? —exclamó con ingenuidad.

—Cuando quiero.

Caderousse se quedó pensativo un instante. Era fácil pensar que estaba dando vueltas en su mente a algún profundo pensamiento.

Después, de repente:

—¡Cómo me gustaría ver todo eso! —exclamó—. ¡Qué hermoso será todo!

—¡El hecho es que es magnífico! —dijo Andrea.

—¿Y no vive en la avenida de los Champs-Élysées?

—Número treinta.

—¡Ah! —dijo Caderousse—. ¿Número treinta?

—Sí, una hermosa casa aislada, con patio y jardín, seguro que la conoces.

—Es posible; pero no es el exterior lo que me ocupa, es el interior: habrá que ver qué hermosos muebles tendrá ahí dentro, ¿eh?

—¿Has visto alguna vez las Tullerías?

—No.

—Pues bien, es aún más hermoso.

—Dime, Andrea, debe ser estupendo agacharse cuando el bueno de Montecristo deja caer la bolsa, ¿no?

—¡Oh! ¡Dios Santo! No vale la pena esperar ese momento —dijo Andrea—, el dinero cae de todas partes en esa casa, como frutas en un vergel.

—Oye, Andrea, tendrás que llevarme un día contigo.

—¡Es que eso es posible! ¿Y a título de qué?

—Tienes razón; pero es que se me hace la boca agua; tengo que ver eso como sea; ya encontraré el modo.

—¡Nada de tonterías, Caderousse!

—Me presentaré como encerador.

—Tiene alfombras por todas partes.

—¡Ah! ¡Pobre de mí! Entonces tendré que contentarme con ver todo eso con mi imaginación.

—Eso es lo mejor, créeme.

—Trata, al menos, de hacerme comprender cómo es todo.

—¿Cómo quieres que...?

—Nada más fácil. ¿Es grande?

—Ni demasiado grande ni demasiado pequeña.

—¿Cómo está distribuida la casa?

—¡Hombre! Necesitaría tinta y papel para hacerte un plano.

—¡Pues ya está! —dijo rápidamente Caderousse.

Y se fue a buscar en un viejo secreter una hoja de papel, tinta y pluma.

—Toma —dijo Caderousse—, trázame todo eso en este papel, hijo mío.

Andrea cogió la pluma con una imperceptible sonrisa y comenzó.

—La casa que te he dicho tiene un patio y un jardín; ¿ves?, como esto. Y Andrea hizo el trazado del jardín, del patio y de la casa.

—¿Con muros altos?

—No, de unos ocho o diez pies de alto, todo lo más.

—No es prudente —dijo Caderousse.

—En el patio hay naranjos, césped, macizos de flores.

—¿Y no hay trampas?

—No.

—¿Las caballerizas?

—A ambos lados de la verja, ahí.

Y Andrea continuó dibujando el plano.

—Veamos la planta baja —dijo Caderousse.

—En la planta baja, comedor, dos salones, sala de billar, escalera en el vestíbulo, y una pequeña escalera disimulada.

—¿Ventanas...?

—Ventanas magníficas, tan hermosas, tan anchas que, a fe mía, creo que un hombre de tu talla podría entrar por cada batiente.

—¿Por qué diablos tienen escaleras, cuando se tienen ventanas así?

—¡Qué quieres! Puro lujo.

—¿Y contraventanas?

—Sí, hay contraventanas, pero no se utilizan. Un original ese conde de Montecristo, ¡que le gusta ver el cielo, incluso de noche!

—¿Y los criados, dónde duermen?

—¡Oh! Tienen su vivienda aparte. Figúrate, un hermoso hangar a la derecha, al entrar, donde guardan las escaleras de mano. Y bien, sobre ese hangar hay una serie de habitaciones para los criados, con campanillas correspondientes en cada habitación.

—¡Ah! ¡Diablos! ¡Campanillas!

—¿Decías...?

—No, nada. Digo que cuesta muy caro, eso de instalar campanillas; ¿y para qué sirven?, te pregunto.

—Antes había un perro que se paseaba por la noche en el patio, pero se lo han llevado a la casa de Auteuil, ya sabes, a la que viniste a buscarme.

—Sí.

—Yo le decía ayer mismo: “Es imprudente por su parte, señor conde; pues cuando se va a Auteuil y se lleva a la servidumbre, la casa se queda sola”.

»“¿Y qué?”, me preguntó.

»“Nada, pues que un buen día le robarán.”

—¿Y qué respondió?

—¿Lo que respondió?

—Sí.

—Respondió: «Y bien, ¿qué me importa que me roben?».

—Andrea, ¿hay algún secreter con algún sistema mecánico?

—¿Cómo es eso?

—Sí, que coge al ladrón en una trampa y suena una melodía. Me han dicho que había algo así en la última exposición.

—Hay simplemente un secreter de caoba, que tiene siempre la llave puesta.

—¿Y no le roban?

—No, la gente del servicio es toda muy leal.

—¿Lo que habrá en ese secreter, eh! ¿Dinero?

—Quizá... No se puede saber lo que contiene.

—¿Y dónde está?

—En la primera planta.

—Hazme el plano de esa planta, pequeño, como el de la planta de abajo.

—Es fácil.

Y Andrea volvió a coger la pluma.

—En el primer piso, ves, hay una antecámara, un salón; a la derecha del salón, la biblioteca y el gabinete de trabajo; a la izquierda del salón, un dormitorio y un gabinete de aseo. En el gabinete de aseo es donde está el famoso secreter.

—¿Y una ventana en el gabinete de aseo?

—Dos, aquí y aquí.

Y Andrea dibujó dos ventanas en esa estancia que, sobre el plano, formaban un ángulo y figuraban como un cuadradito más pequeño que el gran cuadrado del dormitorio.

Caderousse se quedó pensativo.

—¿Y va a menudo a Auteuil? —preguntó.

—Dos o tres veces por semana; mañana, por ejemplo, debe ir a pasar el día y la noche.

—¿Estás seguro?

—Me ha invitado a que vaya allí a cenar.

—¡Pues qué bien! Eso sí que es vida —dijo Caderousse—. ¡Casa en la ciudad, casa en el campo!

—Eso es lo que pasa cuando se es rico.

—¿Y vas a ir a cenar?

—Probablemente.

—¿Cuando cenas allí, también te quedas a dormir?

—Cuando quiero. Yo estoy en casa del conde como en mi propia casa.

Caderousse miró al joven como para arrancarle la verdad del fondo de su corazón. Pero Andrea sacó una caja de cigarros del bolsillo, cogió un habano, lo encendió tranquilamente y comenzó a fumar sin afectación.

—¿Cuándo quieres los quinientos francos? —preguntó a Caderousse.

—Pues ahora mismo, si los tienes.

Andrea sacó veinticinco luisas del bolsillo.

—¿Nuevos? —dijo Caderousse—. ¡No, gracias!

—Y bien, ¿me los desprecias?

—No, al contrario, los aprecio mucho, pero no los quiero.

—Ganarás con el cambio, imbécil; el oro vale cinco sous.

—Eso es, y después el hombre del cambio hará seguir al amigo Caderousse, después le pondrán la mano encima, y después tendrá que decir que son los granjeros los que le pagan sus facturas en oro. Nada de tonterías, pequeño: dinero, simplemente, monedas redondas con la efigie de un monarca cualquiera. Todo el mundo puede llegar a una moneda de cinco francos.

—Comprende que yo no llevo encima quinientos francos: tendría que haberme traído a un mozo.

—Bien, déjalos en tu casa, a tu conserje, es un buen hombre, iré a recogerlos.

—¿Hoy?

—No, mañana; hoy no tengo tiempo.

—Bien, de acuerdo; mañana, cuando salga para Auteuil, los dejaré.

—¿Puedo contar con ellos?

—Perfectamente.

—Es que voy a contratar por adelantado a una criada, ¿ves?

—Contrátala. Pero esto se acabó, ¿eh? No me atormentarás más.

—Nunca.

Caderousse se había puesto tan taciturno que Andrea temió que tendría que verse forzado a darse cuenta de ese cambio. Así que redobló su alegría y su despreocupación.

—Qué contento estás —dijo Caderousse—; se diría que ya disfrutas de tu herencia.

—No, no, ¡por desgracia!... Pero el día en el que la disfrute...

—¿Sí?

—Pues que me acordaré de mis amigos; sólo te digo eso.

—Sí, justamente, ¡como tienes tan buena memoria!

—¿Qué quieres? Yo creía que querías poner un precio muy alto.

—¡Yo! ¡Oh! ¡Qué idea! Al contrario, yo quiero darte un buen consejo de amigo.

—¿Qué consejo?

—Pues que dejes aquí ese diamante que llevas en el dedo. ¡Ah, vamos! ¿Pero quieres que nos cojan? ¿Quieres perdernos a los dos, haciendo esas tonterías?

—¿Y eso por qué? —dijo Andrea.

—¡Cómo! ¡Te pones una librea, te disfrazas de lacayo, y llevas en el dedo un diamante de cuatro o cinco mil francos!

—¡Pestes! ¡Has acertado en el precio! ¿Por qué no te haces perito tasador?

—Es que soy un entendido en diamantes: tuve uno.

—Pues te aconsejo que presumas de ello —dijo Andrea que, sin enfadarse como temía Caderousse por esta nueva extorsión, le entregó tranquilamente el anillo.

Caderousse lo miró con tanta atención que Andrea entendió que examinaba las aristas del corte, para ver si estaban bien definidas.

—Es un diamante falso —dijo Caderousse.

—¡Vamos, anda! —dijo Andrea—. ¿Estás de broma?

—¡Oh! No te enfades. Podemos comprobarlo.

Y Caderousse se acercó a la ventana, deslizó el diamante por el cristal; el vidrio rechinó.

—*Confiteor!* —dijo Caderousse poniéndose el anillo en el dedo meñique—, estaba equivocado, pero como estos ladrones de joyeros imitan tan bien las piedras, uno ya ni se atreve a ir a robar a sus tiendas. ¡Ahí tenemos otra de las ramas de nuestra industria paralizada!

—Bueno —dijo Andrea—; ¿has acabado? ¿Tienes todavía algo más que pedirme? No te cortes, ¡ya que estamos!

—No, eres un buen colega en el fondo. No te retengo más, y trataré de curarme de mi ambición.

—Pero ten cuidado al vender el diamante, no te ocurra lo que temías que te ocurriera con el oro.

—No lo venderé; estate tranquilo.

«No, al menos no de aquí a pasado mañana», pensó el joven.

—¡Qué suerte tienes, bribón! —dijo Caderousse—. Ahora te vas, a encontrarte de nuevo con tus lacayos, tus caballos, tu coche y tu prometida.

—Pues sí —dijo Andrea.

—Oye, muchacho, espero que me hagas un bonito regalo de bodas, cuando te cases con la hija de mi amigo Danglars.

—Ya te dije que eran cosas de tu imaginación.

—¿Y cuánto de dote?

—Pues ya te dije...

—¿Un millón?

Andrea se encogió de hombros.

—Va por un millón —dijo Caderousse—; nunca tendrás tanto como yo te deseo.

—Gracias —dijo el joven.

—¡Oh! Te lo digo de todo corazón —añadió Caderousse riendo a carcajadas—. Espera, que te acompaño.

—No merece la pena.

—Sí, sí.

—¿Y eso por qué?

—¡Oh! Porque la puerta tiene un pequeño secreto; es una medida de precaución que he tenido que adoptar; una cerradura Huret y Fichet, revisada y corregida por Gaspard Caderousse. Te haré una igual cuando seas capitalista.

—Gracias —dijo Andrea—; te avisaré con ocho días de adelanto.

Se separaron; Caderousse se quedó en el rellano de la escalera hasta que vio a Andrea, no solamente bajar los tres pisos, sino incluso atravesar el patio. Entonces entró precipitadamente, cerró la puerta con cuidado, y se puso a estudiar, como profundo arquitecto, el plano que le había dejado Andrea.

«Este querido Benedetto», se dijo, «creo que no le disgustará heredar, y el hombre que va a adelantar el día en el que palpe sus quinientos mil francos no será su más malvado amigo».

Capítulo LXXXII

Robo con escalo

Al día siguiente de la conversación que acabamos de relatar, el conde de Montecristo había salido, efectivamente, para Auteuil con Alí, varios criados y unos caballos que quería probar. Lo que sobre todo había determinado esa visita, en la que ni siquiera pensaba la víspera, y que Andrea ignoraba tanto como él, era la llegada de Bertuccio, que, de regreso de Normandía, traía noticias de la casa y de la corbeta. La casa estaba preparada, y la corbeta, que había llegado desde hacía ocho días, anclada en una pequeña ensenada, donde se mantenía con una tripulación de seis hombres, tras cumplir con todas las formalidades exigidas, estaba ya en estado de volver a la mar.

El conde alabó la diligencia de Bertuccio y le invitó a prepararse para una pronta marcha, pues su estancia en Francia no se prolongaría más allá de un mes.

—Ahora —le dijo—, puede que necesite llegar en una noche de París a Tréport; quiero ocho relevos escalonados a lo largo de la ruta que me permitan hacer cincuenta leguas en diez horas.

—Su Excelencia ya me manifestó ese deseo —respondió Bertuccio—, y los caballos ya están listos. Los compré y los distribuí yo mismo en los

lugares más adecuados, es decir, en pueblos en los que ordinariamente no para nadie.

—Está bien —dijo Montecristo—, me quedo aquí un día o dos, ordene todo en consecuencia.

Cuando Bertuccio iba a salir para dar órdenes respecto a esa estancia, Baptistin abrió la puerta; llevaba una carta sobre una bandeja de plata dorada.

—¿Cómo es que viene aquí? —preguntó el conde al verle todo cubierto de polvo—. Yo no le mandado llamar, me parece.

Baptistin, sin responder, se acercó al conde y le presentó la carta.

—Importante y urgente —dijo.

El conde abrió la carta y leyó:

El señor conde de Montecristo queda advertido de que esta misma noche un hombre se introducirá en su casa de los Champs-Élysées, para sustraer documentos que cree que están guardados en el secreter del gabinete de aseo; se tiene al conde de Montecristo por alguien lo suficientemente valiente como para no recurrir a la intervención de la policía, intervención que podría comprometer grandemente a quien le da este aviso. El señor conde, ya sea por la abertura que va del dormitorio al gabinete de aseo, ya sea ocultándose en ese gabinete, podrá él mismo tomarse la justicia por su mano. Demasiada gente o precauciones demasiado aparentes alejarían ciertamente al malhechor, y harían perder, al conde de Montecristo, la ocasión de conocer a un enemigo que, por azar, descubrió quien le envía este aviso, aviso que quizá no tenga la ocasión de repetir si, en caso de que esta primera empresa fracasara, el malhechor iniciara otra semejante.

El primer movimiento del conde fue creer en una trampa de ladrones, trampa grosera que le indicaba un peligro mediocre con el fin de exponerle a un peligro mayor. Iba, pues, a enviar la carta a un comisario de policía, a pesar de la recomendación, y quizá incluso a causa de la recomendación del amigo anónimo, cuando de repente se le ocurrió la idea de que, en efecto, era algún enemigo particular, que él sólo podría reconocer, y del que, llegado el caso, sólo él podría sacar partido, como hizo Fiesco con el moro que quiso asesinarle^[1]. Ya conocemos al conde; no necesitamos

decir que era un espíritu lleno de audacia y de vigor, que se endurecía contra lo imposible con esa energía propia de los hombres superiores.

Por la vida que había llevado, por la decisión que siempre tuvo de no recular ante nada, el conde había llegado a saborear una satisfacción desconocida en la lucha que emprendía a veces contra la naturaleza, que es Dios, y contra el mundo, que bien puede pasar por ser el Diablo.

«No quieren robarme documentos», se dijo Montecristo, «quieren matarme. No quiero que el señor prefecto de Policía se meta en mis asuntos particulares. Soy lo bastante rico, a fe mía, como para no desequilibrar el presupuesto de la Administración».

El conde llamó a Baptistin, que había salido de la sala tras entregar la carta.

—Usted va a volver a París —dijo—, traerá aquí a toda la servidumbre que quedaba allí. Necesito en Auteuil a todo el mundo.

—¿Entonces no quedará nadie en la casa, señor conde? —preguntó Baptistin.

—Sí, claro; el portero.

—El señor conde se dará cuenta de que hay mucho trecho desde la portería a la casa.

—¿Y bien?

—Pues que podrían desvalijar toda la vivienda sin que el portero oyera el menor ruido.

—¿Quién va a desvalijar la casa?

—Pues los ladrones.

—Es usted un ingenuo, señor Baptistin; aunque los ladrones desvalijasen toda la casa, nunca me ocasionarían un desagrado mayor que el de encontrarme con un servicio insuficiente.

Baptistin hizo una inclinación.

—Ya me oye —dijo el conde—, traiga aquí a todo el servicio, desde el primero al último; pero que todo quede como normalmente está; simplemente cierre las contraventanas de la planta baja; eso es todo.

—¿Y las del primer piso?

—Usted sabe que nunca se cierran. Vaya, vaya.

El conde avisó de que cenaría en su habitación y que solamente Alí le serviría.

Cenó, pues, con la tranquilidad y sobriedad habituales y, después de cenar, indicó a Alí que le siguiera, y salió por la puerta pequeña, llegó al Bois de Boulogne como si fuera de paseo, tomó sin afectación el camino de París, y al caer la noche se encontró frente a su casa de los Champs-Elyseés.

Todo estaba oscuro, solamente una débil luz brillaba en la garita del portero, distante de la casa en unos cuarenta pasos, como le había advertido Baptistin.

Montecristo se pegó a un árbol, y con esos ojos, que raramente se equivocaban, sondeó la doble avenida, escudriñó a los transeúntes, y extendió la mirada por las calles adyacentes, a fin de ver a alguien que estuviera emboscado. Al cabo de diez minutos, quedó convencido de que no había nadie al acecho. Corrió enseguida hacia la puerta auxiliar con Alí, entró precipitadamente y, por la escalera de servicio, cuya llave llevaba consigo, entró en el dormitorio, sin abrir y sin mover ni una sola cortina, sin que el mismo portero pudiera imaginarse que la casa, que él creía vacía, había sido ocupada por su principal residente.

Una vez en el dormitorio, el conde indicó a Alí que se detuviera, después, entró en el aseo, que examinó; todo estaba dentro del orden habitual: el valioso secreter en su sitio y la llave en su cerradura. Lo cerró con doble vuelta, sacó la llave y se la guardó; volvió a la puerta del dormitorio, quitó el doble cerrojo y entró.

Mientras tanto, Alí disponía sobre una mesa las armas que el conde le había pedido; es decir, una carabina corta y un par de pistolas de doble cañón, los cuales, superpuestos, permitían apuntar con tanta seguridad como con las pistolas de tiro. Armado de ese modo, el conde tendría la vida de cinco hombres entre sus manos.

Eran más o menos las nueve y media; el conde y Alí comieron a toda prisa un trozo de pan y bebieron un vaso de vino de España; después, Montecristo deslizó uno de esos paneles móviles que le permitían ver de una sala a otra. Tenía a su alcance las pistolas y la carabina, y Alí, de pie

junto a él, sujetaba en la mano una de esas hachas árabes que no han cambiado de forma desde las cruzadas.

Por una de las ventanas del dormitorio, paralela a la del aseo, el conde podía ver la calle.

Así transcurrieron dos horas; había una oscuridad de lo más profunda, y sin embargo, Alí, gracias a su naturaleza salvaje, y el conde, gracias sin duda a una cualidad adquirida, distinguían en esa noche cerrada hasta las más débiles oscilaciones de los árboles en el patio.

Hacía tiempo que la luz de la portería se había apagado.

Era presumible que el asalto, si realmente había un asalto proyectado, tendría lugar por la escalera de la planta baja y no por una ventana. La idea de Montecristo era que los malhechores no querían su dinero sino su vida. Sería pues el dormitorio lo que asaltarían, y llegarían a él, ya fuera por la escalera disimulada o por la ventana del aseo.

Colocó a Alí delante de la puerta de la escalera y continuó vigilando el gabinete de aseo.

Dieron las doce menos cuarto en el reloj de los Invalides; el viento del oeste traía en sus húmedas bocanadas la lúgubre vibración de las campanas que indicaban los tres cuartos.

Cuando el último sonido se apagaba, el conde creyó oír un ligero ruido en el aseo; a ese primer ruido, o más bien a ese primer chirrido le siguió un segundo, y después un tercero; al cuarto, el conde sabía a qué atenerse. Una mano firme y experta se estaba ocupando en cortar los cuatro lados del cristal de una ventana con un diamante.

El conde sintió que el corazón le latía con más rapidez. Por muy endurecidos que estén los hombres, por muy prevenidos que estén del peligro, comprenden siempre, con el primer temblor de su corazón y con el primer estremecimiento de su carne, la enorme diferencia que hay entre el sueño y la realidad, entre el proyecto y la ejecución de ese proyecto.

Sin embargo, Montecristo sólo hizo una señal para prevenir a Alí; este, comprendiendo que el peligro venía de la parte del gabinete, dio un paso para acercarse a su amo.

Montecristo estaba ansioso por saber con qué enemigos tenía que vérselas, y con cuántos.

La ventana en cuestión estaba en frente de la abertura por la que el conde se asomaba al gabinete. Sus ojos se fijaron, pues, en esa ventana; vio una espesa sombra que se dibujaba en la oscuridad; después, uno de los cristales se hizo totalmente opaco, como si desde fuera hubieran pegado una hoja de papel, después el cristal crujió pero sin llegar a caer. Por el hueco practicado, vio una mano que buscaba en el interior la falleba de la ventana; un segundo después la ventana se abrió y un hombre entró.

El hombre estaba solo.

—Ahí tenemos a un atrevido bribón —murmuró el conde.

En ese momento sintió que Alí le ponía la mano suavemente en un hombro; se dio la vuelta: Alí le mostraba la ventana de la habitación en la que ellos estaban, y que daba a la calle.

Montecristo dio tres pasos hacia la ventana; conocía la exquisita delicadeza de los sentidos del fiel sirviente. En efecto, vio a otro hombre que se apartaba de una puerta y, subiéndose a un mojón, parecía querer ver lo que ocurría en casa del conde.

—¡Bueno! —dijo—. Son dos: uno actúa y el otro vigila.

Indicó a Alí que no le quitara la vista de encima al hombre de la calle, y volvió al del gabinete.

El cortador de vidrio había entrado y se orientaba, con los brazos hacia delante.

Finalmente pareció darse cuenta de todo: había dos puertas en ese aseo, y fue a echar los cerrojos de ambas.

Cuando se acercó a la del dormitorio, Montecristo creyó que iba a entrar y preparó una de las pistolas; pero oyó simplemente el ruido del cerrojo deslizándose en los aros de cobre. Era una precaución, eso era todo; el visitante nocturno, ignorando el trabajo que se había tomado el conde quitando las piezas que fijan el cerrojo a la puerta, podía así sentirse seguro y obrar con toda tranquilidad.

Solo y libre en todos sus movimientos, el hombre sacó entonces algo de una ancha bolsa, algo que el conde no pudo distinguir, lo puso sobre una mesita, después se fue derecho al secreter, lo palpó en el lugar de la cerradura y se dio cuenta de que, contra lo que esperaba, la llave no estaba puesta.

Pero el perforador de vidrio era un hombre precavido y tenía todo previsto; el conde oyó enseguida ese rozamiento de hierro contra hierro que produce, al moverse, ese manajo de llaves de todas clases que traen los cerrajeros cuando se les llama para abrir una puerta, y al que los ladrones han puesto el nombre de «ruiseñor», sin duda, a causa del placer que sienten al oír su canto nocturno, cuando chirrían contra el pestillo de la cerradura.

—¡Ah!, ¡ah! —murmuró Montecristo con una sonrisa de decepción—. No es más que un ladrón.

Pero el hombre, en la oscuridad, no acertaba a escoger el instrumento adecuado. Entonces recurrió a lo que había puesto sobre la mesa; accionó un resorte y enseguida una luz pálida, pero bastante viva como para que alumbrara, envió un reflejo dorado sobre las manos y sobre el rostro del hombre.

—¡Vaya! —se dijo de repente Montecristo reculando ante la sorpresa—. Si es...

Alí levantó el hacha.

—No te muevas —le dijo Montecristo en voz baja—, y deja el hacha, ya no necesitaremos armas.

Después, añadió algunas palabras bajando aún más la voz, pues la exclamación por la sorpresa, por muy débil que fuera, había bastado para hacer temblar al hombre, que se había quedado quieto, en la pose de un afilador antiguo. Las palabras del conde debieron ser una orden, pues enseguida Alí se alejó de puntillas, descolgó de la pared de la contralcoba un hábito negro y un sombrero de tres picos. Mientras tanto, el conde se quitó rápidamente la levita, el chaleco y la camisa, lo que permitió ver, gracias al rayo de luz que se filtraba por la rendija del panel, sobre el pecho del conde una de esas ligeras y finas cotas de malla de acero, la última de las cuales, en esta Francia en la que ya no se tiene miedo a las puñaladas, la llevó tal vez el rey Luis XVI, que temía que algún cuchillo le alcanzara el pecho y a quien, sin embargo, lo que sí le alcanzó fue el filo de la guillotina.

Esa cota de malla desapareció enseguida bajo una larga sotana, como los cabellos del conde bajo una peluca tonsurada; el tricornio colocado

sobre la peluca acabó de transformar al conde en un abate.

Mientras tanto, el hombre, al no oír nada, se había incorporado y mientras que Montecristo operaba su transformación, se había dirigido al secreter, cuya cerradura comenzaba a crujir bajo su «ruiseñor».

—¡Bueno! —murmuró el conde, basándose sin duda en algún secreto de cerrajería desconocido para cualquier ladrón de ganzúa, por muy hábil que fuese—; ¡bueno! Tienes para algunos minutos —y se fue a la ventana.

El hombre al que había visto subirse a un mojón había bajado, y seguía paseando por la calle; pero, cosa singular, en lugar de inquietarse por los que podrían venir por la avenida de los Champs-Élysées o por el Faubourg Saint-Honoré, sólo parecía preocupado por lo que ocurría en casa del conde, y todos sus movimientos tenían por objeto ver lo que ocurría en el gabinete.

Montecristo, de repente, se dio una palmada en la frente, y dejó errar por sus labios entreabiertos una sonrisa silenciosa.

Después, acercándose a Alí:

—Quédate aquí —le dijo en voz baja—, oculto en la oscuridad y sea lo que sea el ruido que oigas, o sea lo que sea lo que pase, no entres y no te dejes ver hasta que yo te llame por tu nombre.

Alí asintió a todo con la cabeza.

Entonces, Montecristo sacó de un armario una bujía encendida y, en el momento en el que el ladrón estaba más ocupado en su cerradura, abrió despacito la puerta, cuidando de que la luz que llevaba en la mano le alumbrara totalmente la cara.

La puerta se abrió tan suavemente que el ladrón no oyó el ruido. Pero, para su gran asombro, vio de repente la estancia iluminada.

Se dio la vuelta.

—¡Eh! Buenas noches, mi querido señor Caderousse —dijo Montecristo—; ¿qué diablos viene hacer usted aquí a estas horas?

—¡El abate Busoni! —exclamó Caderousse.

Y sin saber cómo esa extraña aparición había llegado hasta él, puesto que había cerrado las puertas, dejó caer su manajo de falsas llaves, y se quedó inmóvil y como petrificado.

El conde se colocó entre Caderousse y la ventana, cortando así al aterrado ladrón su única escapatoria.

—¡El abate Busoni! —repitió Caderousse mirando al conde con ojos espantados.

—Y bien, sin duda soy el abate Busoni —repuso Montecristo—, el mismo en persona, y me siento muy feliz de que me reconozca, mi querido señor Caderousse; eso prueba que tenemos buena memoria, pues, si no me equivoco, hace ya casi diez años que no nos vemos.

Esa calma, esa ironía, ese dominio, imprimieron en el espíritu de Caderousse un terror vertiginoso.

—¡Abate! ¡Abate! —murmuró, crispando los puños y castañeteándole los dientes.

—¿Así que queremos robar al conde de Montecristo? —continuó el supuesto abate.

—Señor cura —murmuró Caderousse intentando llegar a la ventana que implacablemente le interceptaba el conde—, señor cura, no sé... le ruego que me crea... le juro...

—Un cristal cortado —continuó el conde— una linterna sorda, un manojo de «ruiseñores», un secreter medio forzado: está bien claro.

Caderousse se ahogaba con su propia corbata, y buscaba un rincón donde esconderse, un agujero donde desaparecer.

—Vamos —dijo el conde—, veo que sigue siendo usted el mismo, señor asesino.

—Señor cura, puesto que usted sabe todo, usted sabe que no fui yo, que fue la Carconte; así se reconoció en el proceso, puesto que no me condenaron a galeras.

—¿Así que cumplió ya su condena y le encuentro de nuevo haciendo méritos para volver?

—No, señor cura, fui liberado por alguien.

—Pues ese alguien hizo un bonito servicio a la sociedad.

—¡Ah! —dijo Caderousse—. Pues yo había prometido...

—¿Así que —interrumpió Montecristo—, ha quebrantado el alejamiento?

—¡Ay! Sí —dijo Caderousse muy inquieto.

—Malsana reincidencia..., eso le llevará, si no me equivoco, a la plaza de Grève. ¡Peor para ti, peor para ti, *diavolo!*, como dicen los mundanos de mi país.

—Señor cura, me dejó llevar por...

—Todos los criminales dicen lo mismo.

—La necesidad...

—Déjelo, ande —dijo desdeñosamente Busoni—, la necesidad puede llevarnos a pedir limosna, a robar un pan a la puerta de un panadero, pero no a venir a forzar un secreter en una casa que se cree deshabitada. Y cuando el joyero Joannès acababa de darle contantes y sonantes cuarenta y cinco mil francos a cambio de un diamante que yo le di, joyero al que usted mató para conseguir dinero y diamante, ¿era también necesidad?

—Perdón, señor cura —dijo Caderousse—; usted ya me salvó una vez, sálveme por segunda vez.

—Eso no me consuela nada.

—¿Está usted solo, señor cura? —preguntó Caderousse juntando las manos—. ¿O tiene gendarmes dispuestos a prenderme?

—Estoy completamente solo —dijo el abate—; tendré otra vez piedad y le dejaré marchar si me dice toda la verdad, con el riesgo de que mi debilidad cause nuevas desgracias.

—¡Ah! ¡Señor cura! —exclamó Caderousse juntando las manos y dando un paso hacia Montecristo—. ¡Sólo puedo decirle que es usted mi único salvador!

—¿Pretende que le sacaron de prisión?

—¡Oh! Sí, palabra de Caderousse, ¡señor abate!

—¿Y quién fue?

—Un inglés.

—¿Cómo se llamaba?

—Lord Wilmore.

—Le conozco; le preguntaré para saber si usted me miente.

—Señor cura, le digo la pura verdad.

—¿Entonces ese inglés le protegía?

—No a mí, a un joven corso que era mi compañero de cadena.

—¿Cómo se llamaba ese joven corso?

—Benedetto.

—¿Es un nombre de pila?

—No tenía otro, era un niño de hospicio.

—¿Entonces ese joven se evadió con usted?

—Sí.

—¿Cómo fue eso?

—Trabajábamos en Saint-Mandrier, cerca de Toulon. ¿Conoce usted Saint-Mandrier?

—Lo conozco.

—Pues bien, mientras dormíamos, de doce a una...

—¡Vaya, presidiarios que duermen la siesta! ¡Compadezca usted a esos muchachos! —dijo el abate.

—¡Hombre! —dijo Caderousse—. No se puede estar siempre trabajando, no somos perros.

—Afortunadamente para los perros —dijo Montecristo.

—Así que mientras los demás dormían la siesta, nosotros nos alejamos un poco, serramos los grilletes con una lima que nos había hecho llegar el inglés, y huimos a nado.

—¿Y qué ha sido de Benedetto?

—No sé nada de él.

—Sin embargo, debe de saber algo.

—No, de verdad. Nos separamos en Hyères.

Y para dar un mayor peso a su respuesta, Caderousse dio un paso más hacia el abate que permaneció inmóvil en su sitio, tranquilo e interrogador.

—¡Usted miente! —dijo el abate Busoni en un tono de irresistible autoridad.

—¡Señor cura...!

—¡Miente! Ese hombre sigue siendo amigo suyo, ¿y usted se sirve de él como cómplice, tal vez?

—¡Oh! Señor cura...

—Desde que salió de Toulon, ¿cómo ha vivido? Responda.

—Pues como he podido.

—¡Miente! —repuso por tercera vez el cura, en un tono cada vez más imperativo.

Caderousse, aterrado, miró al conde.

—Usted ha vivido —continuó este—, del dinero que él le da.

—Y bien, es cierto —dijo Caderousse—; Benedetto se ha hecho hijo de un gran señor.

—¿Cómo puede ser hijo de un gran señor?

—¡Hijo natural!

—¿Y cómo se llama ese gran señor?

—Conde de Montecristo, el que vive en esta casa.

—¿Benedetto, hijo del conde? —repuso Montecristo, asombrado ahora él.

—¡Hombre! Hay que creerlo así, puesto que el conde le ha encontrado un falso padre, puesto que el conde le da cuatro mil francos al mes, puesto que el conde le deja quinientos mil francos en su testamento.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo el falso abate, que comenzaba a comprender—. ¿Y qué nombre lleva, mientras tanto, ese joven?

—Se llama Andrea Cavalcanti.

—¿Entonces es ese joven que mi amigo el conde de Montecristo recibe en su casa y que va a casarse con la señorita Danglars?

—Justamente.

—Y usted aguanta eso, ¡miserable! ¿Usted, que conoce su vida y su deshonra?

—¿Por qué quiere usted que yo impida a un colega que triunfe? —dijo Caderousse.

—Es justo, no es usted quién para advertir al señor Danglars, soy yo.

—¡No haga eso, señor cura...!

—¿Y por qué no?

—Porque perderíamos nuestro pan.

—¿Y usted cree que, por conservar el pan de dos miserables, me voy hacer promotor de su engaño, cómplice de sus crímenes?

—¡Señor cura! —dijo Caderousse acercándose más.

—Contaré todo.

—¿A quién?

—Al señor Danglars.

—*Tron de l'air!*²¹! —exclamó Caderousse, sacando una navaja abierta del chaleco y apuñalando al conde en medio del pecho—, ¡no dirás nada, cura!

Para gran sorpresa de Caderousse, el puñal, en lugar de penetrar en el pecho del conde, rebotó mellado.

Al mismo tiempo, el conde, con la mano izquierda, agarró la muñeca del asesino y la retorció con tal fuerza que el cuchillo se le soltó de la mano retorcida y Caderousse dio un grito de dolor.

Pero el conde, sin detenerse por el grito, continuó retorciendo el brazo del bandido, hasta que con el brazo dislocado este cayó primero de rodillas, y después dio con la cara en el suelo.

El conde apoyó un pie en su cabeza y dijo:

—No sé qué es lo que me retiene para no romperte el cráneo, ¡criminal!

—¡Ah! ¡Piedad! ¡Piedad! —gritó Caderousse.

El conde retiró el pie.

—¡Levántate! —dijo.

Caderousse se levantó.

—*Tudieu!* ¡Vaya puño de hierro que tiene, señor cura! —dijo Caderousse acariciándose el brazo todo dolorido por las tenazas de carne que le habían estrujado—. *Tudieu!* ¡Qué puño!

—Silencio. Dios me da la fuerza para domar a una bestia salvaje como tú; yo actúo en nombre de Dios; acuérdate de esto, miserable, y si te libras ahora, es también para cumplir los designios de Dios.

—¡Uf! —seguía Caderousse todo dolorido.

—Coge esa pluma y ese papel, y escribe lo que voy a dictarte.

—No sé escribir, señor cura.

—¡Mientes! ¡Coge esa pluma y escribe!

Caderousse, subyugado por ese poder superior, se sentó y escribió:

Señor, el hombre que usted recibe en su casa y a quien usted quiere destinar su hija, es un antiguo presidiario, escapado conmigo del presidio de Toulon; él era el n.º 59 y yo, el 58.

Se llamaba Benedetto; pero él mismo ignora su verdadero nombre, pues nunca conoció a sus padres.

—¡Firma! —continuó el conde.

—¿Pero, usted quiere perderme?

—Si quisiera perderte, imbécil, te arrastraría hasta el primer cuerpo de guardia; además, cuando se entregue esta nota, es probable que ya no tengas nada que temer; firma, he dicho.

Caderousse firmó.

—La dirección: al señor barón Danglars, banquero, calle de la Chaussée-d'Antin.

Caderousse escribió la dirección.

El cura cogió la nota.

—Ahora —dijo—, está bien, vete.

—¿Por dónde?

—Por donde has venido.

—¿Quiere que yo salga por la ventana?

—Por ella has entrado.

—¿Usted está maquinando algo contra mí, señor cura?

—Imbécil, ¿qué quieres que maquine?

—¿Por qué no me abre la puerta?

—¿Para qué voy a despertar al portero?

—Señor cura, dígame que usted no quiere mi muerte.

—Yo quiero lo que Dios quiere.

—Pero júreme que no me golpeará mientras bajo.

—¡Qué tonto y cobarde eres!

—¿Qué quiere hacer de mí?

—Eso te pregunto. ¡Intenté hacer de ti un hombre dichoso, y no hice de ti más que un asesino!

—Señor cura —dijo Caderousse—, inténtelo de nuevo.

—De acuerdo —dijo el conde—. Escucha, sabes que soy un hombre de palabra.

—Sí —dijo Caderousse.

—Si llegas a tu casa sano y salvo...

—A menos que no sea a usted, ¿a quién voy a temer?

—Si llegas a tu casa sano y salvo, te vas de París, te vas de Francia, y allá donde te quedes, mientras que te conduzcas honradamente, te pasaré una pequeña pensión; pues si llegas a casa sano y salvo, bien...

—¿Y bien? —preguntó Caderousse temblando.

—Pues bien, creeré que Dios te perdona y yo también te perdonaré.

—Cierto como que soy cristiano —balbuceó Caderousse reculando—, me hace morir de miedo.

—¡Vamos, vete de aquí! —dijo el conde indicándole la ventana con el dedo.

Caderousse, desconfiando aún de esa promesa, pasó por la ventana y puso el pie en el primer peldaño de la escala de mano.

Allí, se detuvo temblando.

—Ahora, baja —dijo el cura cruzándose de brazos.

Caderousse comenzó a entender que no había nada que temer por ese lado, y bajó.

Entonces el conde se acercó con la vela, de manera que se podría ver desde los Champs-Élysées a un hombre que bajaba desde una ventana, alumbrado por otro hombre.

—¿Pero, qué hace, señor cura? —dijo Caderousse—. Si pasara una patrulla...

Y sopló la vela. Después continuó bajando, pero hasta que no sintió el suelo del jardín bajo sus pies, no estuvo tranquilo.

Montecristo volvió al dormitorio, y echando una rápida ojeada del jardín a la calle, vio en primer lugar a Caderousse, que después de llegar abajo dio una vuelta por el jardín y fue a colocar la escala al final del muro, a fin de salir por un lugar diferente del que había entrado.

Después, mirando la calle, vio al hombre que parecía esperar y que corría paralelamente por la calle hasta situarse tras la esquina misma por donde Caderousse iba a bajar.

Caderousse subió lentamente por la escalera y, una vez en los últimos tramos, se asomó por encima del tejadillo para asegurarse de que la calle estaba desierta.

No se veía a nadie, no se oía ningún ruido.

Daban la una en los Invalides.

Entonces Caderousse se puso a caballo sobre el muro, y tirando hacia sí la escala, la pasó por encima del muro, después empezó a bajar, o más bien a dejarse deslizar a lo largo de los dos montantes, maniobra que llevó a cabo con una destreza que demostraba la costumbre que tenía de ese ejercicio.

Pero una vez lanzado, no pudo parar. En vano vio a un hombre que se lanzaba contra él en la sombra en el momento en el que estaba aún a mitad de camino; en vano vio un brazo que se levantaba en el momento en el que él tocaba tierra; antes de que pudiera defenderse, ese brazo golpeó tan furiosamente su espalda, que soltó la escala gritando:

—¡Socorro!

Un segundo golpe le llegó casi enseguida en el costado, y cayó gritando:

—¡Al asesino!

Finalmente, cuando rodaba por el suelo, su adversario le cogió por el pelo y le dio un tercer golpe en el pecho.

Esta vez Caderousse quiso gritar de nuevo, pero no pudo más que emitir un gemido, mientras corrían los tres riachuelos de sangre que salían de sus tres heridas.

El asesino, al ver que ya no gritaba, le levantó la cabeza agarrándole por el pelo; Caderousse tenía los ojos cerrados y la boca torcida. El asesino le creyó muerto, le soltó la cabeza, dejándola caer, y desapareció.

Entonces Caderousse, viendo que se alejaba, se incorporó sobre un codo, y con voz agonizante gritó en un esfuerzo supremo:

—¡Al asesino! ¡Me muero! ¡A mí, auxilio, señor cura, auxilio!

Esa lúgubre llamada traspasó la sombra de la noche. La puerta de la escalera disimulada se abrió, después, la puertecilla del jardín, y Alí y su amo corrieron, trayendo con ellos una luz.

Capítulo LXXXIII

La mano de Dios

Caderousse continuaba gritando con voz calamitosa:

—¡Señor cura! ¡Socorro! ¡Socorro!

—¿Qué pasa? —preguntó Montecristo.

—¡Auxilio! ¡Ayúdeme!

—Aquí estamos, ¡aguanta!

—¡Ah! Se acabó. Llegan demasiado tarde; llegan para verme morir.
¡Qué golpes! ¡Cuánta sangre!

Y se desvaneció.

Alí y su señor cogieron al herido y lo llevaron a la casa. Allí, Montecristo indicó a Alí que le desvistiera, y reconoció las tres terribles heridas recibidas.

—¡Dios mío! —dijo—. Tú venganza se hace a veces esperar, pero creo que, en esos casos, es para descender del Cielo más completa aún.

Alí miró a su señor para preguntarle lo que debía hacer.

—Ve a buscar al señor Villefort, el fiscal que vive en el Faubourg Saint-Honoré, y tráelo. Según vas, despierta al portero y dile que vaya a buscar a un médico.

Alí obedeció y dejó al falso abate solo con Caderousse, que seguía desvanecido. Cuando el desgraciado abrió los ojos, el conde, sentado a unos pasos de él, le miraba con una sombría expresión de piedad, y sus labios, que se movían, parecían murmurar una oración.

—¡Un cirujano, señor cura, un cirujano! —dijo Caderousse.

—Ya han ido a buscarlo —respondió el cura.

—Sé que es inútil para salvarme la vida, pero podrá darme fuerzas quizá, y quiero tener tiempo para hacer una declaración.

—¿Sobre qué quiere declarar?

—Sobre mi asesino.

—¿Usted le conoce, entonces?

—¡Que si le conozco! Sí, le conozco, es Benedetto.

—¿Ese joven corso?

—El mismo.

—¿Su colega?

—Sí. Me hizo el plano de la casa, esperando sin duda que yo matase al conde para poder heredar, o que él me matara a mí, con lo que así se libraba de su cómplice; me esperó en la calle y me ha asesinado.

—Además del médico, también he llamado al fiscal.

—Llegará demasiado tarde, llegará demasiado tarde —dijo Caderousse—, siento que me estoy desangrando.

—Espere —dijo Montecristo.

Salió y regresó a los cinco minutos, trayendo un frasco.

Los ojos del moribundo, fijos y llenos de espanto, no habían dejado de mirar hacia esa puerta por la que, instintivamente, adivinaba que le vendría la ayuda.

—¡Dese prisa, señor cura! ¡Dese prisa! —dijo—. Creo que me voy a desmayar otra vez.

Montecristo se acercó y le puso sobre los labios, ya violáceos, tres o cuatro gotas del licor del frasco.

Caderousse dio un suspiro.

—¡Oh! —dijo—. Es vida lo que me ha dado; más..., más...

—Dos gotas más le matarían —respondió el abate.

—¡Oh! Que venga alguien a quien yo pueda denunciar a ese miserable.

—¿Quiere que escriba yo su declaración? Usted la firmará.

—Sí..., sí... —dijo Caderousse, cuyos ojos brillaban ante la idea de esa venganza póstuma.

Montecristo escribió:

Muero asesinado por el corso Benedetto, mi compañero de cadena en Toulon, que llevaba el n.º 59.

—¡Dese prisa! ¡Dese prisa! —dijo Caderousse—. Si no, ya no podré firmar.

Montecristo le dio la pluma, Caderousse hizo acopio de todas sus fuerzas, firmó y cayó sobre la cama diciendo:

—Usted contará el resto, señor cura; usted dirá que el asesino se hace llamar Andrea Cavalcanti, que se aloja en el Hôtel des Princes, que... ¡ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Me muero!

Y Caderousse se volvió a desmayar.

El abate le acercó el frasco para que lo inspirara; el herido volvió a abrir los ojos.

No le había abandonado su deseo de venganza.

—¡Ah! Usted dirá todo eso, ¿no es así, señor cura?

—Todo eso, y muchas más cosas.

—¿Qué dirá?

—Diré que él le dio el plano de esta casa con la esperanza de que el conde le matara. Diré que él había avisado al conde con una nota; diré que el conde no estaba en la casa y que fui yo quien recogió la nota, y que vigilé para esperarle.

—¿Entonces irá a la guillotina, no es así? —dijo Caderousse—. Irá a la guillotina, ¿me lo promete? Muero con esa esperanza, ayúdeme a morir.

—Diré —continuó el conde—, que llegó después de usted, que le estaba espiando; que cuando le vio salir, corrió hacia la esquina del muro y se escondió.

—¿Entonces usted vio todo eso?

—Recuerde mis palabras: «Si consigues llegar a casa sano y salvo, creeré que Dios te perdona, y yo también te perdonaré».

—¿Y usted no me advirtió? —exclamó Caderousse, intentando incorporarse apoyándose en un codo—. Usted sabía que me iban a matar al salir, ¡y no me advirtió!

—No, pues en la mano de Benedetto yo veía la justicia de Dios, y me parecía cometer un sacrilegio oponerme a los designios de la Providencia.

—¡La justicia de Dios! No me hable de la justicia de Dios, señor cura; si existiera esa justicia de Dios que usted dice, sabe usted mejor que nadie que hay gente que debería ser castigada, y no lo es.

—¡Paciencia! —dijo el abate en un tono que hizo temblar al moribundo—. ¡Paciencia!

Caderousse le miró con asombro.

—Y además —dijo el cura— Dios está lleno de misericordia para todos, como lo ha estado contigo: Dios es padre, antes que juez.

—¡Ah! ¿Es que usted cree en Dios? —dijo Caderousse.

—Si yo hubiera tenido la desgracia de no creer hasta este momento —dijo Montecristo—, creería en Él al verte así ahora.

Caderousse levantó sus crispados puños al Cielo.

—Escucha —dijo el abate tendiendo la mano hacia el herido como para ordenarle tener fe—, mira lo que hizo por ti, ese Dios al que te niegas a reconocer en tus últimos momentos: te había dado salud, fuerza, un trabajo seguro, amigos, incluso; la vida, en fin, tal como debe ser para el hombre, una vida dulce con la tranquilidad de la conciencia y la satisfacción de los deseos naturales; y en lugar de explotar esos dones del Señor, tan raramente acordados por Él en su plenitud, mira lo que has hecho tú: te diste a la holgazanería, a las borracheras, y en una de esas borracheras traicionaste a uno de tus mejores amigos.

—¡Socorro! —exclamó Caderousse—. ¡No necesito un cura, necesito un médico! Quizá ni siquiera esté herido de muerte, quizá no voy a morir todavía, quizá puedan salvarme.

—Estás tan herido de muerte que sin las tres gotas de esta medicina que te di hace un momento habrías ya expirado. ¡Escúchame, entonces!

—¡Ah! —murmuró Caderousse—. Usted sí que es un cura extraño, que desespera a los moribundos en lugar de consolarlos.

—¡Escucha! —continuó el abate—. Cuando traicionaste a tu amigo, Dios comenzó, no a castigarte, sino a advertirte; caíste en la miseria y pasaste hambre; te pasaste lleno de envidia la media vida que podías haber utilizado para conseguir lo que envidiabas, y ya pensabas en el crimen dándote a ti mismo la excusa de la necesidad, cuando Dios hizo por ti un milagro, cuando Dios, con sus manos, te envió en el seno de tu miseria, te envió una fortuna brillante para ti, desgraciado, que nunca habías poseído nada. Pero esa fortuna inesperada, insospechada, inaudita, desde el momento que la tuviste, ya no te bastó; quisiste doblar esa fortuna; ¿y por qué medio? Por medio de un crimen. Lo consigues, y entonces Dios te la arranca, conduciéndote ante la justicia humana.

—No fui yo quien quiso matar al judío, fue la *Carconte*.

—Sí —dijo Montecristo—. Otra vez Dios, no diré que fuera justo, esta vez, pues su justicia te habría infligido la muerte, sino Dios, siempre misericordioso, permitió que tus jueces se sintieran conmovidos por tus palabras, y te perdonaron la vida.

—¡Pardiez! Para enviarme a presidio a perpetuidad: ¡vaya un perdón!

—¡El perdón, miserable!, sin embargo lo viste como tal perdón, cuando te fue concedido; tu cobarde corazón, que temblaba ante la muerte, saltó de alegría ante el anuncio de una vergüenza perfecta, pues te dijiste, como todos los condenados a trabajos forzados: el presidio tiene una puerta, la tumba no. Y tenías razón, pues esa puerta se abrió para ti de manera inesperada: un inglés visitó Toulon, había hecho voto de sacar a dos hombres de la infamia; su elección recayó en ti y en tu compañero de grilletes, y he ahí una segunda fortuna que descende del Cielo para ti, encuentras a la vez dinero y tranquilidad, puedes recomenzar a vivir la vida de los hombres, tú que estabas condenado a vivir la vida de los forzados; entonces, miserable, entonces te pones a tentar a Dios por tercera vez. No tengo suficiente —te dices— cuando tenías más de lo que nunca tuviste, y cometes un tercer crimen, sin razón, sin excusa. Dios ya está cansado. Dios te ha castigado.

Caderousse se debilitaba por momentos.

—Algo de beber —dijo—; ¡tengo sed..., me abraso!

Montecristo le dio un vaso de agua.

—Ese criminal de Benedetto —dijo Caderousse devolviendo el vaso—, ¡él se librará, seguro!

—Nadie va a librarse; yo te lo digo, Caderousse, ¡Benedetto será castigado!

—Entonces usted también será castigado —dijo Caderousse—; pues usted no ha cumplido con su deber de sacerdote..., usted tenía que haber impedido que Benedetto me matase.

—¡Yo! —dijo el conde con una sonrisa que heló de espanto al moribundo—. ¡Yo, impedir que Benedetto te matase, en el momento en el que acababas de clavar tu puñal en la cota de malla que cubría mi pecho...! ¡Sí, quizá si te hubiese encontrado humilde y arrepentido, hubiese detenido a Benedetto, pero te vi orgulloso y sanguinario, y dejé que se cumpliera la voluntad de Dios!

—¡Yo no creo en Dios! —aulló Caderousse—. ¡Y tú tampoco..., mientes..., mientes...!

—¡Cállate! —dijo el abate—. Pues se te van del cuerpo las últimas gotas de sangre..., ¡ah! ¡No crees en Dios, y mueres por la mano de Dios...! ¡Ah! ¡No crees en Dios, y Dios, que sin embargo no pide más que una oración, no pide más que una palabra, una lágrima, para perdonarte... Dios que podía dirigir el puñal del asesino para que hubieras expirado al instante..., Dios te ha dado un cuarto de hora para arrepentirte... ¡reflexiona, desgraciado, y arrepíentete!

—No —dijo Caderousse—, no me arrepiento; no hay Dios, no hay Providencia, sólo existe el azar.

—Hay una Providencia, hay un Dios —dijo Montecristo—, y la prueba es que tú estás ahí, agonizante, desesperado, renegando de Dios, y que yo, yo estoy aquí, de pie delante de ti, rico, dichoso, sano y salvo, juntando las manos ante el Dios en el que te empeñas en no creer, y en el que, sin embargo, crees en el fondo de tu corazón.

—¿Pero, quién es usted, entonces? —preguntó Caderousse fijando sus ojos, ya agonizantes, en el conde.

—Mírame bien —dijo Montecristo cogiendo la lámpara y acercándosela a la cara.

—Y bien, el abate..., el abate Busoni...

Montecristo se quitó la peluca que le desfiguraba, dejó caer sus hermosos cabellos negros que encuadraban tan armoniosamente su pálido rostro.

—¡Oh! —dijo Caderousse espantado—, a no ser por ese pelo negro, yo diría que usted es el inglés, yo diría que es usted lord Wilmore.

—No soy ni el abate Busoni, ni lord Wilmore —dijo Montecristo—; mírame bien, mira más lejos, más allá, en tus primeros recuerdos.

Estas palabras del conde tenían una vibración magnética que reavivaron por última vez los sentidos agotados del miserable Caderousse.

—¡Oh! En efecto —dijo—, me parece que le he visto antes, me parece que antes yo le conocía.

—Sí, Caderousse, sí, tú me has visto antes, me has conocido antes.

—¿Pero, quién es usted, entonces? ¿Y por qué si usted me ha visto antes, me ha conocido de antes, por qué me deja morir?

—Porque nada puede salvarte, Caderousse, porque tus heridas son mortales. Si tuvieras alguna posibilidad, yo habría visto en ello una última misericordia del Señor, y además, te lo juro por la tumba de mi padre, hubiese intentado devolverte a la vida y al arrepentimiento.

—¡Por la tumba de tu padre! —dijo Caderousse, reanimado por un supremo destello, e incorporándose para ver de más cerca al hombre que venía a hacerle ese juramento sagrado para todos los hombres—. ¡Eh! Entonces, ¿quién eres?

El conde no había dejado de seguir el progreso de la agonía. Comprendió que ese impulso de vida era el último; se acercó al moribundo y, cubriéndole con una mirada tranquila y triste a la vez:

—Soy... —le dijo al oído—, soy...

Y sus labios, apenas abiertos, dieron paso a un nombre pronunciado en voz tan baja que el conde parecía temer incluso oírse a sí mismo.

Caderousse, que se había incorporado hasta ponerse de rodillas, extendió los brazos, hizo un esfuerzo para echarse hacia atrás, después, juntando las manos y elevándolas con un supremo esfuerzo:

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —dijo—. Perdón por haber renegado de Ti; Dios existe; Dios es el padre de los hombres en el cielo y el juez de los hombres sobre la tierra. ¡Dios mío, Señor, durante cuánto tiempo te he

desconocido! ¡Dios mío, Señor, perdóname! ¡Dios mío, Señor, recíbeme en tu seno!

Y Caderousse, cerrando los ojos, cayó hacia atrás con un último grito y un último suspiro.

La sangre dejó de manar enseguida de sus labios y de sus amplias heridas.

Estaba muerto.

—*¡Uno!* —dijo misteriosamente el conde, con los ojos fijos sobre el cadáver ya desfigurado por esa horrible muerte.

Diez minutos después, el médico y el fiscal, traído, uno por el portero, el otro por Alí, fueron recibidos por el abate Busoni, que rezaba junto al muerto.

Capítulo LXXXIV

Beauchamp

Durante quince días, no hubo otra noticia en París que esa tentativa de robo que tuvo lugar tan audazmente en casa del conde. El moribundo había firmado una declaración que señalaba a Benedetto como a su asesino. La policía lanzó a todos sus agentes tras su pista.

El cuchillo de Caderousse, la linterna sorda, el manojó de llaves y las ropas, menos el chaleco, que no pudo encontrarse, fueron depositados en los archivos del juzgado; el cuerpo fue transportado a la morgue.

El conde respondía a todo el mundo que esa aventura había tenido lugar mientras él estaba en su casa de Auteuil, y que, en consecuencia, sólo sabía lo que le había contado el abate Busoni, que aquella tarde, por una enorme casualidad, le había pedido pasar la noche en su casa para estudiar unos libros muy valiosos de su biblioteca.

Sólo Bertuccio palidecía cada vez que el nombre de Benedetto era pronunciado en su presencia, pero no había ningún motivo para que alguien se apercibiese de la palidez de Bertuccio.

Villefort, llamado para constatar el crimen, había reclamado el asunto y conducía la instrucción con ese ardor apasionado que ponía en todas las causas criminales en las que debía ser el portavoz.

Pero habían pasado tres semanas sin que la investigación, por muy activa que fuese, llegara a ningún resultado, y se empezaba a olvidar, entre la sociedad, el intento de robo en casa del conde, y el asesinato del ladrón por su cómplice, para ocuparse del próximo matrimonio de la señorita Danglars con el conde Andrea Cavalcanti.

Ese matrimonio era ya, más o menos, cosa hecha, el joven entraba en casa del banquero a título de prometido.

Habían escrito al señor Cavalcanti padre, que había aprobado con mucho gusto el enlace, y que, expresando todo su pesar porque su servicio le impedía absolutamente abandonar Parma, donde estaba, declaraba consentir en darle un capital de ciento cincuenta mil libras de renta.

Se había convenido que los tres millones se colocarían en la casa Danglars, que los revalorizaría; algunas personas habían intentado sembrar de dudas al joven, en torno a la solidez de la posición de su futuro suegro, que desde hacía algún tiempo sufría reiteradas pérdidas en la Bolsa, pero el joven, con un desinterés y una confianza sublimes, rechazó todas esas vanas historias, de las que tuvo la delicadeza de no decir ni una sola palabra al barón.

Así que el barón adoraba al conde Andrea Cavalcanti.

No le pasaba lo mismo a la señorita Eugénie Danglars. En su instintivo odio por el matrimonio, había acogido a Andrea como un modo de alejar a Morcerf, pero ahora que Andrea se acercaba demasiado, comenzaba a sentir por él una visible repulsión.

Quizá el barón se había dado cuenta, pero como no podía atribuir esa repulsión más que a un capricho, hacía como que no se enteraba.

Mientras tanto, el plazo solicitado por Beauchamp había casi llegado a su fin. Por lo demás, Morcerf había podido apreciar el valor del consejo de Montecristo, cuando este le dijo que dejara que las cosas transcurrieran por sí mismas; nadie había dado importancia a la nota sobre el general, y nadie se había interesado en reconocer al oficial que había entregado el castillo de Janina como el noble conde que se sentaba en la Cámara de los Pares.

No por ello Albert dejaba de sentirse menos insultado, pues la intención de la ofensa estaba ciertamente en esas líneas que le habían

herido. Además, la manera en la que Beauchamp había hecho concluir la entrevista había dejado un amargo recuerdo en su corazón. Acariciaba, pues, en su mente la idea de ese duelo, en el que esperaba, si Beauchamp quería prestarse a ello, ocultar la causa real del mismo, incluso a sus testigos.

En cuanto a Beauchamp, nadie le había vuelto a ver desde el día de la visita que le hizo Albert, y a los que preguntaban por él, se les decía que estaba de viaje por algunos días.

¿Dónde estaba? Nadie lo sabía.

Una mañana, el ayuda de cámara de Albert vino a despertarle, anunciándole la visita de Beauchamp.

Albert se frotó los ojos, ordenó que hicieran esperar a Beauchamp en el saloncito de fumar de la planta baja, se vistió rápidamente y bajó.

Encontró a Beauchamp paseando arriba y abajo; al verle, Beauchamp se detuvo.

—La gestión que le trae hasta aquí, sin esperar a la visita que yo iba a hacerle hoy mismo, me parece un buen augurio, señor —dijo Albert—. Veamos, dígame enseguida, ¿tengo que darle la mano diciendo: Beauchamp, amigo mío, confiese que había un error y sigamos siendo amigos? O tengo que preguntarle simplemente: ¿Cuáles son sus armas?

—Albert —dijo Beauchamp, con una tristeza que llenó al joven de estupor—, primero sentémonos, y hablemos.

—Pues me parece, por el contrario, señor, que antes de sentarnos, tendrá usted que responderme.

—Albert —dijo el periodista—, hay circunstancias en las que la dificultad está justamente en la respuesta.

—Se la voy a poner fácil, esa respuesta, señor, repitiendo la pregunta: ¿quiere usted retractarse, sí o no?

—Morcerf, uno no se contenta con responder sí o no a cuestiones que interesan al honor, la posición social y la vida de un hombre como el capitán general conde de Morcerf, par de Francia.

—¿Entonces, qué se puede hacer?

—Lo que yo hago, Albert; se dice que el dinero, el tiempo y la fatiga no deben contar cuando se trata de la reputación y de los intereses de toda

una familia; se dice que hace falta más que probabilidades, que hacen falta certezas para aceptar un duelo a muerte con un amigo; se dice: si cruzo mi espada, o si presiono el gatillo de un arma, contra un hombre a quien he estrechado la mano a lo largo de tres años, tengo que saber, al menos, por qué hago una cosa así, a fin de que pueda llegar al campo del honor con el corazón en reposo y la conciencia tranquila, cosas que un hombre necesita cuando su brazo debe salvarle la vida.

—Y bien, y bien —preguntó Morcerf con impaciencia—, ¿qué quiere decir todo eso?

—Eso quiero decir que acabo de llegar de Janina.

—¿De Janina? ¡Usted!

—Sí, yo.

—Imposible.

—Mi querido Albert, aquí está mi pasaporte; mire los visados: Ginebra, Milán, Venecia, Trieste, Delvino, Janina. ¿Está dispuesto a creer en la policía de una república, de un reino y de un imperio?

Albert bajó los ojos sobre el pasaporte, y los levantó, asombrado, mirando a Beauchamp.

—¿Usted ha estado en Janina? —dijo.

—Albert, si usted hubiera sido un extraño, un desconocido, un simple lord como ese inglés que vino a pedirme una explicación hace tres o cuatro meses, y a quien maté para quitármelo de en medio, comprenda que no me habría tomado tantas molestias, pero creí que le debía esa muestra de consideración, Albert. Fueron ocho días para ir, ocho para volver, cuatro de cuarentena y cuarenta y ocho horas de estancia en Janina; eso suma las tres semanas. Llegué esta noche, y aquí estoy.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuántos circunloquios, Beauchamp! ¡Y cuánto tarda en decirme lo que estoy esperando!

—Es que, de verdad, Albert...

—Uno diría que tiene dudas.

—Sí, tengo miedo.

—¿Tiene miedo de confesar que su corresponsal se equivocó? ¡Oh! Nada de amor propio, Beauchamp; confiese, Beauchamp, su valor no se puede poner en duda.

—¡Oh! No es eso —murmuró el periodista—; al contrario...

Albert palideció espantosamente; intentó hablar, pero la palabra expiró en sus labios.

—Amigo mío —dijo Beauchamp, en el tono más afectuoso posible—, créame que estaría encantado de presentarle mis excusas, y que esas excusas las haría con todo mi corazón; pero, ¡ay...!

—¿Pero... qué?

—La nota tenía razón, amigo mío.

—¡Cómo! Ese oficial francés...

—Sí.

—¿Ese Fernand?

—Sí.

—Ese traidor que entregó los castillos del hombre a quien servía...

—Perdóneme por decirle lo que tengo que decirle, amigo mío: ¡ese hombre, es su padre de usted!

Albert tuvo un movimiento furioso para lanzarse contra Beauchamp; pero este le retuvo mucho más con su dulce mirada que con su mano extendida.

—Tenga, amigo mío —dijo sacando un papel del bolsillo—, esta es la prueba.

Albert abrió el papel; era el testimonio de cuatro habitantes notables de Janina, constatando que el coronel Fernand Mondego, coronel instructor al servicio del visir Alí-Tebelin, había entregado el castillo de Janina, a cambio de dos mil bolsas.

Las firmas estaban legalizadas por el cónsul.

Albert se tambaleó y cayó, roto, en un sillón.

No había ninguna duda esta vez, el nombre y el apellido figuraban con todas las letras.

Tras un momento de silencio mudo y doloroso, se le oprimió el corazón, las venas del cuello se le hincharon, y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

Beauchamp, que había contemplado con profunda compasión al joven, cediendo al paroxismo del dolor, se acercó a él.

—Albert —le dijo—, comprende ahora, ¿no? Quise verlo todo, juzgarlo todo por mí mismo, esperando una explicación que fuera favorable a su padre, y que así yo podría hacerle justicia. Pero, muy al contrario, las informaciones recibidas constatan que ese oficial instructor, que ese Fernand Mondego, ascendido por Alí-Pachá al título de gobernador general, no es otro que Fernand de Morcerf; entonces he venido, recordando el honor que me había hecho usted de admitirme como amigo, y corrí hasta aquí.

Albert, que seguía tendido en un sillón, se cubría la cara con las manos, como si quisiera impedir que la luz llegase hasta él.

—Y vine corriendo hasta aquí —continuó Beauchamp—, para decirle: Albert, las faltas de nuestros padres, en estos tiempos de acción y de reacción, no pueden alcanzar a los hijos. Albert, muy pocos han pasado por estas revoluciones en medio de las cuales nos ha tocado vivir, sin que alguna mancha de lodo o de sangre no haya manchado sus uniformes de soldado o sus togas de juez. Albert, nadie en el mundo, ahora que tengo todas las pruebas, ahora que soy el dueño de su secreto, nadie en el mundo puede forzarme a un combate que su conciencia, estoy seguro de ello, le reprocharía como un crimen; pero lo que ya no puede exigirme, vengo a ofrecérselo. Estas pruebas, estas revelaciones, estos testimonios, que yo sólo poseo, ¿quiere usted que desaparezcan? Este espantoso secreto, ¿quiere usted que quede entre usted y yo? Sí confía en mi palabra de honor, no saldrá nunca de mi boca; dígame, ¿lo quiere así, Albert? Diga, ¿lo quiere así, amigo mío?

Albert se echó al cuello de Beauchamp.

—¡Oh! ¡Qué gran corazón! —exclamó.

—Tenga —dijo Beauchamp presentando los papeles a Albert.

Albert los cogió con una mano convulsa, los estrujó, los arrugó, pensó en romperlos, pero temiendo que el menor trozo de papel que volara al viento volviera un día a estamparse en su frente, fue a la vela que estaba siempre encendida para los cigarros, y allí quemó hasta el último fragmento.

—¡Querido amigo! ¡Excelente amigo! —murmuraba Albert mientras ardían los papeles.

—Que todo esto se olvide como un mal sueño —dijo Beauchamp—, que se borre como esas últimas chispas que corren sobre el papel ennegrecido, que todo se desvanezca como ese último humo que escapa de las cenizas mudas.

—Sí, sí —dijo Albert—, y que no quede más que la eterna amistad que profeso a mi salvador, amistad que mis hijos transmitirán a los suyos, amistad que me recordará siempre que la sangre de mis venas, la vida de mi cuerpo, el honor de mi nombre, todo eso, se lo debo a usted; pues si tal cosa fuese conocida, ¡oh!, Beauchamp, se lo confieso, me levantaría la tapa de los sesos; o ¡no, mi pobre madre! No quisiera matarla también, no, ¡me exiliaría!

—¡Querido Albert! —dijo Beauchamp.

Pero el joven salió enseguida de esa alegría inopinada y por decirlo así, ficticia, y cayó de nuevo más profundamente aún en la tristeza.

—Y bien —preguntó Beauchamp—, veamos, ¿qué pasa, amigo mío?

—Pasa —dijo Albert—, que algo se me ha roto en el corazón. Escuche, Beauchamp, uno no se aparta así, en un segundo, de ese respeto, de esa confianza y de ese orgullo que inspira a un hijo el nombre sin tacha de su padre. ¡Oh! ¡Beauchamp, Beauchamp!, ¿cómo voy ahora a abordar al mío? ¿Echaré hacia atrás mi frente cuando acerque él sus labios? ¿Retraeré mi mano cuando él me tienda la suya...? Mire, Beauchamp, soy el más desgraciado de los hombres. ¡Ah! Mi madre, mi pobre madre —dijo Albert mirando a través de sus ojos anegados en llanto el retrato de su madre—, ¡si sabías esto, ¡cuánto has debido de sufrir!

—¡Vamos! —dijo Beauchamp cogiéndole las manos—. ¡Valor, amigo mío!

—¿Pero, de dónde venía esa primera nota de su periódico? —exclamó Albert—. Hay detrás de todo esto un odio desconocido, un enemigo invisible.

—Pues bien —dijo Beauchamp—, razón de más. ¡Valor, Albert! Nada de señales de emoción en el rostro; lleve ese dolor en usted, como la nube lleva en sí la ruina y la muerte, secreto fatal que no se entiende hasta el momento en el que estalla la tormenta. Vamos, amigo, reserve sus fuerzas para el momento en el que esto estalle.

—¡Oh! ¿Entonces cree que esto no es el final? —dijo Albert espantado.

—Yo, yo no creo nada, amigo mío; pero, en fin, todo es posible. A propósito...

—¿Qué? —preguntó Albert, al ver que Beauchamp dudaba.

—¿Sigue adelante el matrimonio con la señorita Danglars?

—¿Por qué me pregunta eso en un momento así, Beauchamp?

—Porque, según creo, la ruptura o no de ese compromiso tiene que ver con lo que nos ocupa en este momento.

—¡Cómo! —dijo Albert, cuya frente ardía—. Cree que el señor Danglars...

—Sólo le pregunto cómo va ese compromiso. ¡Qué diablos! ¡No vea en mis palabras más de lo que he dicho, ni les dé mayor alcance del que tienen!

—No —dijo Albert—, el compromiso se ha roto.

—Bien —dijo Beauchamp.

Después, viendo que el joven iba a caer de nuevo en la melancolía:

—Mire, Albert —le dijo—, si me hace caso, creo que deberíamos salir; una vuelta por el parque en faetón o a caballo le distraerá; después, volveremos para comer en algún sitio, y usted se irá a sus asuntos y yo a los míos.

—Con mucho gusto —dijo Albert—, pero salgamos a pie, me parece que un poco de cansancio me haría bien.

—De acuerdo —dijo Beauchamp.

Y los dos amigos, a pie, pasaron por el bulevar. Al llegar a la Madeleine:

—Mire —dijo Beauchamp—, puesto que estamos de camino, vamos a ver un poco al señor de Montecristo, él le distraerá; es un hombre admirable para remontar el espíritu, además no hace preguntas; ahora bien, en mi opinión, la gente que no hace preguntas son los que consuelan con más habilidad.

—De acuerdo —dijo Albert—, vamos a su casa, yo le aprecio mucho.

Capítulo LXXXV

El viaje

Montecristo dio un grito de alegría al ver a los dos jóvenes juntos.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo—. Y bien, espero que todo haya acabado, que todo se haya esclarecido, que todo se haya arreglado.

—Sí —dijo Beauchamp—, rumores absurdos que caen por sí solos, y que ahora, si se iniciasen de nuevo, me tendrían por el primer antagonista. Así pues, no hablemos más del asunto.

—Albert le dirá que es el consejo que yo le di —repuso el conde—. Mire —añadió—, además, me encuentran terminando la más execrable mañana que jamás haya pasado, creo.

—¿Qué hace? —dijo Albert—. ¿Pone en orden sus papeles, me parece?

—Mis papeles, ¡gracias a Dios, no! En mis papeles siempre hay un orden maravilloso, dado que no tengo papeles; estos son los del señor Cavalcanti.

—¿Del señor Cavalcanti? —preguntó Beauchamp.

—¡Eh! Sí, ¿no sabe usted que es un joven al que lanza el conde? —dijo Morcerf.

—No, no, entendámonos bien —respondió Montecristo—, yo no lanzo a nadie, y al señor Cavalcanti menos que a ningún otro.

—Y que va a casarse con la señorita Danglars en mi sitio y lugar; lo que —continuó Albert intentando una sonrisa—, como no puede usted dudar, mi querido Beauchamp, me afecta cruelmente.

—¡Cómo! ¿Cavalcanti se casa con la señorita Danglars? —preguntó Beauchamp.

—¡Ah, vaya! ¿Pero es que viene usted del fin del mundo? —dijo Montecristo—. Usted, un periodista, el marido de la diosa Fama¹¹. ¡En todo París no habla de otra cosa!

—¿Y es usted, conde, el que ha urdido esa alianza? —preguntó Beauchamp.

—¿Yo? ¡Oh! Silencio, señor noticiero, ¡no vaya a ir diciendo por ahí semejantes cosas! ¡Yo, Dios mío! ¿Urdir una alianza? No, usted no me conoce; yo me he opuesto con todas mis fuerzas, me he negado a participar en la pedida de la novia.

—¡Ah! Entiendo —dijo Beauchamp—; ¿a causa de nuestro amigo Albert?

—¿Por mi causa? —dijo el joven—. ¡Oh! ¡No, por Dios! El conde me hará justicia atestiguando que yo siempre le pedí, por el contrario, que me ayudase a romper ese proyecto, que felizmente se ha roto. El conde pretende que no es a él a quien debo agradecerse: de acuerdo, como los antiguos, levantaré un altar al *Deo ignoto*.

—Escuche —dijo Montecristo—, esto tiene tan poco que ver conmigo, que mis relaciones con el suegro y con el joven se han enfriado; la señorita Eugénie es la única, ya que me parece que no siente ninguna profunda vocación por el matrimonio, al ver hasta qué punto yo estaba poco dispuesto a hacerle renunciar a su querida libertad, es la única, digo, en conservar su afecto por mí.

—¿Y dice usted que ese matrimonio está a punto de llevarse a cabo?

—¡Oh! ¡Dios mío! Sí, a pesar de todo lo que yo he podido decir. Yo, yo no conozco a ese joven, se dice que es rico y de buena familia, pero para mí esas cosas son fáciles de decir. Yo le he repetido todo esto, hasta la saciedad, al señor Danglars; pero él está encaprichado con su luqués. He llegado incluso a comunicarle lo que para mí es más grave aún: que ese joven fue robado estando aún con la nodriza, robado por unos gitanos o

perdido por su preceptor, no lo sé muy bien. Pero lo que sí sé es que su padre lo perdió de vista durante más de diez años; lo que hizo en esos diez años de vida errante, sólo Dios lo sabe. Y bien, nada de todo eso ha funcionado. Me han encargado que escriba al mayor, que le pida los papeles, y esos papeles están aquí; se los envió pero, como Pilatos, lavándome las manos.

—¿Y la señorita D'Armilly —preguntó Beauchamp—, qué cara le ha puesto a usted, que le quitaba a su alumna?

—¡Hombre! No lo sé muy bien; pero parece que sale para Italia. La señora Danglars me habló de ella y me pidió algunas cartas de recomendación para los *impresarii*; yo le di una nota para el director del teatro Valle, que me debe algunos favores. Pero, ¿qué le pasa, Albert? Parece algo triste; ¿es que al final, sin saberlo, va a estar usted enamorado de la señorita Danglars, por ejemplo?

—No, que yo sepa —dijo Albert sonriendo tristemente.

Beauchamp se puso a contemplar los cuadros.

—Pues, en fin —continuó Montecristo—, no está usted en su estado normal. Veamos, ¿qué le ocurre? Dígame.

—Tengo migraña —dijo Albert.

—Pues bien, mi querido vizconde —dijo Montecristo, en ese caso tengo un remedio infalible, y se lo propongo, remedio que me ha servido cada vez que he sufrido alguna contrariedad.

—¿Y cuál es ese remedio? —preguntó el joven.

—Viajar.

—¿De verdad? —dijo Albert.

—Sí, mire; como en este momento estoy excesivamente contrariado, me voy de viaje. ¿Quiere usted venir conmigo?

—¡Usted contrariado, conde! —dijo Beauchamp—. ¿Y por qué?

—¡Pardiez! Usted puede hablar tranquilamente; ¡ya me gustaría verle en una instrucción que tuviera lugar en su propia casa!

—¡Una instrucción! ¿Qué instrucción?

—¡Eh! Pues la que el señor de Villefort lleva a cabo contra mi amable asesino, una especie de bribón huido de presidio, por lo que parece.

—¡Ah! Es cierto —dijo Beauchamp—, ya leí el asunto en los periódicos. ¿Quién era ese Caderousse?

—Pues bien..., parece que era un provenzal. El señor de Villefort ya había oído hablar de él cuando estaba en Marsella, y el señor Danglars recuerda haberle visto. De ello resulta que el señor fiscal se toma la causa que instruye muy a pecho, y que por lo que parece ha interesado en el más alto grado al prefecto de policía, y gracias a ese interés, del que les estoy muy agradecido, me envían aquí desde hace quince días a todos los bandidos que uno puede agenciarse en París y alrededores, con el pretexto de que son los asesinos del señor Caderousse; de todo ello resulta que, en tres meses, si esto continúa, no habrá ni un solo ladrón, ni un solo asesino, en este hermoso reino de Francia que no se conozca, al dedillo, el plano de mi casa; así que tomo el partido de dejarles la casa por entero, y me voy tan lejos como pueda. Venga conmigo, vizconde, le llevo.

—Con mucho gusto.

—Entonces, ¿de acuerdo?

—Sí, pero, ¿adónde vamos?

—Ya se lo he dicho, donde el aire es puro, donde el ruido adormece, donde por muy orgulloso que uno sea, se siente humilde y pequeño. Me gusta esa sumisión, a mí, de quien se dice que soy el amo del universo, como Augusto.

—¿Pero, adónde va, al fin?

—Al mar, vizconde, al mar. Soy un marino, lo ve; siendo muy niño me he visto acunado en los brazos del viejo océano y en el seno de la hermosa Anfitrite, he jugado con el manto verde de uno y el celeste vestido de la otra; amo el mar como se ama a una amante, y cuando hace mucho tiempo que no lo veo, lo echo de menos.

—¡Entonces, vayamos, conde, vayamos!

—¿Al mar?

—Sí.

—¿Acepta, entonces?

—Acepto.

—Y bien, vizconde, esta tarde en el patio habrá un briska de viaje, en la que uno puede tenderse como en una cama; el coche estará enganchado

con cuatro caballos de posta. Señor Beauchamp, cabemos cuatro fácilmente, ¿quiere usted venir con nosotros? ¡Le llevo!

—Gracias, pero acabo de llegar del mar.

—¡Cómo! ¿Acaba de llegar del mar?

—Sí, poco más o menos. Acabo de hacer un viajecito por las islas Borroneas.

—¡Qué importa! Venga de todos modos —dijo Albert.

—No, querido Morcerf, debe comprender que si rechazo la oferta, es que me es totalmente imposible. Además, es importante —añadió bajando la voz— que me quede en París, aunque sólo sea para vigilar lo que se cuece en el periódico.

—¡Ah! Es un buen amigo, un excelente amigo —dijo Albert—; sí, tiene usted razón, vele, vigile, Beauchamp, y trate de descubrir al enemigo, al causante de que esa noticia viera la luz.

Albert y Beauchamp se separaron; su último apretón de manos encerraba todo el sentido que sus labios no podían expresar ante un extraño.

—¡Excelente muchacho, este Beauchamp! —dijo Montecristo cuando se marchó el periodista—. ¿No es así, Albert?

—Sí, sí, un gran corazón, se lo aseguro; le quiero con toda mi alma. Pero, ahora que estamos solos, aunque casi me da igual, ¿adónde vamos?

—A Normandía, si le parece bien.

—De maravilla. Estaremos totalmente en el campo, ¿no? ¿Nada de reuniones, nada de vecinos?

—Estaremos frente a frente con caballos para montar, perros para cazar y una barca para pescar, eso es todo.

—Es lo que necesito; voy a avisar a mi madre, y estaré a sus órdenes.

—Pero —dijo Montecristo—, ¿se lo permitirán?

—¿Qué?

—Ir a Normandía.

—¿A mí? ¿Es que no soy libre?

—De ir adonde quiera, solo, ya lo sé, puesto que le conocí en Italia.

—¿Y entonces?

—Pues ir con el hombre a quien llaman el conde de Montecristo.

—Tiene usted poca memoria, conde.

—¿Cómo es eso?

—¿No le he dicho toda la simpatía que mi madre siente por usted?

—A menudo la mujer cambia, dijo Francisco I; la mujer es una ola, dijo Shakespeare; uno, era un gran rey; el otro, un gran poeta, y cada uno de ellos debía conocer a la mujer.

—Sí, la mujer; pero mi madre no es la mujer; es *una* mujer.

—¿Permite usted a un pobre extranjero que no conozca todas las sutilezas de su lengua?

—Quiero decir que mi madre es avara con sus sentimientos, pero una vez que los ha otorgado, es para siempre.

—¡Ah, de verdad! —dijo suspirando Montecristo—. ¿Y usted cree que me ha hecho el honor de otorgarme un sentimiento distinto a la más perfecta indiferencia?

—¡Escuche! Ya se lo he dicho y se lo repito —repuso Morcerf—, tiene que ser usted realmente un hombre bien extraño, y extrañamente superior.

—¡Oh!

—Sí, pues mi madre se ha dejado llevar, no diré por la curiosidad, sino por el interés que usted inspira. Cuando estamos solos, no hablamos más que de usted.

—¿Y ella le ha dicho que desconfíe de este Manfredo?

—Al contrario, me dice: «Morcerf, creo que el conde es de natural noble; trata de que te aprecie».

Montecristo desvió la mirada y suspiró.

—¡Ah! ¿De verdad? —dijo.

—De manera que, ya ve, en lugar de oponerse a mi viaje —continuó Albert—, lo aprobará con todo su corazón, puesto que forma parte de las recomendaciones que me hace a diario.

—Vaya, entonces —dijo Montecristo—; hasta esta tarde. Venga aquí a las cinco; llegaremos allá sobre la medianoche o la una de la madrugada.

—¡Cómo! ¿A Tréport...?

—A Tréport o alrededores.

—¿Sólo ocho horas para hacer cuarenta leguas?

—Y aún es mucho —dijo Montecristo.

—Decididamente es usted el hombre de los prodigios, y llegará, no sólo a adelantar al ferrocarril, lo que no es muy difícil, en Francia sobre todo, sino a ir más deprisa que el telégrafo.

—Sí, pero mientras tanto, vizconde, como necesitaremos siete u ocho horas para llegar allá, sea puntual.

—Esté tranquilo, no tengo nada que hacer hasta las cinco, sino prepararme.

—¿Entonces, a las cinco?

—A las cinco.

Albert salió. Montecristo, tras un gesto de despedida sonriendo, se quedó un instante pensativo y como absorto en una profunda meditación.

Finalmente, pasándose la mano por la frente, como para apartar sus reflexiones, fue al timbre y llamó dos veces.

Al instante, Bertuccio entró.

—Maese Bertuccio —dijo—, no es mañana, no es pasado mañana, como pensé en un principio, será esta tarde cuando salga hacia Normandía; de aquí en cinco horas, es más del tiempo que necesita; hará que avisen a los palafreneros del primer relevo; el señor de Morcerf me acompaña. ¡Vamos!

Bertuccio obedeció y un criado corrió a Pontoise para anunciar que la silla de posta pasaría a las seis en punto. El palafrenero de Pontoise envió al relevo siguiente un correo urgente, con la orden de que avisaran al siguiente; así, seis horas después, todos los relevos disponibles en la ruta estaban avisados.

Antes de marchar, el conde subió a ver a Haydée, le anunció su viaje, le dijo adónde iba y puso toda la servidumbre de la casa a sus órdenes.

Albert fue puntual. El viaje, sombrío al principio, se iluminó enseguida fruto del efecto físico de la velocidad. Morcerf, no tenía ni idea de una velocidad semejante.

—En efecto —dijo Montecristo—, con la posta de ustedes, que hace dos leguas a la hora, con esa ley estúpida que prohíbe a un viajero adelantar a otro sin pedirle permiso, y que hace que un viajero enfermo o taciturno tenga el derecho a encadenar tras él a viajeros alegres y sanos, no

hay locomoción posible; yo, yo evito ese inconveniente viajando con mi propio postillón y con mis propios caballos, ¿no es así, Alí?

Y el conde, sacando la cabeza por la ventanilla, emitía pequeños gritos de excitación que daban alas a los caballos: ya no corrían, volaban. El coche circulaba como un trueno sobre ese camino real, y todo el mundo se paraba para ver pasar a ese meteoro ardiente. Alí, repitiendo el grito, sonreía, mostrando sus dientes blancos, aferrando con sus robustas manos las riendas llenas de espuma, aguijoneando a los caballos, cuyas hermosas crines se abrían al viento; Alí, el hijo del desierto, se encontraba en su elemento, y con su rostro negro, sus ojos ardientes, su albornoz de nieve, parecía, en medio del polvo que levantaba, el genio del siroco y el dios del huracán.

—He ahí —dijo Morcerf— una voluptuosidad que desconocía: la voluptuosidad de la velocidad.

Y los últimos nubarrones de su frente se disipaban, como si el aire que surcaba se los llevase consigo.

—¿Pero, en dónde demonios encuentra usted caballos así? —preguntó Albert—. ¿Es que se los crían expresamente para usted?

—Justamente —dijo el conde—. Hace seis años encontré en Hungría un reputado semental, famoso por su velocidad; lo compré no sé por cuánto: fue Bertuccio quien se encargó de pagar. En el mismo año tuvo treinta y dos hijos. Es toda esa progenitura del mismo padre a la que vamos a pasar revista, son todos iguales, negros, sin una sola mancha, excepto una estrella en la frente, pues a este privilegiado del acaballadero le hemos escogido sus yeguas, como los pachás escogen a sus favoritas.

—¡Es admirable...! Pero, dígame, conde, ¿qué hace usted con todos esos caballos?

—Ya lo ve; viajo con ellos.

—¿Pero, usted no estará viajando siempre?

—Cuando no los necesite, Bertuccio los venderá, y pretende que sacará de ganancia por ellos treinta o cuarenta mil francos.

—¡Pero no habrá rey en Europa lo bastante rico como para comprarlos!

—Entonces los venderá a algún simple visir de Oriente, que vaciará su tesoro para pagarlos y que llenará de nuevo su tesoro administrando bastonazos en la planta de los pies de sus súbditos.

—Conde, ¿quiere que le diga una cosa que se me ha ocurrido?

—Dígala.

—Pues que, después de usted, el señor Bertuccio debe ser el hombre más rico de Europa.

—Pues bien, se equivoca usted, vizconde. Estoy seguro de que si vacía los bolsillos de Bertuccio, no encontraría usted más de cuatro perras.

—¿Y eso por qué? —preguntó el joven—. Pues es un fenómeno, ese Bertuccio. ¡Ah! Mi querido conde, no quiera llevarme tan lejos en la magia, o no volveré a creerle nada, se lo advierto.

—Nada de magia conmigo, Albert; cifras y razonamiento, eso es todo. Ahora bien, escuche este dilema: un intendente roba, ¿pero, por qué roba?

—¡Hombre! Porque está en su naturaleza, me parece —dijo Albert—; roba por robar.

—Pues bien, no, se equivoca: roba porque tiene mujer, hijos, deseos ambiciosos para él y para su familia; roba sobre todo porque no está seguro de cuándo tendrá que dejar a su amo, y antes quiere forjarse un porvenir. Pues bien, el señor Bertuccio está solo en el mundo; gasta de mi bolsa sin rendirme cuentas, y está seguro de que nunca me dejará.

—¿Y eso por qué?

—Porque no encontraré otro mejor que él.

—Usted cae en un círculo vicioso, el de las probabilidades.

—¡Oh! No, no; yo estoy en el círculo de las certezas. El buen sirviente, para mí, es aquel sobre el que tengo derecho de vida o de muerte.

—¿Y usted tiene derecho sobre la vida o la muerte de Bertuccio? —preguntó Albert.

—Sí —respondió fríamente el conde.

Hay palabras que cierran una conversación como lo haría una puerta de hierro. El sí del conde era una de ellas.

El resto del viaje transcurrió con la misma rapidez; los treinta y dos caballos, divididos en ocho relevos, hicieron sus cuarenta y ocho leguas en ocho horas.

Llegaron en medio de la noche a la puerta de un hermoso jardín. El portero estaba en pie, y mantenía abierta la verja. El palafrenero del último relevo le había avisado.

Eran las dos y media de la madrugada. Llevaron a Morcerf a sus aposentos. Allí le esperaba un baño y una cena. El criado que había hecho el camino en el asiento trasero del coche estaba a sus órdenes; Baptistin, que iba en el asiento de delante, estaba a las órdenes del conde.

Albert tomó un baño, cenó y se acostó. Toda la noche se sintió acunado por el melancólico sonido de las olas. Al levantarse, se fue derecho a la ventana, la abrió y se encontró en una pequeña terraza, frente al mar, es decir, frente a la inmensidad, y por detrás, unos hermosos jardines que daban a un pequeño bosque.

En una cala de cierta extensión se balanceaba una pequeña corbeta de obra viva estrecha, de esbelta arboladura y en la verga cangrejo, el pabellón de armas de Montecristo, formado por una montaña de oro sobre un mar celeste, con cruz de gules en el tercio superior, lo que bien podía hacer alusión al nombre recordando el Calvario, cuyo monte la pasión de Nuestro Señor hizo máspreciado que el oro, y cuya infamante cruz con su sangre divina hizo santa, más que a cualquier recuerdo personal de sufrimiento y de regeneración enterrado en la noche del pasado misterioso de este hombre. Alrededor de la goleta había varios quechemarines pertenecientes a pescadores de los pueblos vecinos y que parecían humildes súbditos esperando órdenes de su reina.

Allí, como en todos los lugares donde se alojaba Montecristo, aunque sólo fuera para pasar dos días, la vida estaba organizada con el más alto grado de confortabilidad; así pues, en el mismo instante, la vida resultaba fácil.

Albert halló en su antecámara dos fusiles y todos los utensilios necesarios para un cazador; una sala más alta, situada en la planta baja, estaba consagrada a todos los ingeniosos instrumentos que usan los ingleses, que son grandes pescadores, porque son pacientes y ociosos, instrumentos que, sin embargo, no han adoptado los rutinarios pescadores de Francia.

Toda la jornada transcurrió en esos ejercicios diversos, en los que, además, Montecristo sobresalía: cazaron una docena de faisanes en el bosque, pescaron otras tantas truchas en los riachuelos, cenaron en un quiosco que daba al mar, y les sirvieron el té en la biblioteca.

Hacia el atardecer del tercer día, Albert, roto de fatiga por esa vida que, sin embargo, parecía ser un juego para Montecristo, dormitaba junto a la ventana mientras que el conde, acompañado por su arquitecto, dibujaba el plano de un invernadero que quería montar en la finca, cuando el ruido de un caballo pisoteando las piedras del camino hizo levantar la cabeza del joven; miró por la ventana y, con una sorpresa de lo más desagradable, vio en el patio a su ayuda de cámara, que no le había acompañado en el viaje para molestar menos a Montecristo.

—¡Florentin aquí! —exclamó levantándose de un salto del sillón—. ¿Es que mi madre está enferma?

Y se precipitó hacia la puerta de la sala.

Montecristo le siguió con los ojos, y le vio abordar al criado que, aún sin aliento, sacó de su bolso un pequeño paquete lacrado. El paquete contenía un periódico y una carta.

—¿De quién es la carta? —preguntó rápidamente Albert.

—Del señor Beauchamp —respondió Florentin.

—¿Entonces es Beauchamp quien le envía?

—Sí, señor. Me mandó llamar a su casa, me dio el dinero necesario para el viaje, me dijo que cogiera un caballo de posta, y me hizo prometer que no me detuviera hasta encontrar al señor; he hecho el camino en quince horas.

Albert abrió la carta temblando; al leer las primeras líneas dio un grito y cogió el periódico con un visible temblor.

De repente, se le oscurecieron los ojos, las piernas se le doblaron y a punto de caer se apoyó en Florentin, que le dio el brazo para sostenerle.

—¡Pobre joven! —murmuró Montecristo, en voz tan baja que apenas si él mismo pudo oír las propias palabras de compasión que pronunciaba—. Por algo se dice que los pecados de los padres recaen en los hijos hasta la tercera o la cuarta generación.

Mientras tanto, Albert se había repuesto y, según iba leyendo, se sacudió el cabello que le caía sobre la frente empapada de sudor y, arrugando la carta y el periódico:

—Florentin —dijo—, ¿su caballo está en condiciones de retomar el camino a París?

—Es un mal caballejo de posta cojo.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿Y cómo estaba la casa cuando usted la dejó?

—Bastante tranquila, pero al volver de casa del señor Beauchamp, encontré a la señora llorando; me llamó para saber cuándo regresaría usted. Entonces le dije que yo venía a buscarle de parte del señor Beauchamp. Su primer impulso fue extender el brazo como para detenerme, pero después de un instante de reflexión:

—Sí, vaya, Florentin, vaya a buscarle —dijo—, que vuelva.

—¡Sí, madre, sí —dijo Albert—, ya voy, estate tranquila, y maldición al infame...! Pero, antes que nada, tengo que marcharme.

Volvió a la estancia donde estaba Montecristo.

No era el mismo hombre; cinco minutos habían bastado para que se operase en Albert esa triste metamorfosis; había salido tal como era y volvía con la voz alterada, el rostro surcado de rubores febriles, los ojos echando chispas bajo unos párpados de venas azules, y el andar titubeante como si estuviera ebrio.

—Conde —dijo—, gracias por su estupenda hospitalidad, de la que hubiera querido disfrutar más tiempo, pero tengo que regresar a París.

—¿Pues, qué ha ocurrido?

—Una gran desgracia; pero permítame marchar, se trata de algo más valioso que mi vida. Nada de preguntas, conde, se lo suplico, ¡sólo necesito un caballo!

—Mis caballerizas están a su servicio, vizconde —dijo Montecristo—; pero se va a matar de cansancio a caballo; coja una calesa, un cupé, u otro coche.

—No, tardaría más, y además, necesito ese cansancio que usted teme que sufra; me hará bien.

Albert dio algunos pasos dando vueltas como si le hubiera alcanzado un disparo y fue a caer sobre una silla, cerca de la puerta.

Montecristo no vio esa segunda debilidad; había ido a la ventana y gritaba:

—Alí, un caballo para el señor de Morcerf, ¡que se den prisa! ¡Es urgente!

Esas palabras devolvieron la fuerza a Albert; salió disparado de la habitación, el conde le siguió.

—¡Gracias! —murmuró el joven montando a la carrera—. Usted vuelva tan pronto como pueda, Florentin. ¿Hay alguna contraseña para que me den el caballo en el relevo?

—Ninguna, salvo que entregue el que monta; al instante le ensillarán el otro.

Albert iba a salir, pero se detuvo.

—Mi marcha quizá le parezca extraña, insensata —dijo el joven—. Usted no comprende cómo unas líneas escritas en un periódico pueden llevar a un hombre a la desesperación; y bien —añadió, tirándole el periódico—; lea esto, pero no hasta que me haya ido; no quiero que vea mi sonrojo.

Y mientras que el conde recogía el periódico, clavó las espuelas que acababa de poner en las botas, en el vientre del caballo, que, asombrado de que hubiera un jinete que creyera necesario estimularle de esa manera, partió como una flecha.

El conde siguió con la mirada al joven, con un sentimiento de infinita compasión, y sólo cuando hubo desaparecido completamente de su vista, echó una mirada al periódico y leyó lo que sigue:

El oficial francés al servicio de Alí, pachá de Janina, del que hablaba hace tres semanas el periódico L'impartial, y que no solamente entregó los castillos de Janina, sino que además vendió a su benefactor a los turcos, se llamaba en efecto en aquella época Fernand, como escribía nuestro honorable colega; pero después, añadió a su nombre de pila un título de nobleza y un nombre de territorio.

Hoy se llama señor conde de Morcerf, y forma parte de la Cámara de los Pares.

Así pues, ese terrible secreto que Beauchamp había enterrado con tanta generosidad, reaparecía como un fantasma armado, y otro periódico, cruelmente informado, había publicado, a los dos días de la salida de Albert hacia Normandía, las pocas líneas que por poco vuelven loco al desgraciado joven.

Capítulo LXXXVI

El juicio

A las ocho de la mañana, Albert cayó como un rayo en casa de Beauchamp. El ayuda de cámara, que estaba avisado, introdujo a Morcerf en la habitación de su señor que acababa de meterse en el baño.

—¿Y bien? —le dijo Albert.

—Pues bien, mi pobre amigo —respondió Beauchamp—, le esperaba.

—Pues aquí estoy. No le diré, Beauchamp, que le creo demasiado leal y demasiado bueno como para haber hablado de esto con alguien; no, amigo mío. Además, el mensaje que me ha enviado es suficiente garantía de su estima. Así que no perdamos tiempo en preámbulos: ¿tiene usted alguna idea de de dónde viene el golpe?

—Le diré dos palabras de inmediato.

—Sí, pero antes, amigo mío, tiene que contarme con todos los detalles la historia de esta abominable traición.

Y Beauchamp contó al joven, hundido por la vergüenza y el dolor, los hechos que vamos a relatar ahora en su simplicidad.

Hace dos días, por la mañana, el artículo apareció en un periódico distinto al *L'Impartial*, y lo que daba más gravedad aún al asunto es que se trataba de un periódico muy conocido por pertenecer al gobierno.

Beauchamp estaba almorzando cuando la nota le saltó a la vista; envió en seguida a buscar un cabriolé y, sin acabar de comer, corrió al periódico. Aunque profesando sentimientos políticos completamente opuestos a los del gerente del periódico acusador, Beauchamp, lo que sucede algunas veces, y diríamos incluso que muchas, Beauchamp era su íntimo amigo.

Cuando llegó a verle, el gerente tenía en la mano su propio periódico y parecía complacerse en un artículo de la primera página sobre el azúcar de remolacha, que probablemente era obra suya.

—¡Ah! ¡Pardiez! —dijo Beauchamp—. Puesto que tiene en la mano su periódico, querido amigo, no tengo ni que decirle lo que me trae aquí.

—¿Es que acaso es usted partidario de la caña de azúcar? —preguntó el director del periódico gubernamental.

—No —respondió Beauchamp—, incluso soy perfectamente ajeno a la cuestión; así que vengo por otra cosa.

—¿Y por qué cosa, si puede saberse?

—Por el artículo sobre Morcerf.

—¡Ah! Sí, es cierto, ¿no es curioso?

—Tan curioso que cae en la difamación, me parece, y que se arriesga usted a un proceso bastante aventurado.

—En absoluto; hemos recibido con la nota todos los documentos que la apoyan y estamos totalmente convencidos de que el señor de Morcerf se quedará tranquilo; además, es un servicio que prestamos al país, denunciando a miserables indignos del honor que se les hace.

Beauchamp se quedó desconcertado.

—¿Pero, quién les ha informado tan bien? —preguntó—. Pues mi periódico, que dio la alerta, se vio obligado a abstenerse por falta de pruebas, y sin embargo nosotros estamos más interesados que ustedes en descubrir al señor Morcerf, puesto que es par de Francia, y somos la oposición.

—¡Oh! Dios mío, es muy sencillo; no hemos corrido tras el escándalo, el escándalo vino a nosotros. Nos llegó ayer de Janina un hombre que traía un formidable dossier, y como dudábamos en lanzarnos por la vía de la acusación, nos anunció que si rechazábamos el asunto, el artículo se publicaría en otro periódico. ¡Palabra, Beauchamp! Usted sabe lo que

significa una noticia importante; no quisimos dejar pasar esta. Ahora ya hemos dado el golpe; es terrible y repercutirá por toda Europa.

Beauchamp comprendió que no había más que bajar la cabeza y salió a la desesperada para enviar un correo a Morcerf.

Pero lo que no había podido escribir a Albert, pues lo que vamos a contar es posterior a la salida de ese correo, es que el mismo día, en la Cámara de los Pares, se había manifestado una gran agitación, agitación que reinaba en los grupos ordinariamente tan tranquilos de la alta Cámara. Todo el mundo había llegado antes de la hora y comentaban el siniestro suceso que iba a ocupar la atención pública, y que iba a fijar esa atención sobre uno de los miembros más conocidos del ilustre cuerpo.

Había lecturas en voz baja del artículo, comentarios e intercambios de recuerdos que precisaban aún mejor los hechos. El conde de Morcerf no era apreciado entre sus colegas. Como todos los advenedizos, para mantener su rango, se había visto obligado a observar un exceso de arrogancia. Los grandes aristócratas se reían de él; los más talentosos le repudiaban; las puras glorias le despreciaban instintivamente. El conde se situaba en ese extremo incierto de la víctima expiatoria: una vez señalado por el dedo del Señor para el sacrificio, todo el mundo se apresuraba a mostrar su indignación.

Sólo el conde de Morcerf ignoraba la noticia. No recibía el periódico en el que se publicaba la noticia difamatoria, y se había pasado la mañana escribiendo cartas y probando un caballo.

Llegó, pues, a la hora acostumbrada, con la cabeza alta, la mirada altiva y su andar insolente; bajó del coche, atravesó los corredores y entró en la sala, sin darse cuenta de las vacilaciones de los ujieres, y los mediosaludos de sus colegas.

Cuando Morcerf entró, la sesión ya llevaba abierta más de media hora.

Aunque el conde, ignorante, como hemos dicho, de todo lo que estaba sucediendo, no había cambiado nada ni en su aspecto, ni en su actitud, todos le vieron más orgulloso que de costumbre, y su presencia en esta ocasión pareció tan agresiva a esta asamblea, celosa de su honor, que todos vieron en ella una inconveniencia, varios de ellos, una bravata, y algunos, un insulto.

Era evidente que la Cámara entera ardía en deseos de iniciar el debate.

Todo el mundo tenía en sus manos el periódico acusador; pero, como siempre, todos dudaban en tomar la responsabilidad del ataque. Finalmente, uno de los honorables pares, enemigo declarado del conde de Morcerf, subió a la tribuna con una solemnidad que anunciaba que el momento esperado había llegado.

Se hizo un espantoso silencio; solamente Morcerf ignoraba la causa de la profunda atención que se prestaba esta vez a un orador a quien no siempre se tenía la costumbre de escuchar con tanta complacencia.

El conde dejó pasar tranquilamente el preámbulo en el que el orador establecía que iba a hablar de un asunto tan grave, tan sagrado, tan vital para la Cámara que reclamaba toda la atención de sus colegas.

Al oír las palabras de Janina y del coronel Fernand, el conde de Morcerf palideció tan terriblemente que hubo un movimiento unánime de la asamblea, y las miradas de todos convergieron en el conde.

Las heridas morales tienen una particularidad, que se ocultan pero no se cierran; dolorosas y siempre a punto de sangrar de nuevo cuando se las toca, permanecen vivas y abiertas en el corazón.

Finalizada la lectura del artículo en medio de ese mismo silencio, turbado entonces por un murmullo que cesó en cuanto el orador estuvo dispuesto a tomar de nuevo la palabra, el acusador expuso sus escrúpulos, y se puso a establecer lo difícil que resultaba su tarea: era el honor del señor de Morcerf, pero era el de toda la Cámara el que pretendía defender provocando un debate que debía incidir en esas cuestiones personales, siempre tan ardientes. Finalmente concluyó solicitando que se abriese una investigación, lo bastante rápida como para atajar la calumnia, antes de que tuviera tiempo de crecer, y para restablecer al señor de Morcerf, vengándole, en la posición que la opinión pública le había colocado desde hacía tanto tiempo.

Morcerf estaba tan hundido, tan tembloroso ante esa inmensa e inesperada calamidad, que apenas pudo balbucear unas palabras observando a sus colegas con la mirada perdida. Esa timidez que, por otra parte, bien pudiera venir del asombro del inocente como de la vergüenza del culpable, concitó algunas simpatías. Los hombres realmente generosos

están siempre dispuestos a ser compasivos, cuando la desgracia de su enemigo sobrepasa los límites de su odio.

El presidente puso a votación la apertura o no de una comisión de investigación; se votó poniéndose en pie, y fue decidido que la investigación tendría lugar.

Se preguntó al conde cuánto tiempo necesitaba para preparar su justificación.

Morcerf había recuperado el ánimo en cuanto se sintió vivo de nuevo tras ese horrible mazazo.

—Señores pares —respondió— no es con tiempo como se rechaza un ataque como este que dirigen contra mí, en este momento; tengo enemigos desconocidos y que quedan ocultos en la sombra, sin duda, de su propia oscuridad; es de inmediato como tengo que responder; tengo que responder como responde el rayo tras el relámpago que en un instante nos deslumbra. ¡Ojalá pudiera, como justificación, derramar mi sangre para demostrar a mis colegas que soy digno de caminar como uno de ellos!

Estas palabras causaron una impresión favorable para el acusado.

—Así pues, pido —dijo— que la investigación tenga lugar lo más pronto posible, y yo suministraré a la Cámara todos los documentos necesarios para la eficacia de la misma.

—¿Qué día fija usted? —preguntó el presidente.

—Me pongo desde hoy mismo a disposición de la Cámara —respondió el conde.

El presidente agitó la campanilla.

—¿Está la Cámara de acuerdo —preguntó— en que esta investigación tenga lugar hoy mismo?

—¡Sí! —fue la respuesta unánime de la Asamblea.

Se nombró una comisión de doce miembros para examinar las pruebas que suministrara Morcerf. La hora de la primera sesión se fijó a las ocho de la tarde en las salas de la Cámara. Si fueran necesarias más sesiones, tendrían lugar a la misma hora y en el mismo lugar.

Tomada esta decisión, Morcerf pidió permiso para retirarse; tenía que ordenar las pruebas que tenía atesoradas desde hacía tiempo para hacer frente a esta tormenta, prevista por su carácter cauteloso e indomable.

Beauchamp contó al joven todo lo que acabamos de relatar nosotros aquí; solamente que su relato tenía, sobre el nuestro, la ventaja de la animación de las cosas vivas, en lugar de la frialdad de las cosas muertas.

Albert le escuchó temblando, bien por la esperanza, bien por la ira, y a veces por la vergüenza, pues por la confianza de Beauchamp, sabía que su padre era culpable, y se preguntaba cómo, siendo culpable, podría probar su inocencia.

Llegado a este punto, Beauchamp guardó silencio.

—¿Y después? —preguntó Albert.

—¿Después? —repitió Beauchamp.

—Sí.

—Amigo mío, eso me lleva a una horrible necesidad. ¿De verdad que quiere saber el resto?

—Tengo que saberlo absolutamente, amigo mío, y prefiero conocerlo por su boca antes que por boca de otros.

—Pues bien —repuso Beauchamp—, haga acopio de todo su valor, Albert; nunca lo necesitará tanto.

Albert se pasó la mano por la frente como para asegurarse de su propia fuerza, como el hombre que se dispone a defender su vida se prueba la coraza y examina el filo de su espada.

Se sintió fuerte, pues tomó por energía lo que en realidad era fiebre.

—¡Adelante! —dijo.

—Llegó la tarde —continuó Beauchamp—. Todo París estaba expectante ante el acontecimiento. Muchos pretendían que su padre de usted sólo tenía que presentarse, y toda la acusación caería por su propio peso; otros muchos decían, sin embargo, que el conde no se presentaría; algunos aseguraban haberle visto salir para Bruselas, y otros llegaron incluso a ir a la policía para preguntar si era cierto, como se decía, que el conde hubiera ido a buscar el pasaporte.

»Le confesaré, Albert, que hice todo lo necesario para obtener de uno de los miembros de la comisión, un joven par amigo mío, que me introdujera en una tribuna. A las siete, este amigo vino a buscarme y, antes de que nadie llegase, encargó a un ujier que me llevara a una especie de cabina. Me ocultaba una columna y había una oscuridad completa a mi

alrededor; así confiaba en que vería y oiría toda la terrible escena que iba a tener lugar.

»A las ocho en punto ya había llegado todo el mundo.

»El señor de Morcerf entró con la última campanada de las ocho de la tarde. Llevaba en la mano algunos papeles, y su compostura era tranquila; contra su costumbre, se mostró sencillo en los andares, su atuendo era cuidado y severo y, según la costumbre de los antiguos militares, llevaba la levita abotonada de arriba abajo.

»Su presencia produjo el mejor efecto: la comisión estaba lejos de serle hostil, y algunos de sus miembros se acercaron al conde y le estrecharon la mano.

Albert sintió que su corazón se rompía con todos esos detalles y, sin embargo, en medio de su dolor se deslizaba un sentimiento de agradecimiento; hubiera querido abrazar a esos hombres que habían dado a su padre esa señal de estima en un momento tan comprometido para su honor.

—En ese momento —continuó Beauchamp—, entró un ujier y remitió una carta al presidente.

»“Tiene usted la palabra, señor de Morcerf”, dijo el presidente abriendo la carta.

»El conde comenzó su defensa, y le afirmó, Albert —continuó Beauchamp—, que fue de una elocuencia y de una habilidad extraordinaria. Produjo un discurso que probaba que el visir de Janina le había honrado con toda su confianza, hasta el último momento, puesto que le había encargado una negociación de vida o muerte con el mismo emperador. Mostraba el anillo, señal de mando con el que Alí-Pachá lacraba normalmente sus cartas, y que este le había dado para que pudiera, a su regreso, llegar hasta él, fuera la hora que fuera, del día o de la noche, y aunque estuviera en el harén. Desgraciadamente, dijo, la negociación fracasó, y cuando regresó a defender a su bienhechor, este ya había muerto. Pero, dijo el conde, al morir, Alí-Pachá, tan grande era su confianza, que le había confiado a su esposa favorita y a su hija.

Albert se sobresaltó al oír esas palabras, pues a medida que Beauchamp hablaba, todo el relato de Haydée volvía a su mente, y

recordaba lo que la hermosa griega le había dicho de ese mensaje, de ese anillo, y de la manera en la que había sido vendida y entregada a la esclavitud.

—¿Y cuál fue el efecto que produjo el discurso del conde? —preguntó con ansiedad Albert.

—Confieso que me conmovió, y que, al mismo tiempo que a mí, conmovió a toda la comisión —dijo Beauchamp—. Mientras tanto, el presidente echó negligentemente una mirada a la carta que acababan de traerle; pero ya las primeras líneas despertaron su atención; la leyó, la volvió a leer y, fijando la mirada en el señor de Morcerf:

»“Señor conde”, dijo, “¿acaba usted de decirnos que el visir de Janina le confió a su mujer y a su hija?”.

»“Sí, señor”, respondió Morcerf; “pero en esto como en todo me perseguía la desgracia. A mi regreso, Vasiliki y su hija Haydée habían desaparecido”.

»“¿Usted las conocía?”

»“Mi intimidad con el pachá y la suprema confianza que tenía en mi fidelidad me permitieron verlas más de veinte veces.”

»“¿Tiene usted idea de qué fue de ellas?”

»“Sí, señor. Oí decir que habían sucumbido a su pena y quizás a su miseria. Yo no era rico, mi vida corría grandes riesgos, no pude ponerme a buscarlas, muy a mi pesar.”

»El presidente frunció imperceptiblemente el ceño.

»“Señores”, dijo, “ya han oído y seguido al señor conde de Morcerf en sus explicaciones. Señor conde, ¿puede usted, para apoyar el relato que acaba de hacernos, aportar algún testigo?”.

»“¡Ay! No, señor”, respondió el conde; “todos los que rodeaban al visir y que me conocieron en la corte están muertos o desaparecidos; solamente yo, eso creo al menos, solamente yo de entre mis compatriotas sobreviví a aquella espantosa guerra; sólo tengo unas cartas de Alí-Tebelin, que pongo a su disposición; no tengo más que el anillo, como prenda de su voluntad, y aquí está; tengo, finalmente, la prueba más convincente que se pueda aportar, y esta es, tras un ataque anónimo, la ausencia de cualquier

testimonio contra mi palabra de hombre honrado y contra la limpieza de toda mi vida militar”.

»Un murmullo de aprobación corrió por toda la asamblea; en ese momento, Albert, si no hubiera ocurrido ningún incidente, la causa de su padre estaría ganada.

»Sólo quedaba ir a la votación, cuando el presidente tomó la palabra.

»“Señores”, dijo, “y usted, señor conde, no se sentirán molestos, presumo, de oír a un testigo muy importante, por lo que este testigo asegura, y que viene a declarar por sí mismo; este testigo, no lo dudamos, después de lo que nos ha contado el conde, está llamado a probar la perfecta inocencia de nuestro colega. Esta es la carta que acabo de recibir a tal efecto; ¿desean que les sea leída, o deciden que sigamos adelante sin detenernos en este incidente?”.

»El señor de Morcerf palideció y crispó las manos sobre los papeles que sujetaba y que crujieron entre sus dedos.

»La respuesta de la comisión fue la de inclinarse por la lectura; en cuanto al conde, se quedó pensativo y sin emitir ninguna opinión.

»En consecuencia, el presidente leyó la carta siguiente:

»Señor presidente:

»Puedo suministrar a la comisión de investigación, encargada de examinar la conducta en Epiro y Macedonia del señor teniente general conde de Morcerf, los datos más precisos.

»El presidente hizo una corta pausa.

»El conde de Morcerf palideció; el presidente interrogó con la mirada a los oyentes.

»“¡Continúe!”, exclamaron por todos los lados.

»El presidente continuó:

»Yo estaba en el lugar de los hechos a la muerte de Alí-Pachá; asistí a sus últimos momentos; sé lo que sucedió con Vasiliki y Haydée; me pongo a disposición de la comisión, y reclamo incluso

el honor de hacerme oír por la misma. Estoy en el vestíbulo de la Cámara en el momento en el que le remiten esta nota.

»“¿Y quién es ese testigo, o más bien, ese enemigo?”, preguntó el conde con voz en la que era notable su profunda agitación.

»“Vamos a saberlo ahora, señor”, respondió el presidente. “¿La comisión es de la opinión de oír al testigo?”

»“¡Sí, sí!”, clamaron al unísono las voces.

»Llamaron al ujier.

»“Ujier”, preguntó el presidente, “¿hay alguien esperando en el vestíbulo?”.

»“Sí, señor presidente.”

»“¿Y quién es?”

»“Una mujer acompañada de un sirviente.”

»Todos se miraban, unos a otros.

»“Haga entrar a esa mujer”, dijo el presidente.

»Cinco minutos después el ujier apareció; todos los ojos estaban clavados en la puerta, y yo mismo —dijo Beauchamp— compartía la espera y la ansiedad generales.

»Tras el ujier caminaba una mujer envuelta en un amplio velo que la ocultaba por completo. Se adivinaba, sin embargo, por las formas que dejaba entrever el velo y por el perfume que exhalaba, la presencia de una mujer joven y elegante, pero eso era todo.

»El presidente rogó a la desconocida que levantase el velo y entonces vimos que esta mujer iba vestida a la griega; además, era de una belleza suprema.

—¡Ah! —dijo Morcerf—. Era ella.

—¿Cómo, ella?

—Sí, Haydée.

—¿Quién se lo ha dicho?

—¡Ay! Lo adivino. Pero, continúe, Beauchamp, se lo ruego. Ya ve que estoy tranquilo y fuerte. Pero tenemos que acercarnos ya al desenlace.

—El señor de Morcerf —continuó Beauchamp— miraba a la mujer con una sorpresa mezclada de espanto. Para él, era la vida o la muerte lo

que iba a salir de esa encantadora boca; para todos los demás, era una aventura tan extraña y tan llena de curiosidad, que la salvación o no del señor de Morcerf no entraba ya en este suceso, más que como un elemento secundario.

»El presidente indicó con la mano un asiento para la joven, pero, con una señal de la cabeza, ella señaló que se quedaría de pie. En cuanto al conde, había caído en su asiento, y era evidente que sus piernas se negaban a mantenerle en pie.

»“Señora”, dijo el presidente, “usted ha escrito a la comisión para suministrar información sobre el asunto de Janina, y nos ha avanzado que era un testigo ocular de los hechos”.

»“Lo fui, en efecto”, respondió la desconocida con una voz llena de una tristeza conmovedora, e impregnada de esa sonoridad particular de las voces orientales.

»“Sin embargo, permítame decirle que usted sería muy joven entonces.”

»“Yo tenía cuatro años, pero como estos hechos tenían para mí una importancia suprema, ni un solo detalle ha salido de mi mente, ni un solo matiz ha salido de mi memoria.”

»“¿Pues, qué importancia tenían entonces, para usted, aquellos sucesos, y quién es usted para que esa gran catástrofe haya producido en usted esa profunda impresión?”

»“Se trataba de la vida o de la muerte de mi padre”, respondió la joven, “pues mi nombre es Haydée, hija de Alí-Tebelin, pachá de Janina, y de Vasiliki, su bienamada esposa”.

»El rubor modesto y lleno de orgullo a la vez que invadió de púrpura las mejillas de la joven, el fuego de sus ojos y la majestuosidad de su revelación, produjeron en la asamblea un efecto inenarrable.

»En cuanto al conde, no se hubiera sentido más aniquilado si el rayo, al caer, hubiera abierto un abismo bajo sus pies.

»“Señora”, repuso el presidente, después de inclinarse con respeto, “permítame una simple pregunta, que no es una duda, y esta pregunta será la última: ¿puede usted justificar la autenticidad de lo que dice?”.

»“Sí puedo, señor”, dijo Haydée sacando de debajo del velo un saquito de satén perfumado, “pues aquí está mi acta de nacimiento, redactada por mi padre y firmada por sus principales oficiales; y aquí está, junto a mi acta de nacimiento, el acta de bautismo, pues mi padre aceptó que yo fuese educada en la religión de mi madre, acto que el gran primado de Macedonia y el de Epiro revistieron con su sello; y aquí está, en fin, y esto es lo más importante sin duda, el acta de venta que fue hecha de mi persona y de la de mi madre al mercader armenio El-Kobir, por el oficial francés que, en su infame mercado con la Porte, se había reservado, como parte del botín, a la hija y a la esposa de su benefactor, a quienes vendió por la suma de mil bolsas, es decir, por cuatrocientos mil francos más o menos”.

»Una palidez verdosa invadió las mejillas del conde de Morcerf, y sus ojos se inyectaron de sangre ante el enunciado de esas terribles imputaciones, que fueron acogidas por la asamblea con un lúgubre silencio.

»Haydée, que seguía tranquila, pero mucho más amenazadora en su calma de lo que hubiera sido cualquier otra en su cólera, tendió al presidente el acta de venta redactada en lengua árabe.

»Como se había pensado que algunas de las pruebas estarían redactadas en árabe, en romaico o en turco, el intérprete de la Cámara estaba sobre aviso; le llamaron. Uno de los nobles pares a quien la lengua árabe, aprendida durante la sublime campaña de Egipto, le era familiar, siguió sobre el pergamino la lectura que el traductor hizo en voz alta:

»Yo, El-Kobir, mercader de esclavos y suministrador del harén de S. H., reconozco haber recibido, para remitirla al sublime emperador, del señor franco conde de Montecristo, una esmeralda evaluada en dos mil bolsas, por el precio de una joven esclava cristiana, de once años de edad, llamada Haydée, hija reconocida del difunto señor Alí-Tebelin, pachá de Janina, y de Vasiliki, su esposa favorita; la cual, me había sido vendida, hace siete años, con su madre, muerta al llegar a Constantinopla, por el coronel franco al servicio del visir Alí-Tebelin, llamado Fernand Mondego.

»Dicha venta me había sido hecha a cuenta de S. H., de quien tenía la orden, mediando la suma de mil bolsas.

»Hecha en Constantinopla, con la autorización de S. H., en el año 1274 de la hégira.

»Firmado: EL-KOBIR.

»La presente acta, para que le sea dada toda fe, toda credibilidad y toda autenticidad, será revestida con el sello imperial, que el vendedor se obliga a insertar.

»Junto a la firma del mercader se veía, en efecto, el sello del sublime emperador.

»A la lectura y a la presencia de la joven le sucedió un silencio terrible; al conde no le quedaba más que la mirada, y esa mirada, fija muy a su pesar en Haydée, parecía de fuego y sangre.

»“Señora”, dijo el presidente, “¿no podríamos interrogar al conde de Montecristo, que está en París cerca de usted, por lo que creo?”.

»“Señor”, respondió Haydée, “el conde de Montecristo, mi otro padre, está en Normandía desde hace tres días”.

»“Pero entonces, señora”, dijo el presidente, “¿quién le ha aconsejado esta iniciativa, iniciativa que la Corte le agradece y que, además, es muy natural, dado su nacimiento y su infortunio?”.

»“Señor”, respondió Haydée, “esta iniciativa es fruto de mi respeto y mi dolor. Aunque cristiana, ¡que Dios me perdone!, siempre pensé en vengar a mi ilustre padre. Ahora bien, en cuanto puse mis pies en Francia, en cuanto supe que el traidor vivía en París, mis ojos y mis oídos han estado constantemente abiertos. Vivo retirada en la casa de mi noble protector, pero vivo así porque me gustan la sombra y el silencio que me permiten volver a vivir en mi pensamiento y en mi recogimiento. Pero el señor conde de Montecristo me rodea de cuidados paternales, y nada de lo que constituye la vida del mundo me es ajeno; lo que ocurre es que sólo acepto el ruido lejano. Así, leo todos los periódicos, lo mismo que me envían todos los álbumes, y como recibo todas las melodías; y al seguir,

sin darme cuenta, la vida del mundo, supe lo que había pasado esta mañana en la Cámara de los Pares y lo que iba a pasar esta tarde... entonces, escribí la nota”.

»“¿Así que”, preguntó el presidente, “el señor conde de Montecristo no ha intervenido en esta gestión?”.

»“Él la ignora completamente, señor, e incluso sólo tengo un temor, y es que la desapruebe cuando se entere; sin embargo, es un hermoso día para mí”, continuó la joven elevando al cielo sus ojos ardientes de fuego, “día en el que finalmente tengo la ocasión de vengar a mi padre”.

»El conde, durante todo ese tiempo, no había pronunciado ni una sola palabra; sus colegas le miraban y sin duda lamentaban esa fortuna rota bajo el aliento perfumado de una mujer; su desgracia se escribía poco a poco con siniestros rasgos en su rostro.

»“Señor de Morcerf”, dijo el presidente, “¿reconoce usted a la señora como hija de Alí-Tebelin, pachá de Janina?”.

»“No”, dijo Morcerf haciendo un esfuerzo para levantarse, “es una trama urdida por mis enemigos”.

»Haydée, que tenía la vista fija en la puerta, como si esperase a alguien, se volvió bruscamente y, al ver al conde de pie, dio un grito terrible:

»“¡Tú no me reconoces”, dijo, “pues bien, yo, gracias a Dios, sí te reconozco! Eres Fernand Mondego, el oficial franco que instruía a las tropas de mi noble padre. ¡Eres tú quien entregaste los castillos de Janina! ¡Eres tú quien enviado por él a Constantinopla, para tratar directamente con el emperador sobre la vida y la muerte de tu benefactor, trajiste un falso firmán que acordaba la gracia completa! ¡Eres tú quien, con ese firmán, obtuviste el anillo del pachá que debía darte el poder sobre Selim, el guardián del fuego! ¡Eres tú quien apuñaló a Selim! ¡Eres tú quien nos vendiste, a mi madre y a mí, al mercader El-Kobir! ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Todavía tienes en tu frente la sangre de tu señor! Miradle todos”.

»Esas palabras fueron pronunciadas con un tal entusiasmo de certeza, que todos los ojos se volvieron hacia la frente del conde, y él mismo se

llevó la mano a la frente como si hubiera sentido, aún tibia, la sangre de Alí.

»“¿Reconoce usted, positivamente, que el señor de Morcerf es el mismo oficial Fernand Mondego?”

»“¡Sí, lo reconozco!”, exclamó Haydée. “¡Oh! ¡Madre! Me dijiste: ‘¡Eras libre, tenías un padre que te amaba, estabas destinada a ser casi una reina! ¡Mira bien a ese hombre, es él quien te convirtió en esclava, es él quien puso en una pica la cabeza de tu padre, es él quien nos vendió, es él quien nos entregó! ¡Mira bien su mano derecha, la que tiene una gran cicatriz; si olvidaras su rostro, le reconocerás por esa mano en la que fueron cayendo, una a una, las monedas de oro del mercader El-Kobir! ¡Sí, le reconozco! ¡Oh! Que diga ahora él mismo si no me reconoce”.

»Cada palabra caía como un machete sobre Morcerf y le cercenaba una parcela de su energía; ante las últimas palabras, ocultó rápidamente en el pecho, y muy a su pesar, la mano, mutilada en efecto por una herida, y cayó sobre el asiento, hundido en una taciturna desesperación.

»La escena había levantado remolinos en el espíritu de los presentes, como se levantan en remolinos las hojas caídas de los árboles bajo el potente viento del norte.

»“Señor conde de Morcerf”, dijo el presidente, “no se deje abatir, responda: la justicia de la Corte es suprema e igual para todos como la de Dios; no dejará que sus enemigos le aplasten sin darle los medios para combatirlos. ¿Quiere usted una nueva investigación? ¿Quiere usted que ordene un viaje de dos miembros de la Cámara a Janina? ¡Hable!”.

»Morcerf no dijo nada.

»Entonces, los miembros de la comisión se miraron con una especie de terror. Conocían el carácter enérgico y violento del conde. Se necesitaba una postración muy terrible para aniquilar las defensas de este hombre; se necesitaba, en fin, pensar que a ese silencio, que se parecía al sueño, le sucediera un despertar semejante al rayo.

»“Y bien”, le preguntó el presidente, “¿qué decide usted?”.

»“¡Nada!”, dijo con voz sorda el conde, poniéndose en pie.

»“¿La hija de Alí-Tebelin”, dijo el presidente, “ha declarado entonces la verdad? ¿Es realmente el terrible testigo, al que el culpable se ve

incapaz de decir *no*? ¿Es que realmente cometió usted todos los hechos de los que se le acusa?”.

»El conde echó una mirada por todo alrededor, cuya expresión desesperada hubiera conmovido a los tigres, pero que no podía desarmar a los jueces; después, elevó los ojos a la bóveda y los apartó de inmediato, como si temiera que la bóveda, al abrirse, hiciera resplandecer a ese segundo tribunal que se llama Cielo, a ese otro juez que se llama Dios.

»Entonces, con un brusco movimiento, se arrancó los botones de esa levita cerrada que le ahogaba, y salió de la sala como un loco sombrío; por un instante sus pasos resonaron lúgubrementemente bajo la bóveda sonora; después, el sonido de las ruedas del coche que le llevaba al galope sacudió el pórtico del edificio florentino.

»“¿Señores”, dijo el presidente cuando se restableció el silencio, “el señor conde de Morcerf es culpable de felonía, de traición y de indignidad?”.

»“¡Sí!”, respondieron al unísono todos los miembros de la comisión de investigación.

»Haydée estuvo presente hasta el final de la sesión; oyó pronunciar la sentencia del conde sin que ni uno solo de los rasgos de su rostro expresase ni alegría ni piedad.

»Entonces, recubriendo de nuevo el rostro con el velo, saludó majestuosamente a los consejeros, y salió con ese paso con el que Virgilio veía caminar a las diosas.

Capítulo LXXXVII

La provocación

»Entonces —continuó Beauchamp—, aproveché el silencio y la oscuridad de la sala para salir sin ser visto. El ujier que me había introducido me esperaba a la puerta. Me condujo, a través de corredores, hasta una pequeña puerta que da a la calle de Vaugirard. Salí con el alma rota y encantada a la vez, perdone la expresión, Albert; rota, con relación a usted, encantada, por la nobleza de la joven persiguiendo la venganza paterna. Sí, se lo juro, Albert, venga de donde venga esa revelación, yo digo, que puede venir de un enemigo, pero que ese enemigo no es otro sino un agente de la Providencia.

Albert se ocultaba el rostro con las manos; descubrió un momento su cara, rojo de vergüenza y bañado en lágrimas y, cogiendo el brazo de Beauchamp:

—Amigo —le dijo—, mi vida está acabada; sólo me queda, no decir como usted que la Providencia es quien me ha golpeado, sino buscar al hombre que me persigue con su inquina. Después, cuando sepa quién es, le mataré, o me matará; ahora bien, cuento con su amistad para ayudarme, Beauchamp, a no ser que el desprecio haya matado esa amistad en su corazón.

—¿El desprecio, amigo mío? ¿Y por qué habría de alcanzarle a usted un infortunio así? ¡No! ¡A Dios gracias! No, ya no estamos en los tiempos en los que un injusto prejuicio hacía a los hijos responsables de las acciones de los padres. Repase toda su vida, Albert; data de ayer, es cierto, pero nunca la aurora de un hermoso día fue más pura que su despertar a la vida. No, Albert, créame, usted es joven, es rico, salga de Francia; todo se olvida de prisa en esta gran Babilonia de vida agitada y de gustos cambiantes; vuelva dentro de tres o cuatro años, se habrá casado con alguna princesa rusa y nadie volverá pensar en lo que ocurrió ayer, con mayor razón cuanto que los hechos que se relataron datan de hace dieciséis años.

—Gracias, mi querido Beauchamp, gracias por la excelente intención que le dicta esas palabras, pero no puede ser así; ya le he dicho mi deseo, y ahora, si es preciso, cambiaré la palabra deseo por la palabra voluntad. Usted comprende que, preocupado como estoy en este asunto, no puedo verlo con el mismo punto de vista que usted. Lo que a usted le parece que viene de una fuente celestial a mí me parece que procede de una fuente menos pura. La Providencia, me parece, se lo confieso, es muy ajena a todo esto y eso, felizmente, pues en lugar de la invisible e impalpable mensajera de recompensas y de castigos celestiales, yo encontraré un ser palpable y visible sobre el que vengarme. ¡Oh! Sí, se lo juro, me vengaré por todo lo que sufro desde hace un mes. Ahora, se lo repito, Beauchamp, yo insisto en entrar en la vida humana y material, y si usted sigue siendo mi amigo, como dice, ayúdeme a encontrar la mano que ha asestado el golpe.

—Entonces, ¡que así sea! —dijo Beauchamp—. Si insiste totalmente en que yo baje a la tierra, lo haré; si insiste en buscar al enemigo, me pondré a ello con usted. Y lo encontraré, pues mi honor tiene tanto interés como el de usted en encontrarle.

—Y bien, entonces, Beauchamp, comprenda, al instante mismo, sin tardar un momento, comencemos nuestras pesquisas. Cada minuto de retraso es una eternidad para mí; el denunciante no ha sido aún castigado, así que tal vez espere no serlo nunca; ¡y, por mi honor, que si es eso lo que espera, se equivoca!

—Y bien, escúcheme, Morcerf.

—¡Ah! Beauchamp, veo que usted sabe algo, mire, ¡eso ya me devuelve la vida!

—Yo no digo que esto sea la verdad, Albert, pero es al menos una luz en la noche, y seguir esa luz quizá nos lleve al final.

—¡Diga! Ya ve que ardo de impaciencia.

—Pues bien, voy a contarle lo que no quise decirle al volver de Janina.

—Hable.

—Mire lo que pasó, Albert; fui primero, con toda naturalidad, a casa del primer banquero de la ciudad para informarme; a la primera palabra, antes incluso de mencionar el nombre de su padre:

»“¡Ah!”, dijo, “muy bien, adivino lo que le trae aquí”.

»“¿Cómo es eso! ¿Por qué?”

»“Porque apenas hace quince días me preguntaron sobre el mismo tema.”

»“¿Quién le preguntó?”

»“Un banquero de París, mi corresponsal.”

»“¿Y que se llama...?”

»“Señor Danglars.”

—¡Él! —exclamó Albert—. En efecto, es él quien persigue a mi padre desde hace tiempo con su celoso odio; él, el supuesto hombre del pueblo, que no puede perdonar al conde de Morcerf que sea par de Francia. Y, mire, esa ruptura del compromiso matrimonial sin dar ninguna razón; sí, eso es.

—Infórmese, Albert, pero no se lance por adelantado; infórmese, le digo, para saber si es cierto...

—¡Oh! Sí, ¡claro que es cierto! —exclamó el joven—. Pagaré por todo lo que he sufrido.

—Cuidado, Morcerf, es un hombre ya mayor.

—Tendré por su edad la misma consideración que él ha tenido por el honor de mi familia; si al que odiaba era a mi padre, ¿por qué no ha ido directamente a por él? ¡Oh! No, ¡tuvo miedo de enfrentarse cara a cara con un hombre!

—Albert, yo no le condeno a usted, sólo le retengo; Albert, obre con prudencia.

—¡Ah! No tenga miedo; además, usted me acompañará, Beauchamp, las cosas solemnes deben tratarse delante de testigos. Antes de que acabe el día, si el señor Danglars es el culpable, el señor Danglars habrá dejado de existir, o yo estaré muerto. ¡Pardiez, Beauchamp, quiero unos hermosos funerales en mi honor!

—Pues bien, entonces, cuando se toman resoluciones así, Albert, hay que llevarlas a cabo al instante mismo. ¿Usted quiere ir a casa del señor Danglars? ¡Pues vamos!

Enviaron a buscar un cabriolé de alquiler. Al entrar en el palacete del banquero, vieron a la puerta el faetón y al criado del señor Andrea Cavalcanti.

—¡Ah, pardiez! Esto empieza bien —dijo Albert con voz sombría—. Si el señor Danglars no quiere batirse conmigo, le mataré a su yerno. Un Cavalcanti debe batirse, ¿no?

Anunciaron al joven al banquero, quien al oír el nombre de Albert, sabiendo lo que había ocurrido la víspera, le prohibió la entrada. Pero ya era demasiado tarde; Albert había seguido al lacayo; oyó la orden dada, forzó la puerta y entró, seguido de Beauchamp, hasta el mismo despacho del banquero.

—¡Pero, señor! —exclamó este—. ¿Es que uno ya no es dueño de recibir o no en su casa a quien quiera? Me parece que olvida usted sus modales de una manera muy extraña.

—No, señor —dijo con frialdad Albert—; hay circunstancias, y está usted en una de ellas, en las que, salvo cobardía, y le ofrezco ese subterfugio, hay que estar en casa para algunas personas, por lo menos.

—Entonces, ¿qué quiere usted de mí, señor?

—Quiero —dijo Morcerf acercándose, sin prestar atención aparentemente a Cavalcanti que estaba pegado a la chimenea—, quiero proponerle un encuentro en un rincón apartado, donde nadie le molestará durante diez minutos, no le pido nada más; en un lugar en el que, de los dos hombres que se encuentren allí, uno de los dos quedará sobre la hierba.

Danglars palideció, Cavalcanti hizo un movimiento y Albert se volvió hacia él:

—¡Oh! ¡Dios santo! —dijo—. Venga usted también si quiere, señor conde, tiene derecho a venir, es casi de la familia, y yo doy esta clase de citas a todo el que quiera aceptarlas.

Cavalcanti miró estupefacto a Danglars, el cual, haciendo un esfuerzo, se levantó y se interpuso entre los dos jóvenes. El ataque de Albert a Andrea venía a colocar el asunto sobre otro terreno, y esperaba que la visita de Albert tuviera otra causa que la había supuesto en un principio.

—¡Ah! Vaya, señor —dijo a Albert—, si viene aquí a buscar querrela al señor porque le he preferido a usted, le prevengo que haré de esto un asunto para el fiscal.

—Se equivoca, señor —dijo Morcerf con una turbia sonrisa—, yo no hablo de matrimonio en absoluto, sólo me dirijo al señor Cavalcanti porque me pareció por un instante que intentaba intervenir en nuestra conversación. Y además, mire, por lo demás, tiene usted razón —dijo—, hoy busco querrela con todo el mundo; pero, tranquilo, señor Danglars, tiene usted prioridad.

—Señor —respondió Danglars, pálido de cólera y de miedo—, le advierto que cuando tengo la desgracia de toparme en mi camino con un dogo rabioso, lo mato, y lejos de sentirme culpable, creo que así presto un servicio a la sociedad. Así que, mire, si usted está rabioso y quiere morderme, le aviso, le mataré sin piedad. ¡Mire! ¿Es que es culpa mía si su padre se deshonor?

—Sí, ¡miserable! ¡Es culpa tuya! —exclamó Morcerf.

Danglars dio un paso hacia atrás.

—¡Culpa mía! ¡Culpa mía! ¡Pero, está usted loco! ¿Es que sé yo esa historia griega? ¿Es que he viajado yo por todos esos países? ¿Es que yo aconsejé a su padre que entregara los castillos de Janina, que traicionara...?

—¡Silencio! —dijo Albert con voz sorda—. No, no es usted quien directamente ha causado este escándalo y esta desgracia, pero es usted quien la ha provocado hipócritamente.

—¡Yo!

—¡Sí, usted! ¿De dónde viene la noticia?

—Pues me parece que el periódico lo decía: de Janina, ¡pardiez!

—¿Quién escribió a Janina?

—¿A Janina?

—Sí. ¿Quién escribió para pedir información sobre mi padre?

—Me parece que todo el mundo puede escribir a Janina.

—Sí, pero sólo una persona lo hizo.

—¿Una sola?

—Sí, y esa persona fue usted.

—Escribí, sin duda; me parece que, cuando se quiere casar a una hija, se puede pedir toda clase de informes sobre la familia del joven; eso es, no solamente un derecho, sino también un deber.

—Usted escribió, señor —dijo Albert—, sabiendo perfectamente la respuesta que obtendría.

—¿Yo? ¡Ah! Le juro —exclamó Danglars con una confianza y una seguridad que le venían menos del miedo, y sí tal vez más del interés que sentía en el fondo por el desgraciado muchacho—, le juro que nunca se me hubiese ocurrido escribir a Janina. ¿Es que acaso conocía yo la catástrofe de Alí-Pachá?

—Entonces, alguien le empujó a escribir.

—Ciertamente.

—¿Le incitaron a hacerlo?

—Sí.

—¿Y quién...? Acabe..., diga...

—¡Pardiez! Nada más simple; yo hablaba del pasado de su padre, le decía que el origen de su fortuna no estaba muy claro. Esa persona me preguntó dónde había hecho su padre de usted esa fortuna. Yo dije: en Grecia. Entonces, me dijo: Pues bien, escriba a Janina.

—¿Y quién le aconsejó todo eso?

—¡Pardiez! Pues el conde de Montecristo, su amigo.

—¿El conde de Montecristo le dijo que escribiera a Janina?

—Sí, y lo hice. ¿Quiere usted ver mi correspondencia? Se la enseñaré.

Albert y Beauchamp se miraron.

—Señor —dijo entonces Beauchamp, que hasta ese momento no había abierto la boca—, me parece que acusa al conde, que está ausente de París, y que no puede justificarse en este momento.

—Yo no acuso a nadie, señor —dijo Danglars—, yo les digo la verdad, y repetiré delante del conde de Montecristo lo que acabo de decirles.

—¿Y el conde sabe la respuesta recibida?

—Yo mismo se la enseñé.

—¿Sabía que el nombre de pila de mi padre era Fernand, y su apellido Mondego?

—Sí, yo se lo había dicho desde hacía tiempo; además, yo no he hecho nada que cualquier otro no hubiera hecho en mi lugar, e incluso mucho menos. Cuando al día siguiente de esa respuesta, empujado por Montecristo, su padre de usted vino a pedirme oficialmente la mano de mi hija, como se hace cuando uno quiere acabar con el compromiso, yo se la negué; lo rechacé de plano, es cierto, pero sin explicaciones, sin ruido. En efecto, ¿por qué habría de armar un escándalo? ¿En qué me beneficia a mí el honor o deshonor del señor de Morcerf? Eso no hace ni subir ni bajar mi renta.

Albert sintió el rubor que le subía hasta la frente; ya no había duda, Danglars se defendía con bajeza, pero también con la seguridad de un hombre que dice, si no toda la verdad, sí al menos parte de la verdad, no por buena conciencia, es cierto, pero sí por terror. Además, ¿qué buscaba Morcerf? No era la mayor o menor culpabilidad de Danglars o de Montecristo, buscaba a un hombre que respondiese de la ofensa ligera o grave, buscaba a un hombre que se batiera en duelo, y era evidente que Danglars no se batiría.

Y además, cada una de esas cosas olvidadas o desapercibidas se hacía visible a sus ojos y presente en su memoria. Montecristo sabía todo, puesto que era él quien había comprado a la hija de Alí-Pachá; ahora bien, sabiendo todo, había aconsejado a Danglars que escribiera a Janina. Conocida la respuesta, había accedido al deseo de Albert de ser presentado a Haydée; una vez delante de ella, había dejado que la conversación recayera sobre la muerte de Alí, sin oponerse al relato de Haydée, pero habiendo dado, sin duda, a la joven ciertas instrucciones, tal vez en

aquellas frases en romaico que había pronunciado, instrucciones que no permitieron a Morcerf reconocer a su padre que formaba parte del relato; por otra parte, ¿no le había prohibido a él pronunciar el nombre de su padre delante de Haydée? Finalmente se había llevado a Albert a Normandía en el momento en el que sabía que iba a estallar el escándalo. No cabía ya ninguna duda: todo ello estaba calculado y, sin ninguna duda, Montecristo se entendía con los enemigos de su padre.

Albert cogió a Beauchamp aparte y le comunicó sus ideas.

—Tiene usted razón —dijo este—; el señor Danglars, en todo lo ocurrido, no ha participado sino en la parte brutal y material; es a Montecristo a quien debe pedir usted una explicación.

Albert se dio la vuelta.

—Señor —dijo a Danglars—, usted sabe que no me despido de usted definitivamente; me queda por saber si sus inculpaciones son ciertas, así que voy a asegurarme en casa del señor conde de Montecristo.

Y saludando al banquero, salió con Beauchamp sin ocuparse, aparentemente, de Cavalcanti.

Danglars les acompañó hasta la puerta y, en la puerta, renovó a Albert la certeza de que ningún motivo de odio personal le animaba contra el señor conde de Morcerf.

Capítulo LXXXVIII

El insulto

A la puerta del banquero, Beauchamp retuvo a Morcerf.

—Escuche —le dijo—, hace un rato le dije en casa de Danglars que era al señor de Montecristo a quien debía pedirle una explicación.

—Sí, y ahora vamos a su casa.

—Un momento, Morcerf; antes de ir a ver al conde, reflexione.

—¿Y qué quiere que reflexione?

—Sobre la gravedad de esa iniciativa.

—¿Es más grave que ir a casa del señor Danglars?

—Sí; el señor Danglars es un hombre de dinero, y usted lo sabe, los hombres de dinero saben demasiado bien el capital que arriesgan como para batirse así como así. El otro, por el contrario, es un gentilhomme, al menos en apariencia; ¿pero no teme usted que, bajo el gentilhomme, se encuentre el sicario?

—Yo sólo temo una cosa, y es la de encontrar a un hombre que no quiera batirse.

—¡Oh! Tranquilo —dijo Beauchamp—, este se batirá. Incluso temo una cosa, y es que se bata demasiado bien; ¡cuidado!

—Amigo —dijo Morcerf con una hermosa sonrisa—, eso es lo que pido; y es lo mejor que me puede suceder: morir por mi padre; eso nos salvará a todos.

—¡Su madre morirá también!

—¡Pobre madre! —dijo Albert pasándose la mano por los ojos—. Ya lo sé; pero mejor es que muera de pena, que no de vergüenza.

—¿Está usted completamente decidido, Albert?

—Sí.

—¡Vamos entonces! ¿Pero cree que le encontraremos?

—Tenía que regresar unas horas después que yo, y seguramente ya habrá llegado.

Subieron al carruaje y dieron la dirección de los Champs-Élysées, n.º 30.

Beauchamp quería ir él solo, pero Albert le hizo observar que este asunto, al salirse de las reglas ordinarias, le permitía apartarse de las reglas ordinarias del duelo.

El joven actuaba en todo este asunto por una causa tan sagrada, que Beauchamp no tenía más remedio que someterse a su voluntad; cedió, pues, ante Morcerf y se contentó con seguirle.

Albert apenas si dio un salto desde la portería a la escalinata. Baptistin le recibió.

El conde, efectivamente, acababa de llegar, pero estaba en el baño y había ordenado no recibir a nadie, fuera quien fuera.

—¿Pero, después del baño? —preguntó Morcerf.

—El señor comerá.

—¿Y después?

—El señor dormirá una hora.

—¿Y después?

—Después irá a la Ópera.

—¿Está usted seguro? —preguntó Albert.

—Perfectamente seguro; el señor ha pedido sus caballos a las ocho en punto.

—Muy bien —replicó Albert—; eso es todo lo que quería saber.

Después, dirigiéndose a Beauchamp:

—Si tiene usted algo que hacer, vaya a hacerlo enseguida, Beauchamp; si tiene alguna cita para esta tarde, pospóngala hasta mañana. Comprenda que cuento con usted para ir a la Ópera. Si puede, traiga con usted a Château-Renaud.

Beauchamp aprovechó el permiso y dejó a Albert, tras prometerle que vendría a buscarle a las ocho menos cuarto.

Una vez en casa, Albert escribió a Franz, a Debray y a Morrel, para manifestarles el deseo que tenía de verles aquella misma velada en la Ópera.

Después fue a visitar a su madre, que desde los acontecimientos de la víspera había ordenado que nadie la molestara, encerrada en su habitación. La encontró en la cama, rota por el dolor y la humillación pública.

La visita de Albert produjo en Mercedes el efecto que se podía esperar; estrechó las manos de su hijo y rompió en sollozos. Y esas lágrimas la aliviaron.

Albert se quedó un instante de pie y mudo junto al rostro de su madre. Se veía en su cara pálida y en su frente concentrada que su resolución de venganza se espesaba cada vez más en su corazón.

—Madre —preguntó Albert—, ¿es que usted conoce algún enemigo del señor de Morcerf?

Mercedes se sobresaltó; había observado que el joven no había dicho: «de mi padre».

—Querido mío —dijo ella— las personas de la posición del conde tienen muchos enemigos que ni siquiera conocen. Además, los enemigos conocidos, no son, tú lo sabes, los más peligrosos.

—Sí, eso lo sé, por eso apelo a toda su perspicacia, madre. Usted es una mujer tan superior que nada se le escapa, madre.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque usted observó, por ejemplo, que, en la velada del baile que dimos, el señor de Montecristo no quiso tomar nada en nuestra casa.

Mercedes, incorporándose toda temblorosa, apoyada en un brazo y ardiendo por la fiebre:

—¡El señor de Montecristo! —exclamó—. ¿Qué relación habría de tener con la pregunta que me haces?

—Usted lo sabe, madre, el señor de Montecristo es casi un hombre del Oriente, y los orientales, para reservarse toda libertad de venganza, ni comen ni beben nunca en la casa de su enemigo.

—¿El señor de Montecristo nuestro enemigo, dices, Albert? —repuso Mercedes poniéndose más pálida que las sábanas blancas que la cubrían—. ¿Quién te ha dicho eso? ¿Por qué? Estás loco, Albert. El señor de Montecristo te salvó la vida, tú mismo nos lo presentaste. ¡Oh! Te lo ruego, hijo mío, si se te ha ocurrido una idea así, apártala; si tengo una recomendación que hacerte, diré más, si tengo una súplica que hacerte es que te mantengas en buenos términos con él.

—Madre —replicó el joven con una turbia mirada—, tiene usted sus razones para decirme que me lleve bien con ese hombre.

—¡Yo! —exclamó Mercedes, sonrojándose con la misma rapidez con la que antes había palidecido, y volviendo de nuevo a ponerse más pálida aún que antes.

—Sí, sin duda, y esa razón —repuso Albert—, ¿no es la de que ese hombre no puede hacernos ningún mal?

Mercedes se estremeció; y mirando a su hijo de manera inquisitiva:

—Me hablas de modo extraño —le dijo—, y me parece que tienes extraños prejuicios. ¿Pues, qué te ha hecho el conde? Hace tres días estabas con él en Normandía; hace tres días yo le veía, y tú también le veías, como a tu mejor amigo.

Una sonrisa irónica afloró a los labios de Albert. Mercedes vio esa sonrisa, y con ese doble instinto de mujer y de madre, adivinó todo; pero, prudente y fuerte, ocultó su turbación y sus sobresaltos.

Albert dejó caer la conversación; al cabo de un instante la condesa la reanudó.

—Venías a preguntarme cómo estaba —dijo—, te responderé francamente, amigo mío, que no me siento bien. Tendrías que instalarte aquí, Albert, me harías compañía; necesito no estar sola.

—Madre querida —dijo el joven—, estaré a sus órdenes, y no sabe con cuánto placer, pero me veo forzado a dejarla durante toda la velada, por un asunto urgente e importante.

—¡Ah! Muy bien —respondió Mercedes con un suspiro—; ve, Albert, no quiero hacerte esclavo de la piedad filial.

Albert simuló no haber oído, saludó a su madre y salió.

En cuanto el joven cerró la puerta, Mercedes llamó a un sirviente de confianza y le ordenó que siguiera a Albert a todas partes adonde este fuera a lo largo de la velada, y que regresara a rendirle cuentas de inmediato.

Después llamó a su doncella, y aunque se encontraba muy débil, se vistió con su ayuda, para estar preparada ante cualquier eventualidad.

La misión encomendada al lacayo no era difícil de cumplir.

Albert volvió a su casa y se vistió con una especie de esmero rebuscado y severo. A las ocho menos diez, Beauchamp llegó; había visto a Château-Renaud y este le había prometido que estaría en el patio de butacas antes de que se levantase el telón.

Ambos jóvenes subieron al cupé de Albert que, al no tener ninguna razón para ocultar adónde iban, ordenó al cochero en voz alta:

—¡A la Ópera!

En su impaciencia, llegaron antes de que se levantara el telón. Château-Renaud estaba en su asiento, y puesto que estaba advertido de todo por Beauchamp, Albert no tenía que darle ninguna explicación. La conducta de este hijo intentando vengar a su padre era tan simple que Château-Renaud no intentó en absoluto disuadirle, y se contentó con renovarle la seguridad de que estaba a su disposición.

Debray no había llegado todavía, pero Albert sabía que raramente faltaba a una representación en la Ópera. Albert erró por el teatro hasta que se levantó el telón. Esperaba encontrar a Montecristo, ya fuera por los pasillos o en la escalera. El timbre sonó para que ocuparan sus asientos, y Albert vino a sentarse al patio de butacas entre Château-Renaud y Beauchamp.

Pero no quitaba los ojos de ese palco de entrecolumnas que durante todo el primer acto parecía obstinarse en permanecer cerrado.

Finalmente, cuando Albert consultaba su reloj por centésima vez, al principio del segundo acto, la puerta del palco se abrió, y Montecristo, vestido de negro, entró y se apoyó en la barandilla para mirar en la sala;

Morrel le acompañaba, buscando con la mirada a su hermana y a su cuñado. Les vio en un palco de la segunda fila, y les hizo una seña.

El conde, al echar una ojeada circular por toda la sala, vio una cabeza de cara pálida y unos ojos brillantes que parecían intentar atraer ávidamente sus miradas; reconoció por supuesto a Albert, pero la expresión que observó en su rostro convulsionado le aconsejó sin duda obviarle. Sin hacer ningún movimiento que descubriese sus pensamientos, se sentó, sacó el catalejo de su estuche, y comenzó a mirar en otra dirección.

Pero, aún simulando no haber visto a Albert, el conde no le perdía de vista, y cuando cayó el telón al final del segundo acto, una ojeada infalible y segura siguió al joven que salía del patio de butacas acompañado de sus dos amigos.

Después, la misma cabeza reapareció en los ventanales de un primer palco frente al suyo. El conde veía venir la tormenta, y cuando oyó la llave que giraba en la cerradura de su palco, aunque en ese mismo momento estuviera hablando con Morrel con la mejor de sus sonrisas, el conde sabía a qué atenerse y se había preparado para todo.

La puerta se abrió.

Solamente entonces Montecristo se dio la vuelta y vio a Albert, lívido y tembloroso; tras él venían Beauchamp y Château-Renaud.

—¡Vaya! —exclamó con esa acogedora cortesía que distinguía normalmente su saludo de las banales formalidades de los demás—. ¡Aquí está mi caballero que llegó a su meta! Buenas noches, señor de Morcerf.

Y el rostro de este hombre, tan singularmente dueño de sí, expresaba la más perfecta cordialidad.

Solamente entonces Morrel recordó la carta que había recibido del vizconde, y en la que, sin ninguna explicación, este le rogaba que fuera a la Ópera; y comprendió que iba a pasar algo terrible.

—No venimos aquí para intercambiar hipócritas cortesías o simulacros de amistad —dijo el joven—; venimos a pedirle una explicación, señor conde.

La voz temblorosa del joven apenas si pasaba entre sus apretados dientes.

—¿Una explicación en la Ópera? —dijo el conde con ese tono tan tranquilo y con esa mirada tan penetrante, en los que se reconoce, con ese doble carácter, al hombre eternamente seguro de sí mismo—. Por muy poco conocedor que yo sea de las costumbres parisinas, nunca hubiera creído, señor, que fuera este el lugar para pedir explicaciones.

—Sin embargo, cuando las personas se esconden —dijo Albert— cuando no se puede llegar hasta ellas bajo el pretexto de que están en el baño, en la mesa o en la cama, habrá que abordarlas allí donde se encuentren.

—Yo no soy difícil de encontrar —dijo Montecristo—, pues ayer mismo, señor, si no me falla la memoria, estaba usted en mi casa.

—Ayer, señor —dijo el joven, cuya cabeza se le trastocaba—, yo estaba en su casa porque ignoraba quién era usted.

Y pronunciando estas palabras, Albert había subido el tono de su voz de manera que las personas situadas en los palcos próximos le oyesen, así como las que pasaban por el pasillo. De modo que las personas de los palcos se volvían para mirar, y las del pasillo se paraban detrás de Beauchamp y Château-Renaud, al oír ese altercado.

—¿Pero, de dónde sale usted, señor? —dijo Montecristo sin la menor emoción aparente—. Me parece que no está usted en su sano juicio.

—Con tal de que yo comprenda su perfidia, señor, y que llegue a hacerle comprender que quiero vengarme de ella, permanecería lo suficientemente razonable —dijo Albert furioso.

—Señor, no le comprendo —replicó Montecristo—, y aunque le comprendiera, no por eso tengo que decirle que habla usted demasiado alto. Aquí estoy en mi casa, señor, y sólo yo tengo derecho a levantar la voz por encima de las demás voces. ¡Salga de aquí, señor!

Y Montecristo indicó la puerta a Albert con un gesto admirable de mando.

—¡Ah! ¡Ya le haré yo salir de su casa! —repuso Albert arrugando en sus convulsas manos el guante que el conde no perdía de vista.

—¡Bien!, ¡bien! —dijo flemáticamente Montecristo—. Busca usted pelea, señor; ya lo veo; pero un consejo, vizconde, y recuérdelo bien: es

una mala costumbre armar tanto ruido al provocar a alguien. El ruido no le va a todo el mundo, señor de Morcerf.

Al oír el nombre de Morcerf, un murmullo de asombro pasó como un escalofrío entre los que oían esta escena. Desde la víspera, el nombre de Morcerf corría de boca en boca.

Albert, mejor que nadie, y antes que nadie, comprendió la alusión, e hizo un gesto para lanzar el guante a la cara del conde; pero Morrel le sujetó por la muñeca, mientras que Beauchamp y Château-Renaud, temiendo que la escena sobrepasase el límite de una provocación, le sujetaban por detrás.

Pero Montecristo, sin levantarse, inclinando la silla, extendió la mano solamente, y cogiendo entre los dedos crispados del joven el guante húmedo y arrugado:

—Señor —dijo en un tono terrible—, doy su guante por lanzado, y se lo devolveré envolviendo en él una bala. Ahora, salga de mi palco, o llamo a mis criados para que le pongan en la calle.

Ebrio, desencajado, con los ojos inyectados de sangre, Albert dio dos pasos hacia atrás.

Morrel aprovechó para cerrar la puerta.

Montecristo volvió a coger su catalejo y se puso a observar a la sala como si nada extraordinario hubiera ocurrido.

Este hombre tenía un corazón de bronce y un rostro de mármol. Morrel se inclinó a su oído.

—¿Pero, qué es lo que le ha hecho? —dijo.

—¿Yo? Nada, personalmente al menos —dijo Montecristo.

—Sin embargo, esta extraña escena debe tener alguna causa.

—La aventura del conde de Morcerf exaspera al desgraciado joven.

—¿Y tiene usted algo que ver en ello?

—Fue Haydée quien instruyó a la Cámara de la traición de su padre.

—En efecto —dijo Morrel—, me dijeron, pero yo no había querido creerlo, que la esclava griega que vi con usted, en este mismo palco, era la hija de Alí-Pachá.

—Sin embargo, esa es la verdad.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Morrel—. Ahora entiendo todo, esta escena era premeditada.

—¿Cómo es eso?

—Sí, Albert me escribió para que yo viniera a la Ópera esta noche; era para que fuera testigo del insulto que iba a hacerle.

—Probablemente —dijo Montecristo con su imperturbable tranquilidad.

—¿Pero, qué hará usted con él?

—¿Con quién?

—¿Con Albert!

—¿Con Albert? —repuso Montecristo con el mismo tono—. ¿Lo que haré, Maximilien? Tan cierto como que está usted aquí y tan cierto como que le estrecho la mano, le mataré mañana antes de las diez de la mañana. Eso es lo que haré.

Morrel, a su vez, cogió la mano de Montecristo entre las suyas, y se estremeció al sentir su mano fría y tranquila.

—¡Ah! Conde —dijo—, ¡su padre le quiere tanto!

—¡No me diga esas cosas! —exclamó Montecristo, como si fuera el primer impulso de cólera que hubiera sentido nunca—. ¡Le haría sufrir!

Morrel, estupefacto, soltó la mano del conde.

—¡Conde!, ¡conde! —dijo.

—Querido Maximilien —interrumpió el conde—, escuche la adorable forma en la que Duprez^[1] canta esa frase:

»*¡Oh, Matilde! Ídolo de mi alma.*

»Mire, fui el primero en descubrir a Duprez en Nápoles, y el primero en aplaudirle. ¡Bravo!, ¡bravo!

Morrel comprendió que no había nada más que decir, y esperó.

El telón, que se había levantado al final de la escena de Albert, se bajó casi enseguida. Llamaron a la puerta.

—¡Pase! —dijo Montecristo sin que su voz delatara la menor emoción. Beauchamp apareció.

—Buenas tardes, señor Beauchamp —dijo Montecristo, como si viera al periodista por primera vez en toda la velada—; pero, siéntese.

Beauchamp saludó, entró y se sentó.

—Señor —dijo a Montecristo—, yo acompañaba ahora mismo, como pudo ver, al señor de Morcerf.

—Lo que quiere decir —repuso Montecristo riendo—, que probablemente venían ustedes de cenar juntos. Encantado de ver, señor Beauchamp, que usted está más sobrio que él.

—Señor —dijo Beauchamp—, convengo en que Albert se ha equivocado dejándose llevar de esa manera, y yo vengo, por mi cuenta, a presentarle excusas. Ahora que mis excusas están hechas, las mías, entienda, señor conde, vengo a decirle que le creo a usted un hombre demasiado caballero como para que se niegue a darme algunas explicaciones sobre el tema de sus relaciones con la gente de Janina; además, añadiré dos palabras sobre la joven griega.

Montecristo hizo un pequeño gesto, con los labios y con los ojos, que ordenaba silencio.

—¡Vamos! —añadió riendo—. He ahí todas mis esperanzas rotas.

—¿Cómo es eso? —preguntó Beauchamp.

—Sin duda, primero se apresura usted a crearme una reputación de excéntrico; soy, según usted, un Lara, un Manfredo, un lord Ruthwen; después, una vez que el momento de verme excéntrico ha pasado, me adula, e intenta hacer de mí un hombre banal. Usted me prefiere común, vulgar; en fin, me pide explicaciones. ¡Vamos, vamos! Señor Beauchamp, ¿se burla usted?

—Sin embargo —repuso Beauchamp con altivez—, hay ocasiones en las que la probidad manda...

—Señor Beauchamp —interrumpió este hombre extraño—, quien manda al señor conde de Montecristo es el señor conde de Montecristo. Así, pues, ni una palabra de todo eso, se lo ruego. Yo hago lo que quiero, señor Beauchamp, y, créame, lo que hago está siempre bien hecho.

—Señor —respondió el joven—, no se paga a la gente honrada con esa moneda; se precisan garantías para el honor.

—Señor, yo soy una garantía viviente —repuso Montecristo impasible, pero cuyos ojos se encendían con relámpagos amenazadores—. Ambos tenemos en las venas sangre que deseamos verter, esa es nuestra mutua

garantía. Lleve esta respuesta al vizconde y dígale que mañana, antes de las diez, habré visto el color de la suya.

—Así que no me queda más que fijar las condiciones del duelo —dijo Beauchamp.

—Eso me es totalmente indiferente, señor —dijo el conde de Montecristo—; era pues, inútil venir a molestarme en el espectáculo por tan poca cosa. En Francia uno se bate con la espada o con la pistola; en las colonias, se usa la carabina; en Arabia, el puñal. Diga a su cliente que, aunque soy el insultado, para ser excéntrico hasta el final, le dejo que elija las armas, y que aceptaré todo sin discusión, sin contestación; todo, ¿me oye bien? Todo, incluso el duelo por sorteo, lo que es siempre estúpido. Aunque, en mi caso, para mí es otra cosa: yo estoy seguro de ganar.

—¡Seguro de ganar! —repitió Beauchamp mirando estupefacto al conde.

—¡Eh! Ciertamente —dijo Montecristo encogiéndose ligeramente de hombros—. Si no fuera así, no me batiría con el señor de Morcerf. Le mataré, es preciso, y así será. Así que envíeme una nota a casa esta noche, indicando armas y hora, no me gusta hacerme esperar.

—Con pistolas, a las ocho de la mañana, en el bosque de Vincennes —dijo Beauchamp, desconcertado, sin saber si se las veía con un fanfarrón presuntuoso o con un ser sobrenatural.

—Está bien, señor —dijo Montecristo—. Ahora que todo está reglado, déjeme oír el espectáculo, se lo ruego, y diga a su amigo Albert que no vuelva esta noche: se perjudicaría con todas esas brutalidades de mal gusto. Que se vaya a casa y que duerma.

Beauchamp salió lleno de asombro.

—Ahora —dijo Montecristo volviéndose hacia Morrel—, cuento con usted, ¿no es así?

—Ciertamente que sí —dijo Morrel—, puede usted contar conmigo, conde; sin embargo...

—¿Cómo?

—Sería importante, conde, que yo conociese la verdadera causa...

—Es decir, ¿que no acepta?

—No, no es eso.

—¿La verdadera causa, Morrel? —dijo el conde—. Ese mismo joven actúa como un ciego, y no la conoce. La verdadera causa, sólo es conocida por mí y por Dios; pero le doy mi palabra de honor, Morrel, que Dios, que la conoce, estará a favor nuestro.

—Eso basta, conde —dijo Morrel—. ¿Quién es su otro testigo?

—No conozco a nadie en París a quien yo quiera hacer ese honor más que a usted, Morrel, y a su cuñado Emmanuel. ¿Cree usted que Emmanuel querrá prestarme ese servicio?

—Respondo de él como de mí mismo, conde.

—¡Bien! Es todo lo que necesito. Mañana, a las siete de la mañana en mi casa, ¿no?

—Allí estaremos.

—¡Chsss! Se levanta el telón, escuchemos. Tengo la costumbre de no perderme ni una sola nota de esta ópera; ¡tiene una música tan encantadora *Guillermo Tell!*

Capítulo LXXXIX

La noche

El señor de Montecristo esperó, según su costumbre, a que Duprez cantara su famoso *Suivez-moi!*, y solamente entonces se levantó y salió.

En la puerta, Morrel se despidió de él renovando la promesa de estar en su casa, con Emmanuel, al día siguiente a las siete de la mañana. Después, el conde se subió a su cupé, tranquilo y sonriente. Cinco minutos después estaba en su casa. Ahora bien, tendríamos que no conocer al conde para dejarnos engañar por esa expresión con la que dijo a Alí al entrar:

—Alí, ¡mis pistolas de culata de marfil!

Alí trajo el estuche a su amo, y este se puso a examinar las armas con la meticulosidad natural para un hombre que va a confiar su vida a un poco de hierro y plomo. Eran unas pistolas especiales que Montecristo había encargado para el tiro al blanco en sus aposentos. Un resorte bastaba para disparar la bala, y desde la habitación contigua nadie podría dudar de que el conde, como se dice en términos de tiro, se dedicaba a probar la puntería.

Encajaba el arma en la mano, buscaba el punto de mira sobre una placa en la pared que le servía de diana, cuando se abrió la puerta del gabinete y Baptistin entró.

Pero, antes de que pudiera abrir la boca, el conde vio en la puerta, que se había quedado abierta, a una mujer cubierta con un velo, de pie, en la penumbra de la sala contigua y que había seguido a Baptistin.

La mujer había visto al conde con la pistola en la mano, vio, además, sobre una mesa, dos espadas, y entró precipitadamente.

Baptistin consultó a su amo con la mirada. El conde le hizo un gesto y Baptistin salió cerrando la puerta tras de sí.

—¿Quién es usted, señora? —dijo el conde a la dama del velo.

La desconocida echó una mirada por todo alrededor para asegurarse de que estaban solos, después, inclinándose como para arrodillarse, y juntando las manos con desesperación:

—Edmond —dijo—, ¡no matarás a mi hijo!

El conde dio un paso atrás, emitió un leve grito y dejó caer el arma que tenía en la mano.

—¿Qué nombre ha pronunciado, señora de Morcerf? —dijo.

—¡El suyo! —dijo echando hacia atrás el velo—. Sólo el suyo, que tal vez soy la única que no lo ha olvidado, Edmond; no es la señora de Morcerf la que está aquí, es Mercedes.

—Mercedes está muerta, señora —dijo Montecristo—, ya no conozco a nadie con ese nombre.

—Mercedes vive, señor, y Mercedes recuerda, pues es la única que le reconoció al verle, por su voz, Edmond, sólo por el sonido de su voz; y desde entonces sigue sus pasos, le vigila, le teme, y no ha necesitado buscar la mano que asestaba el golpe al señor de Morcerf.

—A Fernand, quiere usted decir, señora —repuso Montecristo con amarga ironía—; ya que estamos recordando nombres, recordémoslos todos.

Y Montecristo pronunció el nombre de Fernand con tal expresión de odio que Mercedes sintió un escalofrío de terror recorrer todo su cuerpo.

—¡Ya ve, Edmond que no me he equivocado! —exclamó Mercedes—. Y que tengo razón en decirle: ¡No toque a mi hijo!

—¿Y quién le dijo, señora, que deseo algún mal a su hijo?

—¡Nadie, Dios mío! Pero una madre ve siempre más allá. Adiviné todo; le seguí a la Ópera y, oculta en un palco de platea, vi toda la escena.

—Entonces, si usted vio todo, señora, vería que el hijo de Fernand me insultó públicamente —dijo Montecristo con una calma terrible.

—¡Oh! ¡Piedad!

—Vería —continuó el conde— que me hubiera arrojado el guante a la cara, si uno de sus amigos no le hubiera sujetado el brazo.

—Escúcheme. Mi hijo también le ha descubierto; le atribuye a usted todas las desgracias que recaen en su padre.

—Señora —dijo Montecristo—, usted se confunde: no son desgracias, es el castigo. No soy yo quien golpea al señor de Morcerf, es la Providencia que le castiga.

—¿Y por qué sustituye usted a la Providencia? —exclamó Mercedes—. ¿Por qué recuerda usted cuando la Providencia olvida? ¿Qué le importan a usted, Edmond, Janina y su visir? ¿Qué daño le ha causado a usted Fernand Mondego traicionando a Alí-Tebelin?

—O sea, señora —respondió Montecristo—, que todo esto es un asunto entre el capitán franco y la hija de Vasiliki. En nada tiene que ver conmigo, tiene razón, y si juré vengarme, no es del capitán franco, ni del conde de Morcerf: es del pescador Fernand, marido de la catalana Mercedes.

—¡Ah! Señor —exclamó la condesa—, ¡qué terrible venganza por una falta que la fatalidad me hizo cometer! Puesto que la culpable soy yo, Edmond, si tiene que vengarse de alguien, es de mí, que me faltó la fuerza contra su ausencia y mi soledad.

—¿Pero, por qué estaba yo ausente? —exclamó Montecristo—. ¿Y por qué estaba usted sola?

—Porque le detuvieron, Edmond, porque estaba preso.

—¿Y por qué me detuvieron? ¿Por qué estaba preso?

—Lo ignoro —dijo Mercedes.

—Sí, usted lo ignora, señora, o al menos eso espero. Pues bien, yo se lo diré. Fui arrestado, estuve preso, porque bajo el cenador de La Réserve, la víspera misma del día en el que íbamos a casarnos, un hombre, llamado Danglars, escribió una carta que el pescador Fernand se encargó, por su propia mano, de echar al correo.

Y Montecristo, yendo a su secreter, abrió un cajón del que sacó un papel, ya descolorido, y cuya tinta se había vuelto del color de la herrumbre, que mostró a Mercedes.

Era la carta de Danglars al fiscal que, el día en el que pagó doscientos mil francos al señor de Boville, el conde de Montecristo, disfrazado de mandatario de la casa Thomson y French, sustrajo del expediente de Edmond Dantès.

Mercedes leyó con espanto las líneas siguientes:

El señor procurador del rey queda prevenido, por un amigo del trono y de la religión, que el llamado Edmond Dantès, segundo del navío el Pharaon, que ha llegado esta mañana de Esmirna, después de haber tocado los puertos de Nápoles y de Portoferraio, ha sido encargado, por Murat, de llevar una carta al usurpador; y a su vez el usurpador le ha entregado una carta para el comité bonapartista de París.

Se obtendrá la prueba de su crimen arrestándole, pues, o la lleva consigo o la tiene en casa de su padre, o en la cabina a bordo del Pharaon.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Mercedes pasándose la mano por la frente sudorosa—. Y esa carta...

—La compré por doscientos mil francos, señora —dijo Montecristo—; pero es barata ahora, puesto que me permite disculparme ante usted.

—¿Y el resultado de esta carta?

—Usted lo conoce, señora; el resultado fue mi detención; pero lo que usted no sabe, señora, es el tiempo que duró esa detención. Lo que usted no sabe es que estuve catorce años a un cuarto de legua de usted, en un calabozo del castillo de If. Lo que usted no sabe es que cada día de esos catorce años renové el voto de venganza que me hice el primer día, aunque sin embargo ignoraba que se hubiese casado usted con Fernand, mi denunciante, y que mi padre hubiera muerto, ¡y muerto de hambre!

—¡Justo Dios! —exclamó Mercedes tambaleante.

—Eso es lo que supe al salir de prisión, catorce años después de haber entrado, y esto es lo que hizo que, sobre Mercedes viva, y sobre mi padre muerto, jurara vengarme de Fernand, y... que esta es mi venganza.

—¿Y está seguro de que el desgraciado Fernand hizo eso?

—Por mi alma, señora, lo hizo, como se lo he contado. Además, no es mucho más odioso que, ¡siendo francés de adopción, se pasara a los ingleses! ¡Español de nacimiento, combatiera contra los españoles! ¡Asalariado de Alí, traicionara y asesinara a Alí! Frente a tales cosas, ¿qué era la carta que acaba de ver? Una broma galante que debe perdonar, lo confieso y lo comprendo, que debe perdonar la mujer que se casó con ese hombre, pero que no perdona el amado con quien debía casarse. Pues bien, los franceses no se vengaron del traidor, los españoles no fusilaron al traidor, Alí, yaciendo en su tumba, dejó impune al traidor; pero yo, traicionado, asesinado, yaciendo también en una tumba, salí de esa tumba por la gracia de Dios, y le debo a Dios esta venganza; Él me envía para eso, y aquí estoy.

La pobre mujer dejó caer la cabeza entre las manos; las piernas se le plegaban y cayó de rodillas.

—¡Perdone, Edmond —dijo—, perdone, a quien todavía le ama!

La dignidad de la esposa detuvo el impulso de la amante y de la madre. Inclino la frente hasta tocar casi el suelo.

El conde fue hacia ella y la levantó.

Entonces, sentada en un sillón, pudo, a través de sus lágrimas, contemplar el rostro de hombre adulto de Montecristo, en el que el dolor y el odio imprimían aún un carácter amenazante.

—¡Que no aplaste a esa raza maldita! —murmuró—. ¡Que desobedezca a Dios que me ha llamado para llevar a cabo su castigo! ¡Imposible, señora, imposible!

—Edmond —dijo la pobre madre, intentando todos los medios posibles—, ¡Dios mío! Si yo le llamo Edmond, ¿por qué no me llama Mercedes?

—Mercedes —repitió Montecristo—, ¡Mercedes! ¡Pues bien! Tiene razón, me resulta dulce aún pronunciar ese nombre, y esta es la primera vez, desde hace mucho tiempo, que suena con tanta claridad al salir de mis

labios. ¡Oh, Mercedes! Su nombre, lo he pronunciado con los suspiros de la melancolía, con los gemidos del dolor, con la rabia de la desesperación; lo he pronunciado helado por el frío, acurrucado sobre la paja de mi calabozo; lo he pronunciado devorado por el calor, rodando sobre las losas de mi prisión. Mercedes, tengo que vengarme, pues durante catorce años he sufrido, durante catorce años he llorado, durante catorce años he maldecido; ahora se lo digo, Mercedes, tengo que vengarme.

Y el conde, temiendo ceder a los ruegos de la mujer a la que tanto había amado, apelaba a sus recuerdos para que le ayudasen a conservar su odio.

—¡Vénguese, Edmond! —exclamó la pobre madre—. Pero vénguese de los culpables; vénguese en él, en mí, ¡pero no se vengue en mi hijo!

—En el Libro Sagrado está escrito —respondió Montecristo—: «los pecados de los padres recaerán en los hijos hasta la tercera o la cuarta generación». Puesto que Dios dictó esas palabras tuyas al profeta, ¿por qué iba a ser yo mejor que Dios?

—Porque Dios es dueño del tiempo y de la eternidad, dos cosas que escapan a los hombres.

Montecristo dio un suspiro que parecía más un rugido, y se mesaba sus hermosos cabellos con ambas manos.

—Edmond —continuó Mercedes, con los brazos extendidos hacia el conde—, Edmond, desde que te conozco he adorado tu nombre, he respetado tu recuerdo. Edmond, amigo mío, no me fuerces a empañar esa imagen noble y pura reflejada sin cesar en el espejo de mi corazón. Edmond, si supieras todas las plegarias que he dirigido a Dios por ti, mientras te esperé vivo, y después, cuando te creí muerto, sí muerto, ¡ay de mí! Veía tu cadáver sepultado en el fondo de alguna torre sombría; veía tu cuerpo arrojado al fondo de uno de esos abismos a los que los carceleros arrojan a los presos muertos, ¡y lloraba! ¡Yo! ¿Qué podía hacer yo por ti, Edmond, sino rezar y llorar? Escúchame; durante diez años he soñado cada noche lo mismo. Decían que quisiste huir, que ocupaste el lugar de un preso muerto, que te deslizaste en su sudario, y que entonces lanzaron el supuesto cadáver desde lo alto del castillo de If; y que solamente el grito que diste al caer rompiéndote entre las rocas desveló a los enterradores,

convertidos así en verdugos, la sustitución hecha. Y bien, Edmond, te juro por la cabeza de este hijo por el que te imploro, Edmond, te juro que durante diez años, cada noche, veía a unos hombres balanceando un bulto informe y desconocido en lo alto de una roca; durante diez años, y noche a noche, oía un grito terrible que me despertaba temblando y helada. Y yo también, Edmond, ¡oh!, créeme, yo también, por muy criminal que haya sido, yo también he sufrido mucho.

—¿Has sentido morir a un padre en tu ausencia? —exclamó Montecristo hundiendo las manos en los cabellos—. ¿Has visto a la mujer amada tender la mano a tu rival, mientras el amado agonizaba en el fondo del abismo...?

—No —interrumpió Mercedes—; ¡pero he visto al hombre que amaba, dispuesto a ser el asesino de mi hijo!

Mercedes pronunció esas palabras con un dolor tan punzante, en un tono tan desesperado que, al oírlas, un sollozo desgarró la garganta del conde.

El león estaba domado; el vengador estaba vencido.

—¿Qué es lo que me pides? —dijo—. ¿Que tu hijo viva? Pues bien, ¡vivirá!

Mercedes dio un grito que hizo brotar dos lágrimas de los ojos de Montecristo, pero esas dos lágrimas desaparecieron casi enseguida, pues sin duda Dios envió a algún ángel para recogerlas, tan preciadas eran a ojos del Señor, como las más ricas perlas de Guzarate y de Ophir.

—¡Oh! —exclamó Mercedes, cogiendo la mano del conde y llevándosela a los labios—. ¡Oh! Gracias, gracias, Edmond! Así es como te he soñado siempre, así es como siempre te he amado. ¡Oh! Ahora puedo decirlo.

—Sobre todo —respondió Montecristo—, porque el pobre Edmond no tendrá mucho tiempo para seguir siendo amado. El muerto va a volver a su tumba, el fantasma va a volver a la oscuridad.

—¿Pero, qué dices, Edmond?

—Digo que puesto que lo ordenas, Mercedes, tengo que morir.

—¡Morir! ¿Y quién ha dicho eso? ¿Quién habla de morir? ¿De dónde te vienen esas ideas de muerte?

—No supondrás que, ultrajado públicamente, frente a toda una sala, en presencia de tus amigos y de los amigos de tu hijo, provocado por un muchacho que va a vanagloriarse de mi perdón como de una victoria, no supondrás, digo, que yo tenga ni un instante el deseo de vivir. Lo que más he amado, después de a ti, es a mí mismo, es decir, a mi dignidad, es decir, a esta fuerza que me hace superior del resto de los hombres; esta fuerza, era mi vida. Con una palabra, tú la has roto, y yo muero.

—Pero no habrá ningún duelo, Edmond, puesto que tú perdonas.

—Lo habrá, señora —dijo solemnemente Montecristo—; sólo que, en lugar de la sangre de tu hijo que la tierra bebería, será mi sangre la corra.

Mercedes dio un grito desgarrador y se lanzó hacia Montecristo; pero, de repente, se detuvo.

—Edmond —dijo—, hay un Dios por encima de nosotros, puesto que estás vivo, puesto que te he vuelto a ver, confío en Él desde lo más profundo de mi corazón. Esperando esa ayuda divina, me apoyo en tu palabra. Has dicho que mi hijo viviría, y vivirá, ¿no es eso?

—Vivirá, sí, señora —dijo Montecristo, asombrado de que, sin más exclamaciones, sin ninguna otra sorpresa, Mercedes hubiera aceptado el heroico sacrificio que él le ofrecía.

Mercedes dio la mano al conde.

—Edmond —dijo, mientras sus ojos se le llenaban de lágrimas mirándole—, ¡qué hermoso es por tu parte, qué grande lo que acabas de hacer, qué sublime apiadarse de una pobre mujer que se te ofrecía, con todas las probabilidades en contra de sus esperanzas! ¡Ay! He envejecido más por el sufrimiento que por la edad, y ni siquiera puedo hacer que mi Edmond recuerde, por una sonrisa, por una mirada, a aquella Mercedes a quien antaño contemplaba durante horas. ¡Ah! ¡Créeme Edmond, te lo he dicho, yo también, yo también he sufrido tanto...! Y te lo repito, es muy triste ver pasar la vida sin recordar una sola alegría, sin guardar ni una sola esperanza; pero, ahora, todo esto prueba que no todo está acabado en el mundo. ¡No! Todo no está acabado, lo siento así, por lo que me queda aún en el corazón. ¡Oh! Te lo repito, Edmond, ¡es hermoso, es grande, es sublime perdonar como acabas de hacerlo!

—Dices eso, Mercedes; ¿pero qué dirías si supieras toda la extensión del sacrificio que hago por ti? Imagina que el Gran Hacedor, el Maestro Supremo, después de haber creado el mundo, después de haber fertilizado el caos, se hubiera parado tras un tercio de su creación para evitar las lágrimas de un ángel, lágrimas que nuestros crímenes le harían derramar un día de sus ojos inmortales; suponga que tras haberlo preparado todo, amasado todo, fecundado todo, en el momento de admirar su obra, Dios hubiera apagado el sol y hubiera enviado al mundo, de una patada, hacia la noche eterna, entonces, podrás hacerte una idea, o tal vez no, no, ni aún así podrías hacerte una idea de todo lo que pierdo al perder la vida en este momento.

Mercedes observó al conde con una mirada que describía a la vez su asombro, su admiración y su agradecimiento.

Montecristo apoyó la frente en sus manos ardientes, como si su frente no pudiera, ella sola, soportar el peso de sus pensamientos.

—Edmond —continuó Mercedes—, sólo me queda una cosa que decirte.

El conde sonrió con amargura.

—Edmond —continuó—, verás que si mi frente palidece, que si mis ojos están apagados, que si mi belleza está ajada, que si Mercedes, en fin, no se parece en nada a la de antes por su rostro, sin embargo sigue teniendo el mismo corazón... ¡Adiós, Edmond...! Ya no tengo nada que pedirle al Cielo... Te he vuelto a ver tan noble y tan grande como antes. ¡Adiós, Edmond...! ¡Adiós y gracias!

Pero el conde no respondió.

Mercedes abrió la puerta del gabinete, y desapareció antes de que el conde saliera de esa dolorosa y profunda meditación en la que le había sumido la pérdida de su venganza.

Daba la una en el reloj de los Invalides, cuando el carruaje que llevaba a la señora de Morcerf, rodando sobre el pavimento de los Champs-Élysées, hizo levantar la vista al conde de Montecristo.

—¡Insensato de mí! —se dijo—. ¿Por qué no me arranqué el corazón el día en que decidí vengarme?

Capítulo XC

El campo de honor

Al marcharse Mercedes, todo cayó de nuevo en la sombra, en casa de Montecristo. A su alrededor y en su interior, el pensamiento se detuvo; su espíritu enérgico se adormeció como hace el cuerpo tras una fatiga extrema.

«¡Cómo!», se decía, mientras la lámpara y las velas se consumían tristemente y los sirvientes aguardaban con impaciencia en la antecámara; «¡cómo! ¡Ahí está el edificio preparado tan lentamente, edificado con tanto cuidado y con tanto trabajo, ahí está este edificio, derruido de un solo golpe, con un solo soplo, con una sola palabra! ¡Y qué! ¡Este yo, que creía ser algo, del que estaba tan orgulloso, este yo, que vi tan pequeño en los calabozos del castillo de If, y que conseguí engrandecer, se verá mañana reducido a polvo! ¡Ay! No es la muerte del cuerpo lo que lamento; pues esa destrucción del principio vital, ¿no es el descanso hacia el que todo tiende, al que todo desgraciado aspira, esa calma de la materia por la que tanto suspiré durante tanto tiempo, a la que me encaminaba por el camino doloroso del hambre, cuando Faria apareció en mi celda? ¿Qué es la muerte? Un grado más en la calma, y quizá dos más en el silencio. No, no es la existencia lo que lamento, sino la ruina de mis proyectos,

elaborados tan lentamente, contruidos tan laboriosamente. La Providencia, a quien creí a favor de esos proyectos, resulta que estaba en contra. ¡Dios no quería que se cumpliesen!

»Ese fardo que he levantado, casi tan pesado como un mundo, y que creí poder llevar hasta el final, estaba hecho a la medida de mis deseos, y no a la de mis fuerzas; a la medida de mi voluntad, y no a la de mi poder, y tendré que depositarlo a la mitad de mi camino. ¡Oh! ¡Me estaré volviendo fatalista, yo, a quien catorce años de desesperación y diez de esperanza le habían hecho providencialista!

»Y todo esto, ¡Dios mío!, porque mi corazón, que creía muerto, no estaba más que adormecido; porque mi corazón se ha despertado, porque ha latido, porque he cedido ante el dolor de ese latido que se levanta desde el fondo de mi pecho por la voz de una mujer.

»Y sin embargo», continuó el conde, hundiéndose cada vez más en las previsiones de esa mañana terrible que había aceptado Mercedes; «sin embargo, es imposible que esta mujer, de corazón tan noble, haya consentido, por egoísmo, que me dejara matar, a mí, lleno de fuerza y de vida. ¡Es imposible que lleve hasta ese punto el amor, o más bien, el delirio maternal! Hay virtudes cuya exageración sería un crimen. No, habrá pergeñado alguna escena patética, vendrá a interponerse entre las espadas, y de lo sublime que ha sido aquí, en el campo del honor todo eso será ridículo».

Y el rubor del orgullo le subía hasta la frente.

«¡Ridículo!», se repitió. «Y el ridículo recaerá sobre mí... ¡Yo, ridículo! ¡Vamos! Prefiero morir.»

Y a fuerza de exagerar así, por adelantado, todas las peores circunstancias del día siguiente, a las que se había condenado al prometer a Mercedes dejar vivir a su hijo, el conde llegó a decirse:

«¡Tonterías, tonterías, tonterías! ¡Cómo demostrar entonces la generosidad, colocándome como una diana inerte ante el cañón de la pistola del joven! Nadie creerá que mi muerte es un suicidio, y sin embargo, importa para el honor de mi memoria..., no es vanidad, ¿no, Dios mío?, sino un justo orgullo, eso es todo; es importante para salvaguardar el honor de mi memoria que el mundo sepa que consentí yo

mismo, por propia voluntad, con mi libre albedrío, en detener mi brazo ya levantado para atacar, y que con ese brazo, potentemente armado contra los demás, me atacé a mí mismo: tengo que hacerlo así, y lo haré.»

Y cogiendo una pluma, sacó un papel de un cajón secreto de su escritorio, y trazó, debajo de lo ya escrito, que no era otra cosa sino su testamento, que había hecho al llegar a París, una especie de codicilo en el que explicaba su muerte a las personas menos perspicaces.

«Hago esto, ¡Dios mío!», dijo elevando los ojos al cielo, «tanto por Tu honor como por el mío. Desde hace diez años, ¡oh, Dios mío!, me he considerado como el enviado de Tu venganza y otros miserables como un Morcerf, o como un Danglars, o un Villefort, o el mismo Morcerf, no tienen que figurarse que el azar les ha librado de su enemigo. Que sepan, por el contrario, que la Providencia, que había decretado ya su castigo, se ha visto corregida por el solo poder de mi voluntad; que el castigo soslayado en este mundo les espera en el otro, y que sólo han cambiado el tiempo de sus vidas por el de toda una eternidad».

Mientras que flotaba entre esas sombrías incertidumbres, mal sueño del hombre despierto por el dolor, llegó el día a blanquear los cristales, y a alumbrar bajo sus manos el pálido papel celeste sobre el que acababa de trazar esa suprema justificación de la Providencia.

Eran las cinco de la mañana.

De repente, un ligero ruido llegó a sus oídos. Montecristo creyó haber oído algo semejante a un suspiro ahogado; volvió la cabeza, miró por todo alrededor y no vio a nadie. Pero el ruido se repitió, lo bastante claro como para que a la duda le sucediera la certeza.

Entonces el conde se levantó, abrió con suavidad la puerta del salón, y sobre un sofá, con los brazos inertes, su hermoso rostro pálido inclinado hacia atrás, vio a Haydée, que se había colocado delante de la puerta, para que el conde no pudiera salir sin verla, pero a la que el sueño, tan potente en la juventud, la había sorprendido tras la fatiga de una tan larga vigilia.

El ruido que hizo la puerta al abrirse no sacó del sueño a Haydée.

Montecristo la observó con una mirada llena de dulzura y de sentimiento.

—¡Mercedes me ha recordado que tenía un hijo —dijo—, y yo, yo olvidé que tenía una hija!

Después, moviendo tristemente la cabeza:

—¡Pobre Haydée! —dijo—. Vino a verme, vino a hablarme, seguramente se temió algo, o lo adivinó... ¡oh! No puedo marchar sin decirle adiós, no puedo morir sin confiársela a alguien.

Volvió de nuevo al gabinete y escribió debajo de las primeras líneas:

Lego a Maximilien Morrel, capitán de espahís e hijo de mi antiguo patrón, Pierre Morrel, armador de Marsella, la suma de veinte millones, de los que una parte de ellos ofrecerá a su hermana Julie y a su cuñado Emmanuel, si, después de todo, cree que ese aumento de fortuna no perjudica a la felicidad del hogar. Esos veinte millones están escondidos en mi gruta de la isla de Montecristo, cuyo secreto conoce Bertuccio.

Si su corazón está libre y quiere desposar a Haydée, hija de Alí, pachá de Janina, a quien he educado con el amor de un padre y que ha sentido por mí la ternura de una hija, cumpliría, no digo mi última voluntad, sino mi último deseo.

El presente testamento ha hecho ya a Haydée heredera del resto de mi fortuna, consistente en tierras, en rentas en Inglaterra, Austria y Holanda, el mobiliario de mis diferentes palacios y casas, y que, aún restando esos veinte millones, así como los diferentes legados hechos a mis sirvientes, podría ascender aún a unos sesenta millones.

Acababa de escribir estas líneas cuando un grito detrás de él le hizo soltar la pluma.

—Haydée —dijo—, ¿lo has leído?

En efecto, la joven, que se había despertado por la luz del día que le daba en los ojos, se había levantado y se había acercado al conde, sin que el ruido de sus ligeros pasos, mitigado por la alfombra, se hubiera oído.

—¡Oh! Mi señor —dijo juntando las manos—, ¿por qué escribes a estas horas? ¿Por qué me legas toda tu fortuna, mi señor? ¿Es que me

abandonas?

—Voy a hacer un viaje, mi ángel querido —dijo Montecristo con una expresión de melancolía y de tristeza infinitas—, y si me sucediera alguna desgracia...

El conde se detuvo.

—¿Y bien...? —preguntó la joven en un tono de autoridad que el conde no había visto nunca en ella, y que le hizo sobresaltarse.

—Pues bien, si me sucede una desgracia —repuso Montecristo—, quiero que mi hija sea feliz.

Haydée sonrió tristemente moviendo la cabeza.

—¿Es que piensas morir, mi señor? —dijo.

—Es un pensamiento saludable, mi niña, dijo un sabio.

—Pues bien, si mueres —dijo ella—, lega tu fortuna a cualquier otro, pues si tú mueres..., ya no necesitaré nada más.

Y cogiendo el papel, lo desgarró en cuatro trozos que tiró por el medio del salón. Después de esta energía tan poco habitual en una esclava que había agotado todas sus fuerzas, cayó al suelo, no dormida esta vez, sino desvanecida.

Montecristo se inclinó sobre ella, la levantó entre sus brazos, y al ver esa hermosa tez pálida, esos hermosos ojos cerrados, ese hermoso cuerpo inanimado y como abandonado, por primera vez le vino la idea de que tal vez ella le amaba, y no ya como una hija que ama a su padre.

—¡Ay! —murmuró con profundo desaliento—. ¡Podría aún haber sido feliz!

Después, llevó a Haydée a sus aposentos dejándola, aún desvanecida, en manos de sus doncellas; y volviendo al gabinete, que esta vez cerró con llave, volvió a copiar el testamento roto.

Cuando estaba acabando, se oyó el ruido de un cabriolé que entraba en el patio. Montecristo se acercó a la ventana y vio apearse a Maximilien y a Emmanuel.

«Bueno», se dijo, «¡justo a tiempo!».

Y lacró el testamento con un triple sello.

Un instante después, oyó los pasos en el salón, y él mismo fue a abrir. Morrel apareció en el umbral.

Se había adelantado unos veinte minutos.

—Vengo quizá demasiado pronto, señor conde —dijo—; pero le confieso francamente que no he podido dormir ni un minuto, y lo mismo nos ha ocurrido a toda la casa. Necesitaba verle fuerte con toda su valerosa seguridad para ser yo mismo.

Montecristo no pudo contenerse ante esa prueba de afecto, y no fue la mano lo que tendió al joven, sino que le abrió los brazos.

—Morrel —le dijo emocionado—, es un hermoso día para mí, al sentirme estimado por un hombre como usted. Buenos días, señor Emmanuel. ¿Viene entonces conmigo, Maximilien?

—¡Pardiez! —dijo el capitán—. ¿Lo dudaba usted?

—Sí, pero si yo no tenía razón...

—Escuche, yo le vi ayer durante toda aquella escena de provocación, he pensado toda la noche en la seguridad que tiene usted en sí mismo, y me dije que la justicia debe estar de su parte o no habría ninguna manera de confiar en el rostro de los hombres.

—Sin embargo, Morrel, Albert es amigo suyo...

—Sólo es un conocido, conde.

—¿Le vio por primera vez el mismo día que le conocí a usted?

—Sí, es cierto; ¿qué quiere? Tiene que recordármelo para que yo lo recuerde.

—Gracias, Morrel.

Después, llamó una sola vez al timbre:

—Toma esto —dijo a Alí, que apareció enseguida—, que lo lleven a mi notario. Es mi testamento, Morrel. Si muero, usted irá a abrirlo.

—¡Cómo! —exclamó Morrel—. ¿Morir usted?

—¡Eh! ¿No hay que preverlo todo, querido amigo? Pero, ¿qué hizo usted anoche, después de separarnos?

—Estuve en el café Tortoni, donde, como me imaginaba, encontré a Beauchamp y a Château-Renaud. Confieso que los estaba buscando.

—¿Para qué, puesto que estaba todo convenido?

—Escuche, conde, el asunto es grave, inevitable.

—¿Lo dudaba usted?

—No. La ofensa fue pública, y todo el mundo anda ya hablando de ello.

—¿Y bien?

—Pues bien, yo esperaba poder cambiar las armas, sustituir la pistola por la espada. La pistola es ciega.

—¿Y lo consiguió? —preguntó rápidamente Montecristo con un imperceptible brillo de esperanza.

—No, pues conocen bien lo bueno que es usted con la espada.

—¡Bah! ¿Quién me ha descubierto entonces?

—Los maestros de armas a los que usted ha vencido.

—Así que su gestión fracasó.

—La rechazaron categóricamente.

—Morrel —dijo el conde—, ¿me ha visto alguna vez disparar?

—Nunca.

—Pues bien, tenemos tiempo, mire.

Montecristo cogió las pistolas que tenía sobre la mesa cuando llegó Mercedes y, pegando un as de trébol a la placa que le servía de diana, con cuatro disparos arrancó sucesivamente las cuatro ramas del trébol.

Morrel palidecía en cada disparo.

Examinó las balas con las que Montecristo ejecutaba esa hazaña, y vio que no eran más gruesas que perdigones.

—Es asombroso —dijo—; ¡ve eso, Emmanuel!

Después, dirigiéndose a Montecristo:

—Conde —dijo—, ¡en nombre del cielo, no mate a Albert! ¡El desgraciado tiene madre!

—Es justo —dijo Montecristo—, y yo, yo no la tengo.

Y dijo esas palabras en un tono que hizo temblar a Morrel.

—Usted es el ofendido, conde.

—Sin duda; ¿qué quiere decir eso?

—Quiere decir que usted dispara el primero.

—¿Disparo el primero?

—¡Oh! Eso sí que lo he conseguido, o más bien lo he exigido; ya les hacíamos bastantes concesiones como para que no nos dejaran esta.

—¿Y a cuántos pasos?

—A veinte.

Una espantosa sonrisa cruzó por los labios del conde.

—Morrel —dijo—, no olvide lo que acaba de ver.

—Así que sólo cuento con su emoción para salvar a Albert.

—¿Yo, emoción? —dijo Montecristo.

—O con su generosidad, amigo mío; seguro de su disparo como lo está usted, puedo decirle una cosa que sería ridícula si se la dijera a cualquier otro.

—¿Qué cosa?

—Rómpale un brazo, hiérale, pero no le mate.

—Morrel, escuche también esto —dijo el conde—, no necesito que me animen a tratar bien al señor de Morcerf; el señor de Morcerf, se lo digo por adelantado, estará tan bien tratado que volverá tranquilamente con sus dos amigos, mientras que a mí...

—¿Y bien, a usted?

—¡Oh! Será otra cosa, a mí me llevarán.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Maximilien fuera de sí.

—Será como se lo digo, mi querido Morrel; el señor de Morcerf me matará.

Morrel miró al conde como alguien que ya no entiende nada.

—¿Pero, qué le ha ocurrido desde anoche, conde?

—Lo que le ocurrió a Bruto la víspera de la batalla de Filipos: he visto a un fantasma.

—¿Y ese fantasma?

—Ese fantasma, Morrel, me dijo que ya había vivido lo suficiente.

Maximilien y Morrel se miraron; Montecristo sacó el reloj.

—Vámonos —dijo— son las siete y cinco, y la cita es a las ocho en punto.

Un coche les aguardaba ya enganchado; Montecristo subió con sus dos testigos.

Al cruzar el corredor, Montecristo se detuvo a escuchar delante de una puerta, y Maximilien y Emmanuel, que por discreción se habían adelantado un poco, creyeron oír un suspiro, como respuesta a un sollozo.

A las ocho en punto estaban en el lugar de encuentro.

—Ya hemos llegado —dijo Morrel asomando la cabeza por la ventanilla—, y somos los primeros.

—El señor me disculpará —dijo Baptistin, que había seguido a su señor con un terror indecible—, pero creo ver allá un coche, bajo los árboles.

—En efecto —dijo Emmanuel—, veo a dos jóvenes que se pasean como si esperasen a alguien.

Montecristo saltó hábilmente de la calesa y dio la mano a Emmanuel y a Maximilien para ayudarles a bajar.

Maximilien retuvo la mano del conde entre las suyas.

—Gracias a Dios —dijo—, estrecho una mano como me gusta verla en un hombre cuya vida descansa en la bondad de su causa.

Montecristo retuvo a Morrel, no aparte, pero sí un paso o dos por detrás de su cuñado.

—Maximilien —le preguntó—, ¿tiene usted su corazón libre?

Morrel miró a Montecristo con asombro.

—No le pido una confidencia, querido amigo, es una simple pregunta; responda sí o no, es todo lo que le pido.

—Amo a una joven, conde.

—¿Y la ama mucho?

—Más que a mi vida.

—¡Vaya! —dijo Montecristo—. Otra esperanza que se me escapa.

Y después, con un suspiro:

—¡Pobre Haydée! —murmuró.

—¡De verdad, conde! —exclamó Morrel—. Si le conociera menos, pensaría que es menos valiente de lo que le imagino.

—¡Porque pienso en alguien a quien voy a dejar, porque suspiro! Vamos, Morrel, ¿tan poco conocedor del valor es un soldado? ¿Es que cree que lo que lamento es mi vida? ¿Qué me importa a mí, que he pasado veinte años entre la vida y la muerte? ¿Qué me importa a mí vivir o morir? Además, tranquilícese, Morrel, esta debilidad, si es que es una debilidad, sólo se la mostraré a usted. Yo sé que el mundo es como un salón de reuniones del que hay que salir educada y honradamente, es decir, saludando y pagando sus deudas de juego.

—Me alegro —dijo Morrel—, eso sí que es hablar. A propósito, ¿ha traído sus armas?

—¡Yo! ¿Para qué? Espero que esos señores tengan las suyas.

—Voy a informarme —dijo Morrel.

—Sí, pero nada de negociaciones, ¿me entiende?

—¡Oh! Esté tranquilo.

Morrel avanzó hacia Beauchamp y Château-Renaud. Estos, viendo que se acercaba Maximilien, dieron algunos pasos viniendo a su encuentro.

Los tres jóvenes se saludaron, si no con afabilidad, sí al menos con cortesía.

—Perdón, señores —dijo Morrel—, pero no veo al señor de Morcerf.

—Nos avisó esta mañana —respondió Château-Renaud—, de que se reuniría con nosotros aquí.

—¡Ah! —dijo Morrel.

Beauchamp sacó su reloj.

—Las ocho y cinco; no se ha perdido el tiempo, señor Morrel —dijo.

—¡Oh! —respondió Maximilien—. No lo decía con esa intención.

—Además —interrumpió Château-Renaud, ahí viene un coche.

En efecto, un coche avanzaba al trote por una de las avenidas que desembocan en la encrucijada en la que se encontraban.

—Señores —dijo Morrel—, sin duda se han provisto de las pistolas. El señor de Montecristo declara que renuncia al derecho que tenía de servirse de las suyas.

—Hemos previsto esa delicadeza por parte del conde, señor Morrel —respondió Beauchamp—, y he traído unas armas que compré hace ocho o diez días, creyendo que iba a necesitarlas para un asunto igual a este. Son totalmente nuevas y no han sido usadas por nadie. ¿Quiere usted examinarlas?

—¡Oh! Señor Beauchamp —dijo Morrel con una inclinación—, si usted me asegura que el señor de Morcerf no conoce esas armas, ¿no piensa usted que su palabra me basta?

—Señores —dijo Château-Renaud—, no era Morcerf el que venía en ese coche, era, ¡palabra!, eran Franz y Debray.

En efecto, ambos jóvenes venían hacia el grupo.

—¡Ustedes aquí, señores! —dijo Château-Renaud intercambiando sendos apretones de manos—. ¿Y cómo es eso?

—Porque —dijo Debray—, Albert nos ha rogado esta mañana que viniéramos.

Beauchamp y Château-Renaud se miraron asombrados.

—Señores —dijo Morrel—, me parece que lo entiendo.

—¡Veamos!

—Ayer, después de comer, recibí una carta del señor de Morcerf en la que me rogaba que fuera al teatro de la Ópera.

—Y yo también —dijo Debray.

—Y yo —dijo Franz.

—Y nosotros también —dijeron Château-Renaud y Beauchamp.

—Quería que estuviésemos presentes en la provocación —dijo Morrel—, y ahora quiere que estemos presentes en el combate.

—Sí —dijeron los jóvenes— eso es, señor Maximilien; y según todas las probabilidades lo ha adivinado bien.

—Pero, con todo —murmuró Château-Renaud—, Albert no viene; se retrasa diez minutos.

—Ahí está —dijo Beauchamp—, viene a caballo; miren, viene a galope tendido seguido de su lacayo.

—¡Qué imprudencia —dijo Château-Renaud— venir a caballo para batirse a pistola! ¡Yo, que se lo había explicado bien!

—Y, además, mire —dijo Beauchamp—, con cuello en lugar de corbata; y una chaqueta abierta, con un chaleco blanco; ¿por qué no se ha dibujado una diana en el estómago? Hubiera sido más sencillo y se hubiera acabado antes.

Mientras tanto, Albert estaba a diez pasos del grupo que formaban los cinco jóvenes; paró al caballo, saltó a tierra y echó la brida en el brazo del lacayo.

Albert se acercó.

Estaba pálido, con los ojos rojos e hinchados. Se veía que no había dormido ni un segundo en toda la noche.

Tenía, en toda su fisonomía, un tono de gravedad triste que no era habitual en él.

—Gracias, señores —dijo—, por haber aceptado mi invitación; créanme que agradezco infinitamente esta muestra de amistad.

Morrel, al acercarse Morcerf, había dado unos diez pasos atrás, y se encontraba apartado.

—Y usted también, señor Morrel —dijo Albert—, mi agradecimiento también va por usted. Acérquese, entonces, no está usted de más.

—Señor —dijo Maximilien—, ¿ignora tal vez que soy el testigo del señor de Montecristo?

—No estaba seguro de ello, pero lo sospechaba. Mejor así, cuantos más hombres de honor haya aquí, más satisfecho me sentiré.

—Señor Morrel —dijo Château-Renaud—, puede usted anunciar al señor conde de Montecristo que el señor de Morcerf ha llegado, y que estamos a su disposición.

Morrel hizo un movimiento para cumplir con su cometido.

Al mismo tiempo, Beauchamp sacaba el estuche de las pistolas del coche.

—Esperen, señores —dijo Albert—, tengo que decir dos palabras al señor conde de Montecristo.

—¿En privado? —preguntó Morrel.

—No, señor, delante de todo el mundo.

Los testigos de Albert se miraron sorprendidos; Franz y Debray intercambiaron algunas palabras en voz baja, y Morrel, feliz por ese incidente inesperado, fue a buscar al conde, que se paseaba por un sendero lateral con Emmanuel.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Montecristo.

—Lo ignoro, pero quiere hablar con usted.

—¡Oh! —dijo Montecristo—. ¡Que no tiente a Dios con algún nuevo ultraje!

—No creo que sea esa su intención —dijo Morrel.

El conde se dirigió hacia el grupo, acompañado por Maximilien y Emmanuel: su rostro tranquilo y lleno de serenidad marcaba un extraño contraste con el rostro alterado de Albert, que se acercaba, por su parte, seguido por los cuatro jóvenes.

A tres pasos el uno del otro, Albert y el conde se detuvieron.

—Señores —dijo Albert—, acérquense; deseo que ni una sola palabra de lo que voy a tener el honor de decir al señor conde de Montecristo se pierda; pues lo que voy a tener el honor de decirle debe ser repetido por todos ustedes a quien quiera oírlo, por muy extraño que parezca mi discurso.

—Estoy esperando, señor —dijo el conde.

—Señor —dijo Albert con voz temblorosa al principio, pero que se iba haciendo más y más firme—; señor, yo le reprochaba el haber divulgado la conducta del señor de Morcerf en Epiro; pues, por muy culpable que fuera el conde de Morcerf, yo no creía que tuviese usted el derecho a castigarle. Pero hoy, señor, sé que usted tiene adquirido ese derecho. No es la traición de Fernand Mondego contra Alí-Pachá lo que me lleva a disculparle a usted con tanta premura, es la traición del pescador Fernand contra usted, son las desgracias inauditas que sufrió como consecuencia de esa traición. Así que lo digo, y lo proclamo bien alto: ¡sí, señor, usted tiene razón en vengarse de mi padre, y yo, su hijo, le agradezco que no haya hecho aún más!

Un rayo, caído en medio de los espectadores de esta escena, no les hubiese asombrado tanto como la declaración de Albert.

En cuanto a Montecristo, elevaba lentamente sus ojos al cielo con una expresión de agradecimiento infinito, y no podía dejar de admirar cómo esta naturaleza fogosa de Albert, cuyo valor conoció bastante bien en medio de los bandidos romanos, se había plegado a esta súbita humillación. Reconoció la influencia de Mercedes, y comprendió por qué ese noble corazón no se había opuesto al sacrificio que él le ofrecía, pues ella bien sabía por adelantado que ese sacrificio no iba a ser necesario.

—Ahora, señor —dijo Albert—, si encuentra que las disculpas que acabo de presentarle son suficientes, estreche mi mano, se lo ruego. Después del mérito de la infalibilidad, que parece tener usted, el primero de todos los méritos, en mi opinión, es el de saber confesar los errores. Pero esta reflexión me compete a mí solo. Yo obraba bien según los hombres, pero usted, usted obraba bien según Dios. Solamente un ángel podía salvar a uno de los dos de la muerte, y ese ángel ha bajado del Cielo,

si no para convertirnos en amigos, ¡ay!, la fatalidad hace que eso sea imposible, sí al menos para convertirnos en dos hombres que se estiman.

Montecristo, con los ojos húmedos, el pecho jadeante, la boca entreabierta, tendió a Albert la mano que este cogió y apretó con un sentimiento que se parecía a un respetuoso terror.

—Señores —dijo—, el señor de Montecristo tiene a bien aceptar mis excusas. Actué precipitadamente con él. La precipitación es mala consejera: obré mal. Ahora he reparado mi falta. Espero que el mundo no me tenga por un cobarde, por obrar como mi conciencia me ordenaba. Pero, en todo caso, si se equivocaran conmigo —añadió el joven levantando la cabeza con orgullo y como si lanzara un desafío a sus amigos y a sus enemigos—, trataré de enderezar esas opiniones.

—¿Pero, qué ha ocurrido esta noche? —preguntó Beauchamp a Château-Renaud—. Me parece que hacemos aquí un papel bien triste.

—En efecto, lo que Albert acaba de hacer es muy miserable o muy hermoso —respondió el barón.

—¡Ah! Veamos —preguntó Debray a Franz—, ¿qué quiere decir todo esto? ¡Cómo! El conde de Montecristo deshonra al señor de Morcerf, ¡y su hijo lo ve razonable! Pues aunque hubiese diez Janina en mi familia, yo no me sentiría obligado más que a una cosa, y sería la de batirme diez veces.

En cuanto a Montecristo, con la frente inclinada, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, aplastado bajo el peso de veinticuatro años de recuerdos, no pensaba ni en Albert, ni en Beauchamp, ni en Château-Renaud, ni en nadie de los que estaban allí; pensaba en esa valiente mujer que había venido a pedirle la vida de su hijo, a quien él había ofrecido la suya, y que acababa de salvársela con la confesión de un terrible secreto de familia, capaz de matar para siempre en el joven el sentimiento de piedad filial.

—¡Otra vez la Providencia! —murmuró—. ¡Ah! ¡Es hoy, ciertamente, cuando me siento totalmente seguro de ser el enviado de Dios!

Capítulo XCI

Madre e hijo

El conde de Montecristo se despidió de los cinco jóvenes con una sonrisa llena de melancolía y de dignidad, y subió al coche en compañía de Maximilien y Emmanuel.

Albert, Beauchamp y Château-Renaud se quedaron solos en el campo del honor.

El joven fijó en los dos testigos una mirada que, sin ser tímida, parecía sin embargo reclamar su opinión sobre lo que acababa de suceder.

—¡A fe mía! Mi querido amigo —dijo Beauchamp el primero, ya fuera porque tenía una mayor sensibilidad, o menos capacidad de disimulo—, permítame felicitarle: ha sido un desenlace muy inesperado de todo este desagradable asunto.

Albert se quedó mudo y concentrado en sus pensamientos. Château-Renaud se contentó con dar golpecitos a la bota con su caña flexible.

—¿No nos vamos? —dijo después de un silencio embarazoso.

—Cuando quiera —respondió Beauchamp—; déjeme solamente un momento para felicitar al señor de Morcerf; hoy ha hecho prueba de una generosidad tan caballeresca... ¡tan rara!

—¡Oh! Sí —dijo Château-Renaud.

—¡Es magnífico —continuó Beauchamp— poder mantener un dominio de sí mismo tan grande!

—Seguramente; en cuanto a mí, yo hubiese sido incapaz —dijo Château-Renaud con una frialdad de lo más significativa.

—Señores —interrumpió Albert—, creo que habrán comprendido que entre el señor de Montecristo y yo ha ocurrido algo muy grave...

—Sí, claro; sí, claro —dijo enseguida Beauchamp—, pero todos nuestros entrometidos compatriotas no estarán al alcance de comprender su heroísmo, y tarde o temprano se verá usted forzado a explicarles más enérgicamente de lo que conviene a la salud de su cuerpo y a la duración de su vida. ¿Quiere que le dé un consejo, amigo? Salga para Nápoles, La Haya o San Petersburgo, países tranquilos, en los que se es más inteligente desde el punto de vista del honor que entre nuestros descerebrados parisinos. Una vez allí, haga unas cuantas dianas con la pistola, e infinitamente más contrarrespuestas de cuarto y de tercio con el florete; hágase olvidar para volver apaciblemente a Francia dentro de algunos años, o lo bastante respetable en cuanto a ejercicios académicos como para conquistar su tranquilidad. ¿No es cierto, señor de Château-Renaud, que tengo razón?

—Es exactamente mi opinión —dijo el gentilhomme—. No hay nada que atraiga más duelos serios, que un duelo sin resultados.

—Gracias, señores —respondió Albert con una fría sonrisa—; seguiré su consejo, no porque ustedes me lo den, sino porque mi intención era salir de Francia. Les agradezco igualmente el servicio prestado como testigos. Está muy profundamente grabado en mi corazón, puesto que, después de las palabras que acabo de oír, es lo único que recuerdo.

Château-Renaud y Beauchamp se miraron. La impresión era la misma en ambos, y el tono con el que Morcerf acaba de pronunciar su agradecimiento estaba impregnado de una resolución tal, que la situación se hubiera vuelto embarazosa para todos si la conversación hubiera continuado.

—Adiós, Albert —dijo de repente Beauchamp, tendiendo negligentemente la mano al joven, sin que este pareciera salir de su letargo.

En efecto, Albert no respondió ante esa mano tendida.

—Adiós —dijo a su vez Château-Renaud, conservando en su mano izquierda la caña, y despidiéndose con la mano derecha.

Los labios de Albert apenas murmuraron: «adiós». Su mirada era más explícita; encerraba todo un poema de ira contenida, de orgulloso desdén, de generosa indignación.

Cuando sus dos testigos subieron al coche, él mantuvo durante un tiempo su pose inmóvil y melancólica; después, de repente, desatando al caballo del árbol al que su lacayo había anudado la brida, montó con suavidad, y retomó, al galope, el camino hacia París. Un cuarto de hora después, entraba en la casa de la calle Helder.

Cuando se bajaba del caballo, le pareció ver el rostro pálido de su padre, tras los visillos de su dormitorio; Albert volvió la cabeza con un suspiro y entró en su pequeño pabellón.

Una vez allí, echó una última mirada a todas esas riquezas que le habían hecho la vida tan dulce y tan feliz desde su infancia; observó, una vez más, esos cuadros cuyas figuras humanas parecían sonreírle, y cuyos paisajes parecieron animarse con vivos colores.

Después, quitó del marco de roble el retrato de su madre y lo enrolló, dejando vacío y oscuro el marco dorado que lo rodeaba.

A continuación, puso en orden sus hermosas armas turcas, sus hermosos fusiles ingleses, sus porcelanas japonesas, sus copas engastadas, sus broncees artísticos, firmados por Feuchères o por Baryse, examinó los armarios y puso las llaves correspondientes; echó en un cajón de su secreter, que dejó abierto, todo el dinero de bolsillo que tenía, añadiendo además las mil joyas de fantasía que llenaban sus copas, sus joyeros y sus estanterías; hizo un inventario exacto y preciso de todo, y colocó el inventario en el lugar más visible de una mesa, después de retirar de ella los libros y los papeles que la llenaban.

Al principio de todo ese trabajo, su criado, a pesar de la orden dada por Albert de dejarle solo, había entrado en la habitación.

—¿Qué quiere? —le preguntó Morcerf en un tono más bien triste que enfadado.

—Perdón, señor —dijo su ayuda de cámara—; el señor me había prohibido molestarle, es cierto, pero el señor conde de Morcerf me ha llamado.

—¿Y bien? —preguntó Albert.

—Pues que no he querido presentarme ante el señor conde sin que me diera usted sus órdenes, señor.

—¿Y eso por qué?

—Porque sin duda el señor conde sabe que he acompañado al señor al campo del honor.

—Es probable —dijo Albert.

—Y si me ha llamado es sin duda para interrogarme sobre lo que ha pasado allí. ¿Qué debo responder?

—La verdad.

—¿Entonces le diré que el duelo no ha tenido lugar?

—No, le dirá que he presentado mis excusas al señor conde de Montecristo; vaya.

El criado se inclinó y salió.

Albert volvió entonces a su inventario.

Cuando terminaba la tarea, el ruido de unos caballos pateando en el patio y las ruedas de un carruaje sacudiendo violentamente los cristales atrajo su atención; se acercó a la ventana, y vio a su padre subir a la calesa y partir.

En cuanto la puerta del palacete se cerró tras el conde, Albert se dirigió a los aposentos de su madre y, como no había nadie para anunciarle, entró hasta el dormitorio de Mercedes, y con el corazón roto por lo que veía y por lo que adivinaba, se detuvo en el umbral.

Como si una misma alma animase a estos dos cuerpos, Mercedes hacía en su casa lo que Albert acababa de hacer en la suya. Todo estaba en orden: los encajes, los adornos, las joyas, la ropa, el dinero, todo iba a colocarse al fondo de los cajones, cuyas llaves colocaba con cuidado la condesa.

Albert vio todos esos preparativos; lo comprendió y exclamando: «¡madre!» y fue a echar los brazos al cuello de Mercedes.

Un pintor, que hubiera tenido la ocasión de reflejar la expresión de estos dos rostros, hubiera pintado, ciertamente, un hermoso cuadro.

En efecto, todo ese aparato propio de una enérgica resolución, que no había asustado a Albert cuando se trataba de él mismo, le llenaba de espanto al verlo en su madre.

—¿Pero, qué hace, madre? —preguntó.

—¿Y qué hacías tú? —respondió ella.

—¡Oh, madre querida! —exclamó Albert, emocionado hasta el punto de no poder hablar—. ¡No es lo mismo para usted que para mí! No, no puede haber decidido lo mismo que yo, pues yo vengo a avisarle de que digo adiós a esta casa, y... a usted.

—Yo también, Albert —respondió Mercedes—; yo también me voy. Había contado, lo confieso, con que mi hijo me acompañara; ¿estoy equivocada?

—Madre —dijo Albert con firmeza—, no puedo hacer que comparta usted el destino que me espera: tengo que vivir a partir de ahora sin nombre y sin fortuna; para comenzar el aprendizaje de esta ruda existencia, tengo que pedir prestado a un amigo el pan que comeré hasta que pueda yo ganármelo. Mi querida madre, voy ahora a casa de Franz para rogarle que me preste la pequeña cantidad que he calculado y que me será necesaria.

—¡Tú, mi pobre niño! —exclamó Mercedes—. ¡Tú vas a sufrir la miseria, el hambre! ¡Oh! No digas eso, pues rompería todas las decisiones que he tomado.

—Pero no las mías, madre —respondió Albert—. Yo soy joven, fuerte, creo que soy valiente; y desde ayer he aprendido el poder de la voluntad. ¡Ay, madre! ¡Hay personas que han sufrido tanto, y que no solamente no están muertas, sino que han edificado una nueva fortuna sobre las ruinas de todas las promesas de felicidad que el cielo les había hecho, sobre los escombros de todas las esperanzas que Dios les había dado! Aprendí eso, madre, vi a esa clase de hombres; sé que, desde el fondo del abismo al que les había arrojado su enemigo, se han levantado con tanto vigor y con tanta gloria que dominaron a su antiguo vencedor y lo precipitaron a su vez. No, madre, no; a partir de hoy, rompo con el pasado, ya no acepto nada más, ni siquiera mi nombre, porque usted lo comprende, ¿no, madre querida?,

comprende que su hijo no puede llevar el nombre de un hombre que tiene que sonrojarse ante otro hombre.

—Albert, hijo mío —dijo Mercedes—, si yo hubiera tenido un corazón más fuerte, es ese el consejo que te hubiese dado; tu conciencia habla cuando mi extinta voz se callaba; escucha a tu conciencia, hijo mío. Tenías amigos, Albert, rompe momentáneamente con ellos, pero no desesperes, ¡en el nombre de tu madre! La vida es hermosa aún a tu edad, mi querido Albert, pues apenas si tienes veintidós años; y como a un corazón tan puro como el tuyo le hace falta un nombre sin tacha, coge el nombre de mi padre: se llamaba Herrera. Te conozco, Albert querido; cualquiera que sea el camino que elijas, en poco tiempo harás ilustre ese nombre. Entonces, querido mío, reaparece en el mundo brillando aún más que con tu infortunio del pasado; y si no fuera así, a pesar de todas mis expectativas, déjame al menos la esperanza, a mí, que no me quedará sino ese único pensamiento, a mí que ya no tengo futuro, y para quien la tumba comienza en el umbral de esta casa.

—Lo haré según sus deseos, madre —dijo el joven—; si, comparto su esperanza, la cólera del cielo no va a perseguirnos, a usted, tan pura, y a mí, tan inocente. Pero, ya que estamos decididos, actuemos de inmediato. El señor de Morcerf ha salido hace una media hora; ya ve que la ocasión nos es favorable para evitar el ruido y las explicaciones.

—Te estaré esperando, hijo mío —dijo Mercedes.

Albert corrió enseguida hasta el bulevar, de donde trajo un coche de alquiler que debía llevarles fuera del palacete; recordaba una pequeña casita amueblada en la calle de Saints-Pères, donde su madre podría encontrar una vivienda modesta pero decente; volvió, pues, a buscar a la condesa.

En el momento en el que el coche de alquiler se paraba delante de la puerta, y cuando Albert se apeaba, un hombre se acercó a él y le remitió una carta.

Albert reconoció al intendente.

—De parte del conde —dijo Bertuccio.

Albert cogió la carta, la abrió y la leyó.

Tras haberla leído, buscó con la mirada a Bertuccio, pero mientras que el joven leía, Bertuccio había desaparecido.

Entonces Albert, con lágrimas en los ojos, el pecho lleno de emoción, entró a buscar a Mercedes, y sin pronunciar una palabra, le presentó la carta.

Mercedes leyó:

Albert:

Mostrándole que he conocido el proyecto al que usted está a punto de entregarse, creo mostrarle también que comprendo lo delicado del proyecto. Usted es libre, deja el palacete del conde y va a llevarse con usted a su madre, libre como usted; pero, reflexione, Albert, usted le debe más de lo que pueda pagarle, pobre noble corazón. Guarde para usted la lucha, reclame para usted solo el sufrimiento, pero exímla a ella de esa primera miseria que inevitablemente acompañará sus primeros esfuerzos; pues ella no merece ni siquiera el reflejo de la desgracia que la golpea hoy, y la Providencia no quiere que el inocente pague por el culpable.

Sé que los dos van a abandonar la casa de la calle del Helder sin llevarse nada. ¿Cómo lo he sabido? No intente descubrirlo. Lo sé: eso es todo.

Escuche, Albert:

Hace veinticuatro años, yo volvía feliz y orgulloso a mi patria. Tenía una prometida, Albert, una santa muchacha a la que adoraba, y le traía ciento cincuenta luises amasados penosamente por un trabajo sin descanso. Ese dinero era para ella, se lo guardaba para ella, y sabiendo lo traicionera que es la mar, enterré nuestro tesoro en el jardincito de la casa en la que vivía mi padre en Marsella, en las Allées de Meilhan.

Su madre, Albert, conoce muy bien esa pobre y querida casa.

Últimamente, viniendo hacia París, pasé por Marsella. Fui a ver esa casa de dolorosos recuerdos, y por la noche, con una pala en la mano, cavé en el rincón donde había escondido mi tesoro. La

cajita de hierro estaba en el mismo lugar, nadie la había tocado; está en la esquina sombreada por una hermosa higuera que mi padre plantó el día en el que yo nací.

Y bien, Albert, ese dinero que antaño debía ayudar a la vida y tranquilidad de la mujer que yo adoraba, ahí está hoy, por un extraño y doloroso azar, y va a encontrar el mismo destino. ¡Oh! Entienda bien mi pensamiento, yo, que podía ofrecer millones a esa pobre mujer, y que le devuelvo solamente el trozo de pan negro y olvidado bajo mi pobre techo, desde el día en el que me separaron de ella para siempre.

Es usted un hombre generoso, Albert, pero quizá esté cegado por el orgullo o por el resentimiento; si usted rechaza mi oferta, si usted va a pedir a otro lo que tengo el derecho de ofrecerle, diré que es poco generoso por su parte negar a su madre la oferta de un hombre cuyo padre murió en los horrores del hambre y de la desesperación, por culpa del de usted.

Cuando Mercedes terminó de leer la carta, Albert se quedó pálido e inmóvil esperando la decisión de su madre.

Mercedes elevó al cielo una mirada de inefable expresión.

—Lo acepto —dijo—; él tiene derecho a pagar la dote que llevaré conmigo a un convento.

Y poniendo la carta sobre el corazón, dio el brazo a su hijo, y con un paso más firme de lo que quizá esperaba ella misma, comenzó a bajar las escaleras.

Capítulo XCII

El suicidio

Mientras tanto, Montecristo, él también, había llegado a la ciudad con Emmanuel y Maximilien.

El regreso fue alegre. Emmanuel no disimulaba su alegría por haber visto que la paz se imponía a la guerra, y confesaba con orgullo sus gustos filantrópicos. Morrel, en un rincón del coche, dejaba la alegría de su cuñado que se evaporase en palabras, y guardaba para sí una alegría tan sincera como la de Emmanuel, pero que sólo brillaba en sus ojos.

En la puerta del Trône, encontraron a Bertuccio: esperaba allí, inmóvil como un centinela en su puesto.

Montecristo asomó la cabeza por la ventanilla, intercambió con él algunas palabras en voz baja, y el intendente desapareció.

—Señor conde —dijo Emmanuel al llegar a la altura de la plaza Royale—; déjeme en mi casa, se lo ruego, para que mi mujer no tenga ni un solo momento de inquietud, ni por usted ni por mí.

—Si no resultara ridículo ir a mostrar su triunfo —dijo Morrel—, invitaría al señor conde a entrar en nuestra casa; pero el señor conde tiene, sin duda, algún corazón tembloroso al que tranquilizar. Ya hemos llegado,

Emmanuel, despedámonos de nuestro amigo y dejémosle continuar su camino.

—Un momento —dijo Montecristo—, no me priven así de golpe de mis dos acompañantes; vaya a ver a su encantadora esposa, Emmanuel, y le encargo que le presente en mi nombre todos mis respetos, y usted, Morrel, acompañeme hasta los Champs-Élysées.

—De maravilla —dijo Maximilien—, además tengo cosas que hacer por su barrio, conde.

—¿Te esperamos para almorzar? —preguntó Emmanuel.

—No —dijo el joven.

La portezuela se cerró y el carruaje continuó su camino.

—Ve cómo le he dado suerte —dijo Morrel cuando se quedó solo con el conde—. ¿No lo había pensado?

—Sí, claro —dijo Montecristo—, por eso quisiera tenerle siempre cerca.

—¡Es milagroso! —continuó Morrel, respondiendo a su propio pensamiento.

—¿Qué? —dijo Montecristo.

—Lo que acaba de pasar.

—Sí —respondió el conde con una sonrisa—; usted lo ha dicho, Morrel: ¡milagroso!

—Pues, en fin —repuso Morrel—, Albert es valiente.

—Muy valiente —dijo Montecristo—, yo le he visto dormir con el puñal suspendido sobre su cabeza.

—Y yo sé que se ha batido dos veces, y peleando muy bien —dijo Morrel—; concilie entonces todo eso con la conducta de esta mañana.

—Influencia de usted —repuso sonriendo Montecristo.

—Afortunadamente para él, no es soldado —dijo Morrel.

—¿Y eso por qué?

—¡Excusas en el campo de batalla! —dijo el capitán moviendo la cabeza.

—Vamos —dijo el conde con dulzura—, no vaya usted ahora a caer en los prejuicios de los hombres corrientes, Morrel. No deducirá que puesto que Albert es valiente, no puede ser cobarde; que ha tenido que tener

alguna otra razón para obrar como lo ha hecho esta mañana, y que por consiguiente su conducta es más heroica que otra cosa.

—Sin duda, sin duda —respondió Morrel—; diré como el español: «ha estado menos valiente hoy que ayer».

—¿Almuerza conmigo, no, Morrel? —dijo el conde para cambiar de conversación.

—No, no; tengo que irme a las diez.

—¿Así que su cita era para almorzar?

Morrel sonrió y movió la cabeza.

—Pero, en fin, tendrá que comer en algún sitio.

—¿Pero, si no tengo hambre? —dijo el joven.

—¡Oh! —dijo el conde—. Sólo conozco dos sentimientos que cortan así el apetito: el dolor, y como veo que está usted muy alegre, no debe ser ese, y el amor. Además, según lo que me dijo en relación con su corazón, me permito creer que...

—A fe mía, conde —replicó alegremente Morrel—, no digo que no.

—¿Y no va a contármelo, Maximilien? —repuso el conde en un tono tan vivo, que se le notaba el interés que tenía en conocer ese secreto.

—Ya le demostré esta mañana que tengo corazón, ¿no, conde?

Por toda respuesta, Montecristo tendió la mano al joven.

—Y bien —continuó este—, puesto que ese corazón ya no está con usted en el bosque de Vincennes, es a otro sitio adonde voy a buscarlo.

—Vaya, vaya, querido amigo —dijo lentamente el conde—, pero, por favor, si tiene algún obstáculo, recuerde que tengo algún poder en ese mundo, que soy feliz empleando ese poder en beneficio de la gente que estimo, y que yo le estimo, Morrel.

—Bien —dijo el joven—, lo recordaré, como los hijos egoístas se acuerdan de sus padres cuando los necesitan. Cuando le necesite, y quizá ese momento llegue, le pediré ayuda, conde.

—Bien. Le tomo su palabra. Adiós, entonces.

—Hasta luego.

Habían llegado a la puerta de la casa de los Champs-Élysées. Montecristo abrió la portezuela del carruaje, Morrel se apeó de un salto.

Bertuccio esperaba en la escalinata.

Morrel se fue por la avenida de Marigny y Montecristo fue con rapidez al encuentro de Bertuccio.

—¿Y bien? —preguntó.

—Y bien —respondió el intendente—, ella se va de casa.

—¿Y su hijo?

—Florentin, su ayuda de cámara, piensa que va a hacer lo mismo.

—Venga conmigo.

Montecristo se llevó a Bertuccio al gabinete, escribió la carta que conocemos, y la remitió al intendente.

—Tome, y vaya enseguida —dijo—; a propósito, advierta a Haydée de que ya he vuelto.

—Aquí estoy —dijo la joven que, al oír el coche, había bajado, y cuyo rostro despedía alegría al volver a ver al conde, sano y salvo.

Bertuccio salió.

Todos los arrebatos de alegría de una hija al volver a ver a un padre querido, todos los delirios de una amante en el encuentro con su amante adorado, Haydée los sintió en los primeros instantes de ese regreso esperado con tanta impaciencia.

Ciertamente, la alegría de Montecristo, con ser menos expansiva, no por ello dejaba de ser tan grande; la alegría, para los corazones que han sufrido durante tanto tiempo, es como el rocío de la mañana para las tierras reseca por el sol: corazón y tierra absorben esa bienhechora lluvia que cae sobre ellos, y nada aparentan desde el exterior. Desde hacía algunos días, Montecristo comprendía algo que desde hacía tiempo no osaba creer, y es que había dos Mercedes en el mundo, y que podía aún aspirar a ser feliz.

Sus ojos ardientes de dicha se clavaban con avidez en la mirada húmeda de Haydée cuando, de repente, se abrió la puerta. El conde frunció el ceño.

—¡El señor de Morcerf! —dijo Baptistin, como si esas solas palabras fueran su excusa.

En efecto, el rostro del conde se iluminó.

—¿Quién de los dos, el vizconde o el conde?

—El conde.

—¡Dios mío! —exclamó Haydée—. ¿Es que esto no ha acabado todavía?

—No sé si se ha acabado, mi niña bienamada —dijo Montecristo tomando las manos de la joven—, pero lo que sé es que no tienes nada que temer.

—¡Oh! Pero ese miserable...

—Ese hombre no puede hacer nada contra mí, Haydée —dijo Montecristo—; era el encuentro con su hijo lo que había que temer.

—Lo que yo he sufrido —dijo la joven—, no lo sabrás nunca, mi señor. Montecristo sonrió.

—¡Por la tumba de mi padre! —dijo Montecristo extendiendo la mano sobre la cabeza de la muchacha—. Te juro que si sucede una desgracia, no será a mí.

—Te creo, mi señor, como si fuese Dios quien me hablara —dijo la joven ofreciendo su frente al conde.

Montecristo depositó, sobre esa frente tan pura y tan hermosa, un beso que hizo latir a la vez a los dos corazones: uno con violencia; el otro, sordamente.

—¡Oh! ¡Dios mío! —murmuró el conde—. ¡Es que vas a permitir que ame de nuevo...! Haga entrar al señor conde de Morcerf al salón —dijo a Baptistin, llevando a la joven griega hacia una escalera disimulada.

Unas palabras explicativas sobre esta visita, esperada tal vez por Montecristo, pero inesperada, sin duda, para nuestros lectores.

Mientras que Mercedes, como hemos dicho, hacía en sus habitaciones esa especie de inventario que Albert también hacía en su pabellón; mientras que ordenaba sus joyas, cerraba los cajones, reunía las llaves, a fin de dejar todo en un orden perfecto, no se dio cuenta de que una cara pálida y siniestra aparecía tras los cristales de una puerta que dejaba pasar la luz al corredor; desde allí, no solamente podía ver, sino que también podía oír. Quien observaba así, según toda probabilidad, sin ser visto ni oído, vio pues y oyó todo lo que ocurría en las habitaciones de la señora de Morcerf.

Desde esa puerta acristalada, el hombre de la cara pálida volvió al dormitorio del conde de Morcerf y, una vez allí, levantó con una mano

crispada un extremo del visillo de una de las ventanas que daban al patio. Permaneció así diez minutos, inmóvil y mudo, escuchando los latidos de su propio corazón. Para él, diez minutos eran mucho tiempo.

Fue entonces cuando Albert, que volvía de su encuentro en el campo del honor, vio a su padre, que espiaba su regreso detrás de la cortina, y apartó la mirada.

Los ojos del conde se dilataron: sabía que el insulto de Albert a Montecristo había sido terrible, que un insulto así, en todos los países del mundo, llevaba a un duelo a muerte. Ahora bien, Albert regresaba sano y salvo, así pues, el conde estaba vengado.

Un rayo de alegría indecible iluminó ese rostro lúgubre, como hace el último rayo de sol antes de perderse en las nubes que parecen más su tumba que su lecho.

Pero ya lo hemos dicho, esperó en vano a que el joven subiera a verle para darle cuenta de su triunfo. Que su hijo, antes de combatir, no hubiera querido ver a su padre, cuyo honor iba a vengar, se comprende; pero una vez vengado, ¿por qué ese hijo no venía a echarse en sus brazos?

Fue entonces cuando el conde, al no poder ver a Albert, llamó al ayuda de cámara. Sabemos que Albert le autorizó a no ocultar nada al conde.

Diez minutos después, apareció en la escalinata el general de Morcerf, vestido con una levita negra, de cuello militar, pantalón negro y guantes negros. Por lo que parece había dado órdenes anteriores, puesto que en cuanto estuvo en la última grada de la escalinata, su coche, ya enganchado, salió de las cocheras y vino a detenerse frente a él.

Su ayuda de cámara vino entonces a poner en el carruaje un gabán militar, rígido por las dos espadas que envolvía; después, cerrando la portezuela, se sentó junto al cochero.

Este se inclinó hacia el interior de la calesa para pedir la orden:

—A los Champs-Élysées —dijo el general— a casa del conde de Montecristo. ¡Deprisa!

Los caballos saltaron bajo el látigo que les envolvió; cinco minutos después, se detuvieron delante de la casa del conde.

El señor de Morcerf abrió él mismo la portezuela de la calesa, todavía en marcha, saltó como un joven en el sendero lateral, llamó y desapareció

por la puerta abierta con su sirviente.

Un segundo después, Baptistin anunciaba al señor de Montecristo la visita de Morcerf, y Montecristo, después de acompañar a Haydée a la escalera, dio la orden de que entrara el conde de Morcerf en el salón.

El general había recorrido ya tres veces el salón de arriba abajo, cuando, al darse la vuelta, vio a Montecristo de pie, en el umbral.

—¡Ah! Es el señor de Morcerf —dijo tranquilamente Montecristo—; creía haber oído mal.

—Sí, soy yo mismo —dijo el conde con una espantosa contracción de los labios que le impedía articular claramente.

—Entonces ahora sólo me falta saber —dijo Montecristo— la causa que me procura el placer de ver al señor conde de Morcerf tan temprano.

—¿Ha tenido usted esta mañana un encuentro con mi hijo, señor? —dijo el general.

—Usted lo sabe —respondió el conde.

—Y sé también que mi hijo tenía buenas razones para desear batirse con usted, y hacer todo lo que hiciera falta para matarle.

—En efecto, señor, ¡las tenía, y muy buenas! Pero ya ve que, a pesar de esas razones, no me ha matado, y que ni siquiera se ha batido.

—Y, sin embargo, le veía a usted como la causa del deshonor de su padre, como la causa de la ruina espantosa que en este momento cae sobre mi casa.

—Es cierto, señor —dijo Montecristo con su terrible calma—; causa secundaria, por ejemplo, y no la principal.

—¿Es que acaso le ha presentado usted alguna excusa o le ha dado alguna explicación?

—Yo no le he dado ninguna explicación, y es él quien me ha presentado sus excusas.

—¿Y a qué atribuye usted esa conducta?

—A la convicción, probablemente, de que en todo esto había un hombre más culpable que yo.

—¿Y quién es ese hombre?

—Su padre.

—De acuerdo —dijo el conde palideciendo—; pero usted sabe que el culpable no quiere que le señalen como culpable.

—Lo sé... por eso me esperaba lo que sucede en este momento.

—¡Esperaba usted que mi hijo fuese un cobarde! —exclamó el conde.

—El señor Albert de Morcerf no es un cobarde —dijo Montecristo.

—Un hombre que tiene en la mano una espada, un hombre que, al alcance de esa espada, tiene a un enemigo mortal, ese hombre, si no se bate, ¡es un cobarde! ¡Si estuviera aquí se lo diría!

—Señor —respondió fríamente Montecristo—, presumo que usted no ha venido a verme para contarme sus pequeños asuntos de familia. Vaya a decir eso al señor Albert, quizá él sabrá responderle.

—¡Oh! No, no —replicó el general con una sonrisa desaparecida tan pronto como apareció—, no, tiene usted razón, ¡no he venido aquí para eso! ¡He venido para decirle que yo también le veo como mi enemigo! ¡He venido para decirle que le odio por instinto! ¡Que me parece que le he conocido siempre, que le odiado siempre! Y que, en fin, puesto que los jóvenes de estos tiempos ya no se baten, nos toca a nosotros batirnos... ¿es esa su opinión, señor?

—Perfectamente. Además, cuando le he dicho que había previsto lo que sucedía, es del honor de su visita de lo que hablaba.

—Mejor aún..., entonces, ¿está preparado?

—Siempre lo estoy, señor.

—¿Sabe que nos batiremos hasta la muerte de uno de los dos? —dijo el general con los dientes apretados por la rabia.

—Hasta la muerte de uno de los dos —repitió el conde de Montecristo, haciendo un ligero movimiento de cabeza de arriba abajo.

—Partamos entonces, nosotros no necesitamos testigos.

—En efecto —dijo Montecristo—, es inútil, ¡nos conocemos tan bien!

—Al contrario —dijo el conde—, lo que ocurre es que no nos conocemos.

—¡Bah! —dijo Montecristo con la misma flema desesperante—. Veamos sólo un poco. ¿No es usted el soldado Fernand, que desertó la víspera de la batalla de Waterloo? ¿No es usted el teniente Fernand, que sirvió de guía y de espía al ejército francés en España? ¿No es usted el

coronel Fernand que traicionó, vendió y asesinó a su benefactor Alí? ¿Y todos esos Fernand reunidos, no forman al teniente general conde de Morcerf, par de Francia?

—¡Oh! —exclamó el general, golpeado con esas palabras como con un hierro al rojo vivo—. ¡Oh, miserable, que me reprochas mi vergüenza cuando quizá vas a matarme! No, yo no he dicho que yo te fuera desconocido; ¡yo bien sé, demonio, que has penetrado en la noche del pasado, y que en él has leído, al resplandor de alguna antorcha, lo ignoro, cada página de mi vida! Pero quizás haya más honor en mí, en mi oprobio, que en ti, bajo tu pomposo exterior. No, no, yo te soy conocido, lo sé, pero es a ti a quien no conozco, ¡aventurero forrado de oro y de piedras preciosas! Te has hecho llamar en París conde de Montecristo; en Italia, Simbad el marino; en Malta, ¿yo qué sé? Yo, lo he olvidado. Pero es tu nombre real el que te pregunto, es tu verdadero nombre lo que quiero saber, en medio de tus cien nombres, a fin de que lo pronuncie en el campo de batalla en el momento en el que te clave la espada en el corazón.

El conde de Montecristo palideció terriblemente; sus ojos leonados se llenaron de un fuego devorador; dio un salto hasta el gabinete contiguo a su habitación y, en menos de un segundo, arrancándose la corbata, la levita y el chaleco, se endosó una chaquetilla de marino y se cubrió con una gorra de marinero, bajo la que soltó sus largos cabellos negros.

Volvió al salón así, pavoroso, implacable, avanzando con los brazos cruzados hacia el general que no había entendido nada de esa desaparición, que le aguardaba, y que sintiendo que le castañeteaban los dientes y que sus piernas le fallaban, reuló un paso y no se detuvo hasta encontrar una mesa que le sirvió de punto de apoyo para su mano crispada.

—¡Fernand! —le gritó—. De mis cien nombres, no necesitaré más que decirte uno para fulminarte; pero ese nombre, ¿lo adivinas, verdad? ¿O más bien te lo recuerdo? Pues a pesar de todas mis desgracias, de todas mis torturas, te muestro hoy un rostro rejuvenecido por el placer de la venganza, un rostro que has debido ver muy a menudo en tus sueños desde tu matrimonio... ¡con Mercedes, mi prometida!

El general, con la cabeza inclinada hacia atrás, las manos extendidas, la mirada fija, devoró en silencio el terrible espectáculo; después, yendo

hacia la pared para buscar un punto de apoyo, se deslizó lentamente hasta la puerta por la que salió a reculones, dejando escapar un único grito lúgubre, lamentable, desgarrador: «¡Edmond Dantès!».

Después, con suspiros que nada tenían de humano, se arrastró hasta el peristilo de la casa, cruzó el patio como un borracho, y cayó en los brazos de su ayuda de cámara, murmurando con voz ininteligible: «¡A casa!, ¡a casa!».

Por el camino, el aire fresco y la vergüenza que le causaba la atención de sus sirvientes volvieron a ponerle en condiciones de ajustar sus ideas; pero el trayecto fue corto, y a medida que se acercaba a su casa, el conde sentía que se renovaba todo su dolor.

A algunos pasos de su casa, el conde mandó parar y se apeó. La puerta del palacete estaba abierta de par en par; un coche de alquiler, muy sorprendido de que le llamaran a esa magnífica residencia, estaba estacionado en el patio; el conde miró ese coche con espanto, pero sin atreverse a preguntar a nadie, y entró como un rayo en sus aposentos.

Dos personas bajaban por la escalera, apenas él si tuvo tiempo de entrar a toda prisa en su gabinete para evitarlas.

Era Mercedes, apoyada en el brazo de su hijo, abandonando ambos el palacete.

Pasaron a dos palmos del desgraciado, que, oculto tras el cortinaje de damasco, de alguna manera rozaba el vestido de seda de Mercedes, y sentía en su rostro el tibio aliento de estas palabras que pronunciaba su hijo:

—¡Valor, madre! Vamos, vamos, nosotros ya no nos sentimos en casa, aquí.

Las palabras se apagaron, los pasos se alejaron.

El general se incorporó, aferrado como estaba con sus manos crispadas en la cortina de damasco, ahogando el más horrible sollozo que hubiera salido alguna vez del pecho de un padre, abandonado a la vez por la esposa y por el hijo...

Enseguida se oyó cerrar la portezuela de hierro del coche de alquiler; después, la voz del cochero, y a continuación el rodar de la pesada máquina que sacudió violentamente los cristales. Entonces, Fernand corrió

a su dormitorio para ver una vez más a lo que más había amado en el mundo; pero el carruaje partió sin que la cabeza de Mercedes, ni la de su hijo asomara por la portezuela, para echar sobre la casa solitaria y sobre el esposo y padre abandonado, la última mirada, el último adiós, y el último lamento; es decir: el perdón.

Entonces, en el momento mismo en el que las ruedas del carruaje resonaban en la bóveda de la salida, se oyó un disparo, y el humo oscuro salió por uno de los cristales de esa ventana del dormitorio, que había estallado por la fuerza de la explosión.

Capítulo XCIII

Valentine

Adivinamos el asunto que se traía entre manos Morrel, y en casa de quién era esperado.

Así que Morrel, tras despedirse de Montecristo, se encaminó lentamente hacia la casa de Villefort.

Decimos lentamente, pues Morrel tenía una media hora ante él para cubrir unos quinientos pasos, pero, a pesar de ese tiempo más que suficiente, se había apresurado en dejar a Montecristo, pues se sentía ansioso por estar solo con sus pensamientos.

Conocía bien la hora, la hora en la que Valentine, asistiendo al almuerzo de Noirtier, estaba segura de que nadie la turbaría en ese piadoso deber. Noirtier y Valentine le habían acordado dos visitas por semana, y él venía a disfrutar de ese derecho.

Llegó, Valentine le esperaba. Inquieta, casi fuera de sí, le cogió la mano, y le condujo a ver su abuelo.

Esa inquietud, llevada, como decimos, casi al paroxismo, venía por el rumor que la aventura de Morcerf había causado en sociedad; se sabía — ese mundillo lo sabe siempre — la aventura en el Teatro de la Ópera. En casa de Villefort nadie dudaba de que un duelo sería la consecuencia

obligada a esa provocación; Valentine, con su instinto de mujer, adivinaba que Morrel sería testigo de Montecristo, y conocido el valor del joven, más la profunda amistad que sentía por el conde, la muchacha temía que no tuviera la fuerza de limitarse al papel pasivo que se le había asignado.

Se comprende, pues, con qué avidez los detalles fueron preguntados, dados y recibidos, y Morrel pudo leer en los ojos de su bienamada la indecible alegría cuando supo que ese terrible asunto había tenido un desenlace tan feliz como inesperado.

—Ahora —dijo Valentine indicando a Morrel que se sentara al lado del anciano, y sentándose ella misma en el taburete donde su abuelo reposaba los pies—, ahora hablemos un poco de nosotros. Ya sabe, Maximilien, que el abuelo tuvo en algún momento la idea de dejar la casa y vivir en un apartamento fuera del palacete del señor de Villefort.

—Sí, claro, recuerdo ese proyecto, y aplaudí mucho esa iniciativa.

—Bueno, pues siga aplaudiendo, Maximilien, pues mi buen abuelo vuelve a ello.

—¡Bravo! —dijo Maximilien.

—¿Y sabe usted, Valentine, las razones que le mueven para dejar esta casa?

Noirtier miró a su nieta como para imponerle silencio con su mirada; pero Valentine no miraba en ese momento a Noirtier; sus ojos, su mirada, su sonrisa, todo era para Morrel.

—¡Oh! Sean las que sean las razones, declaro que son buenas —exclamó Morrel.

—Excelente —dijo Valentine—; pero dice que los aires del Faubourg Saint-Honoré no son buenos para mí.

—En efecto —dijo Morrel—; escuche, Valentine, el señor Noirtier bien podría tener razón; desde hace quince días, me parece que su salud, Valentine, se ve alterada.

—Sí, un poco, es cierto —respondió Valentine—; así que el abuelo se ha constituido en mi médico, y como el abuelo sabe todo, tengo toda la confianza en él.

—Pero, en fin, ¿es cierto que se encuentra mal, Valentine? —preguntó rápidamente Morrel.

—¡Oh! ¡Dios mío! No puede decirse que esté mal; siento un malestar general, eso es todo; he perdido el apetito, y me parece que mi estómago sostiene una lucha para habituarse a algo.

Noirtier no se perdía ni una palabra de Valentine.

—¿Y qué tratamiento sigue para esa enfermedad desconocida?

—¡Oh! Uno muy simple —dijo Valentine—; trago todas las mañanas una cucharada del jarabe que le traen al abuelo; cuando digo una cucharada es que comencé con una y ahora ya son cuatro. Mi abuelo pretende que esto es una panacea.

Valentine sonreía; pero había algo triste y doloroso en esa sonrisa.

Maximilien, ebrio de amor, la miraba en silencio; estaba muy hermosa, pero su palidez se había tornado un poco más mate, sus ojos brillaban con un fuego más ardiente que de costumbre, y sus manos, normalmente de un blanco nacarado, parecían manos de cera que el tiempo había ido invadiendo de un matiz amarillento.

El joven pasó su mirada de Valentine a Noirtier; este consideraba con esa extraña y profunda inteligencia a la joven absorta en su amor; pero él también, como Morrel, seguía los rasgos de un sordo sufrimiento, por lo demás tan poco visible que escapaba a la mirada de todos, excepto a la de un padre, como Noirtier, y a la de un amante como Morrel.

—¿Pero —dijo Morrel—, ese jarabe del que está tomando hasta cuatro cucharadas, estaba recetado para el señor Noirtier?

—Sé que es muy amargo —dijo Valentine—, tan amargo que todo lo que bebo después me parece que tiene el mismo gusto.

Noirtier miró a su nieta en un tono interrogador.

—Sí, abuelito —dijo Valentine—, es así. Ahora, antes de bajar aquí, bebí un vaso de agua azucarada; pues bien, he dejado la mitad pues el agua me parecía muy amarga.

Noirtier palideció, e indicó que quería hablar.

Valentine se levantó para ir a buscar el diccionario.

Noirtier la seguía con la mirada con una visible angustia.

En efecto, la sangre se le subía a la cabeza a la joven, se puso roja.

—¡Vaya! —exclamó la joven sin perder su alegría—. Es raro: ¡un deslumbramiento! ¿Es que me ha dado el sol en los ojos...?

Y se apoyó en la falleba de la ventana.

—Si no hay sol —dijo Morrel, más inquieto aún por la expresión del rostro de Noirtier que por la indisposición de Valentine.

Y corrió hacia ella.

La joven sonrió.

—Tranquilízate, abuelo —dijo a Noirtier—; tranquilícese, Maximilien, no es nada, ya se me ha pasado; pero, ¡escucha! ¿No es un coche lo que oigo en el patio?

Abrió la puerta de Noirtier, corrió a la ventana del corredor, y volvió precipitadamente.

—Sí —dijo—, es la señora Danglars y su hija que vienen a hacer una visita. Adiós, me voy, pues vendrán a buscarme aquí; o más bien, hasta luego, quédese con el abuelo, Maximilien, le prometo que no las retendré mucho.

Morrel la siguió con la mirada, la vio cerrar la puerta, y la oyó subir por la escalera pequeña que conducía a la vez a su habitación y a la de la señora de Villefort.

En cuanto desapareció, Noirtier indicó a Morrel que cogiera el diccionario. Morrel obedeció; guiado por Valentine, se había acostumbrado pronto a comprender al anciano.

Sin embargo, por mucha costumbre que tuviera, y como era preciso pasar revista a las veinticuatro letras del alfabeto, y encontrar cada palabra en el diccionario, fueron precisos unos diez minutos para traducir el pensamiento del anciano con estas palabras:

—Que traigan el vaso de agua y la jarra que están en la habitación de Valentine.

Morrel llamó enseguida al sirviente que había reemplazado a Barrois, y en nombre de Noirtier le dio esa orden.

El criado volvió un instante después.

La jarra y el vaso estaban totalmente vacíos.

Noirtier indicó que quería hablar.

—¿Por qué estaban vacíos el vaso y la jarra? Valentine dijo que sólo había bebido la mitad del vaso.

La traducción de todo eso llevó otros cinco minutos.

—No sé —dijo el criado—; pero la doncella está en la habitación de la señorita Valentine: quizás ha sido ella la que los ha vaciado.

—Pregúnteselo —dijo Morrel—, traduciendo esta vez el pensamiento de Noirtier por la mirada.

El criado salió y volvió enseguida.

—La señorita Valentine pasó por su habitación para ir a la de la señora de Villefort —dijo—; y al pasar, como tenía sed, bebió lo que quedaba del vaso; en cuanto a la jarra, el señorito Édouard lo vació para hacer un estanque a sus patos.

Noirtier elevó los ojos al cielo como un jugador que apuesta de una sola vez todo lo que tiene.

Desde ese momento, la mirada del anciano se quedó clavada en la puerta y no la apartó de esa dirección.

Eran, en efecto, la señora Danglars y su hija a las que Valentine había visto; las habían acompañado hasta los aposentos de la señora de Villefort, que había dicho que las recibiría allí; por eso Valentine había pasado por su habitación, que estaba en la misma planta que la de su madrastra, y las dos habitaciones sólo estaban separadas por la de Édouard.

Las dos mujeres entraron en el salón con esa especie de rigidez oficial que hace presagiar que tenían algo que comunicar.

Entre la gente del mismo mundo, rápidamente se capta ese tipo de matices. La señora de Villefort respondió a la solemnidad con solemnidad.

En ese momento Valentine entró y las reverencias volvieron a empezar.

—Querida amiga —dijo la baronesa, mientras que las dos jóvenes se daban la mano—, yo venía con Eugénie para comunicarle, a usted la primera, el muy próximo enlace de mi hija con el príncipe Cavalcanti.

Danglars había mantenido el título de príncipe para el joven. Al banquero del pueblo le parecía que quedaba mejor que el de conde.

—Entonces, permítame que le dé mi más sincera enhorabuena —respondió la señora de Villefort—. El señor príncipe de Cavalcanti parece un joven lleno de raras cualidades.

—Escuche —dijo la baronesa sonriendo—; si hablamos como dos amigas, debo decirle que el príncipe todavía no nos parece que sea lo que llegará a ser. Hay en él ese algo de rareza que nos hace, a nosotros los

franceses, reconocer en el primer vistazo a un gentilhomme italiano o alemán. Sin embargo, da muestras de un gran corazón, un espíritu despierto y, en cuanto a las conveniencias, el señor Danglars dice que su fortuna es majestuosa; esa es la palabra que usa.

—Y además —dijo Eugénie hojeando el álbum de la señora de Villefort—, añada, señora, que tiene usted una inclinación muy especial por ese joven.

—Y no necesito preguntar —dijo la señora de Villefort— si usted comparte esa inclinación.

—¡Yo! —respondió Eugénie con su aplomo habitual—. ¡Oh! Yo no la comparto en absoluto, señora; mi vocación no era la de encadenarme a los cuidados de la casa o a los caprichos de un hombre, fuera quien fuera. Mi vocación era la de ser artista y, por consiguiente, dueña de mi corazón, de mi persona y de mis pensamientos.

Eugénie pronunció estas palabras en un tono tan vibrante y tan firme que Valentine se sonrojó. La temerosa joven no podía comprender esa vigorosa naturaleza que parecía adolecer de la timidez que se atribuye a las mujeres.

—Por lo demás —continuó Eugénie— debo agradecer a la Providencia que, al menos, me procuró despreciar al señor Albert de Morcerf; sin la Providencia, sería yo ahora la esposa de un hombre que ha perdido su honor.

—Sin embargo, es cierto —dijo la baronesa, con esa extraña ingenuidad que a veces tienen las grandes damas, y que a pesar del trato con las personas vulgares no pierden del todo—, es cierto; sin esa duda de los Morcerf, mi hija hubiera desposado a ese señor Albert: el general insistía mucho, e incluso vino a forzar esa pedida al señor Danglars; ¡de buena nos libramos!

—Pero —dijo tímidamente Valentine—, ¿es que esa vergüenza del padre recae en el hijo? El señor Albert me parece inocente de todas esas traiciones del general.

—Perdón, querida amiga —dijo la implacable joven—; el señor Albert reclama y merece su parte; parece que ayer, después de haber provocado al

señor de Montecristo en la Ópera, le ha presentado hoy sus excusas en el mismo campo del honor.

—¡Imposible! —dijo la señora de Villefort.

—¡Ah! Querida amiga —dijo la señora Danglars con esa ingenuidad que ya hemos señalado—, todo eso es cierto; lo sé por el señor Debray, que estaba presente en la explicación.

Valentine también conocía la verdad, pero no dijo nada. Había vuelto a sus recuerdos y se encontraba en pensamiento en la habitación de Noirtier, donde la esperaba Morrel.

Sumida en esa especie de contemplación interior, Valentine había dejado desde hacía un momento de tomar parte en la conversación; incluso le hubiera sido imposible repetir lo que decían desde hacía algunos minutos, cuando de repente, la mano de la señora de Danglars, apoyándose en su brazo, la sacó de su ensoñación.

—¿Qué ocurre, señora? —dijo Valentine sobresaltándose al contacto de los dedos de la señora Danglars, como se hubiese sobresaltado con un contacto eléctrico.

—Ocurre, mi querida Valentine —dijo la baronesa—, que sin duda está usted enferma, ¿no?

—¿Yo? —dijo la joven pasándose la mano por la frente ardiente.

—Sí; mírese en ese espejo; no hace más que sonrojarse y palidecer sucesivamente.

—En efecto —exclamó Eugénie—, ¡estás muy pálida!

—¡Oh! No te preocupes Eugénie; estoy así desde hace algunos días.

Y por muy poco perspicaz que fuese, la joven comprendió que se le presentaba la ocasión para despedirse. Además, la señora de Villefort vino en su ayuda.

—Puede retirarse, Valentine —dijo—; realmente no se encuentra usted bien y estas señoras le disculparán; beba un vaso de agua y eso le aliviará.

Valentine dio un beso a Eugénie, saludó a la señora Danglars, que ya se había levantado para retirarse, y salió.

—Esta pobre niña —dijo la señora de Villefort cuando Valentine salió— me inquieta seriamente, y no me extrañaría que le sucediese algo grave.

Mientras tanto, Valentine, en una especie de exaltación de la que no se daba cuenta, había atravesado la habitación de Édouard sin responder a no sé qué maldad del niño, y desde su habitación había llegado a la escalera pequeña. Franqueó todos los peldaños, menos los tres últimos; ya oía la voz de Morrel, cuando, de repente, una nube se le pasó por los ojos, sus pies le fallaron ante un escalón, no tuvo fuerza en las manos para sujetarse a la barandilla y, rozando la pared, cayó rodando, más que bajando, las dos o tres últimas gradas.

Morrel dio un salto, abrió la puerta y encontró a Valentine tendida en el descansillo.

Rápido como un rayo, la cogió en brazos y la sentó en un sillón. Valentine abrió los ojos.

—¡Oh! Qué torpe soy —dijo con una febril volubilidad—; ¿es que ya no sé ni tenerme en pie? ¡Olvido que hay tres peldaños más antes del rellano!

—¿Se ha hecho daño, Valentine? —exclamó Morrel—. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Valentine miró alrededor, y vio el más profundo espanto en los ojos de Noirtier.

—Tranquilízate, abuelito —dijo intentando sonreír—; no es nada, no es nada..., se me ha ido la cabeza, eso es todo.

—¡Pero otra vez ese mareo! —dijo Morrel juntando las manos—. ¡Oh! Valentine, tenga cuidado, se lo suplico.

—Que no, que no —dijo Valentine—, que ya se me ha pasado, que no era nada. Ahora déjenme darles una noticia: dentro de ocho días Eugénie se casa, y dentro de tres días hay una especie de gran festín, un banquete de compromiso. Estamos todos invitados, mi padre y la señora de Villefort y yo..., por lo que me ha parecido entender, al menos.

—¿Cuándo nos tocará a nosotros ocuparnos de esos detalles? ¡Oh! Valentine, usted que tiene tanta influencia sobre nuestro abuelo, trate de que le diga: ¡pronto!

—¿O sea que cuenta conmigo para estimular la lentitud y despertar la memoria del abuelo?

—¡Sí! —exclamó Morrel—. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Pero hágalo de prisa. Mientras no sea mía, Valentine, siempre me parecerá que se me va a escapar.

—¡Oh! —respondió Valentine con un movimiento convulsivo—, ¡oh! De verdad Maximilien, que es usted muy miedoso para ser un oficial, un soldado, de los que se dice que nunca conocen el miedo. ¡Ja, ja, ja, ja!

Y estalló en una risa estridente y dolorosa; los brazos inertes y rígidos se le cayeron, la cabeza cayó también hacia atrás sobre el sillón, y se quedó sin movimiento.

El grito de terror que Dios encadenaba a los labios de Noirtier brotó a través de sus ojos.

Morrel comprendió; se trataba de pedir ayuda.

El joven se agarró al cordón de la campanilla; la doncella que estaba en la habitación de Valentine y el sirviente que había reemplazado a Barrois acudieron corriendo simultáneamente.

Valentine estaba tan pálida, tan fría, tan inanimada que, sin escuchar lo que se les decía, el miedo que reinaba sin cesar en esa casa maldita se apoderó de ellos y se lanzaron por los pasillos gritando socorro.

La señora Danglars y Eugénie, que salían en ese momento, pudieron enterarse de la causa de todo ese ruido.

—¡Ya se lo había dicho! —exclamó la señora de Villefort—. ¡Pobre pequeña!

Capítulo XCIV

La confidencia

En el mismo instante se oyó la voz del señor de Villefort que gritaba desde su gabinete:

—¿Pero, qué ocurre?

Morrel consultó con la mirada a Noirtier, que acababa de recuperar toda su sangre fría, y que con una mirada le indicó el gabinete, donde ya una vez, en una circunstancia casi igual, tuvo que esconderse.

No le dio tiempo más que a recoger el sombrero y a llegar allí sin aliento. Se oían ya los pasos del fiscal en el corredor.

Villefort se precipitó en la habitación, corrió hacia Valentine y la cogió entre sus brazos.

—¡Un médico! ¡Un médico!... ¡El señor d'Avrigny! —gritó Villefort—. O mejor, voy yo mismo a buscarle.

Y salió disparado fuera del apartamento.

Por la otra puerta salía Morrel.

Acababa de verse sorprendido por un espantoso recuerdo: la conversación entre Villefort y el doctor que oyó la noche de la muerte de la señora de Saint-Méran se le vino a la memoria. Esos síntomas, en un

grado menos terrible, eran los mismos que precedieron a la muerte de Barrois.

Al mismo tiempo, le pareció oír de nuevo la voz de Montecristo, que le había dicho, hacía apenas dos horas:

—Si me necesita para algo, Morrel, acuda a mí, puedo hacer mucho por usted.

Más raudo que el pensamiento, salió del Faubourg Saint-Honoré en la calle Matignon, y de ahí a la avenida de los Champs-Élysées.

Mientras tanto, el señor de Villefort llegaba en un cabriolé de alquiler a la puerta del señor d'Avrigny; llamó con tanta violencia que el portero vino a abrirle todo asustado. Villefort se lanzó escaleras arriba sin poder decir nada. El portero le conocía y le dejó pasar gritando:

—¡En su gabinete, señor fiscal, en su gabinete!

Villefort ya estaba empujando la puerta, o casi echando la puerta abajo.

—¡Ah! —dijo el doctor—. ¡Es usted!

—Sí —dijo Villefort cerrando la puerta tras él—; sí, doctor, soy yo que vengo a preguntarle a mi vez, si estamos aquí solos. ¡Doctor, mi casa es una casa maldita!

—¡Cómo! —dijo el médico, en apariencia, fríamente, pero con una profunda emoción interior—. ¿Hay otra vez algún enfermo?

—¡Sí, doctor! —exclamó Villefort, cogiéndose un mechón de cabellos convulsivamente—. ¡Sí!

La mirada de d'Avrigny significaba:

—Ya se lo había dicho.

Después, sus labios acentuaron lentamente estas palabras:

—¿Quién va a morir entonces en su casa? ¿Qué nueva víctima va a acusarnos de debilidad ante Dios?

Un doloroso sollozo brotó del corazón de Villefort; se acercó al médico y cogiéndole el brazo:

—¡Valentine! —dijo—. ¡Ahora le toca a Valentine!

—¡Su hija! —exclamó d'Avrigny, lleno de dolor y de sorpresa.

—Ya ve que usted se equivocaba —murmuró el magistrado—; venga a verla, y en su lecho de dolor pídale perdón por haber sospechado de ella.

—Cada vez que me ha mandado llamar —dijo d’Avrigny— ha sido demasiado tarde; no importa, vamos, pero démonos prisa, señor, con los enemigos que atacan su casa, no hay tiempo que perder.

—¡Oh! Esta vez, doctor, no me reproche mi debilidad. Esta vez descubriré al asesino y le mataré.

—Intentemos salvar a la víctima, antes de pensar en vengarla —dijo d’Avrigny—. Vamos.

Y el cabriolé que había traído a Villefort le recogió de nuevo, acompañado de d’Avrigny, en el mismo momento en el que, por su parte, Morrel llamaba a la puerta de Montecristo.

El conde estaba en su gabinete y, muy preocupado, leía una nota que acababa de enviarle Bertuccio a toda prisa.

Al oír anunciar a Morrel, al que había dejado apenas hacía dos horas, el conde levantó la cabeza.

Tanto para él como para el conde, sin duda habían pasado muchas cosas en esas dos horas, pues el joven, que se había separado de él con la sonrisa en los labios, volvía con el rostro convulsionado.

Se levantó y corrió a su encuentro.

—¿Pero, qué pasa, Maximilien? —le preguntó—; está usted pálido y chorreando de sudor.

Morrel, más que sentarse, se desplomó en un sillón.

—Sí —dijo— he venido corriendo, necesitaba hablar con usted.

—¿Todo el mundo está bien en su familia? —preguntó el conde en un tono de benevolencia afectuosa, de cuya sinceridad nadie dudaría.

—Gracias, conde, gracias —dijo el joven visiblemente incómodo para iniciar la conversación—; sí, en mi familia todo el mundo está bien.

—Mejor así; sin embargo, tenía usted algo que decirme —repuso el conde, cada vez más inquieto.

—Sí —dijo Morrel—, es cierto, acabo de salir de una casa en la que ha entrado la muerte, para venir corriendo a verle a usted.

—¿Viene entonces de casa del señor de Morcerf? —preguntó Montecristo.

—No —dijo Morrel—; ¿ha muerto alguien en casa del señor de Morcerf?

—El general acaba de saltarse la tapa de los sesos —respondió Montecristo.

—¡Oh! ¡Qué espantosa desgracia! —exclamó Maximilien.

—No para la condesa, no para Albert —dijo Montecristo—; más vale un padre y un esposo muerto, que un padre y un esposo deshonorado; la sangre lavará la vergüenza.

—¡Pobre condesa! —dijo Maximilien—. Compadezco sobre todo a la condesa, ¡una mujer tan noble!

—Compadezca también a Albert, Maximilien, pues, créame, es digno hijo de la condesa. Pero volvamos a usted; usted acudía a mí, me dijo; ¿tendría yo el honor de que usted me necesitase?

—Sí, le necesito, es decir, que como un insensato creí que podría ayudarme en una circunstancia en la que sólo Dios puede ayudarme.

—Dígame, de todas formas —respondió Montecristo.

—¡Oh! —dijo Morrel—. De verdad que no sé si me está permitido desvelar un secreto así a un oído humano; pero la fatalidad me lleva a ello, la necesidad me obliga, conde...

Morrel se detuvo dudando.

—Maximilien, ¿cree usted que yo le estimo? —dijo Montecristo cogiendo afectuosamente la mano del joven entre las suyas.

—¡Oh! Mire, eso me anima, y además, algo me dice aquí —dijo Morrel poniendo la mano en el corazón— que no debo tener secretos con usted.

—Tiene razón, Morrel, es Dios quien habla en su corazón, y es su corazón el que habla. Dígame eso que le angustia tanto.

—Conde, ¿me permite que envíe a Baptistin a preguntar de mi parte noticias de alguien a quien usted conoce?

—Me he puesto a su disposición, con mayor razón pongo también a mis sirvientes.

—¡Oh! Es que no podré vivir mientras no tenga la certeza de que ella está mejor.

—¿Quiere que llame a Baptistin?

—No, voy a hablar con él yo mismo.

Morrel salió, llamó a Baptistin y le dijo algunas palabras en voz baja. El ayuda de cámara salió corriendo.

—Y bien, ¿está hecho? —preguntó Montecristo al ver a Morrel de vuelta.

—Sí, así estaré un poco más tranquilo.

—Sabe que estoy esperando —dijo Montecristo sonriendo.

—Sí, ya hablo. Escuche, una noche que me encontraba en un jardín, yo estaba escondido entre un macizo de árboles, nadie sabía que yo podía estar allí. Pasaron junto a mí dos personas, permítame que me calle provisionalmente sus nombres; hablaban en voz baja y, sin embargo, yo tenía tanto interés en oír sus palabras que no perdía ni una sola de todo lo que decían.

—Esto se anuncia lúgubre, si me fío de su palidez y de su temblor, Morrel.

—¡Oh, sí! ¡Muy lúgubre, amigo mío! En esa casa acababa de morir alguien; una de las dos personas de la conversación era el dueño de la casa, y la otra el médico. Ahora bien, el primero confiaba en secreto sus temores y sus penas; pues era la segunda vez, en un mes, que la muerte se abatía rápida e imprevista sobre esa casa, como si estuviera marcada por el ángel exterminador con la cólera de Dios.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo Montecristo mirando fijamente al joven, y girando su sillón imperceptiblemente para colocarse en la sombra, mientras que la luz daba en la cara a Maximilien.

—Sí —continuó este—, la muerte había entrado dos veces en un mes.

—¿Y qué respondía el doctor? —preguntó Montecristo.

—Respondía que... respondía que esa muerte no era una muerte natural, y que había que atribuirle...

—¿A qué?

—¡Al veneno!

—¡De verdad! —dijo Montecristo con esa ligera tos que, en momentos de suma emoción, le servía para disimular, ya fuera su rubor, o la misma atención con la que escuchaba—. ¿De verdad, Maximilien, que oyó eso?

—Sí, querido conde, lo oí, y el doctor añadió que si un suceso así se volviera a repetir, se vería obligado a apelar a la justicia.

Montecristo escuchaba o parecía que escuchaba con la mayor calma.

—Pues bien —dijo Maximilien—, la muerte golpeó una tercera vez, y ni el señor de la casa, ni el doctor dijeron nada; la muerte golpeará una cuarta vez, quizá. Conde, ¿en qué, cree usted, que el conocimiento de ese secreto me compromete?

—Mi querido amigo —dijo Montecristo—, me parece que me cuenta una aventura que todo el mundo sabe de memoria. La casa en la que oyó usted eso, la conozco, o al menos conozco una igual; una casa que tiene un jardín, un padre de familia, un doctor, una casa en la que ha habido tres muertes extrañas e inesperadas. Pues bien, míreme, yo que no oí ninguna confidencia y que, sin embargo, lo sé tan bien como usted, ¿es que tengo escrúpulos de conciencia? No, eso a mí no me incumbe. Usted dice que el ángel exterminador parece designar esa casa con la cólera del Señor; pues bien, ¿quién dice que su suposición no sea una realidad? No vea cosas que no quieren ver quienes tendrían interés en verlas. Si es la justicia y no la cólera de Dios quien se pasea por esa casa, Maximilien, desvíe la vista y deje que pase la justicia de Dios.

Morrel temblaba. Había a la vez algo de lúgubre, de solemne y de terrible en el tono del conde.

—Además —continuó con un cambio de voz tan marcado que se diría que estas últimas palabras no salían de la boca del mismo hombre—; además, ¿quién le dice que volverá a ocurrir lo mismo?

—¡Ya ocurre, conde! —exclamó Morrel—. Y por eso acudo a usted.

—Y bien, ¿qué quiere usted que yo haga, Morrel? ¿Quiere usted, por azar, que avise al señor fiscal del rey?

Montecristo articuló estas últimas palabras con tanta claridad y con un acento tan vibrante, que Morrel, poniéndose en pie, de repente exclamó:

—¡Conde!, ¡conde! Usted sabe de quién quiero hablar, ¿no?

—Perfectamente, mi buen amigo, y voy a demostrárselo poniendo los puntos sobre las íes, o más bien los nombres sobre los hombres. Usted se paseaba una tarde en el jardín del señor de Villefort; según lo que me dice, presumo que era la noche de la muerte de la señora de Saint-Méran. Usted oyó al señor de Villefort hablar con el señor d'Avrigny, sobre la muerte del señor de Saint-Méran, y de la muerte no menos sorprendente de la

marquesa. El señor d'Avrigny decía que creía en un envenenamiento e incluso en dos; y aquí está usted, usted, hombre honrado por excelencia, que desde entonces se ocupa de palpar su corazón, se ocupa de sondear su conciencia para saber si debe revelar el secreto o callarse. Ya no estamos en la Edad Media, querido amigo, ya no hay Sainte-Vehme^[1], ni jueces francos; ¿qué diablos quiere pedir a esa gente? *Conciencia, ¿qué quieres de mí?* Como dice Sterne. ¡Eh! Querido amigo, déjeles dormir, si duermen; o déjeles palidecer en sus insomnios, y, por amor de Dios, duerma, usted que no tiene remordimientos que le impidan dormir.

Un espantoso dolor se dibujaba en los rasgos de Morrel; cogió la mano de Montecristo.

—¡Pero le digo que ya está ocurriendo, conde!

—Y bien —dijo el conde, asombrado de tanta insistencia que no comprendía en absoluto, y mirando a Maximilien atentamente—, déjelo que ocurra: es una familia de Atreidas; Dios les ha condenado, y sufrirán la sentencia; van a desaparecer todos, como esos castillos que fabrican los niños con cartas dobladas, y que caen uno tras otro bajo el soplo de su creador, aunque fueran doscientos los que había que derribar. Era el señor de Saint-Méran hace tres meses, era la señora de Saint-Méran hace dos meses; era Barrois el otro día; hoy es el viejo Noirtier o la joven Valentine.

—¿Usted lo sabía? —exclamó Morrel en un paroxismo de tal terror que Montecristo se sobresaltó, él a quien incluso la caída del cielo le hubiese encontrado impasible—. ¡Usted lo sabía y no decía nada!

—¡Eh! ¿Qué me importa? —replicó Montecristo encogiéndose de hombros—. ¿Es que acaso conozco yo a esa gente? ¿Tengo que perder a uno de ellos para salvar a otro? A fe mía, no, pues entre el culpable y la víctima, no tengo preferencias.

—¡Pero yo, yo! —exclamó Morrel aullando de dolor—. ¡Yo la amo!

—¿Que ama a quién? —exclamó Montecristo dando un salto y cogiendo las manos de Morrel, que las retorció y elevaba al cielo.

—La amo locamente, la amo como un insensato, la amo como el hombre que daría toda su sangre para evitarle una lágrima; amo a Valentine de Villefort, a quien asesinan en este momento, ¡me oye bien! ¡La amo, y pregunto a Dios y a usted, cómo podría salvarla!

Montecristo dio un grito salvaje, como sólo se pueden imaginar quienes hayan oído el rugido de un león herido.

—¡Desgraciado! —exclamó, retorciéndose también las manos—, ¡desgraciado! ¡Amas a Valentine! ¡Amas a esa muchacha de una raza maldita!

Nunca Morrel había visto semejante expresión; jamás ojos tan terribles habían ardido delante de su cara, jamás el genio del terror, que tantas veces había visto aparecer, ya fuera en los campos de batalla, o en las noches homicidas de Argelia, jamás ese genio del terror había exhibido a su alrededor fuegos tan siniestros.

Reculó espantado.

En cuanto a Montecristo, después de ese estallido y de ese ruido, cerró un momento los ojos, como deslumbrado por relámpagos interiores; durante ese tiempo, se recogió con tanta fuerza, que se veía poco a poco apaciguarse el movimiento ondulado de su pecho henchido de tempestades, como se ve, después de la tormenta, fundirse bajo el sol las turbulentas y espumosas olas.

El silencio, el recogimiento, la lucha interior duraron unos veinte segundos.

Después, el conde levantó su pálida frente.

—Mire —dijo con voz alterada—, mire, querido amigo, mire cómo Dios sabe castigar con su indiferencia a los hombres más fanfarrones y más fríos ante los terribles espectáculos que Él les da. Yo, que contemplaba el desarrollo de esta lúgubre tragedia; yo, que cual ángel caído reía del mal que hacen los hombres, al abrigo del secreto, y el secreto es fácil de guardar para los ricos y los poderosos, he ahí que yo, a mi vez, me siento mordido por esa serpiente, cuya marcha tortuosa yo contemplaba, ¡y mordido en el corazón!

Morrel emitió un sordo gemido.

—Vamos, vamos —continuó el conde—, ya está bien de lamentos; sea un hombre, sea fuerte, llénese de esperanza, pues yo estoy aquí, pues yo velo por usted.

Morrel movió tristemente la cabeza.

—¡Le digo que confíe! ¿Me entiende? —exclamó Montecristo—. Sepa que nunca miento y que nunca me equivoco. Es mediodía, Maximilien, dé gracias al cielo de que ha venido a mediodía, en lugar de venir esta noche, o mañana por la mañana. Escuche, pues, lo que voy a decirle, Morrel: es mediodía; si Valentine no ha muerto a esta hora, no morirá.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Morrel—. ¡Yo, que la he dejado moribunda!

Montecristo apoyó la frente en la palma de la mano.

¿Qué pasaba por esa cabeza tan cargada de espantosos secretos?

¿Qué decía a esa mente, implacable y humana a la vez, el ángel luminoso o el ángel de las tinieblas?

¡Sólo Dios lo sabe!

Montecristo levantó una vez más la frente, y esta vez estaba tranquilo, como un niño que acaba de despertarse.

—Maximilien —dijo—, vuelva tranquilamente a su casa; le ordeno que no dé un solo paso, que no intente nada, que no flote sobre su rostro ni la menor sombra de preocupación; ya tendrá noticias mías; vaya.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —dijo Morrel—. Usted me espanta, conde, con su sangre fría. ¿Es que tiene algún poder contra la muerte? ¿Es usted más que un hombre? ¿Es un ángel? ¿Es Dios?

Y el joven, que nunca se había echado atrás ante ningún peligro, reculaba ante Montecristo, presa de un indecible terror.

Pero Montecristo le miró con una sonrisa tan melancólica y dulce a la vez, que Maximilien sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Puedo hacer mucho por usted, amigo mío —respondió el conde—. Ahora, váyase, necesito estar solo.

Morrel, subyugado por esa poderosa influencia que ejercía Montecristo sobre todo lo que le rodeaba, ni siquiera intentó sustraerse a ella. Estrechó la mano del conde, y se marchó.

Pero, en la puerta, se detuvo para esperar a Baptistin, que acababa de aparecer en la esquina de la calle Matignon, y que volvía corriendo.

Mientras tanto, Villefort y d'Avrigny se habían dado prisa. Cuando regresaron, Valentine estaba aún desvanecida, y el médico examinó a la

enferma con el cuidado que exigía la circunstancia y con una mayor profundidad, dado el conocimiento del secreto.

Villefort, suspendido de la mirada y de los labios del médico, esperaba el resultado del examen. Noirtier, más pálido que la joven, más ávido de una solución que el mismo Villefort, esperaba también, y todo en él se hacía inteligencia y sensibilidad.

Finalmente d'Avrigny dejó escapar lentamente:

—Está aún viva.

—¡Aún! —exclamó Villefort—. ¡Oh! Doctor, ¡qué terrible palabra ha pronunciado!

—Sí —dijo el médico—, repito la frase: está aún viva, y yo estoy muy sorprendido por ello.

—¿Pero se salvará? —preguntó el padre.

—Sí, puesto que está viva.

En ese momento, la mirada de d'Avrigny se encontró con la mirada de Noirtier; despedía una alegría tan extraordinaria, un pensamiento tan rico y fecundo, que el médico se vio sorprendido.

Dejó recostada en el sillón a la joven, cuyos labios apenas se dibujaban, de tan pálidos y blancos como estaban, lo mismo que el resto de su cara, y se quedó inmóvil mirando a Noirtier, que esperaba y analizaba cualquier movimiento del doctor.

—Señor —dijo entonces d'Avrigny a Villefort—, llame a la doncella de la señorita Valentine, por favor.

Villefort dejó reposar la cabeza de su hija, que sostenía en sus brazos, y corrió él mismo a llamar a la doncella.

En cuanto Villefort cerró la puerta, d'Avrigny se acercó a Noirtier.

—¿Tiene usted algo que decirme? —preguntó.

El anciano parpadeó expresivamente: era, recordamos, el único signo afirmativo que tenía a su disposición.

—¿A mí solo?

—Sí —indicó Noirtier.

—Bien, me quedaré con usted.

En ese momento, Villefort regresó, seguido de la doncella; tras la doncella, venía la señora de Villefort.

—¿Pero, qué ha hecho esta querida niña? —exclamó—. Sale de mi habitación, se queja de que está indispuesta, pero no creí que fuera nada serio.

Y la joven señora, con lágrimas en los ojos, y con todas las muestras de afecto de una verdadera madre, se acercó a Valentine y le cogió la mano.

D'Avrigny continuó mirando a Noirtier, vio los ojos del anciano dilatarse y redondearse, sus mejillas palidecer y temblar; el sudor perlaba su frente.

—¡Ah! —hizo involuntariamente el médico, siguiendo la dirección de la mirada de Noirtier, es decir, fijando sus ojos en la señora de Villefort que repetía:

—Esta pobre niña estará mejor en su cama. Venga, Fanny, vamos a acostarla.

El señor d'Avrigny, que veía esa iniciativa como un modo de quedarse a solas con Noirtier, hizo una señal con la cabeza indicando que era, efectivamente, lo mejor que se podía hacer, pero prohibió que se le diese absolutamente nada más que lo que él indicase.

Se llevaron a Valentine, que había vuelto en sí, pero que era incapaz de obrar y casi de hablar, pues todos sus miembros estaban alterados por la sacudida que acababa de sufrir. Sin embargo, aún le quedaban fuerzas para saludar con una ojeada a su abuelo, a quien parecía que le arrancaban el alma, al llevársela de allí.

D'Avrigny siguió a la enferma, terminó sus recetas, ordenó a Villefort que cogiera un cabriolé y que fuera personalmente a ver al farmacéutico para que preparara delante de él las pociones recetadas, que las trajese él mismo y que le aguardase en la habitación de su hija.

Después, tras renovar la orden terminante de que no le diesen nada a Valentine, bajó a ver a Noirtier, cerró cuidadosamente las puertas y después de asegurarse de que nadie podía oírlos:

—Veamos —dijo—, ¿usted sabe algo sobre la enfermedad de su nieta?

—Sí —indicó el anciano.

—Escuche, no tenemos tiempo que perder, voy a preguntarle y usted me responderá.

Noirtier indicó que estaba listo para responder.

—¿Ha previsto usted el ataque que le ha ocurrido hoy a Valentine?

—Sí.

D'Avrigny reflexionó un instante, después, acercándose a Noirtier:

—Perdone lo que voy a decirle —añadió—, pero ningún dato debe ser descuidado en la situación terrible en la que nos encontramos. ¿Usted vio morir al pobre Barrois?

Noirtier elevó los ojos al cielo.

—¿Sabe de qué murió? —preguntó d'Avrigny poniendo una mano en le hombro de Noirtier.

—Sí —respondió el anciano.

—¿Piensa que su muerte fue natural?

Algo parecido a una sonrisa se esbozó en los labios inertes de Noirtier.

—¿Entonces le vino la idea de que Barrois había sido envenenado?

—Sí.

—¿Cree que el veneno del que fue víctima estaba destinado para él?

—No.

—Ahora, ¿piensa usted que sea la misma mano que envenenó a Barrois, queriendo envenenar a otro, que esa mano sea hoy la que ataca a Valentine?

—Sí.

—¿Ella sucumbirá también? —preguntó d'Avrigny clavando su profunda mirada en Noirtier.

Y esperó el efecto que esa frase iba a causar al anciano.

—No —respondió con un aire de triunfo que hubiera despistado todas las conjeturas del adivino más hábil.

—¿Entonces usted espera...? —dijo d'Avrigny con sorpresa.

—Sí.

—¿Qué espera usted?

El anciano hizo comprender con los ojos que no podía responder.

—¡Ah! Sí, es cierto —murmuró d'Avrigny.

Después, volviendo junto a Noirtier.

—¿Usted espera que el asesino se canse?

—No.

—¿Entonces usted espera que el veneno no surta efecto en Valentine?

—Sí.

—Pues no le digo nada nuevo, ¿no es así? —añadió d'Avrigny—, si le digo que acaban de intentar envenenarla.

El anciano indicó con la mirada que no tenía la menor duda al respecto.

—Entonces, ¿cómo espera que Valentine se libre?

Noirtier mantuvo con obstinación sus ojos fijos hacia el mismo lado; d'Avrigny siguió la dirección de la mirada y vio que estaba fija en una botella que contenía la poción que le traen cada mañana.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo d'Avrigny, en una idea súbita—. ¿Habrá tenido usted la idea de...?

Noirtier no le dejó acabar.

—Sí —dijo.

—La idea de inmunizarla contra el veneno...

—Sí.

—¿Habituéndola poco a poco...?

—Sí, sí, sí —indicó Noirtier, encantado de haberse hecho entender.

—En efecto, usted me oyó decir que contenía brucina la poción que yo le daba.

—Sí.

—¿Y acostubrándola a ese veneno, usted quiso neutralizar los efectos de un veneno que...?

La misma alegría triunfante fue la respuesta de Noirtier.

—¡Y lo ha conseguido, en efecto! —exclamó d'Avrigny—. Sin esa precaución, Valentine estaría muerta hoy, muerta sin remedio posible, muerta sin misericordia; la sacudida ha sido violenta, pero sólo ha sido una sacudida, y por esta vez, al menos, Valentine no morirá.

Los ojos del anciano expandían una alegría sobrehumana, ojos que elevaba al cielo con una expresión de infinito agradecimiento.

En ese momento entró Villefort.

—Tenga, doctor —dijo—, aquí tiene lo que ha pedido.

—¿La poción ha sido preparada delante de usted?

—Sí —respondió el fiscal.

—¿Y no ha salido de sus manos?

—No.

D'Avrigny cogió la botella, echó unas gotas del brebaje en el hueco de su mano y las tragó.

—Bien —dijo—, subamos a ver a Valentine, daré mis instrucciones a todo el mundo, y usted vigilará, señor de Villefort, en persona, para que nadie se aparte de esas normas.

En el momento en el que d'Avrigny entraba en la habitación de Valentine, acompañado de Villefort, un sacerdote italiano, de aspecto severo, de voz tranquila y decidida, alquilaba para uso propio la casa contigua al palacete del señor de Villefort.

No se pudo saber en virtud de qué transacción los tres inquilinos de esa casa se mudaron dos horas después; pero el rumor que corrió generalmente por el barrio fue que la casa no estaba sólidamente asentada en sus cimientos y que amenazaba ruina, lo que no impedía al nuevo inquilino establecerse en ella, con su modesto mobiliario, el mismo día, hacia las cinco de la tarde.

El alquiler se hizo por tres, seis o nueve años por el nuevo inquilino que, según la costumbre establecida por los propietarios, pagó seis meses por adelantado; el nuevo inquilino, que como hemos dicho era italiano, se llamaba *il signor Giacomo Busoni*.

Inmediatamente llamó a unos obreros y, la noche misma, los pocos transeúntes rezagados en lo alto del *faubourg*, veían con sorpresa a los carpinteros y los albañiles ocupados en reparar la casa supuestamente en ruinas.

Capítulo XCV

Padre e hija

Hemos visto, en el capítulo precedente, a la señora Danglars venir a anunciar oficialmente a la señora de Villefort el próximo enlace de la señorita Eugénie Danglars con el señor Andrea Cavalcanti.

Ese anuncio oficial, que indicaba o parecía indicar la resolución tomada por todos los interesados en este gran asunto, había sido precedido, sin embargo, de una escena de la que debemos dar cuenta a nuestros lectores.

Les rogamos, pues, dar un paso atrás y trasladarse a la mañana misma de esa jornada llena de grandes catástrofes, en el hermoso salón tan bien dorado que ya les dimos a conocer, y que era el orgullo de su propietario, el señor barón Danglars.

En ese salón, en efecto, hacia las diez de la mañana, se paseaba desde hacía algunos minutos, todo pensativo y visiblemente inquieto, el barón en persona, mirando cada puerta y parándose a cada ruido.

Cuando la cuantía de su paciencia se agotó, llamó a su ayuda de cámara.

—Etienne —le dijo—, mire a ver por qué la señorita Eugénie me ha rogado que la espere en el salón, e infórmese por qué me hace esperar

tanto tiempo.

Exhalada esa bocanada de mal humor, el barón recuperó un poco la calma.

En efecto, la señorita Danglars, después de levantarse, había solicitado una audiencia con su padre, y había designado el salón dorado como lugar de encuentro. La singularidad de esta gestión, su carácter oficial, sobre todo, no había sorprendido mediocrementemente al banquero, que inmediatamente se había plegado al deseo de su hija, acudiendo el primero al salón.

Etienne regresó inmediatamente tras ejecutar la orden del barón.

—La doncella de la señorita —dijo— me ha anunciado que la señorita acababa su aseo y que no tardaría en venir.

Danglars hizo un gesto que indicaba que estaba satisfecho con la respuesta. Danglars, frente al mundo e incluso frente a la servidumbre, afectaba ser el hombre bondadoso y el padre débil: era una de las caras del papel que se había impuesto en la comedia popular que representaba; era una fisonomía que había adoptado y que parecía convenirle como convenía a los perfiles del lado derecho de las máscaras de los padres del teatro antiguo, tener el labio hacia arriba y risueño, mientras que el lado izquierdo tenía el labio hacia abajo y resentido.

Apresurémonos a decir que, en la intimidad, el labio hacia arriba y risueño descendía al nivel del labio hacia abajo y resentido; de manera que, la mayor parte del tiempo, el hombre bondadoso desaparecía para dejar sitio al marido brutal y al padre absoluto.

—¿Por qué diablos esta loca, que quiere hablar conmigo, por lo que parece —murmuraba Danglars—, no viene simplemente a mi despacho? Y además, ¿por qué quiere hablar conmigo?

Por vigésima vez daba vueltas en su cerebro a ese pensamiento inquietante, cuando se abrió la puerta y apareció Eugénie, con un vestido de satén negro, bordado de flores mate del mismo color, bien peinada y con guantes como si se tratara de ir a sentarse en su butaca del Teatro Italiano.

—¿Y bien, Eugénie, qué pasa? —exclamó el padre—. ¿Y por qué el salón solemne, mientras que estaríamos mejor en mi despacho privado?

—Tiene usted perfectamente razón, señor —respondió Eugénie, indicando a su padre que podía tomar asiento—, y acaba de plantear dos cuestiones que resumen por adelantado toda la conversación que vamos a tener. Voy a responder a las dos; y contra las leyes de la costumbre, primero contestaré a la segunda, por ser la menos compleja. He escogido el salón, señor, como lugar de encuentro, a fin de evitar las impresiones desagradables y las influencias del despacho de un banquero. Los libros de caja, por muy dorados que sean, los cajones cerrados como puertas de fortaleza, las masas de billetes de banca que vienen de no sé donde, y las cantidades de cartas que vienen de Inglaterra, de Holanda, de España, de las Indias, de China o de Perú, actúan en general de manera extraña en la mente de un padre, y le hacen olvidar que hay en el mundo un interés mayor y más sagrado que el de la posición social y el de la opinión de sus apoderados. Así pues, he elegido este salón, en el que usted ve, sonrientes y felices, en sus magníficos marcos, su retrato, el mío y el de mi madre, así como toda clase de paisajes bucólicos y escenas campestres enternedoras. Yo me fío mucho del poder de las impresiones exteriores. Quizá, para usted sobre todo, sea un error; ¿pero qué quiere? Yo no sería artista si no me quedasen algunas ilusiones.

—Muy bien —respondió Danglars, que había escuchado toda la tirada con una imperturbable sangre fría, pero sin comprender ni una sola palabra, absorto como estaba, como todo hombre lleno de reservas mentales, buscando el hilo de su propia idea en las ideas del interlocutor.

—He ahí, pues, el segundo punto aclarado, o casi, —dijo Eugénie, sin la menor turbación y con ese aplomo tan masculino que caracterizaba sus gestos y su palabra—, y me parece que está satisfecho de mi explicación. Ahora, volvamos al primer punto. Usted me preguntaba por qué yo había solicitado esta entrevista; se lo voy a decir en pocas palabras: señor, no quiero casarme con el conde Andrea Cavalcanti.

Danglars dio un salto en el sillón, levantando a la vez los ojos y los brazos al cielo.

—Dios mío, sí, señor —continuó Eugénie, siempre tan tranquila—. Se sorprende, ya lo veo, pues desde que todo este asunto está en pie, no he manifestado ni la más mínima oposición, pues estaba segura, llegado el

momento, de oponer francamente, a quien no me ha consultado, y a las cosas que me desagradan, una voluntad franca y absoluta. Sin embargo, esta vez, la tranquilidad y la pasividad, como dicen los filósofos, venía de otra fuente; venía de que, hija sumisa y sacrificada... —una ligera sonrisa se dibujó en los labios purpurados de la joven—, ejercitaba la obediencia.

—¿Y bien? —preguntó Danglars.

—Pues bien, señor —repuso Eugénie—, lo he intentado con todas mis fuerzas, y ahora que ha llegado el momento, a pesar de todos los esfuerzos, me siento incapaz de obedecer.

—Pero, en fin —dijo Danglars, que, de mentalidad más simple, parecía en primer lugar completamente avasallado por el peso de esa implacable lógica, cuya flema acusaba tanta premeditación y tanta fuerza de voluntad —, ¿pero, la razón de ese rechazo, Eugénie, la razón?

—La razón —replicó la joven—, ¡oh!, Dios mío, no es que el muchacho sea más feo, ni más tonto, ni más desagradable que cualquier otro, no; el señor Andrea Cavalcanti puede incluso pasar por ser un modelo bastante apuesto, para los que miran a los hombres por su cara o por su talla; no es tampoco porque mi corazón se sienta menos atraído por este que por otro: esa sería una razón de colegiala, que me parece que está muy por debajo de mí; no amo absolutamente a nadie, señor, usted lo sabe, ¿no? No veo, entonces, por qué, sin ninguna necesidad, iría a complicarme la vida con un eterno compañero. ¿Es que no ha dicho el sabio en alguna parte: «De nada demasiado» y en algún otro sitio: «Llevo todo conmigo»^[1]? Incluso me enseñaron esos dos aforismos en griego y en latín; creo que uno es de Fedro, y el otro de Bías. Pues bien, mi querido padre, en el naufragio de la vida, pues la vida es el naufragio eterno de nuestras esperanzas, lanzo al mar mi inútil bagaje, eso es todo, y me quedo con mi voluntad, dispuesta a vivir perfectamente sola, y en consecuencia, perfectamente libre.

—¡Desgraciada! ¡Desgraciada! —murmuró Danglars palideciendo, pues conocía por larga experiencia la solidez del obstáculo con el que se encontraba tan repentinamente.

—¿Desgraciada —repuso Eugénie—, desgraciada, dice usted? Pues no, de verdad que no, la exclamación me parece totalmente teatral y afectada.

Dichosa, por el contrario, dichosa, pues le pregunto, ¿qué me falta? La gente me encuentra hermosa, eso es algo bueno para que a uno le reciban favorablemente. A mí me gustan los buenos recibimientos; hacen sonreír a todo el mundo, y así me parecen menos feos todos los que me rodean. Estoy dotada de algún ingenio y de una cierta sensibilidad relativa que me permite sacar de la existencia general, para incorporarla a la mía, todo aquello que me parece bueno, como hace el mono cuando casca la nuez verde para extraer su contenido. Soy rica, pues usted tiene una de las mejores fortunas de Francia, soy hija única, y usted no es tenaz hasta el punto en el que lo son los padres de la Porte-Saint-Martin, y los de la Gaîté, que desheredan a sus hijas porque no quieren darles nietos. Además, la previsora ley le impide el derecho a desheredarme, al menos no del todo, como también le impide el poder de obligarme a desposar a tal señor o a tal otro. ¡Así, bella, inteligente, dotada con algún talento, como se dice en las óperas cómicas, y rica! ¡Pues eso es la felicidad, señor mío! ¿Por qué entonces me llama desgraciada?

Danglars, viendo a su hija sonriente y orgullosa hasta la insolencia, no pudo reprimir un impulso de brutalidad que se tradujo en una voz más alta que otra, pero fue lo único. Bajo la mirada interrogativa de su hija, frente a esas hermosas cejas negras arqueadas por la interrogación, se dio la vuelta con prudencia y se calmó enseguida, domado por la mano de hierro de la sensatez.

—En efecto, hija mía —respondió con una sonrisa—, eres todo eso de lo que te vanaglorias, salvo una cosa, hija mía; no quiero decirte bruscamente de qué se trata; prefiero que lo adivines.

Eugénie miró a Danglars, muy sorprendida de que se le rebatiera uno de los adornos de esa corona de orgullo que acababa de colocarse tan soberbiamente sobre la cabeza.

—Hija mía —continuó el banquero—, me has explicado perfectamente cuáles son los sentimientos que presiden las resoluciones de una hija como tú, cuando ha decidido que no se casará. Ahora me toca a mí decirte cuáles son los motivos de un padre como yo cuando ha decidido que su hija sí se casará.

Eugénie se inclinó, no como hija sumisa que escucha, sino como adversario que espera, listo para la discusión.

—Hija mía —continuó Danglars—, cuando un padre pide a su hija que tome esposo, siempre tiene una razón para desear ese matrimonio. Los hay que padecen la manía que señalabas ahora, es decir, la de verse perpetuados en sus nietos. Yo no tengo esa debilidad, comienzo por decirte que los placeres de la familia me son más o menos indiferentes. Puedo confesárselo a una hija lo suficientemente filósofa como para comprender esa indiferencia sin que lo considere un crimen.

—Ya era hora —dijo Eugénie—; hablemos claro, señor, eso me gusta.

—¡Oh! —dijo Danglars—. Ya ves que sin compartir, como tesis general, tu simpatía por la franqueza, me someto a ella, cuando creo que las circunstancias así lo requieren. Así que, continúo. Te he propuesto un marido, no por ti, pues en realidad no pensaba en ti en absoluto en ese momento —a ti te gusta la franqueza, espero que te guste esta—, así que fue sobre todo porque yo necesitaba a ese esposo tuyo lo antes posible, para ciertas combinaciones comerciales que estoy a punto de establecer en este momento.

Eugénie hizo un movimiento.

—Es así, como tengo el honor de decírtelo, hija, y no tienes que odiarme por eso, pues eres tú quien me fuerza a ello; muy a mi pesar, lo entiendes, entro en explicaciones numéricas, con una artista como tú, que teme entrar en el despacho de un banquero porque percibe en él impresiones o sensaciones desagradables y antipoéticas.

»Pero en ese despacho de banquero, en el que, después de todo, sí que quisiste entrar ayer para pedirme los mil francos que te doy cada mes para tus caprichos, quiero que sepas, mi querida señorita, que en ese despacho se aprenden muchas cosas, incluso para uso de las jóvenes que no quieren casarse. Se aprende, por ejemplo, y en consideración a tu susceptibilidad nerviosa te lo enseñaré en este salón, se aprende que el crédito de un banquero es su vida física y moral, que el crédito sostiene al hombre como la respiración da vida al cuerpo, y el señor de Montecristo me dio sobre ello un día un discurso que jamás olvidaré. Se aprende que, a medida que el crédito se retira, el cuerpo se transforma en cadáver, y que eso va a

sucedarle, en muy poco tiempo, al banquero que se honra en ser el padre de una hija tan buena razonadora.

Pero Eugénie, en lugar de inclinarse, se enderezó al acusar el golpe.

—¡Arruinado! —dijo.

—Has encontrado la justa expresión, hija mía, la acertada —dijo Danglars rozándose el pecho con las uñas, manteniendo en su rudo rostro la sonrisa de hombre sin corazón, aunque no sin ingenio—, ¡arruinado! Eso es.

—¡Ah! —dijo Eugénie.

—Sí, ¡arruinado! Pues bien, ya está conocido, ese secreto lleno de horror, como diría el padre trágico. Ahora, hija mía, quiero que sepas de mi boca, cómo esta desgracia, gracias a ti, podría ser mínima; y no diré ya para mí, sino para ti.

—¡Oh! —exclamó Eugénie—. Es usted un mal fisonomista, señor, si se imagina que deploro esa catástrofe por mí.

»¡Yo, arruinada! ¿Y qué me importa? ¿Es que no me queda mi talento? ¿Es que no puedo, como la Pasta, como la Malibrán, como la Grisi, hacerme con cien mil o con quinientas mil libras de renta —lo que jamás me habría podido dar usted, cualquiera que fuera su fortuna—, y eso no se lo debería a nadie, sino a mí sola, y que, en lugar de llegarme como me llegaban esos pobres doce mil francos que usted me daba a regañadientes y con palabras de reproche sobre mi prodigalidad, me vendrían acompañados de aclamaciones, de bravos y de flores? Y aún cuando no tuviera talento, del que veo, por su sonrisa, que usted duda, ¿no me quedaría aún ese furioso amor por la independencia, que supliría a cualquier tesoro, y que domina en mí hasta mi instinto de conservación?

»No, no es por mí por lo que me apeno, yo sabré siempre salir adelante; mis libros, mis lápices, mi piano, todas esas cosas que no cuestan mucho, y que siempre podré tener, estarán siempre conmigo. Piensa usted, tal vez, que me aflijo por la señora Danglars, desengañese otra vez, pues, o mucho me equivoco, o mi madre ha tomado ya sus precauciones contra la catástrofe que le amenaza a usted, padre, y que pasará sin alcanzarla a ella; ella está a cubierto, espero, y no es ocupándose de mí como habría podido distraerse de sus inquietudes por

hacer fortuna, pues, gracias a Dios, me ha dejado en total independencia, bajo el pretexto de que me gustaba la libertad.

»¡Oh! No, señor; desde la infancia he visto que pasaban demasiadas cosas a mi alrededor, y las he entendido demasiado bien, todas ellas, como para que una desgracia me cause más impresión de la que merece; desde que me conozco, no he sido amada por nadie, ¡tanto peor!, pues eso me ha llevado con toda naturalidad a no amar a nadie, tampoco; luego, ¡tanto mejor! Ahora ya tiene mi profesión de fe.

—Entonces —dijo Danglars, pálido, con un enfado cuya fuente no era el amor paterno ofendido—; entonces, señorita, ¿persistes en querer consumir mi ruina?

—¡Su ruina! Yo —dijo Eugénie—, ¡consumar su ruina! ¿Qué quiere decir? No entiendo.

—Mejor así, eso me deja un rayo de esperanza: escucha.

—Estoy escuchando —dijo Eugénie, mirando tan fijamente a su padre que este tuvo que hacer un esfuerzo para no bajar los ojos ante la poderosa mirada de la joven.

—El señor Cavalcanti —continuó Danglars—, se casa contigo, y al casarse aporta tres millones de dote que coloca en mi banca.

—¡Ah! Muy bien —dijo con un soberano desprecio Eugénie, mientras alisaba los guantes uno sobre otro.

—¿Piensas que me equivocaré con esos tres millones? —dijo Danglars—. En absoluto, esos tres millones están destinados a producir al menos diez. He obtenido con un banquero, un colega, la concesión de un ferrocarril, única industria de hoy en día que presenta las fabulosas oportunidades de éxito inmediato que antaño aplicó Law para los buenos parisinos, esos eternos incautos de la especulación, ofreciendo un Mississippi fantástico. Según mis cálculos, se debe poseer una millonésima parte de raíl como en otros tiempos se poseía un arpende de tierra sin cultivar a las orillas del Ohio. Es una inversión hipotecaria, lo que es un progreso, como ves, puesto que habrá al menos diez, quince, veinte, cien libras de ferrocarril a cambio de su dinero. ¡Pues bien, de aquí en ocho días tengo que depositar por mi cuenta cuatro millones! Esos cuatro millones, te digo, producirán diez o doce.

—Pero, durante la visita que le hice anteayer, señor, y que bien ha querido recordarme ahora —repuso Eugénie—, yo le he visto cobrar, ese es el término, ¿no?, cobrar cinco millones y medio; me lo enseñó usted mismo en dos bonos del tesoro, y usted se asombraba de que un papel con tanto valor no me deslumbrara, como lo hace un relámpago.

—Sí, pero esos cinco millones y medio no son míos y son solamente una prueba de confianza que tienen en mí; mi título de banquero del pueblo me ha valido la confianza de los hospitales, y esos cinco millones y medio son de los hospitales; en otro momento, no dudaría en utilizarlos, pero hoy, que se sabe que he tenido grandes pérdidas, y que, como te he dicho, el crédito se aleja de mí, de un momento a otro la administración puede reclamar el depósito, y si lo he empleado en otra cosa, me veo obligado a declarar una bancarrota vergonzante. Yo no menosprecio las bancarrotas, créeme, pero las bancarrotas que enriquecen, no las que arruinan. En cuanto te cases con el señor Cavalcanti, en cuanto yo reciba los tres millones de la dote o, incluso, en cuanto crean que los voy a recibir, mi crédito se reafirmará, y mi fortuna, que desde hace un mes o dos se ha sumido en abismos que se abren bajo mis pies por una fatalidad inconcebible, se restablecerá. ¿Me comprendes?

—Perfectamente; o sea que me empeña por tres millones, ¿no es así?

—Cuanto más fuerte es la suma, más halagadora es; nos da la idea de lo que vales.

—Gracias. Una última cosa, señor; ¿me promete que se servirá como quiera de la cifra de esa dote que debe aportar el señor Cavalcanti, pero que no tocará la cantidad? No es algo egoísta, sino un asunto de delicadeza. Acepto servir a reedificar su fortuna, pero no quiero ser cómplice de la ruina de los demás.

—Pero si te digo —exclamó Danglars—, que con esos tres millones...

—¿Cree que saldrá del apuro, señor, sin tener necesidad de tocar esos tres millones?

—Eso espero, pero siempre y a condición de que ese enlace, al llevarse a cabo, consolide mi crédito.

—¿Podrá usted pagar al señor Cavalcanti los quinientos mil francos que me da por el contrato?

—Cuando vuelva de la alcaldía, los recibiré.

—¡Bien!

—¿Cómo, bien? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que al pedirme mi firma, ¿no es así?, deja absolutamente libre mi persona.

—Absolutamente.

—Entonces, bien; como le decía, señor, estoy dispuesta a casarme con el señor Cavalcanti.

—Pero, ¿qué proyectos tienes?

—¡Ah! Ese es mi secreto, ¿dónde estaría mi superioridad sobre usted si, sabiendo su secreto, le desvelara yo el mío?

Danglars se mordió los labios.

—Así —dijo—, ¿estarás dispuesta a hacer las visitas oficiales que son absolutamente indispensables?

—Sí —respondió Eugénie.

—¿Y a firmar el contrato dentro de tres días?

—Sí.

—Entonces, ahora me toca a mí decir: ¡Bien!

Y Danglars cogió la mano de su hija y la estrechó entre las suyas.

Pero, cosa extraordinaria, mientras le estrechaba la mano, el padre no osó decir: «gracias, hija mía»; y la hija tampoco tuvo ni una sonrisa para su padre.

—¿La reunión ha terminado? —preguntó Eugénie levantándose.

Danglars indicó con la cabeza que no había nada más que decir.

Cinco minutos después, el piano sonaba bajo los dedos de la señorita D'Armillly, y la señorita Danglars cantaba la maldición de Brabantio sobre Desdémona^[2].

Al final del canto, Etienne entró y anunció a Eugénie que los caballos estaban ya enganchados al coche y que la baronesa la aguardaba para hacer sus visitas.

Vimos a las dos mujeres en casa de Villefort, de donde salieron para continuar sus visitas.

Capítulo XCVI

El contrato matrimonial

Tres días después de la escena que acabamos de relatar, es decir, hacia las cinco de la tarde del día fijado para la firma del contrato matrimonial de la señorita Eugénie Danglars con el señor Andrea Cavalcanti, a quien el obstinado banquero seguía empeñado en llamar príncipe, una fresca brisa hizo temblar todas las hojas del jardincillo situado delante de la casa del conde de Montecristo, en el momento en el que este se preparaba para salir, y mientras que sus caballos le aguardaban, pateando el suelo, sujetos por la mano del cochero, sentado ya desde hacía un cuarto de hora en el pescante, el elegante faetón al que hemos hecho varias veces referencia, y sobre todo durante la cena de Auteuil, apareció rápidamente en la esquina de la puerta de entrada, y lanzó, más que dejó, sobre las gradas de la escalinata, al señor Andrea Cavalcanti, tan dorado, tan radiante, como si, por su parte, estuviera a punto de desposar a una princesa.

Se informó sobre la salud del conde, con esa familiaridad que le era habitual, y subiendo con ligereza al primer piso, encontró al conde mismo en lo alto de la escalera.

Al ver al joven, el conde se detuvo. En cuanto a Andrea Cavalcanti, iba lanzado, y cuando iba lanzado, nada le detenía.

—¡Eh! Buenos días, querido señor de Montecristo —dijo al conde.

—¡Ah! ¡Señor Andrea! —dijo este con su voz medio burlona—. ¿Cómo está usted?

—De maravilla, como puede ver. Vengo a charlar con usted de mil cosas; pero, en primer lugar, ¿va a salir o es que llega ahora?

—Iba a salir, señor.

—Entonces, para no retrasarle, subiré, si quiere, a su calesa, y que Tom nos siga con el faetón, después.

—No —dijo con una imperceptible sonrisa de desdén el conde, que no tenía interés en que le vieran acompañado del joven—; no, prefiero recibirle aquí, querido señor Andrea, se habla mejor en una habitación, y sin que haya un cochero que coja al vuelo sus palabras.

El conde entró, pues, en un saloncito de la primera planta, se sentó, y cruzando las piernas una sobre otra, indicó al joven que se sentara también.

Andrea tomó su aspecto más risueño.

—Ya sabe, querido conde —dijo—, que la ceremonia tiene lugar esta noche; a las nueve se firma el contrato en casa del suegro.

—¡Ah! ¿De verdad? —dijo Montecristo.

—¡Cómo! ¿Es que no lo sabía? ¿No le había avisado el señor Danglars de la ceremonia?

—Sí, claro —dijo el conde—, recibí una carta ayer; pero no creo que la hora estuviera indicada.

—Es posible; el suegro contaría con la notoriedad pública.

—Y bien —dijo Montecristo—, ya está usted feliz, señor Cavalcanti; es una alianza de lo más adecuada la que contrae usted; y, además, la señorita Danglars es muy bonita.

—Pues sí —respondió Cavalcanti en un tono lleno de modestia.

—Y es sobre todo muy rica, por lo que se cree, al menos —dijo Montecristo.

—Muy rica, ¿usted cree? —repitió el joven.

—Sin duda; se dice que el señor Danglars oculta por lo menos la mitad de su fortuna.

—Y confiesa que dispone de quince o veinte millones —dijo Andrea con una mirada brillante de gozo.

—Sin contar —añadió Montecristo—, que está a punto de entrar en una especie de especulación que está ya un poco en práctica en los Estados Unidos y en Inglaterra, pero completamente nueva en Francia.

—Sí, sí, ya sé de lo que me habla: el ferrocarril, del que acaba de obtener la adjudicación, ¿no?

—¡Justamente! Ganará, al menos, es la opinión general, al menos diez millones en este asunto.

—¡Diez millones! ¿Usted cree? Es magnífico —dijo Cavalcanti, que se emborrachaba con ese ruido metálico de palabras doradas.

—Sin contar —repuso Montecristo— que toda esa fortuna recaerá en usted, y que es de justicia, puesto que la señorita Danglars es hija única. Además, la fortuna de usted, su padre me lo ha dicho, al menos, es casi igual a la de la novia. Pero, dejemos un poco los asuntos de dinero. ¿Sabe, señor Andrea, que ha llevado usted todo este asunto con mucha habilidad y presteza?

—No ha estado mal, no ha estado mal —dijo el joven—; he nacido para la diplomacia.

—Pues bien, le harán entrar en la diplomacia; la diplomacia, usted lo sabe, no se aprende; es algo instintivo... ¿así que se lo toma en serio?

—En realidad, tengo miedo —respondió Andrea en el tono en el que había visto en el Théâtre-Français, a Dorante o a Valère reponder a Alceste.

—¿Pero, le quieren un poco?

—Eso espero —dijo Andrea con una sonrisa de triunfo—, puesto que se casa conmigo. Pero, sin embargo, ¿no olvidamos algo importante?

—¿Qué?

—Pues que me he visto muy ayudado en todo esto.

—¡Bah!

—Ciertamente.

—¿Por las circunstancias?

—No, por usted.

—¿Por mí? Déjelo, príncipe —dijo Montecristo haciendo hincapié, con afectación, en el título—. ¿Qué he podido hacer por usted? ¿Es que su nombre, su posición social y sus méritos no bastaban?

—No —dijo Andrea—, no; y por más que usted lo diga, señor conde, mantengo que la posición de un hombre como usted ha hecho más que mi nombre, mi posición social y mis méritos.

—No, se engaña usted totalmente, señor —dijo Montecristo, que sintió la pérfida intención del joven, y que comprendió el alcance de sus palabras —; usted no obtuvo mi protección sino después de conocer la influencia y la fortuna de su señor padre; pues, en fin, ¿quiénes me procuraron a mí, que no le había visto a usted nunca, ni al ilustre autor de sus días, quiénes me procuraron la dicha de conocerle? Pues fueron mis dos buenos amigos: lord Wilmore y el abate Busoni. ¿Quién me animó, no a servirle de garantía, pero sí a apoyarle? Pues fue el nombre de su padre, tan conocido y tan honrado en Italia; personalmente, yo, yo no le conozco a usted.

Esa calma, esa perfecta soltura hicieron comprender a Andrea que, por el momento, estaba oprimido por una mano más musculosa que la suya, y que esa opresión no podía ser fácilmente rota.

—¡Ah, ya! Pero —dijo—, ¿mi padre posee realmente una fortuna tan grande, señor conde?

—Parece ser que sí, señor —respondió Montecristo.

—¿Sabe usted si la dote que me ha prometido ha llegado?

—He recibido una carta de aviso.

—¿Pero, los tres millones?

—Los tres millones están en camino, según toda probabilidad.

—¿Los tendré entonces, realmente?

—¡Pues hombre —repuso el conde—, me parece que hasta ahora, señor, el dinero no le ha faltado!

Andrea se quedó tan sorprendido que no pudo impedir quedarse pensativo un momento.

—Entonces —dijo, saliendo de su ensimismamiento—, sólo me queda, señor, hacerle una petición, y eso, comprenda, aunque sea poco agradable para usted.

—Hable —dijo Montecristo.

—Le diré que, gracias a mi fortuna, me he relacionado con mucha gente distinguida, y por el momento, tengo incluso un montón de amigos. Pero al casarme, como voy a hacer, frente a toda la sociedad parisina, debo ser apoyado por un nombre ilustre, y a falta de la mano paterna, es una mano poderosa la que debe conducirme al altar; ahora bien, mi padre no viene a París, ¿no es eso?

—Es viejo, cubierto de heridas y se pone enfermo hasta morir cada vez que viaja —dijo.

—Comprendo. Pues bien, vengo a hacerle una petición.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

—¿Y qué es, Dios mío?

—Pues bien, la de reemplazar a mi padre.

—¡Ah, mi querido señor! ¡Cómo! ¿Después de las numerosas reuniones que he tenido el honor de tener con usted, todavía me conoce tan mal como para hacerme una petición así?

»Pídame medio millón prestado, y aunque un préstamo así sea raro, ¡palabra de honor!, me resultaría menos molesto. Sepa que creía haberle dicho ya que en la participación, moral, sobre todo, en las cosas de este mundo, jamás el conde de Montecristo dejó de aportar los escrúpulos y, diré incluso más, las supersticiones de un hombre del Oriente.

»¡Yo, que tengo un harén en el Cairo, otro en Esmirna y otro más en Constantinopla, yo, presidir un matrimonio!

—Así que rechaza mi petición.

—Totalmente; aunque fuese usted mi hijo, aunque fuese mi hermano, la rechazaría igualmente.

—¡Ah, vaya! —exclamó Andrea contrariado—. ¿Pero, qué voy a hacer, entonces?

—Tiene cientos de amigos, usted mismo lo ha dicho.

—De acuerdo, pero es usted quien me presentó al señor Danglars.

—¡En absoluto! Restablezcamos los hechos, en honor a la verdad: yo le invité a cenar en Auteuil, y fue usted quien se presentó a sí mismo; ¡diablos! Es muy diferente.

—Sí, pero mi matrimonio; usted ha ayudado...

—¡Yo! De ninguna manera, le ruego que me crea; pero, recuerde lo que le respondí cuando vino a rogarme que hiciera yo la pedida de la novia; ¡Oh! Yo no arreglo nunca matrimonios, mi querido príncipe, es un principio que tengo establecido.

Andrea se mordió los labios.

—Pero, en fin —dijo—, ¿al menos estará usted allí?

—¿El todo París estará?

—¡Oh! Ciertamente.

—Pues bien, yo estaré como el todo París —dijo el conde.

—¿Firmará de testigo en el contrato?

—¡Oh! No veo ningún inconveniente en ello, mis escrúpulos no llegan tan lejos.

—En fin, puesto que no quiere concederme más, me conformaré con lo que me concede. Pero, una última cosa, conde.

—¿Qué?

—Un consejo.

—Cuidado; un consejo es peor que un favor.

—¡Oh! Este me lo puede dar sin comprometerse.

—Diga.

—¿La dote de mi mujer es de quinientas mil libras?

—Es la cifra que el mismo señor Danglars me dijo.

—¿Tengo que recibirla o dejarla en manos del notario?

—Veamos, en general, cómo discurren las cosas cuando todo discurre caballerosamente: los notarios de ambos cónyuges se dan cita para el día siguiente, o el siguiente, en la firma del contrato; el día siguiente, o el siguiente, intercambian las dos dotes, intercambiándose también el recibí de cada una de ellas; después, una vez celebrada la boda, ponen los millones a la disposición del marido, como jefe de la sociedad marital.

—Es que —dijo Andrea con cierta inquietud mal disimulada— creía haber oído decir a mi suegro que tenía la intención de invertir nuestros fondos en ese famoso asunto del ferrocarril, del que me hablaba usted hace un momento.

—Y bien, pero —repuso Montecristo—, es, por lo que asegura todo el mundo, un modo de que su capital se triplique en un año. El señor barón

Danglars es buen padre y sabe contar.

—Vamos —dijo Andrea—, que toda va bien, salvo su negativa de usted, que de todas formas me rompe el corazón.

—No lo atribuya más que a los escrúpulos naturales en tales circunstancias.

—Bien —dijo Andrea—, que se haga como usted quiere; hasta la noche, a las nueve.

—Hasta la noche.

Y, a pesar de una ligera resistencia de Montecristo, cuyos labios palidecieron, pero sin embargo conservaron la sonrisa de ceremonia, Andrea cogió la mano del conde, la estrechó, saltó a su faetón y desapareció.

Las cuatro o cinco horas que le quedaban hasta las nueve, Andrea las empleó en compras, en visitas, para que esos amigos de los que había hablado se presentasen en casa del banquero con todo el lujo de sus atuendos, deslumbrándoles con sus promesas de acción que, después, hizo girar a todas las cabezas, y cuya iniciativa, en este momento era de Danglars.

En efecto, a las ocho y media de la tarde, el gran salón de Danglars, la galería contigua a ese salón, y los otros tres salones de la misma planta, estaban llenos de un gentío perfumado, atraído muy poco por la simpatía, pero mucho por esa irresistible necesidad de estar allí donde se sabe que hay algo nuevo.

Un académico diría que las *soirées* de la alta sociedad son colecciones de flores que atraen a mariposas inconstantes, a abejas hambrientas y a zumbones abejorros.

Ni qué decir tiene que los salones resplandecían de lámparas, la luz caía a chorros desde las molduras doradas hasta las paredes enteladas de seda, y todo el mal gusto de ese mobiliario, que no era más que una demostración de riqueza, resplandecía en todo su esplendor.

La señorita Eugénie iba vestida con la sencillez más elegante: un vestido de seda blanca, bordado en blanco, y una rosa blanca medio perdida entre sus cabellos de un negro azabache componían todo su adorno, sin verse enriquecido ni con la más mínima joya.

Solamente la seguridad que se podía leer en sus ojos estaba destinada a desmentir lo que ese cándido atuendo tenía de vulgarmente virginal.

La señora Danglars, a treinta pasos de ella, charlaba con Debray, Beauchamp y Château-Renaud. Debray había hecho su entrada en la casa para esta gran solemnidad, pero lo había hecho como todo el mundo, y sin ningún privilegio particular.

El señor Danglars, rodeado de diputados y de hombres de finanzas, explicaba una teoría de nuevas contribuciones que contaba poner en práctica cuando la fuerza de las cosas obligara al gobierno a llamarle al Ministerio.

Andrea, del brazo de uno de los dandis más apuestos de la Ópera, le explicaba, bastante impertinentemente, dado que necesitaba mostrarse audaz para aparentar soltura, sus proyectos de vida futura, y los lujosos progresos que contaba aportar a la *fashion* parisina, con sus ciento setenta y cinco mil libras de renta.

La gente, en general, se paseaba por esos salones como un flujo y reflujo de turquesas, de rubíes, de esmeraldas, de ópalos y de diamantes.

Como sucede en todas partes, se observaba que eran las mujeres más viejas las que más acicaladas iban, y las más feas las que se mostraban con mayor obstinación.

Si había alguna hermosa flor de lis blanca, alguna rosa suave y perfumada, había que buscarla y descubrirla, en algún rincón, oculta por una madre con turbante, o por una tía con tocado de ave del paraíso.

A cada instante, en medio de esa batahola, de ese ronroneo, de esas risas, la voz de los ujieres lanzaba un nombre conocido en las finanzas, respetado en el ejército o ilustre de las letras; entonces, un ligero movimiento de los diferentes grupos de gente acogía ese nombre.

¡Pero, para uno que gozaba del privilegio de hacer que ese océano de olas humanas se estremeciese, cuántos pasaban acompañados por la indiferencia o por la risita burlona del desprecio!

En el momento en el que la aguja del reloj de pared macizo, el reloj que representaba a Endimión dormido, marcaba las nueve en su esfera dorada, y que las campanadas, fieles reproductoras del pensamiento de la máquina, se dejaban oír nueve veces, el nombre del conde de Montecristo

se oyó a su vez y, como empujada por la llama eléctrica, toda la asamblea se giró hacia la puerta.

El conde iba vestido de negro y con su sencillez habitual; su chaleco blanco marcaba su vasto y noble pecho; su cuello negro parecía de una frescura singular, sobresaliendo la masculina palidez de su tez. Como única joya llevaba una cadena de chaleco tan fina que apenas el delgado hilo de oro destacaba sobre el piqué blanco.

Al instante se formó un círculo alrededor de la puerta.

El conde, de una sola ojeada, descubrió a la señora Danglars en un extremo del salón, al señor Danglars al otro y a la señorita Eugénie enfrente de él.

Se acercó en primer lugar a la baronesa, que charlaba con la señora de Villefort, que había venido sola, pues Valentine seguía enferma; y sin desviarse, pues el camino se iba abriendo ante él, pasó de la baronesa a Eugénie, a quien felicitó en términos tan rápidos y tan reservados que la orgullosa artista se sintió sorprendida.

Junto a ella se encontraba la señorita Louise d'Armilly, que agradeció al conde unas cartas de recomendación que este le había escrito tan voluntariosamente para Italia, y de las que contaba, según le dijo, hacer uso incesantemente.

Al dejar a las damas, se dio la vuelta y se vio cerca de Danglars, que se había acercado para darle la mano.

Cumplidos esos tres deberes sociales, Montecristo se detuvo, paseando por todo alrededor esa mirada segura, llena de esa expresión tan propia de la gente de cierto mundo, y sobre todo llena de un cierto alcance, mirada que parecía decir: «He hecho lo que tenía que hacer; ahora, que los demás cumplan también con su deber».

Andrea, que estaba en el salón contiguo, sintió esa especie de estremecimiento que Montecristo había causado en la gente allí reunida, y acudió solícito a saludar al conde.

Le encontró totalmente rodeado; se disputaban sus palabras, como sucede siempre con la gente que habla poco y que no dice nunca ni una sola palabra sin valor.

Los notarios hicieron su entrada en esos momentos, y vinieron a instalar sus cartapacios garabateados sobre el terciopelo bordado en oro que cubría la mesa preparada para la firma, mesa de madera dorada.

Uno de los notarios se sentó, el otro se quedó de pie.

Se iba a proceder a la lectura del contrato que la mitad de París, presente en este acto solemne, debía firmar.

Todo el mundo ocupó su sitio; o más bien, las mujeres formaron un círculo, mientras que los hombres, más indiferentes al *style énergique*^[1], como dice Boileau, hicieron sus comentarios sobre la febril agitación de Andrea, la atención del señor Danglars, la impasibilidad de Eugénie, y sobre la manera ligera y festiva con la que la baronesa se tomaba este importante asunto.

Se leyó el contrato en medio de un profundo silencio. Pero en cuanto se acabó la lectura, el murmullo volvió a los salones, más fuerte aún de lo que se había oído antes; esas brillantes sumas, esos millones rodando en el futuro de los dos jóvenes, añadidos a la exposición que habían mostrado, en una sala exclusivamente consagrada a tal efecto, del ajuar de la novia, y de los diamantes de la joven señora, todo ello había resonado con todo su prestigio en la envidiosa asamblea.

Los encantos de la señorita Danglars se redoblaban a ojos de los jóvenes y, en ese momento, hasta borraban el resplandor del sol.

En cuanto a las mujeres, ni qué decir tiene que, aunque envidiando todos esos millones, no creían necesitarlos para estar hermosas.

Andrea, rodeado de sus amigos, felicitado, adulado, y empezando a creerse la realidad de lo que parecía un sueño, estaba a punto de perder la cabeza.

El notario tomó solemnemente la pluma, la levantó por encima de su cabeza y dijo:

—Señores, procedamos a la firma del contrato.

El barón tenía que firmar el primero, a continuación el apoderado del señor Cavalcanti, padre; después, la baronesa; y finalmente los futuros cónyuges, como se dice en ese abominable estilo de curso legal sobre el papel timbrado.

El barón cogió la pluma y firmó, después, el apoderado.

La baronesa se acercó, del brazo de la señora de Villefort.

—Amigo mío —dijo cogiendo la pluma—, ¿no es algo desesperante? Un incidente inesperado, relacionado con ese asunto de asesinato y robo del que por poco fue víctima el conde de Montecristo, nos priva de tener con nosotros al señor de Villefort.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Danglars, en el mismo tono con el que hubiera dicho: ¡a fe mía que me importa un comino!

—¡Dios mío! —dijo Montecristo acercándose—. Mucho me temo que sea yo la causa involuntaria de esa ausencia.

—¡Cómo! ¿Usted, conde? —dijo Danglars firmando—. Si es así, cuidado, que no se lo perdonaré nunca.

Andrea estaba ojo avizor.

—Sin embargo, no sería culpa mía en absoluto —dijo el conde—, insisto en constatarlo.

Todo el mundo escuchaba con avidez: Montecristo, que raramente despegaba los labios, iba a hablar.

—¿Recuerdan —dijo el conde, en medio del más profundo silencio— que fue en mi casa donde murió ese desgraciado que vino a robarme, y que al salir de mi casa fue asesinado, por lo que se cree, por su cómplice?

—Sí —dijo Danglars.

—Pues bien, para auxiliarle, le desvistieron y tiraron su ropa en un rincón donde la recogió la justicia; pero la justicia, al coger la chaqueta y el pantalón, olvidó el chaleco.

Andrea palideció visiblemente y se fue yendo despacito hacia la puerta; veía aparecer una nube en el horizonte, y esa nube le parecía que encerraba la tormenta en sus alas.

—Pues bien, ese desgraciado chaleco, lo han encontrado hoy, todo cubierto de sangre y agujereado a la altura del corazón.

Las damas dieron un grito, y dos o tres de ellas se preparaban para caer desvanecidas.

—Me lo trajeron. Nadie podía adivinar de dónde salía ese harapo; solamente yo pensé que probablemente era el chaleco de la víctima. De repente, mi ayuda de cámara, buscando con aprensión y con cuidado en los

bolsillos de esa reliquia fúnebre, notó un papel en un bolsillo y lo sacó: era una carta, ¿dirigida a quién? A usted, barón.

—¿A mí? —exclamó Danglars.

—¡Oh! ¡Dios mío! Sí, a usted; conseguí leer su nombre bajo la sangre de la que estaba impregnado el papel —respondió Montecristo en medio de expresiones de sorpresa general.

—Pero —preguntó la señora Danglars mirando a su marido con inquietud—, ¿y en qué impide eso al señor de Villefort...?

—Es muy sencillo, señora —respondió Montecristo—; ese chaleco y esa carta son lo que se llama pruebas de convicción; carta y chaleco, todo ello lo he enviado al señor fiscal. Usted comprende, mi querido barón, la vía legal es la más segura en materia criminal; quizá era una maquinación contra usted.

Andrea miró fijamente a Montecristo y desapareció yendo hacia segundo salón.

—Es posible —dijo Danglars—, ¿ese hombre asesinado no era un antiguo condenado a cadena perpetua?

—Sí —respondió el conde—, un antiguo presidiario llamado Caderousse.

Danglars palideció ligeramente; Andrea salió del segundo salón y alcanzó la antecámara.

—Pero, ¡firme, hombre, firme! —dijo Montecristo—. Veo que mi relato ha sobresaltado a todo el mundo, y pido humildemente perdón a usted, señora baronesa, y a la señorita Danglars.

La baronesa, que acababa de firmar, devolvió la pluma al notario.

—El señor príncipe Cavalcanti —dijo el escribano—, el señor príncipe Cavalcanti, ¿dónde está?

—¡Andrea! ¡Andrea! —repitieron varias voces de algunos jóvenes que habían llegado ya a ese grado de intimidad con el noble italiano como para llamarlo por su nombre de pila.

—¡Pero, llamen al príncipe, avísenle de que le toca firmar! —gritó Danglars a un ujier.

Pero, en ese mismo instante, la masa de los asistentes refluyó, aterrada, al salón principal, como si algún espantoso monstruo hubiera

entrado en las salas contiguas *quaerens quem devoret*²¹.

Había motivos, en efecto, para recular, para asustarse y para gritar.

Un oficial de la gendarmería situaba a dos gendarmes en la puerta de cada salón, y avanzaba hacia Danglars, precedido de un comisario de policía con la banda de mando en la cintura.

La señora Danglars dio un grito y se desvaneció.

Danglars, que se creía amenazado —algunas conciencias nunca están en paz—, Danglars ofreció a sus invitados un rostro descompuesto por el terror.

—¿Pero, qué ocurre, señor? —preguntó Montecristo yendo al encuentro del comisario.

—¿Quién de ustedes, señores —preguntó el magistrado sin responder al conde—, se llama Andrea Cavalcanti?

Un grito de estupor partió de todos los rincones del salón.

Buscaron, interrogaron.

—¿Pero, quién es, entonces, este Andrea Cavalcanti? —preguntó Danglars casi enloquecido.

—Un antiguo presidiario huido de la prisión de Toulon.

—¿Y qué crimen ha cometido?

—Está acusado —dijo el comisario con su imperturbable voz— de haber asesinado al llamado Caderousse, su antiguo compañero de cadena, en el momento en el que salía de casa del conde de Montecristo.

Montecristo echó una mirada por todo alrededor.

Andrea había desaparecido.

Capítulo XCVII

Camino de Bélgica

Algunos instantes después de la escena de confusión que se produjo en los salones del señor Danglars por la inesperada aparición del cabo de gendarmería y por la revelación que siguió, el vasto palacete se había vaciado con una rapidez igual a la que hubiera surgido tras el anuncio de un caso de peste o de cólera morbo entre los asistentes; en pocos minutos, por todas las puertas, por todas las escaleras, por todas las salidas, los invitados se habían apresurado a retirarse o, más bien, a huir; pues era una de esas circunstancias en las que ni siquiera se intenta prodigar banales consuelos que, en las grandes catástrofes, transforman hasta a los mejores amigos en grandes inoportunos.

Solamente quedaban en la casa Danglars, encerrado en su gabinete y haciendo su deposición al oficial de gendarmería; la señora Danglars, aterrada, encerrada en el vestidor que ya conocemos y Eugénie que, con la mirada altiva y un gesto de desdén en los labios, se había retirado a su habitación con su inseparable compañera, la señorita Louise d'Armilly.

En cuanto a los numerosos sirvientes, más numerosos que de costumbre aquella velada, pues, a propósito de la fiesta, habían aumentado el número con los heladeros, cocineros y *mâîtres* del Café de París,

dirigían su cólera contra sus amos por lo que consideraban una afrenta, se paraban por grupos en el *office*, en las cocinas, en sus estancias, preocupándose muy poco del servicio que debían realizar, servicio que, por otra parte, se había naturalmente interrumpido.

En medio de todos estos diferentes personajes, que temblaban por intereses, también diferentes, solamente dos merecen que nos ocupemos de ellos: se trata de la señorita Eugénie Danglars y la señorita Louise d'Armilly.

La joven novia, ya lo hemos dicho, se había retirado, con la mirada altiva y un gesto de desdén en los labios, y la prestancia de una reina ultrajada, seguida de su compañera, más pálida y más afectada que ella.

Al llegar a sus habitaciones, Eugénie cerró la puerta por dentro, mientras que Louise caía sobre una silla.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Qué cosa tan horrible —dijo la joven música—; ¿quién podría haberlo sospechado? ¡El señor Andrea Cavalcanti un asesino..., un fugado de presidio..., un condenado a cadena perpetua!

Una irónica sonrisa crispó los labios de Eugénie.

—De verdad que estaba predestinada —dijo— ¡pues no escapo del Morcerf, sino para caer en el Cavalcanti!

—¡Oh! No confundas al uno con el otro, Eugénie.

—Cállate, todos los hombres son unos infames, y me alegro de no poder hacer algo más que detestarlos: ahora mismo, los desprecio.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Louise.

—¿Que qué vamos a hacer?

—Sí.

—Pues lo que íbamos a hacer dentro de tres días... marcharnos.

—¿Así que, aunque no te cases, sigues queriendo irte?

—Escucha, Louise, me horroriza esta vida de sociedad ordenada, acompasada, pautada como el papel de escribir música. Lo que siempre he deseado, ambicionado, querido, es la vida de artista, la vida libre, independiente, cuando sólo dependes de ti misma, y sólo tienes que rendir cuentas a ti misma. Quedarme, ¿para qué? ¿Para que intenten de nuevo, de aquí a un mes, casarme? ¿Y con quién? Tal vez con el señor Debray, como ya se habló en una ocasión. No, Louise; no, la aventura de esta noche, será

mi excusa; yo no la buscaba, ni siquiera la pedía; Dios me la ha enviado, pues que sea bienvenida.

—¡Qué fuerte y qué valiente eres! —dijo la rubia y frágil muchacha a su morena compañera.

—¿Es que aún no me conoces? Vamos, vamos, Louise, charlemos de nuestros asuntos. El coche de posta...

—Afortunadamente está comprado desde hace tres días.

—¿Has hecho que lo llevaran hasta donde iremos a recogerlo?

—Sí.

—¿Nuestro pasaporte?

—¡Aquí está, toma!

Y Eugénie, con su aplomo habitual, desplegó un papel y leyó:

Señor Léon d'Armilly, edad: veinte años; profesión: artista, cabello negro, ojos negros, que viaja con su hermana.

—¡De maravilla! ¿Y cómo conseguiste el pasaporte?

—Cuando fui a pedir al señor de Montecristo unas cartas para los directores de los teatros de Roma y de Nápoles, le expresé mis temores de viajar como mujer; él lo entendió perfectamente, y se puso a mi disposición para procurarme un pasaporte de hombre; y dos días después, recibí este, al que añadí a mano: que viaja con su hermana.

—Y bien —dijo alegremente Eugénie—, lo único que nos falta es hacer las maletas; saldremos la noche de la firma del contrato, en lugar de salir la noche de bodas: eso es todo.

—Reflexiona un poco, Eugénie.

—¡Oh! Ya he reflexionado lo suficiente; estoy harta de oír hablar de saldos, de balances de fin de mes, de alzas, de bajas, de fondos españoles, de papel haitiano. En lugar de eso, Louise, comprende, el aire, la libertad, el canto de los pájaros, las llanuras de Lombardía, los canales de Venecia, los palacios de Roma, la playa de Nápoles. ¿De cuánto dinero disponemos, Louise?

Louise sacó de un secreter empotrado en la pared un pequeño portafolios con cerradura, que abrió, y en el que contó veintitrés billetes de

banco.

—Veintitrés mil francos —dijo.

—Y otro tanto al menos en perlas, diamantes y joyas —dijo Eugénie—. Somos ricas. Con cuarenta y cinco mil francos, tenemos para vivir como princesas durante dos años, o de un modo adecuado, durante cuatro.

»Pero antes de seis meses, tú con tu música, yo, con mi voz, habremos doblado nuestro capital. Vamos, encárgate del dinero, yo me encargo del cofre con las joyas; de manera que si una de las dos tuviera la desgracia de perder su tesoro, la otra seguiría teniendo el suyo. Ahora, la maleta, ¡démonos prisa, la maleta!

—Espera —dijo Louise, yendo a escuchar a la puerta de la señora Danglars.

—¿Qué temes?

—Que nos descubran.

—La puerta está cerrada.

—Pueden decirnos que la abramos.

—Digan lo que digan no vamos a abrir.

—¡Eres una verdadera amazona, Eugénie!

Y las dos jóvenes, con una prodigiosa actividad, se pusieron a meter en un baúl todos los objetos de viaje que creían necesitar.

—Ahora —dijo Eugénie—, mientras voy a cambiarme de ropa, tú cierra la maleta.

Louise apoyó con toda la fuerza sus pequeñas manos blancas sobre la maleta.

—Pero no puedo —dijo—, no tengo la suficiente fuerza; ciérrala tú.

—¡Ah! Bueno —dijo riendo Eugénie—, olvidaba que yo soy Hércules, y que tú no eres más que la pálida Ónfale.

Y la joven, apoyando una rodilla sobre el baúl, apretó fuertemente con sus brazos blancos y musculosos hasta que los dos compartimentos del baúl se juntaron y la señorita D'Armilly pasó el candado entre las dos clavijas.

Terminada la operación, Eugénie abrió una cómoda, de la que tenía la llave, y sacó una manta de viaje de seda violeta guateada.

—Toma —dijo—, ya ves que he pensado en todo; con esta manta no pasarás frío.

—¿Pero tú?

—¡Oh! Yo, yo nunca tengo frío, ya lo sabes; además con esta ropa de hombre...

—¿Vas a vestirte aquí?

—Sin duda.

—¿Pero, tendrás tiempo?

—No te preocupes, miedica; todos los sirvientes están ocupados con el gran asunto. Además, ¿qué hay de sorprendente en que me encierre, si piensan en la desesperación en la que debo encontrarme?

—No, es cierto; eso me tranquiliza.

—Ven, ayúdame.

Y del mismo cajón del que había sacado la manta que acababa de dar a la señorita D'Armilly, con la que ya se había cubierto los hombros, sacó un traje de hombre completo, desde los botines hasta el gabán, con una provisión de ropa blanca en la que no había nada superfluo, pero que contenía lo necesario.

Entonces, con una rapidez que indicaba que sin duda no era la primera vez que, tal vez jugando, se había vestido de hombre, Eugénie se calzó los botines, se puso un pantalón, se hizo bien la corbata, se abotonó hasta el cuello un chaleco alto, y se endosó un gabán que le marcaba su talla fina y arqueada.

—¡Oh! ¡Eso está muy bien! De verdad, ¡te queda muy bien! —dijo Louise mirándola con admiración—. ¿Pero, esos hermosos cabellos, esas magníficas trenzas, que hacían suspirar de envidia a todas las mujeres, aguantarán bajo un sombrero de hombre como ese que tienes ahí?

—Ahora lo verás —dijo Eugénie.

Y cogiendo con la mano izquierda la espesa trenza que apenas si podía abarcar con sus largos dedos, y con la mano derecha unas tijeras grandes, el acero crujió en medio de la rica y espléndida cabellera, que cayó, entera, a los pies de la joven, que se inclinaba hacia atrás para separarla del gabán.

Después, una vez cortada la trenza superior, Eugénie pasó a las de las sienes, que fue cortando sucesivamente, sin lamentarlo en absoluto; al

contrario, le brillaron los ojos, más chispeantes y más alegres aún que de costumbre, bajo esas cejas negras como el ébano.

—¡Oh! ¡Qué magníficos cabellos! —dijo Louise, con pena.

—¡Eh! ¿Es que no estoy mil veces mejor así? —exclamó Eugénie, alisándose los bucles sueltos de su peinado, que ahora era ya totalmente masculino—. ¿No te parece que estoy así mucho más bella?

—¡Oh! ¡Tú eres bella, tú siempre estás bella! —exclamó Louise—. Y ahora, ¿adónde vamos?

—Pues, a Bruselas, si tú quieres; es la frontera más próxima. Iremos a Bruselas, Lieja, Aquisgrán; remontaremos el Rin hasta Estrasburgo, atravesaremos Suiza y bajaremos a Italia por el San-Godar. ¿Te parece?

—Claro que sí.

—¿Qué miras?

—Te miro a ti. De verdad, estás adorable así; se diría que vas a raptarme.

—¡Oh, pardiez! Y tendrían razón.

—¡Oh! ¡Creo que hasta has jurado, Eugénie!

Y las dos muchachas, a las que seguramente imaginaban llorando; una por ella misma y la otra por cariño por su amiga, rompieron a reír, a la vez que intentaban borrar las marcas más visibles del desorden que naturalmente había acompañado a los preparativos de la huida.

Después, soplaron todas las lámparas y velas, y ojo avizor, el oído a la escucha, el cuello tendido, las dos fugitivas abrieron la puerta de un gabinete de aseo que daba a una escalera de servicio que desembocaba en el patio. Eugénie iba la primera, sujetando con un brazo la maleta, que por el lado opuesto la señorita d'Armilly apenas si podía levantar con las dos manos.

El patio estaba desierto. Estaban dando las doce de la noche.

El portero todavía estaba de guardia.

Eugénie se acercó despacito y vio al digno suizo que dormía en la garita, tumbado en un sillón.

Eugénie se volvió hacia Louise, cogió de nuevo el baúl que había dejado un momento posado en el suelo, y las dos, siguiendo la sombra que dejaba la pared, llegaron a la bóveda de salida.

Eugénie dijo a Louise que se ocultase en el rincón de la puerta, de manera que si el portero tuviese a bien despertarse por un azar, no viera más que a una persona.

Después, poniéndose ella misma a plena luz de la farola que alumbraba el patio.

—¡La puerta! —gritó con su más hermosa voz de contralto, llamando al cristal.

El portero se levantó, como había previsto Eugénie, y dio incluso algunos pasos para reconocer a la persona que salía; pero al ver a un joven que golpeaba impacientemente el pantalón con su bastón, abrió de inmediato.

Enseguida, Louise se deslizó como una culebra por la puerta entreabierta, y saltó con ligereza afuera. Eugénie, tranquila en apariencia, aunque, según toda probabilidad, su corazón contaría con más pulsaciones de lo normal, salió también a la calle.

Pasaba por allí un recadero, le cargaron con el baúl, después, indicándole como destino de su recado la calle de la Victoire, número 36, las dos jóvenes caminaron detrás de ese hombre, cuya presencia tranquilizó a Louise; en cuanto a Eugénie, ella era fuerte como Judit, o como Dalila.

Llegaron al número indicado. Eugénie ordenó al recadero que dejase el baúl allí, le dio algunas monedas por el servicio y, después de llamar al postigo de la ventana, le despidió.

Esa ventana era la de una costurera, a la que había avisado por adelantado: aún no se había acostado, y les abrió.

—Señorita —dijo Eugénie—, que el portero saque la calesa del hangar y envíele a buscar unos caballos al hotel de las Postas. Dele estos cinco francos por la molestia.

—De verdad que te admiro —dijo Louise—, casi diría que te respeto.

La costurera no salía de su asombro; pero como había convenido que habría veinte lises para ella, no hizo la menor observación.

Un cuarto de hora después, el portero volvía con un postillón y los caballos, que en un santiamén fueron enganchados al carruaje, asegurando bien el baúl con la ayuda de una cuerda y de un torniquete.

—Este es el pasaporte para el viaje —dijo el postillón—; ¿qué camino tomamos, joven?

—El camino de Fontainebleau —respondió Eugénie con una voz casi masculina.

—Pero bueno, ¿qué dices? —preguntó Louise.

—Les engaño —dijo Eugénie—; esta mujer a la que damos veinte luisas, puede traicionarnos por cuarenta; en el bulevar cambiaremos de dirección.

Y la joven subió, sin apenas tocar el estribo, a la brisca, que habían preparado excelentemente para poder dormir durante el viaje.

—Tú siempre tienes razón, Eugénie —dijo la maestra de canto colocándose junto a su amiga.

Un cuarto de hora después, el postillón, una vez en la auténtica ruta, franqueaba la barrera Saint-Martin, enarbolando el látigo.

—¡Ah! —dijo Louise con un profundo suspiro—. ¡Ya estamos fuera de París!

—Sí, mi querida amiga, y el rapto ha sido perfectamente consumado —respondió Eugénie.

—Sí, pero sin violencia —dijo Louise.

—Lo haré valer como circunstancia atenuante —respondió Eugénie.

Esas palabras se perdieron entre el ruido del carruaje que rodaba sobre el pavimento de La Villette.

El señor Danglars se había quedado sin hija.

Capítulo XCVIII

La hostelería de la Cloche et de la Bouteille

Y ahora, dejemos a la señorita Danglars y a su amiga camino de Bruselas, y volvamos al pobre Andrea Cavalcanti, tan desdichadamente interrumpido en el arranque de su brillante carrera.

Era, a pesar de su edad poco avanzada, un muchacho fuerte y astuto, y muy inteligente, este Andrea Cavalcanti.

Con los primeros rumores que penetraron en el salón, le vimos acercarse poco a poco a la puerta, cruzar una o dos antecámaras, y finalmente desaparecer.

Una circunstancia que olvidamos mencionar, y que, sin embargo, no debe ser omitida, es que en una de esas dos salas que atravesó Cavalcanti, estaba expuesto el ajuar de la novia: joyeros de diamantes, chales de Cachemira, encajes de Valenciennes, velos de Inglaterra, todo lo que compone, en fin, ese mundo de objetos tentadores, cuyo sólo nombre hace saltar de alegría el corazón de las muchachas y que se llama la canastilla de boda.

Ahora bien, al pasar por esa sala, lo que demuestra que Andrea era un muchacho muy inteligente y muy astuto, pero además, muy previsor, se apoderó de alguno de los más ricos objetos expuestos.

Provisto de ese viático, Andrea se sintió la mitad de ligero para saltar por la ventana y escurrirse de entre las manos de los gendarmes.

Alto y bien plantado como un gladiador antiguo, musculoso como un espartano, Andrea había hecho una carrera de un cuarto de hora, sin saber adónde iba, y con la sola intención de alejarse lo más posible del lugar en donde por poco le pillan.

Había salido desde la calle del Mont-Blanc, y se encontró, con ese instinto por las puertas que poseen los ladrones, instinto igual al de la liebre por su madriguera, se encontró al final de la calle Lafayette.

Allí, sofocado, sin aliento, se detuvo.

Estaba totalmente solo; a su izquierda, el cercado Saint-Lazare, vasto desierto; y, a su derecha, París en toda su extensión.

«¿Estoy perdido?», se preguntó. «No, si puedo desplegar una cantidad de actividad mayor que la de mis enemigos. Mi salvación se ha convertido, pues, simplemente, en una cuestión de miriámetros.»

En ese momento, atisbó en lo alto del Faubourg Poissonnière un cabriolé de alquiler, cuyo cochero, enfurruñado, con la pipa en los labios, parecía que lo que más deseaba era llegar al final del Faubourg Saint-Denis, donde probablemente vivía.

—¡Eh! ¡Amigo! —dijo Benedetto.

—¿Qué hay, buen hombre? —preguntó el cochero.

—¿El caballo está cansado?

—¡Cansado! ¡Ah! ¡Pues bien, sí! No ha hecho nada en todo el santo día. ¡Cuatro malas carreras y veinte céntimos de propina, siete francos en total, y tengo que dar diez al patrón!

—¿Quiere usted añadir a esos siete, veinte, que tengo aquí, eh?

—Con mucho gusto, hombre; no son para menospreciarlos, esos veinte francos. ¿Qué tengo que hacer? Veamos.

—Algo muy fácil, si su caballo no está cansado.

—Le digo que irá como el céfiro; todo consiste en decir hacia dónde tiene que ir.

—Hacia Louvres.

—¡Ah!, ¡ah! Lo conozco. El país del rosolí.

—Justamente. Se trata simplemente de alcanzar a uno de mis amigos con el que tengo que cazar mañana en La Chapelle-en-Serval. Tenía que haberme esperado aquí, con su cabriolé, hasta las once y media; son las doce, se habrá cansado de esperar y se habrá ido solo.

—Es probable.

—Y bien, ¿quiere ver si lo alcanzamos?

—No pido nada mejor.

—Pero, si no lo alcanzamos de aquí a Le Bourget, tendrá usted veinte francos; si no lo alcanzamos de aquí a Louvres, treinta.

—¿Y si lo alcanzamos?

—¡Cuarenta! —dijo Andrea, que tuvo un momento de duda, pero que, reflexionando, vio que no arriesgaba nada con prometer.

—¡Allá vamos! —dijo el cochero—. ¡Suba, en marcha...!

Andrea subió al cabriolé que, a la carrera, atravesó el Faubourg Saint-Denis, corrió a través del Faubourg Saint-Martin, cruzó la barrera, y enfiló la interminable Villette.

No había cuidado de que alcanzasen a ese quimérico amigo; sin embargo, de vez en cuando, a los transeúntes rezagados o en los cabarés que aún estaban abiertos, Cavalcanti preguntaba si habían visto un cabriolé verde con un caballo bayo oscuro; y como en la carretera de los Países Bajos circulaba un buen número de cabriolés, y nueve de cada diez cabriolés son verdes, las informaciones le llovían a cada paso.

Siempre acababan de verlo pasar; no les adelantaba ni quinientos pasos, ni doscientos, ni cien; finalmente le adelantaban, pero no era él.

Una vez adelantaron a su vez a su propio cabriolé: era una calesa que tiraban rápidamente al galope dos caballos de posta.

«¡Ah!», se dijo Cavalcanti. «¡Si yo tuviera esa calesa, esos dos hermosos caballos, y el pasaporte necesario para viajar así!»

Y suspiró profundamente.

Era la calesa que transportaba a las señoritas Danglars y d'Armilly.

—¡Adelante!, ¡adelante! —dijo Andrea—. No tardaremos en alcanzarle.

Y el pobre caballo retomó el endiablado trote que había llevado desde la barrera, y llegó echando vapor a Louvres.

—Decididamente —dijo Andrea—, veo que no alcanzaré a mi amigo y que mataré a su caballo. Así pues, más vale que me pare. Aquí tiene sus treinta francos, voy a alojarme en el Cheval-Rouge, y cogeré el primer coche de alquiler que tenga un sitio para mí. Buenas noches, amigo.

Y Andrea, tras poner seis monedas de cinco francos en la mano del cochero, saltó ágilmente a la carretera.

El cochero se embolsó alegremente el dinero y retomó de nuevo el camino hacia París. Andrea fingió dirigirse al hotel del Cheval-Rouge; pero, tras detenerse un instante contra la puerta, y oyendo al cabriolé que se perdía en el horizonte, retomó su camino, y con paso de gimnasta muy acusado, llevó a cabo una carrera de dos leguas.

Entonces, descansó un poco; debía estar bastante cerca de La Chapelle-en-Serval, donde dijo que iba.

No era el cansancio lo que detenía a Andrea Cavalcanti; era la necesidad de tomar una determinación, era la necesidad de adoptar un plan.

Coger la diligencia era imposible; coger una silla de posta, igualmente imposible. Para viajar de una o de otra manera es necesario un pasaporte.

Quedarse en el departamento de Oise, es decir, en uno de los departamentos más al descubierto y más vigilados de Francia, era también imposible, imposible sobre todo para un hombre experto como Andrea en materia criminal.

Andrea se sentó en una cuneta, dejó caer la cabeza entre las manos y reflexionó.

Diez minutos después, levantó la cabeza; la resolución estaba tomada.

Cubrió de polvo todo un lado del abrigo que tuvo tiempo de descolgar en la antecámara, y de abotonar por encima de su traje de ceremonia, y llegando a La Chapelle-en-Serval, fue a llamar valientemente a la puerta de la única hostelería de la zona.

El posadero vino a abrir.

—Amigo —dijo Andrea—, yo iba de Mortefontaine a Senlis, cuando mi caballo, que es un animal muy difícil, dio un salto y me mandó a diez pasos. Tengo que llegar esta noche a Compiègne bajo pena de causar la mayor inquietud a mi familia, ¿tiene usted un caballo para alquilarme?

Bueno o malo, un posadero siempre tiene un caballo.

El patrón de La Chapelle-en-Serval llamó al chico encargado de la cuadra, le ordenó ensillar a *Blanc* y despertó a su hijo, un niño de siete años, que debía montar en la grupa con el jinete y volver a traer al cuadrúpedo a casa.

Andrea dio veinte francos al posadero y, al sacarlos del bolsillo, se le cayó una tarjeta de visita.

Esa tarjeta de visita era de uno de sus amigos del Café de París, de manera que el posadero, cuando Andrea se marchó, recogió la carta caída del bolsillo, y se convenció de que había alquilado el caballo al señor conde de Mauléon, calle Saint-Dominique, 25: era el nombre y la dirección que figuraban en la tarjeta.

Blanc no iba deprisa, pero marchaba a un paso regular y constante: en tres horas y media Andrea hizo las nueve leguas que le separaban de Compiègne. Dieron las cuatro en el reloj del Ayuntamiento cuando llegó a la plaza donde paraban las diligencias.

Hay en Compiègne un hotel excelente, del que se acuerdan hasta los que sólo se han alojado una vez allí.

Andrea, que había hecho un alto en Compiègne, en una de sus correrías por los alrededores de París, recordó el hotel de la Cloche y de la Bouteille: se orientó, vio a la luz de una farola la enseña indicadora y, despidiendo al niño, al que dio todo lo que tenía en moneda suelta, fue a llamar a la puerta, reflexionando con toda justeza que tenía tres o cuatro horas por delante, y que lo mejor era prepararse, con un buen sueño y una buena cena, para las fatigas futuras.

Vino a abrirle uno de los mozos.

—Amigo —dijo Andrea—, vengo de Saint-Jean-au-Bois, donde cené. Contaba con coger el coche que pasa a las doce, pero me he perdido como un tonto, y hace cuatro horas que doy vueltas por el bosque. Deme una de esas bonitas habitaciones que dan al patio, y que me suban un pollo frío y una botella de vino de Burdeos.

El sirviente no sospechó nada: Andrea hablaba con toda tranquilidad, tenía un cigarro en la boca y las manos en los bolsillos del abrigo; su ropa

era elegante, la barba recién arreglada, las botas irreprochables; tenía el aspecto de un vecino rezagado, eso era todo.

Mientras que el camarero le preparaba la habitación, se levantó la patrona; Andrea la recibió con su más encantadora sonrisa, y le preguntó si no podría darle la número 3, que había ocupado en su último paso por Compiègne; desgraciadamente la número 3 estaba ocupada por un joven que viajaba con su hermana.

Andrea pareció desesperado; no se consoló hasta que la patrona le aseguró que la habitación número 7, que le estaban preparando, tenía absolutamente la misma disposición que la número 3; y calentándose los pies y charlando de las últimas carreras de Chantilly, esperó a que vinieran a anunciarle que la habitación estaba lista.

No sin razón Andrea había hablado de esas bonitas habitaciones que daban al patio; el patio del hotel de la Cloche, con su triple fila de galerías que le daban el aspecto de una sala de espectáculos, con sus jazmines y sus clemátides que suben a lo largo de sus columnas, ligeras como una decoración natural, es una de las más encantadoras fachadas de hostelerías que existan en el mundo.

El pollo estaba fresco; el vino, añejo; el fuego, claro y chisporroteante. Andrea se sorprendió cenando con tanto apetito como si nada le hubiera ocurrido.

Después, se acostó y se durmió casi enseguida, con ese sueño implacable que siempre alcanza al hombre de veinte años, incluso aunque esté lleno de remordimientos.

Ahora bien, nos vemos abocados a confesar que Andrea podría haber tenido remordimientos, pero no los tenía.

Este era el plan de Andrea, plan que le daba la mayor parte de su seguridad.

Cuando amaneciera se levantaría, saldría del hotel tras pagar rigurosamente la cuenta; llegaría al bosque, compraría, bajo pretexto de hacer unos estudios de pintura, la hospitalidad de un campesino; se procuraría un atuendo de leñador y un hacha, despojándose de su envoltura de *lion* para tomar la de un obrero; después, las manos terrosas, los cabellos ennegrecidos por un peine de plomo, la tez morena, que

conseguiría con un unguento cuya receta conocía por sus antiguos colegas, iría de bosque en bosque, hasta la frontera más próxima, caminando de noche, durmiendo de día en el bosque o en las canteras, y sólo se acercaría a los lugares habitados justo el tiempo de comprar un pan de vez en cuando.

Una vez traspasada la frontera, Andrea vendería los diamantes, juntaría el precio que sacara con una docena de billetes de banco que siempre llevaba encima, para el caso de algún incidente, y se encontraría con unas cincuenta mil libras, lo que no parecía, según su filosofía, en el peor de los casos, una vida demasiado llena de rigores.

Por otra parte, contaba mucho con el interés que los Danglars tendrían en apagar todo el ruido de su desgracia.

He ahí por qué, además del cansancio, Andrea durmió tan deprisa y tan bien.

Además, para despertarse pronto, Andrea no había cerrado las contraventanas, y solamente había echado los cerrojos de la puerta, y sobre la mesilla de noche dejó abierto un cuchillo muy afilado, cuyo temple él conocía bien, y del que no se apartaba nunca.

Sobre las siete de la mañana, Andrea se despertó por un rayo de sol que llegaba, tibio y brillante, a posarse sobre su rostro.

En todo cerebro bien organizado, la idea dominante, y siempre hay una, la idea dominante —decimos— es la que, habiéndose adormecido la última, ilumina la primera el despertar del pensamiento.

Andrea no había abierto totalmente los ojos cuando la idea dominante estaba ya allí, y le soplaba al oído que había dormido demasiado tiempo.

Saltó de la cama y corrió a la ventana.

Un gendarme atravesaba el patio.

El gendarme es una de las cosas más llamativas que existen en el mundo, incluso para los ojos de un hombre sin inquietudes; pero para una conciencia atemorizada y que tiene motivos para estarlo, el amarillo, el azul y el blanco, los colores que componen su uniforme, toman tintes aterradores.

«¿Por qué un gendarme?», se preguntó Andrea.

De repente, se respondió a sí mismo, con esa lógica que el lector ha debido ya observar en él.

«Un gendarme no tiene nada de asombroso en una hostelería; vistámonos.»

Y el joven se vistió con una rapidez que su ayuda de cámara no le había hecho perder durante los pocos meses de la vida *fashionable* que había llevado en París.

«Bueno», se dijo Andrea mientras se vestía, «esperaré a que se vaya, y cuando se haya ido, le esquivaré».

Y diciéndose estas palabras, calzado con sus botas y con la corbata bien anudada, fue despacio a la ventana y levantó por segunda vez el visillo de muselina.

No solamente el primer gendarme no se había ido, sino que el joven vio un segundo uniforme azul, amarillo y blanco al final de la escalera, la única escalera por donde podía bajar, mientras que un tercero, a caballo y empuñando un mosquetón, estaba de centinela en la puerta principal de la calle, la única por donde podía salir.

Este tercer gendarme era significativo a más no poder, pues delante de él se formaba un semicírculo de curiosos que bloqueaban herméticamente la puerta del hotel.

«¡Me buscan a mí!», fue el primer pensamiento de Andrea. «¡Diablos!»

La palidez invadió la frente del joven; miró por todo alrededor con ansiedad.

Su habitación, como todas las de ese piso, no tenía otra salida más que la galería exterior, abierta a todas las miradas.

«¡Estoy perdido!», fue su segundo pensamiento.

En efecto, para un hombre en la situación de Andrea, el arresto significaba: audiencia de lo criminal, juicio y muerte, muerte sin misericordia y sin demora.

Por un instante comprimió convulsivamente la cabeza entre las manos.

Durante este instante estuvo a punto de volverse loco.

Pero pronto, de ese mundo de pensamientos entrechocándose en su cabeza, surgió un pensamiento de esperanza: una pálida sonrisa se dibujó

en sus labios azulados y en sus mejillas contraídas.

Miró alrededor; los objetos que buscaba se encontraban reunidos sobre el mármol de un secreter: eran una pluma, tinta y papel.

Mojó la pluma en la tinta y escribió, con mano que intentaba ser firme, las líneas siguientes, en la primera hoja del cuaderno:

No tengo dinero para pagar, pero soy un hombre honrado; dejo en prenda este alfiler que vale diez veces el gasto que he hecho. Perdónenme por marcharme al amanecer; me daba vergüenza.

Y se quitó el alfiler de corbata dejándolo sobre el papel.

Hecho eso, en lugar de dejar los cerrojos echados, los abrió e incluso dejó la puerta entreabierta, como si hubiera salido de su habitación olvidando cerrarla, y deslizándose por la chimenea como quien está acostumbrado a esa clase de ejercicios gimnásticos, colocó de nuevo la chapa delantera de la chimenea, que tenía un papel pintado representando a Aquiles en casa de Deidamía, borró con sus mismos pies la huella de sus pasos en la ceniza, y comenzó a escalar la tubería arqueada que le ofrecía la única vía de salida en la que aún confiaba.

En ese mismo momento, el primer gendarme que llamó la atención de Andrea subía la escalera, precedido del comisario de policía, y apoyado por el segundo gendarme que vigilaba el final de la escalera, quien podría esperar aún refuerzos del que estaba en la puerta.

He aquí a qué circunstancia Andrea debía esta visita que con tanto esfuerzo se disponía a recibir:

Al amanecer, los telégrafos habían actuado en todas direcciones, y cada localidad, avisada casi de inmediato, había despertado a las autoridades y había lanzado a la fuerza pública a la búsqueda del asesino de Caderousse.

Compiègne, residencia real; Compiègne, ciudad de caza; Compiègne, ciudad de guarnición militar, está abundantemente provista de autoridades, de gendarmes y de comisarios de policía; las visitas habían comenzado, pues, tan pronto como llegó la orden telegráfica, y siendo el primer hotel

de la ciudad, el hotel de la Cloche et de la Bouteille, habían comenzado naturalmente por él.

Además, según el informe de los centinelas que esa noche habían estado de guardia en el Ayuntamiento, y el Ayuntamiento está pegado al hotel de la Cloche, según el informe de los centinelas, decimos, se había constatado que varios viajeros habían llegado durante la noche al hotel.

El centinela que acababa de ser reemplazado a las seis de la mañana recordaba, incluso, en el momento en el que él se incorporó a la guardia, es decir a las cuatro y algunos minutos, recordaba, decimos, haber visto a un joven montado en un caballo blanco, con un niño campesino en la grupa, que ese joven se apeó, despidió al niño y al caballo y fue a llamar al hotel de la Cloche, que la puerta del hotel se abrió y se volvió a cerrar tras la entrada del joven.

Era sobre ese joven, tan singularmente rezagado en la noche, sobre el que recaían las sospechas.

Ahora bien, ese joven no era otro que Andrea.

Con todos esos datos, el comisario de policía y el gendarme, que era cabo, se encaminaban hacia la puerta de Andrea; la puerta estaba entreabierta.

—¡Oh!, ¡oh! —dijo el cabo, viejo zorro criado en las artimañas del Estado—. ¡Mala señal una puerta abierta! ¡La preferiría cerrada con tres cerrojos!

En efecto, la nota y el alfiler que Andrea había dejado sobre la mesa confirmaron o, más bien apoyaron, la triste verdad. Andrea había huido.

Decimos apoyaron porque el cabo no era hombre que se conformase con una sola prueba.

Miró alrededor, miró debajo de la cama, movió las cortinas, abrió los armarios, y finalmente se detuvo en la chimenea.

Gracias a las precauciones de Andrea, ningún rastro de pisadas había quedado en las cenizas.

Sin embargo, era una salida, y en las circunstancias en las que se encontraban, toda salida debía ser objeto de una seria investigación.

El cabo mandó traer un haz de leña y paja; llenó la chimenea como si estuviera rellenando un mortero, y prendió fuego.

El fuego hizo crujir las paredes de ladrillo; una columna opaca de humo salió por los conductos y subió al cielo como el sombrío chorro de un volcán, pero no vio caer al prisionero, como se esperaba.

Y es que Andrea, en lucha contra la sociedad desde su juventud, valía tanto como un gendarme, aunque ese gendarme hubiera sido elevado al respetable grado de cabo; previendo el incendio, había llegado al tejado y se ocultaba pegado a la chimenea.

Por un instante tuvo la esperanza de librarse, pues oyó al cabo llamando a los dos gendarmes y gritándoles a voces:

—¡Ya no está aquí!

Pero, alargando con cuidado el cuello, vio que los dos gendarmes, en lugar de retirarse, como hubiera sido natural, tras el primer anuncio, vio, decimos, que por el contrario los dos gendarmes redoblaban su atención.

A su vez, miró alrededor: el edificio del Ayuntamiento, colosal construcción del siglo XVI, se elevaba como una muralla oscura, a su derecha, y por las diferentes aberturas del monumento, se podían ver todos los rincones y recovecos del tejado, como desde lo alto de una montaña se divisa todo un valle.

Andrea comprendió que iba a ver aparecer incesantemente la cabeza del cabo de la gendarmería, asomándose a cada una de esas aberturas.

Si era descubierto, estaba perdido; una persecución por los tejados no le daba ninguna posibilidad de éxito.

Resolvió, pues, bajar, no por el mismo camino por el que había subido, sino por otro análogo. Buscó con la mirada una chimenea por la que no saliese humo, llegó a ella arrastrándose por el tejado, y desapareció por el orificio sin que nadie le viera.

En el mismo instante, una ventana del Ayuntamiento se abrió y daba paso a la cabeza del cabo de gendarmería.

Por un instante, esa cabeza se quedó inmóvil como uno de esos relieves en piedra que decoran el edificio; después, con un amplio suspiro de decepción, la cabeza desapareció.

El cabo, sereno y digno como la ley de quien es representante, pasó sin responder a esas miles de preguntas de la gente concentrada en la plaza y entró en el hotel.

—¿Y bien? —preguntaron a su vez los dos gendarmes.

—Y bien, hijos míos —respondió el cabo—, el bandido se habrá realmente distanciado de nosotros esta mañana a primera hora; pero vamos a seguir por la carretera de Villers-Cotterêts y por la de Noyon, y buscaremos por el bosque, donde le encontraremos indudablemente.

El honorable funcionario, con la entonación propia de los cabos de gendarmería, acababa de alumbrar ese sonoro adverbio, *indudablemente*, cuando un largo grito de espanto, acompañado del tintineo continuado de una campanilla, se dejó oír en el patio del hotel.

—¡Oh!, ¡oh! ¿Pero qué es eso? —exclamó el cabo.

—Parece un viajero con mucha prisa —dijo el patrón—. ¿De qué número llaman?

—Del número 3.

—¡Vaya de prisa, mozo!

En ese momento, los gritos y el ruido de la campanilla aumentaron.

El sirviente iba corriendo.

—No, no —dijo el cabo deteniendo al mozo—; me parece que el que tira del cordón de la campana pide algo diferente a un sirviente, así que vamos a darle un gendarme. ¿Quién se aloja en la número 3?

—Un joven que ha llegado con su hermana esta noche en silla de posta, y que ha pedido una habitación con dos camas.

De nuevo se oía la campana con una entonación llena de angustia.

—¡Aquí! ¡Señor comisario! —gritó el cabo—. Sígame y no se aparte de mí.

—Un instante —dijo el patrón—, la habitación número 3 tiene dos escaleras: una exterior y otra interior.

—¡Bueno! —dijo el cabo—. Iré por la interior, está por mi lado. ¿Las carabinas están cargadas?

—Sí, cabo.

—Pues bien, vigilen en el exterior, ustedes dos, si quiere huir, disparen; es un gran criminal, por lo que dice el telégrafo.

El cabo, seguido del comisario, desapareció enseguida por la escalera interior, acompañado del rumor que las revelaciones sobre Andrea habían provocado entre la gente.

Esto es lo que había ocurrido:

Andrea había bajado con mucha destreza las dos terceras partes de la chimenea, pero, una vez allí, perdió pie, y a pesar del apoyo de las manos, bajó con más rapidez y sobre todo con más ruido de lo que hubiera deseado. No hubiera ocurrido nada si la habitación hubiera estado vacía; pero, por desgracia, estaba ocupada.

Dos mujeres dormían en una cama, el ruido las despertó.

Sus miradas estaban fijas en el punto de donde venía el ruido, y por el hogar de la chimenea vieron aparecer a un hombre.

Era una de las dos mujeres, la mujer rubia, la que había dado ese terrible grito que se oyó en toda la casa, mientras que la otra, que era morena, lanzándose hacia el cordón de la campana, había dado la alarma, agitándolo con todas sus fuerzas.

Andrea, como se ve, era la causa del terror.

—¡Por piedad! —gritó, pálido, medio perdido, sin ver a las personas a las que se dirigía—, ¡por piedad! ¡No llamen, sálvenme! No quiero hacerles ningún daño.

—¡Andrea, el asesino! —gritó una de las dos mujeres.

—¡Eugénie! ¡Señorita Danglars! —murmuró Cavalcanti, pasando del espanto al estupor.

—¡Socorro!, ¡socorro! —gritó la señorita D'Armilly, cogiendo el cordón de las manos inertes de Eugénie, y agitándolo con más fuerza aún que su compañera.

—¡Sálvenme, me persiguen! —dijo Andrea juntando las manos—. ¡Por piedad, por caridad, no me entreguen!

—Es demasiado tarde, ya suben —respondió Eugénie.

—Pues bien, escóndanme en algún sitio, digan que sintieron miedo sin saber por qué; desviarán las sospechas y me habrán salvado la vida.

Las dos mujeres, apretadas la una contra la otra, envolviéndose en sus mantas, se quedaron mudas ante esa voz suplicante; todas las aprehensiones, todas las repugnancias chocaban en su mente.

—¡Y bien, de acuerdo! —dijo Eugénie—. Vuelva por donde ha venido, desgraciado; váyase, y no diremos nada.

—¡Ahí está!, ¡ahí está! —gritó una voz en el rellano—. Ahí está, ¡le estoy viendo!

En efecto, el cabo había pegado un ojo en el agujero de la cerradura, y había visto a Andrea, de pie y suplicante.

Un violento golpe con la culata hizo saltar la cerradura, dos más, hicieron saltar los cerrojos; la puerta rota cayó hacia adentro.

Andrea corrió a la otra puerta, que daba a la galería del patio, la abrió, dispuesto a arrojarse por ella.

Los dos gendarmes estaban allí y le apuntaron con sus carabinas.

Andrea se había quedado quieto; de pie, pálido, con el cuerpo un poco echado hacia atrás, con el cuchillo inútil en la mano crispada.

—¡Pero, huya! —gritó la señorita D'Armilly, en cuyo corazón iba entrando la piedad a medida que salía el terror—. ¡Pero, huya!

—¡O mátese! —dijo Eugénie con el tono y la pose de esas vestales que, en el circo, ordenaban con el dedo índice, al gladiador victorioso, que acabase con su adversario vencido.

Andrea se estremeció y miró a la joven con una sonrisa de desprecio que probó que su corrupción no comprendía en absoluto esa sublime ferocidad del honor.

—¡Matarme! —dijo tirando el cuchillo—. ¿Por qué?

—Pues usted lo ha dicho —exclamó la señorita Danglars—, ¡le condenarán a muerte, le ejecutarán como al peor de los criminales!

—¡Bah! —replicó Cavalcanti cruzándose de brazos—. Uno tiene amigos.

El cabo fue hacia él con el sable en el puño.

—Vamos, vamos —dijo Cavalcanti—, enfunde eso, mi valiente señor, no merece la pena farolear tanto, puesto que me rindo.

Y ofreció las manos para que le esposaran.

Las dos jóvenes miraban con terror esa odiosa metamorfosis que se operaba bajo sus ojos, el hombre de mundo despojándose de su envoltorio, y convirtiéndose de nuevo en el hombre de presidio.

Andrea se volvió hacia ellas, y con la sonrisa de la impudicia:

—¿Quiere que le dé algún recado a su señor padre, señorita Eugénie? —dijo—. Pues según toda probabilidad vuelvo a París.

Eugénie se ocultó la cara con las manos.

—¡Oh!, ¡oh! —dijo Andrea—. No hay de qué avergonzarse, y yo no la odio por haber cogido la Posta para correr detrás de mí..., ¿no era yo casi su marido?

Y con esta burla, Andrea salió, dejando a las dos fugitivas presas del sufrimiento de la vergüenza y expuestas a los comentarios de la gente.

Una hora después, vestidas las dos con sus trajes de mujer, subieron a su calesa de viaje.

Habían cerrado la puerta del hotel para evitarles las primeras miradas; pero no por eso, cuando se abrió la puerta, no por eso dejaron de pasar en medio de una doble fila de curiosos, con los ojos ardientes y los labios murmuradores. Eugénie bajó los estores; pero, si ya no veía, seguía oyendo a la gente, y el ruido de las burlas llegaba hasta ella.

—¡Oh! ¿Por qué el mundo no será un desierto? —exclamó echándose en brazos de la señorita d'Armilly, con los ojos brillantes de esa rabia que hacía desear a Nerón que el mundo romano no tuviera más que una cabeza, a fin de cortarla de un solo tajo.

Al día siguiente, se alojaban en el hotel Flandes, en Bruselas.

Desde el día anterior, Andrea estaba encarcelado en la Conciergerie de París.

Capítulo XCIX

La ley

Hemos visto con qué tranquilidad las señoritas Danglars y d'Armilly habían podido llevar a cabo su transformación y su huida; y es que todo el mundo estaba demasiado ocupado en sus propios asuntos como para ocuparse de los asuntos de los demás.

Dejaremos al banquero, con el sudor en la frente, alinear frente al fantasma de la bancarrota las enormes columnas de su pasivo, y seguiremos a la baronesa, que, tras quedarse un instante aplastada bajo la violencia del golpe que acababa de recibir, fue a buscar a su consejero habitual, Lucien Debray.

Y es que, en efecto, la baronesa contaba con ese matrimonio para abandonar finalmente una tutela que, con una hija del carácter de Eugénie, no dejaba de ser bastante molesta; y es que, en esa especie de contratos tácitos que sostienen la unión jerárquica de la familia, la madre no es realmente maestra de su hija, sino a condición de ser continuamente para ella ejemplo de sabiduría y modelo de perfección.

Ahora bien, la señora Danglars temía la perspicacia de Eugénie y los consejos de la señorita D'Armilly; había sorprendido ciertas miradas desdeñosas de su hija hacia Debray, miradas que parecían significar que su

hija conocía todo el misterio de sus relaciones amorosas y pecuniarias con el secretario amigo íntimo, mientras que una interpretación más sagaz y más profunda hubiera demostrado, por el contrario, a la baronesa, que Eugénie detestaba a Debray, no porque fuera en la casa paterna un escollo y un escándalo, sino porque colocaba a Debray, sencillamente, en la categoría de esos bípedos que Diógenes intentaba no llamar hombres, y que Platón designaba con la perífrasis de animales de dos patas y sin plumas.

La señora Danglars, según su punto de vista, y desgraciadamente en este mundo cada uno tiene su punto de vista que le impide ver el punto de vista de los demás, la señora Danglars, según su punto de vista, decimos, lamentaba infinitamente que fracasara la boda de Eugénie, no porque esa boda fuera conveniente, satisfactoria e hiciera la felicidad de su hija, sino porque esa boda le devolvía su propia libertad.

Corrió, pues, como hemos dicho, a casa de Debray, que, tras haber asistido, como el todo París, a la fiesta del contrato y al escándalo subsiguiente, se había apresurado a retirarse a su club, donde, con algunos amigos, charlaba del suceso que era, a esa hora, la comidilla de las tres cuartas partes de los habitantes de esta ciudad, eminentemente chismosa, que se llama la capital del mundo.

En el momento en el que la señora Danglars, vestida con un traje negro y cubierta con un velo, subía la escalera que conducía al apartamento de Debray, a pesar de la seguridad que le había dado el portero de que el joven no estaba en casa, en ese momento, Debray se ocupaba de rechazar las insinuaciones de un amigo, que intentaba probarle que tras el terrible escándalo que acababa de ocurrir, era su deber de amigo de la casa casarse con la señorita Eugénie Danglars y sus dos millones.

Debray se defendía como quien no pide nada más que considerarse vencido, pues, a menudo, esa idea se le había ocurrido; después, como conocía a Eugénie y su carácter independiente y altivo, tomaba de vez en cuando una actitud totalmente defensiva, diciendo que esa unión era imposible, dejándose, después de todo, lisonjear en silencio por esa mala idea que, al decir de todos los moralistas, preocupa incesantemente al hombre más probo y al más puro, velando en el fondo de su alma como

Satán vela detrás de la cruz. El té, el juego, la conversación, interesante, como se ve, pues discutían de intereses sumamente serios, duraron hasta la una de la madrugada.

Mientras tanto, la señora Danglars, introducida por el ayuda de cámara de Lucien, esperaba, tocada con su velo y palpitante, en el saloncito verde entre dos cestas de flores que ella misma había enviado por la mañana, y que Debray, hay que decirlo, había colocado él mismo, las había puesto en la estantería y las había arreglado con un cuidado que hizo perdonar su ausencia a la pobre mujer.

A las once cuarenta, la señora Danglars, cansada de esperar inútilmente, subió a un coche de alquiler que la llevó de vuelta a casa.

Las mujeres de un cierto mundo tienen eso de común con las modistillas con asuntos amorosos, que no vuelven a sus casas sino pasada la medianoche. La baronesa volvió a casa con la misma precaución con la que Eugénie había salido; subió deprisa y con el corazón en un puño la escalera de sus aposentos, contiguos, como sabemos, a los de Eugénie.

¡Tenía tanto miedo de provocar algún comentario, creía tan firmemente, pobre mujer respetable en ese punto al menos, en la inocencia de su hija y en su fidelidad por el hogar paterno!

Una vez en casa, escuchó a la puerta de Eugénie, después, al no oír ningún ruido, intentó entrar; pero los cerrojos estaban echados.

La señora Danglars creyó que Eugénie, cansada de las terribles emociones de la noche, se había acostado y dormía.

Llamó a la doncella y la interrogó.

—La señorita Eugénie —respondió la doncella—, entró en su habitación con la señorita D'Armilly; después, tomaron el té juntas; tras de lo cual me despidieron, diciéndome que ya no iban a necesitar me.

Desde ese momento la doncella estuvo en el *office* y, como todo el mundo, creía que las dos jóvenes estaban en sus habitaciones.

La señora Danglars se acostó, pues, sin la sombra de la menor sospecha, pero, tranquilizada ya respecto a las personas, su mente se volvió hacia lo que había acontecido.

A medida que las ideas se le iban aclarando en la cabeza, las proporciones de la escena del contrato crecían; ya no era un escándalo, era

un cataclismo; no era una vergüenza, era una ignominia.

Entonces, muy a su pesar, la baronesa recordó que no había tenido piedad por la pobre Mercedes, ni por su hijo, golpeados un poco antes, a causa de su esposo, con una desgracia tan grande.

«Eugénie», se dijo «está perdida, y nosotros también. El asunto, tal como va a presentarse, nos cubre de oprobio, pues en una sociedad como la nuestra, ciertos ridículos son como plagas vivas, sangrantes e incurables.

»¡Qué dicha», murmuró, «que Dios haya dado a Eugénie ese carácter extraño que tantas veces me hizo temblar!».

Y su mirada agradecida se elevó al cielo, donde la misteriosa Providencia dispone todo, adelantándose a los sucesos que deben llegar, y que transforma un defecto, un vicio, tal vez, en una virtud.

Después, su pensamiento franqueó el espacio, como hace extendiendo sus alas el pájaro ante un abismo, y se detuvo en Cavalcanti.

«Ese Andrea era un miserable, un ladrón, un asesino; y sin embargo poseía maneras que indicaban una mediana educación, si no una educación completa; ese Andrea se había presentado en sociedad con la apariencia de una gran fortuna, con el apoyo de nombres honorables.»

¿Cómo ver claro en todo este dédalo? ¿A quién dirigirse para salir de esa cruel situación?

Debray, a quien había acudido con el primer impulso de una mujer que busca socorro en el hombre que ama y que a veces la pierde, Debray no podía darle más que un consejo; tendría que dirigirse a alguien más poderoso que él.

La baronesa pensó, entonces, en el señor de Villefort.

Era el señor de Villefort el que iba a detener a Cavalcanti; era el señor de Villefort quien, sin piedad, había llevado la turbación a su familia como si hubiese sido una familia extraña.

Pero no, pensándolo bien, no era un hombre sin piedad, el fiscal; era un magistrado esclavo de sus deberes, un amigo leal y firme que, brutalmente, pero con mano segura, había dado el golpe de escalpelo a la corrupción: no era un verdugo, era un cirujano, un cirujano que había querido aislar, a ojos del mundo, el honor de los Danglars de la ignominia

de ese joven perdido, al que habían presentado al mundo como su futuro yerno.

Desde el momento en el que el señor de Villefort, amigo de la familia Danglars, actuaba así, no había nada que hiciera suponer que el fiscal supiera algo por adelantado, ni que se hubiera prestado a ningún manejo de Andrea.

La conducta de Villefort, pensándolo bien, aparecía así a la baronesa bajo una luz que se explicaba por el bien común.

Pero ahí se paraba la inflexibilidad del fiscal; iría a verle al día siguiente y obtendría de él, si no que faltara a sus deberes de magistrado, sí al menos que dejase abierta toda la amplitud de la indulgencia.

La baronesa invocaría el pasado; rejuvenecería sus recuerdos, suplicaría en nombre de un tiempo culpable, pero feliz; el señor de Villefort suavizaría el asunto; o, al menos, dejaría —y para llegar a eso no había más que desviar la mirada hacia otro lado—, o al menos dejaría escapar a Cavalcanti, y no perseguiría el crimen sino bajo la sombra del criminal declarado en rebeldía.

Sólo entonces, se durmió más tranquila.

Al día siguiente a las nueve, se levantó, y sin llamar a la doncella, sin dar señales de vida a nadie en la casa, se vistió, y vestida con la misma sencillez de la víspera, bajó la escalera, salió de la casa, caminó hasta la calle Provence, subió a un coche de alquiler y dio la dirección de la casa del señor de Villefort.

Desde hacía un mes, esa casa maldita presentaba el aspecto lúgubre de un lazareto donde se hubiese declarado la peste; una parte de los aposentos estaban cerrados por dentro y por fuera; las contraventanas, cerradas, no se abrían más que un momento para airear la casa; entonces, se veía asomar a la ventana la cara asustada de un lacayo; después, la ventana se cerraba de nuevo como la losa de una tumba cae sobre la sepultura, y los vecinos se decían en voz baja:

«¿Es que vamos a ver hoy salir algún ataúd de la casa del fiscal?»

A la señora Danglars le entró un escalofrío al ver el aspecto de esa desolada mansión; se apeó del coche y, con las rodillas temblorosas, se acercó a la puerta cerrada y llamó.

Hasta tres veces sonó el timbre, cuyo tintineo lúgubre parecía participar también de la tristeza general, hasta que un portero apareció entreabriendo la puerta, justo la anchura suficiente como para que pasaran sus palabras.

El portero vio a una mujer, una mujer de la alta sociedad, una mujer elegantemente vestida y, sin embargo, la puerta permaneció más o menos cerrada.

—¡Pero, abra! —dijo la baronesa.

—En primer lugar, señora, ¿quién es usted? —preguntó el portero.

—¿Que quién soy? ¡Pero si usted me conoce!

—Ya no conocemos a nadie, señora.

—¡Pero, está usted loco, amigo! —exclamó la baronesa.

—¿De parte de quién viene usted?

—¡Oh! Esto es demasiado.

—Señora, son las órdenes, discúlpeme, ¿su nombre?

—Señora baronesa Danglars. Usted me ha visto veinte veces.

—Es posible, señora; y ahora, ¿qué desea usted?

—¡Oh! ¡Qué extraño está usted! Me quejaré al señor de Villefort de la impertinencia de su servidumbre.

—Señora, no es impertinencia, es precaución; nadie entra aquí sin una nota del señor d'Avrigny, o sin hablar antes con el señor fiscal.

—Y bien, es justamente con el señor fiscal con quien quiero hablar de un asunto.

—¿Asunto urgente?

—Ya lo ve usted, puesto que aún no me he montado de nuevo en el coche. Pero, acabemos: tenga mi tarjeta, llévesela a su señor.

—¿La señora esperará a que yo vuelva?

—Sí, vaya.

El portero cerró la puerta, dejando a la señora Danglars en la calle.

La baronesa, es cierto, no esperó mucho tiempo; un instante después, la puerta se volvió a abrir en una amplitud suficiente como para dejar pasar a la baronesa; pasó y la puerta se cerró tras ella.

Una vez en el patio, el portero, sin perder de vista la puerta ni un instante, sacó un silbato del bolsillo y silbó.

El ayuda de cámara del señor de Villefort apareció en la escalinata.

—La señora excusará a este buen hombre —dijo yendo al encuentro de la baronesa—, pero las órdenes son precisas, y el señor de Villefort me encarga que le diga, señora, que el portero no podía hacer otra cosa más que la que ha hecho.

En el patio había un proveedor que había sido recibido con las mismas precauciones, examinando además sus mercancías.

La baronesa subió la escalinata; se sentía profundamente impresionada por esa tristeza que ampliaba, por decirlo así, el círculo de la suya, y conducida por el lacayo, llegó, sin que su guía la hubiese perdido de vista, al gabinete del magistrado.

Por muy preocupada que estuviera la señora Danglars por el motivo que la traía, la recepción de la que había sido objeto por toda esa servidumbre le había parecido tan indigna que comenzó por quejarse.

Pero Villefort levantó la cabeza, apesadumbrada por el dolor, y la miró con una sonrisa tan triste que las quejas expiraron en sus labios.

—Disculpe a mis sirvientes de un terror del que no puedo culparlos: de sospechosos han pasado a sospechar ellos de todo.

La señora Danglars había oído a menudo entre la gente de su mundo hablar de ese terror que acusaba el magistrado; pero nunca habría podido creer, si no lo hubiera visto con sus propios ojos, que ese sentimiento pudiera llevarse hasta esos extremos.

—¿Usted también —dijo ella— está apesadumbrado?

—Sí, señora —respondió el magistrado.

—¿Me compadece, entonces?

—Sinceramente, señora.

—¿Y comprende lo que me trae hasta aquí?

—Viene a hablarme de lo que le sucede, ¿no es eso?

—Sí, señor, una espantosa desgracia.

—Es decir, una desventura.

—¡Una desventura! —exclamó la baronesa.

—¡Ay! Señora —respondió el fiscal con su imperturbable calma—, yo ya no llamo desgracia sino a las cosas irreparables.

—¡Eh! Señor, ¿cree usted que esto se va a olvidar...?

—Todo se olvida, señora —dijo Villefort—; el matrimonio de su hija se hará mañana, si no se hace hoy; o dentro de ocho días, si no se hace mañana. Y en cuanto a lamentar el futuro de la señorita Eugénie, no creo que usted lo piense.

La señora Danglars miró a Villefort, estupefacta de ver en él esa tranquilidad casi irónica.

—¿He venido a ver a un amigo? —preguntó en un tono de dolorosa dignidad.

—Usted sabe que sí, señora —respondió Villefort, cuyas mejillas, al asegurar esa amistad, se cubrieron de un ligero rubor.

En efecto, esa amistad hacía alusión a otros sucesos, diferentes a los que les ocupaban en este momento, a la baronesa y a él.

—Y bien, entonces —dijo la baronesa—, sea más afectuoso, mi querido Villefort; hábleme como amigo y no como magistrado, y cuando me encuentre profundamente desdichada, no me diga que debo estar alegre.

Villefort hizo una ligera inclinación de asentimiento.

—Cuando oigo hablar de desgracias, señora —dijo—, desde hace tres meses tengo la mala costumbre de pensar en las mías y, entonces, se realiza en mi mente esa egoísta operación de compararlas, sin yo quererlo. Por eso, al lado de mis desdichas, las de ustedes me parecen una simple desventura; por eso, al lado de mi funesta situación, la suya me parece una situación envidiable; pero veo que eso la contraría, señora, dejémoslo. ¿Decía, señora?

—Vengo para saber por usted, amigo mío —repuso la baronesa—, cómo va el asunto del impostor.

—¡Impostor! —repitió Villefort—. Decididamente, señora, es una costumbre suya atenuar ciertas cosas y exagerar otras; ¡impostor, el señor Andrea Cavalcanti, o más bien el señor Benedetto! Se equivoca, señora, el señor Benedetto es perfectamente un asesino.

—Señor, no niego la justeza de su rectificación; pero cuanto más severamente se arme usted contra ese desgraciado, más atacará a nuestra familia. Veamos, olvídele por un momento; en lugar de perseguirle, déjele que huya.

—Llega usted demasiado tarde, señora, las órdenes están dadas.

—Pues bien, si le detienen... ¿pero, cree que le detendrán?

—Eso espero.

—Si le detienen, escuche, siempre he oído decir que las cárceles están llenas, pues bien, déjele en la cárcel.

El fiscal hizo un gesto negativo.

—Al menos hasta que mi hija se case —añadió la baronesa.

—Imposible, señora; la justicia tiene sus formalidades.

—¿Incluso para mí? —dijo la baronesa medio sonriendo, medio en serio.

—Para todos —respondió Villefort—; y para mí como para cualquier otro.

—¡Ah! —suspiró la baronesa, sin añadir con palabras el pensamiento que acababa de desvelar con la exclamación.

Villefort la miró, con esa mirada con la que sondeaba los pensamientos.

—Sí, ya sé lo que quiere usted decir —repuso—; usted hace alusión a esos rumores terribles que se oyen por ahí, a todos esos muertos que, desde hace tres meses, me visten de luto; y que esa muerte de la que, por milagro, acaba de escapar Valentine, no son muertes naturales.

—Yo no estaba pensando en absoluto en eso —dijo rápidamente la señora Danglars.

—Si pensara en ello, señora, y es justo que así lo haga, pues no podría ser de otra manera, si pensara en eso, usted se diría en voz baja: «Tú, que persigues el crimen, ¿por qué hay tantos crímenes a tu alrededor que quedan impunes?».

La baronesa palideció.

—¿Usted se estaba preguntando eso, no, señora?

—Y bien, confieso que sí.

—Pues le responderé.

Villefort acercó su sillón a la silla de la señora Danglars; después, apoyando sus dos manos sobre la mesa, y con una entonación más sorda que de costumbre:

—Hay crímenes que quedan impunes —dijo— porque no se conoce a los criminales, y se teme golpear a un ser inocente tomándolo como culpable; ¡pero cuando se descubra a los verdaderos criminales —Villefort extendió la mano hacia un crucifijo que estaba frente a la mesa—, cuando se descubra a los verdaderos criminales, por Dios vivo, señora, que sean quienes sean, morirán! Ahora, tras el juramento que acabo de hacer, y que mantendré, señora, ¡atrévase a pedirme clemencia para ese miserable!

—Pero, señor, ¿está usted seguro de que sea tan culpable como dicen?

—Escuche, mire sus antecedentes: Benedetto, condenado primero a cinco años de galera por falsificación, a los dieciséis años, ya prometía, el joven, como ve; después, evadido, después, asesino.

—¿Y quién es ese desgraciado muchacho?

—¡Eh! ¡Quién sabe! Un vagabundo, un corso.

—¿Y no ha sido reclamado por nadie?

—Por nadie; no se conoce a sus padres.

—¿Pero, ese hombre que vino de Lucca?

—Otro estafador, como él; su cómplice, tal vez.

La baronesa juntó sus manos.

—¡Villefort! —dijo con su más dulce y acariciante entonación.

—¡Por Dios! Señora —respondió el fiscal con una firmeza no exenta de cierta sequedad—, ¡por Dios! No pida nunca perdón para un culpable.

»¿Quién soy yo? Yo soy la ley; ¿y es que la ley tiene ojos para ver su tristeza? ¿Es que la ley tiene oídos para oír su dulce voz? ¿Es que la ley tiene memoria para aplicarla a sus delicados pensamientos? No, señora, la ley manda, y cuando manda la ley, golpea.

»Usted me dirá que soy un ser vivo y no un código; un hombre, y no un tomo. Míreme, señora, mire a mi alrededor: ¿los hombres me han tratado como a un hermano? ¿Me han amado como tal? ¿Me han cuidado? ¿Me han protegido? ¿Alguien ha pedido clemencia para el señor de Villefort? ¿Alguien se la ha concedido, esa clemencia? ¡No, no, no! ¡A uno le golpean siempre, siempre!

»Usted persiste, como mujer, es decir, como sirena que es, hablándome con esos ojos encantadores y expresivos que me recuerdan que debo

sonrojarme. Pues bien, de acuerdo, sí, me sonrojo por lo que usted sabe, y quizá por alguna cosa más.

»Pero, en fin, desde que fallé, yo mismo, y más profundamente que los otros, quizá, pues bien, desde entonces, he tenido que sacudir la ropa de los demás para encontrar la úlcera, y siempre la he encontrado, diré más, la he encontrado con placer, con alegría, he encontrado ese sello de la debilidad y de la perversión humana.

»Pues cada hombre a quien yo reconocía como culpable, y cada culpable a quien he castigado, me parecía una prueba viviente, una nueva prueba de que yo no era una odiosa excepción. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! ¡Todo el mundo es malvado, señora, probémoslo, y ataquemos al malvado!

Villefort pronunció estas últimas palabras con una rabia febril que daba a su lenguaje una feroz elocuencia.

—Pero —repuso la señora Danglars, intentando un último esfuerzo—, ¿dice usted que ese muchacho es un vagabundo, huérfano, abandonado por todos?

—¡Pues tanto peor, tanto peor! O tal vez mejor; la Providencia le ha hecho así para que nadie tenga que llorar por él.

—Es ensañarse con el débil, señor.

—¡Con el débil que asesina!

—Su deshonor recaerá sobre mi casa.

—¿Pues, no tengo yo la muerte en la mía?

—¡Oh! ¡Señor! —exclamó la baronesa—. No tiene usted piedad del prójimo. Y bien, soy yo quien se lo dice: tampoco habrá piedad para usted.

—¡Que así sea! —dijo Villefort, levantando un brazo, con un gesto de amenaza, al cielo.

—Remita, al menos, la causa de ese desgraciado, si lo detienen, para la audiencia próxima; eso nos dará seis meses para que se olvide el asunto.

—No, no —dijo Villefort—; tengo aún cinco días; la instrucción está hecha; cinco días es más tiempo del que necesito; además, ¿no comprende usted, señora, que yo también, que yo también necesito olvidar? Y bien, cuando trabajo, y trabajo noche y día, cuando trabajo, hay momentos en los que ya no me acuerdo, y cuando ya no me acuerdo, soy feliz como lo son los muertos; pero más vale eso que sufrir.

—Señor, ha huido; déjele huir, la inercia es una clemencia fácil.

—¡Pero si le he dicho que es demasiado tarde! Al amanecer el telégrafo ha empezado a funcionar, y a estas horas...

—Señor —dijo el ayuda de cámara entrando en el gabinete—, un soldado de los dragones trae un despacho del Ministerio del Interior.

Villefort cogió la nota y le quitó el precinto rápidamente. La señora Danglars se estremeció de terror. Villefort se sobresaltó de alegría.

—¡Detenido! —exclamó Villefort—. Le han detenido en Compiègne; se acabó.

La señora Danglars se levantó, fría y pálida.

—Adiós, señor —dijo.

—Adiós, señora —respondió el fiscal, casi feliz de acompañarla hasta la puerta.

Después, volviendo a su despacho:

—Vamos —dijo, golpeando la carta con el puño de la mano derecha—, ¡ya tenía un falsificador, tres robos, tres incendios! Me faltaba un asesinato, y aquí está: la sesión será estupenda.

Capítulo C

La aparición

Como había dicho el fiscal a la señora Danglars, Valentine no estaba aún repuesta.

Rota por la fatiga, seguía, en efecto, en la cama, y fue en su habitación, y por boca de la señora de Villefort, donde tuvo conocimiento de los sucesos que acabamos de contar, es decir, la huida de Eugénie y el arresto de Andrea Cavalcanti, o más bien de Benedetto, así como la acusación de asesinato contra él.

Pero Valentine estaba tan débil, que todo ese relato no le causó quizá todo el efecto le hubiera causado en su estado habitual.

En efecto, no fueron más que algunas ideas vagas, algunas formas indecisas más, mezcladas a las ideas extrañas y a los fantasmas fugitivos que nacían en su cerebro enfermo o que pasaban delante de sus ojos, donde muy pronto todo se borraba para retomar toda su fuerza en las sensaciones personales.

Durante el día, Valentine se mantenía aún en la realidad por la presencia de Noirtier, a quien llevaban a la habitación de su nieta y que se quedaba allí, cubriendo a Valentine con su mirada paternal; después,

cuando volvía del Palacio de Justicia, era Villefort a su vez quien pasaba una hora o dos con su padre y con su hija.

A las seis, Villefort se retiraba a su gabinete; a las ocho llegaba el señor d'Avrigny, que traía él mismo la poción nocturna preparada para la joven; después, se llevaban de allí a Noirtier.

Una enfermera, elegida por el doctor, reemplazaba a todo el mundo, y no se retiraba hasta que, sobre las diez o las once, Valentine se dormía.

Al bajar, remitía las llaves de la habitación de Valentine al mismo señor de Villefort, de manera que ya no se podía entrar al cuarto de la enferma más que atravesando los aposentos de la señora de Villefort y la habitación del pequeño Édouard.

Todas las mañanas venía Morrel a ver a Noirtier y a informarse sobre Valentine; pero Morrel, cosa extraordinaria, parecía cada día menos preocupado.

En primer lugar, Valentine, aunque presa de una violenta excitación nerviosa, mejoraba de día en día; después, ¿Montecristo no le había dicho, cuando acudió a su casa totalmente perdido, que si en las dos horas siguientes Valentine no moría, estaría salvada?

Ahora bien, Valentine vivía aún, y habían transcurrido ya cuatro días.

La exaltación nerviosa de la que hemos hablado seguía en Valentine incluso cuando dormía, o más bien en el estado de somnolencia que sucedía al de su vigilia; era entonces cuando, en el silencio de la noche y en la semioscuridad que reinaba gracias a la lamparilla colocada sobre la chimenea, ardiendo en su palmatoria de alabastro, veía pasar esas sombras que vienen a poblar la habitación de los enfermos y que la fiebre agita con sus alas temblorosas.

Entonces, le parecía ver aparecer, ya fuera a su madrastra que la amenazaba, ya a Morrel que le tendía los brazos, ya a seres casi extraños en su vida habitual, como el conde de Montecristo; sólo quedaban los muebles que, en esos momentos de delirio, no parecieran móviles y errantes; y eso duraba hasta las dos o las tres de la madrugada, momento en el que un sueño de plomo venía a ampararse de la joven conduciéndola hasta el amanecer.

La noche que siguió a aquella mañana en la que Valentine se enteró de la huida de Eugénie y el arresto de Benedetto, y en la que, después de mezclarse un instante con las sensaciones de su propia existencia, esos sucesos comenzaban a salir poco a poco de su pensamiento, después de las sucesivas retiradas de Villefort, de d'Avrigny y de Noirtier, mientras que sonaban las once en Saint-Philippe-du-Roule, y que la enfermera, tras poner al alcance de la mano de la enferma el brebaje preparado por el doctor, y cerrar la puerta de la habitación, escuchaba temblorosa, en el *office* donde se había retirado, los comentarios de los criados, y poblaba su memoria de las lúgubres historias que desde hacía tres meses eran la comidilla de la antecámara del fiscal; esa noche —decimos— una escena inesperada tenía lugar en esa habitación tan cuidadosamente cerrada.

Hacía ya diez minutos, poco más o menos, que la cuidadora se había retirado.

Valentine, presa desde hacía una hora de esa fiebre que le volvía cada noche, dejaba la cabeza, insumisa a su voluntad, que continuara ese trabajo activo, monótono e implacable del cerebro, que se agota reproduciendo incesantemente los mismos pensamientos o dando vida a las mismas imágenes.

De la mecha de la lamparilla emergían miles de rayos impregnados todos ellos de extraños signos, cuando de repente, en tembloroso reflejo, Valentine creyó ver que su librería, colocada al lado de la chimenea, en un entrante de la pared, se abría lentamente sin que los goznes sobre los que parecía rodar produjesen el menor ruido.

En otro momento, Valentine hubiera cogido la campanilla y hubiera tirado del cordón de seda pidiendo socorro; pero en la situación en la que se encontraba, nada le extrañaba. Tenía conciencia de que todas esas visiones que la rodeaban eran fruto de su delirio, y esa convicción le venía de que, por la mañana, no quedaba ningún rastro de todos esos fantasmas nocturnos que desaparecían con la luz del día.

Detrás de la puerta apareció una figura humana.

Valentine, a causa de la fiebre, estaba demasiado familiarizada con esa clase de apariciones como para asustarse; solamente abrió los ojos, de par en par, esperando reconocer a Morrel.

La figura continuó avanzando hacia la cama, después, se detuvo, y pareció estar escuchando con profunda atención.

En ese momento, un reflejo de la lamparilla alumbró el rostro del visitante nocturno.

—¡No es él! —murmuró Valentine.

Y esperó, convencida de que estaba soñando, a que ese hombre, como sucede en los sueños, desapareciese o se transformase en otra persona.

Lo único que hizo fue tocarse el pulso, y al sentirlo latir con fuerza recordó que el mejor modo de hacer desaparecer las visiones inoportunas era bebiendo algo; el frescor de la bebida, hecha además para calmar esa agitación de la que Valentine se había quejado al doctor, aportaba, haciendo bajar la fiebre, una renovación de las sensaciones de su cerebro; cuando bebía, por unos momentos, se sentía mejor.

Así pues, Valentine extendió el brazo para coger el vaso que tenía sobre una copa de cristal, pero mientras alargaba el brazo tembloroso fuera de la cama, la aparición dio de nuevo, y más rápidamente que antes, dos pasos hacia la cama y llegó tan cerca de la muchacha que ella oyó su respiración y creyó sentir la presión de su mano.

Esta vez la ilusión, o más bien la realidad, sobrepasaba a todo lo que Valentine había sentido hasta ese momento; comenzaba a creer que estaba bien despierta y bien viva; tuvo conciencia de que gozaba de todo su raciocinio, y se estremeció.

La presión que Valentine había sentido tenía por objeto impedir que su mano alcanzara el vaso.

Valentine retiró el brazo lentamente hacia ella.

Entonces, esa figura, cuya mirada no se apartaba de ella, y que por otra parte era más protectora que amenazante, esa figura cogió el vaso, se acercó a la lámpara y observó el brebaje, como si quisiera juzgar su transparencia y su nitidez.

Pero esta primera prueba no le bastó.

Este hombre, o más bien ese fantasma, pues se desplazaba tan suavemente que la alfombra ahogaba el ruido de sus pasos, este hombre cogió una cucharada del líquido del vaso y la tragó. Valentine miraba todo lo que ocurría delante de sus ojos con un profundo sentimiento de estupor.

Ella creía que todo eso estaba a punto de desaparecer para dar paso a otra escena; pero el hombre, en lugar de desvanecerse como una sombra, se le acercó y, tendiéndole el vaso, con una voz llena de emoción:

—Ahora, beba —dijo—, ¡beba...!

Valentine se sobresaltó.

Era la primera vez que una de sus visiones le hablaba con ese timbre de voz vivo.

Abrió la boca para gritar.

El hombre se puso un dedo en los labios indicando silencio.

—¡El señor conde de Montecristo! —murmuró la joven.

Por el espanto que se dibujaba en los ojos de la joven, por el temblor de sus manos, por ese gesto rápido para apretarse bajo las sábanas, se podía reconocer la última lucha de la duda contra la certeza; sin embargo, la presencia de Montecristo en su cuarto a esas horas, su entrada misteriosa, fantástica, inexplicable, a través de una pared, parecían imposibilidades a la quebrantada razón de Valentine.

—No llame, no se asuste —dijo el conde—, no tenga en el fondo de su corazón ni un rayo de sospecha, ni una sombra de inquietud; el hombre que ve delante de usted, pues esta vez usted tiene razón, Valentine, y no es una ilusión, el hombre que ve delante de usted es el padre más tierno y el más respetuoso amigo con el que pueda usted soñar.

Valentine no encontró nada que decir; tenía tanto miedo de esa voz que le revelaba la presencia real del que hablaba, que temía asociar a esta voz, la suya; pero su asustada mirada quería decir: «Si sus intenciones son puras, ¿por qué está aquí?».

Con su maravillosa sagacidad, el conde comprendió todo lo que pasaba por el corazón de la joven.

—Escuche —dijo—, o mejor, míreme; vea mis ojos enrojecidos y mi rostro más pálido aún que de costumbre; y es que desde hace cuatro noches que no duermo ni un solo instante; desde hace cuatro noches velo por usted, la protejo, la mantengo viva para nuestro amigo Maximilien.

Un raudal de sangre llena de felicidad subió rápidamente a las mejillas de la enferma; pues el nombre que acababa de pronunciar el conde hizo desaparecer el resto de desconfianza que le había inspirado.

—¡Maximilien...! —repitió Valentine, pues tan dulce le parecía pronunciar su nombre—; ¡Maximilien! ¿Es que le ha confesado todo?

—Todo. Me ha dicho que la vida de usted era su propia vida, y le prometí que usted viviría.

—¿Le ha prometido que viviré?

—Sí.

—En efecto, señor, usted acaba de hablarme de vigilancia y de protección. ¿Es que es usted médico?

—Sí, el mejor médico que el Cielo pueda enviarle en este momento, créame.

—¿Dice que ha velado por mí? —preguntó Valentine inquieta—. ¿Dónde? Yo no le he visto.

El conde extendió la mano en dirección a la librería.

—Estaba escondido detrás de esa puerta —dijo—, esa puerta da a la casa de al lado que acabo de alquilar.

Valentine, con un impulso de orgulloso pudor, apartó la mirada y, con un soberano terror:

—Señor —dijo—, lo que usted ha hecho es una locura que no tiene nombre, y esa protección que me ha concedido se parece mucho a un insulto.

—Valentine —dijo—, durante esta larga vigilia, esto es lo único que he visto: quién venía a verla, qué alimentos le preparaban, qué bebidas le servían; después, cuando esas bebidas me parecían peligrosas, entraba, como acabo de hacer, vaciaba el vaso y sustituía el veneno por una bebida que le hiciera bien, que, en lugar de la muerte que le estaba preparada, hiciese circular la vida por sus venas.

—¡Veneno! ¡Muerte! —exclamó Valentine, creyéndose de nuevo bajo el poder de una febril alucinación—. ¿Pero, qué está diciendo, señor?

—¡Chsss! Mi niña —dijo Montecristo llevándose de nuevo el dedo a los labios—; he dicho veneno, sí; he dicho muerte, repito, muerte, pero primero bébase esto —el conde sacó del bolsillo un frasquito que contenía un licor rojo, del que echó unas gotas en un vaso—. Y ahora, no vuelva a beber nada en toda la noche.

Valentine alargó la mano; pero, en cuanto tocó el vaso, la retiró con espanto.

Montecristo cogió el vaso, bebió él la mitad y se lo dio a Valentine, que tragó tranquila el resto del licor.

—¡Oh! Sí —dijo—; reconozco el sabor de mis brebajes nocturnos, de esta agua que me aporta un poco de frescor al pecho, y un poco de calma al cerebro. Gracias, señor, gracias.

—Así es como ha vivido estas cuatro noches, Valentine —dijo el conde—. Pero yo, ¿cómo he vivido? ¡Oh! ¡Qué crueles horas he pasado! ¡Oh! ¡Qué espantosas torturas me ha hecho sufrir, cuando veía que le echaban ese veneno mortal en el vaso! ¡Cómo temblaba por si se lo bebía antes de que yo tuviese tiempo de tirarlo a la chimenea!

—Dice, señor —repuso Valentine en el colmo del terror—, que sufre mil torturas cuando ve echar el veneno mortal en mi vaso; pero, si vio eso, debió ver también a la persona que lo echaba.

—Sí.

Valentine se incorporó en la cama de un salto, y recogióse sobre el pecho, más pálido que la blancura de la batista bordada, algo húmeda por el sudor frío del delirio, sudor que aumentaba ahora, mezclándose con el sudor más helado aún del terror:

—¿Usted la ha visto, a esa persona? —repitió la joven.

—Sí —dijo por segunda vez el conde.

—Lo que usted dice es horrible, señor, lo que quiere hacerme creer es algo infernal. ¡Cómo! ¡En la casa de mi padre! ¡Cómo! En mi propia habitación. ¡Cómo! ¡En mi lecho de muerte, y continúan queriendo asesinarme! ¡Oh! Retírese, señor, tienta mi conciencia, blasfema contra la bondad divina, es imposible, eso no puede ser.

—¿Es que es usted la primera a quien ataca, Valentine? ¿No ha visto caer, cerca de usted, al señor de Saint-Méran, a la señora de Saint-Méran, a Barrois? ¿No hubiera visto igualmente caer al señor Noirtier, si el tratamiento que sigue desde hace casi tres años no le hubiera protegido combatiendo al veneno con el mismo veneno?

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Valentine—. ¿Por eso es por lo que mi abuelo exige que yo comparta con él todas las bebidas?

—Y esas bebidas —exclamó Montecristo— tienen un gusto amargo como el de la piel de una naranja medio seca, ¿no es así?

—¡Sí, Dios mío, sí!

—¡Oh! Eso me explica todo —dijo Montecristo—, él también sabe que aquí hay una persona que envenena, y quizá él sepa quién.

»La ha inmunizado a usted, a su querida nieta bienamada, contra esa sustancia mortal, y el efecto de la sustancia mortal se mitiga por la costumbre del cuerpo. Por eso está usted aún viva, lo que no me explicaba, después de haber sido envenenada desde hace cuatro días, y con un veneno que, normalmente, no perdona.

—¿Pero, quién es el asesino, el criminal?

—Y yo le pregunto a usted: ¿no ha visto nunca entrar a alguien en la habitación durante la noche?

—Sí, claro que sí, a menudo me pareció ver pasar sombras, sombras que se acercaban, que se alejaban, que desaparecían; pero yo las tomaba por visiones de la fiebre, y ahora, cuando usted ha entrado, pues bien, creí durante algún tiempo que deliraba, o que estaba soñando.

—¿Así que no conoce a la persona que atenta contra su vida?

—No —dijo Valentine—, ¿por qué alguien iba a desear mi muerte?

—Pues entonces va a conocerla —dijo Montecristo pegando el oído.

—¿Cómo es eso? —preguntó Valentine, mirando con terror a su alrededor.

—Porque esta noche usted no tiene fiebre, ni delira, porque esta noche está totalmente despierta, porque están sonando las doce, y es la hora de los asesinos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —dijo Valentine, enjugándose con la mano el sudor que perlaba su frente.

En efecto, daban las doce lenta y tristemente, se diría que cada golpe del martillo de bronce del reloj golpeaba el corazón de la joven.

—Valentine —continuó el conde—, haga acopio de todas sus fuerzas, comprima el corazón en el pecho, paralice la voz en la garganta, finja estar dormida, ¡y ya verá, ya verá!

Valentine cogió la mano del conde.

—Me parece que oigo ruido —dijo—, ¡escóndase!

—Adiós, o mejor, hasta luego —respondió el conde.

Después, con una sonrisa tan triste y tan paternal que el corazón de la joven se llenó de agradecimiento, volvió de puntillas a la puerta de la librería.

Y, volviéndose para cerrarla tras él:

—Ni un gesto —dijo—, ni una palabra, que piense que está dormida, si no, la mataría antes de que yo tuviera tiempo de socorrerla.

Y tras esa espantosa orden terminante, el conde desapareció por la puerta que se cerró silenciosamente tras él.

Capítulo CI

Locusta

Valentine se quedó sola, otros dos relojes, retrasados en relación con el de Saint-Philippe-du-Roule, dieron de nuevo las doce campanadas, distanciadas de manera diferente.

Después, aparte de los ruidos de carruajes lejanos, todo volvió al silencio.

Entonces, toda la atención de Valentine se concentró en el reloj de su habitación, cuyo péndulo marcaba los segundos.

Se puso a contar esos segundos y notó que eran el doble de lentos que los latidos de su corazón. Y, sin embargo, seguía dudando; la inofensiva Valentine no podía figurarse que alguien deseara su muerte. ¿Por qué? ¿Con qué fin? ¿Qué mal había hecho para que pudiera crearse enemigos?

No temía quedarse dormida.

Una sola idea, una idea terrible, mantenía su espíritu alerta, y era que había una persona en el mundo que había intentado asesinarla y que iba a intentarlo de nuevo.

¡Si esta vez, esa persona, cansada de ver la ineficacia del veneno, fuera a recurrir, como le había dicho Montecristo, a un arma! ¡Si el conde no

tuviera tiempo de llegar a socorrerla! ¡Si le hubiera llegado su último momento! ¡Si no volviera a ver a Morrel!

Con estos pensamientos, que la cubrían a la vez de una lívida palidez y de un sudor helado, Valentine estaba dispuesta a tirar del cordón de la campanilla y pedir socorro.

Pero le parecía que, a través de la puerta de la biblioteca, brillaba el ojo del conde, ese ojo que pesaba en su recuerdo, y que, cuando pensaba en ello, la aplastaba de una vergüenza tal que se preguntaba si alguna vez el agradecimiento llegaría a borrar ese penoso efecto de la indiscreta amistad del conde.

Veinte minutos, veinte eternidades transcurrieron así, después, otros diez minutos más; finalmente, el reloj de péndulo, advirtiendo con un segundo de adelanto, acabó por golpear el timbre sonoro.

En ese mismo momento, la casi imperceptible raspadura de una uña sobre la madera de la librería advirtió a Valentine que el conde vigilaba y que le recomendaba a ella vigilar también.

En efecto, por el lado opuesto, es decir hacia la habitación de Édouard, Valentine creyó oír que crujía el parqué; prestó atención, conteniendo la respiración hasta casi ahogarse; el pomo de la cerradura chirrió y la puerta se abrió.

Valentine, que se había incorporado apoyada en el codo, apenas tuvo tiempo de echarse del todo y de cubrirse los ojos con el propio brazo.

Después, toda temblorosa, agitada, con el corazón en un puño por un indecible terror, esperó.

Alguien se acercó a la cama y rozó las cortinas.

Valentine, haciendo acopio de todas sus fuerzas, simuló una respiración regular que indicaba un sueño tranquilo.

—¡Valentine! —dijo alguien en voz muy baja.

La joven tembló desde el fondo de su corazón, pero no respondió.

—¡Valentine! —repitió la misma voz.

Mismo silencio: Valentine había prometido simular el sueño.

Después se hizo el silencio y la inmovilidad.

Solamente oía el sonido casi insensible de un líquido cayendo en el vaso que ella acababa de vaciar.

Entonces, se atrevió, tras la muralla de su brazo extendido, se atrevió a abrir un poco los párpados.

Y allí vio a una mujer, con un peinador blanco, que vaciaba en su vaso un licor preparado antes en un frasquito.

Durante esos breves instantes, Valentine quizá retuvo la respiración, o hizo algún leve movimiento, pues la mujer, inquieta, se detuvo y se inclinó sobre la cama para ver mejor si la joven realmente dormía: era la señora de Villefort.

Valentine, al reconocer a su madrastra, sintió un agudo escalofrío que imprimió un movimiento a la cama.

La señora de Villefort se deslizó pegada a la pared, y allí, a cubierto tras las cortinas de la cama, muda, alerta, espío hasta el menor movimiento de Valentine.

Esta recordó las terribles palabras de Montecristo; le había parecido que, en la mano que no tenía el frasquito, brillaba algo como una especie de cuchillo largo y afilado. Entonces Valentine, con todo el dominio de la voluntad, se esforzó en cerrar los ojos; pero esa función del más receloso de nuestros sentidos, esa función, tan sencilla normalmente, en ese momento era casi imposible de llevar a cabo, pues la más ávida curiosidad se esforzaba en abrir los ojos y conocer la realidad.

Mientras tanto, segura de que Valentine dormía al volver a oír en el silencio su respiración regular, la señora de Villefort alargó de nuevo el brazo y, quedándose medio cubierta por las cortinas recogidas en la cabecera de la cama, acabó de vaciar en el vaso de Valentine el contenido del frasquito.

Después, se retiró, sin que el menor ruido advirtiese a Valentine de que se había ido.

Valentine había visto desaparecer el brazo, eso era todo; ese brazo joven y redondeado de una mujer de veinticinco años, joven y hermosa, que venía a escanciar en su vaso la muerte.

Es imposible expresar lo que Valentine sintió durante ese minuto y medio en el que la señora de Villefort había permanecido en su habitación.

El ligero ruido de la uña en la librería sacó a la joven de ese estado de torpeza en el que se había sumido, y que parecía una especie de

embotamiento.

Levantó la cabeza con gran esfuerzo.

La puerta, siempre silenciosa, rodó una segunda vez sobre los goznes, y el conde de Montecristo reapareció.

—Y bien —preguntó el conde—, ¿lo duda aún?

—¡Dios mío! —murmuró la joven.

—¿Ha visto?

—¡Ay!

—¿La ha reconocido?

La joven gimió de nuevo.

—Sí —dijo—, pero no puedo creerlo.

—¿Prefiere entonces morir y hacer que muera también Maximilien...?

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —repitió la joven casi perdida—. ¿No podría salir de esta casa, huir...?

—Valentine, la mano que la persigue la alcanzará, esté donde esté; a fuerza de dinero podría sobornar a los criados, y la muerte aparecerá, disfrazada bajo cualquier aspecto: en el agua que beba del mismo manantial, en la fruta que recoja en el mismo árbol.

—¿Pero, no me había dicho que la precaución de mi abuelo me había inmunizado contra el veneno?

—Contra un veneno, y aún así, si no es utilizado en grandes dosis; cambiará el veneno o aumentará la dosis.

El conde cogió el vaso y se mojó un poco los labios.

—Eh, mire —dijo—, ya lo ha hecho. Ya no es brucina el veneno que utiliza, es un simple narcótico. Reconozco el gusto del alcohol en el que lo ha disuelto. Si hubiera bebido lo que la señora de Villefort acaba de echar en este vaso, Valentine, estaría usted perdida.

—¡Pero, Dios mío! —exclamó la joven—. ¿Por qué me persigue?

—¡Cómo! ¿Es usted tan dulce, tan buena, tan poco creyente en la maldad que aún no ha comprendido, Valentine?

—No —dijo la joven—; yo no le he hecho ningún daño.

—Pero usted es rica, Valentine; usted tiene doscientas mil libras de renta, y esos doscientos mil francos de renta, se los quita usted a su hijo.

—¿Cómo es eso? Mi fortuna no es suya, la heredé de mi madre y de mis abuelos.

—Sin duda, y por eso el señor y la señora de Saint-Méran han muerto: era para que usted les heredase; y por eso el día en el que el señor Noirtier hizo el testamento a favor de usted, estaba condenado; y por eso, a su vez, usted debía morir, Valentine, para que su padre heredase de usted, y su hermanito, convertido en hijo único, heredara de su padre.

—¡Édouard! Pobre niño, ¿es por él por quien que se comenten esos crímenes?

—¡Ah! Lo ha entendido, al fin.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Con tal de que no recaiga sobre él!

—Es usted un ángel, Valentine.

—Pero, mi abuelo, ¿ha renunciado a matarle, a él?

—Habrá reflexionado que muerta usted, a menos que lo desherede, la fortuna recaería naturalmente sobre su hermano, y ha pensado que el crimen, a fin de cuentas, si era inútil, sería doblemente peligroso.

—¡Y es en la mente de una mujer donde ha nacido una combinación así! ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

—Recuerde Perugia, el emparrado del hotel de la Posta, el hombre de la capa oscura, a quien su madrastra interrogaba sobre el agua tofana; pues bien, desde entonces, todo ese infernal proyecto maduraba en su cerebro.

—¡Oh! Señor —exclamó la dulce muchacha, rompiendo a llorar—, ya veo, si es así, que estoy condenada a morir.

—No, Valentine, no, pues he previsto todos los complots; no, pues su enemiga está vencida, puesto que la hemos descubierto; no, usted vivirá, Valentine, usted vivirá para amar y ser amada, usted vivirá para ser feliz y hacer feliz a un noble corazón; usted vivirá, Valentine, tiene que confiar totalmente en mí.

—Ordene, señor, ¿qué tengo que hacer?

—Tiene que tomar ciegamente lo que yo le dé.

—¡Oh! ¡Dios es testigo —exclamó Valentine— de que si estuviera sola, preferiría dejarme morir!

—No se confiará a nadie, ni siquiera a su padre.

—Mi padre no está en este espantoso complot, ¿no, señor? —dijo Valentine juntando las manos.

—No, sin embargo, su padre, hombre acostumbrado a imputaciones jurídicas, su padre debe sospechar que todas esas muertes que se abaten en su casa no son naturales. Su padre, es él quien hubiera debido velar por usted, es él quien debía estar ahora en mi lugar, es él quien debía haber vaciado el vaso, es él quien tenía que levantarse contra el asesino. Espectro contra espectro —murmuró, acabando en voz alta la frase.

—Señor —dijo Valentine—, haré todo lo necesario para seguir viva, pues hay dos personas en el mundo que me aman hasta morir, si yo muriera: mi abuelo y Maximilien.

—Velaré por ellos como he velado por usted.

—Y bien, señor, disponga de mí —dijo Valentine—. Después, en voz baja: ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va a sucederme? —dijo.

—Sea lo que sea lo que le suceda, Valentine, no se asuste; si se siente mal, si pierde la vista, el oído, el tacto, no tema nada; si se despierta sin saber dónde está, no tenga miedo, aunque se encuentre, al despertar, en un panteón sepulcral, o encerrada en un ataúd, recupere enseguida el sentido y dígame: en este momento, un amigo, un padre, un hombre que desea mi felicidad y la felicidad de Maximilien, ese hombre vela por mí.

—¡Ay!, ¡ay! ¡Qué terrible!

—Valentine, ¿prefiere denunciar a su madrastra?

—¡Preferiría morir mil veces! ¡Oh! ¡Sí, morir!

—No, no morirá, y pase lo que pase, prométamelo, no se quejará, tendrá confianza.

—Pensaré en Maximilien.

—Es usted mi hija bienamada, Valentine; sólo yo puedo salvarla y la salvaré.

Valentine, en el colmo del terror, juntó las manos, pues sentía que había llegado el momento de pedir valor a Dios y se incorporó para rezar, murmurando palabras sueltas, y olvidando que sus blancos hombros no tenían otro velo que su larga cabellera, y que se hacían visibles los latidos de su corazón bajo la fina batista de su camisón de dormir.

El conde apoyó suavemente la mano en el brazo de la joven, la cubrió hasta el cuello con la colcha de terciopelo y, con una sonrisa paternal:

—Hija mía —dijo—, crea en mi devoción por usted, como cree en la bondad de Dios y en el amor de Maximilien.

Valentine se le quedó mirando llena de agradecimiento, y permaneció dócil como un niño bajo sus sábanas.

Entonces, el conde sacó del bolso su joyero de esmeralda, levantó la tapa de oro, y puso en la mano derecha de Valentine una pequeña pastilla redonda del grosor de un guisante.

Valentine la cogió con la otra mano, y miró al conde atentamente; había en los rasgos del intrépido protector un reflejo de la majestad y del poder divino. Era evidente que Valentine le interrogaba con la mirada.

—Sí —respondió este.

Valentine se llevó la pastilla a la boca y la tragó.

—Y ahora, hasta luego, mi niña —dijo—, voy a intentar dormir, pues ya está usted a salvo.

—Adiós —dijo Valentine—, si algo me sucede, le prometo no tener miedo.

Montecristo mantuvo su mirada fija en la joven, que se fue durmiendo poco a poco, vencida por el poder del narcótico que el conde acababa de administrarle.

Entonces cogió el vaso, lo vació en sus tres cuartas partes en la chimenea, para que se pudiese creer que Valentine había bebido el resto, lo dejó sobre la mesilla de noche; después, volviendo a la puerta de la librería, desapareció, tras una última mirada a Valentine, que se dormía con la confianza y el candor de un ángel recostado a los pies del Señor.

Capítulo CII

Valentine

La lamparilla continuaba ardiendo sobre la chimenea de Valentine, consumiendo las últimas gotas de aceite que sobrenadaban aún en el agua; un círculo rojizo coloreaba ya el alabastro del recipiente; una llama más viva dejaba escapar esos últimos destellos que se parecen, en los seres inanimados, a esas últimas convulsiones de la agonía que tan a menudo se han comparado a la de las pobres criaturas humanas; la luz del día, baja y siniestra, venía a teñir con un reflejo de ópalo las cortinas blancas y las sábanas de la joven.

Todos los ruidos de la calle se habían extinguido en ese momento, y el silencio interior era espantoso.

La puerta de la habitación de Édouard se abrió, y una figura, que ya hemos visto antes, se reflejó en el espejo opuesto a la puerta: era la señora de Villefort, que entraba para comprobar el efecto del brebaje.

Se detuvo en el umbral, escuchó el chisporroteo de la lámpara, único ruido perceptible en esa habitación que parecía desierta, después, avanzó lentamente hacia la mesilla de noche para ver si el vaso de Valentine estaba vacío.

Tenía aún un cuarto del líquido, como dijimos.

La señora de Villefort lo cogió y fue a vaciarlo en las cenizas, que removió para facilitar la absorción del licor, después, aclaró cuidadosamente con agua el cristal, y lo secó con su propio pañuelo, volviendo a colocarlo en la mesilla.

Alguien, cuya mirada hubiera podido sondear el interior de la habitación, hubiera podido ver entonces la vacilación de la señora de Villefort antes de fijar sus ojos en Valentine y acercarse a la cama.

El lúgubre resplandor, el silencio, la terrible poesía de la noche venían sin duda a combinarse con la espantosa poesía de la conciencia: la envenenadora sentía miedo de su propia obra.

Finalmente se armó de valor, apartó la cortina, se apoyó en la cabecera de la cama y miró a Valentine.

La joven ya no respiraba, sus dientes, medio cerrados, no dejaban escapar ni un átomo de ese aliento que denota la vida; sus labios, blanquecinos, habían dejado de moverse; sus ojos, ahogados en un vapor violeta que parecía haberse filtrado bajo la piel, formaban un saliente más blanco en el lugar en el que el globo ocular infla el párpado, y sus largas pestañas negras se marcaban sobre una piel ya un poco mate, como de cera.

La señora de Villefort contempló ese rostro de una expresión tan elocuente en su inmovilidad; entonces se llenó de valor y, levantando las ropas de la cama, apoyó la mano sobre el corazón de la muchacha.

Estaba mudo y helado.

Lo que latía en su mano eran las venas de sus propios dedos: retiró la mano con un escalofrío.

El brazo de Valentine quedó entonces colgando fuera de la cama; ese brazo, en toda la parte alta, partiendo del hombro hasta el pliegue del codo, parecía moldeado sobre el de una de las Gracias de Germain Pilon, pero el antebrazo estaba ligeramente deformado por una crispación, y la mano, de formas tan puras, un poco rígida, con los dedos separados, se apoyaba en la caoba de la cama.

Tenía el nacimiento de las uñas azulado.

Para la señora de Villefort, no cabía ninguna duda: todo había terminado, la obra terrible, la última que debía llevar a cabo, se había

finalmente consumado.

La envenenadora ya no tenía nada que hacer en esa habitación; reculó con tanta precaución, que era visible que temía el sonido de sus propios pasos sobre la alfombra, pero, aún yendo hacia atrás, mantenía levantada la cortina del lecho, absorbiendo ese espectáculo de la muerte que encierra en sí mismo una irresistible atracción, en tanto que la muerte no es todavía descomposición, sino solamente inmovilidad, en tanto que el misterio no es todavía repugnancia.

Pasaban los minutos; la señora de Villefort no podía soltar esa cortina que mantenía suspendida como un sudario por encima del cuerpo de Valentine. Pagó el tributo a sus maquinaciones; y la maquinación del crimen debe ser el remordimiento.

En ese momento, el chisporroteo de la lamparilla redobló. La señora de Villefort, ante ese nuevo ruido, se sobresaltó, y dejó caer la cortina.

De golpe la lamparilla se apagó, y la habitación quedó sumida en una espantosa oscuridad.

En medio de esa oscuridad, el reloj de péndulo se despertó y marcó las cuatro y media.

La envenenadora, espantada por las sucesivas conmociones, alcanzó a tientos la puerta, y volvió a sus aposentos con el sudor de la angustia en la frente.

La oscuridad se mantuvo dos horas más.

Después, poco a poco, la luz macilenta del amanecer invadió la estancia filtrándose a través de las ranuras de las persianas; y poco a poco aún, la luz fue aumentando, imprimiendo forma y color a los objetos y a los cuerpos.

Fue en ese momento cuando la tos de la enfermera se oyó en las escaleras, y la mujer entró en el cuarto de Valentine con una taza en la mano.

Para un padre, para un amante, la primera mirada hubiese sido decisiva: Valentine estaba muerta; pero, para esta mercenaria, Valentine estaba simplemente dormida.

«Bueno», se dijo, acercándose a la mesilla de noche, «ha bebido parte de su poción, el vaso está casi vacío».

Después, fue a la chimenea, encendió el fuego, se instaló en su sillón y, aunque recién salida de la cama, aprovechó el sueño de Valentine para dormitar aún algunos instantes.

El reloj la despertó dando las ocho.

Entonces, asombrada por el obstinado sueño en el que permanecía la joven, asustada al observar ese brazo colgando de la cama, y que la joven, aunque dormida, no había movido en absoluto, fue hacia la cama, y sólo entonces observó esos labios fríos y ese pecho helado.

Intentó ponerle el brazo más cerca del cuerpo, pero el brazo no obedeció más que con la espantosa rigidez con la que ya no podía llamarse a engaño la enfermera.

Dio un grito horrible.

Fue corriendo a la puerta:

—¡Socorro! —gritó—, ¡socorro!

—¡Cómo, socorro! —respondió escaleras abajo la voz del señor d'Avrigny.

Era la hora en la que habitualmente llegaba el médico.

—¡Cómo, socorro! —exclamó la voz de Villefort saliendo precipitadamente de su gabinete—. ¿Doctor, ha oído usted pedir socorro?

—Sí, sí; subamos —respondió el doctor—, subamos deprisa a ver a Valentine.

Pero, antes de que el médico y el padre hubiesen entrado, los criados que se encontraban en la misma planta, en las habitaciones o en los corredores, habían entrado también, y al ver a Valentine pálida e inmóvil sobre la cama, levantaban las manos al cielo y se tambaleaban como si tuvieran vértigo.

—¡Llamen a la señora de Villefort! ¡Despierten a la señora de Villefort! —gritó el fiscal, desde la puerta de la habitación en la que parecía no atreverse a entrar.

Pero los criados, en lugar de responder, miraban al señor d'Avrigny, que ya había entrado, que había corrido hasta Valentine, y que la incorporaba entre sus brazos.

—Ella también... —murmuró dejándola en el lecho—. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Cuándo vas a cansarte?

Villefort corrió hacia Valentine.

—¡Pero, qué está diciendo, Dios mío! —exclamó elevando las manos al cielo—. ¡Doctor...! ¡Doctor!

—¡Digo que Valentine está muerta...! —respondió d'Avrigny con una voz solemne, y terrible en su solemnidad.

El señor de Villefort se abatió como si se le hubieran roto las piernas, y su cabeza cayó sobre el lecho de Valentine.

Por las palabras del doctor y los gritos del padre, los sirvientes, aterrados, salieron de allí con sordas imprecaciones; por las escaleras y corredores se oían sus precipitados pasos, después hubo un gran movimiento por los patios, después, nada; el ruido se extinguió; desde el primero hasta el último sirviente, todos habían desertado de la casa maldita.

En ese momento, la señora de Villefort, con su peinador apenas sobre los hombros, levantó la tapicería de la puerta; se quedó un instante en el umbral, como interrogando a los asistentes y llamando en su ayuda a algunas lágrimas rebeldes.

De repente, dio un paso, o más bien un salto hacia delante, con los brazos extendidos hacia la mesa.

Acababa de ver a d'Avrigny inclinarse con curiosidad sobre esa mesilla y coger el vaso que ella estaba segura haber vaciado durante la noche.

El vaso tenía una cuarta parte, justo como estaba cuando tiró su contenido a las cenizas.

El espectro de Valentine, puesto en pie delante de la envenenadora, no le hubiera producido mayor sobresalto.

En efecto, era exactamente el color del brebaje que ella había puesto en el vaso de Valentine, y que esta se había bebido; era ese veneno que no podía confundir al señor d'Avrigny, y que este examinaba atentamente; era un milagro que Dios, sin duda, había hecho para que quedara, a pesar de las precauciones del asesino, un rastro, una prueba, una denuncia del crimen.

Al mismo tiempo, mientras que la señora de Villefort se había quedado inmóvil como la estatua del Terror, mientras que Villefort, con la cara oculta entre las sábanas del lecho mortuario, no veía nada de lo que pasaba

a su alrededor, d'Avrigny se acercaba a la ventana para observar mejor el contenido del vaso, y probar una gota mojando un dedo en el líquido y llevándoselo a los labios.

—¡Ah! —murmuró—. Ahora ya no es brucina; ¡veamos de qué se trata!

Entonces, corrió hacia uno de los armarios de la habitación de Valentine, armario transformado en farmacia, y sacando de su cajita de plata un frasco de ácido nítrico, dejó caer unas gotas en el ópalo del licor, que cambió rápidamente de tono, tomando el color de la sangre roja.

—¡Ah! —dijo d'Avrigny, con el horror de un juez que descubre la verdad, unido a la satisfacción del sabio que resuelve un problema.

La señora de Villefort volvió un instante en sí; sus ojos lanzaron llamas, después, se apagaron; buscó, titubeante, la puerta y desapareció.

Un instante después, se oyó el ruido lejano de un cuerpo que cae al suelo.

Pero nadie prestó atención. La cuidadora estaba ocupada observando el análisis químico, Villefort seguía anonadado.

Sólo d'Avrigny siguió con la mirada a la señora de Villefort y observó su precipitada salida.

Levantó la tapicería de la puerta de Valentine, y su mirada, a través de la habitación de Édouard, pudo llegar hasta los aposentos de la señora de Villefort, a la que vio tendida en el suelo, sin movimiento alguno.

—Vaya a socorrer a la señora de Villefort —dijo a la enfermera—, la señora se encuentra mal.

—¿Pero, la señorita Valentine? —balbuceó.

—La señorita Valentine ya no la necesita —dijo d'Avrigny—, puesto que la señorita Valentine está muerta.

—¡Muerta! ¡Muerta! —suspiró Villefort en el paroxismo de un dolor tanto más desgarrador porque era nuevo, desconocido, inaudito para ese corazón de bronce.

—¡Muerta! ¿Qué dicen? —exclamó una tercera voz—. ¿Quién dice que Valentine está muerta?

Los dos hombres se dieron la vuelta, y en la puerta vieron a Morrel, de pie, pálido, trastornado, terrible.

Esto es lo que había ocurrido:

Morrel se había presentado a su hora habitual, entrando por una puerta pequeña que conducía a los aposentos de Noirtier.

En contra de la costumbre, encontró la puerta abierta, no necesitó llamar y entró.

En el vestíbulo, esperó un instante, llamando a algún criado que le acompañara hasta la habitación del viejo Noirtier.

Pero nadie respondió; la servidumbre, ya lo dijimos, había huido de la casa.

Morrel no tenía ningún motivo especial para inquietarse ese día; tenía la promesa de Montecristo de que Valentine viviría y, hasta ese momento, la promesa se había mantenido. Cada noche, el conde le daba buenas noticias, que al día siguiente le confirmaba el mismo Noirtier.

Sin embargo, la casa desierta le pareció singular; llamó por segunda vez, por tercera vez: el mismo silencio.

Entonces se decidió a subir.

La puerta de Noirtier estaba abierta como las otras.

Lo primero que vio fue al anciano en su sillón, en el sitio de costumbre; sus dilatados ojos parecían expresar un espanto interior, confirmado por la extraña palidez de todos sus rasgos.

—¿Cómo está, señor? —preguntó el joven, no sin cierta congoja en el corazón.

—Bien —indicó el anciano cerrando y abriendo los ojos—, ¡bien!

Pero toda su fisonomía parecía crecer en inquietud.

—Está usted preocupado —continuó Morrel—, necesita algo. ¿Quiere que llame a alguien del servicio?

—Sí —indicó Noirtier.

Morrel asió el cordón de la campana; pero, aunque tiró con fuerza, nadie vino.

Se volvió hacia Noirtier; la palidez y la angustia aumentaban en el rostro del anciano.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —dijo Morrel—. ¿Pero, por qué no viene nadie? ¿Es que hay algún enfermo en la casa?

Los ojos de Noirtier estaban a punto de salirse de las órbitas.

—Pero, ¿qué le pasa? —continuó Morrel—. Me da usted miedo, ¡Valentine! ¡Valentine!

—¡Sí!, ¡sí! —indicó Noirtier.

Maximilien abrió la boca para hablar, pero no podía articular ningún sonido: se tambaleó, y se sujetó a la pared. Después tendió la mano hacia la puerta.

—¡Sí!, ¡sí!, ¡sí! —continuó el anciano.

Maximilien se lanzó precipitadamente por la escalera pequeña, que franqueó en dos saltos, mientras que Noirtier parecía gritarle con los ojos: «¡más deprisa!, ¡más deprisa!».

Un minuto bastó al joven para atravesar varias estancias, vacías como el resto de la casa, para llegar hasta la de Valentine.

No tuvo que empujar la puerta, estaba abierta de par en par.

Un sollozo es lo primero que oyó. Vio, como a través de una nube, una figura oscura arrodillada y perdida en un confuso montón de ropa blanca. El terror, el espantoso terror, le tenía clavado al suelo.

Fue entonces cuando oyó una voz que decía: «¡Valentine está muerta!»., y una segunda voz que repetía como un eco respondiendo: «¡Muerta!, ¡muerta!».

Capítulo CIII

Maximilien

Villefort se puso en pie casi avergonzado de que le sorprendieran en ese acceso de dolor.

La terrible función que ejercía desde hacía veinticinco años había llegado a transformarle en un hombre poco humano.

Su mirada, perdida por un instante, recayó en Morrel.

—¿Quién es usted, señor —dijo—, usted que olvida que no se entra así en una casa habitada por la muerte?

»¡Salga de aquí, señor, salga!

Pero Morrel permanecía inmóvil, no podía apartar los ojos del espantoso espectáculo de esa cama en desorden y la pálida figura reposando en ella.

—¡Salga, me oye! —gritó Villefort, mientras que d'Avrigny se dirigía hacia Morrel para hacerle salir.

Morrel contempló como perdido al cadáver, a los dos hombres, toda la habitación, en fin, pareció dudar un instante, abrió la boca; después, al no encontrar palabras para responder, a pesar del innumerable enjambre de ideas fatales que invadían su cerebro, volvió sobre sus pasos, hundiendo las manos en el cabello; de tal manera que Villefort y d'Avrigny, distraídos

un instante de sus preocupaciones, tras seguirle con la vista, intercambiaron una mirada que quería decir: «¡está loco!».

Pero, antes de que hubieran transcurrido cinco minutos, se oyó crujir la escalera bajo un peso considerable, y vieron a Morrel que, con una fuerza sobrehumana, llevando el sillón de Noirtier en sus brazos, subía al anciano a la primera planta de la casa.

Una vez en lo alto de la escalera, Morrel dejó el sillón en el suelo y lo llevó rápidamente, gracias a las ruedas, hasta la habitación de Valentine.

Toda esa maniobra fue llevada a cabo con una fuerza centuplicada por la exaltación frenética del joven.

Pero, sobre todo, había algo terrorífico, y era la cara de Noirtier avanzando hacia la cama de Valentine, empujado por Morrel, la cara de Noirtier donde la inteligencia desplegaba todos sus recursos, cuyos ojos reunían todo su poder para suplir al resto de los sentidos.

Así, ese rostro lívido, esa mirada ardiente, fue también para Villefort una terrorífica aparición.

Cada vez que se encontraba en contacto con su padre, siempre ocurría algo terrible.

—¡Mire lo que han hecho de ella! —gritó Morrel, con una mano apoyada en el respaldo del sillón que acaba de llevar hasta la cama, y con la otra mano tendida hacia Valentine—. ¡Mire, padre, mire!

Villefort dio un paso hacia atrás y miró con asombro al joven que le era casi desconocido, y que llamaba padre a Noirtier.

En ese momento, toda el alma del anciano pareció pasar a sus ojos que se inyectaron de sangre; después, las venas del cuello se le hincharon, un color azulado, como el que invade la piel del epiléptico, le cubrió el cuello, las mejillas, las sienes; sólo faltaba el grito a la explosión interior de todo su ser.

El grito salió, por decirlo así, de todos sus poros, espantoso en su mutismo, desgarrador en su silencio.

D'Avrigny se precipitó hacia el anciano y le hizo respirar un violento revulsivo.

—¡Señor! —exclamó entonces Morrel cogiendo la mano inerte del paralítico—. Me preguntan quién soy, y qué derecho tengo a estar aquí.

¡Oh! Usted que lo sabe, ¡dígaselo, dígaselo!

Y la voz del joven se ahogó en sollozos.

En cuanto al anciano, la jadeante respiración le movía el pecho. Se diría que Noirtier era presa de la agitación que precede a la agonía.

Finalmente, las lágrimas brotaron de sus ojos, más dichoso que el joven que sollozaba sin llorar. Al no poder inclinar la cabeza, sus ojos se cerraron.

—Diga —continuó Morrel con voz rota—, ¡diga que yo era su prometido!

»¡Diga que ella era mi noble amiga, mi único amor sobre la tierra!

»¡Diga, diga, diga... que ese cadáver me pertenece!

Y el joven, dando el terrible espectáculo de una enorme fuerza que se rompe, cayó pesadamente de rodillas delante del lecho que sus crispados dedos estrujaron con violencia.

El dolor era tan punzante que d'Avrigny desvió la mirada para ocultar la emoción, y Villefort, sin pedir más explicaciones, atraído por el magnetismo que nos empuja hacia los que amaron a quien lloramos, tendió la mano al joven.

Pero Morrel no veía nada, había cogido la mano helada de Valentine y, al no conseguir llorar, mordía las sábanas con un rugido.

Durante algún tiempo, no se oyó en esa estancia más que la confluencia de sollozos, de imprecaciones y de alguna oración. Y, sin embargo, un ruido dominaba a todos los demás, era la respiración ronca y desgarradora que parecía, en cada inspiración del aire, romper uno de los resortes de la vida en el pecho de Noirtier.

Finalmente, Villefort, el más dueño de sí de todos los demás, tras ceder, por así decirlo, su sitio a Maximilien, tomó la palabra.

—Señor —dijo a Maximilien—, usted amaba a Valentine, según dice, era su prometido; yo ignoraba ese amor, ignoraba ese compromiso, y sin embargo, yo, su padre, se lo perdono, pues veo que su dolor es grande, real y verdadero.

»Además, mi dolor es demasiado grande como para dejar ningún hueco a la ira.

»Pero, ya lo ve, el ángel que usted esperaba ha dejado la tierra: ya no hay sitio para la adoración de los hombres, ella, que a esta hora, adora al Señor; despídase, pues, señor, del triste despojo que ella ha olvidado entre nosotros; tome por última vez la mano que esperaba obtener, y sepárese de ella para siempre; Valentine sólo necesita ahora un sacerdote que la bendiga.

—Se equivoca, señor —exclamó Morrel, incorporándose sobre una rodilla, con el corazón traspasado por un dolor más agudo que ninguno de los que antes hubiera sentido—; se equivoca, señor: Valentine, muerta como está, necesita no solamente un sacerdote, sino también un vengador.

»Señor de Villefort, vaya a buscar al cura; yo seré su vengador.

—¿Qué quiere usted decir, señor? —murmuró Villefort temblando ante esta nueva inspiración del delirio de Morrel.

—Quiero decir —continuó Morrel—, que hay dos hombres en usted, señor. El padre que ya ha llorado lo suficiente y el fiscal que debe cumplir con su tarea.

Los ojos de Noirtier chispearon, d'Avrigny se acercó.

—Señor —continuó el joven, recogiendo en sus ojos todos los sentimientos que revelaban los rostros de los asistentes—, sé lo que me digo, y todos ustedes saben muy bien lo que voy a decir.

»¡Valentine ha muerto asesinada!

Villefort bajó la cabeza; d'Avrigny dio un paso más hacia delante; Noirtier afirmó con los ojos.

—Ahora bien, señor —continuó Morrel—, en los tiempos en los que vivimos, una criatura, aunque no sea joven, aunque no sea hermosa, aunque no sea adorable como era Valentine, una criatura no desaparece violentamente del mundo sin que se pidan cuentas de su desaparición.

»Vamos, señor fiscal del rey —añadió Morrel con creciente vehemencia—, ¡nada de clemencia! Yo denuncio ante usted este crimen, ¡busque al asesino!

Y su mirada implacable interrogaba a Villefort, que por su parte imploraba con la mirada, ya a Noirtier, ya a d'Avrigny.

Pero, en lugar de encontrar apoyo en su padre o en el doctor, Villefort no encontró en ellos más que una mirada tan inflexible como la de Morrel.

—¡Sí! —indicó el anciano.

—¡Ciertamente que sí! —dijo d'Avrigny.

—Señor —replicó Villefort, intentando luchar contra esas tres voluntades y contra su propia emoción—, señor, se equivoca, no se cometen crímenes en mi casa; la fatalidad me golpea, Dios me pone a prueba; es horrible pensarlo, ¡pero no se asesina a nadie en mi casa!

Los ojos de Noirtier echaban chispas, d'Avrigny abrió la boca para hablar.

Morrel extendió el brazo ordenando silencio.

—¡Y yo, yo le digo que alguien mata en esta casa! —exclamó Morrel, cuya voz se hizo más baja sin perder su terrible vibración.

»Le digo que esta es la cuarta víctima desde hace cuatro meses.

»¡Le digo que ya habían intentado envenenar a Valentine, hace cuatro días, y que fracasaron gracias a las precauciones tomadas por el señor Noirtier!

»¡Le digo que han duplicado la dosis o han cambiado la naturaleza del veneno, y que esta vez lo han conseguido!

»Le digo que usted sabe todo esto tan bien como yo, puesto que este señor que está aquí ya le había advertido, como médico y como amigo.

—¡Oh! ¡Usted delira, señor! —dijo Villefort, intentando en vano debatirse en el círculo en el que se sentía encerrado.

—¡Yo deliro! —exclamó Morrel—. Y bien, apelo al mismo señor d'Avrigny.

»Pregúntele, señor, si recuerda aún las palabras pronunciadas en su jardín, en el jardín de esta casa, la noche misma de la muerte de la señora de Saint-Méran, cuando ustedes dos, usted y él, creían estar solos, hablaban ustedes de esa muerte trágica, pero esa fatalidad de la que habla, y ese Dios, a quien usted acusaba injustamente, no podrían ser juzgados más que por una cosa, ¡por la de haber creado al asesino de Valentine!

Villefort y d'Avrigny se miraron.

—Sí, sí, recuérdeme usted —continuó Morrel—, pues esas palabras, que usted creía perdidas en el silencio y en la soledad, cayeron en mis oídos. Cierto, desde aquella noche, al ver la culpable complacencia del señor de Villefort para con los suyos, debí desvelar todo a la autoridad; ¡así no sería

cómplice, como lo soy ahora, de tu muerte, Valentine! ¡Mi Valentine bienamada! Pero de cómplice, pasaré a ser vengador; este cuarto crimen es flagrante y visible a ojos de todos, y si tu padre te abandona, Valentine, soy yo, soy yo, te lo juro, quien perseguirá al asesino.

Y esta vez, como si la naturaleza hubiera finalmente tenido piedad de este organismo vigoroso, próximo a romperse por su propia fuerza, las últimas palabras de Morrel se extinguieron en su garganta; su pecho rompió en sollozos, las lágrimas, tanto tiempo rebeldes, brotaron de sus ojos; se derrumbó y cayó de nuevo de rodillas llorando junto al lecho de Valentine.

Entonces fue el turno de d'Avrigny.

—Y yo también —dijo con voz fuerte—, yo también, yo también me uno al señor Morrel para pedir justicia del crimen; ¡pues mi corazón se rebela ante la idea de que mi cobarde complacencia haya animado al asesino!

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró Villefort anonadado.

Morrel levantó la cabeza, leyendo en los ojos del anciano que lanzaban una llama sobrenatural.

—Miren —dijo—, miren, el señor Noirtier quiere hablar.

—Sí —señaló Noirtier, con esa expresión tanto más terrible cuanto que todas las facultades del pobre e impotente anciano estaban concentradas en su mirada.

—¿Usted sabe quien es el asesino? —dijo Morrel.

—Sí —indicó el anciano.

—¿Y usted va a llevarnos ante él? —exclamó el joven—. ¡Escuchémosle! Señor d'Avrigny, ¡escuchémosle!

Noirtier dirigió al desgraciado Morrel una sonrisa melancólica, una de esas sonrisas que tantas veces hicieron feliz a Valentine, y fijó su atención.

Después, clavando por así decir los ojos de su interlocutor a los suyos, los fue desviando hacia la puerta.

—¿Usted quiere que yo salga, señor? —exclamó dolorosamente Morrel.

—Sí —dijo Noirtier.

—¡Ay!, ¡ay! Señor; ¡tenga piedad de mí!

Los ojos del anciano quedaron implacablemente fijos en la puerta.

—¿Podré volver, al menos? —preguntó Morrel.

—Sí.

—¿Debo salir solo?

—No.

—¿Quién saldrá conmigo? ¿El señor fiscal?

—No.

—¿El doctor?

—Sí.

—¿Quiere usted quedarse a solas con el señor de Villefort?

—Sí.

—¿Pero, él podrá entenderle?

—Sí.

—¡Oh! —dijo Villefort, casi dichoso de que la investigación fuera a hacerse a solas con su padre—, ¡oh! Esté tranquilo, comprendo muy bien a mi padre.

Pero, diciendo esto, con la expresión de dicha que hemos señalado, los dientes del fiscal castañeteaban con violencia.

El señor d'Avrigny cogió del brazo a Morrel y sacó al joven a la estancia contigua.

Entonces, en toda la casa, se hizo un silencio más profundo que el de la muerte.

Finalmente, al cabo de un cuarto de hora, un paso inseguro se dejó oír, y Villefort apareció en el umbral del salón donde aguardaban d'Avrigny y Morrel, uno absorto y el otro sin aliento.

—Vengan conmigo —dijo.

Y los condujo junto al sillón de Noirtier.

Morrel, entonces, miró atentamente a Villefort.

El rostro del fiscal estaba lívido; amplias manchas de color de herrumbre surcaban su frente; entre sus dedos, una pluma retorcida de mil maneras crujía al romperse en mil pedazos.

—Señores —dijo con voz estrangulada a d'Avrigny y a Morrel—, señores, ¡su palabra de honor de que el horrible secreto quedará enterrado entre nosotros!

Los dos hombres hicieron un movimiento.

—¡Yo les conjuro...! —continuó Villefort.

—Pero —dijo Morrel—, ¡el culpable...! ¡El criminal...! ¡El asesino...!

—Esté tranquilo, señor, se hará justicia —dijo Villefort—. Mi padre me ha desvelado el nombre del culpable; mi padre tiene sed de venganza y, sin embargo, mi padre les conjura, como yo, a guardar el secreto del crimen.

»¿No es así, padre?

—Sí —indicó resueltamente Noirtier.

Morrel dejó escapar un movimiento de horror y de incredulidad.

—¡Oh! —exclamó Villefort, deteniendo a Maximilien por el brazo—, ¡oh! Señor, si mi padre, el hombre inflexible que usted conoce, le hace esa petición, es que él sabe que Valentine será vengada terriblemente.

»¿No es así, padre?

El anciano hizo la señal afirmativa.

Villefort continuó.

—Él me conoce, y es a él a quien he dado mi palabra. Tranquilícense, señores; tres días, les pido tres días, es menos de lo que pedirían a la justicia, y dentro de tres días, la venganza que habré obtenido del crimen de mi hija hará temblar hasta el fondo del corazón de los hombres más indiferentes.

»¿No es así, padre?

Y diciendo estas palabras, le crujían los dientes, y agitaba la mano paralizada del anciano.

—¿Todo lo que ha prometido, lo mantendrá, señor Noirtier? —preguntó Morrel, mientras que d'Avrigny le interrogaba con la mirada.

—Sí —indicó Noirtier, con una mirada de siniestra alegría.

—Juren, entonces, señores —dijo Villefort juntando las manos de d'Avrigny y de Morrel—, juren que tendrán piedad del honor de mi casa, y que me dejarán a mí vengar ese honor.

D'Avrigny se desvió y murmuró un sí muy débil, pero Morrel se arrancó de la mano del magistrado, se precipitó sobre el lecho, imprimió

sus labios sobre los labios helados de Valentine, y salió huyendo con el largo gemido de un alma que se sume en la desesperación.

Hemos dicho que todos los sirvientes habían desaparecido.

El señor de Villefort se vio, pues, forzado a rogar a d'Avrigny que se encargase de los trámites, tan numerosos y delicados, que conlleva la muerte en nuestras grandes ciudades, y sobre todo la muerte acompañada de circunstancias tan sospechosas.

En cuanto a Noirtier, era algo terrible contemplar ese dolor sin movimiento, esa desesperación sin gestos, esas lágrimas sin voz.

Villefort volvió a su gabinete; d'Avrigny fue a buscar al médico de la alcaldía que cumplía con las funciones de inspector después de un deceso, y a quien llaman, bastante enérgicamente, el médico de los muertos.

Noirtier no quiso abandonar a su nieta.

Al cabo de una media hora, el señor d'Avrigny regresó con su colega; habían cerrado las puertas de la calle, y como el portero había desaparecido con los demás sirvientes, fue Villefort en persona a abrir.

Pero se quedó en el rellano; ya no tenía valor para entrar de nuevo en la cámara mortuoria.

Los dos doctores entraron solos a la habitación de Valentine.

Noirtier estaba junto al lecho, pálido como la muchacha muerta, inmóvil y mudo como ella.

El médico de los muertos se acercó con la indiferencia de quien se pasa la mitad de la vida entre cadáveres, levantó la sábana que cubría a la joven y le entreabrió los labios.

—¡Oh! —dijo d'Avrigny suspirando—. Pobre joven, está muerta, vamos.

—Sí —respondió lacónicamente el médico, dejando caer la sábana que cubría el rostro de Valentine.

Noirtier dejó escapar un sordo gemido.

D'Avrigny se dio la vuelta, los ojos del anciano despedían fuego. El buen doctor comprendió que Noirtier reclamaba ver a su niña; le acercó a la cama, y mientras que el médico de los muertos mojaba en el agua de cloruro los dedos que habían tocado los labios de la muerta, descubrió ese tranquilo y pálido rostro que parecía el rostro de un ángel dormido.

Una lágrima que surgió del ojo de Noirtier fue el agradecimiento que recibió el buen doctor.

El médico de los muertos redactó el acta de defunción sobre la esquina de una mesa, en la misma habitación de Valentine y, cumplida esa formalidad suprema, salió acompañado por el doctor.

Villefort les oyó bajar y reapareció en la puerta de su gabinete.

En pocas palabras dio las gracias al médico y, volviéndose hacia d'Avrigny:

—¿Y ahora —dijo— el sacerdote?

—¿Tiene usted un eclesiástico a quien desee particularmente encargar las oraciones por Valentine? —preguntó d'Avrigny.

—No —dijo Villefort—, vaya a buscar al más próximo.

—El más próximo —dijo el médico— es un buen abate italiano que acaba de ocupar la casa vecina a la de usted. ¿Quiere que le avise al salir?

—D'Avrigny —dijo Villefort—, ¿querrá, se lo ruego, acompañar al doctor?

»Aquí tiene la llave para que pueda entrar y salir a voluntad.

»Traiga al sacerdote, y encárguese de instalarlo en la habitación de mi pobre niña.

—¿Desea usted hablar con él, amigo?

—Deseo estar solo. Me disculpa, ¿verdad? Un sacerdote debe comprender toda clase de dolor, incluso el dolor paterno.

Y el señor de Villefort, entregando una llave a d'Avrigny, saludó por última vez al doctor desconocido y volvió a su gabinete, donde se puso a trabajar.

Para ciertos organismos, el trabajo es el remedio contra todos los males.

En el momento en el que bajaban a la calle, vieron a un hombre vestido de sotana, que estaba de pie en el umbral de la casa de al lado.

—Este es el sacerdote de quien le hablaba —dijo el médico de los muertos a d'Avrigny.

D'Avrigny abordó al sacerdote.

—Señor —le dijo—, ¿estaría usted dispuesto a prestar un gran servicio a un desgraciado padre que acaba de perder a su hija, al señor fiscal

Villefort?

—¡Ah! Señor —respondió el sacerdote con un marcado acento italiano—, sí, ya sé, la muerte ha entrado en esa casa.

—Entonces, no tengo nada que decirle sobre la clase de servicio que me atrevo a esperar de usted.

—Yo iba a ofrecerme, señor —dijo el sacerdote—; es nuestra misión salir al encuentro de nuestros deberes.

—Se trata de una jovencita.

—Sí, ya sé, me lo han dicho los sirvientes, a los que he visto salir corriendo de la casa. Supe que se llamaba Valentine; y ya he rezado por ella.

—Gracias, gracias, señor —dijo d'Avrigny—, y puesto que ha comenzado ya a ejercer su santo ministerio, dignese continuarlo. Venga a sentarse junto a la difunta, y toda una familia sumida en el duelo le estará muy agradecida.

—Voy ahora mismo, señor —respondió el abate—, y me atrevo a decir que nunca habrá oraciones más ardientes que las mías.

D'Avrigny cogió al abate de la mano y, sin ver a Villefort, encerrado en su gabinete, le condujo a la habitación de Valentine, a quien los enterradores deberían llevarse la noche siguiente.

Al entrar en la habitación, la mirada de Noirtier se encontró con la del abate, y sin duda creyó leer en ella algo especial, pues no le quitó los ojos de encima.

D'Avrigny recomendó al sacerdote no solamente a la muerta, sino al vivo, y el sacerdote prometió a d'Avrigny dedicar sus oraciones a Valentine y sus cuidados a Noirtier.

El abate se comprometió solemnemente y, sin duda, para que nadie le molestase en sus oraciones, y para que Noirtier no fuera tampoco importunado en su dolor, en cuanto el señor d'Avrigny abandonó la habitación fue a cerrar con cerrojo, no solamente la puerta por la que el doctor acababa de salir, sino también la que daba a los aposentos de la señora de Villefort.

Capítulo CIV

La firma de Danglars

El día siguiente amaneció triste y nublado.

Los enterradores habían cumplido con su fúnebre oficio, y habían cosido el cuerpo dispuesto sobre el lecho en el sudario que envuelve lúgubrementemente a los muertos, prestándoles así algo que se llama igualdad ante la muerte, y último testimonio del lujo que amaban en sus vidas.

El sudario no era otra cosa sino una magnífica batista que la joven había comprado quince días antes.

Durante la velada, unos hombres llamados a tal efecto habían transportado a Noirtier de la habitación de Valentine a la suya y, contra todo lo esperado, el anciano no había tenido ninguna dificultad en alejarse del cuerpo de su niña querida.

El abate Busoni había velado hasta el amanecer, y al amanecer se había retirado a su casa sin llamar a nadie.

Hacia las ocho de la mañana d'Avrigny había vuelto; encontró a Villefort, que pasaba a ver a Noirtier, y le había acompañado para saber cómo había pasado la noche el anciano.

Le encontraron en el gran sillón que le servía de cama, reposando con un sueño dulce y casi sonriente.

Ambos se pararon en el umbral, sorprendidos.

—Mire —dijo d'Avrigny a Villefort, que contemplaba a su padre dormido—; mire, la naturaleza sabe calmar el dolor más punzante; ciertamente, no se dirá que el señor Noirtier no amaba a su nieta; sin embargo, duerme.

—Sí, y tiene usted razón —respondió sorprendido Villefort—; duerme, y es muy extraño, pues la menor contrariedad le tiene despierto noches enteras.

—El dolor le ha abatido —respondió d'Avrigny.

Y ambos volvieron pensativos al gabinete del fiscal.

—Mire, yo, yo no he dormido —dijo Villefort mostrando a D'Avrigny la cama intacta—; el dolor no me abate, llevo dos noches que ni siquiera me he acostado; pero, a cambio, mire mi mesa de despacho; ¡lo que he escrito, Dios mío! ¡Estos dos días con sus noches...! ¡He investigado ese *dossier*, he anotado el acta de acusación del asesino Benedetto! ¡Oh, trabajo, trabajo! ¡Mi pasión, mi alegría, mi rabia, eres tú quien abate todos mis dolores!

Y apretó convulsivamente la mano de d'Avrigny.

—¿Me necesita para algo? —preguntó el doctor.

—No —dijo Villefort—; solamente le pido que vuelva a las once, se lo ruego; a mediodía tiene lugar... la salida hacia... ¡Dios mío! ¡Mi pobre hija! ¡Mi pobre hija!

Y el fiscal del rey, volviéndose humano de nuevo, elevó los ojos al cielo suspirando.

—¿Estará usted en el salón de recepción?

—No, tengo un primo que se encargará de ese triste honor. Yo, yo continuaré trabajando, doctor: cuando trabajo, todo desaparece.

En efecto, el doctor apenas había cruzado la puerta, cuando el fiscal volvió a su trabajo.

En la escalinata de entrada, d'Avrigny encontró a ese pariente del que le había hablado Villefort, personaje insignificante en esta historia como entre la familia, uno de esos seres destinados al nacer a representar el papel utilitario en el mundo.

Estaba allí puntual, vestido de negro, con un crespón negro en el brazo, había acudido a casa de su primo con la cara de circunstancias que contaba mantener tanto tiempo como fuera preciso y que dejaría después.

A las once, los coches fúnebres rodaron sobre el pavimento del patio, y la calle del Faubourg-Saint-Honoré se llenó de los murmullos de la gente, igualmente ávida de las alegrías como de los duelos de los ricos, y que corría a un entierro de pompa con la misma impaciencia que al matrimonio de una duquesa.

Poco a poco, el salón mortuorio se llenó y se vio llegar en primer lugar a una parte de nuestros antiguos conocidos, es decir, a Debray, Château-Renaud y Beauchamp, después, a todos los ilustres de la Bolsa, de la judicatura, de la literatura y del ejército, pues el señor de Villefort ocupaba, menos aún por su posición social que por su mérito personal, uno de los primeros puestos en el mundo parisino.

El primo se mantenía en la puerta y hacía entrar a todo el mundo, y para los indiferentes era un gran alivio, hay que decirlo, ver allí un rostro indiferente que no exigía a los asistentes una expresión disimulada o falsas lágrimas, como hubiese ocurrido ante un padre, un hermano o un prometido.

Los que se conocían se interpelaban con la mirada y se reunían por grupos.

Uno de esos grupos estaba compuesto por Debray, Château-Renaud y Beauchamp.

—¡Pobre muchacha! —dijo Debray, pagando un tributo, como todo el mundo lo hacía, muy a su pesar, a ese doloroso suceso—. ¡Pobre muchacha! ¡Tan rica, tan guapa! ¿Hubiese pensado eso, Château-Renaud, cuando nos vimos, hace cuánto... tres semanas o un mes a lo mucho, para firmar ese contrato que al final no se firmó?

—A fe mía, no —dijo Château-Renaud.

—¿La conocían ustedes?

—Yo había hablado una o dos veces con ella en el baile de la señora de Morcerf; me pareció encantadora, aunque de un espíritu un poco melancólico. ¿Dónde está la madrastra? ¿Lo saben ustedes?

—Ha ido a pasar el día con la mujer de ese digno señor que nos recibe.

—¿Y quién es ese?

—¿Quién?

—El señor que nos recibe. ¿Un diputado?

—No —dijo Beauchamp—; yo estoy condenado a ver a nuestros honorables todos los días, y esta cara me es desconocida.

—¿Ha hablado en su periódico de esta muerte?

—El artículo no es mío, pero se ha escrito algo; me temo incluso que no sea muy agradable para el señor de Villefort. En él se dice, creo, que si cuatro muertes sucesivas hubieran tenido lugar en otra parte que no fuera en la casa del señor fiscal del rey, el señor fiscal del rey se hubiera alterado bastante.

—Por lo demás —dijo Château-Renaud—, el doctor d'Avrigny, que es el médico de mi madre, dice que está muy desesperado.

—¿Pero, a quién busca, Debray?

—Busco al conde de Montecristo —respondió el joven.

—Yo le he visto en el bulevar, viniendo hacia aquí. Creo que está a punto de hacer un viaje, iba a ver a su banquero —dijo Beauchamp.

—¿Su banquero? ¿Su banquero no es Danglars? —preguntó Château-Renaud a Debray.

—Creo que sí —respondió el secretario particular con un ligero rubor—; pero el señor conde de Montecristo no es el único que falta aquí. Tampoco veo a Morrel.

—¡Morrel! ¿Es que él les conocía? —preguntó Château-Renaud.

—Creo que había sido presentado a la señora de Villefort solamente.

—No importa, tenía que haber venido —dijo Debray—. ¿De qué hablaría si no, esta noche? Este entierro es la noticia del día, pero, silencio, aquí viene el señor ministro de Justicia y de Cultos; se va a ver obligado a hacer su pequeño *speech* al lacrimógeno primo.

Y los tres jóvenes se acercaron a la puerta para oír ese pequeño *speech* del señor ministro de Justicia y de Cultos.

Beauchamp tenía razón; según venía a la invitación mortuoria, había encontrado a Montecristo que, por su parte, se dirigía a la residencia de Danglars, en la calle de la Chaussée-d'Antin.

El banquero, desde la ventana, había visto el coche del conde entrando en el patio, y había venido a su encuentro con una cara afligida, pero afable.

—Y bien, conde —dijo dando la mano a Montecristo—, viene a expresarme sus condolencias. De verdad, la desgracia ha invadido mi casa; hasta tal punto que, cuando le he visto, me preguntaba a mí mismo si no deseé la desgracia de esos pobres Morcerf, lo que justifica el dicho: quien mal desea, mal tiene. Y bien, palabra, no, yo no deseaba ningún mal a Morcerf; era quizá un poco orgulloso para un hombre que había salido de la nada, como yo, que todo lo ha hecho por sí mismo, como yo; pero cada uno tiene sus defectos. ¡Ah! Cuidado con usted, conde, la gente de nuestra generación..., pero, perdón, usted no es de nuestra generación, usted es un joven... La gente de nuestra generación no ha sido dichosa este año: ejemplo, nuestro puritano fiscal, Villefort, que acaba de perder a su hija. Así, recapítule: Villefort, como decíamos, perdiendo a toda su familia de una forma extraña; Morcerf deshonrado y muerto; yo, cubierto de ridículo por la maldad de ese Benedetto, y después...

—¿Después, qué? —preguntó el conde.

—¡Ay! ¿No lo sabe?

—¿Qué nueva desgracia?

—Mi hija...

—¿La señorita Danglars?

—Eugénie nos deja.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Qué me está diciendo!

—La verdad, mi querido conde. ¡Dios mío! ¡Usted sí que es feliz, sin mujer ni hijos!

—¿Eso le parece?

—¡Ah! ¡Dios mío!

—Y dice que la señorita Eugénie...

—No pudo soportar la afrenta que nos ha hecho ese miserable, y me pidió permiso para viajar.

—¿Y se ha marchado?

—La otra noche.

—¿Con la señora Danglars?

—No, con una pariente..., pero no por eso dejamos de perderla, a esta querida Eugénie, pues me temo que con el carácter que sé que tiene, no creo que vuelva alguna vez a Francia.

—Qué quiere usted, mi querido barón —dijo Montecristo—, disgustos de familia, disgustos que serían aplastantes para un pobre diablo cuya única fortuna fuera su hijo, pero soportables para un millonario. Por mucho que digan los filósofos, los hombres prácticos les desmienten cada día al respecto: el dinero consuela de muchas cosas; y usted, usted debe consolarse más deprisa que cualquier otro, si admite la virtud de ese bálsamo soberano; usted, el rey de las finanzas, el punto de intersección de todos los poderes.

Danglars echó una mirada oblicua al conde, para ver si se burlaba o si hablaba totalmente en serio.

—Sí —dijo—, el hecho es que la fortuna consuela, y yo debo consolarme: soy rico.

—Tan rico, mi querido barón, que su fortuna se parece a las pirámides de Egipto; quien quisiera demolerlas, no se atrevería; y quien se atreviese, no podría.

Danglars sonrió por esa bonhomía tan digna de confianza del conde.

—Eso me recuerda —dijo— que cuando entró usted, estaba yo firmando unos pequeños bonos; ya había firmado dos; ¿me permite que firme los otros tres?

—Hágalo, mi querido barón, hágalo.

Hubo un instante de silencio, durante el cual se oía raspar la pluma del banquero, mientras que Montecristo contemplaba las molduras doradas del techo.

—¿Bonos de España —dijo Montecristo—, bonos de Haití, bonos de Nápoles?

—No —dijo Danglars, riendo con su engreída risa—, bonos al portador, bonos del Banco de Francia. Mire —añadió—, señor conde, usted que es el emperador de las finanzas, ya que yo soy el rey, ¿había visto muchos papeles de este tamaño, por valor de un millón cada uno?

Montecristo cogió en la mano, como para sopesarlos, los cinco papeles que le presentaba orgullosamente Danglars, y leyó:

Ruego al señor Regente del Banco que pague, por orden mía y de los fondos depositados por mí, la suma de un millón, de valor en cuenta.

BARÓN DANGLARS.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco —contó Montecristo—; ¡cinco millones! ¡Pestes! ¡Cómo va usted, señor Creso!

—Así es como yo hago los negocios —dijo Danglars.

—Es maravilloso sí, sobre todo, como no lo dudo, esta suma es pagadera al contado.

—Lo será —dijo Danglars.

—Es estupendo tener un crédito como este; de verdad que sólo en Francia se ven cosas así: cinco papeles que valen cinco millones; hay que verlo para creerlo.

—¿Usted lo duda?

—No.

—Es que lo dice en un tono... Mire, puede darse ese gusto: lleve a mi empleado al banco, y le verá salir con bonos del Tesoro por la misma cantidad.

—No —dijo Montecristo doblando los billetes—, a fe mía no, la cosa es demasiado curiosa, haré la experiencia yo mismo. Mi crédito en su casa era de seis millones; ya saqué novecientos mil francos, así que me quedan cinco millones cien mil, que me debe usted. Cojo sus cinco papeles que doy por buenos sólo con su firma, y ahí tiene un recibí global de seis millones que regulariza nuestra cuenta. Lo tenía preparado por adelantado, pues tengo que decirle que necesito una gran cantidad de dinero hoy.

Y, con una mano, Montecristo metió los cinco billetes en su bolsillo, mientras que con la otra entregaba el recibo al banquero.

Un rayo cayendo a los pies de Danglars no le hubiera aplastado con un terror mayor.

—¡Cómo! —balbuceó—. ¡Cómo! Señor conde, ¿se lleva ese dinero? Pero, perdón, perdón, es dinero que debo a los orfanatos, un depósito que había prometido pagar esta mañana.

—¡Ah! —dijo Montecristo—. Eso es diferente. No me importa que sean precisamente estos cinco billetes, págume en otros valores; era por curiosidad por lo que cogí estos, para poder decir en sociedad que, sin aviso alguno, sin pedirme cinco minutos de plazo, la casa Danglars me había pagado cinco millones contantes y sonantes. ¡Hubiera sido algo notable! Pero aquí tiene sus valores; se lo repito, deme otros.

Y tendió los cinco bonos a Danglars que, lívido, alargó primero la mano, como el buitre saca la garra a través de los barrotes de su jaula para retener la carne que le quitan.

De repente cambió de opinión, hizo un violento esfuerzo y se contuvo.

Después, se le vio sonreír, suavizar un poco los rasgos de su cara alterada.

—De hecho —dijo—, su recibí es dinero.

—¡Oh! ¡Dios mío, sí! Y si estuviera usted en Roma, con mi recibí, la casa Thomson y French no tendría mayor dificultad en pagarle que la que usted ha tenido ahora conmigo.

—Perdón, señor conde, perdón.

—¿Puedo entonces guardarme este dinero?

—Sí —dijo Danglars enjugándose el sudor que perlaba la raíz de sus cabellos—, guárdese, guárdese.

Montecristo volvió a poner los billetes en su bolsillo, con ese intraducible gesto de fisonomía que quiere decir:

—¡Hombre! Reflexione; si se arrepiente, todavía está a tiempo.

—No —dijo Danglars—, no; decididamente, quédese con mis firmas. Pero, ya sabe, no hay nada tan formalista como un hombre de dinero; yo destinaba ese dinero a los hospicios, y me hubiese parecido robarles si no les daba precisamente ese, como si un escudo no valiese lo mismo que otro escudo. ¡Discúlpeme!

Y se echó a reír ruidosamente, pero con una risa nerviosa.

—Le disculpo y me lo embolso —dijo gentilmente Montecristo.

Y colocó los bonos en su cartera.

—Pero —dijo Danglars—, ¿no tenemos una suma de cien mil francos?

—¡Oh! Una minucia —dijo Montecristo—. El agio debe llegar más o menos a esa cantidad; quédese y estaremos en paz.

—Conde —dijo Danglars—, ¿habla usted en serio?

—Nunca bromeo con los banqueros —replicó Montecristo con una seriedad que rayaba en la impertinencia.

Y se encaminó hacia la puerta, justo en el momento en el que el lacayo anunciaba:

—El señor de Boville, gerente general de los Hospitales.

—A fe mía —dijo Montecristo—, parece que he llegado a tiempo para gozar de sus firmas, veo que se las disputan.

Danglars palideció por segunda vez, y se apresuró a despedir al conde.

El conde de Montecristo intercambió un ceremonioso saludo con el señor de Boville, que estaba de pie, en el salón de espera, y que, una vez que hubo pasado Montecristo, fue inmediatamente introducido en el despacho del señor Danglars.

Se hubiera podido ver el rostro tan serio del conde, iluminarse con una efímera sonrisa al ver la cartera que llevaba en la mano el señor gerente de los hospicios.

En la puerta, le esperaba su coche, y se hizo conducir de inmediato al Banco de Francia.

Mientras tanto, Danglars, comprimiendo toda su emoción, venía al encuentro del gerente de los hospicios.

Ni qué decir tiene que la sonrisa y la gentileza quedaban estereotipadas en sus labios.

—Buenos días —dijo—, mi querido acreedor, pues apostaría a que es el acreedor quien viene a visitarme.

—Lo ha adivinado, señor barón —dijo el señor de Boville—, los hospicios se presentan ante usted, en mi persona; las viudas y los huérfanos vienen, por mis manos, a pedir una limosna de cinco millones.

—¡Y luego dicen que los huérfanos son dignos de compasión! —dijo Danglars, alargando la broma—. ¡Pobres huerfanitos!

—Pues, aquí estoy en su nombre —dijo el señor de Boville—. ¿Debió usted recibir mi carta, ayer?

—Sí.

—Aquí traigo el recibí.

—Mi querido señor de Boville —dijo Danglars—, sus viudas y sus huérfanos tendrán la bondad de esperar veinticuatro horas, si a usted le parece, dado que el señor de Montecristo, a quien acaba de ver salir de aquí... ¿le ha visto, no es eso?

—Sí; ¿y bien?

—¡Pues bien, el señor de Montecristo se llevaba sus cinco millones!

—¿Cómo es eso?

—El conde tenía un crédito ilimitado conmigo, crédito abierto por la casa Thomson y French, de Roma. Vino a pedirme una suma de cinco millones de un solo golpe; yo le he dado un bono del Banco de Francia donde tengo depositados mis fondos; y usted comprende, me temo que si retiro de las manos del señor gobernador del Banco diez millones en el mismo día, eso le va a parecer muy extraño.

»En dos días —añadió Danglars sonriendo— no digo que no.

—¡Vamos, vamos! —exclamó el señor de Boville, con el tono de la más completa incredulidad—. ¿Cinco millones a ese señor que salía ahora, y que me ha saludado como si yo le conociera?

—Quizá él sí le conozca, aunque usted no le conozca a él. El señor de Montecristo conoce a todo el mundo.

—¡Cinco millones!

—Aquí tengo su recibí. Haga como santo Tomás: mire y toque.

El señor de Boville cogió el papel que le presentaba Danglars y leyó:

Recibí del señor barón de Danglars la suma de cinco millones cien mil francos, que se reembolsará a su voluntad en la casa Thomson y French de Roma.

—¡A fe mía que es cierto! —dijo.

—¿Conoce usted la casa Thomson y French?

—Sí —dijo el señor de Boville—, tuve hace tiempo un negocio de doscientos mil francos con ellos; pero no he vuelto a oír hablar de ellos desde entonces.

—Es una de las mejores casas de Europa —dijo Danglars, apartando negligentemente sobre la mesa el recibo que acababa de coger de las

manos del señor de Boville.

—¿Y tenía con usted nada menos que cinco millones? ¡Ah, vaya! ¿Pues es que es un nabab, ese conde de Montecristo?

—¡A fe mía, que no sé lo que es! Pero tenía tres créditos ilimitados: uno mío, uno de Rothschild, uno de Laffitte —añadió negligentemente Danglars—, como usted ve, me ha dado preferencia dejándome cien mil francos por el agio.

El señor de Boville dio todas las señales de la mayor admiración.

—Tendré que ir a visitarle —dijo—, para obtener alguna fundación piadosa para nosotros.

—¡Oh! Es como si ya la tuviera; sus limosnas solas ascienden a más de veinte mil francos al mes.

—Es magnífico; además le citaríá como ejemplo el de la señora de Morcerf y su hijo.

—¿Qué ejemplo?

—Han entregado toda su fortuna a los Hospitales.

—¿Qué fortuna?

—Su fortuna, la del general de Morcerf, del difunto.

—¿Y a propósito de qué?

—Pues porque no querían unos bienes tan miserablemente adquiridos.

—¿De qué van a vivir, entonces?

—La madre se retira en provincias y el hijo se alista en el ejército.

—Vaya, vaya —dijo Danglars—, ¡así que con escrúpulos!

—He registrado el acta de donación ayer.

—¿Y cuánto poseían?

—¡Oh! Poca cosa: doce o trece mil francos. Pero, volvamos a nuestros millones.

—Con mucho gusto —dijo Danglars, con la mayor naturalidad del mundo—; ¿le corre mucha prisa recibir ese dinero?

—Pues sí; la verificación de las cuentas se hará mañana.

—¡Mañana! ¿Por qué no dijo eso antes? Mañana, mañana es un siglo, ¡mañana! ¿A qué hora se hará la verificación?

—A las dos de la tarde.

—Envíe a recogerlo a las doce —dijo Danglars con su particular sonrisa.

El señor de Boville no respondió gran cosa; asentía con la cabeza y movía su cartera.

—¡Eh! Pero ahora que lo pienso —dijo Danglars—, haga algo mejor.

—¿Qué quiere usted que haga?

—El recibí del señor de Montecristo vale dinero; pase ese recibí a la casa Rothschild o a la casa Laffitte; se lo cogerán al instante mismo.

—¿Aunque sea reembolsable en Roma?

—Claro que sí; le costaría solamente un descuento de cinco o seis mil francos.

El director dio un salto hacia atrás.

—¡A fe mía, no! Prefiero esperar a mañana. ¡Pero, qué es lo que se imagina!

—Creí por un instante, perdóneme —dijo Danglars con suprema impudicia—, creí que tenía que cubrir un pequeño déficit.

—¡Ah! —dijo el gerente.

—Escuche, eso se ha visto, y en ese caso se hace un sacrificio.

—¡A Dios gracias, no! —dijo el señor de Boville.

—Entonces hasta mañana; ¿no es así, mi querido gerente?

—Sí, hasta mañana; ¡pero sin falta!

—¡Ah, ya! ¡Pero está de broma! Envíeme a alguien a las doce, y el Banco estará avisado.

—Vendré yo mismo.

—Mejor aún, pues me procurará el placer de volverle a ver.

Y se estrecharon la mano.

—A propósito —dijo el señor de Boville—, ¿no va usted al entierro de la pobre señorita de Villefort, con el que me he cruzado en el bulevar?

—No —dijo el banquero—, me siento aún un poco ridículo tras ese asunto de Benedetto, procuro escabullirme.

—¡Bah! Se equivoca; ¿es que tiene usted algo de culpa en todo ese asunto?

—Escuche, mi querido gerente, cuando se lleva un nombre sin tacha, como el mío, uno es susceptible.

—Todo el mundo le compadece, esté seguro de ello y, sobre todo, todo el mundo compadece a la señorita, su hija.

—¡Pobre Eugénie! —dijo Danglars con un profundo suspiro—. ¿Sabe que entra en un convento, señor?

—No.

—¡Ay! Por desgracia es bien cierto. Al día siguiente de ese suceso, se decidió a marcharse con una religiosa amiga suya; va a buscar un convento muy severo en Italia o en España.

—¡Oh! ¡Es terrible!

Y el señor de Boville se retiró con esa exclamación, expresando al padre mil condolencias.

Pero, apenas estuvo fuera, Danglars, con una energía y un gesto que comprenderán solamente los que hayan visto al actor Frédérick representar *Robert Macaire*^[1], exclamó:

—¡Imbécil!

Y, apretando el recibí de Montecristo en una cartera pequeña:

—Ven mañana —añadió—, ya estaré lejos.

Después, se encerró con llave, vació todos los cajones de su caja fuerte, reunió unos cincuenta mil francos en billetes de banco, quemó diferentes papeles, puso otros en claro, y comenzó a escribir una carta que selló, y sobre la que puso la siguiente inscripción: *A la señora baronesa Danglars.*

—Esta noche —murmuró—, la colocaré yo mismo en su gabinete.

Después, sacando un pasaporte de un cajón.

—Bueno —se dijo—, todavía es válido para dos meses.

Capítulo CV

El cementerio de Père-Lachaise

El señor de Boville, en efecto, se había cruzado con la comitiva fúnebre que conducía a Valentine a su última morada.

El tiempo estaba sombrío y nuboso; un viento tibio aún, pero ya mortal para las hojas secas, las iba arrancando poco a poco de las ramas que se iban quedando despobladas y las hacía revolotear entre el inmenso gentío que llenaba los bulevares.

El señor de Villefort, parisino de pura cepa, veía el cementerio Père-Lachaise como el único digno de recibir el despojo mortal de una familia parisina; los otros le parecían cementerios campestres, hoteles llenos de muerte. En Père-Lachaise solamente un difunto de buena compañía podía alojarse allí como en su casa.

Había comprado, como hemos visto, la concesión a perpetuidad sobre la que se elevaba el panteón que se veía poblado tan prontamente por todos los miembros de su primera familia.

En el frontal del mausoleo se leía: FAMILIA SAINT-MÉRAN Y VILLEFORT; pues así había sido el último deseo de la pobre Renée, madre de Valentine.

Así que era hacia Père-Lachaise hacia donde se encaminaba el pomposo cortejo que había partido del Faubourg Saint-Honoré. Cruzó todo París, pasó por el Faubourg du Temple, después, por los bulevares exteriores hasta el cementerio. Más de cincuenta coches privados seguían a los veinte coches del duelo, y detrás de esos cincuenta coches, más de quinientas personas seguían el cortejo a pie.

Eran casi todos jóvenes, a quienes la muerte de Valentine les había fulminado como un rayo, y que, a pesar del vapor glacial del siglo y el prosaísmo de la época, sentían la influencia poética de esa bella, de esa casta, de esa adorable joven, muerta en la flor de la vida.

A la salida de París, se vio llegar un rápido carruaje tirado por cuatro caballos que se pararon de repente, tensando sus nervudas patas como resortes de acero: era el señor de Montecristo.

El conde se apeó de la calesa y fue a mezclarse entre la gente que seguía a pie la carroza fúnebre.

Château-Renaud le vio; se apeó enseguida de su cupé y vino a reunirse con él. Beauchamp dejó asimismo el cabriolé de alquiler en el que se encontraba.

El conde escudriñaba por todos los intersticios que le dejaba el gentío; buscaba visiblemente a alguien. Finalmente, no pudo más.

—¿Dónde está Morrel? —preguntó—. ¿Alguno de ustedes, señores, sabe dónde está Morrel?

—Ya nos hemos hecho esa pregunta en la casa mortuoria —dijo Château-Renaud—, pues nadie de nosotros le ha visto.

El conde guardó silencio, pero continuó mirando por todos lados.

Finalmente llegaron al cementerio.

La mirada aguda de Montecristo sondeó de una ojeada los bosquecillos de tejos y de pinos, y pronto se tranquilizó: una sombra se había deslizado entre los negros arbustos, y Montecristo acababa, sin duda, de reconocer lo que buscaba.

Sabemos lo que es un entierro en esta magnífica necrópolis: grupos negros diseminados a lo largo de las blancas avenidas, el silencio del cielo y de la tierra, roto por el estallido de algunas ramas que se rompen, de algún seto hundido alrededor de una tumba; además, el cántico

melancólico de los sacerdotes en el que se mezcla, aquí y allá, un sollozo que se escapa de un manojo de flores, junto al que se ve a alguna mujer, destrozada y con las manos juntas.

La sombra que había observado Montecristo atravesó rápidamente los árboles plantados al tresbolillo detrás de la tumba de Eloísa y Abelardo, vino a colocarse con los mozos encargados de la carroza funeraria a la cabeza de los caballos que tiraban de esta, y con el mismo paso llegó al lugar de la sepultura.

Cada uno prestaba atención a una cosa.

Montecristo sólo miraba esa sombra apenas observada por los que estaban cerca.

Dos veces el conde salió de la fila para ver si las manos de ese hombre buscaban algún arma oculta entre sus ropas.

Esa sombra, cuando el cortejo se detuvo, resultó ser Morrel, que, con su levita negra abotonada hasta arriba, la frente lívida, las mejillas hundidas, el sombrero arrugado entre sus manos convulsas, se había adosado a un árbol situado sobre un montículo que dominaba el mausoleo, para no perder ni un detalle de la ceremonia fúnebre que tendría lugar.

Todo transcurrió con normalidad. Algunos hombres, y como siempre eran los menos afectados, algunos hombres pronunciaron sus discursos. Unos lamentaban esa muerte prematura; otros se extendían sobre el dolor de un padre; hubo algunos lo bastante ingeniosos como para encontrar que esa joven había abogado más de una vez ante el señor de Villefort por los culpables, sobre los que el fiscal mantenía suspendida la espada de la justicia. En fin, hubo quien agotó las metáforas floridas y los discursos dolorosos, comentando, de todas las maneras posibles, las estrofas poéticas desde Malherbe a Dupérier.

Montecristo no escuchaba nada, no veía nada o, más bien, no veía más que a Morrel, cuya calma e inmovilidad formaban un espectáculo lleno de espanto para quien podía leer lo que pasaba en el fondo del corazón del joven oficial.

—Vaya —dijo de repente Beauchamp a Debray—, ¡ahí está Morrel!
¿Pero, dónde demonios se ha metido?

Y se lo señalaron a Château-Renaud.

—¡Qué pálido está! —dijo este sobresaltándose.

—Tiene frío —replicó Debray.

—No, no —dijo lentamente Château-Renaud—, yo creo que está impresionado. Es un hombre muy impresionable, Maximilien.

—¡Bah! —dijo Debray—. Si apenas conocía a la señorita de Villefort. Usted mismo lo dijo.

—Es cierto. Sin embargo, recuerdo que en ese baile en casa de la señora de Morcerf bailó tres veces con ella; ya sabe, conde, ese baile en el que usted causó tanta impresión.

—No, no lo sé —respondió Montecristo, sin saber a qué o a quién respondía, ocupado como estaba en vigilar a Morrel, cuyas mejillas se iban llenando de color, como sucede si uno comprime o retiene durante mucho tiempo la respiración.

—Se han acabado los discursos; adiós, señores —dijo bruscamente el conde.

Y no dio más señales, sino desaparecer, sin que se dieran cuenta de por dónde se había marchado.

La ceremonia mortuoria había terminado, los asistentes retomaron el camino de vuelta hacia París.

Sólo Château-Renaud buscó un instante con la mirada a Morrel; pero mientras miró un momento al conde que se alejaba, Morrel ya no estaba, y Château-Renaud, tras buscarle en vano, siguió a Debray y a Beauchamp.

Montecristo se había tirado por un talud y, oculto tras una ancha tumba, espiaba hasta el menor movimiento de Morrel, que poco a poco se había ido acercando al mausoleo abandonado por los curiosos, y después por los obreros.

Morrel miró por todo alrededor lenta y vagamente, pero en el momento en el que su mirada abarcaba la porción de círculo opuesta a la suya, Montecristo se acercó una docena de pasos más, sin que Morrel le viera.

El joven se arrodilló.

El conde, al acecho, con el cuello tenso y los ojos fijos y dilatados, las rodillas plegadas como para lanzarse a correr al primer síntoma, continuaba acercándose a Morrel.

Morrel inclinó la frente hasta tocar la piedra, abarcó la verja con las dos manos y murmuró:

—¡Oh, Valentine!

Al conde se le rompió el corazón por la explosión de esas dos palabras; dio un paso más, y tocó el hombro de Morrel:

—¡Es usted, querido amigo! —dijo—. Le estaba buscando.

Montecristo se esperaba un estallido, reproches, recriminaciones; pero se equivocaba.

Morrel, por su parte, se dio la vuelta, y con la apariencia de la calma más absoluta:

—¡Ya ve —dijo—, estoy rezando!

Y la mirada escrutadora del conde recorrió de pies a cabeza al joven.

Tras ese examen pareció más tranquilo.

—¿Quiere que le lleve a París? —dijo.

—No, gracias.

—En fin, ¿necesita algo?

—Déjeme rezar.

El conde se alejó sin hacer ni una sola objeción, pero se fue para ocupar otro puesto de observación desde donde no se perdía ni un solo gesto de Morrel, que al fin se incorporó, se limpió las rodillas del polvo de la piedra blanca, y retomó el camino a París, sin volver ni una sola vez la cabeza hacia atrás.

Bajó lentamente por la calle de la Roquette.

El conde, despidiendo a su coche, que había estacionado en Père-Lachaise, le siguió a unos cien pasos. Maximilien atravesó el puente del canal, y regresó a la calle Meslay por los bulevares.

Cinco minutos después de que Morrel cerrase la puerta de su casa, volvieron a abrirla para Montecristo.

Julie estaba en la entrada del jardín, donde observaba, con la más profunda atención, a maese Penelon, que tomándose en serio su nuevo oficio de jardinero, plantaba esquejes de un rosal de Bengala.

—¡Ah! ¡Señor conde de Montecristo! —exclamó Julie con esa alegría que normalmente manifestaba cada miembro de esa familia cuando Montecristo les visitaba en la calle Meslay.

—Maximilien acaba de llegar, ¿no es así, señora? —preguntó el conde.

—Creo que le he visto pasar, sí —replicó la mujer—; pero, se lo ruego, llame a Emmanuel.

—Perdón, señora; pero es preciso que suba ahora mismo a ver a Maximilien —replicó Montecristo—, tengo que decirle algo de suma importancia.

—Pues suba, entonces —dijo, acompañándole con su encantadora sonrisa hasta que terminó de subir la escalera.

Montecristo subió rápidamente los dos pisos que separaban la planta baja del apartamento de Maximilien; una vez en el rellano, escuchó: ni un solo ruido en el interior.

Como la mayor parte de las antiguas casas que tienen un solo dueño, el descansillo de la escalera sólo estaba separado por una puerta acristalada.

Solamente que esta puerta no tenía la llave por fuera. Maximilien se había encerrado por dentro, pero era imposible ver a través de la puerta acristalada, pues una cortina de seda roja cubría los cristales desde el interior.

La ansiedad del conde se traducía en un vivo rubor, síntoma de emoción poco normal en este hombre impassible.

—¿Qué hago? —murmuró.

Y reflexionó un instante.

—¿Llamar al timbre? —continuó—. ¡Oh! ¡No!, a veces el sonido inesperado del timbre, es decir, el anuncio de una visita, acelera la resolución de quienes se encuentran en la situación en la que Maximilien debe estar en este momento, y entonces, al ruido de la campanilla, se responde con otro ruido.

Montecristo temblaba de pies a cabeza, y como en él la decisión tenía la rapidez de un relámpago, dio un golpe con el codo en uno de los cristales de la puerta acristalada, que voló rompiéndose; después, levantó la cortina roja y vio a Morrel que, delante de su escritorio, con una pluma en la mano, acababa de dar un salto en la silla, del estruendo que se formó al romperse los cristales.

—No es nada —dijo el conde—, mil perdones, mi querido amigo. He resbalado, y al resbalar di con el codo en el cristal; puesto que está roto,

voy a aprovechar para entrar a verle; no se moleste, no se moleste.

Y pasando el brazo por el cristal roto, el conde abrió la puerta.

Morrel se levantó, evidentemente contrariado, y vino al encuentro de Montecristo, no tanto para recibirle como para cortarle el paso.

—A fe mía que es culpa de sus sirvientes —dijo Montecristo frotándose el codo—, estos suelos están más brillantes que los espejos.

—¿Se ha hecho alguna herida, señor? —preguntó fríamente Morrel.

—No creo. ¿Pero, qué está haciendo aquí? ¿Estaba escribiendo?

—¿Yo?

—Tiene los dedos manchados de tinta.

—Es cierto —respondió Morrel—, estaba escribiendo; eso me ocurre a veces, por muy militar que sea.

Montecristo dio algunos pasos hacia adelante. Maximilien tuvo que dejarle pasar; pero le seguía.

—¿Estaba escribiendo? —repitió Montecristo con una mirada constante.

—Ya he tenido el honor de decirle que sí —dijo Morrel.

El conde siguió observando curiosamente por todo alrededor.

—¿Tiene las pistolas al lado del escritorio! —dijo, señalando con el dedo las armas que tenía sobre la mesa.

—Salgo de viaje —respondió Maximilien.

—¿Amigo mío! —dijo Montecristo con una dulzura infinita.

—¿Señor!

—Amigo mío, mi querido Maximilien, ¡nada de resoluciones extremas, se lo suplico!

—¿Yo? ¿Resoluciones extremas? —dijo Morrel encogiéndose de hombros—. ¿Y desde cuándo, si puede saberse, salir de viaje es una resolución extrema?

—Maximilien —dijo Montecristo—, dejemos ambos las máscaras que llevamos.

»Maximilien, usted no me engaña con esa calma ficticia, como yo no le engaño con mis frívolas atenciones.

»¿Usted lo comprende, no? Que para hacer lo que he hecho, para echar abajo los cristales, violando la intimidad de la morada de un amigo, usted

comprende, digo, que para hacer todo eso, era obligado que tuviese una inquietud real, o más bien una convicción terrible.

»¡Morrel, usted pretende quitarse la vida!

—¡Bueno! —dijo Morrel temblando—. ¿De dónde saca usted esas ideas, señor conde?

—¡Digo que lo que pretende es quitarse la vida! —continuó con el mismo tono de voz el conde—, y aquí tengo la prueba.

Y, acercándose al escritorio, levantó la hoja en blanco que el joven había tirado encima de lo escrito, y cogió la carta que Morrel había iniciado.

Morrel se lanzó sobre él para arrebatársela.

Pero Montecristo preveía ese movimiento y lo evitó cogiendo a Maximilien por la muñeca y deteniéndolo como la cadena de acero detiene al muelle en medio de su evolución.

—¡Ve cómo quiere quitarse la vida, Morrel! —dijo el conde—. ¡Está escrito!

—¡Y bien! —exclamó Morrel, pasando sin transición de la apariencia de calma a la expresión de la violencia—. Y bien, aún cuando fuera así, aún cuando decidiera dirigir hacia mí el cañón de esa pistola, ¿quién me lo impediría?

»¿Quién tendría el valor de impedírmelo?

»Cuando diga:

»Todas mis esperanzas se han quebrado, mi corazón se ha roto, mi vida está apagada, ya no hay más que el duelo y la repulsión a mi alrededor; la tierra se ha convertido en ceniza; toda voz humana me desgarrar.

»Cuando diga:

»Hay piedad en dejarme morir, pues si no me dejan morir, perderé la razón, me volveré loco.

»Veamos, dígame, señor, cuando yo diga esto, cuando se vea que lo digo con la angustia y el llanto de mi corazón, ¿es que van a responderme: “no, usted se equivoca”?

»¿Me impedirán que deje de ser el más desgraciado de los hombres?

»Diga, señor, diga ¿es que usted tendría el valor de impedírmelo?

—Sí, Morrel —dijo Montecristo, en un tono cuya calma contrastaba extrañamente con la exaltación del joven—; sí, seré yo quien se lo impida.

—¡Usted! —exclamó Morrel con una creciente expresión de cólera y de reproche—. ¡Usted, que me ha embaucado con una esperanza absurda, usted, que me ha retenido, acunado, adormecido con vanas promesas, cuando hubiese podido, con una aclaración, con una resolución extrema, hubiese podido salvarla, o al menos verla morir en mis brazos; usted, que posee todos los recursos de la inteligencia, todo el poder material; usted, que desempeña, o que parece desempeñar el papel de la Providencia, y que ni siquiera ejerció el poder de administrar un contraveneno a una muchacha envenenada! ¡Ah! ¡De verdad, señor, me daría usted lástima si no me causase ya horror!

—Morrel...

—Sí, usted me dijo que me quitara la máscara; y bien, ¿satisfecho?, pues me la quito.

»¡Sí, cuando me siguió al cementerio, yo le respondí, pues mi corazón es bueno! Cuando le he visto entrar, le he dejado llegar hasta aquí... pero puesto que abusa, puesto que viene a desafiarme en mi propia casa, en mi habitación, donde me había retirado como en mi tumba; puesto que me aporta una nueva tortura, a mí, que creía haberlas agotado todas, ¡conde de Montecristo, mi pretendido benefactor, conde de Montecristo, el salvador universal, puede darse por satisfecho, pues va a ver morir a un amigo...!

Y Morrel, con la risa de la locura en sus labios, se lanzó por segunda vez sobre las pistolas.

Montecristo, pálido como un espectro, pero con la mirada cegadora del relámpago, alargó la mano sobre las armas y dijo al insensato muchacho:

—¡Y yo le repito que no se quitará la vida!

—¡Impídamelo si puede! —replicó Morrel con un último impulso que, como el primero, vino a romperse contra el brazo de acero del conde.

—¡Yo se lo impediré!

—¡Pero quién se cree que es usted para arrogarse ese tiránico derecho sobre las criaturas libres y pensantes! —exclamó Maximilien.

—¿Que quién soy? —repitió Montecristo.

»Escuche:

»Yo soy el único hombre en el mundo que tiene derecho a decirle: ¡Maximilien, no quiero que el hijo de tu padre muera hoy!

Y Montecristo, majestuoso, transfigurado, sublime, avanzó con los brazos cruzados hacia el vehemente joven que, vencido a su pesar por la casi divinidad de este hombre, dio un paso hacia atrás.

—¿Por qué me habla de mi padre? —balbuceó—. ¿Por qué mezclar el recuerdo de mi padre con lo que me ocurre hoy?

—Porque soy quien salvó ya una vez la vida de tu padre, un día que quería matarse como tú quieres matarte hoy; porque soy el hombre que envió la bolsa a tu hermana y el *Pharaon* al viejo Morrel; ¡porque soy Edmond Dantès, que te hacía jugar, cuando eras niño, sobre sus rodillas!

Morrel dio de nuevo un paso atrás, tambaleante, sofocado, jadeante, aplastado; después, las fuerzas le abandonaron, y con un grito enorme cayó prosternado a los pies de Montecristo.

Después, de repente, en esa admirable naturaleza se produjo un movimiento de regeneración repentina y completa. Se puso en pie, saltó fuera de la estancia y se precipitó por la escalera gritando con toda la potencia de su voz:

—¡Julie! ¡Julie! ¡Emmanuel! ¡Emmanuel!

Montecristo intentó ir tras él, pero Maximilien se hubiera dejado matar antes de dejar la puerta que volvió a cerrar, sin dejar salir al conde.

Al oír los gritos de Maximilien, Julie, Emmanuel, Penelon y algunos criados acudieron espantados.

Morrel les cogió las manos y, volviendo a abrir la puerta:

—¡De rodillas! —exclamó con voz cortada por los sollozos—. ¡De rodillas! ¡Es nuestro bienhechor, es el salvador de nuestro padre! ¡Es...!

E iba a decir:

«¡Es Edmond Dantès!»

El conde le detuvo cogiéndole por el brazo.

Julie se precipitó para coger la mano del conde; Emmanuel le abrazó como a un Dios tutelar; Morrel cayó por segunda vez de rodillas y tocó el suelo con su frente.

Entonces, el hombre de bronce sintió que su corazón se dilataba en su pecho, una ardiente llama le brotaba desde la garganta hasta los ojos,

inclinó la cabeza y lloró.

¡Y en esta estancia, durante algunos instantes, hubo un concierto de lágrimas y de sollozos sublimes que debió parecer armonioso a los mismos ángeles, los más amados del Señor!

Julie, en cuanto se repuso de la profunda emoción que acababa de sentir, salió veloz de la sala, bajó al primer piso, corrió al salón con una alegría infantil, y levantó el globo de cristal que protegía la bolsa que le entregó el desconocido de las Allées de Meilhan.

Mientras tanto, Emmanuel, con voz entrecortada, decía al conde:

—¡Oh! Señor conde, ¿cómo es posible que al oírnos hablar tan a menudo de nuestro benefactor desconocido, cómo al vernos rodear un recuerdo de tanto agradecimiento y adoración, cómo ha esperado hasta hoy para darse a conocer? ¡Oh! Es una crueldad hacia nosotros, y me atreveré casi a decir, señor conde, hacia usted mismo.

—Escuche, amigo mío —dijo el conde—, y puedo llamarle así, pues, sin que usted lo sospechara, es mi amigo desde hace once años; el descubrimiento de este secreto ha sido la consecuencia de un gran suceso que usted debe ignorar por ahora.

»Dios me es testigo de que yo deseaba ocultarlo durante toda mi vida en el fondo de mi alma; su hermano Maximilien me lo ha arrancado con una violencia de la que estoy seguro que ahora se arrepiente.

Después, al ver que Maximilien se había apartado sobre un sillón, aún permaneciendo de rodillas:

—Vigílele —añadió en voz baja Montecristo, estrechando de una manera significativa la mano de Emmanuel.

—¿Y eso por qué? —preguntó el joven asombrado.

—No puedo decírselo; pero vigílele.

Emmanuel abarcó con una mirada circular toda la sala y vio las pistolas de Morrel.

Sus ojos se quedaron espantados y fijos en las armas, que señaló a Montecristo levantando lentamente un dedo a la altura de las pistolas.

Montecristo inclinó la cabeza.

Emmanuel señaló con un gesto las pistolas.

—Deje —dijo el conde.

Después, yendo hacia Morrel, le cogió la mano; los tumultuosos movimientos que habían sacudido anteriormente el corazón del joven habían dado paso a un profundo estupor.

Julie volvió a subir, llevaba en la mano la bolsa de seda, y dos lágrimas brillantes y dichosas rodaban por sus mejillas como dos gotas del matinal rocío.

—Aquí tiene la reliquia —dijo—; no crea que me es menos querida ahora que se nos ha revelado el salvador.

—Hija mía —respondió Montecristo sonrojándose—, permítame que coja esta bolsa; desde que conoce los rasgos de mi rostro, sólo quiero ser recordado por el afecto que le ruego me conceda.

—¡Oh! —dijo Julie apretando la bolsa contra su corazón—. No, no, se lo suplico, pues un día usted podría dejarnos; puesto que un día desgraciadamente nos dejará, ¿no es así?

—Lo ha adivinado, señora —respondió Montecristo sonriendo—; dentro de ocho días habré salido de este país, donde tantas criaturas que habían merecido la venganza del Cielo vivían felices mientras que mi padre expiraba de hambre y de dolor.

Al anunciar su próxima marcha, Montecristo tenía los ojos fijos en Morrel y observó que esas palabras «habré salido de este país» no habían sacado a Morrel de su letargo; comprendió que era la última lucha que tenía que mantener con el dolor de su amigo y, cogiendo las manos de Julie y de Emmanuel, estrechándolas entre las suyas, les dijo con la dulce autoridad de un padre:

—Mis buenos amigos, déjenme a solas, se lo ruego, con Maximilien.

Para Julie, era la ocasión para llevarse consigo esa preciosa reliquia de la que olvidaba hablar de nuevo Montecristo.

Se llevó de prisa a su marido.

—Dejémosles —dijo.

El conde se quedó con Morrel, que permanecía inmóvil como una estatua.

—Vamos —dijo el conde tocándole el hombro con su dedo de fuego—; ¿vuelves al fin a ser un hombre, Maximilien?

—Sí, pues sufro de nuevo.

La frente del conde se plegó, tal vez entregada a una sombría duda.

—¡Maximilien! ¡Maximilien! —dijo—. Esas ideas en las que te hundes no son propias de un cristiano.

—¡Oh! Tranquilícese, amigo —dijo Morrel levantando la cabeza y mostrando al conde una sonrisa llena de una inefable tristeza—, ya no seré yo quien busque la muerte.

—Así —dijo Montecristo—, no más armas, no más desesperación.

—No, pues tengo algo mejor para curarme de mi dolor, algo mejor que el cañón de una pistola o la punta de un cuchillo.

—¡Pobre loco...! ¿Qué será, entonces?

—Tengo mi dolor, el mismo dolor me matará.

—Amigo —dijo Montecristo con una melancolía igual a la suya—, escúchame:

»Un día, en un momento de desesperación igual al tuyo, puesto que conducía a una resolución semejante, también quise morir como tú; un día tu padre, igualmente desesperado, quiso matarse también.

»Si le hubieran dicho a tu padre, en el momento en el que dirigía el cañón de la pistola hacia su frente; si me hubieran dicho a mí, en el momento en el que, desde mi camastro de preso, apartaba el pan que no tocaba desde hacía tres días, si nos hubieran dicho, en fin, a los dos, en ese momento supremo:

»“¡Vivid! Llegará un día en el que seréis felices y en el que bendeciréis la vida.” Viniera de donde viniera esa voz, la hubiésemos acogido con la sonrisa de la duda o con la angustia de la incredulidad, y sin embargo, cuántas veces, al abrazarte, tu padre bendijo la vida, cuántas veces yo mismo...

—¡Ah! —exclamó Morrel, interrumpiendo al conde—. Usted sólo había perdido la libertad; mi padre sólo había perdido su fortuna; pero yo, yo he perdido a Valentine.

—Mírame, Morrel —dijo Montecristo con esa solemnidad que en ciertas ocasiones le hacía tan grande y tan persuasivo—; mírame, no tengo ni lágrimas en los ojos, ni fiebre en las venas, ni latidos fúnebres en mi corazón, sin embargo te veo sufrir, Maximilien, te veo sufrir a ti, a quien quiero como a un hijo; pues bien, ¿eso no te indica, Morrel, que el dolor es

como la vida, y que siempre hay algo desconocido más allá? Ahora bien, si te ruego, si te ordeno que vivas, Morrel, es en la convicción de que un día me agradecerás el haberte conservado la vida.

—¡Dios mío! —exclamó el joven—. ¡Dios mío! ¿Qué me está diciendo, conde? ¡Cuidado! ¿Quizá usted no ha amado nunca, usted, de...?

—¡Criatura! —respondió el conde.

—De amor —repuso Morrel—, entiendo.

»Yo, ya ve, soy un soldado desde que soy un hombre; llegué a los veintinueve años sin amar, pues ninguno de los sentimientos que tuve hasta entonces merece el nombre de amor. Pues bien, a los veintinueve años conocí a Valentine; desde hace casi dos años que la amo, desde hace casi dos años he podido leer las virtudes de la joven y de la mujer, escritas por la mano del Señor mismo, en ese corazón abierto para mí como un libro.

»Conde, con Valentine yo tenía una dicha infinita, inmensa, desconocida, una dicha demasiado grande, demasiado completa, demasiado divina para ser de este mundo; y puesto que hasta entonces el mundo no me dio esa felicidad, sin Valentine, no hay para mí sobre la tierra más que la desesperación y la desolación.

—Le he dicho que espere y confíe, Morrel —repitió el conde.

—¡Entonces, cuidado! Repito yo también —dijo Morrel—; pues usted quiere persuadirme, y si me persuade, me hará perder la razón, pues me hará creer que puedo volver a ver a Valentine.

El conde sonrió.

—¡Amigo mío, padre mío! —exclamó Morrel exaltado—. ¡Cuidado!, le digo por tercera vez, ¡cuidado!, pues la influencia que ejerce sobre mí me espanta; cuide bien del sentido de sus palabras, pues ya ve que mis ojos vuelven a la vida, que mi corazón se enciende de nuevo y renace; cuidado, pues va a hacerme creer en lo sobrenatural.

»Obedecería si me ordenase levantar la piedra del sepulcro que cubre el cuerpo de la hija de Jairo, caminaría sobre las aguas, como el apóstol, si me indicase con la mano que caminase sobre las aguas; cuidado, pues obedecería.

—Confía, amigo mío —repitió el conde.

—¡Ah! —dijo Morrel, volviendo a caer desde la altura de la exaltación al abismo de la tristeza—, ¡ah! Usted juega conmigo; usted hace como esas buenas madres, o más bien como esas madres egoístas, que calman con palabras melosas el dolor del hijo, porque sus gritos las fatigan.

»No, amigo mío, me equivoco al decir que tenga cuidado; no, no tema nada, enterraré mi dolor con tanto cuidado en lo más profundo de mi pecho, y haré que ese dolor se vuelva tan oscuro, tan secreto, que ni siquiera tendrá que preocuparse de compadecerme.

»¡Adiós, amigo mío! ¡Adiós!

—Al contrario —dijo el conde—; a partir de este momento, Maximilien, vivirás cerca de mí y conmigo, no me dejarás ni un momento, y dentro de ocho días habremos dejado detrás de nosotros Francia.

—¿Y sigue diciéndome que espere?

—Te digo que esperes, porque tengo el modo de curarte.

—Conde, usted me entristece aún más, si es posible. Usted no ve, en este dolor, más que un dolor banal, y cree que podrá consolarme con un medio banal, el viaje.

Y Morrel movió la cabeza con una desdeñosa incredulidad.

—¿Qué quieres que te diga? —repuso Montecristo—. Tengo fe en mis promesas, déjame hacer la experiencia.

—Conde, así prolonga mi agonía, eso es todo.

—Así —dijo el conde—, ¡débil corazón, no tienes la fuerza de dar a tu amigo algunos días de prueba para intentarlo!

»Veamos, ¿sabes tú de lo que es capaz el conde de Montecristo?

»¿Sabes que tiene el poder sobre muchas fuerzas terrenales?

»¿Sabes que tiene la suficiente fe en Dios como para obtener lo que desea de quien dijo que la fe del hombre puede mover montañas?

»Pues bien, ese milagro en el que confío, espéralo, o bien...

—O bien... —repitió Morrel.

—O bien, cuidado, Morrel, te llamaré ingrato.

—Tenga compasión de mí, conde.

—Tengo tanta compasión de ti, Maximilien, escúchame, tanta compasión, que si no te curo en un mes, día a día, hora a hora, retén bien mis palabras, Morrel, yo mismo te colocaré frente a esas pistolas

completamente cargadas, y frente a una copa del más seguro veneno de Italia, de un veneno más seguro y más rápido, créeme, que el que ha matado a Valentine.

—¿Me lo promete?

—Sí, pues soy humano, pues, yo también, como te he dicho, yo también quise morir, e incluso a menudo, desde que la desgracia se alejó de mí, a menudo sueño con las delicias del sueño eterno.

—¡Oh! ¿Seguro, conde, seguro que me lo promete? —exclamó Maximilien exaltado.

—No te lo prometo, te lo juro —dijo Montecristo extendiendo la mano.

—¿Si dentro de un mes, por su honor, no me he consolado, me dejará que disponga de mi vida y, haga lo que haga, no me llamará ingrato?

—Dentro de un mes, contado día a día, Maximilien; dentro de un mes, hora por hora, y la fecha es sagrada, Maximilien; no sé si has caído en ello, pero hoy estamos a 5 de septiembre.

»Hoy hace diez años salvé a tu padre, que deseaba morir.

Morrel cogió las manos del conde y las besó; el conde le dejó hacer, como si comprendiera que esa adoración le era debida.

—Dentro de un mes —continuó Montecristo—, tendrás, sobre la mesa a la que estamos sentados uno frente a otro, tendrás buenas armas y una dulce muerte; pero, en compensación, ¿me prometes esperar hasta entonces, y vivir?

—¡Oh! —exclamo Morrel—. ¡Yo también se lo juro!

Montecristo atrajo al joven junto a su corazón para abrazarle, y lo retuvo allí un buen rato.

—Y ahora —le dijo—, a partir de hoy, vas a venir a vivir conmigo a mi casa; te instalarás en el apartamento de Haydée, y así, al menos, mi hija se verá reemplazada por un hijo.

—¡Haydée! —dijo Morrel—. ¿Qué ha sido de Haydée?

—Se ha marchado esta noche.

—¿Para abandonarle?

—No, para esperarme... prepárate, pues, para venir a reunirme conmigo a los Champs-Élysées, y arréglatelas ahora para que yo salga sin que me

vean.

Maximilien bajó la cabeza, y obedeció como un niño o como un apóstol.

Capítulo CVI

Reparto de bienes

En ese hotelito de la calle de Saint-Germain-des-Prés que Albert de Morcerf había escogido para él y para su madre, el primer piso, compuesto por un pequeño apartamento completo, estaba alquilado a un personaje muy misterioso.

Este personaje era un hombre cuyo rostro no había sido nunca visto por nadie, ni al salir ni al entrar, pues en invierno se embutía el mentón en una de esas corbatas rojas como las que usan los cocheros de buena casa que esperan a sus amos a la salida de los espectáculos, y en verano se sonaba la nariz con un pañuelo precisamente en el momento en el que pasaba delante de la garita de la portería. Hay que decir que, contrariamente a las costumbres al uso, este habitante del hotel no era espiado por nadie, y que el rumor que corría sobre su incógnito ocultaba a un individuo bien situado, y con *el dedo muy largo*, como para que se respetasen sus misteriosas apariciones.

Sus visitas eran ordinariamente a horas fijas, aunque a veces se adelantasen o se atrasasen, pero casi siempre, en invierno y en verano, solían ser hacia las cuatro de la tarde cuando llegaba al apartamento, en el que nunca pasaba la noche.

A las tres y media, en invierno, la discreta sirvienta que se ocupaba de la intendencia del pequeño apartamento encendía el fuego; a las tres y media, en verano, la misma sirvienta subía hielo y helados.

A las cuatro, como hemos dicho, el personaje misterioso llegaba.

Veinte minutos después, un coche se paraba delante del hotel; una mujer vestida de negro o de azul oscuro, pero siempre envuelta en un gran velo, se apeaba del carruaje, pasaba como una sombra delante de la portería, subía la escalera sin que se oyese crujir ni un solo peldaño bajo su pie ligero.

Nunca había ocurrido que alguien le preguntara adónde iba.

Su rostro, como el del hombre, era pues, perfectamente desconocido para los guardianes de la puerta, esos porteros modelo, los únicos, quizá, en la inmensa cofradía de porteros de la capital, capaces de una discreción así.

Ni qué decir tiene que la dama no subía más allá del primer piso. Llamaba a la puerta de una manera determinada; la puerta se abría, después se cerraba herméticamente, y eso era todo.

Para dejar el apartamento, llevaban a cabo la misma maniobra que para subir.

Primero salía la desconocida, siempre envuelta en su velo, y subía a su coche, que desaparecía a veces por un extremo de la calle, y a veces por el otro; después, veinte minutos más tarde, el desconocido salía a su vez, embutido en su corbata u oculto tras su pañuelo, y desaparecía igualmente.

Al día siguiente del día en el que el conde de Montecristo llevó a cabo su visita a Danglars, el día del entierro de Valentine, el habitante misterioso llegó sobre las diez de la mañana, en lugar de llegar, como de costumbre, hacia las cuatro de la tarde.

Casi enseguida, sin respetar el intervalo ordinario, un coche de alquiler se detuvo ante la puerta, y la mujer del velo subió rápidamente las escaleras.

La puerta se abrió y se volvió a cerrar.

Pero, antes de que la puerta se cerrara, la dama exclamó:

—¡Oh, Lucien! ¡Oh, amigo mío!

De manera que el portero, que sin querer había oído la exclamación, supo entonces por primera vez que su inquilino se llamaba Lucien; pero, como era un portero modelo, se prometió no decírselo ni siquiera a su mujer.

—Y bien, ¿qué ocurre querida amiga? —preguntó este, cuyo nombre había sido revelado por la turbación o el apresuramiento de la dama del velo—. Hable, dígame.

—Amigo mío, ¿puedo contar con usted?

—Ciertamente. Y usted lo sabe bien.

»Pero, ¿qué ocurre?

»Su nota de esta mañana me dejó en una terrible perplejidad.

»Esa precipitación, ese desorden en la escritura; veamos, ¡tranquilíceme o asústeme del todo!

—Lucien, ¡ha ocurrido algo! —dijo la dama fijando una mirada interrogativa en Lucien—. El señor Danglars se ha marchado esta noche.

—¡Que se ha marchado!, ¡Danglars se ha marchado!

»¿Y adónde ha ido?

—Lo ignoro.

—¡Cómo! ¿Que lo ignora? ¿Entonces, se ha ido para no volver?

—¡Sin duda!

»A las diez de la noche sus caballos le condujeron hasta la puerta Charenton; allí, había una berlina de posta enganchada; subió a ella con su ayuda de cámara, indicando al cochero que se dirigiera a Fontainebleau.

—¿Y entonces, qué decía usted?

—Espere, amigo. Me ha dejado una carta.

—¿Una carta?

—Sí; lea.

Y la baronesa sacó del bolso una carta abierta que mostró a Debray.

Debray, antes de leerla, dudó un instante, como si intentara adivinar el contenido, o más bien como si, contuviera lo que contuviera, hubiera tomado ya partido por adelantado.

Al cabo de algunos segundos, sus ideas se habían aclarado, pues se puso a leer.

Este es el contenido de la nota que había causado esa enorme turbación en el corazón de la señora Danglars:

Mi señora y fiel esposa:

Sin ni siquiera pensar, Debray se detuvo y miró a la baronesa, que se sonrojó hasta los ojos.

—Lea —dijo ella.

Debray continuó:

¡Cuando reciba esta carta ya no tendrá usted marido! ¡Oh! No se alarme todavía; usted ya no tendrá marido, como no tendrá hija, es decir, que estaré en una de las treinta o cuarenta vías que conducen fuera de Francia.

Le debo alguna explicación, y como usted es una mujer que comprende perfectamente las explicaciones, se la daré.

Escuche:

Un reembolso de cinco millones se me presentó esta mañana, y lo llevé a cabo; otro de la misma suma siguió casi inmediatamente; y lo aplacé para mañana; hoy, me voy para evitar ese mañana que me sería muy desagradable de soportar.

Usted lo entiende, ¿no?, señora mía y muy valiosa esposa.

Digo:

Usted lo entiende, porque usted conoce tan bien como yo mis negocios; usted los conoce mejor que yo, dado que si se tratara de decir adónde ha ido una buena mitad de mi fortuna, hace algún tiempo bastante buena aún, yo sería incapaz de decirlo, mientras que usted, por el contrario, estoy seguro de ello, usted lo sabría perfectamente.

Pues las mujeres tienen el instinto infalible de la seguridad, las mujeres, por un álgebra que ellas mismas han inventado, explican hasta lo más milagroso. Yo, que sólo conocía mis cifras, ya no supe nada desde que mis cifras me engañaron.

*¿Ha admirado usted alguna vez la rapidez de mi caída, señora?
¿Se ha deslumbrado de la incandescente fusión de mis lingotes?*

Yo, lo confieso, sólo he visto el fuego; esperemos que usted haya encontrado un poco de oro entre las cenizas.

Con esta consoladora esperanza me alejo, señora mía y muy prudente esposa, sin que mi conciencia me reproche en absoluto el abandonarla a usted; usted se queda con sus amigos, con las cenizas en cuestión y, para colmar su felicidad, con la libertad que me apresuro a devolverle.

Sin embargo, señora, ha llegado el momento de colocar en este párrafo unas palabras de explicación íntima.

Mientras confié en que usted trabajase en el bienestar de nuestra casa, en la fortuna de nuestra hija, cerré filosóficamente los ojos; pero como usted ha hecho de nuestra casa una vasta ruina, ya no quiero servir de cimientos para la fortuna ajena.

La tomé a usted rica, aunque poco honrada.

Perdone que le hable con esa franqueza; pero como probablemente sólo hablo entre nosotros, no veo porqué debo maquillar mis palabras.

Aumenté nuestra fortuna, que durante más de quince años creció constantemente, hasta el momento en el que catástrofes desconocidas, y todavía ininteligibles para mí, vinieron a tomar cuerpo y a echarla abajo, sin que, puedo decirlo, sin que fuera en absoluto culpa mía.

Usted, señora, usted solamente trabajó para acrecentar la suya, cosa que ha conseguido, estoy moralmente convencido de ello.

Así que la dejo como la encontré: rica, pero poco honrada.

Adiós.

Yo también, a partir de hoy, yo también trabajaré por mi cuenta.

Crea en mi agradecimiento por el ejemplo que me ha dado y que voy a seguir.

La baronesa seguía con la mirada a Debray en su larga y penosa lectura; y a pesar de la contención, bien conocida, que tenía sobre sí mismo, vio al joven cambiar de color una o dos veces.

Cuando terminó, plegó lentamente el papel, y tomó de nuevo una actitud pensativa.

—¿Y bien? —preguntó la señora Danglars, con una ansiedad fácil de comprender.

—¿Y bien, señora? —repitió maquinalmente Debray.

—¿Qué idea le inspira la carta?

—Es muy simple, señora; me inspira la idea de que el señor Danglars se ha ido con alguna sospecha.

—Sin duda; ¿pero, es todo lo que tiene que decirme?

—No entiendo —dijo Debray con una frialdad glacial.

—¡Se ha marchado! ¡Se ha marchado del todo! Se ha marchado para no volver.

—¡Oh! —dijo Debray—. No lo crea, baronesa.

—No, le digo que no volverá; le conozco, es un hombre inquebrantable cuando toma una resolución que emana de su propio interés.

»Si hubiera creído que le era de utilidad en algo, me hubiese llevado con él. Me deja en París, será porque la separación puede servir a sus proyectos: decisión irrevocable, pues, y yo soy libre para siempre —añadió la señora Danglars, con la misma expresión de súplica.

Pero Debray, en lugar de responder, la dejó en esa ansiosa interrogación de mirada y de pensamiento.

—¡Cómo! —dijo ella al fin—. ¿No dice usted nada, señor?

—Pues sólo tengo una pregunta que hacerle: ¿qué va a hacer usted?

—Eso mismo iba a preguntarle yo —respondió la baronesa, con el corazón palpitante.

—¡Ah! —dijo Debray—. ¿Entonces, es un consejo lo que me pide?

—Sí, es un consejo lo que le pido —dijo la baronesa, con el corazón en un puño.

—Entonces, si es un consejo lo que me pide —respondió fríamente el joven—, le aconsejo viajar.

—¡Viajar! —murmuró la señora Danglars.

—Ciertamente. Como le ha dicho el señor Danglars, usted es rica y perfectamente libre. Le será absolutamente necesario ausentarse de París, por lo que yo creo, al menos, después de esos dos escándalos, el del matrimonio roto de la señorita Eugénie y el de la desaparición del señor Danglars.

»Lo que importa, sobre todo, es que todo el mundo sepa que está usted abandonada y pobre, pues no se perdonaría a la mujer de un banquero en bancarrota, la opulencia y el gran tren de vida de la casa.

»Para el primer caso, basta que se quede solamente quince días en París, repitiendo a todo el mundo que su marido la ha abandonado, y contando a sus mejores amigas, que irán a repetirlo por todas partes, cómo ha tenido lugar el abandono. Después, dejará la casa, dejará en ella sus joyas, su viudedad, y todo el mundo alabará su desinterés y cantará sus alabanzas.

»Entonces se sabrá que fue abandonada, y que es pobre; pues solamente yo conozco su situación financiera y estoy dispuesto a rendirle cuentas como leal asociado.

La baronesa, pálida, aterrada, había escuchado el discurso con tanto espanto y desesperanza, como Debray había puesto calma e indiferencia al pronunciarlo.

—¡Abandonada! —repitió—. ¡Oh! Totalmente abandonada... Sí, tiene usted razón, señor, y nadie dudará de mi abandono.

Estas fueron las únicas palabras que esta mujer, tan orgullosa y tan violentamente apasionada, pudo responder a Debray.

—Pero rica, incluso muy rica —prosiguió Debray sacando de su cartera algunos papeles y colocándolos sobre la mesa.

La señora Danglars le dejó hacer, ocupada como estaba en ahogar los latidos de su corazón y en retener las lágrimas que sentía brotar al borde de los párpados. Pero finalmente, el sentimiento de dignidad se impuso en la baronesa y, si no consiguió comprimir su corazón, sí pudo al menos contener las lágrimas.

—Señora —dijo Debray—, hace seis meses más o menos que somos socios.

»Usted colocó unos fondos de cien mil francos.

»En el mes de abril de este año comenzó nuestra asociación.

»En mayo, se iniciaron nuestras operaciones.

»En mayo, ganamos cuatrocientos cincuenta mil francos.

»En junio, el beneficio ascendió a novecientos mil.

»En julio, añadimos diecisiete mil; es, ya lo sabe usted, el mes de los bonos de España.

»En agosto, perdimos, a principios de mes, trescientos mil francos; pero el 15 de ese mes, nos habíamos recuperado, y a finales de mes nos tomamos la revancha, pues nuestras cuentas, en neto, desde el día de la asociación hasta ayer mismo que las he cerrado, nos dan un activo de dos millones cuatrocientos mil francos, es decir, un millón doscientos mil para cada uno de nosotros.

»Ahora —continuó Debray, anotando en su carné con el método y la tranquilidad de un agente de cambio y bolsa—, nos encontramos con ochenta mil francos por los intereses compuestos de la suma que estaba en nuestras manos.

—Pero —interrumpió la baronesa—, no sé qué significan esos intereses, pues yo nunca he hecho valer ese dinero.

—Le pido perdón, señora —dijo fríamente Debray—; yo tenía un poder de usted para hacerlo, y lo he usado.

»Así que son cuarenta mil francos de intereses para usted, más los cien mil de la primera imposición para crear el fondo, es decir, que le corresponden un millón trescientos cuarenta mil.

»Ahora bien, señora —continuó Debray—, tuve la precaución de movilizar su dinero anteayer, no hace tiempo, como ve, pues se diría que me temía incesantemente que pronto habría de rendirle cuentas. Así que su dinero está ahí, la mitad en billetes de banco, la otra mitad en bonos al portador.

»Digo ahí, y es cierto, pues como me parecía que mi casa no era lo suficientemente segura, como me parece que los notarios no son lo bastante discretos, y como las propiedades hablan más alto aún que los

notarios, como, en fin, usted no tiene derecho a comprar ni a poseer nada fuera de la comunidad conyugal, guardé toda esa suma, que hoy es su única fortuna, en un cofre, empotrado en el fondo de ese armario y, para mayor seguridad, yo mismo hice de albañil.

»Ahora —continuó Debray, abriendo primero el armario y luego la caja fuerte—, ahora, señora, aquí tiene ochocientos billetes de mil francos cada uno, que tienen el aspecto, como ve, de un álbum grueso con tapas de hierro; a ello le uno un cupón de renta de veinticinco mil francos; después, como moneda suelta, que es algo, creo que unos ciento diez mil francos, aquí tiene un bono al portador de mi banquero, y como mi banquero no es el señor Danglars, el bono le será reembolsado, puede estar tranquila.

La señora Danglars cogió maquinalmente el bono, el cupón de renta y el fajo de billetes de banco.

Esa enorme fortuna parecía bien poca cosa expuesta así, sobre una mesa.

La señora Danglars, con los ojos secos, pero el pecho henchido de sollozos, la recogió y guardó el álbum de acero en su bolso, puso el cupón de renta y el bono pagadero a la vista en su cartera, y de pie, pálida, muda, esperó una palabra dulce que la consolara de ser tan rica.

Pero esperó en vano.

—Ahora, señora —dijo Debray—, tiene usted una existencia magnífica, algo así como sesenta mil libras de renta, lo que es enorme para una mujer que no podrá montar casa de aquí a un año, al menos.

»Es un privilegio para todas las fantasías que se le ocurran; sin contar que si considera su parte insuficiente, teniendo en cuenta ese pasado que se le escapa, usted podrá disponer de la mía, señora; estoy dispuesto a ofrecerle, ¡oh!, a título de préstamo, por supuesto, todo lo que poseo, es decir, un millón sesenta mil francos.

—Gracias, señor —respondió la baronesa—, gracias; comprenda que me remite mucho más de lo que necesita una pobre mujer que no cuenta, de aquí en mucho tiempo, al menos, que no cuenta con aparecer en sociedad.

Debray se sorprendió por un momento, pero se repuso e hizo un gesto que podía traducirse por la fórmula más educada para expresar esta idea:

«¡como guste!».

La señora Danglars hasta ese momento tenía aún esperanzas de algo; pero cuando vio el gesto despreocupado que se le acababa de escapar a Debray, y la mirada sesgada que acompañaba al gesto, así como la profunda reverencia y el significativo silencio que les siguió, levantó la barbilla, abrió la puerta y, sin furor, sin estampida, pero también sin vacilación, se lanzó a la escalera, desdeñando incluso un último saludo a quien la dejaba marchar de esa manera.

—¡Bah! —dijo Debray cuando la señora Danglars se marchó—. Bonitos proyectos, pero se quedará en su palacete, leerá novelas y jugará al lansquenet^[1], ya que no puede jugar a la Bolsa.

Y recogió su carné de apuntes, borrando con gran cuidado las sumas que acababa de pagar.

—Me queda un millón sesenta mil francos —dijo.

—¡Qué desgracia que la señorita de Villefort haya muerto! Esa mujer me convenía en todos los aspectos, me hubiese casado con ella.

Y flemáticamente, según su costumbre, esperó a que pasaran los veinte minutos desde que saliera la señora Danglars, para decidirse a salir él también.

Durante esos veinte minutos, Debray hizo números, con el reloj sobre la mesa.

Este personaje diabólico que cualquier imaginación arriesgada hubiera creado con más o menos éxito si Le Sage^[2] no hubiera adquirido la prioridad en su obra maestra *Asmodée*, que levantaba el tejado de las casas para ver su interior, hubiera disfrutado de un singular espectáculo si hubiera levantado el tejado del hotelito de la calle Saint-Germain-des-Prés, en el momento en el que Debray hacía las cuentas.

Por encima de esa habitación, en la que Debray acababa de repartir con la señora Danglars dos millones y medio, había otra habitación ocupada también por inquilinos que conocemos, y que han tenido un papel bastante importante en los sucesos que acabamos de contar, como para que pongamos cierto interés en ellos.

En esa habitación se alojaban Mercedes y Albert.

Mercedes había cambiado mucho desde hacía algunos días, no es que incluso en los tiempos de su mayor fortuna hubiera mostrado el fasto orgulloso que corta visiblemente con todas las demás condiciones sociales y que hace que ya no se reconozca a la mujer tan pronto como se nos aparece con sus ropas más sencillas; tampoco es que hubiera caído en ese estado de depresión en el que uno se ve forzado a vestir la librea de la miseria; no, Mercedes había cambiado porque su mirada ya no brillaba, porque su boca ya no sonreía, porque, en fin, un perpetuo obstáculo detenía en sus labios esa palabra rápida que lanzaba antes su espíritu siempre dispuesto.

No era la pobreza lo que había paralizado el espíritu de Mercedes, no era la falta de valor lo que le hacía pesadosa su pobreza.

Mercedes había descendido del medio en el que vivía, estaba perdida en la nueva esfera que había elegido, como esas personas que salen de un salón espléndidamente iluminado para pasar súbitamente a las tinieblas; Mercedes parecía una reina que hubiera bajado desde su palacio a una choza, y que, reducida a lo estrictamente necesario, no se reconocía ni en la vajilla de arcilla que ella misma tenía que llevar a la mesa, ni en el camastro que había sustituido a su cama.

En efecto, la bella catalana o la noble condesa ya no tenía ni su orgullosa mirada, ni su encantadora sonrisa, porque al pasar su mirada por los objetos que la rodeaban, no veía más que penosos objetos: una habitación tapizada con uno de esos papeles gris sobre gris que los ahorradores propietarios escogen preferentemente porque se manchan menos; un suelo sin alfombras; muebles que llamaban la atención y obligaban a la vista a fijarse en la pobreza de ese falso lujo; todas las cosas, en fin, que rompían, por sus tonos chillones, la armonía tan necesaria para ojos acostumbrados a un conjunto elegante.

La señora de Morcerf vivía allí desde que dejó su palacete; la cabeza le daba vueltas ante ese silencio eterno, como el viajero que se encuentra al borde de un abismo; dándose cuenta de que minuto a minuto Albert la observaba a hurtadillas para juzgar el estado de ánimo de su corazón, se había impuesto una monótona sonrisa en los labios, que en ausencia de ese

fuego tan dulce de la sonrisa de los ojos, hace el efecto de una simple reverberación de luz, es decir, de una claridad sin calor.

Albert, por su parte, se sentía a disgusto, molesto por los restos de un lujo que le impedía sentirse bien en su condición actual; quería salir sin guantes, pero sus manos eran demasiado blancas; quería recorrer a pie la ciudad, pero sus botas eran demasiado pulidas.

Sin embargo, estas dos criaturas tan nobles y tan inteligentes, unidas indisolublemente por el lazo materno filial, habían logrado entenderse sin hablar y economizar todas las preparaciones propias de la amistad para establecer esa verdad material de la que depende la vida.

Albert había podido, al fin, decir a su madre sin hacerla palidecer: «Madre, no nos queda dinero».

Mercedes nunca había conocido realmente la miseria; a menudo, en su juventud, había hablado ella misma de pobreza, pero no era lo mismo: necesitar algo y estar necesitado, aún siendo sinónimos, tienen todo un mundo de diferencia. En Les Catalans Mercedes necesitaba miles de cosas, pero nunca le faltaban otras: si las redes eran buenas, se cogía pescado; si se vendía pescado, se podían reparar las redes.

Y además, sin amistades, no teniendo más que un amor que no estaba en los detalles materiales de la situación, uno pensaba en sí mismo, cada uno en sí mismo, y nada más que en sí mismo.

Mercedes, de lo poco que tenía, tenía su parte lo más generosamente posible; hoy, tenía que hacer dos partes, y eso con nada.

Se acercaba el invierno; Mercedes, en esa habitación desnuda y ya fría, no tenía fuego, ella que antes hacía calentar la casa con mil estufas distribuidas por toda la casa desde las antecámaras hasta el vestidor; no tenía ni una pobre flor, ¡ella, cuyos aposentos eran un invernadero lleno de flores a precio de oro!

Pero tenía a su hijo...

La exaltación de un deber, quizá exagerado, les había mantenido en una esfera superior.

La exaltación es casi el entusiasmo, y el entusiasmo nos hace insensibles a las cosas de este mundo.

Pero, calmado el entusiasmo, fue necesario bajar poco a poco del país de los sueños al mundo de las realidades.

Había que hablar de lo positivo, después de haber agotado todo lo ideal.

—Madre —decía Albert en el mismo momento en el que la señora Danglars bajaba la escalera—, contemos un poco todas nuestras riquezas, por favor; necesito saber el total para hacer planes.

—Total: nada —dijo Mercedes con una dolorosa sonrisa.

—Sí, madre, total: primero, tres mil francos; y tengo la intención, con esos tres mil francos, de llevar una adorable vida, nosotros dos.

—¡Criatura! —suspiró Mercedes.

—¡Ay! Madre querida —dijo el joven—, yo, por desgracia, ya he gastado demasiado dinero como para conocer bien su valor.

»Tres mil francos, es enorme, veamos, partiendo de esa suma me he forjado un porvenir milagroso de eterna seguridad.

—¡Oh! Amigo mío —continuó la pobre madre—, pero, en primer lugar, ¿vamos a aceptar esos tres mil francos? —dijo Mercedes sonrojándose.

—Pero si estaba ya decidido, me parece —dijo Albert en un tono de firmeza—; los aceptamos, tanto más cuanto que no los tenemos, pues están, como sabe, enterrados en el jardín de esa casita de Allées de Meilhan, en Marsella. Con estos doscientos francos iremos los dos a Marsella.

—¡Con doscientos francos! —dijo Mercedes—. ¿Pero, qué piensas, Albert?

—¡Oh! En ese punto estoy perfectamente informado sobre las diligencias y los barcos de vapor, he hecho mis cálculos. Cogemos un billete para Chalon, en el cupé; ya ve, madre, que la trato como a una reina: treinta y cinco francos.

Albert cogió una pluma y escribió:

Cupé: 35 francos

De Chalon a Lyon, en barco de vapor: 6 francos

De Lyon a Aviñón, también en barco de vapor: 16 francos

De Aviñón a Marsella: 7 francos

Gastos de viaje: 50 francos

Total: 114 francos

»Pongamos ciento veinte —añadió Albert sonriendo—, ya ve que soy generoso, ¿no es así, madre?

—¿Pero, tú, mi pobre criatura?

—¡Yo! ¿No ha visto que me reservo ochenta francos?

»Un joven, madre, no necesita tantas comodidades; además, yo sé lo que es viajar.

—Sí, con tu silla de posta y tu ayuda de cámara.

—Aún así, madre.

—Bien, de acuerdo —dijo Mercedes—; ¿pero, esos doscientos francos?

—Estos doscientos francos que tengo aquí, y otros doscientos más aún.

»Mire, vendí el reloj por cien francos, y las joyas por trescientos.

»¡Es estupendo! Unos dijés que valen tres veces más que el reloj. ¡Siempre esa famosa historia de lo superfluo!

»Así que somos ricos, puesto que en lugar de ciento catorce francos que necesitábamos para el viaje, tenemos doscientos cincuenta.

—¿Pero, debemos algo en este hotel?

—Treinta francos, pero los pago de mis ciento cincuenta.

»Ya está convenido, y puesto que en realidad no necesito más que ochenta para viajar yo, ya ve que nado en la abundancia.

»Pero no es todo.

»¿Qué dice de esto, madre?

Y Albert sacó un pequeño estuche de cierre de oro, resto de sus antiguas fantasías o quizá incluso de un tierno recuerdo de alguna de sus mujeres misteriosas y veladas que llamaban a aquella puertecita pequeña.

Albert sacó de ese pequeño estuche un billete de mil francos.

—¿Pero, qué es eso? —preguntó Mercedes.

—Mil francos, madre. ¡Oh! Es perfectamente legal.

—¿Pero, de dónde has sacado esos mil francos?

—Escuche esto, madre; y no se emocione demasiado.

Y Albert, poniéndose en pie, fue a besar a su madre en ambas mejillas, después, se detuvo para mirarla.

—¡No tiene ni idea, madre, de lo hermosa que me parece! —dijo el joven con un profundo sentimiento de amor filial—. ¡De verdad que es la más hermosa y la más noble de todas las mujeres que jamás se hayan visto!

—Mi querido niño —dijo Mercedes, intentando en vano retener una lágrima que surgía entre sus párpados.

—De verdad que sólo le faltaba sentirse desgraciada para cambiar mi amor en adoración.

—No me siento desgraciada, ya que tengo a mi hijo —dijo Mercedes—; y no lo seré, mientras lo tenga.

—¡Ah! Justamente —dijo Albert—; ahora comienza la prueba, madre; ¿sabe lo que hemos acordado?

—¿Es que hemos acordado algo? —preguntó Mercedes.

—Sí, hemos acordado que usted vivirá en Marsella, y que yo, yo me iré a África, donde, en lugar del nombre que he dejado, me haré un nombre, con el nuevo nombre que he adoptado.

Mercedes suspiró.

—Y bien, madre, desde ayer me he alistado en los espahís —añadió el joven bajando los ojos con cierta vergüenza, pues no sabía él mismo todo lo que ese rebajamiento tenía de sublime—; o más bien creí que mi cuerpo era mío y que podía venderlo; desde ayer reemplazo a alguien.

»Me he vendido, como se dice —y añadió, esbozando una sonrisa—, más caro de lo que creía valer, es decir, por dos mil francos.

—¿Así que estos mil francos...? —dijo Mercedes temblando.

—Es la mitad de mi paga, madre; la otra vendrá dentro de un año.

Mercedes elevó los ojos al cielo con una expresión que nadie podría describir, y las dos lágrimas retenidas entre sus párpados, desbordadas por la emoción interior, rodaron silenciosamente a lo largo de sus mejillas.

—¡El precio de tu sangre! —murmuró.

—Sí, si me matan —dijo riendo Morcerf—, pero te aseguro, mi buena madre, que, por el contrario, tengo la intención de defender cruelmente mi pellejo; nunca he tenido tantas ganas de vivir como ahora.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —musitó Mercedes.

—Además, ¿por qué piensa, madre, que voy a morir?

»¿Es que Lamoricière, ese otro Ney del Mediodía, ha muerto?

»¿Es que Changarnier ha muerto?

»¿Es que Bedeau ha muerto?

»¿Es que Morrel, a quien conocemos, ha muerto?

»¡Piense, entonces, en la alegría, madre, cuando me vea regresar con mi uniforme bordado!

»Declaro, madre, que voy a estar soberbio, con ese uniforme, pues he escogido ese regimiento por coquetería.

Mercedes suspiró, aún esbozando una sonrisa; comprendía, esta santa madre, que estaba mal dejar a su hijo que llevara todo el peso del sacrificio.

—¡Y bien, veamos! —repuso Albert—. Comprende ahora, madre, que tenemos más de cuatro mil francos asegurados para usted; con esos cuatro mil francos, vivirá dos buenos años.

—¿Eso crees? —dijo Mercedes.

Esas palabras se le habían escapado a la condesa, y con un dolor tan real que su verdadero sentido no se le escapó a Albert; sintió que se le oprimía el corazón, y cogiendo la mano de su madre, la estrechó tiernamente entre las suyas:

—¡Sí, vivirá! —dijo.

—¡Viviré! —exclamó Mercedes—. Pero tú no te irás, ¿no es así, hijo?

—Madre querida, tengo que irme —dijo Albert con voz tranquila y firme—; me quiere demasiado, madre, como para dejarme aquí, junto a usted, ocioso e inútil; además, ya he firmado.

—Cumplirás con tu voluntad, hijo; pero yo cumpliré la voluntad de Dios.

—No es mi voluntad, madre, sino la de la razón, la de la necesidad. Somos dos criaturas desesperadas, ¿no es así? ¿Qué es la vida para usted, ahora? Nada. ¿Qué es la vida para mí? ¡Oh! Muy poca cosa sin usted, madre, créame; ¡pues sin usted, esta vida, se lo juro, hubiese cesado el día en el que sospeché de mi padre y renegué de su nombre! En fin, vivo, si me promete confiar de nuevo; si me deja ocuparme de su felicidad futura,

redobla mis fuerzas. Entonces, voy a ir a Argelia a ver al gobernador de allí, es un corazón leal y, sobre todo, esencialmente soldado; le cuento mi lúgubre historia, le ruego que dirija de vez en cuando su mirada hacia donde yo esté, y si mantiene su palabra, si se fija en mí, antes de seis meses seré oficial o estaré muerto. Si soy oficial, la suerte de usted está asegurada, madre, pues tendré dinero suficiente para los dos y, además, un nuevo nombre del que estaremos orgullosos ambos, puesto que será el verdadero nombre de usted. Si me matan..., y bien, si resulto muerto, entonces, querida madre, usted morirá, y... entonces nuestros males, por exceso, habrán terminado.

—Está bien —respondió Mercedes con su noble y elocuente mirada—; tienes razón, hijo mío, demostremos a cierta gente que nos mira y que aguarda nuestros actos para juzgarnos, demostrémosle que al menos somos dignos de su compasión.

—¡Pero nada de ideas fúnebres, madre querida! —exclamó el joven; le juro que somos, o al menos podemos llegar a ser, muy felices. Usted es a la vez una mujer llena de ingenio y de resignación; yo, yo me he convertido en un hombre de gustos sencillos y sin pasión, eso espero. Una vez en el servicio, seré rico; una vez en la casa del señor Dantès, usted estará segura. ¡Intentémoslo! Se lo ruego, madre, ¡intentémoslo!

—Sí, vamos a intentarlo, hijo, pues tú tienes que vivir, tú tienes que ser feliz —respondió Mercedes.

—Así que, querida madre, ya está hecho el reparto de nuestros bienes —añadió el joven afectando una gran soltura—. Hoy mismo podemos partir. Vamos, retengo una plaza, como hemos dicho.

—¿Pero la tuya, hijo?

—Yo, yo tengo que quedarme aún dos o tres días más, madre; es un principio de separación, y necesitamos irnos habituando. Necesito algunos consejos, algunos informes sobre África, y me uniré a usted en Marsella.

—Está bien, de acuerdo, ¡vámonos! —dijo Mercedes envolviéndose en el único chal que se había llevado consigo, y que por casualidad era un cachemira negro, de gran valor—. ¡Vámonos!

Albert recogió a toda prisa sus papeles, llamó para pagar los treinta francos que debía al gerente del hotel y, ofreciendo el brazo a su madre,

bajó la escalera.

Pero alguien bajaba delante de ellos; alguien que, al oír el roce de un vestido de seda en la barandilla, se dio la vuelta.

—¡Debray! —murmuró Albert.

—¡Usted, Morcerf! —respondió el secretario del ministro parándose en el peldaño donde estaba.

La curiosidad pudo más en Debray que su deseo de mantenerse de incognito; además, ya le habían reconocido.

Era curioso, en efecto, encontrar en ese hotel ignorado al joven cuya desgraciada aventura acababa de causar un impacto tan grande en París.

—¡Morcerf! —repitió Debray.

Después, dándose cuenta en la semioscuridad de la figura, joven aún, y el velo negro de la señora de Morcerf.

—¡Oh! Perdón —añadió con una sonrisa—, le dejo, Albert.

Albert comprendió el pensamiento de Debray.

—Madre —dijo dirigiéndose a Mercedes—, es el señor Debray, secretario del ministro del Interior, un antiguo amigo.

—¡Cómo! Antiguo —balbuceó Debray—; ¿qué quiere decir?

—Digo eso, señor Debray —repuso Albert—, porque hoy ya no tengo amigos, y no debo tenerlos. Le agradezco mucho que se haya dignado reconocerme, señor.

Debray subió los dos escalones que le separaban y vino a estrechar enérgicamente la mano a su interlocutor.

—Créame, mi querido Albert —dijo con la emoción que era capaz de sentir—, créame, siento muy profundamente la desdicha que le golpea, y me pongo a su disposición para lo que necesite.

—Gracias, señor —dijo sonriendo Albert—, pero en medio de la desgracia, somos aún lo bastante ricos como para no necesitar recurrir a nadie. Dejamos París, y una vez pagado el viaje, todavía nos quedan cinco mil francos.

El rubor le subió hasta la frente a Debray, que llevaba un millón en su cartera; y por muy poco poética que fuera esa mente matemática, no pudo evitar reflexionar que esa misma casa había albergado hasta hacía un momento aún a dos mujeres: una, justamente deshonrada, se iba pobre de

un millón y medio de francos bajo el pliegue de su capa, y la otra, injustamente golpeada por la desgracia, pero sublime en su desdicha, se sentía rica con algunas monedas.

Ese paralelismo le apartó de sus saludos de cortesía, la filosofía del ejemplo le hundió; balbuceó algunas palabras de cortesía obligada y bajó rápidamente las escaleras.

Aquel día, los empleados del Ministerio, sus subordinados, tuvieron que soportar su humor apesadumbrado.

Pero, por la tarde, se hizo poseedor de una hermosa casa, situada en el bulevar de la Madeleine, y acreedor de cincuenta mil libras de renta.

Al día siguiente, a la hora en que Debray firmaba el acta de compra, es decir, sobre las cinco de la tarde, la señora de Morcerf, después de abrazar tiernamente a su hijo, después de que su hijo la abrazara también con la misma ternura, subía a un cupé de la diligencia, que se cerraba tras ella.

Un hombre estaba oculto en el patio de las diligencias Laffitte detrás de una de esas ventanas góticas del entresuelo que coronan cada despacho; vio a Mercedes subir al coche; vio partir la diligencia; vio alejarse a Albert.

Entonces, se pasó la mano por la frente cargada de dudas, diciéndose:

«¡Ay! ¿De qué manera podré devolver a estas dos criaturas inocentes la felicidad que les he quitado? Dios me ayudará.»

Capítulo CVII

El foso de los leones

Uno de los edificios de la prisión La Force, en el que están los detenidos más comprometidos y los más peligrosos, se llama el patio Saint-Bernard.

Los presos, en su enérgico lenguaje, le pusieron el nombre de *foso de los leones*, probablemente porque los reclusos tienen dientes que muerden a menudo los barrotes, y a veces incluso a los guardianes.

Es una prisión dentro de la prisión; los muros tienen el doble de grosor que los demás; cada día, un guardián sondea con cuidado las rejas macizas, y se reconoce en estos guardianes, de estatura hercúlea y miradas frías e incisivas, que han sido seleccionados para reinar sobre su pueblo por el terror y por la actividad de la inteligencia.

El patio de ese edificio está encuadrado entre muros enormes, sobre los que el sol se desliza oblicuamente, cuando se decide a entrar en ese abismo de fealdades morales y físicas. Es allí, sobre el suelo, por donde vagan desde la hora de levantarse, pensativos, despavoridos y macilentos, como sombras, los hombres que la justicia tiene agachados bajo la cuchilla mientras la afila.

Se les ve acurrucarse y pegarse a lo largo de uno de los muros, el que absorbe y retiene más calor. Se quedan allí, charlando de dos en dos o, más a menudo, aislados, con la mirada puesta sin cesar en la puerta que se abre para llamar a alguno de los moradores de esa lúgubre estancia, o para echar a ese pozo una nueva escoria, rechazada del crisol de la sociedad.

El patio Saint-Bernard tiene su locutorio particular; es un rectángulo alargado, dividido en dos partes por rejas paralelamente plantadas a tres pies en frente una de la otra, de manera que el visitante no pueda estrechar la mano del preso o pasarle alguna cosa. Ese locutorio es sombrío, húmedo y horrible desde todos los puntos de vista, sobre todo cuando se piensa en las horribles confidencias que se han deslizado entre esas rejas y que han enmohecido el hierro de los barrotes.

Sin embargo, ese lugar, por muy espantoso que sea, y lo es, es el paraíso adonde vienen a remozarse, en encuentros esperados, saboreados, estos hombres cuyos días están contados: ¡es raro que uno salga del *foso de los leones* para ir a otra parte que no sea a la barrera Saint-Jacques, a presidio o al calabozo!

En este patio que acabamos de describir, y que rezuma una fría humedad, se paseaba, con las manos en el bolsillo de su levita, un joven considerado con mucha curiosidad por los habitantes del foso.

Hubiera pasado por ser un hombre elegante, gracias al corte de sus ropas, si esas ropas no estuvieran hechas jirones; sin embargo, no estaban desgastadas: el paño fino y sedoso, intacto en su cara derecha, volvía a tomar fácilmente su lustre bajo la mano acariciante del preso, que intentaba conseguir hacer de él un traje nuevo.

Aplicaba el mismo cuidado en cerrar una camisa de batista, que había cambiado considerablemente de color desde su entrada en prisión, y también a sus botas acharoladas, a las que les pasaba una punta de un pañuelo con iniciales bordadas sobre las que figuraba una corona heráldica.

Algunos reclusos del foso de los leones consideraban con un marcado interés el refinado aseo del preso.

—¡Vaya, ahí está el príncipe que se pone guapo! —dijo uno de los ladrones.

—Ya es guapo por naturaleza —dijo otro—, y si solamente tuviera peine y pomada, eclipsaría a todos esos señores de guantes blancos.

—Su traje ha debido ser nuevo y sus botas relucen de maravilla. Es halagador para nosotros tener colegas como es debido; y esos bribones de guardias son bien viles. ¡Qué envidiosos! ¡Desgarrar un atuendo así!

—Parece que es alguien famoso —dijo otro—, ha hecho de todo... y del gran mundo..., viene de allá, ¡tan joven! ¡Oh! ¡Es soberbio!

Y el objeto de esa repelente admiración parecía saborear los elogios o el vapor de los elogios, pues no oía las palabras.

Terminado su aseo, se acercó a la garita de la cantina donde había un carcelero.

—Veamos, señor —le dijo—, présteme veinte francos, pronto los recuperará; conmigo no corre ningún riesgo. Piense que tengo parientes millonarios y que usted no tiene dineros... veamos, veinte francos, se lo ruego, para que pueda coger una celda de pago y comprarme un batín de casa. Sufro horriblemente de estar siempre con traje y con botas. ¡Qué atuendo, señor, para un príncipe Cavalcanti!

El carcelero le dio la espalda y se encogió de hombros. Ni siquiera se rió de esas palabras que hubiesen hecho reír a cualquiera, pues este hombre había oído otras muchas, o más bien había oído siempre lo mismo.

—Vaya —dijo Andrea—, es usted un hombre sin entrañas, haré que pierda su puesto.

Esto último hizo que el carcelero se diera la vuelta y que esta vez se le escapase una sonora carcajada.

Entonces los reclusos se acercaron y formaron un círculo a su alrededor.

—Le digo que con esa miserable suma —continuó Andrea— podré procurarme ropa y una celda, para que pueda recibir de una manera decente a la ilustre visita que espero de un momento a otro.

—¡Tiene razón!, ¡tiene razón! —corearon los presos—... ¡pardiez! Bien se ve que es un hombre como es debido.

—Y bien, préstense los veinte francos ustedes —dijo el guardián apoyándose sobre su otro colosal hombro—; ¿es que no le deben eso a un camarada?

—Yo no soy el camarada de esa gente —dijo orgullosamente el joven—; no me insulte, no tiene derecho.

Los ladrones se miraron con sordos murmullos, y una tempestad que se iba levantando por la provocación del guardia, más aún que por las palabras de Andrea, comenzó a cernirse sobre el recluso aristócrata.

El carcelero, seguro de poder gritar su «*quos ego*»^[1] cuando el oleaje fuera demasiado tumultuoso, les dejaba subir de tono poco a poco para hacer alguna jugarreta al impertinente pedigüeño y recrearse un poco durante la larga guardia de la jornada.

Algunos ladrones se iban acercando ya a Andrea; unos decían: «¡La chancleta! ¡La chancleta!».

Cruel operación que consiste en moler a golpes, no de chancleta, sino de un zapato guarnecido de hierro, a un compadre caído en desgracia de estos señores.

Otros proponían la anguila; otro tipo de distracción consistente en llenar de arena, de piedras o de perras gordas, cuando las tenían, un pañuelo retorcido que los verdugos descargan como una plaga sobre las espaldas y la cabeza del torturado.

—¡Zurremos a este apuesto señor! —dijeron algunos—. ¡A este honrado señor!

Pero Andrea, volviéndose hacia ellos, guiñó un ojo, infló una mejilla con la lengua, y produjo un chasquido moviendo los labios que equivalía a mil señales de entendimiento entre los bandidos reducidos al silencio.

Era un signo masónico que le había enseñado Caderousse.

Así le reconocieron como a uno de los suyos.

Enseguida cayeron los pañuelos; el zapato herrado volvió al pie del principal verdugo. Algunas voces proclamaron que el señor tenía razón, que el señor podía ser honrado a su manera, y que los presos querían dar ejemplo de libertad de conciencia.

La revuelta refuló. El carcelero se quedó tan estupefacto que cogió rápidamente a Andrea por las manos y se puso a registrarle, atribuyendo a algunas manifestaciones más significativas que a la fascinación ese cambio súbito de los moradores del *foso de los leones*.

Andrea se dejó registrar, pero no sin protestar.

De repente, una voz resonó en la garita.

—¡Benedetto! —gritaba un inspector.

El carcelero soltó su presa.

—¿Me llaman? —dijo Andrea.

—¡Al locutorio! —dijo la voz.

—¿Lo ve? Tengo visita. ¡Ah! Mi querido señor, ¡va usted a ver si se puede tratar a un Cavalcanti como a un hombre vulgar!

Y Andrea, deslizándose en el patio como una sombra negra, pasó raudo por la puerta entreabierta de la garita, dejando en la admiración a sus colegas y al mismo carcelero.

En efecto, le llamaban al locutorio, y nadie podría asombrarse más que el mismo Andrea, pues el taimado muchacho, desde su entrada en La Force, en lugar de usar el beneficio de escribir, para que lo reclamasen, como hace la gente del común, había guardado el más estoico silencio.

«Evidentemente», se decía, «tengo que estar protegido por algún poderoso; todo me lo prueba: esa fortuna inesperada, esa facilidad con la que allané todos los obstáculos, una familia improvisada, un nombre ilustre para mí, oro lloviéndome por todos lados, las alianzas más magníficas prometidas a mi ambición. Un desgraciado olvido de mi suerte, una ausencia de mi protector, me ha perdido, sí, ¡pero no del todo, no para siempre! La mano protectora se retiró un momento, pero tiene que volver a mí y recogerme de nuevo en el momento en que me sienta próximo a caer en el abismo.

»¿Por qué iba a arriesgarme con una gestión imprudente? ¡Se apartaría de mí mi protector! Hay dos medios para él de sacarme de este lío: la evasión misteriosa, comprada a precio de oro, o forzar la mano de los jueces para obtener una absolución. Esperemos para hablar, para actuar, hasta que vea probado que me han abandonado del todo, y entonces...»

Andrea se había montado un plan que puede creerse hábil; el miserable era intrépido en el ataque y rudo en la defensa. La miseria de la cárcel común, las privaciones de todo tipo, las había soportado. Sin embargo, poco a poco, su naturaleza, o más bien la costumbre, le había ido ganando. Andrea sufría por estar desnudo, sucio, hambriento; el tiempo se le hacía largo.

Fue en ese momento de hastío cuando la voz del inspector le llamó al locutorio.

Andrea sintió que el corazón le daba un salto de alegría. Era demasiado pronto para que fuera la visita del juez de instrucción, y demasiado tarde para que fuera una llamada del director de la cárcel o el médico; era, pues, la visita inesperada.

Tras las rejas del locutorio, adonde llevaron a Andrea, vio, con los ojos dilatados por una ávida curiosidad, la figura sombría e inteligente del señor Bertuccio, que miraba también él, con un doloroso asombro, las rejas, las puertas con cerrojos y la sombra que se agitaba detrás de los barrotes.

—¡Ah! —dijo Andrea, afectado.

—Buenos días, Benedetto —dijo Bertuccio con su voz hueca y sonora.

—¡Usted!, ¡usted! —dijo el joven mirando con espanto por todos lados.

—No me reconoces —dijo Bertuccio—, ¡desgraciado muchacho!

—¡Silencio!, ¡silencio! —dijo Andrea, que conocía la agudeza de oído de esos muros—; ¡Dios mío, Dios mío, no hable tan alto!

—Te gustaría hablar conmigo a solas, ¿no? —dijo Bertuccio.

—¡Oh! Sí —dijo Andrea.

—Está bien.

Y Bertuccio, rebuscando en su bolsillo, hizo una seña a uno de los carceleros que estaba detrás del cristal de la garita.

—Lea —dijo.

—¿Qué es eso? —dijo Andrea.

—La orden de conducirte a una celda, de instalarte allí y que me dejen hablar contigo.

—¡Oh! —dijo Andrea, dando saltos de alegría.

Y enseguida, replegándose en sí mismo, se dijo:

«¡Otra vez el protector desconocido! ¡No me olvida! Buscan el secreto, puesto que quiere hablar en una celda aislada. Ya lo tengo... ¡a Bertuccio lo envía mi protector!»

El carcelero conferenció un momento con un superior, después, abrió las dos puertas de verjas y condujo a una celda del primer piso, que daba al

patio, a Andrea, que estaba como loco de alegría.

La habitación estaba encalada, como es costumbre en las prisiones. Tenía un aspecto alegre que le pareció radiante al preso: una estufa, una cama, una silla y una mesa formaban el suntuoso mobiliario.

Bertuccio se sentó en la silla. Andrea se tiró en la cama. El carcelero se retiró.

—Veamos —dijo el intendente de Montecristo—, ¿qué tienes que decirme?

—¿Y usted? —dijo Andrea.

—Pero, habla tú primero...

—¡Oh! No; es usted quien tiene mucho que decirme, puesto que es el que ha venido a verme.

—Pues bien, de acuerdo. Tú has continuado tu carrera de crímenes: has robado, has asesinado.

—¡Bueno! Si es para decirme esas cosas por lo que me ha traído a una celda particular, más valía que no se hubiera molestado. Todo eso ya lo sé. Pero, por el contrario, hay otras cosas que no sé. Hablemos de esas cosas, por favor. ¿Quién le envía?

—¡Oh!, ¡oh! Vas muy deprisa, señor Benedetto.

—Pues claro, y hasta el final. Sobre todo dejémonos de palabras inútiles. ¿Quién le envía?

—Nadie.

—¿Y cómo ha sabido que estaba en la cárcel?

—Hace tiempo que te reconocí en ese *fashionable* insolente que llevaba con tanta gentileza un caballo por los Champs-Elysées.

—¡Por los Champs-Elysées...! ¡Ah!, ¡ah! Caliente, caliente, como se dice en el juego de las prendas... ¡los Champs-Elysées...! ¡Oé...! Hablemos un poco de mi padre, ¿quiere?

—Que soy yo, entonces.

—Usted, mi buen señor, usted es mi padre adoptivo..., pero no es usted, imagino, quien dispuso en mi favor cientos de miles de francos que devoré en cuatro o cinco meses; no es usted quien forjó para mí un padre italiano y gentilhomme; no es usted quien me hizo entrar en el gran mundo y me invitó a una cierta cena, que creo estar degustando aún, en

Auteuil, en compañía de lo mejor del todo París, con cierto fiscal, con quien cometí la gran equivocación de no cultivar su amistad, ya que me sería muy útil en este momento; no es usted, en fin, quien me garantizaba uno o dos millones cuando tuve el fatal accidente de que se descubriera todo el pastel..., vamos, hable, estimable corso, hable...

—¿Qué quieres que te diga?

—Te ayudaré.

»Hablabas ahora de los Champs-Élysées, mi digno padre putativo.

—¿Y bien?

—Y bien, en los Champs-Élysées vive un señor muy rico, muy rico.

—En cuya casa has robado, has asesinado, ¿no es así?

—Creo que sí.

—¿El señor conde de Montecristo?

—Es usted quien lo ha nombrado, como dijo el señor Racine. Y bien, ¿debo echarme en sus brazos, apretarle contra mi corazón gritando: «¡Padre, padre!», como dijo el señor Pixérécourt?

—Nada de bromas —respondió seriamente Bertuccio, y que no se pronuncie su nombre aquí, como tú osas hacerlo.

—¡Bah! —dijo Andrea un poco aturdido por la solemnidad de Bertuccio—. ¿Por qué no?

—Porque el que lleva ese nombre es un hombre demasiado bien favorecido por el Cielo como para ser el padre de un miserable como tú.

—¡Oh! ¡Qué grandes palabras...!

—¡Y que tendrán grandes efectos, si no tienes un poco de cuidado!

—¡Amenazas, ahora...! ¡Bah! No las temo..., diré...

—¿Y crees que se van a ocupar de un pigmeo de tu especie? —dijo Bertuccio, en un tono tan sereno y con una mirada tan segura que a Andrea se le revolvió hasta el fondo de sus entrañas—. ¿Crees que vas a tener que vértelas con tus criminales rutinarios de presidio, o con ingenuos del gran mundo...? Benedetto, estás entre unas manos terribles, esas manos querrían abrirse para ti: aprovéchalo. No juegues con el rayo que se aparta de ti por un momento, pero que puede volver si intentas interrumpir su libre movimiento.

—¡Mi padre..., quiero saber quién es mi padre! —dijo obstinadamente—. Moriré, si es preciso, pero lo sabré. ¿A mí qué me importa el escándalo? El bien..., la reputación..., *la publicidad...*, como dice Beauchamp, el periodista. Pero ellos, esa gente del gran mundo, siempre tienen algo que perder con el escándalo, a pesar de sus millones y de sus escudos de armas... ¡eh! ¿Quién es mi padre?

—He venido para decírtelo.

—¡Ah! —exclamó Benedetto con los ojos chispeantes de alegría.

En ese momento se abrió la puerta, y el carcelero, dirigiéndose a Bertuccio:

—Perdón, señor —dijo—, pero el juez de instrucción espera al prisionero.

—Es la clausura de mi interrogatorio —dijo Andrea al digno intendente...— ¡al diablo, el inoportuno!

—Volveré mañana —dijo Bertuccio.

—¡Bueno! —dijo Andrea—. Señores gendarmes, soy todo suyo... ¡Ah! Querido señor, déjeme entonces una docena de escudos en el archivo para que me den aquí lo que necesito.

—Así se hará —replicó Bertuccio.

Andrea le tendió la mano. Bertuccio mantuvo la suya en el bolso y solamente dejó que sonaran algunas monedas.

—Eso es lo que quería decir —dijo Andrea, simulando una sonrisa, pero totalmente subyugado por la extraña tranquilidad de Bertuccio.

«¿Estaré equivocado?», se dijo Andrea, subiendo a ese carruaje oblongo y enrejado que llaman *el cesto de escurrir la ensalada*. «¡Ya veremos!»

—Así que, ¡hasta mañana! —añadió, dándose la vuelta hacia Bertuccio.

—¡Hasta mañana! —respondió el intendente.

Capítulo CVIII

El juez

Recordemos que el abate Busoni se había quedado solo con Noirtier en la cámara mortuoria, y que eran el anciano y el sacerdote quienes se habían constituido en los guardianes del cuerpo de la joven.

Quizá las exhortaciones cristianas del abate, quizá su dulce caridad, quizá su persuasiva palabra, habían dado valor al anciano, pues desde el momento en el que pudo cambiar impresiones con el sacerdote, en lugar de la desesperación que en principio se había apoderado de él, todo en Noirtier anunciaba una gran resignación, una calma muy sorprendente para todos los que recordaban la profunda afición que sentía por Valentine.

El señor de Villefort no había visto al anciano desde la mañana de la muerte. Toda la servidumbre se había renovado: habían contratado a otro ayuda de cámara para él, otro sirviente para Noirtier, dos mujeres habían entrado al servicio de la señora de Villefort: todos, desde el portero al cochero, ofrecían nuevos rostros que se parapetaban, por así decir, ante los diferentes señores de esa casa maldita, e interceptaban las relaciones, de por sí ya bastante frías, que existían entre ellos. Además, la audiencia de lo criminal se abría dentro de tres días, y Villefort, encerrado en su gabinete, perseguía con febril actividad el proceso abierto contra el

asesino de Caderousse. Este asunto, como todos en los que el conde de Montecristo se veía involucrado, había causado un gran revuelo en el mundo parisino. Las pruebas no eran convincentes, puesto que se basaban en unas palabras escritas por un presidiario moribundo, antiguo compañero de presidio del acusado, y que podía acusar a su compañero por odio o por venganza; sólo la conciencia del magistrado se había ya forjado una idea: el fiscal había terminado por darse a sí mismo esa terrible convicción de que Benedetto era culpable, y debía sacar de esa difícil victoria una de esas satisfacciones de amor propio que eran las únicas en despertar un poco en él las fibras de su helado corazón.

El proceso se instruía, pues, gracias al trabajo incesante de Villefort, que quería hacer con él su debut de las próximas sesiones de la Audiencia. Así, se había visto obligado a involucrarse más que nunca para evitar responder a la prodigiosa cantidad de demandas que le dirigían con el objeto de obtener plazas para asistir a la audiencia pública.

Y además, había transcurrido tan poco tiempo desde que la pobre Valentine fuese depositada en la tumba, el dolor de la casa era tan reciente, que nadie se asombraba de ver al padre tan severamente absorto en su deber, es decir, en la única distracción que podía encontrar a su dolor.

Una sola vez, era al día siguiente del día en que Benedetto recibió la segunda visita de Bertuccio, en la que este debiera decirle el nombre de su padre, al día siguiente de ese día, que era domingo, una sola vez, decimos, Villefort había visto a su padre; era en un momento en el que el magistrado, agotado por el cansancio, había bajado al jardín de su palacete, y sombrío, curvado bajo implacables pensamientos, igual que Tarquino^[1] abatiendo con su caña las cabezas de las adormideras más crecidas, el señor de Villefort abatía también con su bastón los largos y moribundos tallos de malvarrosas que se erguían a lo largo de los senderos como espectros de esas flores tan brillantes en la estación que acababa de terminar.

Más de un vez, ya, había ido hasta el fondo del jardín, es decir, hasta esa famosa verja que daba al cercado abandonado, volviendo siempre por el mismo sendero, tomando siempre el paseo con el mismo paso y con el mismo gesto, cuando sus ojos le llevaron maquinalmente hacia la casa, en

la que oía jugar ruidosamente a su hijo, que había vuelto del internado para pasar el domingo y el lunes junto a su madre.

En ese momento vio, a través de una de las ventanas abiertas, al señor Noirtier, que se había dejado conducir hasta esa ventana para disfrutar de los últimos rayos de sol, aún cálido, que venía a saludar a las mortecinas flores de las enredaderas y a las hojas rojizas de las viñas locas que tapizaban el balcón.

Los ojos del anciano estaban pegados, por así decir, en un punto que Villefort sólo veía imperfectamente. Esa mirada de Noirtier estaba tan llena de odio y era tan salvaje, tan ardiente en su impaciencia, que el fiscal, hábil en captar todas las impresiones de ese rostro que tan bien conocía, se apartó de la línea que recorría para ver sobre qué persona caía esa dura mirada.

Entonces vio, bajo una masa de tilos de ramas ya casi desnudas, a la señora de Villefort que, sentada, con un libro en la mano, interrumpía de vez en cuando la lectura para sonreír a su hijo o para devolverle la pelota elástica que obstinadamente lanzaba del salón al jardín.

Villefort palideció, pues comprendía lo que quería el anciano.

Noirtier seguía mirando el mismo objeto; pero, de repente, su mirada fue de la mujer al marido, y fue el mismo Villefort quien sufrió el ataque de esos ojos fulminantes que, cambiando de objeto, habían también cambiado de lenguaje, sin por ello perder su amenazante expresión.

La señora de Villefort, ajena a todas esas pasiones cuyo fuego cruzado pasaba por encima de su cabeza, retenía en ese momento la pelota de su hijo, haciéndole señas para que viniera a buscarla con un beso; pero Édouard se hizo rogar durante algún tiempo; la caricia materna no le parecía probablemente recompensa suficiente como para molestarse en ir a buscarla. Finalmente se decidió, saltó por la ventana cayendo en medio de una masa de heliotropos y de asteres de la China y corrió hacia la señora de Villefort con la frente cubierta de sudor. La señora de Villefort le secó la frente, posó sus labios sobre esa húmeda frente de marfil y despidió al niño con su pelota en una mano y un puñado de caramelos en la otra.

Villefort, llevado por una invisible atracción, como el pájaro se siente atraído por la serpiente, se acercó a la casa; a medida que se iba acercando, la mirada de Noirtier bajaba siguiéndole, y el fuego de sus pupilas parecía tomar un grado tal de incandescencia, que Villefort se sentía devorado por ese fuego hasta el fondo de su corazón. En efecto, se leía en esa mirada un sangriento reproche al mismo tiempo que una terrible amenaza. Entonces, los párpados y los ojos de Noirtier se elevaron al cielo, como si recordase a su hijo un juramento olvidado.

—¡Está bien! Señor —replicó Villefort desde el jardín—, ¡está bien! Tenga paciencia, un día más; lo que dije queda dicho.

Noirtier pareció más tranquilo tras esas palabras, y sus ojos se volvieron con indiferencia hacia otro lado.

Villefort se desabotonó violentamente la levita que le ahogaba, pasó una mano lívida por la frente y volvió a su gabinete.

La noche transcurrió fría y tranquila; todo el mundo se acostó y durmió según la costumbre de la casa. Sólo, como de costumbre también, Villefort no se acostó al mismo tiempo que los demás, y trabajó hasta las cinco de la mañana, revisando los últimos interrogatorios que habían llevado a cabo la víspera los magistrados instructores, compulsando las deposiciones de los testigos y poniendo en limpio su acta de acusación, una de las más enérgicas y más hábilmente concebidas de las que nunca hubiera escrito.

Era al día siguiente, lunes, cuando debía tener lugar la primera sesión de la audiencia. Aquel día, Villefort vio despuntar el alba, macilenta y siniestra, y su resplandor azulado vino a relumbrar sobre el papel las líneas trazadas con tinta roja. El magistrado se había quedado dormido un instante, mientras que la lámpara daba los últimos suspiros; se despertó con los chisporroteos, con los dedos mojados y llenos de tinta como si los hubiera sumergido en sangre.

Abrió la ventana; una gran banda anaranjada cruzaba a lo lejos el cielo y cortaba en dos los delgados álamos que se perfilaban en negro sobre el horizonte. En el campo de alfalfa, al otro lado de la verja de los castaños, una alondra subía al cielo, dejando oír su canto claro y matinal.

El aire húmedo del alba inundó el rostro de Villefort y refrescó su memoria.

—Será hoy —dijo con esfuerzo—; hoy, el hombre que va a disponer del poder de la justicia, debe golpear allá donde estén los culpables.

Y entonces, muy a su pesar, dirigió su mirada a la ventana de Noirtier, que se adentraba un poco; la ventana donde había visto al anciano la víspera.

Las cortinas estaban echadas.

Y, sin embargo, la imagen de su padre estaba de tal manera tan presente que se dirigió a esa ventana cerrada como si estuviera abierta y, a través de esa abertura, vio de nuevo al amenazante anciano.

—¡Sí —musitó—, sí, puedes estar tranquilo!

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y, con la cabeza así inclinada, dio algunas vueltas por el despacho; después, finalmente, se acostó sobre un canapé, vestido como estaba, no tanto para dormir como para desentumecer los miembros rígidos por la fatiga y el frío del trabajo que penetra hasta la médula de los huesos.

Poco a poco todo el mundo se fue despertando. Villefort, desde su gabinete, oyó los sucesivos ruidos que constituyen, por decirlo así, la vida de la casa; las puertas en movimiento, el tintineo de la campanilla de la señora de Villefort que llamaba a su doncella, los primeros gritos del niño que se levantaba alegre como uno se levanta habitualmente a esa edad.

Villefort llamó también. Su nuevo ayuda de cámara entró y le trajo los periódicos.

Al mismo tiempo que los periódicos le trajo una taza de chocolate.

—¿Qué me trae aquí? —preguntó Villefort.

—Una taza de chocolate.

—No la he pedido. ¿Quién se ha tomado la molestia por mí?

—La señora; me ha dicho que sin duda el señor tenía que hablar hoy en ese asunto de asesinato y que necesitaba tomar fuerzas.

Y el sirviente dejó sobre la mesa dispuesta junto al canapé, mesa que, como todas, estaba llena de papeles, la taza de plata dorada.

El criado salió.

Villefort miró un instante la taza con aire sombrío, después, de repente, la cogió con un movimiento nervioso, y vació de un solo trago el brebaje que contenía. Se diría que esperaba que ese brebaje fuera mortal y que apelaba a la muerte para librarse de un deber que le ordenaba algo más difícil que morir. Después, se levantó y se paseó por el despacho con una especie de sonrisa que hubiera sido terrible de ver, si alguien la hubiera visto.

El chocolate era inofensivo, y el señor de Villefort no sintió nada.

Llegada la hora del almuerzo, el señor de Villefort no se presentó a la mesa. El ayuda de cámara entró de nuevo en el gabinete.

—La señora advierte al señor de que son las once y que a las doce es la audiencia.

—¿Y bien —dijo Villefort—, qué?

—Que la señora se ha arreglado, está preparada y pregunta si acompañará al señor.

—¿Adónde?

—Al Palacio de Justicia.

—¿Para qué?

—La señora dice que desea mucho asistir a esa sesión.

—¡Ah! —dijo Villefort en un tono casi pavoroso—. ¡Desea eso!

El criado dio un paso hacia atrás y dijo:

—Si el señor desea salir solo, iré a decírselo a la señora.

Villefort se quedó un instante mudo; hundió con las uñas su mejilla pálida, en la que crecía una barba negra como el ébano.

—Diga a la señora —respondió al fin— que tengo que hablar con ella, y que le ruego me espere en su habitación.

—Sí, señor.

—Después vuelva para afeitarme y vestirme.

—Al instante.

El ayuda de cámara desapareció en efecto para volver a entrar, afeitó a Villefort y le ayudó a vestirse solemnemente de negro.

Después, cuando terminó:

—La señora ha dicho que esperaría al señor en cuanto estuviera listo —dijo.

—Ya voy.

Y Villefort, con los dosieres bajo el brazo y el sombrero en la mano, se dirigió al apartamento de su esposa.

En la puerta, se detuvo un instante y se enjugó con el pañuelo el sudor que le caía por su frente lívida.

Después, empujó la puerta.

La señora de Villefort estaba sentada sobre una otomana, hojeando con impaciencia periódicos y revistas que el joven Édouard se divertía haciendo pedazos incluso antes de que su madre pudiera leerlos. Estaba completamente vestida para salir; tenía el sombrero sobre un sillón; se había puesto los guantes.

—¡Ah! Ya está aquí, señor —dijo con su voz más natural y tranquila—; ¡Dios mío! ¡Qué pálido está, señor! ¿Otra vez ha trabajado toda la noche? ¿Por qué no ha venido a almorzar con nosotros? Y bien, ¿me lleva o voy sola con Édouard?

Como se ve, la señora de Villefort había multiplicado las preguntas para obtener una respuesta; pero ante todas ellas el señor de Villefort se había quedado frío y mudo como una estatua.

—Édouard —dijo Villefort fijando una mirada imperiosa en el niño—, ve a jugar al salón, amigo mío, tengo que hablar con tu madre.

La señora de Villefort, viendo esa fría actitud, ese tono resuelto, esos preliminares extraños, se sobresaltó.

Édouard levantó la cabeza y miró a su madre; después, al ver que ella no confirmaba la orden del señor de Villefort, se puso de nuevo a cortar la cabeza a sus soldaditos de plomo.

—¡Édouard! —gritó el señor de Villefort, con tanta rudeza que el niño dio un salto en la alfombra—. ¿Me oyes? ¡Sal de aquí!

El niño, poco habituado a ese trato, se puso en pie y palideció; sería difícil decir si de cólera o de miedo.

Su padre fue hacia él, le cogió del brazo, y lo besó en la frente.

—¡Ve, hijo mío, ve!

Édouard salió.

El señor de Villefort fue a la puerta y la cerró por dentro con cerrojo.

—¡Oh, Dios mío! —dijo la joven esposa mirando a su marido hasta el fondo del alma y esbozando una sonrisa que heló la impasibilidad de Villefort—. ¿Pero qué ocurre?

—Señora, ¿dónde esconde el veneno del que se sirve habitualmente? —articuló netamente y sin preámbulos el magistrado, colocado entre la puerta y su mujer.

La señora de Villefort sintió lo que debe sentir la alondra cuando ve al milano estrechar por encima de su cabeza sus círculos criminales.

Un sonido ronco, roto, que no era ni un grito ni un suspiro, se escapó del pecho de la señora de Villefort, que palideció hasta la lividez.

—Señor —dijo—, yo..., yo no entiendo...

Y como se había incorporado en un paroxismo de terror, en un segundo paroxismo, más fuerte que el primero sin duda, se dejó caer entre los cojines del diván.

—Le preguntaba —continuó Villefort con una voz totalmente tranquila— en qué lugar esconde el veneno con el que mató a mi suegro, el señor de Saint-Méran, a mi suegra, a Barrois y a mi hija Valentine.

—¡Ah! Señor —exclamó la señora de Villefort juntando las manos—. ¿Pero, qué me está diciendo?

—No le corresponde a usted interrogar, sino responder.

—¿A quién, al marido o al juez? —balbuceó la señora de Villefort.

—¡Al juez, señora, al juez!

Era un espantoso espectáculo, la palidez de esa mujer, la angustia de su mirada, el temblor de todo su cuerpo.

—¡Ah! ¡Señor! —murmuró—. ¡Ah! ¡Señor...!

Y eso fue todo.

—¡No responde, señora! —exclamó el terrible interrogador.

Después, añadió con una sonrisa más pavorosa aún que su cólera:

—¡También es cierto que no lo niega!

Ella hizo un movimiento.

—Y no podría negarlo —añadió Villefort extendiendo la mano hacia ella como para señalarla en nombre de la justicia—; usted ha cometido los diferentes crímenes con una impúdica destreza, pero crímenes que, sin embargo, sólo podían engañar a las personas dispuestas, por su afecto, a

estar ciegos respecto a usted. Desde la muerte de la señora de Saint-Méran, supe que había un envenenador en la casa; el señor d'Avrigny me previno; después de la muerte de Barrois, ¡que Dios me perdone!, mis sospechas recayeron sobre alguien, ¡sobre un ángel! Mis sospechas que, incluso cuando no hay crimen, vigilan sin cesar siempre encendidas en el fondo de mi corazón; pero después de la muerte de Valentine, ya no tuve ninguna duda, señora, y no solamente yo, sino también otros; así su crimen, conocido por dos personas más, ahora sospechado por varios, se hará público; y como le decía ahora, señora, no es un marido el que habla, ¡es un juez!

La mujer se ocultó el rostro con las manos.

—¡Oh, señor! —balbuceó—. Se lo suplico, ¡no crea en las apariencias!

—¿Será usted cobarde? —exclamó Villefort en un tono de desprecio—. En efecto, siempre he visto que los envenenadores eran cobardes. ¿Será cobarde, cuando ha tenido el espantoso valor de ver expirar delante de usted a dos ancianos y a una joven asesinada por usted?

—¡Señor!, ¡señor!

—¿Será usted cobarde —continuó Villefort con creciente exaltación—, usted que ha contado uno a uno los minutos de cuatro agonías, usted que ha combinado sus infamantes planes y mezclado esos brebajes infames con una precisión y una habilidad tan milagrosa? Usted, que tan bien calculó todo, ¿se habrá olvidado de calcular una sola cosa, es decir, adónde podría llevarle la revelación de sus crímenes? ¡Oh! Eso es imposible, y habrá guardado algún veneno más dulce, más sutil y más efectivo que los otros para escapar del castigo que merece... ¿habrá hecho eso, al menos?

La señora de Villefort se retorció las manos y cayó de rodillas.

—Ya sé... ya sé —dijo—, ahora confiesa; pero la confesión hecha ante los jueces, la confesión del último momento, la confesión que no se puede negar, esa es una confesión que no disminuye en nada el castigo que los jueces infligen al culpable.

—¡El castigo! —exclamó la señora de Villefort—, ¡el castigo! Señor, ¡ya lo ha pronunciado dos veces, señor!

—Sin duda. ¿Es que porque sea cuatro veces culpable cree que va a escapar del castigo? ¿Es que porque sea la mujer de quien requiere ese

castigo, cree que el castigo no va a alcanzarla? ¡No, señora, no! Sea quien sea la envenenadora, siempre le espera el cadalso, sobre todo si, como le decía antes, la envenenadora no se ha ocupado de guardar para ella algunas gotas de su veneno más seguro.

La señora de Villefort dio un grito salvaje, y el terror espantoso e indomable invadió sus rasgos descompuestos.

—¡Oh! No tema el cadalso, señora —dijo el magistrado—, no quiero deshonrarla, pues sería deshonrarme a mí mismo; no, al contrario, si me ha entendido bien, debe comprender que no puede morir en el cadalso.

—No, no lo he entendido; ¿qué quiere decir? —balbuceó la desgraciada mujer, completamente aterrada.

—Quiero decir que la mujer del primer magistrado de la capital no llenará de infamia un nombre sin tacha, y no deshonrará a la vez a su marido y a su hijo.

—¡No! ¡Oh! ¡No!

—¡Y bien, señora! Será una buena acción por su parte, y le agradezco esa buena acción.

—¡Agradecerme! ¿Pero, por qué?

—Por lo que acaba de decir.

—¡Pero, qué he dicho! No sé lo que digo, la cabeza me da vueltas; no entiendo nada, ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y se puso en pie, con el cabello despeinado y los labios llenos de espuma.

—Ha respondido, señora, a la pregunta que le hice al entrar: ¿dónde esconde el veneno que utiliza habitualmente, señora?

La señora de Villefort levantó los brazos al cielo y apretó convulsivamente las manos una contra otra.

—No, no —vociferó—. ¡No, usted no quiere eso!

—Lo que no quiero, señora, es que perezca en un cadalso, ¿me oye? —respondió Villefort.

—¡Oh! Señor, ¡piedad!

—Lo que yo quiero es que se haga justicia. Mi función en el mundo es castigar, señora —añadió con una mirada fulgurante—; a cualquier otra mujer, aunque fuera a una reina, la enviaría al verdugo; pero a usted, con

usted será misericordioso. A usted le digo: ¿no es cierto, señora, que ha guardado algunas gotas de su veneno más dulce, más rápido y más seguro?

—¡Oh! ¡Perdóneme, señor, déjeme vivir!

—¡Sí que era cobarde! —dijo Villefort.

—¡Piense que soy su esposa!

—¡Es una envenenadora!

—¡En nombre del Cielo!

—¡No!

—¡En nombre del amor que sintió por mí...!

—¡No!, ¡no!

—¡En nombre de nuestro hijo! ¡Ah! ¡Por nuestro hijo, déjeme vivir!

—¡No!, ¡no!, ¡no! Le digo que no; un día, si la dejase vivir, le mataría también como a los demás.

—¡Yo! ¡Matar a mi hijo! —exclamó esta madre salvaje echándose sobre Villefort—. ¡Yo! ¡Matar a mi Édouard...! ¡Ah!, ¡ah!

Y una risa espantosa, una risa de demonio, una risa de loca acabó la frase y se perdió en un estertor sangriento.

La señora de Villefort había caído de rodillas a los pies de su marido.

Villefort se acercó.

—Piense bien esto, señora —dijo—, si cuando vuelva no se ha hecho justicia, yo mismo la denuncio con mi propia boca, y la detengo con mis propias manos.

La mujer escuchaba, jadeante, abatida, aplastada; sólo sus ojos seguían vivos en ella, y albergaban un fuego terrible.

—Ya me oye —dijo Villefort—; voy allá a requerir la pena de muerte contra un asesino..., si, cuando vuelva, la encuentro viva, dormirá hoy en la prisión de la Conciergerie.

La señora de Villefort suspiró, sus nervios se distendieron, y cayó rota sobre la alfombra.

El fiscal del rey pareció sentir un impulso de compasión, la miró con menos severidad, e inclinándose ligeramente ante ella:

—Adiós, señora —dijo lentamente—, ¡adiós!

Y ese adiós cayó como el cuchillo mortal sobre la señora de Villefort. Se desvaneció.

El fiscal del rey salió y, al salir, cerró la puerta con doble vuelta de llave.

Capítulo CIX

Audiencia pública

El asunto Benedetto, como se decía entonces en París y en el gran mundo, había producido una enorme sensación. Habitual del Café de París, del bulevar de Gand y del Bois de Boulogne, el falso Cavalcanti, mientras había vivido en París y durante los dos o tres meses que había durado su esplendor, se había hecho con un montón de amigos. Los periódicos contaban las diversas estaciones del procesado en su vida elegante y en su vida de presidio, lo que resultaba del más vivo interés, sobre todo para los que habían conocido personalmente al príncipe Andrea Cavalcanti; además, sobre todo esos, estaban decididos a arriesgar lo que fuera para ir a ver al banquillo de los acusados al señor Benedetto, el asesino de su colega de cadena.

Para muchos, Benedetto era, si no una víctima, sí al menos un error de la justicia. Habían visto al señor Cavalcanti padre en París, y esperaban verlo de nuevo aparecer para reclamar a su ilustre vástago. Buen número de personas, que nunca habían oído hablar de la famosa casaca polaca con la que había desembarcado en casa del conde de Montecristo, se sentía atraído por sus aires de dignidad, por sus aires de gentilhombre y por la sabiduría del mundo que había demostrado el viejo patricio, el cual, hay

que decirlo, parecía un perfecto caballero siempre que no hablara de aritmética ni la practicara.

En cuanto al mismo acusado, mucha gente recordaba haberle visto tan amable, tan apuesto, tan pródigo, que preferían creer en alguna maquinación por parte de un enemigo, como las hay en ese mundo donde las grandes fortunas cultivan los modos de hacer el bien y el mal, a la altura de lo mágico; y de ejercer el poder, a la altura de lo inaudito.

Unos y otros acudían, pues, a la sesión de la audiencia; unos para saborear el espectáculo, otros para comentarlo. Desde las siete de la mañana hacían cola delante de la verja, y una hora antes de la apertura de la sesión la sala estaba ya llena de privilegiados.

Antes de la entrada del tribunal, e incluso, a menudo, después, una sala de audiencia, en los días de procesos importantes, se parece mucho a un salón en el que los asistentes se reconocen, se abordan cuando están lo suficientemente cerca unos de otros para no perder su sitio, o se hacen señas cuando están separados por un gran número de gente, de abogados y de gendarmes.

Hacía uno de esos magníficos días de otoño que nos resarcen a veces de un verano ausente o demasiado breve; las nubes que el señor de Villefort había visto por la mañana arañar el sol naciente se habían disipado como por arte de magia, y dejaban brillar en toda su pureza uno de los últimos días, uno de los más dulces días de septiembre.

Beauchamp, uno de los reyes de la prensa, y teniendo, en consecuencia, su trono en todas partes, escudriñaba a derecha y a izquierda. Vio a Château-Renaud y a Debray que acababan de obtener un gran favor de un guardia municipal, del que habían conseguido que se pusiera detrás de ellos y no delante, quitándoles la vista, como tenía derecho a hacer. El digno agente había oído al secretario del Ministerio y al millonario; se mostró lleno de atenciones para con sus nobles vecinos y les permitió incluso ir a hacer una visita a Beauchamp, prometiendo guardarles el sitio.

—Y bien —dijo Beauchamp—, ¿así que venimos a ver a nuestro amigo?

—¡Eh! Díos mío, sí —respondió Debray—: ¡el digno príncipe! ¡Que el diablo se lleve a todos esos príncipes italianos, va!

—¡Un hombre que tenía a Dante por genealogista y que se remontaba a *La Divina Comedia*!

—Nobleza de horca —dijo flemáticamente Château-Renaud.

—Será condenado, ¿no? —preguntó Debray a Beauchamp.

—¡Eh! Querido —respondió el periodista—, me parece que es a usted a quien hay que preguntar eso: usted conoce mejor que nosotros lo que se cuece en los despachos; ¿ha visto usted al presidente en la última *soirée* de su ministro?

—Sí.

—¿Qué le ha dicho?

—Algo que le va a asombrar.

—¡Ah! Entonces, hable deprisa, vamos, querido amigo, que hace mucho tiempo que no me cuenta nada de ese estilo.

—Pues bien, me dijo que Benedetto, a quien se ve como a un fénix de la sutileza, como a un gigante de la astucia, no es más que un simple ratero subalterno, muy necio, y totalmente indigno de las experiencias que harán después de su muerte con sus órganos frenológicos.

—¡Bah! —dijo Beauchamp—. Pues sin embargo representaba pasablemente bien el papel de príncipe.

—Para usted, Beauchamp, que los detesta, a esos desgraciados príncipes, y que se siente encantado cuando ve en ellos malos modales; pero no para mí, que huelo por instinto a un gentilhombre y que levanto la liebre de una familia aristocrática, cualquiera que sea, como un verdadero sabueso del blasón.

—¿Así que nunca creyó en su principado?

—¿En su principado? Ni en su calidad de príncipe tampoco, no.

—No estaba mal —dijo Debray—; yo les aseguro, sin embargo, que para cualquier otro que no fuera usted, podía pasar... Yo le he visto en casa de ministros.

—¡Ah! Sí —dijo Château-Renaud—; ¡como si sus ministros fuesen expertos en príncipes!

—Hay algo muy bueno en lo que acaba de decir, Château-Renaud —respondió Beauchamp rompiendo a reír—; la frase es corta, pero simpática. Le pido permiso para usarla en mi informe.

—Cójala, mi querido señor Beauchamp —dijo Château-Renaud—; cójala; le doy mi frase por lo que vale.

—Pero —dijo Debray a Beauchamp—, si yo he hablado con el presidente, ¿usted ha debido hablar con el fiscal del rey?

—Imposible; desde hace ocho días el señor de Villefort se oculta; es muy natural: esa extraña sucesión de desgracias domésticas coronada por la extraña muerte de su hija...

—¡La extraña muerte! ¿Qué está diciendo, Beauchamp?

—¡Oh! Sí, hágase ahora el ignorante, bajo pretexto de que todo eso ocurre en la nobleza de toga —dijo Beauchamp, colocándose en el ojo el monóculo y forzándolo para que se sujetase solo.

—Mi querido señor —dijo Château-Renaud—, permítame decirle que, en cuanto a monóculos, no tiene usted la habilidad de Debray. Debray, dé alguna lección al señor Beauchamp.

—Mira —dijo Beauchamp—, no me equivoco.

—¿En qué?

—Es ella.

—¿Quién?

—Decían que se había marchado.

—¿La señorita Eugénie? —preguntó Château-Renaud—. ¿Es que habrá vuelto?

—No, su madre.

—¿La señora Danglars?

—¡Vamos, hombre! —dijo Château-Renaud—. Imposible; ¡diez días después de la huida de su hija, tres días después de la bancarrota de su marido!

Debray se sonrojó ligeramente y siguió la dirección de la mirada de Beauchamp.

—¡Vamos, hombre! —dijo—. Es una mujer cubierta con un velo, una dama desconocida, alguna princesa extranjera, la madre del príncipe Cavalcanti, quizá; pero, decía usted, o más bien iba a decir, cosas muy interesantes, Beauchamp, me parece.

—¿Yo?

—Sí. Hablaba de la extraña muerte de Valentine.

—¡Ah! Sí, es cierto; ¿pero, por qué la señora de Villefort no está aquí?

—¡Pobre buena mujer! —dijo Debray—. Estará sin duda ocupada destilando agua de melisa para los hospitales, y elaborando cosméticos para ella y para sus amigas. Usted sabe que en ese entretenimiento gasta dos o tres mil escudos al año, por lo que dicen. De hecho, tiene usted razón, ¿por qué no está aquí la señora de Villefort? Me gustaría verla; me gusta mucho esta mujer.

—Pues yo —dijo Château-Renaud— la detesto.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Por qué nos gusta alguien? ¿Por qué detestamos a alguien? Yo la detesto por antipatía.

—O por instinto, también.

—Quizá..., pero volvamos a lo que decía usted, Beauchamp.

—Y bien —repuso Beauchamp—, ¿no tienen ustedes, señores, curiosidad por saber por qué arrecia tanto la muerte en casa de Villefort?

—*Arreciar...*, es bonito —dijo Château-Renaud.

—Querido amigo, la palabra se encuentra ya en Saint-Simon.

—Pero la cosa se encuentra en casa del señor de Villefort; volvamos a ella, entonces.

—¡A fe mía! —dijo Debray—. Confieso que no pierdo de vista esa casa de luto desde hace tres meses, anteayer mismo, me hablaba la señora a propósito de Valentine.

—¿De qué señora habla...? —preguntó Château-Renaud.

—Pues de la mujer del ministro, ¡pardiez!

—¡Ah! Perdón —dijo Château-Renaud—, yo no frecuento las casas de los ministros; dejo eso para los príncipes.

—Siempre ha sido usted apuesto, barón, pero ahora está usted flamígero, tenga compasión de nosotros o va usted a hacernos arder como otro Júpiter.

—Pues ya no diré nada más —dijo Château-Renaud—; pero, ¡qué diablos!, tengan ustedes piedad de mí y no me den la réplica.

—Veamos, tratemos de llegar al final de nuestro diálogo, Beauchamp; yo les decía que la señora me pedía anteayer alguna información al respecto; instrúyanme y yo les instruiré.

—Pues bien, señores, mantengo mi palabra, si la muerte arrecia en casa de Villefort, ¡es que hay un asesino en la casa!

Los dos jóvenes se sobresaltaron, pues ya se les había ocurrido la idea más de una vez.

—¿Y quién es ese asesino? —preguntaron.

—El pequeño Édouard.

Una carcajada de los dos interlocutores no desconcertó en absoluto al orador, que continuó:

—Sí, señores, el joven Édouard, un niño que es todo un fenómeno, que mata ya como papá y mamá.

—¿Es una broma?

—En absoluto; ayer contraté a un criado de los que salieron de casa de Villefort: escuchen esto.

—Somos todo oídos.

—Bueno, un criado al que voy a despedir mañana, porque come muchísimo, debe ser para reponerse del ayuno debido al terror que sentía allí. Pues bien, parece que ese querido niño ha echado mano de algún frasquito de droga que usa de vez en cuando contra alguien que no le gusta. Primero fueron los abuelitos Saint-Méran, que le desagradaban; les echó tres gotitas de su elixir: tres gotas bastan; después el bueno de Barrois, viejo sirviente de abuelito Noirtier, quien de vez en cuando trataba con dureza a ese encantador diablillo que ya conocen. El encantador diablillo le puso tres gotas de su elixir. Así hizo con la pobre Valentine, que no le trataba con rudeza, pero de la que se sentía celoso: le instiló tres gotas de su elixir, y para ella, como para todos los demás, todo se acabó.

—¿Pero, qué diablo de historia nos cuenta? —dijo Château-Renaud.

—Sí —dijo Beauchamp—, una historia de otro mundo, ¿no es eso?

—Es absurdo —dijo Debray.

—¡Ah! —repuso Beauchamp—. ¡Ya veo que buscan estrategias dilatorias! ¡Qué diablos! Pregunten a mi lacayo, o más bien a quien mañana dejará de ser mi lacayo: ese era el rumor que corría por la casa.

—Pero ese elixir, ¿dónde está? Y ¿qué es?

—¡Hombre! El niño lo esconde.

—¿Y de dónde lo ha sacado?

—Del laboratorio de su señora madre.

—¿Entonces su madre guarda venenos en su laboratorio?

—¡Y yo qué sé! Me hacen preguntas propias de un juez. Repito lo que me han dicho, eso es todo; les cito el autor; no puedo hacer nada más. El pobre diablo no comía, del espanto.

—¡Es increíble!

—Pues no es tan increíble, recuerden, el año pasado, aquel niño de la calle de Richelieu, que se entretenía matando a sus hermanos y hermanas clavándoles un alfiler en el oído, mientras dormían. La generación que nos sigue es muy precoz, querido amigo.

—Querido —dijo Château-Renaud—, apuesto a que usted no cree ni una sola palabra de lo que acaba de contarnos... Pero, no veo al conde de Montecristo; ¿cómo es que no está aquí?

—Está harto de todo esto —dijo Debray—, y además, no querrá aparecer ante todo el mundo, él que ha sido objeto de engaño de todos los Cavalcanti, que se le presentaron, por lo que parece, con cartas de credenciales falsas, de manera que tiene hipotecados, sobre ese principado, unos cien mil francos.

—A propósito, señor de Château-Renaud —preguntó Beauchamp—, ¿qué tal está Morrel?

—A fe mía —dijo el gentilhomme—, que he ido a su casa unas tres veces, y no hay manera de echarle el guante. Sin embargo, su hermana no pareció preocupada en absoluto, y me dijo con muy buena cara que no lo había visto desde hacía dos o tres días, pero que estaba segura de que se encontraba bien.

—¡Ah! ¡Ya caigo! El conde de Montecristo no puede venir a esta sala —dijo Beauchamp.

—¿Por qué?

—Porque es actor en el drama.

—¿Es que también él ha asesinado a alguien? —preguntó Debray.

—No, es a él, por el contrario, a quien quisieron asesinar. Ya saben que fue saliendo de su casa cuando ese buen Caderousse fue asesinado por su pequeño Benedetto. Ya saben que fue en su casa donde encontraron el

famoso chaleco en cuyo bolsillo hallaron la carta que vino a cortar con la firma del contrato matrimonial. ¿Ven el famoso chaleco? Está allí, todo ensangrentado, sobre la mesa, como prueba del delito.

—¡Ah! Muy bien.

—¡Chsss! Señores, ahí está el tribunal; ¡vamos a nuestros asientos!

En efecto, un gran bullicio se oía en la sala de audiencias; el agente municipal llamó a sus dos protegidos con un «¡eh!», enérgico y el ujier, apareciendo en el umbral de la sala de las deliberaciones, gritó con esa voz impostada que los ujieres tenían ya desde los tiempos de Beaumarchais:

—¡Señores: el tribunal!

Capítulo CX

El acta de acusación

Los jueces abrieron la sesión en medio del más profundo silencio; los jurados se sentaron en sus asientos; el señor de Villefort, objeto de la atención general y, diríamos casi, de la admiración general, se situó con el tocado de fiscal en su sillón, paseando una mirada tranquila a su alrededor.

Todo el mundo observaba con asombro esa figura grave y severa, sobre cuya impassibilidad el dolor paterno no parecía que hubiera dejado huella, y miraban con una especie de terror a este hombre ajeno a las emociones humanas.

—¡Guardias! —dijo el presidente—. Traigan al acusado.

Al oír esas palabras, la atención del público se hizo más activa, y todos los ojos quedaron fijos en la puerta por la que Benedetto debía entrar.

Pronto, dicha puerta se abrió y el acusado entró.

La impresión que causó fue la misma entre todos los asistentes, y nadie se llamó a engaño sobre la expresión de toda su fisonomía.

Sus rasgos no llevaban la huella de esa emoción profunda que comprime la sangre en el corazón y decolora la frente y las mejillas. Las manos, graciosamente colocadas, una en el sombrero, y la otra en la abertura de su chaleco de piqué blanco, no estaban agitadas por ningún

temblor: sus ojos estaban tranquilos e incluso brillantes. Apenas llegado a la sala, la mirada del joven se puso a recorrer todas las filas de jueces y de asistentes, y se detuvo más largamente en el presidente y, sobre todo, en el fiscal del reino.

Junto a Andrea se situó su abogado, abogado nombrado de oficio pues Andrea no había querido ocuparse de esos detalles a los que parecía no conceder ninguna importancia; el abogado era un joven de cabellos de un rubio insípido, con la cara enrojecida por una emoción cien veces más sensible que la del acusado.

El presidente solicitó la lectura del acta de acusación, redactada, como se sabe, por la muy hábil y muy implacable pluma de Villefort.

Durante la lectura, que fue larga, y que para cualquier otro hubiese sido demoledora, la atención pública no dejó de fijarse en Andrea, que sostuvo el peso de la misma con la satisfacción de un alma espartana.

Quizá nunca Villefort había sido tan conciso y tan elocuente; presentaba el crimen con los colores más vivos; los antecedentes del acusado, su transfiguración, la filiación de sus actos desde su más tierna edad eran deducidos con el talento que la práctica de la vida y el conocimiento del corazón humano podían suministrar a un espíritu tan elevado como el del fiscal del rey.

Con sólo ese preámbulo, Benedetto estaba perdido para siempre ante la opinión pública, mientras aguardaba a ser castigado más materialmente por la ley.

Andrea no prestó la menor atención a los sucesivos cargos que se levantaban y caían sobre él: el señor de Villefort, que le observaba a menudo y que, sin duda, continuaba con él los estudios psicológicos que a menudo había tenido ocasión de hacer en los acusados, el señor de Villefort, decimos, no pudo ni una sola vez conseguir que Andrea bajara los ojos, fuera cual fuera la fijeza y la profundidad de su mirada.

Finalmente concluyó la lectura.

—Acusado —dijo el presidente—, ¿su nombre y apellidos?

Andrea se puso en pie.

—Perdone, señor presidente —dijo con una voz cuyo timbre vibraba perfectamente puro—, pero veo que va a disponer de un orden de

preguntas que yo no puedo seguir. Tengo la pretensión de justificar más tarde el ser una excepción de entre los acusados ordinarios. Tenga a bien, pues, se lo ruego, permitirme responder siguiendo un orden diferente; no por ello dejaré de contestar a todas sus preguntas.

El presidente, sorprendido, miró a los jurados, que miraron al fiscal.

Una gran sorpresa se manifestó en toda la asamblea. Pero Andrea no pareció inmutarse en absoluto.

—¿Su edad? —dijo el presidente—. ¿Responderá usted a esta pregunta?

—A esta pregunta, como a las demás, responderé, pero a su debido tiempo.

—¿Su edad? —repitió el magistrado.

—Tengo veintiún años, o más bien los tendré dentro de algunos días, pues nací la noche del 27 al 28 de septiembre de 1817.

El señor de Villefort, que estaba tomando notas, levantó la cabeza al oír esa fecha.

—¿Dónde nació usted? —continuó el presidente.

—En Auteuil, cerca de París —respondió Benedetto.

El señor de Villefort levantó por segunda vez la cabeza, miró a Benedetto como hubiera mirado la cabeza de la Medusa, y se puso lívido.

En cuanto a Benedetto, se pasó gentilmente por los labios la punta bordada de un pañuelo de fina batista.

—¿Su profesión? —preguntó el presidente.

—Al principio era estafador —dijo Andrea con toda la tranquilidad del mundo—; después pasé a ser ladrón y, muy recientemente, me he hecho asesino.

Un murmullo, o mejor, una tempestad de indignación y de sorpresa estalló en la sala por todas partes; los jueces mismos se miraron estupefactos, los jurados mostraron su mayor repugnancia por el cinismo que tan poco se esperaban de un hombre elegante.

El señor de Villefort apoyó una mano en la frente que, en principio pálida, ahora se volvía roja e hirviente; de repente se levantó, mirando por todo alrededor como si anduviera perdido: le faltaba el aire.

—¿Busca usted algo, señor fiscal del rey? —preguntó Benedetto con su más complaciente sonrisa.

El señor de Villefort no respondió y se volvió a sentar, o más bien se desplomó sobre el sillón.

—¿Es ahora, acusado, cuando consiente en decir su nombre? —preguntó el presidente—. La afectación brutal que usted ha puesto en enumerar sus diferentes crímenes, que usted califica de profesión, la especie de pundonor que pone en ello, es algo por lo que, en nombre de la moral y del respeto debido a la humanidad, el tribunal debe recriminarle severamente; quizá esa sea la razón por la que tarda usted en identificarse. Usted quiere que ese nombre sobresalga entre los títulos que le preceden.

—Es increíble, señor presidente —dijo Benedetto, con el tono de voz más gentil y con los modales de la más exquisita cortesía—, cómo ha leído usted, en efecto, en el fondo de mi pensamiento; es en efecto, con ese fin por lo que le rogué que invirtiera el orden de las preguntas.

El estupor había llegado al colmo; ya no había en las palabras del acusado ni fanfarronería ni cinismo; el auditorio, conmovido, presentía algún rayo deslumbrante en el fondo de esa tempestad sombría.

—Y bien —dijo el presidente—, ¿su nombre?

—No puedo decirle mi nombre, porque no lo sé; pero sé el nombre de mi padre, y puedo decírselo.

Un doloroso deslumbramiento cegó a Villefort; caían de sus mejillas gotas de sudor apresuradas y corrosivas sobre los papeles que agitaba con una mano convulsa y extraviada.

—Diga entonces el nombre de su padre —repuso el presidente.

Ni un aliento, ni una respiración turbaban el silencio de esa inmensa asamblea: todo el mundo aguardaba.

—Mi padre es fiscal del rey —respondió tranquilamente Andrea.

—¡Fiscal del rey! —dijo con estupefacción el presidente, sin observar la conmoción que sufría el rostro de Villefort—. ¡Fiscal del rey!

—Sí, y puesto que quiere saber su nombre, se lo voy a decir: ¡se llama de Villefort!

La explosión, tanto tiempo contenida por el respeto que en las audiencias se siente por la justicia, estalló, como un trueno, desde el fondo

de todos los pechos; el tribunal mismo ni siquiera pensó en reprimir el movimiento de la multitud. Las imprecaciones, las injurias dirigidas a Benedetto, que permanecía impasible, los gestos llenos de energía, el movimiento de los gendarmes, las risas burlonas de esa parte fangosa que en toda reunión de masas sube a la superficie en los momentos de desorden o de escándalo, todo eso, duró cinco minutos, hasta que los magistrados y los ujieres consiguieron restablecer el silencio.

En medio de todo ese ruido, se elevaba la voz del presidente que exclamaba:

—Se burla usted de la justicia, acusado, ¿osaría usted dar a sus conciudadanos el espectáculo de una corrupción que, a pesar de que la época en la que vivimos no deja nada que desear a ese respecto, no tiene aún parangón?

Diez personas se apresuraban junto al señor fiscal, medio aplastado en su asiento, y le ofrecían consuelo, palabras de ánimo, protestas de celo y de simpatía.

La calma se restableció en la sala, a excepción, sin embargo, de un punto en el que un grupo bastante numeroso se agitaba y cuchicheaba.

Una mujer, decían, acababa de desvanecerse, le habían hecho respirar sales, y se había repuesto.

Andrea, durante todo ese tumulto, había vuelto su sonriente cara hacia los asistentes; después, apoyándose al fin con una mano sobre la barandilla de roble situada delante del banquillo de los acusados, y eso con la mayor gentileza:

—Señores —dijo—, Dios no quiera que yo trate de insultar al tribunal, y de desencadenar un escándalo inútil delante de toda esta asamblea. Se me pregunta qué edad tengo, y lo digo; se me pregunta dónde nací, y respondo; se me pregunta mi nombre, y no puedo decirlo, pues mis padres me abandonaron. Pero bien puedo, sin decir mi nombre, puesto que no tengo, decir el nombre de mi padre; ahora bien, lo repito, mi padre se llama señor de Villefort, y estoy dispuesto a probarlo.

Había en el tono del joven una certeza, una convicción y una energía que redujeron el tumulto al silencio. Las miradas se dirigieron un

momento hacia el fiscal, que mantenía en su asiento la inmovilidad de un hombre a quien un rayo hubiera transformado en cadáver.

—Señores —continuó Andrea, ordenando silencio con el gesto y con la voz—, les debo la prueba y la explicación de mis palabras.

—Pero —exclamó el presidente irritado—, en la instrucción declaró llamarse Benedetto, ser huérfano y tener como patria Córcega.

—Dije en la instrucción lo que me convenía decir en la instrucción, pues no quería que se debilitara o se detuviera, lo que no hubiera dejado de ocurrir, la solemne repercusión que yo quería dar a mis palabras.

»Ahora le repito que nací en Auteuil, en la noche del 27 al 28 de septiembre de 1817, y que soy hijo del fiscal señor de Villefort. Ahora, ¿quieren ustedes detalles? Pues se los voy a dar.

»Nací en el primer piso de la casa número 28, calle de la Fontaine, en una habitación entelada de damasco rojo. Mi padre me cogió en sus brazos diciendo a mi madre que estaba muerto, me envolvió en una toalla marcada con una H y con una N, y me llevó al jardín donde me enterró vivo.

Un escalofrío recorrió la sala cuando los asistentes vieron que la seguridad del acusado iba en aumento, así como el espanto del señor de Villefort.

—¿Pero, cómo sabe usted todos esos detalles? —preguntó el presidente.

—Voy a decírselo, señor presidente. En el jardín donde mi padre acababa de enterrarme, aquella misma noche, un hombre que deseaba matarle, y que le espiaba desde hacía tiempo para llevar a cabo su venganza corsa, se había introducido en el jardín. Ese hombre estaba escondido tras un macizo de árboles; vio a mi padre enterrar algo, y le dio una cuchillada cuando llevaba a cabo esa operación; después, creyendo que lo que había enterrado era algún tesoro, abrió la fosa y me encontró vivo aún. Este hombre me llevó al hospicio de los Niños Perdidos, donde fui inscrito con el número 57. Tres meses después, su hermana viajó desde Rogliano a París para buscarme, me reclamó como hijo y me llevó con ella.

»Así es como, aunque nacido en Auteuil, fui criado en Córcega.

Hubo un instante de silencio, pero de un silencio tan profundo, que, a no ser por la ansiedad, que agitaba la respiración de mil pechos, se hubiera creído que la sala estaba vacía.

—Continúe —dijo la voz del presidente.

—Ciertamente —continuó Benedetto— que podía ser feliz en casa de esa buena gente que me adoraba, pero mi natural perverso sobresalió sobre todas las virtudes que mi madre adoptiva intentaba inculcar en mi corazón. Crecí en el mal y he llegado al crimen. Finalmente, un día en el que maldecía a Dios por haberme hecho tan malvado y haberme dado este destino tan odioso, mi padre adoptivo vino a decirme:

»“¡No blasfemes, desgraciado! Pues Dios te dio la vida sin ira; el crimen viene de tu padre, y no de ti; ¡de tu padre que te entregó al Infierno, si morías, o a la miseria, si un milagro te devolvía a la vida!”

»Desde entonces dejé de blasfemar contra Dios, pero maldije a mi padre; y por eso he querido decir aquí las palabras que usted me reprocha, señor presidente; por eso he causado este escándalo del que tiembla aún esta asamblea. Si es un crimen más, castígueme; pero si le he convencido de que, desde el día de mi nacimiento, mi destino era fatal, doloroso, amargo, lamentable, ¡compadézcase de mí!

—¿Pero, su madre? —preguntó el presidente.

—Mi madre me creía muerto; mi madre no es culpable. No he querido saber el nombre de mi madre; no la conozco.

En ese momento, un grito agudo, que terminó en un sollozo, resonó en medio de un grupo que rodeaba, como hemos dicho, a una mujer.

La mujer cayó al suelo en un violento ataque de nervios, y fue sacada de la sala; mientras la llevaban, el tupido velo que ocultaba su rostro se apartó y reconocieron a la señora Danglars.

A pesar del abatimiento de todos sus sentidos destrozados, a pesar del zumbido que estremecía sus oídos, a pesar de esa especie de locura que trastornaba su cerebro, Villefort la reconoció y se puso en pie.

—¡Las pruebas!, ¡las pruebas! —dijo el presidente—. Acusado, recuerde que todo ese entretejido de horrores debe sustentarse sobre pruebas más concluyentes.

—¿Las pruebas? —dijo Benedetto riendo—. Las pruebas, ¿las quiere usted?

—Sí.

—Pues bien, mire al señor de Villefort, y pídame después pruebas.

Todo el mundo se volvió hacia el fiscal que, bajo el peso de todas esas miradas fijas sobre él, avanzó por el recinto del tribunal, titubeante, con los cabellos en desorden y el rostro rojizo por la presión de sus uñas.

Toda la asamblea al completo emitió un largo murmullo de asombro.

—Me piden pruebas, padre —dijo Benedetto—, ¿quiere que se las dé?

—No, no —balbuceó el señor de Villefort con voz rota—; no, no es necesario.

—¿Cómo que no es necesario? —exclamó el presidente—. ¿Pero, qué quiere usted decir?

—Quiero decir —exclamó el fiscal— que me debatiría en vano bajo la opresión mortal que me aplasta, señores; estoy, lo reconozco, estoy en las manos del Dios vengador. Nada de pruebas; no son necesarias; ¡todo lo que acaba de decir este joven es cierto!

Un silencio sombrío y denso, como el que precede a las catástrofes de la naturaleza, envolvió en su manto de plomo a todos los asistentes, a quienes se les erizaba el cabello.

—¡Y cómo! Señor de Villefort —exclamó el presidente—, ¿no será usted víctima de una alucinación? ¡Cómo! ¿Goza usted de todas sus facultades? Se entendería que una acusación tan extraña, tan imprevista, tan terrible, haya turbado su espíritu; veamos, repóngase.

El fiscal del rey movió la cabeza. Sus dientes le crujían con violencia como si estuviese devorado por la fiebre y, sin embargo, la palidez de su rostro era mortal.

—Gozo de todas mis facultades, señor —dijo—; sólo el cuerpo sufre y eso se comprende. Me reconozco culpable de todo lo que ese hombre acaba de articular contra mí, y desde ahora me pongo, desde mi domicilio, a disposición del señor fiscal del rey que me sustituya.

Y pronunciando esas palabras con voz sorda y casi ahogada, el señor de Villefort se dirigió, tambaleando, hacia la puerta, que le abrió, con un movimiento instintivo, el ujier de servicio.

Toda la asamblea permaneció muda y asombrada por esa revelación y por esa confesión, que constituían un desenlace tan terrible a las diferentes peripecias que desde hacía quince días agitaban a la alta sociedad parisina.

—Y bien —dijo Beauchamp—, ¡que me vengan a decir ahora que el drama no forma parte de la naturaleza!

—A fe mía —dijo Château-Renaud—, yo hubiera preferido terminar como el señor de Morcerf: un disparo parece algo dulce al lado de una catástrofe como esta.

—Y además, mata —dijo Beauchamp.

—Y yo que pensé por un momento casarme con su hija —dijo Debray—. ¡Ha hecho bien en morirse, la pobre criatura!

—Se levanta la sesión, señores —dijo el presidente—, y la causa se remite a la sesión siguiente. El caso debe ser instruido de nuevo y se le confiará a otro magistrado.

En cuanto a Andrea, siempre tan tranquilo y mucho más interesante, dejó la sala escoltado por los gendarmes que, involuntariamente, le testimoniaban cierta deferencia.

—Y bien, ¿qué piensa de todo esto, buen hombre? —preguntó Debray al agente municipal, deslizándole un luis en la mano.

—Que habrá circunstancias atenuantes —respondió este.

Capítulo CXI

Expiación

El señor de Villefort había visto cómo se iban abriendo ante él las filas de gente, por muy compactas que fuesen. El dolor extremo es tan vulnerable, que no hay ejemplo, incluso en los tiempos más desgraciados, de que el primer impulso de la gente reunida no haya sido un movimiento de simpatía hacia una gran catástrofe. Mucha gente odiada ha sido asesinada en una revuelta; pero raramente un desgraciado, aunque fuese un criminal condenado a muerte, ha sido insultado por los asistentes a esa condena.

Villefort atravesó, pues, la valla de espectadores, guardias y empleados del Palacio de Justicia, y se alejó, reconocido culpable por su propia confesión, pero protegido por su dolor.

Hay situaciones que los hombres captan por instinto, pero que no pueden razonar en su mente; el mayor poeta, en ese caso, es el que lanza el grito más vehemente y más natural. La muchedumbre toma ese grito por el relato completo, y tiene razón en conformarse con eso, y más razón aún en encontrar ese grito sublime, si es verdadero.

Por lo demás, sería difícil describir el estado de estupor en el que se encontraba Villefort saliendo del Palacio, sería difícil describir esa fiebre

que hacía latir cada arteria, que le endurecía cada fibra, le inflaba hasta estallar cada vena y disecaba cada punto del cuerpo mortal en millones de puntos de dolor.

Villefort se arrastró, por así decir, a lo largo de los corredores, guiado solamente por la costumbre; se quitó de los hombros la toga de magistrado, no porque pensase que era cuestión de decoro, sino porque era para sus hombros un fardo agobiante, una túnica de Neso^[1], fecunda en torturas.

Llegó tambaleante hasta el patio Dauphine, vio su carruaje, despertó al cochero abriendo la puerta él mismo, y se dejó caer sobre los cojines señalando con el dedo la dirección del Faubourg Saint-Honoré. El cochero partió.

Todo el peso de su fortuna desmoronada acababa de caer sobre su cabeza; ese peso le aplastaba, y no sabía las consecuencias; no las había medido; las sentía, no razonaba su propio código, como el frío asesino que repite un artículo conocido.

Tenía a Dios en el fondo de su corazón.

—¡Dios! —murmuró sin saber muy bien lo que decía—. ¡Dios! ¡Dios!

No veía más que a Dios tras el derrumbamiento que acababa de ocurrir.

El coche rodaba deprisa; Villefort, al moverse sobre los asientos, sintió algo que le molestaba.

Se llevó la mano al objeto: era un abanico olvidado por la señora de Villefort entre el asiento y el respaldo del coche; ese abanico despertó un recuerdo y ese recuerdo fue un relámpago en medio de la noche.

Villefort pensó en su mujer...

—¡Oh! —exclamó, como si un hierro ardiendo le atravesara el corazón.

En efecto, desde hacía una hora, no tenía a la vista más que una cara de su miseria, y he ahí que de repente se le ofrecía otra, en su mente, y esta otra no era menos terrible.

Esa mujer; acababa de mostrarse con ella como el juez más inexorable, acababa de condenarla a muerte; y ella, ella, golpeada por el terror, aplastada por el remordimiento, hundida bajo la vergüenza que le había infligido con la elocuencia de su irreprochable virtud, ella, pobre mujer

débil y sin defensa contra un poder absoluto y supremo, se disponía quizá, en ese momento, a morir.

Había transcurrido ya una hora desde que él la condenó; sin duda en ese momento ella repasaba todos sus crímenes en su memoria, pedía gracia a Dios, escribía una carta para implorar de rodillas el perdón de su virtuoso esposo, perdón que rescataba con su muerte.

Villefort emitió un segundo rugido de dolor y de rabia.

—¡Ah! —exclamó agitándose entre el satén de la carroza—. Esta mujer se ha convertido en criminal porque estaba en contacto conmigo. Yo destilo el crimen, ¡yo! ¡Y ella ha contraído el crimen como se contrae el tifus, como se contrae el cólera, como se contrae la peste!... ¡Y yo la castigo!... Osé decirle: «¡Arrepiéntase y muera!».

¡Yo! ¡Oh! ¡No!, ¡no! Ella vivirá... vendrá conmigo... Huiremos, saldremos de Francia, iremos hasta el fin del mundo, si es preciso. ¡Yo le hablaba de cadalso...! ¡Gran Dios! ¡Cómo osé pronunciar esa palabra! Pero a mí, a mí también me espera el cadalso... Huiremos... Sí, ¡me confesaré a ella! Sí, todos los días le diré, humillándome, que yo, que yo también cometí un crimen... ¡oh! ¡Alianza del tigre y de la serpiente! ¡Oh! ¡Digna mujer para un marido como yo...! ¡Ella tiene que vivir, mi infamia tiene que hacer palidecer a la suya!

Y Villefort, más que bajar el cristal de delante de su cupé, lo echaba abajo:

—¡Más de prisa, más de prisa! —exclamó con una voz que hizo dar un salto sobre el asiento al cochero.

Los caballos, llevados por el miedo, volaron hasta la casa.

—Sí, sí —se repetía Villefort a medida que se iba acercando a su casa—, ¡sí, esta mujer tiene que vivir, tiene que arrepentirse y criar a nuestro hijo, mi pobre hijo, el único, con el indestructible anciano, el único que ha sobrevivido a la destrucción de la familia! Ella le amaba; es por él por quien hizo todo. Nunca hay que desesperar del corazón de una madre que ama a su hijo; se arrepentirá; nadie sabrá que era culpable; esos crímenes cometidos en mi casa, y de los que la gente empieza a inquietarse, se olvidarán con el tiempo, o si algunos enemigos lo recuerdan, y bien, los añadiré a mi lista de crímenes. Uno, dos o tres más, ¡qué importa! Mi

mujer se salvará llevándose la fortuna y sobre todo llevándose a su hijo, lejos del abismo adonde me parece que el mundo va a caer conmigo. Vivirá, será feliz de nuevo, puesto que todo su amor está en su hijo, y su hijo no la abandonará. Habré hecho una buena acción; eso alivia el corazón.

Y el fiscal del rey respiró tan libre como no lo hacía desde hacía mucho tiempo.

El carruaje se detuvo en el patio del palacete.

Villefort saltó desde el estribo a la escalinata; vio a los criados, sorprendidos por verle regresar tan pronto. No leyó nada más en sus rostros: nadie le dirigió la palabra; se apartaban delante de él, como de costumbre, para dejarle pasar; eso era todo.

Pasó por delante de la habitación de Noirtier y, a través de la puerta entreabierta, vio dos sombras, pero no se preocupó de la persona que acompañaba a su padre; su inquietud le llevaba a otro sitio.

«Vamos», se dijo, subiendo por la pequeña escalera que conducía al rellano donde estaban los aposentos de su mujer y la habitación vacía de Valentine; «vamos, aquí no hay ningún cambio».

Antes de nada, cerró la puerta que daba a ese rellano.

«Que nadie nos moleste», se dijo, «tengo que hablarle libremente, acusarme delante de ella, decirle todo...».

Se acercó a la puerta, puso la mano en el pomo de cristal, la puerta cedió.

—¡No está cerrada! ¡Oh! Bien, muy bien —murmuró.

Y entró en el saloncito donde por la noche vestían una cama para Édouard, pues, aunque estaba interno, Édouard volvía a casa todas las noches: su madre nunca quiso separarse de él.

Abarcó de una ojeada toda la estancia.

—Nadie —dijo—; está en su dormitorio, sin duda.

Se lanzó a la puerta. Allí, el cerrojo estaba echado. Se detuvo, temblando.

—¡Héloïse! —gritó.

Le pareció que movían un mueble.

—¡Héloïse! —repitió.

—¿Quién está ahí? —preguntó la voz de la interpelada.

Le pareció que su voz era más débil que de costumbre.

—¡Abra! ¡Abra la puerta! —exclamó Villefort—. ¡Soy yo!

Pero a pesar de esa orden, a pesar del tono de angustia con que la orden fue dada, no abrió.

Villefort echó la puerta abajo de una patada.

A la entrada de la habitación que daba a su vestidor, la señora de Villefort estaba en pie, pálida, con los rasgos contraídos, mirándole con unos ojos de espantosa fijeza.

—¡Héloïse!, ¡Héloïse! —dijo—. ¿Qué le ocurre? ¡Hable!

La mujer tendió una mano rígida y lívida.

—Está hecho, señor —dijo con un estertor que parecía desgarrar su garganta—; ¿qué más quiere?

Y se desplomó sobre la alfombra.

Villefort corrió hacia ella, le cogió la mano. La mano apretaba convulsivamente un frasco de cristal con tapón dorado.

La señora de Villefort estaba muerta.

Villefort, ebrio de dolor, reculó hasta el umbral de la estancia y contempló el cadáver.

—¡Mi hijo! —exclamó de repente—. ¿Dónde está mi hijo? ¡Édouard! ¡Édouard!

Y se precipitó fuera del apartamento gritando:

—¡Édouard! ¡Édouard!

Pronunció ese nombre en un tono tal de angustia, que los sirvientes acudieron.

—¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo? Que le alejen de la casa, que no vea...

—El señorito Édouard no está aquí abajo, señor —respondió el ayuda de cámara.

—Sin duda estará jugando en el jardín; ¡vaya a ver!, ¡vaya a ver!

—No, señor. La señora llamó a su hijo hace una media hora; el señorito Édouard subió donde la señora y no ha salido desde entonces.

Un sudor helado inundó la frente de Villefort, sus pies tropezaron en las baldosas, sus ideas comenzaron a darle vueltas en la cabeza como el

mecanismo desorganizado de un reloj que se rompe.

—¿Donde la señora! —murmuró—. ¡Donde la señora!

Y volvió lentamente sobre sus pasos, secándose la frente con una mano y apoyándose en las paredes con la otra.

Al entrar en la habitación tenía que volver a ver el cuerpo de la desgraciada mujer.

Para llamar a Édouard, tenía que despertar el eco de ese aposento transformado en sepulcro; hablar era violar el silencio de la tumba.

Villefort sintió la lengua paralizada en la garganta.

—¡Édouard! ¡Édouard! —balbuceó.

El niño no respondía; ¿dónde estaba entonces el niño que, según los criados, había subido donde su madre y no había salido?

Villefort dio un paso hacia adelante.

El cadáver de la señora de Villefort estaba en el suelo, atravesado en la puerta del gabinete vestidor en el que necesariamente tenía que encontrarse Édouard; el cadáver de la madre parecía velar en el umbral, con los ojos fijos y abiertos, con una espantosa y misteriosa ironía en los labios.

Detrás del cadáver, el tapiz de la puerta levantado dejaba ver una parte del gabinete, un piano y, al fondo, un diván de satén azul.

Villefort dio tres o cuatro pasos hacia adelante, y sobre el canapé vio acostado al niño.

Sin duda, el niño estaba dormido.

El desgraciado padre tuvo un impulso de alegría indecible: un rayo de pura luz cruzó el infierno en el que se debatía.

Ya sólo se trataba de pasar por encima del cadáver, entrar en el vestidor, coger al niño en sus brazos y huir con él, lejos, muy lejos.

Villefort ya no era ese hombre, cuya corrupción exquisita hacía de él un tipo de hombre civilizado; era un tigre herido de muerte que deja los dientes rotos en la última dentellada.

Ya no tenía miedo de los prejuicios, sino de los fantasmas. Cogió impulso y saltó por encima del cadáver, como si tratara de franquear una hoguera en llamas.

Cogió al niño en sus brazos, apretándole, moviéndole, llamándole; pero el niño no respondió. Pegó sus labios ávidos a sus mejillas: estaban lívidas y heladas; palpó sus miembros rígidos; apoyó la mano sobre el corazón del niño, el corazón ya no le latía.

El niño estaba muerto.

Un papel doblado cayó del pecho de Édouard.

Villefort, fulminado, se dejó caer de rodillas; se le resbaló el niño de los brazos y cayó rodando al lado de su madre.

Villefort recogió el papel, reconoció la grafía de su mujer y lo leyó con avidez.

Esto es lo que contenía:

¡Usted sabe si fui tan buena madre, que me convertí en criminal por mi hijo!

¡Una buena madre nunca se va sin su hijo!

Villefort no podía creer lo que veían sus ojos; Villefort no podía creer a su propia razón. Se arrastró hacia el cuerpo de Édouard, le examinó una vez más, con la minuciosa atención que pone la leona observando a su cría muerta.

Después, un grito desgarrador se escapó de su pecho.

—¡Dios! —murmuró—. ¡Otra vez Dios!

Esas dos víctimas le llenaban de espanto, sentía que subía en él el horror de esa soledad poblada de cadáveres.

Hasta ahora se veía sostenido por la rabia, esa inmensa facultad de los hombres fuertes; por la desesperación, esa suprema virtud de la agonía, que empujaba a los Titanes a escalar el cielo, a Áyax mostrando el puño a los dioses.

Villefort inclinó la cabeza bajo el peso de tanto dolor, se incorporó, echó hacia atrás los cabellos húmedos de sudor, erizados de espanto, y este hombre, que nunca había sentido piedad por nadie, fue a buscar al anciano, su padre, para tener, en su debilidad, a alguien a quien contar su desgracia, alguien cercano para llorar.

Bajó la escalera que conocemos y entró en la estancia de Noirtier.

Cuando Villefort entró, Noirtier parecía atento, escuchando, tan afectuosamente como su inmovilidad se lo permitía, al abate Busoni, tan tranquilo y tan frío como de costumbre.

Villefort, al ver al abate, se llevó la mano a la frente. El pasado se le hizo presente como una de esas olas cuya cólera levanta más espuma que las demás olas.

Recordó la visita que hizo al abate dos días después de la cena de Auteuil y de la visita que el mismo abate le hizo el día de la muerte de Valentine.

—¡Usted aquí, señor! —dijo—. ¿Pero usted sólo aparece para escoltar a la Muerte?

Busoni se incorporó; al ver el rostro alterado del magistrado, el brillo feroz de sus ojos, comprendió o creyó comprender que la escena de la audiencia había sido llevada a cabo; ignoraba el resto.

—¡Vine para rezar sobre el cuerpo de su hija! —respondió Busoni.

—Y hoy, ¿qué viene a hacer hoy?

—Vengo a decirle que usted me ha pagado ya suficientemente su deuda, y que a partir de este momento voy a rogar a Dios para que se conforme, como yo.

—¡Dios mío! —dijo Villefort reculando, con el espanto en la frente—. Esa voz, ¡esa voz no es la del abate Busoni!

—No.

El abate se arrancó la peluca con la falsa tonsura, echó hacia atrás la cabeza y sus largos cabellos negros, al sentirse libres, recayeron sobre los hombros, encuadrando su rostro de hombre.

—¡Es el rostro del conde de Montecristo! —exclamó Villefort con los ojos extraviados.

—Tampoco es eso, señor fiscal del rey, piense mejor y más lejos en el tiempo.

—¡Esa voz!, ¡esa voz! ¿Dónde la oí por primera vez?

—Usted la oyó por primera vez en Marsella, hace veintitrés años, el día de su compromiso con la señorita de Saint-Méran. Busque en sus archivos.

—¿Usted no es Busoni? ¿Usted no es Montecristo? ¡Dios mío! ¡Es usted ese enemigo oculto, implacable, mortal! Hice algo contra usted en Marsella, ¡oh!, ¡maldición para mí!

—Sí, tienes razón, es exactamente eso —dijo el conde cruzando los brazos sobre su amplio pecho—; ¡busca, busca!

—¿Pero, qué te hice, entonces? —exclamó Villefort, cuyo espíritu flotaba ya en el límite donde se confunden razón y demencia, en esa niebla que ya no es sueño, pero que tampoco es el despertar—. ¿Qué te hice? ¡Di! ¡Habla!

—¡Usted me condenó a una muerte lenta y espantosa, usted mató a mi padre, usted me quitó el amor y la libertad, y con el amor, toda la felicidad!

—¿Pero, quién es usted? ¿Quién es, entonces? ¡Dios mío!

—Soy el espectro de un desgraciado que usted enterró en los calabozos del castillo de If. A este espectro salido al fin de la tumba, Dios le puso la máscara del conde de Montecristo y le cubrió de diamantes y de oro para no ser reconocido hasta hoy.

—¡Ah! ¡Te reconozco! ¡Te reconozco! —dijo el fiscal—. Tú eres...

—¡Soy Edmond Dantès!

—¡Eres Edmond Dantès! —exclamó el fiscal cogiendo al conde por el brazo—. Entonces, ¡ven!

Y le arrastró por la escalera, por la que Montecristo, asombrado, le siguió, ignorando él mismo adónde le conducía el fiscal, y presintiendo alguna nueva catástrofe.

—¡Mira! Edmond Dantès —dijo, señalando el cadáver de su mujer y el cuerpo de su hijo—, ¡mira! Observa bien, ¿es suficiente tu venganza...?

Montecristo palideció al ver el espeluznante espectáculo; comprendió que acababa de sobrepasar el derecho a la venganza: comprendió que ya no podía decir: «Dios está a mi favor, y conmigo».

Con un sentimiento de angustia inefable se echó sobre el cuerpo del niño, le abrió los ojos, le palpó el pulso, y salió con él hacia la habitación de Valentine, que cerró con doble vuelta de llave...

—¡Mi hijo! —exclamó Villefort—. ¡Se lleva el cadáver de mi hijo! ¡Oh! ¡Maldición! ¡Maldito! ¡Ojalá mueras!

Y quiso ir tras Montecristo; pero, como en los sueños, sintió que le crecían raíces en los pies, que los ojos se le dilataban hasta salirse de sus órbitas, y los dedos, agarrotados sobre el pecho, se iban introduciendo en sus carnes hasta que la sangre enrojeció sus uñas; las venas de las sienes se hincharon de burbujas que hervían a borbotones, que fueron a levantar la bóveda más estrecha del cráneo y le ahogaron el cerebro en un diluvio de fuego.

Esta inmovilidad duró varios minutos, hasta que el espantoso vuelco de la razón se llevó a cabo.

Entonces, emitió un enorme grito seguido de una larga carcajada y se precipitó por las escaleras.

Un cuarto de hora después, la habitación de Valentine se volvió a abrir, y el conde de Montecristo salió.

Pálido, con la mirada apagada, el pecho oprimido y todos los rasgos de ese rostro, ordinariamente tan calmado y tan noble, desfigurados por el dolor.

Llevaba en sus brazos al niño, a quien ningún auxilio pudo devolverle la vida.

Puso una rodilla en tierra y lo depositó religiosamente junto a su madre, con la cabeza reposando sobre su pecho.

Después, poniéndose en pie, salió y, al ver a un criado en la escalera:

—¿Dónde está el señor de Villefort? —preguntó.

El sirviente, sin responderle, extendió la mano señalando el jardín.

Montecristo bajó la escalinata, avanzó hacia el lugar señalado, y vio, en medio de sus sirvientes que formaban un círculo a su alrededor, a Villefort, con una pala en la mano removiendo la tierra con una especie de rabia.

—Tampoco es aquí —decía—, tampoco es aquí.

Y seguía removiendo la tierra en otro sitio.

Montecristo se le acercó y, en voz baja:

—Señor —le dijo en un tono casi humilde—, usted ha perdido un hijo; pero...

Villefort le interrumpió; ni había oído ni había entendido.

—¡Oh! Le encontraré —dijo—; por mucho que usted diga que no está, lo encontraré, aunque tenga que seguir buscando hasta el día del juicio final.

Montecristo reculó con terror.

—¡Oh! —dijo—. ¡Se ha vuelto loco!

Y como si temiera que los muros de la casa maldita se desmoronaran sobre él, salió veloz a la calle, dudando por primera vez de si tenía derecho a hacer lo que había hecho.

—¡Oh! Suficiente, todo esto es demasiado —dijo—, salvemos al último.

Al regresar a casa, Montecristo se encontró con Morrel, que erraba como un alma en pena por ese palacete de los Champs-Élysées, silencioso como una sombra que espera el momento fijado por Dios para volver a su tumba.

—Prepárese, Maximilien —le dijo con una sonrisa—, dejamos París mañana.

—¿Ya no le queda nada por hacer? —preguntó Morrel.

—No —respondió Montecristo—, ¡y Dios quiera que no haya hecho ya demasiado!

Capítulo CXII

¡Adiós, París, Adiós!

Los sucesos que acababan de ocurrir preocupaban a todo París. Emmanuel y su mujer los comentaban con una natural sorpresa, en su saloncito de la calle de Meslay; veían cercanas esas tres catástrofes, tan repentinas como inesperadas, de Morcerf, de Danglars y de Villefort.

Maximilien, que había venido a visitarles, les escuchaba o más bien asistía a su conversación, sumido en su insensibilidad habitual.

—En realidad —decía Julie—, ¿podría decirse, Emmanuel, que todas esas personas tan ricas, tan felices ayer, hubieran olvidado, en el cálculo sobre el que establecían su fortuna, su felicidad y su consideración, hubieran olvidado esa parte del mal augurio, y que este, como las hadas malvadas de los cuentos de Perrault, a quienes se había olvidado invitar a alguna boda o a algún bautizo, apareciera de repente para vengarse de ese fatal olvido?

—¡Qué de desastres! —decía Emmanuel pensando en Morcerf y en Danglars.

—¡Qué de sufrimiento! —decía Julie, recordando a Valentine, a quien, por su instinto de mujer, no quería nombrar delante de su hermano.

—Si es Dios quien les ha golpeado —decía Emmanuel—, es que Dios, que es la suprema bondad, no encontró nada en el pasado de esa gente que mereciera la atenuación de la pena; es que esa gente era gente maldita.

—¿No eres demasiado temerario en tus juicios, Emmanuel? —dijo Julie—. Cuando mi padre, pistola en mano, estaba dispuesto a levantarse la tapa de los sesos, si alguien le hubiera dicho, como tú dices ahora: «este hombre merece su pena», ¿ese alguien no se hubiera equivocado?

—Sí, pero Dios no permitió que nuestro padre sucumbiera, como no permitió a Abraham que sacrificara a su hijo. Al patriarca, como a nosotros, le envió un ángel para que cortara a mitad de camino las alas de la Muerte.

Apenas acababa de pronunciar esas palabras cuando sonó la campanilla de la puerta.

Era la señal del portero para anunciar que llegaba una visita.

Casi al mismo instante se abrió la puerta del salón, y apareció en el umbral el conde de Montecristo.

Fue un doble grito de alegría por parte de los dos jóvenes.

Maximilien levantó la cabeza y volvió a dejarla caer.

—Maximilien —dijo el conde, sin parecer darse cuenta de las diferentes impresiones que producía su visita a los anfitriones—, vengo a buscarle.

—¿A buscarme? —dijo Morrel, como saliendo de un sueño.

—Sí —dijo Montecristo—; ¿no convinimos en que le llevaría conmigo, y no le previne para que estuviera listo?

—Aquí estoy —dijo Maximilien—: he venido a despedirme.

—¿Y adónde va, señor conde? —preguntó Julie.

—En primer lugar, a Marsella, señora.

—¿A Marsella? —repitieron al unísono los dos jóvenes.

—Sí, y me llevo a su hermano.

—¡Ay! Señor conde —dijo Julie—, ¡devuélvanoslo curado!

Morrel se dio la vuelta para ocultar su rubor.

—¿Han visto ustedes, entonces, que estaba enfermo? —dijo el conde.

—Sí, —respondió la joven—, y temo que se aburra con nosotros.

—Yo le distraeré —dijo el conde.

—Estoy listo, señor —dijo Maximilien—. ¡Adiós, mis queridos amigos! ¡Adiós, Emmanuel! ¡Adiós Julie!

—¡Cómo, adiós! —exclamó Julie—. ¿Se van a ir así, enseguida, sin preparativos, sin pasaporte?

—Esos son los retrasos que duplican la pena de la separación —dijo Montecristo—, y Maximilien, estoy seguro, ha debido ya preocuparse de todas esas cosas: yo se lo había recomendado.

—Tengo el pasaporte, y mis maletas están hechas —dijo Morrel con su monótona tranquilidad.

—Muy bien —dijo Montecristo sonriendo—, se ve la exactitud de un buen soldado.

—¿Y nos deja así, sin más —dijo Julie—, al instante mismo? ¿No nos da un día, una hora?

—Tengo el coche en la puerta, señora; tengo que estar en Roma dentro de cinco días.

—¿Pero Maximilien no va a Roma? —dijo Emmanuel.

—Voy adonde le plazca al conde que vaya —dijo Morrel con una triste sonrisa—; le pertenezco todavía por un mes.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Cómo dice eso, señor conde!

—Maximilien me acompaña —dijo el conde con su persuasiva afabilidad—, estén tranquilos respecto a su hermano.

—¡Adiós, hermana! —repitió Morrel—; ¡adiós, Emmanuel!

—Me parte el corazón con su indiferencia —dijo Julie—. ¡Oh! Maximilien, Maximilien, tú nos ocultas algo.

—¡Bah! —dijo Montecristo—. Le verán regresar alegre, sonriente y feliz.

Maximilien lanzó a Montecristo una mirada casi desdeñosa, casi irritada.

—¡Vámonos! —dijo el conde.

—Antes de que se vaya, señor conde —dijo Julie—, permítame decirle todo lo que el otro día...

—Señora —replicó el conde, cogiéndole las manos—, todo lo que me diga, no valdrá nunca más de lo que leo en sus ojos, lo que su corazón piensa, y lo que el mío siente. Como los bienhechores de novela, tendría

que haber partido sin volverla a ver; pera esa virtud estaba por encima de mis fuerzas, porque soy un hombre débil y vanidoso, porque los ojos húmedos, alegres y tiernos de mis semejantes me hacen mucho bien. Ahora me voy, y llevo mi egoísmo hasta decirle: no me olviden, mis queridos amigos, pues probablemente no me volverán a ver.

—¡No volverle a ver! —exclamó Emmanuel, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de Julie—, ¡no volverle a ver! ¡Pero si no es un hombre, es un dios quien nos deja, y ese dios va quizás a volver a subir al cielo después de aparecer en la tierra para hacer el bien!

—No diga eso —repuso rápidamente Montecristo—, no digan nunca eso, mis queridos amigos; los dioses nunca hacen el mal, los dioses se detienen o quieren detenerse, el azar no es más fuerte que ellos, sino que, por el contrario, los dioses dominan el azar. No, yo soy un hombre, Emmanuel, y su admiración es tan injusta que sus palabras son un sacrilegio.

Y poniendo sus labios en la mano de Julie, que se echó en sus brazos, tendió la otra mano a Emmanuel; después, se arrancó de aquella casa, dulce nido donde albergaba la felicidad, atrajo tras él, con un gesto, a Maximilien, pasivo, insensible y consternado como estaba desde la muerte de Valentine.

—¡Devuelva la alegría a mi hermano! —dijo Julie al oído de Montecristo.

Montecristo le estrechó la mano como se la había estrechado once años antes en la escalera que conducía al despacho de Morrel.

—¿Sigue confiando en Simbad el marino? —le preguntó sonriendo.

—¡Oh! Sí.

—Pues bien, repose en la paz y en la confianza del Señor.

Como hemos dicho, la silla de posta aguardaba; cuatro vigorosos caballos erizaban sus crines y pateaban el suelo con impaciencia.

Al pie de la escalinata, Alí estaba esperando con el rostro brillante de sudor; parecía llegar de una larga carrera.

—¿Y bien —le preguntó el conde en árabe—, has estado en la casa del anciano?

Alí indicó que sí.

—¿Y le has puesto la carta delante de los ojos como te dije?

—Sí —indicó respetuosamente el esclavo.

—¿Y qué ha dicho, o mejor, qué ha hecho?

Alí se colocó bajo la luz, de manera que su amo pudiera verle, e imitando con su entregada inteligencia la fisonomía del anciano, cerró los ojos como hacía Noirtier cuando quería decir sí.

—Bien, acepta, entonces —dijo Montecristo—, ¡vámonos!

Apenas había dejado escapar la última palabra, cuando el coche rodaba ya y los caballos hacían saltar chispas de polvo al pavimento. Maximilien se acomodó en un rincón sin decir una sola palabra.

Así transcurrió una media hora; la calesa se paró de repente; el conde acababa de tirar del cordón de seda correspondiente al dedo de Alí.

El nubio se apeó y abrió la puerta.

La noche resplandecía de estrellas. Se encontraban en lo alto de la subida de Villejuif, sobre la meseta desde donde París, como un mar sombrío, agita sus millones de luces que parecen olas fosforescentes; olas, en efecto, olas más ruidosas, más apasionadas, más cambiantes, más furiosas, más ávidas que las del océano irritado; ¡olas que no conocen la calma como las del vasto mar, olas que se entrechocan constantemente, que no dejan de formar espuma, que engullen sin parar...!

El conde se quedó solo, y con un gesto de su mano, el carruaje avanzó un poco.

Entonces, observó durante largo tiempo, con los brazos cruzados, ese crisol donde vienen a fundirse, a retorcerse y a modelarse todas esas ideas que se lanzan desde este abismo hirviente para ir a agitar el mundo. Después, cuando hubo detenido su poderosa mirada sobre esta Babilonia que hace soñar a los poetas religiosos como a los burlones materialistas:

—¡Gran ciudad! —murmuró inclinando la cabeza y juntando las manos como para rezar—. Hace menos de seis meses que franquéé tus puertas. Creo que el espíritu de Dios me condujo a ti, y me devuelve triunfante; el secreto de mi presencia dentro de tus muros lo confié sólo a Dios, y Él solo puede leer en mi corazón; sólo Él conoce que me retiro sin odio y sin orgullo, pero no sin pesar; sólo Él sabe que no he hecho uso ni para mí, ni para vanas causas, del poder que me había confiado. ¡Oh, gran

ciudad! Es en tu palpitante seno donde encontré lo que buscaba; minero paciente, removí tus entrañas para que saliera a la luz el mal; ahora, completada mi obra, mi misión ha terminado; ahora ya no puedes ofrecermé ni alegrías ni penas. ¡Adiós, París! ¡Adiós!

Su mirada se paseó aún por la vasta llanura como la de un genio nocturno; después, pasándose la mano por la frente, volvió a subir al carruaje, que se cerró tras él y que desapareció enseguida por el otro lado de la colina en un torbellino de polvo y de ruido.

Hicieron dos leguas más sin pronunciar una sola palabra. Morrel soñaba. Montecristo le miraba soñar.

—Morrel —dijo el conde—, ¿se arrepentirá de haber venido conmigo?

—No, señor conde; pero dejar París...

—Si yo hubiera creído que la dicha le aguardaba en París, Morrel, le hubiese dejado allí.

—Es en París donde reposa Valentine, y dejar París es perderla por segunda vez.

—Maximilien —dijo el conde—, los amigos que hemos perdido no reposan en la tierra, sino que están enterrados en nuestro corazón, y es Dios quien así lo quiso para que nos acompañaran siempre. Yo, yo tengo dos seres queridos que me acompañan siempre: uno es quien me dio la vida; el otro, quien me dio la inteligencia. Su espíritu va siempre conmigo. Les consulto en la duda, y si algún bien hago, es a sus consejos a quien se lo debo. Consulte la voz de su corazón, Morrel, y pregúntele si debe continuar poniéndome siempre esa mala cara.

—Amigo mío —dijo Maximilien—, la voz de mi corazón está muy triste y sólo me promete desdichas.

—Es propio de los espíritus débiles, ver todo siempre a través de un oscuro velo; es el alma la que se forma sus propios horizontes; su alma está sombría, y le presenta un cielo tempestuoso.

—Quizá sea cierto —dijo Maximilien.

Y volvió a caer en su ensoñación.

El viaje transcurrió con esa maravillosa rapidez que era uno de los poderes del conde; las ciudades pasaban como sombras sobre su ruta; los árboles, movidos por los primeros vientos del otoño, parecían venir a su

encuentro como gigantes despavoridos, y huían rápidamente en cuanto se cruzaban con ellos. Al día siguiente, a lo largo de la mañana, llegaron a Chalon, donde les esperaba el barco de vapor del conde; sin perder un instante el carruaje fue transportado a bordo; los dos viajeros ya habían embarcado.

El barco estaba construido para la rapidez, se diría una piragua india; sus dos ruedas parecían dos alas con las que volaba a ras de agua, como un ave viajera; Morrel mismo sentía esa especie de embriaguez de la velocidad; y a veces, el viento que hacía flotar sus cabellos parecía dispuesto por un momento a apartar las nubes de su frente.

En cuanto al conde, a medida que se alejaba de París, una serenidad casi sobrehumana parecía envolverle como una aureola. Se diría de un exiliado que recupera su patria.

Enseguida, Marsella, blanca, tibia, viva; Marsella, la hermana pequeña de Tiro y de Cartago, y que es su sucesora en el dominio del Mediterráneo; Marsella, siempre más joven a medida que envejece, apareció ante sus ojos. Para los dos viajeros era una fuente de fecundos recuerdos, ese torreón, ese fuerte Saint-Nicolas, ese edificio del ayuntamiento del marsellés Puget, ese puerto, el muelle de ladrillo por donde ambos habían jugado siendo niños.

Así, de común acuerdo, se detuvieron en La Canebière.

Un navío partía hacia Argel; los paquetes, los pasajeros amontonados en el puente, la muchedumbre de parientes, amigos que les decían adiós, que gritaban y lloraban, espectáculo siempre emotivo, incluso para los que asistían cada día a ese espectáculo; todo ese movimiento no pudo distraer a Maximilien de una idea que se le vino a la memoria en el momento en el que posó los pies en las anchas losas del muelle.

—Mire —dijo cogiendo el brazo de Montecristo—, este es el lugar donde se detuvo mi padre cuando el *Pharaon* entró en el puerto; aquí el buen hombre, a quien usted salvó de la muerte y del deshonor, se echó en mis brazos; siento aún la impresión de sus lágrimas en mi rostro, y no sólo él lloraba, mucha gente lloraba también al vernos.

Montecristo sonrió.

—Yo estaba allí —dijo mostrando a Morrel la esquina de la calle.

Cuando estaba diciendo eso, y en la dirección que indicaba el conde, se oyó un doloroso gemido, y vio a una mujer que se despedía de un pasajero del navío que se echaba al mar. La mujer estaba cubierta con un velo; Montecristo la siguió con la mirada con una emoción que Morrel hubiera podido fácilmente observar, si, todo lo contrario que el conde, sus ojos no estuviesen fijos en el barco.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó Morrel—. ¡No me equivoco! ¡Ese joven que saluda con el sombrero, ese joven de uniforme, es Albert de Morcerf.

—Sí —dijo Montecristo—, ya le había reconocido.

—¿Cómo es eso? Si usted miraba del lado opuesto.

El conde sonrió, como hacía siempre que no quería responder.

Y sus ojos se dirigieron hacia la dama del velo, que desapareció por la esquina de la calle.

Entonces, se dio la vuelta.

—Querido amigo —dijo a Maximilien—, ¿no tiene usted nada que hacer en este país?

—Tengo que ir a llorar a la tumba de mi padre —respondió sordamente Morrel.

—Está bien, vaya y espéreme allí; iré a buscarle.

—¿Se va, entonces?

—Sí, yo también tengo una piadosa visita que hacer.

Morrel dejó caer la mano sobre la mano que le tendía el conde; después, con un movimiento de cabeza cuya melancolía sería imposible expresar, dejó al conde y se dirigió hacia el este de la ciudad.

Montecristo dejó que Maximilien se alejara, permaneciendo en el mismo lugar hasta que este desapareció, después, se encaminó hacia las Allées de Meilhan, a fin de encontrar la pequeña casa que al principio de esta historia se hizo familiar para nuestros lectores.

La casa se erigía aún a la sombra de la gran avenida de tilos que sirve de paseo a los marselleses ociosos, tapizada de vastas cortinas de viña, cuyos brazos crecían, sobre la piedra amarillenta por el ardiente sol del Mediodía, ennegrecidos y recortados por la edad. Dos peldaños de piedra, desgastados por el roce de las pisadas, conducían a la puerta de entrada, puerta hecha de tres planchas de madera que nunca, a pesar de las

reparaciones anuales, habían conocido ni la masilla ni la pintura, y que aguardaban pacientemente la humedad para que volviera a juntarlas.

Esa casa, encantadora a pesar de su vetustez, alegre a pesar de su apariencia mísera, era la misma que habitaba antaño Dantès padre. Solamente que el viejo vivía en la buhardilla, y que ahora el conde había dejado la casa entera a disposición de Mercedes.

Aquí fue donde entró la mujer del velo que Montecristo vio alejarse del navío a punto de levar anclas. Cerraba la puerta en el momento en el que el conde dio la vuelta a la esquina, de manera que la vio desaparecer casi en el momento de haberla visto.

Para él, los escalones desgastados eran antiguos conocidos; sabía mejor que nadie abrir del todo esa puerta, cuyo único cierre era un clavo de gran cabeza que sujetaba un picaporte interior.

Así que entró sin llamar, sin avisar, como un amigo, como un huésped.

A lo largo de un sendero pavimentado de ladrillo se abría, rico en calor, en sol y en luz, un pequeño jardín, el mismo en el que, en el lugar indicado, Mercedes había encontrado la suma que, por delicadeza, el conde le había hecho creer que se remontaba a un depósito de hace veinticuatro años; desde el umbral de la puerta de la calle se veían los primeros árboles del jardín.

Una vez en el umbral, Montecristo oyó un suspiro que parecía un sollozo: ese suspiro guió su mirada, y bajo un cenador de jazmines de Virginia, tupido de hojas y con altas flores de púrpura, vio a Mercedes sentada, inclinada, y llorando.

Se había levantado el velo, y sola, frente al cielo, con el rostro oculto por sus manos, daba rienda suelta a sus suspiros y a sus sollozos, tanto tiempo reprimidos en presencia de su hijo.

Montecristo dio unos pasos hacia adelante; la arena crujió bajo sus pies.

Mercedes levantó la cabeza y dio un grito de espanto al ver a un hombre delante de ella.

—Señora —dijo el conde—, ya no está en mi poder aportarle la felicidad, pero le ofrezco consuelo; ¿se dignará usted aceptarlo viniendo de un amigo?

—Soy muy desgraciada, en efecto —respondió Mercedes—; estoy sola en el mundo... no tenía más que a mi hijo, y me ha dejado.

—Ha hecho bien, señora —replicó el conde—, tiene un corazón muy noble. Comprendió que todo hombre le debe un tributo a la patria; unos le dan su talento; otros, su industria; unos, sus desvelos; otros, su sangre. Si se hubiera quedado con usted, hubiera gastado junto a usted una vida inútil, se hubiera acostumbrado a sus penas. Se habría convertido en alguien odioso por su impotencia; así, se hará grande y fuerte luchando contra su adversidad que él transformará en fortuna. Déjele reconstruir su futuro, el de usted y el de él, señora; puedo prometerle que está en buenas manos.

—¡Oh! —dijo la pobre mujer moviendo tristemente la cabeza—. Esa fortuna de la que usted habla, y que desde el fondo de mi alma pido a Dios que se la conceda, yo no la disfrutaré. Tantas cosas se han roto en mí y a mi alrededor, que me siento ya cerca de la tumba. Ha hecho bien, señor conde, acercándome al lugar donde fui tan feliz: donde uno ha sido feliz, es donde uno debe morir.

—¡Ay! —dijo Montecristo—. Todas sus palabras, señora, caen amargas y ardientes en mi corazón; tanto más amargas y ardientes puesto que tiene razón en odiarme: soy yo quien ha causado todos sus males; ¡ojalá me compadezca en lugar de acusarme! Me haría aún más desgraciado...

—¿Odiarle, acusarle? A usted, Edmond... ¿Odiar, acusar al hombre que salvó la vida de mi hijo, pues era su intención fatal y sangrienta matar al señor de Morcerf, ese hijo de quien me sentía tan orgullosa? ¡Oh! Míreme y vea si hay en mí la más mínima señal de reproche.

El conde levantó su mirada y la detuvo en Mercedes que, casi en pie, tendía sus dos manos hacia él.

—¡Oh! Míreme —continuó, con un sentimiento de profunda melancolía—; hoy se puede soportar el brillo de mis ojos, ya no es el tiempo de cuando yo venía a sonreír a ese Edmond Dantès que me esperaba allá arriba, asomado a la ventana de la buhardilla en la que vivía su anciano padre... desde entonces, ¡cuántos días dolorosos han transcurrido, días que han abierto un abismo entre aquel tiempo y yo

misma! ¡Acusarle, Edmond, odiarle, amigo mío! ¡No, sólo me acuso a mí, sólo me odio a mí! ¡Oh! ¡Qué miserable soy! —exclamó juntando las manos y elevando los ojos al cielo—. ¡He sido suficientemente castigada...! Yo tenía la religión, la inocencia, el amor, esas tres dichas que tienen los ángeles, y, ¡miserable de mí!, ¡dudé de Dios!

Montecristo dio un paso hacia ella, y silenciosamente le tendió la mano.

—No —dijo ella retirando suavemente la suya—, no, amigo mío, no me toque. A mí me ha salvado, y sin embargo, de todos a los que ha golpeado, yo era la más culpable. Los demás obraron por odio, por avaricia, por egoísmo; yo, yo obré por cobardía. Ellos tenían deseos; yo tuve miedo. No, no estreche mi mano. Edmond, medita decirme una palabra de afecto, la siento, pero no la diga; guárdela para otra, yo ya no soy digna de ella. Mire... —y descubrió por completo su rostro—, mire, el sufrimiento encaneció mi cabello; mis ojos han llorado tanto que están cercados de venas moradas; mi frente se llena de arrugas. Usted, por el contrario, Edmond, usted sigue siendo joven, apuesto, altivo. Y es que a usted no le faltó la fe; y es que a usted no le faltó la fuerza; es que usted se apoyó en Dios, y Dios le sostuvo. Yo, yo fui cobarde, yo, yo renegué de Dios, y Dios me abandonó; y aquí estoy.

Mercedes se fundió en llanto; el corazón de la mujer se rompía con el choque de los recuerdos.

Montecristo le cogió la mano y la besó respetuosamente; pero ella misma sintió que el beso carecía de ardor, como un beso que el conde hubiera depositado en la mano de mármol de una santa.

—Hay existencias predestinadas —continuó—, en las que una primera falta rompe todo el porvenir. Yo le creía muerto, pero hubiese debido morir con usted, ¿pues, de qué serviría llevar luto eternamente en mi corazón? Sólo para transformar a una mujer de treinta y nueve años en una de cincuenta, eso es todo. ¿De qué sirvió que yo, la única que le reconoció como Edmond, pudiera salvar a mi hijo? ¿No debía haber salvado también al hombre, por muy culpable que fuera, al hombre que acepté como esposo? Sin embargo, le dejé morir, ¡qué digo, Dios mío! ¡Contribuí a su muerte por mi cobarde insensibilidad, por mi desprecio, no recordando, no

queriendo recordar que fue por mí, por quien se hizo perjuro y traidor! ¿De qué sirve, en fin, que haya acompañado a mi hijo hasta aquí, puesto que le abandono, puesto que le dejo partir solo, puesto que le entrego a esa devoradora tierra de África? ¡Oh! ¡Qué cobarde he sido! ¡Renegué de mi amor y, como los renegados, llevo la desgracia a todo lo que me rodea!

—No, Mercedes, no —dijo Montecristo—, no; tenga mejor opinión de sí misma. No; es usted una noble y santa mujer, y me ha desarmado con su dolor; pero, detrás de mí, invisible, desconocido, irritado, estaba Dios, de quien yo era mandatario y que no quiso retener el rayo que lancé. ¡Oh! Conjuro a ese Dios, a cuyos pies me postré hace diez años, y me sigo postrando; pongo a ese Dios por testigo de que yo le entregaba a usted el sacrificio de mi vida, y con mi vida los proyectos que a ella iban encadenados. Pero, lo digo con orgullo, Mercedes, Dios me necesitaba y viví. Examine el pasado, examine el presente, trate de adivinar el porvenir y dígame si no soy yo el instrumento del Señor; las más espantosas desgracias, los más crueles sufrimientos, el abandono de todos los que me amaban, la persecución de todos los que no me conocían, esa fue la primera parte de mi vida; después, de repente, después del cautiverio, de la soledad y de la miseria, ahí estaba el aire, la libertad, una fortuna tan resplandeciente, tan prestigiosa, tan desmesurada que, a menos de ser ciego, tenía que pensar que Dios me la enviaba con grandes propósitos. Desde entonces, esa fortuna me parece un sacerdocio; desde entonces, ni un solo pensamiento de aquella vida, cuya dulzura, usted, pobre mujer, saboreó a veces; ni hora de calma, ni una sola; me veía empujado como una nube de fuego que cruza el cielo para incendiar las ciudades malditas. Como esos aventureros capitanes que se embarcan en un azaroso viaje, que meditan expediciones llenas de peligro, así yo preparaba los víveres, cargaba las armas, atesoraba los modos de ataque y de defensa, habituando mi cuerpo a los ejercicios más violentos y mi alma a los choques más rudos, instruyendo a mi brazo para matar, a mis ojos para ver sufrir, a mi boca para sonreír ante los aspectos más terribles; de bueno, de confiado, de olvidadizo que era, me hice vengativo, disimulado, malvado, o más bien impasible como la sorda y ciega fatalidad. Entonces me lancé por la

vía que se me abría, franqueé el espacio, toqué la meta: ¡maldición, para quienes encontré por el camino!

—¡Basta! —dijo Mercedes—. ¡Basta, Edmond! Créame que la única que pudo reconocerle, pudo también comprenderle. Ahora bien, Edmond, la mujer que supo reconocerle, la que pudo comprenderle, esa mujer, aunque la hubiese usted encontrado en su camino, aunque la hubiese roto como a un cristal, esa mujer debió también admirarle. ¡Edmond! Como existe un abismo entre el pasado y yo, hay también un abismo entre usted y el resto de los hombres, y mi más dolorosa tortura, se lo digo, es la tortura de comparar; pues no hay nada en el mundo que valga lo que usted, o que al menos se le parezca. Ahora, dígame adiós, Edmond, y separémonos.

—Antes de marcharme, Mercedes, ¿qué desea? —preguntó Montecristo.

—Yo sólo deseo una cosa, Edmond: que mi hijo sea feliz.

—Ruegue al Señor, el único que tiene en sus manos la existencia de los hombres, que aparte de él a la muerte, y yo me encargo del resto.

—Gracias, Edmond.

—¿Pero usted, Mercedes?

—Yo, yo no necesito nada, yo vivo entre dos tumbas: una es la de Edmond Dantès, muerto ya hace tanto tiempo, ¡y le amaba! Esta palabra ya no encaja en mis labios marchitos, pero mi corazón la recuerda aún, y por nada en el mundo quisiera perder esa memoria del corazón. La otra es la tumba del hombre que Edmond Dantès mató: puedo aprobar ese crimen, pero debo rogar por el muerto.

—Su hijo será feliz, señora —repitió el conde.

—Entonces yo seré tan feliz como pueda serlo.

—Pero..., en fin... ¿qué hará usted?

Mercedes sonrió tristemente.

—Decirle que viviré aquí como la Mercedes de antaño, es decir, trabajando, usted no lo creería; ya sólo sé rezar, pero no necesito trabajar; el pequeño tesoro enterrado por usted estaba en el lugar indicado; intentarán saber quién soy, se preguntarán qué hago, ignorarán cómo vivo, ¡qué importa! Es un asunto entre Dios, usted y yo.

—Mercedes —dijo el conde—, no quiero hacerle un reproche, pero ha exagerado usted el sacrificio abandonando toda esa fortuna atesorada por el señor de Morcerf, y cuya mitad le pertenecía a usted por derecho, para su economía y su cuidado.

—Veo lo que va a proponerme; pero no puedo aceptar, Edmond, mi hijo me lo prohibiría.

—Me guardaré mucho de hacer algo que no tuviera la aprobación del señor Albert de Morcerf. Conoceré sus intenciones y me someteré a ellas. Pero si él acepta lo que quiero hacer, ¿lo aceptaría usted sin que le repugne?

—Usted sabe, Edmond, que ya no soy una criatura pensante; ¿determinación? No tengo ninguna, si no es la de no tomar una determinación jamás. Dios me ha golpeado tanto en su tempestad, que he perdido la voluntad. Estoy entre sus manos como un pájaro en las garras del águila. Dios no quiere que muera, puesto que estoy viva. Si me envía ayuda, es que querrá que la tome.

—¡Cuidado, señora —dijo Montecristo—, no es así como se adora a Dios! Dios quiere que se le comprenda y que se discuta su poder; por eso nos dio el libre albedrío.

—¡Desgraciado! —exclamó Mercedes—. No me hable así; si creyera que Dios me dio el libre albedrío, ¡qué me quedaría para salvarme de la desesperación!

Montecristo palideció ligeramente y bajó la cabeza, aplastado por la vehemencia del dolor.

—¿No quiere decirme hasta luego? —dijo, tendiéndole la mano.

—Al contrario, le digo hasta luego —replicó Mercedes mostrándole el cielo con solemnidad—; es para demostrarle que aún tengo esperanza.

Y, tras haber tocado la mano del conde con su temblorosa mano, Mercedes salió veloz hacia la escalera y desapareció de la vista del conde.

Montecristo, entonces, salió lentamente de la casa y retomó el camino del puerto.

Pero Mercedes no le vio alejarse, aunque estuviera en la ventana de la pequeña vivienda del padre de Dantès. Sus ojos buscaban a lo lejos el navío que se llevaba a su hijo hacia el vasto mar.

Pero es cierto que su voz, tal vez a su pesar, murmuraba en voz baja:
—¡Edmond, Edmond, Edmond!

Capítulo CXIII

El pasado

El conde salió con el alma rota de aquella casa donde dejaba a Mercedes para no volverla a ver jamás, según todas las probabilidades.

Desde la muerte del pequeño Édouard, un gran cambio se había producido en Montecristo. Llegado a la cumbre de su venganza por la pendiente lenta y tortuosa que había seguido, había visto, al otro lado de la montaña, el abismo de la duda.

Y había más: la conversación que acababa de tener con Mercedes había despertado tantos recuerdos en su corazón, que necesitaba luchar contra esos mismos recuerdos.

Un hombre del temple del conde no podía flotar mucho tiempo en esa melancolía en la que pueden vivir los espíritus normales, dándoles una originalidad aparente, pero que mata a las almas superiores. El conde se dijo que, para que llegara casi a culparse a sí mismo, era preciso que un error se hubiera deslizado en sus cálculos.

«Contemplo mal el pasado», se dijo, «y no puedo equivocarme así.

»¡Cómo!», continuó. «¡La meta que me había propuesto sería tal vez una meta insensata! ¡Cómo! ¡Me habré equivocado durante diez años!

¡Cómo! ¡Una hora habrá bastado para probar al arquitecto que la obra de todas sus esperanzas era una obra, si no imposible, si al menos sacrílega!

»No quiero habituarme a esta idea, me volvería loco. De lo que carecen mis razonamientos hoy, es de la apreciación exacta del pasado, porque contemplo ese pasado desde el otro lado del horizonte. En efecto, a medida que se avanza, el pasado, igual al paisaje a través del que se camina, se borra a medida que uno se va alejando. Me sucede lo que sucede a la gente que se hiere en sueños, miran y sienten su herida, y no recuerdan haberla recibido.

»Vamos, vamos, hombre regenerado; vamos, rico extravagante; vamos, soñador despierto; vamos, visionario todopoderoso; vamos, millonario invencible, retoma por un instante la funesta perspectiva de la vida miserable y hambrienta. Vuelve a recorrer los caminos por donde te llevó la fatalidad, por donde la desgracia te condujo, donde te recibió la desesperación; demasiados diamantes, oro y dicha irradian hoy sobre los cristales de ese espejo desde donde Montecristo mira a Dantès; oculta esos diamantes, mancilla ese oro, borra sus rayos; hombre rico: encuentra al pobre; hombre libre: encuentra al prisionero; hombre resucitado: ve al encuentro del cadáver.»

Y diciéndose todo eso a sí mismo, Montecristo recorría la calle de la Caissière. Era la misma por donde, veinticuatro años antes, había sido conducido por una guardia silenciosa y nocturna; esas casas, de aspecto risueño y animado, estaban aquella noche sombrías, mudas y cerradas.

—Sin embargo, son las mismas —murmuró Montecristo—, solamente que entonces era de noche, y ahora es de día; hoy hace un día espléndido: es el sol el que ilumina todo esto y lo vuelve alegre.

Bajó al muelle por la calle Saint-Laurent, avanzó hacia la Consigne: era el punto del puerto donde fue embarcado. Un barco de paseo pasaba con su techumbre de dril; Montecristo llamó al patrón, que bogó con el apresuramiento que ponen en este ejercicio los barqueros que olfatean una buena ganga.

El tiempo era magnífico, el viaje fue una fiesta. En el horizonte el sol descendía, rojo y llameante, en el oleaje que se agitaba al acercarse; el mar, liso como un espejo, se arrugaba a veces bajo los saltos de los peces,

perseguidos por algún enemigo oculto, saltaban fuera del agua para solicitar su salvación a otro elemento; finalmente, en el horizonte, se veían pasar, blancas y gentiles como gaviotas viajeras, las barcas de pescadores que se dirigían a las Martigues, o los barcos mercantes cargados en dirección a Córcega o a España.

A pesar de ese hermoso cielo, a pesar de esas barcas de graciosos contornos, a pesar de esa luz dorada que inundaba el paisaje, el conde, envuelto en su capa, recordaba, uno a uno, todos los detalles de aquel terrible viaje: esa luz única y aislada, ardiente en Les Catalans, esa vista del castillo de If, que le indicó dónde le llevaban, esa lucha con los gendarmes cuando quiso precipitarse al mar, su desesperación al sentirse vencido, y esa sensación fría del extremo del cañón de la carabina apoyado en su sien como un aro de hielo.

Y poco a poco, como esos manantiales reseco por el verano, que cuando se amasan las nubes de otoño se van humedeciendo poco a poco y comienzan a manar gota a gota, así, el conde de Montecristo sintió igualmente brotar en su pecho esa vieja hiel extravasada que antaño inundara el corazón de Edmond Dantès.

Para él, desde ese momento, ni hermoso cielo, ni graciosas barcas, ni ardiente luz; el cielo se veló con crespones fúnebres, y la aparición del gigante negro que se llama castillo de If le sobresaltó como, si de repente, se le hubiera aparecido el fantasma de un enemigo mortal.

Habían llegado.

Instintivamente, el conde reuló hasta el extremo de la barca. Por más que el patrón decía, con su voz más acariciante:

—Abordamos, señor.

Montecristo recordó que en ese mismo lugar, sobre esa misma roca, había sido violentamente arrastrado por los guardias, y que le habían forzado a subir la rampa, picándole en los riñones con la punta de una bayoneta.

El camino le pareció bien largo, entonces, a Dantès. A Montecristo le había parecido bien corto: cada golpe de remo había removido, con el polvo húmedo del mar, un millón de pensamientos y de recuerdos.

Desde la Revolución de Julio, en 1830, ya no había presos en el castillo de If; un puesto destinado a impedir el contrabando era lo único que quedaba de sus cuerpos de guardia; un conserje atendía a los curiosos en la puerta para mostrarles ese monumento de terror, convertido en un monumento de curiosidad.

Y sin embargo, aunque le indicaron todos esos detalles, cuando entró bajo la bóveda, cuando descendió por la negra escalera, cuando fue conducido a los calabozos que solicitó visitar, una fría palidez invadió su frente, cuyo sudor helado le llegaba hasta el corazón.

El conde preguntó si quedaba aún algún antiguo carcelero de los tiempos de la Restauración; todos estaban ya retirados o habían sido trasladados a otros servicios. El conserje que le conducía estaba allí desde 1830 solamente.

Le llevó hasta su propio calabozo.

Volvió a ver la luz macilenta filtrándose por el tragaluz; volvió a ver el lugar donde estaba el camastro, que ya habían retirado, y detrás del camastro, aunque taponada, pero visible aún por sus piedras nuevas, la abertura hecha por el abate Faria.

Montecristo sintió que le flaqueaban las piernas; cogió un taburete de madera y se sentó.

—¿Se cuentan otras historias sobre este castillo que no sean las del encarcelamiento de Mirabeau? —preguntó el conde—. ¿Hay alguna tradición sobre estas lúgubres estancias, o dudan en creer que alguna vez pudo haber aquí hombres vivos encerrados?

—Sí, señor —dijo el conserje—, y sobre este mismo calabozo el carcelero Antoine me transmitió una historia.

Montecristo se sobresaltó. Ese carcelero Antoine era el suyo. Había casi olvidado su nombre y su rostro; pero, al oír su nombre, le volvió a ver tal como era, con su rostro rodeado por la barba, su chaqueta marrón y su manojito de llaves, cuyo tintineo le parecía oír aún.

El conde se dio la vuelta y creyó verle en la sombra del corredor, sombra más espesa aún por la luz de la antorcha que ardía en las manos del conserje.

—¿El señor quiere que se la cuente? —preguntó el conserje.

—Sí —dijo Montecristo—, diga.

Y se puso la mano en el pecho para comprimir los violentos latidos de su corazón, espantado de que le relataran su propia historia.

—Diga —repitió.

—Este calabozo —repuso el conserje—, estaba habitado por un preso, hace mucho tiempo de eso, un hombre muy peligroso, por lo que parece, y tanto más peligroso cuanto que estaba lleno de malas artes. Otro hombre habitaba este mismo castillo al mismo tiempo que él: ese no era malo; era un pobre cura que se había vuelto loco.

—¡Ah! Sí, loco —repitió Montecristo—. ¿Y cuál era su locura?

—Ofrecía millones si le daban la libertad.

Montecristo elevó los ojos al cielo, pero no vio el cielo; había un velo de piedra entre él y el firmamento. Pensó que había habido un velo no menos espeso entre los ojos de los carceleros a los que Faria ofrecía sus tesoros, y los tesoros mismos.

—¿Los presos podían verse entre ellos? —preguntó Montecristo.

—¡Oh! No, señor, estaba expresamente prohibido; pero ellos eludieron esa prohibición excavando una galería que iba de un calabozo a otro.

—¿Y quién de los dos excavó esa galería?

—¡Oh! Fue el más joven, por supuesto —dijo el conserje—; el joven era muy mañoso y fuerte, mientras que el pobre abate era viejo y débil; además, se le iba mucho la cabeza como para seguir una idea.

—¡Ciegos! —murmuró Montecristo.

—Tanto es así —continuó el conserje—, que el joven excavó, pues, una galería; ¿con qué? No se sabe; pero la excavó y la prueba es que todavía hay huellas de eso; mire; ¿lo ve ahí?

Y acercó la antorcha a la pared.

—¡Ah! Sí, realmente —dijo el conde con una voz rota por la emoción.

—De ello resultó que los dos presos se comunicaban. ¿Cuánto tiempo duró esa comunicación? No se sabe. Ahora bien, un día el viejo cayó enfermo y murió. ¿Adivine lo que hizo el joven? —dijo el conserje interrumpiéndose.

—Dígame.

—Transportó al viejo y lo acostó en su propia cama, cara a la pared; después, volvió al calabozo vacío, taponó el agujero, y se deslizó en el saco del muerto. ¿Había visto usted una idea semejante?

Montecristo cerró los ojos, y sintió que pasaban por él todas las impresiones sentidas en esa tela gruesa, el rastro aún del frío que el cadáver le había transmitido, que le había frotado el rostro.

El carcelero continuó:

—Lo ve usted, ese era su proyecto: creía que enterraban a los muertos en el castillo de If, y como sospechaba que no iban a gastar un ataúd para los presos, contaba con levantar la tierra con sus mismos hombros; pero desgraciadamente había una costumbre en el castillo que estropeó sus planes: aquí no se enterraba a los muertos; se conformaban con atarles un obús a los pies y los lanzaban al mar; eso fue lo que se hizo. Nuestro hombre fue lanzado al agua desde lo alto de la galería; al día siguiente, encontraron al verdadero muerto en la celda del joven, y se descubrió todo, pues los enterradores dijeron entonces lo que no se habían atrevido a decir antes, y es que en el momento en el que lanzaron el cuerpo al vacío, habían oído un grito terrible, ahogado al instante mismo por el agua en la que desapareció.

El conde respiró penosamente, el sudor le caía por la frente, la angustia le oprimía el corazón.

—¡No! —murmuró—, ¡no! La duda que he sentido era el comienzo del olvido; pero aquí el corazón se rompe de nuevo y vuelve sediento de venganza.

»Y el preso —preguntó—, ¿se ha vuelto a saber de él?

—Nunca, nunca jamás; entienda; de dos cosas, una: o cayó de plano, y como caía desde unos cincuenta pies, se mataría del golpe.

—Usted dijo que le pusieron un obús atado a los pies: caería de pie.

—O cayó de pie —continuó el conserje—, y entonces el peso del obús le arrastraría hasta el fondo, donde quedaría, ¡pobre buen hombre!

—¿Le compadece?

—A fe mía, sí; aunque allí estará en su elemento.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que corría el rumor de que ese desgraciado era en su tiempo un oficial de marina detenido por bonapartista.

—¡Oh, verdad! —murmuró el conde—. Dios te ha hecho para sobrenadar por encima de las olas y de las llamas. Así, el pobre marino vive en el recuerdo de algunos relatores de cuentos; recitan su terrible historia al calor de la lumbre y tiemblan en el momento en el que se abrió paso a través del espacio para ser engullido por las profundidades del mar.

»¿Nunca se supo su nombre? —preguntó en voz alta el conde.

—¡Ah! Bien, sí —dijo el guardián—, ¿cómo? No era conocido sino por el número 34.

—¡Villefort! ¡Villefort! —murmuró Montecristo—. Eso es lo que tantas veces debiste decirte cuando mi espectro importunaba tus insomnios.

—¿El señor quiere continuar la visita? —preguntó el conserje.

—Sí, sobre todo si quiere mostrarme la celda del pobre abate.

—¡Ah! ¿La número 27?

—Sí, la número 27 —repitió Montecristo.

Y le pareció oír de nuevo la voz del abate Faria cuando le preguntó su nombre, y este le gritó ese número a través del muro.

—Venga.

—Espere —dijo Montecristo— a que eche una última mirada a las paredes de este calabozo.

—Eso me viene bien —dijo el guía—, pues olvidé la llave del otro.

—Vaya a buscarla.

—Le dejo la antorcha.

—No, llévesela.

—Pero usted se va a quedar sin luz.

—Veo en la oscuridad.

—¡Vaya! Como él.

—¿A quién se refiere?

—Al número 34. Se dice que estaba tan acostumbrado a la oscuridad que hubiera podido ver un alfiler en lo más oscuro del calabozo.

—Necesitó diez años para conseguir eso —murmuró el conde.

Y el guía se alejó, llevándose la antorcha.

El conde había dicho la verdad: en cuanto estuvo unos segundos en la oscuridad, distinguió todo como en pleno día.

Entonces miró a su alrededor, y en ese momento reconoció realmente su celda.

«¡Sí», se decía, «esa es la piedra donde me sentaba! ¡Esa es la marca de mis hombros que hundieron la pared, dejando su huella! ¡Ese es un rastro de sangre que caía de mi frente un día que quise romperme la cabeza contra la pared...! ¡Oh! Esas cifras..., las recuerdo..., las hice un día para calcular la edad de mi padre, para saber si lo encontraría vivo, y la edad de Mercedes para saber si la encontraría libre... Tuve un instante de esperanza después de terminar mis cálculos... ¡Pero no contaba con el hambre ni con la infidelidad!».

Y una risa amarga se escapó de sus labios. Acababa de ver, como en un sueño, a su padre conducido a la tumba... ¡y a Mercedes caminando hacia el altar!

En otra de las paredes, una inscripción llamó su atención. Se destacaba, blanca aún, sobre el muro verdoso:

—¡Dios mío! —leyó Montecristo—. ¡Consérvame la memoria!

—¡Oh! Sí —exclamó—, esa era la súplica de mis últimos tiempos. Ya no pedía la libertad, pedía la memoria, temía volverme loco y olvidar. ¡Dios mío! Me has conservado la memoria, y he podido recordar. ¡Gracias, gracias, Dios mío!

En ese momento, la luz de la antorcha se reflejó en las paredes: era el guía que bajaba.

Montecristo fue a su encuentro.

—Sígueme —dijo.

Y sin tener que subir hacia la luz del día, le condujo por un corredor subterráneo que daba a la otra celda.

Allí, de nuevo Montecristo se vio asaltado por un mundo de pensamientos.

Lo primero que le llamó la atención fue el meridiano trazado en la pared, con cuya ayuda el abate Faria contaba las horas; después, los restos del camastro sobre el que el pobre viejo murió.

Al verlo, en lugar de las angustias que el conde había sentido en su calabozo, un sentimiento dulce y tierno, un sentimiento de agradecimiento expandió su corazón, dos lágrimas rodaron de sus ojos.

—Es aquí —dijo el guía— donde estaba el abate loco; es por ahí por donde el joven venía a verle —y mostró a Montecristo la abertura del túnel que, en esta celda, habían dejado abierta—. Por el color de la piedra —continuó—, un experto reconoció que al menos llevaban diez años comunicándose. ¡Pobre gente! Debieron aburrirse mucho en diez años.

Dantès buscó algunos luisen en su bolsillo, y tendió la mano hacia ese hombre que, por dos veces, le había compadecido sin conocerle.

El guía los aceptó, creyendo recibir algunas monedas de menor valor, pero, a la luz de la antorcha, reconoció el valor de la suma que le daba el visitante.

—Señor —le dijo—, se ha equivocado.

—¿Cómo es eso?

—Me ha dado monedas de oro, señor.

—Ya lo sé.

—¡Cómo! ¿Lo sabe?

—Sí.

—¿Y puedo quedármelas en conciencia?

—Sí.

El conserje miró con asombro a Montecristo.

—Y *en honradez* —dijo el conde, como Hamlet.

—Señor —repuso el conserje, que no podía creer su buena suerte—, señor, no comprendo su generosidad.

—Sin embargo, es fácil de comprender, amigo mío —dijo el conde—; yo he sido marino, y esta historia me ha conmovido más que a otros.

—Entonces, señor —dijo el guía—, puesto que es tan generoso, merece que le ofrezca algo.

—¿Qué tienes para ofrecerme, amigo? ¿Conchas, trabajos de paja? Gracias.

—No, no, señor, no; algo que tiene relación con la historia que le he contado.

—¡De verdad! —exclamó con viveza el conde—. ¿Qué es, entonces?

—Escuche —dijo el guía—, esto es lo que ha sucedido; yo me dije: siempre se encuentra algo en la celda donde un preso ha pasado quince años, y me puse a sondear las paredes.

—¡Ah! —exclamó Montecristo recordando el doble escondite del abate—. En efecto.

—A fuerza de buscar y buscar —continuó el guía—, descubrí que sonaba hueco en la cabecera de la cama y bajo el hogar de la chimenea.

—Sí —dijo Montecristo—, sí.

—Levanté las piedras y encontré...

—¿Una escala de cuerda, herramientas? —exclamó el conde.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó el conserje asombrado.

—No lo sé, lo adivino —dijo el conde—; es normalmente esa clase de objetos los que se encuentran en los escondites de los presos.

—Sí, señor —dijo el guía—, una escala de cuerda, herramientas.

—¿Y aún las tienes? —exclamó Montecristo.

—No, señor; vendí diferentes objetos, que eran muy curiosos, a los visitantes; pero me queda otra cosa.

—¿Qué es? —preguntó el conde con impaciencia.

—Me queda una especie de libro escrito en tiras de tela.

—¡Oh! —exclamó Montecristo—. ¿Tienes ese libro?

—No sé si es un libro —dijo el guía—; pero tengo eso que le he dicho.

—Ve a buscarlo, amigo mío, —dijo el conde—; y si es lo que presumo, puedes estar tranquilo.

—Voy corriendo, señor.

Y el guía salió.

Entonces Edmond fue a arrodillarse devotamente ante los restos de ese camastro, convertido en altar por la muerte.

—¡Oh, mi segundo padre! —dijo—. Tú que me diste la libertad, la ciencia, la riqueza; tú, criatura de una esencia superior a la nuestra, tú tenías la ciencia del bien y del mal; si en el fondo de la tumba queda algo de nosotros que vibra ante la voz de los que estamos aún en este mundo, si, en la transfiguración que sufre el cadáver, algo animado flota en los lugares en los que hemos amado mucho o sufrido mucho, noble corazón, espíritu supremo, alma profunda, con una palabra, con una señal, con una

revelación cualquiera, te conjuro, en nombre de ese amor paterno que me manifestabas, y de ese respeto filial que yo te consagraba, quítame ese resto de duda que, si no se transforma en convicción, será sólo remordimiento.

El conde bajó la cabeza y juntó las manos.

—¡Tenga, señor! —dijo una voz detrás de él.

Montecristo se sobresaltó y se dio la vuelta.

El guía le mostró esas tiras de tela en las que el abate Faria había dado curso libre a todos los tesoros de su ciencia. Ese manuscrito era la gran obra del abate Faria sobre la realeza en Italia.

El conde se amparó de él con apresuramiento, y sus ojos, cayendo de inmediato sobre el epígrafe, leyeron:

Tú arrancarás los dientes del dragon y hollarás a los pies de los leones, dijo el Señor.

—¡Ah! —exclamó—. ¡He ahí la respuesta! ¡Gracias, padre mío! ¡Gracias!

Y sacando de su bolso una pequeña cartera, que contenía diez billetes de banco de mil francos cada uno:

—Toma —dijo—, coge esta cartera.

—¿Me la da, usted?

—Sí, pero a condición de que no mires lo que contiene hasta que me haya marchado.

Y colocando sobre su pecho la reliquia que acababa de encontrar, y que para él tenía mayor valor que el más rico tesoro, salió del subterráneo, y volviendo a subir a la barca:

—¡A Marsella! —gritó.

Después, al alejarse, con los ojos fijos en la sombría prisión:

—¡Maldición —dijo— a todos los que me encerraron en esa sombría cárcel, y a los que olvidaron que yo continuaba allí, encerrado!

Al volver a pasar por delante de Les Catalans, el conde desvió la mirada y, envolviéndose en la capa, murmuró el nombre de una mujer.

La victoria era completa; el conde había abatido por dos veces la duda.

El nombre que pronunciaba con una expresión de ternura, que era casi de amor, era el nombre de Haydée.

Al poner un pie en tierra, Montecristo se encaminó al cementerio, donde iba a encontrarse con Morrel.

Él también, diez años antes, había buscado piadosamente una tumba en ese cementerio, y la había buscado inútilmente. Él, que regresaba a Francia con millones, no pudo encontrar la tumba de su padre muerto de hambre.

Morrel había hecho que pusieran una cruz, pero la cruz se había caído, y el enterrador la había usado para hacer fuego, como hacen los enterradores con todas esas viejas maderas que yacen en los cementerios.

El digno armador había tenido más suerte: muerto en brazos de sus hijos, había sido llevado por ellos y enterrado junto a su mujer, que le había precedido dos años en la eternidad.

Dos amplias losas de mármol, sobre las que estaban escritos sus nombres, estaban una junto a la otra en un pequeño recinto vallado por una balaustrada de hierro a la sombra de cuatro cipreses.

Maximilien estaba apoyado en uno de esos árboles, contemplando las dos tumbas con ojos sin mirada.

Su dolor era profundo, casi enajenado.

—Maximilien —le dijo el conde—, no es abajo adonde hay que mirar, sino arriba.

Y le mostró el cielo.

—Los muertos están en todas partes —dijo Morrel—; ¿no es lo que usted me dijo cuando me obligó a salir de París?

—Maximilien —dijo el conde—, usted me pidió durante el viaje quedarse unos días en Marsella: ¿sigue siendo ese su deseo?

—Ya no tengo deseos, conde; pero me parece que esperaré con menos pena aquí que en cualquier otra parte.

—Mejor así, Maximilien, pues ahora tengo que dejarle y me llevo su palabra, ¿no es así?

—¡Ah! La olvidaré, conde —dijo Morrel—, ¡la olvidaré!

—¡No! No la olvidará porque usted es antes que nada un hombre de honor, Morrel, porque lo ha jurado, y porque va a jurarlo de nuevo ahora.

—¡Oh! Conde, ¡tenga piedad de mí! ¡Conde, soy tan desgraciado!

—Conocí a un hombre más desgraciado que usted, Morrel.

—Imposible.

—¡Ay! Por desgracia, sí —dijo Montecristo—; es uno de esos orgullos de nuestra pobre naturaleza, que cada hombre se cree más desgraciado que cualquier otro desgraciado que llora y que gime a su lado.

—¿Qué hay más desgraciado que el hombre que ha perdido el único bien que amaba y deseaba en el mundo?

—Escuche, Morrel —dijo Montecristo—, y detenga un instante su mente en lo que voy a decirle. Conocí a un hombre que, como usted, había hecho reposar todas sus esperanzas de felicidad en una mujer. Este hombre era joven, tenía un padre anciano que le amaba, una prometida que le adoraba; iba a casarse con ella cuando, de repente, por uno de esos caprichos del destino que nos hacen dudar de la bondad de Dios, si Dios no se nos revelara más tarde mostrándonos que para Él todo eso es un modo de conducirnos a su unidad infinita, cuando, de repente, un capricho del destino le arrebató su libertad, a su amada, el futuro que soñaba y que ya creía suyo, pues, ciego como era, no podía leer más que el presente, para arrojarle al fondo de un calabozo.

—¡Ah! —dijo Morrel—. De un calabozo se sale al cabo de ocho días, al cabo de un mes, al cabo de un año.

—Pero le dejaron allí catorce años, Morrel —dijo el conde poniendo su mano en el hombro del joven.

Maximilien se sobresaltó.

—¡Catorce años! —murmuró.

—Catorce años —repitió el conde—; él también, durante esos catorce años, tuvo muchos momentos de desesperación; él también, como usted, Morrel, creyéndose el hombre más desgraciado del mundo, quiso quitarse la vida.

—¿Y bien? —preguntó Morrel.

—Pues bien, en el momento supremo, Dios se le reveló a través de un medio humano; pues Dios ya no hace milagros; quizá, en el primer momento, pues los ojos velados por las lágrimas necesitan un tiempo para abrirse del todo, no comprendió esa misericordia infinita del Señor; pero,

finalmente, tuvo paciencia y aguardó. Un día, salió milagrosamente de la tumba, transfigurado, rico, poderoso, casi un dios; su primer grito fue para su padre, ¡pero su padre había muerto!

—Y yo también, yo también tengo un padre muerto —dijo Morrel.

—Sí, pero su padre murió en brazos de sus hijos, amado, feliz, honrado, rico, lleno de futuro; pero el padre del preso murió pobre, desesperado, dudando de Dios; y cuando, diez años después de su muerte, ese hijo buscó su tumba, su tumba incluso había desaparecido, y nadie pudo decirle: «Ahí descansa en el Señor el corazón que tú tanto has amado».

—¡Oh! —dijo Morrel.

—Aquel era por tanto un hijo más desgraciado que usted, Morrel, pues ni siquiera podía encontrar la tumba de su padre.

—Pero —dijo Morrel—, le quedaba la mujer a la que había amado, al menos.

—Se equivoca, Morrel; esa mujer...

—¿Había muerto? —exclamó Maximilien.

—Peor que eso: ella le había sido infiel; ella se había casado con uno de los perseguidores de su prometido. ¡Ya ve, Morrel, que ese hombre era un amante más desgraciado que usted!

—¿Y a ese hombre —preguntó Morrel— Dios le ha concedido el consuelo?

—Le ha enviado la paz, al menos.

—¿Y ese hombre podrá ser feliz algún día?

—Así lo espera, Maximilien.

El joven dejó caer su cabeza sobre el pecho.

—Tiene usted mi promesa —dijo, después de un instante de silencio, y tendiendo la mano a Montecristo—; pero recuerde solamente...

—El cinco de octubre, Morrel, le espero en la isla de Montecristo. El cuatro, un yate le esperará en el puerto de Bastia; ese yate se llamará *Le Eurus*, usted se identificará al patrón que le conducirá junto a mí. ¿De acuerdo, Maximilien?

—De acuerdo, conde, haré lo que me dice; pero recuerde que el cinco de octubre...

—Criatura, que no conoce aún lo que significa la promesa de un hombre... Le he dicho veinte veces que ese día, si quiere usted morir, yo mismo le ayudaré, Morrel. Adiós.

—¿Me deja, entonces?

—Sí, tengo un asunto en Italia; le dejo solo, solo frente al dolor, solo con esa águila de poderosas alas que el Señor envía a sus elegidos para transportarles hasta sus pies; la historia de Ganimedes no es una fábula, Maximilien, es una alegoría.

—¿Cuándo se va?

—En este mismo instante; el barco de vapor me espera, dentro de una hora estaré lejos de usted; ¿me acompaña hasta el puerto, Morrel?

—Soy todo suyo, conde.

—Abráceme.

Morrel escoltó al conde hasta el puerto; ya salía humo, como un inmenso penacho, del tubo negro que lo lanzaba a los cielos. Enseguida el navío partió, y una hora después, como le había dicho Montecristo, ese mismo copete de humo blanquecino, apenas visible, arañaba el horizonte oriental, ensombrecido por las primeras brumas de la noche.

Capítulo CXIV

Peppino

En el mismo momento en el que el barco de vapor del conde desaparecía detrás del cabo Morgiou, un hombre, en silla de posta camino de Florencia a Roma, acababa de pasar la pequeña ciudad de Aquapendente. Iba lo suficientemente deprisa como para recorrer mucho camino, sin que sin embargo se hiciera sospechoso.

Vestido con un gabán, o más bien con un sobretodo que el viaje había infinitamente desgastado, pero que permitía ver brillante y fresca aún una banda de la Legión de Honor, repetida en el traje, este hombre, no solamente por esa doble condecoración, sino también por el acento con el que hablaba al postillón, no podía ser más que francés. Una prueba más de que había nacido en el país de la lengua universal era que no sabía más palabras italianas que esas palabras de música que pueden, como el *goddam* de Fígaro^[1], reemplazar todas las sutilezas de una lengua particular.

—*Allegro!* —decía al postillón en la subida de cada cuesta.

—*Moderato!* —insistía en cada bajada.

¡Y sólo Dios sabe si hay subidas y bajadas desde Florencia a Roma por la ruta de Aquapendente!

Por lo demás, esas dos palabras causaban mucha risa a la buena gente a quien iban dirigidas.

En presencia de la ciudad eterna, es decir, llegando a la Storta, punto desde el que se ve Roma, el viajero no sintió ese sentimiento de curiosidad entusiasta que empuja al extranjero a levantarse del fondo de su asiento para tratar de vislumbrar la famosa cúpula de San Pedro, que se destaca mucho antes de que se distinga cualquier otra cosa. No, él solamente sacó una cartera del bolso, y de la cartera un papel doblado en cuatro, que desplegó y volvió a plegar con una atención que parecía más bien respeto, y se contentó con decir:

—Bueno, todavía lo tengo.

El carruaje franqueó la puerta del Popolo, torció a la izquierda y se detuvo en el hotel de España.

Maese Pastrini, nuestro antiguo conocido, recibió al viajero en el umbral de la puerta, con el sombrero en la mano.

El viajero se apeó, pidió una buena cena y se informó de la dirección de la casa Thomson y French, que le fue indicada al instante mismo, siendo esa casa una de las más conocidas de Roma.

Estaba situada en la Via dei Banchi, cerca de San Pedro.

En Roma, como en todas partes, la llegada de una silla de posta supone un gran acontecimiento. Diez jóvenes, descendientes de Mario y de los hermanos Graco^[2], descalzos, con los codos agujereados, pero con el puño en la cintura y el brazo pintorescamente curvado por encima de la cabeza, miraban al viajero, a la silla de posta y a los caballos; a estos chiquillos de la ciudad por excelencia, se les unía una cincuentena de papanatas ociosos de los Estados de Su Santidad, de esos que hacen corro escupiendo en el Tíber desde lo alto del puente de Sant'Angelo, cuando el Tíber lleva agua.

Ahora bien, como los chiquillos y los curiosos de Roma, más dichosos que los de París, entienden todas las lenguas, y sobre todo la lengua francesa, oyeron al viajero pedir un apartamento, pedir una cena, y pedir finalmente la dirección de la casa Thomson y French.

De ello resultó que, cuando el recién llegado salió del hotel con el cicerone de rigor, un hombre se apartó del grupo de los curiosos y, sin que el viajero le viera, y sin que, al parecer, tampoco fuese visto por el guía,

camino a poca distancia del extranjero, siguiéndole con tanta maestría como hubiera podido hacerlo un agente de la policía parisina.

El francés tenía tanta prisa en hacer la visita a la casa Thomson y French que ni siquiera pudo esperar a que los caballos estuviesen enganchados; el coche debería alcanzarle en el camino o esperarle a la puerta del banquero.

Llegaron sin que el coche les alcanzara.

El francés entró, dejando en la antecámara al guía, que enseguida entró en conversación con dos o tres de esos negociantes sin negocio, o más bien de mil negocios, que están apostados en Roma a las puertas de los banqueros, de las iglesias, de las ruinas, de los museos o de los teatros.

Al mismo tiempo que el francés, el hombre que se había separado del grupo de los curiosos entró también: el francés llamó a la ventanilla de los despachos y penetró en la primera estancia; su sombra hizo otro tanto.

—¿Los señores Thomson y French? —preguntó el extranjero.

Una especie de lacayo se levantó, tras la indicación de un empleado de confianza, solemne guardián del primer despacho.

—¿A quién debo anunciar? —preguntó el lacayo, preparándose para andar delante del extranjero.

—Al señor barón Danglars —respondió el viajero.

—Acompáñeme —dijo el lacayo.

Abrió una puerta; el lacayo y el barón desaparecieron por ella. El hombre que había entrado detrás de Danglars se sentó en un banco de espera.

El empleado continuó escribiendo durante cinco minutos aproximadamente; mientras tanto, el hombre sentado guardó el más profundo silencio y la más estricta inmovilidad.

Después, la pluma dejó de rascar el papel; levantó la cabeza, miró atentamente a su alrededor y, tras haberse asegurado de que estaban solos:

—¡Ah!, ¡ah! ¿Estás ahí, Peppino?

—Sí —respondió lacónicamente este.

—¿Te has olido algo bueno en ese hombre gordo?

—Eso no tiene mucho mérito, estábamos avisados.

—¿Sabes entonces qué viene a hacer aquí, curioso?

—¡Pardiez! Viene a cobrar; solamente nos queda saber qué cantidad.

—Te lo van a decir enseguida, amigo.

—Muy bien; pero no vas a darme una información falsa, como el otro día.

—¿Qué tienes que decir, y de quién quieres hablar? ¿No sería de ese inglés que se llevó de aquí el otro día tres mil escudos?

—No, ese tenía en efecto los tres mil escudos, y se los encontramos. Quiero hablar de ese príncipe ruso.

—¿Y bien?

—Pues bien, nos diste el soplo de treinta mil libras, y no le encontramos más que veintidós.

—Habréis buscado mal.

—Fue Luigi Vampa en persona quien hizo el registro.

—En ese caso, o bien había pagado deudas...

—¿Un ruso?

—... o se había gastado el dinero.

—Es posible, después de todo.

—Es seguro; pero déjame ir a mi observatorio, si no el francés haría sus negocios sin que yo pudiese saber la cifra real.

Peppino hizo un gesto afirmativo y, sacando un rosario de su bolsillo, se puso a mascullar algún rezo, mientras que el empleado desaparecía por la misma puerta que había dado paso al lacayo y al barón.

Al cabo de diez minutos, aproximadamente, el empleado regresó radiante.

—¿Y bien? —preguntó Peppino a su amigo.

—¡Alerta!, ¡alerta! —dijo el hombre—. La suma es redonda.

—Cinco o seis millones, ¿no es eso?

—Sí; ¿conoces la cifra?

—Con un recibí de Su Excelencia el conde de Montecristo.

—¿Conoces al conde?

—Y cuyo recibí tiene crédito en Roma, Venecia y Viena.

—¡Eso es! —exclamó el empleado—. ¿Cómo estás tan bien informado?

—Te he dicho que estábamos avisados por adelantado.

—¿Entonces, por qué te diriges a mí?

—Para estar seguro de que es este el hombre en cuestión.

—Es él... Cinco millones. Una bonita suma, ¿eh, Peppino?

—Sí.

—Nunca tendremos tanto.

—Al menos —respondió filosóficamente Peppino—, tendremos algunas migajas.

—¡Chsss! Ahí está nuestro hombre.

El empleado volvió a su pluma y Peppino a su rosario; uno escribía y el otro rezaba cuando la puerta se abrió.

Danglars apareció radiante, acompañado por el banquero, que le acompañó hasta la puerta.

Detrás de Danglars, salió Peppino.

Según lo acordado, el coche, que debía alcanzar a Danglars, aguardaba delante de la casa Thomson y French. El cicerone sujetaba la puerta abierta (un cicerone es un ser muy complaciente y se le puede emplear en cualquier cosa).

Danglars saltó al coche, ligero como un joven de veinte años.

El cicerone volvió a cerrar la portezuela y subió al pescante, junto al cochero.

Peppino subió al pescante de detrás.

—¿Su Excelencia quiere ir a ver San Pedro? —preguntó el cicerone.

—¿Para qué? —respondió el barón.

—¡Hombre! Para ver.

—Yo no he venido a Roma para ver —dijo en voz alta Danglars; después, añadió en voz baja con su sonrisa avara—: he venido para tocar pasta.

Y tocó, en efecto, su cartera, en la que acababa de guardar una carta.

—¿Entonces Su Excelencia va...?

—Al hotel.

—Casa Pastrini —dijo el cicerone al cochero.

Y el coche salió rápido como un coche particular.

Diez minutos después, el barón había llegado a su apartamento, y Peppino se instalaba en el banco pegado a la fachada del hotel, después de

decir algo al oído de uno de esos individuos descendientes de Mario y de los Graco que señalamos al principio del capítulo, individuo que tomó el camino del Capitolio, con toda la velocidad que le permitían sus piernas.

Danglars estaba cansado, satisfecho y tenía sueño. Se acostó, puso la cartera debajo de la almohada y se durmió.

Por lo demás, Peppino tenía tiempo; jugó a la *morra* con uno de los *facchino*, perdió tres escudos y, para consolarse, se bebió un botellín de vino de Orvieto.

Al día siguiente, Danglars se despertó tarde, aunque se hubiera acostado bastante temprano: hacía cinco o seis noches que dormía mal, y eso si dormía.

Desayunó copiosamente y, poco interesado, como había dicho, en ver las bellezas de la Ciudad Eterna, pidió los caballos de posta para el mediodía.

Pero Danglars no había contado con las formalidades de la policía y la pereza del dueño de la posta.

Los caballos no llegaron hasta las dos de la tarde, y el cicerone no trajo el pasaporte visado hasta las tres.

Todos esos preparativos habían atraído ante la puerta de maese Pastrini a un buen número de curiosos.

Los descendientes de los Graco y de Mario tampoco se quedaban atrás.

El barón atravesó triunfalmente todos esos grupos que le llamaban Excelencia para conseguir un bayoco.

Como Danglars, hombre del pueblo, como se sabe, se había contentado, hasta entonces, con hacerse llamar barón, y nunca le habían llamado Excelencia, ese título le halagó, y distribuyó una docena de paolos a toda esa canalla, dispuesta, por otra parte, a llamarle Alteza por otros doce paolos.

—¿Qué ruta vamos a seguir? —preguntó el postillón.

—La de Ancona —respondió el barón.

Maese Pastrini tradujo la pregunta y la respuesta, y el carruaje partió al galope.

Danglars quería, efectivamente, pasar por Venecia y coger allí una parte de su fortuna, después de Venecia iría a Viena, en donde ejecutaría el

resto.

Su intención era establecerse en esta última ciudad, de la que le habían asegurado que era una ciudad llena de entretenimientos.

Apenas habían recorrido tres leguas por el campo de Roma, cuando empezó a anochecer; Danglars no creía que hubieran salido tan tarde, si no se hubiera quedado en el hotel; preguntó al postillón cuánto quedaba hasta la ciudad más próxima.

—*Non capisco* —respondió el postillón.

Danglars hizo un movimiento de cabeza que quería decir: «¡Muy bien!».

El carruaje continuó su camino.

«En la primera posta», se dijo Danglars, «me pararé».

Danglars sentía aún un resto del bienestar que había sentido la víspera y que le había proporcionado una noche tan buena. Iba confortablemente tendido en una buena calesa inglesa de doble muelle; se sentía arrastrado por el galope de dos buenos caballos; el relevo estaba a siete leguas, eso lo sabía. ¿Qué hacer cuando uno es banquero y ha hecho felizmente bancarrota?

Danglars pensó diez minutos en su mujer, que se había quedado en París, otros diez minutos en su hija viendo mundo por ahí con la señorita d'Armilly, concedió otros diez minutos a sus acreedores y a la manera en que emplearía su dinero; después, al no tener en nada más que pensar, cerró los ojos y se durmió.

A veces, sin embargo, sacudido por un traqueteo más fuerte que los otros, Danglars abría los ojos; entonces seguía sintiéndose trasportado con la misma velocidad a través de esa misma campiña de Roma, toda sembrada de acueductos medio desmoronados, que parecen gigantes de granito petrificados en medio de una carrera. Pero la noche era fría, sombría, lluviosa, y era mucho mejor, para un hombre medio adormilado, quedarse en el fondo del asiento con los ojos cerrados que asomar la cabeza por la ventanilla para preguntar por dónde iban a un postillón que no sabía responder más que una cosa: «*Non capisco*».

Danglars continuó, pues, dormitando, diciéndose que ya habría tiempo de despertarse en el relevo de la posta.

El coche se detuvo; Danglars pensó que al fin había alcanzado la meta tan deseada.

Volvió a abrir los ojos, miró a través de la ventanilla, esperando encontrarse en medio de alguna ciudad o, al menos, en medio de algún pueblo; pero no vio más que una especie de casucha aislada, y tres o cuatro hombres que iban y venían como sombras.

Danglars esperó un instante a que el postillón, que había terminado su servicio, viniera a reclamarle el dinero de la posta; contaba aprovechar esa ocasión para pedir alguna información a su nuevo conductor; pero los caballos fueron desenganchados y reemplazados sin que nadie viniera a pedir dinero al viajero. Danglars, asombrado, abrió la portezuela; pero una mano vigorosa le empujó enseguida y la silla de posta empezó a moverse.

El barón, estupefacto, se despertó del todo.

—¡Eh! —dijo al postillón—, ¡eh! *Mio caro!*

Era, de nuevo, ese italiano de romanzas que Danglars había retenido en su memoria cuando su hija cantaba los dúos con el príncipe Cavalcanti.

Pero *mio caro* no respondió.

Danglars se contentó entonces con abrir la ventanilla.

—¡Eh! ¡Amigo! ¿Pero, adónde vamos? —dijo pasando la cabeza por el hueco de la ventanilla.

—*Dentro la testa!* —gritó una voz grave e imperativa, acompañada de un gesto de amenaza.

Danglars comprendió que *dentro la testa!* quería decir: ¡meta la cabeza! Como se ve, hacía grandes progresos en italiano.

Obedeció, no sin inquietud; y como esa inquietud aumentaba de minuto en minuto, al cabo de algunos instantes, su mente, en lugar del vacío que hemos señalado en el momento de ponerse en camino, y que le había llevado al sueño, su mente, decimos, se encontró llena de cantidad de pensamientos más propios, todos ellos, para mantener despierto el interés de un viajero en la situación de Danglars.

Sus ojos tomaron en las tinieblas ese grado de agudeza que en un primer momento las emociones fuertes transmiten a todos los sentidos, agudeza que se desgasta enseguida por ejercitarla demasiado: antes de

sentir miedo, uno ve claro; mientras se siente miedo, uno ve doble, y después de haber tenido miedo, uno ve turbio.

Danglars vio a un hombre envuelto en una capa que galopaba al lado de la portezuela de la derecha.

«Algún gendarme», se dijo. «¿Me habrán localizado por el telégrafo francés avisando a las autoridades pontificias?»

Y resolvió salir de dudas.

—¿Dónde me llevan? —preguntó.

—*Dentro la testa!*

Danglars se volvió hacia la portezuela de la izquierda.

Otro hombre a caballo galopaba a la altura de la puerta de la izquierda.

«Decididamente», se dijo Danglars, con el sudor en la frente, «decididamente me han cogido».

Y se echó hacia el fondo de la calesa, esta vez no para dormir, sino para pensar.

Un instante después, se elevó la luna en el cielo.

Desde el fondo de la calesa, dirigió su mirada al campo, y volvió a ver, entonces, esos grandes acueductos, fantasmas de piedra, que había observado al pasar; solamente que, en lugar de tenerlos a su derecha, ahora los tenía a su izquierda.

Comprendió que habían dado media vuelta y que le llevaban de nuevo a Roma.

—¡Oh! Desgraciado de mí —murmuró—, ¡habrán conseguido mi extradición!

El carruaje continuaba al galope con una espantosa velocidad. Pasó una hora terrible, pues a cada nueva señal que veía en el camino el viajero reconocía, sin dudarlo, que deshacían el camino andado. Finalmente, volvió a ver una masa oscura contra la que parecía que el carruaje iba a colisionar. Pero el coche se desvió, circulando a lo largo de esa masa oscura, que no era otra que el cinturón de murallas que rodea Roma.

—¡Oh!, ¡oh! —murmuró Danglars—. No entramos en la ciudad, así que no es la Justicia la que me ha cogido. ¡Buen Dios! Otra idea..., ¿no serán...?

Se le erizaron los cabellos.

Se acordó de esas interesantes historias de bandidos romanos, tan poco creíbles en París, y que Albert de Morcerf había contado a la señora Danglars y a Eugénie cuando, por aquel entonces, el joven vizconde iba a ser el yerno de una y el marido de la otra, respectivamente.

—¡Ladrones, quizá! —murmuró.

De repente, el carruaje rodó sobre algo más duro que un camino de arena. Danglars aventuró una ojeada a ambos lados de la ruta; vio unos monumentos de forma extraña, y su pensamiento, preocupado por el relato de Morcerf, que ahora recordaba en todos sus detalles, su pensamiento le dijo que debía tratarse de la Via Appia.

A la izquierda del coche, en una especie de valle, se veía una excavación circular.

Era el circo de Caracalla.

Tras una palabra del hombre que galopaba a la derecha, el carruaje se detuvo.

Al mismo tiempo, la portezuela de la izquierda se abrió.

—*Scendi!* —ordenó una voz.

Danglars descendió al instante mismo; todavía no hablaba italiano, pero ya lo entendía.

Más muerto que vivo, el barón miró alrededor.

Cuatro hombres le rodeaban, sin contar con el postillón.

—*Di quà* —dijo uno de los cuatro hombres descendiendo por un pequeño sendero que conducía desde la Via Appia hacia el medio de esos desiguales trazos del campo de Roma.

Danglars siguió al guía sin discusión, y no necesitó darse la vuelta para saber que les seguían otros tres hombres.

Sin embargo, le pareció que esos hombres se apostaban como centinelas a distancias poco más o menos iguales.

Tras unos diez minutos de marcha, durante los cuales Danglars no intercambió ni una sola palabra con el guía, se encontró entre un pequeño montículo y un matorral de hierbas altas; tres hombres de pie y en silencio formaban un triángulo del que Danglars era el centro.

Quiso hablar, pero se le trabó la lengua.

—*Avanti* —dijo la misma voz de un tono breve e imperativo.

Esta vez, Danglars comprendió por partida doble: comprendió por la palabra y por el gesto, pues el hombre que caminaba detrás de él le empujó tan rudamente hacia adelante que fue a chocar con el guía.

El guía era nuestro amigo Peppino, que se adentró en las hierbas altas a través de unas sinuosidades que sólo las garduñas y las lagartijas podrían reconocer como un camino abierto.

Peppino se detuvo delante de una roca coronada por un espeso matorral; la roca, entreabierta como un párpado, dio paso al guía, que desapareció por ella como desaparecen en las trampillas de los teatros los diablos de nuestros espectáculos de magia.

La voz y el gesto del hombre que seguía a Danglars obligaron al banquero a hacer lo mismo. Ya no había ninguna duda, el hombre de la bancarrota francés se las veía con los bandidos romanos.

Danglars obró como un hombre situado entre dos peligros terribles, y al que el miedo le vuelve valiente. A pesar de su barriga, no muy adecuada para penetrar entre las grietas de la campiña de Roma, se infiltró detrás de Peppino y, dejándose resbalar, cerrando los ojos, cayó a sus pies.

Al tocar tierra abrió los ojos.

El camino era ancho, pero oscuro; Peppino, sin preocuparse de ocultarse ahora que se sentía en casa, accionó el mechero y encendió una antorcha.

Dos hombres bajaron detrás de Danglars, formando la retaguardia, y empujando a Danglars, si por casualidad se paraba, le hicieron llegar por una suave pendiente al centro de una encrucijada de siniestro aspecto.

En efecto, las paredes de los muros, en las que había excavados sepulcros superpuestos, parecían, en medio de las piedras blancas, negros ojos abiertos como los de las calaveras.

Un centinela golpeó con su mano izquierda las abrazaderas de su carabina.

—¿Quién vive? —dijo el centinela.

—¡Un amigo!, ¡un amigo! —dijo Peppino—. ¿Dónde está el capitán?

—Allí —dijo el centinela, señalando por encima de su hombro una especie de gran sala excavada en la misma roca y cuya luz se reflejaba en el corredor por una serie de aberturas en forma de arco.

—Buena presa, capitán, buena presa —dijo Peppino en italiano.

Y cogiendo a Danglars por el cuello del abrigo, le condujo hacia un hueco, parecido a una puerta, y por la que entraron en la sala en la que parecía que el capitán había hecho su hogar.

—¿Es este el hombre? —preguntó el capitán, que leía muy atentamente la *Vida de Alejandro*, de Plutarco.

—El mismo, capitán, el mismo.

—Muy bien; enséñemelo.

Y tras esta orden un tanto impertinente, Peppino acercó tan bruscamente la antorcha a la cara de Danglars, que este reculó con viveza para que no le quemaran las cejas.

Esa cara alterada ofrecía todos los síntomas de un pálido y espantoso terror.

—Este hombre está cansado —dijo el capitán—, que le lleven a la cama, que duerma.

—¡Oh! —murmuró Danglars—. Esa cama será probablemente uno de esos sepulcros excavados en las paredes; ese sueño es la muerte que me procurará uno de esos puñales que veo rebrillar en la sombra.

En efecto, en las profundidades oscuras de la inmensa sala, se iban levantando, de sus lechos de hierbas secas o de pieles de lobo, los compañeros de ese hombre que Albert de Morcerf encontró leyendo los *Comentarios de César*, y que Danglars encontraba leyendo la *Vida de Alejandro*.

El banquero dio un sordo gemido y siguió al guía; no intentó ni rezar ni gritar. Ya no le quedaban fuerzas, ni voluntad, ni poder, ni sentimiento; seguía adelante porque le arrastraban.

Chocó con un peldaño, y comprendiendo que se había topado con una escalera, bajó la cabeza instintivamente para no romperse la frente, y se vio en una celda tallada en la misma roca.

La celda estaba limpia, aunque desnuda; seca, aunque situada bajo tierra a una profundidad inconmesurable.

Una cama de hierbas secas, recubierta con pieles de cabra, estaba si no hecha, sí al menos extendida en un rincón de la celda. Danglars, al verla, creyó ver el símbolo radiante de su salvación.

—¡Oh! ¡Alabado sea Dios! —murmuró—. Es una verdadera cama.

Era la segunda vez, desde hacía una hora, que invocaba el nombre de Dios; eso no le sucedía desde hacía diez años.

—*Ecco* —dijo el guía.

Y, empujando a Danglars dentro de la celda, cerró la puerta tras él.

Rechinó un cerrojo; Danglars estaba prisionero.

Además, aunque no hubiera habido cerrojo tendría que haber sido san Pedro, y tener como guía a un ángel, para pasar por el medio de la guarnición que defendía las catacumbas de San Sebastián, y que campaba alrededor de su jefe, a quien nuestros lectores habrán reconocido ya, y que no era otro que Luigi Vampa.

Danglars también le reconoció, aunque no quiso creer en su existencia cuando Morcerf intentaba neutralizarle en Francia. No solamente había reconocido al bandido, sino también la celda en la que Morcerf estuvo encerrado, y que según todas las probabilidades era la celda destinada a los extranjeros.

Esos recuerdos, sobre los que, por lo demás, Danglars se extendía con una cierta alegría, le daban tranquilidad. Desde el momento en el que no le habían matado de inmediato, los bandidos no tendrían, en absoluto, la intención de matarle.

Le habían retenido para robarle, y como sólo llevaba consigo algunos luises, lo pagaría como rescate.

Recordó que a Morcerf le habían tasado más o menos en cuatro mil escudos; como él se daba una apariencia mucho más importante que Morcerf, fijó él mismo en su mente su propio rescate en ocho mil escudos.

Ocho mil escudos eran cuarenta y ocho mil libras.

Le quedaba aún algo así como cinco millones cincuenta mil francos.

Con eso saldría adelante en cualquier sitio.

Así pues, más o menos seguro de resolver con éxito este asunto, dado que no hay antecedentes de que alguna vez tasaran a un hombre por cinco millones cincuenta mil libras, Danglars se acostó en esa cama, en la que, después de dar dos o tres vueltas, se durmió con la tranquilidad del héroe cuya historia Luigi Vampa estudiaba.

Capítulo CXV

La carta de Luigi Vampa

A todo sueño, que no sea el sueño que temía Danglars, le sigue un despertar.

Danglars se despertó.

Para un parisino habituado a las cortinas de seda, a las paredes aterciopeladas, al perfume que sube de la madera enjalbegada de la chimenea y que baja de las bóvedas de satén, el despertar en una gruta de piedra gredosa debe ser como una pesadilla.

Al tocar esas mantas de piel de chivo, Danglars debió creer que soñaba con los aborígenes de Samoa o con los lapones.

Pero, en tales circunstancias, un segundo basta para cambiar la duda por la más robusta de las certezas.

—Sí, sí —murmuró—, estoy en manos de los bandidos de los que nos habló Albert de Morcerf.

Su primer movimiento fue respirar, a fin de asegurarse de que no estaba herido: era un medio que había encontrado en don Quijote, el único libro, no que hubiera leído, sino el único libro del que hubiera retenido algo.

«No», se dijo, «no me han matado, ni herido, pero quizá me han robado».

Y se llevó rápidamente las manos a los bolsillos. Estaban intactos: los cien lises que había reservado para el viaje de Roma a Venecia estaban en el bolsillo del pantalón, y la cartera, en la que guardaba la letra de crédito de cinco millones cincuenta mil francos, estaba también en el bolso del abrigo.

«¡Singulares bandidos», se dijo, «que me dejan mi bolsa y mi cartera! Como me decía a mí mismo anoche, van a pedirme un rescate. ¡Vaya, si también me han dejado el reloj! Veamos qué hora es».

El reloj de Danglars, obra maestra de Breguet, reloj que había dado cuerda, cuidadosamente, la víspera, antes de ponerse en camino, marcaba las cinco y media de la mañana. Sin el reloj, Danglars no hubiera estado seguro de la hora en absoluto, pues no tenía ninguna luz en la celda.

¿Tendría que provocar una explicación de los bandidos? ¿Tendría que esperar pacientemente a que se la diesen? La última alternativa era la más prudente: Danglars esperó.

Esperó hasta mediodía.

Durante todo ese tiempo, un centinela vigilaba la puerta. A las ocho de la mañana, fue relevado por otro.

Entonces le habían entrado ganas a Danglars de ver quién era el nuevo centinela.

Había observado que unos rayos de luz, no de la luz del día, sino de una lámpara, se filtraban a través de las maderas mal unidas de las puertas; se acercó a una de esas ranuras en el momento justo en el que el bandido bebía algunos tragos de aguardiente, los cuales, gracias al odre de cuero que contenía el aguardiente, despedían un olor que asqueó mucho a Danglars.

—¡Puaj! —hizo, reculando hasta el fondo de la celda.

A mediodía, el hombre del aguardiente fue reemplazado por otro faccioso. Danglars sintió la curiosidad de ver a su nuevo guardián; se acercó de nuevo a las abiertas juntas de la puerta.

Este era un bandido atlético, un goliath de ojos enormes, labios gruesos y nariz aplastada; su cabellera pelirroja le caía por los hombros en mechones

retorcidas como culebras.

—¡Oh!, ¡oh! —dijo Danglars—. Este se parece más a un ogro que a una criatura humana; en todo caso, yo soy viejo y bastante duro de pelar; «blanco gordo no bueno para comer».

Como se ve, Danglars tenía aún la mente lo suficientemente despierta como para bromear.

Al mismo instante, como para darle la prueba de que no era un ogro, su guardián se sentó enfrente de la puerta de la celda, sacó de su zurrón pan negro, cebollas y queso, y se puso de inmediato a devorar todo.

—¡Que me lleven todos los diablos! —dijo Danglars, echando a través de las rendijas de la puerta una ojeada a la comida del bandido—. ¡Que me lleven todos los diablos si comprendo cómo se puede comer semejante basura!

Y fue a sentarse sobre las consabidas pieles de chivo que le recordaban el olor del aguardiente del primer centinela.

Pero Danglars, por más que hiciera, y los secretos de la naturaleza son incomprensibles, hay mucha elocuencia en ciertas invitaciones materiales que las más groseras sustancias dirigen al estómago en ayunas.

Danglars sintió de repente que el suyo no tenía fondo en ese momento; vio al hombre menos feo, el pan menos negro, el queso más fresco.

En fin, esas cebollas crudas, horrible alimento del salvaje, le recordaron ciertas salsas Robert y ciertos guisos que su cocinero ejecutaba de una manera superior cuando Danglars le decía: «Señor Deniseau, hágame para hoy un buen platito de algo casero».

Se levantó y fue a llamar a la puerta.

El bandolero levantó la cabeza.

Danglars vio que le había oído y volvió a llamar.

—*Che cosa?* —preguntó el bandido.

—¡Vamos, vamos! Amigo —dijo Danglars repicando con los dedos en la puerta—, ¡me parece que va siendo hora de que piensen un poco en alimentarme a mí también!

Pero, fuera porque no entendió, fuera porque no tenía órdenes en relación con la comida de Danglars, el gigante se puso de nuevo a comer.

Danglars sintió su orgullo herido, y no queriendo emprenderla más con ese bruto, se volvió a acostar sobre sus pieles de chivo y no dijo ni una sola palabra.

Así transcurrieron cuatro horas; al gigante le sustituyó otro bandido. Danglars, que sentía espantosos retortijones de estómago, se levantó despacio, aplicó de nuevo el oído a las rendijas de la puerta y reconoció el rostro inteligente de su guía.

Era, en efecto, Peppino que se preparaba a montar la guardia lo más dulcemente posible, sentándose enfrente de la puerta y colocándose entre las piernas una cacerola de barro que contenía, calentitos y aromáticos, unos garbanzos guisados con tocino.

Junto a los garbanzos, Peppino colocó además un buen cestito de uvas de Velletri y una garrafa de vino de Orvieto.

Decididamente, Peppino era un *gourmet*.

Viendo esos preparativos gastronómicos, a Danglars se le hizo la boca agua.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo el prisionero—. Veamos un poco a ver si este es más tratable que el otro.

Y llamó cortésmente a la puerta.

—¡Ya va! —dijo el bandido en francés, pues frecuentando la casa de maese Pastrini había aprendido la lengua, incluso hasta en sus frases idiomáticas.

En efecto, vino a abrir.

Danglars vio que era el mismo que le había gritado tan furiosamente: «¡Meta la cabeza!»; pero no era el momento de recriminaciones. Al contrario, puso su expresión más agradable y, con una gentil sonrisa:

—Perdón, señor —dijo—, ¿pero, es que no me van a dar de comer hoy?

—¡Cómo es eso! —exclamó Peppino—. ¿Es que Su Excelencia tiene hambre, por casualidad?

—¿Por casualidad? Es encantador —murmuró Danglars—; hace justo veinticuatro horas que no como nada. Pues sí, señor —añadió alzando la voz—, tengo hambre, e incluso, mucha hambre.

—¿Y Su Excelencia quiere comer?

—Al instante mismo, si es posible.

—Nada más fácil —dijo Peppino—; aquí procuramos todo lo que se desee, pagando, por supuesto, como en casa de todo buen cristiano.

—¡Eso ni qué decir tiene! —exclamó Danglars—. Aunque en realidad, la gente que le detiene a uno y que lo encierra debería, al menos, alimentar a sus prisioneros.

—¡Ah! Excelencia —repuso Peppino—, no es la costumbre.

—Pues es una bastante mala razón la que me da —repuso Danglars, que contaba con engatusar a su carcelero con su amabilidad—, pero, sin embargo, me conformo. Veamos, que me sirvan algo de comer.

—Al instante mismo, Excelencia; ¿qué desea usted?

Y Peppino dejó su escudilla en el suelo, de tal manera que los efluvios del guiso subían directamente a la nariz de Danglars.

—Pida, señor —dijo.

—¿Es que tienen entonces cocinas, aquí? —preguntó el banquero.

—¡Cómo! ¿Que si tenemos cocinas? ¡Cocinas perfectas!

—¿Y cocineros?

—¡Excelentes!

—Pues bien, pollo, pescado, caza, lo que sea, con tal de comer algo.

—Como guste Su Excelencia; digamos, un pollo, ¿no?

—Sí, un pollo.

Peppino se incorporó, gritó a todo pulmón:

—¡Un pollo para Su Excelencia!

La voz de Peppino vibraba aún bajo las bóvedas, cuando apareció un mozo, guapo, esbelto, desnudo de cintura para arriba como los antiguos pescadores. Traía un pollo entero sobre una bandeja de plata.

—Uno se creería en el Café de París —murmuró Danglars.

—Ahí tiene, Excelencia —dijo Peppino, cogiendo el pollo de las manos del joven bandolero y colocándolo sobre la mesa carcomida que, junto con un escabel y la cama de pieles de chivo, formaban todo el mobiliario de la celda.

Danglars pidió un cuchillo y un tenedor.

—Aquí está, Excelencia —dijo Peppino, ofreciendo un cuchillo pequeño con la punta roma y un tenedor de boj.

Danglars cogió el cuchillo con una mano, el tenedor con la otra, y se puso a la tarea de trincar el pollo.

—Perdón, Excelencia —dijo Peppino, poniendo una mano sobre el hombro del banquero—; aquí se paga antes de comer; podría no quedar satisfecho al salir...

—¡Ah!, ¡ah! —suspiró Danglars—. Aquí no es como en París, sin contar con que probablemente me van a despellejar; pero hagamos las cosas a lo grande. Veamos, siempre he oído decir que la vida en Italia es muy barata; un pollo debe costar doce sous en Roma.

»Ahí está —dijo—, y tiró un luis a Peppino.

Peppino recogió el luis, Danglars acercó el cuchillo al pollo.

—Un momento, Excelencia —dijo Peppino al incorporarse—; un momento, Su Excelencia me debe todavía algo.

—¡Cuando yo decía que me despellejarían! —murmuró Danglars.

Después, resuelto a tomar parte también en la extorsión:

—Veamos, ¿cuánto le debo aún por este pollo esquelético? —preguntó.

—Su Excelencia ha dado un luis a cuenta.

—¿Un luis a cuenta por un pollo?

—Sin duda, a cuenta.

—Bien..., ¡diga!... ¡diga!

—Sólo me debe cuatro mil novecientos noventa y nueve luses, Excelencia.

Danglars abrió los ojos de par en par ante el enunciado de esa gigantesca broma.

—¡Ah! Muy gracioso —murmuró—, de verdad.

Y quiso ponerse de nuevo a trincar el pollo; pero Peppino le detuvo la mano derecha con su mano izquierda y, señalando con la otra mano:

—Vamos —dijo.

—¡Cómo! ¿No es esto una broma? —dijo Danglars.

—Nosotros no bromeamos nunca, Excelencia —repuso Peppino, serio como un cuáquero.

—¡Cómo, cien mil francos el pollo!

—Excelencia, es increíble lo que cuesta criar pollos en estas malditas grutas.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo Danglars—. Esto me parece una bufonada, muy divertida, es cierto; pero tengo hambre, déjeme comer. Mire, aquí tiene otro luis para usted, amigo.

—Entonces sólo me debe cuatro mil novecientos noventa y ocho luises —dijo Peppino conservando, como siempre, toda su sangre fría—; con paciencia, llegaremos a ello.

—¡Oh! En cuanto a eso —dijo Danglars, que se rebelaba ya por esa perseverancia en burlarse de él—, en cuanto a eso, nunca. ¡Váyase al diablo! Usted no sabe con quién está tratando.

Peppino hizo un gesto, el joven «camarero» alargó las dos manos y se llevó rápidamente el pollo. Danglars se tiró en el camastro de pieles de chivo, Peppino cerró la puerta y se puso de nuevo a comer su guiso de garbanzos con tocino.

Danglars no podía ver lo que hacía Peppino, pero el ruido que hacía al comer no dejaba lugar a dudas sobre el ejercicio al que se entregaba el bandido.

Estaba claro que comía, que comía ruidosamente y, además, como alguien muy mal educado.

—¡Cernícalo! —dijo Danglars.

Peppino hizo como si no oyera y, sin ni siquiera volver la cabeza, continuó comiendo con sabia lentitud.

Danglars sentía que su estómago estaba agujereado, como el tonel sin fondo de las Danaides¹¹; creía que nunca podría llenarlo.

Sin embargo, se armó de paciencia una media hora más; pero es justo decir que esa media hora le pareció un siglo.

Se levantó y fue de nuevo a la puerta.

—Veamos, señor —dijo—, no me haga padecer más tiempo y dígame enseguida lo que pretende de mí.

—Pero, Excelencia, diga más bien lo que pretende usted de nosotros... Denos una orden y nosotros la ejecutaremos.

—Entonces, abra la puerta, en primer lugar.

Peppino abrió.

—Quiero —dijo Danglars—, ¡pardiez, quiero comer!

—¿Tiene usted hambre?

—Y además usted bien lo sabe.

—¿Qué desea comer, Excelencia?

—Un cacho de pan seco, puesto que los pollos están desorbitados de precio en estas malditas cuevas.

—¡Pan! —gritó.

El camarero trajo un panecillo.

—¡Ahí tiene! —dijo Peppino.

—¿Cuánto? —preguntó Danglars.

—Cuatro mil novecientos noventa luises, tiene dos luises pagados por adelantado.

—¿Cómo? ¿Un panecillo cien mil francos?

—Cien mil francos —dijo Peppino.

—¡Pero, si me pedían cien mil francos por el pollo!

—Aquí no servimos a la carta, sino a precio fijo. Se coma poco, se coma mucho, se pidan diez platos o uno, es siempre el mismo precio.

—¡Otra vez con las bromas! Mi querido amigo, ¡le digo que esto es absurdo, que es estúpido! Dígame enseguida que lo que quiere es que me muera de hambre, y ya está.

—No, no, Excelencia, es usted quien quiere suicidarse. Pague y coma.

—¿Con qué voy a pagar, triple animal? —dijo Danglars exasperado—. ¿Es que crees que uno lleva cien mil francos en el bolsillo?

—Usted lleva cinco millones cincuenta mil francos en el suyo, Excelencia —dijo Peppino—; eso son cincuenta pollos a cien mil francos y medio pollo a cincuenta mil.

Danglars se estremeció; se le cayó la venda de los ojos: seguía siendo una broma, pero al fin la comprendió.

E incluso es justo decir que no la encontraba tan simple como hacía un instante.

—Veamos —dijo—, veamos; ¿si les doy esos cien mil francos, estaremos en paz y podré comer a gusto?

—Sin duda —dijo Peppino.

—¿Pero, cómo se los puedo dar? —dijo Danglars, respirando con mayor sosiego.

—Nada más fácil; usted tiene un crédito abierto en la casa Thomson y French, Via dei Banchi, en Roma; entrégueme un bono de cuatro mil novecientos noventa y ocho luisas de esos señores y nuestro banquero los cobrará.

Danglars quiso al menos concederse el mérito de la buena voluntad; cogió la pluma y el papel que le ofrecía Peppino, escribió la cédula y firmó.

—Tenga —dijo—, aquí tiene su bono al portador.

—Y usted, aquí tiene su pollo.

Danglars trinchó el pollo suspirando: le pareció demasiado delgado para una suma tan gorda.

En cuanto a Peppino, leyó atentamente el papel, lo metió en un bolsillo y continuó comiendo su guiso de garbanzos con tocino.

Capítulo CXVI

El perdón

Al día siguiente, Danglars tuvo hambre de nuevo; parecía que el ambiente de la caverna le abría el apetito; el prisionero pensó que, por ese día, no tendría que gastar más: como buen ecónomo había escondido la mitad del pollo y un trozo de pan en un rincón de la celda.

Pero en cuanto comió, tuvo sed: no había contado con ello.

Luchó contra la sed hasta el momento en el que sintió que su lengua reseca se le pegaba al paladar.

Entonces, no pudiendo resistir más el fuego que le devoraba, llamó.

El centinela abrió la puerta; era una cara nueva.

Pensó que más le valía hacer frente a un antiguo conocido. Llamó a Peppino.

—Aquí estoy, Excelencia —dijo el bandido, presentándose con tal premura que a Danglars le pareció un buen augurio—, ¿qué desea?

—Beber algo —dijo el prisionero.

—Excelencia —dijo Peppino—, usted sabe que el vino tiene un precio desorbitado en los alrededores de Roma.

—Entonces deme agua —dijo Danglars, intentando prevenir el golpe.

—¡Oh! Excelencia, el agua es aún más rara que el vino; ¡hay una sequía tan grande!

—Vamos —dijo Danglars—, ¡vamos a empezar de nuevo, por lo que parece!

Y sin dejar de sonreír, para así parecer que bromeaba, el desgraciado sentía que el sudor le empapaba las sienes.

—Veamos, amigo mío —dijo Danglars, viendo que Peppino permanecía impassible—, si le pido un vaso de vino, ¿me lo negaría?

—Ya le he dicho, Excelencia —respondió con toda seriedad Peppino—, que no vendemos al por menor.

—Y bien, veamos entonces, deme una botella.

—¿De qué vino?

—Del menos caro.

—Los dos son del mismo precio.

—¿Y qué precio?

—Veinticinco mil francos la botella.

—Dígame —exclamó Danglars, con una amargura que sólo Harpagón¹¹ podría notar en el diapasón de la voz humana—, dígame que quiere desollarme y será mejor queirme devorando así jirón a jirón.

—Es posible —dijo Peppino— que ese sea el proyecto del amo.

—El amo, ¿quién es, entonces?

—El mismo ante quien le condujeron anteayer.

—¿Y dónde está?

—Aquí.

—Dígale que quiero verle.

—Es fácil.

Un instante después, Luigi Vampa estaba delante de Danglars.

—¿Quería verme? —preguntó al prisionero.

—¿Es usted, señor, el jefe de las personas que me trajeron aquí?

—Sí, Excelencia.

—¿Qué rescate desea usted por mí? Hable.

—Pues simplemente los cinco millones que usted lleva encima.

Danglars sintió un espantoso espasmo que le aplastaba el corazón.

—Es lo único que me queda en el mundo, señor, y es el resto de una inmensa fortuna; si me lo quita, quíteme la vida.

—Nos han prohibido que derramemos su sangre, Excelencia.

—¿Y quién se lo ha prohibido?

—Pues el hombre a quien obedecemos.

—¿Usted obedece, entonces, a alguien?

—Sí, a un jefe.

—Creía que el jefe era usted.

—Yo soy el jefe de estos hombres; pero hay otro hombre que es mi jefe.

—¿Y ese jefe obedece a alguien?

—Sí.

—¿A quién?

—A Dios.

Danglars se quedó un instante pensativo.

—No le entiendo —dijo.

—Es posible.

—¿Y es ese jefe quien le ha dicho que me trate así?

—Sí.

—¿Con qué fin?

—No lo sé.

—Pero mi bolsa se agotará.

—Es probable.

—Veamos —dijo Danglars—, ¿quiere usted un millón?

—No.

—¿Dos millones?

—No.

—¿Tres millones...? ¿Cuatro? Veamos, cuatro. Se los doy a condición de que me deje marchar.

—¿Por qué nos ofrece cuatro millones por algo que vale cinco? —dijo Vampa—. Eso es usura, señor banquero, o yo no entiendo nada.

—¡Coja todo! ¡Coja todo, le digo! —exclamó Danglars— ¡Y máteme!

—Vamos, vamos, cálmese, Excelencia, se le va a excitar la sangre y eso le dará un apetito como para comerse un millón al día; sea más

ahorrativo, ¡pardiez!

—¡Y cuando no me quede más dinero para pagarle! —exclamó Danglars exasperado.

—Entonces, pasará hambre.

—¿Pasaré hambre? —dijo Danglars palideciendo.

—Es probable —respondió flemáticamente Vampa.

—¿Pero, usted ha dicho que no quiere matarme?

—No.

—¿Y quiere dejarme morir de hambre?

—No es lo mismo.

—¡Y bien, miserables! —exclamó Danglars—. Yo desbarataré sus infames cálculos; si hay que morir, más me vale acabar cuanto antes; ¡hágame sufrir, tortúreme, máteme, pero no tendrán mi firma!

—Como le plazca, Excelencia —dijo Vampa.

Y salió de la celda.

Danglars se arrojó rugiendo sobre las pieles de chivo.

¿Quiénes eran esos hombres? ¿Quién era su invisible jefe? ¿Qué proyectos perseguían con él? Y si cualquier otro hombre podía ser rescatado, ¿por qué él no?

¡Oh! Ciertamente, la muerte, una muerte rápida y violenta era un buen modo de engañar a sus encarnizados enemigos, que parecían perseguirle con una incomprensible venganza.

Sí, ¡pero morir...!

Por primera vez, quizá, en su larga carrera, Danglars pensaba en la muerte con deseo y temor a la vez; pero le había llegado el momento de detener su mirada sobre el espectro implacable que vive en el interior de cada criatura, que, en cada latido de su corazón le dice: ¡morirás!

Danglars se parecía a esos animales salvajes que se animan con la caza, puesto que también se desesperan y que, a fuerza de desesperación, consiguen a veces huir.

Danglars también pensó en la evasión.

Pero los muros eran la misma roca; y en la única salida que conducía fuera de la celda, un hombre leía, y detrás de ese hombre se veían pasar y volver a pasar sombras armadas con fusiles.

La resolución de no firmar se mantuvo dos días, después de los cuales pidió alimentos y ofreció un millón.

Le sirvieron una magnífica cena, y cogieron su millón.

Desde entonces, la vida del desgraciado prisionero fue una divagación perpetua. Había sufrido tanto que no quería exponerse a sufrir más, y soportaba todas las exigencias; al cabo de doce días, una tarde en la que había comido como en sus mejores días de gran fortuna, hizo cuentas y observó que había firmado tantos bonos al portador que ya no le quedaban más que cincuenta mil francos.

Entonces se produjo en él una reacción extraña: él, que acababa de abandonar cinco millones, intentó salvar los cincuenta mil francos que le quedaban; antes que entregar esos cincuenta mil francos, resolvió volver a una vida de privaciones; tuvo destellos de esperanza que tocaban la locura; él, que desde hacía tanto tiempo había olvidado a Dios, pensó en Él para decirse que Dios a veces hace milagros; que la caverna podría derrumbarse; que los carabineros del Pontífice podrían descubrir esa guarida maldita y venir en su ayuda; que entonces le quedarían cincuenta mil francos; que cincuenta mil francos era una suma suficiente para impedir que un hombre muriera de hambre; rogó a Dios que le conservase esos cincuenta mil francos, y según rezaba, lloraba.

Así pasaron tres días, durante los cuales el nombre de Dios estuvo constantemente, si no en su corazón, sí al menos en sus labios; a intervalos tenía instantes de delirio, durante los cuales creía ver, a través de las ventanas, un grabado que describía una pobre habitación con un anciano agonizando.

Ese anciano, él también, moría de hambre.

Al cuarto día ya no era un hombre, era un cadáver viviente; había recogido del suelo hasta las últimas migajas de sus antiguas comidas y había comenzado a devorar la estera que cubría el pavimento.

Entonces suplicó a Peppino, como se suplica a un ángel de la guarda, para que le diera algo de comer; le ofreció mil francos por un bocado de pan.

Peppino no respondió.

Al quinto día, se arrastró hasta la entrada de la celda.

—¿Pero es que usted no es cristiano? —dijo, incorporándose sobre las rodillas—. ¿Quiere asesinar a un hombre que es su hermano ante Dios? ¡Oh! ¡Mis amigos de antes, mis amigos de antes! —murmuró.

Y cayó con la cara pegada al suelo.

Después, levantándose con una especie de desesperación:

—¡El jefe! —gritó—. ¡El jefe!

—¡Aquí estoy! —dijo Vampa, apareciendo de repente—. ¿Qué desea ahora?

—Coja mi último oro —balbuceó Danglars ofreciéndole su cartera—, y déjeme vivir aquí, en esta caverna; ya no pido la libertad, sólo pido vivir.

—¿Entonces, sufre mucho? —preguntó Vampa.

—¡Oh! Sí, sufro, y ¡cruelmente!

—Sin embargo, hay hombres que han sufrido aún más que usted.

—No lo creo.

—¡Claro que sí! Los que han muerto de hambre.

Danglars pensó en ese anciano que, en sus horas de alucinación, veía a través de las ventanas de su pobre habitación gemir en su cama.

Golpeó el suelo con la frente emitiendo gemidos.

—Sí, es cierto, los hay que han sufrido aún más que yo, pero, al menos, esos eran mártires.

—¿Se arrepiente usted, al menos? —dijo una voz sombría y solemne, que le puso los pelos de punta a Danglars.

Su debilitada mirada intentó distinguir los objetos, y vio detrás del bandido a un hombre envuelto en una capa y perdido a la sombra de una pilastra de piedra.

—¿De qué tengo que arrepentirme? —balbuceó Danglars.

—Del mal que usted ha hecho —dijo la misma voz.

—¡Oh! ¡Sí, me arrepiento! —exclamó Danglars.

Y se golpeó el pecho con el puño debilitado.

—Entonces yo le perdono —dijo el hombre, echando hacia atrás la capa y dando un paso para situarse bajo la luz.

—¡El conde de Montecristo! —dijo Danglars, más pálido de terror de lo que ya estaba un instante antes de hambre y de miseria.

—Se equivoca; no soy el conde de Montecristo.

—¿Y quién es, entonces?

—Soy aquel a quien usted vendió, entregó y deshonró; soy aquel a cuya prometida usted obligó a prostituirse; soy aquel al que pisoteó para alzarse hasta la fortuna; soy aquel cuyo padre murió de hambre, y murió de hambre condenado por usted, aquel que, sin embargo, ahora le perdona, porque también él mismo necesita ser perdonado: soy Edmond Dantès.

Danglars dio un grito y cayó prosternado.

—Levántese —dijo el conde—, ha salvado la vida; una fortuna así no alcanzó a los otros dos cómplices: ¡uno está loco, el otro, muerto! Guarde los cincuenta mil francos que le quedan, se los regalo; en cuanto a sus cinco millones robados a los Hospicios, les serán restituidos por una mano anónima.

»Y ahora, coma y beba; esta noche es usted mi huésped.

»Vampa, cuando este hombre se haya saciado, será libre.

Danglars se quedó prosternado mientras que el conde se alejaba; cuando levantó la cabeza, no vio más que una especie de sombra que desaparecía por el corredor y ante la que se iban inclinando los bandidos.

Como había ordenado el conde, Danglars fue servido por Vampa, que mandó escanciar el mejor vino y traer las mejores frutas de Italia, y que, llevándole en su silla de posta, le abandonó en medio del camino, adosado a un árbol.

Permaneció allí hasta que se hizo de día, ignorando dónde se encontraba.

Al amanecer vio que estaba cerca de un arroyo: tenía sed, y se arrastró hasta allí.

Al inclinarse para beber, vio que su cabello se había vuelto blanco.

Capítulo CXVII

El cinco de octubre

Eran las seis de la tarde, poco más o menos; una luz de ópalo, en el que un hermoso sol de otoño filtraba sus rayos de oro, caía del cielo sobre el mar azulado.

El calor del día se iba extinguiendo gradualmente, y se empezaba a sentir esa ligera brisa que parece la respiración de la naturaleza despertándose tras la siesta ardiente del mediodía, soplo delicioso que refresca las costas del Mediterráneo y lleva de orilla a orilla el perfume de los árboles, mezclado con el acre olor del mar.

Sobre este inmenso lago que se extiende desde Gibraltar a los Dardanelos, y de Túnez a Venecia, un ligero yate, limpio y elegante de forma, se deslizaba en los primeros vapores de la tarde. Su movimiento era el del cisne que abre sus alas al viento y que parece resbalar sobre el agua. Avanzaba, rápido y gracioso a la vez, dejando tras él un surco fosforescente.

Poco a poco el sol, cuyos últimos rayos saludamos, había desaparecido por el horizonte occidental, pero, como para dar razón a los brillantes sueños de la mitología, sus indiscretos fuegos, reapareciendo en la cresta de cada ola, parecían revelar que el dios del fuego acababa de esconderse

en el seno de Anfítrite, que en vano intentaba esconder a su amante entre los pliegues de su celeste manto.

El yate avanzaba con rapidez, aunque en apariencia hubiera apenas el suficiente viento como para hacer flotar la cabellera de una muchacha.

De pie, en la proa, un hombre alto, de tez de bronce, ojos dilatados, veía cómo se acercaba la tierra bajo la forma de una masa oscura dispuesta en cono, saliendo del medio de las olas como una inmensa barretina catalana.

—¿Es eso Montecristo? —preguntó con voz grave e impregnada de una profunda tristeza el viajero, a cuyas órdenes el yate parecía momentáneamente sometido.

—Sí, Excelencia —respondió el patrón—, estamos llegando.

—¡Estamos llegando! —murmuró el viajero con un indefinible acento de melancolía.

Después, añadió en voz baja:

—Sí, aquello será el puerto.

Y volvió a sumirse en sus pensamientos que se traducían en una sonrisa más triste de lo que hubieran sido las lágrimas.

Algunos minutos después, se percibió en tierra el resplandor de una llama que se apagó enseguida, y el ruido de un arma de fuego llegó hasta el yate.

—Excelencia —dijo el patrón—, esa es la señal de tierra, ¿quiere responder usted mismo?

—¿Qué señal? —preguntó este.

El patrón extendió el brazo hacia la isla, en cuyos flancos ascendía, aislado y blanquecino, un ancho penacho de humo que se iba desgarrando al expandirse.

—¡Ah! Sí —dijo, como saliendo de un sueño—, deme.

El patrón le dio la carabina ya cargada, el viajero la cogió, la levantó lentamente y disparó al aire.

Diez minutos después, arriaban las velas, y echaban el ancla a quinientos pasos de un pequeño puerto.

De inmediato, el bote estaba ya en el agua con cuatro remeros y el piloto; el viajero descendió, y en lugar de sentarse a popa, guarnecida para

él de una alfombra azul, se mantuvo en pie con los brazos cruzados.

Los remeros esperaban con sus remos medio levantados, como pájaros que ponen a secar sus alas.

—¡Adelante! —dijo el viajero.

Los ocho remos recalaron en el mar al unísono y sin que saltara ni una gota de agua; después, la barca, cediendo al impulso de los remeros, se deslizó rápidamente.

En un instante estuvieron en una pequeña cala formada por una escotadura natural; la barca tocó un fondo de arena fina.

—Excelencia —dijo el piloto—, suba a los hombros de dos de nuestros hombres que le llevarán a tierra.

El joven respondió a la invitación con un gesto de completa indiferencia, sacó una pierna de la barca, después la otra, y se dejó llevar por el agua que le llegaba a la cintura.

—¡Ah! Excelencia —murmuró el piloto—, está mal lo que ha hecho, y el patrón nos va a regañar.

El joven continuó avanzando hacia la orilla, siguiendo a dos marineros que elegían el mejor fondo.

Al cabo de unos treinta pasos habían abordado; el joven se sacudía los pies sobre un terreno seco, y buscaba con la mirada por todo alrededor el probable camino que iban a indicarle, pues era totalmente de noche.

En el momento en el que giraba la cabeza, una mano se posó en su hombro y una voz le hizo sobresaltarse.

—Hola, Maximilien —decía la voz—, es usted puntual, ¡gracias!

—Es usted, conde —exclamó el joven con un impulso que semejaba a la alegría, estrechando con las dos manos la mano del conde.

—Sí, ya lo ve, tan puntual como usted; pero está usted chorreando, mi querido amigo: tiene que cambiarse, como diría Calipso a Telémaco^[1]. Venga conmigo, hay por aquí una habitación preparada para usted, en la que olvidará el cansancio y el frío.

Montecristo se dio cuenta de que Morrel se daba la vuelta; esperó.

En efecto, el joven veía con sorpresa que los que le habían traído no habían pronunciado ni una sola palabra, que no les había pagado y que, sin

embargo, se habían ido. Incluso se oía ya el batir de los remos de la barca que regresaba al pequeño yate.

—¡Ah! Sí —dijo el conde—, ¿busca a sus marineros?

—Sin duda, no les he dado nada, y sin embargo, se han ido.

—No se preocupe por eso, Maximilien —dijo riendo Montecristo—, tengo un convenio con la marina para que el acceso a mi isla sea franco de todo derecho de transporte y de viaje. Estoy suscrito, como se dice en los países civilizados.

Morrel miró al conde con asombro.

—Conde —le dijo—, no es usted el mismo que en París.

—¿Cómo es eso?

—Sí, aquí ríe usted.

La frente de Montecristo se ensombreció de repente.

—Tiene usted razón en recordarme a mí mismo, Maximilien —dijo—; volverle a ver era una dicha para mí, y olvidaba que toda dicha es pasajera.

—¡Oh! ¡No, no, conde! —exclamó Morrel cogiendo de nuevo las manos de su amigo—. Al contrario, ría, sea feliz, y demuéstreme con su indiferencia que la vida sólo es mala para los que sufren. ¡Oh! Usted es caritativo; usted es bueno, es grande, amigo mío, y es para infundirme valor por lo que afecta esa alegría.

—Ahí se equivoca, Morrel —dijo Montecristo—, es que, en efecto, era feliz.

—Entonces se olvida de mí; ¡mejor así!

—¿Cómo es eso?

—Sí, pues usted lo sabe, amigo, como decían los gladiadores entrando en el circo al sublime emperador, yo también le digo: «El que va a morir, te saluda».

—¿No se ha consolado? —preguntó Montecristo con una mirada extraña.

—¡Oh! —suspiró Morrel con una mirada llena de amargura—. ¿Creyó usted realmente que podría consolarme?

—Escuche —dijo el conde—, usted entiende bien mis palabras, ¿no es así, Maximilien? Usted no me toma por un hombre vulgar, por un charlatán que emite sonidos vagos y vacíos de sentido. Cuando le pregunto

si se ha consolado, le hablo como alguien para quien el corazón humano carece de secretos. Y bien, Morrel, bajemos juntos al fondo de su corazón y sondeémosle. ¿Se trata aún de esa impaciencia fogosa de dolor que hace saltar al cuerpo como salta un león picado por un insecto? ¿Se trata aún de esa sed devoradora que no se sacia más que en la tumba? ¿Se trata de esa idealización del pesar que lanza al vivo fuera de la vida en persecución del muerto? ¿O bien es solamente la postración del coraje agotado, el hastío que ahoga el rayo de esperanza que quisiera aún brillar? ¿Es la pérdida de la memoria la que lleva a la impotencia de las lágrimas? ¡Oh! Mi querido amigo, si es eso, si ya no puede llorar, si piensa que su corazón encogido está muerto, si ya no tiene más fuerza que Dios, más miradas que para el cielo, amigo, dejemos de lado las palabras, demasiado estrechas para el sentido que les da nuestra alma. Maximilien, usted se ha consolado, no se queje más.

—Conde —dijo Morrel con su voz dulce y firme al mismo tiempo—; conde, escúcheme, como se escucha a un hombre que habla con el dedo apuntando a la tierra y los ojos elevados al cielo: he venido junto a usted para morir en brazos de un amigo. Ciertamente, hay personas a las que amo; a mi hermana Julie, a su marido Emmanuel; pero necesito que me acojan unos brazos fuertes y que me sonrían en mis últimos instantes; mi hermana se desharía en llanto y se desvanecería; yo la vería sufrir, y ya he sufrido demasiado; Emmanuel me arrancaría el alma con las manos y llenaría la casa con sus gritos. Usted, conde, que me dio su palabra, usted que es más que un hombre, a quien llamaría un dios, si no fuera mortal, usted, usted me conducirá suavemente y con ternura, ¿no es así?, hasta las mismas puertas de la muerte.

—Amigo —dijo el conde—, me queda aún una duda; ¿tendría usted tan poca fuerza como para poner todo su orgullo en hacer alarde de su dolor?

—No, mire, yo soy simple —dijo Morrel tendiendo la mano al conde—, mi pulso no late ni más fuerte ni más lentamente que de costumbre. No, me siento al final del camino; no, no iré más lejos. Usted me habló de esperar y confiar; ¿sabe usted lo que ha hecho, desgraciado sabio? ¡Esperé un mes, es decir, sufrí un mes! Confié (el hombre es una pobre y miserable

criatura), confié ¿en qué? ¡No sé, en algo desconocido, absurdo insensato! En un milagro... ¿qué milagro? Sólo Dios puede decirlo, Él, que ha mezclado con nuestra razón esa locura que se llama esperanza. Sí, esperé; sí, confié, conde, y desde hace un cuarto de hora que estamos hablando, usted, sin saberlo, cien veces ya me ha roto el corazón, me triturado el corazón, pues me ha indicado con cada una de sus palabras que ya no hay esperanza para mí. ¡Oh! Conde, ¡qué dulce, qué voluptuosamente descansaré en la muerte!

Morrel pronunció esas últimas palabras con una explosión de energía que llenó de sobresalto al conde.

—Amigo mío —continuó Morrel, viendo que el conde guardaba silencio—, usted me indicó el 5 de octubre como el término de esa tregua que usted me pedía..., amigo mío, hoy es 5 de octubre...

Morrel sacó su reloj.

—Son las nueve, me quedan aún tres horas de vida.

—De acuerdo —respondió Montecristo—, venga conmigo.

Morrel siguió maquinalmente al conde, y ya estaban en la gruta sin que Maximilien se hubiese dado cuenta.

Sintió que sus pies pisaban sobre alfombras; se abrió una puerta, le envolvieron diferentes aromas, una viva luz cegó sus ojos.

Morrel se detuvo, dudando si debía avanzar; desconfiaba de las excitantes delicias que le rodeaban.

Montecristo le atrajo suavemente.

—¿No convendría —dijo— que empleáramos las tres horas que nos quedan, como los antiguos romanos que, condenados por Nerón, su emperador y su heredero, se sentaban a la mesa coronados de flores y aspiraban la muerte con el perfume de los heliotropos y de las rosas?

Morrel sonrió.

—Como quiera —dijo—; la muerte es siempre la muerte, es decir, el olvido, es decir, el descanso, es decir, la ausencia de vida y, en consecuencia, la ausencia de dolor.

Se sentó, Montecristo se sentó enfrente de él.

Estaban en ese maravilloso comedor que ya hemos descrito, en el que estatuas de mármol llevaban sobre sus cabezas cestos llenos de flores y de

frutas.

Morrel había mirado todo vagamente, y era probable que no hubiera visto nada.

—Hablemos como hombres —dijo mirando fijamente al conde.

—Hable —respondió este.

—Conde —repuso Morrel—, usted es un compendio de todo el conocimiento humano, y me produce el efecto de haber bajado de un mundo más avanzado y más sabio que el nuestro.

—Hay algo cierto en todo eso, Morrel —dijo el conde con esa melancólica sonrisa que le hacía tan hermoso—; yo he bajado de un planeta que se llama dolor.

—Creo todo lo que me dice, sin intentar profundizar en su sentido, conde; y la prueba es que usted me dijo que viviera, y vivo; que usted me dijo que confiara, y que yo casi he confiado. Me atreveré, pues, a preguntarle, conde, como si usted hubiera muerto ya una vez: ¿conde, duele mucho la muerte?

Montecristo miraba a Morrel con una indefinible expresión de ternura.

—Sí —dijo—; sí, sin duda, duele mucho, si rompe brutalmente este envoltorio mortal que reclama obstinadamente vivir. Si hace gritar a su sangre bajo los imperceptibles dientes de un puñal; si traspasa su cerebro, que se duele al menor choque, con una bala torpe y siempre dispuesta a perderse en su camino, ciertamente, sufrirá mucho, y dejará odiosamente la vida, que le parecerá, en medio de una agonía desesperada, mejor que un descanso eterno pagado tan caro.

—Sí, comprendo —dijo Morrel—, la muerte como la vida tiene sus secretos de dolor y de voluptuosidad: todo consiste en conocer esos secretos.

—Justamente, Maximilien, acaba usted de decir una gran verdad. La muerte es, según el cuidado que pongamos en estar a bien o a mal con ella, una amiga que nos acuna tan dulcemente como una nodriza, o una enemiga que nos arranca violentamente el alma del cuerpo. Un día, cuando nuestro mundo haya vivido aún un millar de años, cuando el hombre se haya hecho el dueño de todas las fuerzas destructivas de la naturaleza, para que sirvan al bien general de la humanidad; cuando el hombre conozca, como decía

usted ahora, todos los secretos de la muerte, la muerte será tan dulce y tan voluptuosa como el sueño en brazos de nuestra amada.

—¿Y si usted quisiera morir, conde, sabría morir así?

—Sí.

Morrel le tendió la mano.

—Comprendo ahora —dijo— por qué me ha invitado a venir aquí, a esta isla desolada, en medio de un océano, a este palacio subterráneo, sepulcro que causaría envidia a un faraón; ¿es tal vez porque me quiere bien? ¿No es así, conde? ¿Es porque me quiere lo bastante como para darme una de esas muertes de las que me hablaba ahora, una muerte sin agonía, una muerte que me permita apagarme pronunciando el nombre de Valentine y estrechándole a usted la mano?

—Sí, lo ha adivinado, Morrel —dijo el conde con sencillez—, es así como lo entiendo.

—Gracias; la idea de que mañana ya no sufriré más es una delicia para mi pobre corazón.

—¿No echará de menos nada? —preguntó Montecristo.

—No —respondió Morrel.

—¿Ni siquiera a mí? —preguntó el conde con una profunda emoción.

Morrel se quedó paralizado, sus ojos, tan puros, se empañaron de repente, después, brillaron con un resplandor inusual; una gruesa lágrima brotó y rodó formando un surco de plata en su mejilla.

—¡Cómo! —dijo el conde—. ¿Le queda un pesar en la tierra y quiere morir?

—¡Oh! Se lo suplico —exclamó Morrel con una voz debilitada—, ¡ni una palabra más, conde, no prolongue mi suplicio!

El conde creyó que Morrel flojeaba.

Esa creencia de un instante, resucitó en él la horrible duda, vencida ya una vez en el castillo de If.

«Me ocupó», pensó, «de devolver a este hombre a la felicidad; miro esta sustitución como un peso puesto en la balanza frente al platillo donde dejé caer el mal. Ahora, si me equivocara, ¡si este hombre no fuera lo suficientemente desgraciado como para merecer la felicidad!, ¡ay! ¿Qué sería de mí que no puedo olvidar el mal, sino trazando de nuevo el bien?».

—¡Escuche! Morrel —dijo—, su dolor es inmenso, lo veo, pero sin embargo usted cree en Dios, y no quiere arriesgar la salvación de su alma.

Morrel sonrió tristemente.

—Conde —dijo—, usted sabe que yo no hago poesía en frío, pero, se lo juro, mi alma ya no me pertenece.

—Escuche, Morrel —dijo Montecristo—, no tengo ningún pariente en el mundo, usted lo sabe. Me he acostumbrado a verle como a mi hijo; pues bien, para salvar a mi hijo, sacrificaría mi vida, con mayor razón, sacrificaría mi fortuna.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir, Morrel, que usted quiere abandonar la vida porque no conoce todos los placeres de la vida cuando se posee una gran fortuna. Morrel, poseo cerca de cien millones, se los regalo; con una fortuna así, usted puede lograr todo lo que se proponga. ¿Es usted ambicioso? Todas las carreras se le abren. Mueva el mundo, cámbiele la cara, entréguese a prácticas insensatas, sea un criminal si es preciso, pero viva.

—Conde, tengo su palabra —respondió fríamente Morrel; y añadió, sacando el reloj—, son las once y media.

—¡Morrel! Piénselo, ¿aquí, ante mí, en mi casa?

—Entonces, déjeme partir —dijo Maximilien, sombrío—, o creeré que usted no me ama por mí, sino por usted mismo.

Y se levantó.

—Está bien —dijo Montecristo, cuyo rostro se esclareció ante esas palabras—; usted lo quiere, Morrel, y es usted inflexible; ¡sí! Es usted profundamente desgraciado, y usted lo dijo, sólo un milagro podría curarle; siéntese, Morrel y aguarde.

Morrel obedeció. Montecristo se levantó a su vez y fue a buscar en un armario cuidadosamente cerrado, cuya llave llevaba colgada de una cadena de oro al cuello, un pequeño cofre de plata, maravillosamente esculpido y cincelado, cuyas esquinas representaban cuatro figuras arqueadas, como esas cariátides de aspecto desolado, figuras de mujeres, símbolos de ángeles que aspiran al cielo.

Posó el cofre sobre la mesa.

Después, abriéndolo, sacó de él una cajita de oro, cuya tapa se levantaba tras la presión de un mecanismo secreto.

La cajita contenía una sustancia untuosa, medio solidificada, cuyo color era indefinible, gracias al reflejo del oro pulido, de los zafiros, de los rubíes y de las esmeraldas que guarnecían la caja.

Era como un tornasol de azul celeste, de púrpura y de oro.

El conde cogió una pequeña cantidad de esa sustancia con una cucharilla de plata, y la ofreció a Morrel, dirigiéndole una larga mirada.

Entonces se pudo percibir que esa sustancia era verdosa.

—Aquí tiene lo que me ha pedido —dijo—. Esto es lo que le había prometido.

—Con vida aún —dijo el joven, cogiendo la cuchara de manos de Montecristo—, se lo agradezco desde el fondo de mi corazón.

El conde cogió otra cucharilla, y la introdujo en la cajita de oro.

—¿Qué va usted a hacer, amigo? —preguntó Morrel, parándole la mano.

—A fe mía, Morrel —le dijo sonriendo—, creo, Dios me perdone, que yo también estoy cansado de la vida como usted, y puesto que la ocasión se presenta...

—¡Deténgase! —exclamó el joven—. ¡Oh! Usted que ama y que le aman, usted que tiene la fe de la esperanza, ¡oh!, no haga lo que yo voy a hacer; en usted sería un crimen. Adiós, mi noble y generoso amigo, voy a decir a Valentine todo lo que usted ha hecho por mí.

Y lentamente, sin ninguna vacilación más que una presión de la mano izquierda que tendía al conde, Morrel tragó o más bien saboreó la misteriosa sustancia ofrecida por Montecristo.

Entonces, ambos se callaron. Allí, silencioso y atento, trajo el tabaco y los narguiles, sirvió el café y desapareció.

Poco a poco las lámparas palidieron en las manos de las estatuas de mármol que las sostenían, y el perfume de los pebeteros pareció menos penetrante a Morrel.

Sentado frente a él, Montecristo le miraba desde el fondo de la sombra, y Morrel sólo veía el brillo de los ojos del conde.

Un inmenso dolor se amparó del joven; sentía el narguile escapársele de las manos; los objetos perdían insensiblemente sus formas y sus colores; sus ojos, turbados, veían abrir y cerrar puertas y cortinas en el muro.

—Amigo —dijo—, siento que me estoy muriendo; gracias.

E hizo un esfuerzo para tenderle por última vez la mano, pero la mano cayó sin fuerza junto a él.

Entonces le pareció que Montecristo sonreía, ya no con esa risa extraña y temible que varias veces le había dejado entrever los misterios de esa alma profunda, sino con la benevolente compasión que los padres sienten por sus hijos pequeños que cometen desatinos.

Al mismo tiempo, el conde crecía a sus ojos; su talla, convertida casi en el doble de lo que era, se destacaba sobre el entelado rojo, había echado hacia atrás sus cabellos negros, y se le aparecía en pie y orgulloso como uno de esos ángeles con los que se amenaza a los malvados el día del juicio final.

Morrel, abatido, domado, se tumbó en el sillón; una torpeza aterciopelada se insinuó por cada una de sus venas. Un cambio de ideas amuebló, por decirlo así, su frente, como una nueva disposición de los dibujos amuebla el caleidoscopio.

Acostado, debilitado, casi sin aliento, Morrel ya no sentía nada vivo en él sino este sueño: le parecía entrar a toda vela en el vago delirio que precede a ese otro sueño desconocido que se llama la muerte.

Intentó de nuevo, una vez más, tender la mano hacia el conde, pero, esta vez, la mano ni siquiera se movió; quiso articular un supremo adiós, pero la lengua rodó pesadamente en su garganta como una piedra que taponara un sepulcro.

Sus ojos, cargados de lasitud, se cerraron a su pesar: mientras que, detrás de sus párpados, se agitaba una imagen que reconoció a pesar de esa oscuridad en la que se veía envuelto.

Era el conde que acababa de abrir la puerta.

Enseguida, una inmensa claridad irradiando en la sala contigua, o más bien en un palacio lleno de maravillas, inundó la sala donde Morrel se dejaba llevar en una dulce agonía.

Entonces vio venir en el umbral de aquella sala, y en el límite de ambas estancias, a una mujer de una maravillosa belleza.

Pálida y dulcemente sonriente, parecía el ángel de la misericordia conjurando al ángel de las venganzas.

—¿Es esto ya el cielo que se va abriendo para mí? —pensó el moribundo—. Este ángel se parece al ángel que yo he perdido.

Montecristo señaló con el dedo, a la joven, el sofá donde reposaba Morrel.

Ella avanzó hacia él con las manos juntas y la sonrisa en los labios.

—¡Valentine! ¡Valentine! —gritaba Morrel desde el fondo del alma.

Pero su boca no profería ningún sonido; y como si hubiera reunido todas sus fuerzas en esa emoción interior, emitió un suspiro y cerró los ojos.

Valentine se precipitó sobre él.

Los labios de Morrel hicieron algún movimiento.

—La está llamando —dijo el conde—; la llama desde el fondo de su sueño, ese sueño al que usted confió su destino, y ese sueño de la muerte que intentó separarles; ¡pero por suerte yo estaba allí, y vencí a la muerte! Valentine, desde ahora ya no se separarán en la tierra, pues, para encontrarla a usted, él fue capaz de precipitarse a la tumba. Sin mí, ambos hubieran muerto; yo les entrego el uno al otro, ¡ojalá Dios me tenga en cuenta la salvación de estas dos existencias!

Valentine cogió la mano de Montecristo y, en un impulso de alegría irresistible, puso en ella sus labios.

—¡Oh! Agradézcamelo —dijo el conde—; ¡oh! Dígame una y otra vez, y no se canse de repetírmelo, ¡dígame que yo la he hecho feliz! No sabe usted cuánta necesidad tengo de esa certeza.

—¡Oh! Sí, sí, se lo agradezco con toda mi alma —dijo Valentine—, y si duda usted de que mi agradecimiento sea sincero, pues bien, pregunte a Haydée, interrogue a mi querida hermana Haydée, que, desde que salimos de Francia, hablándome de usted, me ha hecho esperar pacientemente este día feliz que brilla hoy para mí.

—¿Estima mucho a Haydée, entonces? —preguntó Montecristo con una emoción que en vano intentaba disimular.

—¡Oh! Con toda mi alma.

—Y bien, escuche, Valentine —dijo el conde—, tengo que pedirle un favor.

—¡A mí, Dios Santo! ¡Me hará usted tan feliz!...

—Sí; ha llamado hermana a Haydée; que lo sea, en efecto, Valentine; devuélvale a ella todo lo que cree que me debe a mí; protéjanla, Morrel y usted, pues (la voz del conde parecía extinguirse en su garganta), pues a partir de ahora estará sola en el mundo.

—¡Sola en el mundo! —repitió una voz detrás del conde—. ¿Y por qué?

Montecristo se dio la vuelta.

Haydée estaba allí, de pie; pálida y helada, mirando al conde con un mortal estupor.

—Porque mañana, mi niña querida, serás libre —respondió el conde—; porque volverás a ocupar en el mundo el lugar que te es debido, porque no quiero que mi destino oscurezca el tuyo. ¡Hija de príncipes! Te devuelvo las riquezas y el nombre de tu padre.

Haydée palideció, abrió sus diáfanas manos como la virgen que se encomienda a Dios y, con una voz rota por el llanto:

—¿Así que me abandonas, mi señor? —dijo.

—¡Haydée! ¡Haydée! Tú eres joven, tú eres hermosa; olvida hasta mi nombre y sé feliz.

—Está bien —dijo Haydée—, tus órdenes serán ejecutadas, mi señor; olvidaré hasta tu nombre y seré feliz.

Y dio un paso hacia atrás para retirarse.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó Valentine, sin dejar de sostener la cabeza dormida de Morrel sobre su hombro—. ¿No ve qué pálida está, no comprende que está sufriendo?

Haydée le dijo con una expresión desgarradora:

—Hermana mía, ¿por qué quieres que me comprenda? Él es mi dueño y yo soy su esclava; tiene derecho a no ver nada.

El conde se estremeció ante los acentos de esa voz que vino a despertar hasta las fibras más secretas de su corazón; sus ojos encontraron los ojos de la joven y no pudieron soportar su resplandor.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —dijo Montecristo—. ¡Será cierto lo que me has dejado sospechar! Haydée, ¿que eres dichosa si no te separas de mí?

—Soy joven —respondió suavemente—, amo la vida que junto a ti ha sido siempre tan dulce, y lamentaría mucho morir.

—¿Quieres decir, Haydée, que si yo te dejara...?

—¡Moriría, mi señor, sí!

—¿Entonces, me amas?

—¡Oh! Valentine, ¡pregunta si le amo! Valentine, ¡dile si tú amas a Morrel!

El conde sintió expandirse su pecho y su corazón dilatarse; abrió sus brazos, y Haydée cayó en ellos con un grito.

—¡Oh! Sí, ¡te amo! —dijo—, ¡te amo como se ama a un padre, a un hermano, a un esposo! ¡Te amo como se ama a la vida, como se ama a Dios, pues tú eres para mí el más hermoso, el mejor y el más grande de todos los seres creados!

—¡Que se haga como tú lo quieres, mi ángel querido! —dijo el conde—. Dios, que me ha concitado contra mis enemigos y que me ha hecho vencedor contra ellos, Dios, ahora lo veo, no quiere poner el arrepentimiento como la meta de mi victoria; yo quería castigarme, Dios quiere perdonarme. ¡Ámame, Haydée! ¿Quién sabe? Tal vez tu amor me haga olvidar lo que es preciso que olvide.

—¿Pero, qué dices, mi señor? —preguntó la joven.

—Digo que una palabra tuya, Haydée, ha puesto más luz en mi vida que veinte años de lenta sabiduría; no tengo a nadie más que a ti en el mundo, Haydée; por ti me uno de nuevo a la vida, por ti puedo sufrir, por ti puedo ser feliz.

—¿Lo oyes, Valentine? —exclamó Haydée—. ¡Dice que por mí puede sufrir! ¡Por mí, que daría la vida por él!

El conde se recogió un instante.

—¿Habré visto la verdad? —dijo—. ¡Oh, Dios mío! ¡No importa! Recompensa o castigo, acepto ese destino. Ven, Haydée, ven...

Y envolviendo con su brazo a la joven, estrechó la mano de Valentine y desapareció.

Pasó más o menos una hora, y mientras tanto, anhelante, sin voz y con los ojos fijos, Valentine permaneció junto a Morrel. Finalmente, sintió que el corazón de su amado latía, un imperceptible aliento abrió sus labios y ese ligero temblor que anuncia el retorno a la vida recorrió el cuerpo del joven.

Finalmente sus ojos se abrieron, pero fijos e insensibles al principio; después, volvió la vista, precisa, real; y con la vista, el sentimiento; y con el sentimiento, el dolor.

—¡Oh! —exclamó, con el acento de la mayor desesperación—. ¡Estoy vivo aún! ¡El conde me ha engañado!

Y su mano alcanzó la mesa y cogió un cuchillo.

—Amigo —dijo Valentine con su adorable sonrisa—, despiértate y mira a tu lado.

Morrel dio un enorme grito, y delirando, lleno de dudas, deslumbrado como por una visión celeste, cayó de rodillas...

Al día siguiente, con las primeras luces del amanecer, Morrel y Valentine se paseaban cogidos del brazo por la orilla, Valentine contándole a Morrel cómo Montecristo apareció en su habitación, cómo le había desvelado todo, cómo le había hecho tocar el crimen con su mano y, finalmente, cómo la había milagrosamente salvado de la muerte, a la vez que dejaba creer a todo el mundo que estaba muerta.

Habían encontrado abierta la puerta de la gruta, y habían salido; el cielo dejaba brillar en su azul matinal las últimas estrellas de la noche.

Entonces, Morrel vio en la penumbra, desde unas rocas, a un hombre que esperaba una señal para ir hacia él; se lo mostró a Valentine.

—¡Ah! Es Jacopo —dijo ella—, el capitán del yate.

Y con un gesto, le llamó para que se acercase.

—¿Tiene algo que decirnos? —preguntó Morrel.

—Tenía que entregarle esta carta de parte del conde.

—¡Del conde! —murmuraron al unísono los dos jóvenes.

—Sí, lea.

Morrel abrió la carta y leyó:

Mi querido Maximilien:

Hay una falúa anclada para ustedes. Jacopo les conducirá a Livorno, donde el señor Noirtier espera a su nieta, a la que quiere bendecir antes de que ella le siga a usted al altar. Todo lo que hay en esa gruta, amigo mío, mi casa de los Champs-Élysées y mi pequeño castillo en Tréport son el regalo de bodas que Edmond Dantès hace al hijo de su patrón Morrel. La señorita Villefort tendrá a bien aceptar la mitad, pues le suplico que entregue a los pobres de París toda la fortuna que reciba por parte de su padre, que se ha vuelto loco, y de la parte de su hermano, muerto en septiembre pasado junto con su madre.

Diga al ángel que vela por usted, Morrel, que rece a menudo por un hombre que, como Satán, se creyó por un instante igual a Dios, y que ha reconocido, con toda la humildad de un cristiano, que el poder y la sabiduría infinita reside sólo en Dios. Sus oraciones suavizarán, quizá, el remordimiento que lleva en el fondo de su corazón.

En cuanto a usted, Morrel, ahí va todo el secreto de mi conducta respecto a usted: no hay ni felicidad ni desgracia en este mundo, hay la comparación de un estado con otro, eso es todo. Sólo quien ha sufrido el extremo infortunio es apto para sentir la extrema felicidad. Hay que haber querido morir, Maximilien, para saber cuán bueno es vivir.

Vivid, pues, y sed felices, queridos hijos de mi corazón, y no olvidéis jamás que hasta que Dios se digne desvelar al hombre todo el porvenir de la humanidad hasta el fondo, toda la sabiduría humana estará en estas dos palabras: «esperar y confiar».

Su amigo.

*EDMOND DANTÈS
Conde de Montecristo.*

Durante la lectura de esta carta, en la que le descubría la locura de su padre y la muerte de su hermano, muerte y locura que ella ignoraba, Valentine palideció, un doloroso suspiro escapó de su pecho y unas

lágrimas, que no por ser silenciosas eran menos punzantes, rodaron por sus mejillas; su felicidad le costaba muy cara.

Morrel miró alrededor con inquietud.

—Pero —dijo—, de verdad que el conde exagera su generosidad; Valentine se conformará con mi modesta fortuna. ¿Dónde está el conde, amigo mío? Lléveme hasta él.

Jacopo extendió el brazo señalando el horizonte.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir? —preguntó Valentine—. ¿Dónde está el conde? ¿Dónde está Haydée?

—Miren —dijo Jacopo.

Los ojos de ambos jóvenes se fijaron en la línea indicada por el marino, y sobre la línea de un azul oscuro que separaba, en el horizonte, el cielo del Mediterráneo, vieron una vela blanca, no mayor que el ala de una gaviota.

—¡Se ha ido! —exclamó Morrel—; ¡se ha ido! ¡Adiós, amigo mío, padre mío!

—¡Se ha ido! —murmuró Valentine— ¡Adiós, amiga mía! ¡Adiós, hermana mía!

—¿Quién sabe si les volveremos a ver? —dijo Morrel enjugando una lágrima.

—Amigo mío —dijo Valentine—, ¿no acaba de decirnos el conde que toda la sabiduría humana está en esas dos palabras?: *¡Esperar y confiar!*



ALEXANDRE DUMAS (Villers-Cotterêts, 1802 - Puys, cerca de Dieppe, 1870), novelista y dramaturgo del periodo romántico, es uno de los escritores franceses más leídos y conocido ante todo por sus novelas históricas *Los tres mosqueteros* (1844) y *El conde de Montecristo* (1844). Nació en Villers-Cotterêts (Aisne) en 1802. Había recibido una escasa educación formal, pero mientras trabajaba para el duque de Orléans en París, leía con voracidad, sobre todo historias de aventuras de los siglos XVI y XVII, y comenzó a escribir obras de teatro como *Enrique III y su corte* y *Cristina*, ambas con un éxito rotundo. Dumas fue un escritor muy prolífico, con cerca de 1.200 volúmenes publicados. Aunque muchas de estas obras son fruto de colaboraciones de otros escritores a quienes contrataba, la mayoría de ellas llevan la impronta inconfundible de su genio personal. Además de novelas históricas, entre las que no podemos olvidar la trilogía de los Valois (*La reina Margot*, *La dama de Monsoreau* y *Los Cuarenta y cinco*), la obra de Dumas incluye las obras de teatro *Antonio* (1831), *La torre de Nesle* (1832), *Catherine Howard* (1834), *Kean, o desorden y genio* (1838) y *El alquimista* (1839), así como sus *Memorias* en las que ofrece un vivo retrato de su tiempo. Cuando murió, el 5 de diciembre de 1870, estaba prácticamente en bancarrota.

Notas

[¹] El 21 de marzo de 1804 tuvo lugar la ejecución del duque de Enghien, acusado de espionaje por la Policía Secreta de Napoleón. [*N. de la T.*] <<

[¹] ¡Mene, Tekel, Peres!: las tres palabras mágicas que aparecen en la cena impía del rey Baltasar. Relato de la Biblia en el Libro de Daniel, representado en las ilustraciones del Libro del Beato de Liébana. [*N. de la T.*] <<

[¹] *Speronare*: pequeña chalupa, sin puente, barco maltés de los siglos XVIII y XIX. [*N. de la T.*] <<

[1] «¡Fragilidad, tu nombre es mujer!», W. Shakespeare, *Hamlet*, acto I, escena II, v. 146. [N. de la T.] <<

[1] Personaje de la epopeya *Os Lusíadas* (1572) del poeta portugués Luís de Camões. Adamastor, como los Gigantes de la mitología griega, representaba las fuerzas de la naturaleza a las que debían enfrentarse los navegantes portugueses. [N. de la T.] <<

[2] Nicolas Appert (1749-1841), cocinero e inventor francés, creador del método de preservación hermética de los alimentos. [*N. de la T.*] <<

[3] «Petit-Manteau-Bleu», apodo popular de Edmé Champion (1766-1852), joyero parisino y benefactor de los pobres durante la Restauración. [*N. de la T.*] <<

[1] «... *qu'il mourût / Ou qu'un beau desespoir alors le secourût...*». En el drama *Horacio*, de Pierre Corneille (1606-1684); obra inspirada en Tito Livio, Horacio se enfrenta a los curiáceos y debe salvar Roma. [N. de la T.] <<

[2] *Jean Sbogar*, novela gótica de Charles Nodier (1780-1844). En cuanto a Lara, se refiere a la obra de lord Byron, *El corsario Lara*. [N. de la T.] <<

[3] *Contadino*: campesino en italiano. [N. de la T.] <<

[4] El Manfredo, así como otros personajes de Byron y de su grupo (Polidori, Mary Shelley, etc.), por ejemplo, el personaje del vampiro lord Ruthwen, creado y profundizado por ese grupo de autores ingleses, son mencionados una y otra vez por Dumas. Es notable también la influencia de Schiller y la novela gótica alemana. *[N. de la T.]* <<

[5] Florian, del siglo XVIII francés, autor de novelas pastoriles; entre otras: *Estelle, roman pastoral* (París, 1790), citado en *Louis XV et la société du XVIII siècle*, de Jean-Baptiste Honoré Raymond Capefigue; y en *Études sur le XVIII siècle*, de Ernest Bersot, entre otras obras. [N. de la T.] <<

[6] Léopold Robert (1794-1835), pintor suizo con gran éxito en Italia y en Francia. Son famosas sus escenas de bandidos. Jean Victor Schnetz, pintor francés (1787-1780), alumno del gran David, como el anterior. También destacan sus escenas de la vida cotidiana de los bandidos italianos, entre otras obras. *[N. de la T.] <<*

[1] Personaje femenino de la obra *El corsario* (1814), de lord Byron. [N. de la T.] <<

[2] Véase n. 11. <<

[1] Henri de Talleyrand, conde de Chalais, acusado de lesa majestad, bajo el reinado de Luis XIII, fue condenado a muerte. El verdugo de oficio no pudo actuar y se encargó a otro preso de la ejecución; el inexperto verdugo necesitó más de treinta golpes para separar la cabeza del cuerpo. El valiente Chalais, que ya advirtió al verdugo: «No me tarde mucho», gemía a cada golpe diciendo: «¡Jesús!, ¡María!». [*N. de la T.*] <<

[2] Karl Moor, personaje de la obra gótica *Die Räuber* (*Los bandidos*), de Friedrich Schiller (1759-1805), dramaturgo alemán. [N. de la T.] <<

[1] Ópera de Gioacchino Rossini, estrenada en 1813. [*N. de la T.*] <<

[2] En italiano, *bajocco* o *baiocco* era el nombre que recibía una moneda de los Estados Pontificios que circuló entre 1592 y 1867. La moneda era de cobre, con un peso de doce gramos y era equivalente a una décima parte de un paolo —mencionados más adelante—, o una centésima de escudo. También recibía el nombre de *bolognino*. [N. de la T.] <<

[3] Didier es el héroe de la obra teatral en verso *Marion Delorme* (1831) de Victor Hugo; Anthony es el protagonista de *Antony*, del propio Dumas, obra estrenada en 1831; ambos personifican el epítome del héroe romántico trágico y apasionado. [N. de la T.] <<

[1] El barón de Montyon (1733-1820) fue un filántropo francés. Creó varios premios, a la virtud y a las buenas obras, entre otros, encargando a varias sociedades su distribución, fundamentalmente a la Académie Française. [*N. de la T.*] <<

[1] *Lion*: el dandi del siglo XIX. Término que se usaba a la vez que *fashionable*, y otros. Se trataba de los jóvenes elegantes «cuyo oficio era principalmente el de no tener ninguno», dice Balzac, en su novela *Albert Savarus*. [N. de la T.] <<

[2] François Grisier (1791-1865) fue un célebre maestro de esgrima y autor de *Les Armes et le duel* (1847), para el que Dumas escribió un prefacio. Cook era dueño de un gimnasio, y Charles Leboucher enseñaba boxeo francés (en el que, curiosamente, se permite el uso de los pies). [N. de la T.] <<

[3] Palais Luxembourg: Cámara de los Pares durante la Restauración; actualmente sede del Senado desde 1879. [*N. de la T.*] <<

[4] Jean-Baptiste Klagmann (1810-1867) fue un escultor que trabajó en la decoración del Théâtre historique fundado por Dumas en 1847. Charles Marochetti (1805-1862) fue uno de los escultores más notables de su tiempo, nacido en Italia y nacionalizado francés. [*N. de la T.*] <<

[1] La frase atribuida a Luis XIV, que ninguno de sus contemporáneos cita, por lo que se cree que realmente nunca fue dicha: «*j'ai failli attendre!*», es decir, «¡por poco si tengo que esperar!». Se le atribuye al Rey Sol en una ocasión en la que el gentilhomme que debía acompañarle llegó exactamente a la hora convenida. <<

[1] *Émile, ou De l'éducation* (1762), considerada por su autor, Jean-Jacques Rousseau, como «la mejor y más importante» de sus obras, constituye un tratado sobre la naturaleza del hombre y de la educación. [N. de la T.] <<

[1] Harlay y Molé: se refiere a dos grandes familias francesas que ocuparon altos cargos en la magistratura y en la Iglesia a lo largo de varios siglos.

<<

[2] *Pede poena claudo*: el castigo sigue al crimen con pie incierto. [N. de la T.] <<

[3] *Non bis in idem*: No dos veces por lo mismo. Conocido axioma que indica que nadie puede ser juzgado dos veces por el mismo crimen. [N. de la T.] <<

[1] Según la mitología griega, Píramo y Tisbe fueron dos amantes que vivían en casas contiguas y que sólo podían comunicarse a través de una grieta en el muro que los separaba, debido a la prohibición de verse impuesta por sus padres. Su trágica historia de amor y muerte fue narrada por Ovidio, Chaucer y Góngora, entre otros, y sirvió de inspiración para la obra *Romeo y Julieta*, de W. Shakespeare. [N. de la T.] <<

[2] Cornelio Nepote (*ca.* 100 a.C.-*ca.* 25 a.C.), biógrafo e historiador romano, autor del célebre *De viris illustribus* (Sobre los hombres ilustres).
[N. de la T.] <<

[3] Nicolas Flamel (*ca.* 1330-*ca.* 1413), escribano y librero parisino que adquirió reputación de alquimista por sus trabajos sobre la piedra filosofal. Felice Fontana (1730-1805) fue un médico italiano, fundador de la toxicología moderna. Pierre Jean George Cabanis (1757-1808) fue un médico, filósofo y poeta francés. [*N. de la T.*] <<

[4] Françoise Magendie (1783-1855), fisiólogo francés, considerado el pionero de la fisiología experimental, cuyas conferencias públicas incluían frecuentemente la vivisección. Jean Pierre Flourens (1794-1867), médico biólogo francés, padre de la neurobiología experimental. *[N. de la T.] <<*

[5] Balzac en *Le Père Goriot* (1835) atribuye este test moral a Rousseau, pero es Chateaubriand quien lo plantea en su obra *Le Génie du christianisme* (1802), cap. II: «Si con un solo pensamiento pudieras matar a un chino en China y heredar su fortuna en Europa, con la convicción de que nunca serás descubierto, ¿consentirías en formular ese deseo?». [N. de la T.] <<

[1] *Robert le Diable*, ópera de Giacomo Meyerbeer, estrenada en 1831 en París. Una de las primeras óperas románticas, basada en una leyenda normanda. [N. de la T.] <<

[1] «El dinero y la santidad, la mitad de la mitad», proverbio que significa que lo que se cuenta sobre ambos suele ser exagerado. *[N. de la T.]* <<

[2] Pierre d'Hozier (1592-1660), el primer genealogista francés: *Généalogie des principales familles de France*. Dante menciona en su Canto X de *La Divina Comedia* a Cavalcante Cavalcanti (ca. 1250-1280), uno de los epicuros florentinos condenado al Infierno, amigo de Dante y padre de Guido Cavalcanti. [N. de la T.] <<

[3] «Lúculo cena con Lúculo»: frase de la *Vida de Lúculo*, de Plutarco, para indicar el lujo en soledad. Lúculo es a la vez invitado y anfitrión. [N. de la T.] <<

[1] Macbeth, en el drama de Shakespeare, da muerte a Banco, pero su sombra, fruto del remordimiento, se le aparece en un banquete. [*N. de la T.*] <<

[2] François Vatel, cocinero y organizador de fiestas suntuosas en Vaux-le-Vicomte y en Chantilly, se suicidó, supuestamente, porque el pescado no llegó a tiempo en un banquete que Condé ofrecía a Luis XIV y a toda la corte. Vatel fue el creador de múltiples platos de cocina, la crema Chantilly entre otros. *[N. de la T.] <<*

[1] Marco Gavio Apicio, el más célebre gastrónomo de la Antigüedad, que vivió en la corte de Tiberio. A través de numerosas anécdotas, los historiadores de la época nos dan una visión bastante negativa del personaje, por su extravagancia y brutalidad. *[N. de la T.] <<*

[2] Francesca da Rímini, dama italiana cuyo amor por su cuñado Paolo Malatesta y el trágico fin de ambos inmortalizó Dante en *La Divina Comedia* (*Infierno*, canto v). Historia que asimismo ha inspirado a autores y compositores en numerosas obras literarias y musicales del sigloXIX.
[N. de la T.] <<

[1] Mathan, el sacerdote sacrílego en *Athalie*, de Jean Racine (1639-1699), es expulsado violentamente del templo. [N. de la T.] <<

[2] Pactolo, en la mitología griega, es un río cargado de pepitas de oro. La expresión significa «fuente de riqueza». [N. de la T.] <<

[1] Henri-François d'Aguesseau (1668-1751), magistrado y político francés. Canciller de Francia en varias ocasiones. *[N. de la T.]* <<

[1] *Antony*, drama en cinco actos de A. Dumas. Larra se hace eco de esa obra en varios artículos. Vigny, Hugo y Dumas, entre otros crean el teatro romántico y el drama moderno, descendiendo a personajes de la vida ordinaria. Dumas adapta al teatro sus propias obras: *La reina Margot*, *El conde de Montecristo*, etc. *Manfredo*, la influencia de lord Byron, y su héroe romántico, que ya hemos mencionado. [N. de la T.] <<

[1] *Eo rus*: Voltaire y Piron se desafiaron a encontrar la frase más corta en latín. Piron escribió «*eo rus*» («voy al campo»), a lo que Voltaire respondió: «*i*» («vete»), por lo que Voltaire ganó la apuesta. [N. de la T.]
<<

[2] El cementerio de le Père-Lachaise, abierto en 1801, se fue ampliando a lo largo del siglo XIX. Por descansar allí los restos de personalidades históricas los parisinos lo consideran de gran prestigio, aunque también casi como un parque de ocio. *[N. de la T.] <<*

[1] *El violón de Cremona*, también conocido como *Antonia canta*, forma parte de los cuentos de Hoffmann, más conocidos por la ópera de Offenbach. [N. de la T.] <<

[1] «Cuéntanos de tu padre, la suerte que corrió, pero no el nombre del traidor ni la traición sufrida.» [*N. de la T.*] <<

[2] Cuenta. [*N. de la T.*] <<

[3] La divisa de Atreo, del poeta latino Accio era: «que me odien con tal de que me teman». [*N. de la T.*] <<

[1] *Don Japhet de Armenia*, comedia grotesca de Paul Scarron, dramaturgo francés del siglo XVII, basada en *Don Lucas del Cigarral* o *Entre bobos anda el juego*, de Francisco de Rojas. [N. de la T.] <<

[1] *Fiesque de Lavagne* es un drama de Alexandre Dumas, basado en la obra de Schiller *La conjuración de Fiesco en Génova*, inspirada a su vez en *La conjuration du comte Jean-Louis de Fiesque* del cardenal de Retz (1665). [N. de la T.] <<

[2] *Tron de l'air; tudieu*: juramentos en provenzal. [N. de la T.] <<

[1] La figura de la Fama, creada por Virgilio en *La Eneida*, diosa que representa «la voz pública», dotada con numerosos ojos y numerosas bocas, viaja volando con gran rapidez. Ovidio adopta la figura virgiliana (*Las metamorfosis*, Libro XII) y Horacio la menciona en las *Odas*. [N. de la T.] <<

[1] Gilbert-Louis Duprez (1806-1896) fue el primer *tenore robusto*, tal como conocemos hoy a los tenores. Revolucionó radicalmente la voz de hombre, ya que anteriormente recurrían al *falsetto* en los agudos. Esta revolución se produjo en Italia en 1839 y se extendió rápidamente por todos los teatros de Europa. [N. de la T.] <<

[1] La sociedad Vehmgericht (Holy Vehm o Sainte Vehme) de Westfalia, secreta, tenía sus propias reglas, como la de los Templarios en su momento. Castigaba con la tortura o la muerte. El acusado no podía defenderse. Esta sociedad fue el modelo para las SS (Schutz Staffel). El propio Hitler no era ajeno a este tipo de sociedades. *[N. de la T.] <<*

[1] «*Ne quid nimis*»: «nada en demasía». Máxima atribuida a Solón, uno de los siete sabios de Grecia, transcrita en latín por Publio Terencio, siglo I a.C. Significa que todo exceso es dañino. En cuanto a «*Omnia mea mecum porto*», de Bías de Priene, filósofo griego del siglo V a.C., «todo lo que llevo lo llevo conmigo», viene a decir casi lo mismo, no necesito nada aparte de a mí mismo. [N. de la T.] <<

[2] No se trata del *Otelo* de Verdi, que se estrenó en 1887, sino del *Otello, ossia Il Moro di Venezia*, de Rossini, que se estrenó en 1816. [N. de la T.]

<<

[1] Boileau (1667), en su sátira x, escribe estos versos: *Ton beau père futur
vide son coffre-fort : / Et déjà le notaire a, d'un style énergique, /
Griffonné de ton joug l'instrument authentique... [N. de la T.] <<*

[2] «*Quaerens quem devoret*»: «buscando a alguien a quien devorar». Frase de san Pedro en su primera Carta, refiriéndose al demonio. Muy utilizada en las metáforas. [N. de la T.] <<

[¹] *Robert Macaire* es un personaje imaginario de bandido negociante sin escrúpulos, representado por el actor Frédérick Lemaître en el teatro en 1823 y 1835. Son conocidas las litografías de Daumier y Philipon que lo retratan. [N. de la T.] <<

[1] Juego de cartas. [*N. de la T.*] <<

[2] Alain-René Lesage (1668-1747), novelista y dramaturgo francés. Su *Diablo Cojuelo*, cuyo principal personaje es Asmodée, se inspira en la obra del mismo título de nuestro Luis Vélez de Guevara. Muchas de sus obras se inspiran o copian directamente a autores españoles. [N. de la T.]

<<

[1] «*Quos ego...*»: «debería...». Cita de Virgilio (*Eneida*, I, 135). Palabras que Virgilio pone en boca de Neptuno, irritado contra los vientos desencadenados en el mar y que, dichas por un superior, expresan la venganza y la amenaza. [*N. de la T.*] <<

[1] La expresión «Tarquino abatiendo las cabezas de las adormileras que sobresalían...» hace referencia a un consejo que este dio a su hijo Sexto, en el sentido de cortar las cabezas de los más influyentes. Tarquino, el Soberbio, séptimo y último rey etrusco de Roma. [*N. de la T.*] <<

[1] Neso, centauro de la mitología griega que, enamorado de Deyanira, esposa de Hércules, antes de morir por las flechas de este último, engañó a Deyanira afirmando que una túnica empapada con su sangre le devolvería el amor de su esposo. En realidad, la sangre del centauro era venenosa y la túnica enloqueció a Hércules. *[N. de la T.]* <<

[1] *Le mariage de Figaro*, de Beaumarchais, Acto III, escena v; diálogo muy divertido en el que Fígaro cree que se entenderá en Inglaterra con la sola expresión: «*goddam!*». [N. de la T.] <<

[2] Cayo Mario, general romano (siglo I a.C.). Los hermanos Graco: tribunos y oradores romanos, Tiberio y Cayo. *[N. de la T.]* <<

[1] En la mitología griega, las Danaides fueron condenadas a llenar de agua un tonel sin fondo. *[N. de la T.] <<*

[1] Harpagón, el célebre avaro de Molière. [*N. de la T.*] <<

[1] Referencia a la *Odisea*: Telémaco, hijo de Ulises, llega a la isla de Calipso. [N. de la T.] <<